



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

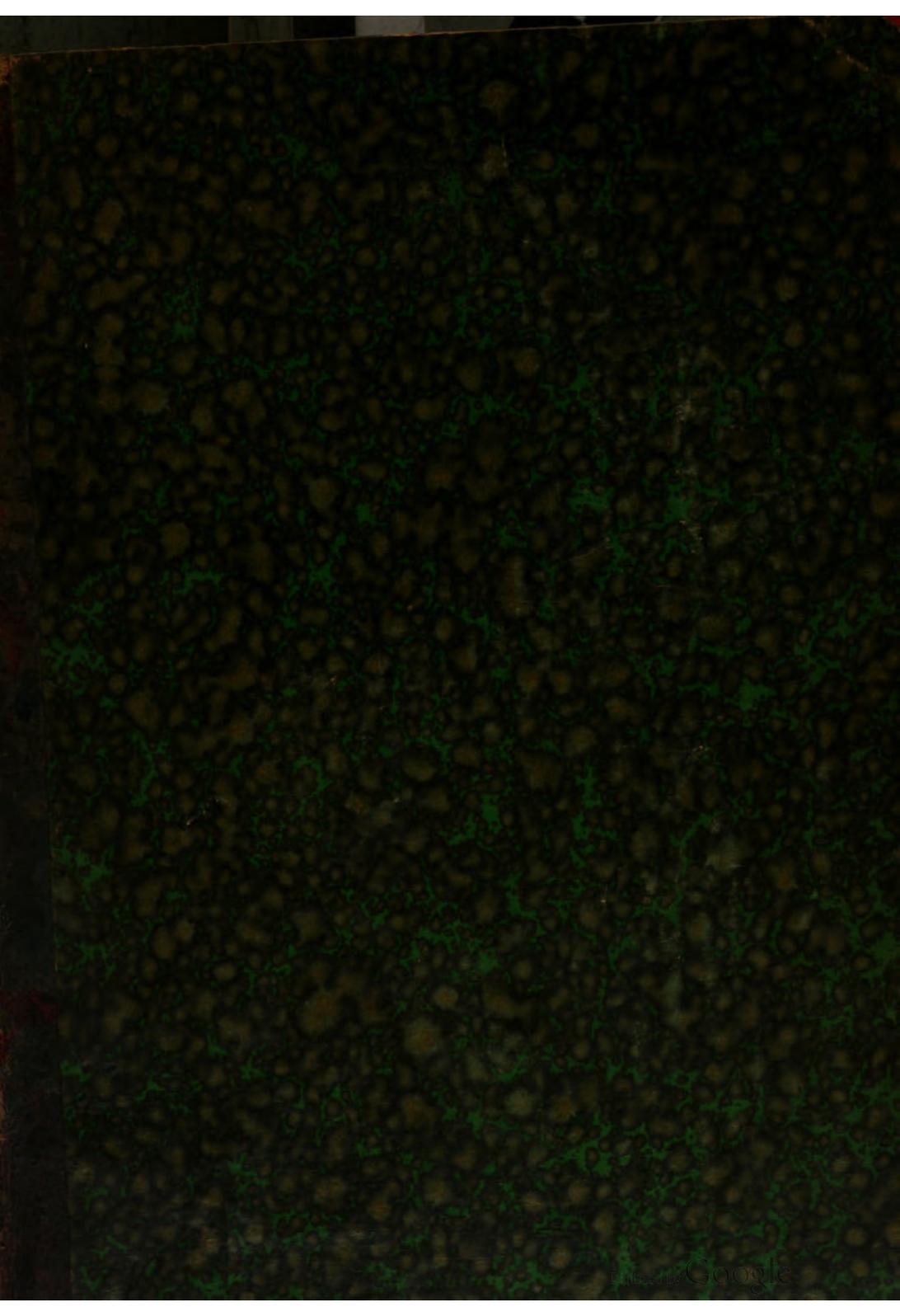
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>





Dr. JOSEPH M.^a LLOVERA
et TOMAS, can.

DONAVIT



DIRECTORIO ASCÉTICO,

EN QUE SE ENSEÑA EL MODO DE CONDUCIR LAS
ALMAS POR EL CAMINO ORDINARIO DE LA GRACIA Á LA PERFECCION
CRISTIANA: DIRIGIDO Á LOS DIRECTORES DE LAS ALMAS.

OBRA

**DEL PADRE JUAN BAUTISTA SCARAMELLI,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.**

TRADUCIDA
DE SU ORIGINAL ITALIANO
AL IDIOMA CASTELLANO,
Y DADO A LUZ



POR D. PEDRO BONET,
Agente de negocios de los Reales Consejos.

Tomo I.



CON LICENCIA.

GERONA: IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE FIGARÓ, 1853.

R. 29.025

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR AL LECTOR.

1 **N**o hay dón mas estimable, ni tesoro mas digno de desearse y buscarse, que la santidad: pues ella es la que nos levanta á la mayor dignidad y altura que es posible, haciéndonos participantes de la misma naturaleza divina: como dice San Pedro: *Maxima, et pretiosa nobis promissa donavit, ut per hæc efficiamini divinæ consortes naturæ*, 2. Petr. 1. 4: ella es el fin, por el cual Dios nos escogió *ab æterno*, y antes de criar el mundo, como dice San Pablo: *Elegit nos in ipso ante mundi constitutionem, ut essemus sancti: et immaculati in conspectu ejus in charitate*. Ad Ephes. 1. 4: y ella es finalmente la que nos ha de hacer eternamente felices y bienaventurados, introduciéndonos á la vista clara de Dios con la cual seremos semejantes á su divina Magestad, como dice San Juan: *Similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est*. 1. Joan. 3. De aqui se ve claramente que entre todas las artes y ciencias, la que mas debiamos estimar, y la que con mayor estudio, solicitud y cuidado debiamos aprender, es el arte de hacernos santos y perfectos. Pues ves aqui, carisimo Lector, que pongo en tus manos, y presento á tu vista un arte muy esquisito y cumplido para aprender y conseguir la santidad. Llegó por fortuna y singular providencia de Dios á mis manos una obra nueva que compuso en italiano estos años pasados el Padre Juan Bautista Scaramelli, de la Compañia de Jesús, y la intituló: *Directorio Ascético, en que se enseña el modo de conducir las almas por el camino ordinario de la gracia á la perfeccion cristiana*. Y habiéndolo leído con singular gusto y reflexion, reconocí que era un arte muy excelente y escogido de hacer santos y perfectos: pues en ella enseña el Autor con grande destreza y solidéz, y con singular discrecion y magisterio, todo cuanto debe hacer el alma que

quiere ser santa y perfecta desde su conversion hasta llegar á la cumbre de la santidad: los medios que se ha de valer: los impedimentos y estorbos que ha de quitar y vencer: las virtudes que ha de ejercitar, y los grados por donde ha de subir de virtud en virtud para llegar finalmente á lo sumo de la perfeccion cristiana.

2 Confieso ingénuamente, que habiendo leído varias obras de esta materia, ninguna á mi corto entender, me ha parecido tan cumplida y metódica, ni tan acomodada como ésta para instruir á todo género de personas que se dedican á la perfeccion. Por otra parte, los documentos que en todas las materias suministra á los directores de las almas, son tan prudentes y discretos, tan abundantes y cumplidos, que no me parece será facil hallarlos, á lo menos juntos, y con tanta claridad y expresion en ninguna de las obras que hasta ahora han salido á la luz pública: de manera, que los directores con poco trabajo hallarán en este Directorio tanta, ó mayor luz, de la que con mucho estudio y trabajo pudieran hallar en otras muchas y muy voluminosas obras para dirigir acertadamente las almas que tratan de perfeccion.

3 Por esta causa he querido tomar gustoso el trabajo de traducir esta obra del italiano al español, para comunicar á la nacion este tan precioso tesoro, y para que todos sus naturales puedan sacar de él los grandes provechos, y adelantamientos en el espíritu, que de su leyenda, con la gracia del Señor, se pueden esperar. En esta obra hallarán las almas devotas toda la instruccion y luz que necesitan para seguir con seguridad el camino de la perfeccion, hasta llegar á lo encumbrado de la santidad. En ella encontrarán tambien los directores los documentos y reglas que necesitan para dirigir sólidamente, y con discrecion y prudencia las almas que pretenden ser santas y perfectas. Porque en ella trata el Autor de todas las materias necesarias para la perfeccion; trata de ellas con un arte, método y órden tan admirable, que parece que cada cosa está en su lugar. Las trata con una solidéz tan grande, fundándolas

sobre la autoridad de la sagrada escritura, de los Santos Padres, y Doctores ascéticos y místicos, y buscando los principios y raíces de todas sus doctrinas, que no parece pudiera hacer mas, si las tratara y examinara desde la cátedra con todo el rigor de las escuelas. Las trata finalmente con suma claridad, bien que con alguna difusion, y las ameniza con muchos y muy escogidos ejemplos de las vidas de los Santos, con los cuales hace no menos gustosa que provechosa su leyenda; y con esto hace ver tambien puesta en práctica de los Santos la doctrina que él enseña. Todo esto hallará el lector, aún mejor y mas cumplidamente de lo que yo he insinuado y puedo espresar en la lectura de esta obra.

4 En ella trata el Autor de la guia de las almas para la perfeccion, por el camino comun y ordinario de la gracia; y tambien con la misma solidéz y magisterio trata del modo de dirigir las almas por los caminos extraordinarios, y muy escabrosos, y encumbrados de la contemplacion infusa; y añade al fin un tratadito de la discrecion de espíritus, para complemento total de su obra. Uno y otro he traducido en castellano, para que el lector nada tenga que desear en este asunto. La obra ha sido tan aplaudida en Italia, que aun antes de salir á luz, muchas personas doctas la procuraban con empeño adquirir, haciéndola copiar con el prolijo trabajo de la pluma, para lograr tan esquisita doctrina. Despues de haber salido á la luz pública, muchos Señores Obispos, segun tengo entendido, han mandado en sus respectivas Diócesis, que todos los confesores de monjas se gobiernen por ella en la direccion de las religiosas que están á su cargo. Creo que no hallará menor aceptacion en nuestra España, en donde florece tanto la devocion y piedad, y el deseo de la perfeccion. Espero, pues, que todos los que se aplicaren á leer seriamente, y con buen deseo esta obra, sacarán de ella muchos y muy copiosos frutos, y grandes adelantamientos en la perfeccion, que es el único fin que me ha movido á tomar este trabajo, que sea para mayor honra y gloria de Dios y bien de las almas. Amen.

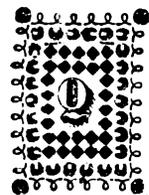
DIRECTORIO ASCÉTICO.



TRATADO PRIMERO.

DE LOS MEDIOS DE LA PERFECCION CRISTIANA.

INTRODUCCION AL TRATADO.



Quién no tendria por nécio á aquel piloto, que sin remos, sin antenas, sin velas, sin áncoras, y sin los demás aperos de una nave, esperase conducir por alta mar á sus marineros y pasajeros al término de su navegacion; cuando todos saben que semejantes instrumentos y provisiones son los únicos medios, por los cuales, á despecho de los vientos, y á pesar de las tempestades, se llega á reposar en el puerto? ¿Quién no juzgaria por mentecato y privado totalmente de juicio á un capitan, que sin armas, sin artilleria, sin máquinas y pertrechos de guerra pensase conquistar reinos y provincias, y sujetarlas al dominio de su Soberano; cuando todos ven que este tren militar es medio muy necesario para conseguir semejantes empresas? Asi me parece que seria nada cuerdo aquel director, que sin saber, ó sin poner los medios oportunos, esperase conducir al fin la grande empresa de perfeccionar las almas encomendadas á su cuidado; y que sin ellos presumiese guiarlas por el borrascoso mar de esta vida, entre las tempestades de tantas pasiones, entre las turbulencias de tantas tentaciones, y entre los escollos de tantas ocasiones y peligros al puerto de la cristiana perfeccion; de donde es despues seguro el paso al puerto felicísimo de la eterna bienaventuranza. Por eso habiendo tomado por blanco de esta obra el dar á los directores una justa idea de la perfeccion cristiana, y sugerirles juntamente el modo práctico con que pueden insinuarla en las

almas de sus penitentes: he juzgado necesario el proponer en primer lugar (como en efecto lo haré en todo el presente tratado) los medios de que se deben valer para conseguir felizmente su intento; no siendo menos difícil el llegar uno sin los tales medios á la deseada perfeccion, que lo es á un viandante el llegar al término de su peregrinacion, sin andar por los caminos que conducen á ella.

2 Pero porque de toda la idea y urdimbre de esta obra habré de tratar mas difusamente, y con mayor fundamento en el primer artículo de este tratado, que luego se seguirá; tenga por bien el lector que ahora me entretenga un poco en manifestarle los motivos que me han inducido á emprender un tan grande trabajo, y tan desigual á las débiles fuerzas de mi espíritu. Con ocasion de las misiones, en que he gastado gran parte de mi vida, me ha sucedido frecuentemente encontrar almas buenas, dóciles y dispuestas, asi por inclinacion de la naturaleza, como por el instinto de la gracia para hacer grandes progresos en la perfeccion cristiana; las cuales no hallaban un director experto que las guiase en un camino no menos árduo, que peligroso. De aqui se levantó en mi un pensamiento, de que seria cosa de grande gloria de Dios, y de mucho provecho de las almas, si diese á luz un Directorio Ascético, en que puestos á parte algunos caminos extraordinarios de sublimes contemplaciones, por los cuales tal vez Dios conduce alguna alma escogida, mostrase á los directores el modo de conducir á sus penitentes á la perfeccion por el camino llano, comun, y trillado de la gracia ordinaria, por el cual suele caminar la mayor parte de las almas devotas; pero añadiendo siempre á las doctrinas especulativas, instrucciones prácticas, que pudiesen servir para un seguro y ventajoso reglamento de dichas almas. Porque me parecia, que teniendo los padres espirituales una plena y práctica noticia de todos aquellos caminos, por los cuales se va á la perfeccion, podrian con mucha facilidad encaminar cualquier persona que llegase á sus pies; con tal emperó, que se hallase ya suelta, y libre de las ataduras de toda culpa mortal.

3 Mientras estaba con estos pensamientos, y ya andaba tícidamente ideando conmigo mismo el diseño de esta nueva fábrica, é iba juntando materiales, y ya estaba para poner la mano en el edificio, me sucedió improvisamente un caso que me confirmó mucho en la ya emprendida resolución. Vino á aconsejarse de mí un cura de almas, me representó el estado de una muchacha penitente suya, cuán pobre de bienes de fortuna, otro tanto rica de inocencia y virginal pureza; y me rogó le declarase el modo con que habia de portarse para perfeccionar un terreno, que le parecia muy bien dispuesto para el cultivo. De aquí pasó á decirme una cosa, que me hizo mucha impresion, y fué, que él habia leído varios libros ascéticos que tratan de perfeccion (y me nombró uno de los mas autorizados), que habia admirado en ellos doctrinas nobles y muy provechosas; pero que no hallaba el modo de reducirlas á la práctica: que no sabia donde comenzar, como proseguir, ni como aplicarlas discretamente al sugeto. En suma, le parecia que en aquellos libros se le presentaban y ponian delante hilos de oro, joyas y piedras preciosas de mucho valor; pero que no le enseñaban el modo práctico de formar aquel bordado de perfeccion que deseaba introducir en el alma de su penitente. Al oír esto, le dije, que me hacia una pregunta á que no podia responder sino con dos libros que ya andaba premeditando; porque pedir el modo de guiar un alma á la perfeccion, era lo mismo que pedir el modo de formar un perfecto arquitecto ó un excelente pintor; cosas todas que piden una larga série de doctrinas y prácticos documentos. Finalmente le despedí, dándole alguna breve instruccion acerca del modo de comenzar su trabajo espiritual.

4 En este suceso ví practicamente lo que en la especulativa habia ya comprendido; que seria cosa muy útil, si declarase ordenadamente y con modo los caminos de la cristiana perfeccion; si mostrase arregladamente los principios, los progresos, los adelantamientos y el fin; si á la doctrina especulativa fuese añadiendo siempre documentos prácticos, los cuales ayudan mas

que cualquiera otra cosa á la segura conducta de este camino espiritual: con lo cual viesse con una ojeada el director el camino que habrá de hacer su penitente, y le supiese oportunamente cautelar de los peligros que por él podrá encontrar. De todo esto, como dije, estaba bien persuadido, y ya me habia propuesto el dirigir toda la obra conforme esta idea; pero me confirmé mucho mas en mi determinacion con el referido suceso. Y espero que dándome el Señor su divino favor (ya que de la fuente de todo mal, como yo soy, no puede salir verdadero bien) será de grande ayuda y socorro á los directores en su sagrado ministerio, y de mucho provecho á las almas que dirigieren.

5 Dividiré toda esta obra en cuatro tratados, en los cuales comprendo toda la perfeccion del cristiano; y cada tratado se dividirá en varios artículos. Despues en los capítulos de cada artículo iré dirigiendo las materias doctrinales puestas en la frente de los artículos. Y porque hablo á maestros de espíritu que deben saber con fundamento su arte, no solo demostraré las tales materias con razones, sino tambien con la autoridad de los Santos Padres, y frecuentemente del angélico Doctor, que con rigor escolástico las examinó, especialmente en la Suma de que me he valido, segun la edicion que tenia conmigo mientras componia la obra.

6 Mas porque deseo que este mi trabajo sea provechoso tambien á las personas de pocas letras, y que no entienden el idioma latino, explicaré siempre en lengua vulgar los textos de la sagrada escritura y de los Santos Padres. Por eso no se aflijan las personas sencillas, si leyendo encontráren frecuentemente cláusulas de diferente carácter que no entienden; porque en lo que está en lengua vulgar, está todo comprendido. En el último capítulo de los artículos, daré siempre advertencias prácticas sobre la materia de los capítulos precedentes, para que no yerre el director en la práctica de las doctrinas ya declaradas. En los capítulos doctrinales hablaré con todos, aunque sean especialmente dirigidos á los directores. En los capítulos de las advertencias hablaré solo con los directores, aunque á todos podrán servir.

7 Procuraré mezclar con las doctrinas hechos y sucesos mo-

rales, sacados de las historias eclesiásticas, y de autores acreditados y dignos de fé, y esto por dos motivos. El primero para hacer mas amena la materia ó ciertamente menos fastidiosa. El segundo para hacerla mas provechosa. Me ha quedado impreso siempre en el ánimo aquel dicho de San Gregorio, que la mayor parte de los hombres mas se mueve de los ejemplos, que de las razones al deseo de la virtud y de las cosas celestiales: *Sunt nonnulli, quos ad amorem patriæ cælestis plus exempla, quàm prædicamenta succendunt.* (1) Y la razon es manifiesta; porque por medio de la autoridad y de las razones, las verdades se conocen confusamente en abstracto; mas por medio de los hechos se ven claramente en la obra: con las autoridades y razones se muestra que la virtud se debe practicar; pero con los sucesos se muestra que de hecho se practica: y por eso tienen estos mayor fuerza para inclinar nuestros ánimos. A lo menos es cierto que lo uno y lo otro juntos tienen mas eficacia que cada uno de por sí, para arrebatarnos nuestra voluntad á la ejecucion de la obra.

8 Y aqui preveo que se levantará en la mente del pio lector una grande objecion contra mi, que quizá él tendrá dificultad de decir la por su modestia; mas no debo yo tener repugnancia de manifestarla con rubor mio. La dificultad, pues, muy vergonzosa para mi es, que no debe hacerse maestro de espíritu quien en la escuela del espíritu no es aun discípulo; ni debe enseñar perfeccion á otros quien jamás la ha practicado en sí mismo. Confieso que esa objecion no solo me convence, sino que me traspasa el corazon; ni sé darle otra respuesta que la que muchas veces me dió mi conciencia delincuente, cuando me la oponia á mi mismo; esto es, que me fio de Dios. Tengo pruebas bien claras de que Dios quiere de mí esta obra aunque desproporcionada á la flaqueza de mi espíritu: luego debo confiar en él, y creer que ésta sea una de aquellas veces que Dios se sirve de instrumentos ineptos para hacer obras grandes en que resplandezca mas su gloria. Y por eso me toca á mi esta vez el decir con verdad, lo que por humildad decia S. Gregorio, cuan-

(1) S. Greg. Dial. lib. 1. c. 1.

do estando para ~~est~~prender la exposicion de los libros de Job, sentia acobardarse por la arduidad de la empresa: desespero viendo mi inhabilidad, mas tomando robustez de mi misma debilidad, me levanto con la esperanza á aquel Dios que hace hablar á los mudos, que hace elocuentes las lenguas de los niños, y que aun hace hablar á los mismos brutos. ¿Y por qué no deberé yo esperar que él haya de dar inteligencia á mi ruda mente, si cuando lo pide su gloria, sabe meter la verdad aun en la boca de los jumentos? Animado de este pensamiento no temo mas del buen éxito de mis tratados, aunque de mí tema; y resueltamente pongo manos á la obra: *Fore quippe idoneum me ad ista desperavi; sed ipsa mea desperatione robustior, ad illum spem protinus erexi, per quem aperta est lingua mutorum, qui linguas infantium fecit disertas, qui immensos brutosque asinæ ruidos per sensatos humani eloquiū distinxit modos. Quid igitur mirum, si intellectum stulto homini præbeat, qui veritatem suam, cum voluerit, etiam per ora jumentorum narrat? Hujus ergo robore cogitationis accinctus, ariditatem meam ad indagandum fontem tantæ profunditatis excitavi. (1)*

9 No pretendo yo sacar otra cosa de este mi trabajo, que la gloria de Dios y el espiritual provecho de los prójimos, encaminándoles por la senda de la perfeccion cristiana á su patria celestial; lo cual, si yo por ventura llegare á conseguir en alguno, diré lo que decia Lactancio, consolándose en la fatiga de sus nobles producciones; es á saber, que tendré por bien empleada la vida, cuando ésta no puede mas recta y santamente descarse que para ayudar á otros: *Quod si vita est optanda sapienti, profecto nullam aliam ob causam vivere optaverim, quam ut aliquid efficiam, quod vita dignum sit, & quod utilitatem legentibus, etsi non ad eloquentiam, quia tenuis in nobis facundiarivus est, ad vivendum tamen conferat, quod est maxime necessarium. Quo perfecto, satis me vixisse arbitrabor, & officium hominis implesse, si labor meus aliquos homines ab erroribus liberans, ad iter cœleste direxerit. (2)*

(1) S. Greg. in Epist. ad Leand. Epist. in expos. Lib. Job. (2) Lactant. de opif. Dei. cap. 30.

TRATADO PRIMERO.

ARTICULO PRIMERO.

SE MUESTRA CUAL SEA LA PERFECCION ESENCIAL, Y CUAL LA INSTRUMENTAL DEL CRISTIANO: SE DISTINGUEN VARIOS GRADOS DE ESTA PERFECCION Y SE SACA LA DIVISION DE LA OBRA.

CAPITULO PRIMERO.

SE PRUEBA QUE LA ESENCIA DE LA PERFECCION cristiana consiste en la caridad hácia Dios y hácia el prójimo.

10 **E**s cierto que en la presente vida no puede haber perfeccion cumplida; porque en ninguna alma, que sea aun moradora de esta miserable tierra, puede haber una tan exquisita limpieza, que sea exenta de toda culpa ligera. Fué error de los Beguardos y Beguinos condenado en el Concilio de Viena el decir, que puede el hombre mortal llegar á tan grande perfeccion, que le haga impecable; y que pueda remontarse tan alto que no le sea posible volver la cara á mas sublime grado de perfeccion. *Quod homo in vita presentis tantum, & talem perfectionis gradum potest acquirere, quod reddetur penitus impeccabilis, & amplius in gratia proficere non valebit.* (1) Fué sueño de los alumbrados, abatido del santo tribunal de la Inquisición de España, el afirmar que hay en esta vida perfeccion tan eminente, que no se puede pasar de sus limites; y (lo que parece mas estraño) que no se puede volver atrás. *Quod possit homo ad eum perfectionis gradum pervenire, ut gratia animæ facultates submergat, nec possit omnino vel progredi, vel regredi.* (2) Estos son desvarios de entendimientos ciegos. La verdad es, que mientras vivimos en este valle de miserias y de llanto, el incentivo de la concupiscencia no se puede extinguir; ni con las ataduras de la divina gracia, aunque fuertes y suaves, se pue-

(1) Concl. Gen. Vien. in Clement. err. 1. 2 Salettes tom. 2. de Trib. Inquis. reg. 325.

de enfrenar de manera, que jamás vuelva á moverse con sus pasiones, y á sublevarse con sus afectos. De aqui se sigue, que aunque con la gracia y nuestra diligencia, podamos en cada cosa contradecir durante nuestra vida, no podemos menos que condescender alguna vez en alguna pequeña adherencia á nuestras desordenadas inclinaciones, y quedar manchados con alguna culpa leve. Es verdad establecida en el Concilio de Trento, el cual condenó á cualquiera que dijese, que un hombre justo *possit in tota vita peccata omnia etiam venialia vitare, nisi ex speciali Dei privilegio* (1) pueda evitar todos los pecados, aun veniales, sino fuese por especial privilegio de Dios, el cual privilegio solo le reconoce el Concilio en la Reina del cielo. En suma, el no contraer jamás ninguna mancha de pecado, no es timbre de quien vive en el lodo de esta tierra; es solo gloria y alabanza de quien habita sobre las estrellas del cielo. Si, pues, no puede decirse perfectamente blanco aquel lienzo que tiene esparcidas algunas manchas, aunque ténues; ni perfectamente puro aquel cristal que contiene en sí mismo algunos lunares ó ampollas pequeñas que en algun modo lo ofuscan ¿ cómo podrá llamarse cumplidamente perfecto el que vive en este mundo, aunque sobresalga entre todos con el lustre de su santidad, mientras está manchado de pecados veniales, y de imperfecciones morales que lo deslustran?

11. Añádese á esto, que la caridad, en que consiste la perfeccion de toda criatura racional, como luego veremos, puede sin duda ser consumada y sobrefina en el cielo; pero no puede ser tal en la tierra: así porque el divino Sol visto de nosotros debajo de los velos de ciertas especies incapaces de representarlo con propiedad, no tiene fuerza de encender nuestra voluntad con aquel fuego de amor con que inflama las mentes de los bienaventurados, que lo ven claramente sin velo alguno; como tambien porque nuestras bajas ocupaciones nos impiden el estarnos siempre mirando y amando, como lo hacen las almas bienaventuradas en el cielo, á aquel Sol de divina belleza:

(1) Concil. Trid. sess. 6. can. 23.

con que no puede nuestra caridad ser plenamente perfecta, como lo es la de ellas. Así lo enseña Santo Tomás: *Alia est perfectio, quæ attenditur secundum totalitatem absolutam ex parte diligentis, prout scilicet affectus, secundum totum suum posse, semper actualiter tendit in Deum; et talis perfectio non est possibilis in via, sed erit in patria* (1); y por eso dió en el punto el Apóstol de las gentes, cuando hablando de la perfeccion de esta vida, la llamó perfeccion de niños; y hablando de la perfeccion de la otra vida, la llamó perfeccion adulta y de hombres: *Cum venerit quod perfectum est, evacuabitur quod ex parte est. Cum essem parvulus, loquebar ut parvulus, sapiebam ut parvulus, cogitabam ut parvulus: quando autem factus sum vir, evacuavi quæ erant parvuli* (2). Las cuales palabras explica tácitamente Santo Tomás, segun el sentido que yo ántes expresé. *Et est attendendum* (dice el Santo Doctor) *quod hic Apostolus comparat statum præsentem pueritiæ, propter imperfectionem; statum autem futuræ gloriæ, propter perfectionem, virili ætati.* (3) Compára el Apóstol, dice el Angélico, la perfeccion de nuestra vida á la edad pueril, que es débil, é imperfecta; y asemeja la perfeccion de la vida bienaventurada á la edad viril, que ha llegado ya al estado perfecto de su ser, para significarnos cuan imperfecta sea nuestra perfeccion, que como pueril está siempre en estado de crecer; y cuan cumplida la perfeccion de los bienaventurados, que como viril, ha llegado ya al término de su grandeza. Concluyamos, pues, para la inteligencia de lo que se habrá de decir. La perfeccion de los mortales, si se pone enfrente de la perfeccion de los espíritus inmortales que reinan en la patria celestial, es siempre por muchos títulos menguada, y debe llamarse perfeccion imperfecta; pero si se compára con el estado de nuestra presente vida, y con la posibilidad de nuestras débiles fuerzas, puede y debe decirse perfeccion verdadera: si crece y se refina mucho, puede decirse perfeccion grande, perfeccion heroica, perfeccion

(1) D. Thom. 2. 2. q. 184. art. 2.

(2) 1. Cor. 13. 10.

(3) D. Thom. lect. 3. in verba Ap.

eminente. De esta perfeccion hablaremos en toda esta obra; y al presente iremos inquiriendo en que cosa consista su esencia.

12. Los Santos Padres, hablando de la perfeccion cristiana, no convienen en señalar su substancia; porque parece que algunos ponen todo el ser de nuestra perfeccion en una virtud; y otros parece que la establecen en otra virtud diversa. Mas Santo Tomas, examinando este punto con su entendimiento angélico resueltamente decide, que la esencia de la perfeccion cristiana, consiste en la caridad para con Dios, y para con el prójimo; pero con esta diversidad, que tenga el primer lugar la caridad con Dios, y el segundo la caridad con el prójimo. *Per se quidem, & essentialiter consistit perfectio christianæ vitæ in charitate; principaliter quidem secundum dilectionem Dei, secundario autem secundum dilectionem proximi.* (1) Esta aceptadisima opinion se funda en las palabras del Apostol, el cual nos exhorta á la consecucion de la caridad, con el bello motivo de ser ella el jugo, y como el extracto de nuestra perfeccion. *Super omnia charitatem habete, quod est vinculum perfectionis* (2). Se funda tambien en aquellas otras palabras de San Pablo (3), *plenitudo legis est dilectio*, que el pleno y perfecto cumplimiento de la ley cristiana es el santo amor; y por eso es la esencial perfeccion de quien profesa la tal ley. Todos saben que el fin de todas las leyes es el introducir alguna especial perfeccion en aquellas comunidades á que se imponen. Asi las leyes civiles tienen la mira de formar una perfecta república: las leyes de guerra tienen por blanco el constituir una perfecta milicia: las leyes ó reglas monacales se enderezan á establecer algun orden religioso que sea perfecto, particularmente en alguna especie de virtud. Asi mismo Dios, dándonos sus leyes, no ha tenido otro fin que formarnos perfectos cristianos. De manera, que en el perfecto cumplimiento de estas leyes debe consistir toda nuestra perfeccion; y por consiguiente debe consistir en la caridad, que segun el Apóstol, es el cumplimiento de todas las leyes divinas: *Plenitudo legis est dilectio.*

(1) D. Thom. 2. 2. q. 184 art. 3. in corp. (2) Coloss. 3. 14. (3) Rom. 13. 10.

Por donde hubo de decir S. Gregorio, á este propósito: *Quidquid præcipitur in sola charitate solidatur*: que toda la observancia de los divinos preceptos se solida y perfecciona en sola la caridad. (1) Se apoya tambien esta sólida y verdadera doctrina en la autoridad de San Agustin, que antes del Angélico la publicó para instruccion de los fieles: *Inchoata charitas*, dice el Santo, *inchoata justitia est: profecta charitas, profecta justitia est: magna charitas, magna justitia est: perfecta charitas, perfecta justitia est.* (2) Una caridad que nace, dice el Santo Doctor, es una perfeccion niña; una caridad, que crece, es una perfeccion adulta; una caridad grande, es una gran perfeccion; y una caridad perfecta, es una entera y cumplida perfeccion. Luego (replico yo), si tal es la perfeccion del cristiano, cual es á proporcion su caridad, ó mayor, ó menor, ó mas alta, ó menos sublime; señal es que la perfeccion no se distingue de la caridad, sino que son una misma cosa en la sustancia.

13 Se une con la autoridad la razon, y concurre tambien ésta á persuadirnos esta gran verdad. Es cierto que la perfeccion de alguna cosa criada consiste en la consecucion de su propio fin: asi se llama perfecto aquel ojo que mira con claridad los objetos; porque el fin de los ojos es el mirar: llámase perfecto aquel oido que oye con distincion las voces y palabras; porque el fin del oido es el oir: se dice perfecta aquella luz que aclara mejor las cosas; porque el fin de la luz es alumbrar: perfecto se dice aquel fuego que tiene mas actividad para abrasar; porque el fin del fuego es encender y consumir. Asi en las artes se reputa perfecto aquel pincel que es bien acomodado para pintar: se tiene por perfecta aquella pluma que está bien dispuesta para escribir; porque el fin de aquél es la pintura, y de ésta la escritura. Para establecer, pues, en que consista la perfeccion del hombre, basta solo entender, cual sea aquella cosa que nos une con nuestro último fin, quiero decir, con Dios; que para sí solo nos ha criado, y para sí solo nos sustenta y mantiene la vida. ¿Mas quién podrá dudar que esta sea la caridad, cuando

(1) S. Greg. hom. 27 in Evang.

(2) S. Aug. lib. de nat. & grat. cap. 70.

lo dice claramente el amado discípulo? *Qui manet in charitate in Deo manet & Deus in eo*: quien tiene la caridad está en Dios y Dios en él (1); y, nuevamente en el Evangelio vuelve á decir: *si quis diligit me, sermonem meum servabit, & Pater meus diliget eum, & ad eum veniemus, & mansionem apud eum faciemus*, (2) cualquiera que me ama á mí, dice Cristo, será amado de mi eterno Padre; y vendremos á morar en su alma, y en ella haremos mansion estable. De aquí infiere San Pablo que la caridad une el espíritu humano y el divino con el vínculo del amor santo, y de los dos espíritus forma uno solo: *qui adheret Deo, unus spiritus est* (3): por donde no es maravilla que el mismo Apóstol llamase despues á la caridad vínculo de perfeccion: *charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*; pues juntándonos con nuestro último fin, ella sola puede hacernos perfectos, y sola puede ser toda la esencia de nuestra perfeccion.

14 En todo este bien fundado discurso he seguido siempre la traza que nos dá San Agustín en la exposicion de los salmos: *Finis est Christus. Quare dictus est finis? Non quia consumit, sed qui consummat: consumere enim perdere est; consummare, perficere.... Finis ergo propositi nostri Christus est; quia quantumlibet conemur, in illo perficimur, & ab illo perficimur: & haec est perfectio nostra pervenire. Sed cum ad illam pervenis, ultra non quaeris, tuus finis est.* (4) Nuestro fin, dice San Agustín, es Jesucristo: de él y en él somos perfeccionados; porque toda nuestra perfeccion está en llegar á él, no ya con los pasos del cuerpo, sino con los afectos del corazon, y en unírnos estrechamente con él con el dulce vínculo de la caridad. Me ha servido tambien de guia Santo Tomás, donde explica en pocas palabras lo que yo he declarado con muchas: *dicendum, quod unum quodque dicitur esse perfectum, in quantum attingit proprium finem, qui est ultima rei perfectio: charitas autem est, quae unit nos Deo, qui est ultimus finis humanae mentis.* (5)

(1) Joann. Epist. 1. 4. 16. (2) Joann. 14. 23. (3) 1. Cor. 6. 17. (4) S. Aug. Psal. 50
(5) D. Thom. 2. 2. q. 184. art. 2. in corp.

15 Penetró al vivo esta importantísima doctrina aquel dichoso jóven, que habiendo venido de países lejanos á la ciudad de París para aprender las ciencias sagradas, entró en una escuela de Teología, en que presidia para enseñarla un excelente Doctor. Sentóse en un banco juntamente con los demás estudiantes, y se puso á escuchar la primera leccion, que aquel dia por su ventura fué sobre aquellas palabras de San Mateo: *diligens Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*: ama á Dios con todas las fuerzas de tu corazon y de tu espíritu. Acabada la leccion se levantó en pié el jóven, y vueltas las espaldas al maestro se acercó á la puerta resuelto de abandonar la escuela. Á este hecho quedaron atónitos los discípulos; pero mas amargado el maestro, juzgándose afrentado de aquel nuevo estudiante. ¿Y qué afrenta, le dijo, has recibido de mi, por la cual apenas has entrado en mi escuela cuando la quieres dejar? ¿Tan presto te han enfadado mis doctrinas? ¿Tan bajos y viles te han parecido mis documentos? Antes no, respondió el jóven, la sublimidad de vuestra doctrina me obliga á abandonar vuestra escuela. Ya he entendido yo bastantemente lo que se requiere para ser perfecto y santo. ¿De qué sirve el escuchar mas? Lo que aqui conviene, es obrar y ejecutar. Dicho esto se fué á encerrarse en un convento de religiosos, para conseguir aquella perfeccion que habia comprendido se encerraba toda en el amor de Dios. (1)

16 Establecida esta primera parte, no me será difícil el demostrar la segunda, esto es, que despues de la caridad con Dios, la caridad con el prójimo entra á formar la esencia de la cristiana perfeccion. La razon se ha de tomar del Angélico Doctor antes citado. Dice el Santo, que el hábito de la caridad con que amamos á nuestro Dios, no es distinto del hábito de la caridad con que amamos al prójimo: *habitus charitatis non solum se extendit ad dilectionem Dei; sed etiam ad dilectionem proximi*. Antes dice de mas, que el acto de caridad con que amamos á Dios, no es de distinta especie del acto de caridad con que amamos al prójimo por amor de Dios: *manifestum est, quod idem*

(1) Joan. Junior Dominic. in Scala Coeli.

specie actus est, quo diligitur Deus, & quo diligitur proximus.

(1) Antes bien, en el acto de caridad con que amamos al prójimo por amor de Dios, se incluye formalmente al acto de caridad hácia Dios. Ni esto parece estraño, cuando vemos que sucede cada dia lo mismo en las cosas naturales y humanas. Ama la madre á la áma que cria con la leche á su hijo niño, y por eso la favorece, la honra y regala; mas porque ama á la áma por amor de su hijo, con aquel amor ama mas á su tierno niño, que á la misma áma. Ama un literato el estudio, y por eso encerrado solo en un aposento se seca el cérebro sobre los libros, se pone pálido y descolorido en escribir, y consume la vista y la vida con la continua y pertinaz lectura; pero como ama el estudio por amor de la sabiduría de quien está prendado, mas es amor de la sabiduría, que del estudio. Ama un cazador las fatigas, las incomodidades y los cansancios de la caza; y por eso se espone intrépido á los rayos del sol ardiente, á los vientos, á las lluvias, á las heladas: vence con pies intrépidos los montes, los collados, las selvas y los despeñaderos: priva engañosamente á los ojos del sueño, á la hambre de la comida y á la sed del alivio. Pero porque ama las incomodidades y fatigas por amor de la presa, á que ansiosamente aspira; está convencido de amar mucho mas la presa, que los trabajos y fatigas á que se espone. Asi amando nosotros al prójimo por amor de Dios, con aquel acto de caridad amamos mas á Dios que al prójimo. Luego si el amor del prójimo por respeto de Dios, es amor del mismo Dios; ¿quién no ve, que consistiendo nuestra perfeccion en la caridad para con el uno, como arriba demostramos, deba consistir tambien en la caridad para con el otro?

17 Refiere San Ambrosio una caritativa contienda entre un soldado y una generosa muchacha antioquena, llamada Teodora. Ésta, descubierta por cristiana, fué llevada de los idólatras, no ya á la cárcel ó al patibulo para quitarle la vida; sino al burdél para despojarla antes de la virginidad, y despues de la fé. Un soldado, viendo el peligro tan grande á que estaba es-

(1) D. Thom. q. 25. ar t. 2. in corp.

puesta aquella inocente paloma entre las garras de los buitres deshonestos, que luego habian de venir á darle asalto, antes que otro alguno entrase en su cuarto se fué á visitarla; y hecho industrioso de la caridad que ardia en su corazon, la persuadió á que trocase con él sus vestidos: de esta manera, le dijo, vos con este hábito y divisa militar pasareis segura entre las guardias, sin ser conocida; y yo con vuestro vestido mugeril quedaré seguro de todo insulto en este lugar infame. Todo sucedió felizmente; pero apenas estuvo puesta en salvo la inocente virgen, cuando llegó la funesta sentencia del tribunal de que fuese llevada al patíbulo, y en pena de ser cristiana, le fuese cortada la cabeza. Vienen los ministros de justicia, y hallando al soldado en hábito de muger, creen que fuese la doncella contra la cual se habia fulminado la sentencia de muerte. Le prenden, le atan, y por las calles públicas le llevan al lugar del suplicio. Ya habia subido al tablado, ya estaba el verdugo con la espada desenvainada para dar el golpe, que habia de sacar la cabeza del cuerpo y el alma afortunada del pecho; cuando la doncella herida en su corazon del estímulo de una ardiente caridad para con su libertador, subió generosa sobre el tablado, comenzó á decir en alta voz: parad un poco verdugos: yo soy Teodora, yo soy la que debo morir. A mi, á mi me conviene morir, replicaba el soldado; pues sobre mi ha caido la sentencia de muerte. No verdugos, replicaba Teodora, no os engañen estos mentirosos vestidos que traigo puestos, que yo soy Teodora condenada del juez: volved contra mí la espada: ved aquí el cuello desnudo, heridme. Prosiguió largamente la amorosa contienda; y al fin, dice el Santo Doctor, combatiendo ambos, los dos consiguieron la victoria, y á ambos combatientes les fueron multiplicadas las palmas y las coronas; porque la una dió el principio, y el otro el cumplimiento al martirio: *duo contenderunt, & ambo vicerunt; nec divisa est corona, sed addita. Ita sancti Martyres invicem sibi beneficia conferentes, altera martyrio principium dedit, alter dedit effectum.* (1)

(1) S. Ambr. lib. 2. de Virg.

Un moderno autor reflexionando sobre este hecho referido de San Ambrosio, dice: *ambo simul capitis obruncatione gloriosum martyrium peregerunt, ne eos tyranni gladius separaret, quos junxerat amor Christi.* A ambos fué cortada la cabeza con glorioso martirio, para que la espada del tirano no separase á los que habia unido y juntado el amor de Cristo. Pero parece que ántes habia de haber dicho que no separó la espada á los que habia unido el amor fraterno, y el afecto de una sincera caridad hácia el prójimo con que mutuamente se amaban. Mas no: dice muy bien, que el amor de Cristo fué el vínculo de aquella bella union; porque el amor con que se ama el prójimo por respeto de Dios, es amor verdadero de Dios; y por eso amándose aquellos dos con amor de fraterna caridad, se amaban con el mismo amor de Dios: por lo cual el amor de Jesucristo venia á ser el verdadero vínculo de una tan santa union.

CAPITULO II.

*SE MUESTRA QUE LAS VIRTUDES MORALES
y los consejos son la perfeccion instrumental del cris-
tiano, y se saca la division de toda la obra.*

18 **S**i la esencia, pues, de la perfeccion cristiana consiste toda en la caridad para con Dios y para con el prójimo, ¿qué se deberá decir de las virtudes morales, y en primer lugar de las virtudes cardinales, que son el origen y casi la fuente de que salen todas las otras virtudes morales, y hacen tan hermosa y adornada el alma que las posee? ¿Qué se habrá de decir de los consejos evangélicos, tan recomendados en el evangelio de nuestro amabilísimo Redentor? Como, por ejemplo, renunciar los bienes propios; hacer vida continente; sujetarse voluntariamente á la obediencia de otros; beneficiar al enemigo, aun cuando la ley de la caridad no nos obliga á favorecerle; orar frecuentemente, aun cuando la necesidad presente

no nos aprieta para rogar; repartir limosnas aun de lo que no es superfluo al decoro del estado propio; ayunar amenudo, aun cuando la santa Iglesia no nos obliga con sus preceptos; mortificar los propios sentidos aun acerca de los objetos licitos; afligir de varios modos el propio cuerpo, y otras mil cosas, á las cuales, aunque no ha querido Dios obligarnos con riguroso precepto; pero son de su naturaleza mejores, y á su Magestad muy agradables. ¿Tantos y tan santos consejos, y tantas y tan nobles virtudes no deberán entrar tambien á formar la bella labor de nuestra perfeccion?

19 No hay duda, que tambien estas deben concurrir grandemente á la perfeccion del cristiano; pero no como esencia, sino solo como instrumentos de una tal labor. Asi lo define el Angélico Doctor (1): *secundario autem, & instrumentaliter perfectio consistit in consiliis*. Y vuelve á afirmar lo mismo (2): *et ideò ex ipso modo loquendi apparet, quod consilia sunt quædam instrumenta perveniendi ad perfectionem, dum dicitur; (Matth. 19. 21.) si vis perfectus esse vende omnia quæ habes, & da pauperibus; & veni sequere me*. Dice el Santo, que en aquellas palabras de Cristo: anda, y vende todo lo que posees, repártelo á los pobres, y sígueme: la perfeccion sustancial del hombre se expresa solamente en el seguimiento de Cristo, por el cual nos juntamos á él con afecto de caridad: y alega la autoridad de S. Gerónimo y de S. Ambrosio, que puntualmente en este sentido explican aquellas palabras *sequere me*. En la renuncia de los bienes se declara solamente la perfeccion instrumental, por la cual se llega á la perfeccion esencial del seguimiento del Redentor, y de su santo amor. Lo mismo enseña con términos claros y manifiestos Casiano en la colacion del Abad Moysés. *Nuditatis, privatio omnium facultatum, non perfectio, sed perfectionis instrumenta sunt; quia non in illis consistit disciplinæ illius finis, sed per illa pervenitur ad finem*: (3) la privacion, dice, de los bienes propios, y desapropiacion y desnudéz de todos los bie-

(1) D. Thom. 2. 2. q. 184. art. 3. in corp. (2) Ib. in resp. ad 1. (3) Cassian. Col. 1. c. 70

nes terrenos no son el jugo, y como el meollo de la cristiana perfeccion; sino los instrumentos de la tal perfeccion. Si un pintor hace pinceles idóneos para pintar, grangéa colores finos, los mezcla con grande maestría, y con grande arte los pega; no se puede decir por eso, que sea un perfecto pintor; porque todas estas cosas no son el fin de su arte, sino puros instrumentos. El fin de este arte liberal son las imágenes; que expresen al vivo los objetos, para cuya formacion se vale el pintor de los dichos medios. Asi en nuestro caso: el fin de la vida cristiana, y por consiguiente su formal perfeccion es la caridad, como ya hemos demostrado. El privarse de los bienes de fortuna, el hacer vida continente, el sujetarse con plena obediencia á los mandatos de otros son perfeccion del cristiano, ya un grande; pero solo á modo de instrumentos, que le conducen á la consecucion de la divina caridad, como lo reconocerá claramente cualquiera que quiera considerar cada cosa de éstas de por sí. Porque la pobreza voluntaria perfecciona al hombre cristiano; pero no precisamente porque le despoja de los bienes frágiles y caducos de la tierra, (de otra manera hubicra sido tambien perfecto Crates, filósofo, y otros muchos, que despreciaron semejantes cosas, como dice San Gerónimo: *hoc enim, & Crates fecit Philosophus, & multi alii divitias contempserunt*) (1) sino porque desnudándole de las riquezas, le arranca del corazon el asimiento, que es un grande impedimento para conseguir el santo amor. La castidad es perfeccion; pero no precisamente porque enagena al hombre de los placeres atn lícitos del sentido, (de otra suerte se deberian llamar perfectos algunos idólatras, de quienes refieren las historias que vivieron totalmente agenos de tales deleites), sino porque privándole de los placeres viles del cuerpo, le dispone al afecto purísimo de la sobrenatural caridad. La obediencia es gran perfeccion de los fieles; pero no ya precisamente, porque los desnuda de la propia voluntad, (de otra suerte serian perfectos los soldados, perfectos los esclavos y criados que sujetan su vo-

(1) S. Hieron. in Matth. lib. 5. c. 19.

luntad á los capitanes y á los amos, y tal vez en cosas árduas y dificultosas), sino porque abatiendo la inclinacion natural que tiene el hombre á seguir su propio querer, le hace pronto á sujetarse al querer de Dios, que es lo sobrefino de la divina caridad.

20 Lo mismo afirman también los Santos Padres de las virtudes morales, de las cuales hablando Santo Tomás, (1) dice así: *dicendum, quod dupliciter, potest dici aliquis perfectus. Uno modo simpliciter, quæ quidem perfectio attenditur secundum id, quod pertinet ad ipsam rei naturam; puta, si dicatur animal perfectum, cum nihil ei deficit de dispositione membrorum & aliis hujusmodi, quæ requiruntur ad vitam animalis. Alio modo dicitur aliquid perfectum secundum quid; quæ quidem perfectio attenditur secundum aliquid exterius adjacens, puta in albedine, vel nigredine, vel in aliquo hujusmodi. Vita autem christiana specialiter in charitate consistit, per quam anima Deo conjungitur. Unde dicitur 1. Joan cap. 3. Qui non diligit, manet in morte: & ideo secundum charitatem attenditur simpliciter perfectio christianæ vitæ, sed secundum alias virtutes secundum quid.* Dice el Santo Doctor, que una cosa se puede decir perfecta de dos maneras. La primera en su ser sustancial, y sucede cuando ninguna le falta de aquellas partes, sin las cuales no podría subsistir: tal es la perfeccion de un hombre que tenga cuerpo, alma y union, y que tenga ambas partes unidas. La segunda en su ser accidental, el cual consiste en alguna cosa estraña á su sustancia; pero que le sirve, ó de disposicion, ó de adorno: tal es la perfeccion de un hombre que tenga tales facciones en los miembros, un tal color en el rostro, un tal temperamento de humores. De aquí infiere sabiamente, que la perfeccion sustancial de la vida cristiana consiste en la caridad que nos une con Dios nuestro último y felicísimo fin, porque faltando ésta, toda perfeccion desfallece y muere; pero en las virtudes morales reside solamente la perfeccion accidental de la tal vida, en cuanto estas disponen al

(1) D. Thom. 2. 2. q. 184. art. 1. ad 2.

hombre á la consecucion y acrecentamiento de la caridad, y la sirven de lustre. Lo mismo enseña San Gerónimo en muchos lugares, hablando de la maceracion del cuerpo por medio del ayuno, que es verdadera virtud, pero solamente moral: pues escribiendo á Celanza le dice así: *cave, ne si jejulare, aut abstinere coeperis; putes, te esse sanctam. Hæc enim virtus adjumentum est, non perfectio sanctitatis.* (1) Advierte, le dice, que en comenzando á mortificar el cuerpo con abstinencias y ayunos, no te tengas por santa y perfecta; porque no consiste la perfeccion en esta virtud (lo mismo se debe decir de todas las otras morales, siendo una misma la razon de todas), sino solamente es ella una ayuda, una disposicion y un medio apto para adquirir la verdadera perfeccion. Este documento da tambien á Demetriade: *jejunium non perfecta virtus, sed cæterarum virtutum fundamentum est: gradus præbet ad summa scandentibus; non tamen si solum fuerit, virginem poterit coronare.* (2) El ayuno, dice el Santo, no es virtud perfecta, esto es, no es virtud que nos haga perfectos; pero es el fundamento de las virtudes, y es la escala por la cual se sube á la cumbre de la cristiana perfeccion, que solo reside en la caridad: y si el ayuno fuere solo, no podrá coronar á una vírgen como perfecta y santa. San Gerónimo tampoco reconoce en las virtudes morales otra perfeccion que la accidental á modo de ayuda y de instrumento para la consecucion de la perfeccion esencial de la caridad.

21 Quiero confirmar esta verdad con un hecho muy célebre en las historias eclesiásticas. En Antioquía un sacerdote ejemplar, por nombre Saprício, habia contraído desde sus mas tiernos años una tan estrecha amistad con un cierto secular llamado Nicéforo, que parecia inalterable. Sin embargo, por no sé qué ofensa que recibió de él, no solo rompió el vínculo de tan larga amistad; sino que trocó el amor en un odio tan implacable, que no queria verle, y huia de encontrarse con

(1) S. Hier. Epist. ad Celant. (2) Idem Epist. ad Demet.

él. Muchas veces se humilló con él Nicéforo pidiéndole perdón de su desatención, así por medio de otros, como por su propia boca; pero nada aprovechó para ablandar el corazón de Saprício, ni para hacer que diese la menor señal de paz y reconciliación. Con todo eso el sacerdote no haciendo escrupulo de un rompimiento tan grave de caridad, proseguía con sus palabras y ejemplo á animar al pueblo á la constancia en la santa fe entre las persecuciones que entónces se embravecían contra los fieles de la ciudad de Antioquía. Por lo cual llamado del Juez á su tribunal para dar cuenta de su fe, y preguntado quién era, respondió con santo atrevimiento: yo soy secuaz y sacerdote de Cristo, observo su ley y pido al pueblo su observancia; le honro, y promuevo en todo su culto. El tirano al oír este razonamiento para sus oídos muy atrevido, se encendió en ira, y mandó luego que fuese metido en cuestión de los mas atroces tormentos. Mas Saprício entre las heridas y sangre no desmayó un punto, ántes intrépido en medio de las penas insultaba al tirano, que ejercitando con tanta fiereza su bárbara potestad sobre su cuerpo, ningun poder tenia sobre su espíritu, que entre tantos tormentos se mantenía mas fiel que nunca á su Dios. Así que el Juez vencido de su constancia abandonó la empresa de atormentarlo mas, y le condenó á ser descabezado en público cadalso para terror de los cristianos. Ya Saprício salía de la prision alegre y festivo, mas á manera de triunfante que de delincuente, y ya entraba en aquella plaza que habia de ser la gloriosa estacada de sus combates y victorias: cuando sabida de Nicéforo su condenación, corrió precipitadamente, rompió entre la apretura del pueblo unido al funesto espectáculo, se arrojó repetidas veces á sus pies, y repetidas veces con lágrimas á los ojos le pidió perdón de su falta por amor de aquel Dios á quien él ofrecía en sacrificio su vida. ¿Pero quién lo creería? Tantas humillaciones, tantos ruegos y tantas lágrimas no fueron bastantes para enternecer aquel corazón de piedra; porque él infeliz volviendo el rostro á otra parte con enfado, no solo

no se dignó de responderle una palabra; pero ni aun de una vista amorosa. Ya habia desembainado la espada el verdugo para coronarle martir de Jesucristo; pero diré con S. Gerónimo que no merecia la corona de martir, ni aun era capaz de ella quien estaba privado de la caridad y de todas las otras virtudes: *non poterant martyrem coronare*. Y aun cuando hubiese caido desangrado debajo de aquella espada, ni aun entónces con toda su sangre, diré con S. Cipriano, hubiera lavado la mancha contraida contra la caridad. *Quam sibi pacem promittunt inimici fratrum?.... Tales etsi occisi in confessione nominis fuerint, macula ista nec sanguine abluitur. Inexpiabilis & gravis culpa discordiæ, nec passione purgatur.* (1) Al resplandor, pues, de aquella espada que relumbró sobre sus ojos tembló y se puso pálido Saprício, y alzando la voz, dijo: paraos verdugos, y decidme: ¿por qué causa me quereis quitar la vida? Porque tú, respondieron ellos, adoras á Jesucristo, desprecias los ídolos y los mandatos del Cesar. Pues si no hay otra causa por la cual haya de morir, replicó Saprício, yo reniego de Jesucristo, y estoy pronto á ofrecer incienso al simulacro del Dios Júpiter. Estas impías palabras sacaron lágrimas de dolor de los ojos de todos los fieles, y encendido en el corazon de Nicéforo un ardentísimo celo de la santa fe, que veia públicamente ultrajada de aquel pérfido, subiendo sobre el cadalso: yo, dijo, adoro aquel Cristo de quien este reniega: yo piso aquel vuestro Dios Júpiter á quien este impiamente adora: deseme á mí aquella muerte que este cobarde teme, á mí aquella palma que este vil rehusa. Al oír esto el verdugo enderezó á él aquel golpe que habia tenido suspenso sobre el cuello de Saprício, y á Nicéforo le dió aquella corona que el miserable Saprício habia perdido por su obstinado rencor. Hágase reflexion que á Saprício no le faltaban virtudes morales, porque era sacerdote ejemplar. ¿Qué generosidad no mostró en manifestar su fe al Juez? ¿Qué fortaleza en sufrir penas

(1) S. Cypr. lib. de simpl. pmlat.

tan atroces? ¿Qué constancia en insultar entre los tormentos al tirano? Y sin embargo todo esto de nada le sirvió, porque no tenia caridad. Luego en las virtudes morales no puede consistir la esencia de la perfeccion cristiana, mientras ellas solas sin la caridad, no bastan para perfeccionar, ántes ni aun para salvar á quien las posee. Luego en ellas no podrá hallarse otra perfeccion que la instrumental de que hablamos. Reflexionemos tambien sobre este hecho con Baronio, que en vano se cansa el cristiano en obrar grandes cosas, si está falto de caridad fraterna; pues sin esta bella virtud de nada sirvieron á Sapricio las heridas, de nada la sangre derramada, de nada las penas crueles que con tanta fortaleza habia tolerado: *Perspicuum tunc plane, sed pavendum editum est exemplum, quo fideles omnes admonerentur, frustra quæque magna conari hominem christianum, nisi fraternæ charitatis compage fuerit solidatus; cum Sapricius presbyter, vita jam oppignorata martyrio, quod odio flagraret in Nicephorum, ipsum prope ictum vibrante carnifice, Christum negans, idolis sacrificavit.* (1)

22 No quisiera que el lector sacase de esta sólida doctrina una consecuencia que le seria de grande obstáculo á los progresos que desea hacer en el camino espiritual. No quisiera, digo, que por ser los consejos y virtudes morales una perfeccion instrumental, que no entra á formar la esencia de la perfeccion cristiana, hiciese poco aprecio de los tales consejos y virtudes, y se apagase el deseo de ejercitarse en ellas; porque mostraria que no ha comprendido aun el significado de las tales palabras. El ser los consejos y las virtudes perfeccion instrumental del cristiano, quiere decir, que son aquellas tan necesarias para adquirir la perfeccion sustancial á que se debe aspirar, que sin ellas es imposible se pueda jamas conseguir. ¿Qué dirias tú de un literato grandemente deseoso de adquirir, ó la filosofia, ó la matemática, ó alguna otra ciencia; pero que sin embargo rompiese todos los libros, echase al fue-

(1) Baron. Ann. t. 3. an. 260. num. 32.

go las plumas y los papeles, y descuidase totalmente del estudio sobre el vano supuesto de que no consiste en estas cosas la ciencia, á que con sus deseos anhela? Nécio, le dirias: es verdad que en los libros, en las plumas, en el estudio no consiste la matemática y la filosofía, sino en los conocimientos científicos propios de las tales facultades altamente penetrados y bien comprendidos; pero las cosas dichas son los instrumentos, y los medios necesarios para adquirir los tales conocimientos, y por eso no es posible conseguir sin ellos la ciencia que tú deseas. Lo mismo se ha de decir en nuestro caso. Los consejos evangélicos, las obras buenas de supererogacion, las virtudes morales son los instrumentos, sin los cuales no es posible que de ley ordinaria pueda conseguirse la perfecta caridad; porque aunque puede Dios de poder absoluto infundir una caridad perfecta sin estas previas disposiciones, pero no suele hacer estos milagros. Por lo cual debemos procurar tanto mas el ejercicio de las tales obras y virtudes, cuanto mas deseamos de corazon nuestros adelantamientos. Y porque este es un punto de tanta importancia, y que de él depende la division de la presente obra, conviene que yo declare el modo con que el hombre por medio de las virtudes y de los consejos llega á la consecucion de una perfecta caridad, en la cual, como ya hemos dicho tantas veces, está la sustancia de su perfeccion.

23 Todas las artes de dos maneras llegan á perfeccionar sus obras, ó con añadir ó quitar alguna cosa á la materia sobre que trabajan. Asi el bordador con añadir á la tela hilo de oro ó de seda, forma su bordado: el pintor con añadir colores á su lienzo, forma su pintura. Al contrario, el escultor con quitar de un rudo tronco algunas astillas de leña, ó de una dura piedra algunos pedazos, perfecciona sus estatuas. Mas el cristiano no debe contentarse con el uno ó el otro de estos dos modos; sino que debe practicarlos ambos para perfeccionar el alma propia y formar una hermosa estatua, que merezca lograr un alto puesto en la córte del Paraiso. Debe en primer lugar quitar de sí los impedimentos que tiene para la infusion de un

perfecto amor; quiero decir, quitar los apegos y aficiones, abatir las pasiones desarregladas, arrancar las inclinaciones perversas que sirven de estorbo á la perfecta caridad y le impiden la entrada, y despues una plena y arraigada posesion en el alma. Esto se consigue por medio de las virtudes y de los consejos; porque con la pobreza voluntaria se aleja del corazon todo el apego y aficion á los bienes ~~carceros~~: con la castidad se abate el apetito de los placeres: con la obediencia se desarraiga la adherencia al propio querer. Por eso hablando S. Pablo de la vida célibe, dice, que no la manda, sino que solamente la aconseja por el motivo de que ella remueve los impedimentos de servir á Dios: *quod facultatem præbeat, sine impedimento Dominum obsecrandi.* (1) Despues con las virtudes morales se refrenan las pasiones desordenadas, que son todas enemigas juradas del santo amor; ahora moderando la ira, ahora la soberbia, ahora la pereza, ahora la gula, ahora algun otro apetito desarreglado que nos domina. Cuando vea despues la persona espiritual que ha quitado, sino del todo, á lo menos en gran parte estos impedimentos de la caridad, debe procurar de introducir positivamente en el alma las disposiciones que abran el camino á un mas perfecto amor, y le faciliten la entrada; lo cual se hace con los mismos consejos, y con las mismas virtudes; por quanto estas, vencidos ya sus contrarios, obran con mayor facilidad, se radican mas profundamente en el alma, toman plena posesion de ella, introducen una cierta concordia entre la parte inferior y la superior de su naturaleza discordes, y engendran una cierta paz, una cierta quietud, una cierta tranquilidad, una cierta pureza, que son las últimas disposiciones para recibir de Dios aquellas luces, y aquellas internas mociones que encienden la llama del divino amor, y la hacen crecer hasta producir tal vez incendios de caridad.

24 Se ha de observar que la misma naturaleza se sirve de estas artes para engendrar sus sustancias. Queriendo, por ejemplo, un fuego producir en algun leño otro fuego semejante á

(1) I. Cor. 7. 35.

si, destierra en primer lugar todas las cualidades enemigas que le son de estorbo: si en algun leño hay frialdad, con su llama y ardor la mitiga: si hay dureza, con su actividad la ablanda: si hay humedad, con su calor le hace poco á poco evaporar en un tenuísimo humo. Despues, cuando están ya apartados en gran parte los impedimentos, introduce una extrema sequedad y un ferviente calor, que son las positivas y últimas disposiciones, despues de las cuales se ve súbitamente levantar de aquel leño la llama y resplandecer el fuego. Por donde parece que la misma naturaleza se nos quiere hacer maestra de lo que debemos hacer, para encender en nuestros corazones el fuego del celestial amor, alejando primero del alma con el ejercicio de las virtudes, los impedimentos de las aficiones imperfectas y de las pasiones rebeldes; introduciendo despues por medio de las virtudes ya mas purgadas aquella quietud, aquella serenidad y aquella limpieza, que son las últimas disposiciones para despertar en el espíritu la mas ferviente llama de la caridad. Toda esta doctrina es de Casiano en la colacion arriba citada. *Omnia igitur hujus gratia gerenda, appetendaque sunt nobis. Pro hac sollicitudo sectanda est: pro hac jejunia, vigiliis, laboribus, corporis nuditatem, lectionem, cæterasque virtutes debere nos suscipere noverimus; ut scilicet per illas universis passionibus nostris illæsum parere cor nostrum, & conservare possimus, & ad perfectionem charitatis his gradibus inuitendo conscendere.* Todo lo que hacemos de bueno y virtuoso, dice, ha de dirigirse á purgar el corazon de las pasiones nocivas y conservarlo en paz, para que por estos grados subamos á la perfeccion, que en cuanto á la sustancia solo reside en la caridad perfecta.

25 Pero para que se forme un mas adecuado y cumplido concepto de la perfeccion cristiana, es menester hacer con el Angélico Doctor otra distincion muy oportuna, para la inteligencia de la presente materia. Dice el Santo, que la perfeccion esencial de la caridad no es cosa indivisible, que no tenga partes. Puede y debe dividirse en tres grados; uno ínfimo,

otro supremo, y el otro medio. El grado *ínfimo* de la caridad consiste en esto, que no se ame á alguno mas que á Dios, ó contra Dios, ó igualmente que á Dios; porque igualándose á Dios, ó posponiéndole á alguna cosa criada, se le hace una grande injuria, y se comete una culpa grave que destruye la caridad y la hace perecer del todo. Pero este grado *ínfimo* de perfeccion, aunque sea sustancial, como quiere el Santo Doctor, no es la materia de la presente obra; porque se halla en cualquier ramera infame, y en cualquier salteador de caminos que se convierta de veras y se ponga en gracia de Dios. El supremo grado de caridad consiste en un continuo y actual ejercicio de amor, por el cual está siempre ardiendo la persona en llamas de caridad. Esta perfeccion no puede tenerse en esta miserable vida; pero la poseeremos en la venidera: no pudiendo ahora, por causa de nuestras cotidianas ocupaciones, estarnos siempre á manera de girasoles celestiales contemplando la cara del Sol divino. El grado medio de caridad consiste en esto, que removidos los impedimentos, y adquiridas las debidas disposiciones, pueda la persona ejercitar con facilidad y con ardor los actos de la divina caridad, que es la perfeccion propia de esta nuestra vida á que debemos aspirar, y que será la materia de esta obra: *est autem infimus divinæ dilectionis gradus, ut nihil supra eum, aut contra eum, aut æqualiter ei diligatur: à quo gradu perfectionis qui deficit, nullo modo implet præceptum. Est alius gradus perfectæ dilectionis, qui non potest impleri in via, ut dictum est, à quo qui deficit, manifestum est, quod non est transgressor præcepti. Et similiter non est transgressor præcepti, qui non attingit medios perfectionis gradus, dummodo attingat ad infimum.* (1) Para entender bien el sentido de este texto, es necesario leer todo el presente y tambien el precedente artículo, cuya doctrina aquí se presupone. Mas para entender que el Santo Doctor en la perfeccion sustancial de la caridad distingue los tres referidos grados (que es ahora todo nuestro intento) bastan las citadas palabras.

(1) D. Thom. 2. 2. q. 148. art. 3. ad 2.

26 De aquí saco, con el Padre Suarez, que absolutamente hablando la perfeccion de la vida cristiana, en quanto abraza lo que le es esencial, y lo que le es instrumental, y en quanto expresa el modo práctico con que se debe ejercitar; consiste en el hábito de la caridad fácil, pronto y expedito para practicar con la debida plenitud y fervor los actos caritativos hácia Dios y hácia el prójimo. En la facilidad y expedicion para tales actos, se expresa la perfeccion instrumental; porque semejante prontitud, unicamente se alcanza con la remocion de los impedimentos, y con las próximas disposiciones que se introducen por medio de las virtudes morales y de los consejos. Y en el hábito de la caridad, inclinado ya y dispuesto á sus actos se expresa la formal esencia de la perfeccion cristiana: *perfectio spiritualis vitæ christianæ requirit puritatem & habilitatem quamdam in ipsamet charitate ad prompte operandum in tota sua materia, sive alliciendo, sive imperando; & ad cavendum non tantum omnia contraria; sed etiam defectus, qui fervorem ejus impedire possunt. Hic autem charitatis gradus sive adminiculo, & consortio aliarum perfectionum, quales sunt moderatio passionum, abnegatio rerum temporalium, & similes; haberi non potest. Ergo hæc omnia necessaria sunt ad perfectionem simpliciter vitæ christianæ.* (1) Lo cual, si bien se considera, todo se reduce al grado medio de caridad expresado del Angélico Doctor en el citado texto.

27 Mas ni aun todo esto basta para aquella labor de perfeccion que vamos ideando. Se requiere además el uso de todos aquellos medios que son necesarios para llevarla al fin. El remover de nosotros tantos estorbos que tenemos para conseguir el santo y puro amor: el introducir en nosotros aquellas disposiciones positivas con que se le previene la entrada: la práctica de tantas virtudes morales, y de tantos consejos con que se consigue lo uno y lo otro: el mismo ejercicio de la perfecta caridad, son todas cosas árduas y dificultosas; ni es posible conseguirlas sin poner muchos medios de meditaciones, oraciones,

(1) Suar. de Relig. tom. 3. lib. 1. c. 4.

sacramentos, exámenes, devociones, y de cosas semejantes. Tan imposible es conseguir algun fin, sin poner los medios idóneos, cuan imposible es llegar al término, sin pasar por el camino conducente, como dije desde el principio. Y si esto es verdadero, hablando aun de ciertos fines bajos y poco dificultosos; ¿cuánto mas verdadero será, hablando de un fin tan alto y de tanta monta, como es la perfeccion cristiana, y que lleva consigo cosas tan árduas y dificultosas? Luego para adquirir aquel hábito de caridad pronto, fácil y expedito, para practicar con fervor y plenitud los actos caritativos hácia Dios y hácia el prójimo, (en que decíamos consiste todo lo esencial de la perfeccion cristiana) se requiere tambien el uso de medios oportunos.

28 Presupuestas estas solidísimas doctrinas, la division de esta obra se viene por si misma con mucha naturalidad. Ella se dividirá en cuatro tratados. En el primero hablaremos de los medios que deben practicarse para conseguir la perfeccion cristiana: en el segundo de los impedimentos que se han de remover: en el tercero de las positivas y cóngruas disposiciones que conviene introducir: y en el cuarto finalmente de la caridad, en la cual como en su propio sér especialmente resplandece el lustre de la perfeccion cristiana. Los medios de que hablaré en el primer tratado, servirán así para quitar los estorbos, y para introducir las debidas disposiciones; como tambien para ejercitar con todo fervor, y hacer crecer el divino amor. Los impedimentos de que razonaré en el segundo tratado, serán todas aquellas cosas que se oponen á la caridad y le hacen guerra. Las disposiciones de que discurriré en el tercer tratado, serán los consejos y las virtudes morales; pero ya muy refinadas con la victoria sino cumplida, á lo menos muy aventajada de sus contrarios. La caridad de que hablaré en el cuarto tratado, será la que mira á Dios y al prójimo, segun sus grados de perfeccion. Y porque con la caridad va unida la fé y la esperanza, las cuales, siendo virtudes teologales, miran tambien inmediatamente á Dios; deberán en el mismo tratado ser materia de nuestros razonamientos. De esta suerte verá arregladamente el director todo

el orden de la perfeccion cristiana; verá los caminos por donde ha de guiar á sus discípulos, y en las advertencias que le irá siempre sugiriendo verá los peligros y los yerros de que se deberá cautelar en su conducta. Con lo cual espero que le saldrá felizmente el conducir muchas almas á Dios y al puerto felicísimo de su eterna bienaventuranza.

CAPITULO III.

LA PERFECCION DE LA VIDA CRISTIANA YA DECLARADA, se divide en tres grados que constituyen tres estados de perfeccion; y con esto se da mayor luz á la doctrina, y division puestas en los capítulos antecedentes.

29 **A**ntes de dar principio al presente capítulo, es necesario que haga una reflexion importantísima, la cual debe tener siempre delante de los ojos el director en todo el progreso de la presente obra: y es, que aunque nosotros hablaremos separadamente en los siguientes tratados, primeramente de los medios de la perfeccion, despues de los impedimentos, luego de las disposiciones próximas, y ultimamente de la caridad en que la perfeccion principalmente resplandece: pero no por eso se practican estas cosas sucesivamente una tras de la otra, en el modo con que aqui se tratan, sino todas juntamente, y al mismo tiempo se ejercitan del hombre espiritual. En el mismo tiempo que la persona devota pone los medios para subir á la perfeccion ayudándose de las meditaciones, de las oraciones, del uso de los sacramentos y de otras cosas semejantes; anda tambien extirpando las pasiones desordenadas que son los impedimentos; va adquiriendo las virtudes que son las disposiciones; y va ejercitándose en los afectos y en las obras de caridad, que es el fin de sus industrias, y de sus trabajos con que se perfecciona su espíritu. Y cuanto mas pone de estos medios, cuanto mas quita de los obstáculos, y cuanto mas introducen de las referidas disposiciones, tanto mas se va calentando con el fuego

del divino amor. No sucede en la labor de la perfeccion lo que pasa en la fábrica de los palacios terrenos, en los cuales mientras se echan los cimientos, no se trabaja el techo; y mientras se edifica el primer lienzo de viviendas, no se levanta el segundo. Aquí mientras se cavan los cimientos, quitando del fondo del alma los impedimentos, ya se va fabricando el techo de la divina caridad: y mientras se ponen las primeras piedras de las santas disposiciones, ya se comienza á ver alguna perfeccion en todo el edificio espiritual. Pero no obstante esto, el buen orden de la materia requiere que se hablé separadamente de las cosas dichas para que se entiendan mejor; y mejor se reconozca la labor que se debe hacer en la fábrica de la perfeccion cristiana.

30 En la perfeccion, pues, tanto esencial como instrumental de los fieles que hemos declarado, distinguen tres grados los Santos Padres, los cuales constituyen en las personas que los profesan, tres estados en alguna manera entre sí diversos. Santo Tomás pone en la caridad cristiana tres grados de aumento, al primero de los cuales llama caridad que comienza, al segundo caridad que aprovecha, y al tercero caridad perfecta: (1) de donde resultan despues en quien los posee los tres estados de incipiente, de proficiente y de perfecto. Funda el Santo esta doctrina en las palabras de S. Agustin, donde hablando de la caridad, dice: *ut perficiatur, nascitur; cum fuerit nata, nutritur; cum fuerit nutrita, roboratur; cum fuerit roborata perficitur.* (2) La caridad, dice Agustino, nace para ser perfeccionada; despues de ser perfeccionada se nutre y aumenta; despues de ser alimentada se corrobora; y despues de ser corroborada se perfecciona. Caridad que naciada se alimenta, forma el estado de los que comienzan: caridad que alimentada se fortifica, forma el estado de los que van aprovechando: caridad que fortificada llega á ser perfecta, forma el estado de las personas que ya son perfectas. Lo que hemos dicho de la caridad se debe decir tambien de cualquiera otra virtud, porque cada una tiene sus principios, sus adelantamientos y su propia per-

(1) D. Thom. 2. 2. q. 24. art. 9. in corp.

(2) S. Aug. tract. 5. in 1. Epist. Joan.

feccion; por lo cual cada una es capaz de formar estas tres clases. Lo afirma S. Gregorio: *unaquequæ virtus quibusdam gradibus augetur... Aliud namque sunt virtutis exordiu, aliud profectus, aliud perfectio.* (1) Cada virtud, dice el Santo, contiene algunos grados; porque una cosa es en la virtud (cualquiera que sea) su principio, otra su progreso; y otra su perfeccion. Lo mismo vuelve á decir en los Morales: *tres modi sunt conversoruu, inchoatio, medietas, & perfectio.* (2) El Angelico Doctor, despues de haber hecho la referida distincion de grados y de estados en sola la virtud teologal de la caridad, como hemos insinuado; en otra cuestion la extiende á toda la vida espiritual; y aun á toda facultad propia de la vida humana: *in omni humano studio est invenire principium, medium, & finem; & idèò. status spiritualis servitutis, & libertatis in tria distinguitur: principium, ad quod pertinet status incipientium; medium, ad quod pertinet status proficientium; et finem, ad quem status perfectorum spectat.* (3) En cualquiera facultad humana, dice el Santo, se encuentra principio, medio y fin. Y por eso toda buena razon pide que estas tres cosas se hayan de hallar tambien en la vida espiritual; y que en ella haya tambien principio, á que pertenece el estado de los principiantes; haya medio, que toca al estado de los que aprovechan; y haya fin, que conviene al estado de los perfectos. Lo mismo enseñan S. Bernardo, Hugo de S. Victor, Ricardo de S. Victor, (4) y continuamente todos los sagrados Dottores.

31 Mas ántes de explicar la diversidad que hay entre uno y otro de estos tres estados, es necesario presuponer, que en el camino de la perfeccion hay tres vias ó sendas, por las cuales se va al término de nuestra patria celestial: la primera se llama purgativa, la segunda iluminativa, y la tercera unitiva: distincion muy justa y conveniente, admitida de todos los escritores ascéticos y doctores místicos, y que sin grave temeridad no se puede reprobar; porque de Inocencio XI fué reprimido.

1) S. Greg. hom. 15. in Ezech. (2) Id. Mor. lib. 24. c. 7. (3) D. Thom. 2. 2. q. 183 art. 4. in corp. (4) S. Bern. de vita solit. ad frat. de mon. Del Hug. serm. 1. Ricard. de grat. char.

mida la audacia de Molinos, que tuvo el atrevimiento de reprobarla con aquella su proposicion 26. *Tres illæ viæ purgativa, illuminativa, & unitiva est absurdum maximum, quod dictum fuit in mystica.* (1) Proposicion temeraria debidamente herida del dicho Pontífice con el rayo de una justa condenacion. Ahora, estas tres vias corresponden á los referidos tres estados, ni hay persona espiritual, que animándose á caminar á la perfeccion, no ande por uno de estos tres caminos. Si es principiante, por la via purgativa; si proficiente, por la via iluminativa; y si es perfecta, por la via unitiva, como mas claramente veremos ahora.

32 El estado, pues, de los principiantes, es propio de aquellos que están si en gracia de Dios; pero tienen aun las pasiones vivas, y se ven obligados á combatir incesantemente para mantener en pie la caridad vacilante por los asaltos y golpes frecuentes de sus apetitos inmortificados. En el ejercicio de las virtudes no sienten éstos facilidad alguna; sino que las practican con mucha repugnancia. A este estado corresponde la via purgativa, que tiene por mira el purgar el alma de los pecados cometidos; el destruir y combatir los hábitos viciosos contraídos en la vida pasada; y el moderar las pasiones aun rebeldes y tumultuantes. El estado de los proficientes compete á aquellos que han reprimido y sosegado en parte el orgullo de sus pasiones, y por eso con facilidad se abstienen de toda culpa mortal, y se van ejercitando varonilmente en las virtudes morales y teologales; pero no tan facilmente se abstienen de pecados ligeros, por causa de los afectos y apetitos, que no están aun en ellos bien domados, ni bastantemente abatidos. A este estado corresponde la via iluminativa, que rica de mayor luz, tira con todo el esfuerzo el exterminio de las pasiones, y está toda embebida en el ejercicio de las sólidas virtudes. El estado de los perfectos conviene á aquellos que han vencido ya sus pasiones, y con facilidad se abstienen de todo pecado grave y ligero, y ejercitan facilmente los actos de las vir-

(1) Prop. 26. Mol. damn. ab Innoc. XI.

tudes, especialmente de la divina caridad. A este estado corresponde la via unitiva, en la cual el alma reducida á una agradable calma y tranquila serenidad, facilmente se une con Dios con el vinculo del santo amor. Esta explicacion es tomada del Angelico Doctor, el cual á nuestro propósito habla asi: *Primo quidem incumbit homini studium principale ad recedendum à peccato, & ad resistendum concupiscentiis ejus quæ in contrarium charitatis movent, & hoc pertinet ad incipientes; in quibus charitas est nutrienda, vel fovenda, ne corrumpatur. Secundum autem studium succedit, ut homo principaliter intendat ad hoc, quod in bono proficiat: & hoc studium pertinet ad proficientes, qui ad hoc principaliter intendunt, ut in eis charitas per augmentum roboretur. Tertium autem studium est, ut homo ad hoc principaliter intendat, ut Deo inhæreat, & eo fruatur: & hoc pertinet ad perfectos, qui cupiunt dissolvi, & esse cum Christo. (1)*

33 Declara el santo Doctor estos adelantamientos de espíritu con la paridad del aumento, que todo hombre hace en su propio cuerpo. Nace el hombre niño, y en aquella edad imperfecta no tiene uso de razon, ni aun el uso de los miembros, de que no sabe valerse; por lo cual conviene tenerlo apretado entre las fajas. Creciendo despues viene poco á poco á ser muchacho hábil para valerse de la razon, y aun para usar bien de los miembros y sentidos; pero en aquella edad se halla aun imperfecto acerca del buen uso de los miembros, de los sentidos y de la razon. Llega finalmente á ser hombre bien formado en todos los miembros del cuerpo, bien dispuesto en todas las potencias del alma; y en este estado puede obrar con plena perfeccion todos los actos humanos. Ahora, aquellos progresos, dice el Santo, que lentamente se hacen en el cuerpo, se hacen tambien insensiblemente en el espíritu, en el modo que antes hemos explicado. *Spirituale augmentum charitatis considerari potest, quantum ad aliquid simile corporali hominis augmento.*

34. Veamos todo esto puesto en práctica. Recibió S. Ignacio en la Compañia para el grado de coadjutor á un jóven, que

(1) D. Thom. 2. 2. q. 24 art. 9. in corp.

entranlo en el noviciado, llevó consigo un Crucifijo con nuestra Señora al pié, obra de mucho precio, y que el la estimaba muchísimo. Veía el Santo, que aquella alhaja no decia bien á un religioso y especialmente novicio, que no debe discordar de los demás en el uso de las cosas domésticas. Sin embargo calló, y no se la quitó. Despues cuando con el progreso del tiempo le vió ya radicado en las virtudes religiosas, dijo estas memorables palabras: *ahora que este hermano tiene el Crucifijo en el corazon, es ya tiempo de quitárselo de las manos.* (1) Asi lo hizo; ni el novicio se turbó un punto, como si jamás le hubiera tenido. Aqui se debe observar cual sea la variedad de los estados, y cual la diversidad de las fuerzas espirituales en quien se dedica á la consecucion de la perfeccion. Al principio que el jóven estaba aun pegado al mundo, y débil en la virtud no se arriesgó el Santo á quitarle aquel Crucifijo que tanto estimaba; porque veía que en aquel estado de principiante, no tenia fuerzas bastantes para desasirse. Cuando le vió despues enagenado ya del mundo, ejercitado en las virtudes, y que ardia ya en su corazon alguna centella del divino amor; entonces se lo quitó sin miramiento alguno y con feliz éxito; porque en este estado de proficiente las virtudes están mas robustas, y aguantan mas los peligros y las pruebas.

35 No quiero dejar de notar á este propósito, cuan diferentemente se portó este gran Santo con el Padre Pedro de Ribadeneyra, cuando siendo jóven estaba para emprender la carrera y casi se hallaba sobre la raya de la perfeccion religiosa; y cuando despues ya proveyo en edad y consumado en la perfeccion; se hallaba sobre la cumbre de la misma perfeccion. Este buen Padre, al principio de su noviciado casi en nada se acomodaba á la disciplina regular; y lo que es aun peor, servia de inquietud y enfado á los otros con sus ligerezas juveniles. Todos los Padres se quejaban de él: todos le juzgaban digno de un severo castigo, y aun merecedor de ser arrojado de la Religion como molesto. Pero S. Ignacio no solo no quiso jamas

(1) Virg. Nolarci vita S. Ignat.

despedirle, però ni aun castigarle con aquella severidad que parecia merecian sus pueriles defectos. Pero despues que el dicho Padre avanzado en edad era ya maduro, no menos en los años, que en la perfeccion; procedia el Santo muy diversamente con él, hasta llegar á imponerle ásperas penitencias por defectos muy ténues, de los cuales quizá delante de Dios aun no era culpable. Pues habiendo vuelto un dia tarde á casa, por haber acompañado hasta fuera de Roma á dos Obispos de la Compañia que iban á Etiópia, le impuso el Santo, que en pena de esta transgresion, bien que hecha en obsequio de la caridad fraterna, ayunase á pan y agua. ¿Mas por qué digo yo, usaria con un mismo sugeto ahora tanta condescendencia, y ahora tanto rigor? Porque conocia muy bien el Santo cuán diferentes eran las fuerzas del espíritu en los principios, en que se comienza á practicar la perfeccion; que al fin, cuando ya se ha alcanzado ésta, y la persona ha llegado á ser perfecta; y por eso queriendo el Santo corregir á sus súbditos, tenia puestos los ojos, mas al estado de perfeccion en que se hallaban, que á las faltas que cometian. Aprenda, pues, el director del ejemplo de este Santo, á saber discernir bien en sus discípulos los diversos estados de perfeccion que hemos declarado, si no quiere errar en su conducta.

36 Antes de acabar este capítulo, es necesario que de lo que hasta aquí se ha dicho, saque yo algunas reflexiones que ayudarán mucho al director para usar bien de la presente obra en provecho de sus penitentes. El primer tratado en que hablaré de los medios para la perfeccion, es comun á todas las almas en cualquier estado que se hallen; porque de la oracion vocal, de la mental, de los sacramentos, de la presencia de Dios, y de otras cosas semejantes, todos tienen necesidad, los principiantes, los proficientes, y los perfectos para aprovechar en su propio estado. El segundo tratado particularmente pertenece á los principiantes; porque á éstos especialmente conviene remover con incesante mortificacion los impedimentos de la caridad, que son los pecados, los malos hábitos y las pa-

siones desordenadas, como dice Santo Tomás: *illis in quibus charitas incipit, quamvis proficiant, principaliter cura imminet, ut resistent peccatis, quorum impugnatione inquietantur.* (1.) El tercer tratado particularmente conviene á los proficientes, los cuales habiendo enflaquecido ya mucho sus pasiones, atienden mas de propósito, con el ejercicio de las virtudes morales á adquirir las disposiciones que positivamente disponen el alma para el acrecentamiento de la divina caridad; por lo cual dice de estos el citado Doctor, *hanc impugnationem minus sentientes, jam quasi securius intendunt ad profectum.* (2.) El cuarto tratado compete á los perfectos, que vencidos los impedimentos de los principiantes, y adquiridas las virtudes de los proficientes, tienen por propio el estarse unidos con Dios por medio del santo amor. Por lo que dice de ellos el mismo Santo: *perfecti etiam in charitate proficiunt; sed non est ad hoc principaliter eorum cura; sed jam eorum studium circa hoc maxime versatur, ut Deo inhæreant.* (3.) Vea, pues, el director, que toda esta obra mira á conducir un alma ordenadamente por la via de la gracia ordinaria á la cumbre mas alta de la perfeccion.

CAPITULO IV.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR SOBRE la materia de los capitulos precedentes.

37 **A**dvertencia primera. En este articulo tengo solo que advertir alguna cosa acerca de los tres diversos estados de perfeccion que hemos mostrado, que hay de principiantes, proficientes y perfectos. Hemos dicho de los principiantes, que todo su cuidado debe estar puesto en domar las pasiones, que en ellos están aun muy vigorosas y rebeldes á la razon, y que no se halla aun en ellos facilidad y prontitud en el ejercicio de las virtudes. Hallará sin embargo el director algunos princi-

(1) D. Thom. 2. 2. q. 24. art. 9. ad 2. (2) Id. eod. loc. (3) Id. eod. loc. ad 3.

piantes tan fervorosos en sus oraciones, tan ansiosos de penitencias corporales, tan prontos á la obediencia y á la mortificación, que parece que están en ellos ya muertos todos los vicios, y apagadas todas las concupiscencias. Mas no se fie el director ni forme de ellos gran concepto, porque no es oro todo lo que reluce. Toda aquella facilidad que muestran estos á las buenas obras, es una bella apariencia de virtud, pero no es virtud verdadera; porque nace unicamente de una cierta gracia sensible, y de ciertas consolaciones espirituales que adormecen todas sus pasiones, y los impelen á lo bueno. Pero esto no es virtud, sino solamente efecto de una gracia suave y deleitable, que interiormente los mueve. La virtud es una facilidad para producir actos buenos; pero adquirida con el continuo ejercicio de tales actos, y radicada tan altamente en el alma que haya abatido y quitado las fuerzas á las inclinaciones contrarias; de manera, que no tengan estas ya bastante fuerza, ó tengan poca, para remover á la voluntad de su obrar recto y virtuoso; y esto en cualquier estado en que ella se halle, ó de sequedad, ó de consolacion. Mas todo esto no se adquiere, sino entre contrastes, entre tentaciones, entre trabajos, y con muchas y grandes victorias de sí mismo. Y por eso la verdadera virtud no puede hallarse en los principiantes, los cuales aun no han sido puestos en las pruebas de muchos y graves combates. Todos los dias vemos en los noviciados de las Religiones mas ejemplares, jóvenes fervorosos en las oraciones, prontos á toda observancia regular, fáciles á todo acto de humildad, de mortificación y de caridad. ¿Pero qué? Muchos de estos salidos del noviciado, los vemos en breve tiempo tibios en las oraciones, remisos en la observancia, y lentos en todo acto de religiosa virtud. Señal clara, que aquella facilidad á lo bueno que mostraban en los principios de su conversion, no era efecto de verdadera virtud, sino de la gracia sensible que interiormente los estimulaba. Por tanto no se engañe el director en formar concepto de los principiantes, ni se fie mucho de verlos comenzar con fervor.

38 Advertencia segunda. Acerca de los proficientes hemos dicho, que estos han mortificado ya mucho sus pasiones, y están todos empleados en el ejercicio de las virtudes. Sin embargo, hallará el director algunos de estos con las pasiones mucho mas alborotadas, que en cualquiera principiante, y aun de lo que lo estaban los mismos al principio de su vida espiritual. Lo hallará tambien con suma dificultad y extrema repugnancia en la práctica de cualquiera virtud. Mas de esto nada se maravilla, porque todo este desconcierto no proviene de ordinario de la natural constitucion de su interior, sino solo de la impugnacion externa de los demonios envidiosos de su aprovechamiento, y por especial permission de Dios, desoso de su mayor perfeccion. Debe, pues, saber el director, que hay almas virtuosas y muy fieles á Dios, á las cuales pone el Señor en un penosísimo estado, que llaman purgacion pasiva del sentido para refinarlas mejor en las virtudes. Afloja Dios al demonio la cadena, y deja que las envista con tentaciones horrendas de varias especies, que el comun de los fieles no suele experimentar. Les permite tambien un desconcierto y soltura estraña de las pasiones; y todo esto á fin de que peleando vigorosamente en tan fiera batalla, adquieran grandes virtudes, por medio de las cuales lleguen despues á una alta perfeccion, y muchas de ellas á algun grado de contemplacion infusa. Léase en la vida de Santa Maria Magdalena de Pazzis lo que padeció en el lago de los leones, en que Dios la puso (pues aquella era puntualmente la purgacion de que ahora hablamos,) y se verá en un alma, antes tan bien compuesta y tan altamente favorecida de Dios con tantos éxtasis y sublimes visiones, una tempestad tan fiera de pasiones, y un insulto tan horrendo de tentaciones, que mueve á piedad con solo leerlo en aquel libro. Ahora, este grande tumulto de pasiones que sucede á alguno de los proficientes, juntamente con aquella gran dificultad, y tal vez horror á las obras santas, no es cosa connatural á ellos, sino meramente accidental, como que proviene de causa estraña. En efecto, encesando la guerra atroz de los demonios, vuelven á su estado

natural con las pasiones moderadas y compuestas, y gozan de una tranquila paz. Y por eso no forme de ellos siniestros conceptos el director, sino que reputándolos por lo que eran antes que sucediese semejante soltura de pasiones, los debe tener por mejores, porque es grande el provecho que suele resultar de este interior desconcierto.

39 Advertencia tercera. Acerca de los perfectos hemos dicho, que estos han vencido todas sus pasiones, que no caen en culpas ligeras; y que ejercitan con facilidad los actos de caridad y viven unidos á Dios. Pero todo esto se debe entender en sano y recto sentido. En los números antecedentes he establecido ya estas dos verdades: la primera, que en este mundo infeliz no hay hombre tan perfecto, que no experimente jamás algun movimiento de pasión, ó rebelion del apetito sensitivo: la segunda, que no hay persona espiritual de conciencia tan pura y limpia, que no cometa jamás alguna culpa venial. Y por eso la perfeccion mas fina de los hombres santos se debe reducir á que las pasiones en éstos, estando ya mortificadas, se mueven muy ligeramente, y ellos con facilidad y presteza las vencen; y que los pecados ligeros que cometen no son plenamente deliberados, y despues muy prontamente los borran con obras santas y meritorias en que suelen ejercitarse. Asi lo entiende el Padre Suarez, (1) y lo enseña San Agustin: *ingredi sine macula non absurde ille dicitur, qui ad ipsam perfectionem irreprehensibiliter currit, carens criminibus damnabilibus; atque ipsa peccata venialia non negligens mundare elemosynis.* Aquel es perfecto, dice el Santo Doctor, que está libre de los pecados mas reprehensibles, que son puntualmente aquellos que se cometen con plena voluntad; y que despues se esfuerza de limpiar el alma de las culpas cometidas con limosnas y otras buenas obras. (2)

40 Ni tampoco requiere, dice el Angélico, el estado de nuestra presente perfeccion, que estemos siempre unidos á Dios con un continuo y jamás interrumpido ejercicio de amor: esta es perfeccion propia de la patria bienaventurada, y no ya

(1) Suarez. de Relig. tom. 3. c. 13. n. 22. (2) Aug. lib. 6. de perf. Justit.

de esta deleznable vida: *alia autem est perfectio, quae attenditur secundum totalitatem absolutam ex parte diligentis, proprii scilicet affectus secundum totum suum posse semper actualiter tendit in Deum: & talis perfectio non est possibilis in via, sed erit in Patria.* (1) A nosotros nos basta para ser perfectos, que nos unamos con facilidad con Dios cuanto nos permiten las ocupaciones en que quiere Dios que nos ocupemos en la presente vida.

41. Mucho menos puede consistir el estado de nuestra perfeccion en algun termino, aunque muy subido de ella, que nosotros no podamos traspasar, ni pasar mas adelante; porque es evidente, que todo hombre mortal puede y debe siempre crecer en perfeccion; y si el fuere perfecto, debe con mayor ardor que nunca aspirar á la perfeccion que le falta, porque esto mismo, dice S. Bernardo, pertenece á la perfeccion de su estado: *indefessum proficiendi stimulum frangit equus ad perfectionem, perfectio reputatur.* (2) El incansable deseo de ir adelante en la perfeccion, y el continuo esfuerzo de conseguirla, es la misma perfeccion. Queriendo encerrar en pocas palabras todo lo que se ha dicho en este numero, dire así: que el estado de perfeccion en esta vida es aquel, en que los movimientos del apetito son lentos, remisos y raros, y se vencen con prontitud y facilidad, no se cometen con plena voluntad pecados ligeros, y uniéndose el alma con Dios con mucha facilidad y con la mayor continuacion que le es posible, aspira con mas ardor y esfuerzo que jamas á la altura de la perfeccion.

42. Advertencia quarta. Si desea el director que sus documentos sean útiles á las almas que le tomado debajo de su direccion, procure siempre que se perfeccionen en aquel estado en que actualmente se hallan, ni pida de ellos la perfeccion del estado mayor. Sepa compadecerse de ellas y tolerarlas en lo que las falta, acordándose que ninguno puede obrar mas de aquello que llevan sus fuerzas. El documento es de San Bernardo: *ab omnibus perfectio exigitur, licet non uniformis: sed si incipis, incipe perfecte: si jam in profectu es, & hoc ipsum perfecte age*

(1) D. Thom. 2. 2. q. 184. art. 2. in corp. (2) S. Bera. Epist. 253.

si autem perfectionis aliquid attigisti, te ipsum in te ipso meliores & dic cum Apostolo: non jam quod apprehenderit, aut jam perfectus sim: sequor autem, si forte comprehendam, in qua comprehensus sum &c. (1) Palabras todas dignas de ser escritas con letras de oro. De todos, dice el Melituo, se pide la perfeccion cristiana, pero no de todos igualmente. Si eres principiante, comienza perfectamente. Si eres proficiente, obra conforme á la perfeccion de este estado. Si despues te parece haber conseguido algun grado de perfeccion, midete á ti mismo, y segun lo que te falta, procura ir adelante. A este fin he declarado los tres referidos estados de perfeccion, y he mostrado la diversidad que pasa entre uno y otro, para que sabiéndolos discernir el director en sus discipulos, segun la exigencia y fuerzas del propio estado, guie con discrecion y destreza á cada uno á la perfeccion.

ARTICULO II.

EL PRIMER MEDIO PARA ALCANZAR LA PERFECCION CRISTIANA DEBE SER EL DESEARLA, Y NO AFLOJAR JAMÁS EN LOS TALES DESEOS, ANTES EXTENDERLOS SIEMPRE Á MAYOR PERFECCION: SE PROPONEN LOS MOTIVOS PARA DESPERTAR Y AVIVAR MAS LOS TALES DESEOS.

CAPITULO PRIMERO.

SE MUESTRA QUE EL DESEO DE LA PERFECCION cristiana es medio necesarísimo para conseguirla.

43 **D**ice S. Agustin, que el camino de un buen cristiano es un continuo deseo de su perfeccion. *Tota vita christiani boni sanctum desiderium est*, (2) porque si él no criara en su corazon estos santos deseos, seria si cristiano, pero no buen cristiano; porque los deseos, como enseña el Angélico, son los que disponen nuestros ánimos, y los hacen hábiles y aparejados para recibir el bien que les es proporcionado: *desiderium quodam-*

(1) S. Bernad. de vita Solit.

(2) S. Aug. tr. 4. in 1. Epist. Joan.

modo facit desiderantem aptum & paratum ad susceptionem desiderati. (1) Y por eso así como no hubo jamás hombre en el mundo que consiguiese la perfección de algún arte mecánica ó liberal, sin que primero desease eficazmente conseguirla, así tampoco hubo ni habrá jamás en la Iglesia de Dios fiel alguno que llegue á poseer la perfección cristiana, sin que desee con grande ardor alcanzarla.

44 Para penetrar vivamente una verdad tan importante, es preciso inquirir la razón que nos la persuade. Los deseos de los bienes espirituales, dice el citado Doctor Angélico, en dos lugares tienen su asiento, y hacen en ellos como su residencia; ó en la parte racional y superior del hombre donde nace, ó en la parte animal é inferior del mismo, en que tal vez por una cierta redundancia se bajan y la encienden hácia aquellos santos objetos, para que también el cuerpo se coligue con el espíritu, para promover sus espirituales adelantamientos: *appetitus sapientiæ*, dice el Angélico (2) *vel aliorum spiritualium bonorum interdum concupiscentia nominatur, vel propter similitudinem quamdam, vel propter intensionem appetitus superioris partis; ex quo fit redundantia in inferiorem appetitum, ut simul etiam inferior appetitus suo modo tendat in spirituale bonum consequens appetitum superiorem, & etiam ipsum corpus spiritualibus deserviat.* Los deseos santos cuando se despiertan en la parte superior y racional, no son otra cosa que un movimiento afectuoso de la voluntad hácia aquellos bienes espirituales, que aun no se poseen; pero se conocen asequibles. Observe bien el lector estas palabras si quiere hacer una exacta anatomía de los tales deseos. Dije que los deseos miran siempre aquellos bienes que no se poseen; porque los bienes ya adquiridos no causan deseos en nuestra voluntad; sino alegría, gozo y contento, y así un ambicioso cuando llega á tomar posesión de la dignidad y honores, no los desea ya mas, sino que se goza y complace de tenerlos. Dije que el deseo tiene siempre por objeto los bienes posibles de alcanzarse; porque los bienes imposibles

(1) D. Thom. 1. p. q. 12. art. 6. in corp. (2) D. Thom. 1. 2. q. 30. art. 1. ad 1.

de conseguirse no mueven á deseo, sino á desesperacion. Así un viandante que está deseoso de llegar presto á su patria, desea tener agilidad en los pies, pero no alas en las espaldas, porque aquella es posible, mas estas son imposibles de conseguirse.

45 Detengámonos ahora un poco sobre esta doctrina, ya que és efficacísima, para demostrar la verdad de nuestro asunto. Hemos dicho que el deseo es un movimiento de la voluntad hácia un bien posible y conveniente para poderlo conseguir. Si el cristiano, pues, no desea la perfeccion, es cierto, que su voluntad no se mueve con algun acto afectuoso hácia ella para abrazarla y poseerla; sino que está parada, está Perezosa, está lenta, está inmoble. ¿Cómo, pues, es posible que pueda conseguirla? ¿Puede llegar al término uno que no se mueve de la raya? ¿Cómo podrá, pues, llegar á la perfeccion una voluntad que no se mueve hácia ella con sus actos, mayormente cuando la perfeccion cristiana es un bien tan árduo, que no se alcanza sino por medios dificiles, todos libres, electivos y dependientes del arbitrio de la voluntad? Así que no moviéndose nada una voluntad desnuda de deseos, ni inclinándose á cosa alguna para la consecucion de la perfeccion, ¿cómo podrá vencer aquella arduidad? ¿Cómo podrá elegir con fortaleza y perseverancia aquellos medios tan dificultosos?

46 Estos deseos, pues, cuando de la parte superior pasan á la inferior, son ciertos afectos sensibles, son ciertas pasiones santas que tiran á la posesion de aquellos mismos bienes espirituales, á que ya la voluntad aspira con sus actos. Y es increíble cuanto ayudan para los adelantamientos en la perfeccion estos deseos sensibles; porque dilatan el apetito sensitivo, animan la voluntad, la confortan, la corroboran, y casi ensanchan los senos del alma, y la hacen capaz de grandes bienes. Explica esto S. Agustin con un ejemplo muy acomodado: *desiderando, capax efficeris, ut cum venerit quod videas, implearis. Sicut enim si velis implere aliquem sinum, & nosti, quàm magnū est, quod dabitur extendens sinum vel sacci, vel utris, vel*

alterius rei, nosti, quantum missurus es: & si videas, quia angustus est sinus, extendendo facis capaciore: sic Deus differendo extendit desiderium, desiderando extendit animum, extendendo facit capacem. Desideremus ergo, fratres, quia implendi sumus. Videte Paulum extendentem sinum, ut possit capere, quod venturum est. Ait: non quia jam acceperim, aut jam perfectus sim, fratres, ego me non arbitror apprehendisse. Quid ergo agis in hac vita, si nondum apprehendisti? Unum autem, quæ retrò oblitus, in ea, quæ ante sunt, extensus, secundum intentionem sequor ad palmam supernæ vocâtionis. (1) Dice el Santo, que así como debiendo uno recibir alguna gran cantidad de hacienda, ensancha los senos del saco ó del odre, para hacerlo mas capaz para recibir las tales cosas; así los deseos dilatan y ensanchan los senos del espíritu, y le hacen capaz para recoger en sí grandes bienes espirituales. Y trae el ejemplo de San Pablo, el cual dice, que olvidándose de lo pasado se extendia á sí mismo con sus deseos para hacerse capaz de recibir aquella mayor perfeccion que le faltaba que conseguir. De aquí deduce el Santo Doctor, que toda la vida del cristiano ha de ser un continuo ejercicio de virtud por medio de los deseos santos: *hæc est vita nostra; ut desiderando exerceamur.* Si todo esto es verdadero; ¿qué progresos en la perfeccion se podrán esperar, de quien no la desea, mientras con la parte superior del alma nada se mueve hácia ella, y con la parte inferior nada se enciende? En la voluntad es lento y remiso, y en el apetito sensitivo está cerrado y estrecho: en suma, no cuida de ella, no la aprecia, y vive muy olvidado. Ciertamente, es tan imposible que dé un paso en el camino de la perfeccion, como es imposible que camine hácia algún término el que no se mueve. Vea, pues, el director que estos deseos han de ser la primera piedra que ha de echar en el alma de los penitentes, en quienes quiere levantar el bello edificio de la perfeccion cristiana. Esta ha de ser la semilla de aquel árbol que ha de producir fruto de toda virtud, y sobre todo la manzana

(1) S. Aug. tr. 4. in Epist. 1. Joan.

de oro de la divina caridad. Sin esta piedra fundamental, y sin esta semilla fecunda, es necedad pensar que pueda conseguir su intento.

47 Sirvame de testimonio para esto aquel jóven secuaz del mundo y de la vanidad, que herido altamente de Dios en el corazon con el dardo de una vehemente inspiracion, se encendió tanto en deseos de su eterna salud y de su perfeccion, que luego al punto se resolvió de consagrarse todo á Dios en uno de aquellos monasterios, que entónces en lugares yermos y solitarios florecian en santidad. El impedimento mayor que se atravesaba para la ejecucion de sus santos deseos, no eran las riquezas, las honras, los placeres y vanidad mundana; pues hecho ya robusto con la fuerza de sus fervorosos deseos, al punto pisó con gran corage todas estas cosas. El mayor obstáculo fué la madre con sus halagos y ruegos. Los primeros asaltos que ésta le dió, fueron sus lágrimas, y despues de las lágrimas, fueron algunas palabras interrumpidas con llanto. Deciale, pues, ahora en la edad avanzada en que estoy, tú me quieres abandonar? ¿Quieres que yo muera apesadumbrada y descontenta? No, replicaba el jóven, yo no quiero vuestro descontento, ni vuestra muerte, sino solamente quiero salvar mi alma: *volo salvare animam meam*. ¿Y qué? proseguia la madre; ¿no puedes por ventura salvarla en el siglo? ¿No puedes acaso salvarla, viviendo cristianamente en tu casa? Si, respondia el hijo; pero yo quiero salvarla con seguridad; y por eso me quiero ir á los desiertos y soledades para hacer vida perfecta y santa. Luego, replicaba la afligida madre, ¿luego serán perdidos para mí tantos gastos como he hecho para conducirte á esta edad y á este estado; perdidos tantos cuidados, tanta solicitud, y tantos trabajos, y me quedaré aqui sola á llorar mi desventura? No tengo mas que decir, respondia el hijo: *volo salvare animam meam*. Dadme vuestra grata licencia, madre mia, porque me ha entrado en el corazon un deseo tan vivo de mi salud y perfeccion que no puedo resistirlo, y me es preciso ejecutarlo. Con esta máxima sostenida constantemente conquis-

tó el corazon de la madre, y lleno de grandes deseos de la perfeccion, se fué volando al monasterio. Llegado á él, se entregó con gran fervor de espíritu á la penitencia, á la mortificacion, á la oracion y al ejercicio de todas las virtudes religiosas. ¿Pero qué sucedió? No se como comenzó poco á poco á aflojar en estos sus grandes deseos, despues á entibiarse, hasta llegar á una verdadera frialdad. De manera, que aquel que antes daba con las alas de sus deseos sublimes vuelos hasta las puertas del Paraíso, poco despues, abatido de su grande frialdad, estuvo ya caido hasta las puertas del infierno, adonde hubiera sido seguramente precipitado, si su madre no hubiera venido del cielo á encenderle en el corazon sus antiguos deseos. Porque hallándose el infeliz monge oprimido de una grave enfermedad fué llevado en espíritu al tribunal de Dios, donde juntamente con otros, que debian ser juzgados, encontró á su madre. Luego que esta le vió *¿quid hoc est, fili?* le dijo: *¿Et tu in hunc locum condemnationis venisti? ¿Ubi sunt sermones illi, quos loquebaris, dicendo: salvare volo animam meam?* (1) ¿Qué es esto hijo? ¿Tú tambien has venido á este lugar como reo de condenacion? ¿Y dónde están aquellos santos deseos de salvar tu alma, y de salvarla con seguridad entre los rigores del cláustro? Esta reprehension de la madre hizo en él tan grande impresion, que vuelto en sí, y convalecido de su enfermedad, se encerró en una pequeña celda, y sin salir jamas de ella no hizo otra cosa en lo restante de su vida, que llorar sus pasados yerros. Adviertase en este suceso la grande fuerza que tienen los deseos santos de despearnos de todo cuanto agradable nos puede dar el mundo, y de llevarnos á la cumbre de la mas alta perfeccion: y al contrario, cuan poco podemos, si nos hallamos faltos de los tales deseos. La misma madre de aquel monge desviado, no halló otro modo para reducirle al camino de la perfeccion, y aun de la salvacion, que avivarle en el corazon sus antiguos deseos, con traérselos nuevamente á la memoria. De aqui, pues, ha de comenzar el

(1) In lib. doct. PP. lib. de comp. n. 5.

director su trabajo espiritual en las almas que quiere perfeccionar, acordándose siempre de las palabras de San Agustín: *hæc est vita nostra, ut desiderando exerceamur*, que la vida de un perfecto cristiano no es otra cosa que andar adelante en el ejercicio de las virtudes con el impulso de los buenos destos.

CAPITULO II.

EL PRIMER MOTIVO PARA DESPERTAR LOS DESEOS de la perfeccion, es la obligacion que todos tenemos de procurarla.

48 **E**l motivo mas poderoso de que se debe valer el director para sacudir la tibieza de algunos fieles, que contentos de no cometer culpas graves, no cuidan de mejorar su vida; es ciertamente representarles la obligacion que Dios impone á cada uno de atender á la perfeccion de su propio estado. Jesucristo habla claro en este particular, y habla á todos: *estote ergo vos perfecti, sicut & Pater vester cœlestis perfectus est.* (1) Nos impone el Redentor que seamos perfectos, y nos propone por idea de la perfeccion á que debemos aspirar, la misma perfeccion de su Eterno Padre. Santiago Apóstol quiere que seamos enteramente perfectos y en ninguna cosa defectuosos: *patientia opus perfectum habet, ut sitis perfecti & integri, in nullo deficientes.* (2) San Pablo nos ordena que estemos siempre armados contra los asaltos de nuestros enemigos, y que seamos perfectos en todas las cosas: *accipite armaturam Dei, ut possitis resistere in die malo, & in omnibus perfecti stare.* (3) El mismo Apóstol no contento de que seamos perfectos en nuestra voluntad, quiere que tambien lo seamos en el entendimiento, conformándolo con los sentimientos de otros, y huyendo de la diversidad de pareceres: *obsecro autem vos, per nomen Domini nostri Jesu-Christi, ut illipsum dicatis omnes, & non sint in vobis schismata; sitis autem perfecti in eodem sensu,*

(1) Matth. 5. v. 48. (2) Jac. 1. 4. (3) Ephes. 6. 13.

& in eadem sententia. (1) Así que no se puede dudar que todos estamos obligados á procurar aquella perfeccion que es mas conveniente á nuestra condicion.

49 Mas porque segun el diverso estado de las personas, es diversa la perfeccion que deben ellas practicar; el director para proceder discretamente y con la debida rectitud, es menester que distinga entre los penitentes que son religiosos con-sagrados á Dios con los santos votos, y los penitentes que son seculares libres y dueños de sí mismos; para que no agrave á uno mas de lo debido, ni exima á otro de las obligaciones que le son propias. Si su penitente fuere religioso ó religiosa, debe acordarle frecuentemente aquella doctrina del Angélico Doctor, recibida del comun de los Teólogos, que si bien no está obligado á ser perfecto, pero tiene obligacion bajo de pecado grave de caminar y aspirará la perfeccion. Ha de significarle que habiéndose dedicado á la Religion con la solemne profesion, es á manera de un mozo que ha entrado en la tienda de un herrero ó carpintero para aprender el arte; porque así como éste, aunque no está obligado á hacer perfectamente las obras de hierro, ó de madera, tiene obligacion de perfeccionarse en su arte, y aunque no sea digno de reprehension por algun yerro que cometa en su labor, sería digno de reprehension y de castigo, si no se fuese enmendando y mejorando cada dia, así aquel no será delante de Dios digno de reprehension, sino fuere perfecto; porque la Religion en que ha entrado, no es una congregacion de personas perfectas, sino una escuela de perfeccion; pero será gravemente culpable y merecedor de castigo, si no atendiere á la perfeccion, á que se ha obligado con la profesion religiosa, y no anduviere corrigiendo y perfeccionando su vida por aquellos medios que su Religion le prescribe. Vé aqui las palabras del Santo Doctor: (1) *status autem Religiosi est quædam disciplina, vel exercitium ad perfectionem perveniendi: ad quam quidem aliqui pervenire nituntur exercitiis diversis, sicut etiam medicus ad sanandum uti potest diver-*

(1) I. Cor. 1. 10. (2) D. Thom. 2. 2. q. 186. art. 2. in corp.

sis medicamentis. Manifestum est autem, quod ille, qui operatur ad finem, non necesse convenit, quod consecutus sit finem, sed requiritur, quod per aliquam viam tendat ad finem; & ideo qui statum Religionis assumit, non tenetur habere perfectam charitatem, sed tenetur ad hoc tendere, & operam dare, ut habeat charitatem perfectam. A esto vienen á dar aquellas gravísimas palabras, que S. Geronimo escribe á Eliodoro, el cual abandonada la milicia, se habia hecho monge, y dedicado á Dios con los santos votos. *Tu autem perfectum te fore pollicitus es, nam cum derelicta milítia, te castrasti propter regna cælorum, quid aliud, quam perfectam secutus es vitam? Perfectus autem servus Christi, nihil præter Christum habet: aut si quid præter Christum habet, perfectus non est. Et si perfectus non est, cum se perfectum fore, Deo pollicitus est, ante mentitus est: os autem, quod mentitur, occidit animam.* (1) Eliodoro, le dice el Santo Doctor, acuérdate que has prometido á Dios el ser perfecto. Cuando tú abandonada la milicia terrena juraste en el monasterio castidad, movido del deseo de la Patria celestial ¿qué otra cosa hiciste, sino profesar delante de Dios una vida perfecta? Mas advierte que un perfecto siervo de Jesucristo no tiene otra cosa en el corazon que á Jesucristo; ó si otra cosa tiene, no es perfecto siervo de Jesucristo. Y si no es perfecto habiendo prometido serlo, es delante de Dios un mentiroso, y está ya muerto á sus ojos. Pero se ha de advertir, que S. Gerónimo (como nota Suarez sobre éstas palabras) no pretende decir que Eliodoro hubiese ya de estar en la plena posesion de aquella fina perfeccion que expresa el Santo en su carta, sino solo que estaba obligado á aspirar á ella con los deseos, y á esforzarse á conseguirla con las obras. Con todo eso son palabras muy expresivas para poner en grande aprehension y cuidarlo á cualquiera religioso lento, tibio y negligente del divino servicio.

50 De aquí se saca en primer lugar que todo religioso está gravemente obligado á la observancia de los tres votos,

(1) S. Hier. Epist. ad Heliod.

pobreza, castidad y obediencia, que son puntualmente aquellos consejos que nos ha dado Jesucristo en el Evangelio, y que el religioso ha ya abrazado con solemne voto para llegar á la perfeccion. *Si vis perfectus esse, vade, & vende omnia, quæ habes, & da pauperibus, & sequere me.* En segundo lugar, que está obligado gravemente á la observancia de sus reglas, que son los medios, con los cuales en la profesion que ha hecho en su religion, se ha obligado á caminar á la perfeccion. Asi lo enseña Santo Tomás: *similiter etiam non tenentur ad omnia exercitia, quibus ad perfectionem pervenitur; sed ad illa, quæ determinatè sunt ei taxata secundum regulam, quam professus est.* (1) El religioso, dice el Santo, no está obligado á todas aquellas prácticas y ejercicios espirituales que pueden encaminarse á la perfeccion, sino solo á aquellos que le están señalados por la regla que ha profesado.

51 Aqui experimentará el Director que luego le dan aquella respuesta, de la cual tantos religiosos toman ocasion de vivir relajadamente; esto es, que su regla no obliga debajo de pecado alguno. A esto debe replicar con Santo Tomás, que si bien en la transgresion de ésta, ó de aquella regla que no es de precepto, sino solo de consejo, no se halla pecado mortal, si esto se hace por condescender á alguna pasioncilla, ó por dar algun pasto al amor propio ansioso de libertad, y ageno de toda estrechéz y mortificacion, (aunque en tales casos el religioso inobservante no va exento de pecado venial, por causa de los motivos no rectos ni racionales de que se mueve á la transgresion de la regla): con todo eso, si las tales transgresiones se hacen con desprecio de las reglas, se comete pecado grave: *regula quantum ad ea, quæ excedunt communiter necessitatem præcepti, non obligat ad mortale, nisi propter contemptum.* (2) Porque, como dice Cayetano sobre este lugar, en el desprecio de las reglas hay un desprecio interpretativo de Dios, que con modo especial las inspiró á los santos Legisladores, de quienes fueron promulgadas á sus reli-

(1) D. Thom. 2. 2. q. 186. art. 2. in corp. (2) D. Thom. 2. 2. q. 186. 9. art. in corp.

gias familias. Este desprecio, dice el mismo Santo Doctor, consiste en que el religioso no quiera sujetarse á alguna regla, y de aqui pase adelante á traspasarla con desenfreno y atrevimiento. Oigamos sus palabras: *dicendum, quod tunc committit aliquis, & transgreditur ex contemptu, quando voluntas ejus subjici renuit ordinationi legis, vel regulæ, & ex hoc procedit ad faciendum contra legem, vel regulam. Quando autem é converso, propter aliquam particularem causam (puta concupiscentiam, vel iram) inducitur ad aliquid faciendum contra statuta legis, vel regulæ, non peccat ex contemptu, sed ex aliqua alia causa: etsi frequenter ex eadem causa, vel ex alia simili peccatum iteretur.*

(1) Lo mismo dice San Buenaventura, especialmente en sus constituciones. (2) Y aqui se ha de observar, que el Angélico despues de haber dicho que las particulares transgresiones de las reglas que no obligan, hechas sin formal desprecio, no encierran en sí pecado grave: añade al punto, que semejantes inobservancias si se cometen frecuentemente, llevan poco á poco al religioso á un verdadero desprecio de sus reglas y á la culpa mortal, y por consiguiente tambien á la eterna ruina; porque prosigue diciendo: *sicut Augustinus dicit in libro de natura & gratia, quod non omnia peccata committuntur ex contemptu superbiæ. Frequentia autem peccati dispositive inducit ad contemptum, secundum illud Proverb. 18. Impius cum in profundum venerit peccatorum, contemni.* Se ha de observar aun, que si bien violando la persona religiosa ahora esta regla, y despues la otra, por condescender con sus imperfectas inclinaciones, se excusa de pecado mortal mientras la inobservancia no pase á positivo desprecio; con todo esto, está obligado gravemente á tener, á lo menos en general, voluntad y ánimo resuelto de observar sus reglas; porque habiéndose obligado en su profesion á procurar aquella perfeccion que es propia de su instituto, se ha obligado tambien á practicar aquellos medios que son necesarios para conseguirla, los cuales ciertamente no son otros para él que sus reglas. Esta

(1) Idem ibidem in resp. ad 3.

(2) S. BONAV. lib. de precep. & disp. & in constitut.
Tom. I. 8

obligacion, pues, de caminar á la perfeccion con la observancia de sus votos y reglas, entóne frecuentemente el director á los oidos de su penitente ó penitenta religiosa; porque esto solo (si en la realidad ha quedado en ellos algun vestigio de santo temor) bastará para despertar en sus corazones deseos de la perfeccion y ansias de conseguirla: lo que entonces debe hacer con mas voluntad y ahinco, cuando los ve tibios, remisos y flojos en el divino servicio.

52 Si el penitente fuere secular, ¿cuál obligacion deberá imponerle? Esté cierto el director, que con éstos tendrá mas trabajo que con las personas religiosas, para apartarlas de su frialdad; porque los seculares están en una nécia persuasion de que la perfeccion es cosa propia de religiosos y de monjas, y que á ellos en nada les pertenece: que les basta guardar los mandamientos de Dios y de la santa Iglesia con poca atencion, y en cuanto á la sustancia; y con esto solo creen que han cumplido con todas sus obligaciones. Algunos se adelantan hasta burlarse de aquellos seculares devotos que frecuentan los sacramentos, las oraciones y las iglesias: que se ejercitan en obras de caridad con el prójimo: que proceden con el debido retiro y modestia, llamándolos con el apodo de cuello torcidos, hipócritas, beatos, santurrones y con otras semejantes palabras de escarnio, indignas de proferirse de una lengua cristiana, que profesa y venera la doctrina de Cristo. Estos necesitan ser instruidos y desimpresionados de un engaño tan pernicioso. Y á este fin se les ha de preguntar, que cosa entienden por esta palabra *perfeccion cristiana*. Si respondieren que entienden aquella perfeccion mas alta y mas árdua que se encierra en los tres consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, tienen razon de eximirse de una tal perfeccion; porque no habiendo sido llamados á la religion, no están obligados á despojarse de sus bienes, á renunciar el matrimonio, á profesar vida célibe y continente, y á sujetarse espontáneamente á la obediencia de algun superior que les gobierne en todas sus acciones. Pero si por este vocablo *perfeccion cristiana* entienden los otros consejos, y especialmente

algunos preceptos acerca de materias fáciles que Dios ha impuesto à toda la universalidad de los fieles; como, por ejemplo, vivir desasidos de la hacienda y del dinero, aunque se posea, y hacer de él buen uso, empleando parte en limosnas, y en cosas que miran al culto divino: huir no solo de los deleites ilícitos, sino aun de las ocasiones y de los incentivos, no solo próximos, mas aun de los que no son muy remotos, que alhagan, y atraen á los incautos á los tales placeres; procediendo con el debido retiro, modestia y circunspeccion en conversar: sujetarse á un padre espiritual acerca del gobierno interior de la propia conciencia: despreciar las pompas, el fausto y soberbia mundana; y si el propio estado pidiere un porte decoroso, mantener entre el esplendor del tratamiento exterior el abatimiento interior del corazon, y la humildad tan propia de un secuaz de Jesucristo: sufrir con paciencia las injurias, las adversidades y los trabajos: amar á los enemigos, absteniéndose no solo de todo acto interior de sentimiento, sino tambien de toda señal exterior de enemistad: mortificar las propias pasiones, y no darles desahogo irracional: guardarse de pecados veniales, especialmente deliberados: frecuentar los santos sacramentos: orar frecuentemente: considerar y hacer frecuentes reflexiones sobre las máximas de nuestra santa fé, que tienen tanta fuerza para refrenarlos, y para hacer que procedan con cautela entre tantos peligros en que viven, y hacer otras mil cosas que son encomendadas de Dios: aunque su transgresion, por ser de materia ligera, no engendre en las almas culpa grave; ó son aconsejadas de Dios porque son cosas, sin las cuales es moralmente imposible vivir virtuosamente: si ellos, digo, por esta palabra *perfeccion cristiana*, entienden las tales cosas, y con todo eso dicen que no están obligados á ejecutarlas, porque son seculares que viven en medio del mundo; se engañan enormemente, porque á la dicha perfeccion están obligados todos aquellos que se glorian del nombre cristiano. Oigamos como habla sobre este punto Santo Tomás, después de haberlo examinado con todo el rigor de la escuela: *omnes tam religiosi, quam sæculares tenentur aequaliter facere, quid-*

quid boni possunt: omnibus enim communiter dicitur Eccl. 9. Quodcumque potest manus tua, instanter operare. Est tamen aliquis modus hoc præceptum implendi, quo peccatum vitatur, scilicet, si homo faciat, quod potest, secundum quod requirit conditio sui status, dummodo contemptus non adsit agendi meliora, per quem animus firmetur contra spiritualem profectum. (1)

Todos, dice el Angelico, tantos religiosos como seculares, están obligados á hacer en alguna manera segun las leyes de la discrecion todo el bien que pueden; porque esto á todos se les impone, y manda en el Eclesiástico; pero hay modo de cumplir este precepto, y de evitar el pecado, y es hacer cada uno discretamente el bien que puede, segun la condicion de su estado guardándose de no despreciar el mayor bien que se podria hacer, para que el alma no ponga estorbo á los adelantamientos del espiritu. Noten los seculares en este texto; aquellos términos de que usa el Santo Doctor, hablando de su perfeccion, *obligacion, precepto, pecado*: y digan despues, si tienen valor para ello, que la perfeccion es para solos los religiosos.

53 Mas, para decir verdad, no era aquí necesaria la autoridad de tan grande Doctor, cuando las sagradas letras hablan tan claramente sobre este punto. Pregunto: cuando Santiago, y el Apóstol de las gentes, inculcaban tanto la perfeccion en sus Epistolas, ¿á quienes hablaban? ¿Á solos los religiosos, ó á todo el mundo cristiano? Cuando Jesucristo exclamaba con tanta energía, diciendo: sed perfectos, como es perfecto mi Eterno Padre: cuando encomendaba la abnegacion de si mismos, el llevar con voluntad cada uno su cruz, el ser humildes y mansos de corazon como su Magestad lo era, ¿con quién hablaba entónces el Redentor? ¿Con solo los monges? ¿Con solos los religiosos? ¿Con solas las vírgenes encerradas en los claustros? ¿Ó, en la realidad, con toda la congregacion de los fieles que querian ser sus verdaderos discipulos y secuaces? A todos, responde S. Agustin, á todos hablaba Cristo entónces: *Non enim hoc virgines debent audire, & maritatae non debent:*

(1) D. Thom. 2. 2. q. 186. art. 2. ad 2.

aut viduæ debent, & nuptæ non debent: aut monachi debent, & conjugati non debent: aut clerici debent, & laici non debent. Sed universa Ecclesia, universum corpus, cuncta membra per officia propria distincta & distributa sequuntur Christum. (1) Esta enseñanza de Cristo, dice el Santo, no la han de escuchar solas las vírgenes, y no las casadas: solas las viudas, y no las desposadas: solos los monges, y no los que viven en matrimonio: solos los clérigos, y no los legos; porque toda la Iglesia universal, todo el cuerpo de los fieles distribuido en sus grados y oficios ha de seguir al Redentor con la cruz á cuestas, y debe ejecutar sus santísimos documentos. S. Juan Crisóstomo, después de haber referido muchas de aquellas admirables doctrinas, con que el Redentor nos exhorta á vivir perfectamente, hace una oportuna reflexion de que Cristo no hizo distincion entre religiosos y legos, diciendo, este documento sea para los monges; y este otro para los seculares; sino que habló indistintamente á todos: *Nec monachi, nec sæcularis nomen adjecit.* Y esta, prosigue el Santo, es puntualmente la ruina de todo el mundo, el creer que los religiosos están obligados á poner toda diligencia para vivir perfectamente, y que los seculares pueden vivir descuidadamente: *sed hoc plane est, quod evertit orbem universum, quod summa vitæ bene agendæ diligentia monachis opus esse arbitramur; cæteris negligenter vivere licere.* Pero no es así, no es así, añade al punto el Santo. El mismo tenor de vida se pide á todos, lo digo con toda aseveracion; bien que no soy yo quien lo digo, sino el mismo Cristo, juez de todos, es quien lo dice por su propia boca: *non ita sanè, non ita est: sed eadem ab omnibus philosophiæ ratio requiritur: atque id equidem vehementer affirmaverim: immo vero non ego, sed ipse judex omnium Christus.* Finalmente, después de haber mostrado largamente esta importantísima verdad, acaba así su discurso: *itaque quod ad eandem vitæ diligentiam multis in rebus, supremumque perfectionis fastigium, per divinas leges pariter & sæcularis, & monachus cogantur,*

(1) S. Aug. serm. 47. de divers. c. 7.

neminem jam quantumlibet ille sit contentiosus, & impudens, contradicturum existimo. (1) Creo, concluye el Santo, que no habrá hombre tan porfiado y descarado que quiera negarme, que en muchas cosas tanto el secular como el monje, están obligados á caminar á la mas alta cumbre de la perfeccion. Este es un modo de hablar muy formal y decisivo, al cual no se puede ciertamente contradecir, sin incurrir en la nota de una grande temeridad. De aquí ha de tomar el director estímulos agudos, para despertar deseos de la perfeccion en los corazones de los seculares adormecidos, mostrándoles la obli- cion precisa que tienen, segun la doctrina de los Santos Pa- dres, y de la sagrada escritura. Bórreles de la mente aquel er- ror tan dañoso, que la perfeccion sea solo mandada á los que residen en los cláustros; que solo á esos pertenezca hacer vida devota, vida exácta y vida ejemplar: y que á los seculares sea lícito mientras se guarden del pecado mortal, pasar una vida delicada, libre y relajada. Es falso, es falso, les ha de repe- tir frecuentemente á los oídos. A la perfeccion todos los cris- tianos están obligados; porque á todos se prescribe é inculca en las sagradas letras. Cierto es, que á personas que no sean de conciencia perdida, sino que tengan algun temor de Dios, y alguna ansia de su salud eterna, será este un motivo muy grande y fuerte para desear y emprender un tenor de vida mas regular y exácta.

54 Pero ya estoy viendo, que el director presupuesta la obligacion de la perfeccion que tienen todos los cristianos, de- seará saber en qué especie de pecado incurrirá un secular, que contento de no caer en culpa grave, no haga caso de pecados ligeros, no tenga voluntad alguna de hacer obras de superero- gacion, y en suma ponga en olvido todo pensamiento de su per- feccion. Respondo, que si él hace esto con desprecio de su per- feccion, ya cae en el pecado grave, en que no querría caer: mas si esto sucede sin semejante desprecio, digo, que Cayetano es de parecer, que un cristiano tan descuidado, comete pecado venial;

(1) S. Chrysost. advers. vituper. vit. monast. lib. 3.

De intentione vero, qua quis intendit non proficere in charitate, aut bonis operibus, sed solum praecepta divina servare communi modo, dicendum quod hujusmodi intentio peccatum est, quia firmando quis animum contra spiritualem profectum, ponit, in quantum in se est, obicem directè Spiritui Sancto, non est autem peccatum mortale. (1) Digo á mas de esto, que el P. de La Reguera en su mística teología es de sentir, que no está éxento de pecado grave un cristiano que no quiere atender á su propia perfeccion; aunque despues limita de varias maneras su dicho, y con diversos modos lo restringe. Con todo eso, porque otros graves autores no hablan con tanto rigor, diré yo, (y lo mostraré en el capitulo siguiente), que aun cuando un secular, que no quiere procurar la perfeccion de su estado, no péque por esta perversa voluntad y pésima disposicion en que vive; incurrirá sin embargo en otros muchos pecados mortales de otra especie, vivirá relajadamente y estará en gran peligro de su eterna perdicion.

CAPITULO III.

EL SEGUNDO MOTIVO PARA DESPERTAR LOS DESEOS de la perfeccion, es la necesidad que hay de procurarla, no solo para ser perfecto, sino aun para salvarse.

55 **L**a razon porque algunos fieles (sean religiosos ó seculares) no tienen ansia alguna de conseguir la perfeccion conveniente á su estado y condicion, es sin duda el persuadirse, que guardándose del pecado mortal, vivirán en gracia de Dios, y asi sin tanta mortificacion y molestia conseguirán su eterna salvacion. Pero á la verdad viven muy engañados con esta persuasion; porque aun cuando la obligacion que, segun la sagrada escritura y de los Santos Padres, tenemos todos de procurar conseguir la perfeccion conveniente á nuestro estado, no fuese grave, ni hiciese reos de culpa mortal á los transgresores; sin embargo, no queriendo éstos aplicarse seriamente á la dicha perfeccion,

(1) In text. supr. cit. D. Thom.

es cierto que caerán en otras muchas culpas graves, que vivirán con la conciencia manchada y que estarán en gran peligro de perderse eternamente. Todos saben que es menester que el ballestero haga la puntería mas alta si quiere dar en el blanco. Asi debe cada uno persuadirse, que no se puede acertar con la observancia de los divinos preceptos, en cuanto á la sustancia de no traspasarlos gravemente, si no se pone la mira mas alta á la perfecta observancia de los mismos preceptos, guardándose de las transgresiones ligeras y culpas veniales, en cuanto pueden soportarlo nuestras débiles fuerzas: ni aun si no se levanta la mira aun mas alta á las obras de supererogacion, que si bien no son mandadas de Dios, pero son encargadas de consejo, y son de mucha ventaja para nosotros, y á Dios muy agradables. Veamos cuan cierto es esto, comenzando por los consejos; pero con brevedad.

56 Gerson francaente afirma, que es cosa muy rara, que un cristiano observe los preceptos del Decálogo, y no haga obras de supererogacion, ni ejecute los divinos consejos, ya haciendo oracion, ya frecuentando los sacramentos, ya mortificando el cuerpo con ayunos ú otras semejantes asperezas, ya repartiendo limosnas, ya practicando actos de caridad espiritual ó corporal con el prójimo, ya ejercitando actos de devocion y obsequio con los Santos y con la Reina de todos, ó haciendo otras cosas semejantes, que no se nos mandan con riguroso precepto; pero se nos encomiendan con suave consejo: *rarò fiet, ut homines præcepta strenuè compleant, quin quodammodo supererogent, & misceantur consiliis.* (1) Y el P. Suarez, éxaminando escolasticamente esta verdad decide, que moralmente hablando, es imposible que un cristiano aunque sea secular, tenga voluntad firme, estable y permanente de no pecar mortalmente, y que juntamente no haga muchas obras virtuosas de supererogacion, y no tenga propósito estable de perseverar en ellas. Veis aqui sus palabras: *vix potest moraliter contingere, ut homo etiam sæcularis habeat firmum propositum, numquam*

(1) Gerson, part. 2. alphab. 68. lit. h.

peccandi mortaliter, quin consequenter nonnulla opera supererogationis faciat; & habeat formale, vel virtuale propositum illa faciendi. (1) Y lo demuestra con la paridad de las sustancias naturales, que sin el acompañamiento, y como cortejo de sus propios accidentes, no pueden conservarse en su sér, sino que deben necesariamente perecer. Asi el fuego sin el calor se apaga, la nieve sin su frialdad se destruye, el aire sin el movimiento se corrompe, el agua sin la agitacion se pudre; las yerbas, las frutas y todas las otras cosas sin las cualidades connaturales se marchitan, y al fin se corrompen. Asi, dice el eximio Doctor, la gracia de Dios y la caridad sin las buenas obras, que son las cualidades sobrenaturales que la confortan, la nutren, la corroboran, la defienden y aumentan; al fin viene á morir y perecer. De manera, que la infeliz alma perdida la gracia divina por su pereza en no querer obrar bien, se halla en grande peligro de su eterna perdicion.

57 Esta verdad enseñó el mismo Dios por su propia boca al Beato Enrique Suson en aquella célebre vision de los nueve peñascos que le representó al entendimiento para que la publicase á todo el mundo. Arrebatado en éxtasis el siervo de Dios, vió un monte sublime, que llegaba con su cumbre á tocar las estrellas. Estaban pendientes en las espaldas del monte nueve peñas, estribando la una sobre la cumbre de la otra; y en cada una de dichas peñas habia moradores, en unas en mayor, y en otras en menor número. Significaban estos nueve peñascos los nueve grados de perfeccion á que puede subir el hombre en el discurso de toda su vida mortal. Mientras estaba el Santo mirando atónito la altura del monte, y la disposicion de aquellas peñas ásperas y peligrosas, de repente se vió puesto sobre la cumbre del primer peñasco, desde donde vió con una ojeada simple toda la tierra, y toda la vió cubierta de una larguísima red. Asombrado el Santo á aquella vista, se volvió al Señor, rogándole que se dignase descubrirle lo que significaba aquella red tan grande, que envolvía toda la tierra; pero

(1) Suarez tom. 4. de Relig. lib. 1. c. 4. n. 12.

no llegaba á cubrir las peñas del monte. Le respondió Jesucristo, que aquella era la red del diablo, que significaba tantos lazos de vicios y pecados con que el inaligno tenia atado casi á todo el mundo, y que la red no llegaba á cubrir las peñas del místico monte, porque á ellas solamente subian los cristianos, que estaban libres y sueltos de las ataduras de la culpa mortal. Volvió el hombre extático á preguntar ¿quienes eran aquellas personas que veia á su contorno en la primera peña? Y le respondió Jesucristo estas palabras: *estos son hombres tibios, lentos, frios y perezosos, que no son inclinados, ni dados á ejercicios grandes; sino que les basta vivir con propósito de no consentir jamas en algun pecado enorme y mortal, y con esto se contentan hasta la muerte.* (1) Obsérvese que estos son puntualmente aquellos cristianos, de los cuales yo hablo al presente. Preguntó de nuevo al Señor aquel siervo de Dios, si aquellas personas se conservarían salvas, ó se condenarían; pues las veia muy poco apartadas de la red y de los lazos. A esto le respondió el Señor estas palabras: *si murieren sin conciencia de pecado mortal se salvarán, pero están en mayor peligro de lo que creen: porque piensan poder igualmente servir Dios y á la naturaleza; lo que es difícil y apenas posible, y el perseverar así en gracia de Dios es muy dificultoso.* Entre tanto vió el siervo de Dios, que muchos se precipitaban de aquella primera peña, y se iban á esconder dentro de la red. Pidió luego al Señor, que le declarase el significado de este suceso; y Jesucristo le respondió así: *esta peña no puede contener aquellos que consienten en pecado mortal; mas porque son hombres tibios facilmente caen y vuelven á los lazos y vicios.* Toda esta vision no tiene necesidad de exposicion; porque en ella muy claramente protestó el Redentor, que los cristianos tibios y frios, que contentos de no cometer pecado mortal, no quieren ejercitarse en obras santas de supererogacion, caen de hecho en aquellas culpas graves, en que no querrian caer, y viven en grande riesgo de su condenacion. Basta que el director sepa

(1) B. Enriq. Suson. lib. de 9. peñas, cap. 12.

representar esto vivamente á los penitentes flojos y descuidados que llegaren á sus pies; porque esto solo bastará para deshacer el hielo de su frialdad, y para encenderlos en deseos de alguna perfeccion.

58 Por otra razon tambien no les es posible, moralmente hablando, observar los preceptos de Dios en cuanto á la sustancia, y no cuidar de su perfeccion; porque obrando de esta manera, cometerán infinitos pecados veniales, los cuales abrirán seguramente la puerta á los mortales y á la transgresion sustancial de los mismos preceptos que no querian admitir; porque, como afirma el Eclesiastico: *qui spernit modica, paulatim decidet.* (1) Quien no hace caso de las cosas pequeñas, caerá en las grandes. De donde infiere Santo Tomás: *ille, qui peccat venialiter, videtur minima spernere. Ergo paulatim disponitur ad hoc, ut totaliter defluat per peccatum mortale.* (2) Que cualquiera que peca venialmente no hace caso de las cosas mínimas. Luego se dispone á volver del todo las espaldas á Dios con la culpa grave. Y da de esto la razon; porque no sujetándose el alma incauta á los mandamientos de Dios en cosas pequeñas, la voluntad se va acostumbrando á las transgresiones, y va tomando una libertad dañosa, hasta que llega finalmente á sacudir del todo el yugo de la divina Ley: *qui peccat venialiter ex genere, prætermittit aliquem ordinem: & ex hoc, quod consuescit voluntatem suam in minoribus debito ordini non subicere, disponitur ad hoc, quod etiam voluntatem non subiciat ordini ultimi finis, eligendo id, quod est peccatum mortale ex genere.* Esto se puede ejemplificar en mil casos que todos los dias suceden; pero de mil escojamos algunos. Comienza una doncella á adornarse sobradamente, ó por no parecer fea, ó por parecer muy hermosa: de la libertad del vestir pasa á la libertad del mirar cualquiera objeto: la licencia de las miradas le despierta en el corazon algun afecto, al principio quizá no vicioso, pero muy tierno y peligroso: degenera poco á poco el afecto, y para en fuego de infierno: y final-

(1) Eccles. 19. 1. (2.) D. Thom. 1. 2. q. 86. art. 3.

mente se llega á pisar la flor de la virginidad. Veis aquí como de los pecados ligeros, como por otros tantos escalones, se va bajando á los pecados mas graves, hasta llegar á caer en el precipicio. A esto parece que quiere aludir S. Ambrosio, donde hablando de las mugeres, dice: *hinc illa nascuntur incentiva viuiorum, ut quæsitis coloribus ora depingant, dum viris displicere formidant; ut de adulterio vultus meditentur adulterium casitatis.* (1) Comienza uno á hablar libremente de los defectos de otros: pasa á interpretar siniestramente las acciones ajenas, y á censurarlas abiertamente. Al fin, llevado de aquel prurito de censurar, descubre algun gran pecado del prójimo, que ántes estaba oculto, y con grave murmuracion mancha la reputacion de otros. Veis aquí como por la via de los pecados veniales se va poco á poco á caer en los mortales.

59 Esta verdad se nos expresa en el Exodo con un memorable suceso. Sube Moisés sobre la cumbre del monte Siná: entra dentro de aquella sagrada obscuridad y niebla, que cubria lo mas alto del monte, y aqui se entretiene en largos y suaves coloquios con su Dios, y recibe los oráculos de su divina boca. Y entre tanto, ¿qué hace el pueblo á la raíz del monte? Dice el sagrado Texto: (2) *sedit manducare & bibere, & surrexerunt ludere. Sedit.* Veislos aqui sentados todos ociosos, veislos aqui extendidos sobre la tierra, esperando perezosos la vuelta del gran Profeta. Hasta aqui no hay otro mal que un poco de ociosidad y perdimiento de tiempo. Entre tanto, hallándose desocupados, comienzan á convidarse el uno al otro á comer: *sedit manducare & bibere.* Parientes con parientes, amigos con amigos celebran alegres y festivos sus banquetes en medio del prado: no se conserva la debida moderacion en el comer, ni la conveniente medida en el beber: se excede algun tanto. ¿Y aqui qué mal hay? Un poco de embriaguéz, y un poco de destemplanza. Transportados entre tanto de una demasiada alegria, se entregan al juego: *sedit manducare & bibere, & surrexerunt ludere.* Hombres y mugeres, jóvenes y doncellas,

(1) S. Ambr. lib. de virg. (2) Exod. 32. 6.

todos bailan en un círculo, todos cantan á un coro. Quien juega, quien rie, quien salta, quien retoza; pero sin ningun mal afecto. ¿Y en esto, qué mal hay? Un poco de descompostura, un poco de inmodestia, un pecado venial un poco mas gordo. Adelante, pues, adelante, ya que no hay mal grave. Ciegos, pues, los Hebréos con la embriaguéz y hechos atrevidos con la licencia de aquellos juegos, comenzaron á tratar entre si de esta manera: Dios sabe cuando volverá Moisés de la cumbre del monte. Dios sabe cuanto tiempo habrémos de estar en la profundidad de este valle. ¿De qué sirve tanta tardanza y tanto esperar? Hagamos tambien nosotros un Dios visible, como se acostumbra en Egipto. Aaron ve aqui todos nuestros aderezos y arracadas, aqui están todos nuestros anillos de oro: formia tu de todo esto una noble estatua digna de colocarse en los altares. Condescendió Aaron: se fundió un becerro de oro: se expone á la pública veneracion del pueblo, y se le ofrecen inciensos sacrilegos y sacrificios infames. ¿Habeis visto qué mal hay en un poco de ociosidad, en un poco de embriaguéz y destemplanza, y en un poco de libertad en el conversar? Estos fueron los pasos por los cuales poco á poco llegaron los Israelitas á idolatrar un becerro. La reflexion no es mia, sino toda de S. Gregorio: *sedit populus manducare & bibere, & surrexerunt ludere. Esus quippe, potusque ad lusum impulit; lusus ad idolatriam traxit; quia si vanitatis culpa nequaquam caute compescitur, protinus ab iniquitate mens incauta deboratur; attestante Salomone, qui ait: qui spernit modica, paulatim decidit. Si enim curare parva negligimus, insensibiliter seducti etiam majora perpetramus.* (1) El comer y el beber, dice el Santo, incitó al pueblo en juegos vanos; los juegos le trajeron á la idolatria; porque si la persona no se refrena en las culpas ligeras, presto va á caer en grandes maldades, como lo atestigua Salomon en aquellas palabras, que quien desprecia lo poco, caerá en lo mucho. Por eso descuidándonos nosotros en las cosas pequeñas, llevados insensiblemente del hábito y de la pasion, cometerémos infalible-

(1) S. Gregor. Moral. lib. 10. c. 9.

mente culpas mayores: así el Santo Doctor. Lisongéese, pues, quien quiere salvarse sin la perfecta observancia de los divinos preceptos, que al fin conocerá á su costa y con la prueba de sus graves caídas cuan falsa sea esta su idea; y quiera Dios que no lo vaya al fin á conocer cuando ya se vea condenado.

CAPITULO IV.

*PARA QUE LOS DESEOS DE LA PERFECCION CON-
duzcan efectivamente al cristiano á la deseada perfeccion, es
menester que jamás afloje en ellos, y que los vaya adelan-
tando á la consecucion de mayor perfeccion.*

60  a hemos visto, que la piedra fundamental sobre que se ha de levantar el edificio de la cristiana perfeccion, son los deseos de conseguirla, y hemos dado tambien á los directores el modo de mover esta primera piedra, y de echarla en el alma de sus discípulos: quiero decir, que le hemos suministrado algunos motivos aptos para despertar estos deseos en los corazones de otros. Ahora nos resta ver, que esta piedra no forma buen fundamento capaz de sostener la fábrica de la perfeccion, si no está siempre estable, siempre firme, y siempre fija en el corazon del hombre. Y para hablar con toda claridad diré que nos queda que mostrar, que los dichos deseos para alcanzar el fin de la perfeccion á que se enderezan con sus ardores, es menester que jamás cesen, que jamás se entibien ni aflojen; sino que adquirido un grado de perfeccion, se extiendan á conseguir otro mayor. No haciéndose así, se arruina presto todo el trabajo ya hecho para adquirir la perfeccion, y presto se vuelve á caer en la antigua frialdad.

61 Pero antes de mostrar esto con la autoridad, quiero probarlo con la razon, para que los dichos de los santos Padres y de la sagrada Escritura no parezcan al lector exágeraciones. La perfeccion del cristiano no tiene un término fijo, que no se pueda pasar mas allá de él, de manera, que solo aquel se pueda

decir perfecto, que llegue al dicho término, ni pueda llamarse tal quien no llegare. Tienen sí estos límites y confines las artes mecánicas y liberales; porque el herrero, el arquitecto y el pintor, si llegan á formar exáctamente sus obras, segun las reglas que prescriben sus oficios, se pueden llamar perfectos en su arte, y apenas les queda que conseguir otra mayor perfeccion. Pero no tiene estos límites la perfeccion cristiana; pues consistiendo ésta, como ya hemos mostrado, en la caridad, puede crecer tanto, cuanto es el mérito de aquel gran Dios á quien tiene por objeto. Y como el mérito que tiene Dios para ser amado de nosotros es infinito; así puede siempre dilatarse en infinito la caridad con sus llamas y con sus santos ardores. De esta manera se explica el Angélico: (1) *semper charitas in viâ potest magis, & magis augeri*. De donde saca el Santo lo que vamos diciendo, que en esta vida no puede la caridad tener algun término: *unde relinquitur, quod charitatis augmento nullus terminus præfigitur in hac vita*: y por consiguiente, tampoco puede tener término la perfeccion de nuestra vida. Lo mismo dice de nuestra perfeccion instrumental; porque si ésta se considera en cuanto remueve los impedimentos de la caridad con la mortificacion de las pasiones y de los sentidos, no puede tener término; porque así como no pueden jamás extinguirse plenamente nuestras pasiones, así no se debe cesar jamás de mortificarlas y reprimirlas: si se considera en cuanto la dicha perfeccion instrumental es positiva disposicion al aumento de la caridad con el perfecto ejercicio de las virtudes tampoco así puede tener fin, pudiéndose siempre refinar mas las virtudes; luego si nuestra perfeccion no puede tener algun límite, ni puede consumarse en algun término, es necesario que esté siempre en un continuo progreso de virtudes morales, y en un incesante acrecentamiento de caridad. Por lo cual no deberá reputarse por perfecto aquel que llegado á un cierto grado de caridad, se para en él; sino aquel que despues de vencidos bastantemente los obstáculos, que hacen guerra á la caridad, se refina siempre mas en las vir-

(1) D. Thom. 2. 2. q. 24. art. 7. in corp.

tudes, y se inflama siempre mas en el divino amor. De esto infiero yo, que para que los deseos de perfeccion efectivamente nos lleven á la perfeccion, no deben jamás debilitarse, ni aflojar; sino dilatarse siempre y levantarse á mayor perfeccion: porque asi como no tiene término alguno la perfeccion á que anhelamos, asi no deben tener limites algunos los deseos de conseguirla.

62 Y á esto quiso puntualmente aludir Salomon en aquellas palabras: *justorum autem semita quasi lux splendoris procedit, & crescit usque ad perfectum diem.* (1) El camino de la perfeccion, que es propiamente la senda por la cual caminan los justos, crece siempre en esplendor y lustre de mayor virtud, hasta que llegue á aquel dia de perfecta claridad, que solo en el paraíso se goza. Lo mismo dice el real Profeta: *beatus vir, cujus est auxilium abs te: ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrymarum in loco, quem posuit: etenim benedictionem dabit Legislator, ibunt de virtute in virtutem, videbitur Deus Deorum in Sion.* (2) Aquel, dice, es bienaventurado, que ha resuelto ya en su corazon de ir siempre subiendo en perfeccion, mientras que viva en este valle de lágrimas, y á que con la bendicion y ayuda del divino Legislador irá subiendo de una virtud en otra mayor: hasta que llegue á ver claramente el rostro de Dios en la bienaventurada Sion del paraíso. Se ha de observar en este texto, que el llamarse bienaventurado aquel que con los deseos del corazon aspira siempre á mayor perfeccion, es lo mismo que llamarle perfecto; porque en la perfeccion consiste la felicidad terrena, y de ella depende la eterna bienaventuranza: *qui justus est, justificetur adhuc, & sanctus sanctificetur adhuc.* (3) El que es justo, dice Dios en el Apocalipsi, se haga mas justo; y el que es santo, hágase cada dia mas santo. Tanta verdad es, que no tiene término la perfeccion cristiana y que aquel es mas perfecto, que aspira á mayor perfeccion.

63 Veamos cuán verdadero es esto en el Apóstol de las gentes S. Pablo. No se puede ciertamente poner en duda, que

(1) Prov. c. 4. 18. (2) Psalm. 83. 6. (3) Apoc. 22. 11.

el haya sido uno de los mas grandes santos, y como una estrella de primera magnitud en el cielo de la Iglesia. ¡Cuántas persecuciones, cuántas penas y cuántos trabajos sufrió por Jesucristo! ¡Qué caridad encendida, qué llama de amor, qué celo ardiente de su gloria! ¡Cuántas revelaciones, cuántas visiones, cuántos éxtasis y raptos hasta el tercer cielo! Y con todo esto el santo Apóstol, rico de tan grandes virtudes y de tan sublimes dónes, no se reputa aun perfecto, y así lo protesta: *non quod jam acceperim, aut jam perfectus sim.* (1) Confiesa el Santo haber sido apedreado, muchas veces azotado, haber padecido muchas veces naufragio en medio del mar, arrojado dia y noche entre las ondas: *ter virgis cæsus sum, semel lapidatus sum, ter naufragium feci, nocte & die in profundo maris fui.* (2) Confiesa sus muchas vigiliias, sus muchos ayunos, la hambre, la sed, la desnudez y el rigor del frio sufridos por el amor de Jesucristo: *in vigiliis multis, in fame, & in siti, in jejuniis multis, in frigore & nuditate.* Descubre el haber sido arrebatado al Paraiso, viviendo aun en carne mortal: *raptus est in Paradysum, & audivit arcana verba, quæ non licet homini loqui.* Llega á decir, que él no vive en si mismo, sino que vive solamente en Jesus, transformado en él por amor: *vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus.* No obstante todo esto, declara despues que no le parece que sea aun perfecto: *non quod jam acceperim, aut jam perfectus sim.* Si todas estas cosas tan grandes, Doctor de las gentes, no os bastan para ser perfecto, ¿en cuál cosa poneis vos la consecucion de vuestra perfeccion? ¿En qué cosa estableceis el cólmo de vuestra santidad? Veislo aqui, *sequor autem, si comprehendam.* El andar adelante, cuanto mas posible me es, en el camino de la misma perfeccion: el extenderme y alargarme siempre con los deseos y con las obras á mas adelantada perfeccion. En efecto la glosa sobre estas palabras reflexiona así á nuestro propósito: *nemo fidelium etsi multum profecerit, dicat, sufficit: qui enim hoc dicit, de via exit ante finem.* Ningun cristiano, á ejemplo

(1) Philip. c. 3. 12. (2) Corint. 11. 26.

de este gran Santo, aunque le parezca haber aprovechado mucho en el espíritu, diga jamás, hasta aquí basta; porque habiéndolo de esta manera, sale del camino de la perfección antes de llegar al fin de su eterna bienaventuranza.

64 Ni San Agustín habla de diferente manera sobre este punto: *tunc quippe optimus est homo, cum tota vita sua pergit in incommutabilem vitam, & toto affectu inhæret illi.* (1) No es óptimo aquel, esto es, perfecto, dice Agustino, que llegado á algun grado de perfección se pára en él; pero si es perfecto aquel que siempre camina á Dios, nuestra vida inalterable, con los mas fervientes deseos de su corazón, y siempre se une mas estrechamente con él. Mas claramente S. Bernardo: *indefessum proficiendi studium, & jugis conatus ad perfectionem, perfectio reputatur. Quod si studere perfectioni, esse perfectum est; profecto nolle proficere, deficere est. Ubi sunt ergo, qui dicere solent: sufficit nobis, nolumus esse meliores, quam patres nostri?*

(2) Una aplicacion incansable al propio aprovechamiento, dice el Melituo, y un esfuerzo continuo para conseguir la perfección, se reputa ser la misma perfección. Si el atender pues con todas las fuerzas del espíritu á la perfección, es lo mismo que ser perfecto: ciertamente el no querer aplicarse seriamente, será faltar á la perfección. ¿Dónde están ahora aquellos que dicen, nos basta el provecho que hasta ahora hemos hecho, no queremos ser mejores que nuestros padres?

65 Quizá el lector me tachará de incoherencia; porque habiendo dicho en el precedente artículo que la perfección cristiana consiste en la caridad; parece que ahora me retracto, poniendo con San Pablo y los citados Santos Doctores, toda su sustancia en un progreso y adelantamiento continuo en las virtudes, y en un deseo incansable del propio aprovechamiento. Pero se engaña ciertamente si piensa esto; porque lo que dije ántes no discuerda un punto de lo que ahora voy diciendo. Es verdad que la esencia de la perfección es la caridad, y los instrumentos para conseguirla son las virtudes morales y los con-

(1) S. Aug. lib. de Doctr. Christ. (2) S. Bern. ep. 253. ab Abb. Gariv.

sejos; pero requiere aquella como condicion necesaria, sin la cual no puede largamente subsistir, que la caridad y todas las otras virtudes vayan siempre creciendo, y se vayan cada día aumentando; porque en perdiendo este estado de consistencia, toda la perfeccion se va á tierra, se destruye y muere. Aquí quiero añadir á la razon que arriba expuse, otra; con la cual se ponga en claro toda esta doctrina. Mostré antes, que para ser uno perfecto, es menester que extienda siempre los deseos á mayor perfeccion, porque la perfeccion cristiana no tiene término. Ahora quiero persuadir lo mismo con otra razon, y es, que no solo la perfeccion no tiene limite que la estreche, sino que ni aun puede tener estado de permanencia que la retarde. Para que perezca del todo, basta que se pare y no vaya adelante.

66 ¿Quién no sabe y no experimenta la guerra atroz que todos tenemos dentro de nosotros mismos? Tantos son los enemigos internos que se rebelan contra nosotros, cuantas son las pasiones que se levantan en nuestros ánimos, y con sus movimientos desconcertados nos impelen al pecado, y nos llevan á la eterna ruina. Ni sabré decidir cuáles sean mas vehementes, y cuáles mas peligrosos; si la lujuria, ó la avaricia; si el amor, ó el odio; si la presuncion, ó la desesperacion; si la ambicion, ó la envidia. Lo cierto es, que una sola entre tantas pasiones que nos señorean, basta para llevarnos fuera del camino de la perfeccion, y para traernos por la via de la perdicion al precipicio. Ni son menos fuertes los enemigos que tenemos por defuera en tantos demonios, que por todas partes nos rodean, en todo lugar nos embisten con sus tentaciones, y á cada paso nos arman lazos á los pies para hacernos caer. De manera que estamos en una suma necesidad de estar siempre peleando con las armas de las mortificaciones, de las virtudes, y especialmente de una ferviente caridad para reprimir los asaltos de los enemigos que tenemos dentro, y para rechazar los ataques de los que tenemos al contorno. Ahora, si sucede que alguno, pareciéndole que ya ha aprovechado mucho, quisiera pararse en

aquel grado de perfeccion en que se hálle, y por eso afloja en el ejercicio de las santas virtudes, y en el fervor de la caridad, ¿quién no ve que quedará en muchas partes herido de tantos contrarios, y arrojado fuera de la senda de la perfeccion? Un ejército que va generoso al sitio de una plaza, resuelto de enseñorearse de ella; si encuentra por el camino á los enemigos, ¿puede acaso pararse, sin ir adelante ó volver atrás? No por cierto, porque tiene á la frente quien lo rebate y hace retroceder. Es menester, ó que fuerce al enemigo y vaya adelante con grande esfuerzo á la empresa, ó que vuelva atrás, y se entregue á una vergonzosa fuga. Así quien ha comenzado á subir al monte de la perfeccion, no puede pararse en medio del camino; porque tiene muchos enemigos al rededor que le asaltan y embisten de mil maneras: es necesario que ó vaya siempre adelante animoso con la fuerza de sus deseos, ó que desmayado en sus deseos, ceda á los enemigos y vuelva atrás.

67 Y por eso dice bien S. Bernardo: *non proficere, sine dubio deficere est. Nemo proinde dicat: satis est; sic volo manere: sufficit mihi esse sicut heri, & nudius tertius:* (1) que el no ir adelante en la perfeccion, es sin falta volver atrás. Por lo mismo ninguno diga, me bastan los progresos que he hecho, quiero quedarme aquí: estoy contento con ser hoy lo que fui ayer y los dias pasados. Trae el Santo para confirmacion de esta verdad la escala de Jacob, símbolo verdadero de la perfeccion cristiana; pues ninguno habia en ella que estuviese parado y fijo en un mismo escalon; sino que quien no subia á lo alto bajaba á lo bajo. De aquí infiere, que queriendo alguno pararse en algun grado de perfeccion, intenta lo que no es posible conseguir en esta mística escala; por lo cual necesariamente habrá de caer abajo: *in via residet, qui hujusmodi est. In scala subsistit, ubi neminem Patriarcha vidit non ascendentem, aut non descendentem. Dico ergo: qui se aestimat stare videat ne cadat.* Pero mas fuerte y eficaz es el discurso con que el mismo Melifluo en otra carta suya embiste á un monge entibiado en los

(1) S. Bern. Epist. 341.

descos de mayor perfeccion; porque viniendo con él á las inmediatas, como suele decirse, le habla de esta manera: *monache, non vis proficere? Non. Vis ergo deficere? Nequaquam. Quid ergo? Sic, mihi inquis, vivere volo & manere quo perveni, nec peior fieri patior, nec melior cupio. Hoc ergo vis, quod esse non potest. Quid enim stat in hoc sæculo? Et certè de homine specialiter dictum est: Fugit velut umbra, & numquam in eodem statu permanet.* (1) Pues, ó monje, ¿tu no quieres ir adelante, ni deseas mayor perfeccion? (Así le pregunta el Santo). Luego tu quieres volver atrás, y perder lo que has ganado. Oh, esto no, no suceda jamas. ¿Pues qué pretendes? Pretendo vivir así y quedarme en aquel estado de perfeccion á que ya he llegado: no quiero ser peor, ni descó hacerme mejor. Luego quieres lo que no puede ser, ni ha sido jamas. Porque, ¿qué cosa hay en este mundo que esté sicupre en un mismo ser? ¿Y del mismo hombre, no dice el Espiritu Santo, que es fugaz é instable, como la sombra, y que jamas permanece en un mismo estado? Y en otra parte asalta el Santo Doctor á estas personas tibias y remisas en los deseos de su perfeccion con la paridad de los hombres mundanos, que jamas se hartan de los bienes caducos, á fin de hacer que se confundan de este modo, y se despierten con el ejemplo de aquellos: *quem ambitiosum, les dice, vidimus aliquando contentum, adeptis dignitatibus, ad alias non anhelare?* ¿Cuál ambicioso hallasteis jamas que conseguida una dignidad, no aspirase á otra mayor? (2) *Quem eorum, qui avaritice serviunt, aut amatores sunt voluptatum; seu vanas hominum sectantur laudes? Nonne & ipsorum insatiabilia desideria arguant nos negligentie, & tepiditatis? Pudeat certè spiritualium nos bonorum minus cupidos inveniri.* ¿Qué diré de los aváros, que siempre están deseosos de mayores riquezas? ¿Qué de los sensuales, que jamas están hartos de sus placeres? ¿Qué de los vanagloriosos, que andan siempre en busca de mayores honras y alabanzas? Ahora, si los deseos de estos por los bienes frágiles de la tierra son insacia-

(1) Id. Epist. 253. ad Abb. Gariv. (2) Id. Epist. 341.

bles; ¿qué vergüenza es la nuestra, que seamos menos deseosos de los bienes espirituales y menos ansiosos de nuestra perfección? De estas fuertes razones, y de estas justas reprehensiones se ha de servir el director para despertar en sí mismo y en los otros los deseos de mayor perfección, y para conservarlos siempre vivos; pues que resfriándose estos, cesa la persona de obrar virtuosamente, no va adelante, se para en el camino de la perfección; y parándose vuelve atrás, hasta caer tal vez en precipicios, como hemos claramente mostrado.

68 Confieso la verdad, que siempre me han hecho grande impresión en el ánimo las admirables industrias que Dios practicó para mantener siempre encendidos en el corazón del célebre Pafnucio los deseos de mayor y mayor perfección, por la cual tenía determinado de conducirlo á la mas alta cumbre de la santidad. (1) Vivía en los desiertos de la Tebaida, á ninguno de aquellos santos solitarios inferior, sino ántes quizá superior á todos en la austeridad de la vida, en la continuacion del orar, en la puridad de la conciencia, y en el ejercicio de todas las virtudes. Mas viendo Dios que no había en aquellos desiertos quien pudiese estimularle eficazmente con sus ejemplos á mayor perfección, se valió de otros medios desacostumbrados y extraños, para inflamarle en deseos de mayor aprovechamiento. Le puso, pues, en el corazón un cierto deseo de saber quién hubiese en el mundo que le igualase en perfección, y cuando estaba ya para pedir al Señor este conocimiento, le envió desde el cielo un Angel con esta embajada: que fuese á la ciudad vecina; donde hallaría á un músico que se le igualaba en los méritos y santidad. Quedó atónito el Santo; y maravillado de las palabras del Angel cogiendo su báculo, corrió ligero á la ciudad en busca del músico: y habiéndole hallado en una plaza pública en medio de un corrillo de gente ociosa, le llamó aparte y le preguntó sobre el tenor de su vida. Yo, le respondió el músico, soy un gran pecador; fui un ladrón de profesion, y ahora con la música y canto voy entreteniendo al pueblo: de esta manera ga-

(1) Vita PP. vita 16. S. Paphn.

no lo necesario para sustentar honestamente la vida. Con todo eso, habiéndole examinado exactamente el Santo, halló que en el discurso de su vida habia hecho varios actos de virtud heroica; porque habiendo cogido una vez los ladrones sus compañeros á una doncella consagrada á Dios, estaban ya los malvados para quitarle, juntamente con lo que llevaba consigo, el precioso tesoro de la virginidad; pero él poniéndose de por medio la quitó de sus manos á viva fuerza, y la condujo intacta y sin mancilla á su habitacion. En otra ocasion encontrándose con una muger de hermoso aspecto que llenaba de llantos y gemidos toda aquella soledad, le preguntó la causa de su dolor. Ella le respondió que estaba desesperada, porque habian puesto en prisiones por deudas á sus hijos y marido, y no tenia forma de sacarlos de la cárcel, ni de mantener su propia vida. Al oír esto él, no solo no hizo el menor ultraje á su honestidad, sino que la condujo á su cueva, le dió comida con que restaurarse, y trescientos escudos para sacar de la cárcel á sus hijos y marido, y librarse á sí misma de tanta miseria. No es fácil de explicarse cuan grandes deseos de la perfeccion encendió este hecho en el corazón de Pafnucio. Se avergonzó de sí mismo, viendo que en tantos años de vida solitaria no habia llegado á igualar en santidad á un público músico: se prescribió un ejercicio de virtud mas alto y mas árduo: multiplicó los ayunos, prolongó las vigiliass, se entregó á un estudio incansable de la oracion, á una mortificacion mas exácta, á una limpieza de conciencia mas fina, y á procurar con mayor ardor que antes su espiritual adelantamiento. Despues de algunos años de semejante vida, volvió Dios á despertar en su corazón los antiguos deseos de saber quien le fuese semejante en la virtud, y él volvió á presentar á Dios repetidas súplicas sobre esto. Y en esta ocasion, hablándole el Señor por sí mismo en lo íntimo del corazón, le dijo que en la ciudad vecina hallaria á un casado semejante á él en la virtud. Fuese luego á la ciudad para certificarse de la verdad, y encontró á un secular que habia treinta años que guardaba castidad conyugal con su consorte, que estaba todo

dedicado á obras de caridad con los pobres y peregrinos, y practicaba otras muchas bellas virtudes. Este ejemplo de rara bondad, como dice la historia, le inflamó en mayores deseos, é hizo que se consagrara todo á ejercicios de mayor perfeccion de los que hasta entonces habia practicado, teniendo en nada todas sus pasadas obras de virtud, cuando veia que se le igualaban las de un hombre que vivia embarazado en los negocios del siglo. *Se ipsum denuo majoribus exercitiis dedit, exiguis priores reputans labores, quibus conferri poterat ei, qui sæculi videbatur actibus implicatus.* Finalmente, despues de algunos años volvió á hacer á Dios la misma súplica, y tuvo semejante respuesta, es á saber, que se le igualaba en merecimientos un cierto mercader que venia ya á visitarle á su celda: y de aqui se siguieron descos mas encendidos y obras mas excelentes de perfeccion; hasta que consumado en todas las virtudes, volvió á aparecérsese de nuevo el ángel del Señor, acompañado de los profetas y de otros espíritus bienaventurados, de quienes fué recibido su espíritu, llevado á la patria celestial, y colocado en muy alto puesto, proporcionado á su gran santidad. En suma, queriendo Dios levantar á Pafnucio á un muy sublime grado de perfeccion, no hizo otra cosa que despertar en él con modos tanto mas eficaces, quanto mas desacostumbrados, nuevos deseos y mayores ansias de aquella perfeccion, de que queria enriquecerle. Dé, pues, siempre el director á los penitentes que ve dispuestos aquel recuerdo que S. Antonio andaba siempre repitiendo á los oidos de sus discipulos, como refiere S. Atanasio: (1) *hoc sit primum cunctis in commune mandatum, nullum in arrepti propositi vigore lacescere, sed quasi incipientem augere semper debere, quod cæperit*: reputarse siempre principiante; y sin entibiarse jamás, ir siempre aspirando á mayores adelantamientos en el espíritu. Pero porque los medios de que Dios usó con S. Pafnucio, para acrecentar en él los descos de la perfeccion, son extraordinarios y no debemos practicarlos nosotros (no siendo licito sin una especialissima inspiracion hacer á

(1) S. Athan. in vita S. Ant.

Dios aquellas súplicas que él repetidas veces le hizo) por eso daré ahora medios ordinarios, propios y connaturales para mantener siempre vivos, y dilatar siempre estos santos deseos.

CAPITULO V.

SE PROPONEN LOS MEDIOS PARA MANTENER vivos y ampliar los deseos de la propia perfeccion.

69 **S**ea el primer medio el frecuente uso de las santas meditaciones. *In meditatione mea exardescet ignis*: en mis meditaciones, decia el Salmista, se me enciende en el corazon un santo ardor, que me estimula á las virtudes y me incita á la perfeccion. En la meditacion se ha de encender tambien en nuestros ánimos aquel santo fuego de deseos, que nos despierten y aguijonéen á adelantarnos en nuestro espiritu al aprovechamiento; porque en la meditacion se conoce el gran mérito que tiene Dios de ser amado de nosotros; la grandeza de sus beneficios y de su amor, que tiene tanta fuerza para excitar nuestro corazon á la correspondencia con un reciproco amor; la obligacion de imitar á Jesucristo y de hacernos cada dia mas perfectos de su semejanza. En la meditacion se echa de ver la belleza de la virtud; y el alma se enamora de ella: se descubre el horror de los pecados, la deformidad de los defectos; y el alma concibe aborrecimiento. En la meditacion se entiende la grandeza de los bienes que nos están aparejados en la patria celestial, y la grandeza de los males que están prevenidos allá abajo en los abismos: con lo cual el alma con el horror de éstos y con el amor de aquellos, se enciende en deseos de las santas virtudes. En suma, la meditacion es la fragua en que el corazon humano depone toda su dureza, se ablanda, se calienta y se inflama en santos deseos. Yo no quiero detenerme en este punto, porque tendré que tratar largamente en breve de la meditacion en un articulo entero. Solo quiero hacer presente un hecho en confirmacion de esta verdad, y será uno entre mil

que pudiera referir á este propósito. Hallábase encerrado en una cárcel de Castilla un sacerdote apóstata de dos religiones, profanador de los sacramentos, ultrajador de las cosas sagradas, reo de mil maldades y digno de mil muertes. (1) Nose desdeñó la divina misericordia de tocar con sus inspiraciones á la puerta de un corazon tan impio, y con golpes tan fuertes que llegó á despertar el infeliz de su profundo letargo, y á ver su perdicion. Llamó luego á un padre de la Compañía, y manifestándole el estado infelicísimo de su alma; le pidió consejo, socorro y remedio. El padre viendo las muchas y grandes enormidades en que se habia precipitado, juzgó que para reducirle al camino de la salud y tambien de la perfeccion, de que poco á poco se habia extraviado, no habia otro remedio que ponerle en la meditacion de las máximas principales de nuestra santa fé. Y para que éstas tuviesen mas fuerza para abrir brecha en su corazon, quiso proponerselas para meditarlas con aquel bello órden con que las propone S. Ignacio en los ejercicios. No salió vano su designio; porque en la primera meditacion que hizo, dió al punto en un espíritu de rigorosa penitencia. Comenzó á ayunar frecuentemente, y tres veces á la semana á pan y agua. Se vistió las carnes de un asperísimo cilicio, y se ciñó al rededor del cuello una áspera soga. Todas las noches por espacio de media hora hacia una cruel carniceria de su carne con una disciplina de sangre. En la confesion general, que hizo despues con una inundacion de lágrimas, protestó que cualquiera muerte acerba é infame que la justicia humana le hubiese señalado, era muy inferior á sus maldades, y que por eso ningun medio hubiera puesto para librarse de ella. Mas porque el fervor con el estudio de la meditacion se encendia siempre mas en su corazon, no contento con su arrepentimiento, se dió á predicar á los prisioneros: y si bien tuvo al principio muchas irrisiones y escarnios que padecer; mas sin embargo con la fuerza de sus palabras, y con las limosnas que les distribuia de todo lo que le enviaban para su uso y sustento, consiguió con-

(1) P. Greg. Rosignoli menor. de los exerc. c. 5. §. 1.

vertir á muchos, mejorar á varios, é introducir en otros, con el uso de la meditacion, de los sacramentos y penitencia, alguna forma de perfeccion. De manera que la cárcel que parecia antes una jaula de fieras indómitas, se vió trocada en un oratorio de penitentes, en el cual en lugar de blasfemias, juramentos y palabras torpes, no se oían resonar sino cantos espirituales, rosarios, letanias y oraciones devotas. Esparcida entre tanto la voz de una conversion tan admirable, y llegada á los oidos de los jueces, pensaron en perdonarle la muerte que tenia tan merecida. Mas él presentó tantos memoriales para ser arrastrado al patibulo y condenado á muerte, cuantos otro hubiera dado para librarse de ella. A vista de esto los jueces templando la justicia con la misericordia, le condenaron á galeras; quizá para que despertase en aquellas naves la piedad que felizmente habia introducido en las cárceles. La sentencia no tuvo efecto, porque sorprendido de una ardentísima calentura en breve se redujo al extremo de su vida; y entre sentimientos tiernísimos de una grande contricion y de una viva confianza en Dios, exhaló dulcemente el alma. Ahora yo sobre este hecho discurro de esta manera. Si la meditacion de las verdades cristianas tuvo fuerza para mudar un corazon quizá el mas péfido que hubiese entonces en el mundo, y para reducirlo de un estado de verdadera condenacion al estado de la perfeccion: ¿no tendrán semejantes meditaciones la virtud de tener despierto, desvelado y encendido un corazon bien dispuesto, que desea ya su perfeccion y se ejercita en ella, puesto que quiere incesantemente practicarla? Parece que no se puede dudar. Tenga, pues, el director por el medio principal para mantener siempre vivos y para acrecentar los deseos de la perfeccion en sus discípulos, el ejercicio estable y frecuente de meditar.

70 Segundo medio. Renovar siempre el propósito de caminar de continuo á la perfeccion, como si entonces comenzase. Estas resoluciones y renovaciones de voluntad tienen despierta el alma, para que no se duerma ni se cάνse de correr por la carrera de la perfeccion. Este era el consejo que daba el Após-

tol à aquellos nuevos cristianos de la primitiva iglesia, que habían pasado del sacrilego culto de los simulacros al verdadero culto de Jesucristo por medio del santo bautismo: *renovamini spiritu mentis vestrae*: (1) renovaos en el espíritu de vuestra mente. ¿Y cómo se hace, diréis vosotros, con la mente la renovación del espíritu? Vedlo aquí: repetid siempre con la mente y con la voluntad la resolución de caminar à la perfección, como si jamás hubieseis comenzado, ni puesto la mano en tan bello trabajo; y descended especialmente à aquellas virtudes y mortificaciones particulares de que conocéis tener necesidad para vuestro aprovechamiento; resolviendóos frecuentemente à querer ejercitaros varonilmente en ellas. Así lo hacia el santo David, como confiesa de sí mismo: *& dixi, nunc cæpi*. (2) Por mas que el santo profeta caminase ya por la mas alta cumbre de la perfección; con todo eso, como si fué se un principiante imperfecto, se decia frecuentemente à sí mismo: hoy quiero comenzar à servir à Dios; hoy quiero dedicarme enteramente al divino servicio: *dixi nunc cæpi*. Este fué el último recuerdo que S. Antonio dió à sus monges, cuando estaban al rededor de su cama aguardando su muerte, como refiere S. Atanasio: *filioli, secundum eloquia scripturarum, patrum ingredior viam. Jam enim Dominus me invitat; jam cupio videre caelestia. Sed vos, ò viscera mea, admonco, ne tanti temporis laborem repente perdatís. Hodie vos religiosum studium arripuisse arbitremini, ut cæpta voluntatis fortitudo succrescat*. (3) Hijos míos, decia el Santo moribundo, yo me encamino ya por el camino que han trillado mis predecesores: ya Dios me llama para sí, y yo mismo deseo tambien hallarme ya entre los coros celestiales. Pero vosotros, entrañas mías (así llamaba à sus hijos espirituales), no queráis perder en un punto las fatigas que en tantos años habéis tolerado. Y por eso imaginaos siempre que hoy es el primer día de vuestra vida religiosa, en que emprendeis la carrera de vuestra perfección. para que con estas nuevas resoluciones crezca la fortaleza de vuestra voluntad, para caminar adelante

(1) Ephes. 4. 23.

(2) Psalm. 86. 11.

(3) S. Athan. in vita S. Ant.

y aprovechar en las santas virtudes. Estos recuerdes aplique á sí el director, y deles á sus discipulos si los quiere ver adelantados en la perfeccion; y sobre todo, si no quiere ver, como decia aquel Santo á sus monges, perdidos muy presto todos sus pasados trabajos.

71 Tercer medio. No pensar jamas en el bien que se ha hecho; sino ántes en el bien que falta que hacer, y en las virtudes que quedan que conseguir. Este medio nos lo enseña el Apóstol de las gentes, y nos provóca á practicarlo con su ejemplo: *fratres, ego non me arbitrator comprehendisse. Unum autem, quæ retro sunt, obliviscens, ad ea, quæ sunt priora, extendens meipsum, ad destinatum persequor, ad brevium supernæ vocationis Dei in Christo Jesu. Quicumque ergo perfecti sumus, hoc sentiamus.* (1) Hermanos míos, dice S. Pablo, yo no pienso haber llegado ya al término de mi perfeccion, y de haberla ya conseguido. Mas olvidándome de todo el bien que he hecho en lo pasado, me alargo con todas las fuerzas de mi espíritu á la consecucion de aquel bien que me resta que hacer, y prosigo en correr con esforzada alegría la carrera de la perfeccion; para llegar á la posesion de aquel premio que Dios, llamándome para sí, me tiene ya destinado. Y despues añade estas palabras: cualquiera que fuere perfecto, tenga estos mismos sentimientos míos. S. Juan Crisóstomo explica divinamente este texto, y muy á propósito á nuestro intento. Dice el Santo, que el pensar en el bien que se ha hecho, engendra dos males: lo primero produce vana complacencia, y nos hace poco á poco soberbios y arrogantes: lo segundo nos hace perezosos para el bien; porque mirando con ojos de complacencia el bien que se ha obrado en el tiempo pasado, quedamos contentos y pagados de nosotros mismos; y no aspiramos á mayores bienes: *nam duo mala parit; & signiores facit, & in arrogantiam extollit.* (2) De aquí saca, que si el Apóstol. despues de mil peligros de perder la vida á que se expuso; despues de tantos trabajos y penas capaces de darle mil veces

(1) Philip. 3. 13. 14.

(2) S. Chrys. hom. 12. in Epist. ad Philip.

la muerte, se olvidó de todos sin pensar mas en ello; ; cuanto mas lo debemos hacer tambien nosotros, que no estamos tan ricos como él de virtudes y merecimientos! *si Paulus post mille mortes, post tanta pericula istud arbitratus est de se; multo magis nos... Obliviscenda ergo & nobis recte facta, & à tergo relinquenda.*

72 Despues de habernos olvidado de lo pasado, prosigue diciendo el Santo Doctor, debemos à ejemplo de S. Pablo, poner los ojos en lo futuro, como lo hacen los que corren y no miran lo que han andado, sino lo que les queda que caminar, y de esta manera toman mayor aliento. Así el pensar en el bien ya hecho de nada sirve, si no llega á ser cumplido y perfecto con la añadidura de lo que falta que hacer: *etenim & qui currit, non reputat quantum spatii confecerit, sed quantum adhuc desit. Et nos non quantum virtutis impleverimus reputemus, sed quantum adhuc supersit. Quid enim nos juverit quod confectum est, si quod deest, adjectum non fuerit?*

73 No contento aún el Crisóstomo de haber dado una explicacion tan propia á las referidas palabras de S. Pablo, nos vuelve hacer sobre ellas nuevas y mas exáctas reflexiones, para que se nos imprima mas profundamente en el alma esta máxima de espíritu, que tanto ayuda á los progresos de nuestra perfeccion. Repara que el Apóstol no dijo: yo no tengo por dignas de estima, yo no hago caso alguno, yo no hago memoria de las buenas obras de mi vida pasada; sino que dijo, yo me he olvidado totalmente de ellas; porque este olvido es puntualmente el que nos hace diligentes y solícitos para el bien, y añade á nuestros ánimos un cierto esfuerzo y prontitud para la ejecucion de cuanto nos falta que obrar para alcanzar la perfeccion: *& non dixit: non reputans, neque memorans, sed obliviscens; nam ita demum diligentes & seduli reddimur, quando omnem animi promptitudinem & alacritatem ad id, quod adhuc superest, assequendum recolligerimus & reparaverimus, quando præterita oblivioni mandaverimus. Además de esto reflexiona sobre aquellas palabras: extendens me ipsum, y*

dice que en ellas se expresa un esfuerzo muy especial que hacia S. Pablo para llegar á los grados de la mas alta y mas eminentemente perfeccion; porque asi como un hombre que corre, por el deseo que tiene de llegar presto al término se alegra y extiende por la parte anterior con todo conato, echando adelante los pies, la frente y los brazos para apresurar su carrera; así el Santo con un continuo esfuerzo de los deseos dilataba su espíritu y lo extendia á obras de mayor perfeccion: de esta manera corria con grande corage, alegría y fervor en el camino del Señor. Asi hemos de correr tambien nosotros, si de veras aspiramos á la perfeccion: *ad ea vero, quæ sunt priora, extendens me ipsum. Enitens enim is est, qui pedes, quamquam currentes; reliquo corpore antevertere studens, se ipsum ad ea, quæ à fronte sunt, extendit, et manus quoque protendit, ut etiam amplius quidquam ultra cursum efficiat. Hoc vero fit ex multa animi alacritate, ex multo fervore. Ita oportet currentem currere, cum tanto studio, cum tantu alacritate, non pigrè.* Hágase finalmente reflexion, que esto de olvidarse del bien que se ha obrado, esto de extenderse con todo el vigor del espíritu al bien que nos resta que hacer, no solo, segun el Apóstol, es medio para conseguir la perfeccion; sino que es la misma perfeccion (como ya notamos en el precedente capitulo), porque concluye diciendo: cualquiera que fuere perfecto proceda de esta manera: *quicumque ergo perfecti sumus, hoc sentiamus.* Y en este sentido puntualmente explica S. Bernardo estas palabras: *in quo manifeste, Apostolo docente, declaratur, quia perfecta eorum, quæ retro sunt oblivio, & perfecta in anteriora extensio ipsa est hominis justii in hac vita perfectio.* (1) Cualquiera, pues, que desea ser perfecto cristiano, ponga totalmente en olvido cuanto ha hecho de bien en lo pasado, y tenga fijos siempre la vista de la mente y el afecto del corazón en el bien que le falta que obrar en lo venidero.

74 Cuarto medio. Pensar á menudo en los defectos presentes y en los pecados pasados. He dicho en el número antecedente, que para mantener vivos los deseos de la perfeccion, no

(1) S. Bern. lib. de vit. solit.

conviene andar pensando en el bien hecho: aquí digo, que es menester pensar en el mal que se ha hecho, y en el que cada día se va haciendo, y juntamente en las virtudes que nos faltan; porque semejantes pensamientos nos llenan de un santo rubor interior, nos despiertan en el corazón deseos de las virtudes que no tenemos, y ansias de mortificación en todo lo que conocemos defectuoso; y por eso nos sirven de incentivo y estímulo á la perfección. Oigamos lo que dice S. Agustín sobre este particular: *proficite, fratres mei, discutite vos semper sine dolo, sine adulatione, sine palpitatione. Non enim est aliquis intus tecum, cui erubescas, & jactes te. Est ibi, sed cui placet humilitas... Semper tibi displiceat, quod es, si vis pervenire ad id, quod nondum es.* (1) Hermanos míos, dice el Santo, si quereis aprovechar mucho, examínateos amenudo sin adulación y sin engaño, ya que no tenéis dentro de vosotros alguno de que podáis avergonzaros. En realidad está Dios; pero a él le agrada la humildad, y el bajo conocimiento de vosotros mismos. Haz que te desagrade siempre lo que eres, si quieres llegar á ser lo que no eres. Quiere decir que si tú quieres conseguir la perfección, que no tienes, es menester que jamás te contentes de tí mismo; sino que conozcas tus defectos, tus pecados, tus yerros, la falta de las virtudes, la rebelión de tus pasiones, y que te mantengas siempre en un cierto desagrado, y descontento de tí mismo; pero descontento quieto, humilde, pacífico, y lleno de confianza en Dios; porque esta es la que te da estímulos al corazón, te enciende en deseos de mejorarte, y de ser aquel que todavía no eres: *semper tibi displiceat quod es, si vis pervenire ad id quod non es*: y luego añade: *nam ubi tibi placuisti, ibi remansisti*. Si en alguna cosa por falta de propio conocimiento estuvieres satisfecho de tí mismo, es cierto que allí te quedarás parado, sin cuidarte de subir á mayor perfección. *Si autem* (prosigue el Santo) *dixeris sufficit, peräsi*. Si alguna vez llegares á decir, bástame la perfección que he adquirido; ya estás perdido. ¿Y por qué? Porque no podrás (como ya dije arriba) quedar en

(1) S. Aug. de verb. Apost. ser. 1. 5.

ese grado de perfección; te sera preciso, quieras que no quieras, volver atrás, y caminar paso á paso y sin sentir á la perdición. Concluye pues el Santo: *semper adde, semper ambula, semper profice. Noli in via remanere, noli retrò redire, noli deviare.* Camina siempre adelante, añade siempre alguna cosa de mas, adelántate á mayor aprovechamiento. No te pares jamás en el camino de la perfeccion, no quieras desviarte, ni volver atrás. Y para conseguir esto, no hay otro modo que mantener siempre vivos y dilatar siempre los deseos á mayor perfeccion, por los medios que he insinuado en el presente capitulo.

CAPITULO VI.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR SOBRE el primero, segundo y tercero capitulos de este articulo.

75 **A**dvertencia primera. Acerca de introducir las almas al camino de la perfeccion, proceda el director con prudencia, con buen órden y con destreza; porque de otra suerte, no conseguirá el intento deseado. Hemos dicho, que la primera cosa que debe hacer un director que quiere conducir un alma á la perfeccion, es despertar en ella la voluntad y deseo de atender seriamente á la perfeccion; y hemos suministrado tambien los motivos aptos para despertar semejantes deseos; porque en la realidad este es el fundamento, sobre el cual debe comenzar á levantarse este espiritual edificio. Pero debe reflexionar, que no todas las almas estan dispuestas á recibir este cultivo del espíritu. Si la persona se halla aun envuelta en culpas graves, ó aprisionada con los lazos de afectos y ocasiones malas, no está ciertamente en disposicion de que se le deba hablar de perfeccion. En tal estado, es menester curar primero el alma de las heridas mortales de sus pecados, y volverla á la vida de la gracia. Hecho esto se deberá pensar en establecerla en una perfecta sanidad, como hacen puntualmente los médicos, que primero piensan en curar los enfermos de sus graves enfermeda-

des, y despues en quitar las reliquias de los males y solidar las fuerzas. Imite á Jesucristo, de quien dice S. Ambrosio, que como medico, no menos piadoso que prudente, cura primero las llagas podridas de nuestras almas, alejandolas de la torpeza, y apartando de ellas la ceguedad de otras culpas graves; y despues las hace subir poco a poco al monte de la perfeccion: *prænim unusquisque sanandus est, ut paulatim, virtutibus procedentibus, ascendere possit ad montem. Et ideo quemque in inferioribus sanat; hoc est, à libidine revocat, injuriam cæcilitatis avertit, ad vulnera nostra descendit; ut usu quodam, & copia suæ naturæ comparticipes nos faciat esse Regni cælestis.* (1) Pero si la persona hubiere vivido largo tiempo con inocencia, ó habiendo sido por su desgracia delincuente de pecados graves, se halla ya enmendado de sus yerros y muy arrepentido de ellos; deberá entónces el director procurar llevarla adelante á mayor perfeccion, y convendrá usar de algun medio proporcionado segun la calidad del sugeto, para introducir suavemente en él el deseo de la perfeccion.

76 Advertencia segunda. En el caso dicho, que se hálle el alma suelta de los lazos de culpas graves, en disposicion de andar adelante y de hacer progresos en las virtudes cristianas; observe diligentemente el director si está movida de Dios á mayor perfeccion; ó solo se contenta con estar en su gracia, sin pensar en mas adelantamientos. Si reconoce en ella la mocion del Espiritu Santo, que con sus inspiraciones la despierta á las buenas obras, no ha de hacer otra cosa, que soplar con sus consejos y advertencias aquellas primeras centellas, para encender vivos deseos de perfeccion; los cuales puedan despues á su tiempo producir llamas ardientes de caridad, como ha sucedido en otros. Si despues de todo esto, se estuviere el alma lánguida y fria, sin pensar en mas que en no caer en culpas graves; entónces toca al director tomar algun medio y alguna industria para excitarla á mayor bien; porque Dios nuestro señor querrá quizá servirse de él para despertar en el corazon de

(1) S. Ambrosio. Rom. 4. c. 6. Luc. lib. 5.

la tal alma santisimos descos. Una confesion general hecha con mucha contricion y con grande resolucion de mudar de vida, ha sido para muchos el principio de una grande perfeccion. De hecho, la beata Angela de Fuligno refiere de si misma en su vida, que despues de una confesion general se consagró enteramente á Dios: asi que no se puede dudar, que de ella tuviese principio aquella sublime santidad á que subió en el progreso de su vida. Yo mismo he conocido á muchas personas que habian vivido largo tiempo disolutamente; y despues de una confesion general se trocaron de manera, que no solo subieron á estado de gran perfeccion, sino tambien á grados de una muy elevada contemplacion. A otros han sido principio de su santidad los ejercicios espirituales, como en un San Carlos Borromico, en un S. Francisco de Borja y en otros muchos. En otros ha tenido su origen la perfeccion de la leccion de libros espirituales; como en S. Ignacio de Loyola y en S. Juan Colombino; ó de oír devotamente los sermones, como en un San Nicolás de Tolentino. En otros se ha servido Dios de una reprehension del confesor hecha por puro celo de la divina gloria, para llevarlos á una vida muy perfecta. Asi la beata Jacinta Marescotti, por una correccion hecha oportunamente por un celoso confesor, se trocó al punto de monja vana é imperfecta en una fervorosa religiosa. Asi Doña Sancha Castillo, dama de honor de la Emperatriz Isabel, que andaba toda llena de galas y perfumada de olores; al oír decir al venerable padre Juan de Ávila, varon apostólico, que aquellos perfumes olian á infierno, y aquellas galas eran lazos para llevar allá las almas; se entregó á una asperisima penitencia y llegó á ser un vivo ejemplar de toda perfeccion. Mas el medio mas ordinario, y que á mi ver deben practicar comunmente los directores, es aquel de que hablé en el capítulo precedente, y del cual hablaré en breve mas difusamente; es á saber, el ejercicio de las santas meditaciones. La razon es manifiesta. Los deseos de la perfeccion son don de Dios; y aunque los directores deben usar varias artes para excitarlos en sus penitentes; pero es cierto que á Dios per-

tenece el infundirlos en nuestros corazones por medio de sus luces y de sus internas inspiraciones. ¿Cual es el medio mas conatural y más seguro para recibir esta luz celestial, y estas mociones internas que incitan al alma á obrar virtuosamente? ¿Quién no lo sabe? Son las meditaciones sobre las máximas de nuestra santa fé; porque el alma retirada á solas con Dios y fija toda en la consideracion de las dichas verdades conoce la vanidad de los bienes terrenos, la grandeza de los bienes eternos; aprende la importancia de la salud eterna, penetra la gravedad del pecado, y entiende cuanto merece ser Dios amado y servido. Despues de semejantes conocimientos con una cierta conaturalidad se mueve el alma al deseo de obrar conforme á lo que conoce, que es lo mismo que decir, que se mueven en ella deseos de la verdadera perfeccion. No deje, pues, el director esta industria entre las demás que practicáre, para llevar sus penitentes á mejorar sus vidas; porque abrazando ellos este medio, y perseverando constantes en el ejercicio de meditar, los verá seguramente crecer cada dia mas, no solo en deseos, sino tambien en obras de mayor perfeccion.

77 Advertencia tercera. Queriendo el director que algun hombre, ó muger secular, que le parece bastanteamente dispuesto, comience á caminar por la via del espíritu; no le aconsejo, que desde el principio le hable de perfeccion, porque á esta palabra se suelen aterrar las personas del siglo; así porque creen que la perfeccion cristiana no les pertenece á ellas, sino que es ejercicio propio de monjas y religiosos, como dije arriba; como tambien porque se la figuran como una cosa árdua, melancólica, enfadosa é insoportable: por esto obrando con ellas descubiertamente no conseguiria el director otra cosa que cobrar concepto de indiscreto y enagenarlas de sí. Antes les aconsejaria, que procediesen practicamente; y sin hablarlas de perfeccion, introducir las diestramente en ella, haciéndolas practicar algunas de aquellas santas industrias de que hemos hablado en el número precedente. Cuando viere despues que comienza Dios á despertarlas con santos pensamientos, y encenderlas con

santos afectos á deseos de mayor bien; entónces podrá obrar abiertamente, y representarles la obligacion que tienen tambien ellas de caminar á una perfeccion acomodada á su estado, y podrá servirse de algun arte, para avivar semejantes deseos en sus corazones. Y para que quede el director bien persuadido de esto considere aquella doctrina, que trae S. Gregorio en la homilia 26 *in Evang.*, esto es, que los deleites terrenos tienen la propiedad, que mirados de lejos parecen agradables y mueven á ser deseados; pero vistos de cerca y experimentados, se encuentran insípidos, y causan fastidio. Por el contrario, las cosas espirituales vistas de lejos, parecen enfadosas; pero miradas de cerca y probadas, se experimentan dulces y despiertan deseos de su consecucion: *hoc distare, frutres charissimi, inter delicias corporis & cordis solet, quod corporales delitiæ, cum non habentur, grave in se desiderium accendunt; cum vero habitæ eduntur, comedentem protinus in fastidium per satietatem vertunt. At contra spirituales delitiæ cum non habentur, in fastidio sunt, cum vero habentur, in desiderio: tantoque amplius à comedente esuriuntur, quanto ab esuriente amplius comeduntur.* (1) Y la razon que trae el Santo, para probar que las cosas del espiritu no pueden desearse, ni amarse de quien jamas las ha practicado, es, porque estando remotas de los sentidos, no puede saber qué sabor tienen el que jamas las ha experimentado: *et ideo non habitæ amari non possunt, quia earum sapor ignoratur.* Procure pues el director, que sus penitentes comiencen por los medios ya propuestos á gustar de Dios, y á probar el sabor de la virtud, y sentir el deseo de conseguirla; y despues estimúlelos á cara descubierta á la consecucion de aquella perfeccion que les conviene.

78 Advertencia cuarta. Advierta el director, que la perfeccion no es una misma en todos; y por eso no debe encaminar á todos por el mismo camino. La perfeccion en que debe ejercitarse un secular es una, y otra es la que debe practicar un religioso. Una perfeccion es la que se pide á una doncella que

(1) S. Greg. hom. 26. in Evang.

debo atender solamente á sí misma; y otra es la que se requiere en una casada, que debe tener cuidado de la familia, y corresponder á su consorte: aun en las mismas religiones no son los mismos los medios por los cuales se camina á la perfeccion. Asi, si un Cartujo quisiese convertir almas por medio de la predicacion, no obraria segun la perfeccion de su instituto que le prescribe una vida puramente contemplativa. Y si un Jesuita quisiese estarse siempre retirado en su aposento, sin ver jamas hombre alguno, no obraria conforme la perfeccion de su regla, que le prescribe una vida mixta de contemplacion y accion. Sea, pues, cauto el director, y procure que sus discipulos emprendiendo vida devota, pongan los ojos en aquella perfeccion que es propia de su estado, y á esa enderecen solamente sus deseos; para que no comiencen á extraviarse desde el principio, y se verifique de ellos, que *bene currunt, sed extra viam*, que caminan con fervor y alegria, pero fuera del camino: ademas que los yerros en que desde el principio se cae, se radican altamente en el ánimo y se hacen casi incorregibles. A este punto pertenece tambien el contar los deseos inútiles é infructuosos, aunque sean de cosas santas; como por ejemplo, el afanarse un principiante en descos sobre la conversion de los pueblos, la reduccion de los idólatras á la santa fe, y otras cosas semejantes, que son incompatibles con su estado presente; porque estos deseos ocupan el corazon y quitan el lugar á los deseos de aquellas cosas, que de presente son necesarias para su aprovechamiento. Oiga el director cómo habla S. Francisco de Sales sobre este particular: *yo no apruebo de manera alguna que una persona atada á alguna obligacion ó vocacion, se pare á desear otra suerte de vida, fuera de aquella que es conveniente á su oficio, ni ejercicios incompatibles con su estado presente; porque esto disipa el corazon, y lo debilita para los ejercicios necesarios.* (1) Todo esto se entiende de los deseos estables y fijos que ocupan el corazon; y no de ciertos deseos pasajeros, que no pueden causar algun daño.

(1) S. Franc. de Sales vit. dev. part. 3. c. 33.

79 Advertencia quinta. En comenzando á despertarse en el ánimo del penitente deseos de perfeccion, esté advertido el director de no pedirle demasiado, como si quisiese hacerle santo en un dia; porque de otra suerte, por pedir mucho, se pondria en peligro de perderlo todo. Considere á este fin que para conseguir la propia perfeccion en cualquier estado, no es necesario usar todos los medios, sino que basta poner algunos. Así lo enseña el padre Suarez, apoyalo de la autoridad de Santo Tomás: *ad perfectionem animi obtinendum, non est necessarium omnia consilia integrè servare; sed aliqua interdum sufficient.* (1) Lo prueba con el ejemplo de los Apóstoles, los cuales no abrazaron todos el consejo de no tomar de la iglesia el sustento, sino solo S. Pablo; y tambien lo muestra con la razon; porque no todos los consejos se acomodan á todos los estados: así la pobreza voluntaria, que es propia de los religiosos, no es propia de los seglares; sino solamente el buen uso de las riquezas: la castidad que compete al estado de la clausura no conviene al estado de los casados. Además de esto es manifesto, que las obras de supererogacion deben ser diversas en los principiantes, que en los proficientes y en los perfectos; porque el obrar se debe medir con las fuerzas del sujeto; y cuando este tiene mayores fuerzas, debe tambien dar á luz mejores obras. Considere el director en segundo lugar, que aquellos mismos consejos que son acomodados al estado del penitente, y que debe ejecutarlos, no se pueden ejercitar con la misma exactitud y amplitud en los principios, que en los progresos; porque la perfeccion se introduce en el alma poco á poco. Crece el hombre en la virtud, como crece en el cuerpo insensiblemente y poco á poco, y como crece el árbol invisiblemente en medio del campo: de manera, que no se vé el aumento todos los dias, aunque se haga cada dia; sino despues de largo tiempo cuando ya está hecho. Y por esto conviene, que el director use de discrecion, mayormente en los principios con sus discípulos, para que en lugar de ayivar, no apague aquella primera

(1) Suarez tom. 3. de Relig. lib. 1. c. 5. n. 2. D. Thom. in opusc. 19. c. 2.

centella de descos que Dios ha encendido en sus corazones.

80 Refiere Santa Teresa de sí misma, que comenzando Dios á hacerle grandes favores sobrenaturales, deseó y consiguó el descubrir toda su alma á un gran maestro de espíritu, que la guiase recta y seguramente. Y aunque el padre espiritual que encontró era hombre santo y muy experimentado; sin embargo no procedió con ella con la debida discrecion, por no haber medido los consejos que le daba con las fuerzas de su espíritu: y dice la Santa, que si ella hubiese habido de vivir bajo la sola conducta de dicho padre, jamás hubiera hecho algun adelantamiento; pues aquella direccion indiscreta no le servia de otra cosa, que de desanimarla. Veis aqui sus palabras: *al fin conocí, que los medios que él me daba, no eran los que necesitaba para mi remedio, sino que antes eran para otra alma mas perfecta.... Y cierto, que si yo no hubiese tenido otros con quien tratar y conferir, que á él solo, ereo que jamás hubiera hecho algun provecho mi alma; porque la afliccion que me causaba el ver que no hacia, ni me parecia poder hacer: aquello que él me decia, era bastante para hacerme perder la esperanza y abandonarlo todo.* (1) Si no quiere errar el director en la direccion de sus penitentes, no pida jamás de ellos mas de aquello que pueden sobrellevar las fuerzas del espíritu que Dios les va comunicando; porque en la realidad no pueden moralmente hacer mas. El poner sobre las espaldas de un jumento un peso superior á sus fuerzas, no sirve de otra cosa que de hacerlo caer debajo de la desmedida carga. Asi el imponer á los penitentes obras y mortificaciones superiores al vigor que les suministra la gracia, no sirve de otra cosa, que de ahogar el espíritu de los mismos.

CAPITULO VII.

ADVERTENCIAS PRACTICAS SOBRE LOS CAPÍTULOS los cuarto y quinto de este artículo.

81 Advertencia primera. De lo que se dijo en el capítulo

(1) S. Ther. vir. c. 23.

cuarto habrá comprendido el director, que el mayor cuidado de su celo ha de consistir en procurar que no se entibie en sus discípulos la voluntad y deseo de la propia perfeccion; sino que se conserve siempre vivo, y se extienda siempre á mayor perfeccion, porque faltando semejante deseo, recaeria poco á poco en el estado primero de su antigua frialdad. Y para que pueda poner reparo á tan grande mal cuando le suceda, quiera darle ahora algunas señales, para conocer si su discípulo, habiendo sido fervoroso y deseoso de sus adelantamientos, comienza á entibiarse en sus fervores. Dije, que daré algunas señas; porque para darlas todas, seria menester un mas largo discurso.

82 La primera señal clara y manifiesta la colegirá el director de las cosas espirituales; porque en comenzando á debilitarse la voluntad de su penitente, comenzará tambien á dejar los ejercicios de espíritu, las meditaciones, las oraciones, la leccion de libros santos &c.; ó á lo menos á disminuirlos por motivos ligeros: ó se entretendrá en ellos con desgana, sin aplicacion, y mas por costumbre ó por algun respeto humano, que por deseo de sacar el debido provecho. Los exámenes de conciencia, que ántes hacia con mucha compuncion, ó los dejará pasar, ó los hará muy superficialmente y sin alguna enmienda. A los sacramentos se acercará de mala gana, con menor frecuencia y sin fruto. A las inspiraciones de Dios y á los remordimientos de su conciencia se mostrará irresoluto, dilatando siempre para otro tiempo la enmienda del mal, ó la ejecucion del bien.

83 Sepa distinguir el director entre la tibieza culpable, que la persona por si misma se forma, y la sequedad provechosa que Dios muchas veces envia á las personas espirituales, ó por prueba, ó para purificarlas. Es verdad, que así en la sequedad como en la tibieza se pierde todo afecto sensible, todo sentimiento y sabor de las cosas espirituales; pero esto sucede con esta diversidad, que en la sequedad, cesando la sensibilidad de los afectos, no falta la voluntad; ántes es mas diligente que nunca en cumplir su deber: cuando en la ti-

bieza juntamente con el afecto falta tambien la voluntad, que es negligente y descuidada en los ejercicios del espiritu y de las virtudes. La sequedad procede sin culpa; pero la tibieza va envuelta en una infinita multitud de imperfecciones y de culpas ligeras. Veamos todo esto claramente en el ejercicio de orar y meditar. Es cierto, que tanto en la sequedad como en la tibieza cesa una cierta luz clara, y una cierta mocion sensible de la divina gracia: y en uno y otro caso queda la persona seca, dura y enjuta. No obstante esto, la persona que se halla en estado de precisa sequedad, no abandona ni disminuye sus acostumbradas meditaciones: no se deja vencer de las distracciones, sino que vela sobre sus pensamientos para enlerezarlos á Dios; y si no puede practicar sensiblemente sus afectos con el corazon, los ejercita secamente con la voluntad. Al contrario, la persona que está en estado de tibieza, no hallando pasto en sus oraciones, ó las deja, ó las acorta: condesciende con las distracciones, ó las desecha languidamente; y se está delante de Dios dura, no menos de corazon, que de voluntad.

84 La segunda señal la tendrá el director en las acciones externas; porque cuando ántes su discípulo amaba el retiro, le verá despues muy ageno de él. Le verá derramarse en las cosas exteriores, y buscar por defuera entre los divertimientos, parlerias, novedades y vanas curiosidades aquel consuelo que el miserable no halla dentro en los ejercicios de espiritu. Cuando ántes atendia á la mortificacion del cuerpo y de los sentidos, le reconocerá despues fácil á echar los ojos sobre todo objeto, á hablar ociosamente, á murmurar de las operaciones de otros. Reconocerá, que comienza á condescender sobradamente con su cuerpo en la comilla, en el sueño y blanduras, y á dejar las acostumbradas penitencias con vanos pretextos; pareciéndole ya, que un ayuno le haya de conducir á la ética, y una disciplina á la muerte. En suma, conocerá claramente, que de espiritual, que ántes era, comienza ya á ser un hombre carnal.

85 La tercera señal la tendrá el director cualquiera vez

que se le ofreciere hablar con su penitente; porque ya no hallará en él aquella abertura y sinceridad con que ántes le descubría cualquier movimiento bueno ó malo de su corazón, ni aquella humildad con que recibía sus correcciones, ni aquella obediencia con que ejecutaba sus consejos. Descubrirá en su interior un desconcierto de pasiones; no ya violento, sino voluntario; porque es nacido de una culpable adherencia de su voluntad. Descubrirá en él una cierta estima de sí mismo, y una cierta vanidad que suele ser origen de esta frialdad y tibieza. Y quizá, quizá reconocerá, que ya comienza a mirar con ojos de complacencia y con deseo aquellos deleites y bienes terrenos, que con tanta generosidad había dejado.

86 Advertencia segunda. Si el director halláre en su penitente todas, ó á lo menos algunas de las dichas señales, puede asegurarse que ya se ha resfriado en él todo deseo de perfeccion. Procure por tanto apartarle prontamente de aquella su frialdad, poniéndole delante de los ojos aquellos motivos que tienen fuerza para volver á encender en su corazón los antiguos deseos. El primer motivo, á mi ver, debe ser aquel que insinué arriba; es á saber, que persistiendo en su tibieza, tanto en las cosas espirituales, como en los ejercicios de la virtud, habrá de volver atrás, aunque no quiera, y perder en breve tiempo lo que en mucho había adquirido. Y aquí fortifíquese con aquella bella semejanza que á ese propósito trae S. Gregorio, comparando á nuestra alma con una navicilla puesta en medio de un impetuoso río, que si no hace todo esfuerzo para ir adelante contra el impetu de las aguas, no puede pararse en medio de aquel; sino que se ve forzada á volver atrás violentamente llevada de la corriente. Así, dice el Santo, si un alma no procura adelantarse en el bien, resistiendo fuertemente al impetu de sus siniestras inclinaciones, y á los impulsos de las diabólicas tentaciones, no podrá pararse en medio del camino de la perfeccion, sino que necesariamente habrá de volver atrás, y perder todo el camino que había andado en el discurso de su vida espiritual: *si enim quod videtur gerendum sollicita intentione non cres-*

cū, etiam quod fuerat benè gestum decrescit. In hoc quippe mundo humana anima, quasi more navis est contra ictum fluminis conscendentis; uno in loco nequaquam stare permittitur; quia ad ima relabitur, nisi ad summa conetur. (1)

87 El segundo motivo sea el que hemos insinuado; es á saber, que si él no se levanta de aquella su tibieza, y no vuelve á encenderse en el deseo de su aprovechamiento, no solo perderá lo que con tantas fatigas ha ganado, sino que llegará poco á poco á caidas horribles, y á precipitarse en el abismo de pecados mortales; porque, dice Casiano, cuando en los siervos de Dios se ven ciertas caidas lamentables, no se debe echar la culpa á las ocasiones presentes que les han dado el último empujón; sino á la pasada tibieza, por la cual debilitándose la virtud interior del alma, y tomando fuerzas las pasiones y vicios, no podían los infelices mantenerse mas tiempo en pie: *lapsus quis jam nequaquam subitanea ruina corruisse credendus est; sed pravæ institutionis deceptus exordio, aut per longam mentis incuriam, paulatim, virtute animi decedente, & per hoc sensim vitius incrementibus, casu miserabili concidisse. Ante contritionem enim præcedit injuria, & ante ruinam malu cogitatio.* (2) Sabe cuanta verdad sea esta el miserable Euprepiano, cuya ruina llora S. Teodoro Estudita. (3) Vivió muchos años en el monasterio, y en aquel sagrado claustro fué un espejo de todas las virtudes religiosas. Era en la oracion fervoroso, en la mortificacion infatigable, en la obediencia pronto, en la observancia regular éxactísimo. Dos veces fué aprisionado por la fé, y se mantuvo constante en los cepos y cadenas. Dos veces fué asperamente azotado de los idólatras. Toleró fuertes golpes, sufrió acerbos dolores y derramó gran copia de sangre por el amor de Jesucristo. Ahora, pues, ¿quién á una vida tan fervorosa y á una virtud tan constante, no hubiera pronosticado una eterna duracion? ¿Quién no le hubiera pronosticado la laureola de una muy ilustre santidad? *Et tamen dormitans, cecidit:* sin embargo, cayó feamente Euprepiano. ¿Pero quién

(1) S. Gregor. Pastor. p. s. c. 35. (2) Cassian. col. 6. c. 17. (3) S. Theod. Stud. serm. 9. cath.

pudo echar por tierra aquella columna de la santa Iglesia, que habia estado inmoble á los golpes violentos de las mas fieras persecuciones? Puntualmente la tibieza, *dormitans cecidit*. Comenzó á adormecerse en él el deseo de la perfeccion; comenzó á aflojar en el estudio de la oracion y en el ejercicio de las virtudes; comenzó por fin á volver atras, y retrocediendo paso á paso, fué á caer en el precipicio de culpas mortales; y lo que es peor, de una desventurada muerte. Ni esto cause maravilla, porque así como de una leve debilitacion de los fundamentos, como dice el ya citado Casiano, ó de una larga, aunque ténue gotera, toma origen tal vez la ruina de grandes edificios; así una debilidad de espiritu, y una continua destilacion de culpas y faltas voluntarias, echa por tierra los mas grandes colosos de la cristiana perfeccion. Pues *qui stat, videat ne cadat*. Si el penitente entibiado aun no ha caido, procure estremecerle el director con la vista de tan grande peligro, para que se restituya al camino de la perfeccion con volver á avivar los deseos ya casi apagados.

88 El tercer motivo y mas eficaz que los otros, será traerle á la consideracion, que un alma que del estado de la perfeccion en que se habia puesto, pasa á la tibieza y llega despues á deslizarse en culpas graves, dificilmente se vuelve á poner en pie. S. Pablo dice, que el restablecimiento de estos es moralmente imposible: *impossibile enim est, eos qui semel sunt illuminati, gustaverunt etiam donum cœlestis, & participes facti sunt Spiritus Sancti... & prolapsi sunt, rursus renovari ad pœnitentiam*. (1) Casiano es de parecer, que mas facilmente puede reconocerse y volver en sí, y subir despues á la mas alta cumbre de la perfeccion un hombre carnal, que no un monge, ó cualquier otro, que despues de haber sido fervoroso, llega á enfriarse: *facilius ad salutarem conversionem, ac perfectionis fastigium carnalis quis, hoc est sæcularis vel gentilis accedit, quam is, qui professus monachus, nec tamen vitam perfectionis arripens, secundum regulam disciplinæ ab illo semel spiritualis*

(1) Ad Hebr. c. 6. v. 4. & 6.

igne fervoris discessit. (1) Y da la razon, porque un pecador, á la vista de sus maldades, mas facilmente se compunge, se humilla y sujeta á la direccion de otros; por donde no es tan dificil que del reconocimiento pase a mejorarse, y haga despues progresos en el camino del espiritu; pero el que de la perfeccion cae en tibieza, jamas llega á persuadirse que está ciego, miserable y necesitado de la direccion de otros, teniéndose por muy salio é instruido; y por eso es muy dificultoso que vuelva á su primer estado: *in eo factus sæculari deterior, quod nec miserum se, nec cæcum, nec indigere munitis alicujus, aut institutione cognoscit.* Finalmente, confirma con la experiencia esta su verdaderisima doctrina, diciendo, que cada dia se ven hombres frios y helados, que conciben poco á poco fervor de espiritu; pero que jamas se ve un tibio que vuelva á ser fervoroso: *postremo quid dælius immoramur in his, quæ nobis experimento satis comperta sunt ac probata? Frequenter enim vidimus de frigidis atque carnalibus, id est, de sæcularibus atque paganis, ad spiritualem pervenisse fervorem; de tepidis atque animalibus omnino non vidimus.* A esto vienen á dar aquellas palabras de Dios en el Apocalipsi: *utinam frigidus esses, aut calidus. Sed quia tepidus es, & nec frigidus, nec calidus, incipiam te vomere ex ore meo.* (2) Bueno seria para ti (envió Dios á decir por boca del Apóstol S. Juan al Obispo de Laodicea), bueno seria para ti que fueses frio ó caliente en el divino servicio; mas porque eres tibio, comenzaré á vomitarte de mi boca. Estas palabras, como notan los Santos, expresan el abandono que hace Dios de las almas entibiadas en la voluntad y deseo de su perfeccion: porque así como no se vuelve á tomar un manjar que se ha vomitado de la boca, así no vuelve Dios á tomar á una persona tibia, que ha yá arrojado de su divina boca. Apareciéndose S. Ignacio á un devoto suyo, tuvo razon de decirle, que si los bienaventurados fuesen capaces de dolor, se mostrarian vestidos de luto y anublado el rostro con sombras de palidez y tristeza, para significar el desagrado que

(1) CASILLAN. COL. 4. C. 9. (2) APOC. C. 3. 15. & 16.

tienen siempre que ven á alguno, que de fervoroso pasa á ser tibio en el servicio de Dios (1); sin duda por el peligro á que mas que ninguno otro se expone de ser abandonado de Dios, y de precipitarse en su perdicion. Entre tanto, si viere el director que su discipulo con motivos tan fuertes y poderosos entra dentro de si mismo, comienza á arrepentirse de su tibieza, y se resuelve á volver á su primer estado, procure volver á encender en él los deseos de la perfeccion, y de volverle al antiguo fervor por los medios que ahora añadiré.

89 Advertencia tercera. Un carbon apigado se vuelve á encender con aquel mismo fuego con que la primera vez se encendió: asi los deseos de conseguir la perfeccion, y el fervor de procurar su consecucion, se vuelven á inflamar con aquellos mismos medios con que la primera vez se encendieron. Vuelva el penitente entibiado á la oracion: vuelva al uso de los sacramentos, de los exámenes y sagrada leccion: vuelva á la guarda de los sentidos y á la mortificacion de sus pasiones: vuelva con especialidad á la meditacion de las máximas eternas; pero haga todo esto, no superficialmente y por costumbre, sino con espíritu interno y con verdadero deseo de su aprovechamiento. Sobre todo, se encomiende mucho y muy de corazon á Dios, para que le vuelva á fortalecer con su gracia, y á encenderle con sus celestiales luces. Entre tanto váyale animando el director, con decirle que todos los motivos de terror, que arriba expresamos, se verificarán solamente en aquellos tibios, que quieren perezosos estar echados en su tibieza; pero no en aquellos que despues de alguna relajacion quieren volver de nuevo á servir á Dios con fidelidad y fervor. Antes dígame, estos son acogidos del Señor con especial amor, como sus amigos antiguos y familiares de su córte. Váyale repitiendo á menudo aquellas bellas palabras de S. Bernardo: *Exurgamus, obsecro, quicumque hujusmodi simus (hoc est tepidi) resarciamus animam, spiritum recolligamus, abjicientes perniciosam tepiditatem.* (2) Levantémonos, hijos,

(1) Noíarci Vit. c. 19. (2) S. Bern. serm. 6. de Ascens.

os ruego, de este miserable estado: volvamos á aderezar el alma descompuesta en sus actos y disipada en sus potencias: volvamos á recoger el espíritu, apartando de nosotros esta tan perniciosa tibieza. Digale con el mismo Santo, que si no quiere hacer esto por los muchos daños y graves peligros que arriba expusimos, lo haga á lo menos por librarse de tantos escrúpulos, de tantos remordimientos, de tantas inquietudes y de tantas angustias interiores que en aquel estado de tibieza le será preciso siempre sufrir: *et si non quia periculosa est, & Deo solet vomitum provocare; certe quia molestissima, plena miserie & doloris, & inferno plane proxima umbra mortis jure censetur.* Mas si todo esto no bastare para despertar en él los antiguos deseos de su aprovechamiento, no le quedará al director otra cosa que hacer sino encomendarle á Dios.

90 Advertencia cuarta. Encontrará el director algunas almas, que no se descuidan un punto en su aprovechamiento, sino que se esfuerzan á ir siempre adelante en el camino de la perfeccion; y con todo eso jamas están contentas de sí: les parece que nada adelantan, que vuelven atras, y que de pies á cabeza están llenas de culpas y defectos. En estos casos (que en la realidad suelen ser frecuentes) esté advertido el director de proceder con recto discernimiento para no errar. Si las dichas personas sacan sincera humildad de aquella su persuasion; quiero decir, un cierto abatimiento interior, quieto y pacífico, con poca estima, y quizá con un positivo desprecio de sí mismas; ni pierden la confianza en Dios, antes la aumentan á vista de sus miserias, están ellas en un estado muy bueno; porque así como el estar uno contento de sí mismo, es causa de vanidad, de soberbia y de lentitud en obrar virtuosamente, así el estar mal satisfecho de sí (en el modo dicho), hace que la persona se extienda con sus deseos á aquella perfeccion de que se reputa estar privada. Por lo cual dijo San Bernardo á este propósito: *divina solet pietas ordinare, ut quanto quis plus profecerit, minus se reputet profecisse.* (1) Es disposicion de la di-

(1) S. Bern. de 4. mod. orandi.

vina bondad, que cuanto uno mayor adelantamiento hace, le parezca y juzgue que hace menos.

91 Mas si la persona de la poca satisfaccion que tiene de si misma, saca desconfianza, pusilanimidad y caimiento de ánimo, se halla la infeliz en mal estado; esto es, en estado de no poder ir adelante; porque su desmayo es un lazo que le ata el espíritu, lo detiene y retarda, y es impedimento y rémora á sus progresos. Procure en este caso el director, que el discípulo del conocimiento de sus faltas y miserias, no saque cobardía y abatimiento de ánimo; sino antes una sincéra humildad llena de confianza en Dios. Conozca delante de Dios lo que es: confiese sus faltas, y confúndase con paz; pero espere otro tanto en él, cuanto se vé en sí miserable; antes de su misma insuficiencia y flaqueza tome motivo para abandonar-se todo en Dios con una plena confianza. Haga el bien que puede con la divina gracia, y de aquella ayuda que recibe, tome animo para esperar de Dios mayores socorros, como enseña S. Gregorio: *ex magna conditoris nostri dispensatione agitur, ut per minima, quæ percipimus, sperare majora debeamus.* (1)

ARTICULO III.

EL SEGUNDO MEDIO PARA ADQUIRIR LA PERFECCION CRISTIANA, ES LA ELECCION DE UNA BUENA GUIA QUE CONDUZCA Á ELLA.

CAPITULO PRIMERO.

SE MUESTRA CON LA AUTORIDAD DE LA SAGRADA Escritura, y de los Santos Padres la necesidad que hay, de una guia para caminar con seguridad á la perfeccion.

92 **D**espues que vencidos los contrastes y oposiciones del demonio, tu enemigo jurado, te hubieres resuelto de ser-

(1) S. Greg. Dial. lib. 1. c. 9. in fine.

vir á Dios con la debida perfeccion, te has de aplicar con todo el ánimo, dice S. Basilio, y con sumo cuidado, á escoger un parte espiritual que te sirva de guia fiel y segura en todas tus operaciones: *simul ac in primo luctationis istius congressu adversarium superaveris.... summa vigilantiâ, acerrimâque in omnes partes animi circumspectione operam dato, ut aliquem tibi virum invenias, quem in omnibus deinceps detectæ tibi vitæ studiis certissimum ducem sequaris.* (1) Y por eso, segun la enseñanza de este Santo Doctor, despues de los primeros deseos de perfeccion; y de las primeras resoluciones de conseguirla, el medio mas necesario para hacer grandes progresos en este camino espiritual, es sin duda la eleccion de una buena guia. Veamos, pues, cuan grande sea, y hasta que grado se extienda esta necesidad, segun la doctrina que nos dan los Santos Padres, y las sagradas letras.

93 S. Gregorio, hablando del abad Honorato, hombre de bjo nacimiento, pero eminente en santidad, que erigió y fundó un monasterio de doscientos monges, y con su santa vida y santos documentos lo condujo á gran perfeccion, dice, que él no tuvo otra guia para la perfeccion, que al mismo Dios: *nequaquam hunc fuisse alicujus discipulum audivi; sed lege non constringitur Spiritus sancti donum.* (2) De aqui añade, que hay tambien otros que no teniendo maestro alguno de espíritu que externamente los dirija, el mismo Dios se hace su conductor, y con interno magisterio los guia á la perfeccion: *sed tamen sunt nonnulli, qui ita per magisterium spiritus intrinsecus docentur, ut etsi eis exterius humani magisterii disciplina desit, magistri intimi censura non desit.* Y trae luego el ejemplo de S. Juan Bautista y de Moisés, que no tuvieron maestro terreno que los instruyese; sino que con la conducta que tuvo Dios de ellos, ya por si mismo, ya por medio de algun ángel, subieron á la altura de la perfeccion: *sic quippe Joannes Baptista magistrum habuisse non legitur... sic Moyses in eremo edoctus mandatum ab angelo didicit, quod per hominem non*

(1) S. Basil. de ren. abdicat. (2) S. Greg. Dial. lib. 1. c. 1.

cognovit. Lo mismo parece que admite S. Agustin, donde explicando el Salmo centésimo décimo tercio, dice, que se encuentran algunos santos; cuya conducta no depende de algun hombre mortal, sino de solo Dios. *Cælum cœli Domino, qui erexit, & sublimavit quorundam Sanctorum mentes in tantum, ut nulli hominum, sed ipsi Deo suo dociles fierent.* Asi que no se debe poner en duda que puede absolutamente hablando, darse el caso en que de alguna alma escogida quiera Dios por sí solo ser maestro y guia.

94 Despues de haber dado S. Gregorio la referida doctrina al punto añade, que estos son casos extraordinarios que no se deben tomar por regla y ejemplo; para que no suceda que pareciendo á alguno que es guiado interiormente del Espiritu Santo y juzgandose por su discípulo, venga á ser maestro de grandes errores: *quorum tamen libertas vitæ ab infimis in exemplum non est trahenda: ne dum se quisque similiter Sancto Spiritu impletum præsumit, discipulus hominis esse despiciat, & magister erroris fiat.* (1) Finalmente concluye, que esto de no ser uno dirigido de los hombres, sino de solo Dios, es cosa digna de admirarse y de venerarse en algun santo; pero no de que nosotros débiles é imperfectos la imitemos: *sed hæc, ut prædiximus, infimis veneranda sunt, non imitanda;* porque el órden de la ordinaria providencia pide que no se haga maestro, ni de sí, ni de otros, quien jamas ha sido discípulo; ni pida obediencia, quien no la ha practicado: *usus quidem rectæ conservationis est, ut præesse non audeat, qui subesse non didicü, nec obedientiam subjectis imperet, quam Prælati non novit exhibere.*

95 Y porque este es un punto muy delicado, que si no es bien entendido pudiera ser origen de grandes yerros; es necesario que yo me detenga un poco en demostrar, en cuales casos puede el hombre justamente esperar de Dios una particular direccion, y en que casos no puede, sin incurrir la nota de temeridad, prometerse de Dios este especial socorro; por lo cual

(1) *Ed. Cap.*

está obligado á buscar de las criaturas la direccion de sus operaciones. Para esto es menester considerar varias circunstancias, en que puede hallarse la persona espiritual deseosa de su aprovechamiento. Si ésta viviere en lugares donde no se halla alguno hábil para enseñarle el camino de la perfeccion, y darle consejo acerca del gobierno de sus operaciones, yo no tengo duda alguna que Dios se hará su maestro y guia, y con sus luces y mociones interiores, le mostrará el camino por donde ha de andar, para llegar á la perfeccion; con tal que no deje ella de pedir á Dios semejantes socorros: porque Dios está obligado á suplir la falta de sus ministros. Estos puntualmente son los casos que trae S. Gregorio de S. Juan Bautista: que habitando en la soledad, lejos del comercio humano, ni aun tuvo la suerte de oír la predicacion del Redentor, ni de ser alumbrado con su celestial doctrina: y de Moisés que habitaba solitario en los desiertos, empleado todo en la guarda de sus ganados: y del santo abad Honorato, que nacido en las aldeas y criado con gente rústica, no tenia maestro de quien poder recibir los documentos de la perfeccion. Pero si la persona deseosa de la perfeccion se halla en ciudad ó en otros lugares en que no faltan sacerdotes, confesores, letrados y padres espirituales que pueden darle consejo y reglas para todas sus operaciones internas y externas, digo: que en estos casos, el pretender que Dios se constituya su guia, rehusando entretanto la de sus ministros, y que le hable al corazon, no queriendo hablar ella á los oídos de quien está en su lugar; seria un acto de grande temeridad, por el cual mereceria no solo que se desdenase Dios de hacerse su conductor, sino tambien que en pena de su atrevimiento la dejase caer en grandes errores, como lo ha hecho con otros; y lo veremos en el discurso de este artículo.

96 Explico esto con varios hechos sacados de la sagrada Escritura. Habla Dios á Moisés desde en medio de las llamas de la famosa zarza, llamándole por su nombre *Moisés, Moisés*; y poco despues se le descubre por aquel gran Dios, que es de Abraham, de Isaac y de Jacob: *ego sum Deus patris tui Abra-*

ham, Deus Isaac, Deus Jacob. (1) Habla Dios en lo mas hon- do de la noche, y en lo mas profundo del sueño al jovencillo Samuel, llamándole por su nombre tres veces, *Samuel, Samuel, Samuel*; pero no se le manifiesta, ni se le da á conocer. ¿Y por qué, digo yo, procede Dios tan diversamente con estos dos grandes profetas? ¿Por qué hablando al uno, se le manifiesta por el Dios de Israel; y hablando al otro no se le descubre, de manera que oyendo su voz, no sabe quien sea aquel que le despierta del sueño y le llama? La razon cualquiera la vé: Moisés se hallaba en el desierto, donde no tenia con quien aconsejarse en aquella divina locucion; y por eso tocaba á Dios suplir aquella falta, con manifestarsele á sí mismo. Samuel vivia en el templo, donde estaba el sumo sacerdote Eli, de quien podia tomar pronto y oportuno consejo; por lo oual convenia que recurriese á él para saber quien era aquel que venia á interrumpirle con aquellas voces su sueño. En efecto, de Eli tuvo Samuel la luz para conocer que Dios era quien le hablaba, y recibió el consejo, que volviendole hablar la cuarta vez le respondi-ese: *loquere Domine, quia audit servus tuus.* (2) Hablad, Señor y cumplid vuestra palabra, porque vuestro siervo os escucha. De aqui es facil sacar lo que decia antes, á saber, que cuando hay falta de sacerdotes, Dios tal vez por sí solo obra en nuestras almas, por sí solo las alumbrá y gobierna; pero cuando hay ministros suyos, á ellos quiere que recurramos, y por medio de ellos quiere alumbrarnos y dirigirnos. Asi puntualmente discurre Casiano sobre este hecho de Samuel: *puerum Samuelem iudicio Domini præelectum sua nollet per semetipsum divini eloqui disciplina Dominus erudire, sed recurrere semel & iterum pateretur ad senem.... Ut scilicet, & illius, qui ad divinum ministerium vocabatur, probaretur humilitas, & junioribus forma subjectionis huius proponeretur exemplo.* (3) Dios, dice Casiano, no quiere instruir por sí mismo al jóven Samuel; sino que quiso que una, dos y tres veces fuese al viejo Eli: lo primero para hacer prueba con aquella sujecion y dependencia del sumo sacerdote,

(1) Exod. 3. 6. (2) I. Reg. 3. 9. (3) Cassian. col. 2. c. 14.

si era apto para el ministerio de profeta, á que ya estaba destinado: y lo segundo para dar a los jóvenes ejemplo de la sujecion que deben tener á sus superiores espirituales en todas sus operaciones.

97 Otro ejemplo no menos convincente tenemos en los actos de los Apóstoles, en persona del Doctor de las gentes. (1) Se le aparece á éste el mismo Jesucristo, cuando furioso se acerca á las puertas de Damasco, meditando contra los cristianos cárceles, cepos, cadenas, heridas y muertes: le embiste y cerca con su luz, y con el trueno de su voz le derriba, le aterra, le congoja y llena de terror y espanto. S. Pablo á este golpe del cielo se rinde luego, se da por vencido, y mudado de fiero leon en un manso cordlero se entrega en las manos de aquel á quien hasta ahora con tanta ferocidad habia perseguido, resuelto á ejecutar todo cuanto quisiere: *Domine, quid me vis facere?* Y sin embargo que Dios le ve tan bien dispuesto, con todo esto no le descubre su voluntad. ¿Y por qué seria esto? Porque en Damasco habia un sacerdote, por nombre Ananias, á quien podia recurrir. Vaya, pues, Pablo á él, dice Jesucristo, y oigale como á intérprete de mi voluntad: *vade ad Ananiam, & ibi dicetur tibi, quid te oporteat facere.* ¿Pues no podia Jesucristo, reparado aqui Casiano, (2) instruir por sí mismo á S. Pablo, como por sí solo le habia vencido con las armas de su gracia? Si podia; pero no quiso, para darnos este ejemplo, á fin de que nunca presumamos recibir de Dios aquella direccion que podemos recibir de sus ministros: *mittit itaque & hunc ad Seniores, eumque illius potius doctrina, quam sua, censet institui; ne scilicet, quod rectè gestum fuisset in Paulo, posteris malum presumptionis præberet exemplum. Dum unusquisque sibimet persuaderet simili modo se quoque debere Dei solius magisterio, atque doctrina potius, quam seniorum institutione formari.* ¿Qué mas? Diré á este propósito una cosa admirable, pero verdadera. Recibe el mismo S. Pablo por divina revelacion el Evangelio: comienza con apostólico celo á predicarlo á las gentes: y des-

(1) Act. 9. 6. (2) Cassian. Col. 2. c. 8.

pues interrumpe su predicacion, y va á sujetar su doctrina al apóstol S. Pedro. ¿Mas qué teme. direis vosotros, el apóstol de las gentes, si esta doctrina la ha bebido de la primera fuente de toda verdad, quiero decir, le ha sido revelada por la misma boca de Dios, de quien no puede salir la menor mentira? Respondo que le quedó un escrúpulo en el corazon, y es, que viviendo aun en el mundo algunos apóstoles, capaces de juzgar de sus revelaciones y doctrina, no las habia expuesto, ni sujetado jamás á su juicio. Esto solo le hizo solícito y cuidadoso. Y en efecto, no se aquietó hasta que fue á Jerusalem á conferir personalmente con S. Pedro las verdades que iba promulgando á los pueblos, y á sujetarlas á su aprobacion y juicio; no obstante que por otra parte las habia recibido de Dios: *ne forté*, como el mismo dice, *in vacuum currerem, aut cucurrissem*. (1) Tanta verdad es, que en las cosas pertenecientes al espíritu nos quiere Dios sujetos, abiertos y dependientes de sus ministros, siempre que podamos consultarlos.

98 Aunque parece bastantemente probada esta verdad, sin embargo por ser poco practicada de muchas personas que profesan espíritu, quiero aclararla mas con un hecho que refiere el mismo ya citado Casiano. (2) Dos monges que habitaban en lugares solitarios mas allá de la Tebaida, partieron de su monasterio, y sin alguna provision de vituallas, se internarón en aquellas vastas soledades resueltos de no comer hasta que Dios por sí mismo les proveyese de comida. Mientras andaban pensativos por aquellos espaciosos desiertos, desfallecidos ya de la hambre, se encontraron con un hombre que al verlos pálidos, flacos y desmayados, les ofreció algunos panes con que restaurarse en aquella necesidad. Uno de ellos los aceptó, y con ellos mantuvo su vida. El otro confiado en la temeraria esperanza de ser alimentado inmediatamente de Dios los rehusó: así que no viniéndole la provision que vanamente esperaba del cielo por la grande hambre se redujo poco á poco al extremo de su vida, y al fin vino á morir miserablemente.

(1) Ad Gal. 2. 2.

(2) Cassian. col. 2. c. 3.

Ahora, pues, pregunto yo: ¿por qué Dios, habiendo proveído de pan por espacio de muchos años á S. Pablo primer hermitaño, sirviéndose de un cuervo, como de su ministro, para suministrarle cada dia el dicho alimento: habiendo proveído tambien de comida por medio de los ángeles á otros siervos suyos, como se refiere en las historias eclesiásticas; dejó sin embargo sin provision alguna á este infeliz monge en aquella extrema necesidad? La razon es manifiesta. S. Pablo primer hermitaño (lo mismo digo de los otros), hallándose en el desierto á donde Dios con especial inspiracion le habia conducido, apartado totalmente del comercio de los hombres, no tenia modo alguno de procurar la comida necesaria para su sustento. Por eso era muy conveniente que le socorriese Dios con modo prodigioso, enviándole la provision que de ninguna manera podia por sí mismo hallar. Al contrario, no le faltaba al referido monge la comida en su monasterio, del cual se habia salido, movido de una atrevida esperanza: podia tambien haber tomado el mantenimiento de las manos de aquel hombre que tan piadosamente se lo ofreció. Queriendo, pues, inmediatamente de Dios lo que podia tener de los hombres, justamente murió por falta de alimento. Lo que hemos dicho del manjar material que nutre el cuerpo, aplíquese al manjar espiritual que sustenta al alma, y la hace robusta para correr á la perfeccion; pues la paridad en ambos casos corre con iguales pasos. Si el alma llamada á la perfeccion se halla en tales circunstancias de tiempo y de lugar que no puede recibir de algun hombre la necesaria direccion, obrará en ella Dios por sí mismo, ó por medio de los ángeles de su guardia suplirá la direccion de los hombres. Pero si pudiendo lograr ella la direccion de los confesores, ó de otras personas espirituales, no quisiere valerse de ella con descubrirles todo su interior, esperando neciamente recibir del Señor por caminos extraordinarios aquella direccion que no procura alcanzar por la via ordinaria; la dejará Dios desmayar en la perfeccion, y quizá morir á la gracia: como dejó morir en el cuerpo á aquel desventurado monge.

Por eso concluyamos con Casiano: *unde manifestissime comprobatur, ne à Domino quidem viam perfectionis promereri, qui habens unde valeat erudiri, doctrinam seniorum vel instituta contempserit.* Es manifestísimo, dice, que quien no quiere la perfeccion por medio de las instrucciones, doctrina y direccion de los hombres, tampoco la tendrá de Dios.

99 Por eso S. Gerónimo á los que emprende instruir con sus cartas, les da frecuentemente este aviso; que escojan un buen director que les guie bien en el camino de la perfeccion. A Rústico insinúa, que viva en compañía de hombres espirituales y bajo su direccion, para que no presuma enseñarse á sí mismo á la perfeccion, y caminar sin guia por un camino que jamás ha pisado: *mihí placet, ut habeas sanctorum contubernium; ne ipse te doceas, ne absque ductore ingrediaris viam, quam numquam ingressus es.* Escribiendo á Demetriade, le dice, que necesita de ponerse debajo de la obediencia de personas experimentadas y perfectas, para aprender de ellas, cuales sean las sendas de la vida espiritual, cuyas reglas tenemos en las sagradas letras: y sobre todo, que en este camino es menester no tomar por conductora y maestra á la presuncion de sí misma, que es el peor director que jamás puede haber: *bonum est igitur obedire majoribus, parere perfectis, & post regulas scripturarum vitæ suæ tramitem ab aliis discere, nec præceptore uti pessimo, scilicet præsumptione sua.* Y en esto confronta el santo Doctor con el sentimiento de S. Bernardo, el cual dice, que quien se toma á sí mismo por maestro de la vida espiritual, se hace discípulo de un necio; porque en la realidad él es un loco en obrar tan neciamente: *qui se sibi magistrum constituit, stulto se discipulum subdit.* (1) Pero aun mayor impresion me parece que hará á cualquiera persona espiritual que esté deseosa de su aprovechamiento, lo que afirma sobre este particular S. Vicente Ferrer. Dice el Santo resueltamente, que jamás será asistido de Jesucristo con su divina gracia, sin la cual nada podemos, quien pudiendo tener director, no lo procura; porque la obediencia

(1) S. Bern. Epist. 87.

es el camino real que conduce á los hombres con seguridad á lo alto de aquella escala de Jacob, sobre que apareció apoyado el Señor, y era simbolo de la verdadera perfeccion: *Christus sine quo nihil possumus, numquam suam gratiam ministrabit illi, qui cum habeat, qui cum ducat in via perfectionis, negligit ductum ejus. Obedientia via est regia, quæ homines inoffenso pede ducit ad summum scalæ, in qua Dominus apparet innixus.* (1) Estos son los sentimientos con que los Santos y las sagradas letras nos insinúan la necesidad que tenemos todos de elegirnos una guia para caminar seguramente por el camino de la perfeccion. Para que se impriman mas altamente en la mente y en el corazon del pio lector, quiero exponer algunas razones en que se apoyan sus dichos.

CAPITULO II.

SE MUESTRA CON LA RAZON LA NECESIDAD QUE hay de esta guia, para caminar con seguridad á la perfeccion.

100 **L**a primera razon que muestra esta necesidad es el ver que no hay arte, no hay ciencia, ni facultad en este mundo, que se aprenda sin maestro. Yo no quiero hablar aqui de ciertas ciencias sublimes, como son la filosofia, la matemática, la teología, las cuales ninguno ciertamente espera alcanzar, sin la enseñanza de un excelente maestro; ni aun quiero hablar de ciertas artes mas nobles, cuales son la pintura, la escultura y la arquitectura, las cuales ninguno seguramente presume adquirir sin las reglas de un experimentado maestro. Hablo solamente de las artes de cultivar los campos, de fabricar las paredes, de trabajar las maderas, el hierro, el cobre y otros metales; las cuales aunque sean viles, bajas y de poca estima, con todo eso no se adquieren jamás sin la enseñanza y direccion de algun artifice. Ahora, pues, si es tan grande la necesidad que tenemos de algun maestro para adquirir aun aquellas artes que son

(1) S. Vic. Fer. tract. de vita spirit.

materiales, que se ven y se tocan, y que no son por sí mismas dificultosas de alcanzarse; ¿cuánto mas será necesario un maestro de espíritu, para aprender el arte de la perfeccion cristiana, que es tan alta, tan sublime, tan árdua y tan dificultosa de alcanzarse? ¿qué no se vé con los ojos, ni se toca con las manos; sino que solamente se entiende con la mente, y solo la divisan los entendimientos mas purificados y mas ilustrados con los rayos de la divina gracia? ¿de quién no depende ya alguna maniobra de poca monta, sino un sumo bien, ó un sumo mal; y puede tambien depender una eterna felicidad, ó una eterna miseria? La paridad, como todos ven, es muy á propósito; el argumento es ciertamente muy eficaz, y yo para darle mayor fuerza con la autoridad, diré, que no es mia, sino de Casiano: *cum omnes artes & disciplinæ humano ingenio repertæ, & quæ nihil amplius, quam vitæ hujus commodis prosunt, licet manu palpari queant, & oculis pervideri; recte tamen à quoquam sine instituentis doctrina nequeant comprehendi: quam ineptum est credere, hanc solam (nempe artem perfectionis) non egere doctore, quæ & invisibilis & occulta est; & quæ nonnisi corde purissimo, per cujus oculos videtur error, non temporale damnum, nec quod facile reparetur, sed animæ perditionem parit, mortemque perpetuam. (1)*

101 S. Gerónimo pasa mas adelante, y dice, que no solo los hombres sin magisterio no aprenden algun arte; sino que aun los brutos, bien que privados de razon y de habla, no ejercitan sus operaciones sin algun magisterio; pues tienen conductores y guias de quienes se dejan regular en el modo de obrar que les es propio. Asi las ovejas siguen á su cabeza, las abejas á su rey, las grullas á su capitana, formando en el aire una linea á modo de una letra: *nulla ars absque magisterio discitur. Etiam muta animalia & ferarum greges ductores sequuntur suos. In apibus principes sunt: grues unam sequuntur ordine literato.* (2) Y concluye despues, exhortando con estos y otros ejemplos á Rústico, para que no viva á su arbitrio, sino que se re-

(1) Cassian col. 2. c. 11.

(2) S. Hier. Epis. ad Rust.

tire á algun monasterio, no tanto á fin de abandonar al mundo engañoso y sus pompas lisongeras, quanto para arreglar con la obediencia á algun discreto superior todas sus acciones internas y externas: *per hæc omnia ad illud tendit oratio, ut doceam te, non tuo arbitrio dimittendum; sed vivere debere in monasterio sub iunioris disciplina patris.... Non facias quod vis: comedas quod iuberis: vestire quod acceperis: operis tui pensum persolvias: subijciaris cui non vis: lassus ad stratum venias, ambulansque dormites, & nondum expleto somno, surgere compellaris: dicas psalmos in eo ordine, in quo non dulcedo vocis, sed mentis affectus quæritur &c.*

102 Penetró maravillosamente esta máxima de espíritu Pablo, llamado el simple. Porque resuelto en su corazon de consagrarse enteramente á la perfeccion, se fué al yermo, donde habiendø encontrado el monasterio de S. Antonio abad, se arrojó á los pies de éste, y se entregó totalmente á sus manos, para ser gobernado y dirigido de él en todas sus acciones. El Santo, para probar si era verdadero lo que decia, le ordenó al punto que se estuviese en oracion delante de su celda, hasta que él saliese. Púsose luego de rodillas el nuevo discípulo, y dió principio á su oracion, en la cual perseveró firme en medio de la destemplanza del sol, de los vientos y del aire, todo un dia y una noche entera. Asegurado entónces S. Antonio de que Pablo se habia puesto de veras en sus manos, como un infante en los brazos de su madre, por no tener en sus operaciones otro movimiento que el que él le daba con su direccion; le fabricó una pequeña celda tres millas de allí, y le prescribió una manera de vida en extremo rigida quanto al tratamiento exterior del cuerpo, y sumamente devota y exácta en quanto al gobierno interior del espíritu. Y viendo que en todo se dejaba gobernar, y que todo lo ejecutaba exactamenté, se alegraba mucho en su corazon: *ipsum frequenter visitans gratulabatur, deprehendens, eum in his quæ sibi tradita fuerant, tota intentione & sollicitudine permanentem.* Ni contento con esto el Santo abad, comenzó á hacer mayor prueba de su docilidad,

mandándole cosas totalmente contrarias á la razon; porque le hacia coser y descoser los mismos vestidos: le hacia tejer las espuertas, y destejerlas luego: le hacia sacar agua del pozo desde la mañana hasta la tarde, y derramarla inutilmente sobre la tierra. Y él lo ejecutaba todo con santa simplicidad, dejándose mover ciegamente, á manera de un niño, de su santo director. No puedo callar aquí lo que sucedió en una de aquellas conferencias de espíritu que S. Antonio tenia con sus monjes. Mientras los otros proponian dudas cuerdas, el simple Pablo propuso una verdaderamente necia; y fué, si Jesucristo habia vivido antes de los Profetas. Se sonrojó á semejante pregunta el Santo abad, y le dijo con agrado, que callase y se fuese de aquella devota junta. Se partió luego Pablo, y se puso en un tan riguroso silencio, que por muy largo tiempo no habló una sola palabra. Por fin con esta tan cumplida y total sujecion á quien desde el principio habia tomado por su guia y director de la vida espiritual, llegó á tan alto grado de santidad, que hacia mas milagros y mas estupendos, que el mismo S. Antonio, sin embargo que obraba grandes portentos. De manera que el mismo santo Abad, proponiéndole á los otros por ejemplar, les decia, que el medio mas seguro para llegar presto á la perfeccion, era el no hacerse uno maestro de si mismo, sino antes negando toda propia voluntad, como lo hacia Pablo, sujetarse en todo á la direccion de otro: *ex cujus exemplo, dicebat B. Antonius, quod si quis vellet velociter ad perfectionem venire, non sibi ipse fieret magister, nec propriis voluntatibus obediret, etiamsi rectum videatur, quod velit.* (1)

103 La segunda razon que nos persuade tomar una guia es el asegurarnos de las ilusiones y engaños del demonio, en los cuales es dificultoso que no quede enlazado, quien camina por la via del espíritu sin la direccion y gobierno de los padres espirituales. No hay vicio, dice Casiano, con que el demonio lleve mas facilmente á un alma, aunque consagrada al divino servicio, á la muerte espiritual y á la eterna perdicion, como

(1). In vit. PP. de Paulo simpl.

el quererse regir por sí misma sin la dependencia y consejo de personas experimentadas: *nullo namque alio vitio tam precipitem diabolus monachum pertrahit ac perducit ad mortem, quam cum eum, neglectis consiliis seniorum, suo iudicio persuaserit, definitionique confidere.* (1) Y trae ejemplos lamentables de personas, que habiendo subido á gran perfeccion, cayeron despues, por quererse gobernar por su parecer, en horrendos precipicios de que tal vez jamas se levantaron. Tal es el hecho de Eron monge, que vivió por espacio de cincuenta años en la soledad con grande aspereza de vida; y despues por engaño del demonio se precipitó desde lo sumo de la perfeccion á lo profundo de la desdicha: *illusione diabolica à summis ad ima dejectum*, (2) por haberse acostumbrado el infeliz á gobernarse por su propio juicio, sin dependencia del consejo de los otros. A este le persuadió el enemigo, que si se echase en un pozo profundisimo, saldria ileso por divina virtud: y por eso, sin pensar en otra cosa, ejecutó prontamente el temerario atentado. Dispuso Dios, quizá en atencion á la vida que por tantos años habia tan santamente pasado, que fuese sacado del pozo, sino sano, á lo menos vivo, para que tuviese tiempo de arrepentirse de tan grande culpa. Pero como se habia acostumbrado el infeliz á gobernarse, no por el juicio de otros, sino por el suyo propio; el tiempo que Dios le dió para reconocerse, no le sirvió sino para obstinarse mas en su error, porque en los tres dias que sobrevivió despues de la caída no fué posible hacerle conocer el engaño del demonio, ni inducirle á detestar su grande temeridad y exceso. Y asi murió el desventurado con poca ó ninguna esperanza de su salvacion. A otro monge, como refiere el mismo autor, (3) le puso el demonio en la cabeza, que si matase á un hijo suyo que consigo tenia en el monasterio se igualaria en los méritos y santidad con el Patriarca Abrahán. Y creyendo él esta ilusion, al punto sin aconsejarse con nadie, como solía, se puso á afilar el cuchillo y á disponerse para tan nefando sacrificio; y lo hubiera segura-

(1) Cassian. col. 2. c. 11.

(2) Ibid. c. 5.

(3) Ibid. c. 7.

mente puesto por obra, si el hijo mas advertido y cuerdo que su padre, no se hubiera librado con la fuga á sí mismo de la muerte, y á su padre de tan grande impiedad. Finalmente, despues de haber contado Casiano estos y otros funestos sucesos, refiere el remedio que dió el abad Moisés para no caer en estos y en otros mil lazos que todos los dias arma el enemigo infernal. Dice, que el remedio propuesto por aquel gran maestro de espíritu, no fué otro que el tener cada uno su director, y con verdadera humildad descubrirle todo su interior y gobernarse en todo por sus consejos. Y añade, que será señal de esta sincéra humildad, si la persona le manifestare no solo las obras que hace ó medita hacer, sino tambien cuantos pensamientos le vienen á la imaginacion, y se sujeta enteramente á su parecer: *cujus humilitatis non fictæ hæc erit prima probatio, si univcrsa, non solum quæ agenda sunt, sed etiam quæ cogitantur, seniorum reserventur examini; ut nihil quis suo judicio credens, illorum in omnibus definitionibus accquiescat: & quidquid bonum vel malum debeat judicare, eorum traditione cognoscat.* (1)

104 Y aquí viene muy oportuna la semejanza que trae San Ignacio en sus ejercicios espirituales, para explicar los fraudes de que se vale el demonio para engañar á los incautos. Queriendo pues él engañarnos, dice el Santo, usa con nosotros de aquellas artes que suelen practicar los jóvenes disolutos para engañar una casada ó doncella honesta, y traerla á su voluntad. De ninguna cosa temen mas éstos, ni se guardan mas, que de que descubra la una á su marido, y la otra á sus padres las palabras, tratos y confianzas, que ocultamente pasan entre ellos; porque de otra suerte desesperan de conseguir su intento. Así el demonio queriendo engañar á un alma usa de todos los estratagemas, para que ella no descubra al confesor, ó á otro padre espiritual sus tramas; porque sabe el malvado, que en descubriéndose, quedarán echadas por tierra todas sus máquinas: *inimicus noster morem insequitur cujuspiam amatoris,*

(1) Ibid. cap. 10.

quæ puellam honestorum parentum filiam, vel uxorem alicujus viri probi volens seducere, summopere procurat, ut verba & consilia sua occulta sint: nihil formidat magis, ac ægre fert quàm si puella patri suo, vel uxor marito ea patefaciat; cum sciat hoc pacto de votis, & conatibus suis actum esse. Ad eundem modum obnixé satagit diabolus, ut anima, quæ circumvenire cupit ac perdere, fraudulentas suas suggestiones teneat secretas. Indignatur verò & gravissime cruciatur, si cui vel confessionem audienti, vel spirituali homini molimina sua detegantur, à quibus ita excidere se funditus intelligit. (1) Para no ser, pues, engañado del demonio, no hay otro modo que tener un director y proceder con él con toda claridad.

105 La tercera razon que nos debe inducir á esto, es la gran dificultad que se encuentra en conocer y en ejercitar las verdaderas virtudes, si falta un experto director que nos muestre la práctica. La virtud está puesta en el medio entre dos extremos. Un poco que decline, ó al extremo de lo mucho ó al extremo de lo poco, ya comienza á participar del vicio. ¿Cuán difícil es conocer este camino del medio; ya por causa del amor propio altamente radicado en nosotros, que siempre nos lisonjea; ya por razon de las pasiones que ofuscándonos el entendimiento, nos hacen ver las cosas al revés, y con sus internos movimientos nos impelen siempre á la éxorbitancia y á los excesos? Luego todos tenemos necesidad de una buena guia, que mire las cosas con ojos limpios, y nos enseñe el camino derecho; y á pesar de nuestras concupiscencias, nos haga caminar por él. Añadid á esto, que es grande el peligro de quien sin conductor anda por el camino del espíritu; porque las mismas obras santas que nos pueden conducir á la perfeccion, nos pueden llevar al precipicio, si no se practican con el modo debido. ¿Cuántos se han arruinado por un indiscreto fervor? ¿Cuántos se han encallado en la sequedad y dissolution; y no solo no han ido adelante, sino que han vuelto atrás á la vida primera, y muchos aun á una vida peor? ¿A cuántos

(1) S. Ignat. exerc. Reg. 3. de disc. spirit.

aun las mismas consolaciones espirituales, y los mismos dones de Dios les han sido ocasion de precipitarse? ¿A cuantos los mismos ayunos, las mismas vigiliass, la misma maceracion de la carne practicadas indiscretamente y sin direccion, han sido impedimento para la misma perfeccion, á que aspiraban por medio de semejantes austeridades? Testifica San Gerónimo haber conocido mugeres y hombres espirituales, que habian llegado á estar estólidos é inensatos, sin saber lo que debian hacer ni decir, y si debian hablar ó callar; por las asperezas desmedidas, que sin consejo habian practicado. Asi que los miserables, perdido totalmente el juicio, ni eran buenos para el mundo, ni para Dios: *novi ego in utroque sexu, per nimiam abstinentiam, cerebri sanitatem fuisse vexatam, precipué in his, qui humectis & frigidis habitavere cellulis, ita ut nescirent quid agerent, quave se verterent, quid loqui, quid tacere deberent.* (1) Y por eso el Santo Doctor, despues de haber inculcado á Rústico en el texto arriba citado, que se pusiese bajo la disciplina y direccion de algun superior, para que no entrase sin guia á caminar por una senda que totalmente ignoraba; añade luego: *statimque in partem alteram declinandum sit, & errori pateas, plusquam vel minus ambules quam necesse est, nec currens lasservis, aut moram fuiciens obdormites.* Y para qué, dice el Santo, procediendo tú sin director, no des en algun extremo, y caigas en algun error; para que en el camino de la perfeccion no andes mas ni menos de lo que te conviene; para que caminando demasiado no te canses, y no puedas andar mas adelante; ó al contrario, caminando poco, te pares en la mitad del camino. Estos son puntualmente los inconvenientes que hemos dicho que suceden á quien sin direccion de padre espiritual emprende la vida espiritual y devota. Concluyamos, pues, que ó se mire la autoridad ó la razon, es necesario para adquirir la perfeccion cristiana elegir una buena guia que nos conduzca á ella.

(1) S. Hier. Epist. ad Demetr.

CAPITULO III.

SE DICE, CUALES DEBAN SER LOS DOTES QUE LA persona espiritual debe buscar en su guia para hacer buena eleccion.

106 **P**arecerá á los directores que este capítulo (asi como tambien los otros del presente artículo) no pertenece á ellos, sino solamente á sus discípulos. Pero no es así; pues los directores tambien tienen necesidad de director, y siendo maestros acerca de la direccion de las vidas de otros, deben hacerse discípulos en órden al régimen de la propia, porque así como ninguno puede ser juez, así tampoco puede ser director de las propias operaciones. Viendo fuera de esto los directores en este capítulo las calidades que ellos deben buscar en sus guias; entenderán tambien, cuales deben ser las prerogativas, de que ellos deben estar adornados para ejercitar perfectamente con sus penitentes su sagrado ministerio. Por lo cual, no solo no les será inútil el presente tratado, sino espero que les saldrá dobladamente provechoso.

107 **E**l que quiera, pues, elegir padre espiritual que tome el cuidado de su alma, procure que tenga estas tres calidades necesarias para la buena conducta de los espíritus de otros. Lo primero, que haya en él doctrina; lo segundo, bondad de vida; y lo tercero, que tenga experiencia práctica de las cosas que pertenecen al espíritu. Las letras son necesarias en el director, para que conozca los caminos del Señor, y no crea que todos hayan de caminar por el mismo camino, ni con unos mismos pasos; para que sepa conocer los errores en que pueden caer las almas de los fieles; para que penetre el origen y las raices de que proceden los internos movimientos que se sienten en el corazón; y penetrándolos, sepa aplicar á cada uno el debido reglamento. Es necesaria en el padre espiritual la bondad de la vida; para que tenga celo del aprovechamiento

espiritual de sus discípulos; no siendo posible que sea ansioso de la perfeccion agena, quien descuida de la propia. Es tambien necesaria la experiencia con que sepa acomodar á los casos particulares las doctrinas generales, que siendo él bastante docto, como supongo, tiene ya adquiridas en la especulativa. Porque hay algunos que entienden bien los principios de la vida espiritual; pero no los saben aplicar despues á los casos particulares que se les ofrecen. Estos errando en la aplicacion, yerran en todo; como sucederia á un médico que conociese la calidad de todos los males que pueden suceder al cuerpo humano, y supiese tambien todas las medicinas; pero errase despues en aplicarlas al enfermo.

108 Esta experiencia, pues, se adquiere de dos maneras; con el ejercicio de la vida espiritual en sí mismo, y con la direccion de las almas de otros. Porque atendiendo el director juicioso á la propia perfeccion, examinando tambien frecuentemente las trazas de Dios sobre otras almas que van por el mismo camino, entiende practicamente cuales son los errores en que se cae, los engaños en que se tropieza, los peligros que se encuentran, las tentaciones que se pasan; y tiene pronto los medios, remedios y cautelas que á cada uno le conviene practicar. Conoce tambien con el largo uso, cuales son las inclinaciones de la naturaleza, cuales las sugerencias del demonio, y cuales las mociones de la gracia. Con lo cual sabe practicamente, cuales son los movimientos que deben moderarse como nocivos, cuales los que se deben rechazar como perversos, y cuales los que se deben fomentar como provechosos.

109 Estas tres, son puntualmente las calidades en que quiere San Basilio pongamos los ojos para la eleccion de un buen director. Porque habiéndonos el Santo exhortado, como dije arriba, á ponernos desde el principio de la vida espiritual debajo de la conducta de una buena guia, nos propone luego las calidades que debe tener, diciendo: *qui ornatus virtutibus sit, cujus universæ totius ipsius vitæ actiones testimonio sint, cha-*

ritatem in eo erga Deum inesse: qui divinarum litterarum scientiam habeat: virum integrum, nec ulli distractioni indulgentem, ab avaritia abhorrentem; minime libenter gerendis se negotiis admiscentem; quietum, amantem Deum, egentium studiosum, minime iracundum; injurarum immemorem, natura propensum ad eos docendos, qui ad ipsum accedant; quem gloria inanis non inflat, superbia non extollat, adulatio non frangat, severum, atque constantem; cui denique nihil sit praestantius honore Dei. (1) Dice S. Basilio, que el director á quien nos debemos aplicar, deberá ser bien amaestrado en las divinas letras; y ved aqui la doctrina. Deberá estar lleno de caridad hácia Dios, manso en las injurias, amante de los pobres, ageno del interés y de introducirse en los negocios seculares, incorrupto, quieto, humilde, severo, constante; y ved aqui la bondad de la vida. Deberá ser inclinado á acoger, y á instruir todos aquellos que acuden á el, y que ninguna cosa tenga mas en el corazon que el honor de Dios; y veis aqui la experiencia que se adquiere con el ejercicio de las virtudes, y con la direccion de otras almas.

110 Pero aun con mas claridad nos insinúa Santa Teresa en sus obras, de cuanta importancia sea el tener un semejante director adornado de las tres dichas calidades. Acerca de las letras de que debe estar adornado dice la Santa en el cap. 37. del camino de la perfeccion: *informaos siempre de personas letradas, que así encontraréis el camino de la perfeccion con discrecion y verdad.* Y en el libro de su vida cap. 13. dice: *Dios os guarde, por buen espíritu que á uno le parezca que tiene, y de verdad lo tenga, que os dirijais en todo por su dicho, si no es letrado.* Mas aunque la Santa tiene por tan importante la sabiduría en los maestros de espíritu; pero no la tiene por bastante para dirigir rectamente, si no se junta con la bondad de la vida. Dice pues la Santa en el cap. 3. de Fundaciones: *si los directores no son personas de oracion, poco ayudan las letras.* Y en el lib. de la Vida cap. 13: *errando muchos en que-*

(1) S. Basil. de redunc. & abdic.

rer conocer el espíritu sin tenerlo. Finalmente, quiere la Santa, que á las letras, y á la boudad personal se junte tambien la experiencia, que en las cosas practicas es la verdadera maestra y directora de nuestras acciones. *Es tambien* (dice) *muy necesario el maestro, el cual sea persona experimentada, que de otra suerte puede errar grandemente, ó guiar un alma sin conocerla y entenderla, ni deja que ella se entienda á sí misma.*

(4) Procure, pues, el hombre espiritual que desea adelantarse mucho en el camino de la perfeccion encontrar una guia en quien se hallen estas tres bellas calidades; y aseguro, dice San Basilio, que si tuviere la suerte de encontrarla, será bienaventurado delante de los hombres, y á los ojos de Dios; porque siendo hijo de un padre espiritual tan digno, vendrá por fin á ser heredero de todas sus virtudes: *si te viro tradideris virtutibus multis instructo, sine dubio omnium, quæ in ipso benè fuerint, hæres remanebis; ac quæ & apud Deum, & apud homines beatissimus judicaberis.* (2)

111 Acuérdomé de haber leído á este propósito, (3) que conjurando á una muger en España mientras vivia aun aquel célebre maestro de espíritu el venerable padre Luis de la Puente, el sacerdote apretaba al demonio, para que le descubriese qualera la cosa que mas le desagradaba y que mas almas quitaba de su tiránico dominio. Pero el demonio se hacia terco, y andaba tergiversando para no responder á esta pregunta. El exorcista, queriendo vencer su pertinacia, comenzó á hacerle fuerza con las preguntas, diciéndole, si lo que mas le desagradaba eran acaso los sermones. A esta pregunta prorumpió el demonio en una gran risada, burlándose del modo vano é infructuoso que se usaba en aquellos tiempos. Volvió el sacerdote á preguntarle, si eran las confesiones. A esto hizo el demonio un acto de desprecio, mostrando que muchos no se confiesan bien ó vuelven muy presto despues de las confesiones á ensuciarse en los mismos vicios. Apretado finalmente con la fuerza de los conju-

(1) S. Ther. cam. de perf. c. c. 5. (2) S. Basil. lib. sup. cit.
(3) Catan. Maxim. Eter. Lec. prep. punt. 4.

ros á manifestar cuál fuese la cosa que mas aborrecia y á qué mas horror tenia ; ¡ ay de mí ! exclamó , que cuando un alma llega á ponerse en las manos de aquel viejo desdentado y medio tísico , ya la tengo perdida ! Este viejo tan aborrecible á los ojos del demonio , era el referido padre Puente , gran director de las almas , á quien ninguno faltaba de aquellos tres grandes dotes , de que hasta ahora he hablado : no le faltaba la doctrina , como dan testimonio tantas obras ilustres que sacó á luz ; no le faltaba la bondad , como lo testifica la historia de su vida que nos hace admirar en él tantas y tan heroicas virtudes : no le faltaba la experiencia , como lo acreditan sin duda tantas almas santificadas por su medio ; entre las cuales baste nombrar solamente una , Doña Mariana de Escobár ; conducida por él á la mas alta cumbre de la perfeccion , como se vé en su vida , escrita por el mismo venerable padre Puente su director. Y por eso se veía el demonio obligado á confesar , que bastaba solamente que un alma diese en sus manos , para que fuese toda de Dios , y no tuviese él jamas parte alguna en ella. Feliz pues aquel , volveré yo á decir con San Basilio , que se encuentra con semejante guia ; porque hallará en ella un tesoro de virtud y de toda perfeccion.

112 Mas si no se pudiere hallar un hombre adornado de tan bellas prendas , ¿ que se deberá hacer ? Respondo , que si el alma es conducida de Dios por caminos extraordinarios , quiero decir , por la via encumbrada de la divina contemplacion ; la primera calidad que ha de mirar en la eleccion del director es la doctrina ; porque no es de todos el entender ciertos grados altos de oracion , y conocer ciertas sendas estrechas y peligrosas , por las cuales es menester pasar ántes de llegar á aquella altura. *Persona de oracion* , dice Santa Teresa , *que trate con letrados , si ella no quiere engañarse por sí misma , no será engañada del demonio con ilusiones.* (1) Pero si camina á la perfeccion por la via ordinaria de la gracia , no es menester para su conducta tan exquisita doctrina : basta que haya una cien-

(1) S. Ther. cast. int. man. 4. cap. 1.

cia suficiente en su director. Lo que si le es muy necesario, un confesor de buena vida y de buena experiencia, y sobre todo de buen celo, que desee de corazon el aprovechamiento de su penitente; ni le falte una cierta ansia y solicitud caritativa de llevarle adelante en la virtud. Este es el sentir de la citada Santa Teresa: *asi que (dice ella) importa mucho, que el maestro sea persona cuerda, quiero decir, de buen entendimiento, y que tenga experiencia: y si con esto fuere tambien letrado, es de grandisima ayuda. Pero si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan mas.*

113. Pero el mal está en que la mayor parte de los hombres cuando han de elegir un director, no miran si se halla en él alguna de las tres dichas calidades; sino solamente observan, si es fácil, si es condescendiente con sus faltas, y si es conforme á su genio y natural inclinacion: y aquellos mismos que para la cura de los males corporales no se valdrian de un médico indocto, destemplado é inexperto, escogen un médico espiritual de estas tan malas calidades para la cura del alma. Ahora pues, grita aquí San Basilio, diciendo: ¿qué importa que tu hayas renunciado las vanidades del mundo, si despues de eso escoges por guia á un ciego, que en lugar de conducirte á la perfeccion, te lleva á desbarrancarte consigo en un precipicio? *si vero quod cum tuo corpore agere minus volueris, magistrum tibi aliquem quæsieris, tecum se ad tua vitia demittentem, vel ut verius dicam, tecum una in eandem perniciem corruentem; frustra mundanis rebus nuncium remittendi laborem suscepisti; & cæcum tibi duocem ascivisti, cujus ductu secuto in foveam tibi sit procidendum. (1)*

(1) S. Basil. loc. cit.

CAPITULO IV.

SE DICE CUAL DEBE SER LA CLARIDAD Y *apertura que conviene tener con su guía espiritual.*

114 **M**as para que la doctrina, la bondad y experiencia del director sean para la persona espiritual medio útil y eficaz para conseguir la perfeccion, debe valerse de estas escogidas prerogativas, abriendo á aquel sinceramente su interior y obediendo exactamente sus sabios consejos. Porque obrando de otra suerte, no le ayudarán mas las nobles prerogativas de su director, de lo que ayuda á un discipulo desaplicado la doctrina de un excelente maestro.

115 Noten aquí las personas devotas que desean hacer progresos en la virtud, que para el aprovechamiento del espíritu no basta descubrir á sus padres espirituales en la confesion sus pecados y faltas morales en que por su fragilidad incurren; sino que deben descubrirles tambien sus pasiones interiores, sus malas inclinaciones, los pensamientos de su mente y los afectos desordenados de su corazon, para lograr una recta direccion acerca del modo con que se han de portar para vencer estos movimientos desarreglados del ánimo. Porque así como un enfermo no se contenta con manifestar al médico la sustancia de su mal, sino que le descubre tambien todos los efectos del achaque, y todas las incomodidades que experimenta en el sueño, en la comida y en el uso de las medicinas que le prescribe, para que él pueda formar recto juicio de su enfermedad; así quien desea perfecta sanidad de espíritu, ha de manifestar todos los pensamientos y todas las aficiones desordenadas del ánimo. Casiano dice, que el documento que desde aquellos primeros tiempos se daba á los monges que se retiraban á los claustros para hacer vida perfecta, era manifestar prontamente á su director todo pensamiento molesto que les venia: *instituuntur, nullas penitus cogitationes prurientes in corde per-*

niciosa confusione celare; sed confestim ut exortæ fuerint, eas suo patefacere seniori. (1) Este mismo documento daba el Santo abad Moisés, como refiere el mismo Casiano, que es menester vencer cualquier repugnancia y verguenza para manifestar á su padre espiritual todo movimiento del corazon: *semper seniorum summa cautione sunt sectanda vestigia, atque ad eos cuncta, quæ in nostris cordibus oriuntur, sublato confusionis velamine, aefirenda.* (2) Y el abad Isaías añadia, que será siempre protegido de Dios con particular gracia el que no encubriere á sus superiores espirituales algun pensamiento inquieto: *aperi cogitationes tuas patribus tuis, & gratia Dei proteget te.* Lo mismo enseña S. Basilio: lo mismo S. Benito; y lo mismo otros Santos fundadores de ilustres religiones. (3) En la vida de S. Teodosio Cenobita se cuenta, que empleando el tiempo de la noche en devotas lecciones y en santas contemplaciones, ocupaba el dia en oír uno á uno á sus hijos espirituales, que acudían á él para comunicarle los pensamientos que les causaban molestia: *interdiu autem ad eum accedentes, qui erant ex spiritu ei geniti filii, eum seorsum interrogabant propter cogitationem, quæ eis afferebat molestia.* (4) De esto quiero inferir, que el descubrir al propio director todos los movimientos del entendimiento y del corazon, es una regla de espíritu importantísima, enseñada de los Santos Padres, y practicada siempre de los varones espirituales desde los primeros siglos de la Iglesia de Dios.

116 En segundo lugar conviene notar, que para caminar derechamente y sin error en el camino de la perfeccion, es necesario tambien descubrir á su director toda tentacion del dèmonio, por mas fea, impia, horrenda y vergonzosa que sea. Y esto se ha de practicar, no solo para recibir de su mano las armas con que combatir y quedar vencedor; quiero decir, para recibir de él los remedios contra semejantes tentaciones, sino tambien para quitar con esta sincèra manifestacion todas las

(1) Casian. Institt renunt. lib. 4. c. 9. (2) Id. col. 2. c. 11. (3) S. Basil. Reg. 26. S. Bened. cap. 7. sum. Reg. (4) Metaphr. in vita S. Theod. Cenob.

fuerzas á nuestros enemigos, para desanimarlos y ponerlos en huida: pues el demonio es un verdadero ladrón, que viene á robar al alma sus riquezas; por lo cual tiene también las propiedades de los ladrones, que en viéndose descubiertos, se dan luego á la fuga. Y de hecho todos los días se experimenta de las personas pías, que en descubriendo á sus directores las tentaciones con que el enemigo las asalta y molesta, ó cesa del todo su agitación ó á lo menos calma mucho y se disminuye. Refiere S. Dorotéo, que S. Macario vió un día al demonio que andaba al rededor de sus monges ofreciéndoles no sé qué bebida. Mas todos la rechazaban con indignación y hastío. Solo hubo uno que extendió la mano á aquel caliz envenenado, lo acercó á los labios y bebió aquel licor del infierno. Entónces entendió el Santo abad, que aquel solo entre todos sus monges tenía la conciencia escondida y cerrada á su director, y que solo aquel no le descubría las tentaciones del enemigo, queriendo gobernarse por sí mismo; y que por eso aquel solamente era atisgado del demonio con su venenosa bebida: *nam quisquis* (dice S. Dorotéo) *illius præsentit insidias, accurrit illicó, excogitationes suas quascumque latentes aperit patri, & sic auxilium invenit in tempore tentationis: & hac de causa non potuit adversus eos iniquus insidiator. Infelicem illum unum invenit, qui se ipsum reget & instrueret.* (1)

117 Aquí me viene á propósito lo que acaeció á S. Astion con su padre espiritual S. Epiticio. (2) Iba el Santo jóven un día con su cántaro en la mano para llevar agua de la fuente; cuando el demonio, á manera de asesino le asaltó por el camino con una tentación impura; y lo peor es, que le puso en el corazón tanta repugnancia y vergüenza de manifestarla á su santo maestro, que no tuvo ánimo de comunicarsela. Con todo eso, se esforzaba á combatir, rechazando de sí con todo su esfuerzo y conato aquella inmunda fantasía. Mas viendo al fin, que después del contraste y pelea de tres días enteros no había podido sacudir de su mente y corazón la diabólica sugestión,

(1) S. Dorot. doctr. 5.

(2) Specul. exemp. dist. 8. exemp. 21.

comenzó á perder el ánimo y á caer en una profunda melancolía. Entre tanto viendo S. Epiticio á su discípulo con el rostro caído, y el semblante triste fuera de lo acostumbrado, ¿qué es esto, hijo, le dijo, qué cosa te ha sucedido, que estoy viendo hoy turbada aquella serenidad que suele resplandecer en tu frente? Entónces S. Astion, postrándose de rodillas, le descubrió con toda sinceridad su tentacion. ¡Cosa maravillosa! Despues de esta sincera manifestacion, vió el mismo Astion, que salia de su seno un moro negro con una tea encendida en la mano, simbolo de la tentacion carnal, y que se iba gritando por el aire, diciendo: *confessio tua, Astion, magnas meas contrivit hodie vires*. Tu confesion, ó Astion, me ha quitado hoy todas las fuerzas, y me ha debilitado de tal suerte, que me veo precisado á partirme.

118 No es desemejante á este el hecho sucedido al abad Serapion, y referido del abad Moisés, como cuenta Casiano. (1) Hallándose Serapion en edad juvenil, acostumbraba despues de haber comido en compañía del abad Teona su director y maestro, tomar á hurtadillas su pan y comérselo despues á escondidas cuando no le veian, sin tener jamás ánimo para descubrir á su padre espiritual esta tentacion de gula, con que cada dia el demonio le asaltaba y vencía. Pero mientras se hacia un dia en la celda de dicho abad una conferencia de espíritu, y se trataba puntualmente del gran peligro á que se expone el que encubre á su director las tentaciones del comun enemigo, Serapion tocado en el corazon de un acerbo remordimiento, se puso de rodillas en presencia de todos los monges que estaban allí juntos, y con gran copia de lágrimas manifestó su pecado, sacando afuera y mostrando á todos el pan que ya conforme á su costumbre habia escondido en el seno. Entonces el abad Teona, hijo, le dijo; no temas, ya has vencido al enemigo con descubrirlo. En adelante estarás libre de la tentacion con que el demonio hasta ahora tanto te ha tiranizado: *confide ait, ò puer; absolut te ab hac captivitate, etiam me tacente, confessio*.

(1) Cassian. col. 2. c. 11.

tua. Victorem namque adversarium tuum hodie triumphasti, validius tua confessione elidens, quam ipse fueras ab eo tua taciturnitate dejectus.... El ideo jam te post hanc publicationem tuam nequissimus spiritus iste nullatenus inquietabit ulterius. No habia acabado aun de hablar el santo viejo, cuando se vió salir del pecho del jóven una llama de azufre, que llenó de gran hedor toda la celda, en señal de que el demonio vencido de aquella generosa manifestacion se partia confuso. En efecto, de allí adelante jamás fué molestado el jóven de semejante tentacion. He querido contar estos admirables sucesos, para que vea el lector que no hay cosa que mas quite las fuerzas al demonio, y que mas le abata y mas le obligue á retirarse, como una cumplida y sincera manifestacion de sus tentaciones al padre espiritual. No hay quien sea mas atrevido que un ladron mientras está oculto; pero no hay quien sea mas vil que él cuando se ve descubierto: tal puntualmente es el demonio.

119 Pero ni aun basta manifestar al director todas nuestras pasiones, y todas las tentaciones del enemigo: es menester tambien que tratemos con él el modo con que procedemos en nuestras oraciones; las inspiraciones y luces que en ellas recibimos; las mortificaciones y penitencias con que afligimos el cuerpo; todas las buenas obras, todos los dones y gracias que Dios benignamente nos reparte: y esto por el puro y solo fin de ser enderezados donde quiera que torciesemos de la recta senda de la virtud. Dice San Gregorio, que los vicios muchas veces se cubren con el semblante de las virtudes: *plerumque vitia virtutes se esse mentiuntur.* (1) Y al padre espiritual pertenece, dice el mismo Santo Doctor, el discernir con su recto juicio lo que es bueno y lo que es malo, y pensar bien lo que á nosotros es conveniente, y el cómo, y cuando, y en qué manera nos convenga: *quod bene rationale judicium vocatur, quia debet rector semper subtili examine bona, malaque discernere, & quæ, vel quibus, quando, vel qualiter congruant, studiose cogitare.* Mas si tú no descubres á tu director todas tus obras, aun-

(1) S. Greg. Past. p. 2. c. 9.

que sean buenas, santas y virtuosas; ¿cómo podrá formar este juicio? ¿cómo podrá darte una justa direccion, no pudiendo el hombre, dice San Agustín, entrar en tu conciencia para discernir los movimientos, siendo ella patente á solo Dios? *Neque enim homo pater tuus, & frater tuus intrare potest conscientiam tuam, quam novit Deus.* (1)

120 Lo que nos debe hacer temer mas, es, que el demonio no siempre nos tienta, iucitándonos al mal, sino que muchas veces nos tienta tambien estimulándonos al bien; teniendo siempre la mira en el bien que para nuestra ruina nos propone. El maligno se transfigura frecuentemente en ángel de luz, como dice el Apóstol: *ipse enim satanas transfiguratur se in angelum lucis.* (2) Y á algunos en sus oraciones les pone en la mente pensamientos buenos y afectos de suyo devotos, y con aquella falsa luz los engaña. A otros incita á penitencias desmedidas, para que pierdan la salud del cuerpo y no puedan ir adelante en el camino de la perfeccion. A muchos enciende con un celo indiscreto para excitar discordias; y á muchos con una caridad desarreglada é imprudente, para apartarlos de su vocacion. Y finalmente, se vale el demonio de otros mil engaños y ardidés que no hay aquí lugar de referir. Pues si la persona espiritual no confiere con su director todo el bien que va obrando; ¿cómo podrá descubrir tantos lazos que á cada paso le arma el enemigo en el camino del espíritu? Yo aquí no quiero practicar otra cosa para hacer cauto al devoto lector, que contar el infeliz suceso de un monge mal acordado, que queriendo gobernarse por sí mismo, fué conducido al precipicio por el demonio disfrazado. (3) Habiase éste consagrado á Dios desde su juventud en uno de los mas acreditados monasterios de los padres antiguos, donde vivia en perfecta observancia con el ejercicio de todas las virtudes religiosas, y con tanta austeridad de vida, que se habia reducido á no comer mas que una vez á la semana, sustentándose mas de la gracia de Dios, que

(1) S. Aug. tract. de orib. c. 9. (2) 2. Cor. 11. 14. (3) Lib. doctr. PP. lib. de patient. et fort. numer. 29. & 30.

del manjar corporal que tan de raro tomaba en muy escasa medida. De manera que el santo jóven así, no solo servia de grande ejemplo á los monges, sino de admiracion al mismo abad, el cual no se hartaba de dar gracias al Señor por tanta virtud como cada dia veia resplandecer mas en él. Pero el demonio, no pudiendo sufrir los grandes progresos que iba haciendo en la santidad, transformado en ángel de luz, comenzó á tentarle con pretexto de mayor bien. Púsole en el corazon un vivo deseo de irse al yermo, para hacer allí solitario una vida mas de ángel que de hombre. Expuso el jóven al superior este su deseo, y sin embargo que se lo disuadió por el motivo de que hallándose solo en el desierto sin algun director, no sabia librarse de los engaños del comun enemigo; con todo eso quiso él seguir su parecer. Partiósse del monasterio, se fue á un lugar desierto, fabricó allí una pequeña celda, y se entregó todo á la contemplacion, á la leccion de los sagrados libros, á los ayunos y asperisimas penitencias. Despues de algunos años de una tal vida, vió un dia entrar en su celda á un abad de venerable aspecto, pálido y macilento en el rostro, del cual le colgaba una blanca y larga barba: y era puntualmente el demonio disfrazado con aquel mentiroso semblante de santidad. A esta vista se atemorizó el monge, y se postró luego en oracion. Habiéndose levantado despues en pie; ea, le dijo el fingido abad, volvamos ahora á hacer oracion ambos juntos. Acabada la oracion, ¿cuánto tiempo ha, le dijo el mentiroso abad, que vos morais en este yermo? Hace seis años, respondió el monge; Seis años! replicó todo admirado el falso abad; pues ya hace once años que yo sirvo á Dios en este lugar solitario, y jamás he tenido noticia alguna de vos. Solo habrá cuatro dias que un monge, que no vive lejos de aqui, me certificó de vuestra morada, y por eso he venido prontamente á encontraros para cumplir con la ley de la caridad, y para conferir con vos una duda que me tiene con mucha pena. Nosotros vivimos todo el año encerrados en nuestras celdas, y no vamos jamás á las iglesias: ni nos alimentamos jamás con el cuerpo santísimo de nuestro Redentor.

Esta es una cosa que me ha causado siempre grande escrúpulo; mas ahora que yo puedo valerme de vuestra compañía; y vos de la mía, quiero que vayamos cada domingo en busca de alguna iglesia, y que allí hagamos nuestras devociones conforme la costumbre de los otros fieles. Agradó el consejo al mozo solitario, y al primer domingo se puso en viage con el abad engañador, y despues de un largo camino llegaron á un monasterio, en cuya iglesia se pusieron á hacer oracion. Levantándose despues de la oracion el jóven iluso, echó la vista al contorno, y no vió al compañero que estaba á su lado. Sale de la iglesia, le busca por todas partes, y no le encuentra. Pregunta por él á los monges que vivian en aquel lugar, y oye que le dicen; que cuando el vino al monasterio á ninguno habian visto á su lado que lo acompañase. Entónces cayó en la cuenta que aquel abad tan austéro y devoto en la apariencia era el demonio, que con el pretexto de conducirle á la iglesia, le habia querido sacar fuera de la soledad. Con todo eso no se le dió cuidado alguno, porque decia consigo mismo: no me ha conducido al búrdel, ó al teatro, ó al baile; sino que al fin me ha conducido á la iglesia: ¿y qué mal hay en esto? Y muy alegre se volvió á su hermita. No mucho despues, he aqui que vuelve el demonio á engañarle en figura de un hombre seglar. Pónese enfrente de su celda, fija los ojos en él, y le mira atentamente de pies á cabeza; y despues comienza á decir: me parece que es aquel que yo busco; y si bien está desfigurado con la penitencia, sin embargo, no ha perdido las antiguas facciones y fisonomia: él es ciertamente. El monge maravillándose de esta novedad y aparecimiento, le preguntó ¿por qué le miraba tan cuidadosamente? ¿qué queria de él? ¿quién era? Entónces le dijo: yo soy un jóven que tengo mi casa junto á la de vuestro padre. Decidme: ¿no sois vos fulano, que ha tantos años que abandonasteis el siglo? ¿vuestro padre no se llama asi? el nombre de vuestra madre no es éste? Mirad que yo tengo plena noticia de vos y de toda vuestra parentela. Pues ya que viajando por mis negocios he tenido la fortuna de hallaros en esta sole-

dad, os quiero dar algunas funestas noticias. Habeis de saber que vuestra madre esta ya muerta, y tambien vuestra hermana, y vuestro padre hace ya dias que pasó tambien de esta vida. En su muerte, no teniendo en quien dejar su hacienda, dispuso de ella á vuestro favor, para que la dispenseis en los pobres y en obras pias, para comun sufragio de vuestra alma y de la suya. Al oir esto el monge, dijo: Ya yo he dejado el mundo, y no quiero volver á embarazarme en estas cosas mundanas. Mas advertid, replicó el fingido mozo, que tendreis que dar gran cuenta en el tribunal de Dios, si por culpa vuestra tanta hacienda que está destinada al socorro de los pobres y al culto de los altares, viniere á caer en manos de personas que la consuman en juegos, en lascivias, en vicios y pasatiempos. ¿Y quién os estorba para que despues de distribuidos los bienes de vuestra herencia, segun la piadosa intencion de vuestro padre, volvais á continuar vuestra vida solitaria en el yermo? A este razonamiento quedó convencido el simple monge, y se resolvió ir á tomar posesion de la herencia para beneficio de los pobres; y volverse despues á su antigua celda. Se encaminó, pues, hácia su patria; ¿pero qué? Al acercarse á la casa de su padre, le vió venir sano y salvo á encontrarle. Preguntado de él, ¿porqué habia abandonado la soledad y vueltose á su casa? no tuvo valor para decirle, que creyéndole muerto, habia venido á tomar posesion de la herencia; sino que le respondió lo que el demonio en aquel momento le puso en la lengua para empeñarlo á quedarse en el siglo; esto es, que el amor grande que le tenia le habia conducido á su presencia. Oyendo esto el padre, le abrazó, le besó y acogió con grande afecto. Y aquí comenzó á despertarse en su corazon el amor á la carne y sangre. Tratando despues con sus antiguos amigos, comenzó de nuevo á aficionarse á ellos, y despues á pegarse á las comodidades. Y para no alargarnos mas, dice la historia, que el infeliz dentro de breve tiempo vino á caer en pecados feísimos de deshonestidad, de los cuales no hizo penitencia; y sin pensar mas, ni en el monasterio, ni en el desierto, ni en el yermo, prosiguió viviendo

miserablemente en el siglo. En este hecho se ve pintado maravillosamente el demonio transformado en ángel de luz, que con apariencia de bien conduce al mal. El demonio sacó á este del monasterio con una ansia imprudente de mayor perfeccion. Le trajo fuera de la celda con el pretexto de conducirle á la Iglesia. Le hizo volver á su casa, poniéndole delante de los ojos un grande aparato de limosnas y obras de caridad. Lo que hizo el enemigo visiblemente en éste, lo hace invisiblemente todos los dias con nosotros. A aquel sugirió estas especies devotas á los oídos: á nosotros nos las pone en la mente y en el corazon. Quien quiere, pues, proceder seguro en el camino de la perfeccion, manifieste á su director, no solo todas sus pasiones y tentaciones diabólicas, sino tambien todas las obras buenas que hace ó pretende hacer; y déjese gobernar de él en todo.

CAPITULO V.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR ACERCA del modo con que debe portarse con las almas que se ponen bajo de su direccion.

121 **A**dvertencia primera. Yo no pretendo en este capítulo el dar reglas para la discrecion y discernimiento de los espíritus; porque no es esta una materia que pueda dirigirse en pocas hojas; sino que antes pide un tomo entero. Solo pretendo sugerir al director el modo con que debe portarse con sus discípulos para que salga provechosa su conducta. Sea, pues, la primera advertencia, que el director para ganar para sí y para Dios las almas de sus penitentes, se vista de entrañas de caridad: *induite vos*, diré con S. Pablo, *viscera misericordie*: vestios de éntrañas tiernas y misericordiosas. Acuérdesse que la primera palabra que le dice el penitente, postrándose á sus pies, es esta, *Padre*, como sugeriéndole, que no debe tener hácia él entrañas de juez severo ó de tirano inexorable, sino de padre amoroso. Acuérdesse que el corazon del hombre no se ceba ni

coge con el ácido del vinagre ó con la hiel del rigor, sino con la dulce miel de la caridad. Con aquello se doman las fieras, y con esta se gana el corazón humano. Y por eso se debe portar con sus discípulos con tal agrado, que ellos no tengan dificultad de abrirle todos los secretos de sus corazones, sean fáciles para abrazar todos sus consejos, y prontos para ejecutarlos, como dice S. Gregorio: *tales sese, qui præsunt, exhibeant, quibus subjecti occulta sua quæque pandere non erubescant: ut cum tentationum fluctus parvuli tolerant, ad pastoris mentem, quasi ad sinum matris recurrant: & hinc, quod se inquinari pulsantis culpæ sordibus prævident, exhortationis ejus solatio & lacrymis orationis lavent.* (1) Tal, dice el Santo, debe ser el superior espiritual, que sus súbditos no se avergüencen de descubrirle los escondrijos del corazón; que en tiempo de tentaciones puedan recurrir á él como al seno de su madre; y que en sus caídas puedan recibir de sus palabras y de las lágrimas de sus oraciones oportuno remedio y dulce conorte. Es verdad que á veces convendrá usar de algun rigor para domar la dureza de quien no se ha podido vencer con la dulzura, ó para mortificar alguna alma que tiene virtud para sufrir semejantes pruebas; pero el medio ordinario debe ser la apacibilidad, porque regularmente como muestra la experiencia, ésta sale mas provechosa.

122 Advertencia segunda: Advierta el director de no dar jamás señal alguna de horror, cuando sus penitentes le manifiestan sus tentaciones, por mas feas que sean, impías y horribles en sumo grado: así porque en ellas los pobres las mas de las veces no tienen culpa; como tambien porque obrando de otra suerte, les quitaria toda confianza, les cerraria la boca y jamás tendrían ánimo para manifestar semejantes cosas. En la vida de S. Bernardo se cuenta, que el Santo á los principios toleraba poco ciertas flaquezas involuntarias á que está sujeta la tierra frágil de nuestros cuerpos, y de las cuales ni aun están exentos los solitarios mas rígidos: de donde provenia gran caimiento de ánimo y consternacion en los monges. Mas despues

(1) S. Greg. Pastor lib. 2. c. 5.

reconociéndose el Santo de este defecto, mudó de conducta, y trató de compadecerse y de consolar á los monges con aquel agrado y apacibilidad que era propia de su dulcísimo corazón. Por tanto, si el director hubiere caído tal vez en semejante falta, procure la enmienda, para que su conducta no salga pesada é inútil á sus penitentes.

123 Aquí no puedo dejar de referir un hecho que trae Casiano; (1) porque es muy eficaz para hacer que entre dentro de si mismo cualquiera que fuere fácil en dar en semejantes indiscreciones. Un monge mozo muy molestado de tentaciones sensuales, y que por causa de ellas se sentia sobremanera afligido, se fué á consultarlas con un monge viejo, esperando sacar de su direccion algun consuelo y remedio. El viejo le oyó, y despues en lugar de consolarle en tan gran trabajo y de animarle á la pelea, comenzó á levantar la voz y á llamarle miserable é indigno, no solo de la profesion, sino aun del nombre de monge: *miserabilem pronuntians & indignum, nec monachi nomine & professione censendum, qui poterit hujusmodi vitio & concupiscentia titillari*. Asi perdió el pobre jóven totalmente el ánimo y cayó en tan fiera desesperacion, que se resolvió de abandonar el monasterio y profesion de monge, y tornarse al siglo, diciendo consigo mismo: ya que no merezco ser monge, tornaré á ser secular como era ántes; y al decir esto se encaminó para la ciudad. Tuvo la dicha que en el camino se encontró con el gran siervo de Dios el abad Apolo, el cual viéndole triste y melancólico, infirió de aquel nublado de tristeza que cubria su rostro la grande turbacion que ocupaba su corazón; y acercándose á él, le preguntó la causa de tanta melancolia. Y porque el mozo dominado de su pasion no le daba respuesta, prosiguió en apretarle dulcemente con sus preguntas, hasta que le manifestó todo lo sucedido, y su resolucion de tornarse al siglo. Entonces el discreto y caritativo abad comenzó á animarle, diciéndole, que no temiese nada, porque tam-

(1) Casim. col. 2 c. 19.

bien él, aunque se hallaba en edad tan avanzada, sufría diariamente semejantes molestias; que confiase en Dios que no le permitiría que cayese, y que á tiempo oportuno le libraría también del todo de aquel trabajo: y finalmente le indujo á estarse á lo menos por un dia en su celda, esperando que entre tanto calmaria aquella fiera tempestad. Hecho esto se fué el santo hombre al monasterio de aquel viejo indiscreto, y ántes de entrar en su celda, rogó á Dios que le hiciese probar aquel estímulo de la carne que padecia el afligido jóven, para que aprendiese por su propia experiencia á compadecerse de las miserias ajenas. Apénas hubo concluido su oracion, cuando vió á un moro negro que arrojaba hácia aquel monge viejo dardos de fuego. Despues vió á aquel infeliz todo encendido en el rostro, que andaba de una parte á otra como frenético: entraba y salia de su celda; y finalmente vencido de la tentacion, ya se encaminaba á la ciudad para dar desahogo á la pasion que se le habia encendido en el corazon. Entónces el abad, haciéndosele enconradizo vuelve, le dijo, vuelvete á tu celda, y entiende que el demonio hasta ahora no te habia tentado jamas, porque quizá no sabia que estuvieses en el mundo, ó porque no hacia caso alguno de tí, ni te contaba en el número de aquellos héroes á quienes él emprende para hacerles guerra con sus armas; pues al primer golpe de sugestion has quedado vencido y echado por tierra. Aprende con tu experiencia á compadecerte de otros, á no éxasperarlos con tus palabras y moverlos á desesperacion, como lo hiciste ántes con aquel pobre jóven que habia recurrido á tí por un consejo y ayuda: *disce itaque tuis exemplis laborantibus condolere, & periclitantes nequaquam pernitiósa desperatione detertere, nec durissimis sermonibus asperare; sed potius levi, blandaque consolatione refovere: & secundum præceptum sapientissimi Salomonis, eruere eos, qui ducuntur ad mortem, & redimere eos, qui interficiuntur; nostrique salvatoris exemplo arundinem quassatam non conterere, & lignum fumigans non extinguere.* Este hecho no tiene necesidad de comento; porque de sí mismo muestra claramente

en ~~cua~~ ^{cua} grande peligro pone á su penitente tentado un director que no le consuela y anima; sino que ántes se muestra casi escandalizado de sus tentaciones, de cualquier especie que sean.

124 Advertencia tercera: Pero si el penitente no solo fuere tentado, sino que cayese de hecho en faltas notables, y aun en pecados graves, como tal vez puede suceder á personas que atienden á la perfeccion; mucho mas deberá guardarse el director de hacer actos de admiracion, de prorumpir en reprensiones acres, y de dar en celos indiscretos; porque semejantes almas de conciencia delicada despues de sus caidas, suelen quedar con grande caimiento y desmayo: por lo cual tienen necesidad de ser esforzadas con palabras agradables, y alentadas á la esperanza. Y si tal vez por su desgracia se encuentra con un sacerdote que les aprieta el corazon, mucho mas se envilecen, se acobardan y desaniman, y corren grande riesgo de abandonar del todo el camino de la perfeccion. En estos casos, pues, tome el director el consejo de S. Pablo: entre al punto dentro de sí mismo, y sin adularse nada, reconózcase capaz de caer en semejantes yerros. Despues instrúyale con espíritu de dulzura: hágale reconocer su falta: procure que se humille con paz; y que á vista de su desacierto desconfie totalmente de sí, y ponga toda su esperanza en Dios. Finalmente déle aquellos remedios que juzga oportunos para armarle contra semejantes caidas. *Fratres*, (dice el Apóstol) *si præoccupatus fuerit homo in aliquo delicto, vos, qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis, considerans te ipsum, ne & tu tenteris.* (1) San Agustin interpretando este texto, dice unas bellas palabras, que yo quisiera que se imprimiesen altamente en el corazon de todos los confesores y maestros de espíritu, y especialmente en el mio: *nihil sic probat spiritualem virum, quam peccati alieni tractatio cum liberationem ejus potius, quam insultationem; potius auxilia, quam convicia meditatur: & quantum facultas tribuitur, suscipit.* Para conocer, dice el Santo Doctor, si un hombre es verdaderamente espiritual, no hay prueba mejor que el ver si en las caidas de otros, en vez

(1) Ad Gal. 6. 1.

de insultar al reo y de herirle con palabras ásperas, piensa en librarle de sus males, y en aplicarle oportuno remedio.

425. Démos la idea de esta apacibilidad San Juan Evangelista con un acto de heroica dulzura y caridad, practicado con una alma precipitada del estado de perfeccion al abismo mas profundo de la desdicha. Cuenta Eusebio en su historia eclesiástica, (1) que mientras el Santo Apóstol andaba por el Asia menor fundando nuevas iglesias, se encontró con un jóven de bella índole y de espíritus vivaces; y juzgándole apto para hacer grandes progresos en la perfeccion cristiana, le encomendó ardientemente y con grandes expresiones al Obispo de la ciudad, para que le tomase á su cuenta y cuidado. El prelado en ejecucion de las órdenes del Santo Apóstol le recibió en su casa; le bautizó, le instruyó, y le crió con la leche de la piedad y de la devocion. De manera que pareciéndole que hubiese ya llegado á ser un devoto y perfecto cristiano, comenzó á fiarse de él, y á aflojar en el rigor de una doméstica disciplina. ¡Mas oh Dios! ¡y cuán débil es la virtud en los jóvenes! Viéndose aquel mozo con la rienda de la sujecion floja, comenzó á manera de un pótro indómito y desenfrenado á caminar disolutamente por la carrera de los vicios, y pasando de un pecado á otro, y de un exceso menor á otro mayor, llegó á cometer latrocinios, muertes y maldades execrables. ¿Qué mas? Llegó hasta ser cabeza de una cuadrilla de ladrones, y apoderado de una montaña vecina á la ciudad, á poner asechanzas á la vida y hacienda de los miserables pasajeros. He aquí los precipicios en que se llega á caer cuando de lo alto de la perfeccion se comienza á volver atrás. Entre tanto, habiendo vuelto el amado discípulo á aquella ciudad por los negocios de la iglesia, pidió cuenta al Obispo del jóven que habia encomendado á su cuidado. El Obispo dando un profundo suspiro del corazon, está muerto, le dijo. ¿Y de qué muerte, replicó San Juan, temporal ó espiritual? De muerte espiritual, respondió el Obispo, é irreparable; porque el desventurado habiéndose

(1) Euseb. Hist. Eccl. lib. 8. c. 33.

hecho capitán de vándidos, se anda vagabundo por las faldas del monte vecino. Al oír esto el Apóstol, se rompió las vestiduras de dolor; y luego; venga, dijo, presto un caballo y una guía: y montado á caballo se fué con grande priesa á buscar la oveja descarriada. Mas apenas llegó á las raíces del monte, cuando fué detenido y preso de las guardias. Esto era puntualmente lo que yo deseaba, dijo el Santo á aquellos malvados, caer en vuestras manos. Conducidme presto á vuestro capitán; porque ó yo he de ser presa suya, ó él mia. Mas ya venia de suyo el infeliz jóven con las armas en las manos, muy ceñudo en la frente, y lleno de saña en el corazon: cuando mirando de léjos al santo Apóstol, le reconoció y avergonzándose de sí mismo, volvió las espaldas y se dió á huir. Entónces el santo apretando las espuelas al caballo, le fué siguiendo á rienda suelta por aquellos riscos á la manera que su divino maestro andaba en busca de la oveja perdida por los despeñaderos de los montes; y olvidado totalmente de su carácter y de su edad avanzada, comenzó á gritar en alta voz: párate, hijo, párate: ¿y de quien huyes? ¿de tu padre? ¿y de quien temes? ¿por ventura de un viejo débil que no tiene otras armas con que herirte que las de su amor? párate, hijo, no temas; no dudes que aun hay esperanza de salvacion para ti. Yo tomo sobre mí todos tus pecados: yo tomo el cargo de dar cuenta de ellos á Dios por tí; yo haré penitencia; yo los lavaré con lágrimas; yo daré la sangre y la vida por tí. Detente, hijo, detente. Con estos dardos de amor vibrados de aquel tiernísimo corazon, quedó profundamente herido aquel miserable jóven. Paróse y volvió el rostro; y fijando en tierra los ojos vergonzosos arrojó las armas que traía, se despojó luego de la fiereza que tenia en el corazon, y corrió precipitadamente á arrojarse á los pies del santo viejo. Aquí comenzó con suspiros, con gemidos y con un río de lágrimas á mostrarle aquel dolor que no podia manifestarle la lengua ahogada en el llanto. Mas solo manifestándole su arrepentimiento, escondia en el seno la diestra rea de tantas muertes, y de tanta sangre inocente que habia derra-

mado: Al verle así contrito, se arrojó del caballo el santo apóstol, se postró delante de aquel sanguinario, le echó los brazos al cuello, y mezclando lágrimas con lágrimas gemidos con gemidos, y llanto con llanto; no temas, le decia, hijo mio, que yo con solemne juramento te prometo, que te alcanzaré de mi amado Jesucristo el perdón de tus culpas. Y finalmente, le sacó del seno la mano matadora, rea de tanta sangre derramada, y por exceso de una tierna piedad le imprimió repetidos besos con sus sagrados labios. Habiéndole reducido á la iglesia con sus oraciones y con sus lágrimas; le alcanzó el perdón de sus pecados. Con sus dulcísimas exhortaciones le ablandó, le amansó, y le puso sobre la recta senda de las virtudes cristianas, y aun le condujo á tanta perfeccion, que pudo y quiso hacerle Obispo de aquella ciudad. En este admirable suceso vea el director, como en un espejo, cuales deben ser los modos de que se ha de valer para reducir á Dios una alma, que del estado de la perfeccion ha caido en el precipicio de alguna culpa mortal.

126 Advertencia cuarta: mas si no obstante toda la industria del director, se mostrase su discipulo incorregible, ¿qué se deberá hacer? ¿se habrá de desesperar de su salud ó de su perfeccion? No, responde S. Agustin; porque solo de la enmienda de los demonios hemos de perder toda esperanza, sabiendo de cierto que están ya abandonados de Dios, y condenados al fuego eterno: *diabolus & angeli ejus in Scripturis sanctis manifestati sunt nobis, quod ad ignem æternum sunt destinati. Ipsorum tantum desperanda est correctio.* De los hombres no tenemos esta infausta certeza, ni podemos saber si han de perseverar en sus defectos ó pecados; pudiendo suceder que Dios con la eficacia de su gracia venza su dureza, y al fin conquieste sus corazones, como dice el mismo S. Agustin: *in eo quod malus est quis eorum, utrum usque ad finem perseveraturus sit, ignoramus.* Por eso dice S. Juan Crisóstomo, que jamas hemos de dejar de compadecernos de ellos, de ayudarles, de darles nuevos consejos, y de mostrar ansias de su enmienda. Dice, que debemos probar ablandarlos con suspiros y lágrimas, como lo hace

tina madre piadosa; la cual, aunque vea ya sin esperanza la vida de su amado hijuelo, no por eso le abandona, sino que esta siempre junto a él: ahora llora, ahora suspira, ahora le abraza, ahora le besa, ahora se queja; ni deja de ayudarle en lo que puede hasta el fin: y eso no pudiendo ella librar con sus lamentos a su hijo de la muerte temporal; pero nosotros podemos librar las almas de nuestros prójimos, aunque parezcan desesperadas de la muerte eterna: *an non vides parentes, quomodo filiis suis licet desperatis assident lacrymantes, exosculantes, curia, que possunt, admoventes ad extremum usque halitum? Hoc tu quoque facito pro fratribus. Et tamen illi non possunt lacrymis & lamentis neque morbum depellere, neque mortem imminentem abigere. Tu vero frequenter poteris animam deploratam per lamenta revocare, ac suscitare. Dedisti consilium, nec persuasisti; illacryma, punge frequenter, suspira paululum; ut tua sollicitudo incutiat illi verecundiam, itaque se convertat ad salutem* (1) Estas son entrañas de padre espiritual. Sobre todo, recorra en tales casos á la oracion; porque la enmienda de las almas no es propiamente efecto de nuestras industrias, sino de la gracia. La gracia ha de mover la lengua del director. La gracia ha de alumbrar la mente del penitente, para que penetre sus consejos. La gracia ha de aficionar la voluntad del mismo, para abrazarlos. La gracia finalmente, le ha de dar vigor para ejecutarlos. Mas esta gracia no se alcanza sino por medio de fervientes y repetidas oraciones.

127 Advertencia quinta: advierta por último el director, que con la dulzura del corazon que hasta ahora hemos inculcado, ha de juntar tambien la paciencia en sufrir las molestias que muchos penitentes suelen causar á sus padres espirituales. Vendran á sus pies personas melancólicas, tímidas, pusilánimes, inquietas, rudas, enredadas, prolijas y fastidiosas en sus narraciones. En tales casos acuerdese del dicho de S. Pablo, que nos toca á nosotros los directores dotados de mayor capacidad y de mayor firmeza de ánimo, compadécernos de las flaquezas de

(1) S. Chrys. Conc. 1. de Lazar.

estas personas débiles: *debemus nos firmiores infirmitates infirmorum sustinere.* (1)

128 Dice S. Bernardo, que todo el peso y carga de un superior espiritual está en soportar pacientemente las flaquezas de sus discípulos; porque el dirigir personas de gran bondad, de grandes talentos y de grande espíritu, no es peso, sino alivio; no es carga, sino confortativo. Mas en esta misma tolerancia consiste en gran parte el remedio de semejantes personas enfermas. Por eso debe el director acordarse que de estos melancólicos, de estos pusilánimes, de estos rudos y toscos, y de estos quejosos es el padre: por lo cual debe caritativamente consolarlos, exhortarlos y dulcemente reprenderlos: *hoc onus, animarum est infirmarum. Nam quæ sanæ sunt, portari non indigent, ac per hoc nec onus sunt. Quoscumque igitur de tuis inveneris tristes, pusillanimes, murmuriosos, ipsorum te patrem, ipsorum te noveris esse abbatem. Consolando, exhortando, increpando agis opus tuum, portas onus tuum, & portando sanas, quos sanando portas.* (2)

129 Pero he dicho poco con decir, que el director ha de pensar que es padre; debía decir con el mismo Bernardo, (3) que ha de persuadirse que es madre de sus penitentes: por lo cual, depuesta la severidad, el rigor y la aspereza, se ha de vestir de entrañas maternas, y proceder con ternura de afecto con sus hijuelos espirituales: *discite subditorum matres vos esse debere, non dominos. Studete magis amari, quam metui. Et si interdum severitate opus sit, paterna sit, non tiranica. Matres fovendo, Patres vos corripiendo exhibeatis. Mansuescite; ponite feritatem, suspendite verbera, producite ubera; pectora lacte pinguescant, non typho turgescant. Quid jugum vestrum super eos aggravatis, quorum potius onera portare debetis? Cur morsus à serpente parvulus fugit conscientiam sacerdotis, ad quem eum magis oportuerat, tanquam ad sinum recurrere matris? Si spirituales estis, instruite hujusmodi in spiritu lenitatis, considerans unusquisque se ipsum, ne & ipse tentetur.* Bellas palabras,

(1) Rom. 15. 1. (2) Bern. Epist. 78. (3) S. Bern. in cant. serm. 22.

dignas no solo de ser leídas, sino de ser consideradas muy despacio. Aprended, dice el Santo, á los superiores espirituales, aprended, no á ser señores, sino madres de las almas á vosotros encomendadas. Procurad que ellas ántes os amen, que os teman. Y si tal vez es menester usar de severidad, vuestro rigor sea de padre y no de tirano. Tened llenos los pechos de dulce leche, y no hinchados de enojo amargo. ¿Por qué les haceis pesado el yugo de la sujecion que os profesan, cuando vosotros lo debiais aligerar, cargando sobre vosotros toda su pesadéz? ¿Y por qué vuestros hijos espirituales habrán de huir de vosotros, cuando á vosotros deberían acudir como al seno de sus madres? Si sois espirituales, instruidlos con dulzura, reprendedlos con amor, considerando que tambien vosotros podeis incurrir en semejantes flaquezas.

130 Advierta el director, que tratando con mugeres no les debe mostrar este afecto espiritual, sino tenerlo encerrado en el corazon, por no darles á ellas ni tomar para sí ocasion de aficionarse sobradamente. Bastará que proceda con ellas con la debida apacibilidad; como lo hacen las madres prudentes, que para no dar ocasion á los hijos de hacerse insolentes, no les muestran todo el afecto que en sus corazones les tienen.

ARTICULO IV.

**EL TERCER MEDIO PARA LA PERFECCION CRISTIANA, ES LA
LECCION DE LIBROS SANTOS.**

CAPITULO PRIMERO.

SE MUESTRA CON LA AUTORIDAD DE LOS SANTOS Padres, cuan importante sea para el aprovechamiento espiritual la leccion de libros espirituales.

131 **S**an Bernardo en su escala claustral, (1) explica los cuatro escalones por los cuales se sube á Dios y á la perfeccion, la cual, como ya vimos, esencialmente consiste en la union

(1) S. Bern. de modo erandi.

con Dios nuestro último fin, y dice: que son la leccion, la meditacion, la oracion, y la contemplacion: *Salvator dicit: quærite, & invenientis; pulsate, & aperietur vobis. Quærite legendo, & invenietis meditando: pulsate orando, & aperietur vobis contemplando.* Trae el Melifluo aquellas palabras del Redentor: buscad y hallareis: llamad y os abrirán: y aplicándolo á los escalones ó medios de la perfeccion, dice, que con la leccion se busca á Dios, con la meditacion se halla, con la oracion se toca á las puertas de su corazon, y con la contemplacion se entra en el teatro de las divinas bellezas, abierto con la leccion, meditacion y oracion á la vista de nuestra mente: *lectio est sedula Scripturarum cum animi intentione inspectio. Meditatio est studiosa mentis actio occultæ veritatis notitiam ductu propriæ rationis investigans. Oratio est devota mentis intentio in Deum pro malis amovendis, & bonis acquirendis. Contemplatio est mentis in Deum suspensæ elevatio æternæ dulcedinis gaudia degustans.* Dice, que la leccion no es otra cosa que mirar con ánimo atento lo que la sagrada Escritura ó los otros libros devotos nos exponen. Que la meditacion es una operacion de nuestro entendimiento, con la cual con la guia de nuestros discursos, vamos en busca de las verdades divinas que nos son ocultas. Que la oracion es un afecto de nuestra voluntad, con el cual procuramos alcanzar de Dios la remocion de los males y la adquisicion de los bienes espirituales que nos son convenientes. Y que la contemplacion es una suspension de la mente en Dios, con la cual elevada el alma, gusta de los gozos de la dulzura celestial: *lectio quasi solidum cibum ori apponit: meditatio masticat, & frangit: oratio saporem acquirit: contemplatio est ipsa dulcedo, quæ jucundat te reficit. Lectio in cortice, meditatio in adipe, oratio in desiderii postulatione, contemplatio in adeptæ dulcedinis delectatione.* La leccion, prosigue el Santo, es como el manjar espiritual aplicado al paladar del alma. La meditacion despues lo mastica con sus discursos: la oracion prueba el sabor: la contemplacion es la misma dulzura de este manjar espiritual, que restaura y conforta á toda el alma. La leccion

se detiene en la corteza de lo que se lee; la meditacion penetra el meollo; la oracion va en su busca con los ruegos, y la contemplacion se deleita como en cosa que ya está poseyendo.

132 De estos cuatro grados, per los cuales se va á la perfeccion y á Dios, dejaremos nosotros á parte el cuarto; asi porque la contemplacion, aunque sea medio muy útil, no es necesario para adquirir la perfeccion; como tambien porque no es uno de aquellos medios ordinarios de perfeccion comunes á todos, que yo he tomado por blanco de la presente obra. Siguiendo, pues, la doctrina de S. Bernardo, propondré tres medios para caminar á la perfeccion; es á saber, la leccion, la meditacion y la oracion. De la leccion hablaré en el presente artículo; y de los otros dos medios en los siguientes. En este primer capitulo mostraré con la doctrina de los santos Padres, quanto importa para el provecho del espíritu la leccion de libros espirituales.

133 Es increíble la estimacion que hacia San Gerónimo de la lectura de los libros santos, y el deseo con que inculcaba su uso frecuente á todos aquellos que tomaba á su cargo para encaminarlos con sus cartas á la perfeccion. A Salvina encarga, que tenga siempre entre las manos libros devotos; porque éstos, dice el Santo, son un fuerte escudo para rechazar todos los malos pensamientos de que está combatida la edad juvenil: *semper in manibus tuis sit divina lectio, ut omnium cogitationum sagittæ, quibus adolescentia percuti solet, hujusmodi clypeo repellantur*. Y con mucha razon; porque los pensamientos devotos de que se llena nuestra mente con la sagrada leccion, echan afuera los pensamientos inútiles, vanos ó perversos, que abundantemente produce la tierra de nuestro corazon. Lo mismo inculca á San Paulino: *semper in manibus sacra lectio*: siempre esté entre tus manos el libro sagrado que dé pasto á tu espíritu con la devota leccion. A Furia viuda insinúa, que lea frecuentemente la sagrada Escritura y los libros de aquellos doctores, cuya doctrina es sana y santa, para que no tenga el trabajo de escoger y entresacar de entre el lodo de la falsa doctrina el oro

de los santos y saludables documentos: *post Scripturas sacras, doctorum hominum tractatus lege, & illorum duntaxat quorum doctrina nota est. Non necesse habes aurum in luto quaerere. A Demetriade le dice así: ama la leccion de las sagradas Escrituras, si quieres ser amada de la divina sabiduria, y si quieres ser guardada y poseida de ella. Antes te adornabas de varias maneras, llevabas joyas en el pecho, gargantillas en el cuello y piedras preciosas en las orejas. En adelante las sagradas lecciones sean tus joyas y piedras preciosas, con que atavies tu espiritu de santos pensamientos y devotos afectos: ama Scripturas & amabit te sapientia: dilige eam, & salvabit te: honora illam, & amplexabitur te. Hæc monilia in pectore & auribus tuis hæreant.* Leanse las epístolas de este gran doctor de la santa Iglesia, y se verá que entre los medios que propone para alcanzar la perfeccion cristiana, éste es uno de los mas principales.

134 San Bernardo sin alguna ambigüedad nos declara sobre este particular su sentir diciendo, que la leccion espiritual es muy necesaria para nuestro provecho: y trae la razon, porque en ella vemos lo que debemos hacer, lo que debemos evitar, y el camino que debemos emprender para llegar á nuestro santo fin. Por lo cual dijo de ella el Real Profeta; que es una linterna que nos muestra el camino de la perfeccion, y hace que andemos seguramente por él: *valde nobis est necessaria lectio divina; nam per lectionem discimus quid facere, quid cavere, quò tendere debeamus. Unde dicitur: Lucerna pedibus meis verbum tuum, & lumen semitis meis.* (1) Con la leccion, prosigue el Santo, se perfecciona nuestro sentido interior y la inteligencia de nuestro entendimiento; porque de ella recibimos luz para arreglar con rectitud nuestras operaciones exteriores; y para levantar la mente en la oracion al conocimiento de las cosas divinas. Y por esto ella es la que nos hace aptos para la vida activa y contemplativa: *per lectionem sensus, & intellectus augetur. Lectio nos ad orationem instruit, & ad operationem. Lectio nos informat ad activam, & ad contemplativam vitam.* Despues

(1) Bern. serm. 90. de mod. vived.

descendiendo en particular muestra que de la leccion sagrada toma origen todo bien sobrenatural; porque en la leccion, dice el Santo, y en la oracion se adquieren las armas con que se hace guerra á nuestros enemigos infernales, y felizmente se vencen. Con la eleccion y oracion se destruyen todos los vicios, se quitan todos los defectos del alma, se desprecian las vanidades mundanas, y se crián todas las virtudes. Finalmente estos son los medios, por los cuales se llega seguramente á la posesion de la eterna bienaventuranza: *lectio & oratio sunt arma quibus diabolus expugnatur. Hæc sunt instrumenta quibus æterna beatitudo acquiritur. Per orationem & lectionem vitia destruuntur, & virtutes in anima nutruuntur. Lectio demit errorem vitæ, subtrahit hominem á vanitate mundi.* No parece que se puede decir mas que esto para recomendacion de la leccion espiritual.

135 Lo mismo afirma S. Gregorio bajo la alegoría del espejo: *sacra scriptura mentis oculis quasi quoddam speculum opponitur, ut interna nostra facies in ipsa videatur. Ibi etenim fæda, ibi pulchra nostra cognoscimus. Ibi sentimus, quantum proficimus, ibi à profectu quam longe distamus.* (1) Los libros espirituales, dice S. Gregorio, son á manera de un espejo que Dios nos pone delante, para que mirandonos en él, corriamos nuestros yerros; y nos adornemos de todas las virtudes. Y así como las mugeres vanas se ponen frecuentemente delante del espejo, y allí quitan toda mancha del rostro, corrigen los defectos del cabello, y se adornan de mil maneras para parecer hermosas á los ojos de otros; así el cristiano debe muy á menudo poner delante de los ojos los libros santos, para reconocer en ellos los defectos que debe corregir y las virtudes con que debe ataviarse para agradar á los ojos de su Dios.

136 San Agustín con otra alegoría no menos bella nos anima á la leccion sacra. Dice, que los sagrados libros son otras tantas cartas que Dios nuestro dulcísimo padre, y los bienaventurados nuestros hermanos nos envían desde la patria celestial: en ellas nos advierten los peligros que se encuentran

(1) S. Greg. moral. lib. 2. cap. 1.

en esta nuestra infeliz peregrinacion : nos señalan los pasos en que nuestros enemigos infernales nos esperan, y las asechanzas que nos traman para quitarnos la vida del alma, y despojarnos del tesoro inestimable de la divina gracia: nos enseñan la provision de virtudes que debemos hacer para no quedar en el camino: nos animan á sufrir los trabajos, las incomodidades y penalidades de este miserable viage; y nos muestran el camino recto y seguro para llegar adonde ellos llegaron. Cualquiera, pues, que desea llegar á aquella bienaventurada patria, y lograr un puesto alto, tenga entre las manos y lea frecuentemente estas cartas del paraíso.

137 Fuera de las razones con que los Santos Padres nos muestran, cuan necesaria sea la leccion de los libros santos para la perfeccion del cristiano, traen tambien ejemplos á propósito para despertar su deseo. Entre estos escojo uno que refiere San Gregorio en sus diálogos, y tambien en sus homilias, (1) para que nos anime tambien á nosotros á emprender un tan devoto ejercicio. Habia en Roma un cierto mendigo por nombre Servolo, que yacia debajo de un pórtico, por el cual se pasaba á la Iglesia de S. Clemente. Estaba paralítico é incapáz no solo de levantarse derecho en pie, pero ni aun de revolverse de un lado al otro y de llegar las manos á la boca, para tomar el necesario sustento. De las limosnas que recogia, parte empleaba en su necesario sustento, y parte en recibir y sustentar á los peregrinos en su pobre albergue. Era ansiosísimo de la leccion de libros espirituales, y habia adquirido un buen número de ellos con el precio de sus limosnas, quitandose el bocado de la boca para dar pasto á su espíritu con la devota lectura: y por que el pobrecito no sabia leer, hacia que le leyesen los pobres que albergaba. Por medio de estas lecciones espirituales, bien que hechas por boca de otros, adquirió grandes noticias de las cosas divinas, y una grande pericia de la sagrada Escritura, de la cual hablaba muy acertadamente y con grande admiracion de cuantos le oían. Pero lo mas importante es, que habia con-

(1) S. Greg. Dial. lib. 4 c. 14. & hom. 15.

seguido una invicta paciencia dando siempre gracias al Señor en medio de sus gravísimos males, y cantando siempre himnos de alabanza á Dios. Entre tanto conociendo que ya se acercaba el término de su vida, llamó á algunos de los peregrinos que albergaba, y les rogó que rezasen con él algunos salmos. Mientras estaban en esta santa ocupacion, de repente les hizo seña que callasen, diciéndoles: ¿y no oís, como todo el paraíso está resonando de cánticos y sonidos armoniosos? y al decir esto, espiró dulcemente. Despues de su muerte se esparció por toda aquella pieza un olor tan agradable, que llenó de inefable suavidad á todos los circunstantes. Concluye el Santo Doctor esta historia con decir, que se halló presente á la muerte de este santo mendigo un monge de su Monasterio, el cual no podia referir este suceso de qué habia sido testigo de vista, sin derramar muchas lágrimas de ternura: *cui rei monachus noster interfuit, qui nunc usque vivit, & cum magno fletu attestari solet; quia quousque corpus ejus sepulturæ traderent, ab eorum naribus odoris illius fragrantia non recessit.* Obsérvese la grande ansia que tenia este santo paralítico de la leccion espiritual: nótese los frutos grandes de santidad que sacó de ella, y la muerte preciosa que por su medio finalmente alcanzó; de donde se saca, cuán grande medio es este para la perfeccion cristiana.

CAPITULO II.

SE DESCIEENDE EN PARTICULAR, Y SE MUESTRA
*cuanto ayuda la leccion espiritual á las personas mundanas;
para entrar en el camino de la perfeccion, y quanto conduce
á las personas espirituales, que ya están en él, para cam-
minar velozmente y hacerse santas.*

138 **La** doctrina sagrada, dice el Mélifluo, puesta delante de quien lee como una mesa bien proveída, tiene manjares acomodados al estómago de cualquiera: *in catholicæ doctrinæ mensa juxta modum intelligentiæ sufficientes singulis epulæ appo-*

nuntur. Hay en esta mesa viandas proporcionadas al paladar de los pecadores, las cuales tienen virtud de reducirles á la vida de la gracia. Hay manjares acomodados al paladar de las personas justas, los cuales les dan vigor para crecer y perfeccionarse en la vida de la gracia. Aquí las personas buenas, pero rudas que no son capaces de meditar, encuentran manjares casi masticados, muy idóneos para alimentar su espíritu sencillo. Aquí las personas cultas, á quienes aun fuera de esta mesa no les falta pasto espiritual en sus devotas oraciones, hallan grande nutrimento de espíritu; y de la mesa de la sagrada leccion llevan para el camino algunas viandas sustanciosas, que despues mastican, rumian y digieren en sus meditaciones. Con las viandas de esta mesa las personas del mundo casi mudan de naturaleza, y se hacen espirituales; y las personas espirituales se perfeccionan en su ser, y se hacen santas. En suma, esta es una mesa aparejada para dar á todos vida, fuerzas y vigor grande de espíritu.

139 Para entender cuanta fuerza tenga la sagrada leccion para inducir á mudar de rumbo, y hacer entrar en el camino de la perfeccion á las personas mundanas, basta hacer reflexion sobre la conversion de S. Agustin. No hay quien no sepa la grande repugnancia que experimentó el Santo en su ánimo, para abandonar los placeres deleznables de los sentidos, y consagrarse enteramente al seguimiento de Cristo. ¡Qué guerra atróz, qué fieros contrastes padeció el Santo en su pobre corazon! Mueve á piedad solo leerlos escritos por él mismo. Dice de sí, que se veía obligado á gemir, atado de su voluntad, como de una dura cadena, y que el enemigo infernal tenia apretado su querer entre los cepos de una cruel necesidad: *suspirabam ligatus non ferro, sed mea ferrea voluntate; velle meum tenebat inimicus; & inde mihi catenam fecerat; & constringebat me.* (1) Dice que experimentaba agonias de muerte en apartarse de sus perversas costumbres: *quasi mortem formidabat (voluntas mea) restringi à fluxu consuetudinis, & ta-*

(1) S. Aug. Confes. lib. 8. c. 4. 6. 7. 8. 12.

bescebam in mortem. Dice que estando cercano á resolverse sus antiguas vanidades y sus placeres le apartaban del buen propósito, y murmuraban al rededor de sí, diciéndole: ¿pues ahora tú nos abandonas? ¿Desde este momento en adelante, ya no estaremos contigo para siempre? *Retinebant me nugæ nugarum, & vanitates vanitatum antiquæ amicæ; & succutiebant vestem meam carneam, & murmurabant: dimittis nos? Et à momento isto non erimus tecum ultra in æternum? Quas sordes suggerebant? Quæ dedecora?* Pero finalmente, ¿qué cosa fué la que despues de una guerra intestina tan obstinada y fiera venció el corazon de Agustino? ¿Qué cosa fué la que conquistó para Dios aquel grande héroe? El último conquistador por fin no fué ni la madre con sus lágrimas, ni el grande Ambrosio con su divina elocuencia; fué la leccion de un libro santo. A este quiso Dios reservar la gloria de haber ganado para su iglesia á un doctor tan esclarecido, que tanto la ha ilustrado con su sublime ingenio, y con su celestial doctrina. El Arzobispo Ambrosio, y su madre pudieron pener en agitacion y tumulto aquel gran corazon; pero solo la sagrada leccion tuvo la gloria de rendirlo; porque hallándose combatido de afectos tan encontrados, oyó una voz que le decia: *toma, y lee.* Obedeció, y leyendo un capítulo de San Pablo, se deshicieron al punto las nieblas de su mente, se ablandó toda la dureza de su corazon, y se puso en una total serenidad y en una plácida calma su espíritu: *quasi luce serenitatis infusa cordi meo, omnes dubitationis tenebræ diffugerunt.* Y rotas las cadenas y despedazados los cepos de sus antiguas costumbres, se dedicó todo á Dios y llegó despues á ser tan grande Santo, como hoy admira el mundo y venera en los altares. Tanta es la fuerza que tiene la leccion de los libros sagrados para triunfar de los corazones aunque duros, y para trocarlos de terrenos en espirituales y santos.

140 Aquí podria traer el ejemplo de San Ignacio de Loyola, que de una leccion espiritual tomada ño por devoción, sino por huir la molestia de una penosa enfermedad, se trocó

de capitan que era de un Rey de la tierra, en capitan del Rey del cielo, bajo de cuyas banderas alistó una numerosa compañía de fuertes guerreros. Ó tambien el de un S. Juan Columbino, que por la lectura de un libro santo hecha á persuasion de su consorte, aunque de mala gana, sintió tanta mudanza en su corazon, que vueltas las espaldas al mundo, se consagró enteramente al servicio de Dios, y llegó tambien á ser cabeza de un grueso escuadron de personas religiosas que juntó bajo las insignias del Crucificado. Pero no; no quiero detenerme en éste y otros semejantes sucesos. He comenzado á tratar este punto con la autoridad de S. Agustin, y con esta quiero comprobarlo. En el mismo libro en que el Santo Doctor refiere su conversion, cuenta tambien la conversion de vida mundana en vida perfecta, causada de la misma manera de la lectura de un libro espiritual en dos cortesanos del Emperador Teodosio. (1) Mientras este estaba del todo empleado en los espectaculos circenses que se celebraban en Tréveris, los dos referidos cortesanos fastidiados del estrépito de la corte, se salieron al campo para respirar aire mas quieto. Mientras iban vagueando de una á otra parte, acertaron casualmente á entrar en la casa de algunos santos monges, y andando por ella despacio, iban observando con una cierta dulce admiracion la pobreza, la simplicidad, el silencio y la quietud de aquella religiosa habitacion; ni se hartaban de admirar la alegria sincera que resplandecia en los rostros de todos aquellos buenos religiosos. Entre tanto uno de ellos, habiendo encontrado en la pobre celda de uno de aquellos monges la vida de San Antonio, se puso á leerla por curiosidad. ¿ Pero qué? Leyendo comenzó poco á poco, *mirari, & accendi; & inter legendum meditari arripere talem vitam, & relicta militia sæculari, servire tibi (nempe Deo):* (aqui váyanse observando los buenos efectos que produce en el alma la devota leccion). Comenzó á admirar las acciones de aquel santo solitario, y despues á encenderse en deseos de imitarle; despues á premeditar consigo mismo el emprender un

(4) Conf. lib. 8. c. 6.

semejante tenor de vida, y abandonando el siglo servir únicamente á Dios. Despues, prosigue diciendo el Santo, que sorprendido el caballero del ardor vehemente de un santo afecto, fijó la vista en el rostro de su compañero: y bien, le dijo ¿ que cosa pretendemos cón tantas fatigas en que consumimos la vida? ¿ Podremos llegar á mas que á conseguir la amistad del César? Y esto mismo ¿ cuánta incertidumbre tiene? ¿ cuán dudoso es? ¿ á cuántos peligros está expuesto? Por el contrario, si yo quiero llegar á ser amigo de Dios, he aquí en este mismo momento lo soy: *amicus autem Dei, si voluero, ecce nunc fio*. Dicho esto tornó á fijar los ojos sobre el libro; y leyendo, dice el Santo, que se sentia conmover y mudarse todo interiormente: sentia que se le arrancaba del corazon todo el afecto del mundo y de los bienes mundanos. Finalmente, sacando un profundo suspiro de lo íntimo del corazon: amigo, dijo á su compañero: yo he roto ya las cadenas que con los anillos de muchas esperanzas vanas me tenian atado en la córte: ya he determinado de servir solamente á Dios, y para que veas que hablo de veras, desde esta hora y en este santo lugar, doy principio á mis determinaciones. Si á tí no te agrada el imitarme, te ruego que á lo menos no estorbes mis designios: *ego jam abripui me ab illa spe nostra, & Deo servire statui, & hoc ex hora hac & in hoc loco aggredior*. Al oír esto el amigo, sintió en su corazon aquella santa conmocion que el otro habia experimentado en el suyo, y prontamente se ofreció á imitarle: los dos en el mismo dia sin alguna tardanza se consagraron á Dios en aquel sagrado cláustro. Habian contraído ya esponsales los dichos dos cortesanos con dos doncellas de igual nobleza; y aunque era grande el afecto que alimentaban en sus corazones para con sus esposas, sin embargo, no tuvo éste fuerza para retardar sus generosas resoluciones; ántes su ejemplo hizo tanta fuerza en el corazon de las mismas, que las indujo tambien á dedicarse á Dios con voto de perpetua virginidad. Veis aquí á cuantos trajo de la vida mundana al camino de la perfección la lección de un solo libro espiritual.

141 Mas si la leccion sagrada es tan eficaz para reducir á los mundanos extraviados al camino de la perfeccion, ¿cuánto mas eficaz será para inducir á las personas espirituales que ya andan por este camino á correr por él con grande aliento de espíritu, sin cansarse jamas ni aliojar en su carrera? San Agustin, hablando con aquellas personas devotas que desean vivir con perfeccion unidas siempre á su Dios, les dice, que deben frecuentemente orar ó leer: y les da la razon; porque en la oracion hablamos nosotros con Dios, y en la leccion de los libros santos habla Dios con nosotros: *qui vult cum Deo semper esse, frequenter debet orare, & legere: nam cum oramus, ipsi cum Deo loquimur; cum veró legimus, Deus nobiscum loquitur.* (1) Y San Ambrosio hablando con los eclesiásticos ya dedicados al culto divino les inculca el mismo sentimiento, diciendo, que acabadas las oraciones de la Iglesia, se ocupen en devotas lecciones, porque orando, hablamos con Jesucristo; y leyendo, escuchamos al mismo Jesucristo que nos habla al corazon: *Cur non illa tempora, quibus ab Ecclesia vacas, lectioni impendas? Cur non Christum revisas? Christum alloquaris? Christum audias? Illum alloquimur, cum oramus: illum audimus, cum divina legimus oracula.* (2) Si la oracion, pues, como dicen los Santos, y mostraremos en los siguientes artículos, es tan necesaria para nuestro espiritual aprovechamiento, será preciso decir, que no es menos necesaria la leccion espiritual; pues á los progresos de la perfeccion tanto importa que nosotros hablemos con Dios, como que Dios hable con nosotros, y con las voces de sus luces é internas inspiraciones, nos estimule al ejercicio de todas las virtudes.

142 Para mostrar cuanta eficacia tiene la leccion de los libros sagrados para convertir las personas mundanas en espirituales, me valí del ejemplo de un doctor de la Santa Iglesia. Para mostrar ahora cuán poderosa sea la dicha leccion para conducir las personas espirituales á mayor perfeccion, quiero traer el ejemplo de otro doctor de la santa Iglesia. Sea este San

(1) S. Aug. serm. 12. de temp. (2) S. Amb. lib. 1. ofic. c. 20.

Gerónimo: cuenta el Santo de si mismo, que habiendo abandonado las grandezas de Roma, se retiró á hacer vida solitaria en los lugares santos de Palestina. Aquí empleaba los dias y las noches en vigilijs, oraciones, lágrimas, ayunos y otras asperisimas penitencias. Sin embargo, entre los rigores de una vida tan fervorosa y tan austera, le habia quedado algun defecto perjudicial al adelantamiento de su espiritu, y era un demasiado amor á la lectura de libros profanos, y un cierto horror á la leccion de los libros sagrados, por la poca cultura del estilo que le parecia reconocer en éstos; juzgando ser culpa del sollo que era defecto de sus ojos, como el mismo confiesa con rubor y vergüenza: *si quando in me ipsum reversus Prophetas legere cœpistem sermo horrebat incultus, & quia lumen cæcis oculis non videbam, nec oculorum putabam culpam esse, sed solis.*

(1) Entré tanto Dios que preveia, que sin la lectura de los libros santos, no podia él llegar á aquel grado de santidad á que le tenia destinado, practicó con él un remedio cuánto rigoroso, otro tanto eficaz para hacerle reconocer este su defecto. Envióle una grave enfermedad; que en breve le redujo al extremo de la vida. Cuando estaba ya cerca de morir le arrebató en espiritu á su tribunal. Llegado aquí el Santo, sintió que le preguntaba el divino Juez ¿quién era? El respondió prontamente: Yo soy cristiano; ni profeso otra fé que la vuestra mi Señor y mi juez. Mientes, replicó el juez: tú eres Ciceroniano, porque donde está tu tesoro, allí está tambien puesto tu corazón. *Et ille, qui præsidebat, mentiris, ait: ciceronianus es, non christianus: ubi enim thesaurus tuus, ibi & cor tuum.* Y mandó que fuese terriblemente azotado. Al dolor de aquellos fuertes golpes, gritaba el siervo de Dios, pedia favor, é imploraba piedad y misericordia, repitiendo en alta voz: *miserere mei Domine, miserere mei.* Entretanto los que asistian al trono del severo Juez, postrados en su presencia, comenzaron á interceder por él, á rogarle que se compadeciese de su edad juvenil, y á promover en su nombre la enmienda de aquella falta. Entónces San-

(1) F. Hist. eccl. ed. Estreco.

Gerónimo, que con la acerbidad del dolor que le causaban tan terribles azotes, estaba dispuestísimo á prometer cosas mucho mayores, comenzó á prometer y jurar con todo el ardor de su espíritu, que no volvería á leer jamás libros seculares y profanos, sino solo libros santos. Al decir esto, volvió á sus sentidos con maravilla y pasmo de los circunstantes que le creían ya muerto. Despues de haber contado el Santo Doctor este funesto suceso de sí mismo, añade: nadie piense ni crea que fuese este algun sueño vano, semejante á aquellos que en medio de la noche suelen engañar nuestra mente. Llamo por testigo á aquel tremendo tribunal, ánte el cual estuve postrado, que no fué aquel sueño, sino una representacion real de un hecho verdadero. Porque así que volví en mí, me hallé con los ojos llenos de lágrimas, y con las espaldas acardenaladas de los azotes, y llagadas de los terribles golpes: *nec vero sopor ille fuerat, aut vana somnia quibus saepe deludimur. Testis est tribunal illud, ante quod jacui: testis iudicium triste, quod timui: ita mihi numquam contingat in talem incidere quæstionem. Viventes, fateor, habuisse me scapulas, plagas sensisse.* Finalmente concluye, que despues de este suceso, se dió á leer los libros santos con otra tanta aplicacion y amor, con cuanto habia leído ántes los libros de autores profanos: *Et tanto dehinc studio divina legisse, quanto antea mortalia legeram.* Así consiguió Dios de él que se aplicase á la leccion de las cosas divinas, que tan necesaria era á los progresos de su perfeccion y á la salud de todo el orbe cristiano, á quien habia de ser tan provechosa.

143 Nótese, que cuando sucedió todo esto á San Gerónimo no vivia ya el Santo entónces á manera de las personas mundanas, olvidado totalmente de su perfeccion, por donde tuviese necesidad de libros buenos para despertar en su espíritu los deseos de su aprovechamiento; ántes hacia una vida austérrima y muy fervorosa como arriba insinué. Oigamos al mismo. *Post noctium crebras vigiliis, post lacrymas, quas mihi prætorum recordatio peccatorum ex imis visceribus eruebat, Plautus sumebatur in manibus.* Dice, que cogia en las manos las co-

medias de Plauto; pero que hacia esto despues de muchas vigi-
 has, despues de haber pasado las noches enteras llorando abun-
 dantemente sus pasados yerros, ni por otro fin que para ali-
 viar la cabeza cansada de las oraciones, y debilitada con las
 muchas lagrimas. Sin embargo no basta todo esto para ir adelan-
 te en la perfeccion, si á la aspereza de la vida y á la conti-
 nuacion de las oraciones, no añadia la leccion de los libros san-
 tos. Por lo cual conviene concluir, que la leccion espiritual es
 medio necesario, no solo á los hombres mundanos para empre-
 der la carrera de la perfeccion, sino tambien á los hombres es-
 pirituales para que anden por ella con velocidad y ligereza.

CAPITULO III.

ADVERTENCIAS PRACTICAS ACERCA DEL MODO con que deben leerse los libros espirituales, para que sean medio provechoso para nuestra perfeccion.

144 **A**dvertencia primera: advierta el director que una
 cosa es el estudio de los libros espirituales, otra muy diversa
 la leccion de los libros santos. El que estudia no tiene otro fin
 que aprender las verdades que lee. El que lee espiritualmente,
 tiene por mira el aficionarse á las verdades que lee, y embeber-
 se profundamente en ellas para ponerlas despues en práctica.
 El estudio tiene por fin el instruir al entendimiento; la leccion
 devota tiene por blanco el perfeccionar la voluntad con afectos
 santos, y moverla á obras proporcionadas. Por lo cual dice S.
 Agustin: *nutri animam tuam lectionibus divinis; parabis enim
 tibi mensam spiritualem.* (1) Nutre y alimenta tu alma con la
 leccion devota, y será esta una mesa saludable para tu espíri-
 tu. Lo mismo enseña S. Buenaventura: *lectionibus divinis est
 anima nutrienda.* (2) Que es menester dar á nuestras almas
 pasto y alimento de santas lecciones, para que se hagan fuertes
 y vigorosas para el ejercicio de las virtudes. Mas para que me-

(1) S. Aug. lib. de oper. monast.

(2) S. Bon. in Spec. par. 1. c. 13.
 Tom. 1.

jer se entienda lo que nos quieren significar estos santos Doctores con semejantes dichos, hágase reflexion, que si poniéndose uno á la mesa no hace otra cosa que observar la calidad de los manjares, notar el guiso y condimento de las viandas, y decidir despues cuales son saludables, cuales nocivas, cuales desagradables al paladar, y cuales sabrosas; este tal no se alimenta de los manjares, ni recibe algun sustento de ellos. Para que los manjares lleguen á sustentar á los que estan sentados en la mesa, es necesario que estos los apliquen á la boca, los desmenucen y masquen con los dientes, los revuelvan por el paladar, percibiendo su sabor, los hagan pasar al estómago, y alli con la virtud digestiva los conviertan en propia sustancia. Asi puntualmente, dicen los santos Padres, para que las máximas santas que en la leccion espiritual como en una abundante mesa, se toman por pasto de nuestras almas, las alimenten, y den la vida del espiritu; no basta el ponerse á penetrar con la vista de la mente las tales verdades, y despues hacer juicio del estilo, del órden, del método, de la doctrina y claridad con que sus autores las exponen; sino que es menester aplicarlas á la voluntad, de manera que ella las guste, tome su sabor y practicamente las haga suyas, moviéndose á la ejecucion de las obras. Por lo cual dijo S. Bernardo: *si quis ad legendum accedat, non tam quærat scientiam, quam saporem.* (1) El que se pone á leer libros devotos, no busque tanto el saber, quanto el sabor de las verdades divinas. De aqui se entenderá la causa, porque muchos despues de haberse ocupado en esta sagrada mesa de la santa leccion media hora ó una hora entera, salen de ella secos en los afectos, enjutos de buenos deseos, y ayunos de todo bien espiritual, como dice S. Gregorio: *multi legunt & ab ipsa lectione jejuni sunt.* (2) Y tambien porque algunos letrados, teniendo sienpre ante los ojos la sagrada Escritura, y entre las manos los libros de los santos padres; con todo eso no tienen en el corazon tanta devocion y afecto á las cosas santas, cuanta tiene una simple vejezuela. Buscan estos en la sagrada

(1) S. Bern. in Spec. Monach.

(2) S. Greg. hom. 10. in Ezech.

lección el saber y no el sabor; van detrás de las hojas y no de los frutos: y por eso aunque reciben de este sagrado manjar pasto para el entendimiento, pero no sacan sustento para el espíritu.

145 Advertencia segunda: para que la persona espiritual reciba de la lección devota el referido sustento, proceda de esta manera: ántes de comenzar, levante la mente á Dios, y proteste que no se pone á leer por curiosidad de saber, sino por deseo de aprovechar. Mas porque este provecho depende de la luz sobrenatural y de una cierta pia moción de los afectos, que no es parto de nuestra naturaleza, sino dón de la divina gracia; pida á Dios uno y otro. *Loquere Domine*, diga al Señor, *quia audit servus tuus*. Este libro, Señor, es una escritura que contiene vuestra divina palabra; es una carta que me enviais del cielo para significarme vuestra divina voluntad; habladme, pues, por medio de ella á mi mente con vuestra santa luz; habladme al corazón con vuestras santas inspiraciones, que yo os escucharé atentamente.

146 En la vida del glorioso patriarca Santo Domingo se refiere, que siendo aun novicio de la religion de canónigos regulares, de la lectura de las colaciones de los Padres sacó gran pureza de corazón, una profunda humildad, un sincero desprecio de sí mismo, una reverencia especial á todos los otros religiosos, una grande preparacion para la contemplacion, y para la perfeccion de todas las virtudes. ¿Mas cuál fué la causa porque sacó tanto provecho de la lección de un solo libro? La causa la dá el escritor de su vida; y es, que el santo se puso á leer aquel libro con rectísima intencion de apacentarse con el afecto de la sagrada doctrina que en el libro se contenia, y de ejecutar en efecto con grande fortaleza de espíritu todos sus saludables documentos: *librum illum, qui collationes patrum inscribitur, studiosé legendum suscepit, deditque operam, ut recta intelligentia comprehenderet, affectu sentiret, effectu & re ipsa fortiter exequeretur. Didicit enim ex eo puritatem cordis, &c.* (1)

El que desea pues sacar de los libros espirituales semejantes

(1) Theodoríc. de appold. l. i. de vit. ejus c. 4.

efectos de santidad, póngase á leerlos con igual afecto, y con igual rectitud de intencion.

147 Advertencia tercera: advierta el director á sus discipulos, que la leccion espiritual no debe hacerse con prisa, ni con velocidad de ojos y de mente; sino atentamente, con pausa, con reflexion y muy despacio, para que produzca en el alma el deseado fruto. Las pastillas olorosas para que echen su fragancia suave, se deben desmenuzar lentamente con el dedo. No de otra suerte la leccion sagrada se debe rumiarse muy despacio, para que haga sentir al alma la fragancia de las virtudes cristianas.

148 Por eso S. Efrén quiere que la persona vuelva tal vez á leer dos y tres veces los mismos periodos; para que el ánimo se embeba altamente en los sentimientos que en ellos se exponen; y se entiende especialmente de aquellas clausulas que contienen cosas de monta, y que hacen alguna impresion en el entendimiento del devoto lector: *dum legis, non studeas dumtaxat libri folia evolvere; sed non pigeat bis, terque, ac sæpius eundem repetere sensum, ut vim orationis intelligas.* Nótese aquellas primeras palabras, *dum legis non studeas libri folia evolvere*, en que se expresa el defecto de algunos que tomando en las manos algun libro santo, no lo leen sino que lo tragan, y no ven la hora de llegar al fin. La leccion de estos es como una lluvia de verano, que viene con ímpetu, corre velozmente, y no da tiempo para que se empape la tierra: y por eso sale ó inútil, ó poco provechosa. La leccion espiritual debe ser como la lluvia menuda que cae lentamente, penetra la tierra profundamente y la hace fecunda. Poco sirve leer mucho sino se lee bien y con provecho.

149 Teodoro, médico de Constantinopla, envió á S. Gregorio Magno una gran porcion de dinero para que lo emplease en redimir los esclavos infelices que gemian entre las cadenas de una dura esclavitud. El santo Pontífice le respondió agradeciéndole tan abundante limosna, y alabando mucho su singular piedad con aquellos miserables. Despues le reprehendió;

porque leyendo las sagradas Escrituras las corria con ojos veloces y negligentes, sin algun fervor de afecto. Y entre otras cosas le dijo estas palabras: *imperator cœli, Dominus angelorum & hominum pro vita tua tibi epistolas suas transmisit, & tu illas ardentem legere negligis? Quid est enim Scriptura Sacra, nisi quædam epistola omnipotentis Dei ad creaturam suam?* (1) El monarca de los Cielos, le dijo, el Rey de los ángeles y de los hombres en atencion á tu salvacion, se digna de enviarte sus cartas; ¿y tu no cuidas de leerlas con aquel ardor de afecto que conviene? ¿Y qué otra cosa son las sagradas Escrituras, sino unas cartas del omnipotente Dios á sus viles criaturas? Veá, pues, el director cuanto conviene leer los libros santos con pausa y con devota atencion; asi por la reverencia que se les debe, como por el fruto que de ellos se espera sacar,

150 Advertencia cuarta: dice S. Bernardo, (2) que de la leccion espiritual es menester escoger algun sentimiento devoto y traerlo consigo, para rumiarlo entre dia y para tener el espíritu recogido con Dios: como suelen hacer los que van á divertirse en algun hermoso jardin, que despues de haberse largamente recreado, y paseado entre aquel aire dulce, amena fresca y verdor recogen algunas flores y las llevan consigo para olerlas. S. Efren dá el mismo consejo, y lo declara con una bella semejanza. La abeja, dice el Santo, se pára en esta flor y en aquella, y de todas saca un jugo que lleva consigo á su pequeña celda, para formar el panal de miel. Asi nosotros de tantos sentimientos como están esparcidos en los libros devotos, saquemos un jugo que nos sirva de medicina contra los males de nuestra alma: *si lectioni incumbas, instar sapientis apiculæ, mel ex floribus sibi colligentis fructum ex iis, quæ legis, pro animi medela desumito.* Insinúe, pues, el director á sus penitentes que acabada la leccion espiritual, den gracias á Dios por las luces y afectos devotos que les ha comunicado: y que despues recojan algun sentimiento que les ha hecho mas impresion para rumiarlo entre dia y tambien para considerarlo mas

(1) S. Greg. lib. 4. Epist. 31.

(2) S. Bern. ad frat. de mont. Dei.

atentamente, y penetrarlo mas vivamente en sus meditaciones.

151 Advertencia quinta: procure el director que sus discipulos lean libros provechosos y acomodados á su necesidad. Dije provechosos, porque hay libros que son de mucho bulto, pero de poca sustancia: otros hay que son mas aptos para apacentar el entendimiento que para mover la voluntad. Dije acomodados á su necesidad; porque unos son oportunos para los que comienzan, otros para los que van aprovechando, y otros para los que vuelan velozmente á la cumbre de la perfeccion. Unos libros son proporcionados á quien está dominado de una pasion, y otros á quien es vencido de otra. A algunos hacen impresion los libros históricos, y les son mas útiles; y á otros los doctrinales, y les hacen mas provecho. Y por eso será buen consejo, que el director señale á cada uno los libros que deberá leer. Mas sobre todo procure que la dicha leccion (conforme lo que arriba se ha dicho) la hagan con mucha atencion, con mucha devocion, y con gran deseo de su aprovechamiento; pues leyendo ellos de esta suerte, concurrirá el Espíritu Santo con sus luces y sacarán grande fruto, como nos asegura San Juan Crisóstomo: *igitur lectioni vacemus cum magna pietate & attentione, ut possimus à Spiritu Sancto ad scriptorum intelligentiam duci, & multum inde fructum percipere.* (1)

ARTICULO V.

EL CUARTO MEDIO PARA ADQUIRIR LA PERFECCION, ES LA
MEDITACION DE LAS MÁXIMAS DE NUESTRA SANTA FÉ.

CAPITULO PRIMERO.

SE MUESTRA QUE LA MEDITACION ES MEDIO muy importante para observar la ley de Dios en cuanto á la sustancia, y que es medio necesario para observarla con perfeccion.

152 **E**n la escala que San Bernardo formó para las per-

(1) S. Joann. Chrysost. hom. 35. in Gen. es.

sonas espirituales, que desean subir á lo alto de la perfeccion, el primer escalon (como ya vimos al principio del precedente articulo), es la sagrada leccion, y el segundo es la meditacion de las máximas de nuestra santa fé; porque de aquella se sube por sus escalones á esta. En la leccion de libros devotos se embebe el alma en algunas verdades divinas, que despues va rumiando á los pies del Crucifijo, las penetra profundamente, y por medio de las tales ponderaciones se enciende en afectos santos y en deseos de mayor perfeccion. Asi de la leccion se pasa con una cierta connaturalidad á la meditacion, en que el conocimiento de las máximas sobrenaturales suele ser mas profundo y mas vivo, y el afecto de la voluntad mas ferviente y resuelto. Pasado, pues, el primer escalon nos detendremos en este segundo en todo el articulo presente, mostrando la importancia y tambien la necesidad que hay de subirlo, para que sea medio oportuno para conseguir aquella perfeccion á que aspiramos con nuestros deseos.

153 Pero ántes de pasar adelante nos conviene advertir, que la oracion mental se divide en meditacion y contemplacion. La meditacion consiste en algunos actos discursivos enderezados á la mocion de varios afectos santos. La contemplacion empero consiste en una vista simple del entendimiento admirativo y suavemente amoroso de alguna verdad divina. De la oracion mental en cuanto es contemplacion, aunque pertenezca al cuarto escalon de la dicha escala, sin embargo no hablaremos de ella en la presente obra; porque en cuanto ella es contemplacion de las cosas divinas es objeto de la mística Teología. Solo hablaré de la oracion mental, en cuanto es meditacion, y en cuanto es meditacion práctica. Añado esta limitacion; porque se puede meditar una verdad sobrenatural de dos maneras, ó especulativamente, ó prácticamente. Se medita del primer modo cuando se discurre sobre algun punto de nuestra santa Fé, no por otro fin que de entresacar la verdad, como hacen los Teólogos especulativos, cuando consideran el ser y atributos de Dios, la encarnacion del Verbo, la naturaleza de la divina gra-

cia y otras cosas semejantes, en que no tienen otra mira que el saber. De esto no hablamos aquí, porque no nos pertenece. Se medita del segundo modo, cuando se discurre sobre alguna máxima de fé, á fin de mover la voluntad á afectos proporcionados. Y de esto tratamos aquí, porque este es un medio verdadero que conduce á la perfeccion moral y sobrenatural del cristiano; lo cual es el único blanco de nuestra obra. En este primer capítulo para animar al lector al devoto ejercicio de meditar, le mostraré que la meditacion práctica y afectiva es medio muy importante para observar la divina ley en cuanto á su sustancia, y es medio del todo necesario para observarla con perfeccion.

154 Es dicho muy comun, que la ley de Dios es quebrantada de una gran parte de los cristianos sin reparo ni detencion alguna y se vive licenciosamente porque no hay fé; que el interés reina por todas partes, que domina del todo la ambicion y que la lujuria, traspasados los límites de la honestidad, corre licenciosa por todo prado á coger las flores de los placeres; porque los fieles ya no creen las verdades eternas. Mas en la realidad yo no juzgo que esta sea la causa de tanto mal; porque la fé la tienen en cuanto á la sustancia, y si se examina la mente y corazón de cualquier cristiano, aunque disoluto en su vida, se hallará que no hay artículo, aunque abstruso y árido de nuestra santa fé, que no sea de ellos constantemente creido. Toda la ruina espiritual que lloramos en nuestro mundo católico no proviene de falta de fé, sino de falta de consideracion de las verdades de la fé. Ninguna máxima de fé se des-cree; pero en ninguna máxima de fé tampoco piensan jamas los mundanos: por eso se vive creyendo, como si no se creyese; porque nuestra voluntad tan indispueta está para el bien y pronta para el mal, si no se creen las verdades católicas como no haciendo jamas seria reflexion sobre ellas: miéntras en uno y otro caso no tiene presentes aquellos objetos que tienen fuerza para apartarla del mal y para impelerla al bien.

155 Pero examinemos á fondo esta verdad para hacerla

clara y visible á la mente del pio lector. Nuestra voluntad, como dicen los filósofos, es una potencia ciega que no puede moverse con sus afectos, si el entendimiento no va delante con la luz de sus conocimientos. Así un reo condenado ya á muerte, antes que le dén tan infausta nueva no se entristece nada, no se horroriza, no gime, ni suspira; porque aun no se le ha representado al entendimiento el grande mal que ya le amenaza y se le acerca. Lo mismo digo del que ha sido ya sublimado á algun puesto honorífico, que no siente contento alguno antes de recibir el alegre aviso de su exaltacion; porque aun no ha representado el entendimiento á la voluntad la imagen de aquel gran bien. En comenzando despues á moverse los afectos de nuestra voluntad, son estos tales de ordinario, cuales son las representaciones que el entendimiento le hace de los objetos. Si el entendimiento representa á la voluntad algun objeto digno de amor, ella se mueve al punto á abrazarlo; si se lo representa digno de odio, ella se mueve á aborrecerlo. Si le muestra algun mal como lejano y distante, ella luego lo teme: si se lo muestra ya próximo y vecino, ella al punto se entristece. Si el entendimiento le hace ver una cosa como acomodada á su naturaleza, ella presto se determina á quererla; pero si se la representa como cosa desconveniente á su ser, ella se resuelve á rehusarla. Así los afectos de nuestra voluntad son de ordinario conformes á las consideraciones que hace nuestro entendimiento acerca de los objetos presentes. Esto supuesto, digo yo ahora: ¿qué ayuda, ni de qué sirve que las máximas de nuestra fé tengan una suma eficacia para apartar de nosotros todo vicio, para alejarnos de cualquiera grave pecado, si el cristiano que en la realidad las cree no las trae al entendimiento, jamas hace reflexion sobre ellas, ni jamas las aplica á la voluntad con alguna seria consideracion? No podrán ellas ciertamente, mientras así están olvidadas, apartar la voluntad de la culpa, por mas fuerza que de suyo tengan para desasirla. El fuego tiene toda la virtud de abrasar un leño árido y seco; pero si no se le acerca, jamas lo encenderá con sus llamas. Así pun-

tualmente las verdades católicas, con lo terrible y admirable que llevan consigo tienen toda la virtud de apartar nuestra voluntad, aunque mal inclinada, de toda culpa mortal; pero si nosotros jamas las acercamos á nuestra voluntad con alguna pausada consideracion, jamas produzcan en ella semejantes efectos. El infierno realmente existe, y no hay católico que no lo crea; pero si jamas se piensa en él ni se considera, es lo mismo que si no lo hubiera en orden á engendrar un santo temor. La muerte es inevitable, ni hay cristiano que no espere el golpe fatal de su guadaña; pero si jamas se considera, es lo mismo que si jamas hubiera de venir para desprendernos de los bienes caducos. El pecado mortal es el monstruo mas horrible que jamas haya aparecido en el mundo, ni hay católico que no lo declare por tal; pero si jamas se mira en su propio semblante, es lo mismo que si no tuviera deformidad alguna para imprimir en nuestros corazones el debido horror y aborrecimiento. De donde quiero inferir, que toda la ruina del cristianismo no nace de no creer, sino de no considerar ni meditar jamas lo que se cree. Así lo definió el profeta Jeremias: *desolatione desolata est omnis terra quia nullus est, qui recogitet corde.* (1) Está puesta en desolacion toda la tierra, dice Jeremias, están arrancadas las flores de todas las virtudes; ni se ven brotar por todas partes sino abrojos y espinas de iniquidad y pecados. ¿Mas de dónde ha tomado origen tan grande mal? ¿Acaso de estar desterrada totalmente del mundo la verdadera fé? No, sino de ser desterrada la consideracion y ponderacion de las máximas de la santa fé: *quia nullus est, qui recogitet corde.* Apenas hay quien entre dentro de su corazón á pensar atentamente, cuales son las cosas delante de Dios, y cuan diversas de lo que aparecen á los ojos frágiles de nuestro cuerpo.

156 Y valga la verdad: ¿quién habria entre los cristianos que tuviese atrevimiento de cometer un pecado mortal, si cada dia considerase, ó la estrecha cuenta que algun dia tendrá que dar ante el tribunal tremendo de Dios supremo juez, ó los

(1) Jer. 12. 11.

eternos gozos de que se priva, ó las penas atroces y sempiternas á que por una sola grave culpa se condena? ¿Quién caería jamas en culpa mortal, si hiciese reflexion sobre la infinita majestad y amabilidad de aquel Dios á quien gravemente ofende, ó sobre los oprobios, afrentas, dolores, tormentos y muerte tan ignominiosa á que este gran Dios se sujetó por el odio á semejante culpa? Lo mismo digo de mil otros motivos que sugiere la santa fé, y tienen suma eficacia para contener la voluntad, para que no se deslice á traspasar los preceptos de la ley divina. Luego de no meditar lo que se sabe y cree nace todo el mal en el mundo. Y es tanta verdad, que tal vez una sola meditacion, aunque hecha de mala gana y con mala voluntad, ha sido bastante para reducir á una alma extraviada al camino derecho de la virtud. Escojo entre mil un suceso con que demuestro esta verdad, y confirmo toda la doctrina arriba expuesta.

157 Sor María Buenaventura, monja en Roma en el célebre monasterio de Torre-Espejos, habia sido adornada de Dios de todos aquellos dotes que pueden hacer esclarecida, diré mas bien á una gran dama cual ella era, que á una buena religiosa cual profesaba ser: porque con la nobleza de su nacimiento, con la hermosura del rostro, con la vivacidad del espíritu, con la afabilidad del trato y con la sublimidad del ingenio unia el lustre del saber que habia adquirido con el estudio de las bellas letras. Mas ¿qué? Como no juntaba con tantos dones de naturaleza lo que es mas propio de una monja; es á saber el retiro, la devocion, la piedad y la observancia religiosa, quedaban en ella deslustrados y envilecidos tantos dotes, como otras tantas joyas sin esmalte. Entretanto, queriendo sus religiosas retirarse por algunos dias á meditar las máximas principales de nuestra santa fé en los ejercicios espirituales de S. Ignacio, Sor Buenaventura, como quien estaba muy agena de semejantes ejercicios de espíritu, comenzó hacer burla y donaire de todo y á decirles: retiraos, pues, á la soledad; andad al desierto. A mí me basta haberme hecho mon-

ja: no quiero hacerme hermitaña. Hacedos santas; andad en éxtasis y elevaciones, vosotras que estais todas compuestas de espíritu. Yo, que soy hecha de carne, quiero quedarme en la tierra con mis acostumbradas ocupaciones. Con todo eso, inspirada de Dios fué á la primera meditacion, que era sobre el fin para el cual crió Dios al hombre, y con toda la atencion de su mente se aplicó á la consideracion de aquella gran máxima. Fué tan grande la impresion que le hizo en el ánimo esta meditacion, que al punto yéndose á los pies del director, le dijo estas pocas, pero grandes palabras: padre, no es razon jugar mas con Dios. Yo he entendido ya bien lo que Dios aborrece en mí, y lo que de mí quiere. Yo quiero hacerme santa. He dicho poco. Yo quiero hacerme gran santa, y quiero serlo prontamente. Quería decir aun mas; pero fué obligada á dar desahogo á la avenida de lágrimas. Calló, pues, con la lengua; pero comenzó á hablar con los hechos: y habiéndose retirado á su cámara, escribió y puso á los pies de un Crucifijo una entera donacion de sí misma. Despues apartando de sí cuanto vano traía consigo, echó tambien de su celda todo lo supérfluo que en ella tenia: y se entregó toda á una vida retirada, devota, mortificada, exacta y penitente que continuó hasta la muerte. (1) Ahora pregunto yo: antes que esta religiosa hiciese la referida meditacion, ¿no sabia que el hombre fué únicamente criado para servir á Dios? ¿Quién lo puede dudar, cuando es esta una verdad católica, que se enseña á todo niño cuando apenas llega al uso de la razon? ¿Pues por qué esta gran máxima por tantos años no tuvo fuerza para sacarla de aquella su tan peligrosa tibieza, y reducirla al camino del espíritu? La razon cualquiera la vé; porque antes no habia jamas hecho sobre ella una séria reflexion, ni la habia meditado jamas atentamente. Así, si los mundanos rumiasen cada dia alguna de tantas verdades católicas que á la verdad creen con firmeza de fé, no se veria ciertamente tanta licencia en su modo de vivir, ni tanta corrupcion en sus costumbres. Y por eso me

(1) Lancelo Opusc. 6. c. 2.

parece que se puede decir con verdad, que toda la desolacion de espíritu que se ve en el mundo, tiene su origen de la falta de meditar: *quia nullus est, qui recogitet corde.*

158 Mas si la meditacion es tan importante para observar la ley de Dios en quanto á la sustancia de sus preceptos, será preciso decir que es del todo necesaria para observarla en quanto á la perfeccion de los preceptos y de los consejos: ya que esta es una cosa mucho mas árdua, y mucho mas dificultosa de conseguirse. Pero para proceder con solidéz en un punto de tanta importancia, nos conviene establecer esta verdad: que la verdadera perfeccion del cristiano consiste en la devocion para con Dios; tomada empero la devocion en el sentido, en que la entiende el angélico Doctor, y no en el sentido en que se la figura la mayor parte de los fieles. Creen éstos, que la devocion no es otra cosa que una cierta sensibilidad y ternura de afectos, que la persona espiritual experimenta en sus oraciones. Pero en la realidad se engañan: así porque todo esto puede ser efecto de una naturaleza tierna, blanda y facil para recibir una dulce impresion de los objetos que se figura en la mente; como tambien porque aun quando esta sensibilidad tenga su origen de la gracia, no es la sustancia, sino un mero accidente de la devocion. La devocion, dice Santo Tomás (y nosotros lo veremos difusamente en su lugar), consiste en una pronta voluntad de ejecutar todo lo que es de obsequio, de servicio y agrado de Dios. En esta prontitud de la voluntad para los actos de servicio y amor divino, aunque desnudos de todo afecto sensible, está toda la sustancia de la verdadera devocion. Ni esto se opone á lo que dijimos al principio de este tratado, es á saber, que la perfeccion consiste en la caridad; porque la misma caridad no es perfecta, si no está junta con la devocion; quiero decir, si no está pronta al amor del sumo bien, pronta á ejecutar toda su voluntad, pronta á prestarle homenaje, pronta á darle todo culto y pronta á hacerle todo acto de amorosa servidumbre.

159 Echado este fundamento, digo con el angélico Doctor, que:

para adquirir esta devocion de quien hace la caridad pronta y obradora, y consiguientemente la perfeccion, es medio necesario la meditacion. Ved aqui las palabras del Santo Doctor: (1) *neceſſe eſt, quod meditatio ſit devotionis cauſa, in quantum ſcilicet homo per meditationem concipit, quod ſe tradat divino obſequio: ad quod quidem inducit duplex conſideratio; una quidem, quæ eſt ex parte divinæ bonitatis & beneficiorum ipſius, ſecundum illud Pſalmi 62. Mihi adhærere Deo bonum eſt, & ponere in Domino Deo ſpem meam: & hæc conſideratio excitat dilectionem, quæ eſt proxima devotionis cauſa. Alia vero ex parte hominis conſiderantis ſuos defectus, ex quibus indiget ut Deo innitatur, ſecundum illud Pſalmi 120. Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi: auxilium meum à Domino, qui fecit cœlum, & terram. Et hæc conſideratio exciudit præſumptionem, per quam aliquis impeditur, ne Deo ſe ſubjiciat, dum ſuæ virtuti innititur.* Dice el Santo Doctor, que la devocion debe neceſariamente ſer producida de la meditacion, como de ſu cauſa instrumental y remota, en cuanto el hombre por medio de ella concibe una cierta pronta voluntad de dedicarse enteramente al divino ſervicio. Y eſto por dos razones: la primera, porque quien medita conſidera frecuentemente la grandeza de la divina bondad y la multitud de beneficios que benignamente le ha repartido. La ſegunda, porque quien medita, hace reflexion á menudo ſobre ſus defectos, y pondera ſus propias miserias. De la conſideracion de la divina bondad y de ſus beneficios, ſe enciende en el corazon de quien medita el ſanto amor que deſpierta la devocion; eſto es, le hace expedito y pronto á las cosas del divino ſervicio. El conocimiento de la propia flaqueza excluye toda preſuncion, y engendra un ſentimiento humilde y bajo que le ſujeta á Dios, y le diſpone al don del ſanto amor y á la verdadera devocion con Dios. Así que la caridad pronta y obradora viene á ſer la cauſa próxima; y la meditacion la cauſa remota de la devocion. Eſta doctrina del Angélico eſtá fundada en otra doctrina de S. Agustin,

(1) D. Thom. 2. 2. q. 82. art. 3 in corp.

ó de otro autor que anda en su nombre, que no es diferente en nada de ésta: *Meditatio parit scientiam, scientia compunctionem, compunctio devotionem, devotio perficit orationem... Devotio est pius & humilis affectus in Deum; humilis ex conscientia infirmitatis propriae, pius ex consideratione divinae clementiae.*

(1) Dice S. Agustín, que de la meditacion nace la devocion; porque de la consideracion de las propias miserias, nace en nuestros ánimos un afecto humilde y compungido, y de la consideracion de la divina bondad, se engendra en nosotros un afecto pio y amoroso; y éste (como dice Santo Tomás, y la misma razon lo muestra), nos hace fáciles y prontos á todas las cosas que miran al divino servicio. De aquí se saca manifiestamente, que para tener conocimiento humilde de sí mismo, para concebir un grande amor de Dios y una prontitud á servirle con el ejercicio de las sólidas virtudes, en una palabra, para adquirir la verdadera devocion que es el cumplimiento de la perfecta caridad y de todas las virtudes, es necesarísima la práctica de las santas meditaciones.

160 Es esto tanta verdad, que el cardenal Cayetano comentando el sobrecitado texto del Angélico, llega á decir que un religioso, ú otra persona espiritual que no tenga cada dia algun tiempo determinado para la meditacion de alguna verdad de nuestra santa fé; puesta á parte una indiscreta multitud de oraciones vocales, si está aficionada á ellas, no merece ni aun el nombre, cuanto menos la sustancia de hombre espiritual ó religioso. Funda este su dicho en la citada doctrina de Santo Tomás, que la meditacion es la causa de que depende la consecucion de la devocion, y por consiguiente de toda otra virtud. Y por eso el esperar la perfeccion sin el ejercicio de meditar es lo mismo, dice, que pretender el efecto sin la causa, y el fin sin los medios; y para usar de su misma frase es un presumir de llegar al puerto sin la necesaria navegacion: *ex hujusmodi namque meditationibus, quæ quotidianæ esse debent religiosis & spiritualibus personis, omissis vocalium orationum*

(1) S. Aug. lib. de Spirit. & anim. c. 50.

multiloquio, devotio alicæque consequenter gignuntur virtutes: nec religiosi, aut religiosæ, seu spiritualis etiam nomine vocari potest, qui saltem semel in die ad hujusmodi se non transfert. Quomodo namque effectus absque causa, finis absque medio, insularis portus absque navigatione haberi nequit; sic religio in actu absque frequentibus actibus harum causarum, mediourum, ac vehiculorum.

161 Para que no parezcan al lector exageracion las expresiones de este escritor sepa, que del mismo parecer son tambien los Santos Padres, acerca de la necesidad que tiene toda persona pia de dedicar cada dia á lo menos alguna hora al uso de las santas meditaciones. S. Gerónimo, escribiendo á Celanxa le dice, que tenga en su palacio alguna pieza retirada, en la cual, como en puerto tranquilo se recoja cada dia de las ondas é inquietudes de los cuidados domésticos; y alli con la consideracion de las verdades eternas sosiegue el ánimo agitado y lo ponga en plácida calma; alli á la luz de sus meditaciones establezca cómo se deba portar en todas sus operaciones con sus domésticos; para proceder con toda perfeccion en todas sus cotidianas ocupaciones: *ita habeto sollicitudinem domus, ut aliquam tamen vacationem animæ tribuas. Eligatur tibi opportunus, & aliquantulum à familiæ strepitu remotus locus, in quem veluti in portum, quasi ex multa tempestate curarum te recipias, & excitatos foris cogitationum fluctus secreti tranquillitate componas. Tantum sil divinæ legis studium, tam crebræ cogitationum vices, tam firma & pressa de futuris cogitatio, ut reliqui temporis occupationes facile hac vacatione compenses. Nec hoc ideo dico, quod te retraham à tuis: imò id agimus, ut ibi discas, ibique mediteris, qualem tuis præbere te debeas.*

162 Aquí entenderá el lector dos grandes verdades: la primera, porque Jesucristo se retiraba tan frecuentemente solitario sobre la cumbre de los montes y entre el silencio de la noche á contemplar las cosas celestiales: *ascendit in montem solus orare*, como dice S. Matéo. (1) *Exiit in montem orare, &*

(1) Matth. c. 14. 23.

erat pernoctans in oratione Dei. (1) ¿Mas qué necesidad tenia Jesucristo de estos retiros, de este silencio, de esta soledad, cuando aun siendo hombre mortal gozaba de la bella vista de Dios, y con una simple vista de su mente miraba todas las divinas grandezas y verdades? Ciertamente no tenia necesidad para sí; pero la tenia por nosotros, para que entendiésemos la necesidad grande que tenemos de retirarnos ó de noche ó de día en lugar solitario á meditar las máximas eternas, que sin la industria de nuestras consideraciones no se nos descubren. La segunda verdad, porque todos los santos fueron tan aficionados y aplicados al santo ejercicio de las meditaciones, de manera que es mas facil encontrar en las historias un soldado sin el uso de las armas, que un santo confesor sin el uso de meditar ó contemplar las cosas sobrenaturales y divinas. En la vida de San Bernardino de Sena se refiere, que era tan celoso de estarse cada dia por algun tiempo con Dios en santas y provechosas consideraciones, que en el dicho tiempo á ninguno daba audiencia, como si estuviera fuera del mundo: *quotidie una hora vocabat sue devotioni, atque interim nulli patebat accessus, neque principi, neque regi; sed cogebat expectare omnes.* (2) Mas impresion me hace aun la alta estimacion que de la oracion mental hacia el doctísimo padre Suarez, quien solia decir, que renunciaria de buena gana todo su saber, aunque adquirido con el trabajo de tanta especulacion y estudio, antes que dejar una hora de sus acostumbradas meditaciones. Entendian estos grandes siervos de Dios aquella gran doctrina de Santo Tomás, que de la meditacion como de su propia fuente ha de brotar la devocion que nos haga prontos para servir y agradar en todo á nuestro amabilísimo Dios; y por eso eran no menos cuidadosos de hacerla, que celosos de no dejarla jamás. Desespere, pues, de hacer progresos en la perfeccion cristiana quien no cuida ni quiere valerse de un medio tan necesario como este.

163 Pero se ha de advertir, que cuando apoyado en la autoridad del angélico Doctor digo, que es absolutamente nece-

(1) Luc. 6, 12.

(2) Sicut in vita cap. 31.

saria la meditacion para adquirir la perfeccion; no pretendo decir que en todos haya una tal necesidad, ó que sea (por usar de los términos de la escuela) una necesidad física ó metafísica; porque soy de parecer, que en personas muy rudas é inhábiles para reflexionar y discurrir pausadamente con sus entendimientos, suple Dios ó con la leccion espiritual, si son capaces de ella, ó con oraciones vocales hechas con mas frecuencia y abundancia de lo acostumbrado: y que por este medio les comunica Dios tales luces y mociones internas que las hace prontas á las cosas de su divino agrado y servicio. Pretendo solamente decir que la meditacion es medio necesario; pero solo de moral necesidad, y solo á aquellos que son bastantemente capaces de hacerla. De solos estos se verificará, que les sea muy difícil y moralmente imposible el conseguir la perfeccion sin el cotidiano ejercicio de meditar.

CAPITULO II.

SE EXPLICA CUAL SEA EL APAREJO QUE SE DEBE hacer en el principio de la meditacion.

164 **D**os son los aparejos que la persona devota debe hacer antes de sus acostumbradas meditaciones: el uno es remoto, y consiste en la moderacion de las pasiones, en la pureza del corazon, y en el recogimiento interior entre las ocupaciones exteriores y distractivas; pero de este no hablaremos aqui, porque habrá de ser materia de muchos artículos en el discurso de la presente obra. El otro aparejo es próximo, y consiste en algunos actos, con los cuales la persona al principio de su meditacion se dispone para hacerla bien. Porque si segun las leyes de la prudencia, no conviene emprender alguna obra de momento, sin prevenir antes el debido aparejo, ¿cuanto menos convendrá ponerse á tratar familiarmente con Dios en las meditaciones, sin disponerse antes con la debida preparacion, siendo este un negocio de tanta importancia? Y si no hay súbdito

tan descomedido, que debiendo presentarse á la audiencia de su Rey no se lave, no se adorne y componga de todos modos para aparecer con decoro á los ojos de su Soberano: ¿cuanto mas, debiendo ir un alma á la presencia del Rey del cielo y de la tierra, y detenerse con él algun tiempo en afectuosos coloquios, habrá de prevenirse antes y componerse con varios actos santos para hacerse agradable á sus ojos? Tanto mas, que acercándose ella á Dios sin la necesaria preparacion, no podria esperar de su Magestad aquellas ayudas que son necesarias para que le salga provechosa su meditacion; antes, como dice el Eclesiástico, iria á tentar á Dios y á cometer un acto de temeridad: *ante orationem præpara animam tuam; & noli esse quasi homo, qui tentat Deum.* (1) De este aparejo próximo, que debe hacerse siempre al principio de la meditacion, hablaré en el presente capitulo, declarando los tres actos en que consiste. El primero es hacerse presente á Dios; el segundo pedir á Dios su favor y ayuda; y el tercero formar la composicion de lugar acerca de los misterios que se han de meditar. Comencemos el primero.

165 La presencia de Dios consiste en un acto de fé, de que Dios nos está presente, nos ve, nos observa; no solo en cuanto á los movimientos exteriores del cuerpo, sino tambien en cuanto á los interiores de la mente y del corazon. Está divina presencia puede formarse con la ayuda de alguna imaginacion material y sensible que la represente al vivo; y puede hacerse tambien sin alguna de estas groseras imaginaciones. Acaece esto segundo, cuando la persona cree que Dios está presente con ella; pero no le aprende bajo de la figura ó forma de alguna cosa corporal; sí solo bajo el concepto general de un sumo bien, de una suma bondad, de una suma grandeza, de una suma belleza, de una suma magestad, de quien sabe qué está rodeada por defuera, y penetrada por dentro, como está penetrada y rodeada por todas partes de agua una esponja puesta en medio del mar. La presencia de Dios formada de esta manera; es

(1) Eccles. 18. 23.

mas perfecta y mas segura; porque se acerca mas á lo intelectual y está toda fundada en la fé: por eso es propio de aquellas personas espirituales que son ya aventajadas en el ejercicio de meditar. Dije que se acerca mas á lo intelectual; porque en la realidad aquel concepto de Dios aunque sea muy general y abstracto de la materia, sin embargo no va separado de alguna fantasía: no pudiendo nuestro entendimiento mientras está unido á este miserable cuerpo obrar sus actos espirituales sin el consorcio de alguna imaginacion, (excepto emperó ciertas contemplaciones altísimas que no tienen aquí lugar, ni de ellas conviene aquí razonar) pero no obstante esto los fantasmas que intervienen en aquel concepto de la presencia de Dios son muy delicados, y menos desventajas á aquel divino objeto.

166 Acaese el actuar la presencia de Dios en el primer modo cuando poniéndose el alma en oracion se representa á Dios bajo la imágen de alguna cosa material y corpórea: se le representa, por ejemplo, bajo la idea de una luz purísima que se difunde por todo el universo, y lo ilustra y aviva con sus resplandores; ó se le figura en el cielo sentado en el trono espléndido y luminoso de su gloria, cortejado de escuadrones angélicos, ó en otra semejante figura. La presencia de Dios hecha de esta manera imaginariamente es muy eficaz para conciliar en el alma reverencia, respeto y humilde recogimiento. Porque viéndose un hombrecillo acostumbrado como vil rana á estar echado y abatido en la laguna de esta miserable tierra: viéndose, digo, puesto delante del solio de la divina Magestad en la presencia de los ángeles y en la compañía de los personajes del cielo, no puede menos que concebir un cierto temor reverencial y una profunda humildad que le tenga atento en el discurso de su meditacion.

167 Esta presencia de Dios concebida por via de imagines sensibles, aunque sea muy útil y provechosa, es menos perfecta que la otra que se hace con pura fé; ya porque tiene menos de intelectual; ya porque se aparta mas de lo verdadero en el modo de representar los objetos; y ya tambien

porque está mas sujeta á engaños. Con todo eso, S. Agustín es de parecer, que á las personas principiantes é imperfectas, las cuales de una parte no son capaces de concebir en Dios un sér espiritual é incorpóreo; y por otra parte se mueven mucho de la belleza sensible, no se les desconvenga el formar la divina presencia bajo de alguna imaginacion corporal; y que mas ántes le conciban en el cielo puesto en alta magestad en el trono de su gloria, que no en la tierra: *convenit etiam gradibus religionis, & plurimum expedit, ut omnium sensibus, & parvulorum & magnorum bene sentiatur de Deo; & ideo qui visibilibus adhuc pulchritudinibus dediti sunt, nec possunt aliquid incorporeum cogitare, quoniam necesse est, ut cœlum præferant terræ, tolerabilior est opinio eorum, si Deum, quem adhuc corporaliter cogitant, in cœlo potius credant esse, quam in terra.* (1) Y por eso, si ve el director que de la presencia de Dios formada con estas imaginaciones sensibles resulta en su discípulo (especialmente si fuere principiante) obsequio, reverencia y recogimiento interior, se la puede aconsejar, como cosa que ayuda y aprovecha.

168 Pero le debe advertir que corrija esas imaginaciones despues que haya recibido el deseado efecto, reflexionando consigo mismo que Dios es una magestad, una belleza, una grandeza infinitamente mayor que aquella que él ha podido figurarse con sus bajas ideas. Y esto debe hacerse por dos razones: lo primero, porque de esta manera crecerá en su mente el concepto y la estima de la divina grandeza; y el afecto de la interior reverencia y compuncion vendrá á ser mas perfecto. Lo segundo, porque obrando de esta manera, evitará el error de los Antropomorfitas en que cayeron muchos monges antiguos, y al presente caen las personas simples que Dios tiene alguna forma ó figura; cosa totalmente agena de aquel ser purísimo que tiene nuestro gran Dios: como bien nota Casiano, reprehendiendo á aquellos monges, los cuales: *incomprehensibilem, & ineffabilem veri Numinis majestatem sub circumscriptione*

(1) S. Aug. de serm. Dom. in monte. lib. 2. c. 5.

ne alicujus cœstant imaginis adorandum, nihil se tenere credentes, si propositam non habuerint imaginem quamdam, quam in supplicatione positi jugiter interpellent, eamque circumferant mente, & oculis teneant semper affixam. (1)

169 Aquí no quiero dejar de contar lo que refiere el mismo Casiano de Serapion, monge consumado en todas las virtudes y grandemente acreditado entre aquellos antiguos padres, por ser cosa que puede servir mucho para hacer cautos á los directores. Este gran siervo de Dios por sola simplicidad é ignorancia habia caído en el referido error, y creyendo que Dios tuviese alguna figura á manera de las cosas materiales, llevaba consigo en su ánimo altamente esculpida la imágen. Y porque esta errónea opinion se habia extendido mucho por los monasterios de Egipto, no bastaron para apartarla del ánimo de Serapion, ni las cartas del Obispo de Alejandria, ni las amonestaciones de Panucio monge y sacerdote. Mas al fin teniendo Dios piedad de él por los cincuenta años de vida austerisima y adornada de todas las virtudes que habia hecho entre aquellos desiertos, hizo que á las razones de Fosino monge se rindiese, reconociese su error, y lo retractase en presencia de los otros monges. Mientras que estos postrados en oracion, daban gracias á Dios de que un hombre de tanta perfeccion se hubiese al fin reconocido, y con sinceridad de ánimo hubiese depuesto aquella su falsa opinion, se puso tambien á orar con ellos Serapion: mas no hallando á Dios en la oracion desnuda de aquella imágen corporal en que solia figurarselo, se entregó á un amarguísimo llanto y afanosos suspiros; y levantando el grito en presencia de todos, comenzó á decir: *heu me miserum: tulerunt à me Deum, & quem nunc teneam, non habeo: vel quem adorem, aut interpellem, jam nescio-* (2) ¡Ay infeliz de mi! Me han quitado á mi Dios: me hallo sin apoyo, no sé á quien recurrir ahora en mi oracion: no sé á quien he de enderezar mis adoraciones y mis súplicas. Do esto se ve claramente que este siervo de Dios se habia asido con firme creencia á aquellas sus imaginaciones, con

(1) Casian. col. 10. e. 4.

(2) Casian. col. ead. c. 2.

que se figuraba á Dios muy diverso de lo que es; y tambien á los afectos sensibles que le resultaban de aquella fantástica imaginacion. De aqui aprenda el director la justa enseñaanza; esto es, que la presencia de Dios es mejor formarla con actos de pura fé: y si se vale de alguna imaginacion para fijar y dar algun apoyo á la mente y para despertar en el corazon algun afecto reverencial hácia Dios, se debe esta corregir al fin de la manera dicha; y el alma puesta en fé debe finalmente postrarse delante de Dios con acto de profunda adoracion; y obrará sabiamente si añadiere algun acto de contricion con que se limpie de toda mancha; y se haga mas agradable á los ojos de su Señor.

170 Hecho el acto de la presencia de Dios, y habiéndole adorado profundamente, pase la persona devota á una ferviente y humilde súplica; y pida á Dios luz para penetrar vivamente las verdades que querrá meditar, y afectos proporcionados á la voluntad: *loquere Domine; quia audit servus tuus.* (1) O lo del Salmo: *anima mea sicut terra sine aqua tibi; velociter exaudi me Domine.* (2) O lo de la Iglesia: *Veni sancte Spiritus, & emitte coelitus lucis tuæ radium.* Este acto siempre ha de preceder como necesario al buen éxito de la oracion. La razon es manifiesta; porque si bien la meditacion requiere la industria de nuestras reflexiones y de nuestros discursos, pero el buen efecto de ella depende de la gracia de Dios que nos ilustre el entendimiento, y nos inflame el corazon: y en efecto se ve por experiencia, que tal vez hace mejor meditacion una mugercilla de rudo entendimiento, que un teólogo de entendimiento muy elevado; no por otra razon, sino porque tal vez la divina gracia obra mas en aquella que en este. Ni para alcanzar esta gracia hay otro modo que pedirla á Dios con grande fé y humildad. De estos ruegos humildes y confiados se deja vencer Dios para comunicar con abundancia sus ausilios.

171 Finalmente dé cumplimiento á su aparejo con formar en su mente la composicion de lugar. Si el misterio que quiere meditar tuviere objetos corpóreos, como sucede en la

(1) L. Reg. 3. 9. (2) Psalm. 142. 6. 7.

vida y pasión del Redentor, y como sucede en las máximas de la muerte, del juicio de Dios, del infierno, de la eternidad y en otras semejantes; debe figurarse en la fantasía los tales objetos, como si estuviesen presentes, é imaginarse que se halla con ellos, y ve sus acciones de la manera que acaecieren ó han de suceder. En estas imaginaciones de los misterios pone S. Buena-ventura buena parte del fruto de las tales meditaciones: *tu si ex his, quæ per Dominum Jesum dicta & facta narrantur, fructum sumere cupis; ita te præsentem exhibeas, ac si tuis auribus, & oculis ea videres, toto mentis affectu, diligenter, delectabiliter & morosé, omnibus aliis curis & sollicitudinibus tunc omissis.* (1) Si tú, dice el Santo Doctor, deseas sacar copioso fruto de las obras y palabras de Jesucristo dejados á parte todos los cuidados de tu ánimo, imagínatelo presente, como si con tus oídos le oyese razonar, y con tus ojos le vieses obrar ó padecer por tu amor; y con gran afecto interior y con mucha pausa entre- tamente dulcemente con él. De semejantes representaciones de los objetos hace el Santo tanto caso, que vuelve en otro lugar á decir, que de ellas casi depende todo el provecho de las tales consideraciones: *rem per Dominum Jesum Christum gestam, vel dictam ante oculos mentis ponas & cum eo converseris, & familiaris fias: nam in hoc videtur haberi major dulcedo, & devotio efficacior, & quasi totus fructus meditationis consistere.* (2) Se advierte empero, que en estas imaginaciones se deben detener mas los principiantes que los proficientes y los perfectos; porque aquellos tienen menos de inteligencia y conocimiento, y por eso tienen mas necesidad de la obra de la fantasía, para fijar la mente, para despertar los afectos acerca de los objetos santos. Pero los que aprovechan y los perfectos obrando mejor y mas espeditamente con la inteligencia, despues de haber formado brevemente las dichas imaginaciones, pueden pasar á conocimientos mas elevados, y á efectos mas espirituales y perfectos.

172 Mas si la materia de las meditaciones fueren cier-

(1) S. Bon. Prolog. vit. christ.

(2) Id. esp. 18. medit.

tas verdades, que nada tienen de corpóreo, como la bondad de Dios, su belleza, su grandeza, &c. ó la excelencia y amabilidad de las virtudes y cosas semejantes: no convendrá formar estas imaginaciones poco conformes con la verdad (exceptuó no obstante á los principiantes, que siendo aun materiales en las cosas del espíritu, tienen siempre necesidad de apoyar el pensamiento á alguna materialidad) sino proceder con el discurso, con la luz del entendimiento y de la fé. Y si en el progreso de la meditacion sintiere el alma perfecta que se le recoge mucho el espíritu, dice S. Gregorio, que deberá desnudarse quanto le fuere posible de todas las imaginaciones y fantasmas, para no impedir la pura inteligencia y el puro y perfecto amor: *perfectam, scilicet, animam ista compunctio afficere familiaris solet; quia omnes imaginaciones corporeas insolenter sibi obviantes discutit, & cordis oculum figere in ipso radio incircumscriptæ lucis intendit. Has quippe corporaliùm figurarum species ad se intus ex infirmitate corporis traxit. Sed perfecte compuncta ipse summo opere vigilat; ne cum veritatem querit, eum imaginatio circumscriptæ visionis illudat, cunctasque obviantes imagines respuit.*

CAPITULO III.

SE DECLARA EN QUE CONSISTE EL EJERCICIO

de meditar que debe seguirse inmediatamente despues de la preparacion de la meditacion.

173. Hechos ya los tres actos preparativos que he declarado, dará principio la persona espiritual á la meditacion que debe tener ya prevenida y ordenada en varios puntos; y sino la hubiere visto y prevenido, deberá á lo menos tenerla delante de los ojos en algun libro que la exponga, é ir la atentamente leyendo y rumiando. Esta meditacion no consiste en otra cosa que en un ejercicio de las dos potencias, entendimiento y vo-

(1) S. Greg. Moral. lib. 23. c. 13.

luntad, acerca del misterio ó verdad que se ha propuesto para meditar. Despues que la persona se hubiere representado en su imaginacion algun misterio, ó alguna máxima de nuestra santa fé, como dije arriba, procure penetrar aquella verdad católica, y á este fin haga sobre ella algun discurso ó alguna reflexion oportuna; deténgase con alguna ponderacion: sírvase tambien de comparaciones, de semejanzas y de ejemplos, hasta que la haya aprendido vivamente, y quede bien persuadida de ella; pues dice S. Agustin, que la meditacion no es otra cosa que una atenta inquisicion con que se busca alguna verdad oculta: *meditatio est occultæ veritatis studiosa investigatio*. Se advierte empero, que los discursos y reflexiones no han de ser secos, especulativos y enderezados solamente á la inteligencia de la verdad, sino que deben ser prácticos, ordenados á mover la voluntad y aficionarla á Dios y á las sólidas virtudes. De otra suerte no será meditacion, sino estudio; y el alma llegará, si á entender la verdad de nuestra fé; pero no á obrar conforme á ella: llegará, es verdad, á conocer á Dios; pero no á temerle y amarle. En suma, los discursos y las consideraciones que se hacen en la meditacion, deben ser tales que acerquen la voluntad al objeto santo, y la arrimen tanto á él, que quede enamorada, como dice S. Agustin en el lugar citado: *spiritus meditatione & contemplatione ad Deum ascendit; Deus vero revelatione atque divina inspiratione ad eum descendit*. Dice el Santo, que la meditacion ha de ser tal, que haga levantar el alma á Dios, y la acerque tanto á su Magestad, que despues baje Dios á ella para inflamarla con sus inspiraciones. Asi meditaba el Santo David; por lo cual pudo decir de sí, que en las meditaciones que hacia, se encendia su corazon en llamas de caridad: *in meditatione mea exardescit ignis*. (1)

174. Cuando el entendimiento hubiere penetrado vivamente, y comprendido bien la verdad que se ha propuesto para considerar, la voluntad á vista de ella se sentirá ablandar é inclinar; y entónces es tiempo de prorumpir en afectos santos, que

(1) Psalm. 38. 4.

son todo el fruto de las meditaciones. Estos afectos son varios segun la diversidad de las materias que se toman para meditar; y pueden ser de arrepentimiento, de dolor, de ódio, de aborrecimiento, de reconocimiento, de confusion y desprecio de si, de temor, de amor, de deseo, de alegría, de gozo, de compasion, de propósitos, de peticiones, de accion de gracias, y otros semejantes. Pero los afectos que de ordinario no deben omitirse, como los mas conducentes á la reformation y mejora de la propia vida son el reconocimiento de las culpas pasadas junto con el arrepentimiento y confusion; los propósitos de la enmienda en lo venidero, y las súplicas para alcanzar de Dios la ejecucion de los tales propósitos.

175 Aclaremos todo esto, con ponerlo en práctica. Figurémonos que alguno quiere meditar los azotes del Redentor, y se proponga el sacar por fruto la paciencia en los trabajos, y la mansedumbre en las injurias. Despues de haber formado la presencia de Dios, y pedídole su ayuda, se representará en su fantasia aquel átrio en que fué ejecutada la cruel carniceria: se figurará en la mente al Redentor desnudo á la presencia del pueblo, pero cubierto de virginal rubor; y á su contorno á los verdugos con la diestra armada de crueles látigos, con la frente ceñuda y feróz, y con el rostro respirando furor y enojo. Se imaginará que oye el estrépito de los golpes, y el zumbido de los azotes que resuenan en todo el patio. Hecha de esta manera la composicion de lugar, vaya discurriendo sobre varias razones y circunstancias, que muestran la acerbidad del dolor que Cristo sufrió en este acto de los azotes, y la admirable paciencia con que lo toleró por nuestro amor. Vaya reflexionando sobre la calidad de los azotes, todos desapiadados, sobre la ferocidad de los verdugos en descargarlos, sobre la delicadeza de los miembros de Jesus, y sobre la multitud de los golpes que aquellos bárbaros le descargaron sin piedad sobre sus sacratisimas y delicadas espaldas. De aquí infiera, cuan cruel hubo de ser el destrozo de aquel divino cuerpo, y cuan grande el tormento del Redentor. Viendo despues que el Salvador debajo del granizo de tan crue-

los golpes se está cruzando, á manera de un cardillo, de las tijeras de quien le trasquila, como dice el Profeta, sin decir una palabra de lamento, sin prurumpir una queja, sin salir de su boca un suspiro; se ponga á considerar quien es aquel que padece penas tan atroces, y tolera tan graves ultrages: haga reflexion sobre su infinita magestad, su infinita grandeza, su infinito poder, con que podia en un momento destruir y aniquilar aquellos desapiadados verdugos: y sin embargo, no solo no tomó de ellos venganza alguna, sino que amándolos eternamente, ofrecia al Eterno Padre aquellos mismos golpes que recibia de sus manos, por la salud de ellos. Pondere la dulzura de aquel divino corazon que ardia en amor para con aquellos bárbaros en el mismo acto en que ellos ardian en ódio para con su magestad, y que se consumia y deshacia con un tierno afecto hacia los pecadores, que mas bárbaros que los verdugos, le habian de renovar tantas veces tan fiera carniceria con los golpes de sus culpas. Despues de estos discursos y reflexiones, debe la voluntad desatarse toda en afectos de compasion de tan graves dolores, de amor de tanta bondad, de accion de gracias de tan grande beneficio; pero sobre todo debe detenerse en aquellos tres afectos que insinué arriba, como mas provechosos. Ha de reflexionar, como se ha portado en lo pasado, en los trabajos, en las adversidades, en las persecuciones, en las injurias y en los ultrages; y viendo tan diverso de su Señor, debe concebir un vivo dolor, y llenarse de intima confusion y vergüenza. Despues ha de proponer de no querer buscar jamas venganza alguna, de reprimir todo resentimiento, de ofrecer al Señor todos los agravios; sino á imitacion del Redentor, ha de querer amar á quien le aborrece, y beneficiar á quien le ofende. Finalmente, porque conoce su flaqueza y la inconstancia de su voluntad en mantener sus propósitos, debe pedir á Dios con fervorosas súplicas su ayuda y asistencia, para que en las ocasiones le sea fiel en ejecutar las tales determinaciones.

176 Mas acerca de los propósitos que entre todos los años son los mas importantes, conviene observar, que no basta

hacerlos en general y en abstracto, sino que debe la persona descender á casos particulares que otras veces le han acaecido, ó que pueden facilmente sucederle, y sobre esos debe fijar sus resoluciones. Porque el proponer universalmente asi: *yo no quiero vengarme jamas de ofensa alguna; no quiero encolerizarme jamas*, poco mas ayudarán en orden á la ejecucion, que si nada hubiese propuesto. Casiano hablando puntualmente de la tolerancia con que nos debemos prevenir, para recibir las injurias y todas las adversidades, dice: que en nuestras meditaciones debemos ponernos frecuentemente delante de los ojos uno á uno todos los ultrages y todos los agravios que nos pueden hacer nuestros prójimos: que nos hagamos á sujetos á ellos con toda humildad, y andemos pensando en los modos de recibirlos con toda la dulzura de nuestro espíritu: *propositis sibi multimodis injuriarum, dispendiorumque generibus, velut ab alio sibi met irrogatis, assuefaciat mentem suam omnibus, quæ inferre improbitas potest, perfecta humilitate succumbere: atque aspera sibi quæque, & intolerabilia frequenter opponens, quanta eis occurrere debeat lenitate, omni jugiter cordis contritione meditetur.* (1) Asi hacia cierto hermano nuestro llamado Xineno, que volviendo por la tarde al Colegio de Zaragoza de la granja, donde habia trabajado todo el dia, iba por el camino todo recogido en Dios, meditando distintamente todas las cosas ásperas que podian acaecerle á su llegada, y abrazándolas todas con prontitud de espíritu. ¿Qué harias tú, andaba diciendo consigo mismo, si apenas llegado al Colegio, para tomar algun descanso de las fatigas de todo el dia, te mandase el superior éste ó aquel trabajo? El superior (le sugeria al punto el amor propio) viendo tu grande cansancio, no te ordenará jamas cosa tan indiscreta. Mas si con todo eso, replicaba él, te lo mandase, ¿qué harias entónces? ¿Qué haria? Lo abrazaria, Señor, con toda prontitud por vuestro amor. Sí, Señor, haced que me lo imponga, para poder daros alguna prueba de mi fidelidad y de mi amor. (2) De aquí se seguia, que

(1) Casellau, col. 19. c. 14. (2) Puente vii. P. Alvar. c. 45.

sufriendo alguna de estas cosas áridas y repugnantes de la naturaleza pasaba por ellas con toda perfeccion, porque se contrataba con el ánimo ya prevenido para recibirlos.

177 Pero mas autorizado es lo que se cuenta de S. Francisco en su vida. Hallándose un dia el Santo Patriarca todo encendido en un santo ardor, se iba preparando para recibir qualquiera afrenta y ultrage con heroica paciencia y mansedumbre; quiero decir, que se disponia en su ánimo á aceptar los tales desprecios, no solo con tolerancia é igualdad de ánimo, sino tambien con júbilo y alegria: en lo cual puntualmente consiste la heroicidad de tales virtudes. Hablando por tanto con Fray Leon, su compañero, comenzó á decir con gran fervor de espíritu, escucha Fray Leon: si nosotros llegásemos al convento de Nuestra Señora de los ángeles cansados del largo viage, bañados de la lluvia, helados de frio, llenos de barro y muertos de hambre; y tocando á la puerta saliese el portero todo turbado y nos preguntase, ¿quién sois vosotros? Y respondiendo que somos dos frailes menores, él nos dijese: vosotros no sois de los nuestros, sino que me parece que sois dos bellacos y ladrones que andais vagueando por el mundo, y robando las limosnas á los pobres: y diciendo esto, cerrase la puerta, dejándonos helados, empapados de frio y cansados á la intemperie, sin darnos el menor socorro, si nosotros en tal caso llevásemos todo esto con gusto por amor de Dios; escribe Fray Leon: en esto consiste la perfecta alegria: quiso decir, que en esto consiste la heroica mansedumbre, la cual no es otra cosa que una perfecta alegria entre semejantes ultrages. Despues fingiendo otros casos de mayor desprecio siguió diciendo: y si nosotros obligados de la necesidad volviésemos á tocar á la puerta, y saliendo fuera el portero lleno de enojo comenzase á decir: par de picaros, insolentes, importunos é indiscretos, marchad presto de aquí; andad al hospital, que aquí no hay albergue para vosotros; y nosotros sufriésemos, abrigados estas injurias y baldones, perdonándole de buen razon; escribe Fray Leon: esta es la perfecta alegria. Y si ad-

lantándose la noche y hallándonos por todas partes angustiados y afligidos, tornásemos nuevamente á tocar y pedir alojamiento por amor de Dios y con lágrimas á los ojos; y él saliendo afuera enfurecido con un palo nos cargase de villanias y de golpes, y agarrándonos de los brazos nos arrastrase por el lodo; y nosotros sufriésemos tan graves afrentas con júbilo, escribe Fray Leon: esta es la perfecta alegría.

178 Nótese en este hecho que S. Francisco, preparándose á sí y á su compañero á una tolerancia heroica en aquel ardor de espíritu, no dijo en general: quiero que suframos con alegría cuanto de áspero y de contumelioso nos pueda suceder: sino que descendió á casos particulares, y se los figuró con las últimas individuales y mas menudas circunstancias con que podian suceder; porque los buenos deseos y los santos propósitos entonces consiguen sus efectos y salen provechosos, cuando se conciben de esta manera. Formemos, pues, tambien nosotros de este modo nuestros propósitos en las meditaciones: así venciendo muchas veces á la luz de las verdades eternas aquellas repugnancias que nacen de la vista del mal imaginado, nos dispondremos para vencerlas á la presencia del mal verdadero. A mas de esto tendremos en las ocasiones particulares que nos sucedieren prontos los medios, los modos y motivos para vencernos á nosotros mismos, si en la oracion mental los hubiéremos ya premeditado y establecido en nuestro ánimo. Y á manera de quien juega á la esgrima, en estando bien adiestrados en los combates fingidos de nuestra imaginacion, vendrános á estar aptos para vencernos á nosotros mismos en los combates verdaderos. Pero advierta el director, que en hallando alguna alma debil que no tenga espíritu para ofrecerse imaginariamente á los males repugnantes, no la haga exponer á las pruebas de semejantes imaginaciones; sino que bastará que proponga hacer en las ocasiones lo que pudiere con la ayuda de Dios.

179 Finalmente se ha de concluir la meditacion con un coloquio, el cual consiste en algunos afectos mas fervientes, proporcionados á la materia de la presente meditacion; pero

especialmente en los ruegos, en las súplicas, y en las obsecraciones las mas humildes, las mas reverentes, las mas confiadas y las mas encendidas que puedan hacerse, según las fuerzas del propio espíritu; á fin de alcanzar ayudas particulares, mayormente acerca de la ejecución de lo que se ha determinado hacer. Porque como Jacob, después de haber luchado con Dios en aquella célebre noche, protestó, que no le dejaría, sino le daba antes su bendición: *non dimittam te, nisi benedixeris mihi;* (1) así nosotros después de haber tratado con Dios todo el tiempo de la meditación, no le hemos de dejar sin haber alcanzado de su Magestad con muchos ruegos una copiosa bendición de gracias, de ayudas y una especial asistencia para la mejora de nuestra vida.

CAPITULO IV.

*SE ALLANAN ALGUNAS DIFICULTADES QUE
impiden à muchos el emprender, y à otros el continuar el
santo ejercicio de la meditacion.*

180 **M**uchos hay entre los seculares, que viven totalmente ajenos del santo ejercicio de la meditación, porque lo tienen por ejercicio propio solamente de religiosos, de letrados y de personas dotadas de grande entendimiento. Falsa persuasión, del todo contraria á la experiencia y á la razón. La meditación consiste en el ejercicio de las tres potencias racionales, memoria, entendimiento y voluntad; y por eso quien tiene el uso libre de las tales potencias, puede tambien loablemente aplicarse al uso de meditar. ¿Hay por ventura persona tan idiota que no sepa ejercitar las dichas potencias acerca de los negocios temporales que se ofrecen cada dia? ¿Quién hay que para promover los intereses propios no sepa alegar sus razones? ¿persuadir las con el discurso? ¿aclararlas con semejanzas? ¿y hacerlas creibles con debidas ponderaciones? ¿Por qué, pues, no podrá hacer lo mismo acerca de los objetos espirituales? Es verdad que estos

(1) Gen. 32. 46.

están remotos de los sentidos; pero tambien es verdad que Dios con sus luces sobrenaturales los acerca al entendimiento, los hace visibles, y de esta manera hace hábil á esta potencia para hacer sobre ellos discursos muy útiles y provechosos. Despierta tambien con sus interiores mociones la voluntad á los afectos, para que pueda facil y santamente ocuparse en tales objetos. Decidme, ¿qué doctrina tenia una Catalina de Sena, una Teresa de Jesus, una Rosa de Lima, una Magdalena de Pazzis y mil otras virgenes que no habian tenido otro estudio en todo el decurso de su vida que manejar la aguja, la rueca y el huso? ¿Qué doctrina poseía un S. Francisco de Paula, un S. Francisco de Asís, un S. Diego, lego franciscano, y tantos otros, que apenas habian puesto jamás los pies en las escuelas para aprender las letras humanas? Y con todo eso sobrepujaron en la práctica de la oracion mental á los ingenios mas elevados y á los letrados mas ilustres; antes traspasando los términos de la simple meditacion, subieron á los mas altos grados de la divina contemplacion. La razon es, porque el buen éxito de las meditaciones depende de la gracia divina, para la cual es mucho mejor disposicion una buena voluntad que un elevado entendimiento y un saber sublime, como dice Santa Teresa en estas palabras: *para la cual no son menester fuerzas corporales, sino solo amor.* (1) Ninguno, pues, por falta de doctrina ó de talentos naturales se retraiga del ejercicio de meditar cada dia alguna verdad de nuestra santa fé (si no fuese alguna persona muy ruda; ya que á estas, como he dicho otra vez, suple Dios con su gracia en las oraciones vocales): vaya delante de Dios con profunda humildad, y con una viva confianza en él, y Dios con sus socorros sobrenaturales obrará en él, lo que por su ignorancia no supiere por sí hacer.

184 Otros hay que emprenden la práctica de meditar diariamente los novisimos, ó la pasion del Redentor, ú otra verdad sobrenatural. ¿Pero qué? Experimentando despues en este modo de orar muchas y frecuentes distracciones, y una grande

(1) S. Ther. Fundac. c. 14.

inconstancia de mente, desmayan y pierden el ánimo; y creyendo desproporcionado este santo ejercicio á sus talentos, lo dejan y abandonan. Para que estos queden desengañados es necesario, que entiendan en donde está la falacia de su engaño, distinguiendo dos suertes de distracciones que pueden suceder en tiempo de sus meditaciones: unas son voluntarias y culpables, y otras involuntarias é inocentes. Si las distracciones que experimentan nacen, ó de la inconstancia de la fantasía, ó de la envidia del demonio, que despierta en su mente imaginaciones importunas para perturbar la quietud, é impedir el fruto de sus oraciones, y no son queridas ni aceptadas de ellos, no tienen razon alguna de desanimarse; porque dice Santo Tomas, que semejantes distracciones no impiden que la meditacion sea hecha con espíritu, y que sea santa y meritoria: *dicendum quod in spiritu & veritate orat, qui ex instinctu spiritus ad orandum accedit, etiamsi ex aliqua infirmitate mens postea evagetur.* (1) S. Agustin nos asegura que estas involuntarias distracciones no quitan á la oracion el fruto que se pretende sacar: *psalmis & hymnis, cum oras Deum, hoc versetur in corde, quod profertur in ore; evagatio verò mentis, quæ sit præter propositum orationis fructum non tollit.* (2) Y Casiano para consuelo de estas almas afligidas, llega á decir que no hay espíritu tan fervoroso y elevado, que á veces no sea asaltado en sus oraciones de estas vanas imaginaciones, y trasportado con el pensamiento de las cosas celestiales á las terrenas: *quis tantum spiritus potuit unquam retinere fervorem, ut non interdum lubricis cogitationibus ab ipsa quoque orationis intentione translatus, repente à cœlestibus ad terrena corruerit.* (3) Y S. Agustin añade de mas, que ni aun el Santo David, aunque tuviese tan alto comercio con Dios en la oracion, estaba evento de las distracciones; pues el mismo confiesa que se veía obligado de ir tras de su corazon, que en tiempo de la oracion huía de él, para conducirlo á Dios: *diceret unusquisque sibi con-*

(1) S. Tom. 2. 2. q. 84. art. 13. ad 1. (2) S. August. lib. sent. PP. §. 9.
(3) S. Casian. col 23. c. 7.

tingere, & alteri non contingere (hoc est, pati mentis distractiones orando) *nisi inveniremus in scripturis Dei David orantem quodam loco & dicentem: quoniam inveni, Domine, cor meum ut orarem ad te. Invenire se dixit cor suum, quasi soleret ab eo fugere, & ille sequi quasi fugitivum, & non posse comprehendere; & clamare ad Dominum: quoniam cor meum dereliquit me* (1) Si las distracciones, pues, que la persona padece en sus meditaciones aunque sean frecuentes, no son voluntarias, ¿qué motivo tiene de acobardarse y caer de ánimo, y de abandonar un ejercicio tan santo, tan útil y devoto, cuando estos involuntarios pensamientos no desagradan á Dios, no privan del mérito á la oracion, no le quitan el fruto, y son tambien comunes á las personas mas santas y mas elevadas en Dios?

182 Mas si las distracciones fueren voluntarias y pecaminosas, (como sucede á quien en tiempo de la meditacion las busca por huir del tédio; ó viniéndole improvisamente, las abraza, se detiene y advertidamente se apacienta de aquellas inútiles y vanas representaciones); ni aun en este caso deberia dejar las acostumbradas meditaciones; sino antes corregirse y enmendarse de semejante falta, y proseguir constantemente en la meditacion. Y así como si alguno comiendo comete frecuentemente pecado de destemplanza, no por eso debe dejar de comer con perjuicio de la salud ó de la vida, sino enmendándose de aquel defecto, debe tomar como los otros á los tiempos debidos el necesario alimento: así el que acostumbra á faltar en las meditaciones, consintiendo con advertencia á los pensamientos distractivos de la mente, no debe dejar las meditaciones con daño de su espíritu; sino desechando las distracciones, debe aplicarse en adelante con mayor atencion á la consideracion de las máximas eternas.

183 La una y otra especie de distraccion fué mostrada en vision al abad Macario, para nuestra instruccion y reglamento, como se refiere en las vidas de los Padres. (2) Se presentó una noche el demonio á la celda del siervo de Dios en forma de mon-

(1) S. August. in Psalm. 85.

(2) Lib. sent. PP. & 39.

ge, y tocando á la puerta, levántate, dijo, Macario, y anda á la Iglesia en donde ya se juntan los monges á hacer oracion. El santo hombre conoció con luz de Dios, que aquel no era lo que mostraba ser; sino que debajo de aquella mentirosa apariencia de monge estaba escondido un verdadero demonio; y por eso levantando la voz: ¡ah falsario, le dijo, ah mentiroso! ¿y que tienes tú que hacer con la oracion? ¿Qué tienes tú que hacer con la junta de los siervos de Dios? Entonces respondió el demonio: ¿y no sabes que los monges no hacen oracion sin mí? Si no lo sabes, ahora lo verás con tus mismos ojos. Fué, pues el Santo Abad á la Iglesia, porque en la realidad ya era la hora en que se juntaban los monges para pasar el resto de la noche en cantar salmos, y en devotas contemplaciones. Llegado allá, se puso en oracion, y comenzó á rogar á Dios que le hiciese conocer si era verdadero aquello de que se habia gloriado el demonio acerca de la oracion de los monges: cuando de improviso vió toda la Iglesia llena de negrillos, que á manera de ratones andaban velozmente de esta parte y de la otra. En comenzándose despues á cantar salmos en el coro, vió que algunos de aquellos negros ponian un dedo en la boca de algunos monges, y estos luego abrian la boca y hostezaban; que á otros les ponian dos dedos sobre los ojos, y ellos los cerraban al punto, bajaban la cabeza y se adormecian; y á otros hacian otros diversos insultos con que les perturbaban el sagrado canto. Acabado el rezo de los salmos, se pusieron todos en oracion mental. Y entónces vió S. Macario que aquellos feos etiopes se transformaban, quien en forma de muger en ademán de ser galanteada; quien en figura de albañil en acto de fabricar una casa; quien en forma de pasagero pronto para hacer un viage; y quien en otras estrañas formas y apariencias: vió mas, que habiéndose transfigurado de varias maneras, se ponian á la presencia de los que meditaban, para ser vistos de ellos debajo de aquellas vanas semejanzas. Pero observó el Santo que apenas comenzaban los demonios á formar aquellas importunas representaciones á los ojos de algunos monges cuando al punto se po-

nian en huida; ni se atrevian mas á acercarse á ellos, antes ni aun á pasar por delante. Al contrario delante de otros se detenian largamente á representar aquellos vanos fantasmas; les saltaban encima, bailaban á su contorno, y tomaban á costa de ellos un vil entretenimiento y recreo. Acabada la oracion llamó á sí Macario á todos los monges, y les preguntó uno á uno, que cosa les hubiese pasado por el pensamiento en tiempo de la oracion mental; y halló que todo lo que él habia visto que formaban los demonios por defuera, les habia sido representado de los demonios allá dentro; y que los demonios habian huido precipitadamente de todos aquellos que habian desechado prontamente sus vanas representaciones; y que se habian entretenido para burlarlos y mofarlos con todos aquellos, que habian detenido voluntariamente su mente sobre las imaginaciones impropias y pensamientos distractivos.

184 De aqui se ha de inferir, cuanta verdad sea lo que dice Casiano, que es imposible que nuestra mente no padezca en la oracion algunas distracciones no pudiendo impedir nosotros que no entre el demonio en nuestra imaginativa para despertar la especie de este ó aquel objeto; pero está sí en nuestra mano el rechazar semejantes imaginaciones despues de levantadas: de manera, que no nos sirvan de daño, ni disminuyan un punto el mérito y fruto de nuestra meditacion: *mentem quidem non interpellari cogitationibus, impossibile est; suscipere vero eas, sive respuere, omni studenti possibile est. Quemadmodum igitur ortus earum non omnimodé pendet á nobis, ita reprobatio & electio consistit in nobis.* (1) Por eso ninguno debe desanimarse, ni dejar el uso de meditar por mas que sean importunos y continuos los pensamientos distractivos que le apartan de Dios; sabiendo que no pueden estos, queriendo estar él sobre sí, quitarle el provecho que quiere sacar de tan devoto ejercicio.

185 Pero lo que puede ayudar mucho á la persona espiritual, para impedir estas molestas vagueaciones, es la presencia de Dios hecha con la mayor firmeza y viveza de fé que le

(1) Cassian. col. 1. c. 17.

sea posible; porque si estando ella á la presencia de su príncipe no osaria, como dice S. Basilio, revolver los ojos á este ó á aquel objeto, sino que se contendria delante de él con la debida atencion y compostura: ¿cuánto menos se atreverá á vagar con la mente en pensamientos terrenos, quien cree con viva fé que se halla en la presencia de aquel gran Dios, que penetra con su vista la mente y el corazon? *Si enim principem aliquis, aut præsidem intuens, & cum eo loquens, oculos ab ea dimovere non solet: qui non tandem credibilius est intentam mentem habiturum illum, qui Deo preces adhibeat, in eum, qui scrutatur corda & cogitationes?* (1)

186 Mas si no obstante estas diligencias, viniere el demonio á ponerle en la mente imaginaciones de cosas mundanas, vuelva al punto la persona á la presencia de Dios, y confúndase delante de su Magestad de aquella su irreverencia, bien que involuntaria, y de este modo vuelva á conducir á Dios (como hacia el Santo David) su corazon inconstante y fugitivo. Y así como Abrahán, como dice S. Gregorio, apartaba prontamente aquellas aves de rapiña que se arrojaban sobre la víctima, cuando él estaba en el acto de sacrificarla al Altísimo: así en comenzando en tiempo de la oracion mental á revolear por la mente estos pensamientos importunos con que tienta el demonio de robarnos parte de aquel sacrificio, que estamos haciendo entónces á Dios de nuestro corazon; arrojémoslos prontamente de nosotros, con volvernos á la presencia de aquel Dios á quien estamos ofreciendo entónces en holocausto nuestros afectos: *nam sæpe in ipso orationis sacrificio importunæ se cogitationes ingerunt, quæ hoc rapere, vel maculare valeant, quod in nobis Deo flentes immolamus. Unde Abraham, cum ad occasum solis sacrificium offerret, insistentes aves pertulit, quas studiose, ne oblatum sacrificium raperent, abegit. Sic nos cum in ara cordis holocaustum Deo offerimus, ab immundis hoc volucris custodiamus, ne maligni spiritus & perversæ cogitationes rapiant, quod mens nostra offerre se Domino utiliter sperat.*

(1) S. Basil. Regul. brevio.

(1) Y si cien veces le sucedieren en la misma meditacion estos desvios, torne cien veces, sin desanimarse un punto, á meterse con humildad en la presencia de Dios y á tomar el hilo de sus devotas consideraciones. De esta suerte su oracion mental, á pesar de todas las distracciones, será muy agradable á Dios y muy fructuosa á su espíritu.

CAPITULO V.

SE ALLANAN OTRAS DOS DIFICULTADES QUE apartan á muchos del ejercicio ya emprendido de meditar.

187 **S**e encuentran personas espirituales tan débiles, que mientras sienten en sus meditaciones un cierto afecto dulce y agradable las frecuentan y alargan, y no querrian apartar jamas la mente de aquellas consideraciones, que les engendran en sus corazones una devocion tan deleitable. Mas si despues seca Dios la fuente de estas consolaciones sensibles y las deja en sequedad de corazon, en tinieblas, en oscuridad y en desolacion de espíritu, pierden toda la estima y afecto á la oracion mental, pareciéndoles que aquellas oraciones secas hechas sin pasto de devocion sensible, nada valen en los ojos de Dios, y nada sirven para su provecho; antes pasan adelante á creer que aquel meditar árido y seco sea un perder tiempo, y que podrian ocuparse mejor en otra cosa, y con mayor aprovechamiento: y engañadas de estas falsas ideas, ó dejan este santo ejercicio, ó lo abrevian, ó se ocupan en él con mucho descuido. Estos deben acordarse de lo que dije con Santo Tomás en el primer capítulo de este artículo; es á saber, que la sustancia de la verdadera devocion no está en el sentido, sino en la voluntad pronta á los actos de obsequio, de honor y servicio de Dios: el afecto sensible y suave que de estos actos prontos de la voluntad redundá á veces á la parte inferior, y se hace sentir con dulzura, es un mero accidente de la devocion, el cual,

(1) S. Greg, Moral. lib. 16. c. 19.

que lo haya ó no lo haya nada importa. La oracion que Jesu-
cristo hizo en el huerto de Getsemaní, fué una oracion en su-
mo grado árida y seca; antes llena de tédios, de melancolias y
de mortales desmayos: y con todo eso fué una oracion la mas
devota y la mas meritoria, que jamas se haya hecho en el
mundo; porque si bien orando el Redentor en presencia de su
Eterno Padre, no experimentaba algun afecto sensible que le
confortase; con todo eso se conformaba con gran prontitud de
voluntad con el beneplácito de su divino Padre, y se ofrecia
pronto á padecer y morir por la salud del género humano. Así, si
hallándose un alma en sus meditaciones mas seca que una pie-
dra, se conforma sin embargo con el querer divino, se humilla
en la presencia de Dios, persevera constantemente, y hace se-
camente aquellos propósitos, aquellas súplicas y aquellos otros
afectos que acostumbraba hacer sensiblemente en sus oraciones
dulces y regaladas; está ella llena de devocion sustancial, por
mas que le parezca estar totalmente vacía de ella. Antes estas
meditaciones secas suelen ser al alma (si hace su deber) de
mayor mérito que ciertas otras meditaciones llenas de afectos,
y colmadas de espirituales consuelos; porque sujetándose en su
oracion penosa á la voluntad de Dios, humillándose, ofreciéndose,
rogando, suplicando, ayudandose de varios modos, debe
necesariamente hacerse violencia á sí misma para vencer la re-
pugnancia de la naturaleza árida y desconsolada. Por lo cual los
actos de la voluntad, en los cuales está todo el jugo de la devo-
cion y del mérito, salen mas fuertes, mas intensos, y mas meri-
torios; y por eso si en las tales meditaciones secas se consume el
cuerpo, se engruesa el alma; y si la parte animal se debilita, se
hace mas vigoroso y mas robusto el espíritu.

188 En confirmacion de esto referiré las palabras que di-
jo Dios un dia á la virgen Santa Gertrudis, y las trae Ludovico
Blosio: *vellem electis meis persuasum esse, quod eorum
bona exercitia & opera omnino placent, quando ipsi serviunt ex-
pensis suis. Illi autem expensis suis mihi servitium præstant, qui
licet saporem devotionis minimè sentiant, fideliter tamen, ut*

póssunt, orationes & alia pia exercitia sua peragunt, confidentes de pietate mea, quod ego libenter & gráte suscipiam. (1) Querria, dijo Dios á la dicha Santa, que mis escogidos se persuadiesen esta verdad, que á mi me agradan mucho sus oraciones y buenas obras, cuando ellos me sirven á sus expensas propias. El servirme á sus expensas consiste en esto, que no sintiendo ellos afecto alguno de su rosa devocion, sin embargo hagan fielmente sus oraciones y piadosos ejercicios del mejor modo que pueden; y se fien de mí, que todo lo aceptare de buena gana por mi bondad. Aquí añadió el Señor las siguientes notables palabras: *plerique sunt, quibus si sapor & consolatio interna concederetur, non eis prod. sset ad salutem, & meritum ipsorum valde minueretur.* Sepas, Gertrudis, que la mayor parte de las personas pias son tales, que si yo les diese sabor y consolaciones de espíritu, no serviria esto para su salud; y en lugar de aumentar su merito, lo disminuiria mucho. Cuan cierto sea esto, lo muestra muy mucho cada dia la experiencia, cuando vemos que gran parte de las personas espirituales se sirven de las consolaciones que Dios les dá, ó para apacentar el amor propio, pegándose á ellas; ó para criar una cierta vana complacencia, pareciéndoles que estan muy adelantadas en las virtudes que ejercitan, no por hábito adquirido, sino por impulso de la gracia sensible; ó para dar fomento á la soberbia, prefiriéndose á otros que no los ven obrar con semejante fervor. Y por eso semejantes sensibilidades, aunque engendradas de la divina gracia en sus corazones, les salen tal vez dañosísimas por su culpa. No haya, pues, quien haga poco aprecio de las meditaciones áridas, secas y tenebrosas, ni quien las abandone como inútiles é infructuosas; pues estas tal vez suelen salir mas útiles, seguras y meritorias, que las meditaciones sabrosas y llenas de consuelos.

189 Hay otros tambien que de la sequedad que sienten en sus meditaciones, sacan la nécia consecuencia de ser abandonados de Dios; porque no sintiéndolo ya en el corazón, se persua-

(1) *lilas. monit. spirit. c. 2. §. 2.*

den que se ha retirado del todo de ellos, y les ha vuelto las espaldas; por lo cual tambien estos facilmente se inducen á dejar sus acostumbradas meditaciones. Ha llegado á sucederme el encontrar quien por este tan frivolo motivo se habia precipitado en el abismo de una total desesperacion. Estos tales estan tan lejos de la verdad, que antes la sequedad, las desolaciones, la oscuridad y tinieblas, son las mas veces señal de un especialísimo amor que Dios tiene al alma; queriéndola levantar por estos medios á un grado de mayor perfeccion, y tal vez al dón de una mas alta y mas favorecida oracion. Para que se entienda el modo con que sucede esto, se ha de saber que Dios suele tener con las almas esta conducta: en el principio de la vida espiritual les dá muchos consuelos sensibles y mucha suavidad, á fin de cebarlas con aquella dulzura para su santo servicio, y despegarlas de los deleites del mundo, y animarlas á la oracion y á la práctica de las cristianas virtudes, como hacia el Apóstol á los de Corinto: *tamquam parvulis in Christo lac vobis potum dedi, non escam, nondum enim poteratis: sed nec nunc quidem potestis; adhuc enim carnales estis.* (1) Como á niños de Jesucristo, les dice S. Pablo, os he criado con la leche dulce, y no con manjar duro; porque siendo tiernos en el espíritu, no erais capaces de un sólido alimento, y ni aun ahora lo sois. Mas cuando ve Dios despues que el alma está bien fundada en la resolucion de servirle, y que no volverá tan facilmente á apacentarse con las cebollas de Egipto, entonces retira de ella la dulzura de la gracia, y la priva de aquel sabor y fervor sensible que antes experimentaba en sus devotos ejercicios; y esto á fin de que habiéndose ya desasido de los placeres carnales, se despegue tambien de los deleites espirituales; y comience á obrar el bien, no por gusto, sino por verdadera y sólida virtud: á fin tambien de perfeccionar sus mismas meditaciones, traspasándola por medio de estas penosas desolaciones de las dulzuras espirituales del sentido á las nobles inteligencias del espíritu, como dice Isaiás: *quem docebit scientiam? Quem intelligere faciet*

(1) I. Cor. 3. 2.

auditum? ablactatos à lacte, avulsos ab uberibus. ¿A quién dará Dios la ciencia y la inteligencia de las cosas divinas, dice el Profeta, sino á aquellos que estan ya destetados de la leche de las sensibles consolaciones? Y de hecho con dificultad se encontrará alguna alma santa que no haya pasado por el trabajo de una larga sequedad, y por medio de ella no haya sido refinada de Dios en la virtud, y sublimada á mas alto grado de oracion.

190 Explicaré todo esto con una bella vision: (1) una Santa matrona asistia al santo sacrificio de la Misa, á que estaban presentes tambien tres devotas muchachas. Despues de la consagracion y elevacion de la Hostia vió sobre el altar á Jesucristo niño con el rostro todo resplandeciente y luminoso. Poco despues le vió bajar del altar, y que se iba presuroso á donde estaban aquellas tres doncellas. Llegado á ellas, extendió el brazo al cuello de la una, y con tiernos abrazos la apretó á su seno, le dió muchos ósculos, y le hizo muy amorosas caricias. A otra le levantó el velo de la cara, cuando bastaba para que ella pudiese verle y aficionarse con su vista. Acercándose despues á la tercera, la tomó con una mano, y con la otra comenzó á darla bofetadas en el rostro, y á golpearla con los pies. Hecho esto, se volvió el divino niño al altar, y habiendo subido sobre su mesa, desapareció la vision. Quedó atónita la matrona á esta vista, y juntamente deseosa de saber el significado de aquellos diversos tratamientos, que Jesucristo habia hecho á aquellas devotas doncellas. Oyó el Señor su buen deseo, y con locucion interna, clara y expresa, comenzó á decirle: que la primera doncella era una alma débil é inconstante, y que le hacia en la oracion muchas caricias, porque de otra suerte le habria vuelto presto las espaldas y tornado á los placeres del siglo. Que la segunda era menos débil, y por eso para manténerla en su servicio, bastaba que la diese alguna noticia clara de sí, y algun pasto de dulce afecto en sus acostumbradas oraciones. Pero que la tercera era su querida Esposa: porque no obstante cualquiera amargura de sequedad, aspereza y trabajo, con que la afli-

(1) Spec. exemp. dist. 9. ex 202.

gia, estaba siempre constante en su servicio, y persistia siempre fiel en su amor.

191. ¿Quién oyendo la narracion de la predicha vision, no habria creído que la primera virgen tan acariciada del divino niño, no fuese un alma muy escogida; que la segun la tratada de Jesucristo con modos tan amigables, no fuese un alma de mucha perfeccion, y que la tercera golpeada con tanta aspereza no fuese una alma reprobada, y ya rechazada del divino Infante? Y sin embargo no fue así: antes aquellas que recibian favores en la oracion, eran las menos perfectas; y la que padecia amarguras de espirito, era una Santa. Tan cierto es, que las sequedades que suceden en la meditacion son de ordinario señales del amor que Dios tiene al alma, y no de abandono como algunos ne iamente se persuaden: queriendo el Señor por estos melics amargos y desabridos conducirla á mas alto grado de perfeccion, y aun tal vez de contemplacion. Ninguno desconfie, pues, ninguno se desanime, ninguno desespere por semejantes desolaciones, ni por causa de ellas se induzca jamas á dejar las acostumbradas meditaciones; sino que procure cada uno en tiempo de semejante sequedad de espirito proceder con conformidad, con humildad, con paz y con constancia, sabiendo las grandes ventajas que de esto le pueden provenir.

192. La otra dificultad que retarda á algunos de proseguir en la práctica de la santa meditacion son las tentaciones. No hay cosa que mas desagrede al demonio, que una alma dada á la oracion mental; porque sabe el gran bien que de ella le resulta; y perseverando ella constante, desespera el maligno de cogerla en su red. Por eso ingiere mil jesimas sugerencias en la mente de quien medita, y usa de mil artes y estratagemas para apartarle de un tan útil y devoto ejercicio. A algunos en querer recogerse para Dios, les pone fantasmas impuros en la mente; á otros pone pensamientos contra la fé; en otros despierta espirito de blasfemias; en otros escrúpulos, en otros desconfianzas y en otros mil pensamientos turbulentos é inquietud de pasiones. Mas no debe, dice S. Basilio, acorbardarse la per-

sona espiritual por semejantes molestias, y mucho menos abandonar las meditaciones, como que ellas fuesen la causa; sino que ha de combatir generosa por amor de aquel Dios, en cuya presencia ya se halla, hasta que viendo el Señor su constancia, y complaciéndose, se mueva a piedad de ella, y con un rayo de su divina luz disipe aquellas tinieblas y turbaciones diabólicas, de que siente ocupada su mente y su corazón: *quod si flagitiosarum cogitationum vis vehementior instigat, nec sic quam deficientis est animus, neque suscepta certamina ex diutina parte confecta derelinquenda, sed eo usque obfirmate perdurancum, quoad Deus, perspetu nostra constantia, gratia Spiritus Sancti nobis affulge t. (1)*

193 Estando un dia Santa Efigia molestada de graves tentaciones en tiempo de su oracion, le apareció la Virgen Santisima, y la dijo las siguientes palabras referidas del sobrecitado Blosio: *dubotus explorator invidus quatit impedire bonis, dum orant. Tu vero fia, quantumcumque tentatione pulseris inter orandum, persiste in desiderio, vel boni voluntate & conatu sancto, sicut commode potes; quia desiderium & conatus tuus pius reputabitur pro effectu orationis. Etiam si pravas & sordidas cogitationes que cordi tuo incidunt, ejicere non poteris, tamen pro illo conatu coronam in caelo recipies: ita tibi proderit illa molestia, modo non consentias tentationi, sed tibi displiceat quod indecens est. (2)* El demonio, dijo la Virgen Santisima á esta Santa, envidioso del bien de otros, anda siempre dando vueltas para impedir la oracion de las almas buenas. Pero tú, ó hija, por mas que bramen furiosos al rededor de ti los demonios con sus tentaciones, persiste constante en la buena voluntad y deseo de orar, y procura con todo esfuerzo de hacer lo que puedes; porque el mismo santo deseo de orar, el mismo conato y las mismas industrias que pones para orar devotamente, serán el fruto de tu oracion. Y aunque no pudieses desechar aquellos pensamientos sucios é inmundos, que el demonio te pone en el corazón; con todo eso por aquel esfuerzo,

(1) S. Basil const. monast. c. 18. (2) Blos. monit. spir. c. 3 & 4.

Y el demonio tomando aquella ocasion, se le subió sobre las espaldas; y golpeándole con las espuelas en los flancos, y con el azote en la cabeza; ea, ánimo, le decía, ánimo, ¿por qué te duermes? Y porque el siervo de Dios debajo de aquel peso, y de aquellos grandes golpes desfallecía; el demonio sonriéndose y burlándose de él, le decía: ¿quieres que te de un poco de cebada para restaurarte?

195 He querido insinuar estos pocos sucesos entre millares que se podrian contar; para que vea el lector la constancia con que es menester combatir y perseverar en la oracion mental, cuando tal vez viniere el demonio á asaltarnos, ó con sugestiones internas, ó con terrores exteriores. Y con luire con S. Cipriano: *claudatur contra adversarium pectus, & soli Deo pateat: nec alia hostem Di tempore orationis adire patiuntur, obrept enim frequenter & penetrat; & subtiliter fallens, preces nostras à Deo avocat.* En tiempo de la oracion, dice el Santo Doctor, ciérrese el corazon al demonio, y ábrase solo á Dios; ni á aquel se dé alguna entrada ó abertura, porque el traidor entra furtivamente de mil maneras, y penetra muy adentro, y engañándonos aparta nuestros ruegos de Dios.

CAPITULO VI.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR SOBRE el primero, segundo y tercero capitulos del presente artículo.

196 **A**dvertencia primera: de lo dicho en todo este artículo habrá comprendido bien el director, que queriendo conducir una alma á la perfeccion cristiana, es necesario que la induzca á hacer cada dia por algun espacio de tiempo la meditacion sobre alguna verdad maciza de las de nuestra santa fé. Podrá con sus santas exortaciones arrancar del corazon de los penitentes algun defecto, y desarraigar alguna mala costumbre; pero no podrá con sus palabras introducirles un ejercicio frecuente, y casi continuo de mortificacion y de virtud tan necesario para conseguir

la perfeccion; porque ésta depende de un gran temor y amor de Dios, el cual, como dice el Angélico arriba citado, y la misma experiencia lo demuestra, difícilmente se puede radicar en el corazón sin el ejercicio de meditar. Yo no digo que haya de aconsejar el uso de las meditaciones á los labradores del campo y á los artifices, que desde la mañana hasta la noche estan ocupados en obras manuales y no tienen tiempo ni forma de emplearse en este loable ejercicio. Digo solamente, que debe insinuarse á personas que si quieren, pueden dedicar alguna partecilla del dia á estas santas consideraciones, y especialmente á personas inocentes ó de buenas costumbres, en quienes obra mucho la divina gracia por la buena disposicion que en ellas se encuentra, y hacen grandes progresos, y á ciertas personas á quienes Dios con ocasion de alguna mision, sermon, ó confesion general, ha dado una especial compacion, y una fuerte resolucion de mudar de vida; porque la gracia de Dios cultivada con el estudio de las meditaciones, perfeccionará la obra que en estos tales haya emprendido con gran vigor. Pero sobre todo á los religiosos y á los eclesiásticos, que habiéndose dedicado al divino servicio, están obligados mas que otros á atender á su perfeccion y consiguientemente á procurarla tambien con el uso de las meditaciones, que del Crisóstomo son llamadas: *basis & radix omnis virtutis*: basa y raiz de toda virtud: y en otro lugar, *omnis virtutis caput*, cabeza y origen de donde se derivan todas las virtudes. (4)

197 En tiempo que la córte de España se hallaba en Madrid, llegó allá el Padre Pedro Fabro, varon de santísima vida, y primogénito de los nueve Compañeros que el Patriarca San Ignacio juntó para fundar su Religion. Llegóse á él un caballero á pedirle algun consejo que le sirviese de regla para enlazar su vida y conducir su alma con seguridad á la salvacion. Hubiera querido el Padre proponerle luego la practica de las santas meditaciones, como el medio mas seguro para conducir á salvamento, y para perfeccionar cualquier alma que tenga

(4) Chrysost. lib. 1. de orat. Deum. & lib. 2.

lumbre de razon y de fé; mas viéndole todo entregado á las galas, y perfumado de olores, juzgó que esta palabra *meditacion* pareceria una voz bárbara en los oidos de un hombre criado entre los regalos y esplendores de la córte. Encontró por tanto un bello stratagemata para introducirle en la meditacion sin nombrársela. Haced así, le dijo: andad de euando en euando haciendo reflexion dentro de vos mismo sobre estas palabras: *Cristo es uno, y yo harto: Cristo desnudo, y yo bien vestido; Cristo entre penas y tormentos, y yo entre comodidades y delicias*. Dicho esto calló. El caballero le dió gracias por el buen consejo y se fué; pero murmurando consigo mismo de Fabro, que siendo tenido por tan grande maestro de espíritu le hubiese dado un recuerdo tan trivial, que él mismo, no siendo aun discípulo en la escuela del espíritu, habria sabido dar otro semejante y aun mejor. Con todo eso iba repasando tal cual vez aquellas palabras; pero sin algun sentimiento de devocion; motejando mas á Fabro de simple que reprendiendo la delicadeza y blandura de su vida. Un dia, pues, hallándose en un suntuoso convite entre vinos exquisitos y viandas delicadas, se puso seriamente á reflexionar sobre las dichas palabras, y á ponderar la desconveniencia de aquella verdaderisima contraposicion: y repitiendo varias veces el mismo pensamiento, se conmovió tanto, que comenzó á gemir y despues á llorar tan deshechamente, que se vió obligado á retirarse del convite para dar algun desahogo á la avenida de lágrimas que con impetu le brotaba del corazon. De aquí se partió en busca del padre Fabro, á contarle todo lo sucedido: y el varon de Dios, viéndole en mejor disposicion, le exhortó con términos claros á emprender el ejercicio de meditar cada dia alguna de las sólidas verdades de la fé: dióle reglas é instrucciones acomodadas para practicar fructuosamente este santo ejercicio, y por este camino le condujo á mejor forma de vida. (1) Discurra ahora el director así: si una consideracion hecha por aquel caballero sobre una verdad evangélica, sin ánimo de meditarla, tuvo tan-

(1) Bartoli grand. de Cristo c. 10.

ta fuerza para ablandarle el corazón: ¿qué fuerza no tendrá sobre nuestros corazones la práctica de meditar todos los días, ó los novísimos, ó la vida y pasión del Redentor, u otras verdades católicas? Finalmente, saque de esto el querer insinuar una tan santa costumbre á todos aquellos penitentes, en quienes reconociere una suficiente capacidad para hacer este tan provechoso ejercicio.

198 Advertencia segunda: esté muy atento el director, para que los penitentes que ya hubieren emprendido el cotidiano ejercicio de las santas meditaciones, no comiencen á dejarlas por motivos ligeros y mucho menos, como dije arriba, por las distracciones, tédios, sequedades y tentaciones que les ocurren en tiempo que se entretienen con Dios meditando; porque viniéndoles el demonio una ú otra vez, corren gran peligro de que les induzca á abandonarla para siempre. S. Edmundo solia hacer cada dia meditacion, y para materia de ella habia escogido la dolorosa pasión del Redentor. (1) Un dia ocupado en estudios y distraido en otras ocupaciones, la dejó. Al tiempo de echarse á la cama para descansar, he aqui, que vió aparecersele el demonio en figura horrible y espantosa. El levantó al punto la mano derecha para armarse contra el enemigo con la señal de la cruz; pero el demonio le agarró de la mano, para que no pudiese hacer aquella señal para él tan formidable. Entonces levantó el Santo la mano siniestra para santiguarse á lo menos con ella, mas el enemigo le cogió tambien de la mano siniestra, y se la puso inmóvil. Viéndose el siervo de Dios desarmado por defuera, se armó por dentro con la oracion contra el enemigo que le asaltaba. A ésta no pudiendo resistir el adversario, cayó desanimado y vencido entre la cama y la pared. Entonces, viéndose Edmundo vencedor, se hizo agresor de su enemigo, se le abalanzó y le cogió por la garganta: ea, le dijo, te mando por la sangre de Jesucristo que me digas, cual es el arma con que yo puedo hacerte mas daño y refrenarte. El demonio respondió, que era puntualmente aquella sangre divina

(1) Videop. Balvac. Spec. hist. lib. 31. c. 76.

que habia nombrado. Y en la realidad habia ya mostrado el perdido con los hechos cuanta verdad fuese esto; porque puntualmente aquel dia en que Edmundo no habia hecho la acostumbrada meditacion sobre la sangre y pasion del Redentor, el demonio habia tenido osadia, fuerza y vigor para darle tan fiero asalto. Verá el director, si no es cauto, suceder lo mismo no pocas veces a sus discipulos: quiero decir, que verá en aquél dia en que habrán dejado la acostumbrada meditacion, prevalecer el demonio, y hacer que caigan en alguna notable falta; y si esto sucediere muchas veces, los verá al fin del todo enagenados de la oracion mental con grave daño de ellos. Vele, pues, para que no les suceda un tan grande mal.

199 Advertencia tercera: la materia de las meditaciones que prescribira el director á sus discipulos, deberá ser acomodada al estado de cada uno. A los principiantes que estan en la via purgativa, les convienen aquellas meditaciones que son mas aptas para despertar un santo temor y una viva contrición de sus culpas: como por ejemplo, la meditacion de la muerte, del juicio, del infierno, de la eternidad, de la fealdad del pecado, y otras semejantes. A los proficientes que estan en la via iluminativa, son bien acomodadas las meditaciones de la vida y pasion del Redentor, que dan ánimo para adquirir las virtudes. A los perfectos que se hallan en la via unitiva, son proporcionadas las meditaciones de las perfecciones y atributos divinos, como los mas idóneos para engendrar un perfecto amor, que los una con Dios. Mas este repartimiento de meditaciones no impide que cada uno pueda, y aun deba algunas veces aplicarse á las meditaciones que pertenecen á otro estado, y especialmente á las consideraciones de la vida de Cristo, y de su santísima pasion, de la cual ningun uno en cualquier estado que se halle, debe jamás alejarse; porque, como dice bellamente S. Agustin, Jesu-cristo es el camino por el cual hemos de ir á Dios; ni nos conviene buscar otro camino diverso, sino queremos errar: *filius Dei, qui semper in Patre veritas & vita est, assumendo hominem factus est via. Ambula per hominem, & pervenis ad Deum. Per*

ipsum vadis, ad ipsum vadis. Noli quaerere, qua ad ipsum pervenias prater ipsam. Si enim via ipse esse nolisset, semper erraremus. Factus ergo est via, qua veniis. Non tibi dico, quaere viam: ipsa via ad te venit: surge, & ambula. Ambula moribus, non pedibus. (1)

200 Dice Blosio, que el Redentor muchas veces reveló á sus carisimas esposas Santa Gertrudis, Santa Brigida, Santa Matilde y Santa Catalina de Sena, cuan acepto es á su Magestad, y cuan provechoso al alma, el meditar atenta y devotamente las penas de su amarguísima pasion; y aunque las Santas estaban ya levantadas á sublimes contemplaciones, no dejaban por eso de tener fijos en la mente y en el corazon los acerbos dolores de su divino Esposo: *frequentis me Dominus Jesus revelavit charissimis suis sponsis Gertrudi, Búrgatæ, Mathildi, Charitarinæ, quam sibi acceptum, & homini fructuosum recolere passionem Christi, pui, humili & sincera attentione, vet devotione. Quod & ipse devotissimè fecerunt. Nam & eandem Domini Jesu passionem (quæ licet amarissima, acerbissimaque fuerit, tota tamen charitatis dulcedine plena est), adeo profunde visceribus animarum suarum infixerant, & tam ardenti, suavique affectu ruminare solebant, ut illa eis esset mel in ore, melos in aure, jubilus in corde.* Ninguno, pues, aunque elevado á la mas alta contemplacion de la divinidad, debe exinirse de meditar la pasion del Redentor; asi porque esta es nuestro seguro camino, del cual no es licito apartarnos; como tambien porque por ella han caminado siempre los mas grandes contemplativos de la santa Iglesia.

204 Advertencia cuarta: acerca de la medida y tasa de las meditaciones que debe prescribir el director á sus penitentes, tenga la mira á dos cosas: la primera á las ocupaciones del sugeto: la segunda á la calidad de su espiritu. Si queremos poner los ojos en el ejemplo, que de este particular nos dieron los Santos, hallaremos que fueron incansables en el ejercicio de la oracion mental. San Bernardo pasaba los dias y las

(1) S. AUG. de III. SÉ. DE VEID. DOMI.

noche enteras siempre en pie meditando y contemplando las cosas divinas: de manera, que hinchiéndosele las piernas con aquella postura tan larga, no podia mantenerse mas en pie. En el monasterio del abad Apolo habia un mouge viejo, el cual, como refiere el abad Juan, segun Sofronio, (1) era tan dado á la contemplacion de las cosas celestiales, que sobre la mesa en que estaba de rodillas haciendo oracion, habia hecho una concavidad profunda de cuatro dedos, y asegura que él mismo lo vió con sus ojos. San Gregorio refiere de su tia Tarsila, que lavando su cuerpo despues de su muerte, se le hallaron en las rodillas y en los codos callos duros á manera de la piel de camellos, con lo cual testificaban aquellos miembros muertos, lo que en su espiritu habia hecho siempre en vida: *cumque corpus ejus ad lavandum ex more mortuorum esset nudatum, longo orationis usu in cubitis ejus, ac genibus camelorum more inventa est obdurata cutis excrevisse: & quid vivens spiritus ejus semper egisset, caro mortua testabatur.* De S. Pablo primer hermitaño refiere S. Gerónimo, (2) que era tan dado á la oracion mental, que aun despues de muerto parecia que su cadáver estuviese sumergido en la contemplacion de las cosas celestiales; porque fué hallado de S. Antonio con el rostro y las manos vueltas hácia el cielo; y al principio creyó el Santo, no que estuviese muerto, sino privado de los sentidos por estar absorto en su contemplacion. Mas despues reconoció: *quod etiam cadaver sancti Deum, cui omnia vivunt, officioso gestu precabatur*: que no era el Santo, sino su cadáver el que estaba en positura de orar con aquella tan devota compostura. De estos y otros innumerables ejemplos de que estan llenas las historias eclesiásticas, se saca que la medida de los Santos en orar mentalmente era sin medida. Ni esto les era á ellos desconveniente; porque de una parte no faltaban á las obligaciones propias de su estado: y de otra casi jamas se les hacia fastidiosa la oracion, porque la vena de la devocion era casi perene en sus corazones.

(1) Sofron. part. spirit. c. 184. (2) S. Hier. in ejus vita.

202 Mas hablando del comun de los hombres, es menester que en el meditar tenga cada uno tasa y medida de tiempo, dentro del cual, de ordinario se contenga; para evitar asi las faltas como los excesos. Esta tasa debe ser proporcionada en primer lugar á los empleos del sugeto: esto es, deberá ser tanta la meditacion de cada dia, que no impida las ocupaciones del propio estado, y del propio empleo: y que no debilite demasiado la cabeza, ni disminuya sobradamente las fuerzas del cuerpo: en suma, que no dañe la salud. En segundo lugar debe medirse con las fuerzas del espíritu: esto es, debe durar mientras dura el fervor del espíritu; y se debe dejar, cuando no se puede continuar mas sin tedio. Así enseña Santo Tomás: (1) *uniuscujusque autem rei quantitas debet esse proportionata fini, sicut quantitas potionis sanitati; & conveniens est, ut oratio tantum duret, quantum est utile ad excitandum interioris desiderii fervorem. Cum vero hanc mensuram excedit, ita quod sine tedio durare non possit, non est ulterius protendenda.* Mas porque puede suceder facilmente, que algunos por tibieza de espíritu se juzguen indispuestos para conseguir la meditacion, cuando podrian alargarla fructuosamente; y que otros por exceso de fervor la prolonguen mas de aquello que permiten sus fuerzas corporales y sus propias ocupaciones; por eso será bueno añadir á la regla general otra particular, y es, que cada uno tenga establecida una hora, ó á lo menos media hora de meditacion, que haya de practicar cada dia á pesar de cualquiera sequedad que viniese á sorprenderle; pero que pueda continuarla, y tambien renovarla (sin perjuicio de la salud y de los empleos) siempre que el aire de la divina gracia le soplare favorablemente. Como hacia S. Bernardino de Sena arriba citado, y otros que tenian establecida cada dia una hora de meditacion que por ninguna cosa alteraban. Mas con personas desocupadas y de vida puramente contemplativa, puede el director alargar mas la mano, concediéndoles una medida mas copiosa de oraciones mentales, como ejercicio, que es mas conforme á su estado.

(1) D. Thom. 2. 2. q. 83 art. 14. in cor.

203 Advertencia quinta: los tiempos más oportunos para meditar las verdades eternas son tres: la media noche, la mañana y la tarde. Todos estos tres tiempos están señalados por el Profeta David. *Meum nocte*, dice, (1) *surgebam ad confitendum tibi*. A la media noche me levantaba, Señor, de la cama para alabarte. *In matutinis meditabor in te*. (2) A la mañana meditaré, Dios mío, tus grandezas. *Elevatio manuum mearum sacrificium vespertinum*. (3) A la tarde levantaré las manos a Dios en la oración, y en sacrificio mi corazón. Mas queriendo la persona hacer su meditación en uno solo de estos tiempos, será sin duda mejor el tiempo de la mañana; ya porque después del sueño está la mente más purificada de vapores, por lo cual está más libre y mejor dispuesta para sus operaciones intelectuales; ya porque el ánimo entonces está menos ocupado de varias especies distractivas de objetos terrenos, no habiendo aun la persona puesto la mano en los negocios temporales; ya también porque en comenzando el día con la consideración de las máximas eternas, se previene y provee el hombre espiritual para todo el día, y como dice el Crisóstomo, se arma contra las tentaciones; y a manera de un experimentado piloto, observa todos los escollos de los peligros en que puede topar la navicilla de su alma, y se asegura de todo naufragio: *armis nobis opus est. Magna ergo armatura oratio. Opus est ventis à puppi, opus omnia discere, ut diei spatium absque naufragiis, & vulneribus transigamus. Multi namque per singulos dies scopuli: & frequenter illidunt scapha, atque submergitur. Propterea vobis opus est oratione matutina præsertim, & nocturna*. (4) Da á Dios, dice San Juan Climaco, las primicias del día, porque de aquel será todo el día, que primero hubiere tomado posesión: *du Domino primitias diei tuæ; erit enim tota ejus, qui prior occupaverit*. (5) Y añade lo que solía decir una persona de grande espíritu: es á saber, que de la oración de la mañana conocía, cual sería el logro de todo el día: *ab ipso matulino tempore cursum totum*

(1) Psalm. 118. 62. (2) Psalm. 62. 7. (3) Psalm. 140. 2.
 (4) S. Chrys. hom. 41. ad prop. Antioch. (5) Clim. gard. 26.

meum diei scio. Si acaso quisiere la persona pagar á Dios dos veces cada día el devoto tributo de sus santas meditaciones, el otro tiempo oportuno será al fin de la tarde: (cuando no tuviese espíritu de interrumpir con mayor incomodidad su sueño, levantándose á media noche) como dice S. Cipriano: *recedente item sole, & die cessante, necessario rursum orandum est.* (1)

CAPITULO VII.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR ACERCA del capítulo cuarto y quinto, en lo que mira á las sequedades y consolaciones del meditar.

204 **A**dvertencia primera: en comenzando á sentir el penitente consolaciones espirituales en la meditacion, sepa el director dirigirle bien, para que los tales consuelos en vez de ser útiles, no le sirvan de daño á su espíritu. Dios nuestro Señor da á las almas, mayormente en los principios, consolaciones sensibles, con la mira de su aprovechamiento, queriendo animarlas con semejantes atractivos al ejercicio de las sólidas virtudes; pero muchos abusan de ellas y conviértén, como suele decirse, la medicina en ponzoña. Se pegan á las tales dulzuras; van á la meditacion llevados no ya del deseo de agradar á Dios, sino del gusto espiritual que experimentan. De donde se sigue, que en faltándoles los acostumbrados consuelos, dan en inquietudes, en tristezas, en desconfianzas y en desmayos perniciosos. Otros hay que ponen toda la sustancia del espíritu en estas sensibilidades: de suerte, que hallándose llenos de afectos tiernos, les parece estar muy aprovechados; pero si despues les faltan semejantes ternuras, ya les parece que están perdidos. Prevenga, pues, el director estos inconvenientes sumamente perjudiciales á los progresos de la perfeccion, y en comenzando su discípulo á probar dulzuras, suavidades y favores, intímele á sus oídos esta gran verdad, que la perfeccion no consiste en estas

(1) S. Cypr. de orat. Domín serm. 6.

dulzuras, sino en la mortificacion interior y exterior, y en el ejercicio de las verdaderas virtudes; y que no haciendo esto, será tanto mas reo delante de Dios. quanto mas favorecido hubiere sido de su divina Magestad. Digale, que estos confortativos sensibles son señales de flaqueza; y por eso suelen darse á los principiantes, que en la via del espiritu son aun niños. Hágales saber, que semejantes consolaciones no son ni perpétuas, ni continuas; y que presto se cambiarán en tinieblas y en sequedades, para que las prevea y se prepare con tiempo, y sobreviniendo despues, no dé en tristezas y desalientos, como advierte muy bien S. Bernardo: *sic autem quandiu adest gratia, delectare in ea, ut non te aestimes donum Dei jure hæreditario possidere; ita videlicet securus de eo, quasi numquam perdere possis, ne subito, cum forte retraxerit manum, & subtraxerit donum, tu animo concidas, & tristior quam oportet, fias. (1.)* Si Dios, dice el Santo, te diere la gracia de la consolacion, no la recibas de manera que pienses que siempre la has de poseer como con derecho hereditario y perpetuo, y como si jamas la hubieses de perder; para que retirando despues Dios su mano, y quitandote aquel dón no desmayes, ni caigas en demasiada tristeza y pusilanimidad. Mas antes en tiempo de los descon-suelos ruega á Dios, prosigue diciendo el Melifluo, que te asista en las sequedades que presto vendrán: y promete entonces de no dejar la oracion, y de querer ejercitarte con la misma prontitud en las obras de las santas virtudes: *curabis potius si sapis pro consilio sapientis, in die malorum non immemor esse bonorum; atque in die bonorum non immemor esse malorum. Ergo in die virtutis tuæ noli esse securus; sed clama ad Deum cum Propheta, & dic: cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me.*

205 Procure tambien el director que en tiempo de esta prosperidad esté el alma con mucha humildad y con grande reverencia delante de Dios. Digo esto, porque la prosperidad espiritual causa en algunos una indiscreta confianza que los hace

(1) S. Bern. serm. 81. in casot.

demasiado animosos, y casi atrevidos en tratar con Dios. Advierta tambien, que el penitente llevado del gusto y del fervor, no se de desmedidamente á la oracion, á las vigiliass, á los ayunos y penitencias; de donde quede lesiada la cabeza y el pecho: ó queden debilitadas demasiadamente las fuerzas corporales y perjudicada la salud, como suele suceder á muchos con grave daño de su espíritu, no pudiendo proseguir despues en la carrera comenzada. Y por eso le ha de ordenar con aprieto que se descubra en todo, y en todo se deje gobernar.

206 Advertencia segunda: si su penitente se hallare árido y desconsolado en sus meditaciones, busque el director el origen de estos desconsuelos. Casiano señala tres causas: (1) *tripartita nobis super hac, quam dicitis, sterilitate mentis, tridua ratio est. Aut enim de negligentia nostra, aut de impugnatione diaboli, aut de dispensatione Dei ac probatione descendit.* La primera causa de la sequedad, dice, que es nuestra negligencia; la segunda las tentaciones del demonio, la tercera una prueba que Dios quiere hacer del alma. En cuanto á la primera causa observe el director, si la oscuridad de la mente y la esterilidad de los afectos en que se halla el alma que dirige, tiene origen de faltas y defectos notables en que haya caido mas de lo acostumbrado, ó de alguna disipacion de espíritu extraordinaria, y sobre todo de vana complacencia y soberbia; pues, dice S. Bernardo, (2) que esta suele ser la causa, por la cual las mas de las veces aparta Dios la gracia sensible: *superbia inventa est in me, & Dominus declinavit in ira à servo suo. Hinc ista sterilitas animæ meæ, & devotionis inopia, quam patior... Non compungi ad lacrymas queo: tanta est duritia cordis. Non sapit psalmus: non legere libet: non orare delectat: meditationes solitas non invenio. Ubi illa inebriatio spiritus? Ubi mentis serenitas, & gaudium, & pax in Spiritu Sancto?* Dios, dice el Santo, ha hallado en mí alguna soberbia y vana complacencia: por eso se ha alejado de su siervo. De aquí tiene el origen esta falta de devocion, y esta esterilidad de afectos.

(1) Casian. col. 4. c. 3. (2) S. Bern. serm. 54. in cant.

por se entienda lo que nos quieren significar estos santos Doctores con semejantes dichos, hagase reflexion, que si poniéndose uno á la mesa no hace otra cosa que observar la calidad de los manjares, notar el guiso y condimento de las viandas, y decidir despues cuales son saludables, cuales nocivas, cuales desagradables al paladar, y cuales sabrosas; este tal no se alimenta de los manjares, ni recibe algun sustento de ellos. Para que los manjares lleguen á sustentar á los que estan sentados en la mesa, es necesario que estos los apliquen á la boca, los desmenucen y masquen con los dientes, los revuelvan por el paladar, percibiendo su sabor, los hagan pasar al estómago, y alli con la virtud digestiva los conviertan en propia sustancia. Asi puntualmente, dicen los santos Padres, para que las máximas santas que en la leccion espiritual como en una abundante mesa, se toman por pasto de nuestras almas, las alimenten, y den la vida del espiritu; no basta el ponerse á penetrar con la vista de la mente las tales verdades, y despues hacer juicio del estilo, del órden, del método, de la doctrina y claridad con que sus autores las exponen; sino que es menester aplicarlas á la voluntad, de manera que ella las guste, tome su sabor y practicamente las haga suyas, moviéndose á la ejecucion de las obras. Por lo cual dijo S. Bernardo: *si quis ad legendum accedat, non tam quærat scientiam, quam saporem.* (1) El que se pone á leer libros devotos, no busque tanto el saber, quanto el sabor de las verdades divinas. De aqui se entenderá la causa, porque muchos despues de haberse ocupado en esta sagrada mesa de la santa leccion media hora ó una hora entera, salen de ella secos en los afectos, enjutos de buenos deseos, y ayunos de todo bien espiritual, como dice S. Gregorio: *multi legunt & ab ipsa lectione jejuni sunt.* (2) Y tambien porque algunos letrados, teniendo siempre ante los ojos la sagrada Escritura, y entre las manos los libros de los santos padres; con todo eso no tienen en el corazon tanta devocion y afecto á las cosas santas, cuanta tiene una simple vejezuela. Buscan estos en la sagrada

(1) S. Bern. in Spec. Monach.

(2) S. Greg. hom. 10. in Esch.

leccion el saber y no el sabor; van detrás de las hojas y no de los frutos: y por eso aunque reciben de este sagrado manjar pasto para el entendimiento, pero no sacan sustento para el espíritu.

145 Advertencia segunda: para que la persona espiritual reciba de la leccion devota el referido sustento, proceda de esta manera: ántes de comenzar, levante la mente á Dios, y proteste que no se pone á leer por curiosidad de saber, sino por deseo de aprovechar. Mas porque este provecho depende de la luz sobrenatural y de una cierta pia mocion de los afectos, que no es parto de nuestra naturaleza, sino dón de la divina gracia; pida á Dios uno y otro. *Loquere Domine*, diga al Señor, *quiu audit servus tuus*. Este libro, Señor, es una escritura que contiene vuestra divina palabra; es una carta que me enviáis del cielo para significarme vuestra divina voluntad; habladme, pues, por medio de ella á mi mente con vuestra santa luz; habladme al corazon con vuestras santas inspiraciones, que yo os escucharé atentamente.

146 En la vida del glorioso patriarca Santo Domingo se refiere, que siendo aun novicio de la religion de canónigos regulares, de la lectura de las colaciones de los Padres sacó gran pureza de corazon, una profunda humildad, un sincero desprecio de sí mismo, una reverencia especial á todos los otros religiosos, una grande preparacion para la contemplacion, y para la perfeccion de todas las virtudes. ¿Mas cuál fué la causa porque sacó tanto provecho de la leccion de un solo libro? La causa la dá el escritor de su vida; y es, que el santo se puso á leer aquel libro con rectísima intencion de apacentarse con el afecto de la sagrada doctrina que en el libro se contenia, y de ejecutar en efecto con grande fortaleza de espíritu todos sus saludables documentos: *librum illum, qui collationes patrum inscribitur, studiosé legendum suscepit, deditque operam, ut recta intelligentia comprehenderet, affectu sentiret, effectu & re ipsa fortiter exequeretur. Didicit enim ex eo puritatem cordis, &c.* (1) El que desea pues sacar de los libros espirituales semejantes

(1) Theodoríc. de appold. l. 1. de vit. ejus c. 4.

efectos de santidad, póngase á leerlos con igual afecto, y con igual rectitud de intencion.

147 Advertencia tercera: advierta el director á sus discípulos, que la leccion espiritual no debe hacerse con prisa, ni con velocidad de ojos y de mente; sino atentamente, con pausa, con reflexion y muy despacio, para que produzca en el alma el deseado fruto. Las pastillas olorosas para que echen su fragancia suave, se deben desmenuzar lentamente con el dedo. No de otra suerte la leccion sagrada se debe rumiar muy despacio, para que haga sentir al alma la fragancia de las virtudes cristianas.

148 Por eso S. Efrén quiere que la persona vuelva tal vez á leer dos y tres veces los mismos periodos; para que el ánimo se embeba altamente en los sentimientos que en ellos se exponen; y se entiende especialmente de aquellas clausulas que contienen cosas de monta, y que hacen alguna impresion en el entendimiento del devoto lector: *dum legis, non studeas dumtaxat libri folia evolvere; sed non pigeat bis, terque, ac saepius eundem repetere sensum, ut vim orationis intelligas.* Nótese aquellas primeras palabras, *dum legis non studeas libri folia evolvere*, en que se expresa el defecto de algunos que tomando en las manos algun libro santo, no lo leen sino que lo tragan, y no ven la hora de llegar al fin. La leccion de estos es como una lluvia de verano, que viene con ímpetu, corre velozmente, y no da tiempo para que se empape la tierra: y por eso sale ó inútil, ó poco provechosa. La leccion espiritual debe ser como la lluvia menuda que cae lentamente, penetra la tierra profundamente y la hace fecunda. Poco sirve leer mucho sino se lee bien y con provecho.

149 Teodoro, médico de Constantinopla, envió á S. Gregorio Magno una gran porcion de dinero para que lo emplease en redimir los esclavos infelices que gemian entre las cadenas de una dura esclavitud. El santo Pontífice le respondió agradeciéndole tan abundante limosna, y alabando mucho su singular piedad con aquellos miserables. Despues le reprehendió;

porque leyendo las sagradas Escrituras las corría con ojos veloces y negligentes, sin algun fervor de afecto. Y entre otras cosas le dijo estas palabras: *imperator caeli, Dominus angelorum & hominum pro vita tua tibi epistolas suas transmisit, & tu illas ardentem legere negligis? Quid est enim Scriptura Sacra, nisi quaedam epistola omnipotentis Dei ad creaturam suam?* (1)

El monarca de los Cielos, le dijo, el Rey de los ángeles y de los hombres en atencion á tu salvacion, se digna de enviarte sus cartas; ¿y tu no cuidas de leerlas con aquel ardor de afecto que conviene? ¿Y qué otra cosa son las sagradas Escrituras, sino unas cartas del omnipotente Dios á sus viles criaturas? Veá, pues, el director cuanto conviene leer los libros santos con pausa y con devota atencion; así por la reverencia que se les debe, como por el fruto que de ellos se espera sacar,

150 Advertencia cuarta: dice S. Bernardo, (2) que de la leccion espiritual es menester escoger algun sentimiento devoto y traerlo consigo, para rumiarlo entre dia y para tener el espíritu recogido con Dios: como suelen hacer los que van á divertirse en algun hermoso jardin, que despues de haberse largamente recreado, y paseado entre aquel aire dulce, amena fresca y verdor recogen algunas flores y las llevan consigo para olerlas. S. Efren dá el mismo consejo, y lo declara con una bella semejanza. La abeja, dice el Santo, se pára en esta flor y en aquella, y de todas saca un jugo que lleva consigo á su pequeña celda, para formar el panal de miel. Así nosotros de tantos sentimientos como están esparcidos en los libros devotos, saquemos un jugo que nos sirva de medicina contra los males de nuestra alma: *si lectioni incumbas, instar sapientis apiculæ, mel ex floribus sibi colligentis fructum ex iis, quæ legis, pro animi medela desumito.* Insinúe, pues, el director á sus penitentes que acabada la leccion espiritual, den gracias á Dios por las luces y afectos devotos que les ha comunicado: y que despues recojan algun sentimiento que les ha hecho mas impresion para rumiarlo entre dia y tambien para considerarlo mas

(1) S. Greg. lib. 4. Epist. 31.

(2) S. Bern. ad frat. de mont. Dei.

atentamente, y penetrarlo mas vivamente en sus meditaciones.

151 Advertencia quinta: procure el director que sus discipulos lean libros provechosos y acomodados á su necesidad. Dije provechosos, porque hay libros que son de mucho bulto, pero de poca sustancia: otros hay que son mas aptos para apacentar el entendimiento que para mover la voluntad. Dije acomodados á su necesidad; porque unos son oportunos para los que comienzan, otros para los que van aprovechando, y otros para los que vuelan velozmente á la cumbre de la perfeccion. Unos libros son proporcionados á quien está dominado de una pasion, y otros á quien es vencido de otra. A algunos hacen impresion los libros históricos, y les son mas útiles; y á otros los doctrinales, y les hacen mas provecho. Y por eso será buen consejo, que el director señale á cada uno los libros que deberá leer. Mas sobre todo procure que la dicha leccion (conforme lo que arriba se ha dicho) la hagan con mucha atencion, con mucha devocion, y con gran deseo de su aprovechamiento; pues leyendo ellos de esta suerte, concurrirá el Espíritu Santo con sus luces y sacarán grande fruto, como nos asegura San Juan Crisóstomo: *igitur lectioni vacemus cum magna pietate & attentione, ut possimus à Spirítu Sancto ad scriptorum intelligentiam duci, & multum inde fructum percipere.* (1)

ARTICULO V.

EL CUARTO MEDIO PARA ADQUIRIR LA PERFECCION, ES LA
MEDITACION DE LAS MÁXIMAS DE NUESTRA SANTA FÉ.

CAPITULO PRIMERO.

SE MUESTRA QUE LA MEDITACION ES MEDIO muy importante para observar la ley de Dios en cuanto á la sustancia, y que es medio necesario para observarla con perfeccion.

152 **E**n la escala que San Bernardo formó para las per-

(1) S. Joann. Chrysost. hom. 35. in Gen. es.

sonas espirituales, que desean subir á lo alto de la perfeccion, el primer escalon (como ya vimos al principio del precedente articulo), es la sagrada leccion, y el segundo es la meditacion de las máximas de nuestra santa fé; porque de aquella se sube por sus escalones á esta. En la leccion de libros devotos se embebe el alma en algunas verdades divinas, que despues va rumiando á los pies del Crucifijo, las penetra profundamente, y por medio de las tales ponderaciones se enciende en afectos santos y en deseos de mayor perfeccion. Así de la leccion se pasa con una cierta connaturalidad á la meditacion, en que el conocimiento de las máximas sobrenaturales suele ser mas profundo y mas vivo, y el afecto de la voluntad mas ferviente y resuelto. Pasado, pues, el primer escalon nos detendremos en este segundo en todo el articulo presente, mostrando la importancia y tambien la necesidad que hay de subirlo, para que sea medio oportuno para conseguir aquella perfeccion á que aspiramos con nuestros deseos.

153 Pero ántes de pasar adelante nos conviene advertir, que la oracion mental se divide en meditacion y contemplacion. La meditacion consiste en algunos actos discursivos enderezados á la mocion de varios afectos santos. La contemplacion empero consiste en una vista simple del entendimiento admirativo y suavemente amoroso de alguna verdad divina. De la oracion mental en cuanto es contemplacion, aunque pertenezca al cuarto escalon de la dicha escala, sin embargo no hablaremos de ella en la presente obra; porque en cuanto ella es contemplacion de las cosas divinas es objeto de la mística Teologia. Solo hablaré de la oracion mental, en cuanto es meditacion, y en cuanto es meditacion práctica. Añado esta limitacion; porque se puede meditar una verdad sobrenatural de dos maneras, ó especulativamente, ó prácticamente. Se medita del primer modo cuando se discurre sobre algun punto de nuestra santa Fé, no por otro fin que de entresacar la verdad, como hacen los Teólogos especulativos, cuando consideran el ser y atributos de Dios, la encarnacion del Verbo, la naturaleza de la divina gra-

cia y otras cosas semejantes, en que no tienen otra mira que el saber. De esto no hablamos aquí, porque no nos pertenece. Se medita del segundo modo, cuando se discurre sobre alguna máxima de fé, á fin de mover la voluntad á afectos proporcionados. Y de esto tratamos aquí, porque este es un medio verdadero que conduce á la perfeccion moral y sobrenatural del cristiano; lo cual es el único blanco de nuestra obra. En este primer capítulo para animar al lector al devoto ejercicio de meditar, le mostraré que la meditacion práctica y afectiva es medio muy importante para observar la divina ley en cuanto á su sustancia, y es medio del todo necesario para observarla con perfeccion.

154 Es dicho muy comun, que la ley de Dios es quebrantada de una gran parte de los cristianos sin reparo ni detencion alguna y se vive licenciosamente porque no hay fé; que el interés reina por todas partes, que domina del todo la ambicion y que la lujuria, traspasados los límites de la honestidad, corre licenciosa por todo prado á coger las flores de los placeres; porque los fieles ya no creen las verdades eternas. Mas en la realidad yo no juzgo que esta sea la causa de tanto mal; porque la fé la tienen en cuanto á la sustancia, y si se examina la mente y corazon de cualquier cristiano, aunque disoluto en su vida, se hallará que no hay artículo, aunque abstruso y árduo de nuestra santa fé, que no sea de ellos constantemente creído. Toda la ruina espiritual que lloramos en nuestro mundo católico no proviene de falta de fé, sino de falta de consideracion de las verdades de la fé. Ninguna máxima de fé se descrece; pero en ninguna máxima de fé tampoco piensan jamas los mundanos: por eso se vive creyendo, como si no se creyese; porque nuestra voluntad tan indispuesta está para el bien y pronta para el mal, si no se creen las verdades católicas como no haciendo jamas seria reflexion sobre ellas: miéntras en uno y otro caso no tiene presentes aquellos objetos que tienen fuerza para apartarla del mal y para impelerla al bien.

155 Pero examinemos á fondo esta verdad para hacerla

clara y visible á la mente del pio lector. Nuestra voluntad, como dicen los filósofos, es una potencia ciega que no puede moverse con sus afectos, si el entendimiento no va delante con la luz de sus conocimientos. Así un reo condenado ya á muerte, antes que le den tan infausta nueva no se entristece nada, no se horroriza, no gime, ni suspira; porque aun no se le ha representado al entendimiento el grande mal que ya le amenaza y se le acerca. Lo mismo digo del que ha sido ya sublimado á algun puesto honorífico, que no siente contento alguno antes de recibir el alegre aviso de su exaltacion; porque aun no ha representado el entendimiento á la voluntad la imagen de aquel gran bien. En comenzando despues á moverse los afectos de nuestra voluntad, son estos tales de ordinario, cuales son las representaciones que el entendimiento le hace de los objetos. Si el entendimiento representa á la voluntad algun objeto digno de amor, ella se mueve al punto á abrazarlo; si se lo representa digno de odio, ella se mueve á aborrecerlo. Si le muestra algun mal como lejano y distante, ella luego lo teme: si se lo muestra ya próximo y vecino, ella al punto se entristece. Si el entendimiento le hace ver una cosa como acomodada á su naturaleza, ella presto se determina á quererla; pero si se la representa como cosa desconveniente á su ser, ella se resuelve á rehusarla. Así los afectos de nuestra voluntad son de ordinario conformes á las consideraciones que hace nuestro entendimiento acerca de los objetos presentes. Esto supuesto, digo yo ahora: ¿qué ayuda, ni de qué sirve que las máximas de nuestra fé tengan una suma eficacia para apartar de nosotros todo vicio, para alejarnos de cualquiera grave pecado, si el cristiano que en la realidad las cree no las trae al entendimiento, jamas hace reflexion sobre ellas, ni jamas las aplica á la voluntad con alguna seria consideracion? No podrán ellas ciertamente, mientras así están olvidadas, apartar la voluntad de la culpa, por mas fuerza que de suyo tengan para desasirla. El fuego tiene toda la virtud de abrasar un leño árido y seco; pero si no se le acerca, jamas lo encenderá con sus llamas. Así pun-

tualmente las vestidas católicas, con lo terrible y admirable que llevan consigo, tienen toda la virtud de apartar nuestra voluntad, aunque mal inclinada, de toda culpa mortal; pero si nosotros jamás las acercamos á nuestra voluntad con alguna pausada consideracion, jamás produzcan en ella semejantes efectos. El infierno realmente existe, y no hay católico que no lo crea; pero si jamás se piensa en él ni se considera, es lo mismo que si no lo hubiera en orden á engendrar un santo temor. La muerte es inevitable, ni hay cristiano que no espere el golpe fatal de su guadaña; pero si jamás se considera, es lo mismo que si jamás hubiera de venir para desprendernos de los bienes caducos. El pecado mortal es el monstruo mas horrible que jamás haya aparecido en el mundo, ni hay católico que no lo declare por tal; pero si jamás se mira en su propio semblante, es lo mismo que si no tuviera deformidad alguna para imprimir en nuestros corazones el debido horror y aborrecimiento. De donde quiero inferir, que toda la ruina del cristianismo no nace de no creer, sino de no considerar ni meditar jamás lo que se cree. Así lo definió el profeta Jeremias: *desolatione desolata est omnis terra quia nullus est, qui recogitet corde.* (1) Está puesta en desolacion toda la tierra, dice Jeremias, están arrancadas las flores de todas las virtudes; ni se ven brotar por todas partes sino abrojos y espinas de iniquidad y pecados. ¿Mas de dónde ha tomado origen tan grande mal? ¿Acaso de estar desterrada totalmente del mundo la verdadera fé? No, sino de ser desterrada la consideracion y ponderacion de las máximas de la santa fé: *quia nullus est, qui recogitet corde.* Apenas hay quien entre dentro de su corazon á pensar atentamente, cuales son las cosas delante de Dios, y cuan diversas de lo que aparecen á los ojos frágiles de nuestro cuerpo.

156. Y valga la verdad: ¿quién habria entre los cristianos que tuviese atrevimiento de cometer un pecado mortal, si cada dia considerase, ó la estrecha cuenta que algun dia tendrá que dar ante el tribunal tremendo de Dios supremo juez, ó los

(1) Jer. 12. 11.

eternos gozos de que se priva, ó las penas atroces y sempiternas á que por una sola grave culpa se condena? ¿Quién caería jamas en culpa mortal, si hiciese reflexion sobre la infinita majestad y amabilidad de aquel Dios á quien gravemente ofende, ó sobre los oprobios, afrentas, dolores, tormentos y muerte tan ignominiosa á que este gran Dios se sujetó por el odio á semejante culpa? Lo mismo digo de mil otros motivos que sugiere la santa fé, y tienen suma eficacia para contener la voluntad, para que no se deslice á traspasar los preceptos de la ley divina. Luego de no meditar lo que se sabe y cree nace todo el mal en el mundo. Y es tanta verdad, que tal vez una sola meditacion, aunque hecha de mala gana y con mala voluntad, ha sido bastante para reducir á una alma extraviada al camino derecho de la virtud. Escojo entre mil un suceso con que demuestro esta verdad, y confirmo toda la doctrina arriba expuesta.

157 Sor María Buenaventura, monja en Roma en el célebre monasterio de Torre-Espejos, habia sido adornada de Dios de todos aquellos dotes que pueden hacer esclarecida, diré mas bien á una gran dama cual ella era, que á una buena religiosa cual profesaba ser: porque con la nobleza de su nacimiento, con la hermosura del rostro, con la vivacidad del espíritu, con la afabilidad del trato y con la sublimidad del ingenio unia el lustre del saber que habia adquirido con el estudio de las bellas letras. Mas ¿qué? Como no juntaba con tantos dones de naturaleza lo que es mas propio de una monja; es á saber el retiro, la devocion, la piedad y la observancia religiosa, quedaban en ella deslustrados y envilecidos tantos dotes, como otras tantas joyas sin esmalte. Entretanto, queriendo sus religiosas retirarse por algunos dias á meditar las máximas principales de nuestra santa fé en los ejercicios espirituales de S. Ignacio, Sor Buenaventura, como quien estaba muy agena de semejantes ejercicios de espíritu, comenzó hacer burla y donaire de todo y á decirles: retiraos, pues, á la soledad; andad al desierto. A mí me basta haberme hecho mon-

ja: no quiero hacerme hermitaña. Haceds santas; andad en éxtasis y elevaciones, vosotras que estais todas compuestas de espíritu. Yo, que soy hecha de carne, quiero quedarme en la tierra con mis acostumbradas ocupaciones. Con todo eso, inspirada de Dios fué á la primera meditacion, que era sobre el fin para el cual crió Dios al hombre, y con toda la atencion de su mente se aplicó á la consideracion de aquella gran máxima. Fué tan grande la impresion que le hizo en el ánimo esta meditacion, que al punto yéndose á los pies del director, le dijo estas pocas, pero grandes palabras: padre, no es razon jugar mas con Dios. Yo he entendido ya bien lo que Dios aborrece en mí, y lo que de mí quiere. Yo quiero hacerme santa. He dicho poco. Yo quiero hacerme gran santa, y quiero serlo prontamente. Quería decir aun mas; pero fué obligada á dar desahogo á la avenida de lágrimas. Calló, pues, con la lengua; pero comenzó á hablar con los hechos: y habiéndose retirado á su cámara, escribió y puso á los pies de un Crucifijo una entera donacion de sí misma. Despues apartando de sí cuanto vano traía consigo, echó tambien de su celda todo lo supérfluo que en ella tenia: y se entregó toda á una vida retirada, devota, mortificada, exacta y penitente que continuó hasta la muerte. (1) Ahora pregunto yo: antes que esta religiosa hiciese la referida meditacion, ¿no sabia que el hombre fué únicamente criado para servir á Dios? ¿Quién lo puede dudar, cuando es esta una verdad católica, que se enseña á todo niño cuando apenas llega al uso de la razon? ¿Pues por qué esta gran máxima por tantos años no tuvo fuerza para sacarla de aquella su tan peligrosa tibieza, y reducirla al camino del espíritu? La razon cualquiera la vé; porque antes no habia jamas hecho sobre ella una seria reflexion, ni la habia meditado jamas atentamente. Así, si los mundanos rumiasen cada día alguna de tantas verdades católicas que á la verdad creen con firmeza de fé, no se veria ciertamente tanta licencia en su modo de vivir, ni tanta corrupcion en sus costumbres. Y por eso me

(1) Lancelo Opusc. 6. c. 2.

parece que se puede decir con verdad, que toda la desolacion de espíritu que se ve en el mundo, tiene su origen de la falta de meditar: *quia nullus est, qui recogitet corde.*

158 Mas si la meditacion es tan importante para observar la ley de Dios en cuanto á la sustancia de sus preceptos, será preciso decir que es del todo necesaria para observarla en cuanto á la perfeccion de los preceptos y de los consejos: ya que esta es una cosa mucho mas árdua, y mucho mas dificultosa de conseguirse. Pero para proceder con solidéz en un punto de tanta importancia, nos conviene establecer esta verdad: que la verdadera perfeccion del cristiano consiste en la devocion para con Dios; tomada empero la devocion en el sentido, en que la entiende el angélico Doctor, y no en el sentido en que se la figura la mayor parte de los fieles. Creen éstos, que la devocion no es otra cosa que una cierta sensibilidad y ternura de afectos, que la persona espiritual experimenta en sus oraciones. Pero en la realidad se engañan: así porque todo esto puede ser efecto de una naturaleza tierna, blanda y facil para recibir una dulce impresion de los objetos que se figura en la mente; como tambien porque aun cuando esta sensibilidad tenga su origen de la gracia, no es la sustancia, sino un mero accidente de la devocion. La devocion, dice Santo Tomás (y nosotros lo veremos difusamente en su lugar), consiste en una pronta voluntad de ejecutar todo lo que es de obsequio, de servicio y agrado de Dios. En esta prontitud de la voluntad para los actos de servicio y amor divino, aunque desnudos de todo afecto sensible, está toda la sustancia de la verdadera devocion. Ni esto se opone á lo que dijimos al principio de este tratado, es á saber, que la perfeccion consiste en la caridad; porque la misma caridad no es perfecta, si no está junta con la devocion; quiero decir, si no está pronta al amor del sumo bien, pronta á ejecutar toda su voluntad, pronta á prestarle homenaje, pronta á darle todo culto y pronta á hacerle todo acto de amorosa servidumbre.

159 Echado este fundamento, digo con el angélico Doctor, que:

para adquirir esta devocion de quien nace la caridad pronta y obradora, y consiguientemente la perfeccion, es medio necesario la meditacion. Ved aquí las palabras del Santo Doctor: (1) *neccesse est, quod meditatio sit devotionis causa, in quantum scilicet homo per meditationem concipit, quod se tradat divino obsequio: ad quod quidem inducit duplex consideratio; una quidem, quæ est ex parte divinæ bonitatis & beneficiorum ipsius, secundum illud Psalmi 62. Mihi adhærere Deo bonum est, & ponere in Domino Deo spem meam: & hæc consideratio excitat dilectionem, quæ est proxima devotionis causa. Alia vero ex parte hominis considerantis suos defectus, ex quibus indiget ut Deo innitatur, secundum illud Psalmi 120. Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi: auxilium meum à Domino, qui fecit cælum, & terram. Et hæc consideratio excludit præsumptionem, per quam aliquis impeditur, ne Deo se subjiciat, dum suæ virtuti innititur.* Dice el Santo Doctor, que la devocion debe necesariamente ser producida de la meditacion, como de su causa instrumental y remota, en cuanto el hombre por medio de ella concibe una cierta pronta voluntad de dedicarse enteramente al divino servicio. Y esto por dos razones: la primera, porque quien medita considera frecuentemente la grandeza de la divina bondad y la multitud de beneficios que benignamente le ha repartido. La segunda, porque quien medita, hace reflexion á menudo sobre sus defectos, y pondera sus propias miserias. De la consideracion de la divina bondad y de sus beneficios, se enciende en el corazon de quien medita el santo amor que despierta la devocion; esto es, le hace expedito y pronto á las cosas del divino servicio. El conocimiento de la propia flaqueza excluye toda presuncion, y engendra un sentimiento humilde y bajo que le sujeta á Dios, y le dispone al don del santo amor y á la verdadera devocion con Dios. Asi que la caridad pronta y obradora viene á ser la causa próxima; y la meditacion la causa remota de la devocion. Esta doctrina del Angélico está fundada en otra doctrina de S. Agustin,

(1) D. Thom. 2. 2. q. 82. art. 2 in corp.

ó de otro autor que anda en su nombre, que no es diferente en nada de ésta: *Meditatio parit scientiam, scientia compunctionem, compunctio devotionem, devotio perficit orationem... Devotio est pius & humilis affectus in Deum; humilis ex conscientia infirmitatis propriae, pius ex consideratione divinae clementiae.*

(1) Dice S. Agustín, que de la meditacion nace la devocion; porque de la consideracion de las propias miserias, nace en nuestros ánimos un afecto humilde y compungido, y de la consideracion de la divina bondad, se engendra en nosotros un afecto pio y amoroso; y éste (como dice Santo Tomás, y la misma razon lo muestra), nos hace fáciles y prontos á todas las cosas que miran al divino servicio. De aqui se saca manifestamente, que para tener conocimiento humilde de sí mismo, para concibir un grande amor de Dios y una prontitud á servirle con el ejercicio de las sólidas virtudes, en una palabra, para adquirir la verdadera devocion que es el cumplimiento de la perfecta caridad y de todas las virtudes, es necesarisima la práctica de las santas meditaciones.

160. Es esto tanta verdad, que el cardenal Cayetano comentando el sobrecitado texto del Angélico, llega á decir que un religioso, ú otra persona espiritual que no tenga cada dia algun tiempo determinado para la meditacion de alguna verdad de nuestra santa fé; puesta á parte una indiscreta multitud de oraciones vocales, si está aficionada á ellas, no merece ni aun el nombre, cuanto menos la sustancia de hombre epiritual ó religioso. Funda este su dicho en la citada doctrina de Santo Tomás, que la meditacion es la causa de que depende la consecucion de la devocion, y por consiguiente de toda otra virtud. Y por eso el esperar la perfeccion sin el ejercicio de meditar es lo mismo, dice, que pretender el efecto sin la causa, y el fin sin los medios; y para usar de su misma frase es un presumir de llegar al puerto sin la necesaria navegacion: *ex hujusmodi namque meditationibus, quæ quotidianæ esse debent religiosis & spiritualibus personis, omisso vocalium orationum*

(1) S. Aug. lib. de Spirit. & anim. c. 50.

multiloquio, devotio alicæque consequenter gignantur virtutes: nec religiosi, aut religiosæ, seu spiritualis etiam nomine vocari potest, qui saltem semel in die ad hujusmodi se non transfert. Quomodo namque effectus absque causa, finis absque medio, insularis portus absque navigatione haberi nequit; sic religio in actu absque frequentibus actibus harum causarum, mediæ, ac vehiculorum.

161 Para que no parezcan al lector exageracion las expresiones de este escritor sepa, que del mismo parecer son tambien los Santos Padres, acerca de la necesidad que tiene toda persona pia de dedicar cada dia á lo menos alguna hora al uso de las santas meditaciones. S. Gerónimo, escribiendo á Celanxa le dice, que tenga en su palacio alguna pieza retirada, en la cual, como en puerto tranquilo se recoja cada dia de las ondas é inquietudes de los cuidados domésticos; y alli con la consideracion de las verdades eternas sosiegue el ánimo agitado y lo ponga en plácida calma; alli á la luz de sus meditaciones establezca cómo se deba portar en todas sus operaciones con sus domésticos; para proceder con toda perfeccion en todas sus cotidianas ocupaciones: *ita habeto sollicitudinem domus, ut aliquam tamen vacationem animæ tribuas. Eligatur tibi opportunus, & aliquantulum á familiæ strepitu remotus locus, in quem veluti in portum, quasi ex multa tempestate curarum te recipias, & excitatos foris cogitationum fluctus secreti tranquillitate componas. Tantum sit divinæ legis studium, tam crebræ cogitationum vices, tam firma & pressa de futuris cogitatio, ut reliqui temporis occupationes facile hac vacatione compenses. Nec hoc ideo dico, quod te retraham á tuis: imò id agimus, ut ibi discas, ibique mediteris, qualem tuis præbere te debeas.*

162 Aquí entenderá el lector dos grandes verdades: la primera, porque Jesucristo se retiraba tan frecuentemente solitario sobre la cumbre de los montes y entre el silencio de la noche á contemplar las cosas celestiales: *ascendit in montem solus orare*, como dice S. Matéo. (1) *Exiit in montem orare, &*

(1) Matth. c. 14. 23.

erat pernoctans in oratione Dei. (1) ¿Mas qué necesidad tenia Jesucristo de estos retiros, de este silencio, de esta soledad, cuando aun siendo hombre mortal gozaba de la bella vista de Dios, y con una simple vista de su mente miraba todas las divinas grandezas y verdades? Ciertamente no tenia necesidad para sí; pero la tenia por nosotros, para que entendiésemos la necesidad grande que tenemos de retirarnos ó de noche ó de día en lugar solitario á meditar las máximas eternas, que sin la industria de nuestras consideraciones no se nos descubren. La segunda verdad, porque todos los santos fueron tan aficionados y aplicados al santo ejercicio de las meditaciones, de manera que es mas facil encontrar en las historias un soldado sin el uso de las armas, que un santo confesor sin el uso de meditar ó contemplar las cosas sobrenaturales y divinas. En la vida de San Bernardino de Sena se refiere, que era tan celoso de estarse cada dia por algun tiempo con Dios en santas y provechosas consideraciones, que en el dicho tiempo á ninguno daba audiencia, como si estuviera fuera del mundo: *quotidie una hora vocabat sue devotioni, atque interim nulli patebat accessus, neque principi, neque regi; sed cogebat expectare omnes.* (2) Mas impresion me hace aun la alta estimacion que de la oracion mental hacia el doctísimo padre Suarez, quien solia decir, que renunciaria de buena gana todo su saber, aunque adquirido con el trabajo de tanta especulacion y estudio, antes que dejar una hora de sus acostumbradas meditaciones. Entendian estos grandes siervos de Dios aquella gran doctrina de Santo Tomás, que de la meditacion como de su propia fuente ha de brotar la devocion que nos haga prontos para servir y agradar en todo á nuestro amabilísimo Dios; y por eso eran no menos cuidadosos de hacerla, que celosos de no dejarla jamás. Desespere, pues, de hacer progresos en la perfeccion cristiana quien no cuida ni quiere valerse de un medio tan necesario como este.

163 Pero se ha de advertir, que cuando apoyado en la autoridad del angélico Doctor digo, que es absolutamente nece-

(1) Luc. 6. 12.

(2) Surius in vita cap. 31.

saria la meditacion para adquirir la perfeccion; no pretendo decir que en todos haya una tal necesidad, ó que sea (por usar de los términos de la escuela) una necesidad fisica ó metafisica; porque soy de parecer, que en personas muy rudas é inhábiles para reflexionar y discurrir pausadamente con sus entendimientos, suple Dios. ó con la leccion espiritual, si son capaces de ella, ó con oraciones vocales hechas con mas frecuencia y abundancia de lo acostumbrado: y que por este medio les comunica Dios tales luces y mociones internas que las hace prontas á las cosas de su divino agrado y servicio. Pretendo solamente decir que la meditacion es medio necesario; pero solo de moral necesidad, y solo á aquellos que son bastantemente capaces de hacerla. De solos estos se verificará, que les sea muy dificil y moralmente imposible el conseguir la perfeccion sin el cotidiano ejercicio de meditar.

CAPITULO II.

SE EXPLICA CUAL SEA EL APAREJO QUE SE DEBE hacer en el principio de la meditacion.

164 **D**os son los aparejos que la persona devota debe hacer antes de sus acostumbradas meditaciones: el uno es remoto, y consiste en la moderacion de las pasiones, en la pureza del corazon, y en el recogimiento interior entre las ocupaciones exteriores y distractivas; pero de este no hablaremos aqui, porque habrá de ser materia de muchos artículos en el discurso de la presente obra. El otro aparejo es próximo, y consiste en algunos actos, con los cuales la persona al principio de su meditacion se dispone para hacerla bien. Porque si segun las leyes de la prudencia, no conviene emprender alguna obra de momento, sin prevenir antes el debido aparejo, ¿cuanto menos convendrá ponerse á tratar familiarmente con Dios en las meditaciones, sin disponerse antes con la debida preparacion, siendo este un negocio de tanta importancia? Y si no hay súbdito

tan descomedido, que debiendo presentarse á la audiencia de su Rey no se lave, no se adorne y componga de todos modos para aparecer con decoro á los ojos de su Soberano: ¿cuanto mas, debiendo ir un alma á la presencia del Rey del cielo y de la tierra, y detenerse con él algun tiempo en afectuosos coloquios, habrá de prevenirse antes y componerse con varios actos santos para hacerse agradable á sus ojos? Tanto mas, que acercándose ella á Dios sin la necesaria preparacion, no podria esperar de su Magestad aquellas ayudas que son necesarias para que le salga provechosa su meditacion; antes, como dice el Eclesiástico, iria á tentar á Dios y á cometer un acto de temeridad: *ante orationem præpara animam tuam; & noli esse quasi homo, qui tentat Deum.* (1) De este aparejo próximo, que debe hacerse siempre al principio de la meditacion, hablaré en el presente capítulo, declarando los tres actos en que consiste. El primero es hacerse presente á Dios; el segundo pedir á Dios su favor y ayuda; y el tercero formar la composicion de lugar acerca de los misterios que se han de meditar. Comencemos el primero.

165 La presencia de Dios consiste en un acto de fé, de que Dios nos está presente, nos ve, nos observa; no solo en cuanto á los movimientos exteriores del cuerpo, sino también en cuanto á los interiores de la mente y del corazon. Está divina presencia puede formarse con la ayuda de alguna imaginacion material y sensible que la represente al vivo; y puede hacerse tambien sin alguna de estas groseras imaginaciones. Acaece esto segundo, cuando la persona cree que Dios está presente con ella; pero no le aprende bajo de la figura ó forma de alguna cosa corporal; sí solo bajo el concepto general de un sumo bien, de una suma bondad, de una suma grandeza, de una suma belleza, de una suma magestad, de quien sabe qué está rodeada por defuera, y penetrada por dentro, como está penetrada y rodeada por todas partes de agua una esponja puesta en medio del mar. La presencia de Dios formada de esta manera; es

(1) Eccles. 18. 23.

mas perfecta y mas segura; porque se acerca mas á lo intelectual y está toda fundada en la fé: por eso es propio de aquellas personas espirituales que son ya aventajadas en el ejercicio de meditar. Dije que se acerca mas á lo intelectual; porque en la realidad aquel concepto de Dios aunque sea muy general y abstracto de la materia, sin embargo no va separado de alguna fantasía: no pudiendo nuestro entendimiento mientras está unido á este miserable cuerpo obrar sus actos espirituales sin el consorcio de alguna imaginacion, (exceptuó emperò ciertas contemplaciones altísimas que no tienen aquí lugar, ni de ellas conviene aquí razonar) pero no obstante esto los fantasmas que intervienen en aquel concepto de la presencia de Dios son muy delicados, y menos desconvenientes á aquel divino objeto.

166 Acaese el actuar la presencia de Dios en el primer modo cuando poniéndose el alma en oracion se representa á Dios bajo la imágen de alguna cosa material y corpórea: se le representa, por ejemplo, bajo la idea de una luz purísima que se difunde por todo el universo, y lo ilustra y aviva con sus resplandores; ó se le figura en el cielo sentado en el trono espléndido y luminoso de su gloria, cortejado de escuadrones angélicos, ó en otra semejante figura. La presencia de Dios hecha de esta manera imaginariamente es muy eficaz para conciliar en el alma reverencia, respeto y humilde recogimiento. Porque viéndose un hombrecillo acostumbrado como vil rana á estar echado y abatido en la laguna de esta miserable tierra: viéndose, digo, puesto delante del solio de la divina Magestad en la presencia de los ángeles y en la compañía de los personajes del cielo, no puede menos que concebir un cierto temor reverencial y una profunda humildad que le tenga atento en el discurso de su meditacion.

167 Esta presencia de Dios concebida por via de imaginations sensibles, aunque sea muy útil y provechosa, es menos perfecta que la otra que se hace con pura fé; ya porque tiene menos de intelectual; ya porque se aparta mas de lo verdadero en el modo de representar los objetos; y ya tambien

porque está mas sujeta á engaños. Con todo eso, S. Agustín es de parecer, que á las personas principiantes é imperfectas, las cuales de una parte no son capaces de concebir en Dios un sér espiritual é incorpóreo; y por otra parte se mueven mucho de la belleza sensible, no se les desconvenga el formar la divina presencia bajo de alguna imaginacion corporal; y que mas ántes le conciban en el cielo puesto en alta magestad en el trono de su gloria, que no en la tierra: *convenit etiam gradibus religionis, & plurimum expedit, ut omnium sensibus, & parvulorum & magnorum bene sentiatur de Deo; & ideo qui visibilibus adhuc pulchritudinibus dediti sunt, nec possunt aliquid incorporeum cogitare, quoniam necesse est, ut cælum præferant terræ, tolerabilior est opinio eorum, si Deum, quem adhuc corporaliter cogitant, in cælo potius credant esse, quam in terra.* (1) Y por eso, si ve el director que de la presencia de Dios formada con estas imaginaciones sensibles resulta en su discípulo (especialmente si fuere principiante) obsequio, reverencia y recogimiento interior, se la puede aconsejar, como cosa que ayuda y aprovecha.

168 Pero le debe advertir que corrija esas imaginaciones despues que haya recibido el deseado efecto, reflexionando consigo mismo que Dios es una magestad, una belleza, una grandeza infinitamente mayor que aquella que él ha podido figurarse con sus bajas ideas. Y esto debe hacerse por dos razones: lo primero, porque de esta manera crecerá en su mente el concepto y la estima de la divina grandeza; y el afecto de la interior reverencia y compuncion veudrá á ser mas perfecto. Lo segundo, porque obrando de esta manera, evitará el error de los Antropomorfitas en que cayeron muchos monges antiguos, y al presente caen las personas simples que Dios tiene alguna forma ó figura; cosa totalmente agena de aquel ser purísimo que tiene nuestro gran Dios: como bien nota Casiano, reprehendiendo á aquellos monges, los cuales: *incomprehensibilem, & ineffabilem veri Numinis majestatem sub circumscriptione*

(1) S. Aug. de serm. Dom. in monte. lib. 2. c. 6.

ne alicujus cœstant imaginis adorandum, nihil se tenere credentes, si propositam non habuerint imaginem quamdam, quam in supplicatione positi jugiter interpellent, eamque circumferant mente, & oculis teneant semper affixam. (1)

169 Aquí no quiero dejar de contar lo que refiere el mismo Casiano de Serapion, monge consumado en todas las virtudes y grandemente acreditado entre aquellos antiguos padres, por ser cosa que puede servir mucho para hacer cautos á los directores. Este gran siervo de Dios por sola simplicidad é ignorancia habia caído en el referido error, y creyendo que Dios tuviese alguna figura á manera de las cosas materiales, llevaba consigo en su ánimo altamente esculpida la imágen. Y porque esta errónea opinion se habia extendido mucho por los monasterios de Egipto, no bastaron para apartarla del ánimo de Serapion, ni las cartas del Obispo de Alejandría, ni las amonestaciones de Panucio monge y sacerdote. Mas al fin teniendo Dios piedad de él por los cincuenta años de vida austerisima y adornada de todas las virtudes que habia hecho entre aquellos desiertos, hizo que á las razones de Fosino monge se rindiese, reconociese su error, y lo retractase en presencia de los otros monges. Mientras que estos postrados en oracion, daban gracias á Dios de que un hombre de tanta perfección se hubiese al fin reconocido, y con sinceridad de ánimo hubiese depuesto aquella su falsa opinion, se puso tambien á orar con ellos Serapion: mas no hallando á Dios en la oracion desnuda de aquella imágen corporal en que solia figurarselo, se entregó á un amarguísimo llanto y afanosos suspiros; y levantando el grito en presencia de todos, comenzó á decir: *heu me miserum: tulerunt à me Deum, & quem nunc teneam, non habeo: vel quem adorem, aut interpellem, jam nescio-* (2) ¡Ay infeliz de mi! Me han quitado á mi Dios: me hallo sin apoyo, no sé á quien recurrir ahora en mi oracion: no sé á quien he de enderezar mis adoraciones y mis súplicas. Do esto se ve claramente que este siervo de Dios se habia asido con firme creencia á aquellas sus imaginaciones, con

(1) Cassian. col. 10. c. 4.

(2) Cassian. col. ead. c. 2.

que se figuraba á Dios muy diverso de lo que es; y tambien á los afectos sensibles que le resultaban de aquella fantástica imaginacion. De aqui aprenda el director la justa enseñaanza; esto es, que la presencia de Dios es mejor formarla con actos de pura fé: y si se vale de alguna imaginacion para fijar y dar algun apoyo á la mente y para despertar en el corazon algun afecto reverencial hácia Dios, se debe esta corregir al fin de la manera dicha; y el alma puesta en fé debe finalmente postrarse delante de Dios con acto de profunda adoracion; y obrará sabiamente si añadiere algun acto de contricion con que se limpie de toda mancha; y se haga mas agradable á los ojos de su Señor.

170. Hecho el acto de la presencia de Dios, y habiéndole adorado profundamente, pase la persona devota á una ferviente y humilde súplica; y pida á Dios luz para penetrar vivamente las verdades que querrá meditar, y afectos proporcionados á la voluntad: *loquere Domine; quia audit servus tuus.* (1) O lo del Salmo: *anima mea sicut terra sine aqua tibi; velociter exaudi me Domine.* (2) O lo de la Iglesia: *Veni sancte Spiritus, & emitte coelitus lucis tuæ radium.* Este acto siempre ha de preceder como necesario al buen éxito de la oracion. La razon es manifiesta; porque si bien la meditacion requiere la industria de nuestras reflexiones y de nuestros discursos, pero el buen efecto de ella depende de la gracia de Dios que nos ilustre el entendimiento, y nos inflame el corazon: y en efecto se ve por experiencia, que tal vez hace mejor meditacion una mugercilla de rudo entendimiento, que un teólogo de entendimiento muy elevado; no por otra razon, sino porque tal vez la divina gracia obra mas en aquella que en este. Ni para alcanzar esta gracia hay otro modo que pedirla á Dios con grande fé y humildad. De estos ruegos humildes y confiados se deja vencer Dios para comunicar con abundancia sus ausilios.

171 Finalmente dé cumplimiento á su aparejo con formar en su mente la composicion de lugar. Si el misterio que quiere meditar tuviere objetos corpóreos, como sucede en la

(1) L. Reg. 3. 9. (2) Psalm. 142. 6. 7.

vida y pasion del Redentor, y como sucede en las máximas de la muerte, del juicio de Dios, del infierno, de la eternidad y en otras semejantes; debe figurarse en la fantasia los tales objetos, como si estuviesen presentes, é imaginarse que se halla con ellos, y ve sus acciones de la manera que acaecieren ó han de suceder. En estas imaginaciones de los misterios pone S. Buenaventura buena parte del fruto de las tales meditaciones: *tu si ex his, quæ per Dominum Jesum dicta & facta narrantur, fructum sumere cupis; ita te præsentem exhibeas, ac si tuis auribus, & oculis ea videres, toto mentis affectu, diligenter, delectabiliter & morosè, omnibus aliis curis & sollicitudinibus tunc omissis.* (1) Si tú, dice el Santo Doctor, deseas sacar copioso fruto de las obras y palabras de Jesucristo dejados á parte todos los cuidados de tu ánimo, imagínatelo presente, como sí con tus oídos le oyeses razonar, y con tus ojos le vieses obrar ó padecer por tu amor; y con gran afecto interior y con mucha pausa entreteniente dulcemente con él. De semejantes representaciones de los objetos hace el Santo tanto caso, que vuelve en otro lugar á decir, que de ellas casi depende todo el provecho de las tales consideraciones: *rem per Dominum Jesum Christum gestam, vel dictam ante oculos mentis ponas & cum eo converseris, & familiaris fias: nam in hoc videtur haberi major dulcedo, & devotio efficacior, & quasi totus fructus meditationis consistere.* (2) Se advierte empero, que en estas imaginaciones se deben detener mas los principiantes que los proficientes y los perfectos; porque aquellos tienen menos de inteligencia y conocimiento, y por eso tienen mas necesidad de la obra de la fantasia, para fijar la mente, para despertar los afectos acerca de los objetos santos. Pero los que aprovechan y los perfectos obrando mejor y mas espeditamente con la inteligencia, despues de haber formado brevemente las dichas imaginaciones, pueden pasar á conocimientos mas elevados, y á efectos mas espirituales y perfectos.

172 Mas si la materia de las meditaciones fueren cier-

(1) S. Bon. Prolog. vit. christ.

(2) Id. esp. 18. medit.

tas verdades, que nada tienen de corpóreo, como la bondad de Dios, su belleza, su grandeza, &c. ó la excelencia y amabilidad de las virtudes y cosas semejantes: no convendrá formar estas imaginaciones poco conformes con la verdad; (exceptúo no obstante á los principiantes, que siendo aun materiales en las cosas del espíritu, tienen siempre necesidad de apoyar el pensamiento á alguna materialidad) sino proceder con el discurso, con la luz del entendimiento y de la fé. Y si en el progreso de la meditacion sintiere el alma perfecta que se le recoge mucho el espíritu, dice S. Gregorio, que deberá desnudarse cuanto le fuere posible de todas las imaginaciones y fantasmas, para no impedir la pura inteligencia y el puro y perfecto amor: *perfectam, scilicet, animam ista compunctio afficere familiaris solet; quia omnes imaginaciones corporeas insolenter sibi obviantes discutit, & cordis oculum figere in ipso radio incircumscriptæ lucis intendit. Has quippe corporalium figurarum species ad se intus ex infirmitate corporis traxit. Sed perfecte compuncta ipse summopere vigilat; ne cum veritatem quaerit, eam imaginatio circumscriptæ visionis illudat, cunctasque obviantes imagines respuit.*

CAPITULO III.

SE DECLARA EN QUE CONSISTE EL EJERCICIO
de meditar que debe seguirse inmediatamente despues de la preparacion de la meditacion.

173. Hechos ya los tres actos preparativos que he declarado, dará principio la persona espiritual á la meditacion que debe tener ya prevenida y ordenada en varios puntos; y sino la hubiere visto y prevenido, deberá á lo menos tenerla delante de los ojos en algun libro que la exponga, é ir la atentamente leyendo y rumiando. Esta meditacion no consiste en otra cosa que en un ejercicio de las dos potencias, entendimiento y vo-

(1) S. Greg. Moral. lib. 23. c. 13.

luntad, acerca del misterio ó verdad que se ha propuesto para meditar. Despues que la persona se hubiere representado en su imaginacion algun misterio, ó alguna maxima de nuestra santa fé, como dije arriba, procure penetrar aquella verdad católica, y á este fin haga sobre ella algun discurso ó alguna reflexion oportuna; deténgase con alguna ponderacion: sírvase tambien de comparaciones, de semejanzas y de ejemplos, hasta que la haya aprendido vivamente, y quede bien persuadida de ella; pues dice S. Agustin, que la meditacion no es otra cosa que una atenta inquisicion con que se busca alguna verdad oculta: *meditatio est occultæ veritatis studiosa investigatio*. Se advierte empero, que los discursos y reflexiones no han de ser secos, especulativos y enderezados solamente á la inteligencia de la verdad, sino que deben ser prácticos, ordenados á mover la voluntad y aficionarla á Dios y á las sólidas virtudes. De otra suerte no será meditacion, sino estudio; y el alma llegará, sí á entender la verdad de nuestra fé; pero no á obrar conforme á ella: llegará, es verdad, á conocer á Dios; pero no á temerle y amarle. En suma, los discursos y las consideraciones que se hacen en la meditacion, deben ser tales que acerquen la voluntad al objeto santo, y la arrimen tanto á él, que quede enamorada, como dice S. Agustin en el lugar citado: *spiritus meditatione & contemplatione ad Deum ascendit; Deus vero revelatione atque divina inspiratione ad eum descendit*. Dice el Santo, que la meditacion ha de ser tal, que haga levantar el alma á Dios, y la acerque tanto á su Magestad, que despues baje Dios á ella para inflamarla con sus inspiraciones. Asi meditaba el Santo David; por lo cual pudo decir de si, que en las meditaciones que hacia, se encendia su corazon en llamas de caridad: *in meditatione mea exardescit ignis*. (1).

174. Cuando el entendimiento hubiere penetrado vivamente, y comprendido bien la verdad que se ha propuesto para considerar, la voluntad á vista de ella se sentirá ablandar é inclinarse; y entónces es tiempo de prorumpir en afectos santos, que

(1) Psalm. 38. 4.

son todo el fruto de las meditaciones. Estos afectos son varios segun la diversidad de las materias que se toman para meditar; y pueden ser de arrepentimiento, de dolor, de ódio, de aborrecimiento, de reconocimiento, de confusion y desprecio de si, de temor, de amor, de deseo, de alegría, de gozo, de compasion, de propósitos, de peticiones, de accion de gracias, y otros semejantes. Pero los afectos que de ordinario no deben omitirse, como los mas conducentes á la reformation y mejora de la propia vida son el reconocimiento de las culpas pasadas junto con el arrepentimiento y confusion; los propósitos de la enmienda en lo venidero, y las súplicas para alcanzar de Dios la ejecucion de los tales propósitos.

175 Aclaremos todo esto, con ponerlo en práctica. Figurémonos que alguno quiere meditar los azotes del Redentor, y se proponga el sacar por fruto la paciencia en los trabajos, y la mansedumbre en las injurias. Despues de haber formado la presencia de Dios, y pedidole su ayuda, se representará en su fantasia aquel átrio en que fué ejecutada la cruel carniceria: se figurará en la mente al Redentor desnudo á la presencia del pueblo, pero cubierto de virginal rubor; y á su contorno á los verdugos con la diestra armada de crueles látigos, con la frente ceñuda y feróz, y con el rostro respirando furor y enojo. Se imaginará que oye el estrépito de los golpes, y el zumbido de los azotes que resuenan en todo el patio. Hecha de esta manera la composicion de lugar, vaya discurriendo sobre varias razones y circunstancias, que muestran la acerbidad del dolor que Cristo sufrió en este acto de los azotes, y la admirable paciencia con que lo toleró por nuestro amor. Vaya reflexionando sobre la calidad de los azotes, todos desapiadados, sobre la ferocidad de los verdugos en descargarlos, sobre la delicadeza de los miembros de Jesus, y sobre la multitud de los golpes que aquellos bárbaros le descargaron sin piedad sobre sus sacratisimas y delicadas espaldas. De aquí infiera, cuan cruel hubo de ser el destrozo de aquel divino cuerpo, y cuan grande el tormento del Redentor. Viendo despues que el Salvador debajo del granizo de tan crue-

les golpes se está eranso, á manera de un corderillo debajo de las tijeras de quien le trasquila, como dice el Profeta, sin decir una palabra de lamento, sin prorumpir una queja, sin salir de su boca un suspiro; se ponga á considerar quién es aquel que padece penas tan atroces, y tolera tan graves ultrages: haga reflexion sobre su infinita magestad, su infinita grandeza, su infinito poder, con que podia en un momento destruir y aniquilar aquellos desapiadados verdugos: y sin embargo, no solo no tomó de ellos venganza alguna, sino que amándolos tiernamente, ofrecia al Eterno Padre aquellos mismos golpes que recibia de sus manos, por la salud de ellos. Pondere la dulzura de aquel divino corazon que ardia en amor para con aquellos bárbaros en el mismo acto en que ellos ardian en ódio para con su magestad, y que se consumia y deshacia con un tierno afecto hacia los pecadores, que mas bárbaros que los verdugos, le habian de renovar tantas veces tan fiera carniceria con los golpes de sus culpas. Despues de estos discursos y reflexiones, debe la voluntad desatarse toda en afectos de compasion de tan graves dolores, de amor de tanta bondad, de accion de gracias de tan grande beneficio; pero sobre todo debe detenerse en aquellos tres afectos que insinué arriba, como mas provechosos. Ha de reflexionar, como se ha portado en lo pasado, en los trabajos, en las adversidades, en las persecuciones, en las injurias y en los ultrages; y viéndose tan diverso de su Señor, debe concebir un vivo dolor, y llenarse de íntima confusion y vergüenza. Despues ha de proponer de no querer buscar jamas venganza alguna, de reprimir todo resentimiento, de ofrecer al Señor todos los agravios; sino á imitacion del Redentor, ha de querer amar á quien le aborrece, y beneficiar á quien le ofende. Finalmente, porque conoce su flaqueza y la inconstancia de su voluntad en mantener sus propósitos, debe pedir á Dios con fervorosas súplicas su ayuda y asistencia, para que en las ocasiones le sea fiel en ejecutar las tales determinaciones.

176 Mas acerca de los propósitos que entre todos los afectos son los mas importantes, conviene observar, que no basta

hacerlos en general y en abstracto, sino que debe la persona descender á casos particulares que otras veces le han acaecido, ó que pueden facilmente sucederle, y sobre esos debe fijar sus resoluciones. Porque el proponer universalmente así: *yó no quiero vengarme jamas de ofensa alguna; no quiero encolerizarme jamas*, poco mas ayudarán en orden á la ejecución, que si nada hubiese propuesto. Casiano hablando puntualmente de la tolerancia con que nos debemos prevenir, para recibir las injurias y todas las adversidades, dice: que en nuestras meditaciones debemos ponernos frecuentemente delante de los ojos uno á uno todos los ultrages y todos los agravios que nos pueden hacer nuestros prójimos: que nos hagamos á sujetarnos á ellos con toda humildad, y andemos pensando en los modos de recibirlos con toda la dulzura de nuestro espíritu: *propositis sibi multimodis injuriarum, dispendiorumque generibus, velut ab alio sibi met irrogatis, assuefaciat mentem suam omnibus, quæ inferre improbitas potest, perfecta humilitate succumbere: atque aspera sibi quæque, & intolerabilia frequenter opponens, quanta eis occurrere debeat lenitate, omni jugiter cordis contritione meditetur.* (1) Así hacia cierto hermano nuestro llamado Ximeno, que volviendo por la tarde al Colegio de Zaragoza de la granja, donde habia trabajado todo el dia, iba por el camino todo recogido en Dios, meditando distintamente todas las cosas ásperas que podian acaecerle á su llegada, y abrazándolas todas con prontitud de espíritu. ¿Qué harias tú, andaba diciendo consigo mismo, si apenas llegado al Colegio, para tomar algun descanso de las fatigas de todo el dia, te mandase el superior éste ó aquel trabajo? El superior (le sugeria al punto el amor propio) viendo tu grande cansancio, no te ordenará jamas cosa tan indiscreta. Mas si con todo eso, replicaba él, te lo mandase, ¿qué harias entónces? ¿Qué haria? Lo abrazaria, Señor, con toda prontitud por vuestro amor. Sí, Señor, haced que me lo imponga, para poder daros alguna prueba de mi fidelidad y de mi amor. (2) De aquí se seguia, que

(1) Casellan, col. 19. c. 14. (2) Puente VII. P. Alvar. c. 45.

sucedíendole alguna de estas cosas árduas y repugnantes á la naturaleza pasaba por ellas con toda perfeccion, porque se encontraba con el ánimo ya prevenido para recibirlas.

177 Pero mas autorizado es lo que se cuenta de S. Francisco en su vida. Hallándose un dia el Santo Patriarca todo encendido en un santo ardor, se iba preparando para recibir qualquiera afrenta y ultrage con heroica paciencia y mansedumbre; quiero decir, que se disponia en su ánimo á aceptar los tales desprecios, no solo con tolerancia é igualdad de ánimo, sino tambien con júbilo y alegria: en lo cual puntualmente consiste la heroicidad de tales virtudes. Hablando por tanto con Fray Leon, su compañero, comenzó á decir con gran fervor de espíritu, escucha Fray Leon: si nosotros llegásemos al convento de Nuestra Señora de los ángeles cansados del largo viage, bañados de la lluvia, helados de frio, llenos de barro y muertos de hambre; y tocando á la puerta saliese el portero todo turbado y nos preguntase, ¿quién sois vosotros? Y respondiendo que somos dos frailes menores, él nos dijese: vosotros no sois de los nuestros, sino que me parece que sois dos bellacos y ladrones que andais vagueando por el mundo, y robando las limosnas á los pobres: y diciendo esto, cerrase la puerta, dejándonos helados, empapados de frio y cansados á la intempérie, sin darnos el menor socorro, si nosotros en tal caso llevásemos todo esto con gusto por amor de Dios; escribe Fray Leon: en esto consiste la perfecta alegria: quiso decir, que en esto consiste la heroica mansedumbre, la cual no es otra cosa que una perfecta alegria entre semejantes ultrages. Despues fingiendo otros casos de mayor desprecio siguió diciendo: y si nosotros obligados de la necesidad volviésemos á tocar á la puerta, y saliendo fuera el portero lleno de enojo comenzase á decir: par de pícaros, insolentes, importunos é indiscretos, marchad presto de aqui; andad al hospital, que aqui no hay albergue para vosotros; y nosotros sufriésemos alegremente estas injurias y baldones, perdonándole de buen corazon; escribe Fray Leon: esta es la perfecta alegria. Y si ade-

lantándose la noche y hallándonos por todas partes angustiados y afligidos, tornásemos nuevamente á tocar y pedir alojamiento por amor de Dios, y con lágrimas á los ojos; y él saliendo afuera enfurecido con un palo nos cargase de villanias y de golpes, y agarrándonos de los brazos nos arrastrase por el lodo; y nosotros sufriésemos tan graves afrentas con júbilo, escribe Fray Leon: esta es la perfecta alegría.

178 Nótese en este hecho que S. Francisco, preparándose á sí y á su compañero á una tolerancia heroica en aquel ardor de espíritu, no dijo en general: quiero que suframos con alegría cuanto de áspero y de contumelioso nos pueda suceder: sino que descendió á casos particulares, y se los figuró con las últimas individuales y mas menudas circunstancias con que podian suceder; porque los buenos deseos y los santos propósitos entonces consiguen sus efectos y salen provechosos, cuando se conciben de esta manera. Formemos, pues, tambien nosotros de este modo nuestros propósitos en las meditaciones: así venciendo muchas veces á la luz de las verdades eternas aquellas repugnancias que nacen de la vista del mal imaginado, nos dispondremos para vencerlas á la presencia del mal verdadero. A mas de esto tendremos en las ocasiones particulares que nos sucedieren prontos los medios, los modos y motivos para vencernos á nosotros mismos, si en la oracion mental los hubiéremos ya premeditado y establecido en nuestro ánimo. Y á manera de quien juega á la esgrima, en estando bien adiestrados en los combates fingidos de nuestra imaginacion, vendrános á estar aptos para vencernos á nosotros mismos en los combates verdaderos. Pero advierta el director, que en hallando alguna alma débil que no tenga espíritu para ofrecerse imaginariamente á los males repugnantes, no la haga exponer á las pruebas de semejantes imaginaciones; sino que bastará que proponga hacer en las ocasiones lo que pudiere con la ayuda de Dios.

179 Finalmente se ha de concluir la meditacion con un coloquio, el cual consiste en algunos afectos mas fervientes, proporcionados á la materia de la presente meditacion; pero

especialmente en los ruegos, en las súplicas, y en las obsecraciones las mas humildes, las mas reverentes, las mas confiadas y las mas encendidas que puedan hacerse, segun las fuerzas del propio espiritu; á fin de alcanzar ayudas particulares, mayormente acerca de la ejecucion de lo que se ha determinado hacer. Porque como Jacob, despues de haber luchado con Dios en aquella célebre noche, protestó, que no le dejaria, sino le daba antes su bendicion: *non dimittam te, nisi benedixeris mihi;* (1) así nosotros despues de haber tratado con Dios todo el tiempo de la meditacion, no le hemos de dejar sin haber alcanzado de su Magestad con muchos ruegos una copiosa bendicion de gracias, de ayudas y una especial asistencia para la mejora de nuestra vida.

CAPITULO IV.

SE ALLANAN ALGUNAS DIFICULTADES QUE impiden á muchos el emprender, y á otros el continuar el santo ejercicio de la meditacion.

180 **M**uchos hay entre los seculares, que viven totalmente agenos del santo ejercicio de la meditacion, porque lo tienen por ejercicio propio solamente de religiosos, de letrados y de personas dotadas de grande entendimiento. Falsa persuasion, del todo contraria á la experiencia y á la razon. La meditacion consiste en el ejercicio de las tres potencias racionales, memoria, entendimiento y voluntad; y por eso quien tiene el uso libre de las tales potencias, puede tambien loablemente aplicarse al uso de meditar. ¿Hay por ventura persona tan idiota que no sepa ejercitar las dichas potencias acerca de los negocios temporales que se ofrecen cada dia? ¿Quién hay que para promover los intereses propios no sepa alegar sus razones? ¿persuadir las con el discurso? ¿aclararlas con semejanzas? ¿y hacerlas creibles con debidas ponderaciones? ¿Por qué, pues, no podrá hacer lo mismo acerca de los objetos espirituales? Es verdad que estos

(1) Gen. 32. 26.

están remotos de los sentidos; pero tambien es verdad que Dios con sus luces sobrenaturales los acerca al entendimiento, los hace visibles, y de esta manera hace hábil á esta potencia para hacer sobre ellos discursos muy útiles y provechosos. Despierta tambien con sus interiores mociones la voluntad á los afectos, para que pueda facil y santamente ocuparse en tales objetos. Decidme, ¿qué doctrina tenia una Catalina de Sena, una Teresa de Jesus, una Rosa de Lima, una Magdalena de Pazzis y mil otras vírgenes que no habian tenido otro estudio en todo el decurso de su vida que manejar la aguja, la rueca y el huso? ¿Qué doctrina poseía un S. Francisco de Paula, un S. Francisco de Asís, un S. Diego, lego franciscano, y tantos otros, que apenas habian puesto jamás los pies en las escuelas para aprender las letras humanas? Y con todo eso sobrepujaron en la práctica de la oracion mental á los ingenios mas elevados y á los letrados mas ilustres; antes traspasando los términos de la simple meditacion, subieron á los mas altos grados de la divina contemplacion. La razon es, porque el buen éxito de las meditaciones depende de la gracia divina, para la cual es mucho mejor disposicion una buena voluntad que un elevado entendimiento y un saber sublime, como dice Santa Teresa en estas palabras: *para la cual no son menester fuerzas corporales, sino solo amor.* (1) Ninguno, pues, por falta de doctrina ó de talentos naturales se retraiga del ejercicio de meditar cada dia alguna verdad de nuestra santa fé (si no fuese alguna persona muy ruda; ya que á estas, como he dicho otra vez, suple Dios con su gracia en las oraciones vocales): vaya delante de Dios con profunda humildad, y con una viva confianza en él, y Dios con sus socorros sobrenaturales obrará en él, lo que por su ignorancia no supiere por sí hacer.

181 Otros hay que emprenden la práctica de meditar diariamente los novisimos, ó la pasion del Redentor, ú otra verdad sobrenatural. ¿Pero qué? Experimentando despues en este modo de orar muchas y frecuentes distracciones, y una grande

(1) S. Ther. Fundac. c. 14.

inconstancia de mente, desmayan y pierden el ánimo; y creyendo desproporcionado este santo ejercicio á sus talentos, lo dejan y abandonan. Para que estos queden desengañados es necesario, que entiendan en donde está la falacia de su engaño, distinguiendo dos suertes de distracciones que pueden suceder en tiempo de sus meditaciones: unas son voluntarias y culpables, y otras involuntarias é inocentes. Si las distracciones que experimentan nacen, ó de la inconstancia de la fantasía, ó de la envidia del demonio, que despierta en su mente imaginaciones importunas para perturbar la quietud, é impedir el fruto de sus oraciones, y no son queridas ni aceptadas de ellos, no tienen razon alguna de desanimarse; porque dice Santo Tomas, que semejantes distracciones no impiden que la meditacion sea hecha con espíritu, y que sea santa y meritoria: *dicendum quod in spiritu & veritate orat, qui ex instinctu spiritus ad orandum accedit, etiamsi ex aliqua infirmitate mens postea evagetur.* (1) S. Agustin nos asegura que estas involuntarias distracciones no quitan á la oracion el fruto que se pretende sacar: *psalmis & hymnis, cum oras Deum, hoc versetur in corde, quod profertur in ore; evagatio verò mentis, quæ sit præter propositum orationis fructum non tollit.* (2) Y Casiano para consuelo de estas almas afligidas, llega á decir que no hay espíritu tan fervoroso y elevado, que á veces no sea asaltado en sus oraciones de estas vanas imaginaciones, y trasportado con el pensamiento de las cosas celestiales á las terrenas: *quis tantum spiritus potuit unquam retinere fervorem, ut non interdum lubricis cogitationibus ab ipsa quoque orationis intentione translatus, repente à cœlestibus ad terrena corruerit.* (3) Y S. Agustin añade de mas, que ni aun el Santo David, aunque tuviese tan alto comercio con Dios en la oracion, estaba evento de las distracciones; pues el mismo confiesa que se veía obligado de ir tras de su corazon, que en tiempo de la oracion huía de él, para conducirlo á Dios: *diceret unusquisque sibi con-*

(1) S. Tom. 2. 2. q. 84. art. 13. ad 1. (2) S. August. 11b. sent. PP. §. 9.
(3) S. Casian. col 23. c. 7.

tingere, & alteri non contingere (hoc est, pati mentis distractiones orando) nisi inveniremus in scripturis Dei David orantem quodam loco & dicentem: quoniam inveni, Domine, cor meum ut orarem ad te. Invenire se dixit cor suum, quasi soleret ab eo fugere, & ille sequi quasi fugitivum, & non posse comprehendere; & clamare ad Dominum: quoniam cor meum dereliquit me (1) Si las distracciones, pues, que la persona padece en sus meditaciones aunque sean frecuentes, no son voluntarias, ¿qué motivo tiene de acobardarse y caer de ánimo, y de abandonar un ejercicio tan santo, tan útil y devoto, cuando estos involuntarios pensamientos no desagradan á Dios, no privan del mérito á la oracion, no le quitan el fruto, y son tambien comunes á las personas mas santas y mas elevadas en Dios?

182 Mas si las distracciones fueren voluntarias y pecaminosas, (como sucede á quien en tiempo de la meditacion las busca por huir del tedio; ó viniéndole improvisamente, las abraza, se detiene y advertidamente se apacienta de aquellas inútiles y vanas representaciones); ni aun en este caso deberia dejar las acostumbradas meditaciones; sino antes corregirse y enmendarse de semejante falta, y proseguir constantemente en la meditacion. Y así como si alguno comiendo comete frecuentemente pecado de destemplanza, no por eso debe dejar de comer con perjuicio de la salud ó de la vida, sino enmendándose de aquel defecto, debe tomar como los otros á los tiempos debidos el necesario alimento: así el que acostumbra á faltar en las meditaciones, consintiendo con advertencia á los pensamientos distractivos de la mente, no debe dejar las meditaciones con daño de su espíritu; sino desechando las distracciones, debe aplicarse en adelante con mayor atencion á la consideracion de las máximas eternas.

183 La una y otra especie de distraccion fué mostrada en vision al abad Macario, para nuestra instruccion y reglamento, como se refiere en las vidas de los Padres. (2) Se presentó una noche el demonio á la celda del siervo de Dios en forma de mon-

(1) S. August. in Psalm. 85.

(2) Lib. sent. PP. & 39.

ge, y tocando á la puerta, levántate, dijo, Macario, y anda á la Iglesia en donde ya se juntan los monges á hacer oracion. El santo hombre conoció con luz de Dios, que aquel no era lo que mostraba ser; sino que debajo de aquella mentirosa apariencia de monge estaba escondido un verdadero demonio; y por eso levantando la voz: ¡ah falsario, le dijo, ah mentiroso! ¿y que tienes tú que hacer con la oracion? ¿Que tienes tú que hacer con la junta de los siervos de Dios? Entonces respondió el demonio: ¿y no sabes que los monges no hacen oracion sin mí? Si no lo sabes, ahora lo verás con tus mismos ojos. Fuése, pues el Santo Abad á la Iglesia, porque en la realidad ya era la hora en que se juntaban los monges para pasar el resto de la noche en cantar salmos, y en devotas contemplaciones. Llegado allá, se puso en oracion, y comenzó á rogar á Dios que le hiciese conocer si era verdadero aquello de que se habia gloriado el demonio acerca de la oracion de los monges: cuando de improviso vió toda la Iglesia llena de negrillos, que á manera de ratones andaban velozmente de esta parte y de la otra. En comenzándose despues á cantar salmos en el coro, vió que algunos de aquellos negros ponian un dedo en la boca de algunos monges, y estos luego abrian la boca y bostezaban; que á otros les ponian dos dedos sobre los ojos, y ellos los cerraban al punto, bajaban la cabeza y se adormecian; y á otros hacian otros diversos insultos con que les perturbaban el sagrado canto. Acabado el rezo de los salmos, se pusieron todos en oracion mental. Y entónces vió S. Macario que aquellos feos etiofes se transformaban, quien en forma de muger en ademán de ser galanteada; quien en figura de albañil en acto de fabricar una casa; quien en forma de pasagero pronto para hacer un viage; y quien en otras estrañas formas y apariencias: vió mas, que habiéndose transfigurado de varias maneras, se ponian á la presencia de los que meditaban, para ser vistos de ellos debajo de aquellas vanas semejanzas. Pero observó el Santo que apénas comenzaban los demonios á formar aquellas importunas representaciones á los ojos de algunos monges cuando al punto se po-

nian en huida; ni se atrevian mas á acercarse á ellos, antes ni aun á pasar por delante. Al contrario delante de otros se detenian largamente á representar aquellos vanos fantasmas; les saltaban encima, bailaban á su contorno, y tomaban á costa de ellos un vil entretenimiento y recreo. Acabada la oracion llamó á sí Macario á todos los monges, y les preguntó uno á uno, que cosa les hubiese pasado por el pensamiento en tiempo de la oracion mental; y halló que todo lo que él habia visto que formaban los demonios por defuera, les habia sido representado de los demonios allá dentro; y que los demonios habian huido precipitadamente de todos aquellos que habian desechado prontamente sus vanas representaciones; y que se habian entretenido para burlarlos y mofarlos con todos aquellos, que habian detenido voluntariamente su mente sobre las imaginaciones impropias y pensamientos distractivos.

184 De aqui se ha de inferir, cuanta verdad sea lo que dice Casiano, que es imposible que nuestra mente no padezca en la oracion algunas distracciones no pudiendo impedir nosotros que no entre el demonio en nuestra imaginativa para despertar la especie de este ó aquel objeto; pero está sí en nuestra mano el rechazar semejantes imaginaciones despues de levantadas: de manera, que no nos sirvan de daño, ni disminuyan un punto el mérito y fruto de nuestra meditacion: *mentem quidem non interpellari cogitationibus, impossibile est; suscipere vero eas, sive respuere, omni studenti possibile est. Quemadmodum igitur ortus earum non omnimodé pendet á nobis, ita reprobatio & electio consistit in nobis.* (1) Por eso ninguno debe desanimarse, ni dejar el uso de meditar por mas que sean importunos y continuos los pensamientos distractivos que le apartan de Dios; sabiendo que no pueden estos, queriendo estar él sobre sí, quitarle el provecho que quiere sacar de tan devoto ejercicio.

185 Pero lo que puede ayudar mucho á la persona espiritual, para impedir estas molestas vagueaciones, es la presencia de Dios hecha con la mayor firmeza y viveza de fé que le

(1) Cassian. col. 1. c. 17.

sea posible; porque si estando ella á la presencia de su príncipe no osaria, como dice S. Basilio, revolver los ojos á éste ó á aquel objeto, sino que se contendria delante de él con la debida atencion y compostura: ¿cuánto menos se atreverá á vagar con la mente en pensamientos terrenos, quien cree con viva fé que se halla en la presencia de aquel gran Dios, que penetra con su vista la mente y el corazon? *Si enim principem aliquis, aut præsidem intuens, & cum eo loquens, oculos ab ea dimovere non solet: qui non tandem credibilis est intentam mentem habiturum illum, qui Deo preces adhibeat, in eum, qui scrutatur corda & cogitationes?* (1)

186 Mas si no obstante estas diligencias, viniere el demonio á ponerle en la mente imaginaciones de cosas mundanas, vuelva al punto la persona á la presencia de Dios, y confúndase delante de su Magestad de aquella su irreverencia, bien que involuntaria, y de este modo vuelva á conducir á Dios (como hacia el Santo David) su corazon inconstante y fugitivo. Y así como Abrahán, como dice S. Gregorio, apartaba prontamente aquellas aves de rapiña que se arrojaban sobre la víctima, cuando él estaba en el acto de sacrificarla al Altísimo: así en comenzando en tiempo de la oracion mental á revoletear por la mente estos pensamientos importunos con que tienta el demonio de robarnos parte de aquel sacrificio, que estamos haciendo entónces á Dios de nuestro corazon; arrojémoslos prontamente de nosotros, con volvernos á la presencia de aquel Dios á quien estamos ofreciendo entónces en holocausto nuestros afectos: *nam sæpe in ipso orationis sacrificio importunæ se cogitationes ingerunt, quæ hoc rapere, vel maculare valeant, quod in nobis Deo flentes immolamus. Unde Abraham, cum ad occasum solis sacrificium offerret, insistentes aves pertulit, quas studiose, ne oblatum sacrificium raperent, abegit. Sic nos cum in ara cordis holocaustum Deo offerimus, ab immundis hoc volucris custodiamus, ne maligni spiritus & perversæ cogitationes rapiant, quod mens nostra offerre se Domino utiliter sperat:*

(1) S. Basil. Regul. brevio.

(1) Y si cien veces le sucedieren en la misma meditacion estos desvios, torne cien veces, sin desanimarse un punto, á meterse con humildad en la presencia de Dios y á tomar el hilo de sus devotas consideraciones. De esta suerte su oracion mental, á pesar de todas las distracciones, será muy agradable á Dios y muy fructuosa á su espíritu.

CAPITULO V.

SE ALLANAN OTRAS DOS DIFICULTADES QUE apartan á muchos del ejercicio ya emprendido de meditar.

187 **S**e encuentran personas espirituales tan débiles, que mientras sienten en sus meditaciones un cierto afecto dulce y agradable las frecuentan y alargan, y no querrian apartar jamas la mente de aquellas consideraciones, que les engendran en sus corazones una devocion tan deleitable. Mas si despues seca Dios la fuente de estas consolaciones sensibles y las deja en sequedad de corazon, en tinieblas, en oscuridad y en desolacion de espíritu, pierden toda la estima y afecto á la oracion mental, pareciéndoles que aquellas oraciones secas hechas sin pasto de devocion sensible, nada valen en los ojos de Dios, y nada sirven para su provecho; antes pasan adelante á creer que aquel meditar árido y seco sea un perder tiempo, y que podrian ocuparse mejor en otra cosa, y con mayor aprovechamiento: y engañadas de estas falsas ideas, ó dejan este santo ejercicio, ó lo abrevian, ó se ocupan en él con mucho descuido. Estos deben acordarse de lo que dije cou Santo Tomás en el primer capítulo de este artículo; es á saber, que la sustancia de la verdadera devocion no está en el sentido, sino en la voluntad pronta á los actos de obsequio, de honor y servicio de Dios: el afecto sensible y suave que de estos actos prontos de la voluntad redundá á veces á la parte inferior, y se hace sentir con dulzura, es un mero accidente de la devocion, el cual,

(1) S. Greg, Moral. lib. 16. c. 19.

que lo haya ó no lo haya nada importa. La oracion que Jeshu-
cristo hizo en el huerto de Getsemani, fué una oracion en su-
mo grado árida y seca; antes llena de tédios, de melancolias y
de mortales desmayos: y con todo eso fué una oracion la mas
devota y la mas meritoria, que jamas se haya hecho en el
mundo; porque si bien orando el Redentor en presencia de su
Eterno Padre, no experimentaba algun afecto sensible que le
confortase; con todo eso se conformaba con gran prontitud de
voluntad con el beneplácito de su divino Padre, y se ofrecia
pronto á padecer y morir por la salud del género humano. Así, si
hallándose un alma en sus meditaciones mas seca que una pie-
dra, se conforma sin embargo con el querer divino, se humilla
en la presencia de Dios, persevera constantemente, y hace se-
camente aquellos propósitos, aquellas súplicas y aquellos otros
afectos que acostumbraba hacer sensiblemente en sus oraciones
dulces y regaladas; está ella llena de devocion sustancial, por
mas que le parezca estar totalmente vacía de ella. Antes estas
meditaciones secas suelen ser al alma (si hace su deber) de
mayor mérito que ciertas otras meditaciones llenas de afectos,
y colmadas de espirituales consuelos; porque sujetándose en su
oracion penosa á la voluntad de Dios, humillándose, ofreciéndose,
rogando, suplicando, ayudándose de varios modos, debe
necesariamente hacerse violencia á sí misma para vencer la re-
pugnancia de la naturaleza árida y desconsolada. Por lo cual los
actos de la voluntad, en los cuales está todo el jugo de la devo-
cion y del mérito, salen mas fuertes, mas intensos, y mas meri-
torios; y por eso si en las tales meditaciones secas se consume el
cuerpo, se engruesa el alma; y si la parte animal se debilita, se
hace mas vigoroso y mas robusto el espíritu.

188 En confirmacion de esto referiré las palabras que di-
jo Dios un dia á la virgen Santa Gertrudis, y las trae Ludo-
vico Blosio: *vellem electis meis persuasum esse, quod eorum
bona exercitia & opera omnino placent, quando ipsi serviunt ex-
pensis suis. Illi autem expensis suis mihi servitium præstant, qui
licet saporem devotionis minimè sentiant, fideliter tamen, ut*

possunt, orationes & alia pia exercitia sua peragunt, Considerantes de pietate mea, quod ego libenter & grate suscipiam. (1) Querria, dijo Dios á la di. la Santa, que mis escogidos se persuadiesen esta verdad, que á mi me agradan mucho sus oraciones y buenas obras, cuando ellos me sirven á sus expensas propias. El servirme á sus expensas consiste en esto, que no sintiendo ellos afecto alguno de su rosa devocion, sin embargo hagan fielmente sus oraciones y piadosos ejercicios del mejor modo que pueden; y se fien de mí, que todo lo aceptare de buena gana por mi bondad. Aquí añadió el Señor las siguientes notables palabras: *plerique sunt, quibus si sapor & consolatio interna concederetur, non eis prod. sset ad salutem, & meritum ipsorum valde minueretur.* Sepas, Gertrudis, que la mayor parte de las personas pias son tales, que si yo les diese sabor y consolaciones de espíritu, no serviria esto para su salud; y en lugar de aumentar su merito, lo disminuiria mucho. Cuan cierto sea esto. lo muestra muy mucho cada dia la experiencia, cuando vemos que gran parte de las personas espirituales se sirven de las consolaciones que Dios les da, ó para apacentar el amor propio, pegándose á ellas; ó para criar una cierta vana complacencia, pareciéndoles que estan muy adelantadas en las virtudes que ejercitan, no por hábito adquirido, sino por impulso de la gracia sensible; ó para dar fomento á la soberbia, prefiriéndose á otros que no los ven obrar con semejante fervor. Y por eso semejantes sensibilidades, aunque engendradas de la divina gracia en sus corazones, les salen tal vez dañosísimas por su culpa. No haya, pues, quien haga poco aprecio de las meditaciones áridas, secas y tenebrosas, ni quien las abandone como inútiles é infructuosas; pues estas tal vez suelen salir mas útiles, seguras y meritorias, que las meditaciones sabrosas y llenas de consuelos.

189 Hay otros tambien que de la sequedad que sienten en sus meditaciones, sacan la nécia consecuencia de ser abandonados de Dios; porque no sintiéndolo ya en el corazón, se persua-

(1) Blas. monit. spirit. c. 3. §. 3.

den que se ha retirado del todo de ellos, y les ha vuelto las espaldas; por lo cual tambien estos facilmente se inducen á dejar sus acostumbradas meditaciones. Ha llegado á sucederme el encontrar quien por este tan frivolo motivo se habia precipitado en el abismo de una total desesperacion. Estos tales estan tan lejos de la verdad, que antes la sequedad, las desolaciones, la oscuridad y tinieblas, son las mas veces señal de un especialísimo amor que Dios tiene al alma; queriendola levantar por estos medios á un grado de mayor perfeccion, y tal vez al dón de una mas alta y mas favorecida oracion. Para que se entienda el modo con que sucede esto, se ha de saber que Dios suele tener con las almas esta conducta: en el principio de la vida espiritual les dá muchos consuelos sensibles y mucha suavidad, á fin de cebarlas con aquella dulzura para su santo servicio, y despegarlas de los deleites del mundo, y animarlas á la oracion y á la práctica de las cristianas virtudes, como hacia el Apóstol á los de Corinto: *tamquam parvulis in Christo lac vobis potum dedi, non escam, nondum enim poteratis: sed nec nunc quidem potestis; adhuc enim carnales estis.* (1) Como á niños de Jesucristo, les dice S. Pablo, os he criado con la leche dulce, y no con manjar duro; porque siendo tiernos en el espíritu, no erais capaces de un sólido alimento, y ni aun ahora lo sois. Mas cuando ve Dios despues que el alma está bien fundada en la resolucion de servirle, y que no volverá tan facilmente á apacentarse con las cebollas de Egipto, entonces retira de ella la dulzura de la gracia, y la priva de aquel sabor y fervor sensible que antes experimentaba en sus devotos ejercicios; y esto á fin de que habiéndose ya desasido de los placeres carnales, se despegue tambien de los deleites espirituales; y comience á obrar el bien, no por gusto, sino por verdadera y sólida virtud: á fin tambien de perfeccionar sus mismas meditaciones, traspasándola por medio de estas penosas desolaciones de las dulzuras espirituales del sentido á las nobles inteligencias del espíritu, como dice Isaías: *quem docebit scientiam? Quem intelligere faciet*

(1) I. Cor. 3. 2.

audium? ab lactatos à lacte, avulsos ab uberibus. ¿A quién dará Dios la ciencia y la inteligencia de las cosas divinas, dice el Profeta, sino á aquellos que estan ya destetados de la leche de las sensibles consolaciones? Y de hecho con dificultad se encontrará alguna alma santa que no haya pasado por el trabajo de una larga sequedad, y por medio de ella no haya sido refinada de Dios en la virtud, y sublimada á mas alto grado de oracion.

190 Explicaré todo esto con una bella vision: (1) una Santa matrona asistia al santo sacrificio de la Misa, á que estaban presentes tambien tres devotas muchachas. Despues de la consagracion y elevacion de la Hostia vió sobre el altar á Jesucristo niño con el rostro todo resplandeciente y luminoso. Poco despues le vió bajar del altar, y que se iba prestiroso á donde estaban aquellas tres doncellas. Llegado á ellas, extendió el brazo al cuello de la una, y con tiernos abrazos la apretó á su seno, le dió muchos ósculos, y le hizo muy amorosas caricias. A otra le levantó el velo de la cara, cuando bastaba para que ella pudiese verle y aficionarse con su vista. Acercándose despues a la tercera, la tomó con una mano, y con la otra comenzó á darla bofetadas en el rostro, y á golpearla con los pies. Hecho esto, se volvió el divino niño al altar, y habiendo subido sobre su mesa, desapareció la vision. Quedó atónita la matrona á esta vista, y juntamente deseosa de saber el significado de aquellos diversos tratamientos, que Jesucristo habia hecho á aquellas devotas doncellas. Oyó el Señor su buen deseo, y con locucion interna, clara y expresa, comenzó á decirle: que la primera doncella era una alma debil é inconstante, y que le hacia en la oracion muchas caricias, porque de otra suerte le habria vuelto presto las espaldas y tornado á los placeres del siglo. Que la segunda era menos debil, y por eso para mantenerla en su servicio, bastaba que la diese alguna noticia clara de sí, y algun pasto de dulce afecto en sus acostumbradas oraciones. Pero que la tercera era su querida Esposa: porque no obstante cualquier amargura de sequedad, aspereza y trabajo, con que la affli-

(1) Spec. Exemp. dist. 9. ex 202.

gia, estaba siempre constante en su servicio, y persistía siempre fiel en su amor.

191. ¿Quién oyendo la narracion de la predicha vision, no habria creído que la primera virgen tan acariciada del divino niño, no fuese un alma muy escogida; que la segun la tratada de Jesucristo con modos tan amigables, no fuese un alma de mucha perfeccion, y que la tercera golpeada con tanta aspereza no fuese una alma reprobada, y ya rechazada del divino Infante? Y sin embargo no fue así: antes aquellas que recibían favores en la oracion, eran las menos perfectas; y la que padecía amarguras de espíritu, era una Santa. Tan cierto es, que las sequedades que suceden en la meditacion son de ordinario señales del amor que Dios tiene al alma, y no de abandono como algunos ne iamente se persuaden: queriendo el Señor por estos melics amargos y desabridos conducirla á mas alto grado de perfeccion, y aun tal vez de contemplacion. Ninguno desconfie, pues, ninguno se desanime, ninguno desespere por semejantes desolaciones, ni por causa de ellas se induzca jamas á dejar las acostumbradas meditaciones; sino que procure cada uno en tiempo de semejante sequedad de espíritu proceder con conformidad, con humildad, con paz y con constancia, sabiendo las grandes ventajas que de esto le pueden provenir.

192. La otra dificultad que retarda á algunos de proseguir en la práctica de la santa meditacion son las tentaciones. No hay cosa que mas desagrede al demonio, que una alma dada á la oracion mental; porque sabe el gran bien que de ella le resulta; y perseverando ella constante, desespera el maligno de cogerla en su red. Por eso ingiere mil jesimas sugerencias en la mente de quien medita, y usa de mil artes y estratagemas para apartarle de un tan útil y devoto ejercicio. A algunos en que rieron recogerse para Dios, les pone fantasmas impuros en la mente; á otros pone pensamientos contra la fé; en otros despierta espíritu de blasfemias; en otros escrúpulos, en otros desconfianzas y en otros mil pensamientos turbulentos é inquietud de pasiones. Mas no debe, dice S. Basilio, acorbardarse la per-

sona espiritual por semejantes molestias, y mucho menos abandonar las meditaciones, como que ellas fuesen la causa; sino que ha de combatir generosa por amor de aquel Dios, en cuya presencia ya se halla, hasta que viendo el Señor su constancia, y complaciéndose, se mueva a piedad de ella, y con un rayo de su divina luz disipe aquellas tinieblas y turbaciones diabólicas, de que siente ocupada su mente y su corazón: *quod si flagitiosarum cogitationum vis vehementior insurgat, nec sic quidem deiciendus est animus, neque suscepta certamina ex dimidia parte confecta derelinquenda, sed eo usque obfirmate perdurandam, quoad Deus, perspicua nostrae constantia, gratia Spiritus Sancti nobis affulge 1. (1)*

193 Estando un día Santa Efigia molestanda de graves tentaciones en tiempo de su oracion, le apareció la Virgen Santísima, y la dijo las siguientes palabras referidas del sobrecitado Blosio: *duobus explorator invitus quatit impedire bonos, dum orant. Tu vero fia, quantumcumque tentatione pulseris inter orandum, persiste in desiderio, vel bona voluntate & conatu sancto, sicut commode potes; quia desiderium & conatus tuus pius reputabitur pro effectu orationis. Etiam si pravas & sordidas cogitationes que cordi tuo incidunt, ejicere non poteris, tamen pro illo conatu coronam in caelo recipies: ita tibi proderit illa molestia, modo non consentias tentationi, sed tibi displiceat quod indecens est. (2)* El demonio, dijo la Virgen Santísima á esta Santa, envidioso del bien de otros, anda siempre dando vueltas para impedir la oracion de las almas buenas. Pero tú, ó hija, por mas que bramen furiosos al rededor de tí los demonios con sus tentaciones, persiste constante en la buena voluntad y deseo de orar, y procura con todo esfuerzo de hacer lo que puedes; porque el mismo santo deseo de orar, el mismo conato y las mismas industrias que pones para orar devotamente, serán el fruto de tu oracion. Y aunque no pudieses desechar aquellos pensamientos sucios é inmundos, que el demonio te pone en el corazón; con todo eso por aquel esfuerzo,

(1) S. Basil const. monast. c. 18. (2) Blos. monit. spir. c. 3 & 4.

que hubieres hecho para alejarlos, y para mantenerte en la presencia de Dios, recibirás en el cielo una corona de inmarcesible gloria. De esta manera las mismas molestias de las tentaciones que te asaltaren en la oracion, te serán de grande ayuda; con tal que tú no les des algun consentimiento, sino que te causen disgusto. Reflexione seriamente sobre estas palabras cualquiera que padeciere tentaciones en tiempo de sus meditaciones, y de la doctrina que sugirió Maria Santisima á su querida Brigida, tome ánimo y regla para portarse, como debe, entre semejantes contráste para ser fiel á Dios.

194 Ni contento el demonio de molestar con sugerencias interiores á las almas devotas, para apartarlas de la oracion mental, se ingenia tambien á veces, para aterrarlas con ruidos exteriores, y con vistas espantosas á propósito para causar terrores: para que ellas atemorizadas corten á lo mejor el hilo de sus santas consideraciones, y pierdan el fruto. Guárdese, pero, el que padece semejantes molestias de ceder el campo al enemigo con retirarse de la oracion, aterrado de sus vanos espantajos; porque de otra suerte, viéndose él victorioso volveria frecuentemente á hacerle semejantes insultos. Aprenda de los Santos, que asaltados de los enemigos infernales de mil maneras espantosas, persistian en sus devotas meditaciones con invencible constancia; y así obligaban al demonio á huir de ellos confuso y avergonzado. Léese de Santo Domingo: (1) que orando en la Iglesia, envidioso el demonio precipitó desde lo alto una grande piedra que hizo retumbar todo aquel templo, y pasó tan cerca del Santo, que llegó á tocarle los cabellos. Mas el Santo no se movió un punto, como si una piedra hubiera caido junto á otra. Por lo cual confuso el demonio á vista de tanta constancia, huyó con grande estrépito. De S. Francisco de Asis refiere S. Buenaventura: (2) que el enemigo para apartarle de sus contemplaciones y ponerle en huida, movia algunas veces estrépitos horrendos sobre el techo de la iglesia, ó de la pieza en que estaba orando, y le hacia resonar en los

(1) Theod. de Apol. in vita c. 12. (2) S. Buenav. in vita ejus.

cidos rugidos de toros, rugidos de leones, bramidos de osos, ahullidos de lobos; pero él intrépido venid, les decia, venid, pues, á golpearme y hacer de mí cruel destrozo, si tenéis licencia. Pero aun es mas admirable lo que cuenta S. Nilo (1) de aquel Monge, que arrojado de los demonios por el aire, á manera de una pelota de juego, con todo eso no interrumpió su oracion, hasta que la hubo enteramente cumplido. O lo que se refiere en la historia de nuestra Compañía (2) de aquel religioso por nombre Bernardo, que no se apartaba de su oracion, aunque el demonio en figura de horrible serpiente subiéndole por el vestido hasta el cuello, y de aquí metiéndosele por dentro de la camisa, se le enroscaba por el cuerpo, y le apretaba sobre las desnudas carnes por toda la cintura. Si quisiera referir las visiones horrendas con que el demonio se ha presentado á los ojos de los siervos de Dios mientras oraban, tendria mucho que decir, estando llenas las historias de semejantes apariciones espantosas. Me ceñiré por tanto á lo que cuenta S. Geronimo de S. Hilarion en su vida: *interdum orantem lupus ululans, vel vulpecula ganniens transilivit, psalenticque gladiatorum pugna spectaculum præbuit, & unus quasi interfectus, & ante pedes ejus corruens, sepulturam rogavit. Oravit semel fixo in terram capite, & ut natura fert hominum, abducta ab oratione mens nescio quid aliud cogitabat. Insiluit dorso ejus fœtus gladiator, & latera ejus calcaribus, cervicem flagello verberans: eja, inquit: cur dormis? chachimmansque desuper, cum defecisset, an hordeum vellet accipere, sciscitabatur.* Cuenta el Santo Doctor, que mientras S. Hilarion hacia oración el demonio se le aparecia en forma de lobo que ahullaba; ahora en forma de zorra que gruñia: y una vez se le escuadrónó delante de los ojos el atroz espectáculo de los gladiadores; y le pareció á él, que veia á uno de aquellos combatientes que herido de muerte caia á sus pies, pidiéndole el honor de la sepultura. Otra vez orando el Santo con la frente en tierra, le pasó por la mente, no sé que distraccion.

(1) S. Nilo de orat. c. 105. (2) Hist. Soc. Jésu part. 2 lib. 1. n.º 139.

Y el demonio tománlo aquella ocasion, se le subió sobre las espaldas; y golpeándole con las espuelas en los flancos, y con el azote en la cabeza; ea, ánimo, le decía, ánimo, ¿por qué te duermis? Y porque el siervo de Dios debajo de aquel peso, y de aquellos grandes golpes desfallecia; el demonio sonriéndose y burlándose de el, le decía: ¿quieres que te de un poco de cebada para restaurarte?

195 He querido insinuar estos pocos sucesos entre millares que se podrian contar; para que vea el lector la constancia con que es menester combatir y perseverar en la oracion mental, cuando tal vez viniere el demonio á asaltarnos, ó con sugestiones internas, ó con terrores exteriores. Y con luire con S. Cipriano: *claudatur contra adversarium pectus, & soli Deo pateat: nec ad se hostem Di tempore orationis adire patiatur, obrept enim frequenter & penetrat; & subtiliter fallens, preces nostras à Deo avocat.* En tiempo de la oracion, dice el Santo Doctor, ciérrese el corazon al demonio, y abraze solo á Dios; ni á aquel se dé alguna entrada ó abertura, porque el traïdor entra furtivamente de mil maneras, y penetra muy adentro, y engañándonos aparta nuestros ruegos de Dios.

CAPITULO VI.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR SOBRE el primero, segundo y tercero capitulos del presente articulo.

196 **A**dvertencia primera: de lo dicho en todo este articulo habrá comprendido bien el director, que queriendo conducir una alma á la perfeccion cristiana, es necesario que la induzca á hacer cada dia por algun espacio de tiempo la meditacion sobre alguna verdad maciza de las de nuestra santa fé. Podrá con sus santas exortaciones arrancar del corazon de los penitentes algun defecto, y desarraigar alguna mala costumbre; pero no podrá con sus palabras introducirles un ejercicio frecuente, y casi continuo de moralizacion y de virtud tan necesario para conseguir

la perfeccion; porque ésta depende de un gran temor y amor de Dios, el cual, como dice el Angélico arriba citado, y la misma experiencia lo demuestra, difícilmente se pueda radicar en el corazón sin el ejercicio de meditar. Yo no digo que haya de aconsejar el uso de las meditaciones á los labradores del campo y á los artifices, que desde la mañana hasta la noche estan ocupados en obras manuales y no tienen tiempo ni forma de emplearse en este loable ejercicio. Digo solamente, que debe insinuarse á personas que si quieren, pueden dedicar alguna particilla del dia á estas santas consideraciones, y especialmente á personas inocentes ó de buenas costumbres, en quienes obra mucho la divina gracia por la buena disposicion que en ellas se encuentra, y hacen grandes progresos, y á ciertas personas á quienes Dios con ocasion de alguna mision, sermon, ó confesion general, ha dado una especial compacion, y una fuerte resolucion de mudar de vida; porque la gracia de Dios cultivada con el estudio de las meditaciones, perfeccionará la obra que en estos tales haya emprendido con gran vigor. Pero sobre todo á los religiosos y á los eclesiásticos, que habiéndose dedicado al divino servicio, están obligados mas que otros á atender á su perfeccion y consiguientemente á procurarla tambien con el uso de las meditaciones, que del Crisóstomo son llamadas: *basis & radix omnis virtutis*: basa y raiz de toda virtud: y en otro lugar, *omnis virtutis caput*, cabeza y origen de donde se derivan todas las virtudes. (1)

197 En tiempo que la corte de España se hallaba en Madrid, llegó allá el Padre Pedro Fabro, varon de santísima vida, y primogénito de los nueve Compañeros que el Patriarca San Ignacio juntó para fundar su Religion. Llegóse á él un caballero á pedirle algun consejo que le sirviese de regla para enlazar su vida y conducir su alma con seguridad á la salvacion. Hubiera querido el Padre proponerle luego la práctica de las santas meditaciones, como el medio mas seguro para conducir á salvamento, y para perfeccionar cualquier alma que tenga

(1) Chrysost. lib. 1. de orat. Deum. & lib. 2.

lumbre de razon y de fé; mas viéndole todo entregado á las galas, y perfumado de olores, juzgó que esta palabra *meditacion* parecería una voz bárbara en los oidos de un hombre criado entre los regalos y esplendores de la corte. Encontró por tanto un bello estratagema para introducirle en la meditacion sin nombrársela. Haced así, le dijo: andad de euando en cuando haciendo reflexion dentro de vos mismo sobre estas palabras: *Cristo ayuno, y yo harto: Cristo desnudo, y yo bien vestido; Cristo entre penas y tormentos, y yo entre comodidades y delicias*. Dicho esto calló. El caballero le dió gracias por el buen consejo y se fué; pero murmurando consigo mismo de Fabro, que siendo tenido por tan grande maestro de espiritu le hubiese dado un recuerdo tan trivial, que él mismo, no siendo aun discípulo en la escuela del espiritu, habria sabido dar otro semejante y aun mejor. Con todo eso iba repasando tal cual vez aquellas palabras; pero sin algun sentimiento de devocion; motejando mas á Fabro de simple que reprendiendo la delicadeza y blandura de su vida. Un dia, pues, hallándose en un suntuoso convite entre vinos exquisitos y viandas delicadas, se puso seriamente á reflexionar sobre las dichas palabras, y á ponderar la desconveniencia de aquella verdaderisima contraposicion: y repitiendo varias veces el mismo pensamiento, se conmovió tanto, que comenzó á gemir y despues á llorar tan deshechamente, que se vió obligado á retirarse del convite para dar algun desahogo á la avenida de lágrimas que con ímpetu le brotaba del corazon. De aquí se partió en Lusca del padre Fabro, á contarle todo lo sucedido: y el varon de Dios, viéndole en mejor disposicion, le exhortó con términos claros á emprender el ejercicio de meditar cada dia alguna de las sólidas verdades de la fé: dióle reglas é instrucciones acomodadas para practicar fructuosamente este santo ejercicio, y por este camino le condujo á mejor forma de vida. (1) Discurra ahora el director así: si una consideracion hecha por aquel caballero sobre una verdad evangélica, sin ánimo de meditarla, tuvo tan-

(1) Bartoli grand. de Cristo c. 10.

ta fuerza para ablandarle el corazón: ¿qué fuerza no tendrá sobre nuestros corazones la práctica de meditar todos los días, ó los novísimos, ó la vida y pasión del Redentor, ú otras verdades católicas? Finalmente, saque de esto el querer insinuar una tan santa costumbre á todos aquellos penitentes, en quienes reconociere una suficiente capacidad para hacer este tan provechoso ejercicio.

198 Advertencia segunda: esté muy atento el director, para que los penitentes que ya hubieren emprendido el cotidiano ejercicio de las santas meditaciones, no comiencen á dejarlas por motivos ligeros y mucho menos, como dije arriba, por las distracciones, tédios, sequedades y tentaciones que les ocurren en tiempo que se entretienen con Dios meditando; porque viniéndoles el demonio una ú otra vez, corren gran peligro de que les induzca á abandonarla para siempre. S. Edmundo solia hacer cada dia meditacion, y para materia de ella habia escogido la dolorosa pasión del Redentor. (1) Un dia ocupado en estudios y distraido en otras ocupaciones, la dejó. Al tiempo de echarse á la cama para descansar, he aqui, que vió aparecersele el demonio en figura horrible y espantosa. El levantó al punto la mano derecha para armarse contra el enemigo con la señal de la cruz; pero el demonio le agarró de la mano, para que no pudiese hacer aquella señal para él tan formidable. Entonces levantó el Santo la mano siniestra para santiguarse á lo menos con ella, mas el enemigo le cogió tambien de la mano siniestra, y se la puso inmóvil. Viéndose el siervo de Dios desarmado por defuera, se armó por dentro con la oracion contra el enemigo que le asaltaba. A ésta no pudiendo resistir el adversario, cayó desanimado y vencido entre la cama y la pared. Entonces viéndose Edmundo vencedor, se hizo agresor de su enemigo, se le abalanzó y le cogió por la garganta: ea, le dijo, te mando por la sangre de Jesucristo que me digas, cual es el arma con que yo puedo hacerte mas daño y refrenarte. El demonio respondió, que era puntualmente aquella sangre divina

(1) Vidéase. Balzac. Spec. hist. lib. 31. c. 76.

que habia nombrado. Y en la realidad habia ya mostrado el p^{er}fidio con los hechos cuanta verdad fuese esto; porque puntualmente aquel dia en que Edmundo no habia hecho la acostumbrada meditacion sobre la sangre y pasion del Redentor, el demonio habia tenido osadia, fuerza y vigor para darle tan fiero asalto. Verá el director, si no es cauto, suceder lo mismo no pocas veces a sus discipulos: quiero decir, que verá en aquél dia en que habrán dejado la acostumbrada meditacion, prevalecer el demonio, y hacer que caigan en alguna notable faltá: y si esto sucediere muchas veces, los verá al fin del todo enagenados de la oracion mental con grave daño de ellos. Vele, pues, para que no les suceda un tan grande mal.

199 Advertencia tercera: la materia de las meditaciones que prescribira el director á sus discipulos, deberá ser acomodada al estado de cada uno. A los principiantes que estan en la via purgativa, les convienen aquellas meditaciones que son mas aptas para despertar un santo temor y una viva contrición de sus culpas: como por ejemplo, la meditacion de la muerte, del juicio, del infierno, de la eternidad, de la fealdad del pecad^o, y otras semejantes. A los proficientes que estan en la via iluminativa, son bien acomodadas las meditaciones de la vida y pasion del Redentor, que dan ánimo para adquirir las virtudes. A los perfectos que se hallan en la via unitiva, son proporcionadas las meditaciones de las perfecciones y atributos divinos, como los mas idóneos para engendrar un perfecto amor, que los una con Dios. Mas este repartimiento de meditaciones no impide que cada uno pueda, y aun deba algunas veces aplicarse á las meditaciones que pertenecen á otro estado, y especialmente á las consideraciones de la vida de Cristo, y de su santisima pasion, de la cual ning^uno en cualquier estado que se halle, debe jamás alejarse; porque, como dice bellamente S. Agustin, Jesu-cristo es el camino por el cual hemos de ir á Dios; ni nos conviene buscar otro camino diverso, sino queremos errar: *filius Dei, qui semper in Patre veritas & vita est, assumendo hominem factus est via. Ambula per hominem, & pervenis ad Deum. Per*

ipsum vadis, ad ipsum vadis. Noli quærere, qua ad ipsum pervenias prater ipsum. Si enim via ipse esse nolisset, semper erraremus. Factus ergo est via, qua veniis. Non tibi dico, quære viam: ipsa via ad te venit: surge, & ambula. Ambula moribus, non pedibus. (1)

200 Dice Blosio, que el Redentor muchas veces reveló á sus carisimas esposas Santa Gertrudis, Santa Brigida, Santa Matilde y Santa Catalina de Sena, euan accepto es á su Magestad, y euan provechoso al alma, el meditar atenta y devotamente las penas de su amarguísima pasion; y aunque las Santas estaban ya levantadas á sublimes eontemplaciones, no dejaban por eso de tener fijos en la mente y en el corazon los acerbos dolores de su divino Esposo: *frequentis me Dominus Jesus revelavit charissimis suis sponsis Gertrudi, Brigite, Mathildi, Charitarinæ, quam sibi acceptum, & homini fructuosum recolere passionem Christi, pa, humili & sincera attentione, vel devotione. Quod & ipsæ devotissimè fecerunt. Nam & eandem Domini Jesu passionem (quæ licet amarissima, acerbissimaque fuerit, tota tamen charitatis dulcedine plena est), adeo profunde visceribus animarum suarum infixarant, & tam ardenti, suavique affectu ruminare solebant, ut illi eis esset mel in ore, melos in aure, jubilus in corde.* Ninguno, pues, aunque elevado á la mas alta contemplacion de la divinidad, debe exinirse de meditar la pasion del Redentor; asi porque esta es nuestro seguro camino, del cual no es licito apartarnos; como tambien porque por ella han caminado siempre los mas grandes contemplativos de la santa Iglesia.

201 Advertencia cuarta: acerca de la medida y tasa de las meditaciones que debe prescribir el director á sus penitentes, tenga la mira á dos cosas: la primera á las ocupaciones del sugeto: la segunda á la calidad de su espiritu. Si queremos poner los ojos en el ejemplo, que de este particular nos dieron los Santos, hallaremos que fueron incansables en el ejercicio de la oracion mental. San Bernardo pasaba los dias y las

(1) S. Aug. de iii. 50. de verb. domi.

noches enteras siempre en pie meditando y contemplando las cosas divinas: de manera, que hinchiéndosele las piernas con aquella postura tan larga, no podia mantenerse mas en pie. En el monasterio del abad Apolo habia un mouge viejo, el cual, como refiere el abad Juan, segun Sofronio, (1) era tan dado á la contemplacion de las cosas celestiales, que sobre la mesa en que estaba de rodillas haciendo oracion, habia hecho una concavidad profunda de cuatro dedos, y asegura que él mismo lo vió con sus ojos. San Gregorio refiere de su tia Tarsila, que lavando su cuerpo despues de su muerte, se le hallaron en las rodillas y en los codos callos duros á manera de la piel de camellos, con lo cual testificaban aquellos miembros muertos, lo que en su espiritu habia hecho siempre en vida: *cumque corpus ejus ad lavandum ex more mortuorum esset nudatum, longo orationis usu in cubitis ejus, ac genibus camelorum more inventa est obdurata cutis excrevisse: & quid vivens spiritus ejus semper egisset, caro mortua testabatur.* De S. Pablo primer hermitaño refiere S. Gerónimo, (2) que era tan dado á la oracion mental, que aun despues de muerto parecia que su cadáver estuviese sumergido en la contemplacion de las cosas celestiales; porque fué hallado de S. Antonio con el rostro y las manos vueltas hácia el cielo; y al principio creyó el Santo, no que estuviese muerto, sino privado de los sentidos por estar absorto en su contemplacion. Mas despues reconoció: *quod etiam cadaver sancti Deum, cui omnia vivunt, officioso gestu precabatur*: que no era el Santo, sino su cadáver el que estaba en positura de orar con aquella tan devota compostura. De estos y otros innumerables ejemplos de que estan llenas las historias eclesiásticas, se saca que la medida de los Santos en orar mentalmente era sin medida. Ni esto les era á ellos desconveniente; porque de una parte no faltaban á las obligaciones propias de su estado: y de otra casi jamas se les hacia fastidiosa la oracion, porque la vena de la devocion era casi perene en sus corazones.

(1) Sofron. part. spirit. c. 184. (2) S. Hier. in ejus vita.

202 Mas hablando del comun de los hombres, es menester que en el meditar tenga cada uno tasa y medida de tiempo, dentro del cual, de ordinario se contenga; para evitar así las faltas como los excesos. Esta tasa debe ser proporcionada en primer lugar á los empleos del sugeto: esto es, deberá ser tanta la meditacion de cada dia, que no impida las ocupaciones del propio estado, y del propio empleo: y que no debilite demasiado la cabeza, ni disminuya sobradamente las fuerzas del cuerpo: en suma, que no dañe la salud. En segundo lugar debe medirse con las fuerzas del espíritu: esto es, debe durar mientras dura el fervor del espíritu; y se debe dejar, cuando no se puede continuar mas sin tédio. Así enseña Santo Tomás: (1) *uniuscujusque autem rei quantitas debet esse proportionata fini, sicut quantitas potionis sanitati; & conveniens est, ut oratio tantum duret, quantum est utile ad excitandum interioris desiderii fervorem. Cum vero hanc mensuram excedit, ita quod sine tœdio durare non possit, non est ulterius protendenda.* Mas porque puede suceder facilmente, que algunos por tibieza de espíritu se juzguen indispuestos para conseguir la meditacion, cuando podrian alargarla fructuosamente; y que otros por exceso de fervor la prolonguen mas de aquello que permiten sus fuerzas corporales y sus propias ocupaciones; por eso será bueno añadir á la regla general otra particular, y es, que cada uno tenga establecida una hora, ó á lo menos media hora de meditacion, que haya de practicar cada dia á pesar de cualquiera sequedad que viniese á sorprenderle; pero que pueda continuarla, y tambien renovarla (sin perjuicio de la salud y de los empleos) siempre que el aire de la divina gracia le soplare favorablemente. Como hacia S. Bernardino de Sena arriba citado, y otros que tenian establecida cada dia una hora de meditacion que por ninguna cosa alteraban. Mas con personas desocupadas y de vida puramente contemplativa, puede el director alargar mas la mano, concediéndoles una medida mas copiosa de oraciones mentales, como ejercicio, que es mas conforme á su estado.

(1) D. Thom. 2. 2. q. 83 art. 14. in cor.

203 Advertencia quinta: los tiempos más oportunos para meditar las verdades eternas son tres: la media noche, la mañana y la tarde. Todos estos tres tiempos están señalados por el Profeta David. *Media nocte*, dice, (1) *surgebam ad confitendum tibi*. A la media noche me levantaba, Señor, de la cama para alabarte. *In matutinis meditabor in te*. (2) A la mañana meditaré, Dios mío, tus grandezas. *Elevatio manuum mearum sacrificium vespertinum*. (3) A la tarde levantaré las manos á Dios en la oracion, y en sacrificio ná corazón. Mas queriendo la persona hacer su meditacion en uno solo de estos tiempos, será sin duda mejor el tiempo de la mañana; ya porque despues del sueño está la mente mas purificada de vapores, por lo cual está mas libre y mejor dispuesta para sus operaciones intelectuales; ya porque el ánimo entonces está menos ocupado de varias especies distractivas de objetos terrenos, no habiendo aun la persona puesto la mano en los negocios temporales; ya tambien porque en comenzando el dia con la consideracion de las máximas eternas, se previene y provee el hombre espiritual para todo el dia, y como dice el Crisóstomo, se arma contra las tentaciones; y á manera de un experimentado piloto, observa todos los escollos de los peligros en que puede topar la navecilla de su alma, y se asegura de todo naufragio: *armis nobis opus est. Magna ergo armatura oratio. Opus est ventis à puppi, opus omnia discere, ut diei spatium absque naufragiis, & vulneribus transigamus. Multi namque per singulos dies scopuli: & frequenter illidunt scapha, atque submergitur. Propterea vobis opus est oratione matutina præsertim, & nocturna*. (4) Da á Dios, dice San Juan Climaco, las primicias del dia, porque de aquel será todo el dia, que primero hubiere tomado posesion: *da Domino primitias diei tuæ; erit enim tota ejus, qui prior occupaverit*. (5) Y añade lo que solia decir una persona de grande espíritu: es á saber, que de la oracion de la mañana conocia, cual seria el lógro de todo el dia: *ab ipso matulino tempore cursum totum*

(1) Psalm. 118. 62. (2) Psalm. 62. 7. (3) Psalm. 140. 2.
 (4) S. Chrys hom. 41. ad prop. Antioch. (5) Clim. gard. 26.

meum diei scio. Si acaso quisiere la persona pagar á Dios dos veces cada día el devoto tributo de sus santas meditaciones, el otro tiempo oportuno será al fin de la tarde: (cuando no tuviese espíritu de interrumpir con mayor incomodidad su sueño, levantándose á media noche) como dice S. Cipriano: *recedente item sole, & die cessante, necessario rursum orandum est.* (1)

CAPITULO VII.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR ACERCA del capítulo cuarto y quinto, en lo que mira á las sequedades y consolaciones del meditar.

204 **A**dvertencia primera: en comenzando á sentir el penitente consolaciones espirituales en la meditacion, sepa el director dirigirle bien, para que los tales consuelos en vez de ser útiles, no le sirvan de daño á su espíritu. Dios nuestro Señor da á las almas, mayormente en los principios, consolaciones sensibles, con la mira de su aprovechamiento, queriendo animarlas con semejantes atractivos al ejercicio de las sólidas virtudes; pero muchos abusan de ellas y convierten, como suele decirse, la medicina en ponzoña. Se pegan á las tales dulzuras; van á la meditacion llevados no ya del deseo de agradar á Dios, sino del gusto espiritual que experimentan. De donde se sigue, que en faltándoles los acostumbrados consuelos, dan en inquietudes, en tristezas, en desconfianzas y en desmayos perniciosos. Otros hay que ponen toda la sustancia del espíritu en estas sensibilidades: de suerte, que hallándose llenos de afectos tiernos, les parece estar muy aprovechados; pero si despues les faltan semejantes ternuras, ya les parece que están perdidos. Prevenga, pues, el director estos inconvenientes sumamente perjudiciales á los progresos de la perfeccion, y en comenzando su discípulo á probar dulzuras; suavidades y favores, intímele á sus oídos esta gran verdad, que la perfeccion no consiste en estas

(1) S. Cypr. de orat. Domín serm. 6.

dulzuras, sino en la mortificacion interior y exterior, y en el ejercicio de las verdaderas virtudes; y que no haciendo esto, será tanto mas reo delante de Dios, quanto mas favorecido hubiere sido de su divina Magestad. Digale, que estos confortativos sensibles son señales de flaqueza; y por eso suelen darse á los principiantes, que en la via del espiritu son aun niños. Hágales saber, que semejantes consolaciones no son ni perpétuas, ni continuas; y que presto se cambiarán en tinieblas y en sequedades, para que las prevea y se prepare con tiempo, y sobreviniendo despues, no dé en tristezas y desalientos, como advierte muy bien S. Bernardo: *sic autem quoadiu adest gratia, delectare in ea, ut non te aestimes donum Dei jure hæreditario possidere; ita videlicet securus de eo, quasi nunquam perdere possis, ne subito, cum forte retraxerit manum, & subtraxerit donum, tu animo concidas, & tristior quam oportet, fias.* (1). Si Dios, dice el Santo, te diere la gracia de la consolacion, no la recibas de manera que pienses que siempre la has de poseer como con derecho hereditario y perpetuo, y como si jamas la hubieses de perder; para que retirando despues Dios su mano, y quitándote aquel dón no desmayes, ni caigas en demasiada tristeza y pusilanimidad. Mas antes en tiempo de los desconsueltos ruega á Dios, prosigue diciendo el Melifluo, que te asista en las sequedades que presto vendrán: y promete entonces de no dejar la oracion, y de querer ejercitarte con la misma prontitud en las obras de las santas virtudes: *curabis potius si sapias pro consilio sapientis, in die malorum non immemor esse bonorum; atque in die bonorum non immemor esse malorum. Ergo in die virtutis tuæ noli esse securus; sed clama ad Deum cum Propheta, & dic: cum defecerit virtus mea, ne derelinquas me.*

205 Procure tambien el director que en tiempo de esta prosperidad esté el alma con mucha humildad y con grande reverencia delante de Dios. Digo esto, porque la prosperidad espiritual causa en algunos una indiscreta confianza que los hace

(1) S. Bern. serm. 21. in cast.

demasiado animosos, y casi atrevidos en tratar con Dios. Advierta tambien, que el penitente llevado del gusto y del fervor, no se de desmedidamente á la oracion, á las vigiliass, á los ayunos y penitencias; de donde quede lesiada la cabeza y el pecho: ó queden debilitadas demasiadamente las fuerzas corporales y perjudicada la salud, como suele suceder á muchos con grave daño de su espíritu, no pudiendo proseguir despues en la carrera comenzada. Y por eso le ha de ordenar con aprieto que se descubra en todo, y en todo se deje gobernar.

206 Advertencia segunda: si su penitente se hallare árido y desconsolado en sus meditaciones, busque el director el origen de estos desconsuelos. Casiano señala tres causas: (1) *tripartita nobis super hac, quam dicitis, sterilitate mentis, tradita ratio est. Aut enim de negligentia nostra, aut de impugnatione diaboli, aut de dispensatione Dei ac probatione descendit.* La primera causa de la sequedad, dice, que es nuestra negligencia; la segunda las tentaciones del demonio, la tercera una prueba que Dios quiere hacer del alma. En cuanto á la primera causa observe el director, si la oscuridad de la mente y la esterilidad de los afectos en que se halla el alma que dirige, tiene origen de faltas y defectos notables en que haya caido mas de lo acostumbrado, ó de alguna disipacion de espíritu extraordinaria, y sobre todo de vana complacencia y soberbia; pues, dice S. Bernardo, (2) que esta suele ser la causa, por la cual las mas de las veces aparta Dios la gracia sensible: *superbia inventa est in me, & Dominus declinavit in ira à servo suo. Hinc ista sterilitas animæ meæ, & devotionis inopia, quam patior... Non compungi ad lacrymas queo: tanta est duritia cordis. Non sapit psalmus: non legere libet: non orare delectat: meditationes solitas non invenio. Ubi illa inebriatio spiritus? Ubi mentis serenitas, & gaudium, & pax in Spiritu Sancto?* Dios, dice el Santo, ha hallado en mi alguna soberbia y vana complacencia: por eso se ha alejado de su siervo. De aquí tiene el origen esta falta de devocion, y esta esterilidad de afectos.

(1) Casian. col. 4. c. 3. (2) S. Bern. serm. 54. in cant.

tos, que ahora padezo. No puedo derramar ya una lágrima de compuncion: no hallo sabor en los salmos: no me agrada la leccion de libros devotos: el orar no me deleita: mis acostumbradas meditaciones se han perdido. ¿Y á dónde se ha ido aquella embriaguez del espíritu? ¿A dónde aquella serenidad de la mente, aquel gozo y aquella paz en el espíritu consolador?

207 Si hallare, pues, el director en los penitentes las dichas faltas, por las cuales Dios se les esconde, procure con toda eficacia la enmienda. Si hallare que la vanidad y soberbia es la causa, déles por materia de sus meditaciones el conocimiento de sí mismos, y hágales continuar en eso hasta que formen de sí un bajo concepto y un humilde sentimiento: y para este fin les podrán ayudar mucho las meditaciones extensas del padre Pinamonti en aquel librito de oro intitulado: *el espejo que no engaña*; porque en la realidad es muy verdadero lo que dice el citado S. Bernardo: (1) *in veritate didici, nihil æquè efficax esse ad gratiam promerendam, retinendam, recuperandum, quam si omni tempore coram Deo inveniatis, non altum sapere, sed timere: beatus homo, qui semper est pavidus. Time ergo, cum arriserit gratia: time, cum abierit: time, cum denuo revertetur, hoc est, semper pavidum esse.* En verdad, dice el Mélifluó, he aprendido con la propia experiencia, que no hay medio mas eficaz para merecer la gracia de la consolacion, para mantenerla despues de adquirida y para recobrarla despues de perdida, que estar con la cabeza baja delante de Dios, y temer siempre de sí mismo. Bienaventurado el hombre que siempre teme. Teme, pues, cuando se fuere de tí la gracia; y teme cuando á tí tornare.

208 En cuanto á la segunda causa, repare el director si el penitente se halla con el espíritu abatido de vanos temores, ó afligido de escrúpulos, ú oprimido de desconfianzas, ó combatido de mal fundadas aprensiones, ó asaltado de tentaciones impuras, ó revuelto con otras internas agitaciones: y hallando en él semejantes indisposiciones, eche al demonio la culpa de

(1) Id. loc. cit.

las sequedades que él padece. Porque el malvado ofuscando la mente y enturbiando el corazón con las tales pésimas sugestiones, lo indispone para recibir las impresiones tranquilas, quietas y suaves de la divina gracia. Por lo cual debe en semejantes casos, aplicar los remedios que suelen practicarse contra las dichas diabólicas tentaciones.

209 Si acaso no hallare el director en su penitente, ni defectos notables, ni complacencias vanas, ni revolucion de diabólicas sugestiones, deberá atribuir á Dios la sustraccion de la devocion sensible; porque frecuentemente el Señor, para purgar las almas, las pone en estado de penosas sequedades. Ni haya quien se maraville de esto; porque el alma por medio de esta oscuridad de entendimiento y dureza de corazón se despega de todas las consolaciones espirituales, y se acostumbra á servir á Dios, no por el deleite que en él experimenta, sino por puro amor de Dios: en una palabra, se hace á servir á Dios; y en esto, si bien se considera, consiste el amor desinteresado y puro. A mas de esto, en tiempo de estas desolaciones, si el alma es fiel, se adquieren las verdaderas virtudes; porque entonces no practica la persona los actos buenos de paciencia, de mortificacion, de humildad y de obediencia, llevada de un cierto afecto sensible que le venga destilado de la gracia en el corazón; sino puramente por el motivo de las mismas virtudes: y por eso se forman entonces aquellos hábitos buenos, que quedan establemente radicados en el alma; con los cuales despues la persona en cualquiera circunstancia de tiempo próspero ó adverso obra virtuosamente.

210 Mire, pues, el director que su penitente en tiempo de las sequedades no se inquiete, no se desanime, y sobre todo que no abandone las acostumbradas meditaciones. Procure que se humille debajo de la poderosa mano de Dios, conociendo con paz y confesando con sinceridad de afecto su insuficiencia y miseria; y creyendo con firme fé, que Dios lo hace todo por su bien, confórmese con su santa voluntad: ofrézcase pronto á perseverar en aquel estado, aunque sea todo el tiempo de su

vida, si Dios así lo dispusiere para gloria suya y para su aprovechamiento. Confie mucho en la divina bondad, que jamas le abandonará eternamente, si él no le abandonare primero: y á este fin crea con toda seguridad, que si bien Dios no le hace sentir como antes su divina presencia, sin embargo escondidamente le asiste, le protege, le defiende y mira con ojos de Padre. Ya aquí advierta el director, que estos mismos actos es menester que los haga tambien cuando el alma queda árida, seca y osetrecida por las dos primeras sobredichas causas; porque tambien cuando los desconsuelos tienen su origen ó de las propias faltas, ó de los combates diabólicos, es voluntad de Dios, ó por castigo, ó por purificacion del alma: por lo cual conviene tambien entonces humillarse, conformarse y confiar en su Magestad.

211 Oirá frecuentemente el director decir á las almas desconsoladas, que estan en la oracion como estátuas, como piedras insensibles para todo afecto; que no les parece que oran, sino que estan de rodillas guardando las paredes. Respóndales, que se gocen enhorabuena de ser estátuas en la presencia de Dios, por agradar en aquella forma á sus divinos ojos. Que se alegren de haber llegado á ser piedras delante de Dios, sabiendo que su Magestad se complace de aquella su insensibilidad si vá unida con la conformidad á su divino querer. Perseveren, pues, guardando las paredes, como soldados que hacen centinela en obsequio de su Príncipe, con tal que no dejen de hacer reflexion de que las ve Dios, en cuyo acatamiento estan; y no dejen de volverse á él con los actos de la voluntad, lo mejor que pudieren, aunque secos, desmayados y á su parecer de ningun valor. Dije á su parecer, porque en la realidad los actos secos que con la voluntad se hacen en estos tiempos, suelen ser á los ojos de Dios mas preciosos, que ciertos actos fervientes y suaves que en otro tiempo se hacen sentir en el apetito sensitivo.

212 Cuenta Paladio, Obispo de Capadocia, en la vida que escribió de S. Macario Alexandrino, que yendo un dia lleno de pusilanimidad y desmayo á encontrar al Santo solitario, le dijo: ¿qué haré, ó santo Abad, cuando los pensamientos continua-

mente me atormentan, diciéndome: ¿qué estás haciendo en esta celda? Tú pierdes tiempo en esta soledad: sal fuera de aquí, y anda á conversar con el comun de los hombres. Respondió San Macario: cuando tus pensamientos volvieren á inquietarte, respóndeles así: yo estoy aquí á guardar las paredes de esta celda por amor de Jesucristo: *ille respondit: dico ipsis cogitationibus tuis; propter Christum parietes cellæ istius custodio.* (1) Respon- da así el director á sus discípulos, cuando le dijeren que en tiem- po de la sequedad nada hacen en la meditacion, que estan guar- dando las paredes, que pierden tiempo, que seria mejor ocu- parse en otras cosas, y cosas semejantes. Respondan á estos pen- samientos sugeridos de su amor propio ó del demonio: estamos guardando estas paredes por amor de Jesucristo; y juntamente levanten la mente á Dios, conformándose con humildad á su divino querer, y hagan algunos actos santos, á lo menos de rue- go; pues para estos no puede impedir jamas la sequedad por grande que sea.

ARTICULO VI.

EL QUINTO MEDIO PARA ADQUIRIR LA PERFECCION CRISTIANA
ES LA ORACION DE RUEGOS, ASI MENTAL COMO VOCAL.

CAPITULO PRIMERO.

*SE HACE VER QUE SIN LA ORACION DE RUEGOS
no es posible conseguir la eterna salud, y mucho
menos la perfeccion.*

213 Hemos subido ya dos escalones de esta escala, que S. Bernardo formó para conducir las almas á la perfeccion y á Dios, que son la sagrada leccion y la meditacion de las cosas divinas. Queda ahora que subir el tercer escalon, que es la oracion de ruegos y las súplicas, en las cuales, segun el célebre dicho del Damasceno, consiste la verdadera oracion: *oratio est*.

(1) Apud Sur. tom. 1.

petitio decentium á Deo. Oracion, hablan lo con toda propiedad, no es otra cosa que una peticion hecha á Dios de lo que á nosotros nos conviene. Dice S. Bernarde antes citado, que la meditacion con sus luces nos muestra lo que nos falta; pero la oracion de ruegos nos lo alcanza: con aquella conocemos los peligros que nos amenazan, y con ésta los evitamos: aquella nos prepara el camino para la perfeccion, y ésta nos conduce felizmente á ella: *meditatio docet, quid desit: oratio, ne desit, obtinet. Illa viam ostendit, ista deducit: meditatione denique cognoscimus imminetia nobis pericula, oratione evadimus.* (1) Y quiere significar, que en tanto nos es necesaria la meditacion en cuanto haciéndonos conocer todo aquello de que tenemos necesidad, nos mueve á pedirlo á Dios, y nos alcanza la ejecucion. Habiendo tratado, pues, en el precedente artículo de la meditacion, conviene que hablemos ahora de la oracion de ruegos y peticiones; pues aquella sin ésta no seria medio eficaz para conseguir el intento de nuestra perfeccion. Mas porque la oracion de plegarias puede hacerse con sola la mente sin expresion de palabras, y puede hacerse tambien con la lengua, como se acostumbra hacer en todo el pueblo cristiano; por eso es necesario que razonemos del uno y del otro modo de orar y pedir á Dios lo que necesitamos. Comenzando, pues, del primer modo de rogar, mostraremos en el presente capítulo, que no es posible conseguir la salud del alma, y mucho menos conseguir la perfeccion (que es lo que en rigor pertenece á mi asunto) sin la oracion de ruegos.

214 Todo esto es doctrina del angélico Doctor, que sin ambigüedad la enseña con las siguientes palabras: (2) *post Baptismum autem necessaria est homini jugis oratio ad hoc, quod cælum introeat: licet enim per baptismum remittantur peccata, remanet fomes peccati, nos impugnans interius; & mundus & daemones, qui impugnant exterius. Et ideo signanter dicitur Lucæ 3: quod Jesu baptizato & orante, apertum est cælum: quia scilicet fidelibus necessaria est oratio post baptismum.* El Santo

(1) S. Bern. serm. 1. in fest. S. Andr. (2) D. Tho. n. 3. p. p. 99. art. 5. in corp.

habla claro, y dice así: despues que nosotros por medio del santo bautismo hemos adquirido la gracia (lo mismo se entiende despues que la hemos recobrado por medio de la santa confesion) es necesaria una continúa oracion para entrar en el reino de los cielos; porque si bien con el bautismo (lo mismo se diga de la confesion) se borran los pecados, pero queda el fómite que nos impugna por dentro y el mundo y los demonios que nos hacen guerra por defuera. Y por eso dice expresamente S. Lucas, que mientras Jesucristo hacia oracion despues de recibido el bautismo, se abrieron luego los cielos; para que entendiesen luego los fieles, que despues del bautismo es necesario el ejercicio de la oracion, que nos abra tambien á nosotros las puertas del cielo, y nos prepare la entrada en aquella bienaventurada patria. Vuelve el Santo Doctor á decir lo mismo en otra parte: (1) *postquam aliquis est justificatus per gratiam, necesse habet à Deo petere perseverantiæ donum, ut scilicet custodiatur à malo usque ad finem vitæ.* Despues que alguno, dice el Santo, ha vuelto en gracia de Dios, necesita de rogar siempre y pedir el dón de la santa perseverancia, para que Dios le guarde y defienda del mal del pecado hasta el fin de su vida.

215 Para quedar bien persuadidos de esta solidísima doctrina, nos conviene descubrir los fundamentos en que se apoya y examinar su firmeza. Los fundamentos son dos verdades, cuanto ciertas, tanto importantes de saberse. La primera verdad es esta, que nosotros sin una ayuda especial de Dios no podemos vivir largamente en su amistad lejos de culpa mortal, porque son tantos los impulsos que nuestras pasiones interiormente nos dan al mal, tantos los atractivos y lisonjas con que los objetos exteriores nos convidan á lo nocivo, tantos los asaltos con que nuestros infernales enemigos nos embisten para precipitarnos á la maldad; que nuestra tierra frágil, si no es protegida de la mano omnipotente de Dios con su gracia, no puede mantenerse con tantos golpes sin quebrarse con alguna culpa grave. A mas de esto, para mantenernos en gracia de Dios, es necesario

(1) D. Thom. 2. 2. q. 109. art. 10. in corp.

hacer muchos actos buenos y santos que nos encomienda su ley. Y estos actos, (si no queremos incurrir en el detestable error de los Pelagianos) debemos confesar que no los podemos hacer sin la especial ayuda de la divina gracia. ¿Habeis observado alguna vez á una navecilla puesta en medio de un rápido rio? ; Cuánto esfuerzo de brazos, y cuánto impulso de remos es menester para que vaya contra la corriente del agua al término de su viage! Mas para que sea llevada de la corriente al naufragio, basta que los marineros cesen de remar. Asi puntualmente, para ir contra el ímpetu de las pasiones, contra los atractivos del siglo y contra las tentaciones de los demonios hác a el puerto de nuestra eterna bienaventuranza; ; cuánto esfuerzo y cuántos impulsos se requieren de la gracia de Dios! Pero para ser trasportados al pecado y á la perdicion, basta que cese en nosotros el movimiento de la gracia, y que nos quedemos con la debilidad de nuestra frágil naturaleza. Todo esto es verdad católica definida del Tridentino, donde dice, que para adquirir la divina amistad y para perseverar en ella, es necesario que Dios nos asista con su especial auxilio. (1)

216 La segunda verdad que es menester establecer es esta; que la dicha gracia y ayuda tan necesaria para conservarnos en amistad de Dios, y para conseguir el fin tan deseado de nuestra salud eterna, no se dá de ordinario, sino á quien la pide y ruega por ella. Asi decidió S. Agustin: *nullum credimus ad salutem, nisi Deo invitante venire: nullum invitatum salutem suam, nisi Deo auxiliante operari; nullum nisi orantem auxilium promereri.* (2) Creemos, dice S. Agustin, que ninguno se pone en el camino de la salud, sino convidado de Dios con su gracia preveniente; que ninguno prosigue en procurar su salud, sino animado de Dios con su gracia ayudadora; y que ninguno merece recibir tales gracias, sino por medio de incesantes ruegos y oraciones.

217 De aquí sacan los Teólogos, que estamos todos gravemente obligados á pedir y rogar, especialmente en tiempo

(1) Trid. ses. 6. de justif. can. 1. 2. & 22.

(2) S. Aug. lib. de Eccl. dogm. cap. 57.

de graves tentaciones y negocios peligrosos. Antes dicen mas, que fuera del precepto divino, estamos tambien obligados á hacer esto por precepto natural; porque supuesta en nosotros la luz de la fé, la misma naturaleza racional nos dicta con su luz natural, que estamos obligados á usar de los medios necesarios para no perecer eternamente. ¿Mas quién no ve que el medio principal es pedir á Dios su ayuda?

218 En afirmar esta obligacion grave de pedir á Dios lo que necesitamos, lleva la bandera entre los Teólogos el angélico Doctor, que lo decide por cosa cierta en muchos lugares: (1) *ad orationem quilibet homo tenetur ex hoc ipso, quod tenetur ad bona spiritualia sic procuranda, quæ non nisi divinitus dantur: unde alio modo procurari non possunt, nisi ab ipso petantur.* Está obligado cada uno, dice Santo Tomás, á la oracion de ruegos, por lo mismo que está obligado á procurar los bienes espirituales, que no los dá sino Dios, ni de Dios se alcanzan de otra suerte que por el camino de fervorosas súplicas. Y en la respuesta que da al tercer argumento que se objeta, repite lo mismo: *oratio necessaria est & sub præcepto cadens respectu eorum, quorum voluntas sub necessitate prædicta cadit.* La oracion es necesaria y cae debajo de precepto en orden á aquellas cosas que la voluntad debe hacer para llegar al término de su salvacion.

219 San Juan Crisóstomo explica con una bella y muy acomodada semejanza esta grave obligacion que tenemos todos de pedir incesantemente á Dios su ayuda. Sacad, dice el Santo, á un pez fuera del agua; presto le vereis morir á vuestra vista. Alejaos vosotros de los ruegos y plegarias; presto morireis tambien vosotros á la gracia y á Dios; porque así como el agua es la vida corporal del pez, así la oracion de plegarias es la vida espiritual del hombre: *quod si te ipsum destitueris precatone, perinde feceris ac si piscem ex aquis extraxeris: ut enim pisci vita est aqua, ita tibi precatio.* (2) Ahora, así como el pez, si estuviese dotado de razon y de fé, estaria gravemente obligado

(1) D. Thom. in 4. sent. dist. 15. art. 2. q. 3. (2) S. Chrys. lib. 2. de orand. Deum.

á no retirarse de aquellas ondas, de quienes depende la conservacion de su vida: así está gravemente obligado el cristiano á no abandonar la oracion, los ruegos y peticiones, de las cuales depende al presente la vida de la gracia, y en lo venidero la vida inmortal de la gloria.

220 A las razones y á la autoridad de los Santos Padres quiero añadir la autoridad irrefragable de la sagrada escritura, la cual encomendándonos frecuentemente el uso de la oracion, muestra claramente la necesidad que todos tenemos; é imponiéndonos la dicha necesidad con términos muy expresivos, dá bastantemente á entender la obligacion gravisima, que nos corre de practicar la oracion. El Redentor en el Evangelio bien claramente nos intima, que es menester orar siempre y no cesar jamas de rogar: *oportet semper orare, & non deficere.* (1) El Crisóstomo reflexionando sobre esta palabra *oportet*, dice, que expresa necesidad: *dum oportet dicit, necessitatem inducit.* (2) Y quiere significar, que debe siempre orar quien desea salvarse. Vuelve Jesucristo á inculcar lo mismo en otra parte, diciendo, que en todo tiempo debemos estar velando en oracion: *vigilate omni tempore orantes.* (3) Y por S. Mateo de nuevo repite: *vigilate & orate, ut non intretis in tentationem.* (4) Velad siempre y orad, si no quereis caer á la fuerza de las tentaciones. Con semejantes palabras y expresiones nos encomienda el uso incesante de los ruegos el Apostol de las gentes: *sine intermissione orate; in omnibus gratias agite. Hæc enim est voluntas Dei in Christo Jesu in omnibus vobis.* (5) Rogad, dice S. Pablo, sin alguna interrupcion, y dad gracias á Dios; porque esto quiere el mismo Dios y Jesucristo de todos nosotros. Y escribiendo á los de Efeso les impone, que oren en todos tiempos con súplicas y obsecraciones hechas con todo el espíritu: *galeam salutis assumite, & gladium spiritus (quod est verbum Dei), per omnem orationem & obsecrationem orantes omni tempore in spiritu.* (6) A los Colosenses les dice,

(1) Luc. 18. 1. (2) Chrys. tom. 1. serm. de Moyse. (3) Luc. 21. 36. (4) Matth. 26 41. (5) Thessal. 1. 5. 17. 18. (6) Ad. Ephes. 6. 17. 18.

que insistan en la oracion: *orationi instate.* (1) El príncipe de los Apóstoles S. Pedro nos inculca tambien la vigilancia en la oracion: *stote prudentes, & vigilate in orationibus.* (2) Y el Eclesiástico nos advierte, que no nos dejemos impedir de orar siempre, si queremos conservar la justificacion y la gracia hasta la muerte: *non impediatis orare semper, & non verearitis usque ad mortem justificari.* (3)

221 Ahora, ¿quién podrá dudar jamas, que una cosa inculcada á nosotros tantas veces y de tantos modos, y con tanto aprieto en las sagradas escrituras, no nos sea mandada de Dios con rigoroso precepto? ¿Quién podrá poner en duda que no sea un medio indispensable y sumamente necesario para la salud eterna, aquello que quiere Dios que practiquemos con tanta frecuencia, con tanta continuacion, y sin interrupcion notable de tiempo? Conviene, pues, concluir con S. Juan Crisóstomo, que si hubiese alguno que no quisiese aficionarse á este santo ejercicio de orar y pedir, ni quisiese persuadirse que de no postrarse frecuentemente delante de la Magestad de Dios para pedirle su ayuda, proviene al alma la muerte de la gracia en esta vida, y la muerte sempiterna en la otra; daria ciertamente señales de manifiesta necedad: *evidentissimum est amentiae argumentum, non intelligere magnitudinem hujus honoris, nec amare deprecandi studium, nec hoc habere persuasum, quod animæ mors sit, non provolvi ad Dei genua.* (4)

222 Aqui entenderá el lector, porque el demonio tiene tanto ódio á la oracion, y usa de tantas artes y de tantas stratagemas para enagenar de ella las almas de los fieles, despertando en unos pensamientos vanos, en otros imaginaciones impuras; en unos tédios y enfados, y en otros desconfianzas, escrúpulos y temores vanos. Sabe el malvado, que en el pedir y rogar está puesto el remedio contra todos nuestros males espirituales. Sabe, que en la oracion está colocada toda nuestra

(1) Collos. 4. 2. (2) Petr. 4. 7. (3) Eccl. 18. 22. (4) Chrysost. lib. 1. de oran. Deum.

seguridad de conseguir todos los bienes eternos. Sabe, que así como tiene una moral certidumbre de su salvacion quien constantemente practica este devoto ejercicio, así tiene una moral seguridad de su eterna perdicion quien vive totalmente ageno de él: por eso asesta todas las máquinas para echarlo por tierra, y se vale de todas las industrias mas malignas para desacreditarlo, y hacerlo odioso, molesto y casi insoportable á los fieles. Refiere S. Gregorio, que en uno de los monasterios fabricados por el glorioso patriarca S. Benito, habia un monge que no podia estar en oracion; sino que apenas se habia puesto de rodillas con los demás monges para orar, cuando enfadado se salia fuera de la iglesia ó del coro, y se andaba vagueando con los ojos y con la mente entre varios objetos. Fué acusado de tan grave falta á S. Benito por su abad, llamado Pompeyano, y el Santo le reprendió severamente, pero sin fruto; porque despues de dos dias tornó á abandonar la iglesia y el oratorio, y como oveja descarriada á irse vagabunda lejos del pasto saludable y devoto de las santas oraciones. Entonces S. Benito avisado de su contumacia vino en persona al monasterio para poner eficaz remedio á tan grande mal y vió que acabado el rezo de los salmos en el coro, mientras los otros monges se ponian en oracion, el demonio en forma de un negro tomaba por una orilla de la túnica al monge indevoto; y le llevaba fuera del coro. ¿Y no veis, dijo el Santo al abad, y á Mauro su querido discípulo, no veis quien es el que aparta de la oracion á nuestro infeliz hermano? No, respondieron ellos, nada vemos. Recurrieron todos tres á la oracion, despues de la cual hizo Dios la gracia á S. Mauro de ver tambien al demonio debajo de aquella monstruosa figura, asido al vestido del infeliz religioso. Al dia siguiente encontrando S. Benito al monge fuera del coro como solia en tiempo de la oracion, le castigó severamente, dándole golpes con una vara. A aquellos golpes huyó el enemigo, ni jamás volvió á tentar al dicho monge, como si él mismo hubiese sido el castigado por aquellas santas manos, como dice S. Gregorio: *sicque antiquus hostis dominari non est ausus in ejus co-*

gitatione, ac. si ipse percussus esset ex verbera. (1) Quiso Dios en aquella ocasion, que S. Benito viese con sus ojos visiblemente lo que el demonio hace todos los dias invisiblemente en los corazones de los fieles, retirándoles de la oracion y plegarias con mil astucias y con mil ocultas violencias con que interiormente les instiga.

223 Pero aun me parece mejor lo que cuenta Cesario (2) para mostrar cuan grande sea el horror que tiene el comun enemigo á la oracion de ruegos, y quanto trabaja para impedirla. Habiéndose aparecido á un soldado el demonio en forma de un gallardo jóven forastero se le ofreció para criado; y recibido en su casa, comenzó á servirle con tanto esmero, fidelidad, prontitud y alegría, que el soldado quedó grandemente admirado y muy satisfecho de su servicio. Encontróse el soldado con una escuadra de enemigos en lugar donde no podia escapar de sus manos, y el dicho criado le libró, haciéndosele guia, y mostrándole el paso por el canal de un profundisimo rio. Habiendo enfermado de muerte la muger del soldado, no hallaban los médicos remedio que le fuese de provecho, por lo que desesperaban de su vida. Mas el fingido criado, yo encontraré, dijo, una medicina que la sane luego al punto. Partióse luego á buscarla, y despues de una hora volvió con un vaso lleno de leche sacada de los pechos de una leona. Admirado el amo, le dijo: pues ¿ dónde, cómo y de qué manera has podido en tan breve tiempo encontrar un tan raro licor? He ido, respondió el criado, á los montes de Arabia: entré en una de aquellas cuevas en que habitan semejantes fieras, y lo exprimí de los pechos de una de ellas. Al oír esto el amo entró en grave sospecha, y le dijo resuelto: quiero saber de tí, quien eres. Tergiversaba el demonio, y respondia con ambigüedad y sofisteria, no queriendo descubrirse ni ser conocido por lo que era; pero apretado del soldado con repetidas preguntas dijo al fin, que él era uno de aquellos infelices espiritus que con lucifer habian sido precipitados del cielo. Horrorizóse el soldado al oír

(1) S. Greg. Dial. lib. 2. c. 3.

(2) S. Greg. Dial. lib. 2. c. 3.

esto, y al punto le dijo: pues si tú eres el demonio, vete luego de mí y de mi casa. Tu servicio es bueno; pero tú no eres bueno para mí. Me iré, respondió el espíritu engañador; pero quiero que me des la paga del largo servicio que te he hecho; ni le pidió otra cosa que cinco monedas de plata. Dióselas al punto el soldado, pareciéndole precio muy inferior al mérito de su trabajo. Tomólas el demonio, y luego se las volvió rogándole, que las emplease en comprar una campanilla, y la colocase sobre el techo de cierta capilla del campo para que con ella se hiciese señal los dias de fiesta para la misa y los divinos officios. Aquí me parece que estoy viendo admirado y pasmado al lector, no pudiendo entender como en la páfida voluntad del enemigo de Dios pudiese arder tanto celo del divino honor y culto. Pero deponga esta admiracion y pasmo; porque no el celo de la honra de Dios, sino el ódio implacable que tenia el malvado á la oracion, fué lo que le indujo á hacer semejante peticion. Porque antes de ponerse en lo alto de aquella capilla la dicha campana, la gente temiendo quedar privada del santo sacrificio, se juntaba con tiempo en la iglesia y allí se empleaba en la oracion, encomendandose á Dios. Mas despues que estuvo colocada, venia solamente á la iglesia cuando se hacia la señal para la misa. Y el demonio, aunque sea padre de la soberbia, tuvo por bien emplear muchos años de vil servidumbre, trabajo y obsequio para impedir aquel poco de mas oracion que hacia aquel pueblo rústico. Pues si el demonio trabaja tanto para impedir la oracion de los fieles, señal es que vé claramente, que este es un medio necesarísimo para su salvacion, y que su descuido y negligencia lleva á la eterna perdicion.

224 Sin alargarme mas, creo ya que he puesto en claro la otra parte del asunto que propuse en el principio de este capítulo; es á saber, que es mucho mas imposible sin la oracion de ruegos el llegar á conseguir la perfeccion cristiana; pues para alcanzarla se requiere, no solo la observancia de los preceptos, sino tambien de los consejos; no solo huir de los pecados graves, sino tambien de los ligeros; y lo que aun monta mas, se requie-

re tambien la extirpacion de todos los vicios, la moderacion de todas las pasiones, la adquisicion de todas las virtudes morales, y sobre todo de la caridad en que ella esencialmente consiste; cosas todas mucho mas árduas y mucho mas dificultosas, para las cuales es necesario un socorro mas poderoso de la divina gracia, y por consiguiente un estudio mas incansable de oraciones, súplicas y ruegos. Oiga el lector como expresamente lo afirma S. Juan Crisóstomo: *arbitror, cunctis esse manifestum, quod simpliciter impossibile sit, absque precatonis præsidio cum virtute degere, cumque hac hujus vitæ cursum peragere. Etenim qui fit, ut quis virtutem exerceat, nisi continenter adeat, & supplex ad genua accedat ei, qui virtutem omnem supeditat, & largitur hominibus?* (1) Creo, dice el Santo Doctor, ser manifesto á todos, que es absolutamente imposible, sin el ejercicio de la oracion y ruegos, vivir con virtud y encaminar virtuosamente el curso de la vida. Porque ¿cómo puede jamás suceder que uno ejercite las virtudes, sin postrarse continuamente con súplicas á los pies de aquel Señor, que solo es el dador de todas ellas?

225 Explica en otra parte el Santo Doctor esta imposibilidad con una semejanza muy á propósito. Dice, que los ruegos y las súplicas son para el alma lo que los nervios para el cuerpo. Asi como el cuerpo humano está compuesto de nervios, y de ellos recibe la consistencia para obrar, el movimiento para caminar y correr, y la aptitud para ejercitar todas las otras operaciones vitales; asi en los ruegos se funda toda la actividad y vigor del alma: de ellos recibe fuerzas para obrar virtuosamente; de ellos toma el aliento para correr velozmente por el camino de la piedad y de la perfeccion: y así como cortados los nervios se disuelve al punto la armonia del cuerpo, y queda un tronco vil é inepto para cualquiera operacion; asi quitadas las súplicas y ruegos, luego se descompone toda el alma, pierde toda virtud y se hace inepta para obrar bien: *jam vero si quis dicat, animæ nervos esse deprecationem, mea quidem sententia*

(1) S. Chrys. lib. 1. de orand. Deum.

videtur verum dicere. Quamadmodum enim corpus nervis cohaeret, currit, vivit, stat, & compactum est; adeo ut si nervos incideris, universam corporis harmoniam dissolveris; itidem animæ per sanctas preces sibi constant, & compinguntur, ac pietatis cursum facile peragunt. (1) No espere, pues, conseguir la salud del alma, y mucho menos la perfeccion, quien no se aplica al medio importantísimo de rogar y pedir frecuentemente á Dios lo que necesita.

CAPITULO II.

SE EXAMINA CUAL DEBA SER EL OBJETO DE nuestros ruegos.

226 **E**l objeto principal de nuestras súplicas y ruegos son, dice el angélico Doctor, los bienes espirituales; porque solos estos son los verdaderos bienes que nos hacen absolutamente buenos, y nos conducen al sumo bien de la eterna felicidad: y por eso en estos debemos principalmente poner la mira en nuestras súplicas y deseos. S. Bernardo, hablando de aquellas cosas que debemos pedir en todo tiempo, incessantemente, con todo esfuerzo y con todo el afecto de nuestro corazon, de aquellas cosas en suma, que deben ser el blanco principal de nuestras peticiones; ningunos otros bienes nombra, sino los sobrenaturales y divinos, es á saber, vivir en gracia de Dios, agradar á su Magestad, gozar para siempre de su gloria, y vivir y morir en Dios. Estas son las súplicas que Tobías enseñaba á hacer continuamente y en todo tiempo á su querido hijo. Hijo mio, le decia, bendice siempre á Dios, y pidele siempre que enderece el camino de tu vida al bienaventurado fin de tu salvacion; y que tus deseos, tus miras, tus intenciones estén siempre fijas y permanentes en su Magestad: *omni tempore benedic Deo, & pete ab eo ut vias tuas dirigat, & consilia tua in ipso permanent.* (2) Y estos bienes puntualmente debe pedir siempre á Dios toda alma cristiana, especialmente si aspira á la perfec-

(1) S. Chrýs. ib. lib. 2.

(2) Tob. c. 4. 20.

cion; porque de esto depende todo su adelantamiento. Estos deben pedirle en todas sus oraciones, en todas sus perplejidades, en todas sus urgencias y en todas sus necesidades; y deben pedirselos absolutamente, sin condicion, ni limitacion alguna; porque son bienes de que no podemos hacer abuso, ni temer éxito alguno infeliz, como dice Santo Tomás: *sunt tamen quædam bona, quibus homo male uti non potest, quæ scilicet malum eventum habere non possunt. Hæc autem sunt, quibus beatificamur, & quibus beatitudinem meremur, quæ quidem sancti orando absolute petunt.* (1)

227 Los bienes temporales pueden ser tambien objeto de nuestras demandas y peticiones; mas, como enseña el citado Doctor, (2) objeto solo secundario; porque Cristo nos ha enseñado claramente, que al reino de los cielos, y á todo lo que pertenece á su consecucion, debemos tener la primera y principal mira en nuestras súplicas; y que todo lo demas se ha de buscar y pedir como añadidura á aquel sumo bien: *primum quærite regnum Dei. & justitiam ejus; & hæc omnia adjicientur vobis.* (3) Así explica S. Gregorio estas palabras del Redentor: (4) *qui enim non ait, dabuntur, sed adjicientur, profecto indicat aliud est se quod principaliter datur, aliud quod superadditur. Quia enim nobis in intentione æternitas, in usu vero temporalitas esse debet, & illud datur, & hoc nimirum ex abundantia superadditur.* O como explica las mismas palabras S. Agustin, el reino celestial y la bondad de la vida que á él nos conduce, se ha de pedir principalmente como nuestro verdadero bien: las otras cosas se han de pedir, no como bienes (que en la realidad no lo son); sino como necesarias para la consecucion de aquel gran bien: *cum dixit illud primo (quærendum esse scilicet regnum Dei) significavit, quia hoc posterius quærendum est, non tempore, sed dignitate: illud tamquam bonum nostrum, hoc tamquam necessarium nostrum: necessarium autem propter illud bonum.* (5) Y por eso las cosas temporales y transitorias pue-

(1) D. Th. 2. 2. q. 83. art. 5. in corp. \ 2 / Ib. art. 6. \ 3 / Matth. 33. [4] S. Greg. Moral. 15. c. 27. \ 5 / S. Aug. de serm. Dom. in mont. c. 16.

den santamente pedirse; pero como bienes secundarios, accesorios, y subordinados á los bienes espirituales que solamente miran al fin sobrenatural de la eterna bienaventuranza. De esta manera debemos creer, que Isaac rogase á Dios por Rebeca su consorte, y le alcanzó que concibiese: *deprecatusque est Isaac Dominum pro uxore sua, eo quod esset sterilis; qui exaudivit eum, & dedit conceptum Rebeccæ.* (1) que Ana muger estéril, de Elcana pidiese y consiguiese de Dios un hijo: *pro puero isto oravi, & dedit mihi Dominus petitionem meam, quam postulavi eum.* (2) que Ezequías enfermo, y por divino oráculo desahuciado ya de la vida, pidiese y alcanzase de Dios la salud: *læc dicit Dominus Deus David patris tui: audivi orationem tuam, & lacrymas tuas, ecce sanavi te.* (3) Y que otros innumerables, de quienes hablan las sagradas letras, suplicasen á Dios de esta manera por los bienes terrenos, y los alcanzasen de su divina bondad.

228 Las cosas que son contrarias á la salud del alma y opuestas al honor de Dios, no pueden ser de modo alguno objeto honesto de nuestros ruegos; porque semejantes oraciones son delante de Dios temerarias, y en lugar de mover á piedad, provocan á enojo la divina Majestad. Por lo cual dice S. Agustín, que algunas cosas (que sería misericordia el negarlas, por que son dañosas) tal vez las concede Dios por indignacion y venganza, irritado de la temeridad de quien las pide: *metuendum est, ne quod posset non dare propitius, det iratus.* (4) En la vida de Santo Tomás Cantuariense se lee, que una muger deseosa de tener ojos hermosos para parecer linda y donosa, hizo voto de ir descalza al sepulcro del Santo para alcanzar por su medio una gracia tan vana. Cumplió el voto: se prostró delante de la urna del Santo: expresó su demanda y peticion. ¿Pero qué sucedió? Habiéndose levantado en pie despues de su necia oracion, se halló totalmente ciega, ni fueron menester pocos ruegos, para volverse á su casa con la luz de los ojos, con

(1) Gen. 25. 21. (2) I. Reg. c. 1. 27. (3) IV. Reg. 20. 5.
(4) S. Aug. tr. 73. in Joan.

que habia venido al sepulcro del Santo martir. (1) Justo castigo de una deprecacion tan vana y atrevida.

229 De aquí se infiere que no pudiendo saber nosotros, si las gracias temporales que pedimos, hayan de ser en utilidad, ó en daño de nuestras almas; si hayan de redundar en gloria de Dios, ó en su deshonor; conviene siempre pedir las con la condicion de si fueren convenientes para nuestra salud y para honra de Dios. Así enseña Santo Tomás: (2) *eo tenore à Deo petimus ipsa, ut nobis concedantur secundum quod expediunt ad salutem*. Porque Dios es médico de nuestras almas, y al médico mas que al enfermo pertenece el conocer lo que mas conviene á su salud: por donde puede Dios, segun esta su prevision, usar con nosotros de misericordia oyendo nuestras súplicas y puede usarla mayor rechazándolas. Para no errar, pues, deben semejantes demandas presentarse á Dios condicionalmente, remitiéndonos á sus divinas disposiciones con ánimo indiferente y resignado; ni con tanto empeño y fervor, con quanto suelen pedirse las gracias espirituales; como si hiciésemos mas caudal de los bienes temporales que de los eternos. Así S. Fulgencio martir, como refiere Surio, (3) las veces que se ponía á orar por los enfermos, por los afligidos y oprinidos de males corporales: *preces suas sub hac conditione fundebat: scis Domine, quid animarum nostrarum salutí conveniat*. Dice que añadia siempre esta limitacion: pero vos sabeis, Señor, lo que es mas conveniente á la salud de nuestras almas.

230 Queda ahora que examinar, si deben ser tambien objeto de nuestros ruegos las necesidades de nuestros prójimos; que es lo mismo que decir, si debemos rogar no solo por nuestras necesidades, sino tambien por las de otros. Respondo, que no se puede poner en duda que estamos obligados á orar los unos por los otros y á procurarnos mutuamente con los ruegos la eterna salvacion; porque nos declara esta obligacion el Apóstol Santiago: (4) *orate pro invicem, ut salvemini*. Antes el Cri-

(1) Jacob. Geunen. in ejus vita. (2) D. Thom. 2. 2. q. 83. art. 6. ad 4.
(3) Sur. tom. 1. die 1. Januar. (4) Jacob. 5. 16.

sóstomo añade de más, que las súplicas hechas por los prójimos son mas agradables á Dios, y por consiguiente son tambien mas meritorias para nosotros que las súplicas que para nosotros mismos hacemos; porque reciben lustre, esplendor y precio singular del oro de la caridad fraterna: *pro se orare necessitas cogit; pro altero autem charitas fraternitatis hortatur. Dulcior autem ante Deum est oratio, non quam necessitas transmittit, sed quam charitas fraternitatis commendat.* (1)

231 Una sola dificultad se puede aquí atravesar para resfriar el fervor de semejantes oraciones, y es, que orando nosotros por otros, no estamos seguros de alcanzar el intento como cuando oramos por nosotros mismos; porque no podemos estar ciertos, como dice el Angélico, que aquel por cuya salud suplicamos, no ponga algun impedimento al efecto de la demanda que por él hacemos y no la haga infructuosa: *pro se orare ponitur conditio orationis; non quidem necessaria ad effectum merendi, sed sicut necessaria ad effectum impetrandi. Contingit enim quandoque, quod oratio pro alio facta non impetret, etiamsi fiat pie, perseveranter, & de pertinentibus ad salutem, propter impedimentum, quod est ex parte ejus, pro quo oratur.*

(1) Pero esto no debe retardar un punto la oracion que hacemos á favor de los prójimos, ni resfriar nada el fervor de nuestra caridad. Lo primero, porque aunque estas preces no hayan de serles de provecho, por causa de su indisposicion y de los obstáculos que ponen á su buen efecto; con todo eso las tales oraciones no dejan de ser meritorias para nosotros, ni perdemos el galardón del acto de caridad con que nos hemos puesto á rogar por ellos, como dice Santo Tomás en el texto ya citado, y mas claramente lo expresa, declarando aquellas palabras: *oratio mea in sinu meo convertetur: id est, etsi eis non prosit, ego tamen non sum frustratus mea mercede.* (2)

232 Lo segundo, porque prosiguiendo nosotros constantemente en rogar por nuestro prójimo, aunque indispuesto, re-

(1) S. Chrys. hom. 14. in Matth. (2) D. Lhom. 2. 2. q. 83. nrt. 7. ad. 2.

(3) id. in. Psalm. 84. 13.

moveremos con la fuerza de los ruegos los impedimentos que él pone para que sean oídas nuestras súplicas; y así lo dispenderemos á recibir de Dios la gracia que deseamos alcanzarle, y conseguiremos cumplidamente nuestro intento. Son casi infinitos los sucesos con que podemos persuadirnos esta verdad; pero entre tantos que me ocurren escojo dos, que me parecen mas auténticos y mas oportunos. (1) Enrique, hermano del rey de Francia, se fué en una ocasion al monasterio de Claraval, para tratar con S. Bernardo cierto negocio del siglo. Y apenas entró en aquel sagrado lugar, cuando viendo la quietud de aquella soledad, mirando la alegría sincera que resplandecía en el rostro de aquellos monges, y oyendo las dulces y suaves palabras que salian de la boca de Bernardo y de sus compañeros, se commovió tanto interiormente, que dejando la corte, su palacio y toda la magnificencia real, pidió el santo hábito, y se lo vistió prontamente. A una mudanza tan imprevista y estraña, se pusieron en tumulto los ánimos de todos sus cortesanos; y como si su señor estuviera ya muerto (como al mundo de verdad lo era), prorumpieron en un llanto desecho y en grandes alaridos. Entre estos hubo un cierto caballero de París, por nombre Andrés, que fuera de sí por la vehemencia de dolor, dió en un frenesí de loco, llamando á su amo á boca llena, borracho, loco y necio; no perdonando improperios y maldiciones. Viéndole Enrique mas inquieto y desasosegado que los demas, rogó á S. Bernardo que procurase conseguir de Dios su conversión. No dudeis, le respondió S. Bernardo, que ese tambien será de los nuestros: y porque repitió muchas veces estas palabras aun en presencia de dicho Andrés; bramando este de cólera y rabia contra S. Bernardo, decia consigo mismo (como refirió despues): ahora si que conozco que no sois profeta, sino un engañador; porque yo estoy muy seguro que jamás me vestiré del hábito monacal, como tu dices. Despues se partió rogando al cielo que se sumergiese el monasterio, y lluviesen rayos y saetas sobre sus monges. Pregunto ahora al pio lector;

(1) César. lib. 1. c. 19.

¿se puede hallar una alma mas indispueta que esta, para recibir la gracia de la vocacion y la entrada en la santa religion? Ciertamente que no: observe ahora la fuerza que tienen los ruegos, aunque no para sí, sino para otros. Aquella noche rogó por aquel infeliz S. Bernardo: rogaron tambien sus monges. Estando, pues, estos orando, comenzaron á desvanecerse de la mente de aquel cortesano las tinieblas que le ofuscaban, y á ablandarse la dureza de su corazon: despues comenzó á amar lo que antes aborrecia; á desear lo que en otros tanto habia detestado; y no pudicndo resistir á la violencia que sentia hacerse en su corazon, corrió por la mañana al monasterio de San Bernardo, se postró á sus pies, y con pasmo de todos pidió ser admitido en el número de monges, y lo consiguió felizmente. Veis aquí como las oraciones hechas por otros aunque mal dispuestos vencen los impedimentos que en ellos se hallan, para recibir la gracia y alcanzar al fin el efecto deseado.

233 El otro suceso es el que cuenta San Gregorio en sus diálogos del jóven Teodoro, puesto en su monasterio para educarse; pero con tan poco aprovechamiento que no solo no daba señal alguna de piedad, sino que la aborrecia y se burlaba tambien de ella. Tocado este mozo en la flor de su edad del mal de la peste, que entonces hacia en Roma grandes estragos en los cuerpos humanos, y perdido ya la mitad del cuerpo, se redujo al ultimo extremo. Ahora, mientras estaban los monges al rededor de la cama para asistirle en aquellos últimos periodos de su vida, comenzó á gritar diciendo: apartaos todos: marchad presto de aquí: ved aquí que estoy ya destinado para ser tragado del dragon infernal: mirad que con su grande boca me ha tragado ya toda la cabeza. Salid de aquí presto; y dejad que cumpla la obra ya comenzada y no me atormente mas con sus fauces ardientes. Al oír esto los monges, comenzaron á amonestarle. ¿Qué dices, hermano, qué dices? Armate contra el enemigo con la señal santa de la cruz. No puedo, respondia él, porque el dragon con sus escamas me oprime y no puedo mover los brazos. Entonces los monges se pusieron todos en ora-

cion, y con suspiros, con lágrimas y con golpes de pecho clamaron y rogaron al Señor por aquel infeliz jóven. A estas preces y oraciones Teodoro, sosegado ya el rostro, comenzó á decir: gracias á Dios, que el dragon infernal aterrado de vuestras oraciones, se ha puesto en huída. Quiero convertirme; quiero abandonar la vida secular; quiero en adelante hacer vida santa. Así lo dijo, y así lo hizo; porque habiéndole Dios prolongado la vida, mudó de costumbres: y despues de haber sido bien purificado de Dios con el fuego de los trabajos, murió santamente, como dice el Santo Doctor: *reservatus ad vitam, toto ad Deum corde conversus est; & postquam mutatus in mentem, diu est flagellis attritus, tunc ejus anima carne soluta est.* (1) Aquí vuelvo á reflexionar. Una alma mas indispueta que esta para la gracia de la eterna salud, no se puede dar. El miserable estaba ya del todo desesperado; el demonio habia tomado ya posesion de él; y aun se le habia ya casi engullido en sus horrendas fauces. Y con todo esto; los ruegos y plegarias quitaron todos los impedimentos de su salvacion; ahuyentaron al demonio; quebrantaron la dureza de su corazon, le dispusieron á un verdadero reconocimiento y consiguieron el deseado fin de hacerle salvo.

234 No debemos, pues, cesar jamas de rogar los unos por los otros, ni dejarnos resfriar del temor de que otros pongan obstáculo á nuestras súplicas; porque la oracion lo vence todo: y como dice San Ambrosio explicando aquellas palabras del Apóstol: (2) ayudadme, hermanos, con vuestras oraciones: *adjuvetis me in orationibus vestris*; es imposible que las oraciones de muchos, aunque pequenuelos é imperfectos, no alcancen al fin de Dios todo lo que de su divina piedad es conseguible: *multi enim minimi, dum congregantur unanimes, fiunt magni, & multorum preces impossibile est, quod non impetrent.* (3)

235 Del objeto de los ruegos y peticiones de que hemos hablado hasta ahora, permitame el lector que haga un breve

(1) S. Greg. Dial. lib. 4. c. 38.

(2) Ad Rom. c. 15. 30.

(3) S. Amb. coment. in dict. c. 15.

tránsito al sugeto que ofrece á Dios las súplicas, pero con suma brevedad. El sugeto, mientras ora, conviene que esté en gracia de Dios, que sea amigo y grato á Dios; porque hallándose en este feliz estado está mas dispuesto para recibir favores de su benéfica mano. Mas si él por su grande desventura hubiese caído en desgracia de Dios por alguna culpa mortal, no por eso debe retraerse de orar y rogar frecuentemente; porque si las gracias que éste tal pide son cosas espirituales pertenecientes á su eterna salud, y las pide con el modo debido; será tambien oído seguramente, no por justicia, como dice el Angélico, porque estando privado de la gracia, es tambien incapaz de mérito, ni puede pretender por justicia algun bien de Dios; pero será oído por su divina misericordia: *orationem peccatoris ex bono naturæ desiderio procedentem Deus audit, non quasi ex justitia; quia peccator hoc non meretur, sed ex pura misericordia.* (1) Y la razón de esto, como dice el mismo Santo (2) es, porque toda la fuerza de la oracion no se funda en el mérito de la persona que ruega; sino en la bondad del Señor, en su palabra y promesa: *oratio in impetrando, non innititur meritis nostris, sed soli divinæ misericordiae.* Por lo cual aunque el sugeto no sea merecedor de conseguir; sin embargo su oracion tiene fuerza de alcanzar, como las gracias que pide sean de cosas saludables y las pida como conviene. De aqui se ha de sacar que de la oracion de ruegos ninguno debe eximirse, ó sea pecador, ó sea justo, ó esté en camino de perfeccion, ó se halle muy léjos de él; porque este es un medio proporcionado y necesario para todos.

(1) D. Thom. 2. 2. q. 83. art. 16. in corp.

(2) Ib. q. 7. art. 3.

CAPITULO III.

CUAN GRANDE SEA LA EFICACIA QUE TIENE LA oracion de ruegos para alcanzar de Dios lo que se desea.

236 **N**o es demasiado animoso el dicho de S. Juan Clímaco, que las oraciones de ruegos hacen dulce violencia al corazón de Dios: *oratio pia Deo vim infert*; cuando el mismo Dios no se desdeña de declararse violentado de nuestras súplicas. Porque, estrechado de Moises con sus fervorosas oraciones, déjame, le dijo: déjame, no me detengas, que yo quiero desfogar mi enojo contra este pueblo contumáz; yo lo quiero destruir: *dimitte me, ut irascatur furor meus contra eos, & deleam eos.* (1) Sabiendo Dios la fuerza grande que á su piadoso pecho hacian las oraciones de Jeremias, no quieras rogar, le dijo, por este pueblo delincuente sobre quien quiero ejecutar mis venganzas; no quieras resistirme con tus ruegos: *ergo noli orare pro populo hoc: nec assumes pro eis laudem & orationem, & non obsistas mihi.* (2) S. Gerónimo, comentando estos dos textos dice, que aquellas palabras del Señor: no me resistas, ó Jeremias, déjame, ó Moisés; muestran claramente que los ruegos pueden resistir á la ira de Dios, y traerle á la paz y al perdón: tan grande es su eficacia: *quod autem dicit: non obsistas mihi, illud ostendit, quod Sanctorum preces iræ Dei posunt resistere: unde & Dominus loquitur ad Moysen: dimitte me.*

237 Mas si desearé saber el lector quién haya puesto á la oracion y ruegos esta fuerza insuperable que contienen el enojo de Dios, y obligan su omnipotencia á hacernos toda gracia, como sea justa y conveniente, le diré, que la ha puesto el mismo Dios con haber prometido por su misma boca el hacernos todas las gracias que le pidiéremos. Yo dejo aquí aparte las promesas que se hallan en el viejo testamento, y solo me acojo á aque-

(1) Exod. 32. 10. (2) Jerem. c. 7. 16.

llas que el Verbo Encarnado repetidas veces nos ha hecho en el nuevo testamento: *petite* (dice el Redentor), (1) & *dabitur vobis: quærite, & invenietis: pulsate, & aperietur vobis. Omnis enim qui petit, accipit: & qui quærit, invenit; & pulsanti aperietur.* Pedid, dice Cristo, y se os concederá lo que deseais: buscad y encontrareis; llamad y os abrirán. Porque el que pide, alcanza: el que busca, halla: y á quien llama se le abre. No se podia ciertamente hacer una promesa mas clara y mas expresiva que esta: *omnia quæcumque orantes petitis, credite quia accipietis, & evenient vobis:* (2) cualquier cosa que pidierais en la oracion, creedme que la recibireis, y todo os sucederá conforme á vuestro deseo. No parece que con mas universalidad pudiese Cristo empeñar su palabra: *amen dico vobis, si quid Patrem petieritis in nomine meo, dabit vobis.* (3) De verdad os digo, que si pidierais al Eterno Padre alguna cosa en mi nombre os la concederá. Aquí no contento Jesucristo de haber tomado en su persona el empeño, se obliga tambien en la persona de su Eterno Padre.

238 Después de habernos dado nuestro amabilísimo Redentor su palabra de concedernos las gracias que le pidiéremos, pasa adelante á darnos la razon que le obliga á oír nuestros ruegos. Todos saben cuan grande sea la misericordia, la liberalidad, la bondad y la beneficencia de nuestro Dios; y cuanta la inclinacion que tiene de derramar fuera de si, y comunicar á sus queridas criaturas aquellos inmensos bienes, que en si mismo, como en fuente y manantial de todo bien tiene encerrados. Es tan grande, dice Agustino, que sobrepuja á todo nuestro deseo, á toda nuestra ansia, y á toda nuestra expectation; porque mas quiere él darnos, de lo que nosotros queremos recibir de su Majestad; y mas desea hacernos misericordia, que nosotros deseamos ser librados de nuestras miserias: *plus vult ille dare, quam nos accipere: plus vult misereri, quam nos à miseria liberari.* (4) Y esta es puntualmente la razon

(1) Luc. c. 11. 9. 10. (2) Marc. 11. 24. (3) Joan. 16. 23. (4) S. Aug. serm. 29. de verb. Dom.

sobre la cual funda Jesucristo la fuerza que tienen las oraciones para conquistar el corazón de Dios. ¿Hay por ventura entre vosotros, dice el mismo Cristo, algún padre tan cruel que á un hijo suyo que le pide un pan, le ofrezca una dura piedra? ¿Qué á un hijo que le pide un huevo, le dé una venenosa serpiente? Cierto es que no. Si vosotros, pues (prosigue diciendo con legitima ilacion), siendo malos é imperfectos, no podeis resistir á las súplicas de vuestros hijos, de manera que no les concedais lo que en sus necesidades os piden: ¿cuánto mas vuestro Eterno Padre, que es infinitamente bueno, infinitamente misericordioso, infinitamente liberal, infinitamente benéfico, é infinitamente propenso á favoreceros, no podrá resistir á vuestras súplicas; de manera que no os conceda aquellas cosas buenas y santas, por las cuales incesantemente le rogais? *Si vos, cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris; quanto magis Pater vester qui in caelis est, dabit bona petentibus se?* (1) Argumento fortísimo, capaz de convencer al entendimiento mas ciego, de manera que se vea obligado á confesar, que no es posible que Dios no oiga las demandas y súplicas que miran á la salvación, y á la debida perfección del alma, si se hacen con modo recto y debido.

239 Y á la verdad, ¿puede acaso Jesucristo mentir? ¿Puede faltar á su palabra? ¿Puede ser infiel en sus promesas? Ciertamente que no, dice el Espíritu Santo: *Non est Deus, quasi homo, ut mentiatur, nec ut filius hominis, ut mutetur. Dixit ergo, & non faciet? Loquutus est, & non implebit?* (2) No es Dios como el hombre que miente, ni como el hijo del hombre que muda su voluntad: ni de su Magestad podrá jamas verificarse que haya dicho, y no haya hecho; que haya dado palabra, y no la haya fielmente cumplido: luego es tan cierto que pidiendo alguno al Altísimo gracias convenientes á su salvacion, y pidiéndolas con el debido modo, será oido de su Magestad, cuán cierto es, que el Verbo encarnado no puede faltar en sus dichos, ni puede faltar á su palabra:

(1) Matth. 7. 11. (2) Num. c. 23. 19.

que es lo mismo que decir, que tendrá certeza é infalibilidad de fé acerca de ser oído en sus ruegos. Apoyado sobre este solidísimo fundamento afirma S. Juan Crisóstomo, que es absolutamente imposible que peque cualquiera que ruega á Dios de continuo y con el debido modo: *impossibile est hominem congruo precantem studio, Deoque continue supplicantem, unquam peccare.* (1) Y el doctísimo Padre Suarez, examinando esta verdad con las rigurosas balanzas de la teología, no duda afirmar, que encomendándose uno á Dios, como debe, con frecuencia y con constancia, conseguirá infaliblemente la perseverancia hasta la muerte, aunque éste sea don gratuito que no se puede dignamente merecer, y por consiguiente llegará con infalible seguridad á poseer su eterna felicidad: *dico, si quis orat perseveranter, petendo perseverantiam in gratia; infalibiler eam esse impetraturum. Atque ita dicimus justum, perseverando aebito modo in orationis instantia & frequentia, posse successive infalibiler obtinere perseverantiam usque ad mortem.* (2) Ni esto cause maravilla, porque es manifesto que debe recibir el hombre con la oracion todo bien espiritual, y consiguientemente tambien la perseverancia; ni en esto puede haber engaño, como dice S. Agustin, habiéndolo prometido la eterna verdad: *petite, & accipietis. Promissa tua sunt. Et quis falli metuat, cum promittit veritas?* (3)

240 Probó á su costa esta grande eficacia de la oración aquel impío apóstata y pérfido perseguidor de la Iglesia Juliano Emperador. Guerrcando éste contra los Persas, deseó saber prontamente lo que se hacia en el Occidente, para arreglar sus empresas con estas prontas noticias. A este fin despachó á aquellas remotas partes á uno de los demonios con quienes el malvado tenia impío comercio, con órdenes apretadas de apresurar, de espir, y tambien de impedir lo que se hubiese maquinado contra su real persona. Partió el mensagero solícitamente; mas llegado á un cierto lugar, donde vivia un santo monge llamado

(1) S. Chrys. hom. contr. concur. ad theatra &c. n. 16. (2) Suar. t. 3. de grat. l. 12. c. 3. (3) S. Aug. lib. 22. de Civ. Dei. c. 8.

Públio, fué detenido tan fuertemente con las fervientes y devotas oraciones de este siervo de Dios, que no pudo pasar adelante. Se quedó allí el demonio diez dias continuos, ejecutando todos los esfuerzos de su poder, para vencer el obstáculo que las preces del monge ponian á la prosecucion de su viage. Mas al fin, habiendo experimentado inútiles y vanos todos sus esfuerzos, se volvió todo confuso á Juliano apóstata. Preguntóle éste, por qué habia tardado tanto en traerle la respuesta que él deseaba tener prontamente; y oyendo que de las oraciones de aquel monge andrajoso habia sido detenido, montó en grande cólera y juró hacer de él una cruel venganza. Mas la venganza cayó sobre el malvado, habiendo sido traspasado de una lanza por S. Marcial y quitado de la vida en aquella misma expedicion. Se halló presente á este suceso un cortesano del Emperador, que oyendo de la misma boca del demonio cuan grande fuese la eficacia de los ruegos y oraciones, distribuyó en limosnas á los pobres todos sus bienes; fué á buscar á Públio en la soledad para acabar con él la vida en devotas oraciones; y bajo la disciplina de aquel santo hombre, vino á ser él tambien un gran siervo de Dios. (1)

241 Pero yo nada me maravillo de que los ruegos fervorosos tengan fuerza de encadenar á los demonios, de debilitarles, de enflaquecerlos y de quitarles todo el poder y fuerza; cuando, como antes mostré, llegan hasta hacer una grande violencia al mismo Dios, y á quitarle de las manos el azote, si está en disposicion de castigarnos, y sacarle de las manos las gracias, si por nuestros deméritos está muy ageno de concedérnoslas: como lo hizo ver Dios en una vision á S. Macario, mientras hacia oracion con dos santos monges. (2) Habian venido estos del siglo á ofrecérsele por compañeros é imitadores de su vida; pero el santo Abad, viéndoles en edad juvenil, y de gentil índole, no los tuvo por aptos para sufrir tanta carga. Con todo eso, por no disgustarlos, les dió los ins-

(1) Lib. doct. PP. lib. de sig. & mirac. n. 9. Baron, an. 363. (2) Lib. de doct. PP. lib. de sig. & mirac. n. 3.

trumentos para fabricarse una pobre hermita en un lugar vecino, y despues de haberles instruido acerca del tenor de vida que debian hacer en aquella soledad, se volvió á su celda. Los nuevos religiosos gobernándose, parte con la regla que habian recibido del santo Abad, parte con la direccion que interiormente les daba el espíritu del Señor, estuvieron tres años enteros sin dejarse ver jamas: así que el mismo Macario tuvo por bien de ir personalmente á sus hermitas para indagar sus procedimientos. Pero antes ayunó por espacio de una semana entera, y rogó al Señor que se dignase de darle luz para conocer la calidad de sus operaciones. Fué pues á visitarlos, y despues de haber comido con ellos pobremente de lo que tenian y descansado un poco con el sueño, vió que poniéndose los dos monges en oracion, se abria el techo de la celda y bajaba una luz tan bella, que podia competir con la luz del sol. Comenzando despues todos tres á rezar salmos, veía que á cada versículo que aquellos decian, salia de la boca del uno una llama, que con mas rapidez que un relámpago volaba al cielo; y de la boca del otro salia una cuerdecita de fuego, que mas veloz que un rayo subia á las estrellas. Entendió el Santo con esta vista, que eran agradables á Dios aquellas almas; y comprendió juntamente la violencia que hacen á Dios las oraciones hechas con fervor de espíritu; porque ó á manera de cuerdecillas ardientes, atan las manos al Altísimo para que no descargue sobre nosotros sus castigos; ó á modo de dardos de fuego van á herirle el corazon, y le violentan la voluntad para conceder todo lo que desean alcanzar.

242 Si nos hallamos, pues, frágiles en la observancia de la divina ley, ó lentos y tibios en el camino de la perfeccion; si caemos frecuentemente en culpas graves ó ligeras, echemos la culpa á los pocos ruegos, á las pocas súplicas y peticiones que hacemos, y á lo poco que nos encomendamos á Dios; porque si rogásemos á Dios frecuentemente por nuestras espirituales necesidades, y le suplicásemos de la manera que su Magestad quiere ser rogado, lo conseguiriamos infaliblemente todo, por-

que la promesa de Dios no puede faltar. Fingid que hubiese un Rey de corazon muy compasivo, el cual, movido á piedad de los pobres que viven en la amplitud de sus estados, quisiese proveerlos á todos á sus propias expensas, y á este fin hiciese entender á todos sus gobernadores y magistrados, que á costa de la real cámara proveyesen á todos los mendigos de casa donde vivir, de vestidos con que cubrirse, de mantenimientos con que sustentarse, y que en todas las plazas hiciesen saber esta su voluntad con públicos edictos. Si vos entretanto os encontraseis con un pobre, mal vestido, temblando de frio, lánguido por la hambre; y preguntado, por qué no se aprovechaba de la beneficencia del príncipe, os respondiese, porque me enfada el pedir lo que necesito, ¿qué le diriais? Muy bien empleado te está, le diriais, que te desmayes de hambre, y te mueras de frio. Tu pereza es la causa. Pues esto es puntualmente lo que yo os digo. El Rey del cielo ha prometido, que nos proveerá de los bienes espirituales que tocan á la salud y perfeccion de nuestras almas; y de esta su promesa ha publicado el edicto á todo el mundo en sus cuatro evangelios. Vois sois aquel pobre de que hablo, desnudo de aquel hábito de las virtudes cristianas, frio en el servicio de Dios, débil, lánguido y fácil en caer en los pecados, por no querer incomodaros en pedir incesantemente y de corazon la ayuda de Dios. Pues bien empleado os está, diré tambien yo, si jamás dais un paso en el camino de la perfeccion; y quizá volveis atrás con el peligro de precipitaros.

243 Pedid, pues, siempre; pedid en todas vuestras oraciones; pedid en todas vuestras tentaciones; pedid en todas vuestras perplejidades; pedid en todas las inquietudes y agitaciones de vuestro corazon, acordándoos siempre de lo que dice S. Agustin, glosando aquellas palabras de David: (1) *benedictus Deus, qui non amovit orationem meam, & misericordiam suam à me*: esto es, que no faltando en vos los ruegos, jamás

faltarà la divina misericordia en socorremos con sus poderosos ausilios: *cum videris non à te amotam deprecationem tuam, securus esto, quia non est à te amota misericordia mea.* (1)

CAPITULO IV.

SE EXPLICAN LAS CONDICIONES QUE DEBETENER la oracion de ruegos, para que tenga la eficacia que se ha dicho.

244 **H**e mostrado, que los ruegos consiguen infaliblemente lo que piden, y lo consiguen con infalibilidad de fé, fundada en la omnipotencia y fidelidad suma de Dios, que puede y quiere seguramente mantener todo quanto ha prometido. Pero veo lo que aqui me querrà opener el devoto lector, es à saber, que su experiencia es contraria à esta mi doctrina; porque habiendo pedido él muchas veces à Dios algunas gracias, sin embargo no las ha conseguido de su divina bondad. Es verdad, respondo à esto, que yo he puesto en la oracion de ruegos un efecto infalible; mas he hablado siempre con limitacion. He dicho, que la oracion lo alcanzará todo de Dios con seguridad, y aun con seguridad de fé; pero siempre he añadido, si se hiciere con el debido modo y como conviene: he querido decir con esto, si se hiciere con todas las debidas condiciones que pide Dios en nuestras súplicas. Y esta es la causa, porque orando vos, no habeis sido oido, dice el Apóstol Santiago, porque no habeis sabido rogar, habiendo faltado en alguna de estas necesarias condiciones: *petitis, & non accipitis eo quod malè petatis.* (2) Estas condiciones, pnes, es menester que os declare ahora. Atended, porque pienso ponerlos en la mano la llave, con la cual podais à vuestro placer entrar en el tesoro inagotable de la divina beneficencia, para enriqueceros de todo el bien que os fuere conveniente.

245 Cuatro condiciones, dice Santo Tomás, deben tener nuestros ruegos para que sean eficaces para alcanzar su intento:

(1) S. Aug. in cit. Psalm.

(2) Jacob. 4. 2.

ideo ponuntur quatuor conditiones, quibus concurrentibus semper aliquis impetral quod petit: ut scilicet pro se petat, necessaria ad salutem, pie & perseveranter. (1) La primera condicion es, que uno pida para si ; la segunda, que pida cosas necesarias á su eterna salud; la tercera, que pida con fé; la cuarta, que pida con perseverancia. Y poco antes habia puesto el Santo Doctor otra condicion como necesaria para alcanzar los favores deseados, es á saber, la humildad en el modo de pedir: *fides est necessaria ex parte Dei, quem oramus, ut scilicet credamus ab eo nos posse obtinere quod petimus; humilitas autem est necessaria ex parte ipsius petentis, qui suam indigentiam recognoscit.*

(2) Así que todas las condiciones, que indispensablemente se requieren en los ruegos para que tengan la eficacia de conquistar el corazon de Dios, se reducen á cinco: pedir para si ; pedir cosas necesarias á su salvacion; pedir las con fé; pedir las con humildad; y pedir las con perseverancia. De las dos primeras condiciones de pedir cosas que miran á la eterna salud y pedir las para sí, ya hemos hablado bastante en el capítulo segundo, y hemos visto en qué sentido se deban entender. Resta solo hablar de las otras tres que son las mas importantes; de cuya falta nace, que de ordinario queden nuestras oraciones sin el deseado efecto. De estas discurriremos ahora, es á saber, de la fé, de la humildad, y de la perseverancia con que debemos pedir y rogar, si queremos seguramente conseguir lo que pretendemos.

246 Dice el Angélico sobrecitado, que la oracion de ruegos principalmente se apoya en la fé de quien ora; no en cuanto al mérito que se toma principalmente de la caridad, sino en cuanto á la fuerza y eficacia de alcanzar: *dicendum quod oratio innititur principaliter fidei, non quantum ad efficaciam merendi, quia sic innititur principaliter charitati; sed quantum ad efficaciam impetrandi.* (3) Porque en la realidad Jesucristo nos ha prometido darnos las gracias que le pedimos, mas con esta con-

(1) D. Thom. 2. 2. q. 83. art. 15. ad. 2. (2) *ib.* od. art. in corp.
(3) D. Th. *ib.* q. 83. a. 15. ad. 3.

dicion, que las pidamos con fé, dice S. Mateo: (1) *omnia quæcumque petieritis in oratione credentes, accipietis*. Recibireis todo lo que pidieréis orando con fé. Y S. Marcos: (2) *quæcumque orantes petitis, credite, quia accipietis, & evenient vobis*. Cualquier cosa que pidieréis orando, creed que la recibireis de la divina beneficencia; y de esta manera la alcanzareis. Y en el mismo evangelio de S. Marcos: (3) *omnia possibilia sunt credenti*. No hay cosa tan árdua y tan difícil, dice Cristo, que no pueda conseguir quien tiene verdadera fé, aunque (añade en otro lugar) quisiese arrancar los montes del terreno en que están fundados, y traspasarlos al mar. El Apostol Santiago, criado en la escuela del Redentor, explica con términos aun mas expresivos esta doctrina de su divino Maestro. Quien quiere gracias de Dios, dice, pídaselas con fé, sin dudar nada, y sin titubear de si conseguirá ó no lo que pide; porque quien en sus súplicas procede dudando y titubeando, es semejante á las olas del mar que son inconstantes y llevadas del impulso de los vientos. No crea por tanto el tal hombre que es tan fluctuante é inconstante en su esperanza, que recibirá algun favor de Dios: *postulet autem in fide nihil hæsitans; qui enim hæsitat, similis est fluctui maris, qui à vento movetur, & circumfertur. Non ergo æstimet homo ille, quod accipiat aliquid à Domino*. (4) No se puede hablar mas claro.

247 Mas para no errar en un punto de tanta importancia, es necesario declarar, que cosa sea esta fé, ó por mejor decir, confianza, sin la cual protesta Dios que no quiere concedernos los favores que le pedimos. Esta es una virtud que tiene su asiento parte en el entendimiento y parte en la voluntad. Reside en el entendimiento en cuanto la persona cree con toda firmeza de mente, que Dios inclinado de su suma bondad y obligado de sus muchas promesas, le hará la gracia, por la cual le ruega. Reside en la voluntad en cuanto ésta asistiendo á una tan bien fundada creencia, espera sin alguna hesitacion y recele (como requiere Santiago) que alcanzará la dicha gra-

(1) Math. 21. 22. (2) Marc. 11. 24. (3) March. 9. 22. (4) Jacob. c. 1. 6.

cia, y hecha animosa de su firme esperanza, pide con fervor de espíritu, pide con grande instancia, y pide tambien con una cierta santa importunidad. Cuanto mayor es esta esperanza fundada en fé, tanto mas segura está la persona de que serán oidas las súplicas que en la oracion presenta al trono de la divina clemencia, como dice S. Bernardo, explicando aquellas palabras del Deuteronomio: (1) *omnis locus, quem calcaverit pes vester, vester erit.* Todos aquellos lugares que pisaren vuestros pies, vendrán á vuestro poder. *Pes vester utique spes vestra est, et quantumcumque illa processerit, obtinebit: si tamen in Deo tota figatur, ut firma sit & non titubet.* Los pies del alma son su esperanza, y tanto llegará ésta á alcanzar, cuanto se extendiere con sus deseos; con tal empero, que la tal esperanza esté por medio de la fé unicamente apoyada en la bondad de Dios y en sus infalibles promesas. Esta doctrina fué enseñada del mismo Dios á Santa Matilde con las siguientes palabras: *quanto quis mihi credere, & de bonitate mea præsumere potest, tantum, & infinitum amplius obtinebit. Quia impossibile est hominem non percipere, quod sanctè credidit & speravit.* (2) Cuanto podrá cada uno creer, le dijo Dios, y con fuerte esperanza presumir de mi bondad otro tanto é infinitamente mas conseguirá de mí; porque es imposible, que el hombre no reciba de mi todo aquello que santamente creyendo espera: esto es, que espera con fé viva en la suma bondad é inviolables promesas de Dios. Por eso dijo bien S. Agustin, que si á la oración le falta la confianza, le falta tambien el alma, el vigor, la fuerza, la eficacia; y desmaya y muere: *sí fides deficit oratio perit.* (3)

248 El mismo S. Agustin nos muestra con un hecho prodigioso y admirable cuanto poder tenga para alcanzar la oracion hecha con viva confianza en Dios. (4) En Cartágo un cierto hombre llamado Inocencio, caritativo, hospedero de dicho Santo, yacía en la cama oprimido del dolor de una pe-

(1) Deuter. 11. 24.

(2) Blas. Monit. Spirit. c. 11. § 6.

(3) S. Aug. serm. 35.

(4) S. Aug. lib. 22. de Civit. Dei. c. 8.

nosísima fistola: y no pudiendo sufrir mas largamente aquel incesante martirio, se expuso al corte, pero con éxito poco feliz; porque en el mismo acto en que se hacia aquella penosísima operacion, se desapareció de los ojos, y del hierro de los cirujanos una de aquellas fistolas: de manera que apenas habia sanado el miserable de los primeros cortes, cuando le fué preciso exponerse á otros no menos dolorosos. Al recibir el pobre la nueva de esta segunda carnicería, que sobre él se habia de renovar, dice el Santo Doctor, que *expavit, & expallui, nimio timore correptus*: que se atemorizó y se puso pálido, y comenzó á temblar, á suspirar y llorar. Habiendo venido á visitarle el Santo Obispo Aurelio con otros Eclesiásticos y con el mismo Agustino, les rogó que al siguiente dia quisiesen hallarse presentes, mas ántes á su muerte que á su dolor, creyendo ciertamente que habia de quedar muerto entre las manos de los médicos. Todos se compadecieron de él en aquel grande trabajo, y juntamente le exhortaron á la paciencia y á la conformidad con la voluntad de Dios: y despues se pusieron de rodillas á rogar á Dios por él. Dice San Agustín, que el Obispo Aurelio se postró en oracion con una fé tan viva, acompañada de tantas lágrimas, que él no halla modo de explicarla; y añade estas palabras: si los otros hicieron oracion, yo no lo sé: sé bien que yo de ninguna manera pude rogar; porque viendo aquella grande confianza y fervor del Obispo, tuve por segura la gracia. Solo dije en mi corazon estas breves palabras: Señor, si no ois estos ruegos, ¿qué súplicas oiréis jamas? *Utrum orarent alii, nec in hoc eorum vertereur intentio, nesciebam. Ego tamen prorsus orare non poteram. Hoc tantummodo breviter in corde meo dixi: domine, quas tuorum preces exaudis si has non exaudis?* Vinieron, pues, los cirujanos al dia siguiente, conforme se habia ya concertado: prepararon los hierros y todas las demas cosas necesarias para aquella funesta operacion. Despues se acercaron al enfermo, desataron las vendas, comenzaron con los ojos muy atentos á examinar la parte antes dolorida, á tentarla con las

manos; y con suma admiracion de ellos y de cuantos se hallaban presentes, la encontraron perfectamente sana. A un tan evidente milagro prorumpieron todos en voces de alegría y de júbilo, y dieron sumas alabanzas al Altísimo; pero especialmente S. Agustín que veía verificado lo que tacitamente habia dicho en su corazon el dia antecedente, que no podian quedar sin el efecto de la gracia aquellas súplicas del Obispo Aurelio hechas con tanta fé. Quien desea alcanzar favores de Dios, pidalos con gran confianza. En el acto de presentar á Dios sus ruegos, piense en su suma bondad, infinitamente inclinada á favorecernos: piense en la infalibilidad de sus promesas. que tan repetidas veces nos ha hecho. De aqui conciba una fuerte y firme esperanza, que excluya y eche fuera toda duda que le pueda sugerir su pusilanimidad: y con esta confianza pida, y vuelva á pedir sin cansarse; que infaliblemente lo conseguirá todo.

249 La segunda condicion que se requiere para hacer eficaces las súplicas delante de Dios, es la humildad. Dos ojeadas ha de dar el que ruega: una á sí mismo y á sus propias miserias; y á esta vista debe humillarse profundamente y confundirse intimamente, teniéndose por indigno de todo bien. La otra ojeada ha de dar á la misericordia, á la beneficencia y á las promesas de Dios; y á esta otra vista debe dilatar el corazon, y concebir una viva confianza de que conseguirá todo el bien que desea. Estos dos efectos, humildad y confianza, son las dos alas con que la oracion se levanta á Dios: son los dos brazos con que le saca de las manos todos los favores. Asi rogaba el grande Daniel: (1) *inclina Deus meus aurem tuam, & audi: aperi oculos tuos, & vide desolationem nostram, & civitatem super quam invocatum est nomen tuum: neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis.* Inclina, decia el Profeta, inclina Dios mio tus oidos para escucharnos: volved los ojos y mirad desolada la ciudad, por la cual os ruego: porque yo no me he postrado á suplicar

(1) Dan. 9. 18.

delante de vuestra divina Magestad confiado en mis merecimientos, sino solo en vuestras grandes y muchas misericordias. Veis aqui la desconfianza de sí, y la confianza en Dios, por la cual el Señor al punto le oyó, enviándole el Arcangel S. Gabriel para instruirle: *adhuc me loquente in oratione, ecce vir Gabriel, quem videram in visione à principio, cùd volans tetigit me in tempore sacrificiù vespertini. Et docuit me, & locutus est mihi.*

250 Es verdad, como decia Santo Tomás arriba citado, que la oracion se apoya principalmente en la confianza; mas esta misma fé y confianza no es agradable á los ojos de Dios, si no va junta con una sincéra humildad; ni tiene fuerza alguna para inclinar el corazon del Señor sin esta compañía; porque el mismo ha declarado por Isaías, que no mira á otros con ojos de beneficencia y piedad, que á los pobres de espíritu y humildes de corazon que están llenos de un temor santo y reverente: *ad quem respiciam, nisi ad pauperculum & contritum spiritu, & tremement sermones meos?* (1) Para que el mar corra á cubrir con sus olas la playa, no quiere otra cosa, sino que se baje y humille la playa. Asi basta que el alma en la oracion se abaje con el humilde conocimiento de sí misma, para que Dios corra á colmarle el seno de la plenitud de sus gracias. Acorraos de la oracion del Fariseo y del Publicano. Aquel ruega con mente soberbia, confiado en los méritos de sus ayunos y de sus ofrendas. Este ruega con mente humilde, y reconociéndose pecador, golpeándose el pecho, y sin atreverse á levantar el rostro al cielo. Cual fuese el éxito de estas dos oraciones tan diferentes, todos lo saben. La oracion de aquel fué desechada; la de éste fué agradable. Aquel con la soberbia incurrió en la reprobacion, y éste consiguió de Dios la justificacion con su profunda humildad: *sit oratio, quæ fit pro æterna vita,* diré con S. Bernardo, *in omni humilitate, præsumens de sola, ut dignum est, miseratione divina.* (2) Sean nuestros ruegos fundados en humildad, desconfiando totalmente de nuestros méritos y confiando, como es debido, en sola la divina misericordia.

(1) Isai 66. a. (2) S. Bern. serm. 3. Quadr.

251 La tercera condicion que deben tener nuestros ruegos y oraciones para que muevan eficazmente el corazon de Dios, es la perseverancia en pedir. Es esta perseverancia tan importante, que S. Hilario pone en ella toda la eficacia de la oracion: *obtinere in sola precum mora est.* (1) El conseguir gracias de Dios, dice el Santo, consiste en la perseverancia en pedir; porque si bien ha prometido Dios de conceder las gracias que le pidiéremos como sean conducentes al fin de nuestra eterna salvacion; pero no nos ha prometido de concedérnoslas al punto y prontamente. A algunos quiere Dios oírlos la primera vez que se encomiendan á su Magestad; mas de otros quiere ser rogado por semanas, por meses y aun por años. A unos quiere dar de una vez todo lo que le piden; pero á otros se los quiere conceder poco á poco y casi insensiblemente: y esto lo hace por los altos é inescrutables consejos de su divina providencia, que no nos toca investigar. A nosotros nos debe bastar el saber, que obrando Dios con esta diversidad, no tiene otro fin que nuestro mayor provecho y su mayor gloria. Es cierto que prosiguiendo nosotros en rogar y pedir, tarde ó presto nos ha de conceder todo lo que no se opone á nuestra eterna salud; porque la promesa de Dios no puede faltar.

252 Por eso dice bien S. Gregorio: si tú no fueres oído la primera vez que rogares, no aflojes en la oracion; antes entonces insiste mas en los ruegos, entonces levanta mas que nunca la voz á Dios, porque el Señor quiere ser rogado, quiere ser violentado, quiere ser vencido de nosotros con una santa importunidad: *habes in hoc perseverantiæ documentum, ut si primo non exaudieris, ab oratione non deficias; imò precibus, & clamori insistas. Vult Deus rogari, vult quadam importunitate vinci.* (2) S. Gerónimo trae á este propósito el ejemplo de aquel ciego, que pasando Cristo por el camino de Jericó pedia en alta voz misericordia. Le dijeron que bajase la voz, que callase; pero él daba mayores clamores: *Miserere mei, Fili*

(1) S. Hilari. can. 6. in Matth.

(2) S. Greg. in Paul. posit. vers. 1.

David. Jesus hijo de David, tened piedad de mí. Así dice el Santo debe portarse el que por medio de los ruegos quiere alcanzar de Dios lo que desea: no debe retirarse jamas de la oración, ni inquietarse jamas; sino que cuanto se ve menos oído, tanto mas debe persistir en las súplicas, y tanto mas exclamar delante de Dios con el afecto del corazón: *qui ad capita pervenire voluerit, reflectere mentem à studio orationis non debet, sed magis perseverare in intentione cepta illum oportet...* Hinc in Evangelio cæcus ille, qui in Jerico transeuntem Jesum audierat misereri sibi ab eo petebat; sed eum à pretercuntibus sibi jubebatur, ut taceret, ipse nullo magis clamabat, dicens: *miserere mei, Fili David.* (1)

253 Pero aun es mas enfático el modo con que San Juan Crisóstomo nos estimula á esta perseverancia en la oracion y en los ruegos. Nos representa aquel paralítico del Evangelio que estuvo treinta y ocho años junto á la probática piscina, temblando sobre aquella orilla, como caña palustre que tiembla sobre la ribera de un rio. Despues encendido en un santo celo: vergüenza, exclama, vergüenza, cristianos míos. El paralítico esperó treinta y ocho años por el desco de recobrar la salud; y no habiéndose cumplido su desco, no por su negligencia, sino por la solitud de otros en prevenirle y entrar primero; sin embargo, no cayó de ánimo, ni se cansó jamas de esperar, ni desesperó de conseguir la gracia que deseaba. Y nosotros, si persistimos diez dias en encomendarnos á Dios, y no vemos ser oídos, al punto nos entibiamos, nos desanimamos y dejamos de orar: *pudeat nos, pudeat dilectissimi, & incredibilem socordiam nostram deploremus. Octo & triginta annos paralyticus ad piscinam expectaverat, expectabatque, neque impletum ejus est desiderium: neque negligentia sua non sanabatur; sed præventus ab aliis: neque prop'erca desperavit. Nos autem si vel decem dies orationibus invigilantes non exaudimur, jam tepescimus.* (2) Para no caer, pues, en esta inconstancia que tanto se opone á la eficacia de los ruegos, porque es causa de que es-

(1) S. Hier. in Jerem. Lament. c. 3. (2) S. Chrys. hom. 36. in c. s. Joan.

tos las mas de las veces queden sin algun fruto; discurrámos entre nosotros mismos de esta manera. Esta gracia que yo pido á Dios, si es para salud de mi alma (como creo que lo sea), el Señor no me la puede negar. Se mudarán los cielos y la tierra; mas la palabra del Señor no puede mudarse, ni pueden frustrarse sus promesas: *caelum & terra transibunt; verba autem mea non praeteribunt*: (1) quiero, pues, pedirla con grande constancia, sin desmayar jamas; porque perseverando en pedir, estoy seguro que presto, ó tarde, ó todo juntamente, ó poco á poco, al fin lo conseguire. Dios es fiel, ni puede contradecirse á sí mismo, como dice el Apostol: *fidelis permanet, non potest negare se ipsum*. (2)

254 Tenemos en la Cananéa el mas noble ejemplo que se puede dar de fé, de humildad y de perseverancia en rogar. (3) Se presenta delante del Redentor esta muger á pedir piedad por una hija suya que estaba cruelmente atormentada del demonio. Mas Jesucristo, volviendo á otra parte la cara, no se dignó de responderla. No desmayó ella con esta tan mala acogida; antes levantando la voz, comenzó á importunar al Redentor con sus gritos de tal manera, que los Apóstoles rogaron á su divino Maestro que la despachase; porque los ensordecia con sus clamores: *rogabant eum, dicentes: dimitte eam, quia clamat post nos*. Jesucristo les respondió: yo no he sido enviado al mundo para otros, sino para las ovejas perdidas de Israel. La muger Cananéa al oír que con semejantes palabras estaba ella excluida del número de aquellos, á quienes vino á beneficiar el Redentor, no perdió el ánimo; sino que confiada mas que nunca en su bondad, corrió á arrojarse á sus pies, pidiéndole socorro. Jesucristo no mostrándose rendido un punto á aquel acto de reverencia y obsequio; no está bien, le dijo, echar á los perros el pan que se debe dar á los hijos. ¿Quién lo creyera? La Cananéa al oír estas palabras de tanto disgusto, no se turbó nada; antes le respondió prontamente que tambien los perros, si nõ comen el pan de los años, recogen á lo menos las migajas del pan que

(1) Matth. 24. 26. (2) 2. Timot. 2. 13. (3) Matth. 15. 23.

caen de sus mesas. Entonces le dijo Cristo aquellas palabras: *o mulier, magna est fides tua; fiat tibi, sicut vis.* ¡O muger, grande es tu fé! hágote la gracia que tanto deseas. ¡Gran fé la de esta muger en pedir! miétras con tantas repulsas no perdió jamas la esperanza. ¡Grande humildad! pues tratada de vil perra no se sintió; ántes se reputó por tal, y como tal pidió ser beneficiada del Redentor. Grande perseverancia; cuando à tantas oposiciones, ya de los Apóstoles que la echaban, ya de Cristo que la rechazaba de sí, no dejó jamas de rogar. Con la misma fé, con la misma humildad y con la misma constancia, pidamos tambien nosotros las gracias al Señor. Si nos pareciere que Jesucristo tal vez no nos escucha, queriendo hacer prueba de nuestra constancia, como hizo con la Cananéa; alcemos entonces mas la voz, reforcemos los ruegos, postrémonos en su presencia con mas fervor; sabiendo que puede diferirnos las gracias que de esta manera le pidiéremos; mas no nos las puede negar.

CAPITULO V.

SE HABLA DE LA ORACION VOCAL: SE PREGUNTA si es de precepto; y se explica el modo con que debe hacerse para que sea provechosa.

255 Hemos hablado hasta ahora de la oracion de ruegos, en cuanto se hace tacitamente con el corazon; resta ahora hablar de ella en cuanto se exprime con la lengua, y se llama oracion vocal. Para determinar si esta oracion es de precepto, es necesario distinguir dos suertes de oraciones: una que se dice comun; y otra que se llama singular. Las oraciones comunes son aquellas que ofrecen á Dios los ministros de la santa iglesia, en cuanto representan en su persona á todo el pueblo cristiano; por ejemplo las preces que hacen en el santo sacrificio de la misa. Y estas oraciones, como dice Santo Tomás, es necesario que se expresen con la voz, para que sean manifiestas al pueblo por quien se presentan á la magestad de Dios: & *idea*

*oportet, quod talis oratio innotescat toti populo, pro quo profer-
tur; quod non posset fieri, nisi esset vocalis.* (1) Antes añade el
Santo Doctor, que es intencion de la santa iglesia, que las ta-
les oraciones se profieran con voz alta, para que sean inteli-
gibles y lleguen á la noticia de todos, ya que á todos son comu-
nes. La oracion singular es aquella que cada uno hace á Dios
por sí, ó por otras personas por quienes ruega, movido del ins-
tinto de particular caridad. Y hablando de esta oracion privada,
Santo Tomás es de parecer que no hay obligacion de expresarla
con la lengua, sino que basta ofrecerla á Dios con la mente:
*oratio vero singularis est, quæ offertur à singulari persona cu-
juscumque sive pro se, sive pro aliis orantis: & de hujus oratio-
nis necessitate non est, quod sit vocalis.* (1)

356 Otros teólogos quieren que haya precepto de orar vo-
calmente, asi por la práctica que desde el principio ha habido
siempre en la iglesia de Dios de rogar con la voz; como tambien
por el ejemplo que nos ha dado Jesucristo, habiendo él orado
muchas veces con la lengua; ya por el ejemplo de los Santos
que todos han hecho lo mismo; ya tambien finalmente, porque
el mismo Jesucristo preguntado de los Apóstoles del modo con
que se debia hacer la oracion: *doce nos orare*, respondió: *cum
oratis, dicite: Pater noster, qui es in cælis &c.* Cuando haceis
oracion, decid asi: (3) Padre nuestro, que estais en los cielos,
&c. Parece que á esta opinion asienta S. Agustin; porque in-
terpretando aquellas palabras de S. Juan: *sublatiæ Jesus oculis
in cælum: dixit: Pater, venit hora, clarifica Filium tuum;* dis-
corre de este modo: (4) *poterat Dominus noster, unigenitus &
coæternus Patri, in forma servi & ex forma servi (si hoc opus
esset) orare silentio; sed ita Patri se exhibere voluit pre-
catorem, ut meminisset, se esse nostrum Doctorem. Proinde
eam, quam fecit orationem pro nobis, notam fecit & nobis,
quoniam tanti Magistri non solum ad ipsos sermocinatio, sed
etiam pro ipsis ad Patrem oratio, discipulorum est edificatio-*

(1) D. Thom. 2. 2. q. 83. art. 12. in corp. (2) Eod loco. (3) Luc. c. 11. 2.
(4) S. Aug. in c. 17. Joan. 14. 104.

Queriendo, dice el Santo Doctor, el Unigénito del eterno Padre, vestido de carne mortal, hacer oracion por nosotros, podia hacerla en silencio, y ocultamente con el corazon y la mente. Pero no: rogando por nosotros, quiso que su oracion fuese externa y manifiesta á nosotros; porque acordándose de que era nuestro doctor y maestro, quiso con la oracion que hizo á su eterno Padre, enseñarnos el modo con que debemos orar tambien nosotros.

257 Mas sea lo que fuere de esta cuestion: lo cierto es, que la oracion vocal es utilisima por tres razones, como enseña el mismo Angélico Doctor, (1) ni debe dejarse jamás de algun cristiano. Lo primero, porque despierta la devocion interior del corazon, y es de grande ayuda al espiritu para levantarlo á Dios. Mientras está nuestra alma unida al cuerpo, depende de los sentidos corporales en todas sus operaciones espirituales: y por eso, como dice S. Agustin, de las voces y de la postura devota se excita grandemente para encenderse en santos deseos: *verbis rogamus Deum, ut illis rerum signis nos ipsos admoveamus.... & ad augendum desiderium sanctum nosmetipsos acrius excitemus.* (2) El mismo Agustino confiesa de si mismo, que al principio de su conversion se sentia conmovido tanto de los himnos, cánticos y devotas oraciones en tiempo de los divinos officios, que se veia obligado á deshacerse todo en un raudal de copiosas lágrimas. Lo segundo, porque es debido que honremos á Dios, no solo con las potencias interiores del alma, que son el entendimiento y la voluntad; sino tambien con las potencias exteriores del cuerpo, y por consiguiente tambien con la lengua, habiendo recibido nosotros unas y otras de su benéfica mano. Por lo cual tenemos en Oseas que debemor ofrecer á Dios el sacrificio de nuestros labios: lo que no se puede hacer de otra manera que con la oracion vocal: *omnem aufer iniquitatem, et accipe bonam, et redde-nus vitulum labiorum nostrorum.* (3) Lo tercero, porque con la oracion vocal se da desahogo al afecto devoto que se nos ha encendido en el corazon, y

(1) Art. supr. cit. (2) S. Aug. ep. 121. ad Probam c. 9. (3) Osee 14. 3

con esto se nutre mas el fuego del santo amor. Por eso el real Profeta de púes de haber dicho que se le habia colmado de alegría el corazon, añade luego, que su lengua prorumpió en voces de júbilo: *laetatum est cor meum, et exultavit lingua mea.* (1)

258. Aunque no es menester entretenernos mucho en demostrar la necesidad, ó utilidad grande que hay en el uso de las oraciones vocales; quando apenas se halla cristiano tan descuidado de su eterna salud que no las practique; y que muchas veces al dia no vuelva á repetir la mejor de todas las oraciones, por ser compuesta de la misma sabiduría divina; quiero decir, la oracion del Padre nuestro: no obstante conviene mucho advertir que las tales oraciones no se hagan con sola la lengua, como acaece á la mayor parte de los fieles, sino que vayan juntas con la atencion de la mente, y con el afecto del corazon; porque de otra suerte serán poco agradables á Dios que las escucha, y de ningun fruto al sugeto que las reza, como dice el Apóstol: (2) *si orem lingua... mens autem mea sine fructu est.* Si yo hago oracion con sola la lengua, mi mente está privada de fruto y desnuda de mérito; y no es digna de alcanzar cosa alguna de la divina bondad. De esta manera caerá sobre una oracion tan insulsa la reprehension que dió Dios por Isaias al pueblo de Israel disipado y distraido en sus oraciones: *populus hic labiis me honorat; cor autem eorum longe est á me:* (3) Este pueblo, decia Dios, orando en mi presencia, me honra con solos los labios; pero su corazon entre tanto está muy léjos de mi. Si desea, púes, la persona espiritual que sus oraciones vocales sean impetratorias, y sean de mérito para ella y de agrado á Dios, es necesario que rogando con la lengua, ruegue tambien con la mente, ruegue con el espíritu, y ruegue con el corazon, como enseña S. Pablo: *orabo spiritu, orabo & mente: psallam spiritu, psallam & mente.* (4) Y por eso en comenzando á rezar oficios, rosarios, padre nuestros, ave marías, y otras oraciones, póngase en la presencia de Dios, y mientras mueve los labios y habla con la lengua, hable tambien á Dios con el

(1) Psalm. 15. 59. (2) I. ad Cor. 14. 14. (3) Isai. 29. 13. (4) I. Cor. 14. 15.

corazon ; como hacia la célebre Ana, muger de Elcana : *Anna loquebatur in corde suo ad Dominum, tantumque labia illius movebantur, & vox penitus non audiebatur.* (1) Por fin quisiera que se imprimiesen altamente en el corazon del pio lector aquellas palabras de S. Gregorio, en que expresa maravillosamente la necesidad que hay de esta atencion en las oraciones vocales, para que sean útiles y fructuosas : *vera quippe postulatio, non in oris est vocibus, sed in cogitationibus cordis. Valentiores namque voces apud secretissimas aures Dei non faciunt verba nostra, sed desideria. Æternam enim vitam, si ore petimus, nec tamen desideramus, clamantes tacemus.* (2) Los verdaderos ruegos, dice este gran Doctor de la Santa Iglesia, no consisten en las voces de la boca, sino en la atencion del corazon; porque las voces que llegan á penetrar los oidos de Dios, no son palabras que salen de los labios, sino los deseos santos y las santas aspiraciones que salen del corazon. Si pidiéremos al Señor la vida eterna, y lo que pertenece á ella con sola la boca y no la deseáremos con el corazon, gritando callaremos; y hablando mucho estaremos mudos y callados en la divina presencia.

259 Refiere Martin del Rio, (3) que S. Roberto abad vió mientras sus monges oraban en el coro, entrar en él al demonio en figura de un labrador con una horquilla en la mano, y una espuerta grande que le colgaba de las espaldas. Apenas entró cuando comenzó á dar vueltas al rededor de los asientos de los monges : y con el cuello extendido, y los ojos atentos observaba los defectos que cometian orando y rezando salmos. Si hallaba alguno soñoliento, prorumpia en altas risadas, y hacia burla de él con desconcertadas carcajadas. Si hallaba alguno voluntariamente distraido, saltaba de placer; y hacia grande fiesta. Encontró finalmente á un novicio que se estaba entreteniéndose en pensamientos ilícitos, y andaba meditando tambien la huida del monasterio : muy alegre le cogió con la horquilla que llevaba en las manos, y le echó dentro de su espuerta; y con-

(1) I. Reg. 1. 13. (2) S. Greg. Moral. lib. 22. c. 13. (3) P. Martin del Rio
Dequis. maric. tom. 1 lib.

tento con tan bella presa, marchó precipitadamente. Y en efecto, el infeliz novicio aquella misma noche se huyó del monasterio; y despues de una vida infame murió miserablemente. Veis aquí como los salmos y otras preces dichas distraidamente y con modo soñoliento agradañ mas al demonio que á Dios; y en lugar de merecer con ellas corona para el paraíso, se amontona leña para el purgatorio, y tal vez carbones inextinguibles para el infierno, como sucedió á este desventurado jóven. Por eso exclama justamente sobre este propósito S. Cipriano: (1) *quæ autem segnitia est alienari & capi ineptis cogitationibus & prophanis, cum Dominum precaris; quasi sit aliud, quod debeas magis cogitare, quàm cum Deo loquaris?... Hoc est ab hoste in totum non cavere; hoc est quando oras Dominum, majestatem Dei negligentia orationis offendere.* ¿Qué negligencia es esta, dice el Santo, distraerte en el tiempo que ofreces á Dios tus ruegos, y andarte vagueando por otra parte con ineptos pensamientos y profanas imaginaciones; como si hubiera pensamiento de mas importancia que hacer entonces reflexion que hablas con Dios? Esto es no guardarte del demonio que te tienta: es dar gusto al enemigo. Esto es ofender la magestad de Dios en el mismo tiempo que oras y piensas aplacarle con tus ruegos. Procuremos, pues, que no falte la debida atencion á nuestras oraciones vocales, acordándonos siempre que esta es el alma de semejantes preces; y que así como un cuerpo sin alma es un disforme cadaver á nuestra vista, así una oracion vocal privada de toda atencion, no es oracion, sino un cadaver de oracion á los ojos del Señor.

(1) S. Cyprian. de orat. Domini.

CAPITULO VI.

*SE EXPLICAN TRES MANERAS DE ATENCION
que pueden tenerse en las oraciones vocales.*

260. *D*icendum, quod triplex est attentio, dice el Angélico Doctor, *quæ orationi vocali potest adluberi; una quidem, quâ attenditur ad verba, ne aliquis in eis erret: secunda, quâ attenditur ad sensus verborum: tertia, quâ attenditur ad finem orationis, scilicet ad Deum, & ad rem, pro qua oratur. (1)* Dice Santo Tomás, que tres son las especies de atencion que se pueden tener en la oracion vocal: la primera es á las palabras, como sucede en quien rezando el oficio divino se aplica á leer con atencion y á pronunciar con distincion las palabras, para no errar en la exacta pronunciacion de las voces. Mas esta atencion, para que sea de algun valor y aun suficiente presupone, que la persona al principio se haya puesto en la presencia de Dios con ánimo de orar con el rezo de semejantes oraciones. La segunda atencion es el sentido de las palabras que se profieren, como suele practicarse de aquellos que rezando los salmos de David, ó el padre nuestro y ave maria, oraciones llenas todas de devotísimos sentimientos, van reflexionando el significado de las palabras, y lo van juntando con el afecto del corazón. Si acaso la persona espiritual no quisiese pronunciar seguidamente las dichas oraciones de la manera que se rezan las horas canónicas, sino que se anduviese deteniendo en cada verso para hacer sobre él varias reflexiones y apacentarse con varios afectos, entonces la oracion sería mas que vocal, porque estaria mezclada con la mental, y se llamaria, segun la frase de San Ignacio, segundo modo de orar. La tercera atencion es aquella que se tiene, no solo á las palabras, ni solo á su significacion; sino tambien al mismo Dios último

(1) D. Thom. 2, 2, q. 83. art. 3. 1a. corp.

fin de nuestras oraciones: como cuando orando **alguno** con la lengua, se está con la mente en la presencia de Dios, y le adora, le ama y le da gracias, ó le va pidiendo con el corazón aquellas gracias de que se conoce necesitado. La primera atención es suficiente: la segunda es buena y puede ser también muy provechosa: la tercera es la mejor y puede ser utilísima á quien seriamente se aplica. Y aquí se debe advertir, que Santo Tomás llama á esta tercera atención muy necesaria, especialmente á aquellos que no entienden la lengua latina, ni pueden penetrar los sentidos que se expresan en los salmos, padre nuestro, y en otras oraciones aprobadas de la Iglesia: *quæ quidem est maxime necessaria; & hanc etiam possunt habere idiotæ.* (1.) Porque mientras estos pronuncian con la lengua aquellas palabras cuya significación no penetran con la mente en vez de andar vagueando con el pensamiento, deben ocupar la mente en Dios con afectos santos y provechosos.

264 Es célebre en las historias de la orden del Cister la vision que tuvo S. Bernardo, mientras rezaba salmos una noche en el coro con sus monges. Vió al lado de cada monge á un ángel con papel y pluma en la mano, en acto de escribir cada salmo, cada versículo, y cada palabra que rezaban. Mas con esta diversidad, que algunos ángeles escribían con letras de oro, otros con letras de plata, otros con tinta, y otros con agua, y otros estaban con la pluma suspensa sin escribir cosa alguna. Mientras el Santo estaba mirando esto con los ojos del cuerpo, le abrió Dios los ojos de la mente, y con un rayo de luz superior le hizo penetrar el significado de aquella vision. Entendió que las oraciones que estaban escritas con letras de oro, significaban el fervor de espíritu, y la interior caridad con que se habian rezado. Las oraciones señaladas con caracteres de plata, indicaban una sincera devoción, pero junta con menos fervor. Las oraciones impresas con letras de tinta, representaban una exquisita diligencia en pronunciar las palabras del salmo; pero con poco sentimiento de devoción. Las oraciones escritas con

(1) Ibid.

agua, denotaban la negligencia de aquellos que vencidos, ó del sueño, ó de la pereza ó de vanos pensamientos, no ponian toda la atencion á lo que pronunciaban con la lengua. Los ángeles que nada escribian, representaban la tibieza y malicia de aquellos monges que voluntariamente estaban adormecidos y distraidos. De aquí saque cada uno, que eual fuere su atencion, afecto y devocion en proferir las oraciones vocales que suele rezar, tales serán los caractéres con que las escribirá su angel de guarda.

262 Mas aquí deseará saber el lector si hay alguno que note aquellas oraciones vocales que no son notadas de los ángeles: y si han de quedar acaso totalmente olvidadas; sin algun premio ó castigo. Respondo con otra vision, que estas están escritas de los demonios con caractéres funestos, que son señales de muchas penas. (1) Un santo sacerdote, despues de haber celebrado para el pueblo el santo sacrificio de la Misa, vió al lado del altar á un demonio que con un grande pergamino y negra pluma en la mano, se daba mucha priesa en escribir. El siervo de Dios, sin temor alguno de él; le mandó en nombre de Jesucristo que le manifestase lo que escribia en aquel grande pergamino con tanta solicitud. Respondió el demonio: escribo todos los pecados que ha cometido esta gente, asistiendo á la santa Misa. Entonces el sacerdote con intrepidez digna de un pecho sacerdotal arrebató de las manos del enemigo aquel largo folio, y leyó á la presencia del pueblo todas las culpas que cada uno habia cometido aquella mañana. Al oír nombrar la gente todas las inmodestias é irreverencias cometidas en el lugar sagrado en tiempo de oracion y de una funcion tan sagrada; se compungió de veras, y corrió cada uno á confesarse con mucha contricion. Acabadas despues las confesiones, se vieron borrados del pergamino aquellos caractéres infernales: señal manifesta del perdon que ya habian recibido de Dios. Poniéndonos, pues, á rezar el oficio, ó la corona, ó cualquiera otra devota oracion, imaginemos que tenemos á un lado al ángel de

(1) John Jus. lib. Scal. Cæl.

guarda que escriba en el libro de la vida aquella oracion, si es digna de premio; y del otro lado al demonio que la nota en el libro de la muerte, si es digna de castigo. Y para que las dichas preces nos sean de mérito, y no de castigo, diré con San Cipriano: *quando stamus ad orationem, fratres dilectissimi, vigi- lare & incumbere ad preces toto corde debemus. Cogitatio omnis sæcularis & carnalis abscedat; nec quidquam tunc animus, quàm id solum cogitet, quod præcatur.* (1) Estemos despiertos y con todo el afecto del corazon atentos á nuestra oracion. Esté entonces muy léjos de nosotros todo pensamiento del siglo; ni el alma piense en otra cosa que en aquel gran Dios á quien ruega, y á las cosas que le pide: *ideó & sacerdotes ante orationem præ- fatione præmissa, parant fratrum mentes, dicendo, sursum corda: ut dum respondet plebs; habemus ad Dominum, admoneantur, nihil aliud se, quàm Dominum cogitare debere.* Prosiguo el Santo Doctor en inculcar esta atencion con el ejemplo del sacerdote que en el prefacio de la Misa dice al pueblo, que levante el corazon á Dios; y el ayudante en nombre de todo el pueblo responde; lo tenemos ya puesto en él: para significarnos que en tiempo de oracion no se ha de pensar sino en Dios.

263 Pero se ha de notar, que todo lo que he dicho se entien- de de aquellas distraccions voluntarias de la mente que la persona busca de propósito para divertirse, ó advertidamente las admite cuando le vienen sugeridas ó de la inestabilidad de la naturaleza, ó del enemigo envidioso de su bien. Estas, dice Santo Tomas, son pecaminosas; y quitan á la oracion todo el fruto: *si quis ex proposito in oratione mente evagatur, hoc peccatum est & impedit orationis fructum.* (2) No he pretendido hablar de las distracciones involuntarias que padece la persona devota contra su voluntad, cuando poniéndose de- lante de Dios á rezar sus oraciones con ánimo de pedirle y alcanzar su ayuda, se ve llevada á otra parte de pensamientos importunos; puesto que luego que los advierte, los aparte de si, y se vuelva con la atencion á Dios. Estas distracciones, co-

(1) S. Cypr. de orat. Donat. serm. 6.

(2) Art. sup. cit. ad. 3.

mo dice el mismo Santo, aunque sucedan cien veces, no impiden que la oracion esté hecha con verdadero espíritu: *dicendum, quod in spiritu & in veritate orat qui ex instinctu spiritus ad orandum accedit; etiamsi ex aliqua infirmitate mens postmodum evagetur.* (1) Antes bien añade el mismo Angélico para consuelo de ciertas almas de conciencia delicada, que tal vez tambien los espíritus mas elevados son llevados de la humana fragilidad desde lo alto de la contemplacion á lo bajo de alguna involuntaria vagueacion de mente: *mens humana propter infirmitatem naturæ, diu stare in alto non potest. Pondere enim infirmitatis humanæ deprimitur anima ad inferiora. Et ideo contingit, quod cum mens orantis ascendit in Deum per contemplationem, subito evagatur ex quadam infirmitate.* (2) Vele, pues, la persona espiritual cuando ora vocalmente sobre su mente y corazon: no admita jamas de su voluntad pensamiento ageno de la oracion: ni tema que sus ruegos no hayan de ser de mucho provecho para sí, y de mucho agrado para Dios.

CAPITULO VII.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR

sobre el presente artículo.

264 **A**dvertencia primera: de lo dicho en los precedentes capitulos habrá comprendido el director, que el primer remedio que debe dar á sus penitentes contra todo mal y trabajo de espíritu, y el primer medio que les ha de señalar para conseguir la virtud y todo bien espiritual, es la oracion de ruegos y el frecuente recurso á Dios. La huida de todo mal, como hemos ya declarado, y la consecucion de todo bien sobrenatural, ha de ser efecto de la divina gracia; y esta gracia tan necesaria de ley ordinaria no la da Dios á otro en la presente providencia, que á quien la pide. Luego si el

(1) Eod. art. ad. 1. (2) Eod. art. ad. 2.

penitente es fragil, y frecuentemente cae en las mismas faltas, le debe mandar que se encomiende á Dios: si es embestido de tentaciones y llevado del ímpetu de sus propios apetitos, le ha de ordenar que al primer movimiento de pasión ó de tentacion pida socorro á Dios. Si es lento y perezoso en el ejercicio de esta ó aquella virtud, le ha de inculcar que pida vigor y fuerzas á Dios. Si está atribulado, si es perseguido, si está dudoso y perplejo, le debe mandar que acuda á los ruegos y oracion. Que se encomiende á Dios en las oraciones vocales, en las oraciones mentales, en las comuniones, por la mañana y por la tarde; y en suma que se encomiende á Dios siempre. Este es el medio principal y el mas seguro de la vida espiritual; porque de los ruegos continuados, ó presto ó tarde se ha de ver el efecto, como dije arriba.

265 Advertencia segunda: encontrará el director algunas personas pusilánimas, que despues de haberse encomendado á Dios por algun tiempo, ó para la extirpacion de algun vicio, ó por conseguir alguna virtud, al fin se desaniman diciendo consigo mismas, y tal vez tambien con otros, que Dios no las atiende, ni los Santos las oyen. Y porque temen disminuir la bondad de Dios con semejantes sentimientos, añaden que sin embargo no proviene esto de la divina beneficencia, como si no estuviese pronta á favorecerlas; sino que nace de sus pecados y de sus maldades, por las cuales no merecen ser oidas; y lo que aun es peor, se persuaden que un desmayo tan vil sea humildad verdadera. Abra el director los ojos á estos ciegos, y hágales conocer, que este apocamiento de espíritu no es humildad, sino un afecto venenoso que el demonio les mete en el corazon para que dejen de rogar; ó á lo menos para que sus ruegos sean ineficaces para inclinar el corazon de Dios. La verdadera humildad que da Dios á nuestra mente tiene de propio, que cuanto mas abate al alma con el conocimiento de sus miserias, tanto mas la levanta á la confianza en Dios, con el conocimiento de su bondad y promesas. Aquel sentimiento, pues, que le hace

caer de ánimo y esperanza no es afecto humilde, sino pusilánime y desconfiado, que quita las fuerzas á sus ruegos y los hace infructuosos. Hágalos entender, pues, esta verdad: despues restablézcalos en la fé y confianza, acordándoles la doctrina del Angélico que expusimos arriba, que Dios hace las gracias en atencion á su bondad, misericordia y promesas, aunque ningun mérito haya en nosotros; y que cuando no nos falte una confianza estable y firme en Dios, no pueden nuestros pecados impedirnos la consecucion de los divinos beneficios: *Sola spes apud te, Domine, miserationis obtinet locum; nec oleum misericordiae ponis, nisi in vase fiduciae.* (1) Sola la esperanza, dice el Melisluo, tiene fuerza, mi Dios, de alcanzar de tí piedad; ni pones el bálsamo de tu misericordia en otro vaso que en el de la confianza; esto es, en las almas que están llenas de confianza.

266 Advertencia tercera: acerca de las oraciones vocales advierta el director, que estas deben concederse en mayor abundancia á quien no está dispuesto para recogerse con Dios en oracion mental; y en menor copia á quien es facil de concebir con los discursos del entendimiento el recogimiento interior; porque dice Santo Tomás, que las oraciones vocales hacen para excitar la mente á Dios: *vocalis oratio non proferatur ad hoc, quod aliquid ignotum Deo manifestetur; sed ad hoc quod mens orantis vel aliorum excitetur in Deum.* (2) Es cierto que de este incentivo tienen mas necesidad los entendimientos distraidos, que los devotos y recogidos; porque estos por si mismos, y con las propias consideraciones se despiertan, levantan y recogen en Dios como nota el mismo Santo: *verba significantia aliquid ad devotionem pertinens excitant mentes præcipue minus devotas.* (3) Por eso debe el director señalar una tasa mas copiosa de oraciones vocales á quien no es apto, ó no tiene el uso de meditar; y una tasa mas abundante de oraciones mentales, á quien se ejercita en la meditacion, y halla en ella pasto de devocion.

(1) S. Bern. serm. 3. de Anon. (2) D. Th. 2. 2. q. 89. art. 12. ad 1. (3) Eod. art. ad 2.

De esta manera se acomodará á la capacidad, á la inclinacion y al provecho de cada uno.

267 Advertencia cuarta: se encuentran algunas personas que rezan una gran multitud de oraciones vocales; pero con poca atencion, y con menos afecto. Estas tales hablan mucho con Dios, pero oran poco; y se les puede aplicar el dicho de San Matéo: *orantes nolite multum loqui.* (1) Porque, como dice San Agustin, explicando estas mismas palabras, el mucho orar no consiste en decir mucho, sino en decirlo con mucho afecto: *non est hoc orare in multiloquio, si diutius oretur. Aliud est sermo multus, aliud diuturnus affectus... Absit ab oratione multa locutio; sed non desit multa precatio. Nam multum loqui est in orando rem necessariam superfluis agere verbis: multum autem precari est ad eum quem precamur diuturna ac pia cordis excitatione pulsare. Nam plerumque hoc negotium plus gemitibus, quam sermonibus agitur, plus fletu, quam affatu.* (2) Dice el Santo Doctor, que el mucho hablar reprendido del Redentor por San Matéo no consiste en que la persona ore largamente y rece muchas preces, si hace esto con afecto interior y con espíritu de devocion; sino que consiste en hablar mucho con la lengua, y rogar poco con el corazon; porque la oracion cualquiera que sea es un negocio, dice el Santo Doctor, que se ha de hacer mas con suspiros que con las voces, y mas con lágrimas que con las palabras. Refiere Casiano, que á los monges de Egipto no agradaba la multitud de las oraciones vocales, sino antes la atencion y la inteligencia de la mente acerca de las preces que rezaban; y por eso tenian por mas útil el cantar solamente diez versos de un salmo con afecto y con pausa, que rezar entero todo el salmo con precipitacion de la lengua y distraccion de la mente: *non multitudine versuum, sed mentis intelligentia delectantur, illud tota virtute sectantes: psallam spiritu, psallam & mente. Ideoque utilius habent decem versus cum rationabili assignatione cantari, quam totum psalmum cum confusione mentis effundi, quæ nonnumquam pronunciantis festinatione genera-*

(1) Matth 6. 7.

(2) S. Aug. ad. Prob. epist. 121, cap. 10.

Tom. I.

tur. (1) Por eso si hallare el director personas que se hayan cargado de una gran cantidad de oraciones que rezan despues con priesa, sin atencion y sin afecto, poniendo la mira mas en cumplir aquel número de preces que se han impuesto, que en la devocion interior del corazon, las ha de moderar y reducir sus oraciones á la tercera, cuarta ó quinta parte, como juzgare mas oportuno; pero les ha de inculcar que compensen con la atencion la multitud de las oraciones que solian decir, y que aquellas pocas que les están señaladas las recen despacio, con aplicacion, con pausa y con sabor de afecto; no como cosa prevenida del entendimiento, sino como nacida en el corazon, y de aquí trasladada á los labios.

268 Procure empero que aquella tasa discreta de oraciones que les será señalada, no la dejen jamas sin justa causa; porque á Dios, á la Virgen Santisima y á los Santos agrada sobre todo la constancia y la fidelidad en los obsequios emprendidos. Acuérdense de lo que sucedió á Tomás de Kempis, cuando siendo jóven, iba á la escuela para aprender las ciencias divinas y humanas. (2) Comenzó á dejar ahora una, ahora otra de aquellas oraciones con que solia obsequiar cada dia á la Reina de los cielos; y con este arte le indujo el demonio poco á poco á dejarlas todas. La Virgen Santisima que le amaba tiernamente por su inocencia le quiso advertir este su yerro, y para hacer esto se sirvió de una vision que le representó á la mente en lo mas profundo del sueño. Pareciale que se hallaba en la escuela en compañía de sus condiscípulos, cuando vió aparecerse de improviso la Virgen Santisima coronada de rayos y de resplandores, con aquella hermosura con que enamora al paraíso. Vió, que dando vuelta á la escuela abrazaba amorosamente ahora á uno, ahora á otro de sus compañeros. Entretanto estaba Tomás muy ansioso, esperando tambien algun dulce abrazo y alguna señal de amor de su celestial Madre; pero quedó burlado de sus esperanzas, porque habiendo llegado la Virgen al lugar donde estaba, le miró con ojos torcidos, y le dijo: en

(1) Cassian. de instit. lib. 2. c. 1. T. (2) Spec. exemp. dist. 10. exemp. 7.

vano esperas de mí abrazo alguno de amor, pues me has sido infiel. ¿Y dónde están aquellas oraciones que con tanto afecto me rezabas? ¿Dónde aquellos obsequios que con tanto amor me hacías? ¿Tan presto se ha resfriado en ti la devocion con que me honrabas? ¿Tan presto se ha entibiado tu fervor en servir-me? Al decir esto desapareció, dejándole sumergido en un mar de dolor. Estimule, pues, el director á sus penitentes á ser constantes en las oraciones discretamente emprendidas con el ejemplo de otros.

269 Advertencia quinta: ademas de la atencion, afecto interior y constancia con que deben hacerse las oraciones vocales, ponga tambien la mira el director en la decencia exterior; aconsejando á sus discipulos que las recen de rodillas y si no pudieren hacer esto, á lo menos que esten en postura decente, y sin la descompostura del cuerpo que desagrada á la divina Magestad con quien se habla en ese tiempo. Rezaban dos religiosos los maitines sentados y casi echados descompuestamente en la cama, cuando apareció improvisamente en el aposento un demonio, trayendo consigo un hedor intolerable, y diciendo por escarnio de una oracion tan descompuesta: *ad talem orationem, tale debetur incensum*: (1) á semejante oracion, tal es el incienso que se le debe. Reprenda tambien á sus discipulos, si al tiempo que oran vocalmente, hicieren alguna obra exterior, debiéndose tener por desconveniente cualquiera otra accion cuando se habla con Dios. (2) Hallándose de viage S. Ludgerio Obispo con algunos de sus clérigos, rezaba con ellos una mañana el oficio divino arrimado al fuego. Uno de los clérigos observó que el humo levantándose en alto iba á dar en el rostro del Prelado. Inclínose, apartó de aquella parte la leña ardiente, y soplando encendió la llama. Acabado el oficio llamó á parte al clérigo, y reprendiéndole asperamente porque en el acto de rezar se hubiese ocupado en componer el fuego, le impuso por esta falta algunos dias de penitencia. Tan ce-

1) / Jordan. de Saxon. in vit. Fr. Fremjt. lib. 2. c. 15.

(2) / Sur. vit. S. Ludg. lib. 1. c. 31.

losos son los Santos de que en tiempo de oracion no se haga operacion que pueda enagenar el pensamiento de Dios.

270 Mas aqui es menester distinguir dos modos con que pueden hacerse las oraciones vocales. A veces nos ponemos de propósito á rezar las oraciones vocales con ánimo de orar, como solemos hacer cuando decimos el oficio, la corona, y otras semejantes preces. Otras veces en medio de las obras de manos y ocupaciones exteriores, nos ponemos á rezar alguna oracion para ocupar devotamente nuestra mente, como hacian los monges antiguos, que trabajando las espueñas con las hojas de palmas, acostumbraban rezar salmos é himnos para que entre aquellas obras distractivas no se disipase su espíritu. Lo que ahora acabamos de decir acerca de no distraerse en obras exteriores, se debe entender en tiempo de aquellas oraciones que se rezan del primer modo. Sobre todo, corrija el director á aquellos penitentes que en sus oraciones son perezosos, lentos y soñolientos, como sucede á muchos cristianos que se reducen á rezar sus oraciones al anochecer, y entónces entre dormidos y despiertos las rezan á pedazos. Estas oraciones poco aceptas son á Dios, y mucho al demonio, el cual muy de propósito les excita semejante soñolencia para quitar todo el jugo á sus ruegos y oraciones. Un siervo de Dios vió en una ocasion culebreando sobre las espaldas de un monge que solia dormirse en el coro á una negra y espantosa serpiente, y entendió que era el demonio que oprimia á aquel infeliz. (1) Déles, pues, el director remedios oportunos que los hagan diligentes, despiertos y vigilantes en sus ocostumbradas oraciones.

271 Advertencia sexta; la última advertencia sea para las personas que tienen dón de oracion. Si á estas les sucediere que rezando oraciones se sintieren recoger interiormente y elevarse su mente á Dios, y vieren que la oracion vocal les impide este recogimiento, la deben dejar por entónces, (se entiende si la oracion no fuere de obligacion). Asi lo enseña Santo Tomás, y da la razon; porque la oracion verbal se hace para

(1) Cesar. lib. 4. c. 32.

excitar la mente y el corazón á Dios. Si esto, pues, no se alcanza, sino que ántes se sigue énagenación de la mente de Dios, no se debe continuar: *in singulari oratione tantum est vocibus & hujusmodi signis utendum, quantum proficit ad excitandum interius mentem. Si vero mens per hoc distrahatur, vel qualitercumque impediatur, est à talibus cessandum.* (1).

ARTICULO VII. DE LA PRESENCIA DE DIOS.

CAPITULO PRIMERO.

SE PRUEBA CON LA AUTORIDAD DE LA SAGRADA Escritura que la presencia de Dios es medio efficacísimo para llegar presto á la perfección; y se dan las razones generales.

272 **E**l ejercicio de la presencia de Dios entre las cosas ocurrentes está tan enlazado con la oración mental, y con la de ruegos, de que hemos hablado en los dos antecedentes artículos, que puede decirse que es la misma oración mental, si la persona tiene á Dios presente con sola la mente: y se puede decir también que es la misma oración de ruegos, si la persona que está delante de Dios con la mente, prorrumpe en actos de fervorosos ruegos. Aun digo más: no hay cosa que más ayude á hacer bien aquella oración mental ó vocal, que en ciertas horas solemos hacer solos con Dios, y apartados de toda otra ocupación, como el haber estado siempre entre día en la presencia de Dios; porque así como un leño, si es árido, seco y ha concebido ya algún calor, apenas se arrima al fuego cuando luego se enciende; así un hombre espiritual que ha mantenido entre día en la presencia de Dios un cierto calor de devoción, si se pone de propósito en oración, que es

(1) D. Thom. 2. 2. q. 83 art. 12 in corp.

el horno del divino amor, luego se enciende en fervor y concibe llamas de caridad. Congruentemente, pues, á las materias que se han tratado, hablaré en el presente artículo de la presencia de Dios que debe tenerse entre las operaciones indiferentes y distractivas. Este ciertamente es uno de los medios mas poderosos y eficaces para llegar presto á la cristiana perfeccion, como mostraré en el presente capítulo con la sagrada Escritura y con las razones generales, y en los siguientes capítulos con razones particulares.

273 Dios nos está siempre presente, porque está presente á todas las cosas por esencia, presencia y potencia; pero nosotros no estamos con el ánimo presentes á Dios, cuando olvidados de su divina Magestad, pensamos en cosas vanas, ó nos sumergimos con la mente en estas cosas caducas. Por eso dice cuerdamente al Papa Eugenio III. S. Bernardo: advertid, ó gran Pontífice, que tantas veces os vais léjos de Dios con el pensamiento, cuantas pasais de las cosas divinas á la consideracion de las cosas visibles y terrenas, y en ellas os parais olvidado de vuestro divino Criador: *hoc velim solerter advertas, quia toties peregrinatur consideratio, quoties ab illis rebus^(divinis) ad ista deflectitur inferiora & visibilia.* La presencia de Dios de que hablamos, no es otra cosa que un pensamiento ó memoria de Dios, con que en todos los lugares y en todas nuestras ocupaciones le miramos presente, y nos volvemos á él con nuestros afectos.

274 Esta divina presencia es un medio tan eficaz para hacernos perfectos, que ella sola, segun los dichos y hechos que tenemos en las sagradas letras, parece que basta para conducir un hombre á la mas alta cumbre de la perfeccion. Dijo Dios á Abraham: (1) *Ego Dominus omnipotens. Ambula coram me, & esto perfectus.* Anda, Abraham, en mi presencia, y serás perfecto; porque yo soy Omnipotente, y estando tú unido conmigo por presencia, venceré yo con mi poder todos los obstáculos que se atravesaren á los progresos de tu perfeccion. Y á la verdad:

(1] Gen. 17. 1.

¿qué otra cosa se requiere en un hombre para que nada le falte de aquella perfeccion que es debida à su estado, sino que haga todas sus obras con la debida rectitud? Ahora bien, dice el Sabio, esto lo conseguirà con tener siempre à Dios delante de los ojos; porque entonces tomarà el Señor todo el cuidado de dirigir todas sus acciones, para que no se aparten de la necesaria rectitud: *in omnibus viis tuis cogita illum* (nempe Deum), & *ipse diriget gressus tuos.* (1) Y por eso nos dice el Santo David, que para ser firmes, estables y constantes en la virtud, debemos buscar siempre la cara de Dios: *quærite Dominum, & confirmamini: quærite faciem ejus semper.* (2) Por la cara de Dios, dice S. Agustin sobre este lugar, se entiendo buscar siempre la divina presencia: *quæ est facies Domini, nisi præsentia Dei? Sicut facies venti, facies ignis. Dictum est enim: sicut stipula ante faciem venti, sicut fluit cera à facie ignis; & multa alia ponit Scriptura nihil aliud, quam earum rerum præsentiam volens intelligi, quarum nominat faciem.* (3) En suma, Dios claramente dice por el profeta Miqueás, que la bondad y perfeccion de los hombres depende de caminar en su presencia: *indicabo tibi, ò homo, quid sit bonum, & quid Dominus requirat à te. Utique facere judicium, & diligere misericordiam, & sollicitum ambulare cum Deo tuo.* (4) Nótese aquella palabra *sollicite*, con que quiere significarnos el Señor, que andemos siempre con solicitud y cuidado en busca de esta divina presencia, como cosa de que depende todo nuestro aprovechamiento y toda nuestra perfeccion.

275 Y si quiere el lector quedar persuadido de esta gran verdad, observe que en el viejo testamento frecuentemente se dice de aquellos grandes siervos de Dios, alabados del Espiritu Santo por la eminencia de su santidad, que pasaron su vida en la presencia de Dios. De Abraham ya hemos visto que el mismo Dios, queriéndole hacer perfecto, le puso en el camino de su presencia. Que Isaac, siguiendo las pisadas de

(1) Prov. 3. 6. (2) Psalm. 104. v. 4. (3) S. August. in cit. text.

(4) Mich. 6. 8.

su santo Padre, anduviese tambien siempre en la presencia de Dios, no se puede dudar; porque lo dice el sagrado Texto. (1) *Deus, in cujus conspectu ambulaverunt Patres nostri Abraham, & Isaac benedicat pueris istis &c.* Del inocente Abel, dice Josefo Hebreo, que se servia de este medio para atender á la perfeccion, y que teniendo siempre á Dios presente en sus acciones, se ejercitaba varonilmente en todas las virtudes. *Abel justitiam colebat, & in omnibus actionibus suis Deum præsentem ratus, virtuti operam dabat.* (2) De Noé, dice el Espiritu Santo, que fué hombre perfecto: *Noe vir justus, atque perfectus in generationibus suis.* (3) Y luego añade, que anduvo siempre con Dios, no apartándose de su presencia: *cum Deo ambulavit:* Tobias instruyendo á su amado hijo, el primer precepto que le dió fué este: *omnibus diebus vitæ tuæ in mente habeto Deum.* (4) Mas si él dió tan buen recuerdo á su hijo, y para que se le imprimiese altamente en el corazon, quiso que éste fuese el primero de sus documentos; es preciso decir, que él lo practicaria constantemente en si mismo en todo el discurso de su vida. El santo rey Ezequías queriendo inclinar con la oracion el corazon de Dios, y alcanzar que le diese la salud, escogió entre sus méritos el que le pareció el mayor, y lo expuso delante de Dios con decir: *obsecro, Domine, memento, quæso, quomodo ambulaverim coram te in veritate.* (5) Acordaos, Señor, que he caminado siempre con sinceridad y verdad en vuestra divina presencia. Que el santo David viviese en un continuo ejercicio de la presencia de Dios, seria necedad el dudarle; porque él mismo repetidas veces nos lo asegura en sus salmos: *providebam Dominum in conspectu meo semper.* (6) Procuraba tener siempre á Dios en mi presencia. Y en otra parte: *oculi mei semper ad Dominum.* (7) Los ojos de mi mente están siempre fijos en Dios. Es necesario, pues, concluir que si el Señor no abre otro camino para ir á la perfeccion; por esta senda de la presencia de Dios

(1) Genes 48. 15. (2) Joseph. lib. 1. Antiqu. c. 3. (3) Genes. 6. 9.
(4) Tob. 4. 6. (5) Isai. 38. 8. (6) Psalm. 15 8. (7) Psalm. 24. 15.

es preciso que caminemos tambien nosotros si deseamos conseguirla; pues por ella han caminado los mas grandes Santos de la antigüedad; y especialmente aquellos que Dios puso en el mundo para servir á todo el género humano de ejemplares, maestros y guias de la perfeccion.

276 La razon, porque de la presencia de Dios redundan en nuestras almas todo bien espiritual es manifiesta; porque toda cosa tanto es mas perfecta en su ser, quanto mas se acerca á su principio. Asi aquella agua es mas pura, que está mas cerca á la fuente de que trae su origen: aquel calor es mas ferviente, que mas cerca está del fuego de quien es producido: aquel rayo es mas lucido, que está mas vecino del sol de quien es engendrado. Al contrario, quanto mas se aparta el agua de su fuente, tanto mas turbia está: quanto mas se aleja el calor del fuego, tanto mas se entibia: quanto mas se retira el rayo del sol, tanto mas se apaga y deslustra. No de otra manera, quanto mas nos acercamos nosotros á Dios nuestro primer principio y primer origen de toda perfeccion, no ya físicamente, sino moralmente, haciéndole presente á nuestra mente y corazon con buenos pensamientos y santos afectos, tanto mas perfectos nos hacemos: quanto mas nos apartamos de él con la mente y con el corazon, tanto mas imperfectos y miserables somos. Una rama, para que produzca su fruta, es menester que esté siempre unida á su tronco; porque el tronco es á la rama, como el alma al cuerpo, principio y causa de sus operaciones. Asi para que el hombre cristiano produzca actos de perfeccion y frutos de vida eterna, es necesario que esté, quanto mas posible le fuere, unido á Dios con la mente, y le tenga presente con el pensamiento; porque él es la primera y principal causa de todo su espiritual adelantamiento. Todas estas semejanzas y razones son tomadas de S. Gregorio Nacianceno: (1) *ut corpus animæ, rami arboris trunco, solares radii soli uniti, ut ab illis virtutem suam trahant, esse debent; ita mente Deo uniti esse debemus. Accedite ad eum, ait Propheta, & illuminamini, & facies vestrae*

(1) Greg. Naz. orat. de cur. paup. præst.

non confundentur. Apoyado el Santo Doctor en estos sólidos fundamentos llega á decir, que debíamos pensar en Dios tantas veces cuantas respiramos: *nec enim tam sæpe spiritu ducere, quam Dei meminisse debemus.* Y concluye que con hacer solamente esto, habremos hecho casi todo, y casi asegurado nuestra perfección: *imo, si dici potest, aliud nihil quam hoc faciendum.* (1.)

277 Refiere S. Dorotéo que el primer recuerdo que dió él á su querido discípulo Dositeo, rogándole que lo imprimiese en su mente con letras de oro, fué éste: *numquam à corde tuo Deus excidat; cogita semper Deum tibi præsentem, & te coram illo stare.* (2) No se aparte jamás Dios de tu corazón; piensa siempre que le tienes presente; y que estás delante de su Magestad. Obedeció Dositeo, y en todo tiempo, ahora caminase, ahora comiese, ahora se ocupase en obras de manos, tenia delante de los ojos de la mente aquella divina presencia: y ni aun en las enfermedades gravísimas y extremas que padeció en el monasterio lo perdió jamás de vista. Y con este medio, dice el Santo, que de soldado disoluto, de jóven desenfrenado, cubierto de vicios y perdido por andar tras de las vanidades del siglo, llegó á ser en solo el espacio de cinco años que vivió en el claustro, un jóven santo y un monge perfecto: de tal manera, que despues de su muerte fué visto glorioso en el cielo y sentado en un trono igual á los anacoretas mas ilustres. Tan cierto es lo que dice el sobre citado S. Gregorio, que este solo medio practicado con continuacion y constancia casi basta para hacernos perfectos y santos: *imo, si dici potest, aliud nihil, quam hoc faciendum.*

(1) Id. orat. 1. de Theod. (2) S. Dorot. in vit. S. Dosit.

CAPITULO II.

SE COMIENZAN A DAR LAS RAZONES PARTICULARES, por las cuales la presencia de Dios es medio tan eficaz para conseguir la perfeccion.

278 **L**a primera razon que demuestra en particular la fuerza grande que tiene la divina presencia para llevar á la perfeccion las almas que la desean, es que quien está en la presencia de Dios, (como muestra la experiencia) no peca voluntariamente. Este era puntualmente el motivo, por el cual el real Profeta se estaba siempre inmóvil y fijo en la divina presencia: *oculi mei semper ad Dominum; quoniam ipse exellet de laqueo pedes meos.* (1) Yo, decia el santo David, estaré siempre con los ojos de la mente vuelto á Dios; y esto me guardará para que no caiga en los lazos del pecado. Y en otra parte inquiriendo el santo profeta la causa, porque algunos en todo tiempo andan por el camino lodoso del pecado, dá esta; porque no tienen á Dios delante de los ojos: *non est Deus in conspectu ejus, inquinatæ sunt viæ illius in omni tempore.* (2) Pregunta S. Basilio, por que unos son fáciles en montar en cólera, otros son ansiosos de las alabanzas; unos andan vagueando ociosamente, otros son perezosos en los ejercicios espirituales; y otros finalmente están distraidos en sus oraciones. Y á todas estas preguntas responde: porque no consideran que Dios les está presente y observa todas sus operaciones. Pues bastaria esta sola memoria, si fuese continua, para arrancar todos los vicios y para impedir todas las faltas: *hæc enim una recordatio, si assidua esset, contra omnia vitia sufficiens remedium esset posset* (3).

279 Y con razon habla así el santo Doctor; porque así como no hay súbdito tan audáz, que se atreva á traspasar las leyes á la vista del Soberano, no hay reo tan contumaz que ose pecar en presencia de su juez; así no hay cristiano de tan rotas

11) Psalm. 14. 15. (2) Psalm. 9. 26. (3) S. Basil. in q. fus. explic. q. 30.

costumbres, que estando en la presencia de Dios, su príncipe, su monarca y su juez, tenga ánimo de quebrantar advertidamente sus leyes. Sola la memoria de Dios presente, dice San Efrén, basta para resfriar la pasión mas ardiente; y para hacer que el alma manteniéndose limpia con un tan devoto acuerdo, sea siempre morada del Espíritu Santo. Por el contrario el olvido de la divina presencia basta para hacernos capaces de los mas graves excesos, con que vengan á ser nuestras almas una sentina de hedor y tinieblas. Y por eso el Santo es de parecer, que no hay cosa peor que no acordarse de Dios y poner en olvido su presencia: *nihil pejus, graviusque est, quam ipsius Dei oblivionem capere. Continua enim Dei recordatione turpes animæ passiones recedunt, instar maleficorum prætorum accedente: unde & mundum Spiritus Sancti habitaculum efficitur. Ubi vero memoria Dei abest, ibi tenebræ cum fætores dominantur, omnisque res improba exercetur.* (1)

280 Confirmó el Santo esta su doctrina con un práctico y memorable ejemplo que no quiero dejar de referir, aunque sea bien sabido, bastándome que sea oportuno para persuadir esta importantísima verdad. (2) Mientras S. Efrén vivia en la ciudad de Edesa, una pública y desvergonzada ramera acostumbrada á poner asechanzas á la honestidad de otros, no temió de dar un asalto á la pureza del Santo. No se mostró turbado el Santo á la infame petición de la malvada muger; antes respondió francamente que consentiria á su deseo, con tal que ella tuviese á bien de venir al lugar que tenia ideado para cometer la maldad. Respondió la muger, que estaba pronta á ir á cualquier lugar donde él la quisiese conducir. Ahora bien, dijo el siervo de Dios, quiero que vamos en medio de la ciudad y allí cometamos el pecado, donde es mayor el concurso y está mas amontonada la gente. Admirada la muger á semejante propuesta, le respondió, que era mucha vergüenza cometer tales excesos en presencia del pueblo. Encendido entonces San Efrén con un santo arder levantó la voz, y la dijo: ¿pues cuan-

(1) S. Efrén de virtut. tom. 2. c. 10.

(2) Metafr. in vita. S. Efrén.

to mayor vergüenza será cometer semejantes excesos en la presencia de un Dios de infinita magestad que se halla en todo lugar y lo está viendo todo? De estas palabras, como de una aguda saeta quedó profundamente herida en el corazon la infeliz pecadora, y bajando los ojos en tierra comenzó á lagrimar y llorar. Despues se postró á los pies del Santo llena de confusion y contricion á pedirle perdon de su temeridad, y le rogó la pusiese en camino de salvacion, de que tanto se habia desviado hasta entonees. Lleno de contento de haber ganado á la que le quiso perder, la condujo á un monasterio de santas mugeres, donde por todo el resto de su vida estuvo llorando sus pasados yerros. Tanta es la fuerza que tiene para retraernos del mal la memoria de la divina presencia.

284 No es muy desemejante á este el caso sucedido en la persona de Tays, antes famosa pecadora y despues esclarecida penitente; sino que aquí no fué la muger la que asaltó á un gran siervo de Dios, antes ella por su gran dicha fué la asaltada. (1) Fué el abad Pafnucio á encontrar á la dicha pecadora, resuelto de batir y conquistar la dureza de su corazon con el fuerte dardo de la divina presencia. Se fingió el Santo todo cubierto de vergüenza en el rostro, y todo temblando de temor en el cuerpo, y con voz trémula preguntó á la infame muger, ¿si pecando en aquel lugar serian vistos de alguno? La muger, para desvanecerle del corazon todo temor y de la frente toda vergüenza, le respondió con desembarazo asi: no tienes que temer que seamos vistos aquí de alguno, fuera de Dios que todo lo sabe y todo lo vé. Al oir esto Pafnucio, trocado el falso temor en un verdadero celo, le dijo: bien, tú crees que Dios te vé, ¿y tienes osadía de pecar en su presencia? *Credis, Deum nihil latere, & coram illo peccare non erubescis?* Crees que estás delante de tu Juez que castigará todos tus delitos, ¿y no temes de irritarle? Al trueno de estas voces y al relámpago de esta divina presencia que en aquel instante le resplandeció en la mente quedó Tays pálida. No habló, porque los sollozos y lá-

(1) Sabellio, lib. 5. exemp. c. 2.

grimas cerraron el camino á las palabras; mas aunque calló con la lengua, habló con los hechos. Juntó en un haz todo cuanto habia ganado con tan infame comercio, las zedas, cintas, gargantillas, manillas, sortijas y los vestidos hermosos y pomposos; y en la pública plaza les pegó fuego, condenando con justa sentencia á las llamas todos aquellos vanos atavíos que habian sido el fomento de tantas llamas de impureza. Se retiró al punto en un monasterio, y aquí por consejo del mismo Pafnucio se encerró en un aposento donde vivió sin salir jamas tres años enteros, sustentándose de solo pan y agua; ni en tan largo tiempo hizo otra oracion que repetir con voz llorosa y con corazon dolorido y conrito estas palabras: *qui plasmali me, miserere mei*. Señor, que me criásteis, tened piedad de mí. Entre tanto Pablo, discipulo de S. Antonio abad, tuvo una vision en que se le representó allá en el cielo un trono muy resplandeciente á manera de cama bordada toda de oro y de piedras preciosas y formada con exquisita labor. Arrebatado el santo hombre con aquella vista preguntó, ¿si acaso aquel asiento tan resplandeciente y hermoso estaba aparejado para el grande Antonio? No, sintió que le respondian; no está prevenido para Antonio, sino para Tays la pecadora. El hecho verificó la vision; porque sacada aquella muger de aquella celda. ó por mejor decir, de aquella cárcel en que habia estado encerrada por tres años, murió á los quince dias y fué á descansar en aquella cama de gloria que se habia fabricado con su penitencia.

282 Ahora pues: si una simple ojeada que dió esta pública ramera á la presencia de Dios tuvo tanta fuerza de sacarla del lodazal de sus pecados en que yacia sumergida; y de romper de un golpe los lazos de tantos amores y placeres que la tenian aprisionada: ¿podrémos creer que esta misma divina presencia, si fuere renovada frecuentemente de personas bien dispuestas en el ánimo é inclinadas á la piedad, no tendrá fuerza para preservarlas, no solo de todo pecado grave, sino tambien de toda culpa ligera? Yo nada lo dudo, como tampoco lo duda S. Juan Crisóstomo, el cual nos asegura, que ni hare-

mos, ni diremos, ni pensaremos jamas mal alguno, si hiciéremos siempre reflexion que Dios nos está presente, y que no solo percibe y vé todas nuestras exteriores operaciones; sino que penetra tambien los mas secretos escondrijos de nuestros corazones: *si cogitaverimus, Deum ubique presentem esse, omnia audire, omnia videre, non solum quæ opere fiunt, & quæ dicuntur, sed & quæ in corde sunt omnia, & quæ in profundo sunt animi; iudex enim est cogitationum & consiliorum cordis. Si ita nos ipsos disposuerimus, nihil mali faciemus, nihil mali dicemus, nihil mali cogitabimus.* (1) Dime de gracia, prosigue el Santo, si tú hubieses de estar siempre á la presencia de tu príncipe; ¿con qué circunspeccion y cautela, con qué temor reverencial te contendrias? cuando tú, pues, comieres, cuando durmieres, cuando te divirtieres, cuando fueres tentado de ira y cuando hicieres cualquiera otra obra piensa siempre que Dios está junto á ti: y te aseguro que con este acuerdo jamas prorumpirás ni en una risada descompuesta, ni en el menor acto de impaciencia y enojo: *dic mihi, si tibi semper prope principem standum esset, non cum timore adstares? Quando comedis, cogita presentem Deum; adest enim. Quando dormiturus es, quando irasceris, quando deliciaris & quidquid tandem feceris; cogita adesse Deum: numquam in risum incidis, numquam in iram accenderis.*

283. Hasta un gentil, cual fué Séneca, conoció cuan eficaz medio sea para no caer en pecado el figurarse tener siempre presente alguna persona de autoridad que sea testigo de nuestras operaciones. Mas porque él estaba privado de la luz de la fé, ni tenia otro conocimiento de Dios que aquel escaso que le suministraba la naturaleza, por eso aconsejaba á su Lucilo que tuviese siempre delante de los ojos algun hombre de bien y virtuoso, y se figurase que continuamente le estaba mirando; con este fingido testigo al lado le certificaba que evitaria gran parte de los pecados: *aliquis vir bonus nobis eligendus est & semper ante oculos habendus; ut sic, tamquam illo spec-*

(1) S. Chrys. hom. 8. ad Phillip. 2.

tante, vivamus, omnia tanquam illo vidente faciamus. Hoc, mi Lucili, Epicurus præcepit; custodem nobis & pædagogum dedit; nec immerito: maxima pars peccatorum tollitur, si peccaturis testis assistat. (1) Pues si la falsa imaginacion de un hombre presente; que en la realidad no estaba presente, le parecia á este filósofo que era medio suficiente para huir de la mayor parte de las culpas: ¿quién podrá dudar que la presencia real y verdadera de un Dios de su suma grandeza y de suma magestad, será medio poderosísimo para evitar toda culpa, así grave como ligera, y para conservarse en una perfecta limpieza de conciencia? Yo sé que solo la vista de S. Romualdo, aunque placida y serena, bastaba para enfrenar el orgullo de Rogerio, Marques de Toscana; de manera, que á su presencia perdio el color del rostro no le quedaba aliento para decir una palabra en su defensa, (2) ¿Cuanta mas fuerza, pues, tendrá la persona de un Dios infinitamente mas puro, infinitamente mas santo, infinitamente mas immaculado para reprimir toda nuestra concupiscencia, y para quebrantar el impetu de todas nuestras pasiones; de manera que no traspasen en mucho ni en poco los límites de la honestidad y rectitud?

284 Tanto mas, que este Dios de tanta pureza y santidad es tambien nuestro juez, y como tal observa todas nuestras acciones, nota todas nuestras palabras, mira atentamente todos nuestros pensamientos para pedir á su tiempo rigorosísima cuenta, y hacer de cualquiera aunque mínima transgresion rigorosa justicia. Por lo cual parece imposible que estando mirando nosotros aquellos ojos purísimos, de quienes sabemos que somos vistos en todos los instantes, podamos cometer cosa que desagrade á su purísima vista, y que dé motivo de castigo y de pena á su incorruptible justicia. Cuenta S. Pedro Damiano, (3) que cierto hombre, dado por otra parte á obras de caridad, se deslizó por instigacion del enemigo que siempre vela para nuestro daño, en cometer un hurto grave. Poco despues le apa-

(1) Senec. Epist. 11. (2) Sur. Mn vit. S. Romual. tom. 3.
(3) S. Petr. Damian. epist. 8. c. 8.

reció Jesucristo en figura de un pobre con los cabellos largos y disformemente extendidos. El hombre viendo tal deformidad en el pobre, se movió á piedad de él, y llamándole aparte se puso á cortarle la cabellera. Mientras ejercitaba este acto de caridad, vió en la cabeza del pobre dos ojos lucidísimos. A esta vista se le cayeron de las manos las tijeras de temor, y erizándosele los cabellos de espanto comenzó á temblar de pies á cabeza. Entonces oyó, que le decia el pobre: yo soy Jesucristo que todo lo veo, y con estos ojos he visto tambien el hurto que tu has cometido. Dicho esto, desapareció. Mire, pues, siempre el lector estos ojos divinos de quien siempre es visto; y esté sin duda seguro que no incurrirá jamas voluntariamente en alguna notable falta.

CAPITULO III.

*SE TRAEN OTRAS RAZONES QUE PERSUADEN LA
eficacia que tiene la presencia de Dios para llevarnos
à la perfeccion.*

285 **E**s tan difícil andar en la presencia de Dios, y no adquirir las sólidas virtudes, ni encenderse poco á poco en llamas de caridad, cuan dificultoso seria estar siempre junto al fuego y no calentarse jamas. Porque estando el alma de continuo ó frecuentemente á la vista del divino sol, recibe luz para conocer la hermosura de las virtudes cristianas, se aficiona presto á ellas, y las ejercita con prontitud. A vista de aquella divina belleza, á que frecuentemente revuelve los ojos de su mente entre sus ocupaciones, presto se enamora de ella, y presto se inflama con el fuego de la santa caridad. Toda la luz que los planetas derraman sobre la tierra no la tienen de suyo, ni la envian sacada de sus entrañas, sino que toda la reciben del sol. Si resplandecen luminosos en el cielo, lo deben á aquel gran planeta que con sus esplendores los enciende. Haced que los planetas huyan de la presencia del sol, y se escondan de su rostro: se

harán al punto cuerpos oscuros y tenebrosos mas de lo que lo es nuestra tierra en medio de la noche mas oscura. Así todos aquellos siervos del Señor que en el cielo de la santa Iglesia resplandecen por la eminencia de las virtudes, toda la luz y todo el fervor de que son movidos á obrar virtuosamente se les deriva de este divino sol, en cuya presencia ellos viven. De éste son encendidos sus corazones con el fuego de la divina caridad; porque así como no hay otro modo para calentarse que ponerse á la cara del sol ó delante del fuego; así para calentarse en el santo amor, no hay mejor medio que estar siempre cuanto es posible á la presencia de este sol de belleza, y de este fuego de caridad: *Deus charitas est*. Por eso dice S. Lorenzo Justiniano: *nihil reor sic efficax ad internam adipiscendam munditiam, & ad virtutum arcem consequendam, necnon ad conterendas carni delectationes, quæ adversus animam militare noscuntur, quemadmodum cogitare, se adstare semper ante oculos judicis cuncta cernentis.* (1) Ningun medio, dice el Santo, tengo yo por mas eficaz para refrenar la carne rebelde, para adquirir la limpieza del corazon y para subir presto á la mas alta cumbre de las cristianas virtudes, que el pensar á menudo que está uno delante de los ojos del divino Juez que todo lo vé. S. Basilio reconoce en la divina presencia una cierta especie de mutua causalidad que nos lleva solícitamente á la perfeccion. Porque la vista de Dios presente, suele despertar en el alma sentimientos de caridad y de amor; los cuales nos tienen atentos y solícitos en observar con exactitud los divinos preceptos. Despues los preceptos de Dios guardados exactamente acrecientan en el alma la misma caridad, la nutren, la establecen y la hacen perpétua. Por eso quiere el Santo que llevemos siempre en el alma el pensamiento de Dios impreso indeleblemente con caractéres de piedad: *impressam in animis nostris piam de Deo cogitationem, veluti indelebile aliquod signum, circumferamus. Siquidem hæc est oratio, per quam acquiri charitas consuevit, quæ simul cum ad observanda ipsa Dei mandata nos excitet, tum vicissim quoque*

(1) S. Lau. Just. lib. de grad. perf. c. 6.

ab iisdem ipsa ad perpetuam stabilitatem conservetur. (1) Mas si es verdad que Dios mirado presente es una poderosísima ayuda para adquirir solícitamente todas las virtudes y especialmente la caridad que todas las ilustra y ennoblece; ¿quien no vé que es tambien un medio eficacísimo para llegar en breve tiempo á ser perfecto?

286 Añadid que no hay cosa que nos haga tan fuertes contra las ocasiones de los hombres, contra las persecuciones de nuestros adversarios y contra las tentaciones de los demonios, como el mantener viva delante de los ojos de la mente la presencia de nuestro Dios ¿Qué fué lo que tuvo fuerte á una Susana entre las lisonjas y amenazas de los viejos lascivos? ¿quién la mantuvo en pie en un tan grave peligro? La presencia de Dios. La asaltaron aquellos con palabras lisonjeras, diciendo: he aquí que están ya cerradas las puertas del jardín, ni hay alguno que nos vea: *ecce ostia pomarii clausa sunt; & nemo nos videt.* (2) A estas palabras sacó del corazon la invencible muger un profundo suspiro, y dijo: nos vé Dios; cualquier mal será menor que pecar en la presencia de mi Señor: *ingemuit Susanna, & ait... melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini;* ¿Quién hizo inexpugnables los Macabéos á los asaltos formidables de sus enemigos? ¿Quién les hizo superiores á sus fuerzas? La presencia de Dios. Viendo Judas Macabéo y sus soldados el ejército formidable de sus contrarios, que venian furiosos á despedazarlos no hicieron otra cosa que levantar la mente á Dios, y emprender el combate. Peleaban con las manos y tenían á Dios presente en sus mentes; mostraban furor en el semblante y mantenian en el corazon, como dice el sagrado texto, un admirable gusto y deleite de la divina presencia, por el favor que les hacia; y de esta manera les surtió el dejar muertos en el campo treinta y cinco mil enemigos: *Judas, & qui cum eo erant, invocato Deo, per orationes congressi sunt, manu quidem pugnantibus, sed Dominum cordibus orantes, prostraverunt non minus triginta quinque millia, presentia Dei magnifice delectati.* (3) Sí,

(1) S. Ben. in Reg. fas. disp. q. 5. (2) Dan. c. 13. 26. (3) Mach. lib. 2. c. 15. 26.

si; vengan, pues, nuestros adversarios á asaltarnos con las persecuciones, á infamarnos con las calumnias, á embestirnos con las injurias, con las irrisiones y con los escarnios, que si nosotros nos creyéremos presentes á Dios, quedaremos vencedores de todos. Dios nos dará el escudo de la paciencia, el coselete de la mansedumbre; el yelmo de la fortaleza con que nos defendéremos de todos sus golpes, los llevaremos con paz, y no llegarán con sus punzadas á traspasarnos el corazón. Antes bien sacaremos de semejantes contrariedades un gran gusto y deleite, porque Dios nos confortará con su gracia y con su ayuda, y pasaremos alegres entre las oposiciones de nuestros adversarios: *præsentia Dei magnificè delectati.*

287 Contra las tentaciones tambien del demonio, esta divina presencia, si la mantuviéremos constantemente, no solo nos hará fuertes, sino aun invencibles é insuperables á todos sus esfuerzos. El Santo Job largamente experimentado en estos diabólicos combates, Señor, decia, *pone me cerca de Vos, de manera que yo sienta vuestra presencia, como Vos estais cerca de mí por esencia; y entonces que se levante todo el infierno contra mí, que yo no temeré ni me espantaré: pone me juxta te, & cujusvis manus pugnet contra me.* (1) Y con razon hablaba con semejante corage aquel hombre fortisimo; porque si no hay soldado tan cobarde que de la presencia de su capitan y de su príncipe no tome ánimo grande para pelear; y esto por adquirir una corona fragil y caduca: *et illi quidem, ut corruptibilem coronam accipiant* (2) ¿cuanto mas un cristiano para conseguir una corona eterna é inmortal combatirá intrépido y generoso contra las tentaciones de sus infernales enemigos, solo con que tenga fijos los ojos de la mente en mirar á aquel Dios que le está viendo, asistiendo y defendiendo en los tales combates? S. Antonio abad, como refiere S. Atanasio, (3) habia sufrido un dia una fiera guerra de los demonios. Le habian aquellos pérfidos maltratado tan acerbamente con azotes, y herido tan desapiadadamente con palos, que habia quedado con los

† 1) Job. c. 17. 3. (2) 1. Cor. 9. 25. † 3) S. Athen. in. vit. S. Ant.

golpes moribundo y desmayado. Pero ninguna cosa afligia tanto al siervo de Dios entre tantos maltratamientos, como el temor de ser abandonado de Dios en manos de sus enemigos: cuando sintió de improviso abrirse el techo de su celda y entrar dentro de ella una clarísima luz que en medio de la noche mas lobrega, formaba en aquel pequeño aposento un día del paraíso; y vió en medio de aquella luz resplandecer la magestad de su amabilísimo Redentor. A esta vista exclamó el Santo Abad: *ubi eras, bone Jesu, ubi eras? Quare non à principio affuisti, ut sanares vulnera mea?* ¿Dónde estabais antes, mi buen Jesus? ¿Dónde estabais cuando los diablos me maltrataban con tan crueles golpes? ¿Y por qué no venisteis en mi ayuda desde el principio de mi crudo combate? Respondióle Jesucristo así: *Antoni, híc eram; & spectabam videre certamen tuum.* Aquí estaba, Antonio; y aunque oculto á tus ojos, estaba mirando tu batalla. Yo te daba ánimo para resistir á los asaltos de tus enemigos; yo te daba fortaleza para sufrir sus insultos; yo me complacía en ver tu constancia. A tal aparición de Cristo ausentáronse al punto los demonios, como se deshacen las sombras al aparecer el sol; se desvaneció todo el temor y congoja del corazón del Santo; se desaparecieron de su cuerpo todas las llagas, y se halló tan fortificado en el ánimo, y con tanto corage, que se hubiera expuesto á otros mas atroces combates. Dichoso, pues, aquel que se acostumbrare á caminar con viva fé en la presencia de Dios; porque en cualquier tiempo en que fuere asaltado de los enemigos infernales con sus malvadas sugestiones, se hallará siempre aparejado para pelear contra ellos; pues la misma seguridad de tener delante de sí á Dios, le hará animoso para resistir á sus asaltos. Por lo cual podrá decir con el real profeta: *non timebo mala, quoniam tu mecum es.* (1) Yo nada temeré de todas las tentaciones que los demonios me levanten en la mente y en el corazón, porque Vos estais conmigo, mi Dios, y yo estoy con Vos.

(1) Psal. 22. 4.

CAPITULO IV.

SE DECLARAN VARIOS MODOS CON QUE PUEDE ejercitarse con devocion y provecho la presencia de Dios.

288  El primer modo con que podemos loablemente representarnos á Dios presente mientras estamos ocupados en obras exteriores, es por via de la fantasía. Mas porque esta potencia corpórea no puede representarnos á Dios como es, no teniendo la divinidad cuerpo, forma, ni figura que pueda expresarse con la imaginacion; sera necesario que quien quisiere valerse de esta potencia para estar en la presencia de Dios, se le represente como hombre; y por eso tenga delante de los ojos de la mente á nuestro amabilísimo Redentor en aquella semejanza y postura que le concilie mayor devocion y recogimiento interior. Algunos se conmueven mucho á la vista de Jesus niño; otros á la vista de Jesus dolorido y atormentado; otros á la vista de Jesus inmortal y glorioso. Por eso algunos le pueden tener delante de sí en la figura de un tierno infante, y admirarle en el seno de su querida Madre; otros en la forma compasiva de crucificado, de azotado, manando viva sangre; otros en figura luminosa, representándosele como está en el cielo coronado de rayos, y rodeado de inmensa luz; y pasar con él de esta manera con varios afectos de amor, de ofertas, de peticiones, de compasion, de gozo y otros semejantes, que sugerirá la propia devocion. En esto, dice Tomás de Kempis, consiste el amor para con Jesucristo, en tenerle siempre presente y no apartarle jamas en cuanto fuere posible de la imaginacion; enderezar á él todas las operaciones, referir á él todo lo que se lee, se oye y se obra; buscar en todas las cosas su beneplácito y no anteponer cosa alguna á su amor: *disce ergo, ò homo, ad ejus amorem & honorem cuncta tua exercitia trahere & ordinare, & tanquam præsentem Jesum in omni loco & tem-*

pore attende.... Hoc est Christum per fidem & dilectionem habitare in corde tuo, oculos mentis ab ejus imaginatione numquam avertere, ad ejus beneplacitum semper tendere, & nihil ejus amoris præponere; sed quidquid boni audieris, vel legeris, vel feceris, ad ipsum totaliter reducere & finaliter referre. (1)

289 Santa Teresa alaba mucho en sus obras este devoto ejercicio, y encomienda mucho á las personas de oracion llevar siempre delante de sí esta amabilísima compañía, como medio efficacísimo para adquirir presto la limpieza de la conciencia, y para subir á grados altos de contemplacion. No obstante esto, es menester advertir dos cosas. La primera, que entreteniéndose la persona en la presencia de Jesucristo, no se cuide de figurarse en la mente sus facciones y fisonomía del rostro; el color, los movimientos y otras particularidades semejantes; porque dañaria mucho la cabeza con estas menudas imaginations. Sino que despues de haberse representado confusamente la presencia del Redentor, y de haber dado tambien una ojeada á su divinidad, pase presto á los afectos; porque estos se obran suavemente y sin daño de los órganos corporales. La segunda cosa que es menester advertir es, que esta presencia de Dios por via de fantasia es mas oportuna para quien tiene don de oracion, que para quien no lo tiene; porque aquellos con la luz sobrenatural de que abundan, mueven con facilidad los fantasmas y los afectos, y les es facil sin daño de la cabeza entretenerse delante del Redentor. Cuando estos al contrario no pueden hacer esto sin mucho esfuerzo de sus potencias; por lo cual seria dificil, qué con el progreso del tiempo no se les debilitase la cabeza con grave perjuicio del cuerpo y del espíritu. Y por eso á estos que no tienen dón de oracion, se les debe aconsejar la presencia de Dios en fé, como ahora diré.

290 El segundo modo de estar en la presencia de Dios es en pura fé independientemente de un estudio particular de la imaginacion, creyendo que Dios está al rededor de nosotros, nos cerca por todas partes y con ojos que todo lo penetran;

(1) Thom. Kemp. lib. de Discip. Claúst. c. 13.

nos mira y observa todas nuestras acciones. Como un pájaro que vuela, está cercado por todas partes del aire; como un átomo que se mueve en el aire, por todas partes está embes- tido de sol; como un pez que anda entre las olas, está rodeado por todas partes del mar; así nosotros en cualquier parte que paremos, y por cualquier parte que andemos, estamos rodeados y cercados de nuestro Dios. Si nos movemos á la diestra, encontramos á Dios; si á la siniestra, también le hallamos; si vamos arriba, allí está Dios; si abajo, allí está también. Y el mismo Dios mira con atentísima vista, como dice S. Agustín, todos nuestros movimientos, todos nuestros pasos y todas nuestras obras, aun las mas mínimas, como si olvidado de todo el mundo no tuviese que atender mas que á nosotros; porque la luz infinita é incommutable de su vista, ni se disminuye por mirar á innumerables criaturas, ni crece por mirar á una sola: *sic gressus meos semitasque consideras, & die nocteque super custodiam meam vigilas, omnes semitas meas diligenter notans, speculator perpetuus; veluti si totius creaturæ tuæ, cæli, tærræque oblitus, tantum me solum consideres, & nihil sit tibi curæ de aliis. Neque enim tibi crescit lux incommutabilis visionis tuæ, si tantum unum aspicias; neque minuitur, si innumera videas & diversa.* (1) Y mirando Dios en todo lugar, prosigue el Santo, lo que hacemos, y oyendo lo que decimos, todo lo señala, todo lo nota, todo lo escribe en el libro de su justicia, para darnos á su tiempo, ó el debido premio, ó el merecido castigo: *quidquid cogito, & in quocumque delector, tu vides, aures tuæ audiunt, oculi tui vident & considerant: signas, attendis, notas & scribis in libro tuo, sive bonum fuerit, sive malum, ut reddas postea pro bono præmia & pro malo supplicia.* Esta presencia de Dios no cansa la mente, ni debilita los órganos de la cabeza; porque no se requiere otra cosa para tener presente á Dios de esta manera, sino acordarse de lo que la fé nos enseña acerca de la inmensidad de nuestro Dios, y darle un simple y afectuoso consentimiento. Por otra parte es sumamente provechosa;

(1) S. Aug. Soliloq. c. 14.

porque tiene al alma en temor y amor afilial, cauta, cuidadosa, circunspecta, y atenta á todas sus operaciones, por no ofender los ojos de aquel gran Dios que la está mirando sin apartar de ella un momento la vista.

291 A esta presencia de Dios, considerada en cuanto á nuestro exterior, pertenece lo que provechosamente suelen practicar muchos, de considerar á Dios en las criaturas que se les ponen delante en medio de las cotidianas ocupaciones. Le consideran ahora en las flores, ahora en las yerbas, ahora en las plantas, ahora en las estrellas, ahora en los planetas, ahora en los cielos, ahora en las propiedades de los animales, ahora en las acciones de los hombres, ahora en los accidentes prósperos, ahora en los adversos que suelen acaecer al cabo del día. Y en esas cosas admiran ya el poder, ya la hermosura, ya la grandeza, ya la providencia, ya la bondad de su Dios: y con estas piadosas reflexiones mantienen siempre viva en sus corazones la llama del divino amor. Así Simon Saló, caminando por la campaña á la vista de verdes prados y de amenos collados, se levantaba con la mente á la contemplacion de la divina belleza, y tocando con su báculo las yerbas y flores; quietaos, les decia, quietaos: vosotras me decis al corazon que yo ame á aquel Dios que es el origen de tanta hermosura vuestra: quietaos, que ya os entiende mi corazon, y ya arde en amor. Así S. Agustin, mirando el cielo y la tierra, y tantas criaturas que la hacen vistosa y pulida, sentia en su corazon una voz que le decia: ama á quien ha criado tan bellas criaturas: *cælum & terra clamant, Domine, ut te amem.*

292 El tercer modo de formar la presencia de Dios, es dentro de nosotros mismos. Dice S. Pablo, que nosotros somos templos de Dios, y que el Espíritu Santo habita en nosotros: *nescitis, quia templum Dei estis; & Spiritus Dei habitat in vobis?* (1) Los Reyes de la tierra, aunque moren en todo su régio palacio, tienen una pieza en que residen con modo particular, y dentro de ella sentados en un magnífico trono, dan su au-

diencia, oyen las súplicas de sus vasallos, dispensan con mayor liberalidad sus gracias, y dan señales especiales de su suprema autoridad. Así aunque Dios se halle en todas partes, y esté presente en todo lugar; sin embargo ha levantado trono en nuestras almas, y en ellas, como en su templo, reside para ser especialmente honrado de nosotros. Aquí quiere él escuchar nuestras súplicas y ruegos; aquí quiere oír nuestros coloquios; aquí quiere agradecer nuestros afectos; aquí quiere comunicarse intimamente á nuestro espíritu; y aquí quiere ser mas liberal en concedernos sus favores. ¿De qué sirve, pues, buscar á Dios fuera de nosotros, y buscarle lejos de nosotros, si le tenemos dentro de nosotros en lo íntimo de nuestra alma, y en medio de nuestro corazon con especial presencia, que no tiene en otra parte? Dentro de sí, pues, diré con S. Basilio, se retire toda alma que desea ser esposa de Jesucristo y quiere tener con él amoroso comercio: dentro de sí, digo, en su interior se reconcentre en medio de las obras que se hacen con los sentidos exteriores; y aquí únase con su Dios con un amor cuanto pudiere continuo, y entreténgase con él en dulces coloquios y en devotas consideraciones de la mente: *cum enim cæteris, qui beati esse student, tum sponsæ Christi in primis convenit, operationes animæ, quæ per sensus fiunt, ab exterioribus ad interiora convertere, & sponso in intimis thalamis, ut Deo, Dei verbo perpetua dilectione sociari, cum eo colloqui & in ejus die nocteque lege meditari.* (1)

293 Esta doctrina de S. Basilio fué maravillosamente practicada de Santa Catalina de Sena, teniendo por su instructor y maestro á su esposo Jesus. (2) Viendo la Santa que sus padres le habian quitado toda comodidad de retirarse á su cuarto para recogerse con Dios en devotas oraciones, se fabricó en su interior otro oratorio, donde entre las obras manuales estaba siempre retirada con Dios en amorosos coloquios. De esta manera, ni las persecuciones de sus domésticos, ni las asechanzas, que por su medio le tramaron los demonios, le pudieron

(1) S. Basil de virgin,

(2) Sur. in vit. S. Catat.

causar daño espiritual alguno; antes le sirvieron de grande adelantamiento para su espíritu; porque si antes salia tal cual vez de su aposento para poner la mano en las obras de casa, ahora nunca salia de esta nueva celda que habia fabricado en su corazón, sino que se estaba siempre dentro de ella con Dios en quieto recogimiento. Y fué tanto el provecho que sacó de este interior recogimiento, que solia exhortar despues al beato Raimundo su confesor (como él mismo refiere en su vida), que formase tambien él en su interior un semejante domicilio, en que se retirase con Dios en medio de sus negocios.

194 Santa Teresa alaba tambien sumamente esta presencia de Dios en lo interior, y dice, que es grande disposicion para el recogimiento infuso, que es un grado de contemplacion. Dice, que quien se acostumbrare á estarse con Dios dentro del pequeño cielo de su alma sin disiparse en cosas exteriores caminará por un excelente camino, y llegará á beber las dulces aguas de la contemplacion en la fuente de la divinidad; porque este es un ejercicio con que en breve tiempo se adelanta mucho, y se va á velas tendidas al puerto de la union con Dios. Veis aqui sus palabras: (1) *los que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que le hizo á él y á la tierra, y se acostumbrarán à no mirar ni estar donde se distrayan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino, y que no dejarán de llegar à beber el agua de la fuente, porque caminan mucho en poco tiempo. Es como quien va en una nave, que con un poco de buen tiempo se pone al fin de la jornada.* Abrace, pues, el lector este tercer modo de ponerse á la presencia de Dios, como el mas útil de todos y el mas provechoso; y en medio de sus ocupaciones entre frecuentemente dentro de sí mismo, y aqui se entretenga con Dios en afectos de peticiones, ó de deseos, ó de ofertas, ó de amor, ó accion de gracias, ó de alabanzas, segun le moviere el divino espíritu interiormente: *regnum Dei intra vos est.* (2) To-

1 17) S. Ther. camin. de perfec. c. 28. u. 3.
(2) Luc. 18. 27.

nemos al reino de Dios dentro de nosotros; ¿de qué sirve, pues, buscarlo en otra parte?

CAPITULO V.

SE PROPONEN ALGUNOS MODOS CON QUE SE hace facil el ejercicio de la presencia de Dios entre las ocupaciones exteriores.

295 **E**l estar siempre delante de Dios, y con la mente siempre fija en él, es felicidad que podrá gozarse en la patria bienaventurada; mas no podrá conseguirse en la vida presente. Los negocios á que estamos obligados á atender, nos distraen de Dios, los objetos que se presentan á nuestros sentidos, nos atraen, nos lisongean y nos enagenan; nuestras mismas inclinaciones y aficiones naturales, inclinándonos á estas cosas sensibles, apartan nuestra mente y nuestro corazon del sumo bien; y así mantener una presencia de Dios continuada, sin alguna interrupcion, no es posible moralmente hablando. Lo que puede hacer y debe procurar con todo cuidado el que aspira á la perfeccion, es, que la tal presencia sea, en cuanto fuere posible, continua, segun las fuerzas que le suministra la naturaleza y le dá la gracia. Mas porque esto mismo debe hacerse sin alguna solicitud ansiosa y sin esfuerzo indiscreto de mente, sino con paz y suavidad (de otra suerte no podia ser durable); por eso pondré tres modos para hacer fácil este devoto y provechoso ejercicio de espíritu.

296 El primer modo de estar con facilidad en la presencia de Dios, es el levantar á menudo el corazon á Dios con vivas jaculatorias. Estas jaculatorias no son otra cosa que algunos afectos breves; pero fervientes, que arrojados á manera de saetas van á herir el corazon de Dios, y al mismo tiempo encienden el corazon de quien los produce. S. Agustin escribiendo á Proba, muger religiosa y pia, la exhorta á practicar frecuentemente estas jaculatorias con el ejemplo de los santos

solitarios de Egipto, que ocupándose en obras manuales, solían levantar frecuentemente sus corazones á Dios con estos fervorosos afectos: *dicuntur fratres in Ægypto crebras quidem habere orationes, sed eas tamen brevissimas, & raptim quodammodo jaculatas, ne illa vigilanter erecta, quæ oranti plurimum necessaria est, per productiones mora evanescat, atque haberetur intentio.* (1) Estos actos pueden practicarse con suma facilidad por cualquiera persona deseosa de su aprovechamiento, en todo tiempo, en todo lugar, cuando se va por las calles, cuando se tratan negocios con otros, cuando se trabaja con las manos, cuando se come; y cuando se despierta la persona del sueño, y en cualquiera otra ocupacion externa en que convenga ejercitarse. ¿Y por qué no podrá el hombre devoto en todas estas coyunturas alzar la mente á Dios, y pedirle su ayuda con aquella bella oracion del santo David, que estaba siempre en la boca de los monges antiguos? *Deus in adjutorium meum intende; Domine ad adjuvandum me festina?* (2) Ó si no con pedir la pureza del corazon: *cor mundum crea in me, Deus, & spiritum rectum innova in visceribus meis?* (3) Ó con mostrar á Dios un vivo deseo de poseerle: *quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus?* (4) Ó con hacer á Dios una oferta entera de si mismo: *dilectus meus mihi, & ego illi?* (5) Ó con agradecerle tantos beneficios que nos hace á cada hora: *quid retribuam Domino pro omnibus, quæ retribuit mihi?* (6) Ó con un acto de contricion por tantas ofensas con que cada dia le disgustamos: *miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam?* (7) Ó con actos de conformidad con su santa voluntad en todo lo que nos sucede: *doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu. — Non mea, sed tua voluntas fiat. — Non sicut ego volo, sed sicut tu?* (8) Todo esto (¿quién no lo vé?) puede practicarse con suma facilidad de cualquiera que tenga algu-

(1) S. Aug. epist. 121. ad Prob. c. 10. (2) Psal. 69. 2. (3) Psal. 50. 18.
(4) Psal. 41. 8. (5) Cant. 2. 16. (6) Psal. 115. 12. (7) Psal. 50. 8.
(8) Psal. 142. 9. Luc. 22. 42. Matth. 26. 39.

na solicitud de su aprovechamiento, y quiera estar un poco sobre sí por deseo de estar con Dios.

297 Por otra parte, este es un modo de estar entre día delante de Dios muy discreto y provechoso. Es discreto, porque el hombre espiritual con estos actos interrumpidos y de tanto en tanto renovados se mantiene en la divina presencia, sin cansar mucho la cabeza, y sin perjuicio de los órganos corporales. Es provechoso, porque con semejantes actos va nutriendo en el corazón un cierto calor de devoción, que le hace pronto al bien, lento y duro para todo mal; y sobre todo cierra, como dice S. Juan Crisóstomo, la puerta al demonio, el cual, viéndole vecino á Dios y ageno de todo consentimiento, no se arriesga á insinuársele con sus sugerencias: *si per intervalla crebris precationibus te ipsum accendas, non dabis occasionem diabolo & ullum ad suas cogitationes aditum.* (1)

298 Explica este Santo con un muy oportuno y acomodado simil los saludables efectos que redundan en las almas devotas de estas fervientes jaculatorias. Para que el agua esté siempre caliente, no basta ponerla una vez junto al fuego, sino que es menester volverla á arrimar muchas veces y frecuentemente: de otra suerte se entibia poco á poco, y al fin se vuelve á su natural frialdad. Así para ser un hombre espiritual y fervoroso, no basta encenderse por la mañana en santos afectos con una atenta y prolija meditacion, sino que es necesario volver frecuentemente entre día con estas afectuosas jaculatorias á acercarse al fuego de la caridad, que es el mismo Dios, para mantener aquel calor devoto que se encendió por la mañana; de otra suerte tornaremos presto á nuestra natural frialdad: *quemadmodum in apparando prandio, quoties calido potu opus est, si aqua parum calet, ad focum adnotam recalefacimus: ita & hic faciendum est; & os nostrum ad precationes, quasi ad prunas, admovendum, ut hoc pacto mens ad pietatem rursus accendatur.*

299 El segundo modo de estar en la presencia de Dios

(1) S. Chrisot. hom 4. de fide Annæ.

entre las obras distractivas, sea el enderezarlas á Dios con pura intencion de hacer en ellas su santísima voluntad y de agradarle. Al principio de cualquier obra, sea grande ó pequeña, levante la persona espiritual su mente á Dios, y proteste con sinceridad de afecto, que no pretende buscar en la tal obra, trabajo, estudio ó negocio su utilidad, su honra, ú otro particular interés suyo, sino únicamente cumplir la voluntad divina y agradar á su divina Magestad. Despues en el progreso de la obra renueve frecuentemente esta santa y amorosa intencion, y vaya obrando con ánimo sincero de agradar á Dios con sus acciones. Procediendo de esta manera, aun aquellas operaciones que son de baja calidad y liga, como el comer, dormir, trabajar, y otras semejantes, se convertirán con la alquimia de esta recta intencion en oro de obras santas y meritorias, por ser hechas con fin sobrenatural, y les corresponderá un premio eterno y un eterno galardón en la patria celestial. Serán tambien las tales operaciones un verdadero y continuo ejercicio de caridad, por ser hechas por respeto de Dios, y por su puro amor. Fuera de esto, logrará de este modo el intento de estar siempre en la presencia de Dios sin cansar el entendimiento con reflexiones forzadas; porque el mismo afecto continuado, ó frecuentemente renovado de agradar á Dios con sus obras, es una memoria amorosa de Dios, y por consiguiente una verdadera y perfecta presencia del mismo Dios. Explica esto San Basilio con la paridad de un herrero, ó de cualquier otro artifice, á quien se ha encomendado alguna manufactura propia de su arte. Tiene él delante de los ojos de su mente aquella persona que le encomendó la tal obra, y va trabajando segun las órdenes é ideas de dicha persona. Asi, dice el Santo, si nosotros haciendo las obras exteriores las enderezáremos al cumplimiento de la voluntad de Dios, que quiere de nosotros las tales acciones, y tuviéremos la mira, no en nuestro gusto, sino en su agrado: no solo serán nuestras obras perfectas, si no que se conseguirá tambien el fin de mantener siempre la memoria de Dios; y podremos decir con verdad con el real Profeta, que tenemos siem-

pre al Señor delante de nosotros: *ut enim faber ferrarius, verbi gratia, quandocumque dolabram aliquam, sive asciam cudit, si assidue illius memor sit, unde instrumentum illud, faciendum ex pacto acceperit, & præscriptum ab illo sibi formam & magnitudinem animo versatur, ad ejus voluntatem, qui condixit opus, dirigit quod facit... Sic christianus, si actiones suas omnes sive majores, sive minores, ad Dei voluntatem direxerit; is sine controversia, & egregie illud opus perficit, & simul assiduam in animo sibi memoriam ejus conservans à quo id jussus est facere, verè illud dicere poterit: providebam Dominum in conspectu meo semper: quoniam à dextris est mihi, ne commovear. (1)*

300 El tercer modo de tener con facilidad en sí la presencia de Dios; es el procurar entre dia algun retiro conforme al propio estado y empleo. Los cláustrales logran en esto una gran ventaja, porque se hallan encerrados en los sagrados claustros, léjos de los tumultos del siglo, con el corazon desembarazado de los negocios y afectos del mundo: pueden retirarse á su celdas, y obrando con las manos, recogerse facilmente á Dios con el corazon. Con todo eso, pueden tambien los seculares, especialmente las mugeres, hallar algun retiro dentro de sus casas entre los empleos domésticos: y procurando este retiro lograrán con mucha facilidad el levantar en medio de sus acostumbradas ocupaciones la mente á Dios, y estar-se con él en mútua comunicacion; pues el Señor ha declarado, que entonces quiere comunicarse á nuestros corazones cuando nos ve solos: *ducam eum in solitudinem, & loquar ad eor ejus. (2)* Lo conduciré, dice Dios, á la soledad, y allí como en lugar oportuno le hablaré al corazon. Cuenta S. Euquerio, que cierto hombre deseoso de mayor perfeccion se fué á un gran siervo de Dios, y le rogó que le enseñase donde podria encontrar á Dios. Al oír esto el Santo, le dijo: ven conmigo, y cogiéndole de una mano le condujo á un lugar desierto y solitario, donde nadie vivia. Llegados allí, ve aquí, le dijo, el lugar donde se halla á Dios; y volviéndole las espaldas le dejó en aquella so-

(1) S. Basil. in reg. fus. expl. q. 5. (2) Osee 8. 14.

edad. Queriendo, pues, alguno entretenerse con Dios entre día, sabe ya donde le deberá buscar, y donde seguramente le hallará.

301 Mas cuando nuestros empleos nos obliguen á estar en público entre el estrépito y bullicio de la gente, y en compañía de nuestros domésticos, no dejará Dios de comunicárenos interiormente, si nosotros tuviéremos algun cuidado de estar con él, y le anduviéremos buscando siempre en todas nuestras operaciones (aunque hechas en presencia de otros) con el ojo puro de una recta intencion, y nos volviéremos frecuentemente á él con jaculatorias arrojadas de los íntimo de nuestro corazon. Yo he conocido á un artífice que estaba desde la mañana hasta la noche en su tienda, en que se despachaba mucha cantidad de mercancías, por lo cual estaba siempre llena de gente que concurría á la compra de los géneros; y aunque él acudia de continuo á la venta de las dichas mercancías, satisfaciendo á lo que pedían los compradores; con todo eso jamas perdía una muy quieta, suave y amorosa presencia de Dios: tan cierto es, que Dios se deja también hallar entre el bullicio de la gente, de quien no puede buscarle en el silencio de la soledad.

302 Refiere Metafraste de S. Gregorio, Obispo de Agrigento, que habiendo ido á visitar los santos lugares, se detuvo toda una cuaresma en un monasterio de Palestina. Aquí tuvo mucho que admirar en aquellos santos monges; porque algunos en tiempo de oracion eran arrebatados en éxtasis: otros se deshacian en un copioso raudal de dulces lágrimas: varios se veían totalmente extenuados por el rigor de asperísimas penitencias: y parte de ellos hacian una vida tan exácta, que no parecian hombres, sino ángeles en carne mortal. Así que el Santo tuvo mucho que dolerse en su ánimo, pareciéndole por su humildad que era muy desemejante á aquellos. Advirtiendo el Abad este su dolor y amargura, y juzgando que hubiese caido en tristeza por verse tan léjos de sus parientes y amigos; tén, hijo, paciencia, le dijo, tén paciencia y confianza en Dios, que presto volverás á tu pais natural. ¡Ah! padre, respondió el

Santo, no es esta la causa de mi tristeza. La sola presencia de Dios me basta para estar contento en todo lugar, para desterrar de mi corazón toda tristeza, y colmarlo de una dulce paz. Lo que solamente me aflige y desconsuela, es el verme tan lejos y distante de la perfección de estos santos religiosos. Entonces cayó en la cuenta el Abad, que el Santo no tenía necesidad de quien le consolase, sino que antes él podía consolar á otros; pues con el ejercicio de la divina presencia había llegado á una total tranquilidad de ánimo, que es el colmo de la cristiana perfección. Animémonos, pues, con el ejemplo de este Santo á servirnos de los modos fáciles y llenos que he propuesto para estar en la presencia de Dios; pues podemos también nosotros llegar presto por este camino, como él hizo, á grande perfección.

CAPITULO VI.

ADVERTENCIAS PRÁCTICAS AL DIRECTOR SOBRE el presente artículo.

303 **A**dvertencia primera: haga mucho caso el director de esta presencia de Dios, y promuévala con gran cuidado en los penitentes deseosos de su aprovechamiento; porque no es menos necesaria ésta que la meditación; cuya importancia, cuan grande sea, especialmente para las personas que atienden á la perfección, ya lo vimos claramente en el artículo cuarto. Antes la presencia de Dios en algún sentido aun es *mas* necesaria; porque la meditación se puede, y aun se debe dejar tal cual vez, como por ejemplo, en tiempo de grave enfermedad, en tiempo de graves y urgentes negocios incompatibles con este devoto ejercicio. Mas el ejercicio de la presencia de Dios por medio de jaculatorias, de ofrecer á Dios las propias incomodidades y trabajos, y renovar repetidas veces la rectitud de la intención en el obrar jamás se debe omitir; sino antes bien en tiempo de enfermedad y de ocupaciones de mucha importan-

cia, se debe tener más continua y frecuente, para suplir con ella la falta de la meditación que entonces no puede hacerse. Cuenta Palladio, (1) que habiendo ido con un compañero suyo á visitar á un monge, gran siervo de Dios, llamado Diocles, entre los demas documentos que de él recibió fué uno este, que abandonando una persona espiritual la presencia de Dios vendrá á ser presto un demonio ó un bruto. Vendrá á ser una bestia, si alejándose de Dios, comenzare á condescender con las inclinaciones brutales de los sentidos. Vendrá á ser un demonio, si comenzare á asentir á los pensamientos de vanidad, de soberbia y arrogancia; vicios todos propios de aquellos spiritus altivos, que habitan allá bajo en los abismos. Per lo cual vea el director que importa tanto el tener las almas en la presencia de Dios, cuanto importa el conducir las á la perfeccion.

304 Es esto tanta verdad, que los Santos Padres antiguos hacian quizá mas caso de este frecuente recurso del alma á Dios, que de las mismas largas oraciones; porque decian, que el alma con estos actos fervientes repetidos frecuentemente se une mejor con Dios. Lo primero, porque estos actos están libres de tantas distracciones, como suelen abundar en las prolijas oraciones. Lo segundo, porque van exentos de las asechanzas con que el demonio suele asaltarnos en las largas meditaciones. Así lo refiere Casiano: (2) *utilius censent breves quidem orationes, sed creberrimas fieri; illud quidem, ut frequentius Dominum deprecantes, jugiter eidem coherere possimus; hoc vero, ut insidiantis diaboli jacula, quæ insigere nobis tunc præcipue, cum oramus, insistit, succincta brevitate vitemus.* Del mismo parecer es S. Juan Crisóstomo, como puede ver el director en las siguientes palabras: *breves, sed frequentes orationes fieri Christus & Paulus præceperunt parvis ex intervallis. Nam si sermonem in longum extenderis, in negligentiam frequenter lapsus, multam subrependi diabolo facultatem dederis, & supplantandi, & cogitationem abducendi ab his, quæ dicuntur. Si vero continuas & crebras orationes facias, totumque tempus*

(1) Pallad. in Hist. c. 98.

(2) Cass. Instit. Mon. lib. 2. c. 10.

interpolans frequentia, facile poteris molestiam inhíbere, & ipsas orationes multa facies solertia: (1) Aquí el Santo parece que aprueba mas las breves jaculatorias, como sean hechas con frecuencia y despues de breves intervalos de tiempo, que las largas oraciones; porque aquellas no están expuestas á negligencias, á distracciones, á tédios y á las tramas de nuestros enemigos, que viéndonos delante de Dios, luego nos hacen guerra. Pero no se sigue de esto que deban dejarse las meditaciones, con las cuales el alma se entretiene despacio y largamente en la presencia de Dios en santas consideraciones; porque la necesidad de estas es muy manifiesta, como arriba ya demostramos. Sino solo se infiere que la presencia de Dios continuada entre dia con jaculatorias, no es menos necesaria á la perfeccion; y por eso deben los Directores velar con sumo cuidado sobre sus discipulos; para que entre sus ocupaciones se levanten frecuentemente con la mente á Dios y se arrojen con el corazón hacia su magestad.

305 Advertencia segunda: proceda con discrecion el director acerca del modo de conducir las almas en la presencia de Dios; y por eso no les pida una continuacion é intensiou de actos superior á las fuerzas de la naturaleza y de la gracia. Observe por tanto, cual sea su oracion, y de ésta tome regla para prescribirles la norma de la presencia de Dios. Si la persona goza del dón de la contemplacion, podrá pedir de ella que esté siempre moralmente hablando en la presencia de Dios; porque semejantes almas, aun fuera de la oracion, suelen estar acompañadas de la luz contemplativa, que les hace facil, suave y deleitable la divina presencia: con lo cual pueden continuar en ella largamente sin lesion alguna del cuerpo. Y así se dice de San Bernardo en su vida: *laboris tempore, & intus orabat absque intermissione exterioris laboris, & exterius laborabat sine jactura interioris suavilatis.* (2) Que en tiempo de las obras manuales oraba sin interrupcion del trabajo exterior; y trabajaba sin perjuicio alguno de la interior suavidad. Mas si

(1) S. Chrys. hom. de fide Annæ.

(2) Lib. 1. c. 4.

la persona no tuviere el dón de oracion, sino que experimentar dureza, y mucho mas si padeciere sequedades y desolaciones; no podrá ciertamente estar de continuo en la presencia de Dios, sin hacer mucha violencia á la cabeza, con peligro de echarla á perder y hacerse inhábil para los ejercicios de espíritu. Por lo cual deberá prescribir á estos una discreta medida de actos con que despierten de tanto en tanto el espíritu adormecido y lo hagan levantar á Dios; y nada mas. Pero hablando generalmente, ninguno debe eximirse de andar ofreciendo á Dios de mano en mano las obras exteriores que hace con ánimo sincero de hallar su voluntad y gusto: y ni tampoco de practicar algunos afectos, especialmente de ruegos; porque esto no puede servir de daño, aun á los enfermos, aunque estén oprimidos de graves males. Y esto creo yo que quisiese significar S. Juan Crisóstomo, euando predicando á todo su pueblo, decia así: *ne quisquam mihi dicat, quod nequit homo sæcularis, affixus foro, continuè per diem orare. Potest enim, & quam facillimè. Ubicumque sis, potes altare tuum constituere. Licet genua non flectas nec in Cælum manus extendas; si mentem tantum ferventem exhibeas, orationis perfectionem consummaveris. Licet in balneo sis, ora; ubicumque sis, ora. Templum es, ne locum quæras. Deus semper prope est.* (1) Ni haya quien diga, exclama el Crisóstomo encendido en santo celo, que un hombre secular puesto entre las distracciones de la plaza, no puede siempre orar. Puede ciertamente y con suma facilidad. Sabe que en cualquier parte que te halles puedes levantar tu altar: y aunque no dobles las rodillas, ni levantes las manos al cielo; si levantas la mente con fervorosos ruegos, ya has hecho una perfecta oracion. Si te hallas, pues, en el baño para lavarte, ora: en donde quiera que te halles, ora. No cuides del lugar: tú mismo eres templo de Dios: Dios habita en tí: ora, pues, en todo tiempo y lugar. Así el Santo, ni es verosimil que él pretendiese que los mercaderes, los artifices, los legistas, y las mugeres débiles

(1) S. Chrys. hom. 79. ad Pop. Antioch.

hubiesen de orar desde la mañana hasta la noche con afecto continuado, ó con la mente siempre en Dios; porque esto no se puede esperar de gente sumergida en mil ocupaciones distractivas. No pretendia, pues, decir otra cosa sino lo que yo dije antes; esto es, que en medio de faenas, trabajos ó divertimientos alzasen la mente á Dios con algun santo afecto, especialmente de ruego, y anduviesen enderezando á Dios todas sus operaciones: lo cual es verdadera oracion, y verdadera presencia de Dios practicable de cualquiera persona en cualquier estado, lugar é interior disposicion en que se halle. Pero advierta el director que á personas de fantasia débil, especialmente á las mugeres (como dije en el capítulo 4.) no les conviene, que en la presencia de Dios procedan por via de imaginaciones; así porque puede esta potencia quedar dañada; como tambien porque con fijarse mucho en objetos sensibles, pueden llegar á ser vanamente visionarias.

306 Advertencia tercera: si la persona fuere distraida y facil en perder entre dia la presencia de Dios, use el director de varias industrias, para reducirla á esta devota memoria que tanto ayuda. Impóngale el elevar la mente á Dios con alguna santa aspiracion ó ruego, siempre que el reloj dá alguna hora ó cuarto, el no poner jamas mano á alguna obra, sin haberla ofrecido primero á Dios con intencion de agradecerle en ella, el tener en los lugares destinados á sus ocupaciones alguna imagen de Cristo crucificado, ó de la Virgen Santísima para que á manera de despertador, cuando levanta los ojos, le excite en la mente la memoria de Dios. Esta industria usaba el Beato Edmundo, Arzobispo Cantuariense, como refiere Surio. (1) Llevaba siempre consigo una pequeña imagen de marfil, al rededor de la cual estaban esculpidos todos los misterios de la vida y pasion del Redentor, para mantener en sí mismo viva la memoria de ellos entre sus muchas ocupaciones. Aun el mismo Dios usó de semejante industria con el pueblo Hebreo, para conservar en él viva la memoria de sí y de sus preceptos: *loquere filiis Israel, & dices ad eos, ut faciant sibi fimbrias per*

(1) Sur. in. vit. S. Edm.

angulos palliorum, ponentes in eis vittas hyacinthinas, quas cum viderint, recordentur omnium mandatorum Domini. (1) Habla á los hijos de Israel y diles que hagan orlas en los ángulos de sus capas y pongan en ellos cintas de color de jacinto, para que mirándolas, se acuerden de los mandamientos de stñ Dios. Bellos recuerdos son estos, cuando han sido también prescritos del director de directores, quiero decir, de Dios.

307 Advertencia cuarta: si no obstante todas sus industrias no pudiese conseguir el director de su discípulo, que se acuerde de Dios entre las acciones distractivas, será señal clara que no se ha encendido aun en su corazón alguna centella del divino amor, ni algún verdadero deseo de su espiritual aprovechamiento; porque es propio de quien ama, el pensar á menudo en el objeto amado; es propio de quien desea, el poner los medios aptos para conseguir el intento. ¿Qué no hacen los mercaderes para conseguir la ganancia que tanto desean? No piensan en otra cosa entre día, y aun esto sueñan de noche en lo mas profundo de su sueño. ¿Qué no hacen los letrados para adquirir la sabiduría á que ansiosamente aspiran? Se condenan á vivir casi siempre encerrados en una pieza, y aquí consumen la flor de los espíritus sobre los libros; y tal vez se abrevian tambien la vida con un indiscreto estudio. Además de esto, será tambien señal manifiesta de que en sus operaciones no busca otra cosa que á sí mismo, ó su gusto, ó su utilidad, ó su ganancia, ó su honra, su reputacion y su gloria; y por eso no puede levantar á Dios su mente oprimida y ofuscada del lodo de estos fines terrenos. En tal caso, pues, no hay otro remedio que despertar en él el dicho amor y deseo, con hacerle practicar los medios que hasta ahora hemos expuesto, y que expondremos en el presente tratado.**

** Véase sobre este artículo de la presencia de Dios, el Apéndice que está al fin de este Tomo I. en que se trata del Recongniento interior, sacado de los escritos del P. Juan Croiset.

ARTICULO VIII.

EL SEPTIMO MEDIO PARA CONSEGUIR LA PERFECCION CRISTIANA, ES LA CONFESION SACRAMENTAL HECHA FRECUENTEMENTE, Y CON LAS DEBIDAS DISPOSICIONES.

CAPITULO PRIMERO.

SE MUESTRA QUE LA CONFESION SACRAMENTAL hecha frecuentemente, es medio eficazísimo para llegar presto á la perfeccion.

308 **D**ijo Jesucristo á Santa Brigida, como refiere Blosio, que para conseguir su espíritu y para conservarlo despues de conseguido, convenia confesarse á menudo sacramentalmente de sus pecados, de sus negligencias, é imperfecciones á los pies de algun legitimo sacerdote: *ei, qui spiritum & gratiam meam adipisci & retinere desiderat, utile est crebro peccata & negligentias suas coram sacerdote confiteri, ut expurgentur.* (1) Conseguir el espíritu de Cristo y conseguir la perfeccion cristiana, son palabras diversas; pero no tienen diverso significado; porque la perfeccion del cristiano, ó sea sustancial, ó instrumental, ó dispositiva, no puede al fin consistir en otra cosa que en imitar la vida del Redentor, y adquirir un espíritu todo semejante al suyo; sabiendo nosotros de cierto, que siendo Dios inmortal, se hizo hombre mortal, para enseñarnos con los ejemplos de su vida, cual sea la vida mas perfecta que nosotros los mortales podemos hacer. Por lo cual conviene decir, que si la frecuente confesion es medio eficaz para conseguir el espíritu de Cristo, como él mismo dijo, lo es tambien para conseguir la perfeccion cristiana.

309 No queda, pues, otra cosa sino dar la razon de esto, para que esta verdad se imprima mejor en el ánimo del pio

(1) Blos. Monit. spirit. c. 5.

lector y se aficione á un medio tan importante para su perfeccion. Casiano hablando de la pureza de la conciencia, no de aquella que se opone á la deshonestidad, sino de aquella general que excluye toda falta é imperfeccion y hace al alma limpia de toda mancha; hablando, digo, de esta total pureza y universal limpieza de conciencia, dice, que á eso debemos aspirar con todas las fuerzas de nuestro espíritu; que eso ha de ser el blanco á que debemos tirar en todo lo árduo, áspero y dificultoso que toleramos en el camino de la perfeccion; y que finalmente esta es aquella virtud, por la cual nos resolvemos á abandonar la patria, los parientes, las dignidades, las riquezas, las delicias de este mundo y hacemos á Dios un pleno sacrificio de nuestra voluntad: *quidquid ergo nos ad hunc scopum, id est puritatem cordis, potest dirigere, tota virtute sectandum est; quidquid autem ab hac retrahit, ut periculosum & noxium devitandum. Pro hac enim universa toleramus & agimus; pro hoc parentes & patria, dignitates, divitiæ, delitiæ hujus mundi & voluptas universa contemnitur; ut scilicet puritas cordis perpetua retineatur.* (1) Buscando despues este autor la razon, por la cual debemos tener siempre puesta la mira en esta pureza, y porque la debemos buscar siempre con tanto calor trae esta: porque la pureza del corazon es el último escalon, por el cual se entra en el horno de la divina caridad, que es toda la esencia de nuestra perfeccion: *ut scilicet per has ab universis passionibus noxiis illæsum parare cor nostrum & conservare possimus; & ad perfectionem charitatis istis gradibus innitendo conscendere.* (2) No dá Dios á alguna alma la caridad consumada en la patria celestial, sin que antes en las llamas del purgatorio como el oro en el crisol, haya dejado la escoria de todas sus imperfecciones y se haya reducido á una total limpieza. Así no dá el Señor en esta vida el don de la perfecta caridad sino á aquellas almas, que limpias de faltas, han llegado á ser en sus ojos puras, blancas é inmaculadas: y cuanto es mayor esta limpieza, tanto es mas fino el oro de la caridad que les comunica. Esta

(1) Cassian t. c. 5.

(2) Ead. collat. c. 7.

es puntualmente la razón, por la cual la frecuente confesion es medio eficazísimo para llegar presto á la perfeccion; porque con ella se adquiere luego esta pureza de corazon, que es la última disposicion para recibir el divino amor.

310 Pero para que se entienda como esto sueede, es necesario declarar en que consiste esta pureza de corazon, que viviendo entre el lodo de esta miserable tierra podemos alcanzar con la ayuda de Dios. No consiste esta, como algunos falsamente ha creido, en una total exencion de cualquier pecado, de cualquier falta y defecto; porque fuera de Jesucristo y su Madre Santísima; no ha parecido jamas sobre esta nuestra tierra lodosa algun armiño tan puro y blanco, que no haya contraido alguna mancha; porque, como dice Santiago: *in multis offendimus omnes*; (1) en muchas cosas nos manchamos todos. Santo Tomás, examinando este punto afirma, que se puede evitar cada pecado venial en particular; pero no todos: *dicendum; quod homo in gratia constitutus potest vitare omnia peccata mortalia & singula: potest etiam vitare singula peccata venialia, sed non omnia.* (2) Y S. Leon hablando especialmente de aquellas personas pias, que ya se han dedicado al divino servicio dice, que ni aun estas por su natural fragilidad están exentas del polvo de las culpas ligeras: *cum carnis fragilitate austerior observantia relaxantur, dumque per varias actiones vitæ hujus sollicitudo distenditur, necesse est de humano pulvere etiam religiosa corda sordescere*: (3) No pudiendo, pues, nosotros vivir exentos de toda culpa, se sigue que la pureza del corazon ha de consistir en estas dos cosas: lo primero, en una exacta guarda del corazon y en una cuidadosa vigilancia sobre las propias acciones para no caer, cuanto es posible, en otras faltas; y cuanto fuere mayor la atencion que tuviere la persona sobre sus operaciones y mas disminuyere sus faltas, tanto será mayor su pureza. Mas porque no obstante toda nuestra cautela, contrae-

(1) Jacob. e. 3. 2. (2) D. Thom. 3. p. q. 28. al 87. art. 1. ad 1.

(3) S. Leon serm. 4. de Quadr.

rémos siempre algunas pequeñas manchas en nuestras almas, es necesaria en segundo lugar, una solicitud muy cuidadosa en limpiar á menudo el alma del polvo de los pequeños defectos que se van cometiendo. La pulidez de una sala ó de un noble aposento no consiste en que no caiga jamas en su pavimento alguna tenue basura, ni que en sus paredes, cuadros y escritorios que lo adornan, no se pegue jamas algun polvo. Esta es una limpieza imposible de hallarse aun en los gabinetes de los mismos Reyes. Consiste, pues, en que dichas piezas con sus adornos se tengan bien guardadas y bien defendidas de toda suciedad, y que frecuentemente se barran y limpien de cualquier inmundicia. Una muger, por mas hermosa que sea y amante de la pulidez, no pretende que los paños que lleva encima, hayan de mantener siempre su primer candor; porque ve muy bien que esto no puede ser. Pretende solamente andar con cautela para que no se manchen; y ser solícita en lavarlos á menudo y limpiarlos de toda mancha contraida. Lo mismo se ha de decir de la pureza del corazon, la cual no puede consistir en no caer jamas en algun defecto; sino en guardarlo solícitamente de toda mancha y en limpiarlo frecuentemente.

311 Estos son puntualmente los dos defectos que produce en el alma la frecuente confesion: por lo cual, con ella mas que con cualquier otro medio llegamos presto á conseguir la limpieza del corazon, que es la última disposicion para introducir en él el amor divino. No hay lejía que limpie tan bien los paños sucios de lino, como la confesion sacramental limpia nuestras almas de toda suciedad. Baste decir, que en este sacramento el alma se baña toda en la sangre de Jesucristo, que tiene virtud infinita de borrar toda mancha, de quitarle toda fealdad y de hacerla mas cándida que las azucenas y mas blanca que la misma nieve. Nos lo asegura el Apóstol S. Juan: (1) *Si confiteamur peccata nostra, fidelis est & justus, ut remittat nobis peccata nostra & emundet nos ab omni iniquitate*: confesando nosotros nuestros pecados, dice el discipulo amado, Dios que es fiel

(4) 1. Joann. 1. 9.

en sus promesas, nos los perdonará y hara nuestras almas limpias, immaculadas y puras.

312. Confirma maravillosamente esta verdad católica, lo que cuenta S. Juan Climaco en el cuarto grado de su célebre escala. Un jóven muy perverso tocado de Dios con fuertes golpes que le dió al corazon, se fué á uno de aquellos monasterios que eran mas nombrados por la santidad de la vida; y postrado á los pies del Abad, le pidió el santo hábito. El Abad habiendo entendido el tenor de su pésima vida, le preguntó, si tenia ánimo para hacer una confesion general en presencia de todos los monges. Respondió el jóven compungido, que estaba pronto á confesarse aun en medio de la ciudad de Alejandria. El domingo siguiente mientras estaban juntos en la Iglesia doscientos y treinta monges, hizo el Abad que entrase en ella el dicho jóven cubierto de ceniza, vestido de un saco, atadas las manos atras, y rodeado de algunos monges, que uno tras de otro le azotaban. A una vista de tanta compuncion, se movió un devoto murmullo y un tierno llanto en toda aquella religiosa comunidad. Mas cuando despues el jóven postrado en medio de la Iglesia comenzó con un raudal de lágrimas á hacer la pública confesion de todas sus maldades, comenzó á confesar todas sus impurezas, distinguiendo el número y la especie, comenzó á acusarse de todos sus homicidios, de todos sus hurtos y de todos sus sacrilegios; quedaron aturdidos todos aquellos monges, parte por el horror de tan inauditas maldades, y parte por la admiracion y edificacion de una tan desacostumbrada penitencia. Entretanto un santo monge vió á un hombre de terrible aspecto, que en una mano tenia un tintero y un gran papel escrito desde el principio hasta el fin, y en la otra mano una pluma: y observó, que cada pecado que confesaba el jóven, él lo borraba con la pluma. Asi que acababa la confesion, quedaron borradas de aquel papel y del alma del penitente todas las culpas. Lo que una vez sucedió visiblemente á aquel jóven compungido, nos sucede á nosotros invisiblemente todas las veces que nos confesamos de cualquier pecado, defec-

to, ó imperfeccion; porque se desvanece al punto del libro de nuestra vida y de nuestra alma aquella mancha, y volvemos al candor antiguo. Y por eso para conseguir la pureza del corazon, en cuanto á aquella parte que pide un solícito cuidado de purificarlo de las manchas contraídas, no hay medio mejor ni mas eficaz, que la confesion sacramental hecha frecuentemente.

313 Pero no es medio menos eficaz para hacer al alma cauta y cuidadosa de no caer en las acostumbradas faltas: *quæ enim secundum Deum tristitia est, pœnitentiam in salutem stabilem operatur.* (1) Dice el Apóstol, que la penitencia sobrenatural que proviene de Dios, produce efectos estables de salud, y por consiguiente tambien la perfeccion. Lo cual es lo mismo que decir que la penitencia si se hace como conviene, trae consigo un estable reconocimiento y enmienda. Y esto por dos razones: la primera, porque los mismos actos de apartarse de los defectos, y los mismos propósitos y resoluciones que se hacen en la confesion de seriamente enmendarse, despegan al alma del afecto á las faltas cometidas, y la hacen atenta, cauta y circunspecta para no recaer. La segunda, porque la gracia especial que se da en este sacramento, hace fuerza á la voluntad para resistir á las inclinaciones desordenadas de la naturaleza, y á las engañosas sugerencias de nuestros infernales enemigos. Por lo cual dijo Santo Tomás, que la penitencia es una virtud que tira á destruir el pecado, para que no vuelva jamas en cuanto es de su parte, ni retoñe en nuestras almas: *in pœnitentia invenitur specialis ratio actus laudabilis, scilicet operari ad destructionem peccati præteriti.* (2) Lo tercero, el mismo Confesor viendo nuestras faltas nos ayuda á librarnos de ellas. dándonos medios y remedios oportunos que pueden ayudar mucho á nuestra enmienda. De manera, que el alma con el uso frecuente de este sacramento, no solo consigue el purificarse de las imperfecciones cometidas; sino que tambien se hace atenta y vigilante para no cometerlas en lo venidero: con lo cual por este medio practicado con frecuencia, viene á adquirir la pureza del cora-

(1) 2. Cor. 7. 10.

(2) D. Thom. 3. p. q. 26. alias 85. art. 2 in corp.

zon y conciencia, de que depende la consecucion de la perfecta caridad.

314 S. Bernardo en la vida que escribió de S. Malaquias refiere: que habia una muger tan dominada de la pasion de la ira, enojo y furor, que parecia una furia solida de los abismos para afligir á los que trataban con ella. En cualquier lugar que ella estuviese, levantaba con su lengua de vivora odios, clamores, riñas y discordias; con lo cual habia llegado á ser insoporable, no solo á los parientes y vecinos, sino tambien á sus mismos hijos, que no pudiendo sufrir mas vivir con ella, pensaban ya en abandonarla. Pero antes de dejarla quisieron llevarla al Santo Obispo Malaquias y hacer las últimas pruebas, por si acaso á lo menos aquel santo Prelado pudiese amansar de alguna manera al fiero corazon de su madre. S. Malaquias no hizo otra cosa que preguntar á la dicha muger, si se habia confesado alguna vez de tantos ímpetus de enojo, de tantas palabras contumeliosas, y de tantas discordias causadas con su pérfida lengua. Respondió la muger que no. Ahora bien, replicó el Santo, confesaos conmigo. Obedeció ella: y acabada la confesion, le dió el Santo una amorosa reprension, le señaló los medios oportunos para su enmienda, le impuso la penitencia y con la absolucion sacramental la libertó de sus culpas. ¡Cosa maravillosa! Despues de esta confesion se vió aquella muger de fiera leona que era, trocada en una mansisima oveja con estupor y pasmo de cuantos la conocian. Concluye S. Bernardo su narracion con estas palabras: *fertur adhuc hodie vivere, & tantæ esse patientiæ & lenitatis, ut quæ omnes exasperare solebat, nullis modis exasperari damnis, contumeliis, afflictionibus queat.* Dicese, que esta muger aun vive, y que la que antes exasperaba á todos con su lengua, no sabe ahora resentirse á las injurias, á las contumelias, y á los daños y desastres que cada dia le suceden. Veis aqui como la confesion sacramental, hecha de la manera que conviene, limpia al alma de las manchas contraidas, y la preserva de contraer otras de nuevo; y remediando por una parte lo pasado, y proveyendo por otra lo venidero, con-

duce á la persona devota á la perfecta pureza de la conciencia. Aficiónese, pues, al uso de este sacramento el hombre espiritual que desea hacer progresos en la perfeccion; y recuérdese que asi como las medicinas corporales usadas rara vez traen algun alivio, pero repetidas con frecuencia dan la salud; asi la confesion hecha rara vez produce en el alma afectos saludables, mas practicada frecuentemente engendra la total perfeccion.

CAPITULO II.

SE DECLARAN LAS CONDICIONES QUE DEBE TENER la confesion sacramental, para que cause aquella limpieza de corazon, que es próxima disposicion á la perfeccion. En el presente capitulo se comienza á esplicar la primera condicion.

315  a habrá advertido el lector, que yo en el presente artículo no hablo precisamente de lo que es necesario para que la confesion sacramental sea válida y comuniqué á quien la hace la gracia santificante: hablo de la confesion en cuanto es medio que eficazmente dispone á la perfeccion, introduciendo en quien á ella frecuentemente se llega la pureza del corazon. Y por eso es necesario que yo vaya declarando todas las condiciones que debe tener este sacramento, no solo para que sea válido, sino tambien para que cause en las almas devotas semejante pureza. La primera condicion de que hablaré en este capitulo es sabida, no solo de las personas espirituales, sino tambien de las carnales, y hasta de los mismos niños; y es, que la confesion sea dolorosa. Mas porque esta es una verdad, cuanto mas sabida, tanto menos practicada; (y tal vez aun de aquellos que profesan devocion y piedad) por eso es necesario hablar de ella.

316 Todos saben que es ley indispensable, que á la confesion preceda un arrepentimiento sincero y sobrenatural, esto es, hecho por motivos superiores á la naturaleza; porque Dios jamás ha per-

donado, y ha hecho decreto de no perdonar jamas á ningunó, sin que antes se haya seriamente arrepentido de sus faltas por los dichos motivos. Basta decir, que para el mismo bautismo que tiene una virtud tan prodigiosa de reengendrar á nueva vida á qualquiera alma, no solo muerta, sino aun podrida de sus vicios, se requiere, como dice Santo Tomas, por disposicion algun dolor de las culpas cometidas. Por eso dice S. Ambrosio, que es tan necesario á quien se confiesa el arrepentimiento, cuan necesario es á quien está herido el medicamento: *pœnitudo nēcessaria est; sicut vulneratis sunt nēcessaria medicamenta.* Y concluye, que estando persuadidos nosotros, que despues del bautismo no hay otro remedio para nuestras culpas que este arrepentimiento, lo debemos procurar á costa de cualquier trabajo y afliccion: *cum hac certa fide, sicut est, animo conceperis, quid necesse est prœvaricatricem animam tartareis pœnis & gehennæ ignibus tradi, nec aliud remediũ constitutum est post baptismum, quàm pœnitentiæ solatium, quantumvis afflictionem, quantumvis laborem, & indecorem subire esto contenta, dummodo ab infernalibus pœnis libereris.* (1)

317 En efecto hallara el director algunas personas espirituales, que ponen todo el fruto de este sacramento en hacer muchos discursos, y en decir con muchas palabras lo que en pocas se podria declarar. Estas, fuera de la indecencia que cometen profiriendo palabras superfluas en la confesion, en que quiere Santo Tomas, que no se debe expresar mas que la calidad y cantidad de los pecados: *non recitet. (scilicet pœnitens) in confessione, nisi quod ad quantitatem peccati pertinet,* (2) muestran tambien que no entienden que cosa sea la confesion; porque dice claramente S. Gregorio, que la señal de una verdadera, válida y fructuosa confesion, no se ha de tomar de las palabras de la lengua, sino del dolor del corazon; y que aquel se ha de juzgar por bien reconocido y confesado, que se esfuerza á borrar con la afliccion y dolor interior del ánimo, lo que profiere con la lengua. *Signum veræ confessionis non est in oris*

(1) S. Ambros. ad Virg. Iaps. c. 7. (2) D. Thom. suplem. 3. p. q. 9. art. 4. in corp.

confessione, sed in afflictione pœnitentiæ. Tunc namque bene conversum peccatorem cernimus, cum digna afflictionis austeritate delere nititur, quod loquendo confitetur. (1) Examinando despues el Santo Doctor aquellas palabras de S. Juan Bautista: *facite ergo fructus dignos pœnitentiæ*, (2) dice, que las palabras en la confesion, son las ramas y las hojas, y que el dolor es el fruto: y que en tanto se admite la confesion verbal de los pecados, en quanto se supone que está acompañada del fruto del interior arrepentimiento. Y añade que asi como el Redentor maldijo aquel árbol que abundaba de ramas y hojas frondosas, pero estaba despojado de frutos; asi reprueba y desecha aquellas confesiones que están llenas de hojarasca de inútiles palabras; pero están faltas del fruto de una fuerte contricion: *unde Joannes Baptista male conversos judæos ad se confluentes increpans, ait: gemmina viperarum, quis ostendit vobis fugere à ventura ira? Facite ergo fructus dignos pœnitentiæ. In fructu ergo, non in foliis aut ramis pœnitentia cognoscenda est; quasi arbor quippe bona voluntas est. Confessionis ergo verba quid sunt aliud, nisi folia? Non ergo nobis folia propter se ipsa, sed propter fructum expetenda sunt: quia idcirco omnis confessio peccatorum recipitur, ut fructus pœnitentiæ subsequatur. Unde & Dominus arborem foliis decoram, fructu sterilem maledixit; quia confessionis ornamentum non recipit sine fructu afflictionis.* Dolor, dolor grande se requiere, y no discursos largos y palabras superfluas, para que la confesion sacramental ponga en gracia á los pecadores, y para que á las personas espirituales con quienes al presente razonamos, les acarree aquella pureza de corazon que es tan necesaria para conseguir la perfeccion cristiana.

318 Observe el lector en este hecho si yo digo la verdad. Refiere Cesareo, (3) que en Paris un jóven secular, habiendo caido en graves pecados, se fué al monasterio de S. Vitor, y llamando al prior, se arrodilló á sus pies para confesarse. ¿Pero que? Apenas comenzó á proferir las primeras palabras, quando creció tanto la contricion en su corazon, y fueron tantas las

(1) S. Greg. lib. 6. in I. Reg. c. 15. (2) Math. 3. 3. (3) Gesar. Hist. lib. 2. mirac. c. 10. Tom. I.

lagrimas, tantos los suspiros y tantos los sollozos, que quedó la confesion ahogada en llanto. Viendo el confesor que el penitente por el excesivo dolor no estaba capaz de pronunciar palabra alguna, le dijo que escribiese en un papel todas sus culpas, y que despues volviese á confesarse, pareciéndole que con esta industria le seria mas facil la acusacion de sus pecados. Obedeció el jóven: tornó al mismo sacerdote; mas apenas comenzó á leer su proceso, cuando sorprendido nuevamente del dolor y de las lagrimas no pudo proseguir. Entonces el confesor le pidió el papel; y porque leyéndolo le vino no sé que duda, pidió licencia al penitente para comunicar al Abad su confesion, á fin de tomar consejo. Todo se lo concedió el jóven compungido; y al punto el prior se fué á su Abad y le dió el papel. Abrióle el Abad, y hallándolo todo en blanco sin un renglon siquiera escrito; ¿y qué quereis, le dijo, que yo lea aqui si no hay cosa alguna escrita? ¿Cómo? replicó el prior; ¿si yo leí antes en ese papel la confesion de mi penitente? Volvieron ambos á mirar al escrito, y hallaron borrados de él todos los pecados, como estaban ya borrados de la conciencia del jóven todo contrito. Observad que este jóven no habia aun hablado en la confesion, y ya le habían sido perdonados todos sus pecados; porque si bien no habia hablado con la lengua, pero habia hablado mucho con el corazon: no habia, es verdad, (por hablar con la frase de S. Gregorio) sacado fuera las hojas; mas porque habia detestado ya de corazon sus culpas, ya habia logrado el fruto del perdon; ni le quedaba mas que la obligacion de sujetarlas á la absolucion sacramental. Aprendan de aqui su error aquellos á quienes en las confesiones todo se les va en hojas de palabras; y atienden muy poco al fruto sustancial del arrepentimiento.

319 Mas aqui es menester diligentemente advertir que este arrepentimiento es necesario que sea eficaz; para que eficazmente traiga al alma aquella limpieza, que por medio de la confesion se desea conseguir. Arrepentimiento eficaz es aquel que va junto con una seria y fuerte resolucion de no caer jamas en las mismas culpas; porque, como dice bien Lactan-

cio, el arrepentirse en protestar de nunca más pecar *agere pœnitentiam nil aliud est, quam profiteri & affirmare se ulterius non peccaturum.* (1) Y mejor S. Gregorio, abrazando la una y la otra parte que en el dolor eficaz se contiene *pœnitentiam agere est perpetrata mala plangere, plangenda non perpetrare nam qui sic alia deplorat, ut tamen alia committat, adhuc pœnitentiam agere aut dissimulat aut ignorat.* (2) El arrepentirse, dice el Santo Doctor, no es otra cosa que llorar lo mal hecho, y no hacer otro mal que llorar: porque aquel que llora los pecados y va cometiendo otros de nuevo, ó no sabe que cosa es arrepentirse, ó finge no saberlo. Estos dichos tan sabios y cuerdos, deben poner en alguna sospecha á ciertas personas devotas, que siempre tornan á las confesiones con las mismas faltas, aunque sean veniales; porque si su dolor tuviese aquella eficacia que conviene, tiraria á evitar con gran fuerza las culpas adelante; haria su voluntad mas robusta; se veria á lo menos con el progreso del tiempo alguna enmienda; y ellas conseguirian poco á poco aquella pureza, á que por medio de este sacramento deben aspirar; porque como dice S. Ambrosio, para que no se atribuyan á un alma los pecados cometidos, y no se repunte rea de ellos, no basta el dolor y las lágrimas, sino que se requiere la enmienda: *qui agit pœnitentiam, non solum diluere lacrymis debet peccatum suum; sed etiam emendationibus factis operire & tegere delicta superiora, ut ei non imputetur peccatum.* (3)

320 El sobrecitado Cesareo refiere á este propósito un funesto suceso acaecido tambien en Paris, no mucho antes que el lo diese á luz en sus escritos. (4) En aquella gran metrópoli un canónigo de la Iglesia de Santa Maria que mantenía el nombre de eclesiástico, pero no las costumbres, llegó á la muerte. En aquel extremo entró dentro de sí mismo, reconoció el miserable estado de su alma, y pareció que estaba seriamente arrepentido y reconocido: llamó al confesor, se acusó con muchas lágrimas de todos sus pecados, recibió con devocion el

{ 1) Lactant. Instit. cap. 13. (2) S. Greg. hom. 34 in Evang.
{ 3) S. Ambr. de pœnit. lib. 2. c. 5. (4) Cesar. lib. 2. mirac. 15.

santo Viático, y con señales de igual piedad la santa Uncion, y despues plácidamente espiró. Despues de muerto se le hicieron exéquias muy pomposas, é hizo un día tan sereno y apacible, que parecia que la tierra y el cielo conspiraban á la pompa de sus funerales. Todos le tenian por el hombre mas feliz que hubiese habido sobre la tierra; mientras habiendo gozado del mundo, se habia asegurado con una muerte tan bella la gloria del paraíso. Así pensaban los hombres; pero *homo videt ea que parent; Dominus autem intuetur cor.* (1) El hombre ve lo que aparece por defuera; pero Dios ve lo que está escondido dentro del corazón. Despues de pocos dias apareció el infeliz canónigo á un siervo de Dios, y le dió la infeliz nueva de que estaba condenado. ¿Pues por qué, le dijo atónito el siervo de Dios, si en tu muerte te confesaste con arrepentimiento y con lágrimas, y recibiste devotamente los santos sacramentos? Me confesé de todo, es verdad; replicó el infeliz; me arrepentí tambien de mis culpas, pero no con arrepentimiento eficaz; porque la voluntad en el mismo acto en que se dolia de sus culpas, se sentia estimulada á cometerlas; y le parecia imposible, que en recobrando la salud, no volviese á lo que tanto amaba; y por eso detestando lo mal hecho, no hice seria y fuerte resolucion de abandonarlo. Dicho esto, desapareció. Yo no pretendo con este hecho turbar la mente del pio lector; porque siendo él persona espiritual como supongo, vive lejos de toda culpa grave y del peligro de perderse por las confesiones. Solo deseo que haga reflexion, que si de los pecados ligeros de que se acusa en sus confesiones no tuviere arrepentimiento eficaz, que esté acompañado de una fuerte y firme resolucion de enmendarse; no quedarán borradas de su alma las tales manchas, no conseguirá jamas la enmienda, ni adquirirá jamas por medio de este sacramento aquella pureza de conciencia que es necesaria para los progresos de la perfeccion cristiana; pues San Agustin habla claro sobre este particular, diciendo, que sin este arrepentimiento no se consigue jamas la enmienda de algun pe-

(1) 1. Reg. 16. 7.

cado, sea grande ó sea pequeño: *nec quemquam putes ab errore ad veritatem, vel á quocumque suo magno, vel parvo peccato ad correctionem sine poenitentia posse transire.* (1)

CAPITULO III.

SE EXPONEN LA SEGUNDA Y TERCERA CONDICION que debe tener la confesion para que traiga al alma la deseada pureza.

321 **P**ara que el arrepentimiento de que hemos hablado hasta ahora tenga virtud de purgar el alma en todas sus manchas, debe estar acompañado de una sincera humildad; porque Dios jamas ha desechado un corazon contrito si lo ha visto humillado: *cor contritum & humiliatum, Deus, non despiciet.* (2) Por eso dijo Santo Tomás, que la confesion ha de ser humilde debiendo parar siempre en una sumision del ánimo, con que la persona á vista de sus culpas se confiese flaca, enferma y miserable: *in abjectione sui terminatur (scilicet confessio); & quantum ad hoc debet esse humilis, ut se miserum confiteatur & infirmum.* (3) Tenga delante de los ojos quien se confiesa la confesion del publicano, y en ella hallará la verdadera idea de aquella humildad y sumision que conviene á este grande sacramento. Se reconoce por el mayor pecador del mundo: *domine propitius esto mihi peccatori.* (4) No se atreve á levantar los ojos al cielo; mira con ojos bajos y confusos la tierra; se golpea con las manos el pecho; y de esta manera aplaca el corazon de Dios enojado contra él; le mueve á piedad y al perdon de sus culpas. Con estos sentimientos de interior confusion, debe llegarse al sagrado tribunal quien se confiesa; porque como dice S. Agustín, la interior vergüenza que sentimos, haciendo reflexion sobre nuestras transgresiones, es gran parte para conseguir el perdon. Y fué providencia de la divina

(1) S. Aug. epist. ad Vincent. in fine.

(2) Psalm. 50. 19.

(3) S. Th. sup. 2. p. q. 9. art. 4.

(4) Luc. 18. 13.

misericordia el disponer que no bastase para el perdon de los pecados el arrepentirnos ocultamente entre nosotros y Dios, sino que debiesemos dolernos á los pies del sacerdote, para que de esta manera se despertase en nosotros aquella humilde vergüenza que tiene tanta fuerza para alcanzarnos el perdon de tantos desaciertos: *qui per vos peccastis, per vos erubescatis. Erubescencia enim ipsa partem habet remissionis. Ex misericordia enim hoc præcepit Dominus, ut neminem poeniteret in occulto: in hoc enim, quod per se ipsum dicit sacerdoti, & erubescenciam vincit timore offensi, fit venia criminis.* (1)

322 Esta humildad interna, dice S. Juan Crisóstomo, nace casi por una cierta connaturalidad de la confesion si se hace con el debido modo: *si confessus fueris peccatum tuum sicut oportet confiteri, humiliatur anima.* La razon es clara; porque confesándote con el debido modo conoces delante de Dios el mal que has hecho pecando, la grandeza de aquel Dios á quien has ofendido, y tu pequeñez, tu vileza y tu atrevimiento en disgustar á un Dios de tan alta magestad. De aqui se sigue, que el alma á manera de un reo delante de su príncipe á quien ha disgustado, se humilla á la presencia del Señor, se confunde, se llena de rubor, detesta sus faltas y le pide perdon. El alma despues asi humillada es á los ojos de Dios un sugeto tan tierno, que al punto le mueve á compasion, á piedad y al perdon de sus desconciertos: con lo cual corre todo enternecido á abrazarla y á estrecharla dulcemente al pecho, tratándola no como á rea y culpable, sino como á hija querida: *cor contritum, & humiliatum, Deus, non despiciet.* Con esta contricion humilde, pues, con este rubor doloroso ha de llegar el hombre espiritual al lavatorio de la santa confesion, y esté seguro que viéndole el Redentor tan bien dispuesto derramará sobre él en tanta abundancia su preciosa sangre, que le limpiará de toda mancha, y le volverá mas cándido y puro que las azucenas y jacintos.

323 Pero aqui se ha de advertir, que esta humildad, la cual ha de ir unida con el dolor, no sea una humildad falsa

(1) S. Aug. de vera et fals. poenit. c. 19.

que en lugar de alcanzarnos el perdón de las faltas cometidas, nos lo impida. Sería falsa humildad, cuando no anduviese junta con una fuerte y firme esperanza de conseguir la remisión de las propias culpas; pero procedamos con claridad para no errar. Dos especies de humildad se encuentran: una, que desciende de las manos piadosas de Dios; otra, que proviene de las manos engañadoras del diablo. La humildad que Dios comunica es un conocimiento de los pecados y miserias propias, que abatiendo al alma la levanta á la esperanza, y al fin la deja del todo quieta y descansada en los brazos de la divina bondad. La humildad que sugiere el diablo es conocimiento tambien de las culpas y flaquezas; pero tiene esta pésima propiedad, que humillando y abatiendo al alma, le quita la esperanza, ó á lo menos la debilita, dejándola llena de pusilanimidad, de desconfianza y de desmayo. La humildad que viene de Dios es santa; la humildad que viene del demonio es perversa. Aquella dispone el perdón, ésta lo impide. Y por eso la confesión ha de tener por tercera condicion que sea fiel; esto es, que esté acompañada de un arrepentimiento, no solo humilde, sino lleno de fé y esperanza en Dios: *sit autem*, dice S. Bernardo, *& fidelis confessio, ut confitearis in spe; de indulgentia penitus non diffidens.* (1) Sea tu confesión fiel de manera que te confieses con firme esperanza, y sin desconfianza alguna del perdón. Faltando una tal esperanza jamas conseguiremos la remisión de nuestras culpas; porque un pesar desconfiado de las ofensas hechas á Dios, no inclina, ni aplaca, sino antes irrita la divina misericordia. Cain se arrepintió de su fratricidio; mas porque no esperó en la divina bondad de nada le sirvió su dolor: *major est iniquitas mea, quam ut veniam merear.* Mi maldad, decia el necio, es tal que no puedo esperar merecer el perdón. Judas se arrepintió tambien, y exclamó con las lágrimas en los ojos: *peccavi, tradens sanguinem justum.* ¡Miserable de mí! que he pecado, entregando la sangre de aquel hombre justo y santo. Hizo tambien la restitución del dinero por el cual habia vendi-

(1) S. Bern. serm. 16. in cant.

do la vida preciosísima de su divino maestro. Mas ¿de qué le sirvió todo esto? De nada; porque fué aquel un dolor vacío de toda esperanza, mientras teniéndose por condenado fué á colgarse.

324 Tal es el arrepentimiento de ciertas personas espirituales, que cayendo en algun notable defecto, ó viendo que siempre vuelven á caer en las mismas faltas, se llenan de amargura, de desconfianza y de falsa humildad, diciendo consigo mismo: Dios no me perdonará, creo que ya me ha desamparado, porque soy muy mala y caigo siempre en las mismas culpas. Esta es la contrición de Judas y de Cain, privada de la esperanza en la bondad de Dios: *major est iniquitas mea, quam ut veniam merear.*

325 A Faverio, discípulo de San Bruno, y monge de gran bondad se le apareció el demonio estando muy enfermo; y despues de haberle aterrado con su vista, comenzó á hacerle memoria de sus pecados, y á echárselos en cara con grande ufania y regocijo. Respondia el siervo de Dios, que ya se habia confesado de aquellas culpas, y recibido la absolucion, y que esperaba que Dios se las hubiese perdonado. ¿Qué confesado? replicaba el enemigo, ¿qué confesado? No lo has dicho todo, no lo has dicho bien, no has explicado las circunstancias. Estas tus confesiones no son válidas, no son buenas, ni te sirven de otra cosa que de agravar tu proceso. El santo monge á este recuerdo de sus culpas, que despertó el demonio con aquella su luz maligna que todo lo confunde y oscurece, entró en grandes agitaciones y afanosísimos escrúpulos: comenzó á perder la confianza, y á dar en desmayos, que estaba ya próximo á caer en el abismo de una total desesperacion. Mas la Virgen Santísima, Madre de misericordia, que no abandona á sus verdaderos devotos, le apareció oportunamente en aquel punto con su divino infante en los brazos, y le dijo estas palabras: *quid times animumque despondes? In portum navigas. Omnia tibi ab hoc pulcherrimo puero peccata condonantur, tibi que esse remissa confirmo.* Di, ¿qué temes, Faverio? ¿Por qué caes de ánimo? Espera y confía, que ya has llegado al puerto. Todos

tus pecados te han sido perdonados por este hermosísimo niño; y yo te doy seguridad de esto. A estas voces se trocó aquella pena congojosa y pusilánime, que de sus pecados sentia el enfermo en un dolor humilde, confiado y pacífico; y poco despues murió con mucha paz. (1) Observe aqui el lector la diferencia que hay entre el dolor de los pecados que dá Dios, y el que sugiere el demonio. Este es una pena llena de desconfianza y de inquietud; aquel es un arrepentimiento lleno de paz y esperanza. Acógate, pues, siempre á este, y este procura en tus confesiones; porque este solo es el dolor que aplaca á Dios, consigue el perdon de las culpas, y trae al alma una perfecta pureza.

CAPITULO IV.

SE DECLARAN LA CUARTA Y QUINTA CONDICION que debe tener la confesion, para que prepare el alma á la perfeccion con una exquisita limpieza.

326 **O**tras dos condiciones debe tener la confesion, para que engendre en el alma los afectos de una total pureza, y le sirva de disposicion para mayor perfeccion, y son estas: que la confesion sea entera, simple y sincera. La integridad consiste en que no se deje pecado alguno advertidamente: *ut non subtrahatur aliquid de his, quæ manifestanda sunt; & contra hoc dicitur integra*, como dice el Angélico. (2) Si el pecado fuere grave, esta integridad es necesaria para conseguir la eterna salud; porque no manifestándose, jamas se borraría semejante pecado. Si la culpa fuere ligera, es necesaria la integridad para los progresos de la perfeccion, de que al presente hablamos. Si el temor pusilánime y la vergüenza detienen á alguna alma delincuente para manifestar al confesor alguna culpa mortal, son causa de que ella esté en desgracia de Dios, y en peligro de eterna perdicion. Si retardare alguna alma buena de descubrir

(1) Annal. Carthus. Enriq. Grand. in prato exemp.

(2) S. Thom. loc. cit.
Tom. I. 43

al sacerdote algunos pecados ligeros y algunas flaquezas, son causa de que ella proceda lenta y remisa en el camino de la perfeccion. Por eso la persona espiritual no solo debe mantener en la confesion aquella integridad que es de precepto, y mira á recuperar la gracia perdida; sino tambien aquella que es de consejo, y mira á su mayor perfeccion, si desea hacer algun progreso en el camino del espiritu.

327 *Quomodo potest medicus sanare vulnus, quod ægrotus ostendere nequit?* dice S. Agustin, hablando de la confesion. (1) ¿Como podrá un médico curar una llaga, y una herida que tú no quieres mostrarle? ¿Y como podrá tu confesor, que es médico de tu alma, sanarte de aquellas faltas en que caes, si tú no se las manifiestas? ¿Cómo podrá librarte de aquellas pasioncillas que te dominan, si tú se las escondes? ¿Cómo podrá defenderte de aquellas tentaciones con que te asalta el demonio, te incita é imple para hacerte precipitar, si tú no se las dices? ¿Qué flaqueza es la tuya, dice en otro lugar el mismo Agustin, avergonzarte de decir lo que no te avergüenzas de hacer? *heu, cur erubescis confiteri; que facere nunquam erubuisti?* (2) ¿Y no es mejor sufrir ahora un poco de rubor á la presencia de un solo hombre, que no el haberte de consumir y llenar de vergüenza en el dia del juicio universal delante de tantos millares de personas, que serán sabedoras de esas tus mismas flaquezas? *melius est coram uno aliquantulum ruboris tolerare, quam in die iudicii coram tot millibus hominum gravi compulsa notatum tabescere.* Tanto mas, como reflexiona el mismo Santo, que ocultando ahora por un vano rubor tus faltas, y no confesándolas para tu salud, tendrás entonces por juez y castigador de ellas á un Dios de inmensa magestad: *qui peccata sua occultat, & erubescit salubriter confiteri, Deum, quem iudicem habebit, habebit & ultorem.* (3)

328 Añadid á todo esto, que acostumbándose la persona á callar en la confesion las culpas, aunque ligeras, se pone en

(1) S. Aug. serm. 66. de temp.
(3) Idem. serm. 66. de temp.

(2) S. Aug. lib. 2. de visit. infirm. c. 8.

peligro de tener en la hora de la muerte algun terrible asalto de los enemigos infernales, los cuales de todo se valen en aquella hora, asi de los pecados graves como de los leves, para poner en consternacion á las pobres almas: y si sucede que hallen pecados no confesados, bien que no los juzgase mortales, con su luz infernal los abultan y los hacen parecer mayores de lo que son, para que el alma caiga en desmayo, se acobarde y comience á desconfiar de la divina bondad. Refiere el venerable Beda, (1) que un soldado muy querido del rey Coeredo fué de este muchas veces exhortado á confesarse, sabiendo la mala vida que hacia, y de cuantas culpas estaba manchado. Mas el soldado hacia donaire de las exhortaciones del piadoso rey, diciendo, que en tiempo mas oportuno satisfaria á su deber. Entre tanto fué sorprendido el infeliz de una grave enfermedad; y el rey por el amor grande que le tenia, fué en persona á visitarle: y en coyuntura tan oportuna le insinuó de nuevo, que ajustase con Dios las cuentas de su desordenada vida por medio de una buena confesion. Mas él respondió que lo haria en recobrando la salud; porque temia que si lo hiciese entonces, dirian sus amigos que lo hacia por temor de la muerte: volvió el rey á visitarle con mucha benignidad segunda vez, y al poner el pie en su sala, comenzó á decir el enfermo: señor, ¿qué quereis ahora de mí, pues no podeis ayudarme en nada? ¿Qué locuras son esas, replicó el rey con mucha indignacion? No son necedades, añadió el enfermo, sino mucha verdad. Habeis de saber, que poco ha entraron en este cuarto dos jóvenes de hermosísimo aspecto, y me presentaron un libro muy lindo, pero muy pequeño, en el cual ví apuntadas mis buenas obras: mas ¡oh Dios! ¡cuán ténues y escasas! Detras de estos apareció una escuadra de espíritus infernales horribles y espantosos, uno de los cuales traia sobre los hombros un libro de desmedida grandeza y de exorbitante peso, en el cual estaban escritas con horribles caracteres todas mis culpas: *proferens codicem horrendæ visionis, & magnitudinis*

(1) Beda lib. 5. Hist. Eccles. c. 14.

enormis, & ponderis pene importabilis. Aquí ví notados no solo mis pecados mas grandes, sino tambien los mas pequeños y aun aquellos que he cometido con muy ligeros pensamientos: *quem cum legissem, inveni omnia scelera, non solum quæ verbo & opere, sed etiam quæ tenuissima cogitatione peccavi.* En medio de este horrible aparato, dijo el principal de los demonios á aquellos dos bellísimos jóvenes: ¿qué haceis aquí, pues no teneis parte alguna en esta alma que ya es nuestra? Tomadla, pues, respondieron ellos, y llevadla á donde la precipita el peso de sus maldades. Dicho esto desaparecieron. Entonces uno de los demonios me dió un golpe con una horqueta en los pies, y otro de ellos me dió otro golpe en la cabeza, donde siento tormentos intolerables, y ya siento que se van á introducir hasta mis entrañas, de donde en breve arrancarán mi desventurada alma. Acabada esta funesta relacion, infelizmente espiró. Note el lector que los demonios echaron en cara á este infeliz, aun los pecados que habia cometido de muy pequeños pensamientos: *quæ tenuissima cogitatione peccaverat*; aunque por otra parte le viesen lleno de pecados gravísimos, por los cuales le era muy debida la eterna condenacion. Ahora pensad lo que hará con las personas espirituales, á quienes no tendrá otra cosa que oponerles, que culpas ligeras si ellas las hubieren callado por algun vano temor en el sagrado tribunal de la confesion? ¿cuánto las agravará y cuánto triunfará con ellas? Lo cierto es, que de semejantes pecados pequeños se ha servido muchas veces el enemigo en la muerte, como de grandes máquinas para aterrar grandes siervos de Dios, como tenemos en las historias eclesiásticas. Manifieste, pues, la persona devota todas sus faltas en las confesiones, venciendo toda repugnancia y rubor, con que procure acobardarla el demonio: ahogue todos sus defectos en la sangre de Jesucristo: y como ya he dicho en otra parte, descubra aun al confesor las tentaciones del enemigo y todas sus malas inclinaciones. De esta manera saldrá de este sagrado baño, blanco y puro como la nieve.

329 Finalmente la confesion ha de ser simple, sin doblez

de excusa y sin solapas; lo cual es la quinta condicion que hemos propuesto. Para que sea sencilla la confesion, dice San Bernardo, es menester guardarse de excusar la mala intencion con que la persona ha pecado; porque esto no es confesar, sino encubrir y defender la propia culpa: no es aplacar, sino antes irritar la Magestad divina. A mas de esto, dice el Santo, es menester no disminuir la culpa, ni hacer que no parezca debajo de su propia figura; ahora alegando las persuasiones de otros que les han movido al mal; ahora trayendo las ocasiones que les han incitado á caer; (no siendo posible que el hombre caiga en culpa, sino por su voluntad) porque esta es una ingratitude con la bondad de Dios; pues estando ella pronta á perdonarte todas las culpas, tú andas con dobleces y solapas: *oportet confessionem esse simplicem. Non intentionem (forte quia latet homines) excusare delectet, si sit rea, nec levigare culpam, quæ gravis est; nec alieno adumbrare suasu, cum invitum nemo coegerit. Primum illud non confessio est, sed defensio; nec placat, sed provocat. Sequens monstrat ingratitude. Ex quo minor reputatur culpa, eo minuitur & gloria indultoris.* (1) En este error caen frecuentemente las mugeres aunque sean espirituales, las cuales confesándose, hacen largas relaciones en que tejen la historia de todos sus pecados; y al fin vienen á atribuir la culpa, ó á los vecinos, ó á los domésticos, ó á cualquiera otro que haya dado alguna ocasion á sus deslices. Tal vez tambien vencidas de cierta vergüenza á ellas innata, no pudiendo encubrir la accion de suyo pecaminosa, excusan la propia intencion, dándole un bello color, ó á lo menos no tan disforme. Guárdense por amor de Dios de semejantes dobleces; porque tal modo de confesarse, es mas excusa, que acusacion de sus yerros. Por lo cual se exponen á gran peligro de no recibir el perdon, y de no sacar de este sacramento la deseada limpieza.

330 Concluyamos, pues: lléguese el alma devota á este sacramento con dolor eficaz de sus culpas, el cual vaya acompañado de una profunda humildad, y de una firme confianza en

(1) S. Bern. serm. 16. in cant.

la divina misericordia, y exponga sinceramente con simplicidad y sin excusas ó solapas todas sus culpas, y tambien las raíces de que suelen brotar los malos renuevos. Si hiciere todo esto frecuentemente, y mayormente cuando se sintiere agravada de algun notable defecto, no solo quedará de presente del todo limpia, sino que recibirá tambien grande fortaleza, para no recaer en adelante en semejantes faltas. Con esto alcanzará por medio de este sacramento la puridad del corazon, que es la próxima disposicion para lograr el amor divino y su perfeccion, como ya he mostrado en el capítulo primero. Aquí quiero añadir otra razon fortisima, y es, que la frecuente confesion hecha del modo dicho es un medio poderosísimo para quitar todas las fuerzas al demonio, de modo que no pueda dañarnos, ni impedir nuestros espirituales adelantamientos. La razon es manifiesta: todo el poder que tiene el enemigo sobre nosotros está fundado en los pecados que cometemos: si estos son mortales, le dan una cumplida posesion sobre nuestras almas: si son veniales, no le confieren, es verdad, alguna posesion; pero le dan atrevimiento y ánimo para asaltarnos con gran vigor. De aquí se sigue, que con la santa confesion frecuentada con el debido modo se halla el alma limpia de pecados, y no tiene el demonio sobre ella ni posesion, ni atrevimiento, ni ánimo, ni fuerzas para hacerle daño. Cuenta Cesareo, (1) que estando para morir un teólogo de buena vida, vió al demonio escondido en un rincon de su aposento; y sin atemorizarse un punto con aquella vista, le preguntó con las palabras de S. Martin: *quid hic adstas, cruenta bestia?* ¿Qué haces aquí bestia feroz? Despues le mandó con autoridad sacerdotal, que le manifestase cual era la cosa que mas daño le hacia á él y á sus compañeros en este mundo. El demonio á esta pregunta y mandato callaba y no le daba respuesta alguna. No cayó de ánimo el teólogo; antes le conjuró en nombre de Dios, que respondiese y dijese la verdad. Entonces respondió el demonio estas palabras: *nihil est in Ecclesia quod tantum nobis noceat, quod sic virtutes*

(1) Cesar lib. II, mi rac. c. 38.

nostras enervet, quam frequens confessio. No hay cosa, dijo el demonio, que nos haga tanto daño, y nos quite todas las fuerzas como la frecuente confesion. Quien desea, pues, la perfeccion confiésese á menudo, y confiésese como conviene.

CAPITULO V.

SE PREGUNTA SI LAS CONFESIONES GENERALES
*son útiles para adquirir la predicha puridad del corazon;
y por consiguiente si pueden conducir á la perfeccion.*

331 **A**cerca de la confesion general tenga el director aquella prudentísima regla que suelen dar los hombres doctos, esto es, que la acusacion general de sus pecados, á unos es necesaria, á otros dañosa y á otros es útil. Es necesaria á aquellos que confesándose, han faltado en lo pasado en alguna de aquellas partes que son esenciales á este sacramento; por ejemplo, han callado maliciosamente culpas mortales; ó se han llegado al sagrado tribunal sin las disposiciones necesarias de dolor y propósito. No hay duda, que estos están obligados á confesarse generalmente, á lo menos de todo aquel tiempo en que han hecho confesiones sacrilegas y temerarias; y en lugar de recibir el sacramento, le han hecho una grave injuria con sus faltas y voluntarias indisposiciones; porque no habiéndose borradas jamas sus culpas, es necesario que de nuevo las sujeten todas á la autoridad sacerdotal, para que las lave con la sangre del Redentor. Por lo cual á estos les es necesaria la confesion general para salvarse. Como yo hablo aquí con personas espirituales que no suelen ser reas de semejantes sacrilegios, por eso no me detengo sobre este punto. A otros la confesion general es dañosa. Hay algunas almas tímidas y escrupulosas, que han hecho otras veces esta general rebusca y confesion, y han cumplido bastantemente y aun sobradamente sus partes y su deber; y con todo eso jamas se sosiegan. Quer-

rian repetir siempre desde el principio sus confesiones y volver á decir lo que ya han dicho, esperando calmar de esta suerte sus temores y las angustias de sus corazones. Estas no deben escucharse, porque el renovar las confesiones generales no es otra cosa para semejantes almas, que alborotar un abis- pero que las punce mas acerbamente con mil escrúpulos y prosiga despues á traspasarlas de mil maneras. La razon es, porque los temores y las angustias de que suelen ser agitadas estas personas escrupulosas, no son fundados en razon, sino en vanas aprensiones, las cuales con el recuerdo de los pecados pasados se acrecientan, se avivan y ponen al alma en mayores agitaciones. De donde proviene, que cuanto mas buscan estas personas la quietud por medio de nuevas y nuevas confesiones, tanto menos la encuentran. El único modo de poner en calma á estas conciencias inquietas, es mandarles con toda autoridad, que jamas hablen de los pecados de la vida pasada, y obligarles á obedecer, y á sugetarse al parecer de quien está en lugar de Dios.

332 Y porque el pensamiento que angustia á estas pobres almas y casi las martiriza, viniéndoles siempre á la mente con nuevas punzadas, suele ser éste: ¡ay! si en las confesiones particulares y generales habré dejado algun pecado grave, ¿qué sera de mi? Disipe el director de sus entendimientos esta sombra vana, y de sus corazones este temor insubsistente, con darles la doctrina de Santo Tomas, seguida de todo el comun de los teólogos; es á saber, que las culpas mortales dejadas por olvido en la confesion, despues de haberse hecho una razonable diligencia para decirlas todas, tambien se perdonan indirectamente por medio de la absolucion sacramental, no siendo posible borrarse un pecado; sin que se borren los demas. No se opone menos el pecado mortal á la gracia santificante, que la luz á las tinieblas; por consiguiente asi como no pueden los rayos del sol en parte disipar, y en parte juntarse con las tinieblas de la noche; sino que en apareciendo en el horizonte, todas las tinieblas se desvanecen; así entrando en un alma la gracia

santificante, no puede estar junta con la culpa grave, destruyendo algunas, y dejando á otras intactas, sino que debe destruirlas á todas al instante. Por eso habiendo vuelto el penitente á la gracia de Dios en sus legítimas confesiones, han sido destruidos por la misma gracia todos sus pecados graves, así los que ha dicho, como los que ha dejado de decir por mero olvido. Diga el director á su penitente escrupuloso que tenga buen ánimo; porque aun dado el caso que tanto teme, de que haya dejado alguna culpa grave, que no le vino á la memoria entre la multitud de los demás pecados, aun ésta queda perdonada; y que no obstante este olvido, está en gracia de Dios y en el camino de salvacion; de este modo le aquiete y serene: *Ille, qui confitetur, dice el Angélico, veniam consequitur, nisi sit fictus. Sed ille qui confitetur omnia peccata, quæ in memoria habet, aliquorum oblitus, non ex hoc est fictus; quia ignorantiam facti patitur, quæ à peccato excusat. Ergo veniam consequitur. Et sic peccata, quæ oblita sunt, relaxantur; cum impium sit dimidiam sperare veniam.* (1)

333 A otros finalmente, la confesion general es muy útil. Estos son aquellos, que en todo el discurso de su vida jamas la han hecho; y generalmente hablando, á todas las personas espirituales es muy provechoso el hacerla cada año, comenzando desde la última que hicieron. Ha habido algunos autores modernos que han desaprobado esta loable costumbre, pero sin fundamento; porque el instituto de la venerable orden cisterciense, aprobada de los Sumos Pontífices, impone estas confesiones generales anuales á sus monges. Las prescribe S. Ignacio á sus religiosos. (2) Santo Tomás examinando el punto con todo el rigor escolástico, lo aprueba mucho. (3) Y Benedicto XI. (4) ordena á los confesores religiosos, que avisen á los penitentes hagan cada año esta confesion general con sus párrocos, no por obligacion, sino por consejo. Finalmente añade mucha autoridad á esta santa costumbre el ejemplo de los santos; que no

(1) D. Thom. suppl. 3. p. q. 10. art. 5.

(2) Reg. Novit. cap. 3.

(3) Th. 4. dist. 17. q. 3. art. 4.

(4) In extrav. inter cunctas §. cæterum.

Tom. I. 43

solo la han aprobado en otros, sino tambien practicado en sí mismos. Tenemos de S. Eligio Obispo, que deseoso de reducir su conciencia á una muy exquisita limpieza, hizo con un sacerdote una confesion general de todas las faltas que habia cometido desde su infancia, y despues de ella se dió á correr con mas aliento y con mayor fervor de espíritu el camino de la perfeccion. (1) De S. Engelberto Obispo se refiere en la historia de su vida, que retirándose en la capilla de su palacio con otro Obispo se confesó con él de todas las culpas cometidas en el discurso de su vida, con tanta abundancia de lágrimas, que quedó todo bañado de ellas en el pecho. De manera, que el mismo confesor quedó tan admirado como edificado de una tan viva y tan profunda contricion. Y á la mañana siguiente volvió á acusarse de algunos otros defectos con igual lluvia de lágrimas. (2) De semejantes ejemplos están llenas las vidas de los Santos, por lo cual no es menester que me detenga en referir otros.

334 La razon porque los Santos alaban esta general acusacion, no solo de los pecados cometidos en toda la vida, sino tambien de los que se van cometiendo cada año, es puntualmente aquella por la cual me he inducido á extender el presente articulo: quiero decir, ser este un medio que conduce mucho á la pureza del corazon y de la conciencia, y ayuda mucho á la consecucion de la perfeccion. Porque mirando la persona con una ojeada todas las culpas en que ha caido, ó en todos los años, ó en el último año de su vida, concibe otra contricion de la que concibe al ver solamente alguna transgresion de las que le acaecen en las confesiones particulares: el alma á la vista del grande escuadron de sus pecados se llena de otra confusion y humildad, que á la vista de solo algun pecado en que recientemente ha caido. Una ú otra escuadra de soldados no puede tener la fuerza, que tienen todas las escuadras de que se compone el ejército entero para vencer al enemigo. Así una ú otra culpa de que nos acusamos en las confesiones ordinarias, no puede tener aquella eficacia que tiene todo el

(1) J Sur. in vit. S. Elig.

(2) Id. in. vit. S. Engelb.

ejército de nuestras culpas para conquistar nuestro corazón, y reducirlo á una perfecta contrición y á una profunda humillación y abatimiento interior: *recogitabo tibi*, decia el rey Ezechias, *omnes annos meos in amaritudine animæ meæ*. (1) Se ponía este rey delante de los ojos los pecados que habia cometido en todos los años de su vida; hacia de ellos una general confesion delante de Dios; y de este modo, dice, que se despertaba una grande amargura, esto es, un gran dolor y arrepentimiento en su alma. Ahora, pues, ¿quién no vé que con esta contrición mas viva, con esta humildad mas íntima y mas verdadera, se limpia mas el alma, se purifica mas, y mas presto llega á la pureza del corazón? Tanto mas, que tambien los propósitos de la enmienda suelen ser mas eficaces á proporcion del dolor, y las ayudas de la divina gracia mas abundantes para ejecutarlos: con lo cual se consigue la puridad de la conciencia, aun segun aquella parte que mira á lo venidero. Añadiendo á esto, que el mismo confesor en las tales confesiones generales entiende mejor el estado del penitente; vé su detrimento ó adelantamiento espiritual; vé cuales son las pasiones que mas le dominan; cuales las virtudes que le faltan; cuales las faltas en que mas á menudo se desliza; y con esto puede prescribirle medios mas propios, consejos mas oportunos y remedios mas acomodados á su necesidad. Asi que es preciso concluir, que las tales confesiones son un medio muy conducente á la purificación y perfeccion de las almas.

335 El mismo Jesucristo nos quiso dar un ilustre ejemplo de esta doctrina en la persona de la famosa penitente Santa Margarita de Cortona. (2) Viendo el Redentor la fervorósima conversion de esta pecadora, comenzó á instruirla y á regalarla de muchas maneras; y mostrándosele todo lleno de piedad y de amor, la llamaba frecuentemente con el título de pobrecita. Un dia la Santa, transportada de aquella confianza que es tan propia de un amor filial, Señor, le dijo, Vos me llamis siempre con el nombre de pobrecita: ¿y cuán-

(1) Isai. 38. 15.

(2) Francisco Marchese en su vida.

do llegará el tiempo en que oiga llamarme de vuestra divina boca con el bello título de hijuela? No eres aun digna, le respondió Jesucristo: antes de recibir el nombre y tratamiento de hija, te conviene purificar mejor tu alma con una confesion general de todas tus culpas. Entendido esto, Margarita se empleó toda en el examen de sus pecados, y por ocho dias continuos los anduvo exponiendo al confesor, mas con lágrimas que con palabras. Acabada la confesion se quitó el velo de la frente, y se puso una soga al cuello; y con esta humilde postura se fué á recibir el cuerpo santísimo del Redentor. Apenas habia comulgado, cuando sintió claramente resonar en lo mas íntimo de su alma esta palabra: *hija mia*. A una voz tan dulce y por qué tanto habia suspirado, perdió al punto todos los sentidos, y quedó absorta en un mar de gozo y alegría. Vuelta despues en sí de aquel dulce éxtasis, comenzó á repetir toda atónita por la admiracion: ¡O dulce palabra! ¡*hija mia*! ¡O dulce voz! ¡O palabra colmada de júbilo! ¡O voz llena de seguridad, ¡*hija mia*! Aquí vea el lector cuanta fuerza tiene una general confesion de limpiar un alma, de purificarla y de adornarla; pues pudo levantar á esta santa del pobre estado de sierva en que se hallaba en los principios de su conversion, al grado honorífico de hija querida. De manera, que aquella que antes era mirada del Redentor con afecto de compasion, fué despues mirada del mismo con afecto de complacencia. Tome, pues, toda persona devota esta santa costumbre de acusarse generalmente al fin del año de aquellas culpas de que ya se ha confesado, y el director prescribalo á aquellos penitentes que atienden á la vida espiritual; porque si hicieren esto con espíritu de contricion y con deseo de su aprovechamiento, conseguirán por este camino mayor fervor de espíritu y una limpieza mayor de conciencia.

336 Me acuerdo de haber leído, que un novicio dominicano habiéndose dormido una noche junto al altar, oyó una voz que le dijo: *vade, & iterum rade caput tuum.* (1) Anda y rae

(1) In vit. PP. Pædicat. part. 4. c. 7.

otra vez tu cabeza. Despertándose el jóven, entendió que con aquella voz le avisaba Dios que se confesase de nuevo. Corrió luego á los pies de Santo Domingo, y se acusó de los pecados que ya habia confesado con mas atencion, con mayor individualidad y con una mas exacta y exquisita diligencia. Poco despues se fué á descansar. En medio del sueño vió bajar un ángel del cielo con una corona de oro engastada de preciosísimas piedras en una mano, el cual enderezando el vuelo hácia él, se la puso en la cabeza y le adornó con ella las sienes. Semejante intimacion haga el director á sus penitentes espirituales. Dígales, para tal dia, para tal solemnidad *rade caput tuum*, preparaos para una anual confesion, y para raer todo cabéllo de pecado de vuestra alma, para que parezca cándida, pura y linda á los ojos del Señor. Despues asístales con toda caridad, déles los remedios y recuerdos que conozca oportunos á su necesidad. De esta manera tendrá él tambien el consuelo de verlos coronados, no digo en esta vida, sino en la otra, con coronas de lucidísimas estrellas.

CAPITULO VI.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR sobre los precedentes capítulos.

337 **A**dvertencia primera: acerca de la doctrina puesta en el primer capítulo de este artículo advierto, que no se debe aprobar la sobrada retencion de algunos confesores en dar la absolucion sacramental á algunas almas de gran bondad, que viven con mucha puridad de conciencia. Me ha sucedido encontrar quien por espacio de seis meses no habia dado jamas la absolucion á una penitente suya, de conciencia por otra parte purísima, admitiéndola entretanto frecuentemente á la sagrada comunión. He hallado tambien, que á las religiosas de un monasterio entero les concedia el llegarse á menudo á la mesa eucarística, para alimentarse con el pan de los ángeles; pero raras veces les daba la absolucion en el sagrado tribunal de la con-

fesion. Yo no sé como estos sacerdotes tienen corazón para privar el alma de sus penitentes de un bien espiritual tan grande, como es el que se dispensa á las almas en este sacramento por medio de la santa absolucion. Es cierto, que el alma por medio de ella, ó recibe la gracia si la ha perdido, ó si no la ha perdido, recibe su aumento; por lo cual gana á lo menos un grado de gracia santificante, esto es, tanta, que ella sola bastaria para hacerla eternamente bienaventurada allá entre las estrellas. Fuera de esto, recibe tambien por medio de la gracia sacramental, fuerzas y remedio para no recaer en sus acostumbradas culpas; porque este, como dice el Angélico, es un efecto comun á todos los sacramentos de la santa Iglesia: *est autem omnibus sacramentis comune, quod per ea exhibeatur aliquod remedium contra peccatum, per hoc quod gratiam conferunt.* (1) ¿Por qué, pues, se han de quitar á las almas tantos tesoros de que se enriquecerian solo con que el sacerdote ejercitase sobre ellas aquella autoridad, que se le ha dado para el adelantamiento espiritual de las mismas?

338 Responden los tales, que se abstienen de darles la absolucion por dos razones. La primera, porque en sus confesiones no hallan materia cierta á que aplicarla: la segunda, porque los defectos de que semejantes almas se acusan, son muy pequeños y muy dificiles de arrancarse; por estar fundados en el temperamento y propension de la naturaleza. Por lo cual dudan de la disposicion, que aun para estas confesiones se requiere de arrepentimiento y propósito eficaz de la enmienda. Estas son sus dificultades, las cuales no tienen subsistencia alguna. No subsiste la primera, porque convienen los teólogos en que un pecado puede ser materia de nuevas y nuevas confesiones y absoluciones; así que arrepintiéndose los penitentes y acusándose de alguna culpa cometida en la vida pasada, (como les pueden sugerir los mismos confesores) ya exponen una materia suficiente, sobre la cual puede caer la absolucion. Sabemos que S. Carlos Borromeo, S. Ignacio de Loyola, S. Francisco de

(1) S. Thom. 3. p. q. 4 alias 63. art. 6. in. corp.

Borja, y otros grandes siervos de Dios se confesaban cada día, cada día recibían la absolución sacramental; y sin embargo es cierto, que no todos los días cometían faltas que pudiesen ser materia de absolución. Pero acusándose de algún pecado de la vida pasada, aseguraban el valor del sacramento, y al mismo tiempo limpiaban sus conciencias delicadísimas de aquellas pequeñas imperfecciones en que como hombres cotidianamente caían. Tome, pues, el director semejantes ideas acerca de la administración de este sacramento.

339 Tampoco subsiste su segunda dificultad; porque dicen los teólogos, que si la persona entre los pecados veniales de que se acusa se arrepiente eficazmente de algunos, pero de uno no se arrepiente con la misma eficacia, porque vé el gran peligro en que se halla de recaer; sin embargo la confesión es válida y legítima la absolución; porque en los pecados ligeros de que bastantemente se arrepiente, lleva ya materia cierta para la absolución: y aquel de que no se arrepiente suficientemente nada impide; porque así como no estaba gravemente obligado á decirlo, así no estaba obligado á dolerse. Haga, pues, el director que sus penitentes se acusen siempre de uno ó mas pecados de la vida pasada, especialmente de aquellos que mas aborrecen, y en que están mas lejos de caer. En tal caso no podrá dudar de la contrición de tales culpas; y por eso aun cuando de los otros pequeños defectos que cometen cada día no tuviesen suficiente disposición; será sin embargo legítima la absolución, ni se expondrá el sacramento á peligro de nulidad. Sabía S. Buenaventura que los novicios, los cuales no piensan en otra cosa que en su perfección, ni se ocupan en mas que en ejercicios de espíritu, no cometen de ordinario pecados veniales voluntarios; sino solo suelen caer en aquellos defectos que radicados en el temperamento natural, difícilmente se enmiendan; y con todo eso les aconseja el Santo á confesarse diariamente. (1) Luego se puede y se debe absolver á quien no tiene mas que semejantes defectos, con tal que practique las cautelas ya ex-

presas. Yo no quiero decir con esto que debiendo el penitente comulgar muchos dias seguidos, deba confesarse cada dia y deba cada dia (no teniendo necesidad) recibir la absolucion. Digo solamente, que pasando entre una y otra confesion uno ó mas dias, no se le debe negar cuando él la desea, para que no quede privado del aumento de la gracia santificante y de las nuevas ayudas, que en este sacramento se conceden para enmendarse de sus faltas.

340 Advertencia segunda: acerca del dolor de que hemos hablado en el capitulo segundo, advierta el director de no ser fácil en creer á algunas almas timoratas, á quienes parece que no pueden concebir dolor de sus pecados, por lo cual se afligen mucho y sienten graves angustias, siempre que se llegan al sagrado tribunal para purgarse de sus culpas. Con tales personas es menester tener delante de los ojos la doctrina del Angélico abrazada de todos los teólogos. Distingue el Santo Doctor en la contricion dos dolores: uno, que él llama esencial y está tódo en la voluntad, potencia espiritual del alma, con que ella retracta lo mal hecho y se arrepiente con un acto que por sí mismo no es sensible, porque es espiritual, como es espíritu la potencia de quien procede: *in contritione est duplex dolor; unus est in ipsa voluntate, qui est essentialiter ipsa contritio, quæ nihil aliud est, quam displicentia peccati præteriti.* El otro dolor reside en la parte sensitiva; ni es otra cosa que una redundancia de aquel dolor de la voluntad en el sentido interior, esto es, en el corazon: *alius dolor est in parte sensitiva; qui causatur ex ipso dolore, vel ex necessitate naturæ, secundum quod vires inferiores sequuntur motum superiorem.* (1) Ahora, conviene acordarse siempre que el dolor esencial es aquel que se hace con la voluntad; no aquel que se siente en la parte sensitiva. Aquel y no éste es necesario para la confesion; pues esta displicencia sensible no es otra cosa que una mera correspondencia del desagrado de la voluntad, que no está en nuestra mano el tenerla; porque la tal correspondencia no siempre

(1) D. Thom. suppl. 3. p. q. 3. art. 1. in corp.

se hace en el apetito sensitivo; siendo ésta una potencia que ahora obedece y ahora no obedece á la parte superior del alma; como nota muy bien el mismo Angélico: *non obedit affectus inferior superiori ad nutum, ut tanta & talis passio sequatur inferiori appetitu, qualem ordinat superior*. Y por eso frecuentemente sucede que la voluntad seriamente se arrepiente, y el tal arrepentimiento no se imprime en el sentido interior, ni se hace sentir en el corazón; por lo cual parece á la persona que no se arrepiente aunque realmente este arrepentida.

341 Si viere el director que su penitente pide á Dios el dolor necesario, y hace lo que está de su parte para excitarlo á lo menos en la voluntad, y está resuelto de no volver al pecado; quitele todo escrúpulo y toda congoja, asegurándole que tiene el dolor en cuanto á la sustancia, aunque no lo sienta y tenga el corazón mas duro que una piedra. Sobre todo procure que estas almas tímidas hagan sus actos de contrición con paz y quietud, sin esfuerzo y sin afán, porque estas ansias inquietan el alma y son causa de que los actos de la voluntad no se impriman en el corazón; y que cuanto mas buscan ellas la sensibilidad de los afectos, tanto menos la encuentren. Además que estas ansias afanosas son causa de que los dichos actos se hagan menos perfectamente aun con la voluntad; porque impiden la luz y mocion interior del Espíritu Santo, que no suele obrar sino en las almas quietas, serenas y tranquilas.

342 Advertencia tercera: acerca de la integridad dije en el capítulo cuarto, que debiendo ser medio para la perfeccion, debe extenderse á todo, aun á las culpas pequeñas y ligeras. Pero en esto mismo conviene usar de la debida moderacion y discrecion, para que no se dé en exceso. Hay algunas personas espirituales muy arrepentidas de sus pasados yerros, las cuales jamas se hartan de tornar á acusarse de ellos, y querrian, si se les permitiese, hacer cada dia nueva confesion. A estas se les debe advertir, que la penitencia que deben hacer de sus pasados desaciertos, no consiste en esto. Santo Tomás distingue dos penitencias; una interna y otra externa. La penitencia interna

consiste en el dolor y en el desagrado de las culpas cometidas ; y está, dice el Santo , debe durar siempre ni dejarse jamas en todo el curso de nuestra vida: *interior quidem poenitentia est, qua quis dolet de peccato commisso. Et talis poenitentia debet durare usque ad finem vitæ; semper enim debet homini displicere, quod peccavit.* (1) S. Juan Crisóstomo, hablando de esta penitencia interna dice lo mismo ; esto es, que debe ser perpétua, siendo cosa de grande utilidad el acordarse y llorar siempre los pecados ya cometidos. Lo prueba con la autoridad de S. Pablo, que no teniendo pecados de presente, se acordaba de los pecados de su vida pasada, aunque ya se le habian perdonado con las aguas del santo bautismo; porque sabia que de la memoria de los antiguos yerros nace el llanto, el dolor, las lágrimas y la compuncion del corazón: *tantum boni confert meminisse frequentius hominem peccati sui, ut etiam Paulum Apostolum videamus ea, quæ jam oblita fuerant & deleta, adducere in medium. Et cum culpam de præsentibus non haberet, quoniam recordatione peccatorum & luctum, gemitumque sciebat animæ prodesse, etiam illa commemorat, quæ per ignorantiam commissa, gratia baptismi & confessio fidei absolvent.* (2) Lo mismo dice S. Agustin, que debemos dolernos toda la vida de nuestras faltas ; porque cesando este dolor, cesa la penitencia que en él principalmente se funda: *quid restat nobis, nisi semper dolere in vita? Ubi enim dolor finitur, deficit poenitentia.* (3)

343 La penitencia externa (prosigue Santo Tomás) consiste en la acusación que se hace á los pies del confesor. Y está, dice el santo, que no debe durar siempre como la otra; sino que despues que se ha hecho suficientemente, segun el precepto de Dios y la necesidad del alma, debe cesar: *poenitentia vero exterior est, qua quis exteriora signa doloris ostendit, & verbo tenus peccata sua confitetur sacerdoti absolventi; & juxta ejus arbitrium satisfacit. Et talis poenitentia non oportet, quod duret*

(1) D. Thom. 3. p. q. 25. §§113 84. art. 8. in corp. (2) S. Chrys., lib. 2. de compunct. cordis.

(3) S. August. lib. de ver. &c. fals. poenit. c. 13.

usque ad finem vitæ; sed usque ad determinatum tempus, secundum mensuram peccati. (1) Proceda el director segun estas doctrinas. y hallando alguna alma muy arrependida de sus culpas, y sobradamente ansiosa de hacer nuevas y nuevas confesiones para borrarlas mejor de su alma, le exhorte antes á arrepentirse á solas con Dios al pie del Crucifijo; á renovar frecuentemente el dolor en sus meditaciones y en otras privadas oraciones; á concebir interior rubor, profunda humildad é íntima compuncion, sin cuidarse mas de manifestarlas en el sacramento de la confesion (en el supuesto que en esto hayan satisfecho ya á su obligacion); pues aquella, y no ésta es la penitencia que ahora le conviene, y aquella mas que esta será provechosa á su espíritu, y aun le asegurará mas el perdón de sus pecados.

CAPITULO VII.

SE ALLANAN VARIAS DIFICULTADES QUE RETARDAN á algunos sacerdotes el emprender el sagrado ministerio de oír confesiones, ó de continuar en él.

344 En el precedente capítulo he dado á los directores advertencias útiles acerca del modo de dirigir las confesiones de otros. Ahora no será fuera de proposito que les dé algunas advertencias acerca del modo de gobernarse á si mismos en la empresa del sagrado ministerio de oír confesiones, y de perseverar constantemente en él, facilitando algunas dificultades, que podrian retardarles ó retirarles de tan laborioso ministerio. Algunos sacerdotes capaces para oír confesiones, rehusan el tomar este cargo, ó lo abandonan despues de haberlo tomado y ejercitado por algun tiempo, pareciéndoles que no son hábiles para decidir con rectitud tantos casos como ocurren en aquel sagrado tribunal en materias diversas y escabrosas; ya acerca de personas diferentes en condicion, en estado, en costumbres y

(1) D. Thom. loco sup. citat.

naturales inclinaciones; ya de no poder salir con la cara de tantos males graves, y tal vez incurables á que está sujeta la flaqueza humana. Pero éstos, si su prelado, que en tales materias es juez competente, los tiene por hábiles para el sagrado empleo, cobren ánimo; porque Dios asiste con modo especial á aquellos sacerdotes, que administran con recta intencion este sacramento; y les dá tales luces para discernir y determinar rectamente sobre materias de suyo difíciles, y para señalar remedios oportunos á males extraños, que fuera del tal ministerio no serian capaces de tenerlos. Oigan como los anima S. Agustin, alegando el testimonio de su propia experiencia: *de me ipso tibi testis sum, aliter & aliter me moveri, cum ante me catechizandum video eruditum, inertem, civem, peregrinum, divitem, pauperem, privatum, honoratum, in potestate aliqua constitutum, illius, & illius gentis hominem; illius, aut illius ætatis aut sexus; ex illa, aut illa secta; ex illo, vel alio errore venientem, ac pro diversitate motus mei sermo ipse procedit & progreditur & finitur.*

(1) Yo, dice este gran Doctor, sóy testigo de mí mismo, que siento interiormente moverme diversamente cuando viene delante de mí; para ser catequizado é instruido un hombre erudito, ó un rústico, un peregrino, un rico, ó un pobre, una persona privada ó una pública, y puesta en dignidad: cuando me veo delante á un hombre de esta ó aquella nacion, de este ó aquel sexo, de esta ó aquella edad, de esta ó aquella secta, é imbuido de este ó aquel error, y segun la interior mocion comienza, prosigue y se acaba mi discurso acomodado á cada uno.

345 Veis aquí como Dios da á sus ministros conocimientos proporcionados á la calidad y necesidad de aquellas personas que se presentan á sus pies para ser ayudadas en el espíritu. Ni me diga el director, que Dios daba estas luces á S. Agustin porque era santo, y que él no las merece por ser pecador; porque los socorros que da Dios á sus ministros para que promuevan el bien espiritual de los prójimos, pertenecen de ordinario á las gracias *gratis datas*, las cuales, como dice

(1) S. Aug. lib. de catechiz. rud. c. 15.

Santo Tomas, y con él comunmente los teólogos, no requieren mérito especial en el sugeto que las recibe, dándose no por respeto de él, sino en atención á la utilidad y ventaja de los otros. Y por eso no tema, que no obstante los propios deméritos le dará Dios en las ocasiones luces cóngruas para su gobierno y para el de otros.

346 Prosigue despues diciendo S. Agustin, que fuera de las luces y movimientos interiores con que gobierna Dios á los directores de las almas, la misma caridad les es maestra y guia y les sugiere remedios acomodados á la necesidad de cada uno: *& quia cum eadem omnibus debeatur claritas, non eadem est omnibus adhibenda medicina: ipsa item claritas alios parturit, cum aliis infirmatur; alios curat edificare, alios contremiscit offendere; ad alios se inclinat, ad alios se erigit; aliis blanda, aliis severa, nulli inimica, omnibus mater.* Dice el Santo que el director debe tener caridad con todos; mas esta misma caridad no ha de prescribir los mismos remedios á todos. Porque la caridad á unos pare para Dios, y con otros se muestra condescendiente y compasiva; á unos procura edificar y á otros teme ofender; con unos se abaja, y con otros se levanta; con unos es apacible, y con otros severa; de ninguno es enemiga, sino de todos madre. Quiere el Santo significar con esto, que la caridad dá á los sagrados ministros un cierto reglamento interior con que se acomodan oportunamente al estado, á las calidades, á la indole, á las costumbres, á las inclinaciones y á las necesidades de cada uno; con lo cual se hacen provechosos á todos. No se desanime el sacerdote que es juzgado por hábil para la cura de las almas, confie en Dios, y vistase interiormente de entrañas de caridad, que de esta manera ejercitará este sagrado ministerio con provecho de otros y con mérito suyo.

347 Otros sacerdotes se apartan de este santo empleo, porque temen, que oyendo y examinando las tentaciones y fragilidades de los penitentes, se hayan de pegar á sus almas las fealdades de los otros; y no quieren ayudar á las almas ajenas con daño de las propias. Pero esté muy léjos del corazon de un

pastor de almas un temor tan vano, dice S. Gregorio; porque no solo no permitirá Dios que las tentaciones, que de oír las confesiones pueden nacer, le causen algún perjuicio espiritual, sino que antes dispondrá las cosas de modo, que tanto mas fácilmente se libre de las propias tentaciones, cuanto mas piadosamente se afanare por remediar á los otros: *sit plerumque* (son palabras del Santo Doctor) *ut dum rectoris animus aliena tentamenta condescendendo cogrosit, auditis temptationibus, etiam ipse pulsetur; quia hac eadem, per quam populi multitudo diluitur, aqua proculdubio lutatus inquinatur. Nam dum sordes diluentium suscipit, quasi suæ munditiæ serenitatem perdit. Sed hæc nequaquam pastori timenda sunt; quia Deo subtiliter cuncta pensante, tanto facilius à sua eripitur, quanto misericordius ex aliena tentatione fatigatur.* (1) Fije el sacerdote el ojo de la pura intencion en la gloria de Dios y en el bien espiritual de los prójimos; proceda tambien con la debida cautela; y no tema mal alguno. Dios hará que las aguas turbias de las tentaciones y pecados de otros, sean para su alma una lejía que la purifiquen y la hagan mas pura y mas bella á sus ojos, porque en la realidad jamás se ha condenado ninguno por salvar á otros.

348 Algunos sacerdotes comienzan á escuchar las confesiones con buen celo; mas con el progreso del tiempo, viendo que sus palabras, sus consejos, sus industrias y sus fatigas no producen el fruto deseado; porque sus penitentes siempre tornan á los mismos pecados, á las mismas ocasiones y á las mismas flaquezas, caen de ánimo, desmayan y comienzan á ejercitar de mala gana su empleo, hasta que enfadados del todo, al fin lo abandonan. Estos deben persuadirse, que la enmienda ó mejora de las almas no depende principalmente de sus industrias, sino de la eficacia de la divina gracia; y tienen necesidad de avivar y poner en Dios toda su esperanza, persuadiéndose que *potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahamæ*, (2) que no hay alma tan extraviada, que no pueda Dios despertarla con la fuerza de su gracia, y reducirla al camino de la

(1) S. Greg. 2. par. Pastor. c. 5.

(2) Luc. c. 3. 8.

salud y aun cuando le agrade, hacerla santa. Y por eso no debe el confesor desanimarse jamas; ni dejar jamas de advertir, de amonestar, de aconsejar, de reprender, de rogar, de poner nuevos medios y de valerse de nuevas industrias; y sobre todo de rogar á Dios por estas personas incorregibles, para que su Magestad ablande la dureza de sus corazones. Explica esto San Agustin con un bello simil. Dice, que nos debemos portar con estas almas adormecidas en los vicios, como se porta un buen hijo con su padre viejo que ha caido en un mortal letargo, y esta ya deshaciendo de los médicos; que aunque vea que aquel sueño pestifero le acarreará la muerte, sin embargo no deja de llamarle, de punzarle, y de serle piadosamente molesto, para que debiendo morir, muera á lo menos lo mas tarde que sea posible: *plerumque istum pietatis affectum exhibet etiam filius seni patri jam junque morituro post paucos dies. Jam utique, etate finita, si lethargicum videt, & lethargico morbo premi á medico agnoscit, dicente sibi; excita patrem tuum, noli eum permittere dormire, si vis, ut vivat: adest puer seni, pulsat, vellicat, pungit, pietate molestus est: nec mori cito permittit, cum moriturum.* (1) De aqui saca el Santo Doctor esta gran consecuencia, que si con tanta caridad somos importunos á los padres y á los amigos para prolongarles la vida temporal del cuerpo; ¿cuanto mas conviene que practiquemos con nuestros amigos espirituales, quiero decir, con los prójimos, una semejante caritativa importunidad para procurarles la vida sempiterna; de manera, que jamas nos enfademos, ni nos cansemos de darles nuevos socorros por mas perdidos que sean ó parezcan? *quanto majore nos charitate amicis nostris molesti esse debemus; cum quibus non paucos in hoc mundo dies, sed apud Deum in æternum vivamus?*

349 Mas cuando aun el confesor, sin embargo de todas sus industrias y trabajos, no consiguiese de los penitentes alguna mejora, ¿por qué ha de desanimarse? ¿Por qué ha de

(1) S. Aug. de verb. Dom. serm. 59. c. 12.

abandonar la administracion de este sacramento mientras tiene seguro el premio y galardón de su trabajo? Dios no premia á sus ministros por la conversion actual de las almas, que no depende de ellos, sino solo de Dios; solo si premia su industria y trabajo con que procuran conseguir la dicha conversion. Antes sucede muchas veces, que entonces es mayor nuestro premio, cuando ha sido menos el fruto de nuestros ministerios; si nuestro trabajo, nuestra paciencia, nuestra caridad, y nuestro celo ha sido mayor en procurarlo. Pues si el director tiene segura su ganancia en este ejercicio de caridad, no hay razon porque deba perder el ánimo y acobardarse, ni hay motivo porque lo haya de abandonar.

350. Otros sacerdotes hay, que al oír siempre las mismas culpas (mayormente si los penitentes son estables), los mismos cuentos, las mismas historias; en tener que dar siempre los mismos recuerdos, los mismos medios y remedios; en tener que hacer las mismas correcciones, proponer los mismos consejos, y usar de las mismas industrias, se enfadan y fastidian mucho. Tanto mas, que algunos penitentes son rudos y no se explican; otros son incapaces, y no entienden; y otros finalmente, son duros y no se sujetan, ni rinden: por eso toman horror á este sagrado empleo, lo ejercitan con fastidio, y al fin lo dejan, ó lo continúan con poca asistencia. Pero oigan lo que dice San Agustin del enfado que sentimos cuando emprendiendo el instruir á los niños de tierna edad y de poca capacidad, nos es preciso repetir cien veces las mismas cosas: pues esto es lo mismo que el tedio que se siente en manejar frecuentemente las mismas materias con las mismas personas, y tal vez idiotas en el tribunal de la confesion: *Jam vero si usitata, & parvulis congruentia sæpe repetere fastidimus, congruamus eis per fraternum, paternum, maternumque amorem copulati cordi eorum, & etiam nova videbuntur. Tantum enim valet animi compatiens affectus, ut cum illi afficiuntur nobis loquentibus, & nos illis discentibus, habitemus in invicem; atque ita & illi, quæ audiunt, quasi loquantur in nobis; & nos in illis discamus quodammodo,*

quæ docemus. (1) Cuando te sientes fastidiado, dice el Santo, de repetir y manejar las mismas cosas, despierta en tí una caridad de padre y efecto tierno de madre. El amor unirá tu corazón con el de tu discípulo, y te hará como nuevas y agradables aquellas cosas de que te es preciso tantas veces tratar. El amor compasivo hace que nosotros habitemos en el ánimo de quien nos escucha, y que quien nos escucha habite en nosotros: así que á aquellos oyendo, les parece hablar en nosotros; y á nosotros enseñando, nos parece en cierto modo aprender en ellos. Prosigue despues. el Santo á explicar esto mismo con un ejemplo muy á propósito. Finge, dice, que te viene á encontrar un amigo muy querido de países lejanos. Tu le llevas por la ciudad: le muestras aquellos palacios, aquellas iglesias, aquellos jardines, aquellos prados, aquellos edificios que has visto mil veces, y que fuera de esta ocasion, no te dignarias de darles una ojeada: le hablas de aquellas cosas de que tienes ya cansada la mente, y sobre las cuales, fuera de semejante coyuntura, no emplearias un mínimo pensamiento; porque el amor que tienes al amigo y el deseo de darle gusto, te hace suaves y como nuevas aquellas cosas que para tí son antiquísimas. Así en nuestro caso: si el director tiene caridad con sus penitentes, el amor espiritual y santo le hará parecer nuevas las instrucciones, las reprehensiones, los consejos, los remedios y las industrias que pondrá, aunque las haya usado cien veces: nuevos le hará parecer los pecados, las imperfecciones y flaquezas de los penitentes, aunque las haya escuchado mil veces: ni se enfadará jamas de oír y decir las mismas cosas, por aquel color de novedad, y por aquel sabor de espiritualidad que á las tales cosas dará el santo amor.

351 En suma, es muy cierto, que para ejercitar bien y perseverar largamente en este santo ministerio, es menester que el sacerdote se llegue á él con un corazón muy encendido en caridad; porque en la realidad, *charitas benigna est, patiens est, omnia suffert, omnia sustinet.* (2) La caridad es benigna,

(1) S. Agust. lib. de catech. rud. c. 12. (2) I. Cor. 13. 4. 7.

es paciente; todo lo tolera, todo lo sufre y todo lo hace suave con una cierta innata dulzura. De estas entrañas de caridad estaba lleno S. Ambrosio, de quien cuenta Paulino en la historia de su vida, que oyendo las confesiones de los pecadores, prorumpia en tierno y deshecho llanto, que obligaba á los culpados á llorar con sus lágrimas; de manera, que parecia que no menos oprimian al Santo, que á los penitentes, los pecados de éstos: *quotiescumque illi aliquis, ad percipiendam pœnitentiam, lapsus suos confessus esset, ita flebat, ut & illum flere compelleret; videbatur etiam sibi cum jacente jacere.* De esta caridad ardia S. Ugon, Obispo de Grenoble, que al oír las confesiones lloraba tambien él desechamente por compasion de las faltas ajenas, y con su llanto provocaba las lágrimas de los penitentes. Y de sí mismo refiere Gualtero Celso, que confesándose con él, siendo mozo, le bañaba de manera la cabeza con sus lágrimas, que éstas le corrian como arroyos por las mejillas. Tenga el director una centella de esta caridad, y no hay que temer que se fastidie jamas de oír y repetir siempre unas mismas cosas, porque es siempre dulce y siempre nuevo lo que se hace con amor.

352 Sobre todo guárdese mucho de no echar jamas de sí á pecador alguno, por mal dispuesto que esté, con modos improprios y casi inhumanos, cerrándole con enfado la puerta del confesonario (como de algunos indiscretos suele tal vez practicarse), ó con palabras ásperas y ofensivas, diciéndole: anda, que estás condenado (como he entendido varias veces haberse practicado de otros.) Esta no es caridad, sino ira; no es celo, sino soberbia. Me ha quedado siempre altamente impreso en el ánimo lo que S. Dionisio Areopagita, discípulo del grande Apóstol de las gentes, escribe en una carta suya á cierto monge llamado Demofilo. Este monge habia despedido sin absolucion y con modos ásperos á un sacerdote, que postrado á sus pies se habia acusado de sus pecados. El Areopagita despues de haberle puesto delante de los ojos la benignidad de nuestro dulcísimo Redentor en correr tras de las ovejas perdidas y con-

ducirlas al rebaño sobre sus hombros, le reprende de esta manera: *ille quidem rogabat, seque medicinæ peccatorum causa venisse fatebatur; tu autem non modo non exhorruisti, insuper & bonum sacerdotem maledictis vexare cœpisti, miserum eum appellans.... Et ad extremum, exi, sacerdoti dixisti, cum tui similibus.* (1) Aquel te rogaba, le dice el Santo, protestándote que habia venido para hallar remedio á sus llagas. Y tú no solo no has tenido horror de arrojarle de tí, sino tambien atrevimiento de maltratarle con injurias, llamándole miserable. Y finalmente le has dicho, vete y anda con otros á tí semejantes. Despues añade estas notables palabras: *quodque nefas est, in adita ingressus & sancta sanctorum violasti.* Y lo que no se puede referir sin horror, despues de haber faltado tan gravemente á la caridad, entraste en el santuario y lo profanaste. De una reprension tan ácre, hecha de un santo tan autorizado, á quien habia ásperamente echado de sí á un pecador aprenda el director, cuán grande mal es éste y cuanto deba guardarse de caer en semejantes excesos. Cuando le suceda que llegue á sus pies alguna alma indispueta, procure disponerla con la debida caridad. No queriendo ella reducirse á verdadera penitencia, niéguele la absolucion; pero con el debido modo, mostrándole que hace esto, no por ira ni enfado, sino por necesidad; que lo hace con mucho sentimiento; y mostrándose pronto al mismo tiempo para acogerla con amor, siempre que vuelva reconocida, compungida y mejor dispuesta para recibir la gracia sacramental. En suma, vístase de entrañas de caridad; porque esto le ayudará, no solo para ejercitar este santo ministerio con suavidad, sino tambien con rectitud y sin defectos.

353 Algunos sacerdotes finalmente experimentando que el empleo de oír confesiones les sale trabajoso, mayormente si se ha de continuar por muchas horas, y que sienten cansancio de la cabeza y debilidad de fuerzas; se apartan poco á poco del peso de esta fatiga: y al fin, si pueden, sacuden totalmente de sí, el yugo de esta carga. Estos tomen ánimo para sufrir con

(1) S. Dion. epist. 8. ad Demoph.

voluntad las incomodidades de este gravoso ministerio, con pensar cuanto se fatigó, cuanto trabajó y cuanto padeció el Redentor; y cuanto sudor y sangre derramó por ganar nuestras almas. De aquí conciben un verdadero celo de cooperar tambien ellos á la salud de las almas, asegurándose de que asi como no hay cosa tan acepta á Jesucristo como ésta; asi no hay cosa que los pueda hacer mas agradables á sus ojos que ésta. Este santo celo despertará en sus corazones un santo ardor que los hará ágiles y prontos para la fatiga, y hará que desprecien todas las penas, todas las incomodidades y gravámenes que sea menester sufrir en este santo ejercicio. Hagan tambien reflexion, que si en escuchar por largo tiempo las confesiones padece un poco el cuerpo, toma mucho vigor el espíritu; porque en la práctica de este sagrado ministerio se ejercitan todas las virtudes. Se ejercita la caridad en sumo grado, ahora instruyendo, ahora aconsejando, ahora reprendiendo, ahora reduciendo las almas desviadas al camino de la salud, ahora conduciendo las buenas por la senda de la perfeccion. Se ejercita el celo de la honra de Dios, impidiendo sus ofensas. Se ejercita la mortificacion con vencer las repugnancias, que trae consigo semejante empleo de suyo muy pesado. Se ejercita la humildad, mientras vé la persona en otros lo que ella haría, si no estuviese asistida de la gracia de Dios. Se ejercita la paciencia con los rudos, la compasion con los flacos, la benignidad con los pecadores. En suma, puede un sacerdote con oír las confesiones mas que con cualquier otro ejercicio de espíritu, hacerse presto un gran santo. En estas ganancias espirituales tenga puestos los ojos el director, y de aquí tome ánimo y esfuerzo para soportar generosamente todas las fatigas y cargas de su ministerio; como hacen los mercaderes y los artifices, que de la esperanza de la paga y ganancia toman aliento para vencer el cansancio y persistir constantes en sus fatigas.

354. Estando para morir cierto maestro de teología, llamado Juan de Nivella, hombre verdaderamente apostólico entregado todo á ganar almas para Dios con la predicacion y con

la asistencia incansable al confesonario; llegó á su monasterio un hombre vagabundo, medio desnudo y todo hecho andrajos, haciendo instancia para confesarse con el dicho religioso. Los domésticos viendo que el dicho sacerdote estaba ya vecino á la muerte, le despidieron, diciéndole, que no estaba en estado de poderle oír la confesion. Advirtiéndole el moribundo, y ordenó que se llamase á aquel pobre, y con el poco aliento que le habia quedado le confesó, le absolvió, y dijo despues, que por mil escudos de oro no habria dejado de hacer la caridad de escuchar á aquel miserable; y pocas horas despues murió. Al mismo religioso años antes se le habia ofrecido un excelente médico á curarle á su costa de la enfermedad de la gota, de que era acerbamente atormentado, y de ponerle totalmente libre de este mal, como quisiese ponerse en cura por algun tiempo. Preguntóle el religioso, ¿qué quanto tiempo sería menester estar en su celda para curarse? Respondió el médico, que á lo menos tres meses. ¿Tres meses, replicó el religioso? Ni aun tres semanas tendria yo corazon de ocuparme en la cura de este miserable cuerpo, sin ganar almas que costaron á Jesucristo toda su sangre. Vístase el director de semejante celo, y le aseguro que no le parecerán graves las fatigas del confesonario, antes las tendrá por muy ligeras.

ARTICULO IX.

EL OCTAVO MEDIO PARA ADQUIRIR LA PERFECCION ES EL
EXAMEN COTIDIANO DE LA CONCIENCIA.

CAPITULO PRIMERO.

SE MUESTRA CON LA AUTORIDAD DE LOS SANTOS Padres, que el examen cotidiano de la conciencia es medio importantísimo para la perfeccion del cristiano.

355 **D**os son las confesiones con que puede el hombre espiritual borrar las culpas de que está manchada su conciencia; una es sacramental, que se hace á los pies del confesor; la

otra es solitaria, y se hace á solas entre el alma y Dios, sin intervencion de alguna persona, y se llama examen cotidiano de la conciencia; porque suele practicarse cada dia de aquellas personas que desean la pureza del corazon, y el adelantamiento en la perfeccion. En una y otra confesion se requiere la inquisicion de los pecados, y el arrepentimiento humilde y eficaz de no volver mas á cometerlos. En una y otra confesion debe intervenir la acusacion de sus culpas; en la primera á los oidos del confesor, y en la segunda á la presencia de Dios. Y si el arrepentimiento que concibe el alma en su solitaria confesion fuere de contricion, en ambas se perdonan los pecados y torna el alma á su antigua limpieza. Pero hay esta diferencia, que si la persona es rea de pecado mortal, está gravemente obligada á exponerlo en la confesion sacramental: de otra suerte volveria á estar en desgracia de Dios, por la transgresion de esta grave obligacion que Dios le impone. Mas si no se halla culpada de otra cosa que de faltas ligeras, debe tambien por consejo exponer éstas al sacerdote sacramentalmente; porque si aspira á la perfeccion, es necesario, como arriba dijimos, que haga esto para conseguir aquella mayor limpieza de conciencia, que mas que otra cosa la dispone al perfecto amor de Dios. No obstante esto, aquella confesion que el alma hace á solas con Dios tiene alguna ventaja que no tiene la confesion sacramental; porque la podemos hacer en todo tiempo, en toda hora y á nuestro arbitrio; lo que no sucede en el sacramento de la penitencia, que requiere sacerdote que lo administre, y tambien lugar y tiempos determinados. Habiendo hablado en el artículo precedente de la confesion sacramental que se hace con los ministros de la santa Iglesia, será oportuno que hable ahora de esta otra confesion que se hace sin ministro alguno en la presencia de Dios, y no es otra que el examen cotidiano de la conciencia por ser éste tambien un medio importantísimo para la pureza del corazon, y consecuentemente para la perfeccion, como mostraré en el presente capítulo con la autoridad de los Santos Padres, y en el siguiente con razones.

356 *Completo jam die*, dice S. Basilio, *omninoque opere cum corporis, tum spiritus etiam absoluto, preclare fiet, si diligenter unusquisque antequam cubitum eat, cum animo suo conscientiam suam exquirat.* (1) -Al fin del día, dice el Santo, cumplidas ya todas las obras que pertenecen al cuerpo y al espíritu, debe cada uno antes de echarse á dormir examinar con ánimo atento la propia conciencia, para hallar todas las culpas cometidas en aquel día. S. Efrén, antiquísimo entre los Santos Padres, explica esto con la paridad de un negociante, el cual mañana y tarde ajusta sus cuentas: y porque desea que sus negociaciones caminen prosperamente, examina diligentemente cuál sea la ganancia, y cuál la pérdida de su mercancía. Así, dice el Santo, si nosotros deseamos adelantar en la perfeccion cristiana, debemos mañana y tarde considerar como proceden nuestros negocios, y nuestras espirituales negociaciones con Dios: *diebus singulis, vespere, & mane diligenter considera, quo pacto se habeat negotiatio tua, ac mercimonii ratio.* (2) Descendiendo despues en particular, dice, que á la tarde entrando en el retrete de tu corazon, debes examinarte á tí mismo, diciéndote: ¿he ofendido acaso yo hoy á mi Dios? ¿He dicho alguna palabra ociosa? ¿He dejado por negligencia ó por desprecio de hacer algun bien? ¿He disgustado en alguna cosa á mi prójimo? ¿He puesto mi lengua en la fama de otros &c.? *vespere quidem ingressus in cubiculum cordis tui, examina te ipsum & dicit: putasne hodie in aliquo Deum exacerbavi? Numquid verba otiosa protuli? Num per contemptum negligentiamque peccavi? Num in re aliqua fratrem irritavi? Num alicujus famam detractionibus laceravi &c.* A la mañana examina tambien como ha ido tu mercancía y tu ganancia espiritual en la noche precedente. ¿He tenido yo algun pensamiento malo? Me he detenido algo en él? &c. *facto jam diluculo; rursus eadem tecum meditare & dicit: quomodo putas, ista mihi nox præterit? Lucratus sum in ea mercimonium meum? Numquid improbæ & sordidæ cogitationes*

(1) S. Basil. serm. 1. de Institut. Monach.

(2) S. Ephr. tom. 3. serm. ascet. de vit. Relig.

invaserunt me, atque illis libenter immoratus sum? &c. Finalmente concluye, que hallando algun pecado ó falta, lo debo borrar con el arrepentimiento y lavarlo con las lágrimas de contricion.

357 ¿Habeis observado alguna vez el cuidado y diligencia con que procede un padre de familia acerca del gobierno de su hacienda? Llama á sí cada dia á su mayordomo ó criado, le pregunta de los gastos que ha hecho, le pide exacta cuenta. Despues examina diligentemente los mismos gastos, si son superfluos, si son exorbitantes, ó bien escasos, y si falta algo, para que ni sobre, ni falte lo necesario á la conveniente provision de la familia. Así debemos hacer tambien nosotros en el régimen de nosotros mismos. En el pequeño mundo que tenemos dentro de nosotros, la razon es el señor que manda: las potencias y los sentidos son sus ministros y criados, que le deben estar obedientes y sujetos. Llame, pues, cada dia la razon á las potencias á dar cuenta de sus operaciones; llame al entendimiento á dar cuenta de sus pensamientos, y exámine, si éstos han sido vanos, soberbios, iracundos, deshonestos, ó ajenos de la fraterna caridad; y si en ellos se ha detenido ó voluntariamente, ó con negligencia: llame á dar cuentas á la voluntad, y hágasela dar de sus defectos, si han sido pecaminosos ó imperfectos, y si les ha dado algun consentimiento: llame á cuentas á todos los sentidos; y pregunte á los ojos, cuales han sido sus miradas, si curiosas, si inmodestas, si libres, si licenciosas. Pregunte á la lengua, cuales han sido sus palabras, si ofensivas, si inmodestas, si enojosas, si ociosas, si contrarias á la caridad. A los oidos al tacto, al paladar, á las manos, pídale exacta cuenta de todas sus acciones. Despues corrija con un vivo arrepentimiento todo aquello que hállare desordenado y pecaminoso, y vuelva á ordenarlo todo con un resuelto y constante propósito de la enmienda. De esta manera, examinando cada dia la razon todas las operaciones del hombre, dará á todas un justo y recto reglamento, y hará que camine con expedicion, con presteza y con seguridad á su perfeccion. Todo esto es una paridad tomada de San Juan Crisóstomo, el cuál con ella nos muestra la

importancia que hay de examen cotidiano, y nos exhorta á practicarlo: (1) *idem facere oportet in peccatis, quod in pecuniarum sumptibus. Statim cum surreximus á lecto priusquam progrediamur in forum, vel priusquam aggrediamur opus vel privatum, vel publicum, vocato ministro, rationem sumptuum petimus, ut sciamus, quidnam male, quid bene expenderit.... Faciamus igitur hoc & in operibus nostris, vocata conscientia nostra. Faciamus similiter rationem verborum, operum, cogitationum; & scrutemur, quid utiliter insumptum sit, & quid in perniciem nostram. Quis sermo male expensus in convicia, in sales, in turpiloquia; quæ concupiscentia oculorum in intemperantiam provocavit: quæ cogitatio cum damno nostro in opus prodierit, vel per manus, vel per linguam, vel per cogitationes ipsas.*

358 San Gregorio dice, que quien no examina cada dia lo que hace, lo que dice y lo que piensa, no está presente á sí mismo, esto es, vive á lo tonto; y por consiguiente vive totalmente olvidado de su perfeccion: *quisque vitæ suæ custodiam negligit, discutere quæ agit, quæ loquitur, quæ cogitat, aut despicit, aut nescit; coram se ipse non ambulat; quia qualis sit in suis moribus, vel in actibus ignorat. Nec sibimetipsi præsens est, qui semetipsum quotidie exquirere, aut cognoscere sollicitus non est.* (2) S. Bernardo nos asegura, que examinándonos mañana y noche, y prescribiéndonos á nosotros mismos por la mañana y por la tarde la norma de vivir, jamas haremos algun desorden: *mané præteritæ noctis fac á temetipso exactionem & venturæ diei tibi indicito cautionem. Sic districto nequaquam tibi aliquando lascivire vacabit.* (3) Y para no ser enfadado al pio lector con la multiplicidad de los textos, diré solamente que S. Dorotéo, bien que antiguo entre los Santos Padres, proponiendo el examen de la conciencia como medio aptísimo para conservar el alma pura y limpia, dice, que este documento lo habian ellos recibido de sus padres y mayores. Así que se vé claramente, que desde los primeros siglos de la Iglesia han re-

(1) S. Chrysos. serm. de Penit. & Confes.
3) S. Bern. Ad. frat. de mont. Dei.

(2) S. Greg. hom. 4. in Ezech.

conocido los santos el examen cotidiano como uno de los medios mas eficaces para adquirir presto la pureza del corazon, y por medio de ella la perfeccion cristiana: *quo pacto per singulos dies nosmetipsos purgare & propemodum expiare debeamus, exactissime docuerunt majores & patres nostri: nempe ut vesperi sedulo quisque perquirat & investiget, quomodo pertransierit diem illum. Rursus mane examinet, quomodo exegerit noctem illam; & poenitentiam agat, & resipiscat cum Deo.* (1)

359. Los santos no solamente nos han encomendado con su doctrina este examen de conciencia; sino que tambien nos han estimulado con sus ejemplos á practicarlo incansablemente; pues con dificultad se hallará algun santo confesor, que no se haya servido de este medio, como de escala para subir á la cumbre de la perfeccion. San Ignacio de Loyola (2) no contento de examinarse dos veces al dia, conforme la enseñanza de los Padres antiguos, no dejaba pasar hora del dia en que no se recogiese dentro de sí mismo, y averiguase menudamente cuanto habia dicho, pensando, y obrado en aquel breve espacio de tiempo, arrepintiéndose de cualquier átomo de falta que descubriese con la vista purísima de su mente, y fortaleciendo el espíritu con nuevos propósitos de pasar en mejor forma la hora siguiente. Ni sabia entender como se pudiese aspirar á la santidad, sin estar siempre velando sobre el propio corazon, examinando todo su modo de proceder. Y asi hubo quien despues de haber observado diligentísimamente todo el tenor de su vida, llegó á decir, que la vida de Ignacio era un perpétuo examen de su conciencia. No quiero dejar á este propósito de referir un acto de admiracion que hizo el Santo, digno de mayor maravilla; y fué, que encontrándose con cierto Padre, le preguntó familiarmente, ¿cuantas veces se habia recogido dentro de sí mismo para examinarse hasta aquella hora? Siete veces, respondió el Padre. ¡Oh! y qué poco! replicó el Santo, atónito por la admiracion. Y sin embargo, cuando sucedió esto, no habia aun llegado la noche, sino que faltaban aun algunas horas

(1) S. Doroth. doc. 11 de vita recte & pie instit.

(2) Notari la vit. c. 24.

del día. La misma costumbre de examinarse cada hora, tenia tambien S. Francisco de Borja: y aun S. Doroteo lo aconseja á las personas espirituales, como cosa muy provechosa: *sane cum admodum delinquamus, obliviscamurque delicta nostra, opus est nobis ad horas diligenti examinatione; quo pacto scilicet ambulemus id momenti & temporis, & in quo deliquissemus.* De esto quiero inferir, que habiéndonos inculcado tanto los santos este examen cotidiano, y habiéndolo practicado en sí mismos con tanta continuacion, ha de ser un medio muy necesario para llegar á la perfeccion.

CAPITULO II.

SE DAN LAS RAZONES POR QUE LOS SANTOS reputan por tan necesario para la perfeccion este examen cotidiano.

360 La razon principal por que los santos nos inculcan con tanto empeño que velemos sobre nuestras acciones con el examen de cada dia, se funda en la corrupcion de nuestra naturaleza originada del pecado de nuestro primer padre, por el cual vuelven á brotar siempre en nosotros los mismos defectos, renacer las mismas culpas y á encenderse las mismas pasiones; y por lo mismo es necesario observar, á lo menos una vez al dia, cuales son estos viciosos renuevos que brotan en nuestro corazon, para cortarlos en el hierro de una verdadera contricion. ¿No seria necio aquel jardinero, que despues de haber arrancado del terreno las yerbas nocivas, no cuidase mas de limpiarlo? Es cierto que sí; porque la tierra vuelve siempre á producir plantas malignas y dañosas al buen cultivo. ¿No debería llamarse mentecato aquel viñador, que despues de haber cortado una vez las ramas supérfluas de los árboles y los sarmientos inútiles de las cepas, no quisiese jamas volver á podar? Tal ciertamente se debería llamar; porque los árboles y las cepas tornan siempre á viciarse con la pompa de los tallos, de las ramas y de las hojas. Asi tambien se debería llamar ne-

ció aquel cristiano, que despues de haber arrancado del alma con alguna buena confesion los brotes pésimos de sus culpas y cortado la superfluidad dañosa de sus defectos, no quisiese despues con un exacto examen de conciencia volver cada dia de nuevo á cortar, arrancar y podar; sabiendo que cada dia vuelve á renacer alguna mala yerba, torna á brotar alguna rama de pecado; y torna á avivarse alguna pasion: y que sin esta podadura continua, el hermoso jardin del alma vendria á ser un horrible espinal de culpas. Oigase como habla S. Bernardo sobre este punto: *quis enim ita ad unguem omnia à se superflua resecurit, ut nihil se habere putet putatione dignum? Credite mihi, & putata repullulant, & effugata redeunt, & reaccendantur extincta, & sopita denuo excitantur. Parum est ergo semel putasse, sæpe pulandum est, imo si fieri potest semper; quia semper quod putari oporteat, si non dissimulas, invenis. (1)* ¿Quién hay en este mundo, dice el Melifluo, que haya cortado tan perfectamente de sí todas las cosas vanas y superfluas, que no tenga necesidad de cortar ni podar de nuevo? Creedme, los males cortados vuelven á brotar; ahuyentados tornan; apagados se vuelven á encender; y dormidos tornan nuevamente á despertarse. Es poco haberlos cortado una sola vez, es menester podarlos frecuentemente, y si es posible, siempre se deben podar; porque siempre, si no quieres cegarte, hallarás en ti materia digna de cortarse. Asi el Santo, y despues añade: mientras vives en este cuerpo mortal, por mas que hagas, por mas que trabajes para aprovechar en el espiritu, te engañas si crees que tus vicios estan muertos, dejandolos solamente mortificados: *quantumlibet in hoc corpore manens profeceris, erras, si vitia putas emortua & non magis suppressa.* Y por eso es menester no fiarse, sino volver cada dia á velar sobre ellos con nuevos exámenes, y abatirlos con nuevos golpes de contricion.

361 Si un Rey supiese de cierto, que dentro de los confines de su reino estaban escondidos sus enemigos en los bosques y selvas, ¿dejaria de hacer una exactisima inquisicion pa-

(1) S. Bern. in Cant. serm. 52.

ra buscarlos? Y despues de hallados, los dejaria vivir impunemente? No ciertamente: los buscaria con sumo cuidado; y despues de haberlos descubierto, los pasaria á todos por el filo de la espada, y haria de ellos una cruel carnicería. Sepas, prosigue S. Bernardo, que hay dentro de tí un enemigo que se puede vencer y sujetar; pero no se puede acabar, ni exterminar. Quieras que no quieras, vivirá siempre contigo, y te hará siempre cruda guerra. ¿Cuál es este tu gran enemigo mortal, ó por mejor decir, estos tus enemigos, que no pueden morir jamas sino con tu muerte? Vélos aqui: tus pasiones, tus vicios y las faltas que de ellos suelen nacer: *intra fines tuos habitat Sibusatus: subjugari potest; sed non exterminari*. Anda, pues, en busca de ellos todos los dias con el examen de la conciencia: y despues de haberlos descubierto con una diligente averiguacion, hiérelos con la espada del dolor, abátelos con la constancia de los propósitos para que queden, si no totalmente muertos (ya que esto no es posible), á lo menos sin fuerzas y mortificados, y no te sean de impedimento para los progresos de tu perfeccion.

362 Decidme: ¿se halló jamas algun artífice que formase una nave de una construccion tan fuerte, que á los topes y empellones de las olas, y á los fuertes golpes de las tempestades jamas se hiciese la mas pequeña abertura? Me respondereis que no; porque la nave es un cuerpo compuesto de tantos maderos, de tantas tablas, de tantas vigas unidas entre sí, que golpeada á cada hora de los vientos y marejadas, no es posible que al fin no se haga alguna pequeña abertura. ¿Pues que remedio hay para que la miserable nave bebiendo el agua, aunque sea gota á gota, no se hunda al fin, y vaya á perecer sumergida en lo profundo del mar? Vedlo aqui: dar á menudo á la bomba, y estar sacando frecuentemente el agua del fondo de la nave. Pues así el hombre en este mar de miserias en que está forzado vivir á manera de nave fragil, está compuesto de potencias flacas, de sentidos débiles, de pasiones deleznable: ni es posible que á los impulsos de tantas tentaciones, á los encuentros de tantas ocasiones y peligros no padezca alguna rotura por don-

de entren en su alma á los menos pecados pequeños y culpas ligeras, las cuales multiplicadas podrian con el progreso del tiempo llevarle al naufragio de la culpa mortal; ó á lo menos le impedirian seguramente el arribo al puerto de la deseada perfeccion. ¿Qué se deberá, pues, hacer para impedir tan grande mal como podria originarse poco á poco? Veislo aqui: sacar todos los dias fuera de la conciencia los pecados que se cometen con un diligente examen: arrojarlos con la contricion: cerrar las aberturas que se van haciendo en el alma con firmes propósitos y constantes resoluciones. El pensamiento es tomado de San Agustin: (1) *non contemnantur vel minora (scilicet peccata). Per angustas rimulas navis insudat aqua, impletur sentina: si contemnatur sentina, mergitur navis. Sed non cessatur à nauticis ambulant, manus ambulant ut quotidie sentinae exhaustantur. Sic & tuæ manus ambulent, ut quotidie sentines.* En el fondo de nuestra alma entran cada dia aguas turbias de pecados ligeros. Quien no quiere perecer, dice Agustino, vacie cada dia á ejemplo de los marineros, la sentina de su alma con un diligente y doloroso examen de conciencia.

363 De esta razon descende otra, con que se prueba con evidencia, que sin este examen de conciencia no se puede adquirir la perfeccion; porque si es verdad lo que hasta ahora hemos mostrado, que sin esta cotidiana averiguacion no pueden arrancarse de nuestra alma los vicios, los pecados y las faltas á que está inclinada: es tambien manifiesto que sin examen tampoco pueden crecer las virtudes, y mucho menos puede brotar en nuestro corazon la hermosa flor de la divina caridad. Para que el grano crezca en los campos es menester arrancar primero la maleza y las espinas; es menester limpiarlos antes de las piedras que los embarazan; porque de otra suerte, como dice Cristo, aquellas sufocarán las semillas, y éstas les quitarán el humor necesario: *& aliud cecidit super petram. Natum aruit, quia non habebat humorem.* (2) Asi no puede nacer el grano escogido de la virtud, y florecer despues en el campo

(1) S. Aug. hom. 42. quinquag. hom. c. 9. (2) Luc. 8. 6.

de nuestro corazon, si antes no están extirpadas las raíces de los vicios y de las pasiones nocivas; y si antes no están quitadas aquellas culpas que poco á poco lo endurecen y lo vuelven como una piedra. Declara todo esto maravillosamente el dulcísimo S. Bernardo: *non potest virtus pariter crescere, ergo ut illa vigeat, ista crescere non sinantur. Tolle superflua, ut salubria surgant. Utilitati accedit quidquid cupiditati demis. Demus operam putationi.* (1) La virtud, dice el Santo, no puede crecer en compañía de los vicios. Para que florezca aquella, háganse pudrir éstos. Quitá todo lo que es supérfluo y vicioso, y luego nacerá lo que es saludable y virtuoso. Saldrá útil y ventajoso al espíritu todo lo que quitares á tu codicia. Atendamos, pues, concluye el Santo, á podar con diligentes exámenes los malos brotes de las culpas, de los vicios y de los defectos, si deseamos que en el huerto de nuestra alma crezcan las flores de todas las virtudes: *demus operam putationi.*

364 S. Agustin hablando en especie de la caridad, que como otras veces hemos dicho, es el jugo de nuestra perfeccion, dice con aseveracion, que ésta crecerá á proporcion de lo que se disminuyere en nosotros la codicia de nuestras malas pasiones: y que en aquel será perfecta la caridad en quien estuviere apagada y extinguida toda codicia: *augmentum enim charitatis est diminutio cupiditatis; perfectio vero, nulla cupiditas.* Asi como en un vaso que está lleno de agua, cuanto mas se saca de ésta, tanto mas se llena de aire, y entonces está totalmente lleno de éste, cuando está del todo vacío de aquella; asi cuanto mas nuestro corazon, dice S. Agustin, se vacía de toda codicia, tanto mas se llena del divino amor; y entonces solamente está totalmente lleno de amor, cuando está del todo vacío de toda imperfecta inclinacion. La razon de esto la dá S. Pablo en aquellas palabras: *finis præcepti est charitas de corde puro, & conscientio bona, & fide non ficta.* (2) El fin de todos los preceptos, y por consiguiente el complemento de nuestra perfeccion, es la caridad. Mas ésta, dice el Apostol, es una flor que

(1) S. Bern. serm. 48. in Cant. (2) 1. ad Tim. 1. 5.

solo nace en los corazones puros y en las conciencias limpias, que están bien purificadas de toda mala concupiscencia: *de corde puro, & conscientia bona*. Para reducir el corazón á una tal limpieza, yo no creo que pueda haber mejor medio que atender á purificarlo con frecuentes exámenes, á limpiarlo con el dolor de nuestras faltas, á fortalecerlo con firmes propósitos de no admitir fealdad alguna, y no dejar pasar jamás algun día sin darle este cultivo: atienda á este santo ejercicio de examinarse frecuentemente quien desea que nazcan en su corazón rosas vermejas de caridad, lirios de pureza, violas de humildad y de penitencia, y las flores de todas las virtudes con que quede adornado, hermoso y perfecto; de manera que descienda á recrearse en él, como en ameno jardín, el Rey del cielo.

365 Ni le parecerá que hace mucho, empleando cada día algun espacio de tiempo en semejantes exámenes y cultivo de su espíritu, si hace reflexion que aun los filósofos antiguos, aunque gentiles, tuvieron por necesarios estos exámenes cotidianos para la mejora de su propia vida, y muy de propósito se ejercitaron en ellos. Pitágoras los prescribió á sus discípulos: por lo cual muchos de sus secuaces tuvieron la costumbre de practicarlo todas las noches con sumo cuidado. Ciceron cuenta de sí, que cada noche se examinaba de lo que habia dicho, oído y obrado en aquel día: *Pythagoreorum more, exercendæ memoriæ gratia, quid quotidie dixerim, audierim, egerim, commemoro vesperî*. (1) Séneca confiesa de sí, que todas las noches hacia esta averiguacion sobre sus acciones. A la noche, dice, despues que se ha apagado la luz en mi cuarto, y despues que mi consorte, sabedora de mi costumbre, se ha puesto en silencio, examino todo el pasado día, pienso cuanto he hecho y cuanto he dicho; nada encubro á mí mismo: todo lo voy repasando. Despues hallando que he cometido algun yerro, digo á mí mismo: esta vez te lo perdono; pero mira que no caigas mas: *utor hac potestate, & quotidie apud me causam dico. Cum ablatum est è conspectu lumen, & contieuit uxor mo-*

(1) Cicer. de Sent.

ris jam mei conscia, totum diem mecum scrutor, facta & dicta mea remetior. Nihil mihi abscondo: nihil transeo. Quare enim quidquam ex erroribus meis timeam, cum possim mihi ipsi dicere: vide, ne istud amplius facias: nunc tibi ignosco. (1) Si los gentiles movidos del amor de la filosofia usaban diariamente semejantes exámenes; ¿cuánto mas los deberán practicar los cristianos por el deseo de agradar á Dios con la pureza del corazon, por el deseo de conseguir la perfeccion sobrenatural, y de llegar á la posesion de aquellos bienes incomparables que para los perfectos están prevenidos allá arriba entre las estrellas?

366 Quiero traer otra razon, que quanto mas desconocida fué á los filósofos antiguos, tanto mas sabida debe ser de nosotros que tenemos la luz de la fé: y es, que examinándonos á menudo, no superficialmente, sino con cuidado y con espíritu interior de contricion, nos libramos del severo y rigoroso juicio que se debe hacer de nosotros en el tribunal de Dios. Porque dice el Apostol, que si nos juzgásemos á nosotros mismos, no seremos juzgados de Dios: *quod si nosmetipsos judicaremus, non utique judicaremur.* (2) Cornelio Alapide explica así á mi propósito estas palabras: *quod si nosmetipsos judicaremus, probaremus, examinaremus, discuteremus, ut si quid peccati inveniamus, illud contritione & confessione expiemus: non utique judicaremur: non in judicio divino puniremur.* El sentido de aquellas palabras, dice Cornelio, es este: si nosotros nos examinásemos y escudriñásemos nuestra conciencia, y hallando pecados los lavásemos con lagrimas de contricion, no seremos juzgados de Dios; esto es; no seremos castigados de él en su tremendo juicio.

367 Supuesto esto, piense un poco seriamente el lector, cuán terrible será el juicio de Dios; cuán rigoroso el examen que se hará de sus culpas; cuan inexorable el Juez; cuan severa la pena que le será prescrita por sentencia definitiva: y le aseguro que le nacerá en el corazon el deseo de examinarse cada dia, y aun muchas veces al dia, para no caer en un juicio tan

(1) Senec. de Ira. (2) 1. Cor. 11. 31.

formidable. Un religioso de buena vida apareció despues de muerto á otro religioso amigo suyo, vestido de luto y cubierto el rostro de sombras tristes y melancólicas. Preguntóle el amigo, ¿por qué se le aparecia en tan funesto semblante? Respondióle el difunto estas palabras: *nemo credit, nemo credit, nemo credit*. Ninguno lo creyera, ninguno lo creyera, ninguno lo creyera. ¿Y qué cosa es esta, replicó el amigo, tan increíble? *Quam districte judicet Deus*, respondió el difunto, *& quam severe puniat*. Lo que ninguno llegará jamás á creer, es, con cuan grande rigor juzga Dios, y con cuanta severidad castiga. Dicho esto, desapareció, dejando al amigo por el horror mas muerto que vivo. (1)

368 De los rigores de este examen que se ha de hacer en el divino tribunal, quiso el Señor que probase una muestra Santa María Magdalena de Pazzis, cuando vivia aun en esta carne mortal, para dejarnos por su medio un ejemplo de grande temor. (2) Habiéndose puesto la Santa de rodillas una noche para hacer el examen de conciencia sobre las faltas que habia cometido aquel dia, fué subitamente arrebatada en éxtasis, y llevada á la presencia de Dios, donde el Señor con un rayo de su purísima luz le hizo penetrar tan vivamente la malicia de todas sus faltas, que se horrorizó no solo ella, sino tambien cuantos la estaban oyendo hablar en aquella enagenacion de mente. El primer pecado de que se acusó, fué, que al despertar por la mañana, no habia enderezado inmediatamente á Dios el primer pensamiento, sino que habia pensado en despertar puntualmente las monjas, para que estuviesen prontas para las alabanzas de Dios, temiendo que ya fuese tarde. En esta falta que á nosotros nos pareceria un acto de celo santo, reconoció tan grande mal, que pedia misericordia al Señor, y protestaba que no la merecia; sino antes mil infiernos. Despues se acusó que estando en el coro, en vez de estar toda sumergida en las alabanzas de Dios, habia sentido alguna pena en ver si faltaba

(1) Doct. Jac de Paradisa lib. de pec. mental. et crimini.
(2) Vincent. Puccini in ejus vita c. 76.

en hacer las debidas inclinaciones, y otras ceremonias eclesiásticas. De esto, que de nosotros seria juzgado por celo del honor divino, pedia tambien misericordia como de grave exceso. Luego se acusó (como en aquel mismo dia se habia acusado en la confesion) de haber reprendido á una de sus novicias con un modo poco manso y dulce; de lo cual pedia perdon á Dios, y para alcanzarlo ponía por medianeros los méritos de su santísima pasion. En aquel mismo dia, mientras estaba hablando la Santa con una tia suya en el locutorio, fué violentamente arrebatada de Dios fuera de sus sentidos. Sintiendo ella el movimiento interior del Espíritu Santo, hizo señal á las monjas, para que la sacasen de allí, por temor de no ser vista de aquella muger secular enagenada de sus sentidos; pero las monjas no entendieron lo que con aquellas señales les quiso significar: por lo cual se siguió el éxtasis en aquella publicidad, sin que ella lo pudiese estorbar. De esta accion, en que no sabriamos hallar nosotros sombra de defecto, se acusó ella amargamente, lamándola grande hipocresia, con que habia mostrado ser la que no era; pidiendo á Dios misericordia, y protestando que si la hubiera echado al infierno habria merecido estar bajo de los pies de Judas. Prosiguio acusándose de otras ligerísimas faltas con semejantes expresiones de contricion. Y finalmente concluyó su examen de la manera que haria un adúltero y un homicida contrito, que de sus graves excesos se sintiese impelido á desconfiar de la bondad de Dios, diciendo así: «¡O Dios mio! Yo »te he ofendido tanto en este dia: no quiero hacerte ya la última ofensa, que seria no confiar en Vos y en vuestra misericordia. Sé bien, Señor, que no merezco perdon; pero la sangre »que habeis derramado por mí, me hace esperar en Vos que »me habeis de perdonar.» Otra vez hizo Dios ver en un éxtasis á esta Santa todos los defectos que habia cometido en su vida pasada. Mirándolos ella lloraba deshechamente y exclamaba: *de buena gana iria al infierno si yo pudiese hacer, que jamas te hubiese ofendido, mi Dios.* Sin embargo todos saben cuan grande fuese la pureza con que vivió esta Santa desde los años de

su puericia. Tanto crecen en peso las culpas, cuando Dios toma el hacer por sí mismo el examen, y el hacerlas ver al alma en su propia figura. ¿Qué será, pues, de nosotros en el tribunal de Dios, cuando veremos nuestros pecados con mas claridad y con mayor penetracion de lo que veia la Santa sus pequeñas faltas? Ya que las almas separadas del cuerpo miran las cosas de otra manera, ¿por qué no las miran las que estan aun envueltas entre los velos de los sentidos? ¿Qué temor, qué horror será aquel! Yo creo ciertamente que si entonces fuésemos capaces de morir, moriríamos mil veces del espanto á vista de nuestras culpas. ¿Pues qué remedio hay aquí? Yo no halle otro que acojernos al consejo del Apóstol: *si nosmetipsos dijudicaremus, non utique judicaremur*. Hacernos ahora jueces de nosotros mismos; llamar á lo menos una vez al dia á nuestras conciencias para tomar cuentas; averiguar atentamente toda su conducta; examinarlas con ojos criticos y delicados; y hallando alguna falta, borrarla con actos de verdadera contricion, y procurar la enmienda con eficaces propósitos, acordándonos del dicho de S. Agustín, que Dios gusta de perdonar á quien con humilde arrepentimiento le confiesa sus yerros; de no juzgar con severidad á quien se juzga á sí mismo con contricion: *amat Deus confidentibus parcere, & eos, qui se judicant, non judicare*.

CAPITULO III.

SE EXPLICAN LAS PARTES QUE DEBE TENER EL examen cotidiano de la conciencia.

369 **C**inco partes debe tener este devoto ejercicio segun la instruccion que nos da S. Ignacio en sus ejercicios. En primer lugar, puesta el alma en la presencia de Dios con un acto de fé y de profunda adoracion le dé gracias por todos los beneficios que ha recibido de su beneficencia y especialmente en aquel dia. Nos avisa S. Bernardo, que es menester guardarse mucho de no ser tardos y perezosos en dar á Dios las debidas

gracias por los favores que nos hace; porque es ley de gratitud, que de cualquier don, sea grande, sea pequeño, ó sea mediano, se den los debidos agradecimientos al dador de todo bien: *disce in referendo gratiam non esse tardus, aut segnis: disce ad singula dona gratias agere. Diligenter considera, quæ tibi apponuntur, ut nulla videlicet Dei dona debita gratiarum actione frustrentur, non grandia, non mediocria, non pusilla.* (1) Ni para hacer esto hay tiempo mas oportuno que el del examen de conciencia en que el alma hace las cuentas con Dios, y examina lo que de su Magestad ha recibido, y lo que en aquel dia le ha retornado. Tanto mas, que con la gratitud de la accion de gracias, se dispone ya el alma al arrepentimiento que despues se ha de seguir de las ingratitudes de sus pecados.

370 Lo segundo pida á Dios luz para conocer sus culpas y sus defectos. Esta peticion es necesaria, porque como dice S. Gregorio, el amor propio nos lisonjea y nos oscurece los ojos de la mente para que no veamos nuestras faltas, ó no las miremos por entero y las tengamos por menores de lo que son: *multa sunt peccata, quæ committimus: sed idcirco gravia nobis non videntur, quia privato nos amore diligentes, clausis nobis oculis in nostra deceptione blandimur. Et scimus, quia vehementer claudit oculum cordis privatus amor.* (2) Y por eso importa mucho pedir á Dios luz que disipe de nuestras mentes estas oscuridades que el amor propio ha engendrado, para que podamos discernir con vista interior, clara y limpia, todas las culpas con que estamos manchados, y penetrar y ponderar su malicia como conviene. Mucho mas, que faltando este conocimiento, faltaria tambien el arrepentimiento de los pecados; porque como dice el mismo S. Gregorio, no dá Dios la gracia de la contricion, sin haber mostrado antes al alma con un prévio conocimiento la gravedad de sus culpas: *compunctionis gratia menti non infunditur, nisi prius ipsa ei peccati magnitudo monstretur.* (3)

(1) S. Bern. serm. 51. in Cant.
(2) Id. lib. 5. in 1. Reg. c. 11.

(2) S. Greg. hom. 4 in Ezech.

374 Lo tercero haga una diligente averiguacion y pesquisa de todos los pecados é imperfecciones que ha cometido en aquel dia ó la noche antecedente. Levanta tribunal, dice S. Agustin, dentro de tí mismo, y forma proceso de la vida hecha en todo aquel dia. Tus pensamientos vayan en busca de tus pecados, y sean acusadores de ellos delante de Dios. Tu conciencia sea el testigo de que los has cometido. El temor y el amor de Dios sea el verdugo que los mate con el arrepentimiento: *ascendat homo adversum se tribunal mentis suce... Et constituto in corde iudicio, adsit accusatrix cognitio, testis conscientia, carnifex timor.* (1) Este juicio despues, al contrario de los juicios terrenos que de ordinario van á finalizarse con la condenacion del reo, irá siempre á parar en la remision y perdon de tus culpas. Pero para conseguir éste, es menester, dice S. Juan Crisóstomo, que el proceso que hicieres contra tí mismo esté formado con grande exactitud. Es menester que te examines diligentemente de todos los pensamientos que te han pasado por la mente; de todas las palabras que te han salido de la boca; y de todas las obras que has hecho; y para hacer esto no hay tiempo mejor que el de la noche antes de echarse á dormir: *quando occubueris supra stratum tuum, & neminem infestum patieris, antequam veniat tibi somnus profer in medium codicem conscientiam tuam, & reminiscere peccata tua, si quid in verbo, seu in facto, seu in cognitione peccasti.* (2) Pero advierte, dice el mismo Santo, que este examen no se ha de hacer á bulto y por mayor, despreciando las culpas pequeñas, y haciendo poco caso de ellas; sino que de éstas te has de pedir tambien estrecha cuenta; porque éste es el modo de cautelarte de los delitos mayores: *ut aque lectum, atque quietem petitarus hoc iudicium in eas... Nec res parvas contemnas; sed magnas etiam earum rationes repete. Hoc modo magna facilius evitabis delicta.* (3) Lo cual deben observar con modo particular aquellas personas que han hecho algun progreso en el

(1) S. Aug. hom. 40. ex 50. hom. c. 6. (2) S. Chrys. in Psal. 50. hom. 2.

(3) Idem hom. 43. in Matth.

camino de la perfeccion, de quienes puede creerse que estén ya en la clase de los que aprovechan y de los perfectos; porque en estas personas cualquiera falta es de mas peso; y como dice S. Isidoro, lo que en un principiante se puede decir culpa ligera y de poco caso, no se puede decir pecado ligero en quien se ha adelantado ya en la perfeccion; sino que en estos toda culpa debe reputarse grave: *peccata, quae incipientibus levia sunt, perfectis viris gravia reputantur: tanto enim majus cognoscitur esse peccatum, quanto major, qui peccat habetur. Crescit enim delicti cumulus juxta ordinem meritorum; & saepe quod minoribus ignoscitur, majoribus imputatur.* (1) Si un discipulo comete un barbarismo merece compasion; pero no la merece si lo comete el maestro; porque éste debe ser perfecto ó casi perfecto en su arte. Lo mismo se ha de decir de las personas espirituales; y por eso deben éstas proceder en sus exámenes con ojos atentos y delicados, haciendo caso de cualquier defecto, y no juzgando por ligera cosa alguna para su estado, como dice S. Isidoro.

372 Lo cuarto, acabado el examen, hágase el acto de dolor y contricion sobre las faltas cometidas. Si hallas, dice San Juan Crisóstomo, que en el discurso del dia has hecho alguna buena obra, rinde á Dios afectuosas gracias, porque es dón suyo. Mas si encuentras culpas y pecados, bórralos con el arrepentimiento y lagrimas: *expendimus diem, ò anima. Quid boni fecimus? Quid mali operati sumus? Si quid boni fecisti, gratias age Deo; si quid mali de cætero ne facias, & reminiscens peccatorum tuorum, effunde lacrymas; & poteris in lectulo tuo positus ea delere.* (2) Pero este dolor debe ser cuanto sea posible, intimo y lleno de interior confusion y humildad, como se ha dicho tambien en el precedente artículo hablando de la confession. Debe el alma, reconociendo sus faltas y sus infidelidades con Dios, presentarsele delante á manera de un hijo malo é ingrato delante de su padre amoroso; y usando de las palabras de S. Bernardo, decirle con interno rubor: *quam fronte at-*

(1) S. Isid. lib. 21. de sum. bono c. 18.

(2) S. Chrys. in Psal. 50. hom. 2.

tollo jam oculos ad vultum Patris tam boni, iam malus filius? Pudet indigna gessisse genere meo: pudet tanto Patri vixisse degenerem. Exitus aquarum deducite oculi mei; operiat confusio faciem meam; vultum meum pudor suffundat, occupetque caligo.
 ¿Con qué atrevimiento levanto los ojos al rostro de un Padre tan bueno, siendo yo un hijo tan malo? Me avergüenzo de haber hecho operaciones indignas de mi condicion. Me confundo de haber degenerado de la nobleza de mi buen Padre. Ojos míos, desataos en fuentes de lagrimas. Llénese mi rostro de rubor y mi cara de confusion. Quede mi espíritu cubierto de sombras de profunda humillacion. Persuádase el lector, que cuanto este dolor fuere más humilde y sincero, tanto mayor fuerza tendrá para limpiar el alma de toda mancha.

373 Aconsejan los Santos, que hallando la persona devota mientras se examina algun defecto notable, se imponga á sí misma alguna penitencia que sirva de descuento de la transgresion cometida, y de cautela para no recaer en adelante: *sedeat mens*, dice S. Juan Crisóstomo, *atque cogitatio tua iudex in animam, atque conscientiam tuam. Educas omnia delicta tua in medium. Scrutare quæ animo commisisti; & pone dignas singulorum pœnas.* (1) Tu mente y tu conocimiento, dice el Santo, sean jueces de tu alma y de tu conciencia. Examina lo que has cometido; saca afuera todas tus culpas, y á cada una señála un castigo y una penitencia proporcionada. Refiere á este propósito Teodoreto, (2) que un monge llamado Eusebio, mientras se leía el santo Evangelio se divirtió con los ojos y con la mente en mirar á ciertos labradores que estaban arando en los campos vecinos. Reconocida despues esta su falta en el examen que hizo de su conciencia, se impuso por penitencia de su deslíz el no mirar jamas aquellos campos reos que le habian dado ocasion de faltar, y aun de no levantar jamas los ojos para mirar al cielo. Señalóse una senda no mas ancha que un palmo, por la cual pasaba al oratorio, y de él volvía á su celda sin poner jamas el pie fuera de tan angosto camino. Y porque te-

(1) S. Chrys. hom. 43. in Matth.

(2) Teodor. Hist. Eccl. sect. 4.

mia que levantando tal vez la cabeza le podia suceder el mirar casualmente aquellos objetos que ya habia prohibido á sus ojos: ¿qué hizo? Se ciñó con una faja de hierro á la cintura y con una cadena de hierro al cuello; y despues ató la cadena con la faja con otra cadena corta que le obligase á estar siempre con la cabeza inclinada hácia la tierra, y le imposibilitase mirar los campos y el cielo. Concluye finalmente la relacion Teodoreto diciendo, que en penitencia de aquella curiosidad y de aquella distraccion, perseveró en esta grande mortificacion cuarenta años continuos que sobrevivió: *has ipse de se exegit pœnas, quod illos esset contemplatus agricolas; continuavitque totos quadraginta annos, quibus postea vixit.*

374 No he referido este caso porque juzgue que deban imitarse penitencias tan extrañas; sino solamente para que se vea que ha sido siempre costumbre de los siervos de Dios imponerse á sí mismos alguna mortificacion para castigo y enmienda de los yerros cometidos. En el uso despues de tales penitencias debe cada uno consultar sus fuerzas corporales y espirituales; y con el consejo de su director escoger aquellas que no le agraven demasiadamente, y al mismo tiempo le sirvan de freno para contenerse y no deslizar de nuevo. S. Juan Crisóstomo señala algunas penitencias muy discretas: por ejemplo para los deslices de la lengua, el rezar algunas preces; por las miradas incautas, alguna limosna y ayuno; por los gastos mal hechos, la recompensa de una mayor moderacion: *pro semel male insumptis aliud reponamus lucrum: pro verbis temere prolatis sanctas preces: pro visu intemperate facto elemosyas, jejunia.* (1) Y en otra parte insinúa el aplicar tambien algunas disciplinas en venganza de los yerros cometidos, asegurándonos, que con los golpes de la disciplina no moriremos, antes evitaremos la muerte; como lo hizo Santa Maria Magdalena de Pazzis, que despues de haber llorado sus defectos en el éxtasis arriba referido, se retiró á una pieza remota y alli maceró su carne con una atroz disciplina: *deinde si causam dicere non possit (nempe cons-*

[1] S. Chrys. serm. de penit. & confes.

cientia) *sed balbutiat, atque stupescat; quasi superbam ancillam & de fornicatione corruptam, cæde verberibus, & flagellis dilania. Hoc judicium quotidie sibi diligenter constituitur.... Non enim morietur percussa, sed mortem effugiét.* (1) Si acaso no pudiere la persona repetir tantas veces los azotes por sus frecuentes caídas, podrá á lo menos, añadir en sus acostumbradas disciplinas algunos golpes mas, á proporcion de las faltas que habrá cometido. Si no pudiere ayunar, podrá á lo menos en la ordinaria refeccion hacer alguna abstinencia ó mortificacion en pena de sus desórdenes: podrá mortificar la lengua facil en deslizarse, formando con ella algunas cruces sobre el suelo: podrá añadir á sus preces la mortificacion de rezarlas con las manos debajo de las rodillas, ó con los brazos extendidos en forma de cruz; y otras semejantes penalidades que la contricion y devocion sabrá sugerir á cada uno.

375 Lo quinto haga resolucion de no ofender mas á Dios. Este propósito, dice S. Juan Crisóstomo, debe ser tan eficaz, que ponga el alma en un santo temor de no caer ya jamas; de suerte, que á manera de un reo asperamente reprendido, no tenga mas atrevimiento de levantar la cabeza, acordándose de la reprension recibida: *increpemus mentem & conscientiam tanto impetu, ut non audeat ultra exurgere, & in idem peccatorum profundum nos inducere, memor vespertinæ plagæ.* (2) Estos propósitos deben descender á defectos particulares, para que sean provechosos. Aquella pasion, aquel afecto que te ha transportado, aquel en particular debes poner en tortura; aquel debes atormentar con el dolor; aquel debes abatir con el propósito, para que no se atreva ya á asaltarte, ó á lo menos te acometa con menos fuerza; porque los propósitos que suelen triunfar de nuestros vicios no son los generales, sino los particulares; pues poniendo éstos la mira ya en uno, ya en otro de nuestros defectos, hacen á la voluntad fuerte, robusta y constante para hacer generosa resistencia ahora al uno y ahora el otro: de donde se sigue que poco á poco quedan todos abatidos.

(1) Cassian, col. 5. c. 14.

(2) Idem serm. de poenit. et confes.

376 Es menester tambien averiguar el origen de nuestras faltas, y cavar hasta lo profundo para hallar la raíz de donde nacen estos malos renuevos, á fin de arrancarlos de nuestro corazon. ¿De qué sirve sacudir las hojas, ó cortar las ramas de un árbol infructuoso, que hace sombra nociva al terreno? Si no se arranca la raíz, de nada sirve; porque tornará en breve á reverdecer con toda su hojarasca mas lozano que antes. Asi poco sirven los propósitos, mientras no se corta la causa y el origen de donde nacen nuestros defectos; porque volverán estos siempre, á pesar de cualquiera resolucion que hayamos tomado, á manchar nuestra alma. Finalmente se ha de acabar el examen con un Padre nuestro y Ave María, y con un fervoroso acto, con que se pida á Dios gracia para no ofenderle mas, y para mantener cuanto hemos prometido; pues nada podemos sin su ayuda.

CAPITULO IV.

SE HABLA DEL EXAMEN PARTICULAR: SE MUESTRA *cuan util sea para conseguir la perfeccion, y se explica el modo con que se debe hacer.*

377 **N**o es posible abatir de una vez todas las pasiones que reinan en nosotros, extirpar juntamente todos los vicios que estan radicados en nuestra alma, y conseguir á un tiempo la enmienda de todas nuestras faltas. Por eso dice Casiano, y con él todos los maestros de la vida espiritual, que en la reforma de nuestras costumbres debemos proceder ordenadamente; debemos principalmente poner la mira en aquella pasion ó vicio, que mas nos domina, resueltos de hacerle guerra con todas las fuerzas de nuestro espíritu: *adversus vitia arripienda sunt praelia, ut unusquisque vitium, quo maxime infestatur, explorans, adversus illud arripiat principale certamen, omnem curam mentis, ac sollicitudinem erga illius impugnationem, observationemque defigens.* Contra esta pasion ó vicio, prosigue diciendo Casiano, como

[1] Casiano. col. 5. c. 14.

contra nuestro principal enemigo, se han de aderezar todos nuestros dardos, esto es, todas nuestras meditaciones, nuestros propósitos, nuestras oraciones, nuestros ayunos, nuestras lagrimas, y todos nuestros esfuerzos, á fin de abatirlo y vencerlo: *adversus illud quotidiana jejuniorum dirigens spicula: contra illud cunctis momentis cordis suspiria, crebraque gemituum tela contorquens: adversus illud vigiliarum labores, ac meditationes sui cordis intendens, indesinentes quoque orationum ad Deum fletus fundens, & impugnationis suæ extinctionem ab illo specialiter & jugiter poscens.* Todo esto no es otra cosa que el examen particular, del cual ahora hemos de hablar; pues éste puntualmente consiste en inquirir, cual es aquella pasión que mas nos transporta, ó aquel defecto en que mas frecuentemente caemos; y despues emprender extirparlo con exámenes especiales, y con particulares industrias; como luego veremos.

378 Despues que hubiéremos vencido una pasión, ó nos hubiéremos enmendado de alguna falta, emprenderemos el vencer otra y despues otra: de esta manera poco á poco, por medio de esta industria espiritual, iremos subiendo á lo alto de la perfeccion. A la cumbre de una alta torre no se va con alas, sino por escalones. Queriendo subir uno á aquella altura, sube el primer escalon de la escala, ya comienza á alejarse de la tierra, y á acercarse á la cumbre. Sube el segundo, tercero y cuarto escalon, y se aparta mas de la profundidad del plano y se acerca mas á lo sublime de la misma torre: y cuanto mas sube, tanto mas se aleja de lo bajo y tanto mas se llega á lo mas alto de aquel edificio. Asi nosotros con la industria de este examen particular, apartando en este mes de nuestra alma un pecado; abatiendo en otro mes una pasión; y arrancando en otro medio año algun vicio, nos vamos alejando del bajo estado de los imperfectos y nos vamos acercando á la alta cumbre de la perfeccion. La semejanza no es mia, sino de San Juan Crisóstomo, el cual considera estos adelantamientos que se van haciendo en la perfeccion por medio de la enmienda de los vicios y de la adquisicion de las virtudes, en la célebre es-

cala de Jacob, por la cual se subia al cielo; porque tambien nosotros con estos grados de mejoria vamos subiendo hácia el paraíso: *vitia nostra recensentes, ea tempore corrigamus; & hoc mense unum, alio aliud, & ita subsequenter meliores efficiamur. Sic enim tanquam per gradus quosdam ascendentes, per scalam Jacob in cœlum pervenimus. Etenim scalæ illæ mihi per illum visionem paulatim per virtutes ascensum significare videntur, per quem à terra ad cœlum ascendere nobis licet, non gradibus sensibilibus, sed morum incremento & correctione.* (1)

379 ¡Cosa admirable! Tambien los filósofos gentiles, no sé si deba decir para nuestro ejemplo, ó para nuestra confusion, han practicado industrias semejantes á la que yo voy ahora proponiendo para enmendarse de sus vicios. Oiga el lector lo que Plutarco cuenta de si mismo: (2) *deinde hisce rebus instruebam animum meum, ut qui non minus amet pietotem, quam philosophiam, ut primum aliquos dies sacros sine irascendo transigerem, veluti absque temulentia, viroque, non aliter quam si celebrassem Nephalia, aut Melisponda, in quibus vinum attingere, & luxui indulgere nefas est. Deinde faciebam idem mensem unum, aut duos, paulatim mei ipsius periculum faciens. Sic tempore proficiebam, ad ulteriorum malorum tolerantiam, diligenter attendens & conservans me ipsum placidum: iræque vacuum; purum, & à dictis improbis & à factis absurdis, & à cupiditate, quæ ob voluptatem exiguam & invenustam tam curas ingentes & pœnitentiam turpissimam adduceret.* Yo, dice este filósofo, siendo no menos amante de la piedad que de la filosofia, me proponia en mi ánimo el pasar algunos dias sin airarme en nada; como si me hubiese de abstener de la embriaguez y del vino, de la manera que suele practicarse en ciertas fiestas en que no es lícito probar este licor. Despues continuaba en hacerme fuerza por uno ó dos meses, haciendo poco á poco prueba de mí mismo. Así con el progreso del tiempo iba aprovechando, hasta tolerar males mayores y conservarme estando sobre mí mismo, sin enojo, sosegado y quieto. Y con esta arte me mantenía tambien limpio de malas pa-

(1) S. Chrys. hom. 82. in Joann.

(2) Plut. de cohib. ira.

labras, de hechos indignos y de codicias vergonzosas, las cuales por un pequeño placer, dejan traspasado el ánimo de grandes remordimientos y de arrepentimientos penosísimos. Todo esto, si bien se considera, son puntualmente aquellas industrias que vamos proponiendo con el nombre de examen particular, para moderar las pasiones, extirpar los vicios, y para introducir en el alma la perfeccion cristiana, como se verá mejor en el número siguiente. Si un filósofo con sola la luz de la naturaleza llegó á conocer la virtud que tiene este medio para mejorar la propia vida, y lo practicó en si mismo con tanta constancia: cuánto mas lo deberá abrazar un cristiano que tiene la luz de la fé, y el ejemplo de los Santos y de las personas espirituales, que por esta via han caminado á la perfeccion, y que debe con mayor empeño y eficacia que los gentiles, procurar su mejoría?

380 Vengamos ahora á la práctica de este utilísimo ejercicio. Consiste éste, conforme la instruccion que da S. Ignacio en el libro de oro de sus ejercicios espirituales, en cinco actos: primero, por la mañana haga la persona un propósito firme y fuerte de no caer en aquel defecto, de que desea enmendarse con la ayuda del examen particular, y despues renuévelo en tiempo de sus meditaciones; porque, como dice Tomás de Kempis, (1) nuestros adelantamientos de espíritu van á proporcion de nuestros propósitos: *secundum propositum nostrum cursus profectus nostri*. Lo segundo, cayendo entre dia en aquella falta, meta la mano en el pecho y haga un acto de arrepentimiento, con un propósito de proceder con mas cautela. Fué costumbre de los mónjes antiguos el notar los defectos luego que los cometian. Y S. Juan Climaco cuenta, que habiendo entrado en un monasterio de mucha austeridad y observancia, reparó que del lado de un monge, que tenia por oficio el preparar el refectorio de los religiosos, le colgaba un librito pequeño, y preguntándole de que servia aquel librito que siempre traia consigo, le respondió que en él iba notando los pensa-

(1) Kemp. de imitat. christ. lib. 1. c. 19.

mientos que le pasaban por la mente. Despues añade el Santo, que observando el proceder de los otros monges, reparó que la mayor parte de ellos hacian lo mismo: *non solum autem illum, sed & alios quamplures id facere ibidem perspexi.* (1) Finalmente concluye con estas notables palabras: *optimus ille trapezita est, qui quotidie vespere lucrum, ac detrimentum omnino computat. Quod scire manifestius non potest nisi horis singulis in tabulis omnia denotet; nam cum calculi singulis horis ponuntur, totius diei ratio postmodum clarius agnoscitur.* Aquel, dice el Santo, es un grande mercader espiritual, que todas las tardes hace la cuenta de la ganancia y del daño que le ha resultado de todo el dia. Lo cual no se puede saber con exactitud, si cada hora no se nota el provecho y detrimento, que en el tráfico del espíritu va sucediendo. Hay algunos que para mayor comodidad y expedicion, señalan en una cuerdecita que traen consigo ocultamente las faltas en que caen. Así consiguen, sin que otros lo reparen, el hacer memoria particular, y el tener consigo mismo una exacta cuenta.

381 Lo tercero: á la noche al tiempo de hacer el examen general de todo el dia, hágalo especialmente de aquel defecto que ha emprendido desarraigar con el examen particular, y duélase con especial arrepentimiento de las faltas que acerca de él hubiere cometido, renueve los propósitos con mayor firmeza, y despues note los tales defectos en un librito. S. Ignacio dá el modo con que deben hacerse estas notas. Dice que se extiendan en un papel algunas líneas desiguales, una mas larga que la otra. En la línea mas larga se han de notar las faltas del primer dia, y en las mas cortas las de los dias siguientes; porque se supone que la persona se va ya enmendando, y así se vayan disminuyendo cada dia las faltas.

382 Lo cuarto: despues de pasadas algunas semanas examine en su papel el número de las veces que ha caído en cada dia, comparando un dia con otro, y una semana con otra: y observe diligentemente si se va enmendando, ó va empeo-

(1) S. Joann. Clim. Grad. 4.

rando, como enseña que debe hacerse S. Juan Crisóstomo: (1) *scrutemur suam quisque conscientiam, & rationem examinentur & consideremus, quidnam in hac hebdommada probe actum est, quid in alia & quale augmentum fecerimus ad sequentem; quas in nobis affectiones correximus.* Si hallare haber aprovechado de gracias á Dios, tome ánimo y procure con mayor esfuerzo la total y perfecta enmienda. Pero si no hallare alguna mejora, sino quizá que ha ido peor; piense en poner nuevos medios: por ejemplo, andar mas sobre sí mismo; recurrir á Dios con mas frecuentes ruegos; hacer alguna penitencia corporal, á fin de mover á Dios para que le conceda auxilios mas fuertes y eficaces que venzan su flaqueza, y otras cosas semejantes.

383 Lo quinto: impóngase á sí mismo alguna mortificación, á proporcion de las caidas en que hubiere incurrido. Dije arriba que este remedio se debe practicar por cualquier notable defecto, y ahora añadido, que particularmente conviene usarlo para la extirpacion de los defectos de que se hace el examen particular; porque por la enmienda de éstos debe tener la persona especial empeño. Acabo con el ejemplo de S. Ignacio, gran maestro de espíritu. Siendo ya el Santo de edad avanzada, y estando enriquecido de Dios de tantos dones sobrenaturales, y consumado ya en toda perfeccion; hacia sin embargo el examen particular, y tenia su librito en que notaba sus pequeñas faltillas; ni dejó jamas de practicar esta santa y provechosa costumbre hasta las últimas respiraciones de la vida; porque despues de muerto se le halló debajo de la cabecera el dicho librito, dejando á todas las personas espirituales, como en testamento, este recuerdo de no descuidarse, ni omitir un medio tan á propósito para la mejora de su vida, y para la consecucion de la perfeccion. (2)

(1) S. Chrys. hom. 11. in Gen. 5.

(2) Jac. Alvar. de Paz, lib. 3. p. 3. c. 11. de adept. virt.

CAPITULO V.

*ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR SOBRE
el presente artículo.*

384 **A**dvertencia primera: acerca del uso del examen cotidiano de conciencia haga el director dos reflexiones. La primera, que este es un ejercicio que cualquiera lo puede practicar, aun aquellos que por su rudeza no son capaces de usar de otros medios espirituales, como leer libros espirituales y meditar. Quien es capaz de confesarse, es tambien capaz de examinarse diariamente y de arrepentirse de sus faltas. La segunda reflexion es, que de tales exámenes ninguno debe eximirse, no digo solo aquellos que atienden á la perfeccion; sino tambien aquellos que no la profesan, ni cuidan de ella; porque este es un medio importante, no solo para perfeccionarse, sino tambien para salvarse. Ni el director tendrá trabajo en crearlo, si considerare que es propiedad de todas las cosas humanas el irse siempre empeorando, y al fin sino se restauran reducirse á la nada. Una casa se va siempre deteriorando, ahora en una parte, ahora en otra; y si no se repara, se viene al fin á tierra y se reduce á un monton de piedras. Una heredad va siempre decayendo; y si no se beneficia, viene á parar en un inculto desierto. Un vestido se va cada dia gastando y rompiendo; y si no se remienda, se reduce en breve á un andrajo: figúrese ahora que tales son nuestras almas. Es tanta la fuerza de nuestras pasiones que nos inclinan al mal; tantas las instigaciones de los demonios que nos incitan al vicio; y tantas las ocasiones peligrosas que nos provocan al pecado, que no es posible que la pobre alma á tantos empellones no caiga alguna vez, y que á tantos atractivos alguna vez no se rinda, y se vaya desordenando con grave daño suyo. Si no se resarcen, pues, cada dia estas pérdidas que diariamente se hacen con el examen de la conciencia, con el arrepentimiento y con los propósitos, será

preciso que el alma se desconcierte de manera que vaya á perecer miserablemente: como sucede cada dia á aquellos cristianos descuidados que no se valen de semejantes medios. Por eso tenga celo el director para introducir esta santa y provechosa costumbre en sus penitentes, cualesquiera que sean.

385 S. Gregorio explica con la similitud del cuerpo humano los detrimentos que diariamente padecen nuestras almas, y la necesidad que hay de repararlos con los exámenes, con el arrepentimiento y con las lagrimas. Crecen, dice el Santo, y decrecen insensiblemente nuestros cuerpos, sin que lo advertamos. ¿Quién vió jamas extenderse y dilatarse los miembros en un niño? ¿Quién vió jamas encogerse y achicarse los miembros en un viejo decrépito? ¿Y quién sintió jamás en sí mismo el crecimiento ó la disminucion del propio cuerpo? Se encanecen poco á poco los cabellos, se arrugan las carnes, se secan los miembros y se encorva el cuerpo; y sin repararlo nos vamos lentamente atenuando. Asi dice S. Gregorio, insensiblemente se crece y se disminuye en el espíritu: y asi como las personas espirituales diligentes hacen progresos en la virtud sin que lo conozcan; asi las personas descuidadas que no examinan cada dia su provecho ó detrimento van siempre decayendo y desconcertando su alma sin que lo reconozcan. Por eso, dice el Santo, es menester volver frecuentemente sobre sí mismo, escudriñar la propia conciencia, y con el arrepentimiento renovarse y restituirse al primer estado: *sicut enim non sentimus, quando crescunt membra, proficit corpus, mutatur species, nigredo capillorum albescit in canis: (hæc enim omnia, nobis nescientibus, aguntur in nobis) ita mens nostra per momenta vivendi ipso curarum usu à se ipsa permutatur, & non agnoscimus, nisi vigilantibus custodiis ad interiora nostra residentes, profectus nostros quotidie defectusque pensemus.... Cum vero (anima) semetipsam querit, & subtiliter poenitendo se discutit, ab ipsa sua vetustate suis lota lacrymis, & mærore incensa renovatur.* (1) Vuelvo, pues, á decir, que si el director tiene celo de la salud de las almas

(1) S. Greg. Moral. lib. 25. c. 6.

que se han puesto á su cuidado, no deje de inculcarles la práctica de examinarse cada dia.

386 Advertencia segunda: he dicho en los precedentes capitulos que es doctrina de los Santos, que este examen se haga dos veces al dia, por la mañana y por la noche. En prueba de esto he traído la autoridad de S. Efrén, de S. Dorotéo y de San Bernardo: ni han faltado religiones, que siguiendo la enseñanza de estos Santos, lo han impuesto por regla á sus familias religiosas. Mas porque no podrá el director conseguir de todos este duplicado examen, procure á lo menos que todos lo hagan por la noche antes de echarse á dormir: así porque habiendo ya pasado el dia, es aquel el tiempo oportuno de tomar á sus conciencias la cuenta de sus operaciones; como tambien porque las mismas tinieblas y la quietud de la noche concilian la atencion y recogimiento, y por consiguiente tambien el arrepentimiento de las propias faltas. Si acaso el penitente fuere tan indevoto que no se pueda esperar de él un exacto y diligente examen, procure á lo menos que dé una ojeada al dia pasado; que busque las cosas mas gruesas que luego se vienen á la mente, y las borre con un acto de contricion. Esto ayudará no solo para purificar la conciencia de las manchas contraídas, sino tambien para hacerle mas circunspecto al dia siguiente; y no le suceda á él lo que suele suceder á muchos fieles, que en comenzando á deslizarse sueltan las riendas á la pasion y prosiguen en pecar sin freno, ni cosa que los detenga. Y si ni aun esto quisiere hacer digale, que poco cuidado le dá su salud eterna. Si un mercader no sabe resolverse jamas á hacer balance sobre las entradas y salidas de su mercancia, es señal de que no tiene empeño por sus ganancias.

387 Advertencia tercera: el examen particular podrá aconsejarse á personas, que libres de las ataduras de pecados graves, comienzan á aspirar á la perfeccion; ya que este es un medio muy eficaz para conseguirla. Por tanto tome el director el cuidado de señalarles la materia sobre que lo deberán hacer. Observe en las cuentas de conciencia que le dará su disci-

pulo, cuál es la pasión que mas le domina, cuál es el defecto en que cae mas frecuentemente y es de mayor impedimento á los progresos de su espíritu: y haga que aplique á él el examen particular, enseñándole primero el modo de hacerlo, conforme la instruccion que dimos arriba. Advierta que entre muchos defectos es mejor primero emprender el corregir aquellos que son exteriores; así porque estos de ordinario van juntos con el escándalo, ó á lo menos con la desedificacion del prójimo; como tambien porque son mas fáciles de enmendar que los defectos internos, los cuales están radicados en el ánimo, y casi identificados con nosotros: la prudencia pide que se dé principio por las cosas mas fáciles para abrir con eso el camino á las cosas mas dificultosas.

388 Advertencia cuarta: haga el director que su penitente le dé cuenta del provecho que saca del examen particular. Señálele las mortificaciones y penitencias que debe hacer por las faltas en que cae; y sugiérale los medios para vencerse mas generosamente. Si despues hallase notable empeoramiento y descuido, podria tal cuál vez en pena de semejantes negligencias privarle de la santa comunión; se entiende, si él tuviere virtud para llevar con paz y humildad esta mortificación. Refiere Dranelio, que en algunos pueblos de la India los maestros de aquellos jóvenes, que atienden á aprender la sabiduría, á la noche antes de sentarse á la mesa les piden exacta cuenta de los actos buenos que han hecho aquel dia; y en hallando que han sido descuidados en su aprovechamiento, los envian á la cama sin cenar, para que el dia siguiente pongan mas atencion en adquirir alguna virtud: un ayuno semejante, pero espiritual, puede alguna vez imponer el director á sus penitentes que reconoce negligentes en procurar su aprovechamiento, mayormente acerca de la enmienda de aquel defecto á que con la industria del examen particular deben especialmente atender.

398 Advertencia quinta: advierta el director que sus penitentes en lugar de sacar mejora de estos exámenes, no saquen algun desmayo muy nocivo; como suele suceder frecuentemente.

temente á las mugeres tímidas de su naturaleza, especialmente cuando á la timidez de la naturaleza se añade la instigacion del demonio. Viendo éstas, que con tantos exámenes aprovechan poco, á lo ménos segun su deseo, y que no dejan de recaer en las mismas culpas, desfallecen de ánimo y comienzan á persuadirse que la perfeccion no es para ellas. Desvanezca el director de sus corazones estas vanas sombras de timidez. Enséñelas á humillarse con paz, y á no desanimarse cuando se ven frágiles, y á poner en Dios toda su esperanza. Dígalas que el Señor permite que caigan en las mismas faltas, y que sean vencidas de las mismas pasiones, para que toquen con las manos su miseria, la confiesen con sincera humildad, desconfien totalmente de sí, esperen de Dios su libertad, y á su Magestad la pidan con grande confianza. Hágales entender, que si bien debemos cooperar nosotros con todas nuestras industrias á la extirpacion de nuestros defectos, y á la victoria de nuestras pasiones; pero que todo esto ha de ser dón.de Dios, y ha de venir de sus benéficas manos: ni Dios hace tales gracias á quien se desanima y acobarda; sino solo á quien, desconfiando de si, pone la confianza en su Magestad.

ARTICULO X.

EL NONO MEDIO PARA ADQUIRIR LA PERFECCION
ES LA FRECUENCIA DE LA SANTA COMUNION.

CAPITULO PRIMERO.

*SE MUESTRA QUE LA SANTA COMUNION ES EL
medio principalísimo para conseguir la
perfeccion cristiana.*

390 **F**undo en la sólida doctrina del angélico Doctor este mi asunto. Dice el Santo, que el sacramento del bautismo es el principio de la vida espiritual; que los otros sacramentos son

una continuacion de la dicha vida; siendo enderezados á preparar el alma, y á disponerla con su propia santificacion á recibir la santisima Eucaristia; y que la Eucaristia es el fin de todos los sacramentos, en la cual se consume y perfecciona la vida espiritual del cristiano: *baptismus est principium vitæ spiritualis & janua sacramentorum. Eucharistia vero est quasi consummatio vitæ spiritualis & omnium sacramentorum finis, ut supra dictum est. Per sanctificationem enim omnium sacramentorum fit præparatio ad suscipiendam, vel consecrandam Eucharistiam. Et ideo preceptio baptismi est neccsaria ad inchoandam spiritualem vitam; perceptio vero Eucharistiæ est neccsaria ad consummandum ipsam.* (1) Pues si la vida espiritual toma su principio del bautismo, el progreso de ella de los otros sacramentos, y la consumacion y complemento de la Eucaristia; es manifesto que el uso de ésta es el medio principalísimo para la perfeccion espiritual de nuestras almas. Pero para imprimir esta gran verdad en la mente del piadoso lector es necesario dar las razones, por las cuales de este divinísimo sacramento como de fuente copiosísima mana toda santificacion y perfeccion á las almas de los fieles.

391 Ya se ha dicho desde el principio de este tratado, que nuestra perfeccion sustancial consiste en unirnos á nuestro ultimo fin; porque asi como un peñasco entonces está en el estado de su perfeccion, cuando se detiene en su centro, que es el fin de todos sus movimientos; y entonces está en su perfeccion una llama cuando descansa en su esfera, que es el término de todas sus agitaciones; asi tambien entonces es perfecta un alma cuando se une con Dios, que es el fin para el cuál ha sido criada; y tanto mas perfecta es, cuanto mas estrechamente se une con este su nobilísimo fin por el vinculo de la caridad. Ahora, pues, este puntualmente, dice Santo Tomás, es el efecto del sacramento de la Eucaristia en que se hace una representacion de la pasion de Cristo; el perfeccionar nuestras almas, con unirlas á Jesucristo crucificado verdadera

(1) S. Thom., 3. p. q. 14. alias 73. art. 3. in corp.

Dios y hombre: *eucharistia est sacramentum passionis Christi, prout homo perficitur in unione ad Christum passum.*

(1) Y vuelve á repetir lo que ántes habia dicho, esto es, que así como el bautismo se llama sacramento de la fe, virtud fundamental del cristiano, por la cuál se dá principio á la vida espiritual; así la Eucaristia se dice sacramento de caridad, por la cuál uniéndose el alma á Dios con vínculo de amor, se dá complemento á la vida espiritual: *unde sicut baptismus dicitur sacramentum fidei, quæ est fundamentum spiritualis vitæ; ita Eucharistia dicitur sacramentum charitatis.* Y en la cuestion siguiente dice lo mismo: *inverim tamen nec sua præsentia corporali nos in hac peregrinatione destituit, sed per veritatem corporis & sanguinis sui nos sibi conjungit in hoc sacramento. Unde ipse dicit Joannis 6.... Qui manducat meam carnem & bibit meum sanguinem, in me manet & ego in eo. Unde hoc sacramentum est maximæ charitatis signum.* (2) Jesucristo, dice el santo Doctor, no tuvo corazon de dejarnos privados de su divina presencia en la infeliz peregrinacion de esta vida; mas por medio de su cuerpo y sangre nos junta consigo en este sacramento, como afirma S. Juan. Y por eso la Eucaristia es una señal clara de aquella caridad que une á Dios con el alma, y al alma con Dios.

392 Esta es la diferencia que pasa entre las viandas terrenas y este manjar celestial, que comiendo nosotros los manjares corporales y cociéndolos con nuestro calor natural, los mudamos y convertimos en nuestra sustancia; y de esta manera vamos recobrando aquellas partículas que insensiblemente se evaporan de nuestros cuerpos. Pero este manjar del paraíso con el calor sobrenatural que enciende en nuestros corazones nos muda en su divina sustancia: de manera, que de hombres miserables que somos, nos hace que seamos otros tantos dioses por la union del Verbo humanado que en sí contiene. El sentimiento es de S. Agustin; *cibus sum gaudium, cresce & manducabis me; nec tu me mutabis in te, sicut cibum car-*

(1) S. Lhom. in eod. art. ad. 3.

(2) idem. q. 16. alias 75 art. 1. in corp.

nīs tuæ; sed tu mutaberis in me. (1) ¿Hiciste alguna vez reflexion sobre la operacion que hace el fuego, embistiendo una tabla, una viga ó un tronco? Primeramente lo calienta y despues lo inflama, y desterrando todas las calidades contrarias de humedad y de frialdad, al fin lo convierte en su sustancia, y lo llega á hacer otro fuego semejante á sí. Pues asi, dice Dionisio Areopagita, obra Jesucristo en la santisima Eucaristia. Primeramente calienta nuestras almas con el calor suave del santo amor: despues desterrando poco á poco las calidades contrarias de las culpas ligeras y de las aficiones terrenas, las enciende en caridad, las transforma en sí mismo, y las hace como otro Dios por amor: *quemadmodum ignis ea, quibus insederit, in suum traducit officium, omnibusque quomolibet sibi propinquantibus sui consortium tradit; haud aliter Dominus noster & Deus, qui ignis consumens est, nos percibum hunc sacratissimum in sui traducit effigiem, Dei formæque reddit.* (2)

393 De todo esto pueden ser testigos las Magdalenas de Pazzis, las Catalinas de Sena, las Teresas de Jesus, los Felipes Neris, los Franciscos Javieres y mil otras almas santas, que llegando á este sacramento como á un horno de amor, se encendian al punto en ardentísimas llamas de caridad. ¿Y qué cosa eran aquellas enagenaciones de espíritu, aquellos excesos de mente, aquel perder los sentidos, aquellos arrobamientos, y aquellos éxtasis que padecian estas almas afortunadas al recibir la sagrada Eucaristia? ¿Eran acaso otra cosa que llamas de amor que levantaba en ellas este divino pan, por las cuales, perdiéndose totalmente á sí mismas, se transformaban con íntima union en su Señor sacramentado? Y aquellas lagrimas suaves que salian de los ojos de tantos siervos de Dios al llegarse á la mesa de la Eucaristia, ¿no eran alambicadas por aquel fuego de amor que encendia en sus corazones este pan de los ángeles? Tuvo, pues, razon de decir el Areopagita, que Jesucristo en la Eucaristia es un fuego de amor que inflama y con-

(1) S. Aug. Confes. lib. 7. c. 10.

(2) S. Dion. de Cœlest. Hierarch.

sume á quien se llega á él, transformándolo en otro fuego de caridad. Tuvo razon San Agustin de afirmar, que la santísima Eucaristía es un manjar divino que convierte en sí mismo á quien le come, haciéndole llegar á ser como otro Dios por participacion, por medio de la union con la divinidad. Mas porque estas transformaciones estáticas y gratuitas son mas para ser admiradas que para ser deseadas, traeré el ejemplo de otra transformacion amorosa y propia de este sacramento, que pueden todos desear, porque todos la pueden conseguir.

394 Santa Liduina en el principio de sus gravísimas enfermedades se mostraba no menos débil en el cuerpo que en el espíritu, en la tolerancia de sus penas. (1) Vino por divina disposicion á visitarla un gran siervo de Dios, llamado Juan Por, y hallándola no del todo resignada en la tolerancia de sus males, la exhortó á meditar á menudo la dolorosa pasion del Redentor, para animarse á padecer con la memoria de sus penas. Le prometió que lo haria la afligida enferma. ¿Pero que? pensando en los dolores de Cristo no hallaba pasto alguno, toda consideracion le era insípida y desagradable, y no sacaba consuelo alguno ni conorte. Por lo cual tornó como antes á los lamentos y á las quejas. Vino nuevamente el dicho Juan á visitarla, y le preguntó ¿como se habia ejercitado aquel tiempo en la memoria de la pasion de Cristo, y qué provecho habia sacado? Respondió la enferma: padre, el consejo que me habeis dado es muy bueno, pero la acerbidad de mis dolores no permite que yo halle algun sabor, ni reciba algun alivio en la meditacion de los tormentos que el Redentor sufrió por nosotros. Con todo esto tornó el siervo de Dios á inculcarle este devoto ejercicio como remedio particular para sus grandes males; y esta vez su consejo surtió algun buen efecto. Mas porque no veía aun el hombre celoso todo aquel provecho que en ella deseaba, que era necesario para su perfeccion, tomó otra resolucion. Volvió á visitarla, trayéndole como á persona enferma é impedida de ir á la Iglesia, la santísima Eucaristía; y despues

(1) Sur. 13. Apr. in vit. S. Lid. part. 1. c. 4.

de haberla comulgado, le dijo estas palabras: hasta ahora te he exhortado yo á una memoria continua de la pasion del Redentor como medicina proporcionada á tus males: ahora te exhorta el mismo Jesucristo en persona. ¡Cosa verdaderamente maravillosa! Apenas hubo tragado Liduina la sagrada particula, cuando se le encendió en el corazon un sentimiento tan vivo de los dolores de Cristo y un deseo tan ardiente de imitarle en sus penas, que prorumpió en un desecho llanto y prosiguió en él desde aquel mismo punto por espacio de quince dias continuos, sin poder refrenar jamas las lagrimas. Despues le quedaron tan altamente impresos los tormentos de su Señor, que siempre de dia y de noche los tenia delante de los ojos de su mente, y le daban grande ánimo y grande esfuerzo para padecer por quien habia tolerado tan malos tratamientos por ella. Con el progreso del tiempo se le llegaron á pudrir las carnes encima y á estar en gran parte roídas de gusanos. Llegósele á pudrir el interior con dolores acerbisimos y casi intolerables; y ella animada con la pasion de Cristo, que tenia siempre presente, daba alabanzas y gracias á Dios y deseaba padecer mas. Llegó hasta decir, que no le parecia que era ella la que padecia, sino que Jesucristo era quien padecia en ella: *ex ardenti passionis Christi meditatione, adeo inflammata fuit, ut non se, sed Christum Dominum in se pati diceret*. Note aqui bien el lector cuán bien dijo el Angélico arriba citado, que en la Eucaristia se hace el hombre perfecto por la union con Cristo dolorido y atormentado: *homo perficitur in unione ad Christum passum*. Pues uniéndose Liduina con el Redentor atormentado por medio de la comunión, se hizo una gran santa, ó por mejor decir, una de las santas mas pacientes que haya tenido la Iglesia de Dios; á lo menos es cierto que de aquella comunión tuvo principio su gran santidad. ¿Quién puede, pues, dudar de que la santísima Eucaristia sea un medio principalísimo de nuestra perfeccion, cuando nos junta, no solo con amor sensible, sino tambien con afecto sólido de imitacion con nuestro último fin?

395 Pero S. Juan Crisóstomo no se contenta con decir que

en la comunión el alma de los fieles se une con el Redentor, y se transforma en él por amor; sino que pasa adelante á afirmar que nuestro miserable cuerpo se une con el cuerpo santísimo de Jesucristo: de manera, que de dos cuerpos resulta uno solo; y así como si á un hombre degollado se le uniese una cabeza de aquel cuerpo, juntamente con aquella cabeza unida, se vendría á formar un cuerpo entero, perfecto y sano: así dice el Santo en la sagrada comunión, uniéndonos nosotros como miembros á nuestra cabeza, que es el Redentor, de dos cuerpos se hace uno solo: (1) *ut non solum per dilectionem, sed re ipsa in illam carnem convertamur, per cibum id efficitur, quem nobis largitus est. Cum enim suum in nos amorem indicare vellet, per corpus suum se nobis commiscuit, & in unum nobiscum redegit ut corpus capiti uniretur. Hoc enim amantium maxime est.* Y en otra homilía repite lo mismo: *propterea semetipsum nobis immiscuit, & corpus suum in nos contemperavit, ut unum quid simus tanquam corpus capiti coaptatum: ardentem enim amantium hoc est.* (2) Dice el santo Doctor, que Cristo en este sacramento mezcla en cierto modo su santísimo cuerpo con el nuestro vilísimo; de manera que se hace un solo cuerpo bien ajustado á su cabeza; y esto en señal del ardentísimo amor que nos tiene.

396 Parece que no se puede decir mas para expresar la estrecha unión que se hace del hombre con el Verbo encarnado en este augustísimo sacramento; sin embargo S. Cirilo Alexandrino pasa mas allá á mayores expresiones. Tómese, dice el Santo, un pedazo de cera, arrímese al fuego para que con su calor se derrita, tómese otro pedazo, y con el mismo calor se derrita; y despues déjese escurrir la una en la otra hasta que vayan á mezclarse y á confundirse en un mismo lugar. ¿Quién sabrá en este caso discernir la una de la otra? ¿Quién podrá separarlas jamás? Así dice el Santo, viniendo dentro de nosotros el Redentor, se mezclan nuestras miserables carnes con sus carnes gloriosas á manera de dos ceras derretidas; y viene á formarse, como si dijéramos, la masa de un mismo

(1) S. Chrys. hom. 45. in Joan. (2) Idem. hom. 61. ad prop. Antioch.

cuerpo. De suerte, que no nos unimos solamente con Jesucristo en espíritu con las ataduras de la caridad; sino que tambien nos unimos con su mismo cuerpo por una cierta natural participacion. Veis aqui sus palabras: *considerandum est, non habitudine solum, quæ per charitatem intelligitur, Christum in nobis esse, verum etiam & participatione naturali. Nam quemadmodum si igne liquefactam ceram aliæ ceræ liquefactæ ita miscueris, ut unum quid ex utrisque factum videatur; sic communiõne corporis & sanguinis Christi, ipse in nobis est, & nos in ipso.* (1) Exclame, pues, el lector atónito de admiracion juntamente con S. Agustin: *O sacramentum pietatis! O signum unitatis! O vinculum charitatis!* (2) ¡Oh sacramento lleno de clemencia, de dignacion y de piedad! ¡Oh señal de verdadera union! ¡Oh vinculo de perfecta caridad, por la cual tan estrechamente nos unimos con el alma y con el cuerpo con nuestro amantísimo Redentor! Y vea juntamente cuanta verdad sea lo que dice el Angélico, que en este sacramento se consuma y se perfecciona, como en su término, la vida espiritual del cristiano; y consiguientemente que este es el medio principalísimo para llegar á la cumbre mas sublime de la perfeccion.

CAPITULO II.

DE LOS EFECTOS SALUDABLES QUE PRODUCE LA
santa comunión se saca la misma verdad: esto es, que ésta es un medio principalísimo para nuestra perfeccion.

397 **S**i en la santísima Eucaristia intimamente nos unimos con el cuerpo y con el espíritu á Jesucristo, que es nuestra verdadera vida, como hasta ahora he mostrado; se sigue luego, que de comer frecuentemente este divino manjar, debemos transfundir en nosotros los efectos de una perfecta vida espiritual. Santo Tomás los cuenta con la paridad de los efectos, que el manjar natural produce en nuestros cuerpos: *tertio consideratur effectus hujus sacramenti ex modo, quo traditur.*

[1) S. Ciril. lib. 10. Joan. c. 13.

(2) S. Aug. tract. 28. in Joan.

hoc sacramentum, quod traditur per modum cibi & potus: & ideo omnem effectum, quem cibus & potus materialis facit quantum ad vitam corporalem, quod scilicet sustentat, auget, separat, delectat; hoc totum facit hoc sacramentum, quantum ad vitam spiritualem. Este Sacramento, dice el Santo, se nos da por modo de manjar y de bebida: por lo cual produce en el alma aquellos mismos efectos que la bebida y comida corporal produce en los cuerpos: y así como ésta sustenta, hace crecer, deleita la vida del cuerpo y la separa de sus contrarios; así hace lo mismo la santísima Eucaristia á la vida espiritual del alma. De manera que, segun el Angélico, cuatro son los efectos saludables que produce en nosotros este divinísimo sacramento: el primero sustentar la vida del alma para que no perezca; el segundo separarla de sus contrarios, que tiran á su destruccion; el tercero acrecentarla y aumentarla; el cuarto causarle deleite: veámoslo uno á uno.

398. El primer efecto de la frecuente comunión es mantener y sustentar la vida del alma para que no perezca. Así lo definió el Concilio Tridentino: (1) *sumi autem voluit Salvator noster sacramentum hoc, tanquam spiritualem animarum cibum, quo alantur & confortentur viventes vita illius, qui dixit: qui manducat me & ipse vivet propter me.* Nuestro Redentor, dice el Concilio, ha querido que recibamos este sacramento como manjar que alimenta nuestras almas y las conforta para vivir con su misma vida. Y esto sucede por dos razones: la primera, porque la Eucaristia tiene lejos del alma el pecado grave que es su verdadera muerte. Pues así como el manjar terreno libra de la muerte á nuestros cuerpos, que sin él perecerían; así el sacramento Eucarístico libra al alma de la muerte de la culpa grave. La segunda, porque aleja también el pecado venial que es la disposición mas próxima que pueda darse para esta su lamentable muerte: *duo illud sacramentum operatur in nobis, ut videlicet sensum minuat in minimis, & in gravioribus peccatis tollat omnino consensum.* Dos son los efec-

(1) Conc. Trid. ses. 13. c. 2.

tos, dice S. Bernardo, (1) que obra en nosotros el sacramento del altar, apartar totalmente de nosotros todo consentimiento á la culpa mortal, y disminuir en nosotros el sentido y la inclinacion á las culpas pequeñas: por lo cual nos abstenemos con mas facilidad y mas raras veces caemos en ellas. Y por eso dice S. Cirilo Alejandrino, que la santa comunión no solo destierra del alma la muerte, sino tambien todas sus enfermedades; porque en realidad los pecados veniales no son muerte, sino enfermedades del alma, que la hacen débil, lánguida y dispuesta á morir: *quæ (nempe communio) mihi credo, non mortem solum verum etiam morbos omnes depellit.* (2)

399 ¿Pero qué maravilla es que este manjar divino sustente la vida espiritual de las almas, cuando muchas veces ha sido tambien sustento de la vida temporal de los cuerpos? Todos saben que Santa Catalina de Sena pasaba las cuaresmas enteras sin otro manjar que aquel que recibía en la sagrada mesa: (3) una virgen en Roma, feliz no menos por el nombre que por su santa vida, pasó cinco cuaresmas enteras apacentada solamente del pan de los ángeles: (4) en la Helvecia un santo monge, llamado Nicolás, por espacio de quince años no tomó otro alimento que el que le suministraba el cuerpo de Jesucristo sacramentado: (5) S. Liberal obispo de Atenas, tenia por costumbre apacentarse el domingo en el altar del cuerpo y sangre preciosísima del Redentor, y despues pasar en ayunas toda la semana fuerte y robusto con aquel sagrado alimento: (6) Otros muchos sucesos semejantes se refieren en las historias eclesiásticas, con las cuales nos ha querido dar á entender el Redentor, que si este sacramento alimenta algunas veces la vida del cuerpo, para la cuál no es manjar connatural ó proporcionado; mucho mas sustenta la vida del espíritu, para la cuál ha sido especialmente instituido.

400 El segundo efecto es, el separar el alma de sus contrarios. Dos son los contrarios, que como enemigos de la vida es-

(1) S. Bern. serm. de baptism. in cons. Dom.

(2) Ser. 29. April. (4) Cœciaguera.

(3) S. Cir. lib. 4. in Joann. c. 19.

(5) Simon. Majol. diar. canoni. collect. 4.

(6) P. Nat. lib. 4. cat. Sanct. e. 93.

piritual del alma, tiran á su destruccion: el uno es nuestras pasiones con sus desordenados movimientos é impulsos; y el otro los demonios con sus sugeriones y engaños. Unos y otros reprime y aparta de nosotros la frecuente comunion. Acerca de la extincion de nuestras pasiones, dice S. Cirilo Alejandrino: *sedat, cum in nobis manet Christus, sævientem membrorum nostrorum legem, pietatem corroborat, perturbationes animi extinguit*. Dice, que estando Jesucristo dentro de nosotros extingue las pasiones de nuestro ánimo; reprime las inclinaciones desaregladas de nuestros miembros, que tiranizan al espíritu; y corrobora la devocion y piedad. Lo que examinando el Angélico con el rigor escolástico, afirma, que si bien el sacramento de la Eucaristía no se endereza directamente á disminuir y apagar el fómite de la concupiscencia; con todo eso, de hecho lo temple y disminuye, encendiendo el fervor, despertando la devocion y acrecentando el ardor de la caridad: *dicendum, quod licet hoc sacramentum non directe ordinetur ad diminutionem fomitis, diminuit tamen fomitem ex quadam consequentia, in quantum auget charitatem*. (1)

401 Un viajante, que caminando con la fuerza del sol ardiente, siente que se le abrasan de sed las entrañas, si encuentra por el camino una limpia fuente, mete en ella los labios secos, y con aquel fresco licor se refrigera, se restaura y temple el interno ardor. Así si un hombre arde por la pasion de la ira ó del ódio, de la lujuria ó de la envidia, de la codicia ó de otra desordenada aficion; llegándose frecuentemente á la fuente de la vida que en el sacramento reside, y bebiendo en ella las aguas purísimas de la gracia; poco á poco se enfriará el ardor de sus pasiones, se apagará el calor de sus desarreglados deseos, y se reducirán presto á un justo temple sus desordenados afectos. Por eso hablando á sus monges S. Bernardo, les decia: si alguno de vosotros no siente tan vivos los movimientos de la ira, de la envidia, de la lujuria y de los otros apetitos, rinda las gracias al cuerpo y sangre de Jesucristo

1. Dom. Thom. 3. p. q. 20. alias 79. art. 6. ad 3.

que recibe en la mesa de la Eucaristia; porque en él obra manifestamente la virtud de este divino sacramento; *si quis ver-
trum non tam saepe modo, non tam acerbo sentit iracundia, in-
vidios, luxurios, aut caeterorum hujusmodi, gratias agat cor-
pori & sanguini Domini quoniam virus sacramenti operatur
in eo.* (1)

402. Esta doctrina que el santo Abad habia predicado a sus monjes, la vió en una ocasion verificada con gran consuelo suyo en un secular de costumbres perversas, como refiere Ce- sareo. (2) Un soldado amaba tan locamente a una concubina suya y conjunta en sangre, que nada aprovecharon, ni las re- prensiones de los domésticos, ni las correcciones de los sacer- dotes, ni las excomuniones de los Obispos, ni la publica infamia que le resultaba, para apartarle de tan infame comercio. Enfer- mó gravemente, y en breve se redujo al extremo. Aterrado al infeliz con la vecindad de la muerte, llamó á un sacerdote para que le administrase los santos sacramentos. Fué el sacerdote, llevando consigo la santísima Eucaristia; pero antes de darle la comunión le intimó que abandonase su mala costumbre, ale- jase de sí la ocasion, y con una exacta confesion se reconciliase con Dios. Ciego el hombre con su passion, respondió que no po- dia apartarse de aquella muger. Y el sacerdote, teniéndole por indigno de los sacramentos, se tornó con la Eucaristia á su iglesia. Dispuso Dios que por el camino se encontrase con el grande abad de Claraval San Bernardo; el qual entendido el funesto suceso; volved atrás, le dijo, y venid conmigo. Habiendo entrado el Santo en el aposento del infeliz moribundo, trabajó tanto con sus dulces y eficaces modos de hablar, para apartar- le de aquella mala amistad, que al fin le pareció bastante dispuesto para recibir los santos sacramentos; y así ordenó al sacerdote que se les administrase. ¿Quién lo creyera? Apenas hubo recibido el santo Viático, cuando sintió el enfermo arrastrársele del corazón todo afecto hácia aquella muger; y con- trocársele el amor en aborrecimiento. De manera, que lloran-

(1) S. Bern. serm. de bapt. in coena Dom.

(2) Cesareo. lib. 2. mira. c. 12.

do deshechamente le decia al santo Abad, que quisiera mas bien mirar el rostro de un mónstruo y de una furia, que no el rostro de aquella muger, que tan locamente habia amado; y dando muchas gracias á Jesus sacramentado, que tan súbitamente le hubiese trocado el corazon, murió con muchas lágrimas de contricion. Veis aquí la fuerza que tiene el santísimo Sacramento, de vencer qualquiera pasion por mas radicada que esté en nuestros ánimos. Y si es tan grande la virtud que comunica una sola comunión, aunque recibirla de persona hasta entonces malvada; ¿cuánta comunicará una estable frecuencia de comuniones practicadas devotamente de personas espirituales?

403 El otro contrario de la vida espiritual de nuestras almas de que nos aparta la santa comunión, son las tentaciones de los demonios; porque viéndonos éstos unidos y aun incorporados con Jesucristo nuestra cabeza y nuestro invictísimo capitan, temen, tiemblan, huyen y cesan de molestarnos con sus sugerencias, como dice el Angélico hablando de este sacramento: *repellit omnem dæmonum impugnationem.* (1) Ó si acaso nos asaltan, sus tentaciones tienen poca ó ninguna fuerza para vencernos. En suma, el enemigo infernal lo hace con nosotros cómo un general de ejército con sus enemigos, que viéndoles débiles, toma ánimo para asaltarlos; pero si los vé confederados con un capitan mas fuerte que él, y con un ejército mas poderoso que el suyo, teme y se retira; y no pudiendo retirarse, embiste á los enemigos, pero con menos atrevimiento: *hic mysticus sanguis*, dice S. Juan Crisóstomo, *dæmones proculpellit; angelos & angelorum Dominum ad nos allicit: dæmones enim cum dominicum sanguinem in nobis vident, in fugam vertuntur, angeli autem currunt.* (2) La sangre de Jesucristo, dice, aleja de nosotros á los demonios, llama á los ángeles y al Señor de los ángeles á estar con nosotros; porque viendo nuestros enemigos dentro de nosotros la sangre del Redentor huyen; y los ángeles acuden luego á nuestra defensa.

(1) D. Thom. loc. cit. in corp.

(2) S. Chrys. 45. in Joann.

Y ésta es la razón por que quiere el Santo que salgamos de esta sagrada mesa á manera de leones encendidos en un santo ardor, para que no sean ya terribles para nosotros los demonios; sino que nosotros seamos terribles y formidables para ellos: *tanquam leones igitur ignem spirantes ab illa mensa surgamus, diabolo formidolosi.* (1)

404 Refiere Cantimprato, (2) que queriendo pervertir un herege á un religioso del venerable órden de Santo Domingo, le dijo: si yo os hiciere ver á Jesucristo, á su santísima Madre y á toda la córte del cielo, en testimonio de cuanto os propongo para creer, ¿os inclinareis entonces á mi doctrina? El religioso, aunque veía que esto de ninguna manera podia suceder, sin embargo prometió en la apariencia, que queria creer solo á fin de certificarse de lo que el herege meditaba hacer, para conciliar la fé y creencia de sus errores. Por lo cual se acompañó con él; pero llevando escondida debajo de la capa una cajita con el santísimo Sacramento. El herege le condujo á una profunda y oscura cueva, pasada la cuál, entraron en un lugar espacioso y ameno, en el cuál estaba un palacio muy alto, todo resplandeciente de viva luz. Habiendo entrado en él, vieron sobre un sublime trono todo bordado de piedras preciosas á un rey en postura muy magestuosa, y con un semblante muy resplandeciente y luminoso. Estaba á su lado una reina de muy rara belleza. De una y otra parte estaban sentados sobre sillas de oro personajes muy decorosos á manera de patriarcas, profetas y apóstoles. Al rededor iba volando una gran multitud de ángeles, en forma muy resplandeciente y hermosa. El herege se postró de rodillas para adorar á aquellos personajes postizos, y le dijo al dominicano que hiciese lo mismo. Mas él sin inclinarse nada se acercó al trono de la reina, y sacando afuera la sagrada hostia, si vos, le dijo, sois la madre de Dios, veis aqui á vuestro divino Hijo; adoradle y entonces os adoraré como á su madre. Al aparecer la santísima Eucaristía se desvanecieron el rey, la reina, los ángeles, los personajes y el pa-

(1) *Ed. rom.*

(2) *Cantimp. Apua. lib. 2. c. 57. part. 23.*

lacio, como en apareciendo el sol se desvanecen todas las sombras de una noche oscura; y se hallaron ambos en lo profundo de aquella lóbrega caverna, rodeados de densísimas tinieblas: y tuvieron mucho que hacer para encontrar la senda que los condujese á la verdadera luz del sol. Sobre este hecho yo discurro así: si el santísimo Sacramento por defuera, y encerrado en una cajita disipó en un momento todos aquellos objetos engañosos que los demonios habian fabricado á los ojos de aquellos dos miradores, y puso en huida á todos aquellos espíritus malvados: ¿podremos creer que el mismo sacramento recibido dentro de nosotros, no disipará aquellas especies engañosas que los demonios fabrican en nuestra mente, y aquellos afectos nocivos que despiertan en nuestros corazones para arruinarnos? ¿Y que con su íntima presencia no alejará de nosotros á nuestros enemigos? Contra los engaños, pues, de los demonios ¿podrá acaso mas Jesucristo sacramentado manifestado por defuera, que unido, incorporado y casi identificado por dentro con nosotros? No es posible.

405 El tercer efecto de la frecuente comunión es acrecentar y aumentar la vida del alma. Así como en nuestro cuerpo con la fatiga y ocupaciones exteriores, y tambien con la aplicacion interior del estudio, se van disipando y consumiendo los espíritus vitales; insensiblemente se va entibiando el calor natural, y muchas partículas de nuestro cuerpo, parte destruyéndose y parte evaporándose, se van lentamente perdiendo; y si no se diese con el manjar reparo á esta pérdida, poco á poco se acabaria nuestra vida: así en nuestras almas con las distracciones de muchas ocupaciones que al dia nos ocurren, se va enfriando el calor de la caridad; se van perdiendo los sentimientos devotos; el espíritu se va insensiblemente disipando; y si no se pusiese remedio á semejantes pérdidas, iriamos al fin á perdernos entre grandes males. Pero gracias á Dios, que nos ha proveido de este manjar del paraíso que recoge el espíritu disipado, calienta los sentimientos entibiados, enciende el fervor de la caridad y hace la vida del alma mas

fuerte y mas robusta que antes, para correr por el camino de la cristiana perfeccion. Obsérvese como explica bien S. Cipriano estos progresos de perfeccion que se hacen por medio de la santísima Eucaristia: *quam præclarus est calix iste, quam religiosa est hujus potus ebrietas, per quam excedimus Deo, & quæ retro sunt, obliti, ad anteriora extendimur, non habentes sensum hujus mundi, sed divitis purpurati divitias contemnentes, cruci hæremus.* (1)

406 La vida espiritual del alma, como todos saben, consiste en la gracia santificante por la cuál participamos del ser de Dios, y comenzamos á vivir en el orden sobrenatural una vida divina. Esta gracia, segun nos enseña nuestra santa fe, se comunica la primera vez en el bautismo y en el sacramento de la penitencia á quien está privado de ella. Despues en los otros sacramentos en que el alma debe estar ya en posesion del precioso tesoro de dicha gracia, solamente se aumenta. Pero en ningun sacramento se hace un aumento tan grande como en la santísima Eucaristia; porque aquí viene el mismo Jesucristo en persona á comunicarla: por lo cual conviene, que la dé en mayor abundancia; y por decirlo así, á manos llenas. Como un Monarca haciendo limosna por su propia mano, conviene que la reparta mas copiosa y mas espléndida que cuando la hace por medio de sus ministros. De donde quiero inferir, que el sacramento del altar no solo corrobora la vida del alma, como he dicho en el número precedente; sino que tambien la aumenta y hace crecer abundantísimamente á proporcion de la gracia que en cada comunion nuevamente se confiere al alma.

407 El cuarto efecto de este manjar divino es el deleitar la vida espiritual del alma con las delicias del espíritu: *hoc autem sacramentum est spiritualis manducatio, quæ habet actualem delectationem.* Son palabras del Angélico con que afirma, que este gran sacramento tiene por propio el causar actual deleite á las almas que devotamente lo reciben, así como el manjar corporal dá gusto al paladar que lo prueba. S. Cipriano añade,

(1) S. Cypri. serm. in cenâ Dom.



que la delectacion que trae al espíritu este pan de los ángeles es tal, que la enagena y despoja totalmente de todos los placeres mundanos. Por lo cual, de él más que del maná que llovía á los Israelitas en el desierto puede decirse, que es el verdadero maná del cielo. Porque si bien aquel daba al paladar todo sabor, pero no saciaba ni satisfacía cumplidamente á los Hebreos que lo comían; pues les dejaba desear las ollas y las cebollas viles de Egipto. Pero este maná del paraíso trae á las almas devotas y bien dispuestas un placer tan íntimo y tan sincero, que las satisface plenamente, y las deja con despego y náusea de todo otro deleite terreno. Veis aquí las palabras del Santo: *panis iste angelorum omne delectamentum habens, virtute mirifica omnibus, qui digne & devote sumunt, secundum suum desiderium sapit, & amplius quam manna illud eremi implet & satiât edentium appetitus; & omnium carnalium saporum irritamenta, & omnium superat dulcedinum voluptates.* (1)

408 ¿Qué más? Es tan grande el deleite que este pan celestial engendra en las almas devotas, que alguna vez redundaba también en los sentidos exteriores, haciendo sentir al paladar una tan grande dulzura, que no se le puede comparar ni la miel, ni la leche, ni el nectar, ni la ambrosia, ni otra alguna sabrosa vianda: y tal vez hace sentir al olfato tan suave fragancia, que en su comparacion parece desagradable el olor de las violetas, de las rosas, de los lirios, de los ámbares, del timiama, y de cualquier otro perfume oloroso, como han experimentado y experimentan también en nuestros días tantos siervos de Dios en el acto de recibir este manjar del paraíso. Adviértase, que aunque la santa comunión no siempre trae al alma, y muy mucho menos al cuerpo estas dulzuras sensibles, siempre deja en las personas espirituales que están bien dispuestas y aparejadas una cierta refección de espíritu: quiero decir, una cierta paz interior, una cierta luz serena, una cierta inclinación á la virtud, y una cierta prontitud mayor para practicarla, que es puntualmente lo que más se debe estimar como

(1) S. Cypr. serm. in Cena Dom.

mas provechoso, y lo que mas se debe desear de quien busca solidamente el aprovechamiento de su espíritu.

409 Concluyamos que los efectos de este manjar Eucarístico son puntualmente aquellos cuatro que insinúa el doctor Angélico: esto es, sustentar nuestra vida espiritual, separarla de todos aquellos contrarios que tiran á su destruccion, acrecentarla y dilatarla: y que por eso en este sacramento, como dice el mismo Santo, se perfecciona la vida espiritual del cristiano; por lo cual lo debe tomar por medio principalísimo de su espiritual perfeccion. Si desea el lector mejorar su vida, y hacer progresos en la via del espíritu, lléguese á la sagrada comunion con la mayor frecuencia que le sea posible, segun la direccion y consejo de su director.

CAPITULO III.

*SE EXPONEN LAS DISPOSICIONES PRÓXIMAS CON
que debe aparejarse la persona devota para recibir la santa
comunión*

410 **S**e exponen aquí solamente las disposiciones próximas, no tratándose nada de las remotas que se deben poner mucho antes, consistiendo estas en una grande perfeccion y santidad de vida muy conveniente para recibir al Monarca de los cielos. Hablo solo de aquellas disposiciones que deben ponerse poco antes que la persona se llegue á recibir la santa comunion, como necesarias para adquirir aquellos efectos de perfeccion, que en los precedentes capitulos hemos mostrado que se derivan de este manjar del paraíso.

411 Para que una parra sea fecunda para producir sus frutos, no basta que esté unida y sostenida del olmo; sino que es menester que no esté seca ni privada de su vida vegetativa, como tambien que no esté privada del humor necesario para producir sus dulces racimos. Así para que un alma saque de la santa comunion los efectos de perfeccion, no basta que se una materialmente en el sacramento con Cristo, que es nuestro verda-

dero apoyo; sino que es menester que no esté privada de la vida de la gracia, porque si á manera de vid seca y muerta se une con el verdadero arbol de la vida, que es el Redentor, no será ciertamente capaz de producir frutos de vida eterna. Celebrando S. Piamon la santa misa, vió al lado del altar á un ángel de bellissimo aspecto, que tenia en la mano un libro de oro y en él escribia los nombres de todos aquellos monges que se llegaban al altar para recibir el cuerpo glorioso del Redentor. Pero observó, que viniendo algunos de aquellos monges á la sagrada comunión tenia el ángel suspensa la pluma y no escribia sus nombres. Acabado el santo sacrificio, llamó á sí el Santo á todos aquellos religiosos, cuyos nombres no habia escrito el ángel: pidió á cada uno exacta cuenta de su conciencia, y halló que todos estaban manchados con culpa grave. Les indujo á todos á una verdadera penitencia; y volviendo despues á ofrecer el santo sacrificio, vio que el ángel escribia tambien los nombres de estos en el libro de la vida. (1) Nótese, que aunque aquellos infelices monges se unian como los otros corporalmente á Cristo sacramentado; sin embargo, siendo vides secas y muertas ya á la gracia, quedaban inhábiles para recibir del cuerpo vital de Jesucristo frutos de vida eterna; y por eso no eran notados del ángel en el libro de la vida.

412 A mas de esto es menester que el alma no se llegue á la comunión disipada y distraida; sino que esté llena de jugo de devoción: de otra suerte á manera de vid viva si, pero infecunda, no será capaz de recibir de la union con Jesucristo copiosos frutos de salud y de perfección, como dice Santo Tomás: *effectus hujus Sacramenti non solum est adeptio habitualis gratiæ & charitatis, sed etiam quædam actualis refectio spiritualis dulcedinis: quæ quidem impeditur, si aliquis accedat ad hoc sacramentum per peccata venialia mente distractus.* (2) Dice el Santo, que es efecto de este sacramento, no solo el aumento de la gracia habitual y santificante; sino tambien una cierta refección espiritual, que refocila el espíritu, y lo hace

(1) In vitis PP. vita 21. S. Piamonis (2) S. Thom. 3. p. q. 20 alias 79. art. 8. in corp.

robusto para ir adelante en el camino de la salud y de la perfeccion. Mas este efecto, dice, que se impide, si la persona se llega con la mente distraida é indevota, cometiendo culpas ligeras.

413. Esta devocion, pues, que debe ser el último aparejo para recibir este pan de ángeles, consiste á mi parecer, principalmente en tres géneros de actos. Lo primero en actos de viva fé; lo segundo en actos de profunda humildad; y lo tercero en actos de ardentísimos deseos. Antes de llegarse á la sagrada mesa avive cada uno la fé, y crea que debajo de los sagrados accidentes de la hostia, aunque por defuera muestre tan poco aparato, está escondido aquel Dios humanado, que reina en el cielo á la diestra del Eterno Padre, y con su bienaventurado rostro llena de alegria, de gozo y de jubilo á todo el paraíso. Crea esto con mayor firmeza que si viese con sus ojos y tocase con sus manos aquellas carnes gloriosas. Esta era la fé que tenia S. Luis Rey de Francia hácia este divinísimo Sacramento. (1) Porque celebrándose misa en la capilla real, sucedió que al elevar la hostia consagrada apareció á los ojos de todo el pueblo Jesucristo reducido allí en forma de un hermoso y resplandeciente niño. Fué rogado el sacerdote de no retirar las manos hasta que fuese avisado el Rey del milagroso suceso, para que él tuviese tambien el consuelo de hallarse presente á tan gustoso espectáculo. Y al punto corrieron algunos de sus cortesanos á su sala para hacerle saber el suceso; mas el Señor Rey les respondió de esta suerte: vaya en hora buena á mirar semejantes prodigios quien no cree que Jesucristo está presente en la hostia consagrada; que yo lo creo mas firmemente que si lo viera con mis ojos; y no quiso salir de su retrete. Tenga la persona espiritual semejante fé, y no dude que sacará de la santa comunión efectos de santidad.

414. A la fé añadada la humildad, la reverencia y un sagrado temor de la magestad y grandeza de aquel Dios que ha de recibir. Figúrese á este fin, como se lo figuraba S. Juan

(1) Thom. Bozius lib. 14. de sig. Eccles. cap. 7. n. 5. & alli.

Crisóstomo, que vé al rededor del sacerdote, y al rededor del altar en que reside Jesus sacramentado, una gran multitud de ángeles: figúrese que los vé venir del cielo á escuadrones, para honrar con dulces cánticos y con profundas adoraciones á su Rey: *per id tempus, & Angeli sacerdoti assident, & cœlestium potestatum universus ordo clamores excitat, & locus altari vicinus in illius honorem, qui immolatur, Angelorum choris plenus est: id quod credere absurde licet vel ex tanto illo sacrificio, quod tunc peragitur.* (1) Ó si no en el tiempo en que se celebra el incruento sacrificio imagínese, que vé abrirse los cielos en un magestuoso teatro y bajar Jesucristo acompañado de coros angélicos con gran pompa de gloria y con todo el trén debido á su divina magestad, como se lo imaginaba San Gregorio: (2) *quis fidelium habere dubium possit in ipsa immolationis hora ad sacerdotis vocem cœlos aperi, in illo Jesu-Christi misterio angelorum choros adesse; summis ima sociari; terrena cœlestibus jungi; unumque ex visibilibus & invisibilibus fieri?* Despues haciendo reflexion sobre la propia miseria, confróntela con tanta grandeza y tanta gloria: y con una tal comparacion abátase con prontos sentimientos de humillacion, de reverencia, de veneracion y de un santo temor; y vaya repitiendo con el Centurion: *domine non sum dignus, ut intres sub tectum meum;* conforme lo enseñaba Origenes á los fieles desde los primeros siglos de la santa Iglesia: *quando sacrum cibum illum illudque incorruptibile accipis epulum, quando vitæ pane & poculo frueris, manducas corpus, & sanguinem Domini, tunc, Dominus sub tectum tuum ingreditur. Et tu ergo humilians te ipsum, imitare hunc Centuriorem, & dicit: domine non sum dignus, ut intres sub tectum meum.* (3) Cuando recibes, decia el citado Padre, aquel sagrado manjar, aquella vianda incorruptible, aquella bebida y aquel pan de verdadera vida, y comes el cuerpo y sangre del Redentor, entonces entra Dios en tu casa. Humillate entonces profundamente é imita al Centurion, diciendo: Señor, yo no soy digno de que entreis en esta mí vilisima casa.

(1) S. Chrys. lib. de Sacerd. (2) S. Greg. Dialog. lib. 4. c. 30. (3) Orig. hom. 5. Tom. 1. 32

415 San Gerónimo, gran Doctor de la Iglesia, estando moribundo pidió el santo Viático: y acercándose à su aposento la sagrada Eucaristía, se hizo poner sobre la desnuda tierra: y despues recogidos aquellos pocos espíritus que le habian quedado en aquel extremo, se puso de rodillas sobre el pavimento, é inclinándose profundamente y golpeándose el pecho, recibió el cuerpo sacrosanto del Redentor. (1) San Guillermo, Arzobispo del orden del Cistér, estando vecino á morir, pidió con grande instancia la santísima Eucaristía; y aunque se hallaba tan extenuado de fuerzas, que no podia revolverse de un lado á otro, antes ni aun tragar una gota de agua; sin embargo, al llegar Jesucristo sacramentado, se arrojó improvisamente de la cama con pasmo de los icrcunstantes, y á manera de una llama débil que en un relámpago de luz súbitamente se aviva, se fué al encuentro de su Señor; muchas veces se arrodilló, muchas veces se inclinó profundamente para adorarle; y entre estos actos de humildísima reverencia le recibió. (2) Semejantes esfuerzos practicados de estos grandes siervos de Dios en su muerte, muestran la grande veneracion que nutrian en su corazon hácia el santísimo Sacramento, y la grande humildad y obsequio con que estaban acostumbrados á recibirlo cuando gozaban de próspera salud.

416 Pero aun me causa mas admiracion lo que se lee de aquel apóstata infame y rebelde contumaz de la Iglesia Enrique VIII: es á saber, que despues de haber vuelto totalmente las espaldas à la fé católica, despues de haber confundido todas las cosas sagradas y profanas, y despues de haber perdido todo sentimiento de honestidad y piedad; solo no perdió cierto sentimiento de veneracion al santísimo Sacramento. Porque hallándose el infeliz cerca de morir, pidió la santa comunión; y antes de recibirla, se levantó de la silla en que estaba sentado (por no poder por su enfermedad estar echado en la cama) y postrose de rodillas en tierra. Le fué dicho de los hereges Zuignianos que estuviese sentado; porque estando enfermo, no

(1) Mar. Marín. lib. 4. c. 18. (2) Sur. in ejus vita 10. Jan.

era indecente el comulgar en aquella postura. Respondió él: si yo no solo me echase en tierra, sino que me sumiese aun debajo de la tierra, no me pareceria que daba bastante honra á este santísimo Sacramento. Concluye despues el historiador así: *utinam in omnibus talis! Et fuisset indubie, nisi perditorum consiliis; ac propriis conscientibus nunium acquievisset.* (1); Pluguiera á Dios que tal se hubiese mostrado en todas las otras cosas! Y tal ciertamente hubiera sido, sino hubiese dado oidos á los consejos de hombres perversísimos, y á los pésimos dictámenes de su delincuente conciencia. Ahora, si un enemigo jurado de la santa fé procede con tanta reverencia hácia el Sacramento del altar en el acto de recibirlo, aunque indignamente; ¿qué deberá hacer un católico que tiene verdadera fé? ¿Qué deberá hacer una persona espiritual, que tiene en la mente una luz un poco mas clara de fé? ¿Con qué humildad interior, con qué obsequio, con qué temor reverencial deberán semejantes personas llegarse á la sagrada mesa, para refocilar su espíritu con este pan del cielo?

417 Advierta la persona devota, que aparejándose á la santa comunión, no debe parar en esta humildad, reverencia y temor respetuoso para recibir el cuerpo de su Señor; sino que despues de haberse ejercitado en semejantes actos, ha de pasar á despertar en sí misma un santo amor que la ponga en un grande deseo de recibir en la habitacion de su corazon á este huésped divino. Este es puntualmente el tercer afecto que propuse por aparejo, para recibir á Cristo sacramentado. Embébase, pues, el alma en la consideracion del grande amor y de la suma bondad de Dios, que maravillosamente resplandece en este gran sacramento: pues no obstante su infinita grandeza, y nuestra extrema vileza, quiere venir á nuestro pecho, quiere incorporarse con nuestro miserable cuerpo y quiere unirse estrechamente con nuestro espíritu. Enamórese de tanta bondad; provoque su corazon á amar á quien tanto le ama. De aquí por una cierta connaturalidad nacerán ardientes deseos de unirse

con el objeto amado: *nemo igitur*, dice S. Juan Crisóstomo, *nauseans accedat, nemo irresolutus; sed incensi, ac ferventes omnes accedant.* (1) Ninguno se llegue con náusea y disgusto; sino todos fervorosos y encendidos en vivos deseos. Mirad, prosigue el santo, con cuanta ansia los niños se aplican á los pechos de su madre. Pues con el mismo ardor debemos tambien nosotros aspirar á esta mesa celestial, y debemos aplicar los labios á este caliz divino: con el mismo, y aun con mayor deseo debemos anhelar, como niños de leche, el seno de nuestro amantísimo Padre Jesucristo, para gozar de la dulce leche de su gracia; y la única pena nuestra y nuestro único dolor ha de ser el estar privados de este espiritual alimento: *non videtis quanta infantes animi alacritate mamillas arripiunt? Qua pressione papillis infigunt labia? Non minore cupiditate nos quoque ad hanc mensam, & ad hujus calicis spiritualem accedamus papillam: imo vero majore desiderio, quasi lactentes pueri gratiam Christi sugamus. Unus sit nobis dolor, una mœstitia, si hoc alimento spirituali privamur.* Para encender en nosotros antes de la comunión estos ardientes deseos, podemos considerar en nuestro Redentor varios caractéres todos propios de su infinita bondad. Podemos, digo, considerarle ahora como esposo amante que desea unirse con nuestra alma; ahora como amigo fiel que viene á consolar á nuestro espíritu; ahora como padre amoroso que está con los brazos abiertos para estrecharnos dulcemente á su seno; ahora como médico piadoso que viene con el bálsamo de su gracia á cicatrizar las heridas de nuestra alma y á sanarla de sus enfermedades; ahora como amantísimo pastor que viene á nosotros sus pobres ovejas á apacentarnos con sus mismas carnes, y darnos á beber su propia sangre; ahora como conductor y guía fiel que nos viene á encontrar para señalarnos con sus luces el camino de la perfección, y á confortarnos con sus internas inspiraciones para caminar por él velozmente. Y sobre todo, debemos siempre considerarle como nuestro sumo y único bien, que viene para llenarnos el seno de mil

1 / S. Chrysost. hom. 83. in Matth.

bendiciones. Despues de estas devotas reflexiones: *accédamus*, diré con el Damasceno, *ardenti cupiditate ad eum adcamus; manibusque in crucis formam compositis, Crucifixi corpus suscipiamus.* (1) Acerquémonos con ardientes deseos, y con las manos juntas en forma de cruz recibamos á nuestro Dios crucificado.

418 Cuanto fuere mejor este aparejo con que nos dispusiéremos á recibir el cuerpo santísimo del Redentor, tanto seran mas copiosos los frutos que sacaremos de la comunión, y tanto mas eficaz medio sera este para conducir á grande perfeccion la vida espiritual de nuestra alma, como dice Santa Catalina de Sena, (2) y explica muy bien con la paridad de varias velas encendidas: *como encendiéndose muchas candelas, todas reciben sin duda luz, calor y color, pero mas aquella que es de mayor grandeza; asi al recibir la sacrosanta Eucaristia, todos reciben la gracia, pero recibe mucho mas aquel que está mejor dispuesto y con mas capacidad.* Puede explicarse esto mismo con la paridad de quien va á buscar agua á la fuente, que cuanto es mayor el vaso que lleva, tanto es mas el agua que trae consigo. Asi, cuanto mas dilataremos los senos del alma con la fe, con la humildad, con la veneracion y con los fervientes y amorosos deseos, tanto sera mas abundante la gracia, y tanto mas copiosos los auxilios que recibiremos para la perfeccion de esta fuente de gracias. Cuéntase en la historia del órden cisterciense, que comulgando un santo monge recibia sènsiblemente de la santa partícula una inefable dulzura en el paladar, la cuál le duraba á veces por un dia, á veces por tres dias, y á veces por una semana entera. Hubo una vez de reprender el buen religioso á un amigo suyo, por no se qué yerro que habia cometido; pero en el acto mismo de hacer la correccion traspasó algun tanto los términos de la moderacion y los confines de la caridad cristiana. Y no haciendo caso alguno de esta su falta, atribuyéndolo todo á desahogo de santo celo, se fue conforme tenia de costumbre á comulgar. Mas esta

(1) S. Damasc. lib. 4. orthod. fid. c. 4. (2) S. Catar. Dialog. 10.

vez la santa hostia que antes le parecia mas dulce que el nectar y mas suave que la miel, se le hizo sentir mas amarga que los ajenos, y mas desagradable que la hiel. Se horrorizó el monge á un tan infausto é inopinado suceso; y haciendo reflexion que esto no podia provenir de otra cosa que de aquella poca mansedumbre y caridad que habia practicado con su prójimo, hizo áspera penitencia. Aquí vea el lector, que el Sacramento obra á proporcion de las calidades buenas ó malas que halla en nosotros. Por eso aparéjese del modo dicho si quiere sacar efectos de perfeccion y santidad.

CAPITULO IV.

SE EXAMINA CUANTA DEBA SER LA FRECUENCIA de los fieles en comulgar, y especialmente si en las personas seculares pueda extenderse á cada dia.

419 **V**arias son las opiniones de los padres espirituales sobre este punto. Algunos se inclinan á la frecuencia de la santa comunión, y aconsejan á sus penitentes que se lleguen á menudo á la sagrada mesa para sustentarse del divino pan: Otros estan agenos de esto y dicen, que para mayor decencia se lleguen sus penitentes mas raras veces á este sagrado convite. Por lo cual es necesario determinar, lo que segun la doctrina de los santos Padres, y segun las reglas de la prudencia se debe practicar en un punto de tanta importancia. Mas porque la mayor dificultad está acerca de la comunión cotidiana, que muchos juzgan desconveniente á las personas seculares que no estan dedicadas al culto divino, por eso conviene que acerca de ésta hagamos un mas exquisito examen, tomando la cosa de sus principios y fundamentos.

420 Es cierto, que en la primitiva Iglesia todos los fieles de cualquiera condicion, ó libres, ó conjugados, ó seculares, ó eclesiásticos comulgaban cada dia. Lo refiere San Lucas en

los actos de los Apóstoles: (1) *erant autem perseverantes in doctrina Apostolorum, & communicatione fractionis panis. Y poco despues: quotidie quoque perdurantes unanimiter in templo, & frangentes circa domos panem, sumebant cibum cum exultatione & simplicitate cordis, collaudantes Deum & habentes gratiam ad omnem plebem.* Los sagrados intérpretes, por aquellas palabras del sagrado texto, en que se dice que eran constantes aquellos primeros fieles en la comunión de partir el pan; que cada día se partía el pan por las casas, y se tomaba aquel sagrado manjar con gozo y con simplicidad de corazón, y con himnos de alabanzas á Dios; entienden el pan consagrado de la sacrosanta Eucaristía; tanto mas que la version siriaca lee: *frangentes munus benedictum:* que se partía el pan bendecido, esto es, consagrado. Mas cuando aun pudiese nacer en este punto alguna sombra de dificultad, la deshace San Dionisio Areopagita afirmando, que en la primitiva Iglesia cuantos se hallaban presentes á la consagración de la santísima Eucaristía todos comulgaban: *in prima Ecclesia quotquot aderant consecrationi Eucharistiae communicabant eidem.* (2) S. Anacleto Papa hizo decreto, de que todos los fieles todos los días comulgasen, alegando el decreto de los Apóstoles, y la santa costumbre que aun se mantenía constantemente en la Iglesia romana: *peracta communione, omnes communicent, qui noluerint ecclesiasticis carere liminibus. Sic enim & Apostoli statuerunt; & sancta romana tenet ecclesia.* (3)

421 Esta laudabilísima costumbre perseveró por muchos siglos en la Iglesia de Dios, como se saca de los dichos de los santos Padres. S. Cipriano habla así: *panem quotidianum da nobis hodie. Hunc panem dari nobis quotidie postulamus, ne qui in Christo sumus, & Eucharistiam, quotidie ad cibum salutis accipimus, intercedente aliquo graviore delicto, dum abstenti, & non communicantes à caelesti pane prohibemur, à Christi corpore separemur.* (4) Dice el Santo, que todos los cristianos tomaban cada

(1) Act. 2. 42. 46. (2) S. Dion. Areop. Hier. Ecl. c. 13.

(3) G. st. de cons. disp. 2. c. Peracta. (4) S. Cypr. serm. 7. de orat. Dom.

dia la sagrada Eucaristia como manjar de su eterna salud; y que con las palabras de la oracion dominical rogaban á Dios que no permitiese en ellos alguna caída en culpa grave que les impidiese la cotidiana comunión, y los separase del santísimo cuerpo del Redentor. S. Gerónimo escribiendo á Lucino dice, que en su tiempo perseveraba la loable costumbre de la comunión cotidiana en la Iglesia romana y en la de España: *de sabbato quod quaeris, utrum jejunandum sit, & de Eucharistia, an accipienda quotidie, quod Romanæ Ecclesiae, & Hispanicæ observare perhibentur; scripsit quidem & Hyppólitus vir dissertissimus, & carptim diversi scriptores é variis authoribus edidit.* Despues manifestando sinceramente su parecer, aprueba esta comunión continua, á fin de gustar frecuentemente, como dice el Salmista, de la suavidad inefable de nuestro Dios; con tal que no haya culpa que remuerda, que punce, y que impida este divino comercio: *Eucharistiam quoque (puto) absque condemnatione nostri, & pungente conscientia, semper accipere & Psalmistam audire dicentem: Gustate, et videte quoniam suavis est Dominus.* Escribiendo el mismo Santo á Pammaquio vuelve á decir, que en Roma florecia aun el bello uso de recibir cada dia el cuerpo sacratisimo del Redentor: *scio Romanæ hanc esse consuetudinem, ut fideles semper Christi corpus accipiant.*

422 S. Basilio afirma, que el comulgar todos los dias y participar todos los dias del sagrado cuerpo y preciosa sangre de Jesucristo es cosa muy loable y muy útil; habiendo dicho él mismo, que cualquiera que come su carne y bebe su sangre, tendrá la vida eterna: *communicare per singulos dies, & participare de sacro corpore & sanguine Christi, pulchrum est & valde utile, ipso manifeste dicente: qui manducat meam carnem & bibit meum sanguinem habet vitam æternam.* (1) San Ambrosio hablando de la sagrada Eucaristia, quiere que cada dia se reciba: *accipe quotidie, quod quotidie tibi prosit. Sic vive, ut quotidie merearis accipere. Qui non meretur quotidie accipere, non meretur*

(1) S. Basil. epist. ad Cesariam Patritiam.

post annuñ accipere. (1) Recibe, dice el Santo, cada dia aquel sagrado manjar, para que todos los dias te aproveche. Pero vive de manera, que cada dia merezcas recibirlo. Advierte, que quien no merece recibirlo cada dia, tampoco merece recibirlo despues del discurso de un año.

423 S. Agustin tambien, quanto es de su parte, quiere que la comunion la reciban los fieles cada dia; y manifiesta claramente su deseo con aquellas palabras: *iste panis quotidianus est: accipe quotidie, ut quotidie tibi prosit.* Este pan eucaristico es pan cotidiano, recibelo cada dia, para que cada dia te aproveche. Verdad es que el Santo en una epistola suya á Januario dice, que esta loable costumbre ya comenzaba á perderse en varias partes de Africa; porque unos se llegaban todos los dias á la sagrada mesa, y otros no. Y el Santo refiere allí las razones que se alegaban por una y otra parte. Y esto creo yo que sea la causa, por que el santo Doctor en el libro de *Ecclesiasticis dogmatibus* dijo aquellas célebres palabras: *quotidie communionem percipere, nec laudo, nec reprehendo.* El recibir diariamente la comunion, ni lo alabo, ni tampoco lo reprendo. Porque si bien el Santo deseaba que todos cada dia se alimentasen con el cuerpo sacratisimo del Redentor, como habia manifestado en otra parte; mas sin embargo, porque veia que otros eran contrarios á esta santa costumbre, no quiso oponerse entonces manifestamente al parecer de ellos.

424 Presupuestas estas noticias; vengamos ahora á la conclusion. Digo, pues, que la comunion cotidiana introducida de los Apóstoles en la primitiva Iglesia, practicada por muchos siglos en la Iglesia católica, alabada y promovida de los santos Padres mas autorizados, si se considera en sí misma, y prescindiendo de las indisposiciones de los sugetos particulares, no es desconveniente, ni puede sin temeridad reprobarse en cualquiera clase de personas; porque una accion que por sí misma es reprehensible, no puede loablemente practicarse, ni aconsejarse en cualquiera circunstancia de tiempo.

(1) 8. Ambr. lib. 5. de Sacram. cap. 4.

425 Es verdad, que despues con el progreso del tiempo comenzó á disminuirse en el cristianismo la piadosa costumbre de comulgar cada dia; por lo cual fue necesario, que S. Fabian Papa estableciese para los fieles la comunion en tres dias al año; es á saber, en la Pascua, en Pentecostés y por Navidad. Finalmente se llegó á tal punto, que fué necesario establecer en el Concilio Lateranense celebrado en tiempo de Inocencio III, que todos los fieles, á lo menos en la solemnidad de la Pascua de Resurreccion, se llegasen á la sagrada comunion, y que á los transgresores de este precepto se les prohibiese la entrada en la Iglesia, en pena de su contumacia. (1) Este decreto fué renovado despues por el Concilio Tridentino. (2) Mas este descaecimiento no prueba que la comunion cotidiana por si misma no sea muy loable y muy comendable como era antes; sino solo prueba que ha faltado aquella piedad que florecia en los tiempos antiguos de nuestros predecesores, y que se ha resfriado aquel primer fervor de caridad. Puede explicarse esto con varias paridades muy convincentes. Ahora los cristianos no se privan de sus haciendas, no se despojan de sus haberes, no los tienen en comun para pública utilidad, como se acostumbraba entre aquellos primeros fervorosos cristianos. Ahora los fieles no están entre si unidos con un vinculo de tan fino amor que pueda decirse de ellos que tienen una sola alma y un solo corazon: *cor unum & anima una*; como se decia de los fieles de aquellos felices tiempos. Ahora, pues, ¿qué se ha de inferir de esto? Acaso, que aquel heroico desapropiamiento de bienes, aquella sobrefina caridad, no se deban tener por grandes virtudes? ¿O que no se deba alabar mucho en quien de presente lo practicase en si mismo? No ciertamente. Sino que se debe entretanto decir, que se ha entibiado en los cristianos el antiguo fervor; y que se ha apagado aquel deseo de perfeccion que antes ardia en sus corazones. Digase, pues, lo mismo de la comunion cotidiana; ya que la paridad va igualmente en el uno y otro caso.

(1) Conc. Later. cap. 27.

(2) Conc. Trident. ses. 13. can. 9.

426 Y cuanta verdad sea esto, se puede manifiestamente deducir de las declaraciones, que acerca de la comunión cotidiana se han hecho en estos nuestros últimos tiempos en la Iglesia de Dios. El Concilio Tridentino no solo alaba la comunión de cada día, sino que muestra deseo de que todos los fieles la practiquen: *optaret quidem sacrosancta Synodus, ut in singulis missis fideles adstantes, non solum spiritali affectu, sed sacramentali etiam Eucharistiæ perceptione communicarent, quo ad eos sanctissimi hujus sacrificii fructus perveniret.* (1) Deseára ciertamente el sacrosanto Concilio (nótense bien estas palabras,) que en cada misa comulgasen los circunstantes, no solo espiritualmente con el afecto, sino tambien sacramentalmente recibiendo la Eucaristía, para que se derivasen en ellos los copiosos frutos de este santísimo sacrificio. En el catecismo romano, ordenado por el mismo Concilio, y publicado por órden de S. Pio V. no solamente se aprueba la comunión cotidiana; sino que se manda á los pastores de las almas, que la promuevan en sus pueblos: *parochi partes erunt, fideles crebro adhortari, ut quemadmodum corpori singulis diebus alimentum ministrare necessarium putant, ita etiam quotidie hoc sacramento alendæ & nutriendæ animæ curam non abjiciant.* (2) Será oficio del Párroco, dice el Catecismo, el exhortar frecuentemente á los fieles, que asi como tienen por necesario el suministrar cada día el alimento al cuerpo, asi no se descuiden en alimentar y nutrir cada día el alma con este manjar eucarístico.

427 En confirmacion de esto que vamos diciendo, trae el Cardenal de Lugo un decreto de la sagrada congregacion del Concilio Tridentino, sacado el año de 1597 en el mes de Enero, con ocasion que un Obispo meditaba de vedar á sus Curas el dar á sus ovejas el pasto de la santa comunión mas que en tres dias á la semana, es á saber, el domingo, viernes y miércoles; con el motivo de conciliar mayor reverencia al sacramento, y de impedir la demasiada familiaridad con el mucho uso. Se opuso la congregacion diciendo, que en los tiempos

(1) Conc. Trid. ses. 22. c. 6.

(2) Cath. Roman. de Euchar. n. 9.

antiguo despues de la consagración todos recibian la Eucharistia; y que por eso es licito comulgar cada día. Vels aqui sus palabras: *ubstare, quia antiquo tempore, peracta consecratione, omnes adstantes Eucharistiam sumebant; et ideo licitum est quotidie Eucharistiam sumere.* De aqui infiere el docto Cardenal no poderse poner en duda, que el uso de la comunión cotidiana sea de suyo muy loable, antes bien mejor y más perfecto que el raro uso de ella. Y añade, que esta verdad no puede racionalmente ponerse en duda de católico alguno. Quede, pues, establecido, que la comunión cotidiana considerada en sí misma es muy loable no solo en las personas religiosas, sino tambien en las seculares; y que estando a la autoridad de los santos Padres, al uso de la antigua Iglesia y a los sentimientos de la Iglesia moderna, no se puede reprehender sin incurrir la nota de temeridad.

CAPITULO V.

SE DICE CUAL DEBE SER LA PRACTICA DE LA doctrina expuesta en el capitulo antecedente acerca de la comunión cotidiana.

428 **D**irán los directores de las almas: si la comunión cotidiana es provechosa y es recomendable a todos los fieles de uno y otro sexo, habremos de admitir indistintamente a la sagrada mesa cada día a hombres y mugeres, a personas solteras y casadas, a mercaderes, artifices y labradores, y a cualquiera que asistiere al santo sacrificio. ¿Mas cuantos desconcertos seguirian de aquí? ¿Cuántos abusos? ¿Cuántas indecencias? ¿Y cuales ultrages tambien al divino Sacramento? Respondo, que yo jamas he pretendido decir esto: Una cosa es, que la comunión de cada día sea de suyo muy loable y deseable en todos; y otra cosa es, que deba indistintamente practicarse de todos diariamente. Y aqui venga el angelico Doctor a dar la última decision a este punto, y a enseñarnos la práctica de las

solidísimas y bien fundadas doctrinas que hemos expuesto. Dice el Santo, que la sagrada comunión puede considerarse en dos maneras; ó con mira al sacramento que se recibe, ó con atención al que lo recibe. Si se considera del primer modo, es cosa muy loable que se haga todos los días, por la grande utilidad que de la santísima Eucaristia puede resultar á las almas devotas en cada día. Y en este sentido hemos hablado hasta ahora, encomendando la comunión cotidiana. Si se considera del segundo modo mirando al sujeto que debe comulgar, no es conveniente que se practique de todos cada día, porque para recibir frecuentemente el cuerpo del Señor, se requiere mucha puridad de conciencia, mucha devoción y reverencia; ni semejante disposición y aparejo se halla siempre en todos, á causa de muchas indisposiciones de alma y de cuerpo á que está sujeta la flaqueza humana.

439 Mas porque ninguno puede ser buen juez de sí mismo, por eso ninguno debe determinar por sí cual sea la tasa de comuniones que le conviene; ni establecer por sí mismo, si cada día, si cada semana, ó si despues de duplicadas semanas; sino que debe cada uno remitirse al juicio de su confesor, que conoce mejor las disposiciones en que se halla el alma, y segun ellas puede juzgar con mas rectitud. Y este puntualmente es el blanco á que tira un decreto de la congregación intérprete del Concilio, emanado segun la mente de Inocencio XI. en el cual primeramente se vedan dos cosas; la primera de no reprehender la comunión cotidiana: la segunda de no señalar generalmente á todos días determinados de comunión: *non ut à frequenti, aut quotidiana sacrae communionis sumptione, unica præcepti formula aliqui deterreantur; aut sumendi dies generaliter constituentur.* (1) Despues determina, que la decisión de este punto, esto es, si la comunión ha de ser ó no cotidiana, si ha de ser mas ó menos frecuente, pertenece á los pastores de las almas, que conociendo las disposiciones en que se hallan, pueden y deben, segun ellas, determinar rectamente la tasa. Fi-

(1) Congr. Int. Concil. 22. Febr. an 1679.

nalmente, exhorta á todos á promover la comunión de cada día, como se practique en el modo debido, y á dar gracias á Dios cuando se viere ejercitada con devoción, con decencia y con fruto.

430. Aquí viene oportuna la respuesta que dió Santa Catalina de Sena á quien se adelantó imprudentemente á reprenderla de la frecuencia de sus comuniones. Se habia esparcido entre el vulgo la voz de que la Santa se llegaba cada día al sagrado altar, para recibir á su Esposo sacramentado, lo que daba á unos motivo de edificacion y á otros de murmuracion, como suele de ordinario suceder en semejantes cosas. Un cierto Obispo, habiendo ido un día á visitarla en su casa, se puso á reprenderla con poca prudencia de tantas comuniones como acostumbraba hacer. Y alegándole aquellas palabras de S. Agustin en que dice, que él no alaba ni vitupera la comunión de cada día, se ingeniaba para apartarla con la autoridad del santo Doctor de su devota costumbre. A esto respondió sabiamente la Santa: pues reverendísimo padre, si S. Agustin no me reprende por las frecuentes comuniones, ¿por qué vos me reprendeis? El Obispo á una tan sábia y tan convincente respuesta no tuvo que replicar, sino que enmudeció confuso. Asi refiere S. Antonino: (1) *respondit virgo sacra in praesentia plurium: ex quo Augustinus non me vituperat in dictis suis, quare tu reverendissime, me vituperas? Sicque confusus tacuit.* Y quiso decir la Santa: si S. Agustin no alaba ni vitupera á quien diariamente comulga, porque dependiendo semejante frecuencia de las disposiciones en que el alma se halla, veía el santo Doctor que tocaba á los directores de las almas el formar de esto recto juicio: ¿por qué reverendísimo, no teniendo noticia, ni conocimiento alguno de mi conciencia, me reprendeis así?

431. De lo que hasta ahora hemos dicho quedan establecidas tres verdades. La primera, que la comunión cotidiana y también la comunión no cotidiana, pero frecuente, por sí misma es sumamente loable. La segunda, que para una tal continuacion ó frecuencia de comuniones se requiere en el

(1) S. Anton. 2. P. hist. tit. 23. c. 14. §. 8.

alma una disposicion proporcionada. La tercera, que de tales disposiciones y de tal continuacion y frecuencia de comuniones es juez competente el confesor, y á él solo toca el formar recto juicio y dar legitima decision. Ruego por tanto á los directores de las almas, que no quieran por vanos temores, ó por opiniones insubsistentes y mal fundadas, apartar los penitentes que ven suficientemente dispuestos de esta sagrada mesa; porque vedando á las almas la comunion de este divino manjar, las privan de las riquezas inagotables, que se contienen en el aumento de la gracia santificante; las privan de las ayudas poderosísimas, que este sacramento confiere para ir adelante en la virtud. Fuera de eso desagradan á Jesucristo, que tiene todos sus gustos y todas sus delicias en unirse á las almas que son sus queridas, como lo protestó á Santa Gertrudis, quejándose de cualquiera que sin justa causa las tiene apartadas de esta divina comunion. Si yo, le dijo el Redentor, he puesto mis delicias en estar con los hijos de los hombres, é impelido de la caridad he instituido este divino sacramento para vivir con ellos hasta la fin del mundo: infiere tú, cuanto me ofenda el que disuadiéndoles de recibirme frecuentemente, los aleja de unirse conmigo, y me niega las misericordiosas delicias que yo ansiosamente busco en sus corazones: *cum delitiæ meæ sint esse cum filiis hominum, & ego hoc sacramentum cum summa charitate in meam commemorationem fidelibus suscipiendum reliquerim, atque etiam per illud cum eis usque ad consummationem sæculi remanere velim: quicumque aliquos mortali peccato immunes verbis vel suasionibus ab ejus perceptione retrahit, is quodammodo impedit & interrumpit delicias meas, quas cum illis habere possem.* (1)

432 Añado, que procediendo el director sobre este particular con sobrado rigor, é imprudente, podria justamente temer algun castigo en pena del daño que acarrea á las almas y del disgusto que da á Jesucristo su amantísimo Padre; como se lee en la vida de Santa Ludgarda haber sucedido á algunas religio-

(1) Bios. Monll. Spirit. c. 6. §. 2.

sás de su monasterio. Prohibió la Abadesa á dicha Santa el llegarse á la santa comunión conforme su costumbre todos los domingos. La Santa respondió, que con voluntad obedecería á sus órdenes; pero que preveía con gran certeza el castigo que Jesucristo le enviaria en venganza de este disgusto que le daba. Mas la Abadesa no haciendo caso alguno de la amenaza, que Dios la hacia por boca de su querida esposa, persistió pertinaz en su prohibicion; pero mal de su grado tardó poco en sentir los efectos, Porque fué súbitamente sorprendida de una dolorosísima enfermedad, que iba creciendo por momentos; ni aflojó jamas, hasta que reconocida retractó su orden indiscreto, dejando libre á la sierva de Dios el acceso á su divino Esposo sacramentado. Entre las otras monjas que le habian sido contrarias, aquellas que se reconocieron y se humillaron á la Santa, quedaron libres de todo mal; pero aquellas que prosiguieron obstinadas en oponérsele, murieron presto de muerte anticipada. Tanta verdad es, que el vedar imprudentemente á las almas que estan suficientemente dispuestas la sagrada comunión, es tocar á Jesucristo en un punto muy delicado, y como suele decirse, en las niñas de los ojos. Mas porque es facil el conocer cuál sea la medida de comuniones que á cada uno conviene; quiero señalar algunas reglas fundadas en la autoridad de los Santos y en la misma razon, que den luz al director para hacer sobre sus penitentes una justa distribucion.

CAPITULO VI

SE DESCIEENDE EN PARTICULAR, Y SE DAN ALGUNAS REGLAS ó advertencias prácticas al director para hacer una justa distribucion de comuniones, que sea proporcionada al mérito de cada penitente.

433 **A** advertencia primera: puede y debe el director (hablando de ley ordinaria) conceder la comunión cada ocho dias á aquellas almas que hafta dispuestas para la absolucion en el

sacramento de la confesion. Este es sentir comun de los padres espirituales; y al presente parece ser la práctica de la santa Iglesia. La razon es manifiesta. Ó la persona que se confiesa vive habitualmente en gracia de Dios, ó va cayendo en algun pecado grave (de personas disolutas que cometen á montones los pecados, yo no hablo aquí; porque llegándose éstas muy raramente al sacramento de la penitencia, no tiene forma el confesor, aunque quiera, de concederles con frecuencia el sacramento de la Eucaristia.) Si ella vive en gracia de Dios, no se le puede negar despues de ocho dias y tambien en ciertas fiestas principales el llegar al santisimo sacramento; ni privar de tanto bien como le resulta, estando ella suficientemente dispuesta para recibirlo: sino es que juzgase conveniente el confesor privarla alguna vez, ó para su humillacion ó para su mortificacion, o para avivar en ella el apetito hácia este divino manjar. Si la persona fuere tal que vaya ensuciando su conciencia con alguna culpa mortal, pero sin embargo llegare contrita á la santa confesion, de manera que se juzgue digna de la absolucion, conviene concederle tambien la comunion, para que reciba por medio de ella fuerza y vigor para no recaer en los mismos yerros; pues éste es uno de los mas propios y saludables efectos que produce este divino manjar. Antes, dice S. Ambrosio, que por lo mismo que uno peca, debe comulgar á menudo; porque estando enfermo debe recibir frecuentemente la medicina, que le conforte para no recaer en las acostumbradas enfermedades. San Hilario llega á decir, que si los pecados no son tales, que priven á uno de la comunion de los fieles, y nosotros podemos decir mejor á nuestro propósito, que le priven de la absolucion sacramental; no debe retraerse de la medicina saludable del cuerpo y sangre del Redentor, para que privado de aquel cuerpo divino no quede privado de su eterna salud.

434 Otra razon hay todavia, por la cual conviene aconsejar la comunion de cada ocho dias á estas personas débiles, y es para enflaquecer las fuerzas del demonio, como arriba

dije: de suerte, que ó no llegue á tentarlas, ó las asalte con menos ímpetu; con lo cual se les aumenten á semejantes personas otro tanto las fuerzas para mantenerse en pie, cuanto se disminuyen al enemigo para derribarlas. Y este es puntualmente el motivo que S. Ignacio Martir, discípulo de los Apóstoles, en una carta suya propone á los de Efeso, para animarlos á la frecuencia de la santa comunión. Procurad, les dice el Santo Martir, de juntaros frecuentemente en la Iglesia, para recibir la santísima Eucaristía: porque haciendo esto, se debilitan las fuerzas de Satanás, y los dardos de sus tentaciones dán en vacío. Refiere Paladio, (1) que una muger por arte diabólica fué trocada por un hechicero en figura de una yegua. El marido afligido sobremanera por una tan extraña transformación, tanto mas, que la muger no tomaba manjar alguno, ni el que es propio de los hombres, ni tampoco el que es proporcionado á semejantes bestias; llevó su muger á S. Macario, para descubrir el origen de tan lamentable suceso, y recibir del Santo algun remedio oportuno. El Santo habia ya sabido por divina revelacion todo lo que pasaba, y antes que le fuese dada noticia alguna, lo habia contado á sus monges. Llegada la infeliz muger á su presencia, el santo Abad la roció con agua bendita, y la hizo volver á su antigua figura. Despues le dijo estas palabras: «No dejes jamas la Iglesia. No te abstengas jamas de la santa comunión; porque te ha sucedido un tan grande mal, por haberte pasado cinco semanas sin llegarte al Sacramento del altar.» Vea aqui el director el atrevimiento que toma el demonio sobre quien se aleja de este manjar eucarístico, y aprenda á no ser escaso en conceder comuniones á personas flacas, como las vea bastanteamente contritas. Exceptúo empero el caso, en que el penitente aquel mismo dia, ó la noche antecedente hubiese caido en culpa grave; porque debiera entonces, aunque estuviese contrito, abstenerse por decencia de este divino manjar.

425 Advertencia segunda: si la persona fuere tal que no

(1) Pallad. Hist. t. 1.º. Sec. 17. c. 19. in vita Macar.

solo viva con estabilidad en gracia de Dios, sino que se guarde con cautela de pecados veniales, ni tenga afecto á ellos, anie la penitencia, atienda á la mortificacion de sus pasiones, sea aplicada al ejercicio de la santas meditaciones, tenga ardientes deseos de la comunion, y saque de las comuniones fruto y aliento para ir adelante en la virtud; podrá concederle la comunion dos, tres, cuatro y cinco veces en la semana, segun la reconociere mas ó menos adelantada en la perfeccion, y segun la mayor ó menor ganancia que sacare de este divino convite. S. Gregorio VII. Sumo Pontifice escribiendo á la Condesa Matilde, muchacha de bella índole, espiritual y devota, le propone como medio principalisimo, para adelantarse en la perfeccion el comulgar á menudo: *inter cætera, quæ tibi contra principem mundi arma, Deo favente, contuli, quod potissimum est, ut corpus Christi frequenter accipias.* Y poco despues añade: *debemus, ò filia, hoc ad singulare confugere sacramentum, singulare appetere medicamentum.* (1) Debemos, ó hija, frecuentemente recurrir á este gran sacramento, como á nuestra singular medicina. No tema el director ser liberal de comuniones con semejantes almas; cuando lo fueron tambien los Santos mas autorizados de la santa Iglesia.

436 Si la persona espiritual hubiere llegado á gran perfeccion, hubiere sobrepujado y vencido sus pasiones y malas inclinaciones (digo vencido, y no adormecido con el pasto de consolaciones sensibles, como sucede á los principiantes), hubiere adquirido grande comunicacion con Dios, especialmente en el uso de este sacramento; por donde se vea, que desea Jesucristo tener sus delicias con una tal alma: se le podrá conceder aun todos los dias la sagrada comunion, como insinúa San Francisco de Sales: (2) para continuar todos los dias (*en comulgar*) es menester además el haber vencido la mayor parte de sus malas inclinaciones; y que esto sea con el consejo de su padre espiritual. Refiere Paladio, que los monges antiguos, en

(1) Baron. an. 1074. n. 12. 13. (2) S. Fran. de Sales Introd. á la devoc. p. s. c. 19^a Pallad. Hist. Lausla. c. 52. in vit. Apollii. Abbat.

quienes se puede creer que hubiese semejantes disposiciones, eran obligados alguna vez de sus superiores, á tomar cada dia esta sagrada refeccion.

437 Ni se deje apartar nada el director de esta razonable y debida frecuencia, por aquella razon que alegan algunos en contrario, esto es, que con el frecuente uso de este venerable Sacramento, se toma con él demasiada familiaridad, y se le pierde poco á poco el respeto y reverencia, porque si las almas fueren dotadas de aquellas calidades que yo he expuesto, y se llegaren á este sagrado manjar con la debida preparacion, no solo no perderán la debida veneracion, sino que antes la acrecentarán mas cada dia. Esta es la diferencia que pasa entre los que conversan frecuentemente con los personajes de la tierra, y los que á menudo tratan con los del cielo; que aquellos descubren siempre mas sus defectos, y éstos penetran siempre mas sus excelentes prerogativas; por lo cuál aquellos con el largo trato pierden poco á poco la estima y reverencia, pero éstos la aumentan. Y si quisiere el director certificarse de esto, dé una ojeada al corazon de quien comulga una ó dos veces al año; y de quien comulga mas veces cada semana. Hallará á éste lleno de obsequio y amor hácia Jesucristo, y á aquel lleno de insipidez y frialdad, como si fuese á tomar, no el pan de los ángeles, sino el pan de su mesa. Luego la raridad, y no la frecuencia de la comunion quita el respeto y veneracion á este divino Sacramento.

438 Advertencia tercera: advierta el director, que las reglas que ahora se han dado padecen muchas veces excepcion por causa de las diversas circunstancias en que las personas se hallan. Una religiosa, por ejemplo, de grande espiritu y perfeccion mereceria cada dia la comunion; pero sin embargo no se le deberá conceder, porque las otras monjas acostumbran comulgar dos veces á la semana: y en tal caso el querer conceder á una sola la comunion cotidiana seria una singularidad, que á ésta podria dar ocasion de alguna vanidad, y á las otras motivo de murmuraciones y hablillas. Con un mercader, y con un ar-

tista de gran perfeccion convendrá proceder con algun tiento: porque sus muchas, continuas y precisas ocupaciones no les permiten recogerse tantas veces á la semana, como convendria para hacer un decente recibimiento al Rey del cielo. A una casada y á un marido no se podrá dar la comunion con aquella frecuencia, con que se concede á un jóven soltero, y á una niña devota, aunque sean de igual perfeccion; porque aunque el cumplimiento de las obligaciones del matrimonio por si mismo no ponga obstáculo á la santa comunion; puede sin embargo engendrar alguna indecencia, á causa de que por la flaqueza humana las mas veces va junto con imperfecciones, con defectos y pecados veniales. Mas porque no conviene que yo me detenga hablando sobre esta materia escabrosa, traeré la autoridad de S. Gerónimo, y dejaré que el director considere tacitamente consigo mismo sus dichos. Despues de haber traído el santo Doctor aquellas palabras de S. Pablo. *Nolite fraudare invicem, nisi forte ex consensu ad tempus, ut vacetis orationi*: añade en defensa de lo que en otra parte habia escrito contra Joviniano. *Paulus Apostolus dicit, quando coimus cum uxoribus, nos orare non posse. Si per coitum quod minus est, impeditur, id est orare: quanto plus, quod majus est, id est corpus Christi, prohibétur accipere? Petrus ad continentiam hortatur, ne impediatur orationes nostræ. Quod hic, quæso peccatum mecum est? Quid commerui? Quid deliqui? Si turbidæ & nebulosæ aquæ fluunt, non est alvei culpa, sed fontis. An idcirco arguor, quod de meo ausus sum adjicere: quale illud bonum est, quod corpus Christi accipere non permittit? Ad hoc breviter respondebo: quid est majus, orare, an corpus Christi accipere? Utique accipere corpus Christi. Si per coitum, quod minus est, impeditur: multo magis quod majus est. Diximus in eodem volumine, panes propositionis ex lege non-potuisse comedere David & socios ejus, nisi se triduo mundos á mulieribus respondissent: non utique á meretricibus, quod damnabatur á lege; sed ab uxoribus, quibus licite jungebantur. Populum quoque, quando accepturus erut legem in monte Sina, tribus diebus jussum esse ab uxoribus abstinere. Scio Romæ hanc*

esse consuetudinem, ut fideles semper Christi corpus accipiant, quod nec reprehendo, nec probo. Unusquisque in suo sensu abundet. Sed ipsorum conscientiam convenio, qui eodem die post coitum communicant... Probet se unusquisque, & sic ad corpus Christi accedat. Non quod dilatae communionis unus dies, aut biduum sanctiorem faciat Christianum, ut quod hodie non merui, cras vel perendie merear: sed quod dum doleo me non communicasse corpori Christi, abstinence me paulisper ab uxoris amplexu, ut amori conjugis amorem Christi præferam. (1) A la autoridad de S. Gerónimo, añadiré la del angélico doctor, que apoyado en las palabras citadas de S. Gerónimo y en otras de S. Gregorio, decide escolásticamente este punto: *dicendum, quod coitus conjugalis, si sit sine peccato (puta si fiat causa prolis procreandæ, vel causa reddendi debitum) non alia ratione impedit sumpcionem hujus Sacramenti, nisi, sicut dictum est de pollutione nocturna, quæ accidit sine peccato, scilicet propter immunditiam corporalem & mentis distractionem; ratione cujus, Hyeronimus dicit super Mathæum: si panes propositionis ab his, qui uxores tetigerant, comedi non poterant; quanto magis ille panis, qui de cælo descendit, non potest ab his, qui conjugalibus paulo ante hæere complexibus, violari & coniungi? Non quod nuptias condemnemus; sed quod eo tempore, quo carnes Agni manducaturi sumus, vacare à carnalibus operibus debemus. Sed quia hoc secundum necessitatem est intelligendum, Gregorius dicit: quod talis est iudicio suo relinquendus. Si vero non amor procreandæ prolis, sed voluptas dominatur in opere (ut ibidem Gregorius subdit) tunc prohiberi debet, ne accedat ad hoc Sacramentum. (2)*

439 Tome el director estos dichos en recto sentido. El pagar una deuda que se debe de justicia á quien tiene todo el derecho de pedirla, no parece que pueda causar indecencia hácia la santísima comunión, cuando se haga esto con recta intencion de cumplir la voluntad de Dios contenida en el

(1) S. Hier. epist. ad Pammach. pro lib. advers. Iovin.

(2) D. Thom. 2.º q. 21. al 80. art. 7. ad 2.

cumplimiento de las propias obligaciones. Pero el pedir lo que á uno le toca de justicia, puede producir indecencia y de hecho la produce, especialmente cuando esto se hace sin necesidad, ó sin el modo debido, ó sin la debida rectitud de intencion. Ya comprende el director lo que yo quiero significar con este modo de hablar. Mas generalmente hablando, es cierto que en las comuniones conviene mas alargar la mano con los solteros que con los casados; porque así como su estado es mas perfecto, como dice el Apostol, así su limpieza los hace de ordinario mas aceptos á Jesucristo sacramentado. Estan estos, por el lirio de la pureza virginal que guardan, mas dispuestos para unirse con el hermoso lirio de los valles, cual es nuestro amabilisimo Redentor.

440 Advertencia cuarta: hallará el director algunas personas dispuestísimas á recibir frecuentemente este celestial manjar, las cuales no obstante conociendo su bajeza y sus imperfecciones se abstienen por humildad. A estas debe amonestarseles, que la humildad es necesaria para llegarse á esta divina mesa; pero que al mismo tiempo debe prevalecer el amor, y vencer aquel temor reverencial que nace de la humildad, para que no queden privadas de aquellos frutos saludables que este arbol de vida suele producir en nuestras almas. A este fin consideren en hora buena su indignidad; pero no se paren en ella. Pasen á contemplar la gran bondad que les muestra el Redentor en la santísima Eucaristía, el singularisimo amor que las tiene, el deseo ardiente con que quiere unirse con sus almas: con lo cual se despierte en ellas un reciproco amor que las haga santamente animosas á llegarse á él. Tanto mas, que Santo Tomas no teme afirmar que siendo este Sacramento verdadero manjar del alma, es cosa loable el recibirlo cada dia; se entiende cuando se hallen aquellas condiciones que el expone en el mismo artículo, y nosotros pusimos en el capítulo precedente al número 419. *hoc Sacramentum est cibus spiritalis: unde sicut cibus corporalis quotidie sumitur, ita hoc Sacramentum quotidie su-*

mere laudabile est. (1) En la vida de San Buenaventura se cuenta, que absteniéndose el Santo una mañana de ofrecer á Dios el divino sacrificio por exceso de reverencia, se contentaba con asistir á la misa, meditando devotamente la pasión de su Señor: pero un ángel quitando de las manos del sacerdote que celebraba una parte de la hostia consagrada, se la puso en la boca. Con esto comprendió el Santo, que es cosa mas agradable á Dios el llegarse con reverencia y amor á la mesa eucarística, que el abstenerse por demasiado temor. Por eso dice bien Blosio, que si bien no es malo el abstenerse alguna vez de este saludable manjar por un cierto temor santo y por una cierta reverencia humilde; pero que es mejor y mas loable recibirlo frecuentemente por impulso de amor y devoción: *laudabile quidem est interdum ex humilitate, ut sancto timore, seu reverentia abstinere à sacramentali perceptione Eucharistiæ; sed multo melius est ex charitate & divinæ laudis, bonique communis desiderio, sive ex speciali devotione frequenter ipsam sacram Eucharistiam accipere.* (2)

CAPITULO VII.

SE HABLA BREVEMENTE DE LA COMUNION
espiritual, con que deben las personas devotas industriarse para suplir la falta de las comuniones sacramentales.

441  a que son pocos aquellos á quienes, como he dicho, se pueda justamente conceder el recibir cada dia el cuerpo santísimo de Jesucristo sacramentalmente bajo las especies de pan; deben á lo menos todos procurar recibirlo espiritualmente con la comunión que se llama espiritual. Esta, dice Santo Tomas, consiste en un vivo deseo de recibir el santísimo sacramento: *dicuntur baptizari & communicari spiritualiter, & non sacramentaliter illi, qui desiderant hæc Sacramenta jam instituta*

(1) S. Thom. 2. 2. q. 80. art. 10. ad.

(2) Blos. Monit. spir. 6. §. 8.

sumere. (1) Y en el artículo siguiente: *contingit spiritualiter manducare Christum, prout est sub speciebus hujus sacramenti, in quantum scilicet aliquis credit in Christum, cum desiderio sumendi hoc sacramentum.* Entonces sucede, dice el Angélico, que alguno come espiritualmente á Jesucristo cubierto con las especies sacramentales, cuando cree en Cristo con deseo de recibirle en este sacramento. Y esto no solo es un recibir espiritualmente á Jesucristo, sino que es un recibir espiritualmente el mismo sacramento. Si estos deseos fueren muy fervorosos y muy encendidos, la comunión hecha en espíritu será tal vez mas fructuosa y mas agradable á Dios, que otras muchas comuniones reales hechas con tibieza, no por defecto del sacramento, sino de quien friamente lo recibe. Santa Catalina de Sena, como se lee en su vida, deseaba tan ardientemente unirse á su Esposo sacramentado, que por la viveza de sus deseos caia en dulces desmayos, é instaba para que el Beato Raimundo su confesor le diese la comunión al rayar del dia, temiendo quedar muerta al impetu de sus deseos. Agradaban tanto á Jesucristo estas amorosas ansias de la devota virgen, que una mañana mientras el dicho Raimundo celebraba la misa en el acto de partir la sagrada hostia, hizo que le volase de las manos una partecita, y fuese á ponerse sobre la lengua de la Santa que se hallaba presente al sacrificio: y de esta manera apagó el Señor los fervientes deseos de su esposa. (2) Un suceso semejante acaeció en Venecia á una monja deseosa de la santa comunión, (3) No pudiendo ésta comulgar en la solemnidad del Corpus, se fué á significar su deseo á S. Lorenzo Justiniano, y á rogarle que á lo menos en tiempo del santo sacrificio la encomendase al Señor. Mientras el Santo celebraba la misa para todo el pueblo en la pública Iglesia, la dicha monja le vió entrar en su celda con la santísima Eucaristía, y que le daba de su propia mano el cuerpo santísimo del Redentor. Si esto sucedió multiplicándose el Santo en dos lugares, ó apareciendo

(1) D. Thom. 3. p. 9. 21. al 80. art. 1. ad. 3. art. 2. corp. 23. c. 14. §. 8.

(3) Bern. Just. in eius. vit. c. 8.

(2) S. Anton. 3. p. Chron.

en espíritu dentro del monasterio, no se sabe. Dos cosas solamente se saben de cierto. La primera; que celebrando el Santo, no salió del altar; sino solamente despues de la elevacion de la hostia fué visto estar largamente extático y totalmente enagenado de los sentidos. La segunda, que preguntado sobre este hecho, no lo negó; sino solo impuso á quien era sabedor un rigoroso silencio. He querido referir todo esto, para que se vea cuanto agradan á Jesucristo estas comuniones espirituales, y que obra á veces milagros para unirse realmente al espíritu de quien ardentemente le desea.

442 Estas comuniones espirituales pueden hacerse muchas veces, aunque sean ciento al dia con gran provecho; porque puede el alma devota frecuentemente arrojarse con el afecto á Jesucristo sacramentado, y desear recibirle en su corazon é incorporarse con su santísimo cuerpo. S. Ignacio Martir escribiendo á los Romanos, les dice asi: *non voluptates hujus mundi desidero; sed panem Dei, panem cœlestem, panem vitæ, qui est caro Jesu-Christi filii Dei vivi: & potum volo sanguinem ejus, qui est dilectio incorruptibilis & vita æterna.* Yo no deseo, decia el Santo Martir, los placeres vanos y caducos de este mundo; solo deseo el pan celestial, el pan divino, el pan de vida que es la carne de Jesucristo hijo de Dios vivo. Solo deseo aquella sangre que es una destilacion de amor y un extracto de vida eterna. De la misma manera puede la persona espiritual andar diciendo entre dia, mientras se le ponen á la vista los objetos frágiles de esta tierra en la apariencia preciosos, hermosos y deliciosos: *non voluptates hujus mundi desidero, sed panem Dei, panem cœlestem, panem vitæ.* Yo no me cuido de las delicias, de las riquezas, ni de las bellezas del mundo; solo deseo recibir á mi Jesus, que es la delicia de los ángeles, que es un tesoro inagotable de riqueza, que es la flór de toda hermosura: solo deseo participar de aquel cuerpo glorioso, que con la gloria de su rostro bienaventurado alegra el paraíso, de aquella sangre que fué derramada por mí, de aquella alma que por mí espiró en la cruz, y de aquella divinidad que es fuente

de todo bien. *Cibus meus Christus est, & ego ejus*, como dice San Bernardo. (1) Mi manjar sea Jesucristo, y yo el suyo; porque él desea incorporarse conmigo, y yo con él en este divinísimo sacramento. Con estos deseos irá renovando cada hora la persona las comuniones espirituales, las cuales serán tanto mas perfectas y tanto mas provechosas, cuanto mas fervorosos fueren sus afectos hácia Jesucristo sacramentado.

443 Es menester hacer, á lo menos una vez al dia, esta comunión espiritual despacio, con pausa y con especial aparejo, para que sea mas devota y provechosa, y de alguna manera compense los efectos de la comunión sacramental. Y para hacer esto no hay tiempo mas oportuno, que cuando se asiste al santo sacrificio de la misa; pues puede entonces unirse la persona con el sacerdote para recibir con el afecto aquel divino manjar que el sacerdote recibe efectivamente. Haga, pues, la persona primeramente un acto de contrición, y purifique con él la morada de su corazón, dentro del cuál desea que venga á descansar su Señor. Despues avive la fé de la real presencia de Cristo en el sacramento. considere (como dijimos arriba, hablando de la comunión sacramental) la grandeza y magestad de aquel Dios que está escondido debajo del velo de aquellos accidentes eucarísticos: pondere aquel grande amor y aquella suma bondad, por la cuál no solo no se desdeña, sino que antes desea unirse con ella: haga reflexion sobre su propia pequeñez y miseria. De aqui saque afectos de humillacion mezclados con grandes deseos; de humillacion, mirando su indignidad; y de deseo, mirando la infinita amabilidad de su Señor. Despues viendo que en aquella mañana no le es permitido el unirse realmente con él por medio de la comunión sacramental, entréguese toda á él con el afecto, y únase con él con el vínculo de un amor quieto, reposado y tranquilo. Finalmente prorrumpa en afectos de accion de gracias y de alabanzas, porque si Jesucristo no ha venido efectivamente á su seno, no ha quedado por él;

(1) S. Bern. serm. 71. in Cant.

pues estaba pronto, y antes cuanto es de su parte deseaba esta conjunción de amor con grande ardor de caridad. Pidale aquellas gracias de que se conoce necesitada, y haga aquellos actos que acostumbra hacer despues de sus comuniones. Fuera de la utilidad que le resultará de presente de semejantes comuniones espirituales, sacará tambien esta ventaja que se hallará dispuestísima á encenderse en devocion siempre que hubiere de llegarse á la mesa eucaristica para alimentarse realmente del cuerpo santísimo del Redentor. Porque así como un leño que se conserva siempre caliente, está siempre dispuesto á encenderse á la presencia del fuego ; así un corazon que se mantiene siempre caliente con el amor de Jesucristo sacramentado, es fácil de concebir llamas de caridad, acercándose á aquel horno de amor que arde siempre en el santísimo Sacramento.

444 Quiero añadir un hecho en que se verá no solo cuán aceptas sean al Redentor estas comuniones espirituales, sino tambien el modo con que es menester aparejarse para que le sean mas agradables. Refiere el padre maestro Juan Nider del venerable órden de predicadores, (1) que en la ciudad de Nuremberga habia un hombre plebeyo de nacimiento, pero de costumbres muy puras, de natural sencillo, inclinado á la piedad, dado á la meditacion de la pasión del Redentor, á las obras de caridad y á la maceracion de su propio cuerpo. Deseaba éste ardentemente comulgar ; mas no estando en uso en su patria la frecuencia de los sacramentos, no se atrevia á llegarse á la sagrada mesa por no parecer singular, y por no ser notado como con el dedo entre la gente. Con todo eso, sabiendo que Dios agradece no solo las obras buenas, sino tambien la buena voluntad, procuraba suplir la falta de las comuniones sacramentales con las comuniones hechas espiritualmente con santos deseos. Acercándose por tanto aquellos dias en que hubiera querido comulgar, se preparaba antecedentemente con la abstinencia de la comida. La mañana la gastaba en santas meditacio-

(1) Nider. in Formic. lib. 1. c. 1.

nes, y se encendia todo en deseos del sagrado manjar: limpiaba la conciencia con una exacta confesion de todas sus faltas: asistiendo finalmente al santo sacrificio de la misa, se unia con el sacerdote con tanto afecto, que en el acto de la comunion, como si hubiera tambien él de comulgar, se inclinaba profundamente, se golpeaba el pecho y abria la boca para recibir la sagrada hostia. ¡Cosa verdaderamente admirable! En el acto de abrir la boca, sentia que se le venia la hostia sobre los labios, y que se difundia al mismo tiempo por todo el espíritu una inefable suavidad. Asi premiaba Dios su viva fé: asi saciaba la santa hambre de este su fidelísimo siervo. Mas una mañana no creyéndose casi á sí mismo y á su propia experiencia, puso un dedo en la boca, para hacer prueba con el tacto de la mano si era verdadero lo que experimentaba con el tacto de la lengua, y con el sabor del espíritu: y en aquel tocamiento quedó pegada al dedo la sagrada forma: por lo cuál mas certificado de la verdad, la tomó nuevamente con los labios y la tragó devotamente. Mas no agradó á Dios aquel acto no decente á persona secular, y la poca fé que en aquel acto habia mostrado; y por eso no volvió á visitarle mas el Señor como habia hecho antes con un favor tan prodigioso, por mas que él mantuviese siempre con el santísimo Sacramento el mismo sentimiento de culto y devocion, y perseverase siempre constante en el mismo tenor de santa vida. Aprenda el lector de los ejemplos de otros á aficionarse á estas comuniones espirituales, y á prevenir antes, á lo menos una vez al dia, algun decente aparejo, para que sean mas agradables á Jesucristo, y para sí mas provechosas. Y aprendan los directores á insinuarlas á sus penitentes, y á consolar con ellas la hambre de aquellas buenas almas, que querrian llegar á la sagrada mesa mas á menudo de lo que les convenga.

ARTICULO XI.

EL DECIMO MEDIO PARA LA PERFECCION CRISTIANA ES LA DEVOCION DE LOS SANTOS, Y ESPECIALMENTE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARIA.

CAPITULO PRIMERO.

SE MUESTRA QUE LA DEVOCION DE MARIA SANTISIMA es medio efficacisimo y moralmente hablando necesario para conseguir la salud eterna en cuanto á su sustancia.

445 **H**ablando en el presente artículo de la devocion con la Santísima Virgen Maria, me persuado, que lo que diré de ella podrá tambien servir para promover la devocion con los Santos, porque si bien éstos no tienen tanto poder para con el Redentor quanto tiene su Santísima Madre para favorecernos, sin embargo lo tienen muy grande, á proporcion de sus méritos y de su dignidad. De esta devocion yo no temo nada en afirmar, que es un medio efficacísimo, antes bien de ley ordinaria necesario, no solo para salvarse viviendo cristianamente, sino tambien para hacer grandes progresos en la perfeccion cristiana. Porque aquellas mismas razones con que nos enseñan los Santos, que la devocion de la Reina de los cielos es medio efficacísimo para conseguir la salud eterna, muestran evidentemente que es medio poderosísimo para conseguirla con perfeccion; quiero decir, con grande aumento de gracia y de caridad, y con grande ensalzamiento en la gloria celestial. En el presente capítulo mostraré la eficacia grande que tiene la devocion de Maria Santísima, para conseguirnos la salud del alma en cuanto á la sustancia; en los siguientes haré ver la eficacia que tiene para alcanzárnosla con perfeccion: lo que es mas propio de esta obra.

446 Es opinion muy comun entre los sagrados doctores que la devocion y especial afecto á la Reina del cielo, es una

señal clara y un carácter de predestinacion á la gloria, con el cuál estan señalados aquellos que han de entrar en la posesion de la eterna bienaventuranza. Señal semejante á aquella que los ángeles imprimieron en las frentes de los escogidos, conforme la vision que tuvo S. Juan allá en la isla de Pátmos: *ecce ego Joannes vidi alterum angelum ascendentem ab ortu solis habentem signum Dei vivi; & clamavit voce magna quatuor angelis, quibus datum est nocere terræ & mari, dicens: nolite nocere terræ & mari, neque arboribus, quoadusque signemus servos Dei nostri in frontibus eorum.* (1) No digo que la devocion de la Virgen sea para quien la profesa su inisma formal predestinacion. Digo solamente, que es una señal ó carácter que indica, y de ordinario va junto con su eterna predestinacion, como afirma S. Buenaventura: *qui acquirunt gratiam Mariæ, cognoscuntur à civibus Paradisi: & qui habuerit hunc characterem, adnotabitur in libro vitæ.* (2) Quien entra en gracia de Maria por medio de su verdadera devocion, dice el Santo, será conocido entre millares de los ciudadanos del cielo. Veis aquí el carácter. Mas este carácter de devocion, prosigue diciendo, hará que su devoto esté escrito en el libro de la eterna vida. Y veis aquí que este carácter de devocion, es tambien carácter de predestinacion; pues una tal devocion, como dice el Santo Doctor, conduce á la predestinacion y ordinariamente se junta con ella.

447 Parece que el mismo Espiritu Santo nos convida á creerlo con aquellas palabras que los sagrados intérpretes, y aun la misma Iglesia aplica á la Virgen en sus mayores solemnidades: *qui me invenerit, inveniet vitam & hauriet salutem à Domino.* (3) Quien me halla por medio de una sincera devocion, dice la Santísima Virgen, no encuentra joyas y perlas caducas, no encuentra deleites y placeres viles; sino que halla la vida de la gracia, que es un tesoro inestimable; halla la gloria del paraiso, que es un placer inmortal, como explica Cornelio á Lápide: *qui me invenerit, inveniet vitam; hoc est, inveniet vitam gratiæ & gloriæ.* Luego mas se debe á Maria, que á Eva el

(1) Apoc. 7. 2.

(2) S. Bonav. in Psalt.

(3) Prov. 8. 35.

nombre de Madre de los vivientes, dice S. Atanasio; porque si á aquella primera madre nuestra infeliz, se dió un tan bello titulo por habernos dado una vida frágil: mucho mas se debe dar tan ilustre nombre á María, nueva Eva y nuestra afortunadísima Madre, que alcanza á sus devotos la vida nobilísima de la gracia, y la vida felicísima de la gloria; y es para ellos prenda segura de predestinacion á la eterna felicidad: *Beata Maria, nova Eva, Mater vitæ appellata permanet ad primitias vitæ immortalis omnium viventium.* (1)

448 De este grande empeño que tiene la Virgen de procurar la vida de la gracia y de la gloria bienaventurada á quien la honra con filial afecto, sacan los sagrados Doctores proposiciones de gran consuelo y aliento para sus verdaderos devotos. S. Anselmo, citado de S. Buenaventura, despues de haber dicho que es necesario que se pierda cualquiera que es despreciado de María, como ageno de su devocion, añade, que es imposible que se condene aquel, que viviendo debajo de su proteccion fuere mirado de ella con ojos de piedad: *sicut, ó Beatissima Virgo, omnis á te aversus & á te despectus, necesse est ut intereat; ita omnis ad te conversus, & á te respectus impossibile est ut pereat.* (2) Se puede explicar el dicho de este Santo con una semejanza que S. Efrén trae á nuestro propósito. Refiere de un cierto pájaro llamado Caradio, que poniéndosele delante un hombre gravemente enfermo y ya vecino á morir, vuelve la cabeza y mira á otra parte; pero si el enfermo está capaz de sanar, el pájaro fija los ojos en él con mucho agrado. Una mirada de esta ave es al enfermo un presagio de vida; y una mirada negada de ella, le es un anuncio funesto de muerte. Sea lo que fuere de este pájaro; es cierto, dice S. Anselmo, que esta es la propiedad de la Virgen dar la vida eterna á aquellos que mira con ojos de amor; y pronosticar la eterna muerte á aquellos de quienes aparta su piadosa vista. Ni es solo S. Anselmo quien anuncia á los devotos de María tan bella felicidad, y pronostica infortunios tan infaustos á quien

(1) S. Athan. serm. de Deip.

(2) S. Ansel. S. Bonav. in espec. c. 3

no se cuida de su devoción, sino que son del mismo sentir otros Santos, especialmente S. Antonino que afirma lo mismo casi con las mismas palabras: *sicut impossibile est, quod illi, á quibus Maria oculos suæ misericordiæ avertit salventur; ita necessarium est, ut hi, ad quos convertit oculos pro eis advocans, glorificentur.* (1) Y veis aquí también por boca de este Santo un lamentable anuncio de perdición para los indevotos, en quienes María no se digna de poner sus benignos ojos: y una feliz seguridad de gloria para los devotos de la Virgen que son mirados de ella con grande amor.

449 Ni crea ya el lector que estos dichos de los Santos sean demasiadamente exagerados, mas con ligereza de hipérbolo, que con peso y solidez de verdad. Porque sus proposiciones si se toman en sano sentido son muy verdaderas como muestra Mendoza: (2) pues no quieren significar los Santos con estos dichos, que la Virgen salve con su protección aquellas almas perezosas y viles que no quieren salvarse. Ya se sabe que así como una nave aunque tenga el viento próspero y favorable que la impele al puerto, puede no valerse de su favor é irse á estrellar entre las rocas, ó á encallar en los bancos, ó á naufragar entre las tempestades; así puede toda alma abusar del favor que le hace la Virgen, y á pesar de su protección irse á naufragar en un mar de llamas. Pretenden solamente decir que la Virgen consigue ayudas eficaces á sus devotos, por las cuales viven de hecho en gracia, ó presto vuelven á cobrarla cuando la pierden; y finalmente mueren en ella: con lo cual llegan felizmente con su favor al puerto de la eterna bienaventuranza. En suposición de esta correspondencia constante á la divina gracia que les alcanza la misma Virgen, hablan los Santos; y en ésta fundan una cierta imposibilidad de condenarse; una cierta prenda segura de salud; y un cierto carácter de eterna predestinación para quien vive debajo del manto de su fidelísimo patrocinio.

450 Confirma está importante doctrina la célebre vision

(1) S. Anton. 4. p. tit. 11. c. 14. §. 7.

(2) Mendoza lib. 2. virid. privil. 9.
Tom. I. 56

que tuvo Fr. Leon, compañero y familiar del gran Patriarca S. Francisco, como se refiere en la crónica de los menores. (1) Se vió el siervo de Dios puesto de repente en medio de una espaciosa llanura, en que habia una cierta apariencia de juicio que ya estaba para hacerse, porque los ángeles andando por el aire, tocaban las trompetas y juntaban una multitud infinita de gente. Se veían en aquel dilatado campo dos escalas altísimas, una blanca y colorada la otra; que desde la tierra llegaban á apoyarse en lo mas alto de los cielos. En la cumbre de la escala roja estaba Jesucristo con el rostro airado y encendido en una justa indignacion. Algunos escalones mas abajo estaba el Padre S. Francisco, que vuelto á sus frailes juntos en gran número en medio de aquella llanura, les gritaba con voz alta, *venite, fratres, venite; ascendite ad Dominum, qui vocat vos; confidite; ne vos timeatis, venite*. Venid hermanos míos, decia el Santo Patriarca, venid con valor; ¡venid á Jesucristo que os llama; tened confianza y no temais. Los religiosos animados de las palabras de su santo Padre, se amontonaban al rededor de la escala, y comenzaban á subir por ella. ¿Pero qué? Unos al tercer escalon, otros al décimo, y otros á la mitad de la escala, caian miserablemente y se precipitaban á lo profundo. S. Francisco viendo tan grande ruina se volvió á Jesucristo, y con ardientes ruegos comenzó á pedirle por la salud de sus hijos. Mas el Redentor mostrándose mas inclinado á la justicia que á la misericordia, no se rendia á los ruegos del Santo. Entonces el santo Patriarca bajando algunos escalones se acercó al fondo de la escala, y con gran fervor comenzó á decir: no desconfieis hermanos míos; corred á la escala blanca; subid, subid por ella con grande ánimo; no temais, que por ella entrareis seguros al paraíso. Mientras el Santo decia esto, apareció en la cumbre de aquella escala la Virgen María coronada de suavísimos resplandores: y los religiosos subiendo por aquella cándida escala con el favor de María, subian prósperamente, y entraban todos con felicidad á la gloria del pa-

(1) Lib. 6. c. 17.

raiso. En este hecho se vé claramente, cuán cierto es el sentimiento de S. Ignacio Mártir, que aquellos á quienes no salva la justicia de Dios, salva la misericordia de la Virgen Maria: *quos non salvat Dei justitia, salvat sua intercessione Mariæ misericordia*. Y que no hay medio mas eficaz que éste para conseguir el bienaventurado fin de nuestra salud eterna.

CAPITULO II.

SE EXPONEN LAS RAZONES EN QUE SE FUNDA la eficacia, que segun los dichos de los Santos, tiene la devocion de Maria Santisima para salvar nuestras almas.

451 **A**qui es necesario que yo busque el origen de aquella fuente inagotable de gracias, con que la Virgen asegura tambien á sus devotos la salud eterna de sus almas; con la cuál quede persuadido el pio lector, que no sin fundamento dán los Santos á la devocion de Maria tanta eficacia para salvarnos. Establezco por tanto dos verdades, quanto ciertas, otro tanto importantes de saberse. La primera es, que la Virgen Santisima puede conseguir de Dios toda gracia que mire á nuestra salud eterna. La segunda, que la Virgen quiere en efecto conseguir las tales gracias á sus devotos. Puestos en claro estos dos puntos, no puede quedar duda alguna de que la devocion con la gran Madre de Dios sea medio efficacísimo para la salvacion, y casi aquel viento próspero y favorable que nos conduce al puerto á gozar de nuestro eterno descanso. Comencemos, pues, por el primero.

452 Dice S. Bernardo, que Jesucristo por la reverencia y respeto singular que profesa á la Virgen, como á su dilectísima Madre, no le niega gracia alguna; sino que la oye prontamente en todo lo que pide á favor de nuestra causa, y por la salud de cualquiera: *exaudita est pro sua reverentia in causa tua, & totius generis humani*. (1) Esta es la diferencia que pasa entre el patrocinio de los Santos y el de su Reina, que los

(1) S. Bern. Ser. 3. Vigil. Natlv.

ruegos de aquellos se apoyan solamente en la misericordia y bondad de Dios sumamente inclinado á favorecerlos: pero los ruegos de Maria se fundan á mas de eso en un cierto derecho, que ella tiene en sí misma de alcanzar lo que pide; porque siendo Madre de Dios, parece que casi de justicia le deba su divino Hijo conceder todo lo que pide á favor de sus devotos. Asi puntualmente enseña S. Antonino: *oratio Sanctorum non innititur alicui rei ex parte sui, sed tantum misericordie ex parte Dei. Oratio autem Virginis innititur gratie Dei jure naturali, & justitie Evangelii, nam filius non tantum tenetur honorare Matrem, sed obedire, quod est de jure nature.* (1) Los otros Santos, dice S. Pedro Damiano, postrados á los pies de Jesucristo piden con súplicas, á manera de siervos, lo que desean para nuestro provecho. Pero la Virgen se presenta delante de su trono como Madre, no como esclava; y casi le manda como señora: *accedit ad aureum reconciliationis altare non rogans, sed imperans; Domina non ancilla.* (2) Añade el sobrecitado S. Antonino, que Jesucristo no puede hacer menos de oír á la Virgen, no solo por el respeto que le debe, como á Madre; sino tambien por el empeño que con ella ha tomado con sus promesas, habiéndole ya dicho en persona de Salomon: *pedid, Mater, todo lo que deseais, porque á mi no me es licito el rechazar alguno de vuestros ruegos: impossibile est Deiparam non exaudiri; juxta illud, quod in figura ejus dixit Salomon Matri suæ: Pete, Mater mea; neque enim fas est, ut avertam faciem tuam* (3)

453 Añado á la autoridad de los Santos una auténtica revelacion de Santa Brigida, con la cuál se muestra la solidez de su doctrina. (4) Tuvo esta Santa un hijo llamado Carlos, joven no menos en la edad que en las costumbres. Este en la flor de su edad se dió al ejercicio de las armas, y presto quedó muerto en una funcion de guerra. La Santa haciendo reflexion sobre la edad deleznable del jóven, sobre la ocasion, lu-

(1) S. Anton. 4. p. tit. 17. §. 5 (2) S. Petr. Dam. Serm. 45. de Nativit.
 (3) Loc. cit. (4) Joan Ossor. tom. 4. Concion.

gar, tiempo y otras circunstancias en que habia quedado muerto, se hallaba muy temerosa y muy solícita de su eterna salvacion. Pero Dios, que la amaba tiernamente, no tardó mucho en consolarla con la siguiente vision. Fué conducida en espíritu al tribunal del eterno Juez, donde vió sentado sobre un magestuoso trono al Redentor, y á su lado la Virgen Santísima, como Madre y como Reina. Apenas fué presentada delante del divino tribunal, cuando apareció tambien el demonio, y con aire de turbado y mal contento, comenzó atrevidamente á hablar de esta manera: vos, ó Juez, sois tan recto en vuestros decretos, que yo espero conseguir de vos todo lo que pediré, aunque la instancia sea contra vuestra Madre, y á mi favor, que soy vuestro capital enemigo. Vuestra Madre en la muerte de Carlos ha procedido injustamente contra mí en dos cosas: la primera es, que el ultimo dia de su vida, habiendo entrado en su aposento, le asistió hasta los ultimos alientos, echándome á mi y teniéndome siempre lejos, para que no pudiese acercarme á su cama para combatirle con mis tentaciones.. En esto me ha hecho ella una manifiesta violencia, habiéndome vos concedido el tentar á los hombres, especialmente en el extremo de su vida, de que depende ó la pérdida ó la conquista de sus almas; á que con ansia aspiro. Mandad, pues, ó justo Juez, que vuelva su alma al cuerpo, para que pueda hacer tambien yo mis partes, y tentarle á lo menos por un dia antes que muera. Si resistiere varonilmente, sea libre: si cedere á mis asaltos, quede en mi poder. La otra injuria que vuestra Madre me ha hecho es, que suelta el alma de Carlos del cuerpo, la tomó entre sus brazos, la presentó á vuestro tribunal, y á mi, que soy el fiscal y acusador de las almas, no me permitió entrar á proponer mis acusaciones. Por lo cuál no es legitimo el juicio, habiéndose hecho sin oír las partes; lo cual es contra toda ley, no solo divina, sino tambien humana. Respondió á estas quejas la Virgen, que el demonio aunque padre de la mentira, esta vez, hablando delante de la inefable verdad, habia dicho la verdad; pero que ella habia favorecido tan extra-

ordinariamente al alma de Carlos, porque la amaba mucho, se habia encomendado á ella cada dia, se habia gozado siempre de sus grandezas, y habia estado prontísimo á dar aun la vida por su honor.

454 Finalmente, concluyó el divino Juez con estas palabras: *Mater mea in Regno meo principatur, non ut alii electi, sed tanquam Mater, Regina & domina: & proinde potest dispensare in legibus à me latis, cum justa intercesserit causa. Justissima vero fuit causa, ut cum anima Caroli dispensaret. Sic enim honorandus erat, qui Matrem meam tanto dilexisset affectu, & ea erat morte donandus. Quare super hac causa perpetuum silentium dæmoni indictum est.* María Virgen, dijo Jesucristo, domina en mi Reino, no como los otros Santos, sino como Madre, como Reina y como dueña; y por eso le está concedido el dispensar en las leyes comunes, cuando haya justa causa. Y justísima fué la causa de dispensar con el alma de Carlos; porque así debia ser honrado y privilegiado en la muerte, quien con tanto afecto la habia amado en vida. Dicho esto, impuso perpetuo silencio al demonio sobre esta causa. Con esto entendió Santa Brígida, que su hijo habia ido á gozar de Dios en el cielo. Y aquí entienda tambien el lector, cuánta razon tienen los Santos de establecer en la Virgen santísima un derecho particular, que no hay en los otros Santos, y una seguridad infalible de recibir de su hijo toda gracia que le pide para nosotros, especialmente tocante á la eterna salvacion.

455 Mas si María santísima todo lo puede alcanzar de su divino Hijo, ¿quién podrá poner duda, que no quiera empeñar de hecho este su gran poder, por la salud espiritual de sus devotos; cuando los ama tiernamente con afecto de Madre? Ha visto la Virgen padecer, atormentar y morir á su amado Hijo por la salud de nuestras almas: por nuestra salud le ha visto brotar la sangre viva en la columna en que fué azotado, derramar toda su preciosa sangre en la cruz, en que fué barbaramente clavado: por nuestra salud le ha visto llagado con

los azotes, traspasado con las espinas y desangrado sobre el calvario. Pensad, pues, cuánto ama ella nuestras almas, cuánto desea su salvacion, por la cuál ha dado la vida y su sangre su amantísimo Hijo: y especialmente cuánto ama las almas y salvacion de sus devotos que la honran, que confían en ella y no ponen estorbo á su intercesion; antes la solicitan con ruegos, para alcanzar por su medio la eterna salud, que ella misma ardientemente les desea conseguir de su divino Hijo. Considerad, cuánto se enternecerá al verlos suplicar puestos á sus pies. Pensad, si podrá hacer menos que emplear con toda eficacia su gran poder para favorecerlos. Solo con dudar de esto, haremos ciertamente un grande agravio á su piadosísimo corazon. Por lo cuál dijo el sapientísimo Idiota, que la Virgen: *adjuvat in vita præsentis tam bonos, quam malos: bonos in gratia conservando; unde canimus: Maria mater gratiæ: malos ad misericordiam reduciendo: & ideo dicitur Mater misericordiæ.* (1) *Adjuvat etiam in morte, ab insidiis diaboli protegendo; & ideo dicitur: tu nos ab hoste proteges. Adjuvat etiam post mortem; animas suscipiendo; & ideo dicitur: et hora mortis suscipe.* La Virgen dice, no solo puede ayudar, sino que ayuda de hecho en la presente vida á todos sus devotos así buenos como malos, con tal que siendo malos, tengan voluntad de enmendarse y de ser buenos. Ayuda á los buenos, conservándolos en gracia. Ayuda á los malos, reduciéndolos misericordiosamente á la gracia. Ayuda á los unos y á los otros en el punto de la muerte, con defenderlos de las tramas y asechanzas de los enemigos infernales. Y á unos y otros ayuda despues de la muerte, acogiendo sus espíritus en la patria celestial. Y todo esto lo confirma el citado autor con aquellas palabras que canta la Santa Iglesia: *Maria mater gratiæ &c.* en las cuales se expresan claramente los referidos sentimientos.

456 Ha querido alguna vez la Virgen hacernos ver una imagen de esta su eficacia, con que intercede en el cielo por sus devotos, para que quedemos persuadidos, de que ella no

(1) Idiota in contemp. Virg.

tiene ocioso su gran poder, sino que lo emplea de hecho á favor de los que la honran. Como sucedió á aquel joven noble, cuyo admirable suceso refiere Cesareo. (1) Este infeliz joven, despues de la muerte de su padre no contento de desperdiciar en comedias, torneos, holguras y libertinages todas sus rentas, pasó mas adelante á enagenar tambien sus fondos y heredades, vendiendolas á un soldado rico, que vivia junto á su casa: con lo cual se redujo en breve á una extrema pobreza. No teniendo despues con que vivir, ni modo de procurar el necesario sustento, se resolvió por instigacion de un criado suyo hechicero á recurrir al d emonio, para que le hiciese volver á la posesion de sus antiguas riquezas. A las invocaciones del impio criado acudió pronto el demonio: prometi lo todo; pero con condicion, que el miserable jóven renegase de Dios. A estas palabras tembló el mozo, y se le erizaron los cabellos de horror; mas sin embargo, con las persuasiones del pérfido criado se determinó á proferir la impia blasfemia. Entorces le dijo el demonio, que habiendo renegado de Dios, era necesario renegar tambien de la gran Madre de Dios. ¡Oh! esto no, replicó el caballero, no lo har  yo jamás: antes mendigar  de puerta en puerta; antes me sustentar  de raices amargas; y antes morir  de hambre, que renunciar á mi grande abogada y á mi querida Madre. Disgustado el demonio de semejante respuesta, se desapareció: y aquellos infelices se partieron de la selva, en que habia pasado el diabolico tratado, sin haber conseguido su intento. Al rayar el dia acertaron á pasar delante de una iglesia, cuyo portero se habia olvidado de cerrar las puertas. Bajó el jóven del caballo, dejándolo al cuidado del criado; y se fué hácia el altar mayor, donde habia una imagen de la Virgen con su divino niño en los brazos. Aqui acordándose de la impiedad que habia cometido, comen z  á llorar tan deshechamente, que de sus lagrimas y gemidos resonaba toda la iglesia. Y porque temia rogar á la Magestad de Dios, que tan altamente habia irritado, suplicaba con fervientes lagrimas á la Virgen Santisima, que intercedie-

(1) Cesar. lib. 2. mirac. c. 12.

se por él y le alcanzase el perdon. Mientras asi se encomendaba á la Virgen, vió que la divina Señora vuelta hácia su hijo, interponia sus ruegos por su devoto; pero que el hijo indignado volvía á otra parte la cara. No obstante esto tornó á rogar la Virgen, y tornó el divino infante á volver el rostro, diciendo: ¿Y qué quereis que haga yo con éste, que tan feamente me ha renunciado? Al oír esto la Virgen se levantó del lugar en que estaba; puso á su hijo sobre el altar; se le puso delante y comenzó á decir: perdónale, hijo mio, por mi amor; no merece él la gracia, ya lo sé, porque te ha ultrajado muy enormemente; pero la merezco yo que soy tu Madre. Entonces Jesucristo tomándola de la mano; levantaos, la dijo, Madre querida: yo jamás os he negado gracia alguna, ni tampoco ésta quiero negaros. Veis aquí que por vuestro amor le perdono. Toda esta representacion hecha á favor de aquel infeliz jóven, que habia tenido respeto á la Madre de Dios y habia conservado hácia ella una sombra de devocion, no fué otra cosa, que una figura de lo que cada dia hace la Virgen en el cielo á favor de sus verdaderos devotos; y de la eficacia grande, con que intercede en el trono de Jesucristo por su eterna salud. Así que pudiendo y queriendo en efecto Maria Santisima conseguirles toda gracia, que mira la salvacion del alma; debemos quedar persuadidos, que su devocion es uno de los medios mas poderosos y mas seguros, que tenemos para salvarnos.

CAPITULO III.

SE MUESTRA QUE LA DEVOCION DE LA VIRGEN
es tambien medio efficacisimo y moralmente hablando necesario, para adquirir la eterna salud con perfeccion.

457 **No** solamente alcanza la Virgen Maria á las almas de sus devotos la salud eterna, como he mostrado hasta ahora; sino tambien la perfeccion de la salvacion, con la cuál llegan al paraíso con grande abundancia de méritos y con eminencia de

gloria; con tal que quieran ellos aplicarse, y se determinen á practicar las industrias para grangearla. Esta es la diferencia que hay entre conseguir la salud eterna en cuanto á la sustancia, y el conseguirla en cuanto á la perfeccion; que para lo primero basta solamente vivir en gracia y perseverar en ella hasta la muerte, pero para lo segundo se requiere ademas una multiplicacion continua de esta gracia, y un continuo aumento de todas aquellas virtudes morales y teologales, que hacen un noble cortejo á la gracia; y especialmente de la caridad en la cuál, como hemos visto desde el principio, principalmente consiste nuestra perfeccion.

458 Y puntualmente estos progresos de espíritu son los que alcanza la Virgen á sus devotos, que ya estan en gracia; porque ahora mire ella á su amado hijo, ahora mire á estas almas justas, se siente muy incitada á promover su perfeccion. Si vuelve los ojos á su unigénito, por el grande amor que le tiene, desea que sea muy servido y ardentemente amado, especialmente de estas almas que estan mas dispuestas que otras para servirle y amarle. Si despues vuelve los ojos á las tales almas, por el amor singularísimo que las tiene por verlas ya adoptadas de su divino Hijo por hijas y esposas, desea mucho todo su espiritual adelantamiento. Por lo cual conviene decir, que si los ojos de Maria santísima para con todos son piadosos, para con estos son piadosísimos, para conseguirles un grande aumento de virtudes y de méritos en esta vida, y de gloria en la otra, como ella misma reveló á Santa Gertrudis. Porque hallándose presente la Santa, mientras se cantaba en la Iglesia la *Salve Regina*; al entonar aquellas palabras: *illos tuas misericordes oculos ad nos converte*, oyó que le decia la Virgen aquellas bellas palabras: *hi sunt misericordiosissimi oculi mei quos ad omnes me invocantes possum salubriter inclinare: unde & uberrimum fructum consequantur vitæ æternæ.* (1) Estos son, dijo Maria, aquellos ojos mios misericordiosísimos, que volviéndolos yo á quien devotamente me invoca, le acarreo

(1) Lib. 4. revel. S. Gertr. c. 53.

frutos de vida eterna con grande abundancia, esto es, con grande aumento de gracia y gloria. Por lo cual dijo San Bernardo, que Dios ha puesto en las manos de Maria toda la plenitud de los bienes espirituales, para que la honremos con grande afecto de devocion, persuadidos que de sus manos nos ha de venir todo acrecentamiento de salud y de gracia: *intuemini, quanto devotius affectu à nobis Mariam voluerit honorari, qui totius plenitudinem boni posuit in Maria, ut proinde si quid spei in nobis est, si quid gratiæ, si quid salutis, ab ea noverimus redundare.* (1) Y en otra parte llega á decir, que en este mundo no hay lustre, ni esplendor de virtud, que no proceda de la Virgen Maria: *ex te prodit omnis armatura fortium; quia nihil est virtutis, quod ex te non resplendeat.* (2) Por lo cual se pueden aplicar justamente á la Virgen aquellas palabras de la sabiduria: (3) *venerunt mihi omnia bona pariter cum illa, & innumerabilis honestas per manus illius.* Que todo bien espiritual y toda perfeccion se ha de difundir en nuestras almas por las manos de Maria, como por su propio canal y conducto.

459 Mas para que esta verdad se insinúe mejor en nuestros corazones, y los despierte à una grande devocion à tan gran Señora, quiero que hagamos con S. Bernardo una oportuna reflexion. Todos saben cuán grandes siervos de Dios fuesen Abraham, Isaac, David, Daniel y otros, que cuenta en el catálogo de sus héroes la ley antigua. Con todo eso conviene confesar, que generalmente hablando, no se veía resplandecer en aquel pueblo escogido aquel lustre de perfeccion, que ahora reluce en nuestra santa Iglesia. Casi jamas se veía en aquellos tiempos brotar un lirio de pureza virginal; cuando ahora se ven florecer tantos en los claustros, y aun en medio del siglo, aunque no sea este terreno tan à propósito para tan ilustres plantas. ¿Quién hubo jamas en aquellos tiempos, que abandonase con generosa renuncia todos sus bienes, para estar mas pronto y expedito para correr la carrera de la perfeccion? Cuando ahora se cuentan tantos en las religiones, que despojados de todos los bienes

(1) S. Bern. de aquaed. in Nativ. M. Virg. (2) Idem Sup. salve / 3/ sapient. 7. 11.

terrenos, se glorian mas de su voluntaria pobreza, que otros de sus riquezas. Por milagro se vaia entonces una violeta humilde, que recibiese con la cabeza inclinada los ultrages de quien la pisase; cuando tantos se admiran ahora, que con generosidad y buen corazon perdonan las ofensas, sufren con invicta paciencia los ultrages, y aun abrazan con amor á sus mismos ofensores. Despues de esto ¿la fé cuánto mas viva y firme está al presente en los corazones de los fieles? ¿el culto de la religion cuánto mas constante? ¿la caridad cuánto mas encendida? ¿y el celo de la honra de Dios quanto mas fervoroso? Porque en realidad la gracia de Dios, que entonces caia gota á gota en las cabezas de aquella antigua Iglesia, llueve ahora á raudales y corre como rio por el seno de nuestra nueva Iglesia, para hacerla fecunda de todas las virtudes. Mas ¿cuál es la causa de que habiendo sido Dios tan parco en dar su gracia con aquel pueblo escogido, sea ahora tan liberal con nosotros? La Virgen Maria, responde aqui S. Bernardo, es la causa. No corrian entonces, dice el Santo, los rios de la divina gracia sobre el género humano, porque no estaba aun este celestial canal, que los derivase sobre los hombres con su intercesion: *propterea tanto tempore humano generi fluentia gratiæ defuisse, quod nondum intercederet is, de quo loquitur, tam desiderabilis aquæductus.* (1) Es verdad que Jesucristo es la primera fuente de estas aguas de gracia, que salen de sus santisimas llagas; pero tambien es verdad, que Maria es el canal, por el qual se derivan en nosotros, habiendo decretado el mismo Cristo, que no se repartan á los fieles, sino por medio de su querida Madre, como dice el mismo Santo: *totum nos Deus habere voluit per Mariam.* Si hay, pues, en la Iglesia de Dios esplendor de virtudes, esto es, lustre de perfeccion, si hay gloria de santidad, á Maria se debe la gloria, ella es el conducto benéfico, por el cual se comunica aquella gracia que nos hace perfectos y santos.

460 Y á la verdad obsérvese que no hubo quizá jamas algun santo confesor que no profesase á la Virgen santisima una

(1) S. Bern. de aqued. in Nativ. M. Virg.

especialísima devoción: y si alguno de ellos sobresalió entre los otros por la eminencia de la santidad, se señaló también entre todos en el amor entrañable que alimentó en su corazón á la Reina de los cielos. Cualquiera que leyere las vidas de S. Bernardo, de Santo Domingo, de S. Felipe Neri, de S. Bernardino de Sena, y de otros centenares de héroes de la santa Iglesia, no podrá menos de quedar admirado de ver el amor reciproco, que pasaba entre estas almas santas y María su dulce Madre; y el empeño mútuo de los unos en honrarla de mil maneras, y de la otra en favorecerlos de mil modos, y de sublimarlos á eminente santidad. Señal clara, que para hacer grandes progresos en el espíritu, y subir á grados de mayor perfección, es necesario acercarse á este canal de la divina gracia, para que ella fertilice el alma, y la haga pronta para el ejercicio de todas las virtudes.

261 Mas entre todos los Santos, que con el favor de María subieron á estado de extraordinaria perfección; mas feliz que otros, creo yo ciertamente que fuese Santa María Egipcíaca; pues con la devoción de nuestra Señora comenzó, prosiguió y felizmente acabó la carrera de su perfección; y por medio de ella del profundo de sus torpezas, en que estaba sumergida, se levantó á la cumbre mas sublime de la santidad. Fue ella, como es notorio á todos, antes de su conversión un lazo que aprisionaba el corazón de todos, para hacerlos con el pecado esclavos de Lucifer; fue una red de que se valia el demonio para coger las almas, y poblar el infierno. Tocada un dia de Dios en el corazón con una fuerte inspiración, se fué al templo de Jerusalem, célebre por la reliquia de la santa Cruz que en él se venera. Llegada al umbral del templo, sintió que una fuerza interior la repelia. Volvió dos y tres veces á aquel sagrado umbral, y tentó dos y tres veces la entrada en el templo; pero otras tantas veces sintió interiormente que la rechazaban con violencia hácia atrás. Quedó la afligida muger atónita y suspensa á un tan extraño suceso, no sabiendo si la dicha repulsa venia de Dios, que la arrojaba como indigna de asistir á los sagrados

altares, ó si acaso venia del demonio que la retiraba del lugar sagrado por temor de perderla. En esta agitacion de afectos y duda de pensamientos se fué á arrojar á los pies de una imagen de la Virgen Santisima, que estaba junto á la puerta del templo, y como refiere el Concilio Niceno, comenzó á decir así: *quandoquidem, ut audivi, propter hoc Deus, quem genuisti, homo factus est, ut peccatores ad poenitentiam vocaret; auxiliare mihi soli, & non habenti, qui mihi suppetias ferat, &c.* (1). Pues aquel Dios, dijo, que habeis engendrado, se hizo hombre para reducir los pecadores á penitencia, ayudad, gran Madre de Dios, á esta miserable pecadora, que abandonada de todos, no tiene quien le ayude. Prometió despues, que si tuviese la suerte de entrar en el templo, y reconciliarse con Dios, daria perpétuo libelo de repudio á sus placeres y á sus vanidades, y de veras mudaria de vida. Hecha esta oracion, se encaminó de nuevo hacia la puerta del templo, y entró felizmente. Entonces habiendo experimentado á la Virgen tan propicia y tan pronta á socorrerla en sus necesidades, concibió una viva confianza en su proteccion; volvió mas veces á sus pies; se arrojó en su seno; y la tomó por su abogada, por su madre y por su guia, y reciprocamente la Virgen Santisima la acogio en sus brazos y la puso bajo el manto de su patrocinio. Qué progresos hiciese despues bajo la tutela de la Reina del cielo, diganlo aquellos ángeles que la acompañaron al desierto, y contaron allí todos los pasos que ella dió entre aquellos solitarios arenales, todos los suspiros que sacó del corazon, y todas las lagrimas que derramó de sus ojos. Nosotros solo podemos decir, que en la vida sumamente penitente y austera que hizo en aquella soledad, no tuvo otra maestra ni otra guia, que á la Virgen Santisima, á quien ella recurria de continuo, como á su unica directora: y bajo la conducta y con el favor de Maria venció las fierisimas tentaciones y los atroces asaltos, que le dieron los demonios: venció todos los tédios y todas las repug-

(1) Petr. Cant. lib. 5. de Delp. c. 20. cit. Paul. Diacon. & Con. Nic. 2.

nancias de la fragil naturaleza, y perseveró allí constante por el espacio de cuarenta años, dejando al mundo una idea de perfecta penitencia, un ejemplar de sublimisima santidad, y lo que hace mas á nuestro propósito, un ejemplo convincentisimo para mostrar que no hay medio mas eficaz y mas importante, que la devocion de Maria Santisima para sublimar á qualquiera alma, aunque rea y pecadora, á la altura de la perfeccion cristiana.

CAPITULO IV.

SE DA OTRA RAZÓN PARA MOSTRAR LA NECESIDAD que hay de la devocion de Maria para subir á la perfeccion.

462 **E**l mayor impedimento que encuentran las personas espirituales en el camino del espiritu, son sin duda las muchas asechanzas y tentaciones con que los demonios envidiosos de su bien se atraviesan á sus progresos. Dice S. Gregorio, que los demonios estan en medio del camino de la perfeccion, á manera de ladrones y salteadores: *in præsenti vita, quasi in via sumus, qua ad patriam pergimus. Maligni autem spiritus iter nostrum, quasi quidam latrunculi obsident.* (1) Y aqui hacen muchas emboscadas, y dan muchos asaltos á las almas devotas, con que hacen grande daño á mucha parte de ellas: pues vencidas de tan formidables asaltos, unas vuelven atras, otras se desvian del camino derecho, y otras van á caer en el precipicio. Con el sentimiento de S. Gregorio viene bien la vision de S. Antonio abad, cuando vio al mundo sembrado todo de lazos tejidos por todas partes de nuestros infernales enemigos, para hacer caer á los incautos. Ni se puede de alguna manera dudar, que la mayor parte de estas redes tramposas esten aparejadas para aquellas buenas almas que aspiran á la perfeccion; pues dice el Profeta Abacuc, que semejantes almas son puntualmente aquella presa á que los malignos anhelan con mayor ansia: *cibus ejus electus.* (2) De manera, que ceñidas por

(1) S. Greg. hom. 11. in. Evang. (2) Abac. 1. 16.

todas partes las pobrecitas de enemigos tan terribles, están en inminente peligro de caer á cada paso, ó en actos de desconfianza, de presuncion, de vanidad; ó de soberbia; de enojo, de odio, de impureza ó de desesperacion, con riesgo de perder no solo la perfeccion, sino tambien la salud eterna.

463. ¿Quién, pues, conducirá por un camino tan escabroso, y por una senda tan peligrosa á estas buenas almas al monte de la cristiana perfeccion? *Illa*, responde S. German, *requisimí hostis in conservas suis invasiones sola nominis sanctissima invocatione repellens, tutos & incolumes reddit.* (1) Maria es aquella, que por medio de la invocacion de su santísimo nombre, arrojando de nosotros á todos los demonios asaltadores, nos hace saguros de todos sus terribles acometimientos. Maria es aquella, que los pone á todos en huida siempre que se juntan para hacernos guerra. Maria es aquella que sabe frustrar y hacer que salgan vanas todas sus tramasy cuando las orden contra nosotros; y haciéndose nuestra guia, nos conduce con seguridad por en medio de sus asechanzas á lo alto de la perfeccion. Y si desea saber el lector por qué á Maria se debe esta ilustracion de desbaratar á todos los enemigos de nuestra salud y de nuestra perfeccion, véalo aqui pronto: porque ella es aquella heroína que desde el principio del mundo nos fué dada de Dios por defensora contra los asaltos de nuestros adversarios: *inimicitias ponam inter te & mulierem, & semen tuum & semen illius. Ipsa conteret caput tuum.* (2) Yo, dijo Dios á la serpiente allá en el paraiso terrenal, establezco una perpétua enemistad entre tí y la muger, entre los de tu especie y los de la suya. Ella por tanto quebrantará tu cabeza. ¿Mas cuál es esta muger fuerte, que sin temer nada las asechanzas de la serpiente, ni su veneno, le ha de quebrar la cabeza? ¿Cuál es esta serpiente que ha de quedar quebrantada debajo de los pies de esta invencible muger? La serpiente es el demonio, y la muger es Maria, responde S. Bernardo: *ipsa Virgo est, quondam à Deo promissa mulier, serpentis atiqui caput virtutis pede contritura.* (3)

(1) S. Germ. in zona. Virg. (2) Gen. 3. 15. (3) S. Bern. serm. de Virg. M. Sep. vér. Apoc.

464 Para vencer todos los obstáculos que interponen los demonios á nuestros espirituales adelantamientos, no hay medio mas poderoso que la devocion de Maria, y el continuo recurso á ella en todos los asaltos y en todos los empellones, que los malignos nos dan con sus tentaciones; porque si Maria toma nuestra defensa, como de verdad lo hará, solo su proteccion nos servirá de fuerte coselete contra todos los golpes de nuestros enemigos; ella sola bastará para poner en huída à todo el infierno; ni todo el infierno junto conjurado para nuestro daño, podrá poner el mas mínimo estorbo à los progresos de nuestro espíritu. A esta fuerte guerrera està reservado el desbarato de todos nuestros contrarios; basta que ella peleé por nosotros para que sea cierta nuestra victoria. Por lo cuàl dijo el Damasceno: *spem tuam habens, ò Deipara, servabor: defensionem tuam possidens, non timeo. Persequar inimicos meos, & in fugam convertari, habens ut thoracem protectionem tuam, auxilium tuum. Nam devotum tibi esse, est arma quedam salutis, quam Deus iis dat, quos vult salvos fieri.* Poniendo en vos toda mi esperanza, ó gran Madre de Dios, yo seré guardado de vos: poseyendo vuestra defensa nada temeré; y armado à manera de coselete de vuestra proteccion y de vuestra poderosísima ayuda, haré guerra à mis enemigos, y los pondré á todos en huída. Porque el ser vuestro verdadero devoto es aquella arma fuerte que para alcanzar la eterna salud dà Dios à aquellos que quiere salvar. Asi el Damasceno. (1)

465 Y yo quiero añadir en confirmacion de esto un hecho admirable, en que verá el pio lector casi con sus ojos cuàn terrible sea à los demonios la Virgen, y cuàn to se empeña en defender à sus devotos de los engaños de estos perversos. (2) Un soldado habia conseguido por medio del demonio una gran cantidad de oro, de plata y de piedras preciosas; pero con condicion, de que le habia de llevar á un cierto lugar en dia determinado á su muger, que era matrona honestísima y muy

(1) S. Dam. serm. Annunt. *ssmot. B. M. V.*

(2) Jacob. de Voragine Archiep. Januens. in festo As-

devota de la Reina del cielo. El soldado sobremanera contento con la consecucion de sus deseadas riquezas, para el dia señalado mandó á su muger que se previniese para cierto viage que habia de hacer con él. No atreviéndose la muger oponerse al mandato de su marido, se puso los mejores vestidos que tenia, montó á caballo, rogando al mismo tiempo á la Virgen Santísima que la acompañase en aquel viage, cuyo término y camino ignoraba. Mientras caminaban, acertaron á pasar por junto de una Iglesia dedicada á la Virgen Santísima. La muger tocada del estímulo de su devocion, bajó del caballo, entró en la Iglesia, y postrada delante de la imagen de María Santísima, volvió á pedirle que la asistiese en aquel viage, cuyo éxito no sabia; aunque temía (quizá por saber la pésima conciencia de su marido) que hubiese de ser muy infausto. Mientras estaba haciendo su oracion, fué sorprendida de un suave y dulce sueño, en que perdidos los sentidos, quedó inmoble en el lugar en que estaba arrodillada. Y veis aqui que sucedieron maravillas extrañas y desacostumbradas; porque la Santísima Virgen tomó la figura de la dicha muger, salió de la Iglesia, y sin que el soldado pudiese conocer semejante trueque, subió á caballo siguiéndole por el camino. Llegados por fin al lugar señalado, á la invocacion del impio soldado vino el demonio en aquella forma y figura que otras veces se le habia aparecido. ¿Pero qué? Al ver á la muger que traía consigo, comenzó á ahullar, bramar y temblar todo de pies á cabeza; y vuelto hácia el soldado, ¡ah, desleal y traidor! le dijo: en vez de traerme á tu consorte, de quién queria vengarme de tantas injurias que me hace, me has traído á la mayor enemiga que tengo, la gran Madre de Dios. Calla espíritu temerario, replicó la Virgen. ¿Con qué atrevimiento has presumido hacer daño á una *fiel* devota mia? Calla, que no quedará sin castigo una tan grande temeridad. Anda ahora al profundo del infierno, para que no puedas jamas hacer daño á quien devotamente me honra, fielmente me invoca, y vive debajo del manto de mi proteccion. Dicho esto, desapareció dando grandes ahullidos, y se fué

á pagar la pena de su temerario atentado. Despues dió la Virgen una acre reprehension al soldado, y le dijo, que fuese á tomar á su muger que aun estaba dormida en la dicha Iglesia. Fué temblando el soldado, despertó á su muger de aquel dulce sueño, y á sí mismo del letargo de sus pecados en que yacia sumergido. Vea aquí el lector cuán formidable sea la Virgen á los demonios, y cuán pronta á defender de sus asechanzas á quien la ama; pues no dudó de esconder la gloria de su semblante debajo de la figura frágil de aquella muger, para librarla de las tramas de aquel demonio, que con artes tan malignas la queria perder.

466 Demos cumplimiento á la doctrina del presente, y de los pasados capítulos con un devotísimo sentimiento de S. Buenaventura. Dice el Santo, que para llegar al puerto de nuestra felicidad eterna entre las borrascas que en el mar de esta vida nos embisten, son dos los caminos seguros, la imitacion de Cristo figurada en la cruz, y la proteccion de Maria representada en la estrella. Cualquiera que caminare bajo la guia de aquella insignia y de esta luz, llegará con seguridad al paraiso y hallará allí un alto puesto: *quibus auxiliis possunt naves inter tot pericula pertransire usque ad litus? Certe per duolignum, & stellam; id est per fidem crucis, & per virtutem lucis, quam peperit nobis Maria stella maris.* (1)

CAPITULO V.

SE EXPLICA CUAL SEA LA VERDADERA DEVOCION de Maria de que provienen aquellos efectos de salud, de que se ha hablado en los capítulos precedentes.

467 **A**si como entre las monedas aquellas estan mas expuestas al peligro de ser adulteradas, que son de mayor valor; y entre las piedras preciosas aquellas tienen mas riesgo de ser

(1) S. Bonav. in specul. c. g.

falsificadas que son de mayor precio por su raridad, así la devoción da la Virgen Maria, siendo entre las virtudes morales una de las mas preciosas y mas útiles para los progresos del espíritu, como hemos mostrado; está tambien mas expuesta à ser falsificada, ó de la malicia de los hombres que se forman una idea de devoción, tanto menos conforme al genio de la Virgen cuanto mas acomodada à sus malas inclinaciones; ó por instigación de los demonios, que para hacer infructuosa à los fieles semejante devoción, les sugieren una idea muy falsa y torcida. Por lo cual es necesario que yo declare, cuál sea la verdadera devoción de Maria, de que nacen aquellos efectos saludables de que hablé arriba.

468 Santo Tomás hablando de la devoción con Dios (y nosotros lo veremos mas difusamente en el Tratado III.) dice, que consiste en una pronta voluntad de hacer lo que pertenece al servicio, obsequio y honor de Dios: *Devotio nihil aliud esse videtur, quam voluntas quædam prompte tradendi se ad ea, quæ pertinent ad Dei famulatum.* (1) Por lo cual se engañan aquellos que ponen toda la sustancia de su devoción en una cierta ternura de afecto esteril de obras virtuosas, que de ordinario nace mas del temple de la naturaleza que de la gracia: de ésta se apacientan, de ésta se alimentan, y con ésta viven muy contentos y satisfechos. A proporcion pues de esta doctrina, habremos de decir, que la devoción con la Virgen Santísima consiste en una pronta voluntad de obsequiar y honrar à la Virgen. Mas estos obsequios para con Maria Santísima, para los cuales nos hace prontos y faciles su devoción, son de dos suertes: unos son negativos, y otros positivos, como ahora explicaré.

469 Los obsequios negativos consisten en abstenerse de todo aquello que gravemente desagrada à la Reina del cielo; porque es grave ofensa de su divino Hijo. Pues así como no podría ser súbdito devoto de una Reina, quien le diese graves disgustos con urdir conjuraciones contra la vida de su real

(1) D. Thom. 2. 2. q. 82. art. 1.

hijo: así no se puede decir verdadero devoto de la Virgen, quien le dá gravísimos disgustos con renovar la muerte de su hijo Jesus con la culpa mortal. *Servate mihi puerum Absalon*, decia el santo David á aquellos soldados que iban á pelear contra su hijo Absalon, que armado contra su padre, intentaba quitarle la corona de la cabeza, para hacerse Rey. Andad, pues, decia el santo Rey, andad mis fieles soldados; pelead como valientes guerreros que sois; desbaratad, y haced estrago en los enemigos; pero no ultrajeis, ni ofendais con vuestras armas á mi querido hijo Absalon. Es un rebelde, ya lo veo; es un traidor, ya lo sé; pero es mi hijo: *servate mihi puerum Absalon*. Con semejantes palabras, y con mas justa razon protesta la Virgen á quien desea ser contado en el número de sus devotos, que el primer obsequio que quiere de él, es que no ultraje á su unigénito Hijo: *servate mihi puerum Jesum*. Si me amais, cristianos míos, dice Maria, si aspirais á ser mis verdaderos siervos y mis fieles devotos, no maltrateis con culpa grave á mi dulcísimo Jesus. Jesucristo es parto de mis entrañas, es todo el amor de mi corazón. Toda ofensa que á él haceis, me viene por reflexion á herir en medio del corazón. No le ofendais, pues, por el amor que debeis á él, y por el que teneis á mi, que soy su Madre: *servate mihi puerum Jesum*. Con estas palabras protesta la Virgen, que el primer obsequio que pide de sus devotos, es el guardarse con gran cuidado de toda culpa grave. Sin esto, así como ninguno puede ser obsequioso á la Reina del cielo; así no puede tampoco llamarse su verdadero devoto.

470 Y cuanta verdad sea esto, se puede ver manifiestamente en lo que sucedió á Hugo, Señor de la Toscana, de la nobilísima sangre de los Ottones. Este Príncipe educado piadosamente de su madre Vivilla, pasó los primeros años de su juventud en una grande pureza de costumbres, ayudando mucho á tan grande inocencia de vida la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, y una multitud de obsequios, con que se merecia su patrocinio. Mas las virtudes en los jóvenes son pun-

tualmente, como las espigas en la primavera, y como las uvas en el otoño, que expuestas á la destemplanza del aire y á las tempestades del cielo, caen tal vez, ó se pudren antes de llegar á madurar. Así este jóven expuesto á los peligros de la corte, á los empellones de las ocasiones, y á los asaltos de las tentaciones, cayó feamente en culpa grave, manchando el candor de su virginal pureza. De aquí cebado del dulce veneno de los placeres, perdió todo sabor á la virtud, y se resvaló en breve tiempo en mil juveniles disoluciones. Haciendo una vida tan torpe, sentia ciertos remordimientos en el corazon, con que la Virgen le despertaba del letargo de los vicios en que yacia oprimido. ¿Qué haces Hugo, qué haces? Sentia que le decian al corazon. Tú caminas por el camino del infierno. Y si mueres, ¿que será de tí? ¿Qué haces, Hugo, qué haces? A estas interiores reprehensiones, suspirando el caballero, respondia así: soy pecador, es verdad; pero soy tambien devoto de la Virgen Maria. Jamas he dejado las oraciones, ni he abandonado los obsequios, que segun mi costumbre, suelo tributarle todos los dias: la Virgen me ayudará.

471 La ayuda que le dió la Virgen, fué ||la que ahora referiré, y que hace mucho á mi propósito. Habiendo ido á cazar al Valdarno, habia pasado gran parte del dia, persiguiendo á los animales por las llanuras y collados, y entre bosques y selvas. Cansado despues de la fatiga hácia medio dia, árido por la sed, iba en busca de alguna fuente limpia en que refrigerar el interior ardor. Cuando de improviso vió aparecerse delante de él una hermosa labradora con un cesto en la mano lleno de bellisimas frutas, pero tan súcias y asquerosas que no se podian mirar sin náusea. El jóven, como sentia el ardor de la sed, á vista de aquellas manzanas tan frescas y coloradas, no pudo contenerse de alargar la mano á tomar una; mas viendo despues la porqueria con que estaba toda ensuciada, la dejó estar, y retirando la mano dijo: ¿qué brutalidad es esta, poner una fruta tan bella en un cesto tan súcio y puerco? Entonces la muger campestre, dándosele á conocer por la Reina del cielo,

le dijo: así es tu devoción; tales son los obsequios, que tú me haces, hermosos y buenos por sí mismos; pero manchados de tu mala conciencia, y ensuciados con tu pésima vida. ¿Qué quieres por eso que haga yó? Hugo, si quieres agradar á mis purísimos ojos, muda de costumbres. Dicho esto, desapareció María Santísima, dejando instruido no menos á aquel jóven, que á nosotros de esta verdad, que para ser verdadero devoto de María, no bastan los obsequios positivos que se le hacen en varias oraciones, y en varios actos de virtud hechos por su respeto; sino que requieren en primer lugar los obsequios negativos que consisten en la limpieza de toda culpa.

472 Mas replicareis vosotros: ¿luego cayendo alguno en pecado grave le borraré la Virgen del número de sus devotos? ¿Como se llama la Virgen Madre de pecadores, si los aborrece tanto, y al punto que los vé manchados los hecha de su seno materno? Respondo, que entre pecadores y pecadores hay grande diversidad. Algunos pecan, y tienen por amigo al pecado en que caen, porque no quieren apartarse de él. Otros pecan, es verdad, pero de alguna manera tienen por enemigo el pecado en que incurren; porque aunque lo cometen, casi violentados de la vehemencia de sus pasiones, y de la fuerza de las tentaciones con que el enemigo los acomete; sin embargo, en alguna manera lo aborrecen, porque no querrian cometerlo: tienen voluntad de enmendarse y se encomiendan frecuentemente á la misma Virgen, para que les dé fuerzas para romper aquella dura cadena que los arrastra á la culpa. Los primeros no son devotos de María ni pueden serlo; porque teniendo estrecha amistad con la culpa grave, de que no quieren apartarse, mantienen una verdadera enemistad con María santísima, que es la capital enemiga de semejantes culpas. Los segundos tampoco son devotos de María por mérito alguno que tengan; mas sin embargo, si enderezan las oraciones y los obsequios que le tributan, para librarse de los pecados de que se ven hechos esclavos, serán sus devotos por misericordia y por gracia.

473 Explico esto con una doctrina de Santo Tomás.

(1) Pregnta el santo Doctor, ¿si Dios oye á los pecadores que viven en su desgracia? Y resuelve que no los oye por mérito y justicia; porque estando ellos privados de la divina gracia, no son capaces de merecer de Dios bien alguno, y nada se les debe de justicia. Con todo eso, añade el Santo, los oye Dios en atención á sus ruegos, por pura misericordia: *orationem peccatoris ex bono naturæ procedentem Deus audit, non quasi ex justitia, quia peccator hoc non meretur, sed ex pura misericordia.* Lo mismo se ha de decir en nuestro caso. Un cristiano manchado de pecado grave, no se puede decir por mérito y por justicia devoto de Maria; porque en tal estado es incapaz de merecer un tan grande bien, antes lo desmerece positivamente. Mas no obstante esto, si él no deja de obsequiarla, y los obsequios que le hace los endereza á la enmienda de sus pecados, la Virgen en atención á esta buena voluntad, le admitirá en el número de sus devotos, le asistirá como Madre piadosa, le sacará con su mano benigna del lecho y hediondez de sus pecados en que yace; y le pondrá no solo en el camino de la salud, sino tambien de la perfeccion, si quisiere caminar por él. Todo esto es tanta verdad, que la misma Virgen Maria no dudó de atestiguarlo por su propia boca á su querida Santa Brigida, diciéndole así: *ego sum Mater omnium peccatorum se voluntium emendare.* (2) Yo, dijo la Virgen, no soy madre de aquellos pecadores obstinados, que quieren perseverar en la culpa, antes esperan vanamente, que no obstante su [desconcertada] vida, yo los quiera salvar. De estos infelices yo no soy abogada, ni madre. Solo soy madre de todos aquellos pecadores, que quieren corregirse de sus yerros, que recurren á mí, y con ardientes ruegos se encomiendan á mí para su enmienda. Veis aquí de qué pecadores no se desdeña la Virgen de ser madre, de aquellos que desean enmendarse, y se sirven de su devocion, como de medio para levantarse de sus caídas, y no como de salvaguardia para pecar impunemente. A estos ama piadosamente la Virgen Santisima, como ama el cirujano los miembros llaga-

(1) D. Thom. 2. 2. q. 83. art. 16.

(2) S. Brig. l. 4. Revel. cap. 138.

dos, que quiere sanar; y como ama el escultor aquel rudo marmol, de que quiere hacer una noble estátua.

474 Mas para que pueda un cristiano decirse con verdad devoto de la Virgen, es necesario que á los obsequios negativos añada tambien los positivos. Un vasallo que no haga otra honra á su príncipe, que guardarse de ultrajarle; no puede llamarse súbdito devoto de su soberano. Así para ser verdadero devoto de Maria, no basta no ofenderla gravemente con las ofensas de su Hijo; sino que es menester honrarla frecuentemente con actos de especial obsequio. Mas porque estos son tantos, cuantas son las acciones obsequiosas que rinden culto, honra y agrado á tan gran Señora; por eso no es posible que yo pueda recogerlos todos en este breve capítulo; mas bastará que insinúe algunos que ahora se me ofrecen.

475 Entre los obsequios positivos que se pueden hacer para merecer uno ser contado en el número de los devotos de Maria, pongo en primer lugar el elegirla por su madre en alguna solemnidad, despues del aparejo de una fervorosa novena; y volver despues á dedicársele frecuentemente con afecto de hijo. Así San Felipe Neri solia nombrar á la Virgen no con otro título, que con aquel tiernísimo de madre mia; y con semejantes expresiones de tierno y filial amor la llamaron muchos Santos. Tan de corazon la habian tomado por su propia Madre. Lo segundo, rezar cada dia atentamente su oficio. Los religiosos del Monasterio Gamugense en castigo de haber dejado el oficio de la Virgen, incurrieron en graves desastres; pero se libraron de ellos con volver á rezarlo por persuasion de S. Pedro Damiano: (1) señal clara de la complacencia que recibia la Virgen con el rezo de dichas preces. Lo tercero, rezar cada dia su rosario, á lo menos una parte. Innumerables son las gracias que la Virgen ha hecho á los devotos del rosario. Yo me contentaré con referir solamente lo que sucedió un dia á Santa Gertrudis, quando acabado el rosario, vió á los pies de Cristo tantos granitos de oro, cuantas

(1) Baron. an. 1159.

eran las palabras que ella habia pronunciado en rezarlo. Y vió que el señor ponía aquellos granillos preciosos en manos de su madre; y que la Virgen se los ponía en el seno, diciendo á la Santa, que la queria consolar con otros tantos beneficios. Lo cuarto, visitar todos los dias, ó á lo menos frecuentemente alguna imagen suya, como lo hacia el Padre Tomás Sanchez, hombre no menos ilustre por la bondad de la vida, que por la excelencia de la doctrina, el cual jamas salia de casa sin santificar sus pasos con la visita de alguna Iglesia dedicada á Maria Virgen. Lo quinto, prepararse devotamente para sus fiestas. Santa Gertrudis vió debajo del manto de Maria á un coro de hermosísimas niñas, á quienes miraba con amorosos ojos, por haberse aparejado con especial devocion para celebrar la fiesta de su Asuncion. Mas, prepararse con especialidad en la vigilia de las tales solemnidades con algun ayuno mas riguroso, y con alguna mortificacion del cuerpo, como hacia el Cardenal Alejandro Orsini, que acostumbraba azotarse en tales dias hasta derramar sangre. Lo sexto, procurar insinuar la devocion de la Virgen á los amigos, á los domésticos y dependientes. Esto es tan acepto á la Virgen, que ella misma lo aconsejó á Santa Brígida. *Labora, ut filii tui sint etiam filii mei.* Procura, ó Brígida, que tus hijos sean tambien hijos míos. Lo séptimo, mortificarse frecuentemente por su amor, especialmente en abstenerse de las faltas acostumbradas, y en otras cosas semejantes, que á cada uno sugerirá su devocion,

476 Entre los obsequios positivos, aquellos son mas estimables que se hacen con el interior, pues de estos depende todo el valor y precio de los obsequios exteriores, de que hasta ahora hemos hablado; y por eso en el ejercicio de estos obsequios interiores es menester que insista quien desea ser verdadero devoto de Maria. El primer obsequio interior para con la Virgen sea amarla con afecto filial. Era tal el amor que tenia á la Virgen el angélico jóven Bercmans, que no se halló en sus escritos otro dicho mas repetido que este: *quiero amar á Maria.* El segundo: amarla mas que la propia vida, á imitacion de San-

Brinolfo, Obispo Scatense en la Suecia, de quien dijo la Virgen á Santa Brígida: *hic est, qui me, dum vixit, vita habuit cariorem.* Este es aquel que viviendo me amó mas que á su propia vida. El tercero, alegrarse de corazón con Maria Santísima de sus excelsas prerogativas. No hay cosa que sea mas propia del amor, que el gozarse del bien del amado. Y por eso deseando Santa Matilde hacer alguna cosa muy agradable á la Virgen, sintió que la misma Virgen le decia, que se complaciese frecuentemente de sus dotes y prerogativas. El cuarto, dar gracias á las santísima Trinidad por los altísimos dones que comunicó á Maria. Este obsequio no puede dejar de ser muy acepto á la Reina del cielo; porque con semejantes actos muestra la persona que tiene por propias las grandezas de la Virgen, cuando las agradece á Dios como si fueran suyas. El quinto, compadecerse mucho de los dolores que sufrió Maria al pie de la cruz. No es menor señal de amor gozarse del bien de quien se ama, que dolerse de sus dolores y padecer en sus penas. Por lo cuál se lamentó la Virgen con Santa Brígida de los cristianos, diciéndole, que pocos la amaban cordialmente, porque pocos se compadecian tiernamente de sus dolores. El sexto, poner en la Virgen Maria, despues de Dios, toda su esperanza; y en todas sus necesidades espirituales y temporales hacer siempre pronto recurso á su patrocinio; como lo hacia el amante de Maria S. Bernardo: *hæc, filioli, est peccatorum scala: hæc tota mea fiducia: hæc tota ratio spei meæ.* Maria, decia el Santo, es la escala, por la cuál los pecadores suben á Dios; Maria es toda mi confianza; Maria es toda mi esperanza.

477 Haya, pues, en nosotros una voluntad pronta á honrar á la Virgen, con guardarnos de todo lo que causa grave deshonor á su Hijo y á ella, y con tributarle aquellos actos interiores y exteriores de obsequio que le son mas agradables: y de este modo seremos acogidos debajo del manto de su patrocinio y contados en el número de sus verdaderos devotos.

CAPITULO VI

*SE PROPONEN LOS MEDIOS OPORTUNOS PARA
adquirir la verdadera devocion de la Virgen.*

478 **D**os cosas nos hacen devotos para con los personajes de la tierra, y prontos para hacerles todo acto de servidumbre y de obsequio: la primera, es la estimacion que tenemos de sus méritos; y la segunda, el amor que tenemos á sus personas. Y estos son puntualmente los dos motivos que hacen pronta á nuestra voluntad para obsequiar á la Reina de los cielos, y por consiguiente la hacen devota de Maria. Ahora, pues, asi como para encender un leño ú otra materia combustible, no hay otro modo que arrimarla al fuego; asi para encender nuestra voluntad en aquella devocion para con la Virgen que la hace facil para honrarla, no hay otro modo que acercarla á menudo por medio de la meditacion ó leccion sagrada, á aquellos motivos, que son mas aptos para engendrar en ella una grande estima, y un tierno amor para con tan gran Señora. Porque pensando nosotros frecuentemente y ponderando aquella su grande dignidad, que la constituye Madre de Dios; dignidad tan exoelsa, segun Santo Tomás, que tiene un no sé qué de infinito: *Beata Virgo, ex hoc, quod est mater Dei, habet dignitatem quamdam infinitam ex bono infinito, quod est Deus:* (1) es imposible que no formemos de ella una altisima estimacion. Si despues de esto hiciéremos reflexion á menudo en nuestras meditaciones sobre el puesto alto, que ella tiene en el cielo de Reina de los ángeles, y de Emperatriz del mundo; si frecuentemente consideráremos la plenitud de su gracia y la alteza de su gloria, su admirable limpieza de toda culpa actual y original, su prodigiosa virginidad engastada con la maternidad, y otras mil dotes y prerogativas suyas; crecerá mucho mas en nosotros esta estima y con-

(1) D. Thom. 1. p. q. 25. art. 6.

cepto, que nos hará inclinados y prontos á tributarle todo acto de honra y servicio.

479 Con estas mismas industrias de meditar y leer, se despertará en nosotros aquel tierno afecto hácia la Virgen, del cual es propio el servir á la persona amada y complacerla en todo lo que le agrada. Ciertó es, que no hay cosa en este mundo que aficioné mas á los súbditos á su Reina, como el verla de índole piadosa y compasiva, fácil á compadecerse de sus yerros, pronta á interceder por ellos con el Rey, y eficaz para alcanzar de él el perdon de todas sus faltas. Y estas son puntualmente aquellas bellas dotes de Maria, que meditadas atentamente de nosotros, tienen grande fuerza para aficionarnos á ella. Dice S. Antonino, que Maria es aquel arco iris de paz, que estando Dios indignado contra el mundo por sus culpas y á punto de anegarlo en un diluvio de males; con solo ponersele delante, le aplaca, serena y detiene al punto todo castigo: *Ego sum juxta Filium meum, ut cum Deus peccatis hominum diluvio flagellorum minatus fuerit terram subvertere, ego ut arcus appaream in conspectu ejus, & cum recordatus sit fæderis, repropitiatur eisdem, ne terram disipet.* (1) Lo mismo dice S. Bernardo: *Ipsa est arcus fæderis sempiterni ut non interficiatur omnis caro.* (2) Maria es el iris de eterna paz que contiene el enojo de Dios, para que no destruya á todo el género humano. Del mismo sentimiento es S. Eñren: *Ipsa est fædus pacemque fidelibus impetrans.* (3) Maria es la paz entre Dios y el hombre, pues la alcanza á los fieles, con siguiéndoles el perdon de sus culpas. No puede haber motivo mas bello para enamorarnos de Maria Santísima, y dedicarnos á su servicio, que el considerarla frecuentemente tan piadosa, tan propicia y tan misericordiosa en ponerse de por medio para con su Hijo indignado, y apartar de nosotros los merecidos castigos.

480 Ni es menos eficaz motivo para despertar afectos de

(1) S. Anton. 4. part. tit. 15. c. 4. §. ult. (2) S. Bern. ser. de laud. Virg.
(3) S. Eñren. de laud. Virg.

amor y devoción con Maria, aquel de que he hablado en los precedentes capitulos; es á saber, la certeza que tiene de salvarse, y aun de salvarse con perfeccion cualquiera que, tributándole devotos obsequios, merece su proteccion. S. Agustin dice, que la Virgen es una escala por la cual Dios baja del cielo á la tierra, y por la cual los hombres han de subir de la tierra al cielo: *per ipsam Deus descendit in terram, & per ipsam homines ascendere merentur in cœlum.* (1) S. Fulgencio con otra alegoría afirma lo mismo, diciendo, que la Santísima Virgen es aquel bello puente, por el cual baja Dios á conversar con los hombres; y por el cual los hombres han de subir á Dios, para vivir con él en perpetua felicidad: *Sicut beatissima Virgo pons est, per quem Deus ad homines descendit; ita pons est, per quem homines ascendunt ad Deum.* (2) San Bernardo dice, que Maria figurada en el arca de Noe, es simbolo y figura de aquella salud que ella acarrea á sus devotos; porque así como todos aquellos que se acogieron al seno del arca, se libraron felizmente de las aguas del diluvio; así quien se acoge al seno de Maria, se escapa seguramente del naufragio de la culpa, y por su medio es conducido á descansar en el puerto de la vida eterna: *arca Noe significavit excellentiam Mariæ. Sicut enim per illam omnes evaserunt diluviùm, sic per istam peccati naufragium. Illam Noe, ut diluviùm evaderet, fabricavit; istam Christus, ut humanum genus redimeret, præparavit. Per illam octo tantum animæ salvantur; per istam omnes ad vitam æternam vocantur.* (3) Pero aún es mas admirable la expresion de San Anselmo, donde dice, que muchas veces se recibe mas presto la salud del alma, recurriendo á Maria, que recurriendo al mismo Jesucristo: *velocior est nonnumquam salus, memorato nomine Mariæ, quam invocato nomine Domini Jesu.* No hace esto la Virgen por virtud propia, ¿quién no lo sabe? sino por virtud de su Hijo, que para acreditar á su Santísima

(1) S. August. serm. de Nativit.
(2) S. Bern. ser. de B. Mar.

(3) S. Fulg. serm. de Nativit. Dom.

Madre, le dá tan grande poder: como puntualmente la luna no alumbrá á la tierra con su luz propia, sino con la que recibe del sol. Mas no obstante esto, todos vén cuán fundada es la esperanza, y aun la moral certidumbre que tiene de salvarse un verdadero devoto suyo, que constantemente la honra con los obsequios que arriba expusimos.

481 Si todo esto es verdad, que Maria es tan compasiva, tan benigna, tan misericordiosa con nosotros, y tiene tan grande solicitud de nuestra eterna salud: ¿de donde provendrá que muchos fieles sean tan poco amantes y tan poco devotos de una tan grande Señora y tan bienhechora? Veislo aqui: de no meditar jamas, ni hacer reflexion sobre las tales virtudes; ó á lo menos (si la persona no es capaz de meditar) de no leerlas jamas en los libros en que se exponen. Porque si todos los cristianos considerasen, á lo menos algunas veces, las dotes tan bellas que residen en la Virgen, y pensasen la grande utilidad que les puede provenir del favor de tan grande Reina, no seria posible que no concibiesen un grande amor para con ella, y no se dedicasen enteramente á su servicio. Y por esto, como dije desde el principio, yo juzgo que el medio principalísimo para adquirir la devocion de Maria, es el aplicarse á meditar frecuentemente, ó á lo menos á leeraquellas grandes prerogativas, y aquellas bellas dotes de que està adornada.

482 No puedo dejar de referir un hecho verdaderamente admirable que cuentan varios autores, en el cuál se ve practicamente representado lo que dicen los Santos de la piedad de Maria, y del cuidado que tiene de nuestra salud eterna. En el año de mil y dos cientos, una cierta monja, llamada Beatriz, de cuerpo gentil, fervorosa de espíritu y devotísima de la Virgen Santísima, andando con poca cautela al contorno de la reja ó locutorio de que era portera, comenzó á entibiarse en el espíritu, y pasando de una falta á otra, y de un pecado á otro, llegó á tal estado, que no tenia de religiosa sino solo el hábito que traia; y aun éste determinó de dejarlo, y huirse del monasterio juntamente con un sacristancillo, de quien estaba loca-

mente enamorada. Pero antes de ejecutar el sacrilego atentado, se fué delante de una imagen de la Virgen Santísima y dejando á sus pies el sagrado habito y las llaves del monasterio, le dijo: Virgen Santísima, yo os dejo y abandono; mas vos no me abandoneis á mí, acordándoos de los obsequios que os he hecho en este santo lugar. Tened vos Señora, cuidado de estas sagradas vírgenes: sed vos su ángel custodio. A Dios, Maria, yo os dejo. Dicho esto, emprendió la marcha y se partió del sagrado monasterio. Dejemos andar á esta paloma engañada, que en breve la hallaremos. Entretanto la Virgen tomó un cuerpo del todo semejante al de Beatriz, semejante en las facciones, semejante en la corpulencia, semejante en el color, semejante en la voz, semejante en el movimiento y gesto, y tan semejante en todo, que entre ella y la verdadera Beatriz, no aparecia otra diferencia, sino que esta era muy descompuesta y disoluta; mas la Virgen en la figura de Beatriz parecia la misma modestia y la misma compostura. A mas de esto, para hacerse mas semejante á Beatriz, se puso la Virgen sus vestidos, colgóse las llaves al lado, y comenzó á hacer en su lugar el oficio de portera. Las monjas que nada sabian de semejante prodigio, ni les caia en el pensamiento sombra alguna de sospecha, se maravillaban de ver tanta mudanza en Beatriz hecha tan de repente; y atónitas se decian la una á la otra: ¿Qué es esto? ¿Quién habrá hecho tan de improviso tan estupenda mudanza en Beatriz? ¿Quién le ha trocado aquel mirar tan libre? Aquel hablar tan incauto? ¿Aquel andar tan suelto y libre? ¿Y aquel modo de tratar mas seglar que religioso? Unas discurrían una causa, y otros otra; mas ninguna daba en el punto de la verdad, porque aquella no era Beatriz, como aparecia en la apariencia, sino la Santísima Virgen debajo de la semejanza de aquella delincuente muger. Y entretanto, ¿qué era de Beatriz? Violada del jóven engañador, fué dejada de él y abandonada. Despues avergonzándose la infeliz de volver á su monasterio, se precepitó en un profundo de males, dándose al infame ministerio de pública

ramera, en que continuó por espacio de quince años enteros.

483 Entretanto llegó á su noticia que habia en el monasterio una monja con crédito de gran santidad, que se llamaba como ella Beatriz. Movida de espíritu de curiosidad (pero disponiéndolo así Dios por su gran bien), se determinó de ir allá disfrazada para reconocer qué religiosa fuese ésta, semejante á ella en el nombre, pero muy desemejante en las costumbres. Fuese, pues, desconocida: llegó á la puerta del monasterio, y aquí vió que se le ponía delante una monja totalmente semejante á sí. A esta vista, se puso pálida la muger, y ni tuvo aliento para proferir una sola palabra. La primera que habló fué la Virgen Maria. ¿Me conoces, Beatriz, le dijo? No, respondió ella con voz trémula, no os conozco. Has dicho bien, replicó la Virgen, que no me conoces; porque te has olvidado de mí y de mi divino Hijo. ¿Mas á quién dejaste los vestidos religiosos? ¿A quién encomendaste las llaves del monasterio cuando te huiste de este sagrado lugar? Á la Virgen Maria, respondió atónita la muger. Pues yo soy puntualmente esa, respondió la Virgen. Yo para encubrir tu infame huida, he estado quince años heciendo tus veces en este lugar, disfrazada con tu figura y semejanza: y mientras tú hacias vida torpe, yo te he grangeado crédito de santidad. Entra en el monasterio y haz penitencia de tus graves pecados. Dicho esto, desapareció la Virgen, dejando allí los vestidos de monja: vistióselos luego Beatriz, y se mezcló con las otras monjas. Jamas se descubrió su huida del monasterio, por la perfecta semejanza que tenia con la que quedó en su lugar en el tiempo de su ausencia. Hizo áspera penitencia de sus culpas; y en la hora de la muerte encargó á su confesor que publicase este prodigioso suceso para gloria de la Santisima Virgen.

484 Este hecho habla de suyo, y por si mismo muestra cuánta sea la piedad, cuánta la bondad de Maria, y cuán grande su solicitud en reducir á Dios, y poner en salvo á las almas extraviadas; pues tanto hizo para recoger en la grey de Cristo aquella ovejuela perdida, hasta tomar su forma y figura, y

estar bajo de ella tan largo espacio de tiempo en el monasterio, del cual la infeliz habia huido. Esta grande misericordia de la Virgen, esta su grande benignidad, y este cuidado tan grande que tiene de nuestra salud, medite á menudo el piadoso lector; medite tambien las otras excelsas prerogativas suyas; y esté seguro, que por medio de estas consideraciones formará de la Virgen Santísima aquella alta estima, y concebirá aquel tierno amor que le harán pronto á obsequiarla; y por consiguiente le constituirán en estado de verdadero devoto suyo.

CAPITULO VII.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR SOBRE los precedentes capitulos.

485 **A**dvertencia primera: si desea el director que la devoción de Maria sea á su penitente verdadero medio para conseguir la salvacion y aun la perfeccion, tenga cuidado, que todos los obsequios que hace á la Virgen, los enderece á la consecucion de este fin. Digo esto, porque hay muchos que rezan muchas oraciones en honra de la Virgen; mas ó para conseguir algun bien temporal, ó á lo menos sin solicitud de alcanzar algun bien espiritual. Estos no sacan de la devocion de Maria aquellos afectos saludables que podrian sacar; porque es verdad que la Virgen Santísima está pronta para enriquecer de bienes sobrenaturales á sus devotos; pero quiere ser rogada, quiere ser suplicada; y le agradan mucho nuestras instancias, nuestros empeños y nuestras lagrimas. Si viere, pues, el director que su penitente es tal, que cae en culpas graves, impóngale que todos los ayunos y todas las mortificaciones que emprende en obsequio de la Virgen Maria, las enderece á la extirpacion de las tales culpas: si reza el rosario si dice el oficio, ú otras oraciones; mándele que profiriendo con la boca las tales preces, le pida siempre con el corazon la libertad de los tales vicios. De esta manera conseguirá la enmienda de sus pecados; porque

como dice San Bernardo, la Virgen no aborrece estas almas manchadas; antes tiene por gloria el sacarlas del cieno de sus culpas, como ellas no cesen de importunarla con incesantes ruegos: *tu peccatorem quantumlibet foedum non horres, non despicias, si ad te suspiraverit, tuumque interventum poenitenti corde flagitaverit. Tu illum à desperationis barathro, pia mater, retrahis, foves, non despicias, quousque horrendo Judici miserum reconcilies.* (1) Bellas palabras! Tú, piadosísima Madre; no tienes en horror, ni desprecias á cualquiera pecador, aunque feo y hediondo, si él acude á tus pies y recurre á tu intercesion. Tú le sacas fuera del abismo de la desesperacion; tú le fomentas y proteges hasta reconciliarle con el divino Juez.

486 Mas si el penitente libre de toda culpa mortal caminar por la senda de la perfeccion; observe el director qué virtudes le faltan, que pasiones y faltas le impiden los adelantamientos del espíritu; y mándele que en todas las oraciones pida á la Virgen la consecucion de unas y la extirpacion de las otras; y que endereze á este fin todos los obsequios que diariamente le hace. Asi lo enseña el citado S. Bernardo, que encomendándose siempre el alma devota á Maria, teniendo siempre á Maria en la lengua y en el corazon, no errará el camino de la perfeccion; sino que llegará felizmente á su término: *Mariam cogita, Mariam invoca, non recedat ab ore, non recedat à corde. Ipsam sequens non devias, ipsam cogitans non erras: ipsa duce non fatigaris, ipsa propitia pervenis.*

487 Advertencia segunda: para que la devocion de Maria sea un fuerte reparo para no caer en culpas graves, á quien està aun expuesto á ellas, y para no caer advertidamente en culpas ligeras, á quien està totalmente libre de las graves; no basta encomendarse á la Virgen en tiempo de las oraciones, sino que es necesario recurrir prontamente á ella, cuando aprietan los peligros de pecar. Porque si el penitente fuere asaltado de los demonios con sus tentaciones, á la invocacion de Maria temblarán los malignos, como dice S. Buenaventura, y se pon-

(1) S. Bern. in deprec. ad Virg.

drán en huida: *ab invocatione nominis tui trepidat spiritus malignus.* (1) Si furre acometido de las propias pasiones, no hay, dice S. Bernardo, remedio mas poderoso contra el impetu de éstas, que el recurso à la Virgen: *si jacaris superbiæ undis, si ambitionis, si detractionis, si simulationis, Mariam invoca. Si iracundia, aut avaritia aut carnis illecebra naviculam concusserit mentis, respice Mariam. Si criminum immanitate turbatus, barathro caperis absorberi tristitiæ, cogita Mariam.* (2) Si fueres acometido, dice S. Bernardo, de las olas de la soberbia, de la ambicion, de la detraccion y de la simulacion, acude al punto à Maria. Si la navecilla de tu alma fuere combatida de las olas de ira, de avaricia y de tentaciones carnales, haz recurso à Maria. Si turbado de la gravedad de tus culpas sintieres hundirte en el abismo de la tristeza, échate al punto en el seno de Maria. Insinúe continuamente el director à sus penitentes esta misma doctrina; y procure que à los primeros movimientos de toda pasion, y à los primeros asaltos de toda tentacion, levanten la mente à la Virgen y le pidan socorro: y de esta manera estarán seguros de toda caida grave ó ligera; porque como dice el Damasceno, Maria es ciudad de refugio que asegura à quien recurre à ella: *Mariam evasisse civitatem refugii omnibus confugientibus ad eam.* (3)

488 Advertencia tercera: si desea el director que estos actos de recurso à la Santísima Virgen sean eficaces para quitar los defectos, y para introducir las virtudes, procure que vayan unidos con grande confianza semejante à aquella que tiene un hijuelo en su madre, de quien sabe que es amado tiernamente; porque fuera del grande ánimo que de esta esperanza recibirá la persona para combatir varonilmente y obrar con valor, tendrán mayor fuerza los ruegos para alcanzar de la Virgen el socorro, no habiendo cosa que tenga mas eficacia para ganar el corazon de Dios y de su Madre, que la viva fé. Y por eso procure imprimir en el ánimo de sus discípulos una fuerte persuasion, de que en el seno de Ma-

(1) S. Bonav. in Psalt. (2) S. Bern. sup. Missus. hom. 2. \ 3. S. Damasc. orat. de Dormit.

ria todos hallan refugio, remedio, acogida, consuelo, gracia, perdón y salud eterna, como nos lo asegura S. Bernardo: *captivus redemptionem, aeger curationem, tristis consolationem, justus gratiam, & peccator veniam.* (4)

489 Advertencia cuarta: sobre todo, esté atento el director, á que sus penitentes no dejen aquellos obsequios, que con su consejo han comenzado á tributar á la Reina del cielo. Hay algunos que en cayendo en pecados pierden el ánimo, y comienzan á descuidarse de sus acostumbradas oraciones, pareciéndoles que la Virgen ya no las agradece. Quíteles el director este engaño; porque si enderezan las oraciones á la enmienda de sus faltas, son estas aceptísimas á Maria Santísima, habiendo dicho ella misma á santa Brigida, como referí arriba, que es madre de todos aquellos pecadores que desean enmendarse: *ego sum Mater omnium peccatorum se emmendare volentium.* Acuérdeles lo que sucedió á Tomás de Kempis, el cual vió á la Virgen que distribuía á sus compañeros un licor del paraíso; pero habiendo llegado á el, le miró con ojos ceñudos; y pasó adelante sin hacerle semejante favor; porque habia dejado algunas oraciones que acostumbraba rezar en honra suya. Ninguna cosa agrada mas á Maria Santísima que la fidelidad y constancia en honrarla.

CAPITULO VIII.

DEL RECOGIMIENTO INTERIOR.

490 **P**ara complemento de la doctrina de la presencia de Dios, de que hablamos en el artículo séptimo, me ha parecido conveniente agregar un capítulo del recogimiento interior que trae el Padre Juan Croiset en el tratadito de la devoción del corazón de Jesus; por la importancia de la doctrina que contiene; por la claridad, energía, y eficacia con que la propone;

(1) S. Bern. de Virg. M. super verb. Apoc.

y tambien porque con ella se confirma maravillosamente la necesidad que hay de andar en la presencia de Dios, y con recogimiento interior, para alcanzar la perfeccion. La cuarta disposicion, dice el referido autor, que se requiere para conseguir esta devocion (lo mismo se debe decir para conseguir la perfeccion), es el recogimiento interior. No se deja Dios casi sentir entre el bullicio: *non in commotione Dominus*; y un corazon entregado á todos los objetos, una alma que está continuamente derramada en exterioridades, y ocupada frecuentemente con cuidados supérfluos y pensamientos inútiles, no está en estado de oir la voz de aquel que no se comunica á las almas, ni las habla al corazon, sino en la soledad: *ducam eam in solitudinem, & loquar ad cor ejus.*

491 La perfecta devocion es un continuo ejercicio de amor para con Jesucristo; y no podrá durar sin este recogimiento. Jesucristo se comunica con mas particularidad al alma por medio de esta devocion; y por eso es menester que ésta se halle en la paz apartada del embarazo y tumulto de cosas exteriores, y en disposicion para escuchar la voz de este amable Salvador, y para gustar las singulares gracias que hace á un corazon libre de todo cuidado, y que en nada quiere ocuparse sino en Dios.

492 Este recogimiento interior es el fundamento de todo el edificio espiritual de las almas; de suerte, que sin él es imposible adelantarse en la perfeccion: y se puede decir, que todas las gracias que una alma que no está fundada sobre este cimiento recibe de Dios, son como las letras que se escriben sobre el agua, ó como las figuras que se forman sobre la arena. La razon es, porque para adelantar en la perfeccion, es necesario unirse mas y mas con Dios, y sin este recogimiento no se puede unir una alma con Dios, porque su magestad no hace su asiento sino en la paz del espiritu, y en el retrete de una alma que no se distrae con varios objetos, ni se inquieta con el tumulto de las ocupaciones exteriores. Y S. Gregorio replica, que cuando Jesucristo quiere abrazar á una alma con su

divino amor; una de las primeras gracias que le hace, es darle un amor grande al recogimiento interior.

493. Púedese decir, que el origen de nuestras imperfecciones, ordinariamente es la falta de recogimiento y de atención sobre nosotros mismos. Esto es lo que detiene tantas almas en el camino de la virtud, y esta es la causa de que el alma no halle casi ningun gusto en los mas santos ejercicios. Un hombre poco recogido, jamas fué muy devoto. ¿En qué consiste, decia un hombre Santo, en qué consiste, que tantos religiosos y tantas personas devotas de buenos deseos, y que al parecer hacen todo lo que deben para llegar á ser santos; no obstante esto, sacan tan poco fruto de sus oraciones, de sus comuniones y de los libros que leen, y despues de haberse ocupado en todos los ejercicios de la vida espiritual por tantos años, apenas se conoce que hayan aprovechado algo? ¿De dónde nace que los directores que conducen á otros en el camino de la perfeccion, se detengan siempre en las imperfecciones ordinarias? ¿Cuantos hombres celosos hay, cuantos operarios que trabajan con fervor en la salud de las almas, y de todo se entregan á las buenas obras, y con todo eso tienen las pasiones muy vivas y están siempre sujetos á las mismas faltas, sin hallar casi ninguna entrada en la oracion, y pasan su vida en no sé qué descaecimiento de espíritu, sin gustar jamas las inefables dulzuras de la paz del corazon, siempre con inquietud; y en fin, en tal disposicion, que la memoria de la muerte los atemoriza, y la menor desgracia los desconsuela? Todo esto procede del descuido en guardar el corazon, y en conservarse en recogimiento. Estos tales descuidan de su interior, y se entregan demasiado á lo exterior. De aquí nace que cometen una infinidad de faltas, el hablar sin consideracion, el dejarse arrastrar ciegamente de los ímpetus de su natural, de los movimientos desarreglados y acciones puramente naturales. Lo cuál no les sucederia si tuviesen un cuidado continuo en arreglar su interior, y si reparasen un poco en el trato exterior con los pró-

jimos, para impedir que las pasiones que se alimentan en este género de vida mixta no se fortaleciesen, tanto mas peligrosamente, cuanto se disfrazan mas con el especioso pretexto del celo y de la virtud.

494 Es preciso, pues, confesar, que el recogimiento interior es tan necesario para amar perfectamente á Jesucristo, y para aprovechar en la vida del espíritu, que no se adelanta una alma en esto, sino á proporcion de lo que se adelantare en este excelente ejercicio. Este es el camino por donde S. Ignacio, S. Francisco de Sales, Santa Teresa, S. Francisco Javier y S. Luis Gonzaga llegaron á la cumbre de la perfeccion: y si no tenemos cuidado nosotros de conservarnos en recogimiento, aun cuando procuramos el bien de las almas, sacaremos muy poco fruto aun de las mejores acciones. Conservémonos en silencio si queremos escuchar la voz de Jesucristo. Retiremos nuestra alma del tumulto é inquietud de las cosas exteriores, para poder hallar la libertad de conversar con él mas despacio, y para amarle con ardor y con ternura. El demonio que conoce muy bien las ventajas grandes que saca el alma de esta paz interior y de esta guarda del corazon; pone todo esfuerzo para hacerla perder este recogimiento: y porque desconfia de poderle quitar sus ejercicios y sus buenas obras, se sirve del mismo ejercicio de estas buenas obras, para obligarla á derramarse en exterioridades, y sacarla (digámoslo así) de la trinchera, donde estaba defendida de sus tiros. Una alma, pues, llevada de no sé qué satisfaccion que se suele hallar en estetropel de acciones exteriores, engañada con el especioso pretexto de que hace mucho por Dios; se disipa y pierde insensiblemente esta union con Dios, y este recogimiento interior, sin el cuál aunque se trabaje mucho se adelanta poco. Una alma disipada es como una oveja errante y descarriada, que muy presto es tragada del lobo. Pensamos nosotros que será facil el volver á entrar dentro de nosotros mismos; pero además de que esta presencia de Dios es una gracia que no siempre está á nuestra disposicion; el alma casi nunca se halla en estado de librarse

de muchos objetos exteriores que la ocupan; y con la mucha detención que ha hecho (por decirlo así) en un país extraño, pierde el gusto de las cosas espirituales. Los remordimientos é inquietudes que ella siente, despues que ha hecho alguna reflexión sobre sí misma, hacen que este recogimiento interior le venga á ser como un género de suplicio. Ella se ve disipada, y en fin, ella quiere su disipacion. ¡Oh mi Dios! ¡Y qué pérdida tan grande es la de una alma que incesantemente y sin reparo se derrama en las cosas exteriores! ¡Qué de inspiraciones, qué de gracias no hace inútiles! ¡De cuántos señalados favores no se priva por la falta de este recogimiento!

495 Para evitar este daño, es menester tener gran cuidado en ponernos siempre en la presencia de Dios, y en conservar el recogimiento en medio de nuestras ocupaciones exteriores. Es menester que mientras trabaja el espíritu, el corazón esté en reposo y se mantenga firme en su centro, que es la voluntad de Dios de que no se debe apartar. Para conseguir este recogimiento interior, que verdaderamente es un dón de Dios, pero que jamás lo niega su Magestad á los que le desean con ardor y ponen los medios para conseguirlo: para conseguir, digo, este recogimiento interior (que ciertamente es dón de Dios), es menester acostumbrarse á considerar los motivos que debemos tener en todo lo que hacemos. Antes de comenzar una acción, reparemos siempre si es conforme á razon, si agrada á Dios, y si la hacemos por él. Mientras hacemos la acción, levantemos algunas veces nuestro espíritu a nuestro Señor, purificando de nuevo nuestra intención. Para conoer que hacemos una acción por Dios, la mas cierta señal es no sentir pena cuando la hayamos de dejar, continuarla sin inquietud ni disgusto, y no enfadarnos cuando nos la interrumpen. Pero el mas seguro y mas eficaz medio para este recogimiento interior, es el representarnos á Jesucristo practicando alguna acción: consideremos ¿con qué modo, con qué modestia y con qué exacción la ejecutaria, cuando andaba en la tierra? ¿qué cuidado en hacer con perfección todo lo que ha-

cía, al mismo tiempo con qué tranquilidad y con qué dulzura lo ejecutaba? ¿Cuán diferente era su modo de obrar del nuestro? Si aquello que estamos obligados á hacer no nos agrada; ¿cuántas frívolas razones damos para escusarnos, y cuántos pretextos para diferirlo, y si lo hacemos con qué flojedad? Si es segun nuestra inclinacion, luego sentimos un género de complacencia, que inmediatamente causa distraccion en el alma. El solo temor de no lograrlo, nos llena de inquietud y de congoja. Propongámonos, pues, á Jesucristo y mirémosle continuamente, si queremos conservarnos en recogimiento interior, y crecer siempre en su amor.

496 Cuando se dice, que para conservarse en recogimiento interior, es menester que no se ocupe mucho el alma en cosas exteriores, no se ha de entender que la ocupacion de las cosas exteriores que son de obligacion, sea impedimento al recogimiento interior. Puede uno estar muy recogido en la accion exterior. Los mayores Santos que tuvieron mas estrecha comunicacion con Dios, y que por esto vivieron en mayor recogimiento interior, se emplearon muchas veces en cosas exteriores. Así lo hicieron los Apóstoles y todas los varones apostólicos que se emplearon en la salvacion de los prójimos; y así es un engaño el creer que las mayores ocupaciones sirvan de embarazo. Cuando Dios nos pone en estos empleos, ellos mismos son los medios mas propios para unirnos continuamente con Dios. Es menester prestar solamente (digámoslo así) el espíritu á estas ocupaciones exteriores, y no entregarles del todo el corazon.

497 Es preciso absolutamente, decia un gran siervo de Dios, escoger una de estas dos cosas, ó hacer un hombre vida interior, ó hacer una vida floja é inútil, una vida llena de mil ocupaciones vanas, de las cuales ninguna nos conducirá á la perfeccion á que Dios nos llama; y si no tuviéremos gran cuidado en conservarnos en recogimiento interior, estaremos tan léjos de corresponder á los designios de Dios, que ni aun los conoceremos, y por eso no llegaremos jamas al grado de santidad y perfeccion que nuestro estado pide.

498 Un hombre, cuyo corazón no está recogido, se derrama por todas partes sin hallar en ninguna descanso, y busca con ansia todo género de objetos sin poder saciarse con ninguno: cuando si se diera al recogimiento, y entrase dentro de sí mismo, encontraría allí á Dios, y gustaría de Dios que con su presencia le llenaría de tal abundancia de bienes, que no iría mas á otra parte á buscar con que saciar el vacío de sus deseos. Esto se vé todos los días en las personas interiores. Pensamos nosotros, que el amor que tienen al retiro, y la pena que sienten en derramarse á exterioridades, es efecto de su melancolía: nada menos que eso. La causa es, que sienten á Dios dentro de sí mismas; y las dulzuras inefables de que se llena su corazón, las hace que todos los divertimientos y placeres que el mundo les ofrece, les sean tan desabridos y sin gusto, que les vienen á cobrar horror. Cuando se ha gustado una vez lo que es Dios y las cosas del espíritu, todo lo que tiene gusto de carne y sangre parece desabrido.

499 Admirables son los provechos que se sacan de la vida interior, después que se ha ya establecido. Se puede decir, que solamente estas almas gustan de Dios, y sienten las verdaderas dulzuras de la virtud. Yo no sé si es efecto del recogimiento interior, ó premio del cuidado que se tiene en andar siempre unido con Dios; pero lo cierto es, que un hombre interior posee la fé, la esperanza y la caridad en un modo tan sublime, que nada es capaz de hacerle vacilar. Hállase casi sin sentir superior á todos los temores humanos, siempre se mantiene en un mismo ser, y su espíritu está inmóvil siempre en Dios. De todo lo que vé u oye, toma ocasión de levantar el pensamiento á Dios. En las criaturas no vé sino á Dios: no de otra suerte, que aquellos que han mirado por largo espacio al sol, á cualquier objeto que después miran, les parece siempre que vén al sol.

500 No por eso se ha de pensar que el recogimiento interior hace ociosa á la gente y que alimenta la flojedad. Un hombre verdaderamente interior es mas activo, y hace mas bien y mayor servicio á la Iglesia en un día, que otros cien

hombres, no siendo interiores, le pudieran hacer en muchos años, aunque tuviesen muchos mas talentos naturales que él. No solamente porque la distraccion impide el fruto que suele producir el celo, sino tambien porque un hombre, que no siendo interior trabaja mucho, es un hombre que todo ó lo mas lo hace por Dios; cuando por medio del recogimiento es el mismo Dios el que obra por este hombre. Quiero decir, que una persona que no vive en recogimiento interior, puede tener á Dios por motivo de sus acciones; pero el natural, el amor propio y la inclinacion del genio tendrán ordinariamente la mayor parte en sus buenas obras: y al contrario, una persona recogida, atenta siempre á sí y á Dios, siempre alerta contra los ímpetus del natural y contra los artificios del amor propio, nada obra que no sea por Dios, y segun los movimientos del espíritu de Dios.

501 La diferencia sola que hay entre un hombre interior, y el que no lo es, bastará para que demos el debido aprecio al recogimiento. En un hombre poco recogido se deja ver no sé qué aire de relajacion que oscurece las mas ilustres acciones de virtud, y causa un cierto género de desazon que disminuye la estima que se habia concebido de la devocion; y hace que sus palabras no se impriman: y al contrario, ¿qué impresion no hace la modestia, la dulzura, la paz que se deja ver en el semblante de una persona verdaderamente interior? Su moderacion, su silencio y el continuo cuidado sobre sí misma, todo causa veneracion y amor á la virtud. Es bien dificultoso el conservarse por largo tiempo en recogimiento interior, y no ser verdaderamente devoto; pues es cierto que la falta de devocion proviene ordinariamente de la falta de recogimiento.

502 Los medios de adquirir este recogimiento interior y de conservar este don tan precioso, despues de haberle conseguido, son el tener gran cuidado en las cosas siguientes. Lo primero, en evitar la demasiada prisa en lo que se hace, y en no emprender cosa que nos impida el cumplir con entera libertad de espíritu todos nuestros ejercicios de devocion. Lo segun-

do, en no derramar jamas nuestro corazon en las ocupaciones poco necesarias, de tal suerte que se quede estéril y seco para la oracion. Lo tercero, en velar continuamente sobre nosotros mismos, y en procurar tal disposicion, que siempre estemos en estado de orar. Lo cuarto, en hacernos dueños de nuestras oraciones, sobreponiéndonos (para explicarme asi) á nuestros empleos, teniendo nuestro corazon libre del embarazo y turbacion que ocasionan las obras que se hacen para el bien de las almas, como tambien la aplicacion al estudio, el cuidado de la familia, el trato con el mundo, y el embarazo de los negocios y las demas ocupaciones; no mirando jamas á los empleos de nuestro estado, sino como medios para llegar á nuestro último fin. Lo quinto, el retiro y el silencio son medios eficaces para andar recogido. Es muy dificil que una persona que habla mucho, se conserve en mucho recogimiento. Lo sexto, el recogimiento interior no solamente es señal de una grande pureza de corazon, sino tambien es premio de ella.

503 Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios: quiere decir, andarán continuamente en su presencia. Lo septimo, para hacer mas facil el ejercicio de la presencia de Dios, se puede tomar alguna scñal, que nos haga acordar: como cuando dá el reloj, al empezar ó acabar alguna obra, siempre que se entra en algun aposento, ó se sale de él, la vista de alguna Imágen, la venida de alguna persona, y otras cosas semejantes. Lo octavo, la moderacion y sosiego en todo lo que se hace es un grande medio para adquirir este recogimiento, especialmente si se tiene cuidado en proponerse por modelo la modestia y la dulzura de Jesucristo. Lo nono, algunas frecuentes reflexiones le ayudan mucho á un hombre que quiere estar recogido. El pensar que Dios está en medio de nosotros, ó por mejor decir, que nosotros estamos en medio de él; y que en todo lo que hacemos nos vé, nos oye y nos toca; ya sea en la oracion, en el trabajo, en la mesa ó en la conversacion. El hacer muchos actos de fe tocante á la presencia de Dios, el estar uno con la misma modestia cuando

está solo que cuando está acompañado. En fin, el recogimiento interior es un don de Dios, y es menester pedírselo muchas veces, y pedírselo como disposición necesaria para amar ardientemente á Jesucristo. Este motivo hace eficaces todas nuestras oraciones. La devoción con los Santos que se aventajaron mas en esta vida interior, puede servir mucho para conseguir este interior recogimiento, como son la Reina de todos los Santos, S. José, S. Joaquin, Santa Ana, S. Juan Bautista, y tambien muy en particular S. Luis Gonzaga, &c.



INDICE

DE LOS ARTICULOS Y CAPITULOS

CONTENIDOS EN ESTE TRATADO Y TOMO PRIMERO.

Tratado primero de los medios de la perfeccion cristiana.

PÁG.

Introduccion al tratado.

1.

ARTICULO PRIMERO.

Se muestra, cual sea la perfeccion esencial, y cual la perfeccion instrumental del cristiano. Se distinguen varios grados de esta perfeccion, y se saca la division de la obra.

7.

Cap. I. Se prueba que la esencia de la perfeccion cristiana consiste en la caridad hácia Dios y hácia el prójimo.

id.

Cap. II. Se muestra que las virtudes morales y los consejos son la perfeccion instrumental del cristiano, y se saca la division de la obra,

16.

Cap. III. La perfeccion de la vida cristiana ya declarada, se divide en tres grados, que constituyen tres estados de perfeccion, y con esto se dá mayor luz á la doctrina y division puestas en los precedentes capítulos.

30.

Cap. IV. Advertencias prácticas al director sobre la materia de los capítulos precedentes.

37.

ARTICULO II.

El primer medio para alcanzar la perfeccion cristiana debe ser el deseársela, y no aliojar jamás en los tales deseos, antes extenderlos siempre á mayor perfeccion. Se proponen los motivos para despertar y avivar mas los tales deseos.

42.

Cap. I. Se muestra que el deseo de la perfeccion cristiana es medio necesarísimo para conseguirla.

ib.

Cap. II. Primer motivo para despertar los dichos deseos de perfeccion, es la obligacion que todos tienen de procurarla.

48.

Cap. III. El segundo motivo para despertar los deseos de la perfeccion es la necesidad que hay de procurarla, no solo para ser perfecto, sino aun para salvarse.

58.

Cap. IV. Para que los deseos de la perfeccion conduzcan efectivamente al cristiano á la deseada perfeccion, es menester que jamás alioje en ellos, sino que los vaya adelantando á la consecucion de mayor perfeccion.

65.

- Cap. V. Se proponen los medios para mantener vivos, y ampliar los deseos de la propia perfeccion. 76.
- Cap. VI. Advertencias prácticas al director sobre el primero, segundo y tercero capítulos de este artículo. 84.
- Cap. VII. Advertencias prácticas sobre los capítulos cuarto y quinto de este artículo. 91.

ARTICULO III.

- El segundo medio para adquirir la perfeccion cristiana es la eleccion de una buena guia, que conduzca á ella. 100.
- Cap. I. Se muestra con la autoridad de la Sagrada Escritura, y de los Santos Padres la necesidad que hay de una guia para caminar con seguridad á la perfeccion. ib.
- Cap. II. Se muestra con la razon la necesidad que hay de esta guia para caminar con seguridad á la perfeccion. 109.
- Cap. III. Se dice cuales deban ser los dotes que la persona espiritual debe buscar en su guia para hacer buena eleccion. 117.
- Cap. IV. Se dice cual debe ser la claridad y abertura que conviene tener con su guia espiritual. 123.
- Cap. V. Advertencias prácticas al director acerca del modo con que debe portarse con las almas que se ponen bajo su direccion. 132.

ARTICULO IV.

- El tercer medio para la perfeccion cristiana es la leccion de libros santos. 142.
- Cap. I. Se muestra con la autoridad de los Santos padres, cuán importante sea para el aprovechamiento espiritual la leccion de libros espirituales. ib.
- Cap. II. Se descende en particular, y se muestra cuanto ayuda la leccion espiritual á las personas mundanas para entrar en el camino de la perfeccion, y cuanto conduce á las personas espirituales, que ya están en él, para caminar velozmente y hacerse santas. 148.
- Cap. III. Advertencias prácticas acerca del modo con que deben leerse los libros espirituales, para que sean medio provechoso para nuestra perfeccion. 156.

ARTICULO V.

- El cuarto medio para adquirir la perfeccion, es la meditacion de las máximas de nuestra santa fé. 161.
- Cap. I. Se muestra que la meditacion es medio muy importante para observar la ley de Dios en cuanto á la sustancia, y que es medio necesario para observarla con perfeccion. ib.
- Cap. II. Se explica, cual sea el aparejo que se debe hacer en el principio de la meditacion. 173.

| | |
|--|------|
| Cap. III. Se declara en que consista el ejercicio de meditar, que debe seguirse inmediatamente despues de la referida preparacion. | 180. |
| Cap. IV. Se allanan algunas dificultades que impiden á muchos el emprender y á otros el continuar en el santo ejercicio de meditar. | 187. |
| Cap. V. Se allanan otras dos dificultades que apartan á muchos del ejercicio ya emprendido de meditar. | 194. |
| Cap. VI. Advertencias prácticas al director sobre el primero, segundo y tercero capítulos del presente artículo. | 203. |
| Cap. VII. Advertencias prácticas al director acerca de los capítulos cuarto y quinto en lo que mira á las sequedades y consolaciones en meditar. | 212. |

ARTICULO VI.

| | |
|--|------|
| El quinto medio para adquirir la perfeccion cristiana, es la oracion de ruegos, asi mental como vocal. | 218. |
| Cap. I. Se hace ver que no es posible conseguir la eterna salud sin la oracion de ruegos, y mucho menos es posible conseguirla con perfeccion. | ibi. |
| Cap. II. Se examina cual deba ser el objeto de nuestros ruegos. | 229. |
| Cap. III. Cuán grande sea la eficacia que tiene la oracion de ruegos para alcanzar de Dios lo que se desea. | 238. |
| Cap. IV. Se explican las condiciones que debe tener la oracion de ruegos para que tenga la eficacia que se ha dicho. | 245. |
| Cap. V. Se habla de la oracion vocal. Se busca si es de precepto, y se dice el modo con que debe hacerse para que sea provechosa. | 255. |
| Cap. VI. Se explican tres suertes de atencion que pueden tenerse en las oraciones vocales. | 261. |
| Cap. VII. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. | 265. |

ARTÍCULO VII.

| | |
|--|------|
| De la presencia de Dios. | 272. |
| Cap. I. Se prueba con la autoridad de la sagrada Escritura, que la presencia de Dios es medio efficacísimo para llegar presto á la perfeccion, y se dan las razones generales. | ibi. |
| Cap. II. Se comienzan á dar las razones particulares, por las cuales la presencia de Dios es medio tan eficaz para conseguir la perfeccion. | 278. |
| Cap. III. Se traen otras razones que persuaden la eficacia que tiene la presencia de Dios para llevarnos á la perfeccion. | 284. |
| Cap. IV. Se declaran varios modos con que puede ejercitarse con devocion y provecho la presencia de Dios. | 289. |
| Cap. V. Se proponen algunos modos con que se hace facil el ejercicio de la presencia de Dios entre las ocupaciones exteriores. | 295. |
| Cap. VI. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. | 301. |

ARTÍCULO VIII.

- El séptimo medio para conseguir la perfeccion cristiana es la confesion sacramental hecha frecuentemente, y con las debidas disposiciones. 307.
- Cap. I. Se muestra que la confesion sacramental hecha frecuentemente, es medio efficacisimo para llegar á la perfeccion. ibi.
- Cap. II. Se declaran las condiciones que debe tener la confesion sacramental para que cause aquella limpieza de corazon que es próxima disposicion á la perfeccion. En el presente capítulo se comienza á explicar la primera condicion. 314.
- Cap. III. Se expone la segunda y tercera condicion que debe tener la confesion para que traiga al alma la deseada pureza. 320.
- Cap. IV. Se declara la cuarta y quinta condicion que debe tener la confesion para que prepare al alma á la perfeccion con una exquisita limpieza. 324.
- Cap. V. Se pregunta si las confesiones generales sean útiles para adquirir la predicha pureza del corazon; y por consiguiente puedan conducir á la perfeccion. 330.
- Cap. VI. Advertencias prácticas al director sobre los precedentes capítulos. 336.
- Cap. VII. Se allanan varias dificultades que retardan á algunos sacerdotes de emprender el sagrado ministerio de oír confesiones, ó de continuar en él. 342.

ARTICULO IX.

- El octavo modo para adquirir la perfeccion, es el examen cotidiano de la conciencia. 352.
- Cap. I. Se muestra con la autoridad de los Santos Padres, que el examen cotidiano de la conciencia es medio importantísimo para la perfeccion del cristiano. ibi.
- Cap. II. Se dan las razones, por qué los Santos reputan por tan necesario para la perfeccion este examen cotidiano. 358.
- Cap. III. Se explican las partes que debe tener el examen cotidiano de la conciencia. 367.
- Cap. IV. Se habla del examen particular: se muestra cuán útil sea para conseguir la perfeccion, y se dice el modo con que se debe hacer. 374.
- Cap. V. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. 380.

ARTICULO X.

- El nono medio para adquirir la perfeccion, es la frecuencia de la santa comunion. 384.
- Cap. I. Se muestra que la santa comunión es el medio principalísimo para conseguir la perfeccion cristiana. ibi.

- Cap. II. De los efectos saludables que produce la santa comunión: se saca la misma verdad, esto es, que ésta es un medio principalísimo para nuestra perfección. 391.
- Cap. III. Se exponen las disposiciones próximas con que debe aparejarse la persona devota para recibir la santa comunión. 401.
- Cap. IV. Se examina cuanta debe ser la frecuencia de los fieles en comulgar, y especialmente si en las personas seculares pueda extenderse á cada día. 409.
- Cap. V. Se dice cuál debe ser la práctica de la doctrina expuesta en el capítulo pasado acerca de la comunión cotidiana. 415.
- Cap. VI. Se descende en particular, y se dan algunas reglas ó advertencias prácticas al director, para hacer una justa distribución de comuniones que sea proporcionada al mérito de cada penitente. 419.
- Cap. VII. Se habla brevemente de la comunión espiritual con que deben las personas devotas industriarse para suplir la falta de las comuniones sacramentales. 427.

ARTICULO XI.

- El décimo medio para la perfección cristiana, es la devoción de los Santos, y especialmente de la Santa Virgen Maria. 433.
- Cap. I. Se muestra qué la devoción de Maria Santísima es medio efficacísimo, y moralmente hablando necesario para conseguir la salud eterna en cuanto á su sustancia. ib.
- Cap. II. Se exponen las razones en que se funda la eficacia, que segun los dichos de los Santos, tiene la devoción de Maria Santísima para salvar nuestras almas. 438.
- Cap. III. Se muestra que la devoción de la Virgen es tambien medio efficacísimo, y moralmente hablando necesario para adquirir la eterna salud con perfección. 444.
- Cap. IV. Se da otra razón para mostrar la necesidad que hay de la devoción de Maria para subir á la perfección. 450.
- Cap. V. Se explica cuál sea la verdadera devoción de Maria, de que provienen aquellos efectos de salud, de que se ha hablado en los capítulos precedentes. 454.
- Cap. VI. Se proponen los medios oportunos para adquirir la dicha devoción. 463.
- Cap. VII. Advertencias prácticas al director sobre los precedentes capítulos. 469.
- Cap. VIII. Del recogimiento interior. 472.

INDICE

DE LAS COSAS MAS NOTABLES CONTENIDAS EN

ESTE PRIMER TOMO EN QUE SE CITA EL NÚMERO QUE VA AL MÁRGEN.

A

ABSOLUCION sacramental, se debe dar frecuentemente aun á las almas puras con hacerlas repetir algun pecado de la vida pasada, núm. 337. y sig.

ARIDEZ en la oracion, las mas de las veces es señal de un particular amor de Dios núm. 189.

CAUSAS de la aridez en la meditacion, núm. 206. y sig.

B

BIEN, olvidarse del bien hecho, y la consideracion del mucho bien que queda por hacer ayuda mucho á la perfeccion, núm. 71, 72, 73.

BIENES espirituales son los primeros que se han de pedir, y con mas frecuencia, n. 226. y sig.

C

CARIDAD, modo de avivarla para disponerse á comulgár, núm. 417.

CONCIENCIA, tenerla pura ha de ser el principal cuidado de quien aspira á la perfeccion, n. 309. En qué consiste la tal pureza, núm. 310.

CONFESION bien hecho es causa de una mudanza estable, núm. 313. Debe ser dolorosa, núm. 316, humilde, 321, fiel, núm. 323, entera, núm. 326, sencilla, núm. 329.

CONFESION general á algunos puede ser nociva, á otros necesaria, y á otros útil, núm. 331.

CONFESION general es útil para las almas arrepentidas despues de muchos años de pecado, núm. 464.

CONFESOR experto es menester tenerle para adelantarse en la perfeccion, núm. 92. y sig. El confesor debe ser docto, virtuoso y experto, n. 107. y sig. Quien quiere aprovechar en la perfeccion, es menester manifieste enteramente su alma al confesor, núm. 115. y sig. Confesor, ha de confiar en Dios que le dará la luz y gracia oportuna para ejercitar bien su ministerio, núm. 344. y sig. No debe desanimarse por la tibieza de sus penitentes en enmendarse, 348. 349. Sobre todo, ha de estar lleno de una ardiente caridad para con el prójimo, 350. y sig. El ejercicio de su ministerio le puede hacer santo en poco tiempo, 355. Le es necesaria la paciencia, 127.

COMUNION, un ardiente deseo nos dispone mucho para recibirla santamente, núm. 415. De la disposicion para la comunion depende el fruto de ella, núm. 418. La comunion cotidiana estaba en uso en la primitiva iglesia, núm. 420. y sig. Como se entibió el fervor de la comunion cotidiana, núm. 425. Sábia respuesta de Santa Catalina de Sena á quien reprobaba sus

frecuentes comuniones, núm. 430. Acerca de la frecuente comunión se ha de estar al juicio del padre espiritual, núm. 431. La humildad no nos ha de apartar por mucho tiempo de la comunión, núm. 431. y sig.

COMUNION espiritual se puede hacer muchas veces al día, núm. 442. Como se ha de hacer, núm. 443.

CONSIDERACION, la falta de ésta acerca de las máximas de la fé, es causa de gran mal en los cristianos, núm. 187.

CONSOLACIONES no son necesarias en la oración para el fruto sustancial de ella, núm. 187.

CONSEJOS evangélicos, con ellos se alcanza la perfección cristiana, núm. 22. y sig.

D

DESEO de la perfección cristiana ayuda mucho para hacer grandes progresos en la meditación, núm. 46. Este deseo se debe aumentar siempre, núm. 61.

DEFECTOS, el conocimiento de los que tenemos sirve para aumentar el deseo de la perfección, núm. 74.

DEVOCION, en la que se tiene con Dios bien entendida, consiste la perfección cristiana, núm. 158. Nace la tal devoción de la meditación, núm. 159. y sig. Véase *Verb. ejemplos*.

DISTRACCIONES, cuales en la oración son ó no son culpables, núm. 181. y sig. Modo de evitarlas, núm. 183. 186. Las distracciones involuntarias no disminuyen el mérito de la oración, núm. 263.

DOLOR, es necesario para la confesión y modo de evitar los escrúpulos sobre él, núm. 340. 341.

E

EJEMPLOS, son muchos los que se hallan en este tomo sobre varias materias: ejemplo de caridad para con Dios, núm. 15. De caridad hacia el prójimo y de heroico deseo al martirio, núm. 17. De ódio contra el prójimo, núm. 21. De un principiante y de un perfecto en la perfección cristiana, núm. 34. y 35. De tentaciones, núm. 38. De la necesidad del deseo de la perfección, núm. 47. De tibieza en el servicio de Dios, núm. 57. De fervor, núm. 68. De una conversión maravillosa por medio de los ejercicios de S. Ignacio, núm. 69. De ruina espiritual causada de la tibieza, núm. 87. De obediencia al director espiritual, núm. 103. De la utilidad de un buen director, núm. 111. De manifestar al director de espíritu las tentaciones. núm. 116. 117. 118. Del peligro de perder el alma regiéndose sin consejo de buen director, núm. 120. De indiscreción de un director para con su penitente, núm. 123. De caridad del confesor para con su penitente, núm. 125. De la lección espiritual, núm. 146. D. la eficacia de la meditación, núm. 157. De error acerca de la presencia de Dios, núm. 169. De una manera útil de meditar, núm. 176. 177. De distracciones en la oración, núm. 188. De la aridez en la oración, núm.

190. De externas diabólicas tentaciones en la oracion, núm. 194. De la manera de aficionarse á la meditacion, núm. 197. De omision de la oracion mental, núm. 198. De continuacion en el orar, núm. 201. De constancia en la oracion en tiempo de desolacion, núm. 212. Del ódio que tiene el demonio á la oracion, núm. 222. 223. Frutos temporales de la oracion, núm. 227. De oracion ~~buena~~, núm. 228. De oracion fructuosa hecha en bien del prójimo, núm. 232. 233. De la eficacia de la oracion, núm. 240. 241: De la fé necesaria en la oracion, núm. 248. De oracion virtuosa, núm. 254. De oracion vocal sin atencion, núm. 259. De la atencion en la oracion vocal, núm. 261. De acidia en la oracion vocal, núm. 262. De infidelidad en la oracion vocal, núm. 268. De modo irreverente en el orar, núm. 269. Del fruto de la continua presencia de Dios, núm. 267. De la continua presencia de Dios, que nos preserva del pecado, núm. 280. 281. Como Dios lo ve todo, núm. 284. De la utilidad de la presencia de Dios, núm. 293. Como se adquiere presto la perfeccion con el ejercicio de la presencia de Dios, núm. 302. Del sacramento de la confesion que perdona todos los pecados, núm. 312. De enmienda pronta, causada de una buena confesion, núm. 314. De la eficacia del dolor en el sacramento de la penitencia, núm. 318. De la falta de propósito en la confesion, núm. 320. De la esperanza necesaria para hacer una buena confesion, núm. 325. De la utilidad de confesar aun los pecados ligeros, núm. 328. De la frecuencia en confesarse, núm. 330. De la confesion general, núm. 333. 335. Del ~~uso~~ en oír confesiones, núm. 354. Del examen cotidiano y frecuente de la conciencia, núm. 359. Del rigor del juicio divino, núm. 367. 368. De severa penitencia dada por culpas ligeras, núm. 373. Del fruto grande de santidad, sacado de la comunion, núm. 394. De sustento de la vida corporal habido por la Eucaristía, núm. 399. De la mudanza de costumbres por medio de la comunion, núm. 402. De la eficacia que dá la comunion para vencer las tentaciones del demonio, núm. 404. De la gracia santificante necesaria para recibir el fruto de la Eucaristía, núm. 411. De la fé necesaria para sacar fruto de la comunion, núm. 413. De la devocion en el comulgar, núm. 415. 416. De la disposicion para comulgar, núm. 418. De quien imprudentemente prohibió comulgar á menudo, núm. 432. De la poca frecuencia en el comulgar, núm. 434. De la humildad excesiva que aparta de comulgar, núm. 440. De la comunion espiritual, núm. 441. 444. De devocion á Maria Santísima, núm. 450. Del gran poder que tiene Maria Santísima, cuando pide, núm. 453. De la voluntad de Maria Santísima en ayudarnos, núm. 456. De una devocion ~~particular~~ á Maria Santísima, núm. 461. De la victoria que se puede ~~ganar~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~enemigos~~ ~~espirituales~~ con la devocion de Maria Santísima, núm. 465. De la solicitud que tiene de que sus devotos no ofendan á su divino Hijo, núm. 470. 471. De la devocion del rosario, núm. 475. De la preparacion para las fiestas de Maria Santísima, núm. 475. Del amor á

Maria Santísima, núm. 476. Del celo que tiene Maria Santísima de nuestra salud eterna, núm. 482.

EUCARISTIA, empieza y perfecciona nuestra mayor santificación, n. 391. Por ella nos unimos á Dios estrechamente, núm. 392. y sig. Produce en nosotros efectos de una singular santidad, núm. 397. y sig. véase *Verb. ejemplos*.

EXAMEN, el hacerle cada día sirve mucho para librar el alma de nuevos defectos núm. 360. y sig. Para avivar la virtud, núm. 363. y sig. Para evitar el castigo de Dios en su riguroso juicio, núm. 367. y sig. En él se ha de atender aun á las culpas ligeras, núm. 371. Débele practicar cualquiera que desea salvarse, núm. 384. 385.

F

FE, es necesaria en la oracion para que sea eficaz, núm. 246. 247. y tambien la *humildad*, núm. 249. y sig.

FE, su ejercicio es la disposicion próxima, y mas grata á Dios para comulgar con fruto, núm. 413.

FERVOR, el de los principiantes no es señal cierta de perfeccion, núm. 37. Motivos de fervor, núm. 86. y sig.

FIDELIDAD, la que se tiene en rezar las oraciones vocales es gratísima á Dios y á sus Santos, núm. 268.

J

JACULATORIAS, su uso conduce mucho para conservar la presencia de Dios, y enfervorizarse en su servicio, núm. 296. y sig.

I

INTENCION recta hace meritórias las obras indiferentes, núm. 299.

L

LECCION espiritual siempre ha sido tenuta de los Santos Padres por un medio necesario para alcanzar la perfeccion, núm. 133. y sig. Es útil para todo estado de personas, núm. 138. y sig. Se ha de tener con intencion de aprovechar en la virtud, y no por mero deseo de saber, núm. 144. 145. Dicho de S. Gregorio Magno acerca de leer los libros santos, con pausa núm. 149.

M

MARIA Santísima nos puede alcanzar todo lo que ayude á nuestra perfeccion, núm. 458. y sig. Su devocion es señal de predestinacion, núm. 446. y sig. Es eficacísima para conseguir nuestra eterna salud, núm. 451. Conduce para vencer las tentaciones, núm. 463. y sig. Consiste esta devocion en estar lejos del pecado, en ofrecer á Maria Santísima frecuentes obsequios externos é internos, núm. 468. y sig. Los medios para adquirirla son meditar frecuentemente sus grandezas, y el amor que nos tiene, núm. 478. y sig.

MEDITACION, ayuda para aumentar los deseos de la perfeccion, núm. 69. En la meditacion para que sea fructuosa debe obrar mucho la voluntad, núm. 174. y sig. Todo género de personas puede meditar, núm. 180. y sig.

O

OBRAS de supererogacion son necesarias para conservar la gracia de Dios,

núm. 55. 56. Son necesarias para evitar pecados veniales, y no caer en mortales, núm. 58. 59.

ORAR, tiempos oportunos para ello, núm. 203. El orar y rogar es necesario para resistir á las tentaciones, y para obrar cristianamente, núm. 215. 216. Es de grave precepto, núm. 217. y sig. En la oracion vocal se requiere atencion, n. 158. *Vease Verb. Rogar.*

P

PASIONES, modo de vencer la dominante, n. 377. *

PENITENCIAS practicadas sin el parecer del director son peligrosas, núm. 105.

PERFECCION cristiana puede tener creces y menguas, núm. 10. 11. Consiste en la caridad para con Dios y el prójimo, núm. 12. Debe ser proporcionada al propio estado, núm. 78. Quien no va adelante en la perfeccion vuelve atrás, núm. 67. El cometer pecados veniales no es siempre señal de no ser uno perfecto, núm. 39.

PRESENCIA de Dios: su ejercicio es la fuente de todo bien espiritual, núm. 276. Nos aleja de todo mal espiritual, núm. 279. y sig. Ayuda para alcanzar presto la perfeccion, núm. 285. y sig. La presencia de Dios se conserva considerándole en sus criaturas, núm. 291. Dos maneras de estar en la presencia de Dios, núm. 165. y sig.

R

RELIGIOSO, tiene grande obligacion de atender á la perfeccion, núm. 49. 50. Como peque el religioso en quebrantar sus reglas, venial ó mortalmente, n. 51.

ROGAR por el prójimo es cosa que agrada mucho á Dios, núm. 230. y sig. La eficacia de nuestras súplicas se funda en la promesa de Dios, y en su misericordia, núm. 237. y sig. El rogar en la oracion ayuda á perseverar en gracia, n. 239. La perseverancia en el rogar es necesaria para que nuestras oraciones sean eficaces, núm. 251. y sig.

RIQUEZAS, su amor es impedimento para la perfeccion, n. 259. y sig. Este amor es causa de muchísimos pecados, núm. 268. y sig. Para poner freno á la pasion de enriquecer, es necesario desprender el corazon de las riquezas, núm. 272. y sig. La consideracion de la pobreza de *Jesucristo* sirve para desasir el corazon de las riquezas, núm. 287.

S

SEculares, tienen obligacion de atender á la perfeccion cristiana, núm. 51. 53.

T

TENTACIONES son muy frecuentes en los que van aprovechando, núm. 58.

TIBIEZA en el servicio de Dios, sus señales, núm. 82. y sig.

V

Voz en la oracion sirve para enfervorizarla, núm. 237.

VIRTUDES morales, son instrumento, y no la esencia de la perfeccion, núm. 18. 19. 20. Son necesarias para alcanzar la perfeccion. núm. 22.

VIRTO se adquiere con el ejercicio de actos buenos.—Num.

DIRECTORIO ASCÉTICO,

EN QUE SE ENSEÑA EL MODO DE CONDUCIR
ALMAS POR EL CAMINO ORDINARIO DE LA GRACIA Á LA PERFECCION
CRISTIANA: DIRIGIDO Á LOS DIRECTORES DE LAS ALMAS.



OBRA
DEL PADRE JUAN BAUTISTA SCARAMELLI,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

TRADUCIDA
DE SU ORIGINAL ITALIANO
AL FRENTE DE CASPERANO,
Y DADO A LUZ

POR D. PEDRO BONET,
Agente de negocios de los Reales Consejos.

Tomo II.



CON LICENCIA.

GERONA: IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE FIGARÓ, 1853.

DIRECTORIO ASCÉTICO.

TRATADO SEGUNDO.

*DE LOS IMPEDIMENTOS QUE SE Oponen A LA
consecucion de la perfeccion cristiana, y del modo que se
ha de tener en vencerlos.*

INTRODUCCION AL TRATADO.

 Propuestos ya y declarados en el tratado primero los medios de que debe valerse la persona devota para conseguir la perfeccion cristiana, pasemos á ver ahora cuales son los obstáculos, que con la ayuda de los dichos medios, nos conviene vencer para llegar felizmente á la consecucion de dicha perfeccion. Queriendo un capitán conquistar una plaza fortalecida de fuertes murallas, en primer lugar apronta los medios necesarios para conseguir su intento. Junta un cuerpo de valerosos soldados, se provee de armas, de artillería y de víveres necesarios al mantenimiento de sus tropas. Dispuestos estos medios, se emplea en vencer con ellos los obstáculos, que se oponen al éxito feliz de su empresa. Y porque los tales impedimentos suelen nacer ya del ejército enemigo, que se opone á sus progresos con todas las fuerzas de sus armas; ya de la guarnicion que por

dentro vela siempre á la defensa de la ciudad, y ya tambien de las fortificaciones interiores y exteriores: por eso pone todo esfuerzo por medio de los soldados, de la artilleria y de las municiones ya prevenidas, para vencer los tales estorbos, ahora poniendo en huída á los escuadrones enemigos, ahora venciendo los reparos contrarios, ahora escalando las murallas, ahora haciendo cruel carnicería de los soldados presidarios. Vencidas despues todas estas dificultades, entra victorioso en la ciudad y se hace dueño de ella. Así deseando adquirir alguno la caridad perfecta con Dios y con el prójimo, en la cuál consiste, como ya hemos mostrado con Santo Tomás, la perfeccion á que aspira; debe aplicarse luego á los medios que conducen á ella. Debe armar el corazon de santos deseos, elegir una guia fiel, aplicarse al uso de las meditaciones, oraciones, sacramentos y de otras cosas semejantes, que ya hemos expuesto en el tratado precedente, y con la ayuda de estas cosas debe esforzarse á vencer todos los impedimentos con que la carne, el mundo y el demonio se oponen á la consecucion de su santo fin.

2 Mas para que entienda el lector la urdimbre del presente tratado, debe saber que los impedimentos de la perfeccion, unos estan en nosotros, y otros fuera de nosotros. Los impedimentos que residen en nosotros, parte tienen el origen de los sentidos externos de su naturaleza libres y sueltos; y parte de los sentidos internos, quiero decir, de las pasiones desconcertadas que residen en el apetito sensitivo. Aquellos se oponen á nuestra perfeccion, porque llevando la voluntad á un placer que les es propio, la enaganan de Dios; y estas la estorban, porque sacudiendo el freno de la razon, ganan la voluntad, y se la llevan tras de sí á favorecer sus movimientos irracionales, y de esta suerte la alejan de Dios y de su santo amor. Los impedimentos que tenemos fuera de nosotros provienen tambien de dos causas diferentes; porque unos retardan nuestra perfeccion con atraernos, y otros con impugnarnos. La retardan por via de atractivos: 1.º la hacienda y riquezas, 2.º los honores y dig-

nidades, 3.º los objetos agradables y distractivos de nosotros, pues atrayéndonos éstos al amor de ellos nos apartan del amor de Dios. La retardan por via de impugnacion los demonios; pues asaltándonos con sus inicuas sugerencias á veces nos vencen y nos impiden la deseada consecucion del divino amor. A estos se añade otro impedimento que tal vez tiene su raiz en nosotros, y tal vez fuera de nosotros: y este es los escrúpulos que pueden tener su origen de nuestra naturaleza melancólica, tétrica, y sobradamente tímida y reflexiva, y tambien de los demonios envidiosos de nuestros espirituales progresos. Y estos son tambien de grande obstáculo á la perfeccion; porque poniendo en révolucion al alma, y en agitacion al espíritu, le quitan aquella paz interior que le es tan necesaria para estar unida con Dios con el vínculo de una suave caridad. Esto supuesto, expondré en el presente tratado uno á uno los dichos impedimentos con aquel órden con que ahora los he insinuado, y propondré los modos mas acomodados para vencerlos; á fin de que el alma, vencidas las dificultades, llegue finalmente á descansar en el corazon de Dios, y hacerse una misma cosa con él por amor: *qui adheret Domino, unus spiritus est*, como dice el Apóstol. (1)

3 Se ha de advertir, que el tratado precedente pertenece á toda persona espiritual en cualquier estado que se halle, porque los medios de que hemos hablado, deben practicarse no solo por quien comienza y por quien prosigue corriendo la carrera de la perfeccion; sino tambien por quien se vá acercando ya al término y fin. Pero este tratado conviene con mas especialidad á los principiantes; porque en éstos, como nota muy bien el Angélico, son mayores los impedimentos. En éstos suelen estar los sentidos mal acostumbrados, las pasiones muy vivas y muy desordenadas. En éstos hay de ordinario grande apego, ó á la hacienda, ó á la honra, ó á otros objetos deleitables de este mundo. A éstos suele mover el demonio guerra atroz con sus tentaciones; porque habiéndolos tenido largo

(1) 1. Cor. 6. 17.

tiempo por lo pasado en su poder, se vale de todas las estratagemas para atraerlos á sí, y cogernos de nuevo en su red. En estos finalmente, como en terreno que ha estado mucho tiempo inculto, suelen, como muestra la experiencia, brotar las espinas de los escrúpulos y los abrojos penosos de las perplejidades. Mas no quiero significar con esto, que no encuentren tambien los que van aprovechando y los perfectos muchas dificultades y muchas oposiciones en el camino de la perfeccion. Mientras vivimos en esta miserable tierra nos hallamos todos en campo de batalla, ceñidos por todas partes de fieros enemigos: por lo cuál conviene á todos estar siempre con la espada en la mano prontos á pelear: *militia est vita hominis super terra*. Ninguno hay en la peregrinacion de esta infeliz vida, que no encuentre muchos estorbos para ir adelante en el camino de la virtud. Digo solamente, que los tales obstáculos son menores en los proficientes, y mucho menores en los perfectos; y por eso no afirmo que este tratado se acomode solo á los principiantes, sino que á ellos principalmente pertenece.

ARTICULO PRIMERO.

LOS IMPEDIMENTOS QUE TRAE PARA LA PERFECCION CRISTIANA EL SENTIDO DEL TACTO NO GUARDADO ; LOS REMEDIOS CONTRA TALES IMPEDIMENTOS.

CAPITULO PRIMERO.

LOS DAÑOS GRAVISIMOS QUE PUEDEN PROVENIR al alma del sentido del tacto.

4 **T**odos los obstáculos que se encuentran no solo en la adquisición de la perfeccion cristiana, sino tambien de la salud eterna, toman su origen de los sentidos exteriores de la vista, del oído, del gusto, del tacto y del olfato; porque así como nuestras almas toman de estos sentidos falaces las especies de todos los conocimientos, así de estos chupan tambien el veneno de todas sus malas inclinaciones. La razon de esto es clarísima. Suministrando nuestros sentidos externos al alma la especie de todas aquellas cosas que debe entender con su mente, se las muestran muy diferentes de lo que en sí mismas son. Le hacen parecer dignos de mucha estima aquellos objetos que merecen grande desprecio. Le hacen parecer agradables, amables y convenientes á su ser aquellas cosas que merecen ser reprobadas y aborrecidas. De aquí se sigue, que la pobre alma engañada se enamora, va tras ellas, las busca con ansia, ahora con pérdida de su salud eterna, y ahora con perjuicio de su perfeccion. A mas de esto nuestros sentidos no se apacientan de otra cosa (como sucede en los brutos), sino de un cierto deleite sensible, que cuanto les es mas connatural, tanto es de ordinario menos conforme á los dictámenes de la razon y á las leyes del espíritu; de manera, que atrayendo ellos la voluntad al cebo del mismo deleite, la apartan de la virtud y la alejan de Dios. El primer principio, pues, de todos los impedimentos que experimentamos, no solo para ser perfectos, sino tambien para salvarnos,

se deriva de estos sentidos engañosos que nos alucinan con sus falsas apariencias, y con sus sensibles deleites; y por eso conviene hablar primero de estos, y dar los remedios con que es menester refrenarlos, para que no vengzan á la razon ni dominen á la voluntad, sino que estén sujetos á ella. Y porque entre todos los sentidos exteriores el mas dañoso, á mi parecer, es el sentido del tacto; por eso quiero hablar de él en este primer artículo, y en el presente capítulo mostraré con suma brevedad los grandes daños que de él nacen, por cuanto se opone á todo el bien del alma, ya sea mirando á la perfeccion, ya sea tambien en orden á la salvacion.

5 Pero antes es menester observar con S. Agustin, que el deleite que nace de los sentidos, puede ser licito y puede ser tambien ilicito. Puede uno mirar el cielo pintado de hermoso azul y esmaltado de lucidísimas estrellas, y con esta vista tomar un honesto placer. Pero puede tambien mirar teatros profanos, espectáculos obscenos, y otros objetos viciosos ó perniciosos; y tomar con esta vista una ilícita satisfaccion. Puede uno escuchar una música sagrada, y puede oír una cancion deshonesta de amor. Aquello es licito: esto es ilicito. Lo mismo dice el Santo del deleite que nace del sentido del tacto: *delectant enim, ut dixi, oculos & spectacula ista naturæ, sed delectant etiam oculos spectacula theatrorum: hæc illicita, illa licita. Psalmus sacer suaviter cantatus delectat auditum; sed delectant etiam auditum cantica histrionum: hoc illicite, illud licite.... Delectant conjugales amplexus; delectant etiam meretricum: hoc illicite, illud licite. Videtis ergo, charissimi, etiam in istis corporis sensibus licitas esse, & illicitas delectationes. (1)*

6 Mas aquí está puntualmente escondido el escollo en que se estrellan tantas almas incautas, que no contentas de un deleite honesto y moderado, tomado por fin recto y justo, que podrian licitamente tener por medio de sus sentidos, se propasan á tomar con ellos deleites ilícitos ó peligrosos, con los cuales manchan su candor, y verifican el dicho del Profeta

(1) S. Aug. Sermon. 17. de verb. Apoc. cap. 2.

Jeremías, que la muerte del pecado entra por sus sentidos como por otras tantas ventanas incautamente abiertas para matar sus almas, como nota el mismo Agustino: (1) *quidquid enim pulchrescit in visu, quidquid dulcescit gustu, quidquid blanditur auditu, quidquid lenocinatur odoratu, quidquid mollescit tactu, in his omnibus, si incauti fuerimus, surripientibus concupiscentiis malis animæ virginitatem corrumpi permittimus; & impletur illud quod per Prophetam dictum est: intravit mors per fenestras nostras.* En todo aquello, dice el Santo, que á la vista de los ojos es hermoso, al gusto del paladar es dulce, al olfato es suave, al tacto de los miembros es blando; si somos incautos en tomarnos semejantes placeres ilícitamente cuando son vedados, ó en tomarlos por mero desahogo de pasión, y no por algun fin honesto; manchamos siempre la pureza de nuestra alma, y verificamos las palabras del Profeta, que la muerte del pecado ha entrado por las ventanas de los sentidos á hacer estrago en nuestras almas. Y dice bien el santo Doctor; porque semejantes satisfacciones tomadas indebidamente por los sentidos, ó son culpas mortales que entrando en el alma le dan la muerte, ó son culpas veniales que abren la puerta al pecado grave y á la muerte de la misma alma. Por lo cuál siempre se verifica que los sentidos no guardados, son aquellas aberturas por las cuales se insinúa en las almas descuidadas la muerte del pecado.

7 Mas si la licencia que se concede á cualquiera de nuestros sentidos es tan perjudicial al espíritu, será preciso decir que la licencia que se concede al sentido del tacto, de quien hablamos ahora, no solo le sirve de daño, sino tambien de ruina, de exterminio y de una total perdicion. Primeramente, porque no es este un sentido como los otros que resida en una sola parte del cuerpo, sino que por todo el cuerpo se dilata y extiende: por lo cuál tiene mayor fuerza para ganarse la voluntad, y con un deleite propio sujetarla á la culpa. La vista reside solo en los ojos, el oido solo en las orejas, el olfato solo

(1.) S. Aug. lib. 50. homiliar. hom. 35.

en las narices, el gusto solo en la lengua y paladar; pero el tacto ocupa todo el cuerpo, en todos los miembros trama asechanzas á la voluntad, y por todos esparce un cierto placer que la envenena. En suma, este sentido es como un poderoso enemigo, que resuelto á combatir una plaza, no se contenta con asaltarla por una trinchera, ó por un baluarte; sino que la rodea por todas partes, por todas la bate y por todas la asalta, hasta llegar á enseñorearse de ella. Lo segundo, porque este es un sentido vil y brutal que apetece el deleite mas pestífero y mortal que puede darse: quiero decir, que se apacienta del placer sensual é impúdico, que acarrea siempre la muerte al alma, y la conduce siempre á la eterna condenacion.

8. Ni quiero yo ponerme aquí á describir la suma brutalidad y deformidad que se contiene en aquel deleite, de que es ansioso este vil sentido; porque hablando con personas espirituales, que se hallan fuera de este abominable cieno, y tienen horror á toda suciedad, creeria ofender con mis palabras su limpieza. Quiero solamente, para hacerlas muy cautas, y sumamente cuidadosas en la guarda de este sentido, ponerles delante de los ojos esta gran verdad, que cualquiera condescendencia que permitan á las delectaciones venenosas del tacto, basta para arrancar de sus almas todas las plantas de las virtudes que hubieren adquirido en el discurso de su vida espiritual. Así lo enseña S. Gregorio: (1) *beatus Job crimen luxuriæ definiens ait: ignis est usque ad consummationem devorans; quia nimirum reatus hujus facinoris, non solum usque ad iniquationem maculat, sed usque ad perditionem devorat. Et quia quamlibet alia fuerint bona opera, si luxuriæ scelus non abluatur, immanitate hujus criminis obruuntur, secutus adjunxit: et omnia eradicans genimina.* El placer que se prueba en los otros pecados lo podemos asemejar al hierro que corta las ramas, ya de una, ya de otra virtud y las marchita. Pero la satisfaccion propia de este sentido, dice S. Gregorio, apoyado con la autoridad del Santo Job, es un fuego que entrando en el alma, abrasa

(1) S. Greg. lib. 21. Moral. c. 9.

todas las virtudes, todas las destruye y hace ceniza: *usque ad perditionem devorat*. De manera, que si el alma era antes un jardin de flores de muchas virtudes, viene á ser en breve un desierto horrible é infecundo de todo bien espiritual; porque este deleite pecaminoso ahoga todas las buenas obras, todas las seca y las arranca hasta la raiz, de manera, que no puedan mas florecer: *omnia eradicans genimina*.

9 La razon de esto la dá Santo Tomás: porque la delectacion pestífera de este desenfrenado sentido ofusca la luz de la razon, trastorna el entendimiento, pervierte la voluntad, y pone en desórden á todas las potencias del alma: por lo cuál no es maravilla que la infeliz, aunque fuese antes fecunda de santas operaciones, llegué á ser despues inhabil para obrar algun bien: *per vitium luxuriæ maxime appetitus concupiscibilis vehementer intendit suo objecto delectabili, propter vehementiam passionis & delectationis. Et ideo consequens est, quod per luxuriam maxime superiores vires deordinentur, scilicet ratio & voluntas.* (1)

10 Para persuadirse esta verdad basta acordarse del ejemplo tan lamentable de Salomon. Fué (¿quién no lo sabe?) en su juventud lleno de sabiduría, de ciencia, de prudencia, de justicia, de piedad, de religion y culto para con el Altísimo. ¿Mas de que le sirvió todo esto, si llegado despues á la edad senil, soltó las riendas á este sentido brutal, para que corriese libre tras de sus satisfacciones; pues pervertido de su desenfrenamiento, vino á ser un viejo tan insensato, que llegó hasta levantar templos á los idolos, y á ofrecerles sacrificios nefandos? La reflexion es de S. Basilio. *Salomoni quid attulit commoda fugis exuberans adeo opulentia infusæ sapientiæ, & quæ vis dum adolescenti cœlitus de Deo cognitio indulta est; quando is demum per mulierculæ, quam ad insaniam usque deportabat, illicitos complexus, ex cordatissimo adolescente, per ætatem in senium divergentem, vecors factus, & in idololatriam prolapsus concidit?* (2)

(1) S. Thom. 2. 2. q. 153. art. 5. (2) S. Basil. epist. ad chilon. Anacor,

14 Este me parece que es el motivo más poderoso que puede tener una persona devota para guardar con sumo cuidado este sentido desbocado, y aun para tenerlo abatido y humillado con los rigores de la penitencia: el reflexionar que un poco de condescendencia que con él se practique, y un poco de agrado con que se trate, basta para echar por tierra cuanto se ha adquirido en muchos años de vida espiritual. Haya, pues, en vosotros toda la sabiduría de un Salomon, toda la contemplación de un Moises, toda la fé de un Abraham, toda la obediencia de un Isaac, toda la mansedumbre de un David, toda la paciencia de un Job, y el cúmulo de todas las otras virtudes: que si este sentido desenfrenado comienza á cogeros de la mano y á dominaros, todo está perdido. Un rico mercader que sabe ó bien que solo tiene sospecha, que dentro de su casa hay quien asecha á sus riquezas, ¿en qué cuidado y solicitud no se pone? Cómo refuerza las puertas de su cuarto? ¿Con qué exactitud las cierra? ¿Con qué escrupulosa diligencia tiene guardada la caja donde está encerrado su tesoro? Vela por la noche, ó si cierra los ojos al sueño, vela durmiendo; porque á cualquiera ruido de viento se despierta, y á cualquier estrépito casual se desvela. Levanta luego la cabeza: vuelve al contorno los ojos, mira y observa; porque teme de perder en una noche los tesoros, que con tantas fatigas ha adquirido por el discurso de muchos años. Así un hombre espiritual que con el ejercicio de las virtudes, de la oración, de la penitencia, y de las mortificaciones ha ganado ya alguna riqueza de meritos para el paraíso; sabiendo que hay en su casa, ó por mejor decir, dentro de sí mismo, un sentido traidor, que asaltando á la voluntad, y combatiéndola con las lisonjas de algún deleite suyo, puede despojarle de todos sus tesoros espirituales: ¿con qué celo debe guardarlo, y con qué fuerza debe reprimirlo? ¿con qué rigor debe sujetarlo y abatirlo? Veámoslo en los capítulos siguientes.

CAPITULO II.

**PRIMER REMEDIO CONTRA EL DESENFRENA-
miento del sentido del tacto es la cautela en usar de él.**

12 **S**ea el primer remedio contra las perversas inclinaciones del tacto, una suma circunspeccion en no tocar jamas persona alguna, especialmente de otro sexo. Ni se deje inducir á esto el cristiano por cualquier pretexto de afabilidad, de cortesía, de juego, burla, ó urbanidad; porque semejantes licencias, aunque tomadas sin mal fin, son de incitamento á este frágil sentido, y salen al alma siempre fatales. ¿Quién se puso jamas á jugar con el fuego, ó á tocar las llamas cuando arden mas vivas? Porque ve cualquiera muy bien, que basta el solo tocamiento de la llama para formar en la mano una dolorosa llaga. ¿Por qué, pues, no se ha de guardar uno de ciertos tocamientos, ó poco modestos, ó poco cautos, ó muy peligrosos, en los cuales se esconde aquel dulce veneno que atósiga al alma, y del cuál nace de ordinario aquel fuego que la reduce á cenizas? *Ad ignem potius ardentem*, dice S. Nilo, *quam ad mulierem, juvenis, appropinqua: nam si ad ignem accesseris, dolore affectus resilies. At si feminae verbis incensus fueris, haud ita facile recedes.* (1) Acércate, oh jóven, dice este Santo, antes bien al fuego, que á persona de otro sexo, mayormente si fuere jóven; porque al toque de aquel retirarás presto la mano obligado del dolor; pero no te alejarás abrasado al toque ó palabras de ésta.

Oiga el lector lo que cuenta S. Gregorio en sus Diálogos, y juzgue si yo tengo razon de hablar así. En la provincia de Norcia un sacerdote venerable, cuyo nombre no refiere el Santo, era tan ageno de tomarse libertad, ó confianza con mugeres, que ni aun permitia jamas que se le acercase aquella muger que estaba destinada para servirle: *eamque sibimet pro-*

(1) S. Nilo orat. 2. advcia. vitia.

pinquare nulla occasione permittens, ab ea sibi communionem funditus familiaritatis absciderat. (1) Este gran siervo de Dios despues de haber ejercitado santamente su sagrado ministerio por espacio de cuarenta años, fué sorprendido de una ardentísima fiebre que le redujo en breve á los últimos periodos de su vida. Ya habia cerrado los ojos; ya habia perdido el movimiento; ya le habia faltado la respiracion, de manera que fué creído por muerto de los circunstantes. En este estado la muger, que le servia, se inclinó hácia él, y aplicó el oído á sus narices solo para certificarse si habia perdido del todo la respiracion y la vida. Lo advirtió el santo viejo, y recogidos aquellos pocos espíritus que le habian quedado en aquel extremo, comenzó á exclamar: *recede à me, mulier, adhuc igniculus vivit; paleam tolle.* Retírate, muger, que aun hay en mí una centella de vida, tu eres paja y yo soy fuego. Aléjate, que aun podria avivarse aquella chispa que vive en mí, y quedar hecho ceniza: *recede à me, mulier, paleam tolle.* Poco despues se le aparecieron S. Pedro y S. Pablo, á cuya vista lleno de júbilo comenzó á decir: *beneveniant Domini mei. Quid ad tantillum servulum vestrum estis dignati convenire? Venio, venio: gratias ago, gratias ago.* Bienvenidos seais mis amados protectores. ¿Y por qué os habeis dignado de visitar á este pequeñuelo siervo vuestro? Gracias os doy. Veisme aqui que ya voy. Y al decir esto espiró suavemente el alma en brazos de aquellos dos grandes Apóstoles.

14 ¿Dónde están ahora aquellas personas, tal vez espirituales, y tal vez tambien consagradas á Dios, que se hacen lícito el chancear con personas de diverso sexo, usar con ellas de familiaridades indecentes, y dicen despues, que no hay mal alguno, sino que todo pasa con suma inocencia? ¿Cómo, digo yo, un sacerdote santo que mereció en la muerte la visita de los primeros personages del cielo, hallándose en edad decadente, con el espiritu ya moribundo, y con el cuerpo casi muerto y apagado; al acercársele una muger piadosa, que quizá no

(1) S. Greg. Dial. lib. 4. c. 11.

llegó aun á tocarle, teme, tiembla y grita que al punto se retire; y un hombre y una muger, á quienes hierva aun la sangre ardiente en las venas creerán poder pasar á confianzas y tocamientos, si no libres, á lo menos desconvenientes, sin algun peligro? Maravillome de ellos. Los hombres y mugeres son paja y fuego, como decia aquel santo sacerdote moribundo, que á cualquier contacto conciben calor; y si al fin no arden en llamas de impureza, es un prodigio, es un milagro. Oigan estas personas ilusas lo que refiere S. Gregorio Turonense (1) de Nicezio Obispo, y confúndanse de su libertad. Refiere, pues, de este santo Prelado, que no solo se guardaba con suma cautela de toda familiaridad con mugeres, sino que ni aun se arriesgaba á tocar los miembros de los niños inocentes, que obligado á hacer esto por razon de su oficio, ponía en medio el vestido. Así guarda el sentido del tacto quien quiere mantener sin mancilla el candor de su pureza.

15 Las razones, pues, porque los Santos fueron tan circunspectos y casi tímidos en todos sus tocamientos, son dos. La primera, porque el tacto es un sentido tan atrevido, que concediéndole alguna condescendencia asalta al punto á la voluntad, y la combate con las armas del placer, que son las mas fuertes de todas, porque son las mas dulces. La segunda, porque en el tacto, dice Santo Tomás, se fundan todos los otros sentidos: *omnes autem alii sensus fundantur supra tactum.* (2) Y así como en flaqueando el fundamento de una casa, bambolean las paredes, las cornisas y el techo que estriban en él; así si el sentido del tacto flaquea, es preciso que flaqueen todos los demás sentidos que se fundan en él. Al punto se hace un desconcierto universal en todo el hombre; y la fábrica espiritual si estaba ya empezada, es preciso que pare en una total ruina. Por lo cuál dice admirablemente S. Basilio: *tactum vero, ut omnium sensuum perniciosissimum, & sævissime blandientem, sensusque reliquos in suas pellicientem illecebras, immaculatum quam ma-*

(1) In vitis PP. c. 8. (2) S. Thom. 1. p. q. 76, art. 5.

ximé poterit cura, servabit. (1) Procure, dice el gran Basilio, la persona que ama su pureza, guardar con el mayor cuidado que le sea posible el tacto; porque este entre todos los sentidos, es el mas peligroso, fierisimamente lisonjea, y con sus dulces lisonjas halaga á todos los otros sentidos para que vayan tras de él, y los trae á todos consigo al pecado y á la perdicion. Lo que en sustancia es lo mismo que enseña el Angélico.

16. Mas porque á algunos de estos incautos no hará quizá impresion la autoridad y el ejemplo de los Santos; y quiera Dios, que tanta cautela en el tocar no la atribuyan aun estos á á un vano y mal fundado temor; por eso quiero añadir la autoridad irrefragable del Santo de los Santos, quiero decir del mismo Dios, que tal vez nos ha hecho entender con modos extraordinarios y prodigiosos, quanto le desagradan semejantes tocamientos, aunque no sean hechos por fin dañado (1) Gebardo Abad fué puesto de Dios en la prueba de una larga y penosísima enfermedad, por la cuál quedó insensible y como muerto en todos los miembros, y se redujo á un estado tan miserable, que no podia revolverse de un lado á otro, y ni aun extender una mano para tomar el necesario sustento. Despues de un año de tan dolorosa enfermedad mejoró tanto, quanto bastaba para poderle sacar de la cama y ponerle en una silla; pero estaba como una estatua en un nicho, sin poder mover ni manos, ni pies, ni algun otro miembro. Vino entre tanto á visitarle el Abad Willelmo gran siervo de Dios; y movido á piedad de su infeliz estado le exhortó á rogar á Dios, que á lo menos le restituyese el movimiento de la mano derecha para poder obrar con ella. No, respondió el buen Gebardo, no suceda jamas que yo pida la salud del cuerpo. Gózome de que me tenga Dios en el crisol de estas penas, para que bien purgado de toda mancha sea digno de unirme con él. Con todo eso no sufriendole el corazon á Willelmo el verle mas largamente en aquel miserable estado, le tomó la mano derecha, la bendijo, y en presencia de los circunstantes la sanó de repente. Despues de pocos dias la

(1) S. Bail. lib. de Vera Virginis. (2) Chron. Hissag. to. Tritem. ad an. Domini 10. 91.

añada de Gebardo vino á visitarle juntamente con su familia; y él á título de justa conveniencia se hizo llevar en su silla á la puerta del monasterio para oirla. Mientras estaban razonando, le contó Gebardo la prodigiosa cura de la mano, que por los méritos de Willelmo habia alcanzado milagrosamente de Dios. La muger al oír esto le tomó la mano, y como cosa sagrada se la besó. Si este hecho se expone á la consideracion de personas libertinas, no reconocerán en él sombra de mal; antes lo aprobarán como acto de religion y de piedad. Sin embargo á aquel toque y á aquel ósculo la mano del Abad al punto se entorpeció y quedó inmoble, como una piedra dura. Entre tanto Willelmo lo vió todo en espíritu, y tornando á visitar á Gebardo en su celda, primeramente le reprendió su temeridad en exponer la mano al beso de aquella muger: despues volvió á bendecir aquella misma mano y nuevamente la sanó. Hágase reflexion, que si fué prodigiosa la cura que de la mano enferma hizo en un instante Willelmo, fué otro tanto milagroso el entorpecimiento que se siguió de la mano al toque de aquella muger. Luego si Dios con tal prodigio castigó tan severamente á aquel siervo suyo, señal es que le desagradó el tal tocamiento, aunque hecho sin malicia alguna. Porque en la realidad semejantes acciones son siempre indecentes, siempre descouvenientes y siempre peligrosas.

17 Semejante fue el sentimiento que hizo Dios de otro tocamiento sucedido en la persona de la B. Maria de Oegnes, que á la verdad parecia inocente, como refiere el Cardenal de Vitriaco en su vida. (1) Un amigo de la sierva de Dios, movido de afecto espiritual, le tomó un dia la mano, y se la apretó. En aquel acto sintió la Beata la voz de su divino Esposo, que interiormente le dijo estas palabras: *noli me tangere*. No entendió ella el significado de estas palabras latinas; mas como quien procedia con santa simplicidad, las manifestó al amigo para que él se las dijese en lengua vulgar. Pero el amigo entendió muy

(1) Lib. 2. cap. 5.

bien el significado de las dichas voces, y comprendió la reprehension que le daba Dios por boca de su sierva, y el aviso que le daba de guardarse de semejantes confianzas, bien que no maliciosas; porque son muy impropias y muy peligrosas. Semejantes cautelas, pues, no se deben tener por escrúpulos, como piensan algunos; sino que se deben reputar necesarias, para tener enfrenado este sentido del tacto, que á manera de caballo indómito, si le aflojas un poco las riendas te las sacudirá de las manos y te llevará al precipicio de la culpa mortal.

18 Estas mismas cautelas debe practicar tambien toda persona espiritual consigo misma. Yo no quiero detenerme en un punto tan escabroso. Diré solamente, que el piadoso lector debe juzgar y persuadirse, que tiene consigo en el sentido del tacto un gran traidor, que con improvisas sorpresas asalta frecuentemente el castillo del corazon, y no pocas veces lo conquista. Ahora así como huye cada uno de los traidores, y forzado á tratar con ellos procede con sumo miramiento para no caer en sus engaños; así debe el hombre temeroso de Dios huir y evitar todo tacto que no sea necesario, y cuando la necesidad lo requiere, proceder con suma circunspeccion. Yo he conocido una alma santa adornada de toda virtud en grado muy perfecto; pero especialmente de una pureza angelica, por la cual en todo el curso de su vida, que ciertamente no fué breve, no sintió jamas un minimo pensamiento, ni un pequeño movimiento contrario á esta bella virtud. Adquirió una pureza tan rara y casi prodigiosa en quien vive en este cuerpo frágil, con una suma cautela que tuvo siempre consigo misma. No se arriesgaba jamas á mirar, ó á tocar parte alguna de su cuerpo, bien que honesta, ni aun cuando lo pedia la necesidad de sus males, sin pedir antes licencia á su confesor. Y porque hubo de estar echada largo tiempo en la cama, oprimida de gravísimas enfermedades, pidió muchas veces licencia á sus directores para ponerse las medias, pareciéndole indecencia que un pie desnudo tocase al otro. Parecerá, yo bien lo veo, á algunos excesiva y casi escrupulosa una tan grande guarda del tacto; mas sin embargo Dios la ha que-

rido en algunas almas escogidas, para que aprendamos de ellas á usar á lo menos de la cautela necesaria.

CAPITULO III.

EL SEGUNDO REMEDIO CONTRA EL DESEN- frenamiento del sentido del tacto; sea el abatirlo con la aspereza de la penitencia.

19 **D**ice S. Gregorio que Dios se porta en la cura de las almas enfermas, así como los médicos en la cura de los cuerpos achacosos; y así como éstos curan las enfermedades con las medicinas contrarias, y á los males nacidos de excesivo calor señalan medicamentos frios, y á las enfermedades causadas de sobrada frialdad prescriben medicamentos calientes; así Dios cura los males de nuestras almas con remedios contrarios á los mismos males: *cœlestis Medicus singulis quibusque vitij obviat adhibet medicamenta. Nam sicut arte medicinae calida frigidis, & frigida calidis curantur; ita Dominus noster contraria opposuit medicamenta peccatis.* (1) Mirando, pues, nosotros el arte de nuestro celestial Medico, observemos cuál sea el humor pecante de este perverso sentido del tacto, para señalarle un remedio que sea proporcionado para su cura.

20 Este sentido brutal no apetece otra cosa, como arriba se ha insinuado, sino blanduras, deleites, placeres, aunque ilícitos; de éstos según su natural inclinacion se alimenta, y de éstos á manera de un animal inmundo se apacienta. Y á esto quiso aludir S. Pablo, cuando confesó de sí mismo: *video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae.* (2) ¿Y cuál es esta ley que el Apóstol sentia en sus miembros, repugnante á la ley que le imponia su mente y la razon, sino la inclinacion perversa de este sentido al placer, con que repugna sujetarse al imperio de la razon que lo prohíbe? Esto quiso significar el mismo Apóstol cuando dijo, que la carne codicia

(1) S. Greg. hom. 32. in Evang. (2) Rom. 7. 23.

contra el espíritu, y el espíritu tiene voluntad contraria á la carne, y que por eso hay entre ellos una guerra implacable: *caro enim concupiscit adversus spiritum; spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur.* (1) Y cuáles son estos apetitos tan atrevidos con que la carne se rebela contra el espíritu, y rehusa sujetársele, sino los instintos del tacto al placer, radicados profundamente en la carne, con los cuáles repugna obedecer al espíritu que aborrece semejantes deleites? Antes bien nuestra misma interior concupiscencia no tiene otra mira en sus malvados deseos y pésimos apetitos, que contentar á este sentido desenfrenado, concediéndole sus ilícitas satisfacciones. Y por eso no es posible que pueda una alma emprender y continuar largamente en la vida espiritual y devota, si no mortifica este contumaz sentido.

21 ¿Mas cuál será el modo de abatirlo para que no se levante orgulloso contra el espíritu para apartarlo del camino de la perfeccion, y lo que aun es peor, de la eterna salvacion? Aquel puntualmente que nos enseña S. Gregorio: el uso de los remedios contrarios. ¿Desea él delicadezas y blanduras? pues dénsese asperezas. ¿Desea placeres? pues dénsese dolores. ¿Desea deleites? pues dénsese tormentos. En una palabra, oprímase con el ejercicio de una incesante penitencia. Así quedará humillado, y dejará vivir con inocencia y con paz al espíritu entre sus devotos ejercicios.

22 Así puntualmente lo hacia S. Pablo, que despues de haber declarado la rebelion de este sentido, manifiesta el remedio que aplicaba para domarlo: *castigo corpus meum, & in servitutem redigo.* (2) Castigo, dice, mi carne, y la hago estar sujeta; y exponiendo el modo con que la tenia abatida, dice que hacia esto con incesantes fatigas, con largas vigiliass, y con penosos ayunos: *in labore, in vigiliis, in jejuniis.* (3) Reflexionando S. Agustin, sobre estas palabras, dice: *vide eum gubernantem, eundemque viatorem Apostolum Paulum. Vide illum jumentum suum domantem. In fame, inquit, & siti, in jejuniis*

(1) Galat. 5. 17. (2) 1. Cor. 9. 27. (3) 2. Cor. 11. 27.

castigo corpus meum, & in servitutem redigo. Ita ergo tu, qui ambulare desideras; doma carnem tuam, & ambula. Ambulas enim si amas; non enim ad Deum passibus, sed affectibus venimus. (1) Observa, dice el Santo, como el Apóstol de las gentes trataba á manera de jumento á su cuerpo: lo domaba con el hambre, con la sed, con los ayunos, y lo tenia á modo de esclavo sujeto al espíritu. Aprende tambien tú que deseas caminar á Dios por la via de la perfeccion, como debes domar tu carne, para que no se retarde el viage, sino que vayas libre hácia el, no con los pasos de los pies, sino con los afectos del corazon.

23 Veamos ahora como se portaron los otros Santos contra las rebeliones de este sentido, cuando se levantaba contra la razon con sus desarreglados apetitos. De S. Hilarion (*in ejus vita*) dice S. Gerónimo: *iratus sibi, & pectus pugnis verberans, quasi cagitationes percussione manus posset excutere: ego inquit, aselle, faciam ut non calcitres, nec te hordco alam, sed paleis: fame te conficiam & siti: gravi onerabo pondere: per æstus agitabo & frigora, ut cibum potius quam lasciviam cogites. Herbarum ergo succis per triduum, & quatrividuum deficientem animam sublevabat, orans frequenter & psallens, & rasiro humum fodiens, ut jejuniorum laborem labor operis duplicaret.* Dice S. Gerónimo, que cuando aquel Santo solitario se sentia asaltado de los tumultos de este protervo sentido ansioso del placer; se golpeaba con puñadas desapiadaadas el pecho; y enojado contra su cuerpo, decia: yo haré, asnillo atrevido, que no tires coces con esas tus inmundas sugeriones; te apacentaré no ya con cebada, sino con pajas; te mataré de hambre y de sed; te oprimiré con el peso de exorbitantes fatigas; te maltrataré exponiéndote al frio mas rigoroso del invierno, y á los ardores mas fuertes del verano; para que pienses antes en vivir, que en lujuriar. Ni se paraba solamente en las palabras, sino que pasaba á las obras; porque no daba sustento á su cuerpo, sino despues de tres ó cuatro dias, y entonces lo sustentaba con un poco de jugo de yervas, cuanto bastaba para no quedar muerto de hambre. Lo

[1] S. Aug. tract. de advers. cop. 2.

maltrataba aun mas, cavando todo el dia la tierra, y exponiéndole á todas las inclemencias de los tiempos y estaciones. Pero sobre todo se armaba contra él con oraciones y salmos, imploriando el auxilio divino en semejantes combates. Veis aqui el arte con que los Santos abatian el orgullo del sentido del tacto, quando tumultuaba contra el espíritu con el apetito desenfrenado de los placeres.

24 Pero oigamos lo que de sí mismo refiere S. Gerónimo. En el principio de su vida solitaria, no habiendo aun sujetado este sentido disoluto, sentia fieras rebeliones en mil pensamientos inmundos, y en un incendio de impureza que le despertaba en el corazón. Mas no cayó de ánimo, sino que como generoso campeón del Crucificado, se armó fuertemente contra él resuelto á vencerlo. Veamos por lo tanto de él mismo en una carta que escribe á la Virgen Eustoquio, cuáles fueron los remedios de que se valió para vencerlo. *Oh quoties ego ipse in eremo constitutus & in illa vasta solitudine, quæ exusta solis ardoribus horrendum monachis præparat habitaculum, putabam me romanis interesse delitiis. Sedebam solus, quia amaritudine plenus eram. Harrebant sacco membra deformis; & squalida cutis situm æthiopicæ carnis obduxerat. Quotidie lacrymas, quotidie gemitus: & si repugnantem somnus imminens oppressisset, nuda humo vix hærentia ossa collidebam. De cibis vero & potu taceo: cum languentes monachi aqua frigida utantur, & coctum aliquid comedisse, luxuria sit. Ille igitur ego, qui ob gehennæ metum tali me carceri ipse damnaveram, scorpionum tantum socius, & ferarum; sæpe choris intereram puellarum. Pallebant ora jejuniis: & ante hominem, sua jam carne præmortuum, sola libidinum incendia bulliebant. Itaque omni auxilio destitutus ad Jesu jacebam pedes, irrigabam lacrymis, crine tergebam, & repugnantem carnem hebdomadarum inedia subjugabam. Non erubesco confiteri infelicitatis meæ miseriam; quin potius plango, me non esse quod fuerim. Memini me clamantem diem junxisse cum noctibus, nec prius à pectoris cesasse berberibus, quam rediret, Domino increpante, tranquillitas. Ipsam quoque cellulam,*

quasi mearum cogitationum consciam pertinētebam, & mihicā ipsi iratus & rigidus, solus deserta penetrabam, sicuti concava vallium, aspera montium, rupium prærupta cernebam. Ibi me orationis locus; ibi illud miserimæ carnis ergastulum, & ut ipse mihi testis est Dominus, post multas lacrymas, post cælo inhærentes oculos, nonnumquam videbar mihi interesse ægminibus Angelorum; & lætus gaudensque cantabam: post te in odorem argumentorum curremus. Si autem hoc sustinent illi, qui excessu corpore, solis cogitationibus oppugnantur; quid patitur puella, quæ delitiis fruitur? Nempe illud Apóstoli: vivens mortuus est. (1)

25 Refiere el Santo Doctor, que hallandose él en un yermo abrasado de los ardientes rayos del sol y en una horrenda soledad, cubierto de pies á cabeza de un tosco saco, le parecia que se hallaba entre las delicias de Roma, y en compañía de las doncellas romanas: y sentia que le hervia en el corazon un incendio de lujuria. Per eso se armaba contra estos insultos del sentido con ásperos y rigurosos ayunos, pasando la semana entera sin tomar un bocado de verbas cocidas, ni un sorbo de agua caliente. Negaba el sueño á los ojos, y cuando era forzado de la necesidad á concederles alguna hora de reposo, se echaba sobre la tierra; y por usar su frase, golpeaba sus desnudos huesos sobre las duras piedras en que se echaba. Se postraba con llanto deshecho á los pies de Jesucristo, se los bañaba con lágrimas, y los enjugaba con sus cabellos. Se heria el pecho con horribles golpes; enojado contra su cuerpo rebelde y tumultuante, se iba solitario entre las asperezas de los montes y concavidades de los valles; y allí prorumpia en altos gritos y en avenidas de llanto: y juntando con los clamores y con las lágrimas los golpes, pasaba los dias y noches enteras. De suerte, que por los rigores de la penitencia habia llegado á estar tostado á manera de un Etiope, descarnado como un esqueleto, y flaco como un fantasma. Veis aqui los remedios que aplicó el Santo para reprimir el atrevimiento de aquel sentido de que hablamos. Y en efecto con estas asperezas lo llegaba á sujetar

de manera, que al fin quedaba en una plácida quietud, y le parecia que ya no estaba en la tierra, sino entre los coros de los ángeles.

26 Y á la verdad ¿quién lo creyera? A remedios aun mas violentos de los que hasta ahora he referido, se han visto tal vez obligados los Santos á recurrir, para vencer los insultos de este sentido brutal: tan desenfrenado llega tal vez á estar en sus apetitos. Es célebre en las historias de los Padres el acto heroico de aquel solitario de Egipto, que con su vida penitente se habia grangeado en las ciudades vecinas fama de gran santidad. (1) Una muger deshonesto y desvergonzada riéndose de su rara bondad, ¿cuánto me quereis dar, dijo á algunos jóvenes lascivos, si yo le hiciere caer en pecado? Al oír esto aquellos disolutos mozos, en vez de aborrecer tan grave exceso, le prometieron una suma de dinero, si lograba echar por tierra aquella coluna de santidad. Concertado el infame precio, se parte la muger de la ciudad, y al anochecer llega á la celda del santo monge. Aquí fingiéndose perdida entre aquellos desiertos, y mas perdida en el corazon por el temor de las fieras de que abundaba aquella soledad; le pide alojamiento. A semejante peticion se turbó el siervo de Dios, y titubeando consigo mismo, no sabia qué resolver. ¿Echarla? lo vedaba la caridad. ¿Admitirla? veía el grande peligro á que se exponia. Finalmente, despues de haber estado un poco suspenso, tomó la resolucion de recibirla en la entrada de su hermita, y retirarse él á lo interior, y allí cerrarse con llave. Así lo hizo. Pero la malvada muger hácia media noche fingiendo temor, comenzó á suspirar, á gritar y á llorar, diciendo: abridme siervo de Dios, que yo siento resonar al rededor los ahullidos de los osos y los rugidos de los leones. Ved aqui que ya vienen para despedazarme. Abridme, os ruego, por el amor de Jesucristo. No me dejéis aqui expuesta á los insultos de estas fieras. A estos ruegos, vencido nuevamente el Santo monge de la caridad, abrió la celda, metió dentro la muger, y cerrada despues

(1) Ex lib. Doct. PP. de forulc. cap. 15.

la puerta, se quedó él en la entrada para descansar. Mas en lugar de reposo sintió una cruel guerra en el sentido, que no le dejaba hallar quietud en el cuerpo, ni paz en el espíritu. Mientras estaba combatiendo contra este enemigo doméstico, se le ofreció que á los males es menester poner reparo con remedios contrarios: y que contra un sentido desenfrenado que apetece con tanta ansia el deleite, no hay mejor remedio que oprimirlo con el dolor. ¿Qué hizo pues? encendió la linterna, y sobre ella puso un dedo, despues otro y luego otro; y perseverando intrépido en aquel martirio todo lo restante de la noche, abrasó en aquella llama toda la mano entera, y así á fuerza de dolor venció el apetito del sentido, que le incitaba á pecar.

27 De aquí quiero inferir dos verdades. La primera; cuán grande sea la propension desenfrenada del sentido del tacto en apeteer el dulce veneno de los deleites vedados; y cuán grande la violencia con que impele la voluntad á condescender con sus impuras inclinaciones; cuando obligó á estos grandes siervos de Dios á usar de medios tan violentos, y de remedios tan áridos para refrenarlo. La segunda, cuán grande es la necesidad que todos tenemos de la penitencia corporal, para debilitar á un enemigo tan atrevido, que traemos identificado con nosotros. Toma este sentido vigor y fuerzas de la vivacidad de los espíritus, y del hervor de la sangre; por eso todos de ordinario tenemos necesidad de mortificar los espíritus muy vivos con las aflicciones corporales, y enfriar la sangre muy ardiente con la abstinencia y austeridad: con lo cual no tenga este nuestro doméstico adversario tanto vigor para dañarnos.

28 Lo cual es mas cierto, hablando de aquellos que se hallan al principio de la vida espiritual. Primeramente, porque en ellos este sentido es del todo inmortificado, y las mas de las veces está mal acostumbrado por las satisfacciones indebidamente concedidas en la vida pasada. Lo segundo, porque trayendo ellos consigo aquella guerra intestina, que de este sentido suele causarse, no podrian gozar de aquella paz que es tan necesaria para atender á la oracion y á los demas ejercicios

espirituales, y hacer los debidos progresos. Finalmente, los principiantes no han satisfecho aún á Dios por los excesos pasados, á lo menos en cuanto á la pena, sino en cuanto á la culpa. Por lo cual conviene que den á Dios la debida satisfaccion con una fervorosa penitencia. Si estan de veras arrepentidos de sus yerros, el mismo arrepentimiento que los ha reducido á Dios, los debe despertar á hacer penitencia con grande ardor. Por eso quiero yo ahora exponer varias suertes de penitencia con que han domado los Santos su propia carne, para que cada uno tome aquella regla que juzgare oportuna, ó por mejor decir, que el director tuviere por mas acomodada á su necesidad.

CAPITULO IV.

SE EXPONEN VARIOS MODOS DE PENITENCIA practicada de los Santos.

29 Antes de dar principio al presente capítulo advierto, que si bien el fin por el cual hablamos aquí de la penitencia corporal, es la mortificación del tacto y la sujecion de sus desordenados apetitos; mas no es solamente este el efecto saludable que produce en nosotros esta virtud: es en la realidad uno de los principales; pero no es el único. Porque tambien es propio de las penitencias el mortificar los otros sentidos, los cuales como ya hemos visto, se fundan en el sentido del tacto: debilitar el cuerpo para que no se subleve orgulloso contra el espíritu: abatir el amor propio, para que no se oponga con tanta fuerza á los designios espirituales del alma. Con lo cual, removidos tales impedimentos, viene á estar la persona mas pronta y expedita para caminar por la senda de la perfeccion. Además de esto, con las aflicciones del cuerpo se dá á Dios, como dije antes, satisfaccion por las culpas cometidas: se borran las reliquias de los pecados pasados, y se dispone el alma para recibir de Dios mayor abundancia de gracia, y para adelantarse en la virtud. Y de hecho se ve por la experiencia, que

despues del uso de las penitencias queda el hombre espiritual mas recogido, mas devoto y mas animado á las obras de perfeccion. De aquí quiero inferir, que aunque el solo abatimiento del sentido dañosísimo del tacto puede ser un motivo muy suficiente para aplicarse al ejercicio de las penitencias corporales; sin embargo debe valerse tambien el lector de los otros motivos para abrazarle con mayor fervor.

30 Una pues de las penitencias corporales alabadas de los Santos, es sin duda el ayuno; y es tambien sin falta uno de los modos mas eficaces para debilitar el sentido del tacto; porque quitándole al cuerpo el alimento, se le quita á este sentido el fomento de sus rebeliones. Mas porque del ayuno se hablará en el siguiente artículo, en que se deberá tratar del sentido del gusto, que tiene por su objeto el sabor de los manjares: por eso pasó ahora á razonar de otras penitencias.

31 El cilicio es ciertamente aptísimo para domar el tacto; porque con sus molestas y dolorosas punzadas, embota la malvada inclinacion que tiene á las blanduras y deleites; y por esto fué siempre practicado de los Santos. De la famosa Judit, dice el sagrado Texto, que traía siempre ceñido á los lomos el cilicio: *et habens super lumbos suos cilicium, jejunabat omnibus diebus vitæ suæ, præter sabbata.* (1) El Santo David, verdadera idea de penitentes, aunque vestido de púrpura, no se desdeñaba de llevar debajo de la clámide el cilicio, como él mismo confiesa cándidamente: *cum mihi molesti essent, induer bar cilicio.* (2) Y en otra parte: *posui vestimentum meum cilicium.* (3) Y en el Paralipomenon se dice, que mientras la peste discurria furiosa por las casas haciendo lastimosos estragos en los cuerpos humanos; así el Rey David, como los ancianos del pueblo vestidos de cilicio se postraban con la boca en tierra: *et ceciderunt tam ipse, quam majores natu, vestiti ciliciis, proni in terram.* (4) Y aunque por cilicio se entiende á veces en las sagradas letras un vestido humilde á manera de saco; pero tam-

(1) Judith. 8. 6. (2) Psalm. 13. 15. (3) Psalm. 68. 14. (4) Paral. 21. 16.

bien se entiende otras veces un instrumento afflictivo del cuerpo, como en Judit.

32 Extraño ciertamente fué el caso que sucedió en Samaria, cuando sitiada de Benadad la ciudad, quedó el pueblo affligido de hambre tan cruel, que obligó á algunos á sustentarse hasta de carne humana. Pues una madre, habiendose presentado ante el Rey Joran, mientras caminaba sobre las murallas en defensa de la ciudad, comenzó á levantar la voz; y á pedir justicia contra otra madre, con quien de comun consentimiento se habian comido su propio hijo; porque no queria despues la otra dar su hijuelo para comerselo las dos, conforme el concierto que se habian hecho. El Rey al oír un suceso tan bárbaro rasgó sus vestidos, y todo el pueblo vió que llevaba sobre las carnes desnudas el cilicio: *quod cum audisset Rex, scidit vestimenta sua, & transibat per murum. Vidi'que omnis populus cilicium, quo vestitus erat ad carnem intrinsecus.* (1)

33 Ni se admire el Lector de ver que el Rey de Samaria, hallandose sobre las murallas de dicha ciudad sitiada en ejercicios militares, trajese encima el cilicio; porque era costumbre de aquel pueblo escogido el usar la penitencia en tiempos calamitosos para aplacar el enojo de Dios. Asi se lee en las sagradas letras, que habiendo sitiado Olofernes con un poderoso ejército la ciudad de Betulia, los sacerdotes se vistieron de cilicio: *et induerunt se sacerdotes ciliciis.* (2) Asi en tiempos de guerras calamitosas los Macabeos se encomendaban á Dios cubierta la cabeza de ceniza, y ceñidos los lomos de cilicios: *caput terra aspergentes, lumbosque ciliciis succintos.* (3) Y los mismos Profetas predicando al pueblo la penitencia, solian exhortarlo á ponerse el cilicio, como instrumento el mas idóneo para aplacar al Altisimo: *accingite, decia Jeremias, vos ciliciis, plangite & ululate:* (4) ceñios de cilicios, y con gemidos y clamores alcanzad de Dios el perdon de vuestras culpas.

34 En la nueva ley es mucho mas conocida la loable costumbre de aplicarse el cilicio por instrumento de penitencia.

(1) 4. Reg. 6. 30. (2) Judith. 4. 9. (3) 2. Machab. 10. 25. (4) Jeremias. 4. 8.

El primero que lo usó despues de la venida de Cristo, es aquel que fué el primero en predicar al pueblo la penitencia, para disponerlo al recibimiento del mismo Cristo; quiero decir, el gran Precursor S. Juan Bautista, de quien dice S. Matéo, que traia un vestido tejido de pelos de camello, y una tosca faja en la cintura: *ipse autem Joannes habebat vestimentum de pilis camelorum, & zonam pelliceam circa lumbos suos.* (1) Despues de él ha sido siempre tan comun y familiar en la Iglesia de Dios el uso del cilicio, que apenas se halla santo confesor que no lo haya practicado en sí mismo. Basta decir, que la venerable religion de los Cartujos impone á sus hijos como ley inviolable, el llevarlo siempre como compañero inseparable de su grande mortificacion. Tanta verdad es que el cilicio, así en la antigua, como en la nueva Iglesia, ha sido siempre reputado por instrumento el mas apto para mortificar la carne, aplacar á Dios, conseguir el perdon de los pecados, y sobre todo para domar con su aspereza el sentido delicioso del tacto, que con sus blanduras lleva gran parte de los hombres á la eterna perdicion.

35 Pero aquí es de notar, que los cilicios de que hablamos son de diferentes suertes. Unos hay que estan tejidos de cerdas; y estos estuvieron en uso aun en los tiempos antiguos. Otros estan formados de alambre á modo de pequeñas cadenas, ó á manera de fajas, inventados de la piedad de los fieles de dos siglos á esta parte; y se ciñen á la cintura ó á los muslos. Aquellos suelen ser mas molestos por su aspereza; y estos mas dolorosos por sus puntas. Aquellos pueden ser nocivos á personas delicadas, si no se aplican con la debida discrecion; porque inflamando exteriormente la carne, estragan el calor natural del estómago y lo debilitan. Estos suelen ser menos dañosos á la salud, especialmente si se llevan, ó en los muslos, ó en los brazos. Digo esto, para que cada uno con el parecer de su padre espiritual, escoja el uso de aquellos cilicios, que se juzgan menos perjudiciales á la salud del cuerpo, y mas útiles para los progresos del espíritu.

(1) Matth. 3 4.

36 Mas estas son especies de cilicios muy ordinarios, que casi por todas las personas con modo y medida pueden seguramente practicarse. Pero si queremos hablar de los cilicios usados de muchos Santos, hallaremos, que fueron tan ásperos y tan penosos que causa horror el pensarlo. Ha habido quien ha llevado en la cintura un cingulo de hierro armado de agudas puntas. Ha habido quien ha llevado habitualmente sobre las desnudas carnes una coraza de hierro. Ha habido quien ha traído una camisa tejida de mallas de hierro; quien una camisa de lata á manera de rallo; quien una camisa entretejida de agudas espinas. El B. Enrique Suson pasó tan adelante en los fervores de su penitencia, que ademas de llevar una cruz clavada sobre las espaldas, vestia unos calzones tejidos de puntas de agujas que le despedazaban las carnes, de manera, que se le podrian encima, echando un manantial de gusanos que le roían vivo: y lo que es mas de maravillar, de noche tenia presas las manos con esposas de hierro para que no pudiese acudir con ellas al doloroso prurito que le causaban aquellos animalejos con penosas mordeduras. De Santa Rosa de Lima (*in ejus festo*) refiere la Santa Iglesia, que tenia esparcidas por todo su largo cilicio menudísimas agujas, para que fuese tanto mas acerbo el dolor, cuanto eran mas agudas las puntas que la traspasaban: *oblongo, asperrimoque cilicio passim minusculas acis intexuit*. Yo he visto parte de una camisa de la venerable Sor Verónica Capuchina de la ciudad de Castello, dentro de la cuál habia cosido aquellas espinas aguzadas que salen en las ramas de las rosas; y la llamaba su vestido bordado, como si aquellas espinas fuesen otras tantas piedras preciosas, de que se gozaba ver adornada su penitencia. Mas estas suertes de cilicios tan ásperos y superiores á las fuerzas ordinarias de nuestra debil naturaleza, deben sí admirarse en quien los usó; pero no deben practicarse, sino de quien tenga de Dios una especial inspiracion para ello. Sin embargo, deben ser á todos de grande incentivo para emprender algun ejercicio de penitencia afflictiva; y á todos de un grande argu-

mento para no creer (como demasiadamente se persuaden algunos amadores de sus cuerpos), que nuestra penitencia haya de parar solamente en el arrepentimiento del corazón. Porque si las almas santas maltrataban con modos tan ásperos sus inocentes miembros: ¿cómo deberemos portarnos nosotros con nuestra carne delincuente? Y si aquellas domaban con tanto rigor el sentido del tacto que en ellas no era contumaz, ¿qué deberemos hacer nosotros, que lo experimentamos tan rebelde, y sentimos tan frecuentemente á pesar nuestro sus insultos y sublevaciones?

37 Penitencia muy mortificativa del sentido son las vigili-
as con que se quita al cuerpo, ó todo ó parte de aquella restauración que le proviene del sueño. Esta mortificación corporal fué antiguamente muy frecuentada de los siervos de Dios. Ni en nuestros tiempos han faltado hombres santos que se han señalado grandemente en ella. De Santa Rosa de Lima refiere el Cardenal Lauria una admirable industria que usaba para pasar las noches en vela. Ataba los cabellos en un clavo que tenia en la pared, para que inclinándose la cabeza oprimida del sueño, fuese obligada con el dolor á desvelarse: *funiculo ex clavo pendente capillos de nocte ligabat, ut si quando gravatum præ somno caput deorsum declinaret, præ dolore excitaretur.* (1) San Pedro de Alcántara, como se dice en la bula de su canonización, por espacio de cuarenta años no durmió mas de media hora cada día: *per quadraginta annorum decursum sesquihoram tantum somno concessit.* Y para que el sueño no le venciese, teniéndole dormido mas largo tiempo, reclinaba la cabeza sobre una piedra.

38 Adviértase empero, que vigili-
as tan rigorosas no se pueden, ni deben practicar sin una especial gracia de Dios; porque el cuerpo humano, si no es socorrido de Dios con una extraordinaria asistencia no puede vivir largamente, ni obrar con exacción sin tomar la debida restauración por medio del sueño. Por lo mismo es menester proceder en esto segun las reglas de

(1) Laur. l. 3. sent. tom. 2. art. 16.

la discrecion, á quien pertenece dar el lustre y complemento á todas las obras santas. Regla acomodada á todos me parece que puede ser esta; que la persona espiritual no dé á sus ojos todo el sueño que desean, por no hacerse semejante á las bestias, que nada niegan al cuerpo de lo que pide. Mortifiquese con quitarle alguna parte; pero no le quite tanto que le haga inhabil, ó menos apto á las operaciones del dia. Digo esto, porque he conocido algun hombre de no ordinaria virtud, que se mortificaba mucho no durmiendo de noche; pero despues se estaba durmiendo casi siempre de dia; y se veia obligado á interrumpir con el sueño casi todas sus obras. No parece que esto se deba aprobar, porque aunque Dios quiere la mortificacion del cuerpo, quiere tambien la rectitud de las obras. Y en efecto, reflexionando San Carlos Borromeo, que vencido alguna vez del sueño, mientras asistia á las públicas funciones, dormitaba sin repararlo: tuvo por bien de alargar un poco el descanso de la noche, para estar libre de dia para las funciones de su oficio pastoral. Mortifiquese, pues, el cuerpo con la disminucion del sueño; pero de manera que no sea de daño á la salud, ni de impedimento á los empleos propios.

39 Aquí se reduce el dormir con incomodidad ó con tormento, como ha sido de ordinario practicado de las almas santas, echándose, quien sobre las toscas pajas, quien sobre duras tablas, quien sobre la desnuda tierra, y quien poniendo entre las sabanas astillas de madera, cuñas y piedrecitas, como hacia San Luis Gonzaga; atormentando su sueño aun en medio del blando colchon de la cama. Mas lo que en este particular se cuenta de Santa Rosa de Lima, causa asombro; porque la cama en que dormia la delicada Virgen, estaba formada de troncos nudosos de árboles, cuyos vacios estaban llenos de piedras y pedazos de tiestos mas á propósito para atormentar el cuerpo, que para restaurarlo. La almohada sobre que reclinaba la cabeza cansada, era un monton de pedazos de leña ó madera: de suerte, que podia justamente llamarse mejor cama de tormento, que de reposo: *in lectulo extra cellulam*, dice el citado Lauria, *ex*

lignis, saxis & textulis constructo, & cervicali ex lignorum quicquiliis referto cubabat. Lo mismo afirma la Santa Iglesia en sus lecciones: *lectulum sibi è truncis nodosis composuit, horumque vacuas commissuras fractaminibus testarum implevit.* Sé que vosotros no podreis practicar semejantes austeridades superiores á vuestras fuerzas; pero á lo menos absteneos de dar fomento al sentido engañoso del tacto, con tantas comodidades y blanduras de que quereis compuesta vuestra cama; acordándoos, que este sentido á manera de los traidores, suele urdir sus tramas en lo mas profundo de la noche.

40 Es tambien penitencia muy idónea para abatir el sentido del tacto deseoso de comodidades, el sufrir intrépidamente las incomodidades de las estaciones del tiempo, el calor, el frio, el hielo, y mucho mas el no querer reparo contra las injurias de los tiempos, como hacia San Luis Gonzaga, que jamas en medio del invierno, que en la Lombardía suele ser rigidísimo, se acercó al fuego, aunque se le hinchasen extrañamente los dedos de las manos; ni se pudo reducir jamas á defender de la rigidez del tiempo las manos con un par de guantes. Pero mas heroica fué aun la penitencia de S. Pedro de Alcántara en servirse de los elementos, como de instrumentos para afligir su cuerpo. Llevaba encima una sola túnica, la cuál lavándola tal cual vez con agua fria, se la vestia mojada. Iba siempre á pie descalzo por las piedras, por las espinas, por las nieves y por los hielos: siempre con la cabeza descubierta, expuesto á los vientos, á las lluvias, á las nieves, y á las heladas; ni defendia jamas con la capucha la cabeza de los rayos del sol. En medio del invierno, cuando soplaba mas rígido el cierzo, abria la ventana y la puerta de su pequeña celda, y se estaba intrépido titiritando al soplo de aquel viento. Y como si todo esto fuera poco, iba frecuentemente á echarse desnudo dentro de un estanque de agua helada, para que la agudeza del frio penetrase hasta los huesos y médulas. Así por estas, como por otras asperisimas penitencias, no parecia que estaba compuesto de carne, como dice Santa Teresa, sino formado de raices de árboles: tan

estenuado tenia el rostro, hundidos los ojos, y secos todos los miembros. Por lo cuál antes que hombre, parecia un esqueleto animado de penitencia. Todo esto se refiere en la Bula de su canonizacion. No pretendo con estas auténticas relaciones, que quien las leyere, se haya de servir del aire, del viento, del calor, del hielo, del sol, del cielo y de la tierra, como de otros tantos verdugos para desfigurar su propio cuerpo y casi aniquilarlo, como hacia aquel santísimo penitente. Sé que tu complexion no lo sufre, ni Dios lo quiere de tí. Solo deseo que busques discretamente la afliccion de tu cuerpo entre las injurias de las estaciones; á lo menos que no las huyas con tanta solitud; y que recibas con voluntad para mortificacion del tacto y descuento de tus pecados, aquellas incomodidades que con tus industrias no puedes evitar.

CAPITULO V.

SE HABLA DE OTRA ESPECIE DE PENITENCIA practicada tambien por los Santos, quiero decir, de las disciplinas.

41 **E**l azotarse con las propias manos, que vulgarmente se dice tomar disciplina, no era usado antiguamente, ni se halla algun santo Padre que hable de estos espontáneos azotes. Se halla sí, que los penitentes se hacian algunas veces azotar de su confesor por sus faltas: y se sabe que algunos monges mas antiguos tenian por regla, que por algunos yerros fuese el religioso golpeado por mano aiena.

42 Es cosa de grande edificacion lo que á este propósito refiere de San Luis Rey de Francia Guillelmo de Nangiaco (*in ejus vita*), que despues de la confesion recibia siempre por mano del confesor una buena disciplina: *post confessionem vero suam, semper disciplinam recipiebat á confessore suo*. Y lo que poco despues añadé, no solo es cosa digna de edificacion en un tan gran Monarca, sino tambien de asombro; esto es, que un

confesor suyo indiscreto le azotaba tan ásperamente, y por tan largo espacio, que su delicado cuerpo quedaba con aquellos indiscretos golpes muy debilitado. Sin embargo, el Santo lo sufría todo con suma humildad y paciencia, sin mostrar de esto el menor sentimiento ni queja. Solo despues de la muerte de dicho confesor lo manifestó con agrado riéndose á su nuevo confesor.

43 El primero, pues, que si no la inventó, ciertamente propagó la loable costumbre de azotarse de su propia mano, fué S. Pedro Damiano, como refiere el Cardenal Baronio: (1) *eodem quoque tempore, & si non eodem authore Petro, tamen certe propagatore, atque adversus impugnantes propugnatore, introductus est in Ecclesia ille laudabilis usus, ut pœnitentiæ causa fideles verberibus se ipsos afficerent, flagellis ad hoc paratis idoneis, exemplo B. Dominici Loricati, sibi subditi sanctissimi eremitæ.* Esta santa costumbre ha sido despues universalmente abrazada de los cristianos devotos, que atienden á la mortificacion de su cuerpo; y ha sido abrazada de todos los religiosos de uno y otro sexo; y aun en muchos monasterios practicada por regla de instituto en los tiempos y dias señalados. Y San Francisco de Sales la alaba mucho, reputándola por una de las penitencias más aptas para mortificar la carne, y para despertar la devocion dormida.

44 Es verdad que Clemente VI. hizo una constitucion contra los flagelantes, por los graves desórdenes, abusos, errores é inconvenientes de que iban acompañadas ciertas vanas disciplinas y azotes que tomaban. Mas esto no prueba que el azotarse esté condenado, ni que no sea muy loable la costumbre de disciplinarse privadamente, y tambien en público, haciéndose con el modo debido. Eran los flagelantes una multitud descompuesta de hombres y mugeres, salida de la Ungría, que andaban por la Germania, por la Polonia, por Flandes y por otras partes azotándose desordenadamente con azotes de sangre dos veces al dia; mas á modo de comediantes, que de penitentes: y con esta apariencia de compuncion encubrian mas de cuarenta y cuatro

(1) Baron. Annal. an. 1052. n. 7.

errores, de que estaban inficionados. Pero de esto, como todos ven, no se sigue que deban reprobarse las flagelaciones, no solo privadas, pero ni aun las publicas; cuando éstas se ejercitan con dependencia de los superiores, en tiempo y modo conveniente, y con el debido orden y compuncion, como las practicaba S. Vicente Ferrer en sus célebres misiones, y como se acostumbra al presente en algunos dias mas devotos del año, ó en tiempos calamitosos, ó en ocasion de misiones, en que conviene aplacar á Dios por los pecados propios, y por los ajenos. Así oportunamente observa Jacobo Greciero sobre la condenacion de los flagelantes: *qui non damnati fuerunt propter flagella (neque enim ignoraverunt illius temporis orthodoxi sanctorum consuetudinem, qui flagellis sæpius in se animadvertunt), sed propter modum flagellationis, & circumstantias; crassosque errores, quibus incondita illa multitudo infecta erat (nam quadraginta quatuor articulos contra Ecclesiam Romanam ab illis traditos, defensosque fuisse testatur etiam hæreticus Munsterius): reiecti, damnatique fuere flagellantes. (1)*

45 Volviendo á los azotes privados no hay Santo entre los modernos, que no los haya usado frecuentemente y con aspereza para mortificar la carne y el sentido del tacto, en que están fundadas todas las rebeliones de nuestra carne contra la razon. De S. Francisco de Sales se lee en la historia de su vida, que se azotaba hasta derramar sangre, y á menudo daba á su confesor las disciplinas gastadas y ensangrentadas para componerlas: *nec ob eminentem episcopalem dignitatem indulgebat sibi, ut plerique solent; quinimo jejunium observabat rigidissimè, scuticaque carnem macerabat suam usque ad sanguinem; sanguinolentam enim scuticam suam sæpius confessario suo viro integerrimo reficiendam dedit.* De S. Luis Beltrán dice la Rota romana: que se azotaba tan cruelmente, que no solo llenaba de sangre las disciplinas, sino que tambien manchaba con ella las paredes. De Santa Rosa de Lima refiere el Cardenal Lauria, que se despedazaba tan desapiadadamente con los azotes, que

(1) Gracier. de spont. discipl. lib. 2. cap. 4.

no solo corria como arroyos la sangre, sino que traia siempre tambien las espaldas llagadas. Si quisiera referir aquí todas las ásperas disciplinas con que los Santos han atormentado su cuerpo, despues que se ha introducido en la Iglesia esta piadosa y loable costumbre jamas acabaria; porque apenas hay siervo de Dios que con la diestra armada de crueles azotes no haya hecho un santo destrozo de sus inocentes carnes. Pero no puedo dejar de contar la peticion que S. Luis Gonzaga, estando para morir, hizo á su superior; porque aun cuando faltasen los ejemplos de otros Santos, éste solo bastaria para mostrar cuán amigo sea el espíritu del Señor de esta suerte de penitencia.

46 Hallándose, pues, este Santo al fin de su inocentísima vida, pidió el santo Viático, y despues rogó al Padre Provincial que fué á visitarle, que le concediese licencia para azotarse á su satisfaccion; y que si juzgaba que su brazo doliente no tenia ya bastantes fuerzas para ejercitar esta funcion, que ordenase á lo menos que alguno de casa le azotase bien de pies á cabeza. La relacion de este hecho la tenemos de la Rota romana. *A P. Rectore petiit, ut sibi Viaticum daret. Interim dum hæc agerentur, cum P. Joannes Baptistæ Carminata Provincialis Aloysium inviseret, rogavit illum præclarus adolescens, ut stercas supra lectum positas amoveri juberet, veniamque sibi daret, ut posset se verberibus afficere, aut saltem, ut aliquis se à vertice ad pedes flagellis cæderet, permitteretque se humi suo spiritum reddere creatori.* (1) Así deseó este angélico jóven mortificar en la muerte su inocentísima carne, que jamas se habia levantado en vida contra el espíritu con la mas mínima rebellion del sentido. Ahora piense quien trae una carne rea de muchas culpas, y de presente atrevida con la mala inclinacion á los mismos desórdenes; piense digo, como le convendrá tratarla para remediar las culpas pasadas, y para cautelarse en lo venidero de semejantes yerros.

47 Para complemento de estos dos capítulos quiero poner delante de los ojos del piadoso lector la carcel de los peniten-

(1) Rot. Rom. tit. de fel. Aloys. obitu.

tes de la manera que la describe S. Juan Climaco; como testigo de vista, esperando que le resultarán de esta relacion dos efectos saludables. El primero de confusion, viéndose tan tejos de aquellos grandes siervos de Dios, cuya penitencia se refiere. El segundo de deseo de imitarlos, á lo menos en alguna pequeña parte en el ejercicio de esta virtud.

48 Hablando, pues, S. Juan Climaco de aquellos monges penitentes dice, que vió algunos de ellos que se estaban toda la noche inmóviles al aire descubierto hasta rayar el sol, combatiendo con el sueño y con la naturaleza necesitada de restaurarse, y excitándose á sí mismos con improperios y reprensiones á estar constantes; y los vió del todo enflaquecidos y destruidos de las muy largas vigiliass. A otros vió que tenían los ojos fijos en el cielo, y con llanto y voces lamentables pedían piedad á Dios. A otros que teniendo las manos atadas atrás, á manera de malhechores, estaban con la cabeza inclinada, los ojos bajos y llenos de un doloroso rubor, teniéndose por indignos de levantar la frente al cielo. A otros que sentados en tierra sobre la ceniza tenían la cabeza entre las rodillas y herían con la frente la tierra. A otros que herían sin cesar el pecho con fieros golpes. A otros que inundaban el suelo con las lágrimas. A otros que sintiendo destituidos de llanto los ojos, se azotaban desapiadadamente á sí mismos. A otros que no pudiendo disimular el excesivo dolor que les oprimia el corazon, prorumpían en lastimosos lamentos, como suele acaecer en la muerte de los amigos y parientes mas queridos. A otros que se atormentaban á sí mismos, exponiéndose ya á los ardores del sol, ya á los rigores del frio. A otros que tomaban un sorbo de agua, y luego se contenían, bastándoles el no morir de sed: otros que probaban un bocado de pan, y luego lo dejaban diciendo, que no merecia sustentarse del manjar de los hombres, quien habia hecho operaciones de bestias. Era (prosigue el Santo) espectáculo compasivo el ver á unos con la lengua encendida y fuera de la boca á manera de perros sedientos. A otros con las rodillas hechas duros callos por las

continuas genuflexiones. A unos con las mejillas quemadas y sulcadas de la corriente de las lágrimas. A otros con los ojos descarnados y hundidos dentro de su concavidad. A unos con el pecho llagado con los frecuentes golpes. A otros arrojando esputo de sangre por la boca, causado de los continuos golpes de pecho. A unos con el rostro pálido, y á todos con la cara macilenta y consumida; de manera, que entre ellos y los cadáveres apenas habia mas diferencia que la respiracion. Finalmente concluye con decir, que tenia por mas felices á aquellos que despues de caidos se levantaban con una tan heroica penitencia, que á quien jamas ha caido y no hace semejante penitencia. Póngase, pues, delante de los ojos este teatro de penitencia cualquiera que para enfrenar su carne, ó para vengar sus pasados desórdenes, teme tomar en la mano un azote, ponerse en la cintura un cilicio, emprender un ayuno no mandado, quitar á los ojos una hora de sueño, ó afligir su cuerpo con alguna incomodidad: y á vista de tanta aspereza confúndase de su suma delicadeza y grande tibieza.

CAPITULO VI.

SE PROPONEN ALGUNAS REGLAS DE DISCRE- cion acerca del uso de las penitencias mortificativas del sentido del tacto.

49. **N**o crea el lector, que porque le haya puesto delante un aparato tan lúgubre de penitencia, pretenda que él lo haya de abrazar á ojos cerrados, y hacer de su cuerpo una cruel carniceria; y mucho menos para que los directores la hayan de aconsejar á sus penitentes. Estoy tan lejos de pretender esto, que antes digo que muchas de aquellas penitencias, como ya otras veces he insinuado, son mas para admirarse que para imitarse. Si Dios las quiso de algunos sus grandes siervos, les dió impulsos especiales y fuerzas extraordinarias para ejecutarlas: con lo cuál pudieron, sin daño de la salud, pasar entre seme-

jantes rigores una vida mas larga, que otros entre las esplendideces, recreos, delicias y delicadezas; y tal vez entre semejantes rigores vivir mas allá de cien años como los Pablos, Romualdos y otros. Solo ha pretendido hacer con vos, lo que hace un mercader con los que van á comprar á su tienda. Abre sus alacenas y estantes, les muestra sus ricos géneros de oro, de plata, de seda de finos labores, brocados y otras cosas preciosas; no porque pretenda que aquellos le hayan de comprar todo lo que les pone delante de los ojos, sino solo para aficionarlos con aquella muestra á comprar aquellas cosas de que conocen tener mas necesidad. Asi yo os he puesto delante de los ojos una multitud de penitencias, entre las cuales hay muchas extraordinarias y desacostumbradas; no porque vos las hayais de practicar todas; sino solo para que os encendais con los ejemplos de los Santos en deseos de penitencia; pero de una penitencia racional, discreta y del todo proporcionada á las fuerzas de vuestro cuerpo, y á la virtud de vuestro espíritu. Lo cuál es puntualmente aquello de que teneis necesidad para domar aquel sentido rebelde de que hablamos, para que no se oponga á los adelantamientos de vuestra perfeccion.

50 *Obsecro vos*, dice el Apostol, (1) *ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem*. Os ruego, dice, que ofrezcais á Dios vuestros cuerpos en sacrificio de mortificacion y de penitencia; pero de manera que el tal sacrificio sea santo y agradable á sus ojos. Mas para que sea tal, añade luego: *rationabile obsequium vestrum*: que este penoso sacrificio de la mortificacion ha de ser racional: esto es, hecho con discrecion y sin excesos que son siempre dañosos, como explica la Glosa: *sit cum discretione, ne quid nimis*. Teodoreto nota sobre este lugar oportunamente á nuestro propósito, que San Pablo nos exhorta á ofrecer á Dios en sacrificio nuestro cuerpo, no como hostia muerta; sino como hostia viva: *hostiam viventem*; porque no quiere que matemos el cuerpo con la penitencia, sino que matemos con ella sus vicios, y las inclina-

(1) Rom. 12. 1.

ciones perversas del sentido que nos incitan al pecado: *hortatur, ut nostra corpora fiant hostia, & appellat hostiam viventem; non enim jubet, ut mactentur corpora, sed ut sint peccato mortua.*

51 Para que sea discreta y razonable la penitencia, cuál nos la aconseja el Apostol de las Gentes, debe tener dos condiciones segun las reglas, que acerca de su uso nos prescriben los Santos Padres. La primera, que mortifique el cuerpo, pero no acarree daño á la salud. La segunda, que no sea de impedimento á los empleos en que cada uno debe ejercitarse segun su estado. En cuanto á la primera condicion S. Basilio habla claro en sus constituciones, que la penitencia se debe tomar con tal medida que sea proporcionada á las fuerzas del cuerpo: *ita amplectenda á nobis continentia est,* (por nombre de continencia entiende aqui el Santo la penitencia corporal) *ut eam cum viribus corporis commetiamur.* (1) Conviene imitar la discrecion del camello, que se arrodilla para recibir la carga; mas cuando se le ha cargado lo que es proporcionado á sus fuerzas, se levanta en pie y rehusa que le carguen mas. Porque, como nota S. Bernardo, es menester afligir el cuerpo con la penitencia, cuanto basta para que no tire coces contra el espiritu; pero no conviene oprimirlo y aniquilarlo, de manera que no pueda ejercitarse despues en las virtudes interiores que son mucho mas útiles: *affligendum est corpus aliquando, sed non conterendum: nam exercitatio corporalis ad modicum quidem valet, & pietas ad omnia utilis.* (2) Lo mismo enseña S. Gregorio diciendo, que en el uso de las penitencias conviene tener tal moderacion que por medio de ellas no se dé la muerte á la carne, sino á sus vicios y á sus desordenadas pasiones; lo que concuerda con el dicho de Teodoreto: *sic necesse est, ut arcem quisque continentiae teneat, quatenus non carnem, sed vitia carnis occidat.* (3)

52 La razon de esto la dá Santo Tomás con su acostumbrada profundidad. Distingue oportunamente el Santo Doctor

(1) S. Basil. Const. cap. 5.

(2) S. Bern. ad Frat. de mont. Del.

(3) S. Greg. Mor. l. 30. c. 14.

los medios del fin; y dice, que el fin se puede desear sin limitacion; pero los medios no se deben aplicar sin medida. Así el médico que viene á curar al enfermo, le desea la mas perfecta salud que puede darse; pero no le prescribe todas las medicinas posibles: antes bien en el uso de éstas procede con mucha cautela; porque los medicamentos son medios, y la salud es el fin de su ministerio. A semejanza de esto reflexiona sabiamente, que el fin de la vida espiritual es el amor de Dios, en que consiste toda la esencia de su perfeccion: las austeridades corporales son medios, por los cuales refrenándose la concupiscencia, se quitan los impedimentos que tenemos en nuestra carne para unirnos á Dios con el vínculo del santo amor. Podemos, pues, recta y santamente aspirar sin algun límite al mas perfecto amor de Dios; desear arder como los Serafines en llamas de caridad; pero no podemos practicar sin moderacion las asperezas corporales de la penitencia, sino que tomadas aquellas que bastan á domar la carne, y á reprimir los apetitos desordenados del sentido; no podemos pasar adelante á destruir la complexion, á debilitar la naturaleza, y echar á perder la salud. *Aliter est judicandum de fine; aliter de his, quæ sunt ad finem. Illud enim, quod quæritur tanquam finis, absque mensura quærendum est: in his autem, quæ sunt ad finem, est adhibenda mensura secundum proportionem ad finem: sicut medicus, qui sanitatem, quæ est finis ejus, facit quantumcumque potest majorem; sed adhibet medicinam, secundum quod convenit ad sanitatem faciendum. Est ergo considerandum, quod in spiritali vita dilectio Dei est sicut finis: jejunia autem, vigiliæ & alia exercitia corporalia non quærentur tanquam finis; quia sicut dicitur Rom. 14: Non est Regnum Dei, esca, & potus; sed adhibentur tanquam necessariu ad finem: primo ad domandas concupiscentias carnis, secundum illud Apostoli 1. ad Cor. 9: castigo corpus meum, & in servitatem redigo. Et ideo hujusmodi sunt adhibenda cum quadam mensura rationis, ut scilicet concupiscentia devitetur, & natura non extinguatur, juxta illud Apostoli ad Rom. 12. Exhibeatis corpora vestra hostiam viventem: & postea subdit, rationabile ob-*

sequium vestrum. (1) Y valga la verdad. ¿Hay por ventura arriero alguno tan necio, que cargue de tanto peso á su macho ó jumento, que haya de caer debajo de tan pesada carga, y quedarse en el camino antes de llegar al término de su viage? ¿Hay acaso marinero de tan poco juicio que cargue de tantos géneros su barco, que se vaya á fondo antes de llegar al puerto? ¿Por qué, pues, el hombre espiritual se habrá de cargar de tantas penitencias corporales, que quede debilitado en el cuerpo y dañado en la salud, por lo cuál no pueda proseguir despues el camino de la perfeccion que habia ya felizmente emprendido?

53 Aun pasa mas adelante el Angélico, y llega á afirmar, que la maceracion del cuerpo hecha indiscretamente no puedé ser accepta á Dios: dá una muy sólida y bien fundada razon. Para que cualquier accion nuestra sea agradable á Dios, es necesario que sea hecha con virtud; pero no tiene lustre de virtud aquella penitencia que no se hace con discrecion, esto es, de tal modo, que enfrenando la carne y la concupiscencia, no extenué totalmente el cuerpo, ni le oprima: *maceratio proprii corporis, puta per vigiliis & jejunia, non est Deo accepta, nisi in quantum est opus virtutis: quod quidem est, in quantum cum debita discretione, ut scilicet concupiscentia refrenetur, & natura non nimis gravetur.* (2) La razon de esto es, porque la discrecion hace en las virtudes lo que hace la sal en las viandas: quiero decir, que las guisa, y hace sabrosas al Altísimo. Por lo que así como es desabrido un manjar sin la sal, así es insípida aquella virtud que está privada de discrecion, ni puede ser plenamente agradable á Dios; de manera que maltratar indiscretamente el propio cuerpo, es trabajar para empobrecer, y perder en vez de ganar.

54 La segunda condicion que debe tener la penitencia para que sea discreta y virtuosa es, que no impida las ocupaciones interiores y exteriores, en que cada uno está obligado á ejercitarse en el estado en que Dios le ha puesto. Cada uno

(1) S. Thom. quod lib. 5. art. 18. (2) S. Greg. Mor. l. 30. c. 14.

tiene algun empleo en que debe ocuparse. Unos se aplican á la oracion, otros al estudio; unos tienen oficio de predicar, otros de enseñar y otros de confesar. Muchos atienden á ejercicios exteriores de obras manuales: quien á los quehaceres domésticos, quien al tráfico y comercio, quien á obras mecánicas, quien al oficio de Juez, y quien al gobierno de los pueblos. Ahora, pues, sucede muchas veces, dice San Gregorio, que alguno por un indiscreto fervor de apagar el incendio de los vicios que reinan en su carne, se dá á una sobrada penitencia, y debilita tanto su cuerpo, que lo hace inepto, ó á lo menos poco apto, para los propios empleos. Y no hace reflexion, que aunque su cuerpo es el enemigo que le incita á pecar, ha de ser él mismo su compañero en las obras santas que sin él no se pueden hacer. Ni piensa que el cuerpo por mas que haya de ser aborrecido, como enemigo de su perfeccion, ha de ser tambien amado como su comensal y conciudadano confederado con él para las obras buenas. *Plerumque cum plus justo caro restringitur, etiam ab exercitatione boni operis enervatur, ut ad orationem quoque, vel prædicationem non sufficiat, dum incentiva vitiorum in se funditus suffocare festinat. Adjutorem quippe habemus intentionis internæ hunc hominem, quem exterius gestamus, & ipsi insunt motus lasciviæ, ipsi effectus suppetunt operationis bonæ. Sæpe vero dum in illo hostem insequimur, etiam civem, quem diligimus, trucidamus. (1)*

55 Quien hace esto, dice el Angélico, no puede escusarse de pecado; porque así como está obligado cada uno á ejercitar las obras propias de su estado, así está tambien obligado á no hacerse inhábil para el ejercicio de las tales operaciones. Y por eso pecaria, dice el Santo, un predicador que con la desmedida penitencia se hiciese tan débil que no pudiese promulgar al pueblo la divina palabra: y un maestro que con la austeridad de la vida hiciese que su cuerpo estuviese tan exhausto de espíritu, que no pudiese aplicarse á sus estudios, ni comunicar á sus discípulos su doctrina; y así de todas las demas ocupa-

(1) S. Greg. Moral. l. 30. cap. 14.

ciones de la vida humana: *si vero aliquis in tantum vires naturæ debilitaret per jejunia & vigiliis, & alia hujusmodi, ut non sufficiat debita opera exequi, puta prædicator prædicare, doctor docere, cantor cantare, & sic de aliis; absque dubio peccat: sicut peccat vir, qui nimia abstinentia se impotentem redderet ad debitum uxori reddendum. Unde Hyeronimus dicit: de rapina holocaustum offert, qui vel ciborum nimia egestate, vel somni penuria immoderate corpus affligit.* (1)

56 Y de hecho S. Bernardo no excusaba de pecado los excesos de su fervorosa penitencia con que habia arruinado su salud, y se habia hecho inhábil para las comunes observancias, como observa el mismo Angélico: *S. Bernardus confitebatur, se peccasse in hoc, quod nimis corpus suum jejuniis et vigiliis debilitasset.* (2) Con los cilicios, con las vigilias y con los rigorosísimos ayunos que el Santo practicaba, habia debilitado tanto la virtud digestiva de su estómago, y destemplado tanto la masa de los humores, que estando en el coro estaba echando de continuo flemas de la boca con nausea de los mongs. Procuró al principio poner reparo á este inconveniente, con cavar un pozo pequeño junto á su silla, para arrojar allí el esputo, mas porque aun esto servia de molestia á los circunstantes, se resolvió á privarse del coro para no servir de molestia á los demas; y por la misma razon le fué tambien preciso eximirse de otras cargas y gravámenes de la vida monástica. Por esto conoeciendo el Santo que una tal inhabilidad para los ejercicios propios de su estado, se la habia causado él mismo con un indiscreto fervor de penitencia, acusaba este su defecto con el título de sacrilegio, como refiere el escritor de su vida, el cuál tampoco le excusa en esta parte, no habiendo querido el Santo excusarse á sí mismo: *etsi nimietate forsitan excessit (quid enim excusare nitimur, in quo non confunditur accusare se ipsum?) quod servituti Dei & fratrum suorum abstulerit corpus suum, dum indiscreto fervore imbecille illud reddiderit, & pene inutile.* (3)

57 Para complemento de esta doctrina nótese con el mis-

(1) S. Thom. Quodlib. 5. art. 18. (2) Loc. cit. (3) la vit. S. Bernard. l. 1. c. 6.

mo S. Bernardo, hecho cauto á costa de sus espirituales yerros, que el mismo demonio no pocas veces sugiere los fervores de ciertas personas devotas, especialmente si estan en los principios de la vida espiritual; y las estimula á alargar las vigili-
as, á multiplicar los ayunos, á aplicarse sin discrecion cilicios y disciplinas, á emprender exorbitantes fatigas, á fin de debilitarlas y hacerlas ineptas para sus propios ministerios: *quoties suggestit Satanas anticipare vigili-
as, quoad solemnia fratrum illuderet dormienti? Quoties produci jejunia, ut divinis obsequiis eo inuilem redderet, quo inbecillum?... Quoties ad opus manuum, plusquam opus fuerat, incitavit, & fractum viribus, cæteris regularibus exercitiis invalidum reddidit?* (1) Usa de estas artes engañosas el enemigo, porque sabe que emprendiendo las tales personas asperezas superiores á sus fuerzas, al fin se enfadan, ó no pudiendo sufrir tanta carga se cansan, y lo abandonan todo. Y cuanto esto no suceda pierden á lo menos poco á poco la salud, ó se debilitan notablemente; y entonces ocupadas del todo en recobrar la salud gastada y fuerzas perdidas, abandonan los ejercicios de espíritu, se dán á las delicadezas, á las delicias y regalos, como nota oportunamente el mismo S. Bernardo: *experti estis, quomodo quidam, qui antea inliberi non poterant (ita spiritu vehementi ferebantur ad omnia) cum spiritu cæperint, nunc carne consummentur; quam turpe nunc inire fædus cum suis corporibus, quibus crudele antea indixerunt bellum.* (2) Habeis visto con vuestra experiencia, dice el Santo á sus monges, como algunos que llevados de la vehemencia del fervor, no se podian contener, sin abalanzarse á toda obra de mortificacion mas árdua, han llegado á ser ahora hombres imperfectos y carnales; y cuán fea liga han llegado á hacer con sus cuerpos aquellos mismos, que antes habian emprendido hacerles una cruel guerra. Por esto es siempre mejor y mas conveniente, dice S. Basilio, conservar las fuerzas para el servicio de Dios, que destruirlas; y mantener habil el cuerpo para obrar, que tenerlo descaecido con una indiscreta ma-

(1) S. Bern. serm. in Cant. 33. (2) Eod. loco.

ceracion: *et honestius & utilius esse, confirmando corpori suggerere, quam adimere vires; idque strenuum reddere obeundæ bonæ actioni, quam ultronea quapiam maceratione exoletum.* (1)

58 Vea pues el lector, mucho mas si fuere director de almas, la gran necesidad que hay de andar por el camino del medio en el uso de las penitencias, para que sean aceptas á Dios y meritorias; y para que sirvan á las personas espirituales de espuelas, y no de impedimento para ir adelante en el camino de la perfeccion cristiana. De una parte la penitencia es necesaria para domar el sentido del tacto, que inclina la carne al placer, la hace rebelde á la razon y la enagena del ejercicio de todas las virtudes. Mas por otra parte es necesario que sea discreta; esto es, que sea tal, que no perjudique á la salud corporal, y no debilite las fuerzas, de manera, que no puedan cumplir con la debida perfeccion los empleos propios. En suma, que sea tal, que mortifique la carne, pero no la mate: quite la osadía al cuerpo, pero no el vigor para obrar con la debida rectitud. ¿Qué deberemos hacer, pues, para contenernos en tal moderacion, que no caigamos por exceso de amor propio en demasiada condescendencia con nuestro cuerpo, ó en sobrado rigor con él, por un indiscreto fervor? Vedlo aquí: regúlese cada uno con el consejo de su padre espiritual, ni haga mortificacion alguna sin su direccion. Esta es la regla que dan los Santos, y es la mas segura para no errar en materia tan escabrosa. *Si sit, dice Casiano, qui necessario acriore vel jejunio, vel vigilia, vel alia quavis re opus esse arbitretur; rationem is, quare id sic æstinet iis aperito, quibus credita est communis disciplinæ procuratio: & quod illi statuerint, id observato.* (2) Si alguno, dice este gran maestro de espíritu, juzgare tener necesidad para su aprovechamiento de mas rigurosos ayunos, de mas largas vigiliass y de otras mortificaciones corporales, exponga á sus superiores los motivos que le inducen á desear semejantes asperezas, y ejecute humildemente cuanto ellos determinaren.

59 San Bernardo en el discurso que hizo en la muerte del

(1) S. Basil. Const. Monast. cap. 5. (2) Cassian. col. 2. cap. 10.

santo jóven Umberto, le dà aquellas alabanzas que merecia su fervorosa vida; solo no le juzga digno de alabanza por haberse aplicado mucho á la abstinencia; no conformándose plenamente en esto con los consejos del santo abad: *quia si quid triste sensit propter hoc sensit, quod minus nobis consensit de necessitate corporis*. San Gerónimo escribiendo la vida de Santa Paula, hace mil elogios de sus grandes y heróicas virtudes; pero no aprueba alguna pertinacia suya contra al parecer de otros, en querer persistir en ciertas austeridades. Cayó la Santa en una mortal calentura, de la cuál mejorada, juzgaron los médicos que debia mezclar un poco de vino con el agua que solia beber pura, á fin de evitar algun peligro de hidropesia, en que con fundamento juzgaban que podia caer. Mas ella no se dejó persuadir, ni de S. Gerónimo, ni del Obispo Epifanio á aflojar aquel su primer fervor. Por eso dice S. Gerónimo. *Fateor, in hac re pertinacior fuit, ut sibi non parceret, & nulli cederet admonenti*. Y poco despues: *hæc refero, non quod inconsideranter, & ultra vires sumpta opera probem*. Manifieste, pues, el hombre espiritual á su director todas las penitencias á que se siente inspirado para afligir su cuerpo, y arréglese en la ejecucion á su consejo. Así procederá con rectitud, y sin peligro de errar en las mortificaciones que emprendiere; y despues recibirá de Dios el premio de las penitencias que hubiere hecho, y tambien de aquellas que no hubiere hecho, por haberselo vedado el confesor habiéndolas deseado hacer.

CAPITULO VII.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR sobre el presente articulo.

60 **A**dvertencia primera: sea cauto el director en conceder á sus penitentes las mortificaciones afflictivas del sentido; pero no sea totalmente ageno. Digo esto, porque he encontrado muchas veces directores que parecian totalmente enemi-

gos de penitencias. Me ha sucedido encontrar confesores de monjas (ni era en monasterios tan austeros que impusiesen á las religiosas una tan copiosa medida de penitencias, que no fuese licito pasar adelante), que jamas concedian á ninguna religiosa alguna penitencia corporal: de suerte, que ni ellas se arriesgaban á pedirselas, sabiendo que era inútil cualquier peticion de ellas. Yo no entiendo como pueda justamente un director enagenar las almas sujetas á su cuidado de un medio de perfeccion tan útil y tan practicado de los Santos, y privarlas del bien espiritual que de él suele resultar; mayormente si los penitentes son aun jóvenes, que asi por la vivacidad de los espiritus, como por el hervor de la sangre, estan muy necesitados de semejante remedio. Dicen que miran por la salud. Alabo el tal miramiento; mas esto prueba que tales penitencias se deben negar á los que son achacosos y débiles de complexion; pero no prueba que no se hayan de conceder con discreta medida á otros que gozan de buena salud. Dicen que éstos ya ponen cuidado en las virtudes internas y en la observancia de las reglas en que está encerrado todo el jugo de la perfeccion religiosa; y que poco les importan estas cosas exteriores, sin las cuales puede la religiosa ser santa. Yo no niego que la perfeccion cristiana y religiosa principalmente depende de las virtudes interiores. Pero conviene no engañarse: para llegar á esta perfeccion, es necesaria la mortificacion de la carne y de los sentidos exteriores; porque si el cuerpo es atrevido, el espiritu no podrá prevalecer, ni podrá jamas la persona ejercitar con paz aquellas virtudes, de las cuales justamente hace tan grande estimacion el director. Tanto mas que con las aflicciones del cuerpo se alcanza de Dios gracia abundante, y ayudas eficaces para practicar estas mismas virtudes interiores que son de tanta importancia. En suma, acuérdesse el director de lo que dice S. Gregorio Nacianceno, que el tratar bien al cuerpo, no es otra cosa que suministrar pasto á una materia que arde, y engordar una bestia para que sea mas desenfrenada; resista con mas violencia al espiritu, y se

le lleve trás de si para favorecer á sus apetitos. *Sufficit corpori malitia sua. Quid flammæ ampliori materia opus est? Aut belluæ copiosiori alimento, ut efferatior, & violentior reddatur?* (1) Por eso si desea ver én sus penitentes vigoroso el espíritu, no sea ageno de querer con una moderada penitencia humillar la osadia que reina en sus cuerpos.

61 Advertencia segunda: Para que el director en señalar las penitencias no traspase aquellos límites de la discrecion que hemos establecido en el capítulo precedente, es menester que ponga la mira en dos cosas: la primera en las calidades de las personas, lo segundo en las calidades y número de las penitencias que les prescribe. Acerca de las personas es cierto que los jóvenes de tierna edad, y los viejos de edad decadente son poco capaces de penitencias; porque tienen mas necesidad de corroborar las fuerzas que de enflaquecerlas. Mas á los jóvenes y doncellas ya robustas, se les deben conceder, como remedio oportuno contra la mucha vivacidad de los espíritus y efervescencia de la sangre; y á éstos en mayor abundancia que á los casados. Acuérdesese aquí el director de las palabras de Santo Tomás citadas en el capítulo 6. núm. 55. Con las personas religiosas debe ser mas liberal; porque así como estas están mas obligadas que las otras á la perfeccion, así están mas obligadas á valerse de este medio que tan poderosamente conduce á su consecucion. Pero observe en todos la calidad de la complexion y fuerzas corporales; y segun la mayor ó menor robustez, alargue ó encoja la mano.

62 Acerca de la calidad de las penitencias juzgo que la disciplina discretamente usada, no puede ser dañosa á la salud; porque la afliccion que causa, se forma exteriormente en el cutis, y cesa luego que cesan los golpes: mucho mas si los tales azotes no se dan sobre las espaldas, sino en otras partes mas remotas del estómago: pues en tal caso se disipan menos los espíritus animales necesarios á la coccion de los manjares. Por otra parte es esta una penitencia aptísima para mortificar la carne con el

(1) Nacianc. Orat. 44.

sentimiento del dolor, del todo opuesto al deleite que ella ansiosamente apetece: y juntamente ayuda mucho á excitar la devocion, como dije otra vez con S. Francisco de Sales. Por lo cual puede el director ser mas liberal en el uso de esta penitencia. Mas no entiendo por eso que sea liberal en conceder las disciplinas de sangre; antes en orden á la frecuencia de éstas quisiera que fuera muy contenido por dos motivos. El primero, porque sin el derramamiento de sangre que de ordinario es dañoso á la salud, se puede obtener la misma mortificacion corporal. El segundo, para evitar cierta vanidad que suele despertarse en algunos, á quienes despues de una de estas sangrientas disciplinas, les parece haber hecho una gran cosa, y como suele decirse, de haber tocado el cielo con la mano.

63 El cilicio de hierro que llamamos de cadenilla, suele ser menos dañoso que el cilicio de cerdas, como arriba se insinuó; porque éste sacando el calor deja debilitado el estómago; y por eso el director sea mas amigo del primero que del segundo: mas á personas de debil pecho y flaca salud no les deje traerlos en la cintura, sino en los brazos ó en otra parte. Acerca de la largueza del tiempo, y de la frecuencia en aplicar los tales instrumentos afflictivos, tome la regla y medida de las fuerzas corporales, y del fervor espiritual de los penitentes. Pero advierta de no permitirles el traer los tales instrumentos de penitencia, ni de noche, por no perturbar su sueño, ni despues de la comida, por no impedir la digestion de los manjares. El tiempo mas oportuno es la mañana por algun espacio de tiempo proporcionado al sugeto.

64 A personas de buena complexion se puede conceder el dormir sobre las desnudas tablas, y si no fueren de salud tan robusta, sobre el jergon de pajas, ó con otra incomodidad; y esto mas ó menos, según la calidad de las fuerzas y del sueño mas ó menos profundo, ó mas y menos facil en cogerlo y continuarlo entre semejantes molestias. Advértales empero, que durmiendo de esa manera esten bien defendidas de ropa, para que el cuerpo tenga la transpiracion necesaria; y no les permi-

ta dormir sobre la tierra desnuda, porque el frío y humedad de ésta puede causar mucho daño á la salud. Acerca de las vigili-
as proceda con cautela; porque se vé por la experiencia, que las personas que velan las noches enteras estan poco aptas para obrar de dia. Es verdad que algunos Santos pasaban las noches sin cerrar los ojos al sueño, ó concediéndoles solo un brevísimo descanso, como he mostrado en el capítulo IV: mas esto no sucedia sin un concurso extraordinario de la divina Providencia, que queriendo de ellos semejantes austeridades los sustentaba sin la restauracion necesaria del sueño. Obsérvese fuera de esto, que á aquellas almas santas les daba Dios la recompensa de aquel sueño que perdian velando; porque las tenia de ordinario casi toda la noche absortas en altísima contemplacion, la cuál, comunicando á sus espiritus grande suavidad, les acarrea tambien gran conorte al cuerpo, y les servia de esfuerzo para no caer desfallecido al peso de tan excesivos rigores. Pero los que no reciben de Dios semejantes favores, ni pueden prometerse asistencias tan señaladas, deben contentarse de dar al cuerpo un conveniente reposo, para que estando apto para las funciones del dia, pueda servir al espiritu. Por lo cuál basta que se mortifique con quitar á los ojos alguna parte del sueño; ó por mejor decir, lo cumplido del sueño que no es necesario para vivir y para obrar, sino solo para contentar los sentidos ansiosos de un mas largo descanso. Demas de esto deben protestar á Dios que este mismo reposo limitado y racional que conceden á su cuerpo, no se le conceden por darle gusto, sino solo por hacer su santa voluntad que así lo quiere, á fin de que sea habil para las cosas de su divino servicio. Del ayuno no hablo aquí, porque tendré que hablar de él en el siguiente artículo.

65 Advertencia tercera: las reglas hasta ahora señaladas valen para la direccion ordinaria de las almas; mas tienen sus excepciones en los casos extraordinarios que tal vez pueden suceder. En todos los siglos pasados quiso Dios en su Iglesia personas señaladas en los rigores de una extraordinaria penitencia:

esto es, las quiso hacer santas por medio de una penitencia superior á las fuerzas humanas; como leemos á cada paso, y admiramos en las historias eclesiásticas. De modo, que no parece verosímil que al presente no haya tambien almas á quienes Dios quiere conducir á la perfeccion por estos caminos desacostumbrados. Si llegare, pues, á los pies del director alguna de tales personas, no estaria ciertamente en su libertad el sacarla de este camino, por el cuál la llama Dios á la perfeccion: porque nosotros, como he dicho en otra parte, no somos propriamente guia de las almas, sino que Dios es su guia. Nosotros solamente somos ministros de esta guia soberana, cuyas huellas debemos diligentemente observar, para que sean seguidas con fidelidad y constancia de nuestros penitentes.

66 Aquí, dirá el director, está toda la dificultad en conocer la voluntad de Dios en cosa que por una parte es extraordinaria, y errándose por otra parte puede ser de grave perjuicio á la salud del cuerpo y á los progresos del espíritu. Con todo esto no pierda el ánimo, porque gobernándose por las reglas de la prudencia, y con la luz de la discrecion, que deberá pedir siempre á Dios, llegará á conocer con moral certidumbre el querer divino. Dos reglas le propongo yo. En primer lugar es menester observar, si la persona tiene frecuentemente fuertes y vehementes inspiraciones de practicar grandes austeridades; mas esto no basta, porque el demonio puede transfigurarse en ángel de luz, y mover grandes deseos de penitencia, á fin de quebrantar el cuerpo y hacer inhábil al espíritu para todas las obras de perfeccion. Conviene, pues, en segundo lugar, tentar el vado poco á poco; y concediendo al penitente fervoroso alguna mayor mortificacion, observar al mismo tiempo como se gobierna y mantiene al peso de semejantes mace-raciones. Si ve que con la carga de las penitencias no cede la salud, sino que se hace robusta, como sucedia á los tres niños de Babilonia, que sustentándose de legumbres y agua, parecian mas corpulentos, mas fornidos y espirituosos que aquellos que se alimentaban con las viandas regias; antes bien que cesando de

la austeridad cae la persona, como sucede, en alguna enfermedad ó indisposicion corporal, será señal que la quiere Dios llevar por este camino espinoso; porque de una parte significa su querer con sus internas inspiraciones y por otra lo autentifica despues con el concurso especial con que la sustenta, para que no quede enflaquecida debajo del grave peso. Si despues de todo esto significase Dios su voluntad con modos prodigiosos, como sucedió á Santa Magdalena de Pazzis, que queriéndola Dios descalza en un monasterio en que todas las demas monjas iban calzadas, hacia que se le hinchasen los pies todas las veces que se ponía calcetas, y se le deshinchasen siempre que se las quitaba: y como sucedió á la venerable Sor Verónica de la ciudad de Castello, que queriéndola Dios por espacio de muchos años en un rigoroso ayuno de pan y agua, hacia que arrojase con ímpetu todo otro manjar que no fuese simple pan, y agua pura: si el Señor, vuelvo á decir, manifestase con señales tan claras su voluntad, mucho mas podrá el director proceder con seguridad, y alargar la mano en aquella especie de penitencias á que se siente el alma incitar del espíritu del Señor. Sin embargo, no le permita aun en tales casos hacer mortificacion alguna á su arbitrio, sin pedir la debida licencia, para que con el cuerpo tenga tambien sujeto el espíritu. Y si con el progreso del tiempo conociese en su penitente alguna notable decadencia ó lesion en la salud, retire presto la mano, retracte las licencias que le hubiere concedido, para que el mal no crezca hasta hacerle inhábil para los ejercicios de la vida espiritual.

67 Advertencia cuarta: sobre todo advierta el director, que las tales penitencias se hagan con espíritu interno, porque de otra suerte causarán mucha afliccion al cuerpo, y poca ayuda al alma; pues, si se hicieren con vanidad, con complacencia, y con estima de sí, serian mas nocivas que utiles. Los flagelantes, de quienes arriba hablé, se azotaban dos veces al día hasta derramar sangre; y no obstante esto eran hombres malvados, llenos de errores y de pecados abominables. Tambien

entre los turcos y entre los idólatras hay hombres penitentes que viven con mucha austeridad; y sin embargo son personas perversas, porque sus penitencias no nacen de buena raíz. Procure, pues, el director, que sus discípulos hagan con espíritu de rectitud, de compuncion y de humillacion sus corporales mortificaciones, para que sean de provecho á sus almas y de agrado á Dios. Acerca de la rectitud de intencion, no tengan otra mira en su penitencia, que sujetar la carne al espíritu, satisfacer por sus culpas, dar gusto á Dios, y alcanzar abundancia de ausilios para la enmienda de sus faltas y para la consecucion de las sólidas virtudes. Acerca de la compuncion, antes de meter la mano en la penitencia, pónganse delante de los ojos sus pecados presentes y pasados, conciban de ellos una viva contricion, y un santo celo de dar á Dios alguna satisfaccion con la penalidad. Acerca de la humildad unan siempre las aflicciones de la carne con las penas del Redentor y con su preciosa sangre, persuadiéndoles vivamente que su penitencia cuanto es de sí, no tiene valor alguno, sino que todo el precio lo recibe de los infinitos méritos de Jesucristo, y que á él se debe toda la honra. Así harán de sus cuerpos un sacrificio perfecto sobre el altar de la penitencia.

ARTICULO SEGUNDO.

LOS IMPEDIMENTOS QUE CAUSA PARA LA PERFECCION EL SENTIDO DEL GUSTO, Y LOS REMEDIOS CONTRA TALES IMPEDIMENTOS.

CAPITULO PRIMERO.

SE EXPLICA EN QUE CONSISTE EL SENTIDO DEL gusto, y como va conexo con el vicio de la gula; de cuántas maneras se peca con este vicio, y que consiguientemente se retarda la perfeccion.

68 El sentido del gusto es aquel que discierne el sabor de los manjares y de las bebidas, y como nota Aristóteles, aborrece el sabor desabrido y apetece el sazonado: *gustus salutare cibus à pestifero ita discernit, ut insuavem & ingratum fugiat; salutare, gratumque appetat.* (1) Por eso toda su inclinacion es hácia al deleite que nace del comer y beber, deleite del todo brutal; pues es comun á nosotros y á las bestias. Este sentido, como dice el mismo Aristóteles, tiene su asiento en la lengua; y en aquellos animales que no tienen lengua, en algun órgano apto á sentir lo mismo que la lengua: *organum gustus, sive ipsius instrumentum est lingua: aut quidquid lingue proportionem respondens in his, qui lingua, carent.* De aquí se sigue, que aunque el sentido del gusto no es propiamente el vicio de la gula, pues este debe residir en el apetito sensitivo: sin embargo éste va enlazado con el tal vicio, lo nutre y dá fomento; porque es el objeto de sus desarregladas inclinaciones y movimientos; pues, como dice Santo Tomás, el vicio de la gula consiste en una concupiscencia desmedida hácia el deleite que nace de los manjares y bebidas; la cuál delectacion es tambien el único objeto que apetece el sentido del gusto: *gula propriè consistit circa immoderatam delectationem, quæ est in*

(1) Arist. lib. de sens.

cibus & potibus. (1) Así que siendo el mismo aquel placer animal de que se apacientan estos dos sentidos brutales, el uno interno, que es la gula y el otro externo, que es el gusto: lo mismo es mortificar el uno con quitarle el deleite de los manjares, que abatir al otro; lo mismo es condescender con el apetito del uno dándole manjares agradables, que alimentar las inclinaciones del otro. Por lo cuál se puede hablar indistintamente de ambos, como de dos enemigos confederados contra nuestra perfeccion, y aun contra nuestra salud eterna, si prevalecen mucho con sus perversos instintos en daño de la razón.

69 San Gregorio dice que el vicio de la gula nos tienta de cinco maneras, y por eso de cinco modos se opone á los progresos de nuestra perfeccion: *quinque nos modis gulæ vitium tentat. Aliquando namque indigentia tempora prævenit. Aliquando vero tempus non prævenit, sed cibos lautiores quærit. Aliquando quælibet quæ sumenda sint, præparari accuratius expetit. Aliquando autem, & qualitati ciborum, & tempori congruit; sed in ipsa quantitate sumendi mensuram moderatæ refectiois excedit. Nonnumquam vero & abjectius est, quod desiderat; & tamen ipso estu immersi desiderii deterius peccat.* (2) Nos tienta, dice el Santo, el vicio de la gula, cuando por gana de satisfacer al paladar, prevenimos el tiempo destinado para la refeccion corporal: unas veces cuando no anticipamos el tiempo debido; pero buscamos manjares delicados que deleiten este vil sentido. Otras veces, cuando contentos con los manjares ordinarios, procuramos condimentos exquisitos para satisfacer á nuestro gusto. Unas veces cuando sin exceder en la calidad, ni tampoco en el condimento de las viandas, excedemos en la cantidad, comiendo de los manjares comunes mas de lo necesario. Otras veces finalmente, cuando en las viandas, aunque sean groseras, nos embobemos y sumergimos con mucha ansia. Y este ultimo defecto es peor que todos los otros; porque muestra el apego y aficion al gusto que de los manjares redundá al paladar.

70 Despues de haber expuesto el Santo Doctor estas cinco

(1) S. Thom. 2. 2. q. 188. art. 6. (2) S. Greg. Moral. lib. 30. c. 13.

inclinaciones malas que tiene el hombre de condescender con el sentido del gusto, (las cuales dice Santo Tomás, que son las cinco especies del vicio de la gula; (1) pasa á mostrar con ejemplos de la sagrada Escritura, cuales y cuantas sean sus deformidades. Acerca de prevenir el tiempo determinado de comer trae el delito de Jonatás, que gustando la miel silvestre antes de acabar la jornada en que habia severa prohibicion de no comer cosa alguna; mereció oír de la boca de su padre la sentencia de muerte: *mortis quippe sententiam patris ore Jonathas meruit, quia in gustu mellis constitutum edendi tempus antecessit.* Contra lo exquisito de los manjares trae la golosina de los Hebreos, que despreciado el maná apetecieron las carnes de Egipto, porque las tuvieron por vianda mas regalada; y por eso hizo Dios de ellos una terrible matanza: *& ex Egipto populus eductus in eremo occubuit; quia despecto manna, cibos carniarum petiit, quos lautiores putavit.* Contra los condimentos superfluos refiere la glotoneria de los hijos del sumo sacerdote Helí, los cuales querian las carnes de los sacrificios antes de cocerse contra la antigua costumbre, para poderlas cocer y guisar á su placer de un modo mas exquisito. Por lo cual fueron justamente castigados de Dios juntamente con su padre con severos castigos: *& prima filiorum Heli culpa suborta est, quod ex eorum voto Sacerdotis puer, non antiquo more coctas vellet de sacrificio carnes accipere; sed crudas quæreret, quas accuratius exhiberet.* Contra la destemplanza de comer demasiado trae aquel dicho de Ezequiel, en que el profeta dá bastante á entender, que la ruina de Sodomá tuvo su primer origen de la embriaguez y hartura. *Et cum ad Jerusalem dicitur: hæc fuit iniquitas Sodomæ sororis tuæ, superbia, saturitas panis, & abundantia; aperte ostenditur, quod idcirco salutem perdidit, quia cum superbæ vitio mensuram moderatæ refectionis excessit.* Contra el ansia de comer los manjares, aunque groseros y viles, trae el ejemplo de Esaú, cuya ansia de comer una escudilla de lentejas, cuán grande fuese, se arguye claramente de haber

(1) S. D. Thom. 3. 2. q. 148. art. 4.

vendido su primogenitura por un manjar tan grosero. Las desgracias que se acarreó con este vicio son bien notorias. *Et primogenitorum gloriam Esau amisit; quia magno æstu desiderivilem cibum, scilicet lenticulam concupivit, quam dum venditis etiam primogenitis prætulit; quo in illam appetitu anhelaret, indicavit.*

71 Obsérvese aqui atentamente, que toda la fealdad de estos cinco vicios de la gula, al fin se reduce á buscar la satisfaccion de este sentido del gusto de que ahora hablamos, y á querer el deleite que le resulta del comer. Haga reflexion el lector sobre cada uno de ellos, si quiere cerciorarse de la verdad. ¿Por qué es cosa imperfecta anticipar la hora conveniente de la comida y de la cena; sino porque esto nace de una cierta impaciencia de satisfacer al paladar? ¿Por qué es cosa viciosa el procurar manjares preciosos y condimentos exquisitos; sino porque esto proviene del deseo de dar placer á la lengua? ¿Por qué es cosa pecaminosa el comer demasiado? Porque esto denota que se come por deleite y no por necesidad. ¿Por qué es malo el comer con ansia; sino porque es comer por el gusto? Lo cual es tan cierto, que si uno dijese lo contrario, es á saber, que el comer y beber hasta hartarse por solo deleite no es pecado, incurriria en la proposicion condenada de Inocencio XI, y quedaria herido del rayo de la excomunion, que fulminó aquel sumo Pontífice contra cualquiera que se atreva adherir á una tal falsedad. *Comedere, & b.bere usque ad satiæatem ob solam voluptatem, non est peccatum, modo non obsit valetudini: quia licite potest appetitus naturalis suis actibus frui.* (1) La proposicion condenada en sus términos es ésta: el comer y beber hasta hartarse por el gusto no es pecado, como no sea de perjuicio á la salud; porque licitamente puede el apetito natural tomar placer con sus actos.

72 Pero se ha de advertir que yo no pretendo decir que sea pecado el sentir deleite en la comida; porque comiendo el hombre, no es posible que no experimente en la lengua una sensacion agradable proporcionada á la calidad de los manja-

(1) Prop. 8. inter damn. ab Innoc. XI.

res. Digo solamente que es cosa mala y muy nociva á la perfeccion, el comer á fin de tomar semejante deleite, como lo hacen las bestias que comen, porque les agrada el comer, sin proponerse algun fin racional y honesto. San Gregorio muestra esto con una razon convincentisima. Tal vez, dice el Santo, comemos viandas regaladas sin alguna culpa: y tal vez, ni aun comemos los manjares viles sin pecado de gula; porque en aquellos, aunque sabrosos, no buscamos nuestro gusto; y en éstos, aunque menos sabrosos, buscamos nuestro deleite. Asi Esau perdió el mayorazgo, comiendo un manjar vil y grosero; y Elias nada perdió comiendo carne en el yermo; porque este comió con gran desasimiento, y aquel con grande apego al deleite de aquella vil vianda: *neque enim cibus, sed appetitus in vitio est: unde lautiores cibos plerumque sine culpa sumimus, & abjectiores non sine reata conscientie degustamus. Hic quippe, quem diximus, Esau, primatum per lenticulam perdidit, & Elias in eremo virtutem spiritus, & carnem edendo, servavit.* (1) Confirma el Santo esta razon con decir, que sabiendo muy bien el demonio que en muchos no es el manjar, sino la aficion al placer del manjar la causa de su condenacion; no tentó al primer hombre que fué Adan, ni al segundo que fué el Redentor, con ponerles delante de los ojos, ni con darles á oler carnes cocidas; sino que tentó al primero con una simple manzana, y tentó al segundo con solo pan: *unde & antiquus hostis, quia non cibum, sed cibi concupiscentiam esse causam damnationis intelligit: & primum sibi hominem non carne, sed pomo subdidit, & secundum non carne; sed pane tentavit.* Concluyamos, pues, que el vicio de la gula se reduce á una mala inclinacion que tiene el hombre de contentar al sentido del gusto, y de querer aquel deleite que le redundá del manjar y de la bebida. Esta condescendencia con la satisfaccion propia de este sentido, es de tan grande impedimento á la perfeccion, que no es posible con ella hacer algun notable adelantamiento; y por eso es preciso negarle semejantes placeres, ó templárselos ó concediéndoselos (cuando la ne-

(1) Loco supr. cit.

cesidad lo pide) con tal rectitud de intencion, que no acarreen algun daño al espiritu; como veremos en el progreso de este artículo.

73. Quanto desagrada á Dios toda irracional condescendencia que se dé á este brutal sentido con el comer, lo veremos en breve de los graves perjuicios que resultan al alma. Por ahora me contentare en mostrarlo solamente con algunos sucesos que refiere S. Gregorio; (1) porque habiendo apoyado el presente capítulo con su autoridad, con la misma quiero concluirlo. Una monja habiéndose ido á pasear á la huerta de su monasterio, vió una bella lechuga, y movida del prurito de la gula, la arrancó, y ansiosamente se la comió: *lactucam conspiciens, concupivit, avidè momordit*. Pero fué fatal para ella aquel manjar, pues con él tragó un demonio, que al punto arrojándola en tierra, comenzó á atormentarla de mil maneras. Las compañeras aterradas al ver las violencias, los ahullidos, los gritos y convulsiones de la afligida religiosa, llamaron luego al santo Abad Equizio, para que refrenase con su autoridad el atrevimiento de aquel espiritu infernal, que hacia tan cruel destrozo de aquella infeliz. Vino al punto el santo hombre; y al poner los pies en la huerta, comenzó á decir el demonio por la boca de la monja endemoniada: *Ego quid feci? Ego quid feci? Sedebam super lactucam: venit illa, & momordit me*. Que he hecho yo? Me estaba sentado sobre la lechuga: vino ella, y me comió ansiosamente, y yo tomé posesion de ella. Mas el siervo de Dios mandó al demonio que luego se partiese; y con la fuerza de sus mandatos, y con los méritos de su santidad lo desterró de manera que no volvió jamas á molestarla. ¡Por un bocado de lechuga comida por satisfacer á la gula, quedar poseida del demonio una persona consagrada á Dios! Piense bien el lector, cuán grande castigo sea este; y colija despues, cuánto desagrada á Dios cualquiera desarreglada satisfaccion que se conceda al sentido del gusto, especialmente en las personas espirituales y devotas, que profesan perfeccion.

(1) S. Greg. Dial. lib. 1. c. 4.

74 Pero anu fué mas terrible el castigo de aquel otro religioso, de quien refiere el mismo Santo Doctor, que por causa de este vicio quedó, no ya por un breve tiempo, sino para siempre poseido del dragon infernal. Vivía éste en un monasterio de Licaonia, y para con todos los otros religiosos estaba en grande estima y veneracion por sus buenas costumbres, y por lo muy ajustado que exteriormente procedia en todas sus operaciones. Mas el infeliz estaba poseido del vicio de la gula; pues, ayunando los otros, él comia á escondidas. Entretanto fué sorprendido de una grave enfermedad, que le redujo al extremo de su vida. Acercándose la hora de su tránsito, todos los monjes se amontonaron al rededor de su cama, persuadidos que habian de ver y sentir en la muerte de un hombre tan santo alguna cosa que les causase edificacion y conorte. Mas lo que oyeron fué esto: hermanos míos, cuando vosotros ayunabais, yo comia á escondidas: por eso estoy entregado al dragon del infierno, el cuál ya se ha enroscado con su cola en mis pies y rodillas, ya pone su cabeza en mi boca para sacar fuera el espíritu: y diciendo estó espiró, sin duda en manos del diablo. (1) Aquí aprendan las personas devotas, aprendan aquí las personas religiosas que han vencido los estorbos, que el mundo, los parientes y el demonio ponian á su salud y perfeccion; pero no han sabido vencer aun el sentido del gusto y de la gula; porque buscan manjares delicados, bien guisados, los desean con ansia, se los procuran con mucho cuidado, se quejan, si no se les aparejan; y se sumergen en ellos con mucha voracidad: aprendan, digo, cuanto desagrada á Dios este su pecado; pues dá tales señales de su desagrado aun en esta vida.

(1) S. Greg. Dialog. lib. 4. cap. 38.

CAPITULO II.

SE MUESTRAN LOS EFECTOS PESIMOS Y SUMAMENTE nocivos al espiritu, que nacen de condescender el sentido del gusto con el vicio de la gula.

75 **C**inco, dice el Angélico, son las malas hijas, que de la gula, como de pésima madre, toman su nacimiento: es á saber, son cinco los efectos viciosos perniciosísimos no solo á la perfeccion, sino tambien á la sustancia de la vida cristiana, que nacen de aficionarse sin moderacion al deleite de las viandas y bebidas: *illa vitia inter filias gulæ computantur; quæ ex immoderata delectatione cibi & potus consequuntur.* (1) Cuatro de estos partos malignos, prosigue el Santo, se producen de aquella madre brutal en nuestras almas, y el quinto se produce en nuestros cuerpos; pero todos cinco están conjurados para dañar á nuestro espiritu y acarrearle la ruina: *quæ quidem (scilicet filiæ gulæ) possunt accipi ex parte animæ & ex parte corporis; ex parte animæ quadruplisiter, &c.* Ahora de estas cinco perversas hijas, y por hablar claro sin metáfora, de estos cinco efectos pésimos de la gula, que siempre nacen de condescender con el sentido del gusto, hablaremos en el presente capítulo: ponderaremos con Santo Tomás su malicia, y los grandes perjuicios que traen á las almas de las personas espirituales, que aun no han sujetado y vencido un vicio tan feo.

76 El primer efecto de la gula que pone Santo Tomás sumamente dañoso al provecho espiritual del alma, es oscurecer la mente con la superfluidad de los manjares y del vino, y hacerla inhabil para la oracion, y para la inteligencia de las cosas divinas: así como al contrario no hay cosa que disponga tanto la mente para la contemplacion de las cosas sobrenaturales y celestiales como la abstinencia y el ayuno: *primo quidem quantum ad rationem; cujus acies hebetatur ex immoderantia cibi &*

(1) S. Thom. 2. 2. q. 148. art. 6.

potus. Et quantum ad hoc ponitur filia gulæ hebetudo sensus circa intelligentiam, propter fumositates ciborum perturbantes caput. Sicut è contrario abstinentia confert ad sapientiæ perceptionem. ¿De qué manera se aparejó Moisés debiendo hablar á solas y cara á cara con Dios sobre la cumbre del monte Sinai? No de otra manera ciertamente, que con el ayuno de cuarenta dias continuos. ¿De qué modo se dispuso Elias para ver á Dios en la famosa gruta del monte Oreb? No de otra suerte en la realidad, sino con una semejante cuarentena de ayunos. (1) ¿Y cómo mereció Daniel aquellas reconditas revelaciones y aquellas secretas verdades, que leemos en su historia; sino con el ayuno de tres semanas enteras? (2) Al contrario, quien condujo al pueblo Hebréo á perder el conocimiento de Dios, y aun toda veneracion, todo obsequio y todo culto? ¿No fué un desahogo de la gula á que condescendió con el sobrado comer y beber? *Sedit populus manducare & bibere.* (3) Dice el sagrado Texto, que hallándose los Hebreos ociosos á la falda del monte Sinai, se entregaron á comer y beber. ¿Qué se siguió despues de esta glotoneria y embriaguez? Vedlo aquí: perdieron toda luz de Dios, fabricaron un becerro de oro, y con una loca insolencia lo adoraron.

77 Explica esto maravillosamente S. Juan Crisóstomo. Observad, dice, una nave que ha descargado ya su carga, como anda libre sobre las olas, como llevada sobre las alas de los vientos vuela rápida á competencia de los mismos vientos, como abandona velozmente la playa, y se engolfá en alta mar lejos de los ojos de los miradores. Al contrario una nave que tiene el vientre lleno de mercancías se mueve lentamente, es perezosa á los empellones de los vientos; porque la retarda el peso de lo que tiene encerrado en su seno, y tal vez el mismo peso la llevá al naufragio. Asi un hombre que tiene el vientre vacio, exhausto y ayuno, se levanta expedito y pronto á la contemplacion de las cosas celestiales; pero si tiene el vientre lleno de menjares y ofuscada la mente con los humos de las

(1) 3. Reg. 19. (2) Dan. 10. (3) Exod. 32. 6.

viandas y de los vinos, no puede levantarse á Dios, agravado del peso de su destemplanza: *quemadmodum leviores naves maria velocius transeunt; contra multo onere gravata submerguntur: ita jejuniū leviozem reddens mentem, efficit, ut facilius hujus vitæ pelagus transmittat, ac ea, quæ in cælis sunt respiciat; & nihil faciat præsentia.* (1) No espere, pues, el hombre espiritual adelantarse en la oracion y en el conocimiento de Dios, si no refrena la gula, quitando al sentido del gusto las satisfacciones que le agradan.

78. El segundo efecto pernicioso de la gula es la vana alegría; porque con el desmedido comer y beber, confusa la razon y alterado el apetito sensitivo, es necesario prorumpir en actos exteriores de un cierto brio desarreglado. *Secundo*, dice el citado Angélico, *quantum ad appetitum, qui multipliciter deordinatur per immoderantiam cibi & potus; quasi sopito tabernaculo rationis. Et quantum ad hoc ponitur inepta lætitia.* Y esto puntualmente sucedió á los Hebreos en el monte Sinai. Mientras Moisés con el ayuno habia entrado en la mística oscuridad de una altísima contemplacion, ellos cayeron con la embriaguez en una desenfrenada alegría. *Sedit populus manducare & bibere, & surrexerunt ludere.* ¿Qué se siguió de aquí? Ya se dijo arriba. Se arrodillaron delante de la estatua de un becerro formado por sus mismas manos, y le ofrecieron inciensos profanos y nefandos sacrificios. Veis aqui los efectos de la destemplanza: vana alegría que cegando la razon hace caer al fin en graves excesos, como observa muy bien S. Gerónimo, reflexionando sobre este mismo hecho de los Israelitas. *Moyse quadraginta diebus & noctibus jejunos in monte Sina... cum Domino loquitur: populus autem satur idola fabricatur. Ille vacuo ventre legem accipit scriptam digito Dei: iste manducans & bibens, consurgensque ludere, aurum constat in vitulum.* (2) Sea pues cauto quien desea servir á Dios en conceder á la gula y al paladar todos los manjares que desea; porque perdida con la destemplanza la luz interior directiva de las acciones, y perdida toda compos-

[1) S. Chris. in. Gen. hom. 1.

(2) S. Hier. in Jovinian.

tura interior y exterior con una vana y sobrada alegría; es necesario, no digo que vuelva totalmente las espaldas á Dios con alguna culpa grave, como hicieron los Hebreos; (porque no quiero creer de él tan grande mal) pero que le ofenda á lo menos de mil maneras, perdiendo el acostumbrado ejercicio de las virtudes, y el devoto recogimiento.

79 El tercer efecto de la gula es la locuacidad: *tertio quantum ad inordinatum verbum: & sic ponitur multiloquium.* Porque el manjar y la bebida, si es exorbitante, con sus humos pone en movimiento los fantasmas del cerebro: de donde nace despues la abundancia de los conceptos y de las palabras; pero conceptos insulsos, palabras ineptas y muchas veces pecaminosas, como se ve acaecer frecuentemente en quien está transportado de la necia alegría del demasiado comer y beber.

80 El rico gloton hallándose en un mar de llamas solo buscó refrigerio para la lengua: *mitte Lazarum, ut intingat extremum digiti sui in aquam & refrigeret linguam meam.* Pero ¿por qué (repara S. Gregorio) busca alivio antes para la lengua que para las otras partes del cuerpo, hallándose de pies á cabeza atormentado de ardentísimas llamas? Porque por su gran locuacidad, dice el Santo, nacida de su glotonería, era atormentado mas acerbamente en la lengua, de donde saca el Santo su argumento para probar que los glotones son tambien desmedidamente locuaces: *nisi gulæ deditos immoderata loquacitas raperet, dives ille, qui epulatus quotidie splendide dicitur, in lingua gravius non arderet.* (1) Para que, pues, no resbale la lengua en una parlería exorbitante, impropia y desconveniente, es menester moderarla en el gusto de los manjares y de las bebidas, que ella de su naturaleza apetece.

81 El cuarto efecto vicioso de la gula es la inmodestia y descompostura en los gestos exteriores del cuerpo; porque como nota muy bien el Angélico, estando oscurecida por la destemplanza de la comida y bebida la luz de la razon, y mucho mas la luz sobrenatural de la gracia; y estando ya alterado el

(1) S. Greg. Past. part. 8. admonit. 20.

apetito del sentido interior, necesariamente ha de prorumpir el hombre á lo de fuera en palabras vanas, en gestos poco compuestos, en meneos desconcertados, y en bufonías á propósito para excitar la risa de los circunstantes: *quarto quantum ad inordinatum motum. Et sic ponitur scurrilitas, id est jocularitas quædam, proveniens ex defectu rationis; quæ sicut non potest cohibere verba, ita non potest cohibere exteriores gestus.* Cuánto desdícen de personas que profesan piedad semejantes descomposturas, todos lo ven.

82 El quinto y mas funesto efecto de la gula es la impureza. Este efecto, dice Santo Tomás, que pertenece al cuerpo: *ex parte autem corporis ponitur immunditia*; pero mas que los otros va á herir con fiero golpe al espíritu y á darle la muerte. Este es puntualmente aquel efecto vituperable, por el cuál todos los santos padres abominan sumamente la destemplanza del comer, y el uso mayormente inmoderado del vino; y por el cuál todos inculcan la mortificacion del gusto por medio de la templanza, del ayuno y de la abstinencia de manjares cálidos y sustanciosos. *Esus carniùm, dice S. Geronimo, & potus vini, ventrisque saturitas, seminarium libidinis est.* (1) Las carnes, el vino y la hartura del vientre son un seminario de incontinencia. Lo mismo vuelve á decir en sus cartas á todos aquellos que pretende cultivar en el espíritu; y á todos impone una rígida abstinencia de las viandas delicadas y del vino, por no suministrar pasto á aquel pérfido vicio de la impureza. S. Basilio dice, que quien desea conservarse virgen (lo mismo se entiende de quien quiere mantenerse puro y casto) peleee fuertemente contra el gusto del paladar; porque este es la primera fuente, y el primer origen de todos los placeres sensuales, y el fomento de toda impureza: lo prueba tambien con la razon natural, como muestran las siguientes palabras: *ante omnia adversus gustum virgo tota intentione pugnabit, fontesque voluptatum ventris, & impudicitæ fomitem inde manantium à principio, castitatis studio & ardore siccabit...* *Ventre enim distento epulis, necesse*

1) S. Hier. in Jovin.

est ea, quæ sub ipso sunt membra, ex humoris redundantia, ad propria & naturalia officia moveri. Casiano afirma, que es imposible que no padezca rebeliones del sentido un vientre lleno de manjares *impossibile est, saturum ventrem pugnas interioris hominis non experiri.* (1) De aqui infiere en el siguiente capitulo, que no sabiendo refrenar la gula el hombre destemplado, mucho menos sabrá reprimir los incentivos de la carne que son mas vehementes.

83 Ved aqui los cinco pésimos efectos, que segun el angélico Doctor, nacen de complacer al sentido del gusto con el vicio de la gula: los cuales, reduciéndolos nosotros con S. Gregorio á pocas palabras, diremos: *de ventris ingluvie inepta lætitia, immunditia, multiloquium, hebetudo mentis circa intelligentiam propagantur.* De la gula, dice el Santo, nace la ineptitud de la mente para la inteligencia de las cosas divinas, la vana alegría, la bufonería, la locuacidad y la impureza. Este último efecto es sin duda el mas terrible, y él solo, cuando aun no se siguiesen los otros, debe bastar para que todo cristiano mueva guerra implacable á la gula y al gusto; sabiendo que ambos estan coligados estrechamente con la impureza, no solo para derribarle del puesto de alguna perfeccion, á que ya por ventura hubiese llegado; sino tambien para apartarle del camino de la salud eterna: pues no hay vicio que tenga tanta fuerza como éste para llevar las almas á la perdicion.

84 No se maraville pues el lector; si leyendo los escritos de los Santos, hallare que estos proponen á las personas devotas, que quieren atender á la perfeccion, por primera maxima de espiritu el mortificar el sentido del gusto, y abatir la inclinacion que tiene la pasion de la gula de contentar este sentido deleznable; porque no es posible, como todos ven, el tratar de perfeccion con defectos tan gruesos, tan palpables y vergonzosos, como son los que brotan de este vicio. Mas si el lector no hubiere hallado jamas semejantes dichos y documentos de los Santos, oiga á lo menos lo que á este proposito dice S. Grego-

(1) Cassian. Instit. lib. 9. cap. 13.

rio: *neque ad conflictum spiritualis agonis assurgitur, si non prius intra nosmetipsos hostis positus, gulæ videlicet appetitus, edometur.* (1) No piense, dice, emprender vida espiritual, quien no ha domado aun el grande enemigo que tiene dentro de sí, quiero decir, el vicio de la gula. Y en otra parte vuelve á repetir, que no espere llevar la palma en los combates del espíritu, y llegar victorioso á la consecucion de la perfeccion, quien con la mortificacion del vientre y de la gula no hubiere vencido antes los incentivos de la carne: *nullus palmam spiritualis certaminis apprehendit, qui non in semetipso prius, per afflictam concupiscentiam, carnis inceniva devicerit.* (2)

85 La razon de esto la dá Casiano, diciendo, que no está en estado de combatir con los vicios mayores, quien no ha vencido los menores: *nunquam robustioribus amulis colluctari posse confidas eum, quem in leviori conflictu conspexeris ab inferioribus, parvisque superari.* (3) Quien ha sido vencido de un pigmeo, no podrá ciertamente vencer á un gigante; ni se podrá esperar jamas que éche per tierra á un fuerte guerrero, quien ha sido aterrado de una flaca muger. Asi no podra esperarse que venza los vicios grandes y las pasiones vehementes que reinan en nuestros corazones, ni que llegue á la gloria de alguna perfeccion, quien no ha sabido vencer la inclinacion de la naturaleza al gusto de los manjares, que es el vicio menor y mas fácil de vencerse. Podria mostrar esta verdad con muchos sucesos, pero me quiero contentar con uno solo sucedido á S. Bernardo, como se refiere en las historias del Orden cisterciense. (4)

86 Fue un día el Santo Abad á visitar á sus novicios, como solia hacer frecuentemente, á manera de solícito pastor que vela sobre la guarda de su grey; y despues de haberlos consolado con un razonamiento de espíritu bien acomodado y proporcionado á su necesidad, llamó aparte á Acardo, y á otros dos, y señalando á otro novicio que estaba alli presente; les

(1) S. Greg. Moral. lib. 30. c. 13. (2) Ibid. c. 26. (3) Cassian. instit. lib. 6. c. 13.
(4) Vincent. spec. Hist. lib. 7. c. 108.

dijo, que el infeliz aquel mismo día se huiria furtivamente del monasterio. Despues les mandó que estuviesen alerta con él, que le siguiesen en su huida, y le detuviesen. Acardo estuvo desvelado toda la noche observando cuidadosamente, y esperando con ansia que se verificase el dicho del Santo Abad. Cuando estaba ya para tocarse á levantar los monges para ir al coro, vió entrar en el aposento á dos hombres de estatura agigantada, disformes en el aspecto, terribles en el mirar, y vestidos ambos de negro. Uno de ellos traia ensartada en una asta una gallina asada, al rededor de la cual estaba enroscada una horrible y espantosa serpiente. Acercóse á la cama del desventurado novicio, y le aplicó á las narices aquella gallina fragante, y muchas veces volvió á cebarlo con el olor de aquella sabrosa vianda. Ya entiende el lector, que Dios con esta vision quiso significar que el demonio tentaba á aquel infeliz con el vicio de la gula y con el sabor de los manjares. Entre tantó se despertó el miserable, tomó sus vestidos, se los puso encima, y mirando al contorno con ojos sospechosos por temor de no ser observado, se encaminó presuroso á manera de fanático hácia la puerta del monasterio para huirse, conforme á la prediccion de S. Bernardo. Entonces Acardo que lo estaba observando todo con grande atencion, llamó á sus compañeros, les avisó de lo que pasaba, todos tres fueron tras del fugitivo, le alcanzaron y detuvieron, pero sin provecho; porque al desventurado vencido ya del vicio de la gula de nada le sirvieron para detenerle las razones, los ruegos y las amenazas de sus compañeros. Quiso resuelta y aun villanamente partirse, sin ir á tomar consejo del Santo Abad. Vuelto al siglo, acabó miserablemente la vida. Este jóven habia comenzado con gran fervor el camino de la perfeccion; y lo que mas me maravilla es, que habia emprendido este camino en el lugar mas santo que habia entonces en el mundo: quiero decir, en el monasterio de Claraval, y debajo del maestro mas experto que se pudiese encontrar sobre la tierra; quiero decir, el gran Bernardo. Y sin embargo, ¿de qué le sirvieron todas estas generosas empresas? De nada; por-

que no supo vencer el apetito natural del gusto de los manjares. Tanta verdad es, que los primeros pasos que debe dar una alma en el camino de la perfección han de ser mortificar el sentido del gusto, y echar por tierra el vicio de la gula, el cuál no apetece otra cosa que satisfacer su gusto con la abundancia, con la calidad y con el condimento de los manjares que mas le agradan.

CAPITULO III.

SE PROPONE EL PRIMER MEDIO PARA MODERAR el sentido del gusto y el vicio de la gula confederado con aquel.

87 **N**o es facil contener el sentido del paladar y gusto en una justa moderacion; porque por una parte conviene concederle tanta comida, que baste para sustentar la vida del cuerpo y mantenerlo sano: por otra parte no es lícito pasar fuera de los términos de este racional sustento, para que no entre á tener su pasto el feo vicio de la gula. Mas el mantenerse en este medio sin dar en los extremos contrarios, ¡cuán dificultoso es! San Agustin confesaba candidamente de si mismo, que tenia que combatir todos los dias contra la concupiscencia del comer y beber; ni sabia hallar el camino del medio para no exceder por lo mucho, ni faltar por lo poco. Dice el Santo en sus confesiones: (1) no es este un vicio como los otros que pueda yo cortarle la cabeza de un golpe, quitándole todo pasto y toda materia, como hice ya con la deshonestidad desde la hora de mi conversion. Estoy constreñido á alimentarme, y debo refrenarme. Mas por otra parte, ¿quién hay, mi Dios, que en tomar el corporal alimento no traspase un poco la raya de la necesidad? Si alguno ha llegado á esto es un grande hombre, y á vos, Señor, os dé toda la honra y alabanza que es muy debido. Yo ciertamente no soy tal, ni me prometo tanto, porque soy pecador: *certo quotidie adversus concupiscentiam*

(1) S. Aug. Confes. lib. 10. c. 31.

manducandi & bibendi. Non est, quid semel praevidere, & ulterius non attingere decernam; sicuti de concubitu potui. Itaque fræna gutturis temperata relaxatione & constructione tenenda sunt. Ut quis est, Domine, quoniam non rapiatur aliquantulum extra metas necessitatis? Quisquis est, magnus est: magnificet nomen tuum. Ego autem non sum, quia peccator homo sum. Infiera de aquí el lector, cuán difícil sea el conceder al propio cuerpo el necesario sustento, sin condescender con el sentido del gusto, y con el apetito de la gula con algun exceso. Por eso es necesario proponer algunos remedios, en virtud de los cuales la persona espiritual (á lo menos cuanto es moralmente posible) venga á dar en el medio en que consiste la virtud de la templanza en órden al comer.

88. El primer remedio que han practicado los Santos contra el sentido lisonjero del gusto, y contra la concupiscencia desenfrenada de la gula ha sido el ayuno; porque quitándole al paladar con el ayuno parte de los manjares, se aseguraban de no dar en el extremo de complacerle demasiado. Algunos siervos de Dios fueron en esta parte tan rigidos, que se podria sospechar exceso, si la asistencia extraordinaria con que Dios favorecia sus ayunos, no les purgase de toda falta y aun los canonizase por Santos. S. Juan Bautista ayunaba siempre, sustentandose de langostas y miel silvestre, sin gustar jamas carne de animales, y mucho menos el manjar delicado de aves, como afirma S. Agustin. *Joannes præcursor Domini locustis in eremo & agresti melle nutritur: non animalium carnibus, non volucrum suavitatibus pascitur.* (1) Del Principe de los Apostoles S. Pedro afirma S. Gregorio Nacianceno que ayunó casi siempre sustentándose de solo altramuces, y en tan poca cantidad, cuánto bastaba para no morir. (2) De S. Mateo refiere Clemente Alejandrino que no probaba jamas carne; sino que se sustentaba de solas yerbas. (3) De Santiago afirma lo mismo Eusebio, esto es, que se abstenia perpetuamente de la carne. (4)

(1) S. Aug. serm. de temp. 65.

(2) S. Greg. de purg. amor.

(3) Clem. Alex. lib. 2. Pæd. c. 2.

(4) Euseb. lib. 2. hist. eccles. cap. 2.

89 ¿Pero qué maravilla es que estos grandes Santos, escogidos para columnas fundamentales de la santa Iglesia, practicasen tan rigurosos ayunos, cuando aun entre los otros fieles en aquellos primeros afortunadísimos siglos era costumbre muy frecuente el no comer jamas carnes, como refiere S. Epifanio? (1) Y particularmente de los cristianos de Alejandria instruidos del Evangelista S. Marcos, lo cuenta Filón Hebreo en alabanza de nuestra santa Religion. Fuera de eso el ayunar todos los miércoles y viernes del año ademas de las cuatro tēporas y la cuaresma, estaba en uso entre todos los fieles en aquellos felices tiempos, como se saca de una Epístola de S. Ignacio martir á los Filipenses: *quarta, & sexta feria jejunate, reliquias pauperibus porrigentes.* Y de Orígenes: (2) *habemus quartam & sextam septimanæ diem, quibus solemniter jejunamus.* Y sobre todo de un Cánón de S. Clemente Romano: *post hebdomadam jejuni, in omni quarta feria, et Parasceve precipimus vobis, ut jejunetis.* (3) Ni sus ayunos eran como los nuestros; pues nosotros contentos de abstenernos de carne y lacticinios, tomamos tambien alguna refeccion nocturna: mas aquellos fervorosos cristianos, fuera de comer una sola vez al dia, se abstendian tambien de los peces, como insinúa S. Juan Crisóstomo: *quæ utilitas, cum avibus quidem et piscibus abstinemus, fratres vero mordeamus et comedamus?* (4) ¿Qué utilidad, dice el Santo predicando á su pueblo, si privándonos de la carne y de los peces en nuestros ayunos, mordemos despues á nuestros hermanos, y casi los tragamos con palabras mordaces? Se abstendian tambien del vino, como insinúa S. Basilio: *carnes non edis, sed comedis fratrem tuum: á vino abstines, sed ab injuriis tibi non temperas.* Ayunando no comes carne; pero te comes á tu hermano con dichos picantes. Te abstienes del vino; pero no te refrenas de las injurias que haces. Asi el Santo reprendiendo los defectos de algunos, manifiesta la rigida abstinencia de todos.

(1) S. EpiPh. in fine præf.

(3) S. Const. c. ultimo.

(2) Orig. hom. 10. in Levit.

(4) S. Joan. Chrisost. hom. 3. ad popul.

90 Quien quisiere entender mejor cuán ásperos y rigurosos fuesen los ayunos que observaban los fieles en aquellos primeros siglos, basta que lea una Epístola de San Gerónimo, en la cual, escribiendo á Nepociano, reprende los ayunos que en aquel tiempo se hacian en Roma. Verá en ella, que algunos de los defectos, contra los cuales se enardece con mucho celo, en los ayunos de nuestros tiempos se tendrian por extremos rigores. Referiré sus mismas palabras. *Tantum tibi jejuniorum modum impone, quantum ferre potes. Sint tibi pura, casta, simplicia, moderata, & non superstitiosa jejunia. Quid prodest oleo non vesci; & molestias quasdam, difficultatesque ciborum quætere, carycas, piper, nuces, palmarum fructus, simulam, mel, pistacia? Tota hortorum cultura vexatur, ut cibario non vescamur pane, & dum delicias sectamur, à regno coelorum retrahimur. Audio præterea, quosdam, contra rerum, hominumque naturam, aquam non bibere, nec vesci pane; sed sorbitanoulas delicatas, & contrita olera, belarumque succum, non calice sorbere, sed concha. Proh pudor! Non erubescimus hujusmodi ineptiis, nec cœdet superstitionis. Insuper etiam famam abstinentiæ in deliciis quærimus. Fortissimum jejunium est aqua & panis. Sed quia gloriam non habet, & omnes pane & aqua vivimus, quasi publicum & commune jejunium non putatur. Estabeced, dice el Santo Doctor á Nepociano, tanta medida de ayunos, cuanta podeis sufrir. Pero sean vuestros ayunos puros, simples, moderados y no supersticiosos. ¿De qué sirve abstenerse del aceite, y buscar despues un monton de manjares, higos secos, nueces, pimienta, dátiles, miel y pastas dulces? Se atormentan los huertos con incesante cultura por no sustentarnos de solo pan; y por eso buscando los regalos nos alejamos del reino de los cielos. Oigo decir fuera de esto que algunos contra la costumbre de los hombres no beben agua, ni comen pan; pero toman ciertas bebidas delicadas formadas de hierbas molidas con el jugo de acelgas: ni las sorben moderadamente en un vaso, sino en un plato ó escudilla. ¿Qué vergüenza! ¿Y no nos avergonzamos de semejantes ridiculeces?*

¿No nos fastidian mortificaciones tan desacostumbradas y superstitiosas? Llegamos hasta buscar crédito de abstinentes en los mismos regalos. El ayuno fortísimo es el de solo pan y agua pura. Mas porque semejante ayuno nada tiene de esplendor, acostumbrando todos sustentarnos de pan y agua, lo reputamos por un ayuno comun. ¿Quién puede leer estas cosas sin llenarse de rubor, viendo cuán lejos estamos de aquellos buenos cristianos que lo que en los ayunos de ellos se tenia por defecto, se reputaria por suma austeridad en nuestros siglos tan blandos y delicados?

91 Y si en aquellos tiempos era tan grande la continuacion y rigor de los ayunos en los legos que vivian en medio del siglo: ¿cuál seria en los monges que vivian con tanta aspereza en las soledades é yermos? Su ayuno era perpétuo, y su refeccion era tan escasa y pobre, que causa asombro el oír la referir de varios autores. Dice S. Geronimo, que en aquella soledad á que él fué la primera vez que partió de Roma para hacer vida solitaria y penitente, se tenia por una especie de lujuria el comer alguna cosa cocida al fuego, aunque fuese solamente un sorbo de agua caliente: *aliquid coctum comedisse luxuria est.* (1) Refiere Casiano, que para los monges era ley inviolable establecida de sus antiguos Padres, que toda su refeccion consistiese en dos panecillos, que apenas llegaban á tener una libra: *vir libræ unius pondus habere certissimum.* Algunos habia entre ellos que pasaban los dos, tres y cuatro dias sin tomar sustento alguno. Y S. Geronimo refiere de S. Hilarion en su vida que jamas quebrantaba sus penosos ayunos, ni en las fiestas, ni aun cuando estaba oprimido de sus graves enfermedades. Pero aun debe causar mayor admiracion lo que S. Agustin cuenta haber visto en Roma, es á saber, que no solo los hombres, sino tambien las mugeres que vivian en comunidad, aunque frágiles de sexo, y débiles de complexion, estaban frecuentisimamente en ayunas tres, y tal vez cuatro dias, sin probar una migaja de pan, ni una gota de agua, como si ya estuviesen fuera del cuerpo, y

(1) S. Hier. Epist. ad Eusthoc.

sin necesidad del ordinario sustento. *Jejunia etiam prorsus incredibilia multos exercere didici, non quotidie semel sub noctem reficiendo corpus (quod est usquequaque usitatissimum), sed continuum triduum, vel amplius sæpissime sine cibo & potu ducere. Neque hoc in viris tantum, sed etiam in fœminis, quibus item multis viduis, & virginibus simul habitantibus, & lana & tela victum querentibus præsent singularæ gravissimæ, probatissimæque, non tantum in instruendis, componendisque moribus, sed in instruendis mentibus peritæ ac paratæ. (1)*

92 Asi mortificaban los antiguos cristianos el sentido del gusto en orden á los manjares; asi domaban el vicio de la gula; asi maceraban sus cuerpos; asi los sujetaban al espíritu; asi se disponian para la oracion y para recibir en ella copiosos dones celestiales de Dios. ¿Y nosotros? ¡Oh confusion! ¡Oh vergüenza! exclama aquí, encendido de un santo celo, S. Lorenzo Justiniano; no sabemos abstenernos ni aun de los manjares delicados, ni privarnos de alguna vianda agradable; ni emprender un ayuno, no digo á pan y agua, pero ni aun ordinario, que no nos sea impuesto con rigoroso precepto. Señal clara, que está tibia en nosotros la caridad, y totalmente apagado aquel primer fervor del espíritu. *Ipsi vero*, dice el Santo comparando nuestra delicadeza con la austeridad de aquellos fervorosos cristianos, *tanquam milites strenui & zelatores Dei, jejunius corpora macerabant, & carnem prolixa inedia subjugabant; ita ut quasi vita deficerent præ lassitudine, leguminibus namque, oleribus, pane & aqua parce utebantur; & his contenti, quibus natura sustentabatur; spiritualibus potius, quam corporalibus nutriebantur alimonius. Sed hæu! Temporibus nostris, frigescente charitate et deficiente calore spiritus, non est qui saltem delectabilibus privari velit. (2)*

C 1 S. August. de mor. Eccles. lib. 1. cap. 33.

L 2 S. Laur. Just. de disc. monast. convers. cap. 20.

CAPITULO IV.

*SE PRESCRIBEN ALGUNAS REGLAS DE DISCRE-
cion, acerca del remedio que se ha dado en el precedente
capitulo contra el sentido del gusto y el vicio
de la gula.*

93 **N**o es ya cosa nueva que las medicinas sean mas dañosas que los mismos males, y que en lugar de librar de la muerte, la aceleren, si no se aplican con una discreta medida proporcionada á la necesidad del enfermo que debe tomarlas. Yo he propuesto el ayuno, como remedio específico para refrenar el gusto de la lengua, y para exterminar del hombre espiritual el vicio de la gula que es tan nocivo al espíritu. He mostrado la eficacia de esta medicina con el ejemplo de los Santos y de los fieles que vivieron en los primeros siglos de la Iglesia. Para que este medicamento sea provechoso, es menester que sea practicado con la debida moderacion; porque de otra suerte en vez de ser útil, seria perjudicial á la perfeccion: y por lo mismo es necesario que yo señale algunas reglas de discrecion, no diferentes de las que prescribí en el antecedente artículo, hablando de la penitencia corporal.

94 Pero para que tales reglas vayan libres de toda sospecha de relajacion, las quiero tomar de uno de los mas austeros y juntamente mas autorizados Santos que ha tenido la Iglesia de Dios. Sea este S. Gerónimo. Todos saben cuán amante fue este Santo Doctor del ayuno, y cuán rigoroso observador de él. Todos saben y todos ven en sus Epistolas, con que solicitud lo encomienda á sus hijos espirituales, con que celo reprende toda falta en sus transgresores. Con todo eso no faltandole á este Santo la luz de la discrecion, que dá la sazón á todas las virtudes, quiere que se proceda en esto con la debida moderacion, y á sus discipulos les propone reglas muy sabias las cuales expondremos aqui.

95 La primera regla: que los ayunos no sean tales y tantos, que con la sustraccion indiscreta del alimento se debilita el estómago, y se haga inhabil para sus funciones naturales, con daño de la salud: de modo que no pueda la persona, ó solo pueda con mucha dificultad proseguir el camino emprendido de la perfeccion. Esta regla dá S. Gerónimo á Demetriade. *Neque vero immoderata tibi imperamus jejunia, et enormem ciborum abstinentiam, quibus statim corpora delicata franguntur; et ante ægrotare incipiunt, quàm sanctæ conversationis jacere fundamenta.* Yo, le dice, no te mando ayunos desmedidos, ni enormes abstinencias de los manjares, por las cuales los cuerpos delicados luego pierden las fuerzas, y comienzan à estar enfermos antes de echar el cimiento del edificio de la perfeccion. Lo que puntualmente suele suceder á los principiantes, que transportados de un cierto fervor sensible que suele Dios comunicarles para animarles á la virtud, no quieren comer ni beber: ¿Pero qué? Caen despues debajo de la carga de la immoderada abstinencia, y desfallecen con la enfermedad antes de haber puesto los cimientos de la perfeccion; de manera que quedan encallados entre sus indisposiciones, sin poder proseguir la fábrica comenzada. Tanto mas, que como nota el mismo S. Gerónimo escribiendo á Rustico monge, debilitado y relajado el estómago, engendra muchas crudezas, las cuales producen aquellos mismos efectos de impureza que se procuraban evitar con el rigor de los ayunos; y por eso encomienda el Santo al dicho monge, que no sea indiscreto en la duracion y austeridad de los ayunos: *balnearum fomenta non querat, qui calorem corporis jejuniorum cupit frigore extinguere; quæ & ipsa moderata sint, ne nimia debilitent stomachum, et majorem refectionem poscentia erumpant in cruditatem; quæ parens libidinis est.*

96 La segunda regla: que los ayunos no sean tales y tantos, que impidan la leccion, el estudio, la oracion, las vigili-
lias, las fatigas, las obras y otros acostumbrados empleos. Esta regla la prescribe el Santo á Celanza: *sic debes jejunare ut non*

palpites, et respirare vix possis, et comitum tuarum vel porteris, vel traharis manibus; sed ut fracto corporis appetitu, nec in lectione, nec invigiis solito quid minus facias. Esta regla la di ya con Santo Tomás, para las mortificaciones del cuerpo, y es prudentísima: porque, como dije entonces, Dios quiere que le ofrezcamos nuestros cuerpos en sacrificio; pero no quiere cuerpos muertos, sino cuerpos vivos, hábiles para trabajar en su servicio, y por su gloria. A mas de que: ¿cómo puede ser virtuosa aquella mortificacion que impide el ejercicio de otras virtudes, que la persona está obligada á practicar en su estado? Las virtudes son hermanas entre sí: andan juntas, y se dan la mano las unas á las otras. Si una abstinencia es tan rígida que eche á rodar á otra virtud, y la aleja del sugeto que debe ejercitarla, ciertamente no es virtud.

97 La tercera regla: que los ayunos no sean tales y tantos, que cansen la persona, le causen fastidio, y la aparten de la vida espiritual. Esta advertencia la sugiere el Santo á Leta: *displicent mihi, in teneris maxime cœtibus longa et immoderata jejunia, in quibus junguntur hebdomadæ, oleum in cibo, et poma vetantur. Experimento didici, asellum, in via cum lassus fuerat, diverticula quærere.* Me desagradan, dice el experto Doctor, mayormente en los de tierna edad, los largos y desmedidos ayunos de muchas semanas, hasta privarse del aceite y de las frutas; porque he aprendido con la experiencia, que el asnillo cuando se cansa en el camino no quiere ir adelante, sino tal vez atrás, y se aparta del camino á un lado ó al otro. Así cuando la naturaleza humana está oprimida de exorbitantes abstinencias, busca divertimientos, recreos y alivios, y se desvia de la recta senda de la virtud. Para que, pues, el hombre espiritual vaya siempre adelante en el camino de la perfeccion, conviene que tenga siempre en los ayunos una prudente moderacion.

98 Finalmente el Santo Doctor, para persuadir á la ya nombrada Demetriade, cuán necesaria sea en la práctica de los ayunos esta discrecion, le trae el ejemplo de varias perso-

nas de él conocidas, que por la mucha y desarreglada abstinencia de los manjares se habian hecho inhábiles para el divino servicio: *novi ego in utroque sexu per nimiam abstinenciam, cerebri sanitatem quibusdam fuisse vexatam, præcipue in his, qui in humectis & frigidis habitavere cellulis, ita ut nescirent, quid agerent, quove se verterent quid loqui, quid tacere deberent.* He conocido, le dice, personas de uno y otro sexo, que por la inmoderada abstinencia, habianse dañado el cerebro, especialmente algunos que vivian en celdas húmedas y frias: de manera, que no sabian que hacer ni que decir, hechos como insensatos y fátuos. El que no quiera dar en este ó en otro semejante escollo, válgase de las reglas que hemos dado. El ayuno es un remedio eficacísimo contra el gusto de la lengua, y la pasion de la gula, la cual con sus movimientos internos nos inclina fuertemente á complacerla. Pero es menester que se aplique con discrecion y prudencia, para que en vez de ser de ayuda, no sirva de impedimento á los progresos de la perfeccion.

99 Mas si el lector desee saber de mí, cuál deba ser la tasa de los ayunos que cada uno debe practicar: ó si convenirá abstenerse de la carne y de los lacticinios; ó si será bueno ayunar algunas veces á solo pan y agua; ó si se pueden pasar algunos dias sin tomar alimento alguno: le responderé que descendiendo á casos particulares no se puede señalar regla general que cuadre á todos; porque la cantidad y calidad de los ayunos se debe medir con las fuerzas corporales y espirituales de cada uno; y tambien debe regularse con la experiencia del daño, ó ayuda que cada uno ha sacado de las abstinencias practicadas en los tiempos pasados. La regla general que puede darse á cada uno en particular, y que debe observar indispensablemente todo aquel que desea no errar, sea la que S. Benito prescribe á sus monges, á los cuales despues de haberles exhortado á alguna discreta abstinencia, les impone que para estas mismas abstinencias pidan licencia á su propio Abad: asegurándoles que todas aquellas mortificaciones que

hicieren sin la permission de su padre espiritual, serán tomadas de Dios en cuenta de vanidad y presuncion, y no de mérito para galardonarlas. *Hoc ipsum tamen quod unusquisque offert Abbati suo suggerat, & cum ejus fiat oratione, & voluntate: quia quod sine permissione patris spiritualis fit, præsumptioni deputatur & vanæ gloriæ, non mercedi.* (1)

CAPITULO V.

SE PROPONE OTRO REMEDIO CONTRA EL SENTIDO del gusto y el vicio de la gula, practicable de todos, aun de los que no pueden ayunar.

100 **E**l remedio que hemos dado para desterrar los defectos de la gula y del gusto, veo que no puede competir á todos. Las personas de estómago flaco, de complexion delicada, y de fuerzas débiles, no pueden prudentemente ejercitarse en muchos ayunos. Mucho menos pueden aquellos que se ocupan en grandes fatigas, en que se consumen los espiritus; por lo cual necesita el cuerpo de cobrarlos con la comida, y restaurar con ella las fuerzas quebrantadas para poder continuar en sus laboriosos empleos. Por eso la misma Iglesia Santa, madre discreta, les desobliga de tales penitencias, aunque á los demas les imponga rigoroso precepto. Pero por otra parte tambien éstos tienen necesidad de contradecir á las inclinaciones viciosas del gusto y de la gula, que se oponen con tanta fuerza á su bien y perfeccion; de suerte, que conviene tambien á éstos prevenir algun remedio oportuno con que se defiendan de los asaltos lisonjeros de estos dos grandes enemigos. Sea este la templanza en el comer y beber: remedio no tan eficaz como el ayuno, pero poderoso para moderar el gusto y enfrenar la gula, de que todos tienen necesidad; el que ayuna y el que no puede ayunar. Esta templanza no consiste en otra cosa, que en guardarse con gran cautela de no caer en alguna de aquellas cinco

(1) S. Bened. In Regul. c. 49.

faltas, ó especies de gula que brotan del sentido del gusto, de las cuales con Santo Tomás hablamos en el capítulo II: es decir, no cometer alguno de aquellos cinco defectos que salen del feo vicio de la gula, como de fuente turbia para contaminar nuestras almas. Hecho esto, la templanza es perfecta; porque quitados aquellos defectos, el comer y beber ya no es una operación de bestias, sino una acción de hombre; pues está regulada con la razón, y va acompañada de la virtud, como veremos ahora hablando de cada una en particular.

401 Contra la primera especie de la gula se ha de armar la persona devota con no dejarse transportar de la gana de comer, para traspasar las horas convenientes y acostumbradas de tomar el sustento; porque esto no es obrar por razón, sino por pasión. *Monachus*, dice Casiano (y lo que dice del monge sirve también para cualquiera que quiere vivir templado), *hanc in primis cautionem sibi indicat, ut non potus quidquam, non esus ulla oblectatione devictus, ante stationem legitimam communemque refectiois horam, extra mensam percipere sibimet prorsus indulgeat.* (1) El monge, dice este grande ascético, en primer lugar establezca para sí esta ley inviolable de no dejarse vencer jamás del deleite y del paladar para tomar un sorbo de agua, ó un bocado de pan antes de la hora destinada para la acostumbrada refección. Propone con tanto rigor este documento; porque en la realidad aquel prevenir el tiempo debido (prescindiendo de una verdadera necesidad) es condescender al gusto y á la gula.

402 En las vidas de los Padres se refiere, que un monge era tentado del diablo á comer desde la primera hora del día; pero él advertido de la sugestión diabólica, la venció de esta manera. Esperemos, decía consigo mismo, hasta la hora de tercia, y entonces tomaremos algún sustento. Llegada la hora de tercia, podemos esperar, decía, un poco más hasta la hora de sexta. Llegada la hora de sexta, ya que hemos esperado tanto, añadía, podemos tener un poco de paciencia hasta la hora de nona, que era puntualmente la establecida para la refección

(1) Cassian. lib. 5. inst. c. 20.

de los monges. Asi se portó por dos ó tres días, despues de los cuales, viéndose burlado el demonio se retiró, y asi se desvaneció aquella hambre postiza. Use pues de ésta ó de otras semejantes industrias para engañar el hambre, quien no quiere hacerse esclavo del vicio de la gula. *Væ tibi terra*, dice el Eclesiastico, (1) *cujus Principes mane comedunt. Beata terra, cujus Principes vescuntur tempore suo*. Ay de aquella tierra, dice el Espiritu Santo, en que las personas principales comen por la mañana temprano. Bienaventurado aquel país, en que las personas principales comen á sus tiempos. Y con razon; porque de refrenar las personas el apetito del gusto y de la gula, se puede tomar justa regla para conocer sus buenas ó malas calidades.

103 Contra la segunda y tercera especie de gula dice San Basilio: *omnibus locis cibus, qui sit ad victum necessarius, solerti ratione inquirendus; condimentorumque elaboratæ blanditiæ, ut voluptatis illecebræ, repudiandæ*. (2) Dice que se ha de buscar el manjar que sea necesario para mantener la vida, las fuerzas y la salud; pero que se han de repudiar las viandas delicadas y los condimentos exquisitos y estudiados; porque es manifesto que esto se busca para contentar el gusto del paladar, y para condescender con los estímulos de la gula, no habiendo necesidad de semejantes cosas para conservar la vida, la salud y las fuerzas, antes muchas de ellas suelen ser muy nocivas á la salud. Si la persona, pues, fuere tal que elija á su arbitrio el manjar de que se ha de sustentar, absténgase de semejantes delicadezas, como poco conformes á la virtud de la templanza. Mas si dependiere de otros en la eleccion de los manjares, acójase al consejo de S. Bernardo de hacer á Dios en la mesa el sacrificio de alguna cosa la mas agradable á su paladar: *unusquisque super mensam sibi indictam aliquid propria voluntate cum gaudio Spiritus Sancti offerat Deo, id est, subtrahat corpor suo de cibo et potu*. (3) Asi fuera del mérito qua recibirá de Dios por la tal abstinencia, no será reo de lo demas que comiere, aunque precioso y bien guisado, porque irá á cuenta

(1) Eccl. 10. 16.

(2) S. Bas. de vera virgin.

(3) S. Bern. in Regul. c. 49.

del manjar necesario, no teniendo él otro de que sustentarse.

104 A este punto de la templanza se reduce el uso moderado del vino. S. Gerónimo se muestra muy ageno, por no decir enemigo jurado de este fogoso licor; y acerca de él da á sus discípulos rigurosos consejos, porque lo tiene por compañero inseparable de la lujuria, coligado con ella para acarrear la ruina á la juventud. Escribiendo á Eustaquio, dice así: *si quid itaque in me potest esse conciliis, si experio creditur, hoc primum moneo, hoc obtestor, ut sponsa Christi vinum fugiat pro veneno. Hæc adversus adolescentiam prima arma sunt demonum. Non sic avaritia quatit, superbia inflat, delectat ambitio. Vinum et adolescentia duplex incendium voluptatis. Quid oleum flammæ adjicimus? Quid ardenti corpusculo fomenta ignium ministramus?* (1) Si me juzgas, dice, capaz de dar buen consejo, si das algun crédito á mi experiencia, te amonesto en primer lugar, y te conjuro, que siendo tú esposa de Jesucristo huyas del vino como de veneno. El vino es la primera arma de que se sirve el demonio para derribar la juventud. No la combate tanto con la avaricia, ni la hincha con la soberbia, ni la atrae con la ambicion, como la vence con este poderoso licor: vino y juventud son dos incendios de ilícitos placeres. ¿Para qué, pues, echar aceite en las llamas? ¿Para qué suministrar materia combustible á un cuerpo que ya arde? Escribiendo á Leta, le insinúa que acostumbre á su hija desde la primera edad á no beber vino, dentro del cuál, como en su propio asiento, esta escondida la lujuria: *discat jam vinum non bibere, in quo est luxuria.* Y en otras partes habla con los mismos sentimientos y expresiones.

105 Mas si vos no teneis virtud para heber agua pura, ó no os es conveniente una bebida tan cruda, como no lo era para Timoteo, podreis acogeros al consejo que le dió S. Pablo: *sed modico vino utere, propter stomachum tuum, et frequentes tuas infirmitates.* (2) Bebed un poco de vino, le escribe el Apóstol, y que sea bien templado, cuanto basta para impedir la

(1) S. Hieron. epist. 22.

(2) 1. ad. Timor. cap. 5. 23.

crudeza del estómago, y otras corporales indisposiciones. El obrar de otra suerte es una manifiesta incontinencia; porque no se puede reducir á otra cosa que á una voluntad desordenada de dar gusto al paladar, y de contentar la gula con este licor agradable, sin reparar nada en suministrar fuego de impureza al fomite de la concupiscencia.

106 Acerca de la cuarta especie de la gula que mira la cantidad de los manjares tomados con exceso, tenga cada uno á raya este vicio y refrenada la lengua, para que no traspase los límites. El recuerdo que daba S. Geronimo á sus discipulos para no exceder en la cantidad de los manjares, era que no comiesen jamas hasta hartarse; sino que saliesen siempre de la mesa con un poco de hambre: *sit tibi moderatus cibus* (escribe á Enstoquio) *et nunquam venter expletus.* (1) A Rustico le dice, que la comida parca y moderada es útil al cuerpo y al alma: *modicus et moderatus cibus carni et animæ utilis est.* Porque en la realidad del demasiado comer provienen las indigestiones, los catarros, las fluxiones, las calenturas, y de ordinario casi todas las enfermedades á que está sujeta nuestra frágil naturaleza. Pero aun es mas notable lo que escribe á Furia viuda, á saber, que la comida parca que deje un poco de hambre debe preferirse á los ayunos de tres dias enteros; porque es mejor comer habitualmente poco, que pasar repetidos dias sin manjar alguno; y despues resarcir el daño del estómago exhausto con desmedida comida que agrave al mismo estómago y sofoque al espíritu. Explica esto con la paridad de la lluvia, que es mas provechosa cuando es lenta, que cuando es impetuosa; porque aquella dá vigor á la campiña, y ésta la oprime. Y para que la dicha Furia se contenga dentro de los límites de esta parsimonia, le dá esta regla; que coma de manera que pueda despues de comer aplicarse sin embarazo á la oracion, ó leccion de los sagrados libros. *Parcus cibus, & venter semper esuriens triduanis jejuniis præferendus, & multo melius est quotidie parum, quam raro satis sumere. Pluvia illa optima est,*

(1) Epist. 22.

quæ sensim descendit in terram. Subitus & nimius imber in præceps arva subvertit. Quando comedis cogita, quod statim tibi orandum, illico & legendum.

107 Se puede mostrar tambien con el ejemplo de grandes siervos de Dios, que en este comer parco y moderado à fin de mantener las fuerzas, y no llenar el vientre hasta hartarse, consiste principalmente la virtud de la templanza. Refiere Palladio de un sacerdote llamado Isidoro, que comia cada dia, pero con tanta parsimonia, que jamas en su vida se habia levantado harto de la mesa; y aunque no hacia ciertos ayunos enormes que otros solitarios solian practicar; sin embargo se habia grangeado para con todos la alabanza de abstinente. (1) Y Casiano alaba mucho à un monge viejo, que habiendosele ofrecido el estar seis veces en un mismo dia à la mesa con huéspedes; habiendo comido siempre para animar à los huéspedes à comer con su ejemplo, lo hizo con tal continencia y destreza, que à la sexta vez no estaba aun harto, sino que tenia apetencia de mas comida. (2) Esta es una practica de templanza que puede cada uno apropiársela, aun aquellos que por debilidad de estómago, ó por apetencia grande de comida no pueden ayunar sin peligro. Por otra parte este es un modo muy à propósito para mortificar el gusto y la gula: porque, como dijo el otro, es mas dificil contenerse, quando las viandas se miran presentes, que quando ayunando uno estan lejos: *difficile esuriens posita retineberis mensa.*

108 Por tanto quien desea llegar à esta especie de abstinencia válgase de la industria que practicó S. Doroteo con su discípulo Dositheo. (3) Era Dositheo noble de nacimiento, delicado de complexion, y criado entre los regalos de su illustre casa. Por eso queriéndole reducir su maestro Doroteo à los términos de una perfecta templanza, se portó con él de esta manera. Al principio le dejó comer cuanto quiso. Despues le quitó de su acostumbrada comida una pequeña partecilla; por ejemplo de una libra de vianda, una sola onza, y le preguntó si sentia hambre.

(1) Pallad. Hist. Laus. c. 1. (2) Cassian. instit. lib. 5. cap. 25. (3) In ejus v ita.

Respondió él que sentia un poco. Entonces el cuerdo maestro dejó que se acostumbrase á aquella comida moderada. Cuando vió despues que el estómago ya se habia hecho á aquel alimento mas parcó, y que ya no sentia incomodidad, le quitó otra onza: y de esta manera poco á poco le redujo á un alimento muy frugal, y á padecer sin tedio la falta de la comida. Use pues consigo mismo el lector semejante estratagema, y advierta que esta abstinencia se debe tambien practicar en los manjares groseros; porque la hartura y plenitud del vientre es siempre reprehensible, como dice San Gerónimo. *Sed et in vilissimis cibis vitanda satietas est. Nihil enim ita obruit animum, ut plenus venter et exæstivans, et huc illucque se vertens, et in ructus, vel crepitus, ventorum efflacione, respirans.* (1)

109. Contra la quinta especie de gula, que es comer con ansia, es menester que la persona sea muy canta y circunspecta; porque como ya se ha dicho en el primer capítulo, el vicio de la gula propiamente consiste en buscar el deleite en los manjares; y ciertamente no está ageno de semejante deleite, quien ansiosamente se dá á la comida. *Gulæ vitium*, dice S. Basilio, *non in escarum copia naturæ suæ vim exercere novit, sed in voluptate atque gustu, licet modicis admodum utaris.* (2) Dice este Santo Doctor que el vicio de la gula no consiste en la multitud de las viandas; de otra suerte serian miserables los Reyes, los Emperadores, y otros personages de la tierra, á quienes conviene tener la mesa proveída de muchas y exquisitas viandas; porque estarian precisados á ser glotones. Consiste, dice el Santo, en la delectacion y en el gusto que muchos buscan en las viandas, aunque sean pocas y viles: por lo cual afirma San Agustin, que puede darse el caso que un hombre sabio tome un manjar preciosísimo sin vicio alguno; y que un hombre nécio no coma un manjar aun vilísimo sin vicio de la gula. *Fieri potest, ut sapiens præciosissimo utatur cibo sine vitio cupidinis et voracitatis: incipiens autem foedissima gulæ flamma in*

(1) S. Hier. in Jovin. Hb. 2. (2) S. Basil. Ser. de abdicat.

vilissimum ardeat. (1) ¿Y quién no quisiera, prosigue el Santo, comer antes peces con Cristo, que viles lentejas con Esau? *Sanius quisque voluerit more Domini pisce vesci, quam lentivula more Esau nepotis Abraham.* ¿Por ventura las bestias son mas continentales que nosotros, porque comen heno, paja y otros pastos muy groseros? *Non enim propterea continentiores nobis sunt pleraque bestiae, quia vilioribus utuntur escis.* Luego la templanza no tanto consiste en la calidad de los manjares, cuanto en el fin que se tiene en comerlos, y en el modo y desapego con que se comen. *Nam in omnibus hujusmodi rebus, non ex earum rerum natura quibus utimur, sed ex causa utendi, & modo appetendi, vel probandum est, vel improbandum, quod facimus.*

110 No se ponga, pues, jamas alguno á comer sin haberse propuesto antes un fin santo, ó á lo menos honesto en aquella brutal accion; protestando á Dios, que no tiene otra intencion en tomar aquel manjar, que mantener la vida, la salud y las fuerzas para obrar en su servicio, ó por hacer su santa voluntad; pues su Magestad quiere que alimentemos con la comida esta vida mortal, como nos enseña S. Pablo: *sive manducatis, sive bibitis, sive quid aliud facitis, omnia in gloriam Dei facite.* (3) Si despues en el progreso de la refeccion se sintiere vencer del deleite de las viandas, vuelva á levantar la mente á Dios, á renovar su intencion, á repetir sus protestas, diciendo al Señor: que él estaria pronto á cesar en aquella accion animal, cuando cesasen los fines rectos que le fuerzan á continuarla. Un santo viejo, como se refiere en las vidas de los Padres, mientras estaba sentado en la mesa con los otros monges, vió con vision interior, que unos de ellos comian miel, otros pan y otros estiercol: (2) Quedó atónito á esta vista, porque sabia que la vianda era para todos la misma: pidió á Dios le diese luz para entender lo que significaba aquella vision. Oyóle el Señor y le dijo: que se alimentaban de miel aquellos que comian con temor de no contravenir á la templanza; y por eso

(1) S. Aug. lib. 3. de doctr. christ. c. 12.

(2) 1. Cor. c. 10. 31.

(3) In vit. PP. lib. de provid. c. 25.

tenian puesta la mente en Dios, y comiendo oraban. Que se sustentaban de pan aquellos que comian con rendimiento de gracias, y reconocian el manjar por beneficio de Dios. Y que se apacentaban de estiércol los que comiendo, decian consigo mismos: ¡oh, esto está bueno! ¡oh, esto está malo! En suma comian por el gusto de la comida. Así la vision significaba el efecto que hacia el comer en el alma de aquellos monges, segun los diversos fines é intenciones con que se ocupaban en aquella accion de su naturaleza vil y despreciable. Para el espíritu de aquellos que comian por fin santo se convertian las viandas en manjar sustancioso de miel y pan; mas para el espíritu de los que comian por el fin brutal del gusto, se convertian en estiércol que les ensuciaba con muchas culpas. El que quiera, pues, que el manjar le sea útil al cuerpo y no le dañe al alma, propóngase un fin recto, coma sin ansia y con interior desasimiento de todo deleite.

111 Ayuda tambien para mantener desapegado el ánimo del gusto de los manjares, escuchar en el tiempo de comer alguna devota leccion, como suele practicarse en las mesas de los religiosos; ó hacer algun discurso espiritual ó erudito, como practicaba S. Agustin en su mesa; (1) porque entonces se fija la mente en aquellos objetos devotos, se apacienta con ellos, y se enagena de aquella accion baja que va haciendo con los sentidos exteriores: á lo menos no se entrega del todo á comer, siendo muy cierto, como experimentamos todos en nosotros mismos, que: *pluribus intentus minor est ad singula sensus*. Así enseña Casiano: *nequaquam enim poterimus escarum præsentium spernere voluptates, nisi mens contemplationi divina defixa, amore virtutum potius, & pulchritudine rerum cælestium delectetur*. (2) No se puede, dice, estar desapegado del deleite de los manjares mientras se siente y prueba, si el alma desviándose á otra parte con el pensamiento, no halla en otros objetos un mas honesto placer. A este propósito se cuenta en la crónica de los Padres menores, (3) que Santa Clara, habiendo

(1) Possid. in ejus vita. (2) Cassian. instit. lib. 5. c. 14. (3) Chro. Min. lib. 10. c. 4. Tom. II. 12

deseado grandemente, y suplicado mucho el comer una vez con su santo Padre Francisco, lo consiguió por fin. Vino el día señalado al santo convite, se juntaron los devotos comensales en el mismo lugar, y se sentaron sobre la desnuda tierra en que estaba prevenida una rústica mesa. Al principio de la comida comenzó S. Francisco á hablar de Dios con tanta profundidad y con tanta gracia, que Santa Clara y todos los otros frailes, perdido el sabor de los manjares, quedaron atónitos en una grande dulzura interior de espíritu. Entretanto Dios, para hacer conocer al mundo cuánto le agrada que las mesas sean sazonadas con discursos ó lecturas devotas, hizo aparecer á los ojos de las gentes que habitaban en aquellos contornos un gran fuego sobre la Iglesia de Santa Maria de los Angeles, y en la selva vecina donde estaba sentada á la mesa aquella santa comitiva. Acudieron todos prontamente para poner reparo al vasto incendio; pero llegados al lugar le hallaron intacto, y entrando dentro vieron que Santa Clara y S. Francisco juntamente con los otros religiosos estaban todos absortos en Dios. Y entonces entendieron que aquellas llamas que parecían por defuera, eran símbolo de las llamas de caridad que ardian dentro de sus corazones. Veis aquí como el pasto que se dá al alma en la mesa con la leccion ó razonamientos sagrados, apaga ó modera el deleite que de los manjares redunda al paladar, y hace pase la persona por una accion tan brutal con el debido desasimiento y desapego.

CAPITULO VI.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR

sobre el presente articulo.

112 **A**dvertencia primera: no quisiera que el director fuese fácil en conceder frecuentes ayunos, y mucho menos si estos fuesen á pan y agua, mayormente á muchachos y muchachas; porque la comida moderada es el fundamento de la vida humana: de ella depende la formacion de los espiritus vitales,

el establecimiento de las fuerzas y el equilibrio de la salud. Y así como una planta privada largo tiempo del alimento, se marchita y muere; así el cuerpo humano privado del sustento necesario se debilita; y si no pierde la vida, pierde poco á poco las fuerzas y la salud. No digo que no haya de conceder ayunos, especialmente cuando Dios llama á uno para alguna particular austeridad de vida. Digo solamente, que habiendo de alargar la mano, sea antes liberal en las penitencias afflictivas de que se habló en el artículo antecedente; porque la experiencia muestra que son menos dañosas.

113 Lo que debe procurar con sumo cuidado en sus penitentes es, que tomando el debido sustento se mortifiquen en otras mil cosas que son agradables al paladar, y no son nada necesarias á la salud, que sean pocos en el comer, y que esta parsimonia la tengan habitualmente y con estabilidad, acordándose del dicho de S. Gerónimo, que una sobriedad continua se debe preferir á muchos ayunos interrumpidos con grandes comidas. *Multo melius est quotidie parum, quam raro satis sumere.* Estos toman la comida con recto fin, y con interior desapego. Y sobre todo, que no se quejen cuando las viandas no son sabrosas, ó son desabridas ó mal guisadas; y que no las alaben, ni muestren complacencia cuando son exquisitas y bien acondicionadas; sino que tomen sin alabanza ni queja lo que les fuere dado y prevenido; porque en la realidad no hay cosa que muestre mas un ánimo desprendido de los manjares que el tomarlos indiferentemente, como quiera que sean buenos ó malos. De Santo Tomás de Aquino se lee que jamas pidió manjar alguno, sino contentó con lo que le ponían delante, lo comia con mucha moderacion. *Fuit magnæ honestatis, & magnæ sobrietatis, nunquam petens speciales cibos: sed contentus erat his, quæ apponbantur sibi, & illis temperate & sobrie utebatur.* (1) De San Ignacio refiere el padre Maféo, que no rehusó jamas manjar alguno, aunque desabrido á su paladar: no se quejó jamás de que las viandas fuesen poco cocidas, ó mal guisadas; que el

1) Bolland. tit. 1. die 7 Mart. c. 5. n. 42.

vino fuese agrio ó fuerte; que no quiso jamás comída alguna particular; y una vez que el ministro le puso delante un racimo de uvas que no so puso á los demás, lo agradeció tan poco, que en premio del regalo le impuso una severa penitencia. (1) Procure el director introducir en todos sus penitentes una semejante sobriedad, y si lograre esto, esté seguro que bastará para tener enfrenado el sentido del gusto y la pasión de la gula. Pero en esto tendrá mucho que trabajar, por ser mas fácil conseguir de los penitentes muchos ayunos que una estable y perfecta templanza.

114 Advertencia segunda: mucho mas debe contenerse el director en conceder ayunos á quien come con otros en una mesa comun: asi porque tales penitencias extraordinarias estan sujetas á vanidad y á complacencia de parte de quien las ejercita; como tambien porque estan expuestas á los dichos, á la critica y censura de los otros con quienes vive. S. Bernardo, hablando de aquellos que hacen estas abstinencias particulares, dice; que quien vive en comunidad, tal vez se complace mas de un ayuno que hace él solo, que de siete que haga juntamente con los otros. *Plus sibi blanditur de uno jejunio, quod cæteris prandentibus facit, quam si cum cæteris septem dies jejunaverit.* (2) Casiano enseña, que todo lo que en una comunidad no es conforme al uso comun debe huirse como cosa expuesta á vanidad y jactancia: *quid in conversatione fratrum minime communis usus recipit vel exercet, omni studio, ut jactantiæ deditum, declinemus.* (3) Confronta esto con lo que solia decir S. Felipe Neri, que en la mesa donde se come con otros, se debe comer de todas las cosas (tómense estas palabras en sano sentido): y por eso exhortaba que se huyese de toda singularidad: origen por lo comun y fomento de soberbia, mayormente espiritual. (4) Si la persona que desea hacer penitencia con la sustraccion del manjar, fuere movida del espiritu recto del Señor, hallará modos acomodados para mortificar la gula, sin que su mortificacion

(1) Maff. in vit. S. Ignat. lib. 3. cap. 12.

(2) S. Bern. de grad. hum. grad. 5.

(3) Cassian. instit. lib. 11. cap. 18. (4) In ejus vita lib. 2. c. 14. n. 6. & cap. 17. n. 26.

sea conocida de sus comensales; porque el espíritu de Dios, cuanto hace más cauta á la persona, tanto la hace mas cuerda y advertida para encubrir sus acciones virtuosas. Así lo hacia puntualmente S. Juan Climaco, de quien escribe el monge Daniel en su vida, que comía en la mesa de todo lo que le ponian, pero con tal parsimonia, que mas parecia que probaba los manjares, que no que los comia. De esta manera mortificaba fuertemente el gusto y la gula, sin peligro de incurrir en alguna tentacion de vanidad: *in mensa nihil rejiciebat, quod à religiosæ vitæ instituto, legibusque non abhorrebat; sed cibum ita modicè sobriè sumpsit ut gustare potius, quam edere videretur. Atque ita fracto cornu superbix, per sobrietatem quidem, se parcitate prandii & ceteræ, dominam voluptatem multis exitiosum elisit.* (1)

115 Oigamos el parecer del angelico Doctor, que examinando escolásticamente este punto, lo decide con su acostumbrada solidez y profundidad. Dice el Santo, que dos géneros de vida pueden hacerse; la una en comunidad, acomodandose á la vida comun, y la otra privada en ejercicio de mucha abstinencia: y afirma, que la una y la otra es loable; porque de una y otra nos ha dado ejemplo nuestro amabilísimo Redentor, ya viviendo solo en el desierto en un perpetuo ayuno; y ya comiendo en una misma mesa con sus discipulos, y tambien con personas extrañas de los manjares comunes. *Utraque enim vita est licita & laudabilis, ut scilicet aliquis à consortio hominum segregatus, abstinentiam servet, & ut in societate aliorum potius communi vita utatur: & ideo Dominus voluit utriusque vitæ exemplum dare hominibus.* (2) Entienda pues el director, que quien vive en comunidad, ha de observar una exacta templanza: debe mortificarse tambien en el uso de los manjares; pero de manera que no sea reparable á los ojos de sus comensales. Mas con esto no se le veda que pueda alguna vez conceder al penitente algun riguroso ayuno; mayormente en los tiempos santos, y en la vigilia de algun Protector suyo. Pero antes de conceder semejantes li-

1) In Bibliot. vit. PP. tom. 1. pag. 336.

(2) D. Thom. 3. p. q. 40. art. 2. ad prim.

cencias, advierta el director que la persona sea tal que la mortificación corporal no haya de sacar el mal espiritual de alguna vana complacencia; porque en este caso sería mayor el daño que la utilidad.

116 Advertencia tercera: advierta el director, que hay algunas mugeres y algunos hombres simples, que ponen toda su perfección en ayunar; y en mortificando la gula, aunque sean por otra parte iracundos, impacientes, vanos, altaneros y poco caritativos, les parece haberlo hecho todo. A estos es necesario advertirselo y corregirlos, porque yerran enormemente acerca del régimen espiritual de su vida. Y puede suceder fácilmente, que el demonio mismo interiormente les instigue á ayunar para tenerlos en un tan grande error. Es menester, pues, persuadirles como persuadía S. Gerónimo á Demetriade, que el ayuno no es la perfección cristiana; sino fundamento y escala, esto es, disposición para adquirirla: no es la sustancia de la perfección, sino ayuda para conseguirla. Y por eso quien no hace otra cosa que ayunar, aunque sea una virgen pura y limpia, como dice el Santo, no puede ganar la corona ilustre de la perfección. *Jejunium non perfecta virtus, sed cæterarum virtutum fundamentum est, & satisfactio atque pudicitia; sine qua nemo videt Deum. Gradum præbet ad summa scandentibus; nec tamen, si sola fuerit, virginem poterit coronare.*

117 Escribiendo á Celanza: poco sirve, le dice, extenuar el cuerpo con ayunos, y hinchar el ánimo con la soberbia: ponerse pálido con los ayunos, y consumirse con la envidia: ayunar el cuerpo quitándole la comida, y no ayunar el alma, dejando los vicios: abstenerse del vino, y embriagarse de ira, de ódio y de enojo, son abstinencias locas. Aquella, dice el Santo, es abstinencia noble é ilustre que va enderezada á la extirpacion de las pasiones viciosas y á la consecucion de las sólidas virtudes. Aquellos hacen verdadera abstinencia que afligen con ayunos su carne para humillar el espíritu, para que despreciándose á sí mismos se sujeten en todo á la divina voluntad. Está bien instruido, pues, de estos sentimientos el

director para sacar de engaño á quien tiene el ayuno, no por medio, sino por fin de la perfeccion; y ayunando anda con inquietud en su casa, impaciente en las injurias, pegado en la hacienda, libre en la lengua, vano, altanero y soberbio en sus operaciones; y como si ya lo hubiera hecho todo con mortificar el sentido del gusto, poco, ó ningun cuidado pone en la enmienda de su vida.

ARTICULO III.

DE LOS IMPEDIMENTOS QUE TRAE Á LA PERFECCION CRISTIANA EL SENTIDO DE LA VISTA NO GUARDADO.

CAPITULO PRIMERO.

SE DA LA PRIMERA RAZON, POR QUE EL SENTIDO de la vista no moderado puede ser de grande perjuicio á la perfeccion, y tambien á la salvacion; y se deduce la guarda que de él debe tenerse.

118 **E**ntre los sentidos de que Dios ha proveido el cuerpo humano, uno de los mas nobles es sin duda el de la vista, ya por su vivacidad, ya por su perspicacia, ya tambien por la prontitud en obrar sus propios actos; pero es mucho mas estimable este sentido, porque él mas que los otros suministra al entendimiento las especies de los objetos, acerca de los cuales forma sus ideas, establece sus juicios, dispone sus discursos y obra sus actos racionales. Por esto mismo es este sentido mas peligroso porque no estando guardado suministra al alma especies dañosas, no solo á su perfeccion, sino tambien á su salvacion.

119 Para inteligencia de esta importantísima verdad, conviene suponer aqui con los filósofos, que todas nuestras pasiones tienen una total dependencia de la fantasia á quien sirven, y estan plenamente sujetas; de modo que no pueden mover-

se, sino en fuerza de las imaginaciones que concibe la fantasía. Por ejemplo, si la imaginativa representa á la parte inferior un objeto amable, al punto el apetito sensitivo se mueve con la pasión del amor: si le representa un objeto abominable, al punto se enciende el apetito con la pasión del ódio y del horror: si le muestra el objeto como cosa conveniente á nuestra naturaleza, al punto se despierta en el apetito el deseo de conseguirlo. Lo mismo se ha de decir de todas las otras afecciones del alma que van debajo del nombre de pasión. Por otra parte es indudable que la mayor parte de las imaginaciones que produce nuestra fantasía, las forma dependientemente de los ojos, de los cuales se le envían las especies de aquellas cosas de que ella forma sus imaginaciones, segun aquel célebre dicho comun á todos los sentidos, que: *nihil est intellectu, quod prius non fuerit in sensibus*. De aqui se saca que casi todas las pasiones que hacen guerra al espíritu se originan de los ojos no guardados, los cuales suministran á la imaginativa las especies de aquellos objetos á que tiran las pasiones con sus desordenados movimientos. Así, si se despiertan en el hombre pasiones de amor, afectos viciosos, y deseos impuros; tienen la culpa los ojos no refrenados que por medio de las especies vivas representaron á la fantasía los objetos con apariencia de amables, agradables y dignos de ser poseidos; cuando en la realidad eran dignos de ser huidos.

120 Persuadido de esta gran verdad el Santo Job, hizo pacto con sus ojos de no fijarlos jamás en rostro de muger, sabiendo que á vuelta de las vistas vienen las imaginaciones viciosas; detras de las imaginaciones las pasiones inmundas; detras de las pasiones el libre consentimiento de la voluntad; y detras del consentimiento el pecado, la ruina y la perdicion del alma. *Pepigi foedus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine*. (1) Dice el Santo hombre, que habia pactado con sus ojos de ni aun pensar en alguna doncella. Parece que debia decir de no mirar á doncella alguna, porque el acto propio de

117 Job. 31. 16.

los ojos es mirar y no el pensar. Pero no: dijo muy bien de aquel modo; porque el mirar un objeto está tan inseparablemente enlazado con pensar en él, que parece que sea lo mismo. Y así no queriendo él pensar en objetos peligrosos, cuales son ciertamente las doncellas, se propuso el no querer mirarlas jamás teniéndolo por una misma cosa. Pero aun mas claramente el Espíritu Santo lo dice por el Eclesiástico: *averte faciem tuam à muliere compta; & ne circumspicias speciem alienam. Propter speciem mulieris multi perierunt: & ex hoc concupiscentia, quasi ignis exardescit.* (1) Aparta los ojos, dice el Eclesiástico, de una muger que va toda engalanada y compuesta, no te agrades de su belleza, si no quieres perecer con tales vistas, como tantos se han perdido por semejantes ojeadas. Pero me direis, ¿por qué se ha de temer tanto mal de una simple vista? Ved aquí la razon: *ex hoc concupiscentia quasi ignis exardescit.* Porque tras de las vistas vienen por una cierta natural conexion las malas imaginaciones, que encienden la concupiscencia en fuego de impureza. Cierre pues los ojos y guárdelos con grande cautela quien desea no incurrir en semejante perdicion, y no quiere lamentarse algun día de sus ojos, diciendo con funesto llanto lo del profeta Jeremias: *oculus meus depredatus est animam meam.* (2) Mis ojos han destruido á mi pobre alma con los pensamientos, con los afectos y con las malas pasiones que furtivamente se han introducido.

121 Es tan verdadera esta doctrina, que los mismos poetas en sus profanas composiciones atribuyen de ordinario á los ojos el origen de sus profanos amores: por lo cual dijo el otro: *si nescis, oculi sunt in amore duces.* Estés cierto, si no lo sabes, que los ojos son la guia de los amores, que los introduce en el ánimo por medio de sus miradas. Pero aun expresó mejor el sentimiento ya antes manifestado por el citado Eclesiástico en dos solas palabras, diciendo: *ut vidi, perii:* apenas di una ojeada á aquel objeto vedado, cuando luego perecí. Explicó tambien muy bien esta verdad un cierto escultor famoso con

(1) Ecll. c. 9. 8. 9.

(2) Jer. 3. 51.

un mote que esculpíó al pié de una estatua. La estatua era de Venus dormida; el dicho era este: *cave viator, excites á somno deam. Sua adaperiens, tua namque claudet lumina.* Guárdate, pasagero, de despertar esta diosa, porque abriendo ella sus ojos, tú cerrarás los tuyos. Quiso significar con esto, que abriendo nosotros incautamente los ojos del cuerpo para mirar objetos peligrosos, cerraremos muy presto los de la mente, cegados de los afectos de Venus.

122 ¿Pero por qué ando yo mendigando autoridades de escritores profanos? ¿Faltan acaso en las sagradas letras ejemplos memorables de personas aun dotadas de grande virtud, las cuales por una simple ojeada quedaron abrasadas en llamas de amor impuro? ¿Y quién precipitó en el adulterio á David, hombre hecho segun el corazon de Dios, escogido para progetor y profeta del futuro Mesias, sublimado á un íntimo comercio con el mismo Dios en sus altas contemplaciones? ¿No fué una mirada incauta, que echó desde su galería á Bersabé? *Viditque mulierem se lavantem ex adverso supra solarium suum... Missis itaque nuntiis, tulit eam.* (1) ¿Quién indujo á aquellos dos viejos decrepitos en la edad, canos en los cabellos, maduros en el juicio, y jueces autorizados del pueblo á tentar la honestidad de la casta Susana? ¿No fueron los ojos libres en mirarla paseándose en su jardin? *Et videbant eam senes quotidie ingredientem & deambulantem; & exarserunt in concupiscentiam ejus.* (2) La miraron y tornaron á mirarla; y aquellas vistas repetidas engendraron en aquellos corazones de hielo llamas de impureza. Todos saben el desenfrenamiento con que la muger Egipciaca solicitó al castísimo José, y la violencia que usó para vencer su constancia. ¿Mas de donde le vino tanto atrevimiento á una muger de su naturaleza tímida y vergonzosa? Veislo aqui. *Injecit Domina oculos suos in Joseph, & ait: dormi mecum.* (3) Le fijó los ojos, dice el sagrado texto, y con aquella vista quedó del todo perdida. Y á Dina honesta doncella, ¿quién le robó la virginidad y la honra? La gana de ver. *Egressa est autem Dina filia Lix, ut*

1. Reg. 11. 2. 4. (2) S. Dan. 13. 8. (3) Gen. 39. 7.

videret mulieres regionis illius. (1) ¿Que le provino despues de esta libertad de registrar con sus ojos el pais? Ya lo dice el Espiritu Santo: *princeps terræ illius adamavit eam & rapuit, & dormivit cum illa, vi opprimens virginem.* Y á Olofernes formidable al pueblo de Israel, ¿quién le hizo esclavo, y aun presa lastimosa de una flaca muger? Sus ojos. Estos, dice el sagrado texto, fueron los lazos, estas las cadenas que le aprisionaron el corazon, y despues de vencedor que era, le dejaron vencido por mano de aquella misma, que ya le habia aprisionado el corazon. *Sandalia ejus rapuerunt oculos ejus: pulchritudo ejus captivam fecit animam ejus.* (2)

123 ¿Quién podrá contar jamas los males gravisimos, que han tenido su principio en la libertad de mirar? Creo que seria mas fácil contar las estrellas del cielo, ó las arenas del mar. Diré solamente, que la ruina del mundo en el diluvio universal tuvo su primer origen en esta licencia de los ojos, como se infiere de la sagrada historia. Es verdad, que la causa inmediata y próxima de aquel universal exterminio fueron los pecados de la carne. *Non permanebit spiritus meus in homine, quia caro est.* (3) Y como explica la Glosa: *quia est nimis implicatus peccatis carnalibus.* Pero de esta tan grande corrupcion del sentido, dice no oscuramente el sagrado texto, que fué la causa la libertad ya introducida en el género humano en mirar sin cautela á las mugeres: *videntes filii Dei filias hominum, quod essent pulchræ, acceperunt sibi uxores ex omnibus, quas elegerant.* Y entonces fué cuando fulminó Dios aquella terrible sentencia: *dixitque Deus: non permanebit spiritus meus in homine in æternum, quia caro est.* Mirando llegaron á ser carnales, y hechos carnales fueron aborrecidos y castigados de Dios con aquella inundacion, que les quitó á todos la vida. Cierre pues los ojos cualquiera que ha emprendido el profesar vida devota: cierre estas ventanas por donde entra la muerte en el alma; ni se fie en nada de si mismo, ni de sus virtudes, ni de las experiencias pasadas; porque los ojos, como dice S. Gregorio, son las ventanas

1) Gen. 34. 1. (2) Judit. 16. 11. (3) Gen. 6. 5.

por donde entran en el corazon los malos deseos y perniciosas complacencias, aun á pesar de la voluntad que no las quiere: de manera, que asaltada la pobre y repetidamente combatida, es difícil que al fin no se dé por vencida en manos de la muerte, quiero decir, de la culpa mortal. *Deprimendi sunt oculi quasi raptores ad culpam... Quisquis enim per has corporis fenestras incaute exterius respicit, plerumque in delectationem peccati etiam nolens cadit, atque obligatus desiderii, incipit velle, quod noluit.* (1)

124 Mas cuando aun le sucediese á alguno el no caer en culpa grave, dando á los ojos alguna demasiada libertad; es cierto que los pensamientos malos y los afectos impuros (los cuales, como dice San Gregorio, quiera ó no quiera, han de entrar despues de las tales vistas) dejan de ordinario alguna mancha en la conciencia, aunque sean rechazados: á lo menos ofuscan la serenidad de la mente, turban la tranquilidad del corazon, que es tan necesaria para el ejercicio de la oracion y para la práctica de las virtudes. Para no tener, pues, en la mente estos viscosos pensamientos, que si no son mortales, son siempre peligrosos y nocivos; es menester, concluye el citado doctor, que la persona espiritual se prevenga con una celosa guarda de este sentido vivaz; persuadiéndose que no es lícito mirar, lo que no es lícito desear. *Ne ergo quædam lubrica in cogitatione versemus, providendum nobis est: quia intueri non licet, quod non licet concupiscere.*

125 Aqui me viene muy oportuno el caso que refiere San Agustin en el libro sexto de sus confesiones de su confidente Alipio; pues muestra maravillosamente el señorío que tienen los ojos sobre los afectos de nuestro corazon: no solamente sobre los afectos dulces de que ahora hablamos, sino tambien sobre los afectos mas crueles, lo cuál prueba mas fuertemente mi intento. Viviendo en Roma Alipio, grande amigo de San Agustin, en tiempo que se celebraban los juegos de los Gladiadores, y todo el pueblo concurría á aquellos sangrientos

(1) S. Greg. Morat. lib. 21. c. 2.

espectáculos, fué convidado de unos amigos para asistir tambien con ellos. Mas él, como quien aborrecia semejantes vertimientos crueles, que reciben todo su placer de las heridas y derramamiento de sangre humana, rehusó el convite. Con todo esto violentado de aquellos sus conocidos, y llevado casi por fuerza, se rindió á sus agradables violencias; pero con resolucion de estar presente con el cuerpo al espectáculo, y muy lejos con el ánimo, y de no dar una sola ojeada á aquellos inhumanos juegos. Fué, pues, se sentó en compañía de los otros en el público teatro, cerró los ojos, divirtió la mente á otros objetos mas dignos de la nobleza de su espíritu; cuando de improviso á un golpe de espada, que un gladiador descargó diestramente contra otro, se levantó en todo el teatro un grito festivo, una aclamacion y un viva. A estas voces no pudo contenerse Alipio, abrió los ojos y miró. A aquella ojeada quedó el, como dice S. Agustin, mas herido en el alma, que el otro combatiente en el cuerpo: cayó el mas miserablemente que el otro. *Aperuit oculos & percussus est graviori vulnere in anima, quam ille in corpore quem cernere concupivit: ceciditque miserabilius, quam ille, quo cadente factus est clamor.* Porque abiertos los ojos comenzó á mirar con placer el furor de los combatientes, á deleitarse de aquel fiero combate, y á embriagarse de aquel cruel deleite. ¿Qué mas? Se encendió tanto en aquel gusto cruel, que comenzó tambien él á gritar y aplaudir, mezclando tambien sus voces con los gritos del pueblo. (1) Llegó la cosa tan adelante, concluye el Santo, que para volver á semejantes espectáculos, no tenia ya necesidad de estímulos, ni de guía; sino que se iba de suyo, y aun conducia tambien á otros. Tanto le habia entrado en el corazon á aquella vista el placer inhumano y bárbaro. Ahora, si una ojeada tuvo tanta fuerza para mudar un corazon sabio y compuesto, cuál era el de Alipio, y trocarle con un afecto cruel y poco conforme á nuestra naturaleza, como es el que nace de la vista de las heridas y muertes de otros: ¿cuál será la fuerza que tendrán las

(1) Cap. 8.

miradas echadas á un objeto de diverso sexo, agradable, donoso, gracioso y todo á propósito para engendrar un afecto dulce, que con ansia bebe el corazón, y despues va á parar en un tósigo mortal que lo envenena?

126 Guardia, pues, y modestia en los ojos, sin la cual no puede haber verdadera espiritualidad, ni aun sustancia de ordinaria bondad. Quien quiere estar con el alma en el cielo, es menester que tenga los ojos en la tierra. *Summe custodiendus est oculus*, dice el mismo Agustino, *quia janua cordis est*. (1) Hemos dicho arriba que los ojos son las ventanas del corazón. San Agustín dice que son la puerta. Todos entran en casa por la puerta, pocos por las ventanas; porque la entrada por la puerta es fácil, por la ventana es difícil. Además de eso, para tener entrada en las casas por las puertas, basta que estas estén abiertas; pero esto no basta para tener entrada por las ventanas. Según S. Agustín, pues, los otros sentidos son las ventanas del pecado, y los ojos son la puerta: y para que entre la culpa en el alma, no es menester otra cosa sino que estén abiertos los ojos. *Summe custodiendus est oculus, quia janua cordis est*.

CAPITULO II.

SE DAN OTRAS RAZONES QUE MUESTRAN LOS grandes daños que causa el sentido de la vista no guardado con una rigurosa modestia.

127 **A**unque la connexion que tiene el sentido de la vista con las pasiones del ánimo, parece ser motivo suficiente á toda persona, no digo ya espiritual, sino cristiana, para tenerle rigurosamente guardado, y no dejarle discurrir libremente con sus miradas: con todo eso, tratándose de un sentido tan resbaladizo, tengo por bien de ponderar otras razones que nos persuaden la grande necesidad que hay de tenerle enfrenado. Gran motivo es á mi parecer, para tener siempre las riendas en la

(1) S. Agust. serm. 31. ad Fratr. in erem.

mano, á fin de moderar nuestros ojos y su mucha libertad; la mucha facilidad que ellos tienen en propasarse con sus miradas aunque sean peligrosas: de tal manera, que con su prontitud previenen frecuentemente la razón, no dando lugar á ésta para arreglarlos con sus rectos dictámenes. No son así los otros dos sentidos de que hemos hablado; porque éstos están más sujetos al imperio de la voluntad, ni se atreven á moverse sin su orden. Cierto es que mi mano, si yo no quiero, no se propasa á tocar, ni mi paladar, si yo no se lo consiento, podrá probar manjar alguno. Pero no así los ojos que previenen el imperio de la voluntad, y corren libres á mirar aquellos objetos que la voluntad no querría que mirasen; y atrevidos le meten dentro de casa un fuego que la puede abrasar.

128 Si después de esto la voluntad les concede un poco de libertad, no es posible que los pueda ya refrenar: á pesar suyo la arrastran tras de sí á complacerse en aquellos objetos que les son agradables. S. Juan Crisóstomo compara nuestros ojos á ciertos caballos ardientes y fogosos, que con gran dificultad se moderan: y si el cochero les afloja un poco la rienda, cogen una carrera tan impetuosa, que llevan al precipicio el coche, cochero y dueños. Así los ojos muy vivaces y prontos en sus miradas, difícilmente se sujetan al régimen de la razón. Y si el hombre afloja un poco las riendas, y les concede un poco de libertad, se hacen dueños de la voluntad, y la conducen con sus agradables representaciones á la ruina. *Oculi est videre, dice el Santo, male autem em videre mentis est... Postquam autem hæc negligens esse, & habenas laxare cœperit; quemadmodum auriga, nesciens indomitæ equorum ferociam compescere, & equos currum trahentes, & semetipsum in præceps ire facit: sic & voluntas nostra.* (1)

129 Observad que viajando un caballero sobre un caballo obediente y manso, le afloja las riendas, y camina sobre él seguro y sin temor; solo cuando se halla en algún paso difícil y peligroso, tira la rienda, va con cautela, y vela sobre cada paso

(1) S. Chrys. hom. 22. in Gen.

y movimiento de su conductor. Pero si se le ofrece ir sobre un potro vivo, impetuoso y desobediente, le tiene siempre tirantes las riendas, y anda siempre con vigilancia y circunspeccion, aun por el camino ancho y llano; porque puede cada momento desviarse del camino, sacarle de las manos las riendas, arrojarlo de la silla, ó llevarlo á morir entre peñascos y despeñaderos. Asi basta que nosotros seamos vigilantes con los otros sentidos en algunas ocasiones: por ejemplo, con el sentido del gusto que estemos sobre nosotros mismos al tiempo de comer; con el sentido del tacto, en coyunturas de algun peligroso encuentro. Mas sobre el sentido de la vista, que segun el Crisóstomo, á manera de caballo indómito sacude el freno de la razon, y en todo tiempo se mueve inconsideradamente á echar sus miradas; hemos de velar siempre, asi por las calles, andando comunmente con los ojos bajos, como tambien por las casas, en ocasiones de tratar con personas de otro sexo, aunque sean muy honestas; porque este es un sentido desenfrenado que te puede en un instante hacer traicion y precipitarte con una sola mirada. Concuerta con el sentimiento del Crisostomo S. Eusebio Emiseno. *Quam facile potest in puncto temporis vagari velocitas oculi; tam solícite præcavenda est irruentis noxa delicti.* (1) Cuanto es mayor, dice, la presteza de los ojos en propiarse, tanto mayor debe ser nuestra vigilancia en guardarlos; procediendo con ellos modestamente y teniéndolos con una cierta naturalidad inclinados hácia la tierra.

130 Ahora entenderá el lector, porque los Santos eran tan cautos en el mirar, mayormente personas de otro sexo; de manera, que su modestia parecia casi excesiva. De Santa Clara se cuenta que jamas vió rostro alguno de hombre; y porque una vez alzando los ojos para ver la hostia consagrada en manos del sacerdote, vió casualmente la cara de un hombre, quedó muy dolorida por el inocente desliz de aquella ojeada. De San Francisco, que obligado por sus empleos á hablar con mugeres, á ninguna conocia de vista, sino por la voz. De S. Pedro de Al-

(1) S. Euseb. hom. 4.

cántara, que habiendo caminado por la ciudad tres años en compañía de sus religiosos, ni había visto jamás el rostro de alguna muger, ni aun mirado las cornisas de la Iglesia, en que frecuentemente oraba, por el grande hábito que había adquirido de tener los ojos siempre fijos en la tierra. De S. Ugon Obispo, que precisado á tratar con mugeres por las urgencias de su oficio pastoral, no había mirado alguna por espacio de cuarenta años. De S. Luis Gonzaga, que jamás fijó los ojos en el rostro de muger alguna, ni aun de su propia madre. Sabian estos Santos cuán pronto y resbaladizo es el sentido de la vista y cuán peligroso al alma con sus deslices: y por eso no se fiaban de él en ninguna coyuntura, ni á la presencia de algun objeto; sino que lo tenían siempre enfrenado, á modo de un caballo desbocado.

131 A este propósito se refiere del abad Arsenio, que habiendo ido á visitarle una noble matrona, luego que la vió la volvió las espaldas sin hablarle una palabra. Al ver la muger aquel acto que parecia afrentoso; no tengais á mal, le dijo, que yo haya venido á veros, porque he venido con ánimo sincero de encomendarme en vuestras oraciones: perdonadme por tanto, y rogad á Dios por mi. Si, respondió el siervo de Dios, rogaré al Señor que me quite de la mente la memoria de ti. De otro monge llamado Pion se refiere, que habiéndole mandado S. Antonio que fuese á visitar á una hermana suya viuda, que despues de treinta años deseaba verle, obedeció puntualmente, se fué con presteza, y llegado á su casa sin entrar dentro, se paró en la puerta: aqui le habló brevemente, pero teniendo siempre en su presencia cerrados los ojos. Parecen estos, yo bien lo veo, actos rústicos, inciviles y poco convenientes: pero el temor que tenían los siervos de Dios de ser engañados de este sentido vivaz, y el recelo de ser vencidos de él con alguna improvisa sorpresa suya, les inducia á obrar de esta manera. ¿Cuánto más, pues, deberemos temer nosotros que no tenemos tanta virtud como ellos, ni estamos tan fuertemente asistidos como ellos de la divina gracia? ¿Cuánto más deberemos tener noso-

tros guardados los ojos con una modestia, sino tan rigorosa, á lo menos circunspecta, cuidadosa y razonable; no echándolos á cualquier objeto, ni fijándolos en la frente de personas de otro sexo, cuando se encuentran, ó cuando es preciso hablar con ellas?

132 El otro motivo porque conviene tener los ojos en una celosa guarda, y negarles la libertad de mirar objetos agradables, es para alcanzar de Dios con semejantes diligencias una especial asistencia, con la cual, ó no se levanten pensamientos y tentaciones contra la pureza; ó si se levantan se venzan con mucha facilidad; y en lugar de servir de lazos y tropiezos, sirvan de mérito y corona. Ciertas tentaciones molestas que á algunos siervos de Dios no les dejan lograr quietud son permitidas tal vez de Dios en castigo de alguna incauta ojeada. El Abad Pastor en pena de haber mirado curiosamente á una muchacha que estaba recogiendo espigas, fue por espacio de cuarenta años atormentado de una fiera tentacion sensual. Y la célebre tentacion que obligó á S. Benito á revolcarse entre las ortigas y espinas, dice S. Gregorio, (1) que tuvo el origen de haber mirado una vez incautamente á una muger. A otros ha permitido tambien Dios graves caidas en castigo de alguna mirada libre, como sucedió á David y á otros muchos, cuyos funestos sucesos se refieren en las historias Eclesiásticas.

133 Por el contrario, procediendo una persona con la debida modestia y circunspeccion en sus vistas, le dá Dios especial ayuda; porque es principio infalible, que haciendo el hombre cuanto puede de su parte para guardarse, jamas le niega Dios una singular proteccion con que va exento de toda culpa: *facienti quantum in se est, Deus non denegat gratiam*. Fray Rogerio digno hijo de San Francisco por su suma pureza, era tan cauto en la guarda de los ojos, que jamas miraba á muger alguna en el rostro, ni aun aquellas que por la estrecha conjuncion de la sangre no parecian peligrosas ni sospechosas. Preguntado un dia de su Padre espiritual, por qué estando dotado de un dón tan singular de pureza, se guardaba

(1) S. Greg. Dialog. lib. 2. c. 20.

tanto de la vista de las mugeres, y de todo encuentro con ellas; respondió así: *pater, quando homo facit quod in se est, & occasionas peccandi fugit, tunc vicissim Deus facit quod in se est, & hominem tuetur, & custodit. At quando homo se temere conjicit in discrimen, tunc etiam juste à Deo deseritur: & ita fit, quod facile ob natura corruptionem in peccatum aliquod grave dilatatur.* (1); Bellas palabras dignas de ser escritas con caracteres de oro! Cuando el hombre, dijo aquel gran siervo de Dios, hace cuanto puede de su parte, y por eso se guarda de los peligros; hace tambien Dios lo que está de su parte, y le asiste y defiende de todo mal encuentro. Mas si el hombre mirando libremente, se expone con temeridad á los peligros; entonces justamente le abandona Dios; y él dejado en los brazos de su fragilidad es forzoso que caiga en el abismo de alguna grave culpa. Guarde, pues, con gran cautela el sentido de la vista, y proceda con gran modestia en los ojos quien desea que le guarde Dios pura y limpia la mente y el corazon.

134 Mas prescindiendo aun de la virtud de la honestidad, para la cuál hemos visto, es tan necesaria la modestia de los ojos, ¿cómo es posible, digo yo, que sea persona espiritual aquella que dá á este sentido sobrada libertad de mirar, cuando la guarda del corazon, tan importante para la vida devota, depende de la guarda de los ojos? Dadme una persona que vaya vagueando con los ojos sobre todos los objetos que se le ponen delante: ésta ciertamente no puede tener recogimiento alguno en la oración; porque se estan paseando por su mente las especies de las cosas mundanas que ha estado mirando entre dia. Estando delante de Dios con el cuerpo, se va con el corazon ya á esta parte, ya á la otra. Pero demos el caso que Dios contra todo su mérito le comunique algun sentimiento devoto: éste no puede tener permanencia en su corazon; porque volviendo despues de la oración á su modo acostumbrado de mirar libremente, se desvanece al punto por los ojos todo afecto santo: siendo el Espiritu del Señor á manera de ciertos

(1) Ex lib. 1. conformit. S. Franc. p. 2.

licores espirituosos, que no teniendo bien cerrados los vasos, luego se evaporan; y así se queda el miserable como antes, y quizá peor que antes con el alma disipada. Fuera de que viviendo este infeliz así distraído habitualmente, ¿cómo es posible que pueda seriamente atender entre día al ejercicio de la mortificación, de la caridad, de la humildad, de la penitencia y de las otras virtudes cristianas, cuando no tiene dentro de sí mismo ni pensamientos, ni afectos que le inciten á ellas; y por consiguiente que pueda hacer vida religiosa si se halla en los claustros, ó vida espiritual si vive en el siglo?

135 Y esta es la razón porque S. Lorenzo Justiniano no solo tenía cerrados los ojos á los objetos peligrosos que por la ciudad á cada paso se encuentran; sino que se abstenía también de mirar (aunque lo pudiese hacer honestamente) la amenidad de la campaña, y la verdura de su huerto doméstico. Por la misma causa en el monasterio de Scicia una santa monja llamada Sara, habiendo morado por el espacio de sesenta años junto á las aguas claras de una cristalina fuente, jamás quiso echarle una sola ojeada. Por esta misma razón los monges antiguos, trabajando todos juntos, jamás levantaban los ojos para mirar el uno al otro en el rostro. Sabían muy bien que de la guarda de los ojos depende la guarda del corazón; por lo cuál quitaban á los ojos todo pasto, para que se apacentase el corazón, y se mantuviese recogido con Dios. Por eso dice el citado S. Lorenzo Justiniano: *ex inordinato oculorum aspectu imprudentis transfigitur cor. Transmittunt utique effrænati intuitus ad animam corporearum rerum formas, atque concupiscibilem qualitates imaginum, suaque importunitate internam dividunt virtutem, sanctos dissipant cogitatus, animi vigorem debilitant.* (1) De la vista desordenada de los ojos, dice el Santo, queda debilitado el corazón del hombre sabio. Porque el mirar sin freno introduce en el alma las especies de las cosas terrenas, y las imágenes de aquellos objetos que la concupiscencia apetece. Estos despues disi-

(1) S. Laur. Justin, de vit. felic. c. 7.

pan con su importunidad los santos pensamientos, debilitan las fuerzas espirituales del alma, por lo cual no puede obrar virtuosamente, que es puntualmente lo que yo decia. Procure, pues, adquirir una grande modestia en los ojos, el que quiere tener recogimiento interior del corazon: y téngalos muy cerrados á las cosas vanas de la tierra, si desea que los ojos de su mente estén siempre abiertos á las cosas del cielo.

CAPITULO III.

SE MUESTRA QUE PARA CONSEGUIR LA VIRTUD de la modestia, no basta guardar el sentido de la vista, sino que se requiere la compostura exterior de todos los otros miembros.

136 **N**o no niego que el gobierno de los ojos y del sentido de la vista sea una parte muy principal de la virtud de la modestia, antes bien que sea la mas dificil, y la mas necesaria que se debe procurar. Digo dificil, por la grande inclinacion que tiene el hombre de andar vagueando con la vista sobre varios objetos: digo la mas necesaria, por el grande estorbo que pone á la perfeccion cristiana este sentido, si no se guarda, como ya hemos visto. Afirmo solamente que la virtud de la modestia no ha de consistir en esto solo, sino en la compostura exterior de todo el hombre. Y si queremos hablar con rigor, ni aun todo esto es la virtud de la modestia, sino que son los efectos y los actos de dicha virtud; porque como dice el Angélico, la virtud de la modestia reside en el alma, como en su propio asiento; pero se manifiesta en los actos exteriores del cuerpo. Pues ella no es otra cosa, que un hábito que modera ciertas pasiones pequeñas y medianas, que llevan al hombre á acciones externas inmoderadas y descompuestas: *quæ in rebus mediocribus ac minimis modum imponit.* (1) Y en esto se distingue de la virtud de la templanza, cuyo oficio es re-

1) D. Thom. 2. 2. q. 160. art. 1.

frenar aquellas pasiones del apetito sensitivo que de su naturaleza son vehementes. De modo que moderando este hábito virtuoso algunas pasioncillas que inclinan á la descompostura, pasa á dar reglas á los ojos acerca del modo de mirar, á la lengua acerca del modo de hablar y de reir, á todos los miembros acerca de los movimientos y de la decencia en el vestir.

137 A esta doctrina de Santo Tomás va en todo conforme el sentimiento de S. Gregorio, donde dice que reside dentro de nosotros aquella virtud que mantiene bien compuestos los miembros por defuera. *Intus est custodia, quæ composita servat exterius membra.* De aquí añade, que quien procede exteriormente con actos desarreglados y ligeros, dá claras señales de que no tiene radicada en el ánimo esta virtud que debe moderar sus afecciones. *Qui ergo statum mentis perdidit, subsequenter foras in inconstantia motionis fluit; atque exteriori mobilitate indicat, quod nulla interius radice subsistat.* (1) Confronta con estos dos santos Doctores S. Basilio, diciendo, que el prorumpir en altas risadas, el echarse riendo con todo el cuerpo, y el caer en semejantes descomposturas, no es propio de una alma, que está bien arreglada y compuesta, y que es dueña de sí y de sus afectos: *in immanes cachinnos prorumpere, & corpore contra animi voluntatem subsultare, nequaquam est ejus, qui animo composito sit, aut plane probò, & compote sui ipsius.* (2) Si pues la virtud de la modestia, segun el sentir de los santos doctores, está toda radicada en lo interior y sólo se descubre por defuera en los movimientos del cuerpo; se debe decir, que ella es un hábito que modera ciertas pasiones ó afecciones del ánimo, no grandes, sino medianas, para que la persona no prorumpa con los miembros y con los sentidos en acciones desarregladas y descompuestas.

138 Pero si la virtud de la modestia nace de lo íntimo del alma como de su propia fuente, y se difunde por los sentidos y miembros del cuerpo, como por otros tantos arroyos, para hacer decoroso el porte y proceder del hombre: infiera de aquí

(1) S. Greg. p. 3. Pastor. ad. mon. 24. (2) S. Basil. in Reg. fœs. disp. q. 17.

el lector cuán necesaria sea la tal virtud á toda persona espiritual, especialmente si fuere religiosa para guardar su decoro, y dar á los prójimos la debida edificacion; pues no pudiendo ver éstos el orden y compostura de nuestros afectos que tenemos escondidos en el ánimo, los arguyen y conjeturan con todo fundamento de los movimientos y meneo del cuerpo. Si caminando vos por la calle pública veis salir de lo alto de alguna casa el humo, y levantarse por el aire en repetidos globos hácia el cielo: ¿no decís luego, que en aquella casa hay fuego que arde? ¿Y por qué, sino porque el humo que sale fuera, es señal cierta del fuego que arde dentro? Así, pues, viendoos alguno poco cauto en el mirar, poco arreglado en el modo de hablar, de reír, de discurrir, y en los movimientos, en el andar, y en la descompostura del vestido, arguye con seguridad la descompostura de vuestra alma; pues estas inmodestias son señal segura de este interior desorden vuestro.

139 En confirmacion de esto quiero traer un testimonio de suma autoridad; esto es, quiero traer dos grandes experiencias sucedidas á San Ambrosio, y referidas de él mismo. Dice el Santo, que habia formado en su corazon siniestro concepto de dos personas, de las cuales á la una jamas quiso admitir al orden clerical, y á la otra habiéndola ya hallado colocada en este orden, jamas quiso que se le pusiese delante de los ojos; y por eso le mandó, que siempre que ó en las sagradas funciones, ó en otras ocasiones le hubiese de acompañar, no fuese delante, aborreciendo aun su vista. Confiesa el Santo, que no tenia otro fundamento de su mala opinion, sino la inmodestia de porte exterior que en ellas reconocia. Ni se engañó en su aprension, porque ambos se rebelaron despues contra la santa Iglesia; el uno precipitándose miserablemente en la secta arriana, y el otro renegando de la dignidad del sacerdocio que indignamente tenia; por no querer estar sujeto al tribunal eclesiástico. Veis aqui las palabras del Santo: *nec fefellit sententia: uterque enim ab Ecclesia recessit, ut qualis incessu prodebat, talis perfidia animi demonstraretur.* Nam-

que alter arianæ infectionis tempore fidem deseruit: alter pecuniæ studio, ne iudicium subiret, sacerdotem se nostrum rogavit. Lucebat in eorum incessu imago levitatis; species quædam scurrarum percursantium. (1)

140. Ni fué desemejante el pronóstico, que de Juliano Apostata hizo San Gregorio Nacianceno, fundado en sus exteriores inmodestias, solo que fué mucho mas infausto; porque fué á verificarse en un pérfido idólatra, y en un fiero perseguidor del nombre cristiano, cuál fué aquel impío emperador. Dice el Santo, que viviendo con él en Atenas en tiempo de su juventud, de solo ver los movimientos descompuestos de sus miembros, pronosticó cuál monstruo habia de llegar á ser con el progreso de los años. *Neque enim quidquam boni ominari videbatur cervix non stata, humeri subsultantes & ad æquilibrium subinde agitati: oculus insolens & vagus, furioseque intuens; pedes instabiles & titubantes, nasus contumeliam & contemptum spirans; vultus lineamenta ridicula idem significantia; risus petulantes & effrænati; nutus & renutus temerarii; sermo hærens, spirituque concisus; interrogationes stultæ & præcipites; responsionesque his nihilo meliores. (2)* Nada de bueno, dice el Santo, me prometia de aquella cabeza jamas quieta; aquel meneo de hombros, aquellos ojos extrañamente vagabundos, aquel mirar fiero, aquellos pies inquietos, aquella nariz erizada que respiraba desprecio y mofa, aquella fisonomia ridicula del rostro que indicaba lo mismo, aquellas risadas petulantes y desenfrenadas, aquellos gestos temerarios, aquel hablar interrumpido y sin firmeza, aquellas preguntas precipitadas y nécias, y aquellas respuestas nada mejores que sus preguntas. De esta descompostura de gestos y meneos llegó el Santo á comprender, que Juliano vendria á ser aquel malvado y aquel impío, que de hecho llegó á ser. *Talem ante opera suspicatus sum, qualem in operibus postea cognovi.* Y llega á decir estas notables palabras: si aqui estuviese presente alguno de aquellos que estaban entonces en mi compañía, que oyeron mis palabras, me servirian de tes-

(1) S. Ambr. lib. 1. offc. c. 18. (2) S. Greg. Nacianc. orat. 1. in Julian.

tigos, de que apenas vi yo en él aquellos meneos tan desordenados, cuando al punto exclamé: ¡oh qué horrible monstruo cria Roma en su seno! Y añadí luego: quisiera Dios que yo saliese falso profeta. Tan cierto es, que no hay cosa que tan claramente manifieste la descompostura del alma, como la inmodestia exterior de los sentidos y de los miembros. No me parece que puede haber motivo mas fuerte que éste, para aficionarse á la virtud de la modestia, una persona honesta que desea dar á todos buen olor de sí, y no causar desedificacion y mal ejemplo á ninguno de sus prójimos.

141 Descendiendo á lo particular, la modestia en primer lugar, como he dicho desde el principio, se ha de practicar en el sentido de la vista, teniendo los ojos de ordinario bajos, para evitar los inconvenientes arriba expuestos. Dije de ordinario; porque no pretendo que la persona espiritual no haya de levantar jamas los ojos, ni haya de dar jamas una ojeada por algun honesto recreo, como hacian aquellos grandes siervos de Dios, cuya rara modestia hemos admirado en los capítulos precedentes. Bástame solo que por lo comun los tenga bajos; porque este es un manifiesto indicio de la compostura y recogimiento interior del ánimo, y especialmente por las calles públicas; asi porque alli son frecuentes los objetos peligrosos, como tambien porque estando alli á los ojos de todos, la edificacion requiere mayor cautela en la guarda de los ojos. Sobre todo hablando con personas de otro sexo, no las mire fijamente á la cara, sino fije la vista abajo, ó con modo natural vuélvala á otra parte; porque en tales casos el peligro es mayor, y es tambien mayor la sospecha que dá de sí mismo con la libertad del mirar. En suma acuérdesse que *speculum sunt lumina cordis*; que los ojos son un espejo que manifiesta las aficiones del corazon. No hay cosa que represente con mas fidelidad, ni con mas claridad los objetos que el espejo. Asi no hay cosa que represente mas al vivo las calidades buenas ó delinquentes de una alma que el mayor ó menor arreglamento de los ojos.

142 La modestia se ha de observar en el hablar. Las re-

glas nos las da S. Ambrosio. *Ne modum progrediaris loquendi.*

(1) Conviene ser moderado en el discarrir, guardándose de hablar demasiado, de interrumpir á los otros, de dominarlos con la habladuría sin darles lugar á su discurso: así porque la persona se hace con este modo molesta á los amigos, como tambien porque dá señales de poca humildad, mostrando quererlos sobrepujar en el saber. *Ne quid indecorum sermo resonet tuus.* Guárdate, dice el Santo Doctor, de no proferir palabras indecentes; porque éstas serian un indicio claro que de semejantes indecencias está manchado tu corazon. *Ipsium vocis sonum libres modestia, ne cujusquam offendat aurem vox fortior.* Hablando es menester no levantar mucho la voz, para no molestar los oídos de los circunstantes: por eso es necesario que la modestia regule el tono de la voz, para que salga de la boca sumisa y templada: tanto mas que esto es señal de un ánimo humilde y moderado.

143 La modestia se ha de guardar en la risa. El arreglamiento de esto lo tomamos de S. Basilio. *Illud etiam haud mediocriter cavendum est ab iis, qui colenda pietati student, ne irrisum præter modum effusi sint: quia intemperantiam non abesse à se significat is qui profuso nimis petulantique risu teneatur, & animi motus nequaquam sedatos declarat.* (2) Cualquiera, dice el Santo, que atiende á la piedad, guárdese mucho de derramarse desmedidamente en risas; porque esto es indicio de persona destemplada, y que no ha sosegado los movimientos desarreglados del ánimo. Mas no es contra el decoro, prosigue el Santo, una risa agradable que dé á conocer á los circunstantes la alegría de su corazon: *at modicum risum deducere, eoque animi sui hilaritatem significare, non est contra decorem.* Así que lo que se opone á la modestia son las risadas altas, las risadas descompasadas, y las carcajadas indecentes.

144 La modestia se ha de mostrar en el porte y modo de andar. Vuelve S. Basilio á prescribirnos las leyes con que hemos

(1) S. Ambr. lib. 1. offic. c. 18. (2) S. Basil. in reg. fus. exp. q. 7.

de regular nuestros pasos. *Incessus esto nec segnis, ne animum dissolutum declaret; nec rursus vehemens, insolenterque incitatus, ne consternatos impetus animi significet.* (1) El andar, dice, no sea muy lento que demuestre un ánimo perezoso, ni tampoco demasiado apresurado y violento, que signifique un ánimo impetuoso y ardiente. De manera, que el paso para que sea modesto, debe ser moderado de una conveniente y no afectada gravedad. Sobre todo guárdese de todo meneo de la cabeza, y vaya con pausa. Huya de toda agitacion de brazos y juego de manos; mas tengalas decentemente ocupadas en mantener el vestido, ó en otra cosa que las personas de su condicion suelen traer en las manos. En los vestidos evite tambien toda indecencia y descompostura; porque dice el Eclesiástico, que no solo el modo de andar del cuerpo, sino tambien del vestir indican la calidad del ánimo: *amictus corporis, & risu dentium, & ingressus hominis enuntiant de illo.* (2) En una palabra, procure no dar señal alguna de ligereza en el caminar, porque no se verifique de él lo que S. Ambrosio dice de aquellos dos Eclesiásticos; *relucebat in eorum incessu imago levitatis.* Si alguno me dijere que muchas de las inmodestias insinuadas son mas antes defectos de la naturaleza que de la voluntad, por lo cual dificilmente se pueden corregir, le responderé con San Ambrosio: *si quid sane in natura vitii est, industria emendet.* (3) Que se pueden y deben enmendar con la industria semejantes defectos, aunque fundados en la naturaleza desordenada.

145 Advierta el lector que los referidos actos de modestia no deben hacerse, ni por vanidad de parecer bien, ni por hipocresia de parecer bueno á los ojos de otros; porque de esta manera no serian virtuosos ni dignos de premio, sino antes bien viciosos y dignos de castigo. Y deben proceder los dichos actos de la virtud interior de la modestia, que moderando por fin honesto, como ya he dicho, ciertas pasioncillas del alma, rija y gobierne las acciones exteriores del cuerpo para que no sean indecentes.

(1) S. Basil. Epist. ad Greg. Theol. (2) Ecl. 19. 27.
(3) S. Ambr. lib. 1. offic. c. 18.

Por ejemplo, venciendo la modestia cierta curiosidad, tiene á raya los ojos; reprimiendo ciertas alegrías vanas y excesivas, comprime las risas inmoderadas; refrenando cierta gana de parecer en las conversaciones igual entre los suyos, hace que el discurso sea parco, que la voz sea baja, y que no sea uno porfiado; y así discurriendo por los demas actos que pertenecen á esta virtud. Refrénese pues, á sí mismo por motivo de virtud, quien quiere que sus actos exteriores de modestia sean virtuosos.

CAPITULO IV.

SE PROPONEN DOS EJEMPLARES DE MODESTIA que nos pueden animar mucho para adquirir esta virtud.

146 Los dos ejemplares de modestia, con cuya idea quiero que compongais todas vuestras acciones exteriores, son de suma autoridad; porque son los dos mayores personajes que han vivido en este mundo, y reinan ahora en el cielo. El uno es nuestro amabilísimo Redentor, y el otro es su Santísima y también nuestra dulcísima Madre la Virgen María. De la modestia del Redentor habla S. Pablo con términos de grande expresion: *ipse autem ego Paulus obsecro vos per mansuetudinem & modestiam Christi.* (1) Aquí iguala el Apóstol la modestia de Cristo con su mansedumbre, que fué su propia, y como característica virtud; pues amonesta á los Corintios por estas ambas virtudes del señor. Es preciso pues decir, que fué singularísima en Cristo la modestia, como fué particularísima su mansedumbre. Lo que se conocerá mejor, considerando los actos de esta virtud suya.

147 San Juan haciendo mención del hablar de Jesucristo, dice, que era tan ajustado y tan suave, que ningun hombre del mundo habló jamas de esta manera: *nunquam locutus est homo, sicut hic homo.* (2) San Lucas refiere, que los Nazarenos se maravillaban de la gracia tan grande con que salian las

(1) 2. Cor. 10. 1. (2) Joan. 7. 46.

palabras como nectar de aquella divina boca: *mirabantur de verbis gratiæ, quæ procedebant de ore ejus.* (1) San Mateo nos asegura, que en Cristo la gracia en el decir iba unida con una cierta agradable potestad que jamas se habia visto en la boca de los Escribas y Fariseos. *Erat docens eos, sicut potestatem habens, & non sicut Scribæ & Pharisei.* (2) Acerca de la risa, mayormente derramada é indecorosa, dice S. Basilio, que en cuanto podemos sacar de la sagrada historia, jamas se vió en su modestísima boca; y que habiéndose sujetado á todas aquellas flaquezas, á que por necesidad está sujeta la naturaleza humana, solo no quiso acomodarse á la flaqueza de la risa, aunque á veces inevitable al hombre: *hoc ipsum ita esse Dominus ostendit, qui susceptis cæteris, quæ necessario corpus sequuntur affectionibus.... quantum ex Evangeliorum historia dignosci potest, risus nunquam fuit.* (3) Del rostro del Redentor dice S. Juan Crisóstomo, que resplandecía en él una tan suave magestad, que era poderoso para arrebatarse cualquier corazón con una sola vista, como atrae la piedra imán al hierro. *Certe fulgor ipse, & majestas divinitatis occultæ, quæ etiam in humana Christi facie relucebat, ex primo ad se videntes trahere poterat? aspectu. Si enim in magnete lapide, & succino hæc esse vis dicitur, ut annulos, stipulam & festucas sibi copulet: quanto magis Dominus omnium creaturarum ad se trahere poterat, quos volebat.* (4) De sus ojos afirma en otra parte el mismo Santo Doctor, que resplandecían á manera de dos brillantes estrellas; de modo que se reconocía en su rostro un no sé qué de divino: *igneum quiddam, atque sidereum radiabat in oculis ejus, & divinitatis majestas lucebat in facie.* (5) Su circunspeccion en tratar y hablar con mugeres era tan grande, que habiéndole visto una vez los Apóstoles hablar á solas con una muger junto al pozo de Samaria, se maravillaron mucho: *mirabantur, quod cum muliere loquebatur.* (6) Póngase, pues, delante de los ojos de su mente este divino ejemplar toda persona honesta.

(1) Luc. 4. 22. (2) Matth. 7. 29. (3) S. Basil. in Reg. fus. expl. q. 17.
 (4) S. Chris. hom. in c. 9. Matth. (5) Idem hom. in c. 21. Matth. (6) Joan. 4. 27.

y espiritual: y segun este tan perfecto modelo reforme todas sus operaciones exteriores. Figúrese de ver una cierta amable magestad en su presencia; una cierta agradable autoridad en el hablar; un cierto gracioso contenimiento en el andar; una cierta dulce serenidad en el semblante; y una agradable cautela en la vista y trato. Imagínese aquel aire del rostro tan compuesto y suave con que arrastraba tras sí á los pueblos enteros; los sacaba fuera de las ciudades y villas; los conducia á los campos, á las soledades y á las riberas desiertas del mar, olvidados totalmente de la comida, de la bebida y de sus domésticos empleos; y procure copiar en sí misma acciones tan modestas y tan decorosas, y hacerse cuanto fuere posible semejante á él.

148 Abimelec, despues de haber conquistado la ciudad de Sichen, queriendose enseñorear de la fortaleza, se resolvió de combatirla con el fuego. Mas porque para conseguir su intento era menester juntar al pié de aquellas fuertes murallas bosques enteros de leña, llevó á su ejército sobre la cumbre del monte Selmon donde habia una gran selva. Aqui tomando en la mano una hacha cortó una gruesa rama, se la puso sobre las espaldas, y encaminándose hácia la ciudad de Sichen, iba diciendo: *quod me videtis facere, citò facite.* (1) Haced lo que yo hago. A un ejemplo tan noble veriais, no solo á los soldados ordinarios, sino tambien á los capitanes, coroneles y generales todos con el hierro en la mano cortar troncos y ramas, y cargarselas á porfia sobre las espaldas, pareciéndoles que aquel iba mas glorioso que mas cargaba, para asi pasar en breve tiempo la selva de la cumbre del monte Selmon á las murallas de Sichen. Así vos, despues de haberos representado á Jesucristo con aquella semejanza decente, compuesta y amable que hemos dicho, figuraos que va diciendo á sus secuaces: *quod me videtis facere, citò facite.* Haced vuestras obras de la manera que yo las hice: obrad con aquella compostura, con aquella moderacion, con aquella decencia, con aquella circunspeccion, con aquel ajuste y suavidad con que yo obraba. Renovando frecuentemente esta de-

(1) Judic. 9. 48.

vota imaginacion en la oracion y fuera de ella, espero que lo-
grareis el componer todas vuestras operaciones y hacerlas de
algun modo semejantes á las del divino Maestro.

149 El otro modelo que quiero tomeis para imitar, es la
Santisima Virgen María, de cuya modestia nos hace una noble
descripcion, y nos propone una bella imágen S. Ambrosio. (1)
Sit vobis in imagine descripta virginitas, vitaque Mariæ. La idea
que nos dá de esta imágen, es esta: *corde humilis, verbis gravis,*
anini prudens, loquendi parvior, legendi studiosior, intenta ope-
ri, verecunda sermone, arbitrum mentis solita non hominem, sed
Deum quærere: nullum lædere, bene velle omnibus, assurgere
majoribus natu.... Quando ista vel vultu læsit parentes? Quando
discessit à propinquis? Quando fastidivit humilem? Quando de-
risit debilem? Quando vitavit inopem? Nihil torvum in oculis, ni-
hil in verbis procax, nihil in actu inverecundum: non gestus frac-
tior, non incessus solutior, non vox petulantior, ut ipsa corpo-
ris species simulacrum fuerit mentis, figura probitatis. Veis
aquí, pues, la imágen de la Virgen delineada por aquel gran
Santo. María humilde de corazon, grave en las palabras, pru-
dente en sus resoluciones, parca en el hablar, continua en el
leer, atenta á sus labores, vergonzosa en sus discursos; á
ninguno pesada, á todos benévola, y respetuosa á sus mayores.
Jamás se vió en sus ojos una mirada ceñuda, jamás salió de
su boca una palabra atrevida, jamás un acto descompuesto,
jamás un gesto libre, jamás un andar suelto, jamás un tono de
voz altanero. ¿Cuándo disgustó, ni con una simple vista á sus
Padres? ¿Cuándo riñó con sus parientes? ¿Cuándo dió una
señal de enfado á las personas de baja condicion? ¿Cuándo
se burló con el mas leve dicho de las personas débiles? ¿Cuán-
do se avergonzó de tratar con los pobres? En suma, todo su
exterior era una viva imágen de la suma compostura de su al-
ma, y era figura muy expresiva de su gran santidad. Hasta
aquí S. Ambrosio.

150 Veo que estos colores, aunque vivos, no llegan á re-

(1) S. Ambr. de Virgín lib. 2. post init.

presentar bastantemente la modestia mas que angélica de la Virgen: por eso quiero referir lo que cuenta Dionisio Cartusiano de S. Dionisio Areopagita, como cosa mas apta para expresarla. Dice, pues, que habiendo ido el Areopagita desde Grecia á Judea, quiso visitar aquella prodigiosa muger que habia dado la vida al Redentor del mundo. Llegado el Santo á la presencia de la Virgen Maria, quedó tan sobrecogido de pasmo al ver su rara modestia junta con una cierta suave magestad y sobrenatural belleza, que se postró con la boca en tierra; y si la razon y la fé no le hubieran enseñado que no habia mas que un Dios, la habria adorado y tenido por una Diosa. Esta es la imágen que quisiera tuviésemos todos presente, especialmente las vírgenes y los jóvenes inocentes, como dice S. Ambrosio en el lugar citado, para copiar en nosotros los mas compuestos procederes; y que en todas nuestras acciones externas reflexionásemos dentro de nosotros mismos, cuál era el porte de la Virgen en el andar, en mirar, en hablar, en conversar; y procurásemos conformarnos con él. Si las Reinas de la tierra se ponen encima algun vestido de nueva moda; si se ponen en la cabeza, ó en el pecho, ó en los brazos, ó en los puños, algun adorno desacostumbrado; todas las mugeres del Reino hacen gala de imitarla, ataviándose con semejantes vestidos y semejantes vanidades. ¿Pues por qué no tendremos por nuestra gloria el imitar en todo nuestro porte á la Reina del cielo?

CAPITULO V.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR SOBRE el presente articulo.

151 **A**dvertencia primera: aunque debe trabajar el director en introducir en todos sus penitentes la modestia de los ojos; pero mas debe insistir en esto con los jóvenes y doncellas; así porque conviene mas á estos esta virtud, como tambien por-

que en ellos es mas peligrosa que en otros la libertad en mirar. En los jóvenes y en las doncellas estan tanto mas vivas las pasiones, quanto es menos maduro en ellos el juicio. Y por eso basta tal vez una sola mirada; para que se enciendan en amor, y despues en pensamientos y afectos inmundos: con lo cual pierden en un solo dia lo que habian adquirido con devotos ejercicios en meses y años enteros. Si el director no me cree á mi, probará cuanta verdad sea esto con sus propias experiencias. Le sucederá tener debajo de su direccion á una niña que daba de sí grandes esperanzas, porque estaba dada del todo á la piedad, atendida á la oracion, amaba las mortificaciones, era dócil y flexible á todo consejo; y verála despues mudada de un golpe, y llegar á ser en breve tiempo indevota; inmortificada, recibir de mala gana, y aun tener á mal sus sabias advertencias, y por fin volverle las espaldas y abandonarle. Indagando despues el origen de esta lastimosa transformacion, hallará que ha tenido principio de la libertad en mirar, porque echando la vista sobre un objeto agradable se enamoró, y aquel afecto profano (como suele acaecer en semejantes personas) apagó al punto todo sentimiento de piedad. Insista con mucha vigilancia, en que la juventud de que tiene cuidado vaya con los ojos bajos, especialmente por las calles, no con afectacion, sino con modo natural; y habiendo de hablar con personas de otro sexo instrúyales (como arriba insinué) á no fijar los ojos en la cara; porque usando de semejante modestia, darán señales de grande honestidad, y se asegurarán de todo inconveniente, asi de su parte, como tambien de parte de las personas con quienes tratan. De S. Ignacio se cuenta que despidiéndose de él el padre Oliverio Manareo para ir á otra parte, le fijó los ojos en la frente, quizá por el sentimiento de apartarse del Santo. El santo Padre le hizo entender por medio del padre Polanco que se examinase todos los dias de esta su falta, y que debiéndole escribir despues por los negocios ocurrentes, le diese cuenta de si habia cumplido la dicha penitencia. (1) Si de un Santo de tan grande prudencia fué te-

(1) Lancia. opusc. 2. n. 464.

nido por tan grande defecto el mirar un súbdito religioso el rostro de su superior en ocasion de partida: ¿qué mal no será en un joven, y en una muger, mayormente doncella, hacer lo mismo con personas de otro sexo, y andar bebiendo por los ojos la malicia del corazón?

152 Advertencia segunda: si el penitente ó penitenta fuere persona que atienda de alguna manera á la perfeccion, procure el director quitarle otras inmodestias y ligerezas que se cometen frecuentemente en el hablar, en el reir, en el andar y en el tratar con los otros, como he expuesto en el precedente capítulo. Guardese de hacer poco caso de semejantes cosas, como si fuesen menudencias de ninguna monta; porque los tales defectos son de impedimento á la perfeccion cristiana: siendo cosa manifiesta que quien no sabe vencerse en estas cosas pequeñas, tampoco sabrá vencerse en las grandes. Para persuadir esto al director, no quiero hacer mas que referir lo que cuenta S. Gregorio de una muchacha llamada *Musa*. Una noche se la apareció la Reina del cielo con una comitiva de virgenes gloriosas, vestidas todas de blanco y coronadas de lirios, y la preguntó si queria ir á descansar consigo, y en compañía de aquellas hermosas y lucidas doncellas. *Musa*, como quien á sola la vista se habia ya enamorado, respondió que sí queria; y se lo rogaba. Entonces añadió la Santísima Virgen Maria; si quieres venir en nuestra compañía, es menester que dejes las risas, las ligerezas y puerilidades. Si hicieres esto, dentro de treinta dias estarás con nosótras. Despues de esta vision pareció la muchacha mudada en otra, modesta en los ojos, seria en el rostro, parca en las palabras, y bien compuesta en todas las acciones. Los domésticos maravillados de una tan repentina mudanza, la preguntaron la causa, y ella con santa simplicidad les contó la aparicion de la Virgen, y la admonicion y promesa que la habia hecho. Llegado el dia veite y cinco de una vida tan circunspecta y modesta, fue sorprendida de una ardiente calentura, y á los treinta dias se la dejó ver de nuevo la Virgen Santísima con el acompañamiento de las mis-

mas santas doncellas y la convidó para ir en su compañía. Ella bajando la vista por reverencia, dijo con humilde alegría estas palabras: voy, Señora, voy, y con estas palabras plácidamente espiró. (1) Ciertamente es, que si las inmodestias en que caía la inocente doncella, no hubieran sido de impedimento y de mancha á su perfeccion, la Virgen Santísima no hubiera bajado del cielo para dejarla advertida; y no habria querido su total enmienda antes de admitirla á la bienaventurada patria.

153 Advertencia tercera: insista mucho mas el director, en que los sacerdotes, los religiosos y las monjas atiendan á la modestia de los ojos, de su porte y de todas sus acciones, cuando tuvieren á semejantes personas debajo de su direccion; porque en éstas la modestia es de suma edificacion á los seculares, y la descompostura causa estrañeza y escándalo; y por eso Jesucristo á estos particularmente mandó en el santo Evangelio, que resplandezcan á los ojos de todos con la luz del buen ejemplo, el cuál depende mucho de un cierto exterior orden en todas las operaciones: *vos estis lux mundi.... Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona.*

(2) San Pablo hablando á Timoteo de los Obispos y sacerdotes, dice, que es necesario que éstos tengan buena opinion con los extraños; esto es, para con aquellos que viven en el siglo: lo que mas que con otra cosa se consigue con la modestia de los ojos, con la circunspeccion de las palabras, con los meneos decentes á la persona, y tambien con el decoro conveniente de los vestidos: *oportet autem illum testimonium habere bonum ab iis, qui foris sunt.* Desea el Apóstol que las personas sagradas procuren el crédito con los seculares; no por ambicion y vanidad, sino solamente para que teniendo éstos la debida estimacion de los Eclesiásticos, se aprovechen de su enseñanza; y reciban bien sus amonestaciones y avisos. Obsérvese que desde una mancha en la cara, que no una llaga, ó una grande cicatriz en otra parte oculta del cuerpo. Asi desde una simple inmodestia en los religiosos y en los sacerdotes que son

(1) S. Greg. Dialog. lib. 4. c. 17. (2) Matth. c. 5. 14. 16.

las partes mas nobles, y como la cara de la santa Iglesia, que un pecado grave en los seculares; que son los miembros menos nobles de este mismo cuerpo. Oigase como habla sobre este punto S. Basilio. (1) *Neque enim, si quid indecorum geritur, id similiter in obscuris hominibus & in iis, qui illustres sunt, animadverti perinde solet. Nam de vulgo aliquis, si aut scurriles voces emittat, aut in ganeo crebro versetur, aut alia hujusmodi flagitia agat, haud facile quisquam attendit: quippe cum quisque existimet facta illa universa vitæ ejus instituto respondere. At qui vitæ genus perfectum proficetur, hunc si latum unguem ab officio suo recedere visus sit, omnes confestim observant: ipsique probri loco illud objiciunt, & faciunt quod in Evangelio scriptum est; conversi disrumpent vos.* Dice bien el Santo Doctor, que una accion indecente se mira de muy diferente manera en un hombre ilustre que en un hombre vil. Si un plebeyo dice bufonadas, ó hace otras acciones que desdícen, ninguno lo observa, porque semejantes descomposturas son propias de una tal clase de gentes. Mas si un hombre que profesa perfeccion (cuales son ciertamente en nuestro caso los religiosos y los eclesiásticos) se vé faltar á su decoro, y alejarse un dedo de su deber, todos lo notan, todos lo murmuran como si fuese un grave yerro.

154 Observe el director cuánta verdad sea esto. S. Gregorio en sus diálogos (2) refiere las grandes virtudes, y los grandes dones de que estaba enriquecido el Beato Isaac, monge en las cercanias de Espoleto. Dice, que era hombre de altísima oracion, de profundísima humildad, amantísimo de la santa pobreza, de tal manera, que habiéndole ofrecido muchas posesiones y rentas, todas generosamente las renunció, diciendo: *monachus, qui in terra possessiones quærit, monachus non est. Sic quippe metuebat paupertatis suæ severitatem perdere, sicut avari divites solent perituras divitias custodire.* Dice que estaba dotado del don de profecía, con el cual pronosticaba las cosas futuras, y tambien de la virtud de echar los demonios de los

(1) S. Basili, in Reg. fusius, explic. q. 22. (2) Dialog. lib. 3. cap. 14.

cuerpos que poseían. Con todo esto el Santo no encubre un defecto que tenía en compañía de tantas virtudes, y era el no saber esconder la grande alegría de su espíritu, manifestándola excesivamente con señales exteriores. ¿Pero qué defecto era este, me direis? Semejante alegría exterior, como efecto que nacia de una causa santa, parece que mas antes tiene visos de virtud, que no de defecto. Sin embargo, tratándose de un hombre que profesaba vida solitaria y austera, dice S. Gregorio, que por esta su externa exorbitante alegría era reprehensible: y añade, que esto solo podía bastar para no tenerle por hombre de gran virtud, si por otra parte no se hubiese manifestado su gran santidad. Tanta verdad es, que en personas que están en estado de perfeccion, cualquiera acto exterior no bien arreglado y compuesto, basta para disminuir para con los seglares aquella estimacion y buen concepto, que ellas estan obligadas á conservar para la gloria de Dios. Ved aquí las palabras del Santo Doctor: *hic enim cum virtute abstinentiæ, contemptu rerum transeuntium, prophetiæ spiritu, orationis intentione esset incomparabiliter præditus, unum erat, quod in eo reprehensibile videbatur, quod nonnunquam eî tanta lætitiâ inerat, ut illis tot virtutibus, nisi sciretur esse plenus, nullo modo crederetur.* Concluyamos, pues, con S. Gerónimo, que la modestia y compostura de un religioso (lo mismo se ha de decir de cualquiera eclesiástico) debe ser tal, que su hablar, su andar, su rostro y toda su persona sea una enseñanza de virtud: *de ludo monasteriorum hujuscentodi volumus egredi milites, quorum habitus, sermo, vultus, incessus doctrina virtutum sit.* (1)

155. Advertencia quarta: si viere el director que alguno de sus discípulos se aficiona á la bella virtud de la modestia, y tiene deseo de conseguirla; impóngale como medio quizá el mas eficaz que otro alguno para adquirirla el examen particular de que hablamos en el primer tratado. Pero instrúyale que tome, para desarraigarle, cada vez un sola defecto. Un capitán que quiere conquistar un reino, no dá á un tiempo la batalla en todas partes, ni pretende conquis

(1) S. hier. epist. ad Rustic.

tarlo todo de una vez con sus armas; sino que pone sitio á una ciudad, despues de otra, y en sujetándola, va extendiendo poco á poco su dominio por todas partes. Asi queriendo uno sujetar á la razon con la virtud de la modestia todas las acciones exteriores de los sentidos y de los miembros del cuerpo, haga primero guerra á los ojos, como mas ligeros, y modérelos con el examen particular; y despues á la lengua como mas resbaladiza, y enfrénela con el dicho examen, y despues á los otros miembros sucesivamente uno despues de otro, y compóngalos con el mismo medio. De esta manera logrará facilmente el tenerlos poco á poco sujetos á su voluntad y el contener todas sus externas operaciones, de manera que procedan á la vista de otros con un cierto lustre de honestidad y decencia.

156 Advertencia quinta: acerca del modo de vestir de aquellas mugeres que quieren profesar vida espiritual, advierta el director en tenerlas cuanto mas posible fuere, lejos de la vanidad. Yo no digo que hayan de mudar de hábito; porque esto no se debe hacer sin maduro consejo, sin el consentimiento de sus padres, y sin una bien fundada esperanza de que hayan de corresponder con sus costumbres á la santidad del nuevo hábito, habiendo tal vez sucedido que alguna haya dejado con ligereza el santo hábito que habia vestido, ó lo haya deshonrado con sus costumbres. Digo solamente que vistan segun su estado, lo mas bajo y humilde que puedan; porque dos son los grandes impedimentos que retardan á las mugeres el entregarse á Dios; la hermosura del rostro de que se precian, y la vanidad en los vestidos, con que se hinchan y ensoberbecen. Quitados estos dos obstáculos, facilmente, como se vé con la experiencia, se retiran del mundo, se dan á la modestia, al retiro, á la oracion y al ejercicio de las otras virtudes. *Serica*, dice S. Cipriano hablando de las vírgenes, & *purpura induta Christum sincere induere non possunt: auro & margaritis adornata & monilibus, ornamenta mentis & corporis perdunt.* (1) Mugeres, dice el Santo, vestidas de seda y de púrpura, no pueden

(1) S. Cip. de hab. Virg. lib. 4.

perfectamente vestirse de las costumbres de Cristo: y si después van adornadas de oro, perlas y de cosas semejantes, pierden el adorno del alma y aun el del cuerpo. Había aprendido el Santo Doctor esta doctrina del Príncipe de los Apóstoles San Pedro, que hablando á las mugeres cristianas, les prohibe la compostura de la cabeza, los adornos de oro, y la pompa de los vestidos: *quarum non est extrinsecus capillatura, aut circumdatio auri, aut indumenti vestimentorum cultus.* (1) San Pablo les permite algun moderado adorno, diciendo, que su habito sea modesto y decentemente adornado; pero sin compostura demasiada de los cabellos, sin oro, sin piedras preciosas, sin vestidos ricos que huelan á lujo y ostentacion de fausto: *similiter & mulieres in habitu ornato, cum verecundia, & sobrietate ornantes, & non in tortis crinibus aut auro, aut margaritis, vel veste pretiosa; sed quod decet mulieres promittentes pietatem per opera bona.* (2) Si el director ha guiado almas por mucho tiempo, habrá visto con la experiencia que los Santos han tenido, razon de hablar asi; y por eso procurará tener las mugeres, mayormente espirituales, lejos de semejantes vanidades. Yo he conocido á una dama, que se habia ya retirado del mundo y habia emprendido un tenor de vida santa; mas por haberse en cierta coyuntura puesto de gala, se revistió con aquel habito de todas sus vanidades y de todas sus antiguas costumbres: tan grande es el dominio que tiene la vanidad sobre el corazon de las mugeres.

157 Finalmente si desea el director tener la verdadera y justa idea del vestido que ha de llevar, y de la vida que debe hacer una muger espiritual en el siglo, veála ahí de S. Gregorio Nacianceno. (3) *Mulierum ornamentum est morum probitate, & elegancia florere; domi ut plurimum manere; colloquium cum divinis oraculis habere; fuso, & lanæ operam dare, ancillis opera mandare; servos vitare; oculis, labiis, genis vinculum injicere; pedem limine non frequenter offerre; pudicis quidem omnibus mulieribus*

(1) 1. Pet. c. 3. 3. (2) 1. ad. Timoth. c. 2. 9.
(3) S. Nacian. adv. mul. ambit. se ornant.

delectari. El adorno y decoro de las mugeres seculares, dice el Santo, ha de consistir en la bondad y en el ajuste de costumbres, en estarse de ordinario en casa; en hablar á menudo con Dios en la oracion; en atender á la labor de la lana y lino; en estar de sobrestante á las faenas domésticas de sus criadas; huir el trato y familiaridad de los sirvientes; tener á raya los ojos, la lengua y tambien las mejillas, las cuales se propasan tambien á pedir vanos pulimentos; no poner los pies frecuentemente fuera de casa, sino tratar dentro de ella con mugeres honestas y honradas. Haga todo esto una muger y caminar á segura por la senda de la perfeccion.

ARTICULO IV.

IMPEDIMENTOS QUE TRAEN PARA LA PERFECCION LOS SENTIDOS DEL OIDO Y DEL OLFATO, SI NO SE GUARDAN.

CAPITULO PRIMERO.

*DAÑOS QUE PROVIENEN DEL MAL USO DEL OIDO,
y bienes que provienen del buen uso del mismo sentido.*

158 **E**l sentido del oido reside en el órgano de las orejas, en que el sonido derramándose por el aire hace su sensacion. Y porque las palabras no son otra cosa que un cierto sonido formado de los labios y de la lengua del hombre, con el cuál expresa sus internos conceptos: de aqui es que á este sentido pertenece escuchar las palabras y razonamientos de otros. Mas porque las palabras si se consideran en la linea moral de las costumbres, unas son buenas y loables, y otras malas y reprehensibles: por eso se puede hacer buen uso de este sentido, escuchando las palabras buenas voluntariamente; y tambien mal uso oyendo con deleite y gusto las malas.

159 Por medio del oido, como dice el Apóstol, se infun-

de en nuestros entendimientos la fé de los divinos misterios: *fides ex auditu*; (1) porque si la persona no escucha aquellas verdades que está obligada á creer, y aquellos argumentos que persuaden la credibilidad; queda privada de aquellas noticias, sin las cuales no puede ejercitarse la fé: *quomodo enim credent sine prædicante*? Por medio del oído dá Dios aquellas luces celestiales y aquellos impulsos interiores que despiertan á ciertos cristianos del sueño del pecado, los cuales aunque creen, no viven segun su creencia; pues vemos por experiencia que no hay medio mas eficaz para llamar al pecador á penitencia, que el oír atentamente la divina palabra. Por medio del oído se reciben ciertas inspiraciones fuertes con que Dios nos llama á la perfeccion, como sucedió á S. Antonio, que escuchando una leccion del Evangelio, se sintió interiormente tan conmovido, que abandonando el siglo y cuanto en él tenia, se fué á esconder en la soledad y desiertos para vivir con solo Dios. Como sucedió á S. Nicolas de Tolentino, que oyendo un sermón sobre la vanidad de las cosas terrenas, concibió tanto hastio de ellas, que volviendo las espaldas al mundo, corrió luego á esconderse en un sagrado claustro.

160 Ni solamente se sirve Dios del oído para traer las almas á la perfeccion en los discursos públicos, sino tambien se vale de los privados razonamientos, como se saca de las historias Eclesiásticas, en que se hallan tantos animados á la vida perfecta por las privadas exortaciones de otros. El B. Raymundo Pisono, estando tocando la cítara, vé pasar por la calle á un gran siervo de Dios, siente una fuerte inspiracion de seguirle, obedece á aquel movimiento interior del ánimo, arroja el instrumento músico y se vá en su compañía. Oyele despues hablar de Dios con mucha suavidad y eficacia: con aquellos santos discursos se enciende é inflama todo en un desacostumbrado fervor: se dá enteramente á Dios, y se hace un gran santo. Pero á mi me hace aun mas fuerza la grande impresion que hizo en el corazon de San Agustin, y en el de su madre el oír un discurso devoto que en-

1) Ad. Rom. cap. 10. 17.

tre si hicieron hallándose sobre la ribera del Tiber, como refiere el mismo Santo en el libro de sus confesiones. Dice que comenzaron á introducir entre sí un razonamiento espiritual, con que se iban admirando de la grandeza de Dios en aquellos objetos que tenian delante de los ojos. Despues prosiguiendo su discurso, se levantaron con afecto mas ardiente á la consideracion de otras obras mas ilustres de la divina omnipotencia que hay en el cielo y en la tierra. Pasaron despues con el discurso á la consideracion de sus mismas almas, y traspasándolo finalmente todo con la inteligencia, se sumergiéron en los gozos eternos de la region de los bienaventurados, hasta que quedaron absortos y mudos en una muy alta contemplacion: *crigentes nos ardentiore affectu in idipsum, perambulavimus gradatim cuncta corporalia, & coelum ipsum.... & adhuc ascendebamus interius cogitando & loquendo de te, & mirando opera tua: & venimus in mentes nostras, & transcendimus eas, ut attingeremus regionem ubertatis indeficientis, ubi pascis Israel in aeternum veritatis pabulo; & ubi vita sapientia est.... Et dum loquimur, & inhiamus illi, attingimus eam modice toto ictu cordis, & suspiravimus, & reliquimus ibi religatas primitias spiritus: & remeavimus ad strepitum oris nostri.* (1) Con solo oír estas dos almas santas los discursos que mutuamente hacian acerca de las cosas divinas, se iban insinuando en sus entendimientos aquellas inteligencias sublimes, y en sus corazones aquellas inflamaciones suaves, en que quedaron felizmente absortos y perdidas en Dios. Cuenta tambien el Santo de si, que á los principios de su vida espiritual oyendo cantar en la Iglesia himnos y salmos devotos, le infundia Dios por medio de aquellas voces y de aquel canto, altas inteligencias en su mente y suavidades inefables en su corazon, con las cuales se derritia todo en dulces lagrimas: *in hymnis & canticis tuis suave sonantis Ecclesiae tuae vocibus commotus acriter: voces illae influebant auribus meis, & eliquabatur veritas tua in cor meum; & ex ea aestuabat inde affectus pietatis, & currebant lacrymae, & bene mihi erat cum*

(1) S. August. conf. lib. 9. cap. 10.

illis. (1) Tanta verdad es que el sentido del oído es el canal, por medio del cual suele Dios infundir en nuestras almas aquellas luces y aquellos afectos sobrenaturales que las despiertan; ó á la conversión, ó la mejora de vida, ó á una total perfección.

164 Al contrario, de este mismo sentido se sirve también el demonio para llevar las almas á la perdición, ó para alejarlas del camino de la perfección. Y si no decidme, ¿de dónde proviene que también entre los cristianos nacidos en el gremio de la santa Iglesia, é instruidos en la escuela del Redentor, hay tanta estimación de las honras, de las dignidades y glorias mundanas? ¿De dónde se hace tanto caso de las pompas, del fausto y de las vanidades? ¿De dónde se arrebatan tantos con tanto ímpetu á los resentimientos, á los odios, á las venganzas? ¿De dónde se busca con tanto ardor el dinero y la hacienda, y se desean con tanta ansia las riquezas? Todo nace de hablar el comun de los fieles con grande concepto y estimación de estas cosas frágiles y caducas: de ensalzarlas, de engrandecerlas, y de llamar felices á los que las poseen. De aquí se sigue que quien lo oye, forma también de las tales cosas, aunque vanas y caducas, una alta estimación: y después tras de la estimación por una cierta natural conexión corre el afecto á cebarse en ellas. Y tanta corrupción, como se vé en las costumbres y lloran las personas celosas del divino honor, ¿de dónde toma su origen? Puntualmente de este sentido del oído mal guardado. No dudeis nada de esto. Y si deseais certificaros, preguntad á tantas mugeres sin vergüenza, á tantos jóvenes disolutos y lascivos, que ahora viven sumergidos en el lodazal de inmundicias; preguntadles, digo, cual fue el primer anillo de aquella larga cadena de pecados, con que al presente los tiene atados el demonio; y hallareis que por lo comun, y las mas veces fue un discurso deshonesto ó poco decente que oyeron con gusto. Allí concibieron los primeros pensamientos y los primeros afectos inmundos. Allí bebieron aquellas primeras gotas de malicia, que después los sumergieron en un mar de iniquidades.

(1) Conf. lib. 9. cap. 6.

162 De modo, que se ve claramente que del buen ó mal uso de este sentido toma principio la salud, ó la perdicion del hombre; y que de la buena ó mala guarda de él depende mucho en las personas devotas su perfeccion, ó su espiritual miseria y pobreza; porque tambien este sentido es una de las ventanas, por las cuales entra en nosotros, la muerte ó la vida para apagar ó vivificar nuestro espíritu. Y lo que es muy de notar, que no es esta una ventana como las otras, que se abren y cierran á nuestro arbitrio; sino que es una ventana siempre abierta y que jamás se cierra; porque aunque se puede alejar este sentido de los discursos nocivos; pero no se puede cerrar como los ojos y como la boca; de manera, que estando presente no entren las palabras á empañar el candor del espíritu. Corra, pues, la persona que profesa devocion y piedad á escuchar los sermones, donde por medio del oido entran los sentimientos santos en el corazon, y huya con grande horror de los teatros, de las comedias, y de los espectáculos públicos, donde los movimientos, los dichos, los discursos tiernos, y las palabras amorosas introducen por el oido un tósigo mortal en el alma que la envenena. Guardese con gran cautela de escuchar discursos libres, que son la peste de las buenas costumbres, conforme el célebre dicho: *corrumpunt bonos mores colloquia prava*. Cautélese con mucho cuidado de oir razonamientos vanos que llenan la cabeza de especies mundanas, y disipan la mente, y el corazon. Oiga de buena gana discursos sabios, discursos piadosos, discursos espirituales, y promuévalos con todas sus fuerzas, pero sin afectacion con sus amigos y conocidos; porque éstos llenan el entendimiento de pensamientos devotos, encienden la voluntad en santos afectos, son útiles á quien los escucha y á quien los hace, como ya mostramos antes con el hecho referido de S. Agustin. Ni el hacerse sencillamente semejantes razonamientos, y de personas de igual condicion les quita la eficacia, antes la añade; pues vemos que tal vez son mas provechosos, que los mismos sermones que desde el púlpito recitan los sagrados predicadores.

163 Cuéntase en las vidas de los padres, que un santo viejo veía al rededor de los monges, mientras se entretenían en santos razonamientos, volar á los ángeles alegres y festivos; pero cuando hacían discursos seculares y vanos, veía á los demonios que en medio de ellos estaban gruñendo como puercos abominables. Por eso andaba el santo hombre gritando por el monasterio: dejad, hermanos, las pláticas vanas que son la perdición del alma: *cum autem aliud quivis loqueretur, statim Angeli recedebant longius, indignantes contra eas. Veniebant autem porci sordidissimi, & morbo pleni, & volutabant se inter eos. Dæmones enim in specie porcorum delectabantur de superbia & vana loquela eorum... Beatus autem senior hæc videns, commonebat per monasteria fratres: colibete á multiloquio, et ab otiosis sermonibus linguam, per quam malus interitus animæ generatur.* (1)

Obsérvese que este gran siervo de Dios no decía ya, que los discursos mundanos sean á las personas espirituales de algun ligero perjuicio, sino que acarrear la muerte á sus almas por causa de la grande disipacion, y de otros pésimos efectos que dejan en sus espíritus. Por donde no es maravilla que los demonios se deleiten de semejantes coloquios vanos, se gocen de hallarse entre ellos, y den brutales señales de su complacencia.

164 Mas al contrario los discursos piadosos confortan al alma, la encienden y la animan á la virtud; porque oyendo hablar nosotros de cosas santas, nos habla al mismo tiempo al corazón Jesucristo; que en tales casos se halla allí presente, como nos promete en el sagrado Evangelio: *ubi sunt duo, vel tres congregati in nomine meo, in medio illorum ego sum.* (2) Por lo cual nos sucede entonces á nosotros lo que sucedió á los dos discípulos en el camino de Emaús, que oyendo las palabras de Cristo sentían inflamarse sus corazones en un santo ardor: *nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?* (3) Quiso dar Dios á S. Francisco, y á sus hijos un testimonio ocular de esta verdad; (4) porque hallándose un día el Santo

(1) Vit. PP. c. 26. §. 35.

(2) Matth. c. 18. 20.

(3) Luc. 24. 32.

(4) Cron. Min. Galli. lib. 1. caP. 30.

en compañía de algunos hermanos suyos se introdujo entre ellos un discurso espiritual, en que se hablaba de Dios con tan sublimes conceptos y con tanta suavidad, que cada uno era de grande admiracion y conorte á sus compañeros. En este tiempo se vió aparecer en medio de aquella devota junta el Salvador con amabilísimo semblante. A esta vista arrebatados todos de los sentidos cayeron postrados en tierra, donde quedaron por algun tiempo absortos en un gozosisimo éxtasis. Aborrezca, pues, el hombre devoto el oír chanzas y vanidades; gócese de oír discursos sabios, santos y provechosos, si no quiere en sus conversaciones la compañía de los demonios, y si la de los ángeles y del mismo Señor de los ángeles.

165 Añado que no hay cosa mas propia y que mas convenga á una persona espiritual, que el aplicar con gusto el oído á los discursos devotos y cerrarlo á las conversaciones profanas. Porque cada uno gusta de oír hacer mencion de aquellas cosas que ama. Gózase el soldado de oír hablar de guerras; el letrado se deleita en oír hablar de ciencias; el herrero se complace en escuchar á quien discurre de sus manufacturas: *tractant fabrilia fabri.* De la misma manera el hombre mundano gusta de oír discursos del mundo, y el hombre espiritual de oír discursos de espíritu. De aqui saque cada uno la regla para conocer en que clase de personas se halla.

CAPITULO II.

*SE DESCIEENDE EN PARTICULAR, Y SE MUESTRA
el daño que puede redundar al espíritu de escuchar
voluntariamente murmuraciones.*

166 La murmuracion, dice S. Gerónimo, es un vicio tan derramado por las venas del cristianismo, que con gran trabajo se hallará quien no esté manchado con él. Hallareis personas consagradas al divino servicio, que están exentas de toda mancha de impureza, que tienen limpio el corazon de todo apego

á la hacienda y de cualquier otra mala afición; que no dejan salir de su boca palabra menos decente, que mortifican la gula con ayunos, que afligen su cuerpo con cilicios, y están adornadas de toda virtud. Mas personas espirituales que no murmuren y no censuren las acciones de otros, difícilmente las hallareis; porque este es el último lazo que les arma el demonio, en el cual van todos á caer: *pauci admodum sunt, qui hoc vitio (scilicet detractiois) renuntiant; raroque invenies, qui ita vitam suam irreprehensibilem exhibere velint, ut non libenter reprehendant alienam: tantaque hujusmodi libido mentes hominum invasit, ut etiam qui procul ab aliis vitis recesserunt, in illud tamen, tanquam in extremum diaboli laqueum incidant.* (1) De aquí infiera el lector la necesidad que hay de tratar de este vicio, que siendo tan ageno de la perfeccion cristiana, es sin embargo tan comun en aquellos que la profesan. Mas porque el oír las murmuraciones es cosa que hace relacion á quien las dice, no siendo posible que se oiga lo que otros no dicen: por eso antes de mostrar el gran mal que hay en oír con gusto las murmuraciones (que es lo que propiamente pertenece á este lugar,) es necesario que declare brevemente el mal enorme que hace quien las dice, disminuyendo con su lengua la agena reputación.

167. S. Bernardo, hablando de la murmuracion dice, que la lengua del murmurador es una vivora, que con una sola mordedura envenena á tres personas; que es una lanza que con un golpe traspasa á tres; que es una espada de tres puntas, que con una sola estocada hace tres heridas; *numquid non est vipera lingua detractoris? Ferocissima sane, nimirum quæ lethaliter tres inficit flatu uno. Numquid non lancea est ista lingua? Profectio & acutissima, quæ tres penetrat ictu uno. Lingua, inquit, eorum gladius acutus. Gladius equidem anceps, imo triceps est lingua detractoris.* (2) Explicando despues estas tres heridas que hace la lengua maligna con cada murmuracion que descarga, dice, que la primera herida la hace á la persona contra quien mur-

(1) Epist. ad Celan.

(2) S. Bern. de tripl. custod. man. ling. & cord.

mura, traspasándola en lo vivo de la reputacion. La segunda herida la hace á los oídos de quien le escucha, dándole escándalo y ocasion de pecar con su hablar. La tercera herida, que es la mas atroz de todas, la hace á sí mismo, hiriendo su propia alma con una culpa tan disforme, que le hace odioso y abominable á los ojos de Dios, como atestigua el Apostol: *detractores Deo odibiles.* (1)

168 Ni sirve el decir (añade): ¿qué cosa es una palabra ligera que vuela por el aire y se la lleva el viento? porque es verdad que la palabra de la murmuracion ligeramente vuela; pero hiere gravemente: es verdad que pasa presto; pero abrasa atrozmente: *dicimus levis res sermo; tenera, mollis & exigua caro lingua hominis; quis sapiens magni pendat? Levis quidem res sermo, quia leviter volat, sed graviter vulnerat; leviter transit, sed graviter urit.*

169 Mas quien desee entender mejor cuán bien penetrase con su ilustrada mente el melifluo Doctor la deformidad que en sí contiene el pecado de la detraccion, y quanto horror le tuviese, lea el sermon tercero que hizo en la dedicacion de la Iglesia; y hallará que llega á llamar con el titulo de traidores á aquellos monges que se atreviesen á introducir en su monasterio un vicio tan abominable, llega á llamarlos compañeros de los diablos; pues se unen con ellos para causar escándalos, sembrar discordias con sus murmuraciones y murmullos de su lengua, é intentan trocar la casa de Dios en cueva de demonios. Oiga el lector sus palabras. (2) *Proditores sunt quicumque in hoc Domini castrum inimicos ejus introducere moluntur: quales sunt utique detractores Deo odibiles, qui discordias seminant, nutrant scandala inter fratres. Sicut enim in pace factus es locus Domini; sic in discordia locum fieri diabolo, manifestum est. Non miremini, fratres, si durius loqui videor, quia veritas neminem palpat. Omnino proditorem se noverit, si quis forte, quod absit, vitia quelibet in hanc domum conatur inducere, & domum Dei spelucam facere dæmoniorum.*

(1) Rom. c. 1. 30.

(2) S. Bern. serm. 3. in Ded. Eccles.

¡Grandes palabras! ¡Gran celo! Gran horror á la murmuracion!
¡Gran fealdad de este vicio!

170 Ni piense el lector que sea solo S. Bernardo el que habla de la murmuracion con términos tan enfáticos y expresivos. Tambien los demas Santos y Doctores hablan con expresiones de mucha detestacion. S. Clemente Papa en una epistola suya que trae Graciano, (1) refiere una doctrina del principe de los Apostoles, y es, que tres especies hay de homicidios: la primera especie es de los que quitan la vida á sus prójimos, la segunda de los que los aborrecen de muerte, y la tercera de aquellos que les disminuyen la fama, y que á todas tres especies de homicidas, como igualmente reos, les señala Dios igual pena: *homicidarum tria genera esse dicebat B. Petrus, & pœnan eorum parilem esse dicebat: sicut enim homicidas interfectores fratrum, ita detractores quoque eorum, eosque odientes, homicidas esse manifestabat.* Del mismo delito de homicidio reputa reo S. Geronimo á quien murmura, apoyado en la autoridad de S. Juan y de Salomon; y llega á llamar á la murmuracion con el título de grande maldad: *grande scelus est, cum detraho fratri meo; lingua mea fratrem interficio. Qui enim odit fratrem suum, homicida est. Vide, quid dicat Salomon: in manu lingue mors & vita.* Ni debe parecer á alguno extraño, y mal fundado semejante modo de hablar; porque es verdad que el murmurar no saca de las venas del prójimo la sangre que es mas vil; pero le saca la sangre de la reputacion que es mas noble. Es verdad que no le quita la vida del cuerpo que es menos preciosa; pero le quita la vida civil que es mas estimable; pues el miserable herido de la lengua maligna del murmurador, no vive como antes en el buen concepto de los hombres.

171 A lo menos es cierto que el pecado de la detraccion es mas grave, que el del hurto y el de la rapiña; porque como dice el Sábio, *melius est bonum nomen, quam divitiæ multæ.* (2) El buen nombre es un bien de superior esfera á todas las riquezas del mundo, y por eso es digno de mayor estimacion.

(1) De Pœnit. dist. 1. (2) Prov. cap. 22. 1

Y ciertamente no se hallará hombre de buen juicio, que para recobrar la reputacion ya perdida, ó para reparar la ruina que le amenaza de su estimacion, no dé por bien empleado el gasto de su dinero, hacienda, rentas y aun de sus posesiones. Es preciso, pues, decir que causa mayor perjuicio á su prójimo, y comete culpa mas grave, quien murmurando le priva del buen concepto de que goza en la opinion de los hombres, que quien robando le despoja de los dineros, de la hacienda y de otros bienes de fortuna. Y hágase aquí de paso reflexion sobre la comun ceguedad de los fieles. Si un cristiano supiese haber cometido veinte ó treinta hurtos en el discurso de su vida, se avergonzaria ciertamente de si mismo, y por tan graves excesos se tendria por indigno de vivir entre los hombres. Y sin embargo sabiendo haber murmurado veinte ó treinta veces de la fama de su prójimo que es delito mas grave, no por eso siente algun rubor, ni experimenta algun remordimiento y amargura, como si no hubiese hecho mal alguno. ¡Oh engaño! ¡Oh ceguedad! ¡Oh alucinacion de nuestros entendimientos!

172 Mas para que no parezca que yo quiero abultar mas de lo debido la gravedad de este vicio, y exagerar demasiado su fealdad; valgámonos de una medida que ciertamente no puede fallar, para sondear el fondo de su malicia. Sea ésta los castigos con que Dios lo ha castigado; veamos cuán atroces sean, y de aquí podremos deducir con justa é infalible proporcion, cuánta sea su gravedad. Tenemos en el libro de los Números, (1) que Maria, hermana de Moisés, fue cubierta de pies á cabeza de una asquerosisima lepra en pena de haber murmurado de su hermano. Y lo que debe causar mayor admiracion es, que rogando Moisés para librarla de aquel castigo, no fue oído, siendo él, el ofendido, como nota S. Basilio. Tanto se enojó Dios contra ella. En el mismo libro de los Números (2) tenemos que Coré, Datan y Abiron en pena de haber murmurado contra el mismo Moisés, fueron tragados vivos de la

(1) Num. cap. 12. 10. (2) Num. cap. 16. 31.

tierra con todo lo que tenían. Que doscientas y cuarenta personas principales, y despues catorce mil y sietecientas de la plebe de los Israelitas fueron quemados vivos de un fuego prodigioso que llovió del cielo, en venganza de sus murmuraciones contra el gran Profeta. Que otra vez envió Dios serpientes de fuego, para hacer terrible estrago en aquel pueblo murmurador. Y finalmente, que casi todo aquel pueblo fué condenado en castigo de sus muchas y repetidas murmuraciones, á perecer entre los arenales del desierto de Arabia, por donde andaba peregrinando; sin poder llegar á gozar por un solo dia de las delicias de la tierra prometida, tan deseada de ellos y buscada con tanto trabajo. Ciertamente no se lee que Dios haya enviado por otros delitos azotes tan severos, como son llover fuego del cielo, abrirse en profundos boquerones la tierra, levantar serpientes tragadoras, lepras, muertes y estragos de pueblos enteros. ¿Cuán grande, pues, convendrá decir, que sea aquel pecado que un Dios justísimo y piadosísimo en sus mismas venganzas castiga con tan severas penas?

173 Si despues de esto queremos pasar de las historias divinas á las eclesiásticas, hallaremos aqui tambien vengada de Dios la murmuracion con terribles castigos. Entre muchos casos escojo tres, en que me parece mas manifiesta la ira de Dios; y los referiré en pocas palabras. Es el uno el que refiere Tomás de Cantimprato haber visto con sus mismos ojos en un sacerdote, indigno de tal carácter y de tal nombre. Estaba este acostumbrado á herir con su pérfida lengua la fama de otros, y á derramar sin miramiento alguno la sangre de la reputacion de sus prójimos. Llegado despues el punto de la muerte, dió en tal mania que se despedazaba la lengua con sus propios dientes. Y lo que parece mas extraño es, que abriendo la boca exhalaba un hedor intolerable: queriendo mostrar Dios, verificado en él el dicho del real Profeta, que la lengua del murmurador es lengua de áspid, y que su garganta es un pestilencial sepulcro, como nota el citado autor: *quod quia lingua sua dolose egerat, & venenum aspidum sub labiis ejus; quasi sepulchrum patens*

*quatuor illius, Actorem totentium exalavit, et per quos peccata
rat, per eadem torquerentur.* (1)

174. Los otros dos castigos los refiere el Cardenal Beati-
nio; (2) el uno sucedido á un sacerdote llamado Donato, y
el otro á un Obispo llamado Maurano, ambos muy semejantes
en el suceso é igualmente funestos. El primero murmurando
en un convite de la gloriosa y feliz memoria de S. Ambrosio,
y murmurando el otro en un semejante banquete de las ac-
ciones ilustres de S. Agustín en presencia de su hermano, fue-
ron mortalmente heridos de mano invisible; con que hicieron
funesto el convite. Llevados despues en manos de otros desde
la mesa á la cama, espiraron allí miserablemente. Concluye
el autor diciendo: así castiga Dios á las lenguas murmurado-
ras: *is finis virorum detrahentium fuit, quod videntes, qui tunc
viderunt, admirati sunt.*

175. Pero dirá quizá alguno, mis murmuraciones no son
dignas de tales reprensiones, ni de tales castigos, porque son en
materia ligera: pueden si obscurecer algo la reputacion de mi
prójimo; pero no denigrarla. Si á semejante disculpa hubiese
de responder S. Bernardo, enemigo jurado de las lenguas mor-
daces, diría que en la murmuracion no conoce el ligereza de
culpa: *forte aliqui leve peccatum aestimant murmurare; sed non
hic (nempe Apostolus ad Philip c. 2. v. 14.) qui ante omnia mo-
net cavendum. Puto autem, ne illum quidem leve putasse, qui
murmurantibus ajebat: non contra vos est murmur vestrum, sed
contra Dominum; nos enim quid sumus? Sed ne illum quoque,
qui dixit: non murmuraveritis, sicut quidam murmuraverunt, &
perierunt ab exterminatore; illo nimirum exterminatore, qui po-
tissimus est in hoc ipsum, ut à terminis beatæ illius civitatis arceat
murmuratores, & longe faciat à finibus ejus.* (3) Veis aquí
la respuesta del Santo. Quizá juzgará alguno que en el mur-
murar haya culpa ligera. Mas no lo juzgó así el Apóstol, que
nos amonestó, nos guardásemos de este pecado mas que de
cualquiera otra cosa. No lo juzgó así Moisés, el cual dijo al

1. Thom. Cant. apud c. 37. 127 Baron. tom. 3. an. 397. n. 84. (3) S. Bern. in serm.

pueblo, que sus murmuraciones no eran contra él, sino contra el Señor. No lo juzgó así el mismo Apóstol, el cual advirtió á los Corintios que no murmurasen, para que no fuesen exterminados, como había sucedido á otros; no fuesen, digo, exterminados de la patria celestial, y apartados muy lejos de aquellas bienaventuradas puertas.

176 Con todo eso no pudiéndose negar, que en la murmuracion, como en otros peccados, haya materia ligera, se deben entender las palabras del Santo en este sentido, que si bien puede haber muchas veces en la detraction; y de hecho hay culpa ligera; sin embargo jamas es mal ligero por las razones siguientes. Lo primero, porque no se debe tener jamas por mal pequeño aquel que de alguna manera va á tocar al pújano en lo vivo de la reputacion. El honor se estima igualmente que las niñas de los ojos. Ahora, así como cualquier pequeño golpe hecho en una parte tan delicada, como son las niñas de los ojos, es siempre muy doloroso; así cualquier golpecito dado por la lengua de otros á nuestra honra, nos es siempre de grande disgusto y pesadumbre; ni se puede tener prudentemente en cuenta de poco mal. Lo segundo, porque la murmuracion, aunque por sí misma sea ligera, tiene una cierta deformidad particular, por la cual debe reputarse por un grande mal. Explico esto con la paridad del hurto, al qual se asemeja mucho la detraction. Es cierto que el quitar furtivamente alguna cosa pequeña, no es hurto que llegue á la malicia de culpa grave. Y sin embargo, un caballero ú otra persona de honra, mas se avergonzará de haber cometido un hurto ligero, que de haber caído en un peccado gravísimo de deshonestidad ó de venganza; porque el hurto es una accion infame, que aun en materia pequeña conserva una particular fealdad, la cual lo hace vituperable, y en tal caso mancha el honor de quien lo comete. Pues ¿por qué no se ha de decir lo mismo de la murmuracion, que es un verdadero hurto; y lo peor es que es hurto de cosa mas preciosa, cual es el buen nombre, y el buen concepto y estima de que goza la persona honrada en la mente de los hom-

costumbres, y alimenta una hermosa paz en el corazón. *Est sane tale hoc vitium, quod vel in primis extinguí debeat. & ab eis, qui se sancte instituere volunt, prorsus excludi. Nihil enim tam inquietat animum, nihil est, quod ita mobilem & levem faciat, quam facile totum credere, & obrectatorum verba temerario mentis assensu sequi. Hinc enim crebrae dissensiones, hinc odia injusta nascuntur. Hoc est, quod saepe de amicissimis, etiam inimicos facit; dum concordés quidem & credulas animas, multiloqua lingua dissolvat. At contra magna quies animi, magnaque morum gravitas, non temere de quoquam sinistre quod audire.* Bienaventurado aquel que se ha armado contra este vicio de manera, que ninguno se atreve á murmurar en su presencia. A esta felicidad llegó Santa Teresa, que ya con divertir diestramente; ya con reprender dulcemente las murmuraciones que se levantaban entre sus religiosas, llegó á tal estado, que no habia alguna que se atreviese en su presencia á introducir plática alguna de murmuracion. Por lo cual era dicho comun en su monasterio, que donde se hallaba Teresa, todas las monjas tenían seguras las espaldas, como ella misma refiere en el libro de su vida.

179 Presupuesto todo esto, si el hombre espiritual no quiere errar con el sentido del oido, haciéndose culpable de las murmuraciones de otros, tome la regla que ahora quiero darle. Huya de tratar con personas acostumbradas á censurar las acciones de sus prójimos; obedezca al mandamiento que le intima el Espíritu Santo: *cum detractoribus non commiscearis*; y de nuevo: *remove à te os pravum; detrahentia labia sint procul à te.* (1) Aleja de ti la lengua mala, y estén lejos de ti los labios murmuradores. Si le sucediere oír alguna notable murmuracion, guárdese de dar señal alguna de gusto y de complacencia; para no cooperar, como dice S. Jerónimo, á la murmuracion ajena y no hacerse participante de su culpa.

180 Mas esto es poco: debe además de esto pisar todo respeto humano, y reprender aquella lengua mordaz, (si no es

(1) Prov. c. 24. 21. c. 4. 24.

que un justo y debido respeto á la persona murmuradora se lo prohiba) y hacerla advertida del agravio que hace al prójimo con su hablar. Acójase en tales casos al consejo que San Juan Crisóstomo dió al pueblo de Antioquia, acerca del modo de contenerse en semejantes encuentros: *dic proximo detrahenti: habes aliquem quem laudes, & commendes? aures aperio, ut unguenta suscipiam. Si vero malum velis dicere, obturo aures: non enim stercus & cœnum accipere sustinebo.* (1) Di con toda libertad á quien murmura, si tú quieres hablar bien del prójimo, y decir cosas de alabanza, ves aquí mis oídos abiertos para escucharte. Mas si te agrada el hablar mal, descubrir sus defectos y censurar sus acciones; tengo cerrados los oídos para no escucharte. Mis oídos estan acostumbrados á recibir el balsemo de los buenos razonamientos, y no el lodo y estiércol de la maledicencia: así el Santo. Si acaso la calidad del sugeto que murmura, superior á vos en el grado y en la autoridad, no os permitiere hablar de esta manera, y de darle una tan clara reprension; divertid á lo menos el discurso, y con destreza introducid otro diferente y mas conforme á la caridad cristiana. Mas si ni aun esto surtiere efecto, bajad á lo menos los ojos, componed con seriedad vuestro rostro, y significadle con los hechos, lo que no os es lícito hacer con las palabras: quiero decir, indicadle con aquella seriedad que los tales discursos son en sí desconvenientes, y á vos de disgusto. Obrando de esta manera, le hareis una correccion tácita, pero provechosa; porque dice el Sabio, que así como el viento norte disipa las nubes del cielo, así un rostro serio y compuesto hace desvanecer las murmuraciones en la boca de los detractores: *ventus aquilo dissipat pluvias: & facies tristis linguam detrahentem.* (2) Cuenta Casiano, (3) que cierto monge llamado Maquete, había recibido de Dios esta gracia, que habiéndose de cosas santas en las conferencias espirituales estaba siempre en sí y despierto por mas largo que fuese el discurso, y durase noches y dias enteros; pero en comenzando á introducirse alguna conversacion de murmuracion, caía luego

(1) S. Chrys. hom. 3. (2) Prov. 25. 23. (3) Casian. inst. lib. 5. cap. 29.
Tom. II. 19

en un profundo sueño. Vos no podreis con un sueño tan prodigioso mostrar á quien murmura en vuestra presencia, el disgusto que recibis de aquella conversacion contraria á la caridad. Pero significádselo á lo menos con el silencio y con la seriedad del rostro, cuando no podais divertir el discurso, ó no os sea lícito reprender á quien lo hace. Hasta ahora he hablado yo del daño que resulta al espíritu de escuchar las murmuraciones de otros, y me he exployado algun tanto en esta materia, porque es defecto en que se cae mucho y muy frecuentemente. Mas no por eso se ha de entender que el hombre espiritual no haya de guardar con mucho cuidado el oido de escuchar otras palabras que pueden ser de mucho perjuicio, y tal vez de ruina al espíritu. ¿Quién no ve cuán cauto debe ser en no dar oidos á discursos y á palabras impuras, que no solo dan muestras de corrupcion en quien las dice, sino que llegan á corromper las costumbres de quien las escucha: *corrumpunt bonos mores colloquia prava*? Lo mismo digo de las palabras afectuosas, especialmente si las dice persona de otro sexo, que entrando suavemente corrompen el corazon con el veneno de un afecto carnal, apagan todo sentimiento de devocion, y tal vez le inducen á perder del todo el santo temor de Dios. ¿Quién no ve cuanto le conviene tener cerrados los oidos á las máximas falsas que pervierten el entendimiento, á los malos consejos que engañan el corazon, á las alabanzas que le levantan y ensoberbecen, á las adulaciones que lisongeando engañan á los incautos, y á los discursos mundanos, inútiles y vanos, que enagenan la mente de los pensamientos santos y disipan el corazon con afectos terrenos? En suma es menester acordarse siempre, que el oido es un sentido que no tiene reparo alguno; está expuesto á todas las palabras y voces que otros profieren; y por sí mismo no puede evitarlas: por eso toca á quien tiene de él cuidado el guardarlo de discursos nocivos.

CAPITULO III.

*SE INSINUAN LOS DAÑOS QUE PUEDE CAUSAR A
la perfeccion el sentido del olfato.*

181 **E**ntre todos los sentidos el mas inocente, y que menos se opone á la perfeccion es el sentido del olfato; porque así como entre todos los sentidos es el mas débil, así tiene menos fuerza para dañarnos. Mas perfecto que nosotros tienen el olfato los cuervos, las abejas y los buitres, que perciben de muy lejos el olor y el hedor de los cuerpos. Mas agudo que nosotros tienen este sentido los perros, á quienes bastan las pisadas impresas en la tierra, ó del dueño, ó de las fieras para hallarlas. Esto proviene, dice Alberto Magno, (1) de que el órgano del olfato en el hombre está unido con el cerebro que en nosotros es muy grande: y con su humedad y frialdad sirve de impedimento á este sentido, para hacer con perfeccion sus sensaciones. Pero sea la que fuere la causa de esto, lo cierto es, que Dios lo ha dispuesto con suma providencia; porque las bestias tienen gran necesidad de este sentido, para discernir entre los manjares, cuales les sean útiles, y cuales nocivos; y entre los objetos, cuales sean convenientes á su naturaleza, y cuales no; por lo cual convenia que fuese en ellas perfecto el dicho sentido. Pero el hombre está dotado de entendimiento y de razon, y con ella discierne con mucha mayor perfeccion todas las cosas.

182 Sin embargo de todo eso, puede tambien este sentido ser dañoso al espíritu, si la persona devota vá en busca de olores, y los procura en las flores, en los ambares, y en las pastillas: si los trae consigo, y perfuma su habitacion con ellos, y vá en busca de aquel deleite, que de semejantes fragancias resulta al olfato: siendo manifiesto que todo deleite sensible procurado para nuestros sentidos por solo el motivo de com-

(1) Alb. Mag. trac. de odore.

placerlos, es ilícito y pecaminoso. Semejantes delicadezas desdican aun en las personas del mundo; y si las buscan con exceso desagradan tanto á Dios, que alguna vez ha dado señales de ello con castigos muy ejemplares. Argüid, pues, de aquí cuánto le desagradarán en personas espirituales que ya se han dedicado á su divino servicio. A la verdad es bien sabido el castigo, que segun refiere S. Pedro Damiano, descargó Dios sobre cierta dama, muger del Dux de Venecia. (1) Fuera de otras delicadezas con que esta señora regalaba su cuerpo, queria que su cámara estuviese siempre perfumada de tanto timiama, y de tantas especies de olores, que el Santo se avergüenza de referirlos, y teme que apenas hallaria crédito en los lectores: *ejus vero cubiculum tot tymiamatum, aromatumque generibus redolebat, ut & vobis narrare dedecus futeat, & auditor forte non credat.* Pero no tardó Dios en manifestar cuanto le indignaban las excesivas delicadezas de esta muger. Porque la hirió de pies á cabeza de una asquerosísima llaga, con la cuál se le pudrian las carnes encima, y de sus podridos miembros salia un hedor intolerable: de manera, que no se podian acercar á su cámara, no solo los parientes, pero ni aun sus criados y esclavos. Solamente una camarera suya bien prevenida de olores junto á las narices entraba con mucha presteza á darle lo necesario, y salia al punto huyendo. De esta manera hecha un cadaver antes de morir, al fin espiró miserablemente. Su muerte á ninguno causó tristeza y sentimiento, sino á todos consuelo; porque habia llegado á ser á todos insoportable por el hedor intolerable de su cuerpo. Asi quiso Dios que viesen todos en este cadaver animado, que no merece nuestra vil carne ser perfumada de olores. Concluye el Santo: *quid enim sit caro, docet ipsa caro; quodque perhibet mortua, testatur viva.*

183 Mas el hombre espiritual no se ha de contentar de no dar placer á las narices con la variedad de los olores; sino que si ama la mortificacion de los sentidos, virtud tan

(1) S. Pet. Dam. Ep. 20. Blanc. comit. c. 11.

propia de los siervos de Dios, ha de procurar afligir el olfato con olores desapacibles, ó á lo menos sufrir con voluntad la molestia, cuando lo pide la necesidad, ó por la calidad del lugar en que habita, ó por la calidad de las personas con quienes vive; y sobre todo cuando lo requiere la caridad cristiana, con ocasion de asistir á los enfermos en los hospitales, ó en sus propias casas: á imitacion de los Santos, que animados de este espíritu de caridad y de mortificacion, se gozaban entre el hedor de los enfermos, como si se hallasen entre jardines de flores, y entre planteles de fragantísimas rosas.

184 Heroica era la mortificacion con que el santo Abad Arsenio atormentaba este sentido, como se refiere en las vidas de los padres. (1) Tenia el siervo de Dios dentro de su pequeña celda un vaso de agua, dentro del cual ponía en infusion las hojas de las palmas, para hacerlas blandas, flexibles y aptas para la labor de las espuelas en que solian ocuparse aquellos santos monges. Con el tiempo se pudria aquella agua, y exhalaba un hedor insufrible: pero el no permitia que se arrojase jamas aquel vaso de agua, ni queria que se quitase de la celda aquel mal olor. Decianle los monges cuando iban á visitarle: padre Arsenio, haced que se arroje este vaso, porque ninguno puede acercarse á vuestra celda por el excesivo hedor. No, respondia el Santo: en descuento de las satisfacciones que he dado al olfato con los perfumes y ámbares, cuando vivia allá entre las pompas del siglo, es muy debido que ahora lo aflija con este olor desapacible; y que dé satisfaccion á Dios de mis pasadas delicadezas, para que no las castigue en la otra vida con penas incomparablemente mas atroces. Aprenda de aqui la persona devota, como ha de mortificar este sentido, especialmente si en lo pasado ha condescendido excesivamente con sus gustos.

(1) In. vit. PP. § 36.

CAPITULO IV.

*ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR
sobre el presente articulo.*

185 **A**dvertencia primera: ya ha entendido el director, (y aun creo que mucho antes lo haya comprendido con sus propias experiencias) que en los jóvenes, y en las doncellas la malicia entra de ordinario por el oído al entendimiento y al corazón. No pudiéndose pues cerrar sus oídos, para que no entren aquellas palabras, aquellos dichos, aquellos motes, y aquellos discursos maliciosos que van á manchar su candor; no queda otro modo para asegurar su inocencia, que apartar á aquellos mozos desbocados y disolutos, y tener á éstas lo mas léjos que fuere posible del trato y conversacion de los hombres: de otra suerte es irreparable su ruina. Yo aquí no quiero hacer otra cosa que ponerle delante los documentos que sobre este particular dá un gran maestro de espíritu á quien no podrá menos de darle crédito. Es este el gran Doctor de la Iglesia San Gerónimo.

186 Escribiendo este Santo á Leta, le prescribe el modo con que debe educar santamente á una tierna hija suya: le dá por primera instruccion que no la deje escuchar jamas palabras deshonestas y cançiones profanas: *turpia verba non intelligat, cantica mundi ignoret*. Escribiendo á Demetriade, le inculca que se guarde de oír palabras inmundas; porque estas son las redes que tiende la juventud desenfrenada á la honestidad de las doncellas: *nunquam verbum inhonestum audias... Perditæ mentis homines uno frequenter, levique sermone tentant claustra pudicitie*. Mas para que no lleguen jamas á los oídos de las dichas doncellas las tales venenosas palabras, con peligro de contaminar sus corazones, veis aquí el consejo del Santo: *nunquam absque te prodeat in publicum; nec basilicas Martyrum, & Ecclesias sine matre adeat. Nullus ei juvenis, nullus cincinnatus assi-*

deat. Vigiliarum dies, & solemnes pernoctationes sic virguncula nostra celebret, ut ne transversum quidem unguem á matre discedat. Tén siempre á tu lado á tu hija, dice el Santo á Leta, ni la dejes salir jamas de casa sin ti. No la dejes andar entre jóvenes hermosos y ataviados. En las iglesias en tiempo de las vigilijs nocturnas, no la permitas alejarse de tí ni un dedo. Despues prosigue diciéndole, que cuando haya de ir á la granja á recreo, no deje en casa á la hija, por el mismo motivo de que no llegue á sus castos oidos el silvo venenoso de algun áspid traidor. En suma, que le dé tal crianza, que no sepa, ni pueda vivir sin su madre; y que tema y tiemble de hallarse sola sin ella. *Si quando ad suburbana pergis, domi filiam non relinquant: nesciat sine te, nec possit vivere; & si sola fuerit pertimescat.* El mismo recuerdo da á Demetriade, que huya como de peste y de veneno mortal, de los jóvenes que traen el cabello ensortijado, y van perfumados de olores; porque le dice que no siempre tiene olorosa el alma quien exhala olores del cuerpo y de los vestidos: *cinnamatos pueros, & calamistratos, & peregrini muris olentes pelliculas, de quibus illud arbitri est: non bene olet, qui bene semper olet; quasi quasdam pestes, & venena pudicitiae devita.* Le ordena expresamente que no tenga amistad y familiaridad con mugeres casadas, por el mismo peligro que hay de oír discursos que le envenen el corazon: como muchas veces y muy frecuentemente sucede por la poca cautela y poca consideracion de ellas en hablar de cosas que á una virgen no le conviene oír: *matronarum maritis & saeculo inservientium, tibi consortia declinentur; ne sollicitetur animus, & audias quid vel maritus uxori, vel uxor locuta sit viro: venenatae sunt hujusmodi confabulationes.*

187 A estos sapientísimos consejos, añado uno, que las jóvenes (lo mismo digo de los jóvenes) esten con gran cautela, lejos de otras jóvenes mal acostumbradas; porque una sola que haya maliciosa en una vecindad basta, como muestra la experiencia, para engendrar la malicia en la mente de todas las otras con sus viciosos discursos, y para manchar la inocen-

cia de todas. Estos son los consejos con que el director ha de gobernar la juventud, y ha de prevenir su oído, para guardarse de aquellas palabras, y de aquellos razonamientos que entrando por este sentido, corromperian infaliblemente sus corazones. Estas son las máximas que ha de imprimir en los entendimientos de los padres de familias, para que sepan tambien éstos guardar en sus hijos este sentido del oído, por el cual, mas que por cualquiera otra puerta, entra en los corazones inocentes la muerte. Pero no es posible, quizá dirá alguno, tener en nuestros tiempos la juventud tan cautelada, y tan á raya, que no trate, ni oiga alguna vez lo que no debería escuchar. Pues segun esto, diré yo, tampoco será posible mantenerla casta y pura; y mucho menos conducirla por el camino de la perfeccion cristiana; porque si no hay modo de cerrar la puerta á los ladrones de la honestidad, tampoco lo habrá para conservarla incontaminada.

188 Advertencia segunda: he dicho en el capítulo precedente, que no basta estar lejos de las lenguas murmuradoras, sino que es necesario reprenderlas, cuando se oyen palabras que pueden justamente denigrar la reputacion de otros. Mas advierta, que esta doctrina á personas de conciencia tímida y delicada, suele causar escrúpulos y perplejidades; porque de una parte hallándose entre semejantes murmuraciones, querrian cumplir con su deber; y por otra parte sobrecojidas de una cierta vergüenza y rubor, temen de prorumpir en semejantes reprehensiones; por lo cual quedan despues con turbacion y con temor de haber pecado. Para librar, pues, á estas almas tímidas de semejantes agitaciones, déles aquel consejo que suelen prescribir los maestros de espíritu, para no errar en semejantes casos; y con eso pongales en claro la doctrina que he propuesto arriba. O la persona que murmura es superior en grado, ó es igual ó inferior; si es superior, no estará obligado el penitente (antes las mas de las veces ni aun le será lícito) á hacerle una manifiesta correccion por no faltarle al debido respeto. Pero no muestre agrado de

aquella conversacion, ni con la risa, ni con la alegria del rostro, ni con la aprobacion de sus dichos; y sobre todo guárdese de mostrarlo con las preguntas, dando con ellas ocasion de proseguir su maligno discurso, y aun de adelantarlo, para que no coopere de modo alguno á su pecado, ni se haga participante de él; sino antes bien recójase todo en sí mismo, y como ya dije, revistase de un cierto aire de seriedad. S. Gerónimo trae á este propósito una bella semejanza. Una saeta, dice el Santo, arrojada con ímpetu, si encuentra una piedra dura y viva, se revuelve contra quien la arrojó. Así la murmuracion, si encuentra un rostro serio, si se le muestra disgusto y desaprobacion, se revuelve contra el murmurador, le hace enmudecer, le pone amarillo, y por fin le seca las palabras en la boca: *sicut enim sagitta, si mittatur contra duram materiam, nonnumquam in mittentem revertitur, & vulnerat vulnerantem: ita detractor, cum tristem faciem viderit audientis, ino non audientis, sed obturantis caures suas, ne audiat iudicium sanguinis, illico conticescit, pallet vultus, haerent labia, saliva siccatur.* (1) Todo esto se debe hacer siempre, y cuando no hay otro modo para impedir la murmuracion. Se puede tambien emprender el escusar y defender la persona agravada de la lengua maligna, como lo hizo Jesucristo, que tomó la defénsa de la Magdalena contra las murmuraciones de Judas. *Quid molesti estis huic mulieri? Bonum opus operata est in me.* (2) Mas este medio no siempre es expediente, porque tal vez el murmurador se empeña mas en sustentar su dicho; y en vez de retroceder, se adelanta con mayor audacia en su murmuracion. Y por eso se debe practicar solamente en aquellos casos en que se espera buen éxito de tomar la defénsa de otro.

189 Cuando la persona que murmura es igual de condicion, si el penitente no juzgare oportuno y provechoso el darle una dulce y caritativa admonicion, divierta á lo menos el discurso; como ya insinué en el capitulo pasado, y procure introducir un nuevo razonamiento. Así hacia aquel gran caballero,

(1) S. Hieron. epist. 4. (2) Matth. c. 26. 10.

aquel gran Cancillér, aquel gran Mártir de Inglaterra Tomás Moro. Dice el escritor de su vida, que en levantándose alguna conversacion maligna que tiraba á herir la honra del prójimo, él pasaba al punto á otra conversacion. (1) Decia, por ejemplo, sin preambulos asi: diga cualquiera lo que quisiere: yo digo, que aquella casa está muy bien fabricada, y es un excelente arquitecto el que la ha ideado. Entre tanto el murmurador, conociendo que este dicho no era conforme, ni decia bien con el discurso que él había introducido, reconocia su yerro, cortaba el discurso y enmudecia. Mas cuando se puede con naturalidad introducir nueva conversacion, siempre es mejor. Estos modos improvisos son oportunos, cuando no ocurre de pronto á la mente otra especie mas propia para estorbar la murmuracion.

190 Finalmente, si la persona que murmura fuere inferior, si por ejemplo fuere hijo, criado, muger, discípulo ó súbdito; no deberá de modo alguno disimular el penitente, sino que estará obligado á corregirle asi por su oficio, como por la ley de la caridad. Digale en tales casos, como decia S. Juan Crisóstomo al pueblo de Antioquia: *fugiamus, dilecti, fugiamus detractores, docti, quod est totum satanicum barathrum insidiarum ejus hæc incessio. Ut enim nostra negligamus, & graviores nobis reatus constituamus, in hanc nos consuetudinem diabolus ducit.* (2) Así le ha de decir tambien en semejantes circunstancias. Huyamos, hijos, huyamos de la murmuracion, que es un vicio diabólico. El demonio os tienta á hablar asi, para que graveis vuestra conciencia censurando la de otros. Ved aqui la regla que el director ha de prescribir á sus discípulos, para que entrando las murmuraciones á sus oidos, no lleguen á manchar sus corazones.

191 Advertencia tercera: advierta el director á sus penitentes á no dar oidos, ni crédito á ciertas murmuraciones que tienen apariencia de celo; pero en realidad son las mas malignas de todas. Yo las representaré con aquellas mismas palabras

(1) Thom. Staplet. in ejus vita.

(2) S. Chrys. hom. 3. ad Pop. Antioch.

con que las expone S. Bernardo: (1) *alii autem quodam simulatæ verecundiæ fucō conceptam malitiām, quam retinere non possunt, adumbrare conantur. Videas præmitti alta suspiria, sicque cum quadam gravitate, & tarditate, mæsto vultu, demissis superciliis, & voce plangenti egredi maledictionem, & quidem tanto persuasioŕem, quanto creditur, ab his qui audiunt, corde invito, & magis condolentis affectu, quam malitiose proferri. Doleo, inquit, vehementer pro eo, quod eum diligo satis; & nunquam potui de hac re corrigere eum. Et alius: mihi quidem, ait, bene compertum fuerat de illo istud, sed per me nunquam innotuisset. Sed quoniam per alterum patefacta res est, veritatem negare non possum, dolens dico, revera ita est. Et addit grande damnum: nam alias quidem in pluribus valet: cæterum in hac parte, ut verum fateamur, excusari minime potest.* Algunos, dice el Meliflúo, no pudiendo contener la malicia que encierran en sus corazones, murmuran de las operaciones de otros; pero encubriendo la maldad con la capa de una falsa modestia y de una fingida vergüenza. Los vereis antes de vomitar sus murmuraciones, dar algunos suspiros afectados; y despues con un rostro triste, con los ojos bajos, con un tono de lástima, con palabras graves é interrumpidas, echar fuera su maledicencia. Estas son las murmuraciones mas nocivas, porque se concilian mayor crédito: mientras el que oye cree que aquel no habla por malignidad y pasion, sino con buen corazon y con afecto de compasion. Despues pasa el Santo á declarar las palabras de que se sirven estos murmuradores hipócritas, para esconder su veneno. Siento en el alma, dicen, que fulano haya hecho tal y tal accion, porque le quiero bien, ni he podido jamas corregirle como deseaba. Otro dice: yo sabia muy bien, que fulano habia caido en tal yerro; ni por mi boca se hubiera sabido jamas; pero hay quien lo ha manifestado: no puedo negar que es verdad; lo digo con las lágrimas en los ojos: la cosa en realidad pasó así. Y despues añade demas: él es, cierto, una persona en muchas cosas digna de ala-

(1) S. Bern. Ser. 24. in Cant.

banza; pero en esta parte confieso la verdad, que de ningun modo se puede excusar.

192 Otros; dice el Crisóstomo, usan de otra hipocresia para murmurar, sin querer parecer murmuradores. Descubren á otros los defectos ocultos cometidos de sus prójimos, y despues los imponen un rigoroso silencio, y les encargan que no manifiesten á otros lo que se les ha confiado; queriendo mostrarse con semejantes actos celosos de la reputacion de los otros, al mismo tiempo que injustamente ellos la despedazan. ¿Mas no véis, dice el Santo, que tú mismo te declaras de haber hecho una cosa indigna y merecedora de reprehension? Porque si no es licito á tu confidente manifestar la tal falta, mucho menos te era licito á tí ser el primero en descubrirla: *hoc vero magis ridiculum est, quod cum aliquid arcanum dixerint, rogant audientem, & adjurant, ne cuiquam alteri amplius dicat: hinc declarantes, quod rem reprehensione dignam commiserunt. Si enim illum, ut nemini dicat, rogas; multo magis te priorem huic dicere non oportebat.* (1)

193 Presupuesto todo esto: asi como debe reprender el director á estos hipócritas murmuradores, si llegaren á sus pies, y hacerles entender bien que las murmuraciones mas venenosas y mas nocivas al honor del prójimo, son aquellas que van cubiertas con capa de piedad, de compasion y de celo, porque hallan en los oyentes mayor creencia, como dice S. Bernardo: asi debe advertir á las personas simples y timoratas que guarden sus oidos de las insinuaciones de estos celosos murmuradores, y que no les den crédito alguno, sino es que alguna vez sucediese que algun justo y verdadero motivo de la utilidad del prójimo y de la gloria de Dios, les indújese á hablar de esta manera: porque éstos en realidad debajo de la piel de la mansedumbre de ovejas, tienen un corazon de lobos para con sus prójimos. La caridad cristiana enseña á callar y á no hablar de las faltas que se ven, ó de otro modo se saben: á encubrir las enseña, y no á revelarlas á otros.

(1) S. Chrys. hom. 3. ad Pop. Antioch.

En las vidas de los padres se refiere que cierto monge se fué á buscar al Abad Pastor, y muy resuelto le dijo que queria partirse de aquella soledad é irse á otra parte; porque habia sabido que un monge habia dicho cosas de mucha desedificacion. Respondióle el siervo de Dios, que no diese crédito á semejantes cuentos, que las mas veces son falsos. Replicó el monje que las tales noticias las habia recibido de persona de bien y digna de fé. Ahora, pues, le dijo el Abad: si esta persona fuera tal, como tu dices, no te habria dicho semejantes cosas. Bella máxima para no dar oídos á quien con pretexto de celo va censurando las acciones de los otros.

194 Advertencia cuarta: si el director tuviere á su cuidado personas que atienden seriamente al propio aprovechamiento, procure que en sus juntas y conversaciones traten de cosas espirituales. Lo primero, porque impedirá de esta manera muchos discursos ociosos y vanos, que causan daño al espíritu. Lo segundo, porque con semejantes razonamientos se enervorizan mutuamente; como sucede á los carbones juntos y unidos, que comunicándose el uno al otro el calor, se encienden entre sí. Prohibales empero dos cosas: la primera de no confiarse entre sí las instrucciones y direcciones que reciben de sus confesores; porque estos descubrimientos son causa (especialmente en las mugeres) de celos, de sospechas, de desconfianzas y de murmuraciones con el confesor: en suma, son origen de mil males. La segunda, de no comunicarse entre si los favores y las gracias, si acaso las recibiesen en sus oraciones; y ni tampoco los actos de virtud en que se ejercitan; siendo esto cosa muy expuesta á complacencia y vanidad, mayormente en personas de frágil sexo.

ARTICULO V.

**IMPEDIMENTOS QUE CAUSA Á LA PERFECCION LA LENGUA,
NO EN CUANTO ES UNO DE LOS CINCO SENTIDOS, SINO EN CUANTO
ES INSTRUMENTO DE LA LOCUCION HUMANA.**

CAPITULO PRIMERO.

***CUAN DIFICIL DE REFRENAR SEA LA LENGUA,
de modo que no se deslice en perjuicio del espíritu.***

195 Hemos hablado en el artículo segundo de la lengua, en cuanto reside en ella el gusto de los manjares, que es uno de los cinco sentidos que tenemos comunes con los brutos. Pero no hablamos entonces de la lengua en cuanto ejercita una de sus nobles funciones, que nada tiene de comun con las bestias, ni pertenece á los sentidos, sino á la razon: cuál es el hablar, el discurrir y el razonar; porque el buen orden de la materia que teniamos entonces entre manos, nos lo prohibia. Mas porque es grande el impedimento que trae este miembro á la perfeccion cristiana, no solo en cuanto sirve á los sentidos del cuerpo, sino mucho mas en cuanto sirve á las potencias del alma en manifestar sus actos racionales; por eso habiendonos ya esforzado de refrenarlo, acerca de las operaciones del sentido, que son las más viles; tengo por conveniente que antes de pasar adelante á otras materias, procuremos moderarlo acerca de las operaciones del habla, que son las mas nobles, como lo haremos en el presente artículo.

196 Es infalible que entre todos los miembros del hombre el mas difícil de tenerse enfrenado es la lengua; porque lo afirma claramente el Apóstol Santiago: *omnis natura bestiarum, & volucrum, & serpentium, & cæterorum domantur, & domita sunt à natura humana: linguam autem nullus hominum*

domare potest. (1) Doma el hombre, dice el Santo Apostol, con su arte las bestias mas feroces, las aves mas silvestres, y las serpientes mas horribles: y solamente su lengua no puede domar. ¡Gran cosa! dice S. Agustin reflexionando sobre este lugar del Apostol: el hombre con su industria hace domésticos á los leones, mansas á las fieras mas indómitas; y solo su lengua no sabe domar. El hombre es el que doma esas cosas, y á si mismo no se sabe domar: *homo domat feram, & non domat linguam: domat leonem, & non refrenat sermonem. Domat ipse, & non domat seipsum.* (2) De aqui es, que conociendo el Santo Doctor la rebeldía de este miembro, y experimentando su violencia en si mismo, se lamenta de él con Dios en sus confesiones, y protesta que no halla modo con que moderarlo. La lengua, dice el Santo, es un horno que siempre hierva: ahora echa palabras encendidas de impaciencia; ahora arroja palabras de ira y enojo; unas veces palabras llenas de humo y vanidad; y otras palabras inútiles de ociosidad, y tal vez tambien palabras ofensivas de la caridad. Vos, Dios mio, me mandais que yo la refrene y tenga á raya; mas aunque en todas las otras pasiones y tentaciones pueda de algun modo prometerme algo de mi mismo, en esto solamente no puedo: *quotidiana fornax nostra est humana lingua. Imperas mihi & in hoc genere continentiam. Da quod jubes, & jube quod vis... Est qualiscumque in alijs generibus tentationum mihi facultas explorandi me; in hoc plane nulla est.* (3) Con semejante afecto de humildad se queja San Gregorio Nacianceno de su lengua: y confiesa que hallándose ya en edad avanzada, y por sus enfermedades falto de fuerzas; sin embargo no habia podido aun sujetar perfectamente la lengua: *morbo effectum, & senectute fractum & debilitatum, tamen non potuisse effugere linguæ indomitæ calamitatem.* (4) Ahora pues, si los Santos, que eran guardas tan celosas de su lengua, hablaban asi de sí mismos: ¿qué será de nosotros sino fuéremos

(1) Jacob. 3. 7. (2) S. Aug. de ver. Dom. serm. 4. c. 2. (3) S. Aug. Confes. lib. 10. c. 57. (4) S. Naziana. de silenc. in Quadrag. Jejun.

cautos y circunspectos en el hablar? ¿En cuántas faltas, en cuántos pecados y en cuántos yerros será preciso que caigamos? ¡Miserables de nosotros!

197 Observa oportunamente S. Juan Crisóstomo, que conociendo Dios lo deleznable de este nuestro miembro, lo encerró dentro de doblados muros de labios y de los dientes, para que no fuese fácil á deslizarse con sus palabras: *Deus eam veluti muro duplici voluit circumdari. Nam dentium tegmine, & labiorum custodia lingua continetur, ne verba improvida garrulitate proferantur.* (1) Las manos y los pies estan libres, y no tienen impedimento para moverse; las orejas no tienen reparo alguno para el oido; ni las narices para el olfato; los ojos tienen un simple velo de las pestañas, que se interponen á la vista; y sin embargo, aunque esten libres y sueltos estos sentidos, de algun modo se moderan. Pero la lengua, aunque tenga al rededor una estacada de dientes, y un grueso reparo de los labios, con todo eso no podemos contenerla y domarla: *linguam autem nullus homo domare potest.*

198 Conocia muy bien esto el Abad Pámbo; y por eso oyendo de la boca de un santo monge aquellas palabras del Real Profeta: *custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea:* tendré cuidado de mí mismo, para no propasarme con mi lengua: parad Padre, le dijo, no paséis mas adelante; lo restante lo escucharé cuando haya puesto en práctica este gran documento. Despues de algunos años fué preguntado, ¿por qué no habia vuelto á aquel gran siervo de Dios, para aprender algun otro dictamen de espíritu? Y respondió, porque aún no he practicado bien aquella primera leccion que me dió: queriendo significar, que despues del estudio, de la vigilancia y de la mortificacion de muchos años, aun no habia llegado á una perfecta moderacion de su lengua. Por eso el Abad Agaton llevó siempre por tres años enteros una piedra en la boca, para reprimir por fuerza, y casi quebrantar este miembro indómito; como se hace con las culebras, que no pudiéndose detener por

(1) S. Chrys. ad baptiz.

la gran facilidad con que se deslizan de las manos, se comprimen y quebrantan con alguna piedra.

199 Y en la realidad, cuanta verdad sea esto, ninguno lo puede conocer mejor que el director, con quien principalmente hablo; teniendo experiencia continua en el sagrado tribunal en que ejercita su soberana autoridad. Con el largo ejercicio de oír confesiones, habrá hallado muchas personas que se han enmendado de culpas graves en que solian caer; que se han apartado generosamente de las ocasiones, tras de las cuales andaban miserablemente perdidas; que han arrancado de sus corazones algun vicio en que se hallaban profundamente sumergidas; y que han renunciado tambien generosamente las pompas y vanidades del siglo, de las cuales estaban ya hechas esclavas, tanto mas infelices, quanto mas voluntarias. Pero personas que hayan domado perfectamente la lengua, no las habrá encontrado aunque se haya ejercitado por muchos años en el sagrado ministerio. El uno torna siempre á las palabras de impaciencia y de enfado; y el otro á las palabras inútiles y vanas: el uno no puede contenerse de decir palabras picantes y dichos mordaces, poco conformes á la caridad cristiana; y el otro no puede quitar de su lengua ciertas murmuraciones pequeñas y ciertas críticas, en que cae frecuentemente: otros finalmente, no saben abstenerse de palabras de vanidad y jactancia. Si las personas fueren de conciencia poco timorata, hallará siempre en sus bocas las mismas imprecaciones, las mismas blasfemias, las mismas murmuraciones, y las mismas palabras impuras. En suma, dice bien el Sabio: ¿Quién hay que no deslice en la lengua? *Quis est, qui non deliquerit in lingua sua?* (1) Este (si por ventura se halla alguno) sé que es verdaderamente bienaventurado, como dice él mismo: *beatus vir, qui non est lapsus verbo ex ore suo.* (2) Este si, añade el Apóstol Santiago, que puede decirse verdaderamente perfecto: *si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir.* (3)

200 ¿Mas qué se sigue de aquí? ¿El dejar correr este

(1) Ecel. 19. 16. (2) Id. 14. 1. (3) Jacob. 3. 2.

miembro indómito en toda suerte de palabras que sean en perjuicio de los prójimos, y en ofensa de Dios? No por cierto. Lo que se saca es, que es menester usar de medios tanto mas fuertes para refrenarle, quanto es mayor su licencia y libertad. A un potro arliente y vivaz, que corcobeo, que tira coces, que relincha, que se enfurece, no se le deja vivir á su gusto en el campo; sino que se le procura domar con los fienos mas ásperos y con las espuelas mas agudas: y si esto no basta, se procura sujetarlo con el azote, con el rebenque y con el palo. Así tambien, por lo mismo que la lengua es un miembro muy desenfrenado y muy dificultoso de moderar, de manera que no traspase los términos de lo honesto con sus palabras, se han de practicar con ella los medios mas eficaces y mas ásperos para refrenarla, de manera, que no impida, como suele suceder de ordinario, la consecucion de la cristiana perfeccion. Cuáles hayan de ser estos medios, lo veremos ahora.

CAPITULO II.

DE LOS MEDIOS PARA REFRENAR LA LENGUA.

201 **E**l primer medio para refrenar la lengua sea el pedirlo á Dios incesantemente: decir siempre con el real Profeta: *pone Domine custodiam ori meo, & ostium circumstantie labiis meis.* (1) Guardad, Señor, esta mi lengua; poned una puerta de celosa cautela á estos mis labios, para que no se abran inconsideradamente, y no salgan de ellos palabras que os desagraden. Inculca S. Agustin con la profundidad y sutileza propia de su grande entendimiento, la necesidad que hay de este medio para domar la lengua: *intelligamus, charissimi; si linguam nullus hominum domare potest, ad Deum confugiendum est, qui domet linguam nostram. Si enim tu domare volueris, non potes, quia homo es: linguam nullus hominum domare potest. Attende similitudinem ab ipsis bestiis, quas domamus. Equus*

(1) Psalm. 140. 3.

non se domat; camelus non se domat; elephantus non se domat; aspis non se domat; leo non se domat; sic & homo non se domat. Sed ut equus dometur, bos, camelus, elephantus, leo, aspis, quæritur homo. Ergo Deus quærat, ut dometur homo. Ergo, Domine, refugium tu factus es nobis. (1) Ningun hombre, dice el Santo Doctor, apoyado en el dicho de Santiago, puede domar su lengua. Luego tú tampoco puedes domar la tuya; porque eres hombre, y por consiguiente te es necesario un continuo recurso á Dios, para que él la dome. Explica esto el Santo con varias paridades muy á propósito para aclarar esta verdad. El caballo, dice, no se doma á sí mismo; el camello no se doma á sí mismo; el elefante no se doma á sí mismo; el áspid no se doma á sí mismo; el leon no se doma á sí mismo; asi el hombre tampoco se doma á sí mismo. Ahora, pues, asi como para domar al caballo, al camello, al elefante, al áspid y al leon, se requiere la industria y trabajo del hombre, asi para domar al hombre y á su lengua resbaladiza, se requiere la ayuda y gracia particular de Dios. Recurre, pues, siempre á Dios y encomiéndate de continuo á su Magestad, si deseas domar tu lengua. No podia decirlo mejor; y por eso no me queda que añadir otra cosa, sino que la persona espiritual debe particularmente pedir á Dios la enmienda de aquel defecto de la lengua, en que tiene hábito de caer, y del cual sin embargo de todas sus diligencias no lo podido conseguir jamas la enmienda. Un enfermo no se contenta de pedir en general al médico el remedio de sus males, sino que le declara en particular aquel de que se ve oprimido y molestado, y para aquel pide especialmente medicamento oportuno; porque ve que en aquello está su necesidad. Asi lo debemos hacer nosotros con Dios.

202 Segundo medio: despues de habernos encomendado á Dios, nos hemos de ayudar de nuestra parte, y hacer no una vez, sino muchas fuertes y firmes resoluciones de tener á raya nuestra lengua. Por eso debemos ponderar atentamente y con frecuencia los grandes males que nacen de una lengua desen-

(1) S. Aug. de verb. Dom. Ser. 4. c. 2.

frenada y sin correccion, para que éstos bien penetrados, y vivamente aprendidos induzcan nuestra voluntad á una valerosa resolucion de refrenarla. La lengua, dice Santiago, es ciertamente un pequeño miembro; pero sin embargo, es origen de grandes males: *lingua quidem modicum membrum est, & magna exaltat.* (1) Vosotros veis, dice el Santo Apóstol, cuán pequeña cosa sea una chispa; y sin embargo es capaz de encender y reducir á cenizas á una gran selva. Pues así de un miembro tan ténue como es la lengua, pueden nacer incendios de ódios, de enojos, de venganzas, de maledicencias, de disensiones y de otros mil males; por lo cual puede decirse que ella es un fuego capaz de producir toda especie de maldad: *ecce quantus ignis quam magnam silvam incendit: & lingua ignis est, universitas iniquitatis.* Conforme á estas palabras de Santiago, dice así S. Gregorio Nacianceno, hablando de la lengua: *¿quis autem, quot mala ex ea oriantur, ratione consequi posset? Domum cum domo, si ita voluerit; urbem cum urbe, Principem cum populo, populum rursus cum Principe statim, ac sine ullo negotio committit: non aliter atque igniculus stipulae admotus in magnum incendium cito excrescens.* (2) ¿Quién podrá jamas, dice el Santo, explicar los males que provienen de nuestra lengua? Ella sola, si quiere, es capaz de abrasar á una casa con otra, á una ciudad con otra, á los pueblos contra su Principe, y al Principe contra sus vasallos; no de otra manera que una chispa echada sobre la paja puede crecer en un incendio interminable.

203 *Lingua*, prosigue el citado Apóstol, *constituitur in membris nostris, quæ maculat totum corpus.* La lengua entre nuestros miembros es de tan mala calidad, que mancha á todo el hombre. Como sucede esto, lo explica oportunamente San Bernardo. (3) *Quis sane numeret, quantas modicum lingue membrum contrahat sordes?* ¿Quién podrá contar cuántas sean las manchas que se contraen por este pequeño miembro? *Est lingua dissoluta in sermonibus otiosis, est lingua impudica, est*

(1) Jacób. 3. 5. (2) S. Nacianc. do silent. Quadrag. sibi jejun.

(3) S. Bern. de tripi. cust. mau. lingua. & cord.

magniloqua, quarum prima lascivæ, sequens arrogantiae famulatur. Hay lengua suelta en palabras ociosas y vanas; hay lengua lasciva que prorumpe en palabras descompuestas; hay lengua soberbia, que brota palabras vanagloriosas: la una es esclava de la lujuria, y la otra de la arrogancia: *est etiam lingua dolosa, & lingua maledica, quarum altera in falsiloquam, & adulatoriam dividitur: altera vero nunc in facie contumelias irrogat, nunc detrahit in occulto.* Hay lengua tambien fraudulenta, la cual ahora engaña con mentiras, ahora hace traicion con adulaciones. Hay lengua maldiciente, la cual ya en presencia te punza con palabras contumeliosas y mordaces; ya detras de ti te despedaza con murmuraciones. Finalmente concluye el Santo asi: si de toda palabra ociosa se ha de dar á Dios estrecha cuenta, ¿qué cuenta tan rigorosa se habrá de dar de tantas palabras mentirosas, iracundas, mordaces, injuriosas, vanas, soberbias, impuras, adulatorias y perjudiciales á la reputacion agena? *Quod si de omni vel otioso verbo, quodcumque locuti fuerint homines, Deo reddiuri sunt rationem in die judicii: quanto districtius de verbo mendaci, mordaci & injurioso, de elato, de lascivo, de adulatorio, de detractorio judicabuntur?* ¿Y todo esto no bastará para que todo cristiano, especialmente si atiende á algun ejercicio de perfeccion, conciba una fuerte, generosa y robusta resolucion de moderar ese miembro disoluto y sin freno, y de tenerlo á raya, aunque sea á costa de la sangre y de la vida? Y tanto mas que este es un miembro traidor y atrevido, que á ninguno quiere estar sujeto, no á los pecadores, no á los justos, no á los imperfectos, no á los virtuosos, no á los seculares, no á los religiosos: á todos les coge desprevenidos y les hace caer en muchas faltas.

204 Apareció el demonio una noche á Santo Domingo, como refiere S. Antonino, (1) mientras estaba en la Iglesia absorto en devota oracion. No se aterró el Santo con aquella vista, antes tomó ocasion de su venida, para descubrir cuales fuesen los lazos que él armaba á sus religiosos para cogerlos.

(1) S. Anton. 3. p. Hist. tit. 23. c. 4 §. 6.

Por tanto le preguntó: ¿de qué cosas tentaba á sus hermanos, cuando se juntaban en el coro á cantar las divinas alabanzas? Respondió el demonio, les hago venir tarde, y partirse presto de la Iglesia. Entonces el Santo llevó al enemigo al dormitorio, y le preguntó: ¿de qué cosas tientas en este lugar á mis religiosos? Respondió el malvado, hago que tarde cojan el sueño, para que se levanten tarde, y no lleguen con tiempo á los divinos oficios: me ingenio tambien en turbar sus mentes con pensamientos inmundos. Despues le llevó al refectorio, y le dijo: ¿y aquí cuáles son tus tentaciones? Aquí, dijo el demonio, hago caer á algunos en destemplanza con el demasiado comer; á otros tiento á que no coman, para que pierdan las fuerzas, y se hagan inhábiles para aguantar el peso de su regla. Llegaron al fin al locutorio donde solian entretenerse algun tiempo los religiosos en honesta conversacion. Y aquí le dijo, ¿de qué cosas tientastú á estos siervos de Dios? A esta pregunta comenzó el demonio á revolver la lengua entre los labios y dientes, y á echar de la boca en lugar de palabras un sonido confuso. Entrando en sospecha el Santo al ver este extraño modo de hablar, le obligó á hablar claro. Entonces dijo el demonio: *hic locus totus meus est*. Este lugar es todo mio. Aquí es donde tengo mis ganancias: queriendo significar, que del lugar donde se habla, no se sale jamas sin culpas y sin faltas; aunque por otra parte los que hablan sean personas de gran bondad y virtud. Siendo pues la lengua origen de tantos males, de los cuales no hay quien esté libre, toda razon pide que todos, pero especialmente aquellos que desean su aprovechamiento, establezcan en sus corazones una fuerte y firme resolucion de refrenarla á cualquiera costa y trabajo.

205 Tercer medio. Para que las tales resoluciones tengan su efecto, es menester que la persona esté sobre sí, y proceda con circunspeccion en su hablar, que examine y pondere aquello que dice, y no haga como algunos que abren la boca, y echan fuera las palabras sin consideracion alguna; porque este es un modo de hablar lleno de pecados y de imperfecciones.

No lo hacia asi el Santo David, como él confiesa de sí mismo: *dixi: custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea.* (1) Yo, decia este santo Profeta, me guardo á mi mismo, para no deslizar con mi lengua. S. Agustin comentando estas palabras, dice, que nuestra lengua nada en lo húmedo, por lo cuál es facil á deslizarse; y que conociendo esto el real Profeta, y viendo por otra parte la necesidad que hay de servirse de la lengua para manifestar los propios conceptos; se resolvió en su corazon de valerse de ella con tal cautela, que no le saliese palabra alguna de la boca de que hubiese de arrepentirse despues. Hazlo tú asi, añade despues; piensa bien lo que has de decir, haz reflexion sobre tu interior concepto, examínalo atentamente, y despues manifiéstalo á quien te escucha. *Dixi: custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea. Non enim lingua frustra in udo est, nisi quia facile labitur. Videns ergo, quam esset difficile, ut necessitatem loquendi haberet homo, & in loquendo non aliquid diceret, quod se dixisse nollet... statuerat non loqui, ne aliquid diceret, quod locutum se esse pæniteret... Custodi ergo vias tuas, & noli delinquere in lingua tua: perpende quod dicturus es: examina, consule interiorem veritatem: & sic profer ad exteriorem auditorem.* (2)

206 San Ambrosio, comentando las mismas palabras del Salmista, dice: *aliæ sunt viæ, quas debemus sequi; aliæ, quas custodire: sequi vias Domini, custodire nostras. Potes autem custodire, si non cito loquaris.* Unos son los caminos que debemos seguir, y otros los que debemos guardar: debemos seguir los caminos del Señor, y guardar los nuestros: y entonces guardarás tus caminos, esto es, los caminos de la perfeccion, cuando no fueres presuroso y precipitado en el hablar; sino antes fueres pausado y circunspecto en tus palabras. Porque asi como habiendo de pasar uno algun rio peligroso, no se arroja precipitadamente al agua, sino que procede con cautela, y tiente primero el varlo; asi habiendo tú de poner mano en los discursos y conversaciones en que hay tan gran peligro de resbalar,

(1) Psalm. 38. 2. (2) Aug. in cit. Psalm.

no debes entrar con ímpetu, sino proceder con lentitud, y hablar con pausa y reflexion. Todos son sentimientos muy conformes á la doctrina que nos dá el citado Apóstol Santiago, de ser lentos, tãrdos y detenidos en nuestros discursos: *sit auem omnis homo velox ad audiendum, tardus ad loquendum.* (1)

207 Dos monges, como se refiere en las vidas de los Padres, (2) entraron en una barca para ir á la soledad donde moraba S. Antonio Abad, deseosos de recibir de su boca algun consejo saludable. En la embarcacion hallaron á un venerable viejo, que era Abad de su monasterio, é iba tambien á visitar al dicho Santo. En todo el viage no hicieron los dos monges otra cosa que hablar entre sí. Mas el viejo sin hablar jamas palabra, se mantuvo en un rigoroso silencio. Llegaron finalmente hablando aquellos y callando éste al monasterio en que vivia el grande Antonio. A su primer arribo se les hizo enconradizo el Santo, y con un modo muy cortés, les dijo á los dos monges: me alegro de la dulce compaña de este santo viejo que habeis tenido en el viage: y vuelto al viejo, me congratulo con vos, le dijo, Padre Abad, del bello acompañamiento de estos dos buenos monges. Si, santo Padre, respondió el viejo, son buenos estos dos mcnges, y por tales los tengo; pero tienen siempre abierta la puerta: queriendo significar, que tenían siempre la boca abierta, y echaban fuera con poca reflexion y cautela todo lo que producía su corazon y mente: *hoc autem dicebat, quia quodcumque ascendebat in corde ipsorum, hoc loquebantur.* Y por eso le parecia, que no enmendandose de este defecto, no podrían llegar jamas á mucha perfeccion. Guárdese pues la persona espiritual de tener la puerta abierta á todo pensamiento que quiera salir: antes vele sobre sí misma, y como diligente portero que tiene en buena guarda la casa de su alma, examine cuáles son las palabras á quienes conviene conceder, y cuales á quienes conviene negar la salida, para que su hablar no vaya envuelto en mil culpas y defectos. Aun entre los Gentiles era cosa fea y reprehensible el hablar inconsideradamente y

(1) Jacob. 1. 19.

(2) In vit. PP. de mortif. prop. 12.15.

con poco seso. Por lo cuál se lee de Anasimon gran hablador, pero inconsiderado, que comenzando un discurso suyo delante de muchas personas graves; se levantó en pie Teócrito Chio, y dijo estas palabras: *incipit flumen verborum, mentis gutta.* (1) Atended, que comienza á hablar Anasimon con un rio de palabras, y con una gota de seso. Fea tacha fué esta de que debió aquel avergonzarse mucho. Para que, pues, no incurramos tambien nosotros en una nota tan vergonzosa, acojámonos al consejo del Eclesiástico: *verbis tuis facito stateram, & frænos oris tuo rectos.* (2) Pongamos en nuestros labios una balanza para pesar las palabras antes de proferirlas: pongamos tambien un freno que retire atrás aquellas que no deben salir: que es lo mismo que decir, que procedamos con reflexion en nuestros discursos, si no queremos errar con la lengua.

CAPITULO III.

SE PROPONE OTRO MEDIO PARA LA MODERACION de la lengua que es el silencio.

208 **P**or silencio no entiendo yo que la persona devota no haya de hablar jamas: entiendo que haya de hablar moderadamente cuando conviene hablar, y haya de callar quando no conviene hablar. Esta es la enseñanza que nos dá el Eclesiástico: (3) *tempus tacendi, & tempus loquendi.* Hay tiempo de hablar, y entonces háblese con la debida moderacion: hay tiempo de callar, y entonces cállese con el debido rigor. La lengua, dice S. Gregorio, se ha de refrenar discretamente, no se ha de atar indisolublemente, de manera que jamas se desate en alguna palabra: *lingua discrete frænanda est, non insolubilitèr obliganda.* (4) Conviene distinguir la diversidad de los tiempos, prosigue el Santo: á veces es tiempo de callar, y entonces es menester tirar el freno á la lengua: á veces es tiempo de conversar, y entonces conviene aflojar la

(1) Stobæus. Serm. 34.

(2) Eccl. 28. 29.

(3) Eccl. 3. 7.

(4) S. Greg. Pastor. part. 3. admon. 15.

rienda; porque así como el primer caso sería impropia y des-
conveniente la locuacidad, así en el segundo caso sería impor-
tuna y negligente la taciturnidad: *discrete quippe vicissitudi-
num pensanda sunt tempora, ne aut cum restringi lingua de-
bet, per verba inutiliter diffluat; aut cum loqui utiliter potest,
semetipsam pigre restringat.* Despues trae aquellas palabras
del real Profeta: *pone Domine custodiam ori meo &c.* y ob-
serva, que el Santo David no pidió al Señor, que pusiese
delante de su boca una pared, sino una puerta. Esta es la di-
ferencia que hay entre la puerta y la pared, que ésta tiene
siempre cerrada la casa, pero aquella no; porque se abre y se
cierra: ahora se dá la entrada ó salida, y ahora se niega. Por
eso dice el Santo, que no pide el Salinista una pared que ten-
ga siempre cerrada su boca, sino una puerta que la abra á
tiempos convenientes para una discreta conversacion, y á otros
tiempos la cierre á todo razonamiento, y la tenga muda y si-
lenciosa: *quod bene Psalmista considerans, dicit: pone, Domine,
custodiam ori meo, & ostium circumstantie labiis meis. Non
enim poni ori suo parietem, sed ostium petit, quod videlicet ape-
ritur, & clauditur. Unde & nobis caute descendum est, quatenus
os discrete & congruo tempore vox aperiat, & rursus congruo
taciturnitas claudat.*

209 Háblese, pues, cuando conviene hablar, ó por necesi-
dad, ó por conveniencia, ó por utilidad propia, ó por el pro-
vecho de otros, ó por un cierto honesto recreo, que de tanto
en tanto se debe conceder al ánimo fatigado y cansado. Pero
háblese sin exceso para no disipar el propio espíritu, y para
no ser de molestia y gravamen á otros con el demasiado ha-
blar, ni se interrumpen jamas los discursos de otros por gana
de hablar. Habian determinado los Atenienses edificar un no-
ble y suntuoso palacio para utilidad pública. A este efecto
fueron escogidos dos de los mas famosos arquitectos, que en
aquellos tiempos se hallaban en la ciudad de Atenas. Introdu-
cidos éstos al Senado para decir su parecer y proponer sus
ideas acerca de la construcción, de la magestad, de la hermo-

sura y comodidad del magnífico edificio: comenzó uno á hablar con tanta superfluidad é importunidad de palabras, que se hizo molesto á todo aquel venerable congreso. Requerido despues el segundo para que dijese su sentir, se explicó con estas breves palabras: *ego opere adimplebo, quod iste tot verbis amplificavit*: yo pondré en obra lo que éste con tanta locuacidad ha expresado. Agradó tanto el hablar conciso y ceñido de éste, cuanto habia desagradado el hablar difuso é importuno del otro: y á éste fue cometida la ejecucion de la obra. (1) De aquí vea el lector, que para no hacerse molesto con sus discursos, es necesario segun el consejo de Séneca, no dar libertad á la lengua de correr con largueza y superfluidad de palabras; sino reprimir un cierto prurito de hablar que reina en algunos: *optimum est ad primum mali sensum moderari sibi, tum verbis suis minimum libertatis dare, & inhibere impetum.* (2)

210 Esta moderacion de la lengua la deben especialmente observar los jóvenes y doncellas, conforme el dicho de Cleante: *maxime juvenibus convenire silentium*; (3) porque asi como á ellos les pertenece el aprender y no el enseñar; asi les conviene mas el escuchar que el razonar. S. Basilio hablando de las vírgenes dice, que éstas deben hablar parcamente, y en ocasion de hallarse con alguna persona deben antes oír que hablar: *castigata itaque locutione prudens virgo utatur, cumque tempestive quempiam oportuerit alloqui, multo audiat plura, quam dicat.* (4) El Abad Nesterot, como refiere Casiano, (5) exhortando á los monges al silencio en una conferencia de espíritu, dirigiendo su palabra á Juan que era joven, le dijo, que á él particularmente le tocaba el callar, porque no era propio de su edad el hablar, sino el estar totalmente atento á escuchar, y á ejecutar los documentos de sus mayores: *observate in primis & maxime tu, Joannes, cui magis ad custodiendum ea, quæ diciturus sum, ætas adhuc adolescentior suffragatur (ne studium lectionis, & desiderii tui labor vana elatione cassetur) ut indicas ori*

(1) Plutarc. apud Labat. tom. 3. de oper. bon. pro popul. fol. 890. (2) Senec. lib. 3. de ira.
(3) Laert. l. 7. c. 2. (4) S. Basil de vera virg. (5) Cassian. collat. 14.

presentar bastantemente la modestia mas que angélica de la Virgen: por eso quiero referir lo que cuenta Dionisio Cartusiano de S. Dionisio Areopagita, como cosa mas apta para expresarla. Dice, pues, que habiendo ido el Areopagita desde Grecia á Judea, quiso visitar aquella prodigiosa muger que habia dado la vida al Redentor del mundo. Llegado el Santo á la presencia de la Virgen Maria, quedó tan sobrecogido de pasmo al ver su rara modestia junta con una cierta suave magestad y sobrenatural belleza, que se postró con la boca en tierra; y si la razon y la fé no le hubieran enseñado que no habia mas que un Dios, la habria adorado y tenido por una Diosa. Esta es la imágen que quisiera tuviésemos todos presente, especialmente las vírgens y los jóvenes inocentes, como dice S. Ambrosio en el lugar citado, para copiar en nosotros los mas compuestos procederes; y que en todas nuestras acciones externas reflexionásemos dentro de nosotros mismos, cuál era el porte de la Virgen en el andar, en mirar, en hablar, en conversar; y procurásemos conformarnos con él. Si las Reinas de la tierra se ponen encima algun vestido de nueva moda; si se ponen en la cabeza, ó en el pecho, ó en los brazos, ó en los puños, algun adorno desacostumbrado; todas las mugeres del Reino hacen gala de imitarla, ataviándose con semejantes vestidos y semejantes vanidades. ¿Pues por qué no tendremos por nuestra gloria el imitar en todo nuestro porte á la Reina del cielo?

CAPITULO V.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR SOBRE el presente articulo.

151 **A**dvertencia primera: aunque debe trabajar el director en introducir en todos sus penitentes la modestia de los ojos; pero mas debe insistir en esto con los jóvenes y doncellas; así porque conviene mas á estos esta virtud, como tambien por-

que en ellos es mas peligrosa que en otros la libertad en mirar. En los jóvenes y en las doncellas estan tanto mas vivas las pasiones, quanto es menos maduro en ellos el juicio. Y por eso basta tal vez una sola mirada; para que se enciendan en amor, y despues en pensamientos y afectos inmundos: con lo cual pierden en un solo dia lo que habian adquirido con devotos ejercicios en meses y años enteros. Si el director no me cree á mí, probará cuanta verdad sea esto con sus propias experiencias. Le sucederá tener debajo de su direccion á una niña que daba de sí grandes esperanzas, porque estaba dada del todo á la piedad, atendia á la oracion, amaba las mortificaciones, era dócil y flexible á todo consejo; y verála despues mudada de un golpe, y llegar á ser en breve tiempo indevota, inmortificada, recibir de mala gana, y aun tener á mal sus sabias advertencias, y por fin volverle las espaldas y abandonarle. Indagando despues el origen de esta lastimosa transformacion, hallará que ha tenido principio de la libertad en mirar, porque echando la vista sobre un objeto agradable se enamoró, y aquel afecto profano (como suele acaecer en semejantes personas) apagó al punto todo sentimiento de piedad. Insista con mucha vigilancia, en que la juventud de que tiene cuidado vaya con los ojos bajos, especialmente por las calles, no con afectacion, sino con modo natural; y habiendo de hablar con personas de otro sexo instrúyales (como arriba insinué) á no fijar los ojos en la cara; porque usando de semejante modestia, darán señales de grande honestidad, y se asegurarán de todo inconveniente, asi de su parte, como tambien de parte de las personas con quienes tratan. De S. Ignacio se cuenta que despidiéndose de él el padre Oliverio Manareo para ir á otra parte, le fijó los ojos en la frente, quizá por el sentimiento de apartarse del Santo. El santo Padre le hizo entender por medio del padre Polanco que se examinase todos los dias de esta su falta, y que debiéndole escribir despues por los negocios ocurrentes, le diese cuenta de si habia cumplido la dicha penitencia. (1) Si de un Santo de tan grande prudencia fué te-

(1) Lancia. opusc. 2, n. 404.

nido por tan grande defecto el mirar un súbdito religioso el rostro de su superior en ocasion de partida: ¿qué mal no será en un joven, y en una muger, mayormente doncella, hacer lo mismo con personas de otro sexo, y andar bebiendo por los ojos la malicia del corazon?

152 Advertencia segunda: si el penitente ó penitenta fuere persona que atienda de alguna manera á la perfeccion, procure el director quitarle otras inmodestias y ligerezas que se cometen frecuentemente en el hablar, en el reir, en el andar y en el tratar con los otros, como he expuesto en el precedente capítulo. Guardese de hacer poco caso de semejantes cosas, como si fuesen menudencias de ninguna monta; porque los tales defectos son de impedimento á la perfeccion cristiana: siendo cosa manifiesta que quien no sabe vencerse en estas cosas pequeñas, tampoco sabrá vencerse en las grandes. Para persuadir esto al director, nó quiero hacer mas que referir lo que cuenta S. Gregorio de una muchacha llamada *Musa*. Una noche se la apareció la Reina del cielo con una comitiva de vírgenes gloriosas, vestidas todas de blanco y coronadas de lirios; y la preguntó si queria ir á descansar consigo, y en compañía de aquellas hermosas y lucidas doncellas. *Musa*, como quien á sola la vista se habia ya enamorado, respondió que sí queria; y se lo rogaba. Entonces añadió la Santísima Virgen Maria; si quieres venir en nuestra compañía, es menester que dejes las risas, las ligerezas y puerilidades. Si hicieres esto, dentro de treinta dias estarás con nosótras. Despues de esta vision pareció la muchacha mudada en otra, modesta en los ojos, seria en el rostro, parca en las palabras, y bien compuesta en todas las acciones. Los domésticos maravillados de una tan repentina mudanza; la preguntaron la causa, y ella con santa simplicidad les contó la aparicion de la Virgen, y la admonicion y promesa que la habia hecho. Llegado el dia veite y cinco de una vida tan circunspecta y módesta, fue sorprendida de una ardiente calentura, y á los treinta dias se la dejó ver de nuevo la Virgen Santísima con el acompañamiento de las mis-

mas santas doncellas y la convidó para ir en su compañía. Ella bajando la vista por reverencia, dijo con humilde alegría estas palabras: voy, Señora, voy, y con estas palabras placidamente espiró. (1) Ciertamente es, que si las inmodestias en que caía la inocente doncella, no hubieran sido de impedimento y de mancha á su perfeccion, la Virgen Santísima no hubiera bajado del cielo para dejarla advertida; y no habria querido su total enmienda antes de admitirla á la bienaventurada patria.

153 Advertencia tercera: insista mucho mas el director, en que los sacerdotes, los religiosos y las monjas atiendan á la modestia de los ojos, de su porte y de todas sus acciones, cuando tuvieren á semejantes personas debajo de su direccion; porque en éstas la modestia es de suma edificacion á los seculares, y la descompostura causa estrañeza y escándalo; y por eso Jesucristo á estos particularmente mandó en el santo Evangelio, que resplandezcan á los ojos de todos con la luz del buen ejemplo, el cual depende mucho de un cierto exterior orden en todas las operaciones: *vos estis lux mundi.... Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona.*

(2) San Pablo hablando á Timoteo de los Obispos y sacerdotes, dice, que es necesario que éstos tengan buena opinion con los extraños; esto es, para con aquellos que viven en el siglo: lo que mas que con otra cosa se consigue con la modestia de los ojos, con la circunspeccion de las palabras, con los meneos decentes á la persona, y tambien con el decoro conveniente de los vestidos: *oportet autem illum testimonium habere bonum ab iis, qui foris sunt.* Desea el Apóstol que las personas sagradas procuren el crédito con los seculares; no por ambicion y vanidad, sino solamente para que teniendo éstos la debida estimacion de los Eclesiásticos, se aprovechen de su enseñanza; y reciban bien sus amonestaciones y avisos. Obsérvese que desde que mas una mancha en la cara, que no una llaga, ó una grande cicatriz en otra parte oculta del cuerpo. Asi desde que mas una simple inmodestia en los religiosos y en los sacerdotes que son

(1) S. Greg. Dialog. lib. 4. c. 17. (2) Matth. c. 5. 14. 16.

las partes más nobles, y como la cara de la santa Iglesia, que un pecado grave en los seculares; que son los miembros menos nobles de este mismo cuerpo. Oigase como habla sobre este punto S. Basilio. (1) *Neque enim, si quid indecorum geritur, id similiter in obscuris hominibus & in iis, qui illustres sunt, animadverti perinde solet. Nam de vulgo aliquis, si aut scurriles voces emittat, aut in ganeo crebro versetur, aut alia hujusmodi flagitia agat, haud facile quisquam attendit: quippe cum quisque existimet facta illa universo vitæ ejus instituto respondere. At qui vitæ genus perfectum profiteatur, hunc si latum unguent ab officio suo recedere visus sit, omnes confestim observant: ipsique probri loco illud objiciunt, & faciunt quod in Evangelio scriptum est; conversi dirumpent vos.* Dice bien el Santo Doctor, que una acción indecente se mira de muy diferente manera en un hombre ilustre que en un hombre vil. Si un plebeyo dice bufonadas, ó hace otras acciones que desdicen, ninguno lo observa, porque semejantes descomposturas son propias de una tal clase de gentes. Mas si un hombre que profesa perfección (cuales son ciertamente en nuestro caso los religiosos y los eclesiásticos) se vé faltar á su decoro, y alejarse un dedo de su deber, todos lo notan, todos lo murmuran como si fuese un grave yerro.

154 Observe el director cuánta verdad sea esto. S. Gregorio en sus diálogos (2) refiere las grandes virtudes, y los grandes dones de que estaba enriquecido el Beato Isaac, monge en las cercanias de Espoleto. Dice, que era hombre de altísima oración, de profundísima humildad, amantísimo de la santa pobreza, de tal manera, que habiéndole ofrecido muchas posesiones y rentas, todas generosamente las renunció, diciendo: *monachus, qui in terra possessiones quærit, monachus non est. Sic quippe metuebat paupertatis suæ severitatem perdere, sicut avari divites solent perituras divitias custodire.* Dice que estaba dotado del don de profecía, con el cual pronosticaba las cosas futuras, y tambien de la virtud de echar los demonios de los

(1) S. Basil. in Reg. fusius. explic. q. 22.

(2) Dialog. lib. 3. cap. 14.

cuerpos que poseían. Con todo esto el Santo no encubre un defecto que tenía en compañía de tantas virtudes, y era el no saber esconder la grande alegría de su espíritu, manifestándola excesivamente con señales exteriores. ¿Pero qué defecto era este, me direis? Semejante alegría exterior, como efecto que nacia de una causa santa, parece que mas antes tiene visos de virtud, que no de defecto. Sin embargo, tratándose de un hombre que profesaba vida solitaria y austera, dice S. Gregorio, que por esta su externa exorbitante alegría era reprehensible: y añade, que esto solo podia bastar para no tenerle por hombre de gran virtud, si por otra parte no se hubiese manifestado su gran santidad. Tanta verdad es, que en personas que están en estado de perfeccion, cualquiera acto exterior no bien arreglado y compuesto, basta para disminuir para con los seglares aquella estimacion y buen concepto, que ellas estan obligadas á conservar para la gloria de Dios. Ved aquí las palabras del Santo Doctor: *hic enim cum virtute abstinentiæ, contemptu rerum transeuntium, prophetiæ spiritu, orationis intentione esset incomparabiliter præditus, unum erat, quod in eo reprehensibile videbatur, quod nonnunquam ei tanta lætitiâ inerat, ut illis tot virtutibus, nisi sciretur esse plenus, nullo modo crederetur.* Concluyamos, pues, con S. Gerónimo, que la modestia y compostura de un religioso (lo mismo se ha de decir de cualquiera eclesiástico) debe ser tal, que su hablar, su andar, su rostro y toda su persona sea una enseñanza de virtud: *de ludo monasteriorum hujuscæmodi volumus egredi milites, quorum habitus, sermo, vultus, incessus doctrina virtutum sit.* (1)

155. Advertencia cuarta: si viere el director que alguno de sus discipulos se aficiona á la bella virtud de la modestia, y tiene deseo de conseguirla; impóngale como medio quizá el mas eficaz que otro alguno para adquirirla el examen particular de que hablamos en el primer tratado. Pero instrúyale que tome, para desarraigarle, cada vez un sola defecto. Un capitán que quiere conquistar un reino, no dá á un tiempo la batalla en todas partes, ni pretende conquis

(1) S. Hier. epist. ad Rustic.

tarlo todo de una vez con sus armas; sino que pone sitio á una ciudad, despues de otra, y en sujetándola, va extendiendo poco á poco su dominio por todas partes. Asi queriendo uno sujetar á la razon con la virtud de la modestia todas las acciones exteriores de los sentidos y de los miembros del cuerpo, haga primero guerra á los ojos, como mas ligeros, y modérelos con el examen particular; y despues á la lengua como mas resbaladiza, y enfrénela con el dicho examen, y despues á los otros miembros sucesivamente uno despues de otro, y compóngalos con el mismo medio. De esta manera logrará facilmente el tenerlos poco á poco sujetos á su voluntad y el contener todas sus externas operaciones, de manera que procedan á la vista de otros con un cierto lustre de honestidad y decencia.

456 Advertencia quinta: acerca del modo de vestir de aquellas mugeres que quieren profesar vida espiritual, advierta el director en tenerlas cuanto mas posible fuere, lejos de la vanidad. Yo no digo que hayan de mudar de habito; porque esto no se debe hacer sin maduro consejo, sin el consentimiento de sus padres, y sin una bien fundada esperanza de que hayan de corresponder con sus costumbres á la santidad del nuevo hábito, habiendo tal vez sucedido que alguna haya dejado con ligereza el santo hábito que habia vestido, ó lo haya deshonrado con sus costumbres. Digo solamente que vistan segun su estado, lo mas bajo y humilde que puedan; porque dos son los grandes impedimentos que retardan á las mugeres el entregarse á Dios; la hermosura del rostro de que se precian, y la vanidad en los vestidos, con que se hinchan y ensoberbecen. Quitados estos dos obstáculos, facilmente, como se vé con la experiencia, se retiran del mundo, se dan á la modestia, al retiro, á la oracion y al ejercicio de las otras virtudes. *Serico*, dice S. Cipriano hablando de las vírgenes, & *purpura indutæ Christum sincere induere non possunt: auro & margaritis adornatæ & monilibus, ornamenta mentis & corporis perdunt.* (1) Mugeres, dice el Santo, vestidas de seda y de púrpura, no pueden

(1) S. Cip. de hab. Virg. lib. 4.

perfectamente vestirse de las costumbres de Cristo: y si despues van adornadas de oro, perlas y de cosas semejantes, pierden el adorno del alma y aun el del cuerpo. Habia aprendido el Santo Doctor esta doctrina del Principe de los Apóstoles San Pedro, que habiando á las mugeres cristianas, les prohibe la compostura de la cabeza, los adornos de oro, y la pompa de los vestidos: *quarum non est extrinsecus capillatura, aut circumdatio auri, aut indumenti vestimentorum cultus.* (1) San Pablo les permite algun moderado adorno, diciendo, que su habito sea modesto y decentemente adornado; pero sin compostura demasiada de los cabellos, sin oro, sin piedras preciosas, sin vestidos ricos que huelan á lujo y ostentacion de fausto: *similiter & mulieres in habitu ornato, cum verecundia, & sobrietate ornantes, & non in tortis crinibus aut auro, aut margaritis, vel veste pretiosa; sed quod decet mulieres promittentes pietatem per opera bona.* (2) Si el director ha guiado almas por mucho tiempo, habrá visto con la experiencia que los Santos han tenido, razon de hablar asi; y por eso procurará tener las mugeres, mayormente espirituales, lejos de semejantes vanidades. Yo he conocido á una dama, que se habia ya retirado del mundo y habia emprendido un tenor de vida santa; mas por haberse en cierta coyuntura puesto de gala, se revistió con aquel habito de todas sus vanidades y de todas sus antiguas costumbres: tan grande es el dominio que tiene la vanidad sobre el corazón de las mugeres.

157 Finalmente si desea el director tener la verdadera y justa idea del vestido que ha de llevar, y de la vida que debe hacer una muger espiritual en el siglo, veála abi de S. Gregorio Nacianceno. (3) *Mulierum ornamentum est morum probitate, & elegancia florere; domi ut plurimum manere; colloquium cum divinis oraculis habere; fuso, & lanae operam dare, ancillis opera mandare; servos vitare; oculis, labiis, genis vinculum injicere; pedem limine non frequenter offerre; pudicis quidem omnibus mulieribus*

(1) 1. Pet. c. 3. 3. (2) 1. ad. Timoth. c. 2. 9.
(3) S. Nacian. adv. mul. ambit. se ornat.

delectari. El adorno y decoro de las mugeres seculares, dice el Santo, ha de consistir en la bondad y en el ajuste de costumbres; en estarse de ordinario en casa; en hablar á menudo con Dios en la oracion; en atender á la labor de la lana y lino; en estar de sobrestante á las faenas domésticas de sus criadas; huir el trato y familiaridad de los sirvientes; tener á raya los ojos, la lengua y tambien las mejillas, las cuales se proponen tambien á pedir vanos pulimentos; no poner los pies frecuentemente fuera de casa, sino tratar dentro de ella con mugeres honestas y honradas. Haga todo esto una muger y caminar á segura por la senda de la perfeccion.

ARTICULO IV.

IMPEDIMENTOS QUE TRAEN PARA LA PERFECCION LOS SENTIDOS DEL OIDO Y DEL OLFATO, SI NO SE GUARDAN.

CAPITULO PRIMERO.

DANOS QUE PROVIENEN DEL MAL USO DEL OIDO, y bienes que provienen del buen uso del mismo sentido.

158 El sentido del oido reside en el órgano de las orejas, en que el sonido derramándose por el aire hace su sensacion. Y porque las palabras no son otra cosa que un cierto sonido formado de los labios y de la lengua del hombre, con el cual expresa sus internos conceptos: de aqui es que á este sentido pertenece escuchar las palabras y razonamientos de otros. Mas porque las palabras si se consideran en la linea moral de las costumbres, unas son buenas y loables, y otras malas y reprehensibles: por eso se puede hacer buen uso de este sentido, escuchando las palabras buenas voluntariamente; y tambien mal uso oyendo con deleite y gusto las malas.

159 Por medio del oido, como dice el Apóstol, se infun-

de en nuestros entendimientos la fé de los divinos misterios: *fides ex auditu*; (1) porque si la persona no escucha áquellas verdades que está obligada á creer, y aquellos argumentos que persuaden la credibilidad; queda privada de aquellas noticias, sin las cuales no puede ejercitarse la fé: *quomodo enim credent sine prædicante*? Por medio del oído dá Dios aquellas luces celestiales y aquellos impulsos interiores que despiertan á ciertos cristianos del sueño del pecado, los cuales aunque creen, no viven segun su creencia; pues vemos por experiencia que no hay medio mas eficaz para llamar al pecador á penitencia, que el oír atentamente la divina palabra. Por medio del oído se reciben ciertas inspiraciones fuertes con que Dios nos llama á la perfeccion, como sucedió á S. Antonio, que escuchando una leccion del Evangelio, se sintió interiormente tan conmovido, que abandonando el siglo y cuanto en él tenia, se fué á esconder en la soledad y desiertos para vivir con solo Dios. Como sucedió á S. Nicolas de Tolentino, que oyendo un sermón sobre la vanidad de las cosas terrenas, concibió tanto hastío de ellas, que volviendo las espaldas al mundo, corrió luego á esconderse en un sagrado claustro.

160 Ni solamente se sirve Dios del oído para traer las almas á la perfeccion en los discursos públicos, sino tambien se vale de los privados razonamientos, como se saca de las historias Eclesiásticas, en que se hallan tantos animados á la vida perfecta por las privadas exortaciones de otros. El B. Raymundo Pisano, estando tocando la cítara, vé pasar por la calle á un gran siervo de Dios, siente una fuerte inspiracion de seguirle, obedece á aquel movimiento interior del ánimo, arroja el instrumento músico y se vá en su compañía. Oyele despues hablar de Dios con mucha suavidad y eficacia: con aquellos santos discursos se enciende é inflama todo en un desacostumbrado fervor: se dá enteramente á Dios, y se hace un gran santo. Pero á mi me hace aun mas fuerza la grande impresion que hizo en el corazón de San Agustin, y en el de su madre el oír un discurso devoto que en-

1) Ad. Rom. cap. 10. 17.

tre si hicieron hallándose sobre la ribera del Tiber, como refiere el mismo Santo en el libro de sus confesiones. Dice que comenzaron á introducir entre sí un razonamiento espiritual, con que se iban admirando de la grandeza de Dios en aquellos objetos que tenian delante de los ojos. Despues prosiguiendo su discurso, se levantaron con afecto mas ardiente á la consideracion de otras obras mas ilustres de la divina omnipotencia que hay en el cielo y en la tierra. Pasaron despues con el discurso á la consideracion de sus mismas almas, y traspasándolo finalmente todo con la inteligencia, se sumergiéron en los gozos eternos de la region de los bienaventurados, hasta que quedaron absortos y mudos en una muy alta contemplacion *crigentes nos ardentiore affectu in idipsum, perambulavimus gradatim cuncta corporalia, & cœlum ipsum.... & adhuc ascendebamus interius cogitando & loquendo de te, & mirando opera tua: & venimus in mentes nostras, & transcendimus eas, ut attingeremus regionem ubertatis indeficientis, ubi pascis Israel in æternum veritatis pabulo; & ubi vita sapientia est.... Et dum loquimur, & inhiamus illi, attingimus eam modice toto ictu cordis, & suspiravimus, & reliquimus ibi religatas primitias spiritus: & remeavimus ad strepitum oris nostri.* (1) Con solo oír estas dos almas santas los discursos que mutuamente hacian acerca de las cosas divinas, se iban insinuando en sus entendimientos aquellas inteligencias sublimes, y en sus corazones aquellas inflamaciones suaves, en que quedaron felizmente absortos y perdidas en Dios. Cuenta tambien el Santo de sí, que á los principios de su vida espiritual oyendo cantar en la Iglesia himnos y salmos devotos, le infundia Dios por medio de aquellas voces y de aquel canto, altas inteligencias en su mente y suavidades inefables en su corazon, con las cuales se derritia todo en dulces lágrimas: *in hymnis & canticis tuis suave sonantis Ecclesie tue vocibus commotus acriter: voces illæ influebant auribus meis, & eliquabatur veritas tua in cor meum; & ex ea aestuabat inde affectus pietatis, & currebant lacrymæ, & bene mihi erat cum*

(1) S. August. conf. lib. 9. cap. 10.

illis. (1) Tanta verdad es que el sentido del oído es el canal, por medio del cual suele Dios infundir en nuestras almas aquellas luces y aquellos afectos sobrenaturales que las despiertan; ó á la conversión, ó la mejora de vida, ó á una total perfección.

164 Al contrario, de este mismo sentido se sirve también el demonio para llevar las almas á la perdición, ó para alejarlas del camino de la perfección. Y si no decidme, ¿de dónde proviene que también entre los cristianos nacidos en el gremio de la santa Iglesia, é instruidos en la escuela del Redentor, hay tanta estimación de las honras, de las dignidades y glorias mundanas? ¿De dónde se hace tanto caso de las pompas, del fausto y de las vanidades? ¿De dónde se arrebatan tantos con tanto ímpetu á los resentimientos, á los odios, á las venganzas? ¿De dónde se busca con tanto ardor el dinero y la hacienda, y se desean con tanta ansia las riquezas? Todo nace de hablar el comun de los fieles con grande concepto y estimación de estas cosas frágiles y caducas: de ensalzarlas, de engrandecerlas, y de llamar felices á los que las poseen. De aquí se sigue que quien lo oye, forma también de las tales cosas, aunque vanas y caducas, una alta estimación: y después tras de la estimación por una cierta natural conexión corre el afecto á cebarse en ellas. Y tanta corrupción, como se vé en las costumbres y lloran las personas celosas del divino honor, ¿de dónde toma su origen? Puntualmente de este sentido del oído mal guardado. No dudeis nada de esto. Y si deseais certificaros, preguntad á tantas mugeres sin vergüenza, á tantos jóvenes disolutos y lascivos, que ahora viven sumergidos en el lodazal de inmundicias; preguntadles, digo, cual fue el primer anillo de aquella larga cadena de pecados, con que al presente los tiene atados el demonio; y hallareis que por lo comun, y las mas veces fue un discurso deshonesto ó poco decente que oyeron con gusto. Allí concibieron los primeros pensamientos y los primeros afectos inmundos. Allí bebieron aquellas primeras gotas de malicia, que después los sumergieron en un mar de iniquidades.

(1) Conf. lib. 9. cap. 6.

162 De modo, que se ve claramente que del buen ó mal uso de este sentido toma principio la salud, ó la perdicion del hombre; y que de la buena ó mala guarda de él depende mucho en las personas devotas su perfeccion, ó su espiritual miseria y pobreza; porque tambien este sentido es una de las ventanas, por las cuales entra en nosotros, la muerte ó la vida para apagar ó vivificar nuestro espíritu. Y lo que es muy de notar, que no es esta una ventana como las otras, que se abren y cierran á nuestro arbitrio; sino que es una ventana siempre abierta y que jamas se cierra; porque aunque se puede alejar este sentido de los discursos nocivos; pero no se puede cerrar como los ojos y como la boca; de manera, que estando presente no entren las palabras á empañar el candor del espíritu. Corra, pues, la persona que profesa devocion y piedad á escuchar los sermones, donde por medio del oido entran los sentimientos santos en el corazon, y huya con grande horror de los teatros, de las comedias, y de los espectáculos públicos, donde los movimientos, los dichos, los discursos tiernos, y las palabras amorosas introducen por el oido un tósigo mortal en el alma que la envenena. Guardese con gran cautela de escuchar discursos libres, que son la peste de las buenas costumbres, conforme el célebre dicho: *corrumpunt bonos mores colloquia prava*. Cautélese con mucho cuidado de oir razonamientos vanos que llenan la cabeza de especies mundanas, y disipan la mente, y el corazon. Oiga de buena gana discursos sabios, discursos piadosos, discursos espirituales, y promuévalos con todas sus fuerzas, pero sin afectacion con sus amigos y conocidos; porque éstos llenan el entendimiento de pensamientos devotos, encienden la voluntad en santos afectos, son útiles á quien los escucha y á quien los hace, como ya mostramos antes con el hecho referido de S. Agustin. Ni el hacerse sencillamente semejantes razonamientos, y de personas de igual condicion les quita la eficacia, antes la añade; pues vemos que tal vez son mas provechosos, que los mismos sermones que desde el púlpito recitan los sagrados predicadores.

163 Cuéntase en las vidas de los padres, que un santo viejo veía al rededor de los monges, mientras se entretenían en santos razonamientos, volar á los ángeles alegres y festivos; pero cuando hacían discursos seculares y vanos, veía á los demonios que en medio de ellos estaban gruñendo como puercos abominables. Por eso andaba el santo hombre gritando por el monasterio: dejad, hermanos, las pláticas vanas que son la perdición del alma: *cum autem aliud quavis loqueretur, statim Angeli recedebant longius, indignantes contra eas. Veniebant autem porci sordidissimi, & morbo pleni, & volutabant se inter eos. Demones enim in specie porcorum delectabantur de superbia & vana loquela eorum... Beatus autem senior hæc videns, commonebat per monasteria fratres: colibete á multiloquio, et ab otiosis sermonibus linguam, per quam malus interitus animæ generatur.* (1) Obsérvese que este gran siervo de Dios no decía ya, que los discursos mundanos sean á las personas espirituales de algun ligero perjuicio, sino que acarrear la muerte á sus almas por causa de la grande disipacion, y de otros pésimos efectos que dejan en sus espíritus. Por donde no es maravilla que los demonios se deleiten de semejantes coloquios vanos, se gocen de hallarse entre ellos, y den brutales señales de su complacencia.

164 Mas al contrario los discursos piadosos confortan al alma, la encienden y la animan á la virtud; porque oyendo hablar nosotros de cosas santas, nos habla al mismo tiempo al corazón Jesucristo; que en tales casos se halla allí presente, como nos promete en el sagrado Evangelio: *ubi sunt duo, vel tres congregati in nomine meo, in medio illorum ego sum.* (2) Por lo cual nos sucede entonces á nosotros lo que sucedió á los dos discípulos en el camino de Emaús, que oyendo las palabras de Cristo sentían inflamarse sus corazones en un santo ardor: *nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?* (3) Quiso dar Dios á S. Francisco, y á sus hijos un testimonio ocular de esta verdad; (4) porque hallándose un día el Santo

(1) Vit. PP. c. 26. §. 35.

(2) Matth. c. 18. 20.

(3) Luc. 24. 32.

(4) Cron. Min. Galli. lib. 1. c. 30.

en compañía de algunos hermanos suyos se introdujo entre ellos un discurso espiritual, en que se hablaba de Dios con tan sublimes conceptos y con tanta suavidad, que cada uno era de grande admiracion y conorte á sus compañeros. En este tiempo se vió aparecer en medio de aquella devota junta el Salvador con amabilisimo semblante. A esta vista arrebatados todos de los sentidos cayeron postrados en tierra, donde quedaron por algun tiempo absortos en un gozosisimo éxtasis. Aborrezca, pues, el hombre devoto el oír chanzas y vanidades; gócese de oír discursos sabios, santos y provechosos, si no quiere en sus conversaciones la compañía de los demonios, y si la de los ángeles y del mismo Señor de los ángeles.

165 Añado que no hay cosa mas propia y que mas convenga á una persona espiritual, que el aplicar con gusto el oído á los discursos devotos y cerrarlo á las conversaciones profanas. Porque cada uno gusta de oír hacer mencion de aquellas cosas que ama. Gózase el soldado de oír hablar de guerras; el letrado se deleita en oír hablar de ciencias; el herrero se complace en escuchar á quien discurre de sus manufacturas: *tractant fabrilia fabri.* De la misma manera el hombre mundano gusta de oír discursos del mundo, y el hombre espiritual de oír discursos de espíritu. De aqui saque cada uno la regla para conocer en que clase de personas se halla.

CAPITULO II.

SE DESCIEENDE EN PARTICULAR, Y SE MUESTRA el daño que puede redundar al espíritu de escuchar voluntariamente murmuraciones.

166 La murmuracion, dice S. Gerónimo, es un vicio tan derramado por las venas del cristianismo, que con gran trabajo se hallará quien no esté manchado con él. Hallareis personas consagradas al divino servicio, que están exentas de toda mancha de impureza, que tienen limpio el corazón de todo apego

á la hacienda y de cualquier otra mala afición; que no dejan salir de su boca palabra menos decente, que mortifican la gula con ayunos, que afligen su cuerpo con cilicios, y están adornadas de toda virtud. Mas personas espirituales que no murmuren y no censuren las acciones de otros, difícilmente las hallareis; porque este es el último lazo que les arma el demonio, en el cual van todos á caer: *pauci admodum sunt, qui hoc vitio (scilicet detractionis) renuntiant; raroque invenies, qui ita vitam suam irreprehensibilem exhibere velint, ut non libenter reprehendant alienam: tantaque hujusmodi libido mentes hominum invasit, ut etiam qui procul ab aliis vitiis recesserunt, in illud tamen, tanquam in extremum diaboli laqueum incidant.* (1) De aquí infiera el lector la necesidad que hay de tratar de este vicio, que siendo tan ageno de la perfeccion cristiana, es sin embargo tan comun en aquellos que la profesan. Mas porque el oír las murmuraciones es cosa que hace relacion á quien las dice, no siendo posible que se oiga lo que otros no dicen: por eso antes de mostrar el gran mal que hay en oír con gusto las murmuraciones (que es lo que propiamente pertenece á este lugar,) es necesario que declare brevemente el mal enorme que hace quien las dice, disminuyendo con su lengua la agena reputacion.

167 S. Bernardo, hablando de la murmuracion dice, que la lengua del murmurador es una vivora, que con una sola mordedura envenena á tres personas; que es una lanza que con un golpe traspasa á tres; que es una espada de tres puntas, que con una sola estocada hace tres heridas; *numquid non est vipera lingua detractoris? Ferocissima sane, nimirum quæ lethaliter tres inficit statu uno. Numquid non lancea est ista lingua? Profecto & acutissima, quæ tres penetrat ictu uno. Lingua, inquit, eorum gladius acutus. Gladius equidem anceps; imo triceps est lingua detractoris.* (2) Explicando despues estas tres heridas que hace la lengua maligna con cada murmuracion que descarga, dice, que la primera herida la hace á la persona contra quien mur-

(1) Epist. ad Celan.

(2) S. Bern. de tripl. custod. man. ling. & cord.

mura, traspasándola en lo vivo de la reputacion. La segunda herida la hace á los oidos de quien le escucha, dándole escándalo y ocasion de pecar con su hablar. La tercera herida, que es la mas atroz de todas, la hace á sí mismo, hiriendo su propia alma con una culpa tan disforme, que le hace odioso y abominable á los ojos de Dios, como atestigua el Apostol: *detractores Deo odibiles.* (1)

168 Ni sirve el decir (añade): ¿qué cosa es una palabra ligera que vuela por el aire y se la lleva el viento? porque es verdad que la palabra de la murmuracion ligeramente vuela; pero hiere gravemente: es verdad que pasa presto; pero abrasa atrozmente: *dicimus levis res sermo; tenera, mollis & exigua caro lingua hominis; quis sapiens magni pendat? Levis quidem res sermo, quia leviter volat, sed graviter vulnerat; leviter transit, sed graviter urit.*

169 Mas quien desee entender mejor cuán bien penetrase con su ilustrada mente el melifluo Doctor la deformidad que en sí contiene el pecado de la detraccion, y quanto horror le tuviese, lea el sermon tercero que hizo en la dedicacion de la Iglesia; y hallará que llega á llamar con el titulo de traidores á aquellos monges que se atreviesen á introducir en su monasterio un vicio tan abominable, llega á llamarlos compañeros de los diablos; pues se unen con ellos para causar escándalos, sembrar discordias con sus murmuraciones y murmullos de su lengua, é intentan trocar la casa de Dios en cueva de demonios. Oiga el lector sus palabras. (2) *Proditores sunt quicumque in hoc Domini castrum inimicos ejus introduciri volunt: quales sunt utique detractores Deo odibiles, qui discordias seminant, nutrivunt scandala inter fratres. Sicut enim in pace factus es locus Domini; sic in discordia locus fieri diabolo, manifestum est. Non miremini, fratres, si durius loqui videor, quia veritas neminem palpat. Omnino proditorem se noverit, si quis forte, quod absit, vitia quelibet in hanc domum conatur inducere, & domum Dei spelucam facere daemoniorum.*

(1) Rom. c. 1. 30.

(2) S. Bern. serm. 3. in Ded. Eccles.

¡Grandes palabras! ¡Gran celo! Gran horror á la murmuracion!
¡Gran fealdad de este vicio!

170 Ni piense el lector que sea solo S. Bernardo el que habla de la murmuracion con términos tan enfáticos y expresivos. Tambien los demas Santos y Doctores hablan con expresiones de mucha detestacion. S. Clemente Papa en una epistola suya que trae Graciano, (1) refiere una doctrina del principe de los Apostoles, y es, que tres especies hay de homicidios: la primera especie es de los que quitan la vida á sus prójimos, la segunda de los que los aborrecen de muerte, y la tercera de aquellos que les disminuyen la fama, y que á todas tres especies de homicidas, como igualmente reos, les señala Dios igual pena: *homicidarum triu genera esse dicebat B. Petrus, & pœnan eorum parilem esse dicebat: sicut enim homicidas interfectores fratrum, ita detractores quoque eorum, eosque odientes, homicidas esse manifestabat.* Del mismo delito de homicidio reputa reo S. Geronimo á quien murmura, apoyado en la autoridad de S. Juan y de Salomon; y llega á llamar á la murmuracion con el titulo de grande maldad: *grande scelus est, cum detraho fratri meo; lingua mea fratrem interficio. Qui enim odit fratrem suum, homicida est. Vide, quid dicat Salomon: in manu lingue mors & vita.* Ni debe parecer á alguno extraño, y mal fundado semejante modo de hablar; porque es verdad que el murmurar no saca de las venas del prójimo la sangre que es mas vil; pero le saca la sangre de la reputacion que es mas noble. Es verdad que no le quita la vida del cuerpo que es menos preciosa; pero le quita la vida civil que es mas estimable; pues el miserable herido de la lengua maligna del murmurador, no vive como antes en el buen concepto de los hombres.

171 A lo menos es cierto que el pecado de la detraccion es mas grave, que el del hurto y el de la rapiña; porque como dice el Sábio, *melius est bonum nomen, quam divitiæ multæ.* (2) El buen nombre es un bien de superior esfera á todas las riquezas del mundo, y por eso es digno de mayor estimacion.

(1) De Pœnit. dist. 1. (2) Prov. cap. 22. 1

Y ciertamente no se hallará hombre de buen juicio, que para recobrar la reputacion ya perdida, ó para reparar la ruina que le amenaza de su estimacion, no dé por bien empleado el gasto de su dinero, hacienda, rentas y aun de sus posesiones. Es preciso, pues, decir que causa mayor perjuicio á su prójimo, y comete culpa mas grave, quien murmurando le priva del buen concepto de que goza en la opinion de los hombres, que quien robando le despoja de los dineros, de la hacienda y de otros bienes de fortuna. Y hagase aquí de paso reflexion sobre la comun ceguera de los fieles. Si un cristiano supiese haber cometido veinte ó treinta hurtos en el discurso de su vida, se avergonzaria ciertamente de sí mismo, y por tan graves excesos se tendria por indigno de vivir entre los hombres. Y sin embargo sabiendo haber murmurado veinte ó treinta veces de la fama de su prójimo que es delito mas grave, no por eso siente algun rubor, ni experimenta algun remordimiento y amargura, como si no hubiese hecho mal alguno. ¡Oh engaño! ¡Oh ceguera! ¡Oh alucinacion de nuestros entendimientos!

172 Mas para que no parezca que yo quiero abultar mas de lo debido la gravedad de este vicio, y exagerar demasiado su fealdad; valgámonos de una medida que ciertamente no puede fallar, para sondear el fondo de su malicia. Sea ésta los castigos con que Dios lo ha castigado; veamos cuán atroces sean, y de aquí podremos deducir con justa é infalible proporcion, cuánta sea su gravedad. Tenemos en el libro de los Números, (1) que Maria, hermana de Moisés, fue cubierta de pies á cabeza de una asquerosisima lepra en pena de haber murmurado de su hermano. Y lo que debe causar mayor admiracion es, que rogando Moisés para librarla de aquel castigo, no fue oído, siendo él, el ofendido, como nota S. Basilio. Tanto se enojó Dios contra ella. En el mismo libro de los Números (2) tenemos que Coré, Datan y Abiron en pena de haber murmurado contra el mismo Moisés, fueron tragados vivos de la

(1) Num. cap. 12. 10. (2) Num. cap. 16. 31.

tierra con todo lo que tenían. Que doscientas y cuarenta personas principales, y despues catorce mil y sietecientas de la plebe de los Israelitas fueron quemados vivos de un fuego prodigioso que llovió del cielo, en venganza de sus murmuraciones contra el gran Profeta. Que otra vez envió Dios serpientes de fuego, para hacer terrible estrago en aquel pueblo murmurador. Y finalmente, que casi todo aquel pueblo fué condenado en castigo de sus muchas y repetidas murmuraciones, á perecer entre los arenales del desierto de Arabia, por donde andaba peregrinando; sin poder llegar á gozar por un solo dia de las delicias de la tierra prometida, tan deseada de ellos y buscada con tanto trabajo. Ciertamente no se lee que Dios haya enviado por otros delitos azotes tan severos, como son llover fuego del cielo, abrirse en profundos boquerones la tierra, levantar serpientes tragadoras, lepras, muertes y estragos de pueblos enteros. ¿Cuán grande, pues, convendrá decir, que sea aquel pecado que un Dios justísimo y piadosísimo en sus mismas venganzas castiga con tan severas penas?

173 Si despues de esto queremos pasar de las historias divinas á las eclesiásticas, hallaremos aqui tambien vengada de Dios la murmuracion con terribles castigos. Entre muchos casos escojo tres, en que me parece mas manifiesta la ira de Dios; y los referiré en pocas palabras. Es el uno el que refiere Tomás de Cantimprato haber visto con sus mismos ojos en un sacerdote, indigno de tal carácter y de tal nombre. Estaba este acostumbrado á herir con su pérfida lengua la fama de otros, y á derramar sin miramiento alguno la sangre de la reputacion de sus prójimos. Llegado despues el punto de la muerte, dió en tal mania que se despedazaba la lengua con sus propios dientes. Y lo que parece mas extraño es, que abriendo la boca exhalaba un hedor intolerable: queriendo mostrar Dios, verificado en él el dicho del real Profeta, que la lengua del murmurador es lengua de áspid, y que su garganta es un pestilencial sepulcro, como nota el citado autor: *quod quia lingua sua dolose egerat, & venenum aspidum sub labiis ejus; quasi sepulchrum patens*

gatio illius, Actorem tenebrarum exalavit, et per quos peccaverat, per eadem torqueretur. (4)

174. Los otros dos castigos los refiere el Cardenal Baco-
nio; (2) el uno sucedido á un sacerdote llamado Donato, y
el otro á un Obispo llamado Maurano, ambos muy semejantes
en el suceso é igualmente funestos. El primero murmurando
en un convite de la gloriosa y feliz memoria de S. Ambrosio,
y murmurando el otro en un semejante banquete de las ac-
ciones ilustres de S. Agustín en presencia de su hermano, fue-
ron mortalmente heridos de mano invisible; con que hicieron
funesto el convite. Llevados despues en manos de otros desde
la mesa á la cama, espiraron allí miserablemente. Concluye
el autor diciendo: así castiga Dios á las lenguas murmurado-
ras: *is finis virorum detrahentiam fuit, quod videntes, qui tunc
caderunt, admirati sunt.*

175. Pero dirá quizá alguno, mis murmuraciones no son
dignas de tales reprehensiones, ni de tales castigos, porque son en
materia ligera: pueden si obscurecer algo la reputacion de mi
prójimo; pero no denigrarla. Si á semejante disculpa hubiese
de responder S. Bernardo, enemigo jurado de las lenguas mor-
daces, diria que en la murmuracion no conoce el ligereza de
culpa: *forte aliqui leve peccatum aestimant murmurare; sed non
hic (nempe Apostolus ad Philip c. 2. v. 14.) quivante omni mo-
net viveendum. Puto autem, ne illum quidem leve putasse, qui
murmurantibus agebat: non contra vos est murmur vestrum, sed
contra Dominum; nos enim quid sumus? Sed ne illum quoque,
qui dixit: non murmuraveritis, sicut quidam murmuraverunt, &
perierunt ab exterminatore; illo nimirum exterminatore, qui po-
situs est in hoc ipsum, ut à terminis beata illius civitatis arceat
murmuratores, & longe faciat à finibus ejus.* (3) Veis aquí
la respuesta del Santo. Quizá juzgará alguno que en el mur-
murar haya culpa ligera. Mas no lo juzgó así el Apóstol, que
nos amonestó, nos guardásemos de este pecado mas que de
cualquiera otra cosa. No lo juzgó así Moisés, el cual dijo al

17 Thom. Cant. apud c. 37. 127 Baron. tom. 3. an. 397. n. 84. (3) S. Bern. in serm.

pueblo, que sus murmuraciones no eran contra él, sino contra el Señor. No lo juzgó así el mismo Apóstol, el cual advirtió á los Corintios que no murmurasen, para que no fuesen exterminados, como había sucedido á otros; no fuesen, digo, exterminados de la patria celestial, y apartados muy lejos de aquellas bienaventuradas puertas.

176 Con todo eso no pudiéndose negar, que en la murmuracion, como en otros pecados, haya materia ligera, se deben entender las palabras del Santo en este sentido, que si bien puede haber muchas veces en la detraction, y de hecho hay culpa ligera; sin embargo jamas es mal ligero por las razones siguientes. Lo primero, porque no se debe tener jamas por mal pequeño aquel que de alguna manera va á tocar al prójimo en lo vivo de la reputacion. El honor se estima igualmente que las niñas de los ojos. Ahora, así como cualquier pequeño golpe hecho en una parte tan delicada, como son las niñas de los ojos, es siempre muy doloroso: así cualquier golpecito dado por la lengua de otros á nuestra honra, nos es siempre de grande disgusto y pesadumbre; ni se puede tener prudentemente en cuenta de poco mal. Lo segundo, porque la murmuracion, aunque por sí misma sea ligera, tiene una cierta deformidad particular, por la cual debe reputarse por un grande mal. Explico esto con la paridad del hurto, al cual se asemeja mucho la detraction. Es cierto que el quitar furtivamente alguna cosa pequeña, no es hurto que llegue á la malicia de culpa grave. Y sin embargo, un caballero ú otra persona de honra, mas se avergonzará de haber cometido un hurto ligero, que de haber caído en un pecado gravísimo de deshonestidad ó de venganza; porque el hurto es una accion infame, que aun en materia pequeña conserva una particular fealdad, la cual lo hace vituperable, y en tal caso mancha el honor de quien lo comete. Pues ¿por qué no se ha de decir lo mismo de la murmuracion, que es un verdadero hurto; y lo peor es que es hurto de cosa mas preciosa, cuál es el buen nombre, y el buen concepto y estima de que goza la persona honrada en la mente de los hom-

bres? Sea pues pequeña la murmuración, sea ligera, siempre empero es un gran mal; porque siempre quita al proximo lo que mas ama, siempre le hiere en lo vivo, y siempre le causa mucho dolor y amargura. Sea tenue la detraccion, mas siempre es un hurto infame, siempre es una accion indigna de un cristiano, y mayormente de una persona religiosa, que debe estimar mas que cualquiera otra cosa la caridad.

177 Pero yo he pasado tan adelante, que me hallo ya en el término; porque habiendo puesto en claro, cuan feo sea el vicio de la murmuración, he mostrado tambien claramente, cuan disforme sea el vicio de quien escucha con gusto la murmuración de otros. Porque dicen los santos Padres, que es uno mismo el pecado de murmurar, y el de escuchar voluntariamente á quien murmura; y esto se vé mas claro, cuando el que oye dá ánimo á la lengua del murmurador, ó preguntándole, ó mostrando complacencia de lo que dice, ó á lo menos no reprendiendo, ó no interrumpiendo (especialmente en los casos en que está obligado) sus malignos razonamientos. Es célebre el dicho de S. Bernardo: *detrahere, aut detrahentem audire, quid horum damnabilius sit, non facile dixerim.* (1) Yo no se, dice el Santo, cuál de los dos haga mayor mal; si el que murmura, ó el que oye de buena gana la murmuración; porque como el mismo Santo afirma en otra parte, el uno tiene al diablo en la lengua que le estimula á hablar, y el otro tiene al diablo en los oidos que le incita á escuchar. San Basilio pregunta, ¿con qué pena se haya de castigar al monje que comete la murmuración, y al otro que la escucha? Y resuelve que conviene apartar á ambos de la compañía y comunicacion de los otros religiosos; porque el uno y el otro son igualmente culpables, y lo prueba con los dichos de la Sagrada Escritura: *exterminandi à reliquorum societate ambo. Detrahentem enim proximo suo, hunc persequerbar. Et alibi dictum est: Detrahentem noli libenter audire, ne sustollaris.* (1)

(1) S. Basil. in Reg. brev. Reg. 26.

178 Y la razon de todo esto es la que trae S. Gerónimo, porque los que escuchan la murmuracion, son causa de la misma murmuracion que oyen con gusto. Demos el caso, dice el Santo, que ninguno diese fé ni oídos á los detractores: ciertamente no se atreverian estos á proferir sus malignos razonamientos, y por vergüenza á lo menos se verian obligados á callar. Luego si otros murmuran, se debe echar la culpa á quien los escucha, como á causa de su maligna locuacidad: *quod si hæc in nobis esset diligentia, nec passim detractoribus crederemus, jam omnes detrahere timerent. Sed hoc ideo malum celebre est, idcirco in multis fervet hoc vitium, quia pene ab omnibus audiuntur.* (1) Por eso el mismo S. Gerónimo, escribiendo á Demetriade, le impone que no murmure, ni oiga á quien murmura, para que no coopere con su tácito consentimiento al pecado del otro; y dándole voluntariamente oídos, no dé algun fomento á su vicio, sino que ejecute el consejo del Espíritu Santo, de tener bien cerrados los oídos con una cerca de espinas, para que no entren las palabras de la lengua malvada: *tu vero hoc malum ita fuge, ut non modo ipsa non detrahas, sed ne alio quidem detrahenti aliquando credas; nec detractoribus auctoritatem de consensu tribuas, nec eorum vitium nutrias annuendo. Noli, inquit Scriptura, consentaneus esse cum derogantibus adversus proximum suum; & ne accipias super ipsum peccatum. Et alibi: Scepi aures tuas spinis, & noli audire linguam nequam.* Despues prosigue diciendole, que el primer pensamiento que debe tener una persona que quiere dedicarse á la vida espiritual, ha de ser, de armarse contra estas lenguas mordaces; porque no háy cosa que mas inquiete á una alma devota, que el dar oídos á los discursos de estos malignos murmuradores. Estos despiertan odios, pasiones, disensiones y discordias: estos hacen al ánimo dissipado, voluble é inconstante. Al contrario el no oír jamas palabras contrarias á la caridad, engendra gravedad en las

(1) S. Hier. Epist. ad Celant.

costumbres, y alimenta una hermosa paz en el corazón. *Est sane tale hoc vitium, quod vel in primis extinguí debeat. & ab eis, qui se sancte instituere volunt, prorsus excludi. Nil enim tam inquietat animum, nihil est, quod ita mobilem & leuem faciat, quam facile totum credere, & obrectatorum verba temerario mentis assensu sequi. Hinc enim crebrae dissensiones; hinc odia injusta nascuntur. Hoc est, quod saepe de amicis istis etiam inimicos facit; dum concordés quidem & credulas animas, multiloqua lingua dissolvat. At contra magna quies animi, magnaque morum gravitas, non temere de quoquam sinistre quid audire.* Bienaventurado aquel que se ha armado contra este vicio de manera, que ninguno se atreve á murmurar en su presencia. A esta felicidad llegó Santa Teresa, que ya con divertir diestramente; ya con reprender dulcemente las murmuraciones que se levantaban entre sus religiosas, llegó á tal estado, que no habia alguna que se atreviese en su presencia á introducir plática alguna de murmuracion. Por lo cual era dicho comun en su monasterio, que donde se hallaba Teresa, todas las monjas tenían seguras las espaldas; como ella misma refiere en el libro de su vida.

179 Presupuesto todo esto, si el hombre espiritual no quiere errar con el sentido del oído, haciéndose culpable de las murmuraciones de otros, tome la regla que ahora quiero darle. Huya de tratar con personas acostumbradas á censurar las acciones de sus prójimos; obedezca al mandamiento que le intima el Espíritu Santo: *cum detractoribus non commiscearis; y de nuevo: remove à te os pravum; detrahentia labia sint procul à te.* (1) Aleja de ti la lengua mala, y esten lejos de ti los labios murmuradores. Si le sucediere oír alguna notable murmuracion, guárdese de dar señal alguna de gusto y de complacencia; para no cooperar, como dice S. Gerónimo, á la murmuracion ajena y no hacerse participante de su culpa.

180 Mas esto es poco: debe además de esto pisar todo respeto humano, y reprender aquella lengua mordaz, (si no es

(1) Prov. c. 24. v. 21. c. 4. v. 24.

que un justo y debido respeto á la persona murmuradora se lo prohíba) y hacerla advertida del agravio que hace al prójimo con su hablar. Acójase en tales casos al consejo que San Juan Crisóstomo dió al pueblo de Antioquía, acerca del modo de contenerse en semejantes encuentros: *dic proximo detrahenti: habes aliquem quem laudes, & commendes? aures aperio, ut unguenta suscipiam. Si vero malum velis dicere, obturo aures: non enim stercus & cænum accipere sustinebo.* (1) Dí con toda libertad á quien murmura, si tú quieres hablar bien del prójimo, y decir cosas de alabanza, ves aquí mis oídos abiertos para escucharte. Mas si te agrada el hablar mal, descubrir sus defectos y censurar sus acciones; tengo cerrados los oídos para no escucharte. Mis oídos estan acostumbrados á recibir el balmado de los buenos razonamientos, y no el lodo y estiércol de la maledicencia: así el Santo. Si acaso la calidad del sugeto que murmura, superior á vos en el grado y en la autoridad, no os permitiere hablar de esta manera, y de darle una tan clara reprehension; divertid á lo menos el discurso, y con destreza introducid otro diferente y mas conforme á la caridad cristiana. Mas si ni aun esto surtiere efecto, bajad á lo menos los ojos, componed con seriedad vuestro rostro, y significadle con los hechos, lo que no os es lícito hacer con las palabras: quiero decir, indicadle con aquella seriedad que los tales discursos son en sí desconvenientes, y á vos de disgusto. Obrando de esta manera, le hareis una correccion tácita, pero provechosa; porque dice el Sabio, que así como el viento norte disipa las nubes del cielo, así un rostro serio y compuesto hace desvanecer las murmuraciones en la boca de los detractores: *ventus aquilo dissipat pluvias: & facies tristis linguam detrahentem.* (2) Cuenta Casiano, (3) que cierto monge llamado Maquete, había recibido de Dios esta gracia, que hablándose de cosas santas en las conferencias espirituales estaba siempre en sí y despierto por mas largo que fuese el discurso, y durase noches y dias enteros; pero en comenzando á introducirse alguna conversacion de murmuracion, caía luego

(1) S. Chrys. hom. 3. — (2) Prov. 25. 23. (3) Casian. inst. lib. 5. cap. 29.
Tom. II. 19

en un profundo sueño. Vos no podreis con un sueño tan prodigioso mostrar á quien murmura en vuestra presencia, el disgusto que recibis de aquella conversacion contraria á la caridad. Pero significádselo á lo menos con el silencio y con la seriedad del rostro, cuando no podais divertir el discurso, ó no os sea licito reprender á quien lo hace. Hasta ahora he hablado yo del daño que resulta al espíritu de escuchar las murmuraciones de otros, y me he explayado algun tanto en esta materia, porque es defecto en que se cae mucho y muy frecuentemente. Mas no por eso se ha de entender que el hombre espiritual no haya de guardar con mucho cuidado el oido de escuchar otras palabras que pueden ser de mucho perjuicio, y tal vez de ruina al espíritu. ¿Quién no ve cuán cauto debe ser en no dar oidos á discursos y á palabras impuras, que no solo dan muestras de corrupcion en quien las dice, sino que llegan á corromper las costumbres de quien las escucha: *corrumpunt bonos mores colloquia prava*? Lo mismo digo de las palabras afectuosas, especialmente si las dice persona de otro sexo, que entrando suavemente corrompen el corazon con el veneno de un afecto carnal, apagan todo sentimiento de devocion, y tal vez le inducen á perder del todo el santo temor de Dios. ¿Quién no ve cuanto le conviene tener cerrados los oidos á las máximas falsas que pervierten el entendimiento, á los malos consejos que engañan el corazon, á las alabanzas que le levantan y ensoberbecen, á las adulaciones que lisongeando engañan á los incautos, y á los discursos mundanes, inútiles y vanos, que enagenan la mente de los pensamientos santos y disipan el corazon con afectos terrenos? En suma es menester acordarse siempre, que el oido es un sentido que no tiene reparo alguno; está expuesto á todas las palabras y voces que otros profieren; y por sí mismo no puede evitarlas: por eso toca á quien tiene de él cuidado el guardarlo de discursos nocivos.

CAPITULO III.

*SE INSINUAN LOS DAÑOS QUE PUEDE CAUSAR Á
la perfeccion el sentido del olfato.*

181 **E**ntre todos los sentidos el mas inocente, y que menos se opone á la perfeccion es el sentido del olfato; porque así como entre todos los sentidos es el mas débil, así tiene menos fuerza para dañarnos. Mas perfecto que nosotros tienen el olfato los cuervos, las abejas y los buitres, que perciben de muy lejos el olor y el hedor de los cuerpos. Mas agudo que nosotros tienen este sentido los perros, á quienes bastan las pisadas impresas en la tierra, ó del dueño, ó de las fieras para hallarlas. Esto proviene, dice Alberto Magno, (1) de que el órgano del olfato en el hombre está unido con el cerebro que en nosotros es muy grande: y con su humedad y frialdad sirve de impedimento á este sentido, para hacer con perfeccion sus sensaciones. Pero sea la que fuere la causa de esto, lo cierto es, que Dios lo ha dispuesto con suma providencia; porque las bestias tienen gran necesidad de este sentido, para discernir entre los manjares, cuales les sean útiles, y cuales nocivos; y entre los objetos, cuales sean convenientes á su naturaleza, y cuales no; por lo cual convenia que fuese en ellas perfecto el dicho sentido. Pero el hombre está dotado de entendimiento y de razon, y con ella discierne con mucha mayor perfeccion todas las cosas.

182 Sin embargo de todo eso, puede tambien este sentido ser dañoso al espíritu, si la persona devota vá en busca de olores, y los procura en las flores, en los ambares, y en las pastillas: si los trae consigo, y perfuma su habitacion con ellos, y vá en busca de aquel deleite, que de semejantes fragancias resulta al olfato: siendo manifiesto que todo deleite sensible procurado para nuestros sentidos por solo el motivo de com-

(1) Alb. Mag. trac. de odore.

placerlos, es ilícito y pecaminoso. Semejantes delicadezas dedican aun en las personas del mundo; y si las buscan con exceso desagradan tanto á Dios, que alguna vez ha dado señales de ello con castigos muy ejemplares. Argüid, pues, de aquí cuánto le desagradarán en personas espirituales que ya se han dedicado á su divino servicio. A la verdad es bien sabido el castigo, que segun refiere S. Pedro Damiano, descargó Dios sobre cierta dama, muger del Dux de Venecia. (1) Fuera de otras delicadezas con que esta señora regalaba su cuerpo, queria que su cámara estuviese siempre perfumada de tanto timiama, y de tantas especies de olores, que el Santo se avergüenza de referirlos, y teme que apenas hallaria crédito en los lectores: *ejus vero cubiculum tot tymiamatum, aromatumque generibus redolebat, ut & vobis narrare dedecus futeat, & auditor forte non credat.* Pero no tardó Dios en manifestar cuanto le indignaban las excesivas delicadezas de esta muger. Porque la hirió de pies á cabeza de una asquerosísima llaga, con la cuál se le pudrian las carnes encima, y de sus podridos miembros salia un hedor intolerable: de manera, que no se podian acercar á su cámara, no solo los parientes, pero ni aun sus criados y esclavos. Solamente una camarera suya bien prevenida de olores junto á las narices entraba con mucha presteza á darle lo necesario, y salia al punto huyendo. De esta manera hecha un cadaver antes de morir, al fin espiró miserablemente. Su muerte á ninguno causó tristeza y sentimiento, sino á todos consuelo; porque habia llegado á ser á todos insoportable por el hedor intolerable de su cuerpo. Asi quiso Dios que viesen todos en este cadaver animado, que no merece nuestra vil carne ser perfumada de olores. Concluye el Santo: *quid enim sit caro, docet ipsa caro; quodque perhibet mortua, testatur viva.*

183 Mas el hombre espiritual no se ha de contentar de no dar placer á las narices con la variedad de los olores; sino que si ama la mortificacion de los sentidos, virtud tan

(1) S. Pet. Dam. Ep. 20. Blanc. comitis, c. 11.

propia de los siervos de Dios, ha de procurar afligir el olfato con olores desapacibles; ó á lo menos sufrir con voluntad la molestia, cuando lo pide la necesidad, ó por la calidad del lugar en que habita, ó por la calidad de las personas con quienes vive; y sobre todo cuando lo requiere la caridad cristiana, con ocasion de asistir á los enfermos en los hospitales, ó en sus propias casas: á imitacion de los Santos, que animados de este espíritu de caridad y de mortificacion, se gozaban entre el hedor de los enfermos, como si se hallasen entre jardines de flores, y entre planteles de fragantisimas rosas.

184 Heroica era la mortificacion con que el santo Abad Arsenio atormentaba este sentido, como se refiere en las vidas de los padres. (1) Tenia el siervo de Dios dentro de su pequeña celda un vaso de agua, dentro del cual ponía en infusion las hojas de las palmas, para hacerlas blandas, flexibles y aptas para la labor de las espuelas en que solian ocuparse aquellos santos monges. Con el tiempo se pudria aquella agua, y exhalaba un hedor insufrible: pero él no permitia que se arrojase jamas aquel vaso de agua, ni queria que se quitase de la celda aquel mal olor. Decianle los monges cuando iban á visitarle: padre Arsenio, haced que se arroje este vaso, porque ninguno puede acercarse á vuestra celda por el excesivo hedor. No, respondia el Santo: en descuento de las satisfacciones que he dado al olfato con los perfumes y ámbares, cuando vivia allá entre las pompas del siglo, es muy debido que ahora lo affija con este olor desapacible; y que dé satisfaccion á Dios de mis pasadas delicadezas, para que no las castigue en la otra vida con penas incomparablemente mas atroces. Aprenda de aqui la persona devota, como ha de mortificar este sentido, especialmente si en lo pasado ha condescendido excesivamente con sus gustos.

(1) In. vit. PP. § 26.

CAPITULO IV.

*ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR
sobre el presente articulo.*

185 **A**dvertencia primera: ya ha entendido el director, (y aun creo que mucho antes lo haya comprendido con sus propias experiencias) que en los jóvenes, y en las doncellas la malicia entra de ordinario por el oído al entendimiento y al corazón. No pudiéndose pues cerrar sus oídos, para que no entren aquellas palabras, aquellos dichos, aquellos motes, y aquellos discursos maliciosos que van á manchar su candor; no queda otro modo para asegurar su inocencia, que apartar á aquellos mozos desbocados y disolutos, y tener á éstas lo mas léjos que fuere posible del trato y conversacion de los hombres: de otra suerte es irreparable su ruina. Yo aquí no quiero hacer otra cosa que ponerle delante los documentos que sobre este particular dá un gran maestro de espíritu á quien no podrá menos de darle crédito. Es este el gran Doctor de la Iglesia San Gerónimo.

186 Escribiendo este Santo á Leta, le prescribe el modo con que debe educar santamente á una tierna hija suya: le dá por primera instruccion que no la deje escuchar jamas palabras deshonestas y canciones profanas: *turpia verba non intelligat, cantica mundi ignoret*. Escribiendo á Demetriade, le inculca que se guarde de oír palabras inmundas; porque estas son las redes que tiende la juventud desenfrenada á la honestidad de las doncellas: *nunquam verbum inhonestum audias... Perditæ mentis homines uno frequenter, leviqve sermone tentant claustra pudicitie*. Mas para que no lleguen jamas á los oídos de las dichas doncellas las tales venenosas palabras, con peligro de contaminar sus corazones, veis aquí el consejo del Santo: *nunquam absque te prodeat in publicum; nec basilicas Martyrum, & Ecclesias sine matre adeat. Nullus ei juvenis, nullus circinnatus assi-*

*deat. Vigiliarum dies, & solennes pernoctationes sic virguncula nostra celebret, ut ne transversum quidem unguem á matre discedat. Tén siempre á tu lado á tu hija, dice el Santo á Letani la dejes salir jamas de casa sin tí. No la dejes andar entre jóvenes hermosos y ataviados. En las iglesias en tiempo de las vigiliás nocturnas, no la permitas alejarse de tí ni un dedo. Despues prosigue diciéndole, que cuando haya de ir á la granja á recreo, no deje en casa á la hija, por el mismo motivo de que no llegue á sus castos oídos el silvo venenoso de algun áspid traidor. En suma, que le dé tal crianza, que no sepa, ni pueda vivir sin su madre; y que tema y tiemble de hallarse sola sin ella. Si cuando ad suburbana pergis, domi filium non relinquant: nesciat sine te, nec possit vivere; & si sola fuerit pertimescat. El mismo recuerdo da á Demetriade, que huya como de peste y de veneno mortal, de los jóvenes que traen el cabello ensortijado, y van perfumados de olores; porque le dice que no siempre tiene olorosa el alma quien exhala olores del cuerpo y de los vestidos: *cinnamatos pueros, & calamistratos, & peregrini muris olentes pelliculas, de quibus illud arbitri est: non bene olet, qui bene semper olet; quasi quasdam pestes, & venena pudicitiae devita.* Le ordena expresamente que no tenga amistad y familiaridad con mugeres casadas, por el mismo peligro que hay de oír discursos que le envenen el corazón: como muchas veces y muy frecuentemente sucede por la poca cautela y poca consideracion de ellas en hablar de cosas que á una virgen no le conviene oír: *matronarum maritis & saeculo inservientium, tibi consortia declinentur; ne sollicitetur animus, & audias quid vel maritus uxori, vel uxor locuta sit viro: venenatae sunt hujusmodi confabulationes.**

187 A estos sapientísimos consejos, añado uno, que las jóvenes (lo mismo digo de los jóvenes) esten con gran cautela, lejos de otras jóvenes mal acostumbradas; porque una sola que haya maliciosa en una vecindad basta, como muestra la experiencia, para engendrar la malicia en la mente de todas las otras con sus viciosos discursos, y para manchar la inocen-

cia de todas. Estos son los consejos con que el director ha de gobernar la juventud, y ha de prevenir su oído, para guardarse de aquellas palabras, y de aquellos razonamientos que entrando por este sentido, corromperian infaliblemente sus corazones. Estas son las máximas que ha de imprimir en los entendimientos de los padres de familias, para que sepan tambien éstos guardar en sus hijos este sentido del oído, por el cual, mas que por cualquiera otra puerta, entra en los corazones inocentes la muerte. Pero no es posible, quizá dirá alguno, tener en nuestros tiempos la juventud tan cautelada, y tan á raya, que no trate, ni oiga alguna vez lo que no deberia escuchar. Pues segun esto, diré yo, tampoco será posible mantenerla casta y pura; y mucho menos conducirla por el camino de la perfeccion cristiana; porque si no hay modo de cerrar la puerta á los ladrones de la honestidad, tampoco lo habrá para conservarla incontaminada.

188 Advertencia segunda: he dicho en el capítulo precedente, que no basta estar lejos de las lenguas murmuradoras, sino que es necesario reprenderlas, cuando se oyen palabras que pueden justamente denigrar la reputacion de otros. Mas advierta, que esta doctrina á personas de conciencia tímida y delicada, suele causar escrúpulos y perplejidades; porque de una parte hallándose entre semejantes murmuraciones, querrian cumplir con su deber; y por otra parte sobrecogidas de una cierta vergüenza y rubor, temen de prorumpir en semejantes repreciones; por lo cual quedan despues con turbacion y con temor de haber pecado. Para librar, pues, á estas almas tímidas de semejantes agitaciones, déles aquel consejo que suelen prescribir los maestros de espíritu, para no errar en semejantes casos; y con eso póngales en claro la doctrina que he propuesto arriba. O la persona que murmura es superior en grado, ó es igual ó inferior; si es superior, no estará obligado el penitente (antes las mas de las veces ni aun le será lícito) á hacerle una manifiesta correccion por no faltarle al debido respeto. Pero no muestre agrado de

aquella conversacion, ni con la risa, ni con la alegria del rostro, ni con la aprobacion de sus dichos; y sobre todo guárdese de mostrarlo con las preguntas, dando con ellas ocasion de proseguir su maligno discurso, y aun de adelantarlo, para que no coopere de modo alguno á su pecado, ni se haga participante de él; sino antes bien recójase todo en sí mismo, y como ya dije, revístase de un cierto aire de seriedad. S. Gerónimo trae á este propósito una bella semejanza. Una saeta, dice el Santo, arrojada con ímpetu, si encuentra una piedra dura y viva, se revuelve contra quien la arrojó. Así la murmuracion, si encuentra un rostro sério, si se le muestra disgusto y desaprobacion, se revuelve contra el murmurador, le hace enmudecer, le pone amarillo, y por fin le seca las palabras en la boca: *sicut enim sagitta, si mittatur contra duram materiam, nonnumquam in mittentem revertitur, & vulnerat vulnerantem: ita detractor, cum tristem faciem viderit audientis, imo non audientis, sed obturantis aures suas, ne audiat iudicium sanguinis, illico conticescit, palliet vultus, hærent labia, saliva siccatur.* (1) Todo esto se debe hacer siempre, y cuando no hay otro modo para impedir la murmuracion. Se puede tambien emprender el escusar y defender la persona agravada de la lengua maligna, como lo hizo Jesucristo, que tomó la defensa de la Magdalena contra las murmuraciones de Judas. *Quid molesti estis huic mulieri? Bonum opus operata est in me.* (2) Mas este medio no siempre es expediente, porque tal vez el murmurador se empeña mas en sustentar su dicho; y en vez de retroceder, se adelanta con mayor audacia en su murmuracion. Y por eso se debe practicar solamente en aquellos casos en que se espera buen éxito de tomar la defensa de otro.

189 Cuando la persona que murmura es igual de condicion, si el penitente no juzgare oportuno y provechoso el darle una dulce y caritativa admonicion, divierta á lo menos el discurso, como ya insinué en el capitulo pasado, y procure introducir un nuevo razonamiento. Así hacia aquel gran caballero,

(1) S. Hieron. epist. 4. (2) Matth. c. 26, 10.

aquel gran Cancillér, aquel gran Mártir de Inglaterra Tomás Moro. Dice el escritor de su vida, que en levantándose alguna conversacion maligna que tiraba á herir la honra del prójimo, él pasaba al punto á otra conversacion. (1) Decia, por ejemplo, sin preambulos asi: diga cualquiera lo que quisiere: yo digo, que aquella casa está muy bien fabricada, y es un excelente arquitecto el que la ha ideado. Entre tanto el murmurador, conociendo que este dicho no era conforme, ni decia bien con el discurso que él había introducido, reconocia su yerro, cortaba el discurso y enmudecia. Mas cuando se puede con naturalidad introducir nueva conversacion, siempre es mejor. Estos modos improvisos son oportunos, cuando no ocurre de pronto á la mente otra especie mas propia para estorbar la murmuracion.

190 Finalmente, si la persona que murmura fuere inferior, si por ejemplo fuere hijo, criado, muger, discípulo ó súbdito; no deberá de modo alguno disimular el penitente, sino que estará obligado á corregirle asi por su oficio, como por la ley de la caridad. Digale en tales casos, como decia S. Juan Crisóstomo al pueblo de Antioquia: *fugiamus, dilecti, fugiamus detractores, docti, quod est totum satanicum barathrum insidiarum ejus hæc incessio. Ut enim nostra negligamus, & graviores nobis reatus constituamus, in hanc nos consuetudinem diabolus ducit.* (2) Así le ha de decir tambien en semejantes circunstancias. Huyamos, hijos, huyamos de la murmuracion, que es un vicio diabólico. El demonio os tienta á hablar asi, para que graveis vuestra conciencia censurando la de otros. Ved aqui la regla que el director ha de prescribir á sus discípulos, para que entrando las murmuraciones á sus oidos, no lleguen á manchar sus corazones.

191 Advertencia tercera: advierta el director á sus penitentes á no dar oidos, ni crédito á ciertas murmuraciones que tienen apariencia de celo; pero en realidad son las mas malignas de todas. Yo las representaré con aquellas mismas palabras

(1) Thom. Staplet. in ejus vita.

(2) S. Chrys. hom. 3. ad Pop. Antioec.

con que las expone S. Bernardo: (1) *alii autem quodam simulatæ verecundiæ fucō conceptam malitiām, quam retinere non possunt, adumbrare conantur. Videas præmitti alta suspiria, sicque cum quadam gravitate, & tarditate, mæsto vultu, demissis superciliis, & voce plangenti egredi maledictionem, & quidem tanto persuasivorem, quanto creditur, ab his qui audiunt, corde invito, & magis condolentis affectu, quam malitiose proferrī. Doleo, inquit, vehementer pro eo, quod eum diligo satis; & nunquam potui de hac re corrigere eum. Et alius: mihi quidem, ait, bene compertum fuerat de illo istud, sed per me nunquam innotuisset. Sed quoniam per alterum patefacta res est, veritatem negare non possum, dolens dico, revera ita est. Et addit grande damnum: nam alias quidem in pluribus valet: cæterum in hac parte, ut verum fateamur, excusari minime potest.* Algunos, dice el Melifluo, no pudiendo contener la malicia que encierran en sus corazones, murmuran de las operaciones de otros; pero encubriendo la maldad con la capa de una falsa modestia y de una fingida vergüenza. Los vereis antes de vomitar sus murmuraciones, dar algunos suspiros afectados; y despues con un rostro triste, con los ojos bajos, con un tono de lástima, con palabras graves é interrumpidas, echar fuera su maledicencia. Estas son las murmuraciones mas nocivas, porque se concilian mayor crédito: mientras el que oye cree que aquel no habla por malignidad y pasion, sino con buen corazon y con afecto de compasion. Despues pasa el Santo á declarar las palabras de que se sirven estos murmuradores hipócritas, para esconder su veneno. Siento en el alma, dicen, que fulano haya hecho tal y tal accion, porque le quiero bien, ni he podido jamas corregirle como deseaba. Otro dice: yo sabia muy bien, que fulano habia caido en tal yerro; ni por mi boca se hubiera sabido jamas; pero hay quien lo ha manifestado: no puedo negar que es verdad; lo digo con las lágrimas en los ojos: la cosa en realidad pasó así. Y despues añade demas: él es, cierto, una persona en muchas cosas digna de ala-

(1) S. Bern. Ser. 24. in Cant.

banza; pero en esta parte confieso la verdad, que de ningun modo se puede excusar.

192 Otros, dice el Crisóstomo, usan de otra hipocresia para murmurar, sin querer parecer murmuradores. Descubren á otros los defectos ocultos cometidos de sus prójimos, y despues los imponen un rigoroso silencio, y les encargan que no manifiesten á otros lo que se les ha confiado; queriendo mostrarse con semejantes actos celosos de la reputacion de los otros, al mismo tiempo que injustamente ellos la despedazan. ¿Mas no véis, dice el Santo, que tú mismo te declaras de haber hecho una cosa indigna y merecedora de reprehension? Porque si no es licito á tu confidente manifestar la tal falta, mucho menos te era licito á tí ser el primero en descubrirla: *hoc vero magis ridiculum est, quod cum aliquid arcanum dixerint, rogant audientem, & adjurant, ne cuiquam alteri amplius dicat: hinc declarantes, quod rem reprehensione dignam commiserunt. Si enim illum, ut nemini dicat, rogas; multo magis te priorem huic dicere non oportebat.* (1)

193 Presupuesto todo esto: asi como debe reprender el director á estos hipócritas murmuradores, si llegaren á sus pies, y hacerles entender bien que las murmuraciones mas venenosas y mas nocivas al honor del prójimo, son aquellas que van cubiertas con capa de piedad, de compasion y de celo, porque hallan en los oyentes mayor creencia, como dice S. Bernardo: asi debe advertir á las personas simples y timoratas que guarden sus oidos de las insinuaciones de estos celosos murmuradores, y que no les den crédito alguno, sino es que alguna vez sucediese que algun justo y verdadero motivo de la utilidad del prójimo y de la gloria de Dios, les indújese á hablar de esta manera: porque éstos en realidad debajo de la piel de la mansedumbre de ovejas, tienen un corazon de lobos para con sus prójimos. La caridad cristiana enseña á callar y á no hablar de las faltas que se ven, ó de otro modo se saben: á encubrir las enseña, y no á revelarlas á otros.

(1) S. Chrys. hom. 8. ad Pop. Antioch.

En las vidas de los padres se refiere que cierto monge se fué á buscar al Abad Pastor, y muy resuelto le dijo que queria partirse de aquella soledad é irse á otra parte; porque habia sabido que un monge habia dicho cosas de mucha desedificacion. Respondióle el siervo de Dios, que no diese crédito á semejantes cuentos, que las mas veces son falsos. Replicó el monje que las tales noticias las habia recibido de persona de bien y digna de fé. Ahora, pues, le dijo el Abad: si esta persona fuera tal, como tu dices, no te habria dicho semejantes cosas. Bella máxima para no dar oídos á quien con pretexto de celo va censurando las acciones de los otros.

194 Advertencia cuarta: si el director tuviere á su cuidado personas que atienden seriamente al propio aprovechamiento, procure que en sus juntas y conversaciones traten de cosas espirituales. Lo primero, porque impedirá de esta manera muchos discursos ociosos y vanos, que causan daño al espíritu. Lo segundo, porque con semejantes razonamientos se enfiervorizan mutuamente; como sucede á los carbones juntos y unidos, que comunicándose el uno al otro el calor, se encienden entre sí. Prohibales empero dos cosas: la primera de no confiarse entre sí las instrucciones y direcciones que reciben de sus confesores; porque estos descubrimientos son causa (especialmente en las mugeres) de celos, de sospechas, de desconfianzas y de murmuraciones con el confesor: en suma, son origen de mil males. La segunda, de no comunicarse entre si los favores y las gracias, si acaso las recibiesen en sus oraciones; y ni tampoco los actos de virtud en que se ejercitan; siendo esto cosa muy expuesta á complacencia y vanidad, mayormente en personas de frágil sexo.

ARTICULO V.

**IMPEDIMENTOS QUE CAUSA Á LA PERFECCION LA LENGUA,
NO EN CUANTO ES UNO DE LOS CINCO SENTIDOS, SINO EN CUANTO
ES INSTRUMENTO DE LA LOCUCION HUMANA.**

CAPITULO PRIMERO.

**CUAN DIFICIL DE REFRENAR SEA LA LENGUA,
*de modo que no se deslice en perjuicio del espíritu.***

195 Hemos hablado en el artículo segundo de la lengua, en cuanto reside en ella el gusto de los manjares, que es uno de los cinco sentidos que tenemos comunes con los brutos. Pero no hablamos entonces de la lengua en cuanto ejercita una de sus nobles funciones, que nada tiene de comun con las bestias, ni pertenece á los sentidos, sino á la razon: cuál es el hablar, el discurrir y el razonar; porque el buen orden de la materia que teniamos entonces entre manos, nos lo prohibia. Mas porque es grande el impedimento que trae este miembro á la perfeccion cristiana, no solo en cuanto sirve á los sentidos del cuerpo, sino mucho mas en cuanto sirve á las potencias del alma en manifestar sus actos racionales; por eso habiendonos ya esforzado de refrenarlo, acerca de las operaciones del sentido, que son las más viles; tengo por conveniente que antes de pasar adelante á otras materias, procuremos moderarlo acerca de las operaciones del habla, que son las mas nobles, como lo haremos en el presente artículo.

196 Es infalible que entre todos los miembros del hombre el mas dificil de tenerse enfrenado es la lengua; porque lo afirma claramente el Apóstol Santiago: *omnis natura bestiarum, & volucrum, & serpentium, & cæterorum domantur, & domita sunt à natura humana: linguam autem nullus hominum*

domare potest. (1) Doma el hombre, dice el Santo Apostol, con su arte las bestias mas feroces, las aves mas silvestres, y las serpientes mas horribles: y solamente su lengua no puede domar. ¡Gran cosa! dice S. Agustin reflexionando sobre este lugar del Apostol: el hombre con su industria hace domésticos á los leones, mansas á las fieras mas indómitas; y solo su lengua no sabe domar. El hombre es el que doma esas cosas, y á si mismo no se sabe domar: *homo domat feram, & non domat linguam: domat leonem, & non refrenat sermonem. Domat ipse, & non domat seipsum.* (2) De aqui es, que conociendo el Santo Doctor la rebeldía de este miembro, y experimentando su violencia en si mismo, se lamenta de él con Dios en sus confesiones, y protesta que no halla modo con que moderarlo. La lengua, dice el Santo, es un horno que siempre hierva: ahora echa palabras encendidas de impaciencia; ahora arroja palabras de ira y enojo; unas veces palabras llenas de humo y vanidad; y otras palabras inútiles de ociosidad, y tal vez tambien palabras ofensivas de la caridad. Vos, Dios mio, me mandais que yo la refrene y tenga á raya; mas aunque en todas las otras pasiones y tentaciones pueda de algun modo prometerme algo de mi mismo, en esto solamente no puedo: *quotidiana fornax nostra est humana lingua. Imperas mihi & in hoc genere continentiam. Da quod jubes, & jube quod vis... Est qualiscumque in aliis generibus tentationum mihi facultas explorandi me; in hoc plane nulla est.* (3) Con semejante afecto de humildad se queja San Gregorio Nacianceno de su lengua: y confiesa que hallándose ya en edad avanzada, y por sus enfermedades falto de fuerzas; sin embargo no habia podido aun sujetar perfectamente la lengua: *morbo effectum, & senectute fractum & debilitatum, tamen non potuisse effugere linguæ indomitæ calamitatem.* (4) Ahora pues, si los Santos, que eran guardas tan celosas de su lengua, hablaban asi de si mismos: ¿qué será de nosotros sino fuéremos

(1) Jacob. 3. 7. (2) S. Aug. de ver. Dom. serm. 4. c. 2. (3) S. Aug. Confes. lib. 10. c. 57. (4) S. Nezians. de silenc. in Quadrag. Jejun.

cautos y circunspectos en el hablar? ¿En cuántas faltas, en cuántos pecados y en cuántos yerros será preciso que caigamos? ¡Miserables de nosotros!

197 Observa oportunamente S. Juan Críóstomo, que conociendo Dios lo deleznable de este nuestro miembro, lo encerró dentro de doblados muros de labios y de los dientes, para que no fuese fácil á deslizarse con sus palabras: *Deus eam veluti muro duplici voluit circumdari. Nam dentium tegmine, & labiorum custodia lingua continetur, ne verba improvida garrulitate proferantur.* (1) Las manos y los pies estan libres, y no tienen impedimento para moverse; las orejas no tienen reparo alguno para el oido; ni las narices para el olfato; los ojos tienen un simple velo de las pestañas, que se interponen á la vista; y sin embargo, aunque esten libres y sueltos estos sentidos, de algun modo se moderan. Pero la lengua, aunque tenga al rededor una estacada de dientes, y un grueso reparo de los labios, con todo eso no podemos contenerla y domarla: *linguam autem nullus homo domare potest.*

198 Conocia muy bien esto el Abad Pambo; y por eso oyendo de la boca de un santo monge aquellas palabras del Real Profeta: *custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea:* tendré cuidado de mí mismo, para no propasarme con mi lengua: parad Padre, le dijo, no paséis mas adelante; lo restante lo escucharé cuando haya puesto en práctica este gran documento. Despues de algunos años fué preguntado, ¿por qué no habia vuelto á aquel gran siervo de Dios, para aprender algun otro dictamen de espíritu? Y respondió, porque aún no he practicado bien aquella primera leccion que me dió: queriendo significar, que despues del estudio, de la vigilancia y de la mortificacion de muchos años, aun no habia llegado á una perfecta moderacion de su lengua. Por eso el Abad Agaton llevó siempre por tres años enteros una piedra en la boca, para reprimir por fuerza, y casi quebrantar este miembro indómito; como se hace con las culebras, que no pudiéndose detener por

(1) S. Chrys. ad baptiz.

la gran facilidad con que se deslizan de las manos, se comprimen y quebrantan con alguna piedra.

199 Y en la realidad, cuanta verdad sea esto, ninguno lo puede conocer mejor que el director, con quien principalmente hablo; teniendo experiencia continua en el sagrado tribunal en quo ejercita su soberana autoridad. Con el largo ejercicio de oír confesiones, habrá hallado muchas personas que se han enmendado de culpas graves en que solian caer; que se han apartado generosamente de las ocasiones, tras de las cuales andaban miserablemente perdidas; que han arrancado de sus corazones algun vicio en que se hallaban profundamente sumergidas; y que han renunciado tambien generosamente las pompas y vanidades del siglo, de las cuales estaban ya hechas esclavas, tanto mas infelices, quanto mas voluntarias. Pero personas que hayan domado perfectamente la lengua, no las habrá encontrado aunque se haya ejercitado por muchos años en el sagrado ministerio. El uno torna siempre á las palabras de impaciencia y de enfado; y el otro á las palabras inútiles y vanas: el uno no puede contenerse de decir palabras picantes y dichos mordaces, poco conformes á la caridad cristiana; y el otro no puede quitar de su lengua ciertas murmuraciones pequeñas y ciertas críticas, en que cae frecuentemente: otros finalmente, no saben abstenerse de palabras de vanidad y jactancia. Si las personas fueren de conciencia poco timorata, hallará siempre en sus bocas las mismas imprecaciones, las mismas blasfemias, las mismas murmuraciones, y las mismas palabras impuras. En suma, dice bien el Sabio: ¿Quién hay que no deslice en la lengua? *Quis est, qui non deliquerit in lingua sua?* (1) Este (si por ventura se halla alguno) sé que es verdaderamente bienaventurado, como dice él mismo: *beatus vir, qui non est lapsus verbo ex ore suo.* (2) Este si, añade el Apóstol Santiago, que puede decirse verdaderamente perfecto: *si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir.* (3)

200 ¿Mas qué se sigue de aquí? ¿El dejar correr este

(1) Eecl. 19. 16. (2) Id. 14. 1. (3) Jacob. 3. 2.

miembro indómito en toda suerte de palabras que sean en perjuicio de los prójimos, y en ofensa de Dios? No por cierto. Lo que se saca es, que es menester usar de medios tanto más fuertes para refrenarle, cuanto es mayor su licencia y libertad. A un potro ardiente y vivaz, que corcobeo, que tira coces, que relincha, que se enfurece, no se le deja vivir á su gusto en el campo; sino que se le procura domar con los frenos más ásperos y con las espuelas más agudas: y si esto no basta, se procura sujetarlo con el azote, con el rebenque y con el palo. Así también, por lo mismo que la lengua es un miembro muy desenfrenado y muy dificultoso de moderar, de manera que no traspase los términos de lo honesto con sus palabras, se han de practicar con ella los medios más eficaces y más ásperos para refrenarla, de manera, que no impida, como suele suceder de ordinario, la consecución de la cristiana perfección. Cuáles hayan de ser estos medios, lo veremos ahora.

CAPITULO II.

DE LOS MEDIOS PARA REFRENAR LA LENGUA.

201 **E**l primer medio para refrenar la lengua sea el pedirlo á Dios incesantemente: decir siempre con el real Profeta: *pone Domine custodiam ori meo, & ostium circumstantiæ labiis meis.* (1) Guardad, Señor, esta mi lengua; poned una puerta de celosa cautela á estos mis labios, para que no se abran inconsideradamente, y no salgan de ellos palabras que os desagraden. Inculca S. Agustin con la profundidad y sutileza propia de su grande entendimiento, la necesidad que hay de este medio para domar la lengua: *intelligamus, charissimi; si linguam nullus hominum domare potest, ad Deum confugiendum est, qui domet linguam nostram. Si enim tu domare volueris, non potes, quia homo es: linguam nullus hominum domare potest. Attende similitudinem ab ipsis bestiis, quas domamus. Equus*

(1) Psalm. 140. 3.

non se domat; camelus non se domat; elephantus non se domat; aspis non se domat; leo non se domat; sic & homo non se domat. Sed ut equus dometur, bos, camelus, elephantus, leo, aspis, quæritur homo. Ergo Deus quærat, ut dometur homo. Ergo, Domine, refugium tu factus es nobis. (1) Ningun hombre, dice el Santo Doctor, apoyado en el dicho de Santiago, puede domar su lengua. Luego tú tampoco puedes domar la tuya; porque eres hombre, y por consiguiente te es necesario un continuo recurso á Dios, para que él la dome. Explica esto el Santo con varias paridades muy á propósito para aclarar esta verdad. El caballo, dice, no se doma á sí mismo; el camello no se doma á sí mismo; el elefante no se doma á sí mismo; el áspid no se doma á sí mismo; el leon no se doma á sí mismo: asi el hombre tampoco se doma á sí mismo. Ahora, pues, asi como para domar al caballo, al camello, al elefante, al áspid y al leon, se requiere la industria y trabajo del hombre, asi para domar al hombre y á su lengua resbaladiza, se requiere la ayuda y gracia particular de Dios. Recurre, pues, siempre á Dios y encomiéndate de continuo á su Magestad, si deseas domar tu lengua. No podia decirlo mejor; y por eso no me queda que añadir otra cosa, sino que la persona espiritual debe particularmente pedir á Dios la enmienda de aquel defecto de la lengua, en que tiene hábito de caer, y del cual sin embargo de todas sus diligencias no ho podido conseguir jamas la enmienda. Un enfermo no se contenta de pedir en general al médico el remedio de sus males, sino que le declara en particular aquel de que se ve oprimido y molestado, y para aquel pide especialmente medicamento oportuno; porque ve que en aquello está su necesidad. Asi lo debemos hacer nosotros con Dios.

202 Segundo medio: despues de habernos encomendado á Dios, nos hemos de ayudar de nuestra parte, y hacer no una vez, sino muchas fuertes y firmes resoluciones de tener á raya nuestra lengua. Por eso debemos ponderar atentamente y con frecuencia los grandes males que nacen de una lengua desen-

(1 / S. Aug. de verb. Dom. Ser. 4. c. 2.

frenada y sin correccion, para que éstos bien penetrados, y vivamente aprendidos induzcan nuestra voluntad á una valerosa resolucion de refrenarla. La lengua, dice Santiago, es ciertamente un pequeño miembro; pero sin embargo, es origen de grandes males: *lingua quidem modicum membrum est, & magna exaltat.* (1) Vosotros veis, dice el Santo Apóstol, cuán pequeña cosa sea una chispa; y sin embargo es capaz de encender y reducir á cenizas á una gran selva. Pues así de un miembro tan ténue como es la lengua, pueden nacer incendios de ódios, de enojos, de venganzas, de maledicencias, de disensiones y de otros mil males; por lo cual puede decirse que ella es un fuego capaz de producir toda especie de maldad: *ecce quantus ignis quam magnam silvam incendit: & lingua ignis est, universitas iniquitatis.* Conforme á estas palabras de Santiago, dice así S. Gregorio Nacianceno, hablando de la lengua: *quis autem, quot mala ex ea oriantur, ratione consequi posset? Domum cum domo, si ita voluerit; urbem cum urbe, Principem cum populo, populum rursus cum Principe statim, ac sine ullo negotio committit: non aliter atque igniculus stipulæ admotus in magnum incendium cito excrescens.* (2) ¿Quién podrá jamas, dice el Santo, explicar los males que provienen de nuestra lengua? Ella sola, si quiere, es capaz de abrasar á una casa con otra, á una ciudad con otra, á los pueblos contra su Príncipe, y al Príncipe contra sus vasallos; no de otra manera que una chispa echada sobre la paja puede crecer en un incendio interminable.

203 *Lingua*, prosigue el citado Apóstol, *constituitur in membris nostris, quæ maculat totum corpus.* La lengua entre nuestros miembros es de tan mala calidad, que mancha á todo el hombre. Como sucede esto, lo explica oportunamente San Bernardo. (3) *Quis sane numeret, quantas modicum linguæ membrum contrahat sordes?* ¿Quién podrá contar cuántas sean las manchas que se contraen por este pequeño miembro? *Est lingua dissoluta in sermonibus otiosis, est lingua impudica, est*

††) Jacob. 3. 5. (2) S. Nacianc. do silent. Quadrsg. sibi jejuna.

†) S. Bern. de tripl. cust. mau. lingua. & cord.

magniloqua, quarum prima lasciviæ, sequens arrogantiae famulatur. Hay lengua suelta en palabras ociosas y vanas; hay lengua lasciva que prorumpe en palabras descompuestas; hay lengua soberbia, que brota palabras vanagloriosas: la una es esclava de la lujuria, y la otra de la arrogancia: *est etiam lingua dolosa, & lingua maledica, quarum altera in falsiloquam, & adulatoriam dividitur: altera vero nunc in facie contumelias irrogat, nunc detrahit in occulto.* Hay lengua tambien fraudulenta, la cual ahora engaña con mentiras, ahora hace traicion con adulaciones. Hay lengua maldiciente, la cual ya en presencia te punza con palabras contumeliosas y mordaces; ya detras de ti te despedaza con murmuraciones. Finalmente concluye el Santo asi: si de toda palabra ociosa se ha de dar á Dios estrecha cuenta, ¿qué cuenta tan rigorosa se habrá de dar de tantas palabras mentirosas, iracundas, mordaces, injuriosas, vanas, soberbias, impuras, adulatorias y perjudiciales á la reputacion agena? *Quod si de omni vel otioso verbo, quodcumque locuti fuerint homines, Deo reddiuri sunt ratione in die judicii: quanto districtius de verbo mendaci, mordaci & injurioso, de elato, de lascivo, de adulatorio, de detractorio judicabuntur?* ¿Y todo esto no bastará para que todo cristiano, especialmente si atiende á algun ejercicio de perfeccion, conciba una fuerte, generosa y robusta resolucion de moderar ese miembro disoluto y sin freno, y de tenerlo á raya, aunque sea á costa de la sangre y de la vida? Y tanto mas que este es un miembro traidor y atrevido, que á ninguno quiere estar sujeto, no á los pecadores, no á los justos, no á los imperfectos, no á los virtuosos, no á los seculares, no á los religiosos: á todos les coge desprevenidos y les hace caer en muchas faltas.

204 Apareció el demonio una noche á Santo Domingo, como refiere S. Antonino, (1) mientras estaba en la Iglesia absorto en devota oracion. No se aterroró el Santo con aquella vista, antes tomó ocasion de su venida, para descubrir cuales fuesen los lazos que él armaba á sus religiosos para cogerlos.

(1) S. Anton. 3. p. Hist. tit. 23. c. 4 §. 6.

Por tanto le preguntó: ¿de qué cosas tentaba á sus hermanos, cuando se juntaban en el coro á cantar las divinas alabanzas? Respondió el demonio, les hago venir tarde, y partirse presto de la Iglesia. Entonces el Santo llevó al enemigo al dormitorio, y le preguntó: ¿de qué cosas tientas en este lugar á mis religiosos? Respondió el malvado, hago que tarde cojan el sueño, para que se levanten tarde, y no lleguen con tiempo á los divinos oficios: me ingenio tambien en turbar sus mentes con pensamientos inmundos. Despues le llevó al refectorio, y le dijo: ¿y aquí cuáles son tus tentaciones? Aquí, dijo el demonio, hago caer á algunos en destemplanza con el demasiado comer; á otros tiento á que no coman, para que pierdan las fuerzas, y se hagan inhábiles para aguantar el peso de su regla. Llegaron al fin al locutorio donde solian entretenerse algun tiempo los religiosos en honesta conversacion. Y aquí le dijo, ¿de qué cosas tientas tú á estos siervos de Dios? A esta pregunta comenzó el demonio á revolver la lengua entre los labios y dientes, y á echar de la boca en lugar de palabras un sonido confuso. Entrando en sospecha el Santo al ver este extraño modo de hablar, le obligó á hablar claro. Entonces dijo el demonio: *hic locus totus meus est*. Este lugar es todo mio. Aquí es donde tengo mis ganancias: queriendo significar, que del lugar donde se habla, no se sale jamas sin culpas y sin faltas; aunque por otra parte los que hablan sean personas de gran bondad y virtud. Siendo pues la lengua origen de tantos males, de los cuales no hay quien esté libre, toda razon pide que todos, pero especialmente aquellos que desean su aprovechamiento, establezcan en sus corazones una fuerte y firme resolucion de refrenarla á cualquiera costa y trabajo.

205 Tercer medio. Para que las tales resoluciones tengan su efecto, es menester que la persona esté sobre sí, y proceda con circunspeccion en su hablar, que examine y pondere aquello que dice, y no haga como algunos que abren la boca, y echan fuera las palabras sin consideracion alguna; porque este es un modo de hablar lleno de pecados y de imperfecciones.

No lo hacia asi el Santo David, como él confiesa de sí mismo: *dixi: custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea.*

(1) Yo, decia este santo Profeta, me guardo á mi mismo, para no deslizar con mi lengua. S. Agustin comentando estas palabras, dice, que nuestra lengua nada en lo húmedo, por lo cuál es facil á deslizarse; y que conociendo esto el real Profeta, y viendo por otra parte la necesidad que hay de servirse de la lengua para manifestar los propios conceptos; se resolvió en su corazon de valerse de ella con tal cautela, que no le saliese palabra alguna de la boca de que hubiese de arrepentirse despues. Hazlo tú asi, añade despues; piensa bien lo que has de decir, haz reflexion sobre tu interior concepto, examínalo atentamente, y despues manifiéstalo á quien te escucha. *Dixi: custodiam vias meas, ut non delinquam in lingua mea. Non enim lingua frustra in udo est; nisi quia facile labitur. Videns ergo, quam esset difficile, ut necessitatem loquendi haberet homo, & in loquendo non aliquid diceret, quod se dixisse nollet... statuerat non loqui, ne aliquid diceret, quod locutum se esse pæniteret... Custodi ergo vias tuas, & noli delinquere in lingua tua: perpende quod dicturus es: examina, consule interiorem veritatem: & sis profer ad exteriorem auditorem.* (2)

206 San Ambrosio, comentando las mismas palabras del Salmista, dice: *aliæ sunt viæ, quas debemus sequi; aliæ, quas custodire: sequi vias Domini, custodire nostras. Potes autem custodire, si non cito loquaris.* Unos son los caminos que debemos seguir, y otros los que debemos guardar: debemos seguir los caminos del Señor, y guardar los nuestros: y entonces guardarás tus caminos, esto es, los caminos de la perfeccion, cuando no fueres presuroso y precipitado en el hablar; sino antes fueres pausado y circunspecto en tus palabras. Porque asi como habiendo de pasar uno algun rio peligroso, no se arroja precipitadamente al agua, sino que procede con cautela, y tiente primero el vado; asi habiendo tú de poner mano en los discursos y conversaciones en que hay tan gran peligro de resbalar,

(1) Psalm. 38. 2. (2) Aug. in cit. Psalm.

no debes entrar con ímpetu, sino proceder con lentitud, y hablar con pausa y reflexion. Todos son sentimientos muy conformes á la doctrina que nos dá el citado Apóstol Santiago, de ser lentos, tãrdos y detenidos en nuestros discursos: *sit autem omnis homo velox ad audiendum, tardus ad loquendum.* (1)

207 Dos monges, como se refiere en las vidas de los Padres, (2) entraron en una barca para ir á la soledad donde moraba S. Antonio Abad, deseosos de recibir de su boca algun consejo saludable. En la embarcacion hallaron á un venerable viejo, que era Abad de su monasterio, é iba tambien á visitar al dicho Santo. En todo el viage no hicieron los dos monges otra cosa que hablar entre sí. Mas el viejo sin hablar jamas palabra, se mantuvo en un rigoroso silencio. Llegaron finalmente hablando aquellos y callando éste al monasterio en que vivia el grande Antonio. A su primer arribo se les hizo enconradizo el Santo, y con un modo muy cortés, les dijo á los dos monges: me alegro de la dulce compañía de este santo viejo que habeis tenido en el viage: y vuelto al viejo, me congratulo con vos, le dijo, Padre Abad, del bello acompañamiento de estos dos buenos monges. Si, santo Padre, respondió el viejo, son buenos estos dos monges, y por tales los tengo; pero tienen siempre abierta la puerta: queriendo significar, que tenían siempre la boca abierta, y echaban fuera con poca reflexion y cautela todo lo que producía su corazon y mente: *hoc autem dicebat, quia quodcumque ascendebat in corde ipsorum, hoc loquebantur.* Y por eso le parecia, que no enmendandose de este defecto, no podrían llegar jamas á mucha perfeccion. Guárdese pues la persona espiritual de tener la puerta abierta á todo pensamiento que quiera salir: antes vele sobre sí misma, y como diligente portero que tiene en buena guarda la casa de su alma, examine cuáles son las palabras á quienes conviene conceder, y cuales á quienes conviene negar la salida, para que su hablar no vaya envuelto en mil culpas y defectos. Aun entre los Gentiles era cosa fea y reprehensible el hablar inconsideradamente y

(1) Jacob. 1. 19.

(2) In vit. PP. de mortif. prop. 1218.

con poco seso. Por lo cuál se lee de Anasimon gran hablador, pero inconsiderado, que comenzando un discurso suyo delante de muchas personas graves; se levantó en pie Teócrito Chio, y dijo estas palabras: *incipit flumen verborum, mentis gutta.* (1) Atended, que comienza á hablar Anasimon con un rio de palabras, y con una gota de seso. Fea tacha fué esta de que debió aquel avergonzarse mucho. Para que, pues, no incurramos tambien nosotros en una nota tan vergonzosa, acojámonos al consejo del Eclesiástico: *verbis tuis facito stateram, & frænos ori tuo rectos.* (2) Pongamos en nuestros labios una balanza para pesar las palabras antes de proferirlas: pongamos tambien un freno que retire atrás aquellas que no deben salir: que es lo mismo que decir, que procedamos con reflexion en nuestros discursos, si no queremos errar con la lengua.

CAPITULO III.

SE PROPONE OTRO MEDIO PARA LA MODERACION de la lengua que es el silencio.

208 **P**or silencio no entiendo yo que la persona devota no haya de hablar jamas: entiendo que haya de hablar moderadamente cuando conviene hablar, y haya de callar cuando no conviene hablar. Esta es la enseñanza que nos dá el Eclesiástico: (3) *tempus tacendi, & tempus loquendi.* Hay tiempo de hablar, y entonces háblese con la debida moderacion: hay tiempo de callar, y entonces cállese con el debido rigor. La lengua, dice S. Gregorio, se ha de refrenar discretamente, no se ha de atar indisolublemente, de manera que jamas se desate en alguna palabra: *lingua discrete frænanda est, non insolubilitèr obliganda.* (4) Conviene distinguir la diversidad de los tiempos, prosigue el Santo: á veces es tiempo de callar, y entonces es menester tirar el freno á la lengua: á veces es tiempo de conversar, y entonces conviene aflojar la

(1) Stobæus. Serm. 34.

(2) Eccl. 28. 29.

(3) Eccl. 3. 7.

(4) S. Greg. Pastor. part. 3. admon. 15.

rienda; porque así como el primer caso sería impropia y desconveniente la locuacidad, así en el segundo caso sería importuna y negligente la taciturnidad: *discrete quippe vicissitudinum pensanda sunt tempora, ne aut cum restringi lingua debet, per verba inutiliter diffluat; aut cum loqui utiliter potest, semetipsam pigre restringat.* Despues trae aquellas palabras del real Profeta: *pone Domine custodiam ori meo &c.* y observa, que el Santo David no pidió al Señor, que pusiese delante de su boca una pared, sino una puerta. Esta es la diferencia que hay entre la puerta y la pared, que ésta tiene siempre cerrada la casa, pero aquella no; porque se abre y se cierra: ahora se dá la entrada ó salida, y ahora se niega. Por eso dice el Santo, que no pide el Salinista una pared que tenga siempre cerrada su boca, sino una puerta que la abra á tiempos convenientes para una discreta conversacion, y á otros tiempos la cierre á todo razonamiento, y la tenga muda y silenciosa: *quod bene Psalmista considerans, dicit: pone, Domine, custodiam ori meo, & ostium circumstantie labiis meis. Non enim poni ori suo parietem, sed ostium petiit, quod videlicet aperitur, & clauditur. Unde & nobis caute descendum est, quatenus os discrete & congruo tempore vox aperiat, & rursus congruo taciturnitas claudat.*

209 Háblese, pues, cuando conviene hablar, ó por necesidad, ó por conveniencia, ó por utilidad propia, ó por el provecho de otros, ó por un cierto honesto recreo, que de tanto en tanto se debe conceder al ánimo fatigado y cansado. Pero háblese sin exceso para no disipar el propio espíritu, y para no ser de molestia y gravamen á otros con el demasiado hablar, ni se interrumpan jamas los discursos de otros por gana de hablar. Habian determinado los Atenienses edificar un noble y suntuoso palacio para utilidad pública. A este efecto fueron escogidos dos de los mas famosos arquitectos, que en aquellos tiempos se hallaban en la ciudad de Atenas. Introducidos éstos al Senado para decir su parecer y proponer sus ideas acerca de la construcción, de la magestad, de la hermo-

sura y comodidad del magnífico edificio: comenzó uno á hablar con tanta superfluidad é importunidad de palabras, que se hizo molesto á todo aquel venerable congreso. Requerido despues el segundo para que dijese su sentir, se explicó con estas breves palabras: *ego opere adimplebo, quod iste tot verbis amplificavit*: yo pondré en obra lo que éste con tanta locuacidad ha expresado. Agradó tanto el hablar conciso y ceñido de éste, cuanto habia desagradado el hablar difuso é importuno del otro: y á éste fue cometida la ejecucion de la obra. (1)

De aquí vea el lector, que para no hacerse molesto con sus discursos, es necesario segun el consejo de Séneca, no dar libertad á la lengua de correr con largueza y superfluidad de palabras; sino reprimir un cierto prurito de hablar que reina en algunos: *optimum est ad primum mali sensum moderari sibi, tum verbis suis minimum libertatis dare, & inhibere impetum.* (2)

210 Esta moderacion de la lengua la deben especialmente observar los jóvenes y doncellas, conforme el dicho de Cleante: *maxime juvenibus convenire silentium*; (3) porque asi como á ellos les pertenece el aprender y no el enseñar; asi les conviene mas el escuchar que el razonar. S. Basilio hablando de las vírgenes dice, que éstas deben hablar parcamente, y en ocasion de hallarse con alguna persona deben antes oír que hablar: *castigata itaque locutione prudens virgo utatur, cumque tempes-tive quempiam oportuerit alloqui, multo audiat plura, quam dicat.* (4) El Abad Nesterot, como refiere Casiano, (5) exhortando á los monges al silencio en una conferencia de espíritu, dirigiendo su palabra á Juan que era jóven, le dijo, que á él particularmente le tocaba el callar, porque no era propio de su edad el hablar, sino el estar totalmente atento á escuchar, y á ejecutar los documentos de sus mayores: *observate in primis & maxime tu, Joannes, cui magis ad custodiendum ea, quæ diciturus sum, ætas adhuc adolescentior suffragatur (ne studium lectionis, & desiderii tui labor vana elatione cassetur) ut indicas ori*

(1) Plutarc. apud Labat. tom. 3. de oper. bon. pro popul. fol. 890. (2) Senec. lib. 3. de ira.
(3) Laert. l. 7. c. 2. (4) S. Basil de vera virg. (5) Cassian. collat. 14.

tuo silentium: hic enim est primus disciplinae actualis ingressus: omnis quippe labor hominis in ore ipsius: & ut omnium seniorum instituta, atque sententias intento corde, & quasi muto ore suscipias, ac diligenter in pectore tuo condens, ad perficienda ea potius, quam ad docenda festines. Es esto tanta verdad, que el Abad Pastor por sola esta parsimonia de palabras hizo un elogio que parece excesivo de Agaton; porque hallándose en una junta de monges en razonamientos espirituales le llamó con el título de Abad. Maravillándose los monges de semejante novedad, le dijeron, ¿por qué, padre, dais á Agaton el nombre de Abad, siendo él jóven de tan poca edad? Respondió Pastor, porque su lengua le declara por tal: *quia os suum facit eum nominari Abbatem.* Indicando con esto que no hay cosa que concilie mas estimacion y veneracion á un jóven (lo que es mucho mas verdadero en una jóven) que el contenimiento en el hablar, mayormente delante de personas de mayor edad; porque éste es un testimonio verídico de su modestia, de su vergüenza, de su humildad, y de la moderacion de su ánimo: virtudes todas muy propias de aquella tierna edad.

211 Al contrario, querer un jóven hablar mucho, especialmente en las juntas donde hay personas graves y maduras, es un descaro y petulancia que no se puede sufrir. Refiere Laercio, (1) que hallándose un jóven en un convite, comenzó á hablar como una cotorra; de manera, que hablaba mas él que todos juntos. Zenon que era uno de los comensales, despues de haber sufrido largamente su locuacidad, no pudiendo aguantar ya mas tanta parleria, alzó la voz y dijo: *ures tibi in linguam defluerunt:* á ti los oídos se te han trocado en lengua. Queriendo significar, que un jóven debe tener antes oídos para escuchar; que lengua para hablar; y que al revés aquel mozo parecia privado de oídos, y todo lengua. El mismo filósofo á un jóven que estaba tocado del mismo mal de la locuacidad, le dijo, acuérdate que Dios te ha dotado de dos oídos y de una sola lengua, para que escuches mucho y hables poco. Y á otra

(1) Laert. l. 7. c. 1.

que era ligero en el hablar, le reprendió diciendo: mirad que fluxion tan peligrosa padece este pobre mozo, todo el cerebro se le ha bajado á la lengua. Vergonzosa reprension de que debe guardarse todo jóven ingenuo.

212 Callese tambien, y guárdese total silencio, cuando conviene guardarse. Del silencio no se puede dar regla que cuadre á todos; porque un silencio conviene á los religiosos, y otro á los seculares: y aun entre los religiosos es desigual la medida del silencio, segun la diversa calidad de sus institutos. Solo se puede decir en general, que todas las personas espirituales deden procurar algun retiro proporcionado á su estado, en el cuál observen mayor ó menor silencio; porque dice el Espíritu Santo: *in multiloquio non deerit peccatum*: que el mucho hablar no vá exento de pecado. Cuando al contrario con la soledad y silencio vá siempre junta la limpieza y puridad de la conciencia: por donde parece, que bajo la sombra del silencio se abriga una cierta inmunidad de pecar. Los Lacedemonios eran muy taciturnos, y muy concisos en sus discursos. Por eso preguntado un cierto Espartano llamado Carillo, por que Licurgo habia señalado tan pocas leyes á aquellos pueblos, respondió: *pauca loquentibus, paucis etiam legibus est opus*: pocas leyes necesita quien habla poco y guarda silencio; porque no está tan sujeto á errar. Cualquiera, pues, que profesa devocion y piedad, procure con toda diligencia destinar algun rato cada dia, en que se retire, ó á su aposento, ó á la Iglesia á meditar, á orar vocalmente, ó á leer algun libro devoto, y si puede á trabajar á solas, para recoger el ánimo disipado y distraido por el trato y conversacion con los prójimos. Acuérdesese que en la guarda de la lengua pone el Espíritu Santo toda la seguridad del alma. Y por eso nos hace saber, que quien guarda su boca, guarda de todo inconveniente su alma: *qui custodit os suum, custodit animam suam*. (1) Y de nuevo vuelve á decir, que quien guarda su lengua, guarda su alma de aquellas angustias á que suele inducir el pecado á las personas locuaces: *qui custodit os*

(1) Prov. 13. 3.

suum, & linguam suam, custodit ab angustiis animam suam. (1) Y por boca del Eclesiástico dice con mas expresion: *quis dabit mi mco custodiam, & super labia mea signaculum certum, ut non cadam ab ipsis, & lingua mea perdat me?* (2) ¿Quién dará guarda á mi boca? ¿Quién pondrá sobre mis labios un sello seguro que me haga exento de toda caida, y no sea mi lengua para mí mismo de ruina y perdicion? Todos ven que es el silencio. La reflexion y consideracion de las palabras es una buena guarda de los labios, como dije arriba: pero no es guarda segura; porque por mas que vele sobre sí mismo, al fin los deja abiertos. Solo el silencio es guarda segura de los labios; porque él solo es aquel sello de que habla aqui el Espiritu Santo, que cerrándolos totalmente los asegura del todo de toda culpa, de todo desliz y de toda falta: y por consiguiente libra con seguridad al hombre de la perdicion, y le dispone con la limpieza de la conciencia á una máyor perfeccion. Quien desea, pues, su aprovechamiento, procure el silencio cuanto le fuere posible en el estado en que Dios le ha puesto.

CAPITULO IV.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR sobre el presente artículo.

213 **A**dvertencia primera: acerca de la soltura de la lengua, tenga particularmente puesta la mira el director en las mugeres que de su naturaleza son parleras; y con su locuacidad ponen gran impedimento á su perfeccion; porque así como en ellas es débil la razon y viva la fantasía, así sus discursos van regulados mas de la fantasía que de la razon; y por consiguiente son de ordinario imperfectos y pecaminosos. Por lo cual creo yo que la mayor parte de ellas, si no tuviesen lengua tendrian mas perfeccion. Aqui viene muy á propósito lo que se cuenta en la vida de S. Vicente Ferrer. Mientras el

(1) Prov. 21. 23.

(2) Eccl. 22. 33.

Santo predicaba en Valencia, le llevaron una muger que habia estado privada del habla desde su nacimiento. S. Vicente viendo la fé de aquellos que se la habian traido, interrumpió el sermón, alzó los ojos al cielo, é hizo una breve oracion. Y despues vuelto á la muger, le preguntó delante de todo el pueblo, y le dijo: ¿Qué quieres hija de mi? La muger que jamas habia hablado, respondió: quiero pan, y el uso de la lengua. El pan, replicó el Santo, no te faltará en todo el resto de tu vida; mas el uso de la lengua no te lo podré alcanzar de Dios, porque su Magestad te ha privado de él para gran bien tuyo. Sepas que si hubieras tenido la lengua suelta y libre para hablar, hubiera sido esa la perdicion de tu alma, por la mordacidad con que hubieras abusado de ella. Guárdate, pues, de pedir jamas á Dios semejante gracia, que conseguida seria para tí una grande desgracia. Santo Padre, respondió la muger, ejecutaré vuestros consejos. Dicho esto, enmudeció y quedó inhábil para hablar como antes. ¡O cuantas mugeres hay en el cristianismo semejantes á esta, que sino tuvieran lengua serian santas! Pero el mal uso que hacen de ella desde la mañana hasta la noche, les hace un grande estorbo á su perfeccion; y á muchas de ellas les sirve tambien de ruina para su eterna salud. Tratando pues el director con mugeres, vele mucho sobre la guarda de la lengua; haga mucho caso de los defectos que con ella se cometen; repréndales frecuentemente, y prescribales los medios para enmendarse como ahora diré.

214 Advertencia segunda: observe pues el director, cuál es el defecto de lengua en que frecuentemente cae su penitente ó penitenta. Despues si él acostumbra meditar, impóngale que cada mañana aplique algun punto de su meditacion á su reforma, ó á lo menos que haga sobre el dicho defecto alguna seria reflexion para concebir, como arriba dije, una sólida y fuerte resolucion de su enmienda, que le haga cauto entre dia, y le tenga sobre sí mismo. Si no tuviere el ejercicio de meditar, ordénele que haga un firme propósito sobre esto en las oraciones vocales, que siendo persona devota, como supon-

go acostumbra hacer cada mañana. Incúlquele con calor, que se encomiende incesantemente á Dios en las oraciones y comuniones para la enmienda de la tal falta; porque la extirpacion de semejantes defectos, como ya he mostrado, depende de Dios: *hominis est animam præparare, & Domini gubernare linguam*. Al hombre pertenece, dice Salomon, prevenirse con buenos propósitos; mas á Dios toca en las ocasiones que acaecen, dar poderosos socorros para refrenar la lengua; los cuales de ordinario no se consiguen de su Magestad, si no con muchos ruegos.

215 Si despues tornare la persona á las mismas caidas impóngale alguna mortificacion que le sirva de freno, para no incurrir de nuevo en semejantes faltas, como lo hacian los Santos deseosos de su aprovechamiento. Pablo el simple, discípulo de S. Antonio, por un desliz de la lengua, aunque no culpable, se impuso la penitencia de no hablar mas en tres años enteros. Severo Sulpicio, como refiere S. Gerónimo, (1) engañado de los Pelagianos por su locuacidad, condenó su lengua á la penitencia de no hablar nada mas hásta su muerte, y la cumplió. *A Pelagianis deceptus, agnoscens loquacitatis culpam, silentium usque ad mortem tenuit, ut peccatum, quod loquendo contraxerat, tacendo penitus emendaret*. S. Gregorio Nacianceno, conociendo haber excedido en hablar demasiado, se propuso el ayunar y callar por espacio de cuarenta dias: y tuvo dos fines en hacer esto, el castigar la lengua culpable, y el reducirla con tan largo silencio á la debida moderacion. Asi confiesa él de si mismo: (2) *Ego cum præcipitis sermonis impetu mediocritatis regulam excessisse perciperem, nullum melius remedium inveni, quam ut eam excelso pectore præmerem; ut lingua mea, quæ dicenda, & quæ tacenda sunt, addisoeret*. Y vuelve de nuevo á decir lo mismo: *cujus facti mei (hoc est quadragenarii, jejunii, & silentii) si causam quæris, idcirco à sermone prorsus abstinui, ut sermonibus meis moderari discam*. Sé que no podrá el director, ni deberá imponer á sus discípulos penitencias tan seve-

(1) S. Hier. Cathal. Illustr. viror.

(2) S. Nac. de silent. quoad sui jejuna.

ras por los deslices de la lengua; pero les podrá señalar mortificaciones proporcionadas á sus fuerzas, á su estado y á su virtud; como por ejemplo, retirarse por algun tiempo del dia á su cuarto, y guardar alli silencio en pena de haber dado alguna libertad indebida á la lengua, ó privarla algun dia del vino, ó mortificarla con un poco de agenjos, ó con otro manjar amargo, ó humillarla haciendo algunas cruces en el suelo con la misma lengua, ó haciéndole pedir perdon (si su falta fué contra la caridad) á quien ha disgustado con sus palabras, y cosas semejantes.

216 Advertencia tercera: acerca del silencio advierta el director de pedir rigorosamente de los religiosos y de las monjas aquello que les impone su regla. Exórtelos á estarse lo mas que puedan retirados dentro de sus celdas, segun la calidad de sus empleos, y ocuparse alli en obras manuales, en estudios provechosos ó en oraciones ó leccion de libros santos; porque es increíble cuánto conduce el silencio al espíritu, cuánto lo alimenta y hace crecer. Dice Santiago, que si alguno se persuade ser religioso, no refrenando la lengua de hablar, es una vanidad su religion: *si quis putat se religiosum esse, non refrenans linguam suam; sed seducens cor suum; hujus vana est religio.* (1) La razon la dá Jeremías; porque en la soledad se comunica Dios al alma, y la levanta sobre sí misma con el dón de la oracion. *Sedebit solitarius, et tacebit, quia levavit se super se.* (2) Al contrario, con el continuo hablar llena la mente la persona de mil especies de objetos vanos, disipa el espíritu, pierde el recogimiento, se indispone para la oracion, pierde el ejercicio de las virtudes, y cae, como ya dije, en una grande multitud de culpas. En suma, queda poco á poco despojada de todo el bien espiritual que habia adquirido, é inhabil para recobrarlo.

217 Esta es la razon por la cual los Santos han hecho grande estima del silencio, y lo han practicado en sí mismos con tanto rigor, que algunos parece que casi han dado en excesos.

(1) Jacob, 1. 26.

(2) Thrent. 3. 28.

S. Romualdo viviendo en la soledad con suma austeridad de vida, por siete años no habló jamas con alguno. (1) San Juan, llamado el Silenciaro, estuvo en un continuo y rigoroso silencio por espacio de cuarenta y siete años. (2) Refiere Paladio, (3) que el Abad Ammona, padre de tres mil monges vivia con ellos en un silencio tan estrecho, que el monasterio, aunque habia en él una tan grande multitud de religiosos, parecia una verdadera soledad. Cuenta Tomás de Cantimprato, (4) que en un monasterio de S. Benito en Brabanza, habia un monge tan amante del silencio, que por diez y seis años enteros no habia dicho jamas una palabra; y que Dios dió á ver con un estupendo milagro, cuánto le habia agradado aquella su devota taciturnidad. Porque habiéndose pegado fuego al monasterio, la primera palabra que habló despues de tan largo silencio, fue esta: *pàrate fuego; llamas no paseis mas adelante.* A esta simple voz proferida de aquella boca silenciosa, se apagó al punto el fuego. Yo no refiero estas cosas porque se hayan de imitar puntualmente. Sé muy bien, que á los religiosos de uno y otro sexo les conviene hablar, cuando lo pide su empleo, cuando lo requiere la caridad del prójimo, cuando lo permite ó manda la regla, ó el uso del monasterio para un honesto recreo y alivio. Digo solamente, que fuera de estos casos, si aspiran á la perfeccion tan propia de su estado, amen el retiro, la celda, el silencio y la soledad. Sobre todo guárdese el director de no fomentar la locuacidad en las monjas con el pretexto de tenerlas contentas; como lo hacen algunos directores, los cuales les dicen que hablen juntas quanto quieran, que no hay en eso mal. Es verdad que en hablar las religiosas entre sí desde la mañana hasta la noche no hay aquel sumo mal que resultaria si esto lo hiciesen con seculares en la reja. Mas sin embargo, hay un grande mal, porque hay una grande disipacion de espíritu, un grande desahogo de las pasioncillas y un gran cúmulo de faltas. El pretender tener contenta con parlerias á una muger

(1) S. Dam. in ojus vita.

(2) Apud Sur. 13. Maii.

(3) Pallad. Hist. Laus c. 48.

(4) Thom. de Cantimpran, de Apib. c. 13.

apretada entre cuatro paredes, es un manifiesto engaño. Solo Dios puede tener contentos y satisfechos sus corazones con una cierta paz y quietud interior que les infunde por medio de su gracia. Y este Dios jamas se encuentra entre las parlerías, sino entre el silencio y la soledad, como ya he dicho.

218 Acerca de las personas seculares, ya he insinuado que es menester acomodarse á su estado y á sus empleos, para que no se sigan inconvenientes y desconciertos, de los cuales facilmente podria ser causa una indiscreta taciturnidad. Tanto mas que quiere Dios que cada uno practique las virtudes con proporcion á su estado. Pero es cierto que las mugeres hallándose ordinariamente encerradas dentro de sus casas, tienen mas comodidad de practicar algun género de retiro y silencio, que no los hombres ocupados de ordinario en empleos de mayor distraccion. Por lo cual les puede prescribir el director que no vayan dando vueltas por las casas de sus vecinos: que dentro de sus propias casas no admitan conversaciones de mugeres extrañas; sino que se contenten (excepto los casos de urbanidad y conveniencia) de estarse con la compañía de sus domésticos. Esta será para ellas una muy buena especie de silencio que les librará de innumerables pecados de lengua. Si acaso sus quehaceres y la caridad debida á sus domésticos, les permitiere el estar algunas horas del dia trabajando dentro del retiro de sus cuartos; les puede aconsejar un tal retiro, como muy útil para mantenerse recogidas en medio de sus trabajos en la presencia de Dios. Mas hablando generalmente (como insinué en el capitulo precedente) á todos los seculares se debe imponer por algun tiempo del dia, aquel retiro y aquel silencio que es necesario para hacer atentamente sus oraciones vocales, ó meditaciones, ó lecciones devotas segun el espíritu, la habilidad y la calidad de cada uno; porque estos ejercicios espirituales, fuera de ser necesarios para la salvacion del alma, (cosa que les debe estimular mucho, porque perdida el alma, todo está perdido) son tambien muy convenientes para el buen éxito de sus negocios temporales, segun la promesa que nos ha hecho

el Redentor: *primum querite Regnum Dei & justitiam ejus; & hæc omnia adjicientur vobis.* (1)

ARTICULO VI.

DEL IMPEDIMENTO QUE TRAEN Á LA PERFECCION CRISTIANA
LAS PASIONES INMORTIFICADAS Y DESARREGLADAS.

CAPITULO PRIMERO.

SE DICE CUANTAS SON NUESTRAS PASIONES, Y cuando sirven de impedimento à la perfeccion.

219 Hemos dicho ya desde el principio del presente tratado, que los impedimentos que tenemos en nosotros mismos para adquirir la perfeccion, unos pertenecen á los sentidos exteriores, y otros á los sentidos interiores, esto es, á las pasiones que residen en el apetito sensitivo. De los impedimentos que traen los cinco sentidos externos á la perfeccion, hemos hablado bastantemente en todos los artículos precedentes. Resta hablar ahora de los obstáculos que ponen á la misma perfeccion los sentidos interiores, quiero decir, las pasiones del apetito corrompido por el pecado de nuestros primeros padres, que por otro nombre se llaman fomento del pecado.

220 Las pasiones, segun Santo Tomás, son once, de las cuales seis pertenecen á la concupiscible, y las otras cinco á la irascible. (2) Pertenecen á la concupiscible el amor, el ódio, el deseo, la fuga, el gozo y la tristeza. Pertenecen á la irascible la esperanza, la desesperacion, el temor, la audacia y la ira. Mas todas estas pasiones salen y reciben su ser del amor, como de su primer origen y fuente; pues el amor es el que las mueve á todas, á todas las despierta, y por decirlo así, las atiza á todas. Porque del amor nace el ódio, no siendo otra cosa este turbulento afecto, que un desagrado de aquellas co-

(1) Math. c. 6 33.

(2) D. Thom. 1. 2. q. 23. art. 4.

sas que se oponen al objeto amado. Del amor después y del odio se derivan todos aquellos otros afectos que se levantan tumultuantes contra la razón y le hacen guerra. De suerte, que reduciendo la cosa á su primer principio, al amor se debe atribuir el primer origen de todas las pasiones que turban la paz de nuestros corazones; como podrá fácilmente comprender cualquiera que se ponga á examinarlas una á una en su propio ser. Porque el deseo no es otra cosa, que un movimiento del ánimo hácia un objeto lejano que se ama. La fuga no es otra cosa, que un retiro del ánimo de un objeto distante que se aborrece. El gozo es una quietud y un descanso deleitable en el objeto que se ama cuando está presente. La tristeza es una cierta pena aflictiva, que se siente á la presencia del objeto que se aborrece. La esperanza, es una extension del deseo hácia un bien árduo, que se ama y se juzga posible de conseguirse. La desesperacion es una falta de esperanza y un caimiento del ánimo hácia el mismo bien amable, que no se juzga ya posible de alcanzarse. El temor es un afecto que desanima hácia un mal árduo remoto, pero que amenaza y se aborrece. La audacia es una erección grande del ánimo para vencer las dificultades que se atraviesan á la consecucion del objeto amado y á la destruccion del objeto aborrecido. La ira es un afecto ardiente contra quien se opone al propio honor y á la propia estimacion, que se ama y tira á querer la recompensa de la venganza. De manera, que todas nuestras pasiones, si bien se consideran, reconocen á la pasion del amor por su primera raíz y fuente de donde se originan.

224 Mas para entender, cuando de las dichas pasiones nace el impedimento de la perfeccion cristiana, es necesario notar un error en que incurrieron en los primeros siglos de la Iglesia algunos siervos de Dios, del cual segun S. Gerónimo, fué Origenes el autor. Querian estos, que el hombre espiritual con el ejercicio de las virtudes pudiese y debiese extinguir tan del todo todas sus pasiones, que no se sintiese mas algun movimiento de ellas, y que llegase á estado de tanta tranquilidad,

que sin la mas mínima perturbacion de ánimo, viviese en un placidísimo ejercicio de todas las virtudes: *Doctrina tua, Origenis ramusculus est. In eo enim psalmo, in quo scriptum est: (ut de cæteris taceam) insuper & usque ad noctem erudierunt me renes mei; asserit, virum sanctum, de quorum videlicet & numero es, cum ad virtutis venerit summum, ne in nocte quidem ea pati, quæ hominum sunt, nec cogitatione vitiorum aliqua tiliari.* (1) Aqui reprende S. Geronimo la doctrina de Origenes, donde afirma que el hombre santo, llegado á la cumbre de la perfeccion, ni aun en tiempo de la noche experimenta alguna flaqueza humana, ni se levanta jamas en su mente algun pensamiento vicioso. El mismo Santo siente, que fueron propagadores de este error Evagrio Pontico, y Paladio y Rufino sus discipulos; á los cuales se llegaron entre los monges Ammonio, Eusebio, Eutimio, Ox, Isidoro, que despues fueron condenados de originistas por los Obispos de aquellos tiempos. Finalmente, hicieron mas detestable esta imperturbabilidad de ánimo los hereges Pelagio, Joviniano y Prisciliano adoptándola por dogma suyo.

222 Entre los Santos Padres antiguos, fuera de S. Geronimo, refuta acremente este error S. Agustin, diciendo, que cuando las pasiones están reguladas por la recta razon del modo conveniente, es un error manifiesto decir que son viciosas, y que se deben llamar entonces enfermedad y flaqueza del alma: *cum rectam rationem sequantur istæ affectiones, quando ubi oportet adhibentur; quis eas tunc morbos, seu vitiosas passiones audeat dicere?* (2) Lo prueba manifiestamente con el ejemplo de Cristo, que viviendo entre nosotros en carne mortal, aunque no fuese reo de algun pecado, quiso sujetarse á las pasiones del cuerpo; y quiso sentir sus movimientos, cuando lo juzgó conveniente y oportuno: *quamobrem etiam ipse Dominus in forma servi vitam agere dignatus humanam; sed nullum habens omnino peccatum, adhibuit eas, ubi adhibendas esse judicavit.* Muestra esto mismo con hechos particulares que

¶ 1) S. Hier. ad Ctesiph. advers. Pelagian. epist. 133. ¶ 2) S. Aug. de Civit. Dei. l. 14. c. 9.

se refieren en el sagrado Evangelio: ya cuando el Redentor con santo enojo se entristeció por la dureza que reconocia en los Judios, (1) ya cuando lloró por la muerte de Lázaro, dando señales de verdadero dolor; y se alegró de que su resurreccion de muerte á vida hubiese de ser motivo de verdadera fe para muchos: (2) ya cuando descó ardientemente celebrar la Pascua con sus discípulos: (3) y ya tambien cuando acercándose el tiempo de su dolorosa pasion, quiso quedar oprimido y ahogado en un mar de dolor, de tristeza y de sangre. (4) Pues si Cristo que tenia sujetas las pasiones, y obedientes á su querer; sin embargo, quiso sentir de tantos modos sus movimientos: ¿quién habrá que piense poder llegar á tal estado, que no sienta el menor movimiento? *Cum ergo ejus in Evangelio ista referuntur, quod super duritia cordis Judæorum cum ira contristatus sit: quod dixit, gaudeo propter vos, ut credatis; quod Lazarum resuscitaturus etiam lacrymas fuderit: quod concupierit cum discipulis suis manducare Pascha: quod propinquante passione, tristis fuerit anima ejus usque ad moriem; non falso utique referuntur.* Añade al ejemplo de Cristo el ejemplo del Apóstol: *gaudentem cum gaudentibus, flentem cum flentibus; foris habentem pugnas, intus timores; cupientem dissolvi, & esse cum Christo: desiderantem videre Romanos, Corinthios æmulantem, magnam tristitiam & continuum dolorem cordis de Israelitis habentem: luctum suum denuntiantem de quibusdam peccatoribus.* Nos representa el santo Doctor al Apóstol de las gentes; que ahora se gozaba con los que se gozaban; ahora lloraba con los que lloraban, ahora experimentaba combates por de fuera y temores por dentro, ahora deseaba morir para estar con Cristo, ahora ver á los Romanos y á los Corintios, ahora sentia tristeza y continuo dolor por la dureza de los Israelitas, y ahora se veia en grande llanto por la perdicion de algunos pecadores. Y despues concluye diciendo, que si todos estos movimientos de pasiones y de afectos, que tenian su origen del amor de las

(1) Marc. c. 3. (2) Joann. c. 11. (3) Matth. 21. (4) Matth. 26.

virtudes y de la perfecta caridad, se han de llamar vicios; tambien los vicios se habrán de llamar virtudes: *hi motus, hi affectus de amore boni, & de sancta charitate venientes, si vitia vocanda sunt; sinamus, ut ea quæ vere vitia sunt, virtutes vocentur.* En suma, es mucha verdad lo que dice San Gerónimo contra estos Estoicos espirituales, que le querian quitar al hombre la humanidad; y hacer que estando en el cuerpo, estuviese sin cuerpo: *hoc est hominem ex homine tollere, & in corpore constitutum esse sine corpore.*

223 De todo esto se ha de sacar: lo primero, que sin embargo de cualquier industria, no puede el hombre espiritual llegar á tal estado, que no experimente jamas algun movimiento de pasión; porque tiene siempre consigo aquel fondo de la naturaleza corrompida y contaminada del pecado de Adán, que trajo del seno de su madre, y que siempre vuelve á retoñar en los brotes de alguna desarreglada perfección. Las pasiones se pueden mortificar, se pueden moderar, y se pueden debilitar de manera, que se muevan menos, se venzan con mucha facilidad, y no causen molestia; pero no se pueden extinguir del todo, de modo que jamas vuelvan á sentirse. Fué singular privilegio de la Virgen Maria el estar totalmente exenta de todo movimiento de pasión desordenada; porque fué especialísimo privilegio suyo el ser inmune y libre del pecado original. Mas quien pecó en Adán, debe sufrir con Adán, mientras vive, alguna rebelion del sentido.

224 Lo segundo, que las pasiones reguladas de la recta razon, de la luz de la fé, y de las virtudes teologales y morales, cuales eran las pasiones de Cristo, de la Virgen Santisima, de S. Pablo y de otros Santos no son nada viciosas, ni son de algun impedimento á la perfeccion: antes bien le son de ayuda, facilitando con sus movimientos el ejercicio de las virtudes.

225 Lo tercero, que las pasiones que se oponen á la perfeccion, y aun llevan innumerables almas á la perdicion, son solamente las pasiones desordenadas é inmortificadas, que no están reguladas ni de la luz de la razon, ni de la luz de la fé,

ni son conformes á sus rectos dictámenes, sino que se mueven por inclinacion de la naturaleza corrompida, y á impulsos de ésta son seguidas de nuestra débil voluntad.

226 De estas pasiones desordenadas nacen despues todos los vicios, que son la ruina de nuestras almas. Ya he dicho, que entre las pasiones la primera es el amor que las mueve á todas, y las lleva tras si á seguir sus inclinaciones. Y puntualmente del amor desarreglado toman su origen todos los vicios, que hacen tan cruda guerra al espíritu. Si el lector quisiere hacer sobre esto atenta reflexion; verá claramente que la cosa pasa de esta manera: verá que la soberbia nace de un amor desmedido á la propia excelencia; por la cuál rehusa toda sujecion, y desea su elevacion sobre todos; que la avaricia se deriva de un amor excesivo á la hacienda, á las riquezas y á la plata y oro, que adora como á su Dios; que la lujuria proviene de un amor desarreglado al propio cuerpo, deseándole aquellos placeres que veda la razon y la ley de Dios; que la ira toma su origen de un amor exorbitante á la propia honra, que quiere defender con sentimientos irracionales; que la gula nace del demasiado amor al propio cuerpo, queriéndole complacer indebidamente con el demasiado deleite de los manjares; que la envidia brota del mucho amor de sí mismo, doliéndose del bien de los otros, como impedimento del suyo propio; que la pereza finalmente se origina tambien del amor propio desordenado, entristeciéndose de las cosas santas, por la aprension de que son molestas. De manera, que vé muy bien el lector que todos los vicios, y por consiguiente todos los obstáculos que ponen estos á la perfeccion y á la salud de nuestras almas, nacen de las pasiones desarregladas, y especialmente de la del amor no moderada con la luz de la razon y de la fe; sino antes levantada y en cierto modo atizada de los dictámenes brutales de la sensualidad. A qué punto llegue el impedimento que dichas pasiones inmortificadas traen á los progresos del espíritu y de la perfeccion cristiana (que es el blanco de la presente obra), lo veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

SE MUESTRA QUE EL MAYOR IMPEDIMENTO de la perfeccion cristiana proviene de las pasiones desregladas é inmortificadas.

227 **S**i es verdad lo que ya establecimos con Santo Tomás, como fundamento de toda esta fábrica espiritual que vamos ahora construyendo; es á saber, que la perfeccion cristiana consiste en primer lugar en el amor para con Dios, y en segundo lugar en el amor para con el prójimo; y que tanto mas fina es la perfeccion, quanto este amor es mas encendido y puro: se sigue por legitima consecuencia, que lo que mas se opone á la caridad, es lo que mas se atraviesa á la perfeccion del cristiano. Pero ¿qué cosa hay que mas guerra haga al divino amor, que las pasiones no mortificadas, no quebrantadas, y no sujetas á las leyes de la razon y de la fé; pues éstas se oponen abiertamente con sus movimientos desordenados á todo lo que quiere Dios de nosotros; y tiran derechamente á sacudir el yugo de la ley divina, en cuya perfecta observancia consiste al fin todo el yugo de la divina caridad? Fuera de esto, pregunto ¿hay cosa que mas estorbe el ejercicio de las virtudes morales (que son ciertamente la última y necesarísima disposicion para la consecucion del santo amor) que las pasiones sueltas, y no reguladas por los dictámenes de la razon; y los vicios que de las pasiones desenfrenadas, como de raiz maligna brotan en nuestras almas? Cierto es que no, porque es imposible que ejercite la humildad, quien no ha quebrantado aun la soberbia; que goce de los frutos dulces de la mansedumbre, quien aun no ha apagado los hervores de la ira; que posea la paciencia, quien no ha domado aun los resentimientos de la frágil naturaleza entre los trabajos y adversidades; que practique la obediencia, quien no sabe quebrantar la propia voluntad con sujetarla á la de otros; y de esta manera id discurrendo sobre todas las otras

virtudes. Pues si no es posible adquirir el perfecto amor de Dios, sin las virtudes morales, á las cuales toca abrirle la puerta, y darle entrada en nuestras almas; y si por otra parte no es posible adquirir estas bellas virtudes sin la mortificacion y abatimiento de las pasiones: puede sin duda desesperar de conseguir la perfeccion aun en grado bajo y remiso, quien no renuncia sus malas inclinaciones, quien no las quebranta y vence, yendo contra ellas y haciéndolas estar sujetas á las máximas de la razon y de la fé. Es esto tanta verdad, que San Agustin citado de mí en otra parte llega á decir, que la disminucion de las pasiones es el aumento de la caridad, y que donde no hay pasiones (esto se entienda del modo que en esta vida puede suceder, segun lo que arriba hemos dicho) allí está perfecta la caridad: *nutrimentum charitatis est imminutio cupiditatis; perfectio nulla cupiditas*. Concluye, pues, el Santo, que quien quiere crecer en caridad, atienda á moderar su pasiones y á quebrantar su fuerza con una incesante mortificacion: *quisquis igitur eam nutrite vult, instet minuendis cupiditatibus*. (1)

228 Tenemos en la sagrada Escritura una figura que expresa muy al vivo esta verdad en los dos altares, el uno de los holocaustos, y el otro del timiama. (2) El primero era de bronce, y estaba fuera en el átrio del Tabernáculo, y sobre él se quemaban las carnes de aquellas victimas que habian sido ofrecidas á Dios. El segundo era de oro, y estaba dentro del Tabernáculo, y sobre él se quemaban los perfumes olorosos delante del Arca del Señor: y era rito del pueblo de los judíos, que del altar de los holocaustos se cogiese el fuego para quemar el timiama en la presencia de Dios. S. Gregorio reflexionando oportunamente sobre estos ritos de la ley antigua, dice, que el altar de los holocaustos en que se consumian las carnes, significa la compuncion y la mortificacion con que deben consumirse los vicios de nuestra carne, y destruirse las malas inclinaciones de este nuestro cuerpo, en honra y obsequio del Altísimo, á quien los tales obsequios son muy agradables. Dice

(1) S. Aug. lib. 83. quæst. 86. (2) Exod. 27.

mas, que el altar del timiama significa el amor de Dios figurado en el oro, en el cual el alma se deshace toda, y se destruye en suavísimos afectos en la presencia de su Señor. Pero se ha de advertir, que el altar de los holocaustos estaba fuera del Tabernáculo, y el altar de los timiama estaba dentro: para significar, que antes de arder en el fuego del divino amor, es menester consumir al hombre viejo con sus vicios y pasiones en holocausto perfecto con el fuego de la mortificación; y que no con otro fuego que con éste se encienden los olores de timiama de la divina caridad: *in Tabernaculo duo altaria fieri jubentur, unum exterius, aliud interius: unum in atrio, aliud ante Arcam: unum quod ex ære coopertum est, aliud quod auro vestitur: in æreo consumuntur carnes, in aureo accenduntur aromata.... Multi plangunt mala, quæ fecerunt, & incendunt vitia igne compunctionis, quorum adhuc suggestiones in corde patiuntur. Quid isti, nisi altare sunt æreum, & in quo carnes ardent? Quia adhuc ab eis carnalia opera planguntur. Alii vero à carnalibus vitii liberi, amoris flamma in compunctionis lacrymis inardescunt, supernis inesse civibus concupiscunt, Regem in decore suo videre desiderant, & flere quotidie ex ejus amore non cessant. Quid isti, nisi altare sunt aureum, in quorum corde aromata incensa sunt quia virtutes ardent? (1)*

229 Quien quiere arder en las llamas del divino amor, que consumiendo dulcemente el alma la hacen perfecta; es necesario que arda antes largamente en el fuego de la mortificación, y que deponga primero en éste los despojos de sus vicios, consume los malos humores de sus desarregladas pasiones, y abrase, reduzca á cenizas, y destruya cuanto le fuere posible todas sus perversas inclinaciones. Esto es puntualmente lo que el Redentor nos enseñó, diciendo: *qui vult venire post me, abneget semetipsum, & tollat crucem suam, & sequatur me. (2)* Quien quisiere venir en pós de mi, esto es, quien quisiere ser mi secuaz, mi amigo, mi amante, mi esposo, contradígase á sí mismo y á sus quereres, y sigame con la cruz de una conti-

1) S. Greg. hom. 22, in Ezech. 2) Matth. 16, 24.

naa mortificacion: *Qui non accipit crucem suam, & sequitur me, non est me dignus.* (1) No es digno de mi, ni de mi amor, quien rehusa abrazar la cruz de una incesante abnegacion de sí mismo.

230 Esto mismo nos insinúa S. Pablo con su apostólica doctrina: *qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitis & concupiscentiis.* (2) Aquellos, dice el Apóstol, son secuaces de Cristo, aquellos son sus fieles amantes, que con los clavos de la santa mortificacion han crucificado sus vicios, y los apetitos desordenados de su concupiscencia. Por eso nos dice: *mortificate membra vestra, quæ sunt super terram.* (3) Mortificad ese vuestro cuerpo, que es de tierra vil. Y para que no quede duda de como se haya de practicar semejante mortificacion, añade: *expoliantes vos veterem hominem cum actibus suis, & induentes novum.* (4) Despojaos del hombre viejo, resistiendo á sus malvadas inclinaciones, y quebrantándolas con grande vigor de espíritu: vestios del hombre nuevo, hecho conforme á Cristo y á su Evangelio. Advertid, prosigue diciendo, que entre el cuerpo y el espíritu hay una guerra intestina, que jamas se hace la paz entre estos dos grandes enemigos. El cuerpo con los movimientos de su concupiscencia se rebela contra el espíritu y levanta contra él grandes tumultos; pero el espíritu asistido de la divina gracia, se esfuerza en tenerlo sujeto á sus santas leyes: *caro concupiscit adversus spiritum, spiritus adversus carnem, hæc enim sibi invicem adversantur.* (5) Por eso vosotros, si deseais ser hombres espirituales y perfectos, estad siempre coligados con el espíritu contra las inclinaciones y deseos de la carne, prontos siempre á reprimirlos y mortificarlos: *spiritu ambulate, & desideria carnis non perficietis.* Finalmente nos anima á esta mortificacion de las pasiones con su ejemplo: *ego sic pugno, non quasi aerem verberans; sed castigo corpus meum, & in servitutem redigo.* (6) Yo no peleo, nos dice, como quien da golpes al aire; sino que

(1) Idem 10. 38. (2) Ad Galat. 5. 24. (3) Ad Colos. 3. 5. (4) Ibid. v. 9.
(5) Ad Galat. 5. 17. (6) 1 Cor. 91. 26. 27.

mortifico de veras mi cuerpo y lo castigo asperamente, para que quiera, que no quiera, esté sujeto el espíritu.

231 Adviértase aquí, que no se contenta el Apóstol de que esta mortificacion sea lenta é interrumpida, sino que quiere sea tan fuerte y tan continua, que llegue á asemejarse á la misma mortificacion que practicó en si mismo el Salvador: *semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes*. Porque así como quien tiene el enemigo á la frente, basta que cese de pelear para ser vencido: así, y con mucha mayor razon, quien tiene á tantos enemigos dentro de si, cuantos son sus vicios y concupiscencias; ha de tener siempre en la mano la espada de la mortificacion, ahora para quebrantar á un apetito desordenado que se levanta, ahora para resistir al movimiento irracional de alguna pasion que se despierta, y ahora para cortar la cabeza á alguna aficion imperfecta y viciosa que comienza á sublevarse en el corazon. Por lo cuál {S. Agustin, explicando aquellas palabras del mismo Apóstol: *si spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis*: dice, que este ha de ser el empleo, y este el ejercicio de una persona devota que desea de veras su perfeccion: mortificar con gran fervor de espíritu las malas inclinaciones de su carne rebelde; afligirlas desde la mañana hasta la noche; enfrenarlas, disminuirlas, y cuanto fuere posible darles la muerte: *hoc est opus vestrum in hac vita, actiones carnis spiritu mortificare, quotidie affligere, minuere, frænare, interire*. (1)

232 Mas siendo esto verdad, es preciso decir, que ciertas personas espirituales, no obstante que se ocupan en ejercicios devotos, no quieren hacerse violencia en reprimir ciertas pasioncillas desordenadas; ni quieren quebrantarles la cabeza con una fuerte y continua resistencia, antes bien les aflojan la rienda, para que se vayan tras de sus propios objetos y satisfacciones: será preciso decir (si no yerra S. Pablo, ni se engaña Jesucristo) que estas andan fuera del camino de la perfeccion; porque por mas que trabajen y se fatiguen, no hacen lo que

(1) S. Aug. serm. 13. c. 9.

mas importa para conseguirla. Oran frecuentemente, ayunan muchas veces, visitan las Iglesias, y frecuentan los Sacramentos. Todo está bien; pero no quieren hacerse violencia á si mismas, para vencer ciertos apetitos, ciertas aficiones y ciertos desordenes de sus animos: *bene currunt, sed extra viam*: caminan devotamente, pero fuera de camino. Luego no llegarán jamas á algun grado notable de perfeccion.

233 Confirмо estos dos capítulos, el presente y el pasado con un hecho que se cuenta en las vidas de los Padres. (1) Un santo monge que habia vivido por espacio de cincuenta años en una vida austerísima, sin gustar jamas otra cosa que solo pan y agua pura; y que habia velado siempre sobre la mortificacion de sus pasiones, se dejó decir un dia esta proposicion: yo gracias á Dios, he apagado ya totalmente en mi la lujuria, la avaricia, la vanagloria, el enojo, y he dado la muerte á todas mis malas inclinaciones. Súpolo el Abad Abraham, y compadeciéndose de la simplicidad de aquel siervo de Dios, se fue á buscarle para advertirle de su error. Habiendo entrado á su celda, le dijo: decidme, buen viejo, si entrando vos un dia en la celda encontraseis en ella sentada en la cama á una muger muy hermosa, toda adornada y vestida de gala, que os saludaba cortesmente, ¿os vendria á la mente algun mal pensamiento? Si Padre, respondió el monge, pero al punto lo desecharia, y no tendria atrevimiento de tocar á la muger. Pues ved ahí, replicó el Abad, que la pasion de la lujuria no está muerta en vos, como creeis, sino solo mortificada. Decidme mas, preguntó el Abad: si caminando vos por un camino encontraseis entre los matorrales y las piedras algunas monedas de oro, ¿os vendria ganas de recogerlas? Si, Padre, respondió el viejo; pero despreciaria aquel pensamiento, y ni aun me inclinaria para tocar las monedas. Pues ved ahí, hermano, dijo el Abad, que la pasion de la avaricia no está muerta en vos, sino solo mortificada. Y si despues, prosiguió, os viniesen á visitar dos monges, el uno que os ama, os alaba delante de todos,

(1) La vida PP. de discret. n. 6.

y os levanta á las estrellas; y el otro que os aborrece, no os puede ver y despedaza vuestra reputacion con malignas murmuraciones, ¿recibiriais á los dos con igual afecto y agrado? Naturalmente no, respondió el visjo, pero me haria fuerza para hacerles buena acogida, y tratarlos á ambos con igual afecto y amor. Ved ahí, pues, replicó el Abad, que la pasion de la soberbia y de la ira no están en vos muertas, sino solo mortificadas. Finalmente concluyó: *vivunt engo passiones, sed tantummodo á sanctis viris quoddammodo religantur.* Las pasiones viven en todos: y solo los hombres santos las tienen apadas y comprimidas dentro de los lazos de la santa mortificacion.

234 De aqui se infieren las dos verdades que hasta ahora he mostrado en este artículo. La primera, que las pasiones se pueden mitigar, pero no exterminar del todo, de manera que no tornen á despertarse con sus movimientos. La segunda, que el modo de mortificarlas, es puntualmente aquel que practicaba aquel buen viejo; es: á saber, resistirlas y contraponerles prontamente á sus primeros movimientos: con actos contrarios, fuertes y generosos. Pongo por ejemplo: se despierta en tu mente un pensamiento malo; destierralo al punto con una resuelta promesa de querer antes la muerte, que consentir en semejantes inmundicias. Se enciende en tu corazon un acto de impaciencia ó de enojo; apágalo prontamente con un acto de paciencia y de mansedumbre. Se levanta en tu entendimiento un pensamiento de soberbia y de propia estimacion, que te levanta vanamente sobre tí mismo; abatele con un acto de profunda humildad. Sientes que se despierta en tu ánimo un cierto rencor y desagrado de tu prójimo; ahégalo con un acto de amor y caridad. Lo mismo digo de todas las otras desordenadas aficiones de nuestros ánimos. De esta mayor, ó menor mortificacion de nuestros apetitos depende nuestro mayor ó menor aprovechamiento espiritual: siendo mucha verdad lo que dice Gerson: *tantum proficies, quantum tibi ipsi vim intuleris.* Que tantos y tales serán nuestros adelantamientos en el espíritu, cuanta fuere la violencia que nos hiciéremos á nosotros mismos.

Por esto si desean los directores ver prontamente muy aprovechados á sus discípulos, incúlquenles siempre esta doctrina; porque entrando en sus corazones este espíritu de mortificación interior, los verán no ya caminar, sino volar por el camino de la perfeccion.

CAPITULO III.

SE PROPONEN ALGUNAS REGLAS QUE SE HAN de guardar en la mortificación de las pasiones, para conseguir mas facilmente la debida moderacion.

235 **C**omo la primera regla para mortificar las propias pasiones y enflaquecer en breve su orgullo de Casiano, gran maestro de espíritu. Dice que observe el hombre espiritual, cuál es la pasión ó vicio que está en él mas viva, que mas predomina con sus internos movimientos, y le hace caer mas frecuentemente en algunas faltas. Que despues le intime una guerra implacable, sin querer con él jamas paces ni treguas, hasta tenerlo vencido. Quiero decir, determine en su ánimo de ir siempre contra él, y de contradecir á sus movimientos desordenados con todas las fuerzas de su espíritu. Así hacen los Capitanes, que asaltando al ejército enemigo, asestan la batería á aquella parte donde está la mayor y mas fuerte resistencia, porque vencida ésta, les es fácil el conseguir la deseada victoria de todo el ejército. Así vencida la pasión predominante, no nos es muy difícil el quedar vencedores de la turba de todas las otras mas flacas: *ita adversus vitia arripienda sunt praelia, ut unusquisque vitium, quo maxime infestatur, explorans, adversus illud arripiat principale certamen, omnem curam mentis, ac sollicitudinem erga illius impugnationem, observationemque desigens.* (1)

236 De aquella misma arte de que se vale el demonio para arruinarnos con nuestras pasiones, quiero que nos sirvamos nosotros para quebrantarlo y subir á mayor perfeccion. Dice

(1) Casian collat. 6. c. 14.

S. Gregorio, que el demonio perverso asediador de nuestras almas observa atentamente, cuál es aquella pasión, y cuál aquel vicio á que cada uno está mas inclinado; y este es el que procura atizar mas con sus tentaciones. Así á las personas de complexion alegre y sanguinea les pone delante de los ojos los placeres del sentido, y les representa objetos de vanidad: á las de índole melancólica, áspera y tosca, despierta movimientos de ira, de soberbia y de fiereza; porque las reconoce inclinadas á semejantes afecciones: y con estos ardides el engañador hace presa de innumerables almas, y puebla de ellas el infierno: *inuetur inimicus generis humani uniuscujusque mores, cui vitio sunt propinqui, & illa opponit ante faciem, ad quam cognoscit facilius inclinari mentem: ut blandis ac levis, sæpe luxuriam, nonnunquam vanam gloriam; asperis vero mentibus iram, superbiam, vel crudelitatem proponat. Ibi ergo decipulam ponit, ubi esse vitium mentis conspicit; quia illic periculum deceptionis inserit, ubi viam esse invenerit propinqua cogitationis.* (1) De esta industria que contra nosotros practica el demonio, enemigo común de nuestra ruina, valgámonos nosotros para nuestra salud. Observémos cuál es la pasión que ha adquirido dominio sobre nuestras almas, cuál es el vicio que ha echado mas hondas raíces: y contra éste armémos fuertemente, resueltos de vencerlo á fuerza de resistencia, y de derribarlo en tierra con repetidos golpes de actos contrarios. No nos acobardemos por la violencia con que intenta llevarnos tras de sus malas inclinaciones; sino confiemos en Dios, y peleemos varonilmente, que al fin con su poderosa ayuda conseguiremos la victoria.

237. Cuando viéremos despues, dice Casiano, que hemos mortificado suficientemente una pasión, porque no tiene fuerza como antes para conquistar nuestra voluntad, y que venimos ya con facilidad sus asaltos; entremos de nuevo en nuestro corazón, para indagar cuál es la otra pasión que nos molesta mas: y contra esta tomemos las armas de la mortificación para vencerla; pero confiados siempre en la divina gracia: *cum se ab*

(1) S. Greg. lib. 14. Moral. c. 7.

ea (scilicet passione) senserit absolutum, rursus latebras sui cordis simili intentione perlustret & exploret, quam inter reliquas perspexerit diriore: atque adversus eam specialius spiritus arma commoveat. (1) De esta manera lograremos el arrancar poco á poco todas las inclinaciones viciosas arraigadas en nuestro corazon, las cuales impiden que nazcan los brotes hermosos de las virtudes, y que florezca en él la perfeccion. Este mismo modo de domar las pasiones nos insinúa S. Agustin, explicando aquellas palabras del Apóstol: (2) *si spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis. Calca mortuum* (dice el Santo) *transi ad vivum: calca jacentem, conflige cum resistente. Mortua est una delectatio, sed vivit altera: & illam, dum non consentis, mortificas. Cum ceperit omnino non delectare, mortificasti. Hæc est actio nostra: hæc est militia nostra.* (3) Has echado por tierra, dice Agustino, una pasion con la mortificacion, pasa á otra, que aun está viva. Pisa aquella que está ya postrada, y aparejate para pelear contra aquella que te resiste. Es verdad que aquella está muerta, mas esta otra aun vive. Si tú no la consientes, la mortificas. Si despues llega á punto que no te causa ya algun gusto, ya la has mortificado, y has salido vencedor. Despues concluye el Santo con aquellas notables palabras: ésta ha de ser nuestra continua ocupacion; éste es el ejercicio de la milicia cristiana, mortificar las propias pasiones: *hæc actio nostra, hæc est militia nostra.* Este método que nos aconsejan los Santos y los maestros de espíritu para domar las pasiones, es sin duda el mas oportuno, y á él debe cada uno aplicarse; porque no pudiendo el hombre espiritual arrancar juntamente de su ánimo todas sus malas inclinaciones; conviene que emprenda el desarraigarlas una despues de otra, comenzando por las mas dañosas, como lo hace el que quiere limpiar el campo de las yerbas nocivas.

238 De este método se valió S. Dorotéo para conducir en breve á su discípulo Dositéo á la mas alta cumbre de la perfeccion, como él mismo refiere en su vida. Observaba el santo

(1) Loco supra cit. (2) Rom. 8. 13. (3) S. Aug. serm. 13. c. 6.

maestro: cuál era aquella pasioncilla de que era llevado su Dositéo; y en aquella procuraba luego mortificarle. Cuando le veía despues ya moderado en una cosa, notaba si habia en él otra aficion, y al punto se aplicaba á despegarle tambien de aquella. Por ejemplo, si le veía sobradamente pegado á algun libro, á un cuchillo, ó á otra alhaja, luego se la quitaba. Si reconocia en él la menor complacencia de alguna obra manual hecha con exactitud, no le permitia ni aun el mirarla. Si iba á proponerle alguna duda juiciosa, de donde le podia provenir algun afecto de vanidad, no le daba respuesta. Entre tanto se maravillaban los otros monges de ver que Dositéo, no pudiendo ayunar por su débil complexion, ni velar, ni practicar otras asperezas de la vida comun; sin embargo hubiese subido en breve tiempo á un grado muy singular de perfeccion. Por lo que movidos de curiosidad, le preguntaban á ver cuál era el ejercicio que tenia de las virtudes; y él respondia cándidamente, que era mortificar todos sus antojos y deseos, y sujetar enteramente su voluntad. En efecto, con esta sola mortificacion interior llegó en el espacio de solos cinco años á tanta santidad, que despues de muerto fue visto en altísima gloria igual á la de los mas grandes santos de su religion. Tanta verdad es, que el camino breve y compendioso de la perfeccion es la mortificacion de las pasiones y de los apetitos desordenados. Si el lector no tuviere ánimo de abatir de una vez á todos estos enemigos de su perfeccion que tiene consigo, válgase de la regla que hemos dado, de la cual se valió tambien S. Dorotéo para su discipulo Dositéo, de combatir con ellos uno á uno, comenzando siempre el combate de aquel que le parece el mas fuerte y el mas feroz.

239 La regla segunda para alcanzar victoria de las pasiones con la mortificacion, es la de reprimirlas al punto que nacen, y apagarlas luego que se encienden en nuestro ánimo; porque dejándolas crecer, cobrarán tanto vigor que nos será despues moralmente imposible el vencerlas. San Agustin sobre aquellas palabras del Salmista: *beatus qui tenebit, & allidet parvulos ad*

petram, pregunta, ¿quiénes sean estos hijuelos que al punto que nacen es menester estrellarlos contra una piedra? Y responde, que son las pasiones que brotan: *quid sunt parvuli Babylonie? Nascentes malæ cupiditates.* (1) Estrelladlas, pues, luego que comienzan á brotar mientras son pequeñas; de otra suerte, creciendo tomarán tanta fuerza que os estrellarán á vos: *ne enim cupiditas nequam prævæ consuetudinis robur accipiat, cum parvula est, allide illam.* Si acaso temiereis, añade el Santo, que las tales pasiones, aunque comprimidas no acaben de morir, estrelladlas sobre la piedra, que es Cristo; esto es, reprimidlas por el amor de Jesucristo: así será segura y estable su muerte: *sed times, ne elisa non moriantur? Ad petram allide: petra autem erat Christus.... In petra ædificamini, si non vultis tolli aut à fluvio, aut à ventis, aut à pluvia.* Hágase reflexion sobre estas últimas palabras del Santo Doctor, que enseñan el modo mas sólido y mas santo de mortificar nuestras desarregladas aficiones. Al primer asomo de éstas levante el hombre la mente á Jesucristo, y hágase fuerza á vencerlas por su amor. Señor, diga, yo no quiero consentir en este sentimiento de cólera, no quiero pronunciar esta palabra atrevida, no quiero tomar esta venganza, no quiero dar esta ojeada; sobre este pensamiento no me quiero detener un punto por vuestro amor. Con estos pensamientos amorosos no es creible cuánto vigor tome el alma, y cuánto esfuerzo para reprimir el impetu de cualquiera pasion vehemente: y las victorias que de esto resultan, son, como dice el Santo, de mayor firmeza, de mayor estabilidad, y aun tambien de mayor mérito.

240 A mi me agrada mucho el ejemplo que trae S. Efrén para explicar esta solitud y empeño, que todos deben tener en reprimir los primeros movimientos y sublevaciones de las propias pasiones. Si en comenzando, dice el Santo, á abrirse en el cuerpo humano alguna llaga, hay descuido y negligencia en curarla, se va extendiendo poco á poco, y se hace una llaga disforme; y sino se limpia de aquella primera podre que mana

(1) S. Aug. in Psal. 136.

y destila, se pudre de manera la llaga, que viene á criar gangrena, capaz de inficionar á todo el cuerpo. De la misma manera, si no se pone reparo á los primeros movimientos de las pasiones desarregladas, y si no se comprimen con una pronta resistencia, se extienden y dilatan por los senos del alma, hasta ofuscarla del todo, y debilitarla en sus potencias, y hasta inficionarla enteramente con las llagas de pecados casi incurables: *nisi citius passiones, quæ in te cernuntur, sustuleris, ulcus efficiunt; nisi que parvam putredinem curaveris, in infinitum excrescent, omnemque substantiam tuam corrumpent.* (1)

241 Un monge director, experimentado de las almas, hizo que sus discípulos viesen con sus ojos y tocasen con sus manos esta gran verdad, como refiere S. Dorotéo. (2) Estaba el venerable anciano con ellos en religiosa conversacion dentro de una selva de cipreses, cuando mandó á uno de ellos, que arrancase uno de aquellos arbolitos, que comenzaban á despuntar de la tierra; arrancólo con facilidad con una sola mano. Mandóle que arrancase otro que ya habia comenzado á echar raíces en la tierra, y él lo arrancó con la misma mano; pero con alguna dificultad. Despues le mandó arrancar otro que ya habia crecido mas: y aqui fué menester que emplease ambas manos, y que usase de todas sus fuerzas para sacarlo de la tierra, en que ya habia arraigado profundamente. Finalmente le mandó que arrancase otro que ya tenia un grueso tronco; pero aqui no bastaron todas sus fuerzas para conseguir el intento. Entonces comenzó el santo viejo á decirles: asi son nuestras pasiones, cuando son aun tiernas y comienzan á brotar en nuestros corazones, facilmente se arrancan con un poco de vigilancia y mortificacion; mas si las dejamos crecer, mucho mayor trabajo y mucho mayor esfuerzó es menester para vencerlas: y si despues, por no poner empeño y cuidado en reprimirlas, las dejamos echar hondas raíces en nuestro ánimo, no hay fuerza humana que baste para arrancarlas, sino que es menester la omnipotente mano de Dios. Pues, hijos míos: *illidite parvulos ad petram:*

(1) S. Ephc. serm. de perf. Mon. tom. 2. (2) S. Dorot. serm. 11.

velad sobre los primeros movimientos desordenados de vuestras almas: quebrantadlos prontamente con actos contrarios luego que nacen, si deseais adelantaros mucho en el camino del Señor.

242 Y cuan cierto sea esto, lo probamos á pesar nuestro con la propia experiencia. Levántase en el entendimiento de uno algun pensamiento malo: si aquel prontamente lo desecha, cesa al punto el mal; pero si para un poco la mente, el pensamiento pasa á complacencia, la complacencia se enciende en deseo, y el deseo va á consumarse en obras malvadas y abominables, dignas de eterna muerte, como advierte Santiago: *unusquisque tentatur à concupiscentia sua abstractus & illectus. Deinde concupiscentia, cum conceperit, parit peccatum: peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem.*

(1) Nace en el corazon de una persona un cierto afecto tierno y sensible hacia otra de diverso sexo. Si se opone, y se aleja de la persona amada, aquel afecto se apaga presto, y se pone reparo á los grandes males que de ahí podrian resultar; pero si comienza á seguir aquella inclinacion que al principio le parece inocente, ésta degenera presto en un afecto inmundo, y despues viene á parar en una aficion y enlace capaz de precipitar sin reparo á ambos en el infierno. Se despierta en el corazon de uno un ímpetu de enojo por alguna ultrage recibido. Si hace de él sacrificio á Dios, se apaga luego aquella centella, que era principio de un grande incendio; pero si él se deja llevar de aquel movimiento de frágil naturaleza, y comienza á reflexionar sobre las razones, motivos y circunstancias que agravan la ofensa; el enojo degenera en ódio, el ódio se enciende en venganza; y todo vá á parar en una implacable enemistad. Pone el demonio en la cabeza de alguna persona espiritual un pensamiento de desconfianza. Si ella se vuelve al punto á Dios con un acto de esperanza en su infinita bondad, el enemigo huye confuso; pero si ella dá entrada á aquel pensamiento cobarde, la desconfianza pasa á desmayo, y el desmayo y caimiento de ánimo á una profunda melancolía, con peligro de

(1) Jacob. 1. 14. 15.

caer en el abismo de alguna desesperacion. Véis aquí como nuestras pasiones se adelantan, se encienden, se fortalecen, y sirven de total destruccion de las virtudes, si en sus principios no se refrenan con una pronta mortificacion. Ya lo dijo el otro: *principiis obsta: sero medicina paratur, cum mala per longas convaluere moras.*

243 Esta vigilancia sobre los primeros movimientos de las pasiones practicó maravillosamente Santa Mónica, madre de S. Agustin; y con ella llegó á vencerlas de manera, que quedó señora de ellas. Dice de esta Santa su santo hijo, que le tocó por suerte un marido de genio fogoso, el cual aunque la amaba mucho, sin embargo llevado de su natural ardiente, montaba algunas veces en cólera contra ella, y la maltrataba con amargas reprensiones, y á veces tambien con alguna palabra activa. La muger, que no era de piedra, debia ciertamente experimentar los interiores resentimientos de la naturaleza, al verse tratada tan ásperamente de su consorte. Con todo eso, hallándose entre semejantes pruebas, estaba siempre sobre sí misma, para no dar el menor desahogo á su pasion, empleada toda en reprimir aun sus primeros movimientos, porque atestigua de ella S. Agustin, que en semejantes lances siempre callaba, ni dejaba salir de su boca una sola palabra: *noverat non resistere irato viro; non tantum facto, sed ne verbo quidem.* (1) Despues que habia calmado el fervor de la ira en el corazon de su marido, y se habia sosegado en ella toda alteracion de ánimo, le advertia dulcemente de lo que se habia propasado. De aquí se seguia, dice el Santo, que contándose por la ciudad las contiendas que sucedian á otras mugeres con sus maridos, aunque mas mansos, y llevando aún alguna de ellas en la cara las señales de los golpes recibidos de su consorte; de su madre jamas se dijo, ni pudo contarse la mas mínima disension con su marido. Ahora figuremonos que Santa Mónica no hubiese sabido refrenar aquellos primeros movimientos del resentimiento que al enfurecerse su marido se le despertaban en el corazon;

(1) S. Aug. conf. lib. 9. c. 9.

sino que hubiese comenzado á darles desahogo, ó con algun acto de enojo, ó con alguna palabra picante: ¿quién no vé que se hubiera levantado entre ellos una guerra feroz, y despues hubiera llevado tambien ella en la frente, como las otras mugeres, las cicatrices de sus combates? Pero al contrario, resistiendo ella á los primeros movimientos de su pasion, y negándole constantemente el desahogo de una sola palabra, llegó á aquella virtud, tanto mas heroica, cuanto mas dificultosa de encontrarse entre las mugeres, de mantener con un marido colérico una cabal concordia, una paz cumplida y una perfecta caridad. Haga pues, lo mismo quien está resuelto de abatir sus malas inclinaciones, y desea quedar glorioso vencedor de todas sus pasiones.

CAPITULO IV.

SE DAN OTRAS REGLAS PARA CONSEGUIR LA moderacion de las pasiones.

244 *M*ilitia est vita hominis super terram. (1) Nuestra vida es una guerra continua. El campo de batalla está dentro de nosotros; y son tantos los enemigos, cuantas son las pasiones que alimentamos en el corazon. Pero lo que hace mas formidable este combate, es el saber que nuestros contrarios son inmortales: golpeados, heridos y aterrados con mil golpes, vuelven siempre á levantarse para dañarnos. Para no llegar, pues, á ser perezosos, lentos y descuidados en una guerra tan obstinada, nos hemos de proponer la máxima de espíritu; que mientras vivimos en este mundo, nos es preciso siempre pelear contra estas nuestras pasiones tumultuantes. Yo no digo que nuestras malas aficiones, despues de un largo ejercicio de abnegacion de nosotros mismos, no queden al fin postradas y vencidas. Mas se debe advertir, que esto no quiere significar, que las tales pasiones no hayan de moverse jamás despues de su abatimiento, como ya insinué arriba, y como declara S. Bernardo con

(1) Job. 7. 1.

términos muy expresivos: *credite mihi, & putata repullulant, & effugata redeunt, & reaccendantur extincta, & sopita denuo excitantur.* (1) Creedme, hermanos, dice el Santo, que las pasiones podadas, retoñan; desterradas, vuelven; apagadas, se vuelven á encender; adormecidas, tornan á despertarse. El estar las pasiones mortificadas quiere decir, que están enflaquecidas, que están debilitadas, y que han perdido el vigor que tenían; de manera, que se mueven mas rara y lentamente, y sus movimientos son mas leves, menos molestos y violentos: por lo cuál son vencidos de la persona espiritual con mas prontitud y facilidad. Pero la batalla está siempre en pié; porque el enemigo no muere jamas. Es menester estar siempre con la espada en la mano, aparejados á echar por tierra ahora este, ahora aquel apetito brutal que levanta la cabeza, y se subleva contra la razon.

245 San Gregorio sobre aquellas palabras del Santo Job: *et bestiae terrae pacificae erant*, dice, que por estas bestias se entienden las pasiones; porque levantándose con sus movimientos contra la razon, se puede decir que se mueven bestialmente dentro de nosotros, y contra nosotros: *possunt per terrae bestias motus carnis intelligi, qui dum mentem nostram irrationabilia suadendo lacessunt, contra nos bestialiter insurgunt.* (2) ¿Y quién, añade despues el Santo, viviendo en carne, puede jamas atribuirse la gloria de haber domado perfectamente estas bestias feroces, cuando el mismo Apóstol de las Gentes, aunque arrebatado en altísimo éxtasis hasta el tercer cielo, sentia sin embargo dentro de sí los rugidos de estas fieras indómitas? *Quis enim adhuc in hac corruptibili carne subsistens, has terrae bestias plene edomat, cum ille ad tertium cælum raptus egregius Prædicator dicat: video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis meae, & captivum me ducentem in lege peccati, quæ est in membris meis?* Despues para consuelo de las almas buenas, añade esta sana y santa doctrina; que una cosa es sentir los rugidos de estas pasiones brutales, y otra cosa el

[1] S. Bern. in capt. serm. 58.

[2] S. Greg. Moral. l. 6. c. 16.

padecer sus mordeduras. Las personas libres y que no están mortificadas, no solo sienten los bramidos de estas bestias; sino que quedan tambien llagadas de ellas con las mordeduras de muchos pecados que cometen, allegándose á ellas. Pero las personas mortificadas las tienen constreñidas dentro de los claustros de la continencia, y no se dejan coger de ellas, ni herir de sus mordeduras: *sed aliud est, has bestias in campo operis sævientes aspicere, aliud intra cordis caveam frementes tenere. Reductæ namque intra claustra continentie, etsi adhuc tentando rugiunt; usque ad morsum tamen, ut diximus, actionis illicitæ non excedunt.* De aquí se saca, que mientras vivimos en esta vida mortal, nos conviene estar siempre vigilantes sobre nosotros mismos, como quien vive dentro de una cueva de fieras; y tener siempre en las manos las riendas de la continencia, y el azote de la mortificacion para refrenar ahora una, y ahora otra de estas fieras que se levantan contra nosotros para mordernos.

246 Cúentase en las vidas de los Padres, que un monge, el cuál vivia solitario en el desierto, fué á buscar al Abad Teodoro, quejándose de que sentia turbaciones interiores y sublevacion de las pasiones. La primera vez le respondió el Abad así: ya que no hallas paz en la soledad, anda á vivir con los otros en algun monasterio, sujetándote á la obediencia de el que alli preside. Ejecutólo el monge: vivió algun tiempo entre los otros monges; pero despues volvió de nuevo á quejarse con el mismo Abad, de que tambien en el monasterio experimentaba agitaciones de las pasiones, y que ni aun en aquel santo lugar hallaba la deseada quietud. Entonces le preguntó el Abad de esta manera: decidme, hermano, ¿cuánto tiempo ha que sois monge? Le respondió que habia ocho años. Pues ahora, le dijo el Abad, habeis de saber que se han pasado sesenta años desde que yo profesé la vida monástica, y en tanto tiempo jamás he tenido un solo dia de perfecta quietud sin el disturbio de alguna pasion. Y de esta manera le hizo entender que en esta miserable vida debe el siervo de Dios estar siempre aparejado para pelear contra la rebeldia de la propia concupis-

cencia: y que si bien es verdad, que mortificándose él generosamente, la guerra viene á ser menos dura, y se consiguen mas facilmente las victorias; pero con todo eso no se hace jamás perfecta paz con semejantes enemigos.

247 Y para que esta mortificacion de pasiones se haga mas facil y sea mas segura su victoria, observe la persona espiritual esta otra regla. Mude la materia y el objeto á sus pasiones; déles un nuevo pasto; y cuanto antes las tenia ocupadas en cosas bajas y viles de la tierra, haga que se ocupen en objetos santos y dulces del cielo. De esta manera no pudiendo extirpar del corazon las pasiones, las santificará y hará que ellas en vez de serle de impedimento, le sirvan de instrumento para la perfeccion. Y para venir á la practica de este documento, hágase de esta manera. La pasion del amor, que ahora está bajamente empleada en alguna cosa mundana, vuélvala hácia Dios: y ved aqui luego el amor, de vicioso é imperfecto que era, mudado en amor de Dios. La esperanza y el deseo de los bienes caducos, pónganse en los bienes del cielo: el temor de los males terrenos, ocúpese en los males eternos: y veis aqui que las esperanzas vanas llegan á ser celestiales, y los temores nocivos se cambian en saludables. Los gustos que antes se buscaban en los bienes miserables de la tierra, búsqnense en tratar con Dios y en el ejercicio de las cosas virtuosas y espirituales: y veis aqui mudados en santos los deleites que eran viciosos y peligrosos. Este es sin duda el modo mas facil, mas suave y de mas dura para domar las pasiones desordenadas de nuestros ánimos: darles un nuevo orden y un nuevo pasto con ocuparlas en otros objetos honestos, santos y provechosos. Por lo demás el pretender vencerlas, solo con ir contra de ellas sin suministrarles otro cebo, es cosa muy violenta, que no puede durar largo tiempo; porque como dice S. Agustin, no puede el corazon humano vivir largo tiempo sin algun afecto y alguna delectacion. Es necesario que busque su deleite, ó en las criaturas, ó en el Criador de ellas; ó en las cosas caducas, ó en las celestiales: *aut infimis delectatur, aut summis*. Toda esta doctrina es tomada de Casiano. *Non possunt*

desideria præsentium rerum reprimi vel avelli, nisi pro istis affectibus noxiis, quos cupimus amputari, alii salubres fuerint intromissi. Nullatenus enim valet vivacitas mentis absque alicujus desiderii, vel timoris, vel gaudii, vel mæroris affectione subsistere, nisi hæc eadem in bonam partem fuerint immutata. Et idcirco si carnales concupiscentias de cordibus nostris desideramus extrudere, spirituales earum locis plantemus protinus voluptates, ut his noster animus semper innexus & habeat quibus jugiter immoretur, & illecebras præsentium & temporalium respiciat gaudiorum. (1)

248 Pero para que nuestro apetito retire sus pasiones de las cosas terrenas, y las ocupe en los objetos sobrenaturales y divinos que estan remotos de los sentidos; es necesario ejercitarse mucho en la meditacion de las cosas celestiales, y en la leccion de los libros devotos; es necesario tener trato familiar con Dios en la oracion; ponerse frecuentemente entre dia en su presencia, y platicar á menudo de cosas devotas. Porque los objetos santos, aunque estén lejos de nuestros sentidos, si se rumian á menudo, se avivan en la fantasia, y hacen suave impresion en el corazon: y entonces nuestro apetito sensitivo vuelve facilmente á ellos sus afectos, y se ocupa en ellos mas dulcemente, que antes lo hacia en los objetos lodosos de la tierra. De manera, que si Dios concurre con muy especial gracia, llegan las pasiones por este camino, no digo á morir, (ya que esto, como he dicho muchas veces, no es posible) pero á adormecerse de modo, que muy poco, raras veces, y muy levemente se resisten; como leemos de algunos Santos, que parecia haber llegado á ser totalmente insensibles á las cosas terrenas.

249 Cuenta Cesareo, (2) que un monge del órden Cisterciense habia llegado á tan alto grado de santidad, que con solo el tocamiento de sus vestidos, obraba grandes y frecuentes milagros. Su Abad haciendo reflexion que su vida no se diferenciaba en nada de la comun de los otros monges, se ma-

(1) Cassian. col. 12. c. 5.

(2) Cesar. Mirac. l. 1c. c. 6.

ravillaba en extremo de tanta multitud de prodigios que obra-
ba Dios por su medio. Llamóle por tanto un dia á parte, y le
dijo: dime, hijo, ¿cuál es la causa de tantos milagros como
tu haces? Padre Abad, respondió el monge, yo no lo sé; por-
que yo no ayuno mas que los otros, no alargo la oracion ni
las vigiliás mas de lo que pide la costumbre de nuestro mo-
nasterio. Solo una cosa hago yo, y os la descubro como á mi
superior; y es, que ninguna prosperidad me levanta, y nin-
guna adversidad me abate. Si soy despreciado, no me turbo;
si soy alabado, no me levanto; si tengo mucho, doy gracias á
Dios; si tengo poco, tambien se las doy; si estoy enfermo, no
me entristezco; y si estoy sano, no por eso me alegro. Al oír
esto el Abad, dime le replicó, cuando los meses pasados los
soldados quemaron y destruyeron nuestras heredades, ¿no te
inquietaste y turbaste? No, Padre, respondió el monge; por-
que luego lo remití todo á la divina voluntad. Comprendió
entonces el Abad, que la santidad de este hombre no consistia
en las cosas exteriores, en que no se diferenciaba de los otros
monges, y por eso no sobresalia, ni se dejaba ver por defuera
á sus ojos; sino que consistia en una perfecta mortificacion de
todas sus pasiones, adquirida por medio de un grande amor
de Dios, que se le habia arraigado profundamente en el cora-
zon. Veis ahí el modo mas fácil, y juntamente el mas eficaz
para moderar, ó por decir mejor, para ordenar todas las afi-
ciones desconcertadas de nuestro ánimo, que por otro nombre
se llaman pasiones: convertirlas en afectos buenos con aplicar-
las á objetos santos, especialmente con ocupar toda en Dios la
pasion del amor; porque siendo ésta la primera y la regula-
dora de todas las otras, si está santificada, santificará á todas
las otras, que dependen de ella en sus movimientos, como
puntualmente hizo este santo monge.

CAPITULO V.

ADVERTENCIAS PRÁCTICAS AL DIRECTOR SOBRE el presente artículo.

250 **A**dvertencia primera: habrá observado el director con el largo ejercicio de su sagrado ministerio, que son muchas las almas que profesan piedad, y aspiran á la perfeccion cristiana; pero que son pocas las que la alcanzan aun en grado mediano. La razon de esto no es otra, sino porque son pocas aquellas personas que atienden de veras á la mortificacion de su interior, y al abatimiento de sus pasiones. Habrá visto que algunos ponen su perfeccion en ayunar, otros en rezar muchas oraciones vocales, unos en entretenerse mucho tiempo en las Iglesias, otros en comulgar frecuentemente, y otros finalmente en afligir su cuerpo con instrumentos de penitencia. Pero son pocos los que atienden seriamente á vencer ciertos resentimientos y ciertos ímpetus de cólera que se levantan frecuentemente en sus ánimos; á desarraigar ciertos rencorcillos y aversiones con sus prójimos, de quienes han recibido alguna ofensa; á recibir con mansedumbre y con paz ciertas injurias, ciertas murmuraciones ó contrariedades que les tocan en lo vivo; á despegarse de la hacienda, y de las personas á que se sienten demasiado aficionados; á sujetar la propia voluntad y el propio parecer al de otros, á conformarse plenamente con la divina voluntad en todas las adversidades que les suceden, y otras cosas semejantes. Esta es la verdadera razon, porque muchos atienden á la vida espiritual; pero son pocos los que hacen progresos en el espíritu.

251 Yo no reprendo las oraciones, las meditaciones, la frecuencia de los sacramentos, los ayunos y las austeridades corporales, antes bien ha visto el director quanto he inculcado hasta ahora la práctica de estos devotos ejercicios. Pero digo, que estos mismos ejercicios de devocion, para que sean mas

provechosos, y conduzcan al deseado fin de la perfeccion deben enderezarse á la mortificacion de las pasiones, porque aquellos son medios remotos de la perfeccion; pero la mortificacion de los propios apetitos es medio próximo; pues con ella se adquieren todas las virtudes morales, que abren la puerta al perfecto amor de Dios. Si la persona devota tuviere la costumbre de meditar, procure el director que enderece sus meditaciones á la extirpacion de sus imperfectas inclinaciones, haciendo en ellas grandes propósitos de mortificarlas y abatirlas: si acostumbra orar vocalmente, que pida siempre en sus oraciones la victoria de su pasion predominante: si frecuenta los sacramentos, que los ofrezca para alcanzar gracia abundante de vencer su vicioso apetito: si ayuna y hace penitencias corporales, que tenga la mira en sujetar con ellas el cuerpo con todas sus pasiones desordenadas al espíritu. En suma se esfuerce en persuadirles, que todos los dichos ejercicios santos son medios para conseguir la mortificacion interior; asi como la mortificacion interior es medio para adquirir las virtudes, que son la próxima y última disposicion para la perfeccion del amor divino. Y por esto repítale á menudo á sus oídos aquellas jugosas y sustanciales palabras: *tantum proficies, quantum tibi ipsi vin intuleris*. Si no se procede de esta suerte, se trabaja mucho y se aprovecha poco. Si reconociere á su penitente inclinado á oraciones exorbitantes, y á penitencias indiscretas, determínele una tasa moderada; y dígale despues, que supla lo demás con la mortificacion interior, que se venza en ésta y en aquella cosa á que le vé aficionado, asegurandole que esto es mas agradable á Dios. Asi cortando un ejercicio de virtud; **sustituirá otro mejor.**

252 Advertencia segunda: si viere el director, que su discípulo es fervoroso en el ejercicio de las virtudes, y está deseoso de su aprovechamiento, ayúdele en la mortificacion de su interior. Observe, cuál es la pasion que mas reina en él, y váyale diestramente mortificando en ella. Si, por ejemplo, le reconoce inclinado á la soberbia, busque ocasiones de repre-

derle, no muestre tener concepto de él; y ordénle que se ejercite en cosas humildes y bajas; pues tras de la humillacion del cuerpo suele andar la humildad del corazon. Si le vé amante de libertad, de conversaciones, de divertimientos; téngale lo mas que pudiere apretado en soledad. Sobre todo quebrante muchas veces su voluntad en aquellas cosas de que vé que tiene ganas y aficion, aunque sean espirituales y santas; pues no hay cosa mas santa que abnegar el propio parecer y contradecir á su voluntad.

253 Estas fueron las industrias con las cuales el grande Antonio condujo en breve tiempo á un grado de altísima perfeccion á S. Pablo el Simple. (1) Este habiendo cogido á su muger en adulterio, se huyó de casa sin decirle palabra, y se anduvo errante por las soledades. Mientras andaba así fugitivo por los desiertos, se encontró casualmente con S. Antonio Abad. Inspirado de Dios, se postró al punto á sus pies, y se dió por su discípulo. Bajo la enseñaanza de tan gran Santo llegó en el espacio de pocos años á tan sublime santidad, que hacia mas milagros y mas estupendos que su mismo maestro. Por lo cuál temiendo S. Antonio, que la multitud de la gente que acudia á él pudiese servir de disturbio á los progresos de su contemplacion, le hizo retirar á las partes mas remotas del yermo, á donde era difícil el llegar. Mas ¿con qué artes os parece que aquel gran Padre de los monges levantó tan presto á su discípulo á tan alta santidad? No con otra, que con una incesante mortificacion, en que siempre le ejercitaba. Algunas veces le decia: entretente aquí de rodillas orando en la puerta de mi celda hasta que yo salga á fuera. Y despues muy de propósito se detenía el Santo dentro de la celda todo el dia y toda la noche: y entretanto observando á escondidas por entre las rendijas de la ventana sus procedimientos, le hallaba siempre inmóvil en oracion. Otras veces le mandaba que sacase agua del pozo, y la derramase sobre la tierra; y le tenia tres dias enteros ocupa-

(1) In vit. PP. vita S. Pauli simpli.

do en aquel trabajo inútil. Unas veces le imponía que labrase espuestas: y despues cuando ya habia concluido su trabajo, y veía que estaba hecha la obra con perfeccion, se la reprendia como imperfecta, y le ordenaba que la deshiciese, y la tornase á tejer de nuevo desde el principio. Estas y otras mil cosas le ordenaba contrarias á la naturaleza, y repugnantes á la razon; y mortificándole asi de mil modos, y quebrantándole la voluntad de muchas maneras, le formó en breve tiempo uno de los mayores Santos del yermo. Otro tanto hará un experto director que sepa con destreza y en tiempos oportunos, mortificar las inclinaciones naturales de su discípulo. Se advierta empero, que las tales mortificaciones se deben medir con las fuerzas espirituales del penitente; de manera que no sean mayores de lo que él puede sufrir en el estado presente en que se halla. De otra suerte, en lugar de ejercitarlo, se pondria en peligro su virtud.

254 Advertencia tercera: no se contente el director con que la persona espiritual vaya contra los apetitos viciosos, á que sin alguna culpa no puede condescender, sino procure que mortifique tambien los apetitos que miran á cosas lícitas, pero no necesarias. Porque dice S. Gregorio, que es propio de los siervos de Dios abstenerse siempre de las cosas ilícitas y muchas veces tambien de las lícitas: *habent quippe Sancti viri hoc proprium, ut semper ab illicitis longe sint, & à se plerumque etiam licita abscindant.* (1) De esta manera privándose muchas veces la persona de los deleites honestos, se asegura de no tomar aquellos que son ó pecaminosos, ó imperfectos, ó peligrosos; porque quedando enflaquecido y abatido el amor propio con semejantes mortificaciones de supererogacion, no tiene despues atrevimiento de pedir lo que no se puede lícitamente hacer. Ademas de esto se hace Dios mas liberal con el alma, que vé liberal y generosa para con él en privarse por su amor **de aquellas cosas en que podria lícitamente deleitarse; y por**

(1) S. Greg. Dial. lib. 4. c. 19.

eso le llena el seno de mayor abundancia de gracias, de favores y de dones sobrenaturales y divinos.

255 Muchos actos de semejantes mortificaciones practicó el Emperador Valentiniano, como refiere S. Ambrosio en la oracion fúnebre que hizo despues de su muerte. Se deleitaba mucho el Emperador de los juegos circenses; y sin embargo se abstuvo de manera, que no los hacia celebrar aun en los dias festivos de su nacimiento. *Feriebatur ludis circensibus delectari. Sic illos abstersit, ut ne solemnibus quidem Principum natalibus, vel Imperialis honoris gratia, circenses putaret esse celebrandos.* Sentia gusto en la caza y en los juegos que se hacian con las fieras encerradas en algun patio; y se privó de aquel placer, haciéndolas matar todas en un momento. Los malignos, no sabiendo que decir contra la entereza de su vida, le oponian que comia con mucha solicitud antes del tiempo acostumbrado; y no solo se abstuvo de esto, sino que comenzó á ayunar frecuentemente. Así que previniendo muy á menudo solemnes banquetes á sus Grandes, por no faltar á la urbanidad tan propia de su persona Imperial, él con heroica mortificacion se quedaba en ayunas entre tan exquisitas viandas. *Jactabant invidi, quod præmature prandium peteret. Cæpit ita frequentare jejunium, ut plerumque ipse impransus convivium solemne suis comitibus exhiberet, quod & religioni sacræ satisfaceret, & Principis humanitati.* Se decia que en Roma andaba perdida la juventud trás de una cierta comedianta. Hizola llevar á su córte; pero despues no se dignó de darle ni aun una ojeada pasagera: lo primero, para mortificar su propia curiosidad; y lo segundo, para enseñar á los jóvenes incautos, cuán agenos deben estar del amor de las mugeres: y lo que es mas admirable, hizo esto en su juventud, quando aun era soltero, y no tenia preocupado su corazon con su consorte: *scenicæ cujusdam forma, ac decore deperire Romæ adolescentes nobiles nuntiabatur. Jussit eam ad comitatum venire: deductam tamen nunquam aut spectavit, aut vidit. Postea redire præcepit, ut & omnes cognoscerent irritum ejus non esse mandatum, & adoles-*

centes duceret ab antore mulieris temperare, quam ipse, qui potuit habere in potestate, despoxerat. Et hanc fecit, cum uulnus non haberet uxorem. (1)

256 Semejantes actos de mortificacion en abstenerse de placeres licitos, se refieren de personajes ilustres, ya por su nacimiento, ya por su virtud. San Francisco de Borja, hallándose en el divertimiento de la caza, siendo Duque de Gandia, al embestir el gavilan la presa, y al estar para agarrarla con sus uñas, bajaba los ojos á la tierra, y se privaba de aquel gusto que era el mayor y aun el único de la caza. San Luis Gonzaga obligado á asistir á los públicos espectáculos mientras era Marques de Castellon, no levantaba los ojos para mirar aquellos objetos deleitables; y de esta manera trocaba los mismos divertimientos en materia de mortificacion. Pero aun fué mas ilustre el acto de mortificacion que hizo el Rey David hallándose atormentado de una ardentisima sed. Estimulado del mismo ardor no pudo menos de prorumpir en un acto de deseo del agua cristalina de la cisterna de Belen: *¡O, si quis mihi daret potum aquæ de cisterna, quæ est in Bethlehem juxta pertam. (2)* Al oir esto tres generosos capitanes entraron en los alojamientos de los Filisteos; y haciéndose paso entre las escuadras de los enemigos con la espada desnuda llegaron al borde de la cisterna, sacaron agua y la llevaron al Rey. A la vista de la frescura y limpieza de aquel licor, se debió de irritar mucho mas la sed en las entrañas del Santo Rey; pero con todo eso hizo un sacrificio á Dios, no queriendo probar ni un sorbo: *at ille noluit bibere, sed libavit eam Domino.* Acostumbre el director á sus penitentes á abstenerse con semejantes actos de mortificacion de las satisfacciones y gustos de cosas licitas. Queriendo uno por ejemplo, mirar algun objeto curioso, *libet eum Domino*: haga un sacrificio á Dios de aquella curiosidad y no lo mire. Teniendo alguno ganas ó prurito de proferir un dicho agudo ó una palabra graciosa, *libet eum Domino*: ofrezcásela á Dios y no la diga. Queriendo tomar algun

(1) S. Ambros. in obra Valentín. (2) 2. Reg. 23. 15.

divertimiento ó paseo agradable y conforme á su genio, *libet eum Domino*: ofrezca á Dios aquel gusto y privese de él. Lo mismo digo de otras mil cosas que se ofrecen cada dia. Si lograre inducir á su discípulo á este ejercicio de mortificacion, le verá levantar sublimes vuelos hácia la cumbre de la perfeccion; porque á proporcion de lo que se disminuye con la mortificacion el amor propio, crece el amor de Dios: *diminutio cupiditatis, augmentum charitatis: perfectio, nulla cupiditas.*

ARTICULO VII.

IMPEDIMENTOS QUE TRAE Á LA PERFECCION CRISTIANA EL AMOR DE LA HACIENDA Y DE LAS RIQUEZAS.

CAPITULO PRIMERO.

SE DAN LAS RAZONES, POR QUE EL AMOR DE la hacienda y riquezas se opone á la perfeccion cristiana.

257  El castillo sublime de la perfeccion cristiana está puesto en lo íntimo de nuestra alma. Para subir á aquella altura en que nos acercamos á Dios, donde llegamos á unirnos estrechamente con él, se nos atraviesan muchos impedimentos. Unos están al rededor de nuestra alma; porque nacen de los sentidos exteriores é interiores, y pueden llamarse impedimentos internos. Otros están fuera de nuestras almas; porque provienen de las riquezas, de los honores y de otros objetos agradables, y pueden llamarse impedimentos externos. Nosotros al contrario de los capitanes generales, que queriendo hacerse dueños de un alto castillo, vencen primero los estorbos de las fortificaciones exteriores, y despues pasan á vencer los obstáculos mayores que encuentran en las fortificaciones interiores; al contrario de estos, digo, hemos procurado vencer primero los impedimentos interiores de los sentidos que nos retardan la subida á la altura de la perfeccion: y ahora pasaremos á allanar y echar por tierra los impedimentos exteriores que se oponen á

esta nuestra subida y adelantamientos; y espero, que procediendo con este orden, llegaremos tambien á conseguir felizmente nuestro intento. En el presente artículo hablaremos del impedimento que proviene á la perfeccion del amor de las riquezas y haberes; y despues en los siguientes artículos hablaremos del impedimento que redundá del amor de las honras, y de otros objetos gustosos y agradables.

258 S. Agustin decide en pocas palabras este punto: *venenum charitatis est spes adipiscendorum, aut retinendorum temporalium.* (1) Dice, que el deseo de adquirir ó de conservar los bienes de fortuna, es el veneno de la caridad, y consiguientemente es la ruina de la perfeccion; porque en cayendo la caridad muerta con este veneno mortal, no puede mantenerse en pié el edificio espiritual de la perfeccion. Esto solo podria bastar para entender cuanto se opone á la perfeccion cristiana el amor desordenado de la hacienda. Mas para que el lector quede bien persuadido, quiero que vea las razones por las cuales el apego á las riquezas hace tan fiera guerra á la caridad y al coro de todas las otras virtudes, que á manera de fieles criadas siguen la caridad, y la acompañan como á reina.

259 Tres razones trae S. Bernardo: la primera, porque el amor de la hacienda y de las riquezas lleva consigo grandes fatigas y mucha solicitud en juntarlas. La segunda, porque engendra un grande temor de perderlas. La tercera, porque causa un grande dolor cuando se pierden. Pasiones todas turbulentas, inquietas y penosas que no pueden juntarse con el ejercicio de las virtudes, y con el estudio de la perfeccion: *divitiarum amor insatiabilis, longe amplius desiderio torquet animam, quam refrigeret usus; utpote quarum acquisitio quidem laboris, possessio vero timoris, amissio plena doloris invenitur.* (2) Y á esto quiso aludir el Redentor, cuando dijo: que las riquezas son espinas que ahogan todo buen sentimiento que se levante en nuestros corazones: *& exortæ spinæ suffocaverunt eum. Spinæ*

(1) S. Aug. lib. 83. Quæst. q. 36. (2) S. Bern. serm. de Conyers, ad cleric. c. 12.

sunt (explica S. Gregorio), (1) *quæ cogitationum suarum punitionibus mentem lacerant, & quasi inflicto vulnere cruentant.* Si, si, dice el Santo, espinas son las riquezas, que con sus congojosos pensamientos punzan nuestros corazones, y los llagan con heridas mortales. Y en otra parte explicando el mismo Santo Doctor estas mismas palabras de Cristo, distingue aquellas tres especies de punzadas con que las riquezas, segun S. Bernardo, lastiman nuestros corazones, y los alejan de Dios y de las virtudes: *divitiæ veluti spinæ animum hominis timoribus, sollicitudinibus, angoribus pungunt, vexant, cruentant.* (2) Las riquezas, dice, á manera de agudas espinas, atormentan y ensangrientan nuestros ánimos con la solicitud que se siente en adquirir las, con los temores que se experimentan de perderlas, y con las penas y angustias muy acerbadas que se padecen en perdiéndolas.

260 Valga la verdad: ¿qué solicitudes no experimentan los hombres mundanos, y á que trabajos no se exponen para juntar dinero y hacienda? ¿Cuántas fatigas padecen en las tiendas, en las oficinas, en las navegaciones y en los viages? ¿Cuánto consumen de los espíritus vitales, si son letrados, y cuanto deterioran su salud? ¿Cuántos pensamientos inquietos, de si lograrán las ganancias, si fallarán los géneros, y si otros se opondrán á sus designios? Cuantas noches sin sueño, cuantos dias sin paz, cuantas comidas sin sabor se han de pasar antes de llegar á adquirir lo que pretenden? Mas si despues de todo esto consiguen estos codiciosos las ganancias que desean, llenan la bolsa de oro, dilatan sus heredades, amplifican sus casas y acrecientan sus rentas; ¿estarán á lo menos entonces contentos? ¿Estarán satisfechos? ¿Vivirán alegres con sus riquezas? No: antes entonces á las fatigas y solicitudes sucede y se sigue la segunda punzada observada oportunamente de los referidos Santos: quiero decir, que entonces comienza á levantarse el temor de perder los bienes ya adquiridos á costa de tantos trabajos. Si el cielo se arma de una furiosa tempestad de truenos y relámpagos, se teme que una impetuosa manga de piedra y

(1) S. Greg. hom. 15. in Evang. (2) S. Greg. Moral. lib. 2. c. 27.

granizo vaya á descargar sobre sus posesiones, y las arruine. Si el cielo está muy seco ó muy lluvioso; si el aire es muy caliente, ó muy frio, muy seco, ó muy húmedo, se teme una escasa cosecha. Se teme que un émulo envidioso quiera precipitar á uno de un puesto ganancioso; que un juez averso quiera con una sentencia injusta despojarle de sus pingües heredas. Se teme de los ladrones; se teme de los esclavos; se teme de los criados; se teme de los domésticos; y se teme hasta de los mismos hijos que no disipen en un punto lo que se ha adquirido por el largo espacio de muchos años, y con el trabajo de grandes fatigas. Y si queremos hablar con el language de S. Basilio, diré ademas, que si ladra un perro, se teme que no sea señal de algun ladrón salteador; si se mueve un ratón, se teme que sea el estrépito de quien lleva hurtado el dinero y la hacienda: *canis latrat, avarus putat furem esse. Mus forte perstrepat, in avari cor salit, quemlibet vel puerum suspectum habens. Filios jam grandes ut insidiatores aspicit.* (1) Hasta el Satírico llegó á burlarse de estos afanosos temores que agitan el corazón de quien vive pegado al dinero: porque dice él, que viajando uno de estos con la bolsa llena, no solo teme el encuentro de las espadas, sino que hasta de la sombra de una caña que se mueva, tiembla de pies á cabeza: *pauca licet portes argenti vascula puri, nocte iter ingressus, gladium contumque timebis; & motæ ad lunam trepidabis arundinis umbram.* (2)

261 Pero la punzada mas atróz es la del dolor que se vé forzado á padecer el codicioso de las riquezas, cuando le sea forzoso el perderlas. Si se hunde en el mar una nave cargada de mercaderías; ¡oh qué dolor! Si se pierde un pleito en el tribunal, ¡oh qué amargura! Si sucede un hurto, si una pérdida en un incendio, ¡oh qué martirio! Si se descubre una infidelidad de los criados, una deuda de los domésticos, una traicion de los amigos, ¡oh qué penas! ¡oh qué afanes! ¡oh que angustias! ¿Pues cómo es posible, digo yo, que un corazón agitado de

(1) S. Basil. hom. ar. in ariq. serm. loc. (2) Juvenal. Satir. 10.

pensamientos tan ansiosos, de pasiones tan turbulentas, y de cuidados tan mordaces pueda tratar con Dios? Pueda tener algun amor á las virtudes y algun empeño de ejercitarlas, cuando para hacer esto, es tan necesaria la paz, la tranquilidad del corazon y la serenidad de la mente?

262. Quiero aqui referir un hecho gracioso, pero muy oportuno para poner en claro esta verdad evangélica. Cuenta el P. Juan Edeo, (1) que una persona muy rica tenia su palacio pegado á la casilla de un pobre jornalero, y la cámara en que dormia tan vecina á la choza de aquel pobre trabajador, que podia oir todas sus conversaciones y notar todos sus movimientos. Y por eso observaba que en medio de su pobreza estaba siempre alegre, siempre gozoso, y jamas daba muestra alguna de tristeza. Volvia á la noche cansado de su trabajo; encendia su pobre fuegucillo, y aqui ya cantaba todo festivo, ya reia alegre con su consorte, ya chanceaba de contento con sus tiernos hijitos. Despues se echaba á dormir sobre su dura cama; ni daba jamas señal de pena ni sentimiento, hasta que al rayar el dia le despertaba su muger, para ir á su acostumbrado trabajo. Al contrario, haciendo el rico reflexion sobre si mismo, se maravillaba de que él jamas gozase de una semejante alegría; porque siempre se le pasaban los dias tristes, las noches inquietas, y los sueños desasosegados. Mientras andaba en estos pensamientos, le entró la sospecha de que su mismo dinero y la mucha hacienda que poseia fuesen los perturbadores de su quietud, y que á aquel pobre su misma pobreza fuese la causa de tanta felicidad y contento. ¿Qué hizo, pues, para certificarse de la verdad? Tomó una bolsa de dinero, y abriendo de noche la puerta mal segura de la casa del pobre, la colgó por dentro en el cerrojo. Despues el dia siguiente se puso á observar atentamente todos sus pasos, y modo de portarse. Por la mañana se levanta el pobre hombre de la cama, halla la bolsa de dinero, y á la vista de aquella plata y oro; se alegra y consuela consigo mismo. Pero presto entra en mil pensamien-

(1) Sobre la facult. virtut. & vitior.

tos solícitos de lo que debía hacer de aquel dinero, de como lo habia de esconder, y de que manera lo podria emplear. Aquel dia no fué al trabajo; sino que se estuvo en casa pensativo y callado. Despues entró en sospecha, de que sabiendo la muger y los hijos el nuevo hallazgo, no sabrian guardar el secreto, y que quizá lo publicarian con peligro de perderlo. Despues comenzó á temer de que los vecinos, y aun quizá los domésticos, le pudiesen quitar lo que por su gran fortuna, y sin esperarlo habia logrado. Y porque no hallaba modo de ocultar con seguridad en su pobrísima casa aquel pequeño tesoro, tomó este partido: escondiólo dentro del jergon de su cama; y fingiéndose enfermo, se echó sobre él, para guardarlo él mismo. Ya no cantaba como antes, ya no reia, ni chanceaba y divertia mas con sus hijos. Por la noche se revolvia inquieto en su cama; echaba algunos suspiros, que la muger pensaba que eran efectos de la enfermedad, cuando eran causados de la codicia que ya le habia entrado en el corazon para afanarlo. Entonces el hombre rico certificado con evidencia de que la única causa de sus inquietudes y de sus penas, eran sus dineros, se fué á la casa del pobre: preguntó á la muger donde estaba su marido, á quien habia dias que ya no le oia hablar, ni reir, ni cantar como antes acostumbraba hacer. Respondió ella, que estaba en la cama oprimido de un dolor de costado. No, replicó el caballero, no es este su mal. Yo sé cuál es; y no dudeis, que presto le sanaré. Fuese á la cama del fingido enfermo, y le dijo: hijo, la bolsa que tú hallaste colgada á la puerta es mia; vuelvemela luego, porque sino te voy á acusar al tribunal, y te haré ahorcar como á un infame. Atemorizado el pobre con tales amenazas, restituyó al punto el dinero, tornó al trabajo; recobró la paz, encontró su sueño, y volvió á hallar su acostumbrada alegría. Aquí no hay necesidad de mucha explicacion; porque el caso por sí mismo muestra, que el apego al dinero y á la hacienda, es aquel espinal de que habla Cristo, el cual con repetidas punzadas de solicitudes, de temores y de afanes lastima el corazon humano; y por consiguiente lo indispone extrañamen-

te para cualquiera práctica de virtud y ejercicio de perfeccion, para la cuál se requiere indispensablemente la paz y tranquilidad del ánimo.

263 Es esto tanta verdad, que muchos entre los gentiles, aunque privados de toda luz de fé, no juzgaron poder conseguir las virtudes morales, de las cuales estaban muy deseosos, sin despreciar primero las riquezas. S. Gerónimo trae á este propósito el ilustre ejemplo de Crátes Tebano, que yendo á Atenas para aprender la filosofia moral, echó en el mar todo el oro y plata que poseía, diciendo al mismo tiempo que hacia un tan generoso desapropio estas palabras: id en hora mala codicias malas; yo os hundiré en un mar de agua, para que vosotras no me ahogueis en un mar de ansiosos cuidados: *Crates ille Thebanus, projecto in mare non parvo auri pondere: abite, inquit, pessum mala cupiditates: ergo vos mergam, ne mergar à vobis.* (1) Y escribiendo el Santo á Paulino, dice claramente, que él hizo esto, porque no juzgó posible el poseer juntamente las virtudes y las riquezas: *non putavìt, se simul posse virtutes & divitias possidere.*

264 S. Agustin trae ejemplos de personas ilustres, todas idólatras de religion, que tuvieron las riquezas en sumo desprecio, y en grande estimacion la pobreza, como madre y guarda de las virtudes morales á que aspiraban. Nos propone para admirar á un Lucio Valesio, que se mantuvo tan pobre entre sus grandezas, que habiendo muerto en la suprema dignidad del Consulado, no se le halló dinero que bastase para la pompa del funeral; por lo cuál fué menester que el pueblo lo celebrase á sus expensas. Y á un Cincinnato, dictador de Roma y cabeza de la República romana, que no poseía otra cosa que un pobre campo que cultivaba con sus propias manos, guiando el arado; y despues de haber triunfado con suma gloria de los enemigos de la patria, se volvía á su campo y á su arado para ganar el pan con el sudor de su rostro. Y á un Fabricio que rehusó los magnificos donativos del Rey Pirro, y

(1) S. Hier. cont. Jovin. lib. 2.

hasta la cuarta parte de su reino, por no perder los ricos tesoros de su pobreza. De aquí saca el Santo que un cristiano no debe juzgar haber hecho gran cosa, privándose de los bienes terrenos, y viviendo en voluntaria pobreza, por la consecucion de la patria bienaventurada, y de una eterna felicidad: pues aquellos sin estas sublimes esperanzas se despojaban de los bienes de fortuna, solo por el deseo de aquellas virtudes, que naturalmente adornan el ánimo del hombre: *quomodo audebit se extollere de voluntaria paupertate christianus, ut in hujus vitæ peregrinatione expeditior ambulet viam, quæ perducit ad patriam, ubi veræ divitiæ Deus est: cum audiat, vel legat, L. Valsium, &c.* (1) Si el amor al dinero, á la hacienda, y riquezas es de tan grande impedimento, aun al parecer de los mismos gentiles, para adquirir las virtudes naturales y humanas, (ya que otra cosa no podian aquellos pretender con sus industrias) que por si mismas son de bajos quilates y de infima esfera: ¿de cuán grande impedimento será semejante apego para conseguir las virtudes sobrenaturales y celestiales, que son de mucha mas alta esfera, porque nos hacen semejantes á Dios, nos unen con él en esta vida, y nos llevan á su posesion en la otra? ¿Cómo será posible con el corazon ligado con semejantes lazos subir á algun grado de la cristiana perfeccion?

265 No es maravilla, diré con Casiano, (2) que Giezi en lugar del espíritu de profecia que debia descender á él, como por hereditaria sucesion de su gran maestro Eliséo, recibiese el castigo de una asquerosísima lepra, de que fué cubierto de piés á cabeza, teniendo manchado el corazon con el amor del dinero y de la hacienda. No es de extrañar, que el desventurado Judas, convertido por la predicacion del divino Maestro, criado en su escuela, instruido y alumbrado con celestial doctrina, se precipitase del alto puesto de santidad á que estaba destinado al abismo profundo de la perdicion; estando el miserable poseido del amor al dinero. Y que Ananias y Safira heridos de mano invisible, cayesen muertos á los piés del príncipe de los

(1) S. Aug. de Civit. Del 1. 5. c. 18.

(2) Cassian. Instit. lib. 7. c. 14.

Apóstoles; pues retenian en el corazon el amor del dinero, al mismo tiempo que se desposeian de él: *Giezi ea, quæ nec antea quidem possederat volens acquirere, non modo gratiam prophetiæ non meruit possidere, quam per successionem veluti hereditariam à suo habuit magistro suscipere: verum etiam è contrario æterna lepra sancti Elisæi maledictione perfunditur. Judas autem volens resumere pecunias, quas antea Christum secutus abjecerat, non solum ad proditorem Domini lapsus, Apostolatus perdidit gradum, sed etiam vitam ipsam communi exitu finire non meruit, eamque violenta morte conclusit. Anania vero, & Saphira reservantes partem quamdam ex his, quæ possederant, apostolico ore inerte mulctantur.* Concluyamos con el Eclesiástico, que el amor al oro y la perfeccion son cosas contrarias, que no pueden juntarse en un mismo sugeto: *qui aurum diligit, non justificabitur.* (1)

CAPITULO II.

SE DEMUESTRA QUE SI EL AMOR Á LA HACIENDA y riquezas es exorbitante, no solo se oponè á la perfeccion, sino tambien á la salud eterna.

266 **Q**ui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, & in laqueum diaboli. (2) Quien ama desordenadamente las riquezas, dice el Apóstol S. Pablo, cae en los lazos y en las redes del diablo: y los lazos en que cae, (prosigue el Santo Apóstol) son tan funestos, que le arrastran á la muerte y perdicion eterna: *et in multa desideria inutilia, & nociva, quæ mergunt homines in interitum, & perditionem.* Está echada una venenosa y desapiadada serpiente entre las espinas: si vos temiendo las punzadas de las espinas os manteneis lejos, ella no os hará daño; pero si vos amando las espinas, como si fuesen rosas, os andais al pededor y haceis la prueba de cogerlas; entonces la serpiente se arroja sobre vos, os muerde y envenena.

(1) Eccl. 31. 5. (2) 1. Timoth. 6. 9.

Así puntualmente, dice S. Juan Crisóstomo, la serpiente infernal está escondida entre las espinas de las riquezas, y aquí enfurecida trama las asechanzas: *diabolus veluti serpens spinis occultatur, inter divitiarum imposturam assidue latitans*. Si vos ansioso de la hacienda y del dinero, andais tras de él con desordenados deseos de adquirirlo; la serpiente del infierno os embisté con sus tentaciones, os muerde de mil modos, y de mil maneras os envenena con la culpa mortal; porque en la realidad, como afirma el Apóstol, na hay mal tan grande de que no sea causa la codicia del oro: *radix omnium malorum est cupiditas*. (1)

267 Y á la verdad, ¿qué pecado podrá hallarse jamas en este nuestro miserable mundo, y qué vicio se podrá encontrar que no traiga su origen de esta fuente envenenada? ¿Por ventura no es la codicia de las riquezas la causa de la infidelidad con Dios? Así lo dice el mismo Apóstol, quien despues de haber expresado que la raiz de todos los males es la codicia, añade al punto, que algunos idolatrando en el oro, volvieron las espaldas á la fé, y á Dios: *quam quidam appetentes, erraverunt à fide*. San Ambrosio dá la razon, diciendo, que la ansia del dinero levanta tanta obscuridad en la mente del interesado, que la ofusca y aun la ciega, ni le queda luz para conocer á Dios, y las verdades de su santa fé: *radix omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes, erraverunt à fide. Vides ergo quia qui pecuniam habet, fidem perdit: qui aurum redigit, gratiam prodigit. Avaritia autem cæcitas est; errorem religionis inducit. Cæca, inquam, est avaritia, sed diversis fraudum occulta ingeniis: non videt, quæ divinitatis sunt; sed cogitat, quæ cupiditatis sunt*. (2) Y S. Agustin concuerda con S. Ambrosio, reconociendo tambien en el avariento una cierta especie de idolatría; porque los perversos, dice el Santo, se sirven del dinero como fin, y de Dios como medio; pues no emplean el dinero en orden á Dios, sino que honran á Dios con la mira al dinero; y consiguientemente ponen en el dinero

1. 1. Thim. c. 6. 10.

(2) S. Ambr. serm. 39. de avar.

su último fin: *non sicut perversi, qui frui volunt nummo, uti autem Deo: quoniam non nummum propter Deum impendunt, sed Deum propter nummum colunt.* (1)

268 ¿Acaso la codicia del dinero no es la causa de las injusticias y agravios que se hacen en daño de los prójimos? ¿Pues de dónde salen tantos contratos ilícitos y usurarios, tantos pleitos in cuamente movidos ó sostenidos, tantos hurtos, tantas rapiñas, tantas ventas irracionales, tantas opresiones de los operarios y de los pobres? ¿Cuál, digo, es la fuente de donde nace el veneno de tantas injusticias, sino el ansia del oro que reina en los corazones de los mortales? Dirás, este apego inmoderado al dinero no tendrá á lo menos culpa alguna en el vicio abominable de la deshonestidad? Mas cuántas doncellas, ¡ó buen Dios! pisan la flor de la virginidad, cuántas casadas manchan el tálamo conyugal, cuántas viudas contaminan su mismo cuerpo por una vil ganancia? ¿Cuántos se valen del dinero para comprar la honestidad agena, hechos incontinentes con sus mismas riquezas? A lo menos este amor desordenado á la hacienda, no tendría parte en los perjurios, en los ódios y en los homicidios. ¿Mas cuántos, ó para vencer injustamente un pleito, ó para vender á precio mas caro sus mercaderías, se tragan con boca atrevida la pildora, aunque amarguísima, del juramento falso? ¿Qué ódios, y qué enemistades no se encienden en los corazones humanos, á quienes suministra las primeras llamas la pasión del interés? ¿Cuántos asesinos hechos crueles por una vil ganancia, y mas desapiados que los mismos tigres, manchan sus manos homicidas en la sangre de los hombres? A lo menos este vicio soez no tendrá lugar alguno entre los sacrilegos. ¿Mas cuántos, ¡ó eterno Dios! suben á la dignidad sacerdotal, llamados no ya de Dios con las inspiraciones, sino del interés, y con el cebo de relevantes ganancias: por lo cuál despues juntan los sacrificios y sacramentos con los sacrilegios, y llegan á ser en los ojos

(1) S. Aug. de Civ. Dei. lib. 11. c. 25.

de Dios tanto más, execrables, cuanto administran cosas más sagradas?

269 Observe el piadoso lector lo que sucedió al S. Lannomaro, y juzgue rectamente si yo digo en esto la verdad. Un hombre noble llamado Esmado, hallándose oprimido de una grave enfermedad, envió al Santo un presente de cuarenta escudos, rogándole que intercediese por él con Dios nuestro Señor, para que le concediese la salud. El Santo no quiso recibir el dón, y repetidas veces lo rechazó; mas vencido al fin de los muchos ruegos y apretadas instancias del enviado, lo tomó. Entró en su oratorio, y puso el dicho dón sobre el altar; suplicando á Dios se dignase de aceptarlo por la salud de aquel enfermo. Despues tomó en la mano aquella bolsa, y sacando una á una todas aquellas monedas, comenzó á examinarlas con mucha atencion, ó por mejor decir, con ojos proféticos, y con mente ilustrada de luz celestial. Despues de haberlas recorrido todas, escogió una, y llamando al mensajero, le dijo: esta sola moneda acepto yo, y esta sola agradezco, porque esta sola hallo que sea limpia y pura de toda culpa, todas las otras están manchadas de iniquidades y rapiñas. Vuélvelas á tu Señor, y dile, que estas monedas no tienen fuerza para aplacar el enojo de Dios, porque las víctimas de los impios son abominables en su divina presencia: *nam victimæ impiorum abominabiles sunt Domino*. (4) En cuarenta escudos uno solo se encontro limpio, mas solo justo, y uno solo inocente; todos los demás sucios y manchados de pecados. Si este Santo pudiese entrar al día del hoy en las casas de algunos ricos avarientos, y pudiese fijar su purísima vista en aquellas bolsas colmadas de oro y plata, que con tanto celo y cuidado se tienen guardadas en las cajas y en los estuarios, ¿cuántas suciedades, y cuantas abominaciones descubriría en tanta multitud de monedas? ¡Oh como les haría confundir de sus delitos! y convencidos con la evidencia de la verdad, les obligaría á confesar con S. Pablo,

(4) Vinc. Belvac. lib. 21. c. 84.

que *radix omnium malorum est cupiditas*, que de todos los males es la causa el excesivo deseo de las riquezas!

270 Pues si de tantos males es raíz fecunda la codicia del oro, no son sin fundamento las amenazas muy formidables de eterna condenacion, que tan frecuentemente se hallan expresadas en las sagradas letras contra los ricos avarientos, por la grande dificultad y moral imposibilidad en que se hallan de poner en salvo sus propias almas: *Ubi sunt*, exclama el profeta Baruc, *qui argentum thesaurizant & aurum, in quo confidunt homines? Exterminati sunt, & ad inferos descenderunt.* (1) ¿Dónde están, dice el Profeta, aquellos que andaban perdidos tras del oro y de la plata, y en eso tenían puestas todas sus esperanzas? Han sido los infelices exterminados y precipitados en el infierno. Y el mismo Cristo de su propia boca: *vae vobis divitibus, qui habetis hic consolationem vestram.* (2) ¡Ay de vosotros ricos avarientos, que teneis vuestros consuelos, y fabricais vuestro paraíso sobre la tierra! Obsérvese que aquella palabra *vae vobis*, ¡ay de vosotros! en la boca de Cristo significa condenacion, como explican los sagrados intérpretes, como en otra parte lo explica el mismo Redentor, diciendo ser muy difícil, que poseyendo alguno con afecto desordenado las riquezas, pueda entrar en el cielo: *Quam difficile, qui pecunias habent, intrabunt in regnum caelorum!* (3) Y por San Mateo: *Facilius est camelum per foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum caelorum.* (4) Es mas fácil que una gruesa maroma entre por el pequeño agujero de una aguja, que un rico ansioso de dinero entre en el reino de los cielos. Comentando S. Gregorio estas palabras concluye; diciendo, que es caso muy raro el que un rico avariento llegue al eterno descanso del paraíso; porque siéndole de su parte moralmente imposible la consecucion de la salud eterna, según los dichos del Redentor, se requiere un milagro de la divina gracia para salvarle: *rarum valde est, ut qui aurum possidens, ad requiem tendans, dum per semetipsam veritas dicat: difficile, qui pecunias*

(1) Baruc. 3. 18. 19. (2) Luc. 6. 24. (3) Luc. 18. 24. (4) Matth. 19. 24.
Tom. II. 99

*habent, intrabunt in regnum Cælorum. Nam qui hic multiplican-
dis divitiis inhiant, que ulterius vite gaudia sperant? Quod tamen,
ut Redemptor noster valde rarum, & ex solo divino miraculo eve-
nire posse monstraret: apud homines, inquit, hoc impossibile est;
apud Deum autem omnia passibilia sunt.* (1).

271 Refiérese en las crónicas de S. Francisco, (2) que asis-
tiendo Fr. Leon á S. Francisco, que estaba enfermo, habiendo
cumplido un dia su caritativo empleo, se retiró á un rincón de
la celda á hacer oracion. Mientras oraba, fué arrebatado de los
sentidos, y llevado en espíritu á la orilla de un rio largo y ra-
pidísimo. Aquí vió á algunos frailes cargados de fardos, los cuales
entraban en el rio para pasar á la otra parte. ¿ Pero qué? Algunos se veian tragados de los remolinos y hundidos en el
profundo; otros habiendo llegado á la tercera parte del rio, eran
llevados de las impetuosas olas á perecer en medio de las aguas.
Unos finalmente quedaban anegados en la cuarta parte, otros
en la quinta, y otros junto á la orilla del rio. El siervo de Dios
á vista de tantas y tan funestas muertes, se consumía de com-
pasion con aquellos miserables, sin poderles dar algun socorro:
cuando de improviso vió aparecer á otros frailes sin fardos, sin
carga y libres de todo peso; y los vió entrar ligeros, y con
denuedo en el rio, vadearlo libremente, y llegar con felicidad
á la otra ribera. Entre tanto San Francisco que habia cono-
cido en espíritu la vision de Fr. Leon, le llamó, y le mandó
que le contase fielmente lo que Dios le habia mostrado en su
oracion. Obedeciendo Fr. Leon, le refirió sinceramente todo lo
que habia visto. Ahora, pues, sabed, le dijo el Santo, que lo
que habeis visto, no es sueño, no es una vana imaginacion, ó
ilusion del demonio, sino una pura verdad. El gran rio que
visteis, es el mundo, cuyo pasage está lleno de peligros. Aquel-
los, que cargados de sus fardillos perecian miserablemente en
las aguas, significan á los religiosos que no viven desapropia-
dos de los bienes terrenos; sino que los desean, los buscan y
procuran con mucho estudio. Aquellos otros, que despojados

1) S. Greg. Moral. lib. 4. c. 8.

(2) Chron. PP. Min. lib. 2. c. 11.

de todo, pasaban con facilidad á la otra parte, significan aquellos religiosos que viven despojados de todos los bienes temporales en perfecta pobreza; y estos son aquellos que llegan seguramente á la playa de la eterna bienaventuranza. Ahora yo, aplicando á todos esta misteriosa vision, digo asi: si unas pequeñas y miserables cosillas (á las cuales se reducía al fin toda la riqueza de aquellos infelices religiosos) fueron de tanto impedimento á la salud de sus almas, que los llevaron á perecer eternamente: ¿qué será de aquellos seculares que con tanta ansia van tras la hacienda y el dinero, que no piensan en otra cosa que en ganar y acumular, en engrandecer su casa, aumentar las rentas, y ampliar las posesiones con la añadidura de aquellos cargos de conciencia que van siempre conjuntos con esta insaciable hambre de tener? ¿qué será, digo, de ellos? ¿Se salvarán estos al fin? Puede ser que si, pero yo no lo creo: porque Cristo habla claro: *difficile, qui pecunias habent, intrabunt in regnum Cælorum.*

CAPITULO III.

SE DA EL REMEDIO CONTRA LOS IMPEDIMIENTOS que la hacienda, dinero y riquezas ponen á la perfeccion cristiana.

272 **E**l remedio para no caer en aquellos lazos que el demonio tiene escondidos dentro de las espinas de las riquezas para arrastrarnos con ellas al infierno, y si esto no logra, para apartarnos á lo menos de la perfeccion de la vida cristiana, es un total desapego de afecto á la hacienda y al dinero: ó estos se tengan ó no se tengan; ó se retenga la posesion ó no se retenga. Esta es la verdadera pobreza de espíritu, tan encomendada de Cristo, y tan recomendada de los Santos, que quita todos los perjuicios que de los bienes temporales pueden redundar en nuestro espíritu: ó por mejor decir, esta es la perfeccion esencial de la pobreza cristiana, con la cuál pueden los seculares, si

quieren, en medio de sus riquezas igualar la perfeccion de los religiosos; y sin la cual nada sirve á los religiosos el haberse empobrecido exteriormente con la espontánea renuncia de sus riquezas.

273 S. Ignacio de Loyola explicaba esta pobreza de espíritu y desasimiento interior con una bella y muy expresiva semejanza. (1) Debe el pobre de espíritu, decia el Santo, portarse entre los bienes terrenos, que posee ó que se le conceden para el uso, á manera de una estatua, que de ninguna cosa se alegra, ni entristece; y se deja de su dueño vestir y despojar de los mismos vestidos, como mas le agrada. Ahora le pongais encima á una estatua un vestido de andrajos, ahora un vestido de seda bordado de oro, y sembrado de perlas; ella está indiferente para recibir ó deponer uno y otro vestido. Ahora le pongais en las manos una bolsa llena de oro, ahora llena de barro; ella está dispuesta á tener cualquiera de las dos. Así el que entre los dineros y hacienda de que ó es dueño despótico, como son los seculares, ó tiene el mero uso, como son los religiosos, se porta con el mismo desapego é indiferencia, y sin algun afecto, sin estima alguna de las tales cosas, y pronto á privarse, ó poseerlas, á dejarlas, ó á usar de ellas como Dios quisiere y sobre ellas dispusiere con su rectísima providencia; éste delante de Dios es el verdadero pobre de espíritu; y si siendo secular, poseyere muchas riquezas, no le serán de impedimento alguno para subir á la mas alta cumbre de la perfeccion cristiana.

274 Todo esto confronta maravillosamente con la doctrina de los Santos Padres. S. Gregorio, hablando de S. Pedro y de S. Andres: ¿Qué es lo que dejaron, dice, estos dos grandes Apóstoles, consagrándose á seguir al Redentor, cuando casi nada tenian que poder dejar en obsequio de su divino Maestro? Despues se responde á sí mismo, diciendo, que en semejantes cosas no hemos de mirar tanto á las rentas, á las posesiones y á los haberes; cuanto al afecto interior del corazon. Y por eso no habiéndose reservado los dichos Apóstoles nada de aquellas co-

(1) P. Ribad. & P. Mal. in ejus vita.

sillas que poseían en sus pobres casas; y habiéndose despojado tambien de los deseos de tener con un cumplido desapego de los bienes temporales, conviene decir que dejaron mucho; y que justisimamente pudieron decir aquellas palabras: *ecce nos reliquimus omnia*. Véis aqui, Señor, que hemos dejado todas las cosas, y nos hemos hecho pobres por vuestro amor. Pero nosotros no lo hacemos así, añade el Santo; porque no siendo pobres de espíritu amamos aquello poco que poseemos, y deseamos lo que no tenemos: *ad vocem dominicam uterque iste piscator quid, aut quantum dimisit, qui plane nihil habuit? Sed in hac re affectum potius debemus pensare, quam censum. Multum reliquit, qui nihil retinuit: multum reliquit, qui quantumlibet parum, totam deseruit. Certe nos habita com amore possidemus: & ea, quæ minime habemus, ex desiderio quærimus. Multum ergo Petrus & Andreas dimisit, quando uterque etiam desideria habendi dereliquit.* (1) S. Agustín procediendo con el mismo tenor de razones afirma tambien, que S. Pedro dejó mucho, porque dejó todo lo que tenia y todo lo que deseaba tener. ¿Y qué pobre hay, dice el Santo, que no tenga el corazón lleno de esperanzas de adquirir los bienes frágiles y caducos de este siglo, y que en medio de sus miserias no quiera hacer algun adelantamiento? Luego dejó mucho S. Pedro, cuando cortó de su corazón estos ansiosos deseos: *multum dimisit, fratres mei, multum dimisit. Quid? Non solum dimisit quidquid habebat, sed etiam quidquid habere cupiebat. Quis enim pauper non turgescit in spe hujus sæculi? Quis non quotidie cupit augere quod habet? Ista cupiditas præcisa est.* (2) S. Gerónimo escribiendo á Paulino, le dice, que lo ha dado á Dios todo; porque le ha dado á sí mismo: esto es, le ha dado todos los afectos de su corazón, despegándole de todos los bienes de fortuna. Y confirma esto el Santo con el ejemplo de los Apóstoles, que no se despojaron de otra cosa, que de un par de redes y de un barco roto; y sin embargo fué muy agradable á Jesucristo su desahuciamiento, y recompensado con la promesa de sumos bie-

(1) S. Greg. hom. 5. in Evang.

(2) S. Aug. in Psalt. 103. con. 2.

nes: y con el ejemplo de la viuda, que puso en el gazofilacio dos monedillas, de las cuales hizo mucha estima el Redentor como si hubiese depositado dentro todas las riquezas de Creso; porque Cristo no miraba tanto por defuera el poco valor de aquellos barcos renunciados, ni la poquedad de aquellos dos dineros ofrecidos, quanto el afecto interior de sus corazones: *totum dedit Deo, qui seipsum obtulit. Apostoli tantum navem & retia reliquerunt. Vidua duo aera misit in gazophilazium, & Cresi divitiis praefertur.* Tanta verdad es, que en el despojo interior del corazon está el jugo de la pobreza evangélica.

275 De esta sólida doctrina sale una consecuencia que puede servir de mucho consuelo á los seculares que atienden seriamente á la perfeccion; y debe ser de gran temor á los religiosos que atienden á ella menos de lo que les conviene: y es, que un secular puede ser mas pobre de espíritu en medio de sus riquezas, que un religioso con su voluntaria pobreza; si aquel nada ama de lo que posee, está pronto á privarse de ello siempre que lo pida Dios y la virtud, y á mas de esto nada desea de lo que no posee: al contrario, si el religioso desea alguna de las cosas que ya renunció por amor de Dios, ó está pegado á alguna de aquellas, aunque pequeñas, que tiene para su uso; porque como dice bien S. Gregorio, en tales cosas: *affectum potius debemus pensare, quam censum.* Dios mira mas al apego del corazon, que á la materia á que puede asirse.

276 Es bien notorio el caso que refiere Juan Diácono en la vida de S. Gregorio Papa; (1) mas porque muestra con evidencia la verdad de la presente doctrina, conviene aquí repetirlo. Un hermitaño hombre de gran virtud se habia despojado por Dios de todo lo que tenia en el mundo: y habiéndose retirado á la soledad, atendia á servir al Señor con un continuo ejercicio de oraciones, de ayunos y de otras asperezas corporales. Solo se habia reservado una gata, que habia llevado consigo, como por compañía en aquella soledad, á la cuál fre-

(1) Lib. 10. c. 14.

cuentemente acogia y acariciaba en el seno. Un día haciendo oracion, se puso á rogar fervorosamente al Señor, que le quisiese manifestar, cuál era el premio que tenia prevenido para quien habiendo abandonado el siglo y todas sus riquezas, se hubiese dedicado enteramente á su divino servicio. La noche siguiente, mientras dormia, le reveló Dios que ese tal podia esperar en el cielo un puesto igual á Gregorio Romano Pontífice. Recibió el hermitaño con gran amargura de corazon semejante respuesta; y llorando inconsolablemente andaba repitiendo todo el día consigo mismo estas amargas palabras: pobre de mí, que despues de haber renunciado á todos mis haberes, no he de recibir mayor paga de aquella que se dará á Gregorio, que posee inmensas riquezas! ¿Y de qué me sirve el haber dejado mi casa, padres, posesiones, rentas, pompas y comodidades, si no he de lograr mayor galardón que quien posee estos mismos bienes en mas abundancia? Despues de algunos dias de llanto y de quejas, tornó á hablarle el Señor, y le dijo: no son las riquezas las que hacen al hombre rico en mis ojos; sino la enagenacion de la codicia y del apego á las riquezas. Ahora, pues, has de saber, que mas pegado estás tú á tu gata que andas alhagando todos los dias en tu seno; que Gregorio á sus grandes riquezas, las cuales desprecia en su corazon, y las emplea en obras de caridad. A estas palabras abrió los ojos el buen hermitaño, y entendió en qué consistia la pobreza del espíritu, lo que antes no habia comprendido: y se dió á servir á Dios con mas desapego de todo, y con mas profunda humildad. Cobren ánimo los seculares, mayormente los casados, á quienes no es lícito privarse de sus bienes; porque con el desapego del corazon, y con el buen uso de sus riquezas pueden igualar, y aun sobrepujar á la pobreza de los religiosos mas austeros. Tiemblen los religiosos que despues de haberse despojado de los bienes temporales, pueden con un pequeño y vil apego ser menos ricos en los ojos del Señor, que si poseyesen aquellos mismos bienes sin semejante afición y apego. Y si alguno de ellos se hallare hecho esclavo de cosas pequeñas

á que está pegado con el afecto, avergüénese de sí mismo, que despues de haber hecho lo mas, se vá perdiendo en lo menos.

277. Mas aquí es menester observar diligentemente, que no es fácil el conocer si hay en nuestro corazon apego á los bienes, que ó poseemos como dueños, ó de que tenemos solo el uso como pobres. Por lo cual tampoco es fácil el decidir si hay en nosotros aquella pobreza de espíritu, que es una prenda de la celestial bienaventuranza: *Beati pauperes spiritu; quoniam ipsorum est regnum Cælorum.* Porque el amor á los bienes de fortuna, no es como el amor á las personas del mundo, que de ordinario es ferviente, encendido y vivo; por lo cual no solo no puede la persona esconderlo á sí misma, sino muchas veces ni aun á los otros, sin darles indicios de él. El amor á la hacienda y al dinero está escondido profundamente en el corazon del hombre, y sin hervor de afectos está allí encubierto, sin darse á conocer. En un solo caso se descubre y manifiesta; y es, cuando el hombre se ve privado violentamente de dichos bienes, ó teme esto, ó cuando se ha de despojar espontaneamente. Si en los tales casos sufre su privacion con paz y conformidad con el divino querer, es señal clara que estaba despegado de ellos con el afecto. Mas si siente grande pena y dolor, es indicio manifiesto que estaba asido y pegado; pues le es tan dolorosa y acerba su separacion. Para conocer si un trapo está pegado á la herida que encubre, no hay otro modo que quitarlo y separarlo de la misma herida. Si en el acto de la separacion no se siente dolor alguno, es señal que no habia union entre el trapo y la llaga; pero si se experimenta dolor, señal es que estaba pegado, y tanto mas, cuanto el dolor es más vivo. Pues así tambien en nuestro caso.

278 Explicaré esto con lo que sucedió á Toloméo rey de Chipre. Refiere Valerio Máximo, que este principe habia amontonado tan grande copia de oro y juntado en su erario tan vastos tesoros, que pudieron causar aprension y temor á la misma potencia de Roma. Por lo cual celosos los Romanos

de aquellas tan grandes riquezas, determinaron para su seguridad el hacerse dueños de aquella Isla, y hacerla subdita y tributaria de su República. Llegó el designio de los Romanos á los oídos de Tolomeo, que previendo su ruina en sus tesoros, los hizo transportar todos en unas naves artificiosamente agujereadas, para hundirlas en medio del mar, y quitar á los Romanos toda esperanza de tan rica presa. Parémonos aquí á hacer una breve reflexion. ¿Quién no hubiera creído desapegadísimo el corazón de este Rey de sus grandes riquezas, cuando se mostraba tan pronto á arrojarlas en medio de las aguas? A lo menos, ¿quién no hubiera creído que amaba mas su libertad y su vida, que sus tesoros; pues por no perder aquella, se habia resuelto á quedar privado de estos? Sin embargo, se hubiera engañado, porque cuando llegó al acto de privarse de las tales riquezas, dió á conocer el apego grande que mantenía en su corazón para con ellas; pues llegado con las dichas naves en alta mar, cuando ya estaba en el sitio en que su oro, su plata y sus piedras preciosas echadas en lo profundo de las aguas hubieran quedado eternamente sepultadas, fué sorprendido de tan gran dolor de haberse de quedar privado de aquellas riquezas, que no tuvo corazón para dar la orden decisiva de hundirlas, por lo cual se volvió con ellas á la playa: dando á conocer con esto, no solo que tenía apego, sino como dice el historiador, que estaba tambien poseído de sus riquezas, y aun era esclavo infeliz de ellas: *proculdubio hic non possedit divitias, sed à divitiis possessus est: titulo Rex insulæ, animo autem pecuniæ miserabile mancipium.* (1)

279 Asi es, al quitar el trapo de la herida se siente el dolor y se hace manifesto que estaba pegado. Mas si la persona espiritual quiere certificarse de si tiene en su corazón semejante apego á sus bienes, observe si cuando Dios le priva ó en todo, ó en parte de ellos con algun desastre que inesperadamente envia á su casa, ó en los lances en que las personas del mundo se atraviesan á sus ganancias, ó causan algun otro perjuicio á sus intereses; observe, digo, si en tales

(1) Valer. Max. lib. 9. de avar. c. 4.

casos, sin perder la quietud del ánimo, se conforma con la voluntad de Dios en la privacion y despojo de sus bienes. Si la cosa pasó de esta manera, esté segura de que ella no es esclava de su hacienda y de sus dineros, sino que está libre de todo apego, y posee la verdadera pobreza de espíritu; pero si en los dichos casos siente gran dolor, y experimenta grandes afanes y congojas, ni halla forma de poner en paz su corazón, esté cierta que está pegada á su hacienda y á sus haberes con la cadena de un afecto muy imperfecto y peligroso. No dude de esto, porque no podría el corazón humano sentir dolor en separarse de un bien, si no estuviese asido á él.

CAPITULO IV.

SE DICE CUALES SEAN LOS MEDIOS MAS PODEROSOS para quitar el referido apego á la hacienda, y adquirir la dicha pobreza de espíritu.

280 **D**ije que la privacion de la hacienda, del dinero y de cualquier otro bien de fortuna es la piedra de toque para conocer si el corazón del hombre está ó no pegado á ellos; y por consiguiente si goza ó no de la pobreza de espíritu. Ahora añadido, que esta privacion no solo es señal para conocer, sino tambien remedio y quizá el mas poderoso para apartar semejante apego, para romper la cadena que nos hace esclavos del oro y de la plata, y para adquirir la libertad de espíritu. Por lo cual todo hombre espiritual debe privarse, ó en todo, ó en parte de sus haberes, en el modo que prescriben las reglas de la perfeccion cristiana, como ahora declararé.

281 S. Bernabé Apóstol, como refiere Baronio, habiendo entendido de la boca de Cristo aquella proposicion: *vendite quæ possidetis, & date eleemosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in Cælis*: (1) vendió al punto cuanto tenia de precioso y lo distribuyó á los pobres,

VIT Baron. tom. 1. Ann. Eccles. 34. Luc. 12. 32.

reservándose un solo campo con que sustentar su vida. Pero despues de la muerte y ascencion de Cristo al cielo, ilustrado con la mayor luz, vendió tambien aquella única posesion que le habia quedado, poniendo el precio á los pies de los Apóstoles. Los cristianos de la primitiva Iglesia, que de veras deseaban la perfeccion cristiana, hechos cargo del consejo del Salvador, que para ser perfectos conviene vender los propios haberes, y repartirlos á los pobres con plena liberalidad: *si vis perfectus esse, vade, & vende quæ habes, & da pauperibus*: (1) tenían por costumbre el vender sus posesiones, y llevar á los Apóstoles el dinero que habian sacado; por lo cuál se lee, que ninguno: *quidquam suum esse dicebat; sed erant illis omnia communia*. (2) Quien hace esto á imitacion de aquellos santísimos cristianos, ciertamente se asegura de llegar á aquella pobreza de espíritu, á la cuál promete Jesucristo una bienaventuranza en la tierra, y otra mas cumplida en el cielo; porque con un despojo tan generoso de todos los bienes de fortuna, es preciso quede extinguido todo amor á la hacienda.

282 Y si despues diere la persona un paso mas adelante, y no contenta de privarse de todos sus bienes, pasare á obligarse delante de Dios con voto de no poseer jamas bien alguno de la tierra, acabará de romper todo apego, y de hacer pedazos aquellos lazos que el demonio tiende entre las riquezas á las almas incautas. Porque vendrá á desarraigar del corazon con semejante voto, no solo el amor actual á la hacienda, sino tambien la esperanza de poseerla en lo venidero. Esto es puntualmente lo que hacen todos los religiosos con el voto solemne de pobreza. Los primeros que nos dieron ejemplo fueron los Apóstoles, de quienes cree S. Agustin (3) que hicieron semejante voto, y lo saca de aquellas palabras: *ecce nos reliquimus omnia*. Imitadores de los Apóstoles fueron sus discípulos, de los cuales afirma el mismo S. Agustin. (4) S. Gerónimo, (5) S. Gregorio, (6) y S. Juan Crisóstomo, (7)

(1) Matt. 19. 21. (2) Act. c. 4. 32. (3) S. Augus. lib. 17. de Civit. Dei c. 4.

(4) S. Aug. serm. 17. de Verb. Apost.

(5) S. Hie. ad Demetr.

(6) S. Greg. lib. 1. ep. 32.

(7) S. Chryst. Act. c. 5.

que con semejante voto se despojaron perpetuamente de toda propiedad y dominio sobre los bienes terrenos. De estos dimanó despues sucesivamente por el curso de muchos siglos la pobreza religiosa. Por lo cual los religiosos están mas dispuestos que todos, para conseguir la pobreza de espíritu, como sepan mantener lo que con tan generosa renúncia, y con obligacion tan heroica prometieron á Dios, y no vuelvan á coger, a lo menos con el afecto, parte de aquello que solemnemente renunciaron. Porque de otra suerte bajo la aparente divisa de pobreza serian, como dije arriba, mas ricos que muchos seculares desapegados de los propios bienes, y menos dispuestos que ellos para la perfeccion.

283 Y porque no todos pueden llegar á este heroico despojo de sus bienes por causa de la muger, de los hijos y de otros parientes que están obligados á sustentar, ó por otros racionales impedimentos que pueden ocurrir á cada uno en su estado; debe á lo menos todo cristiano que quiere ser discípulo del Redentor y desea los adelantamientos de su espíritu, despojarse de alguna parte; de suerte, que tomado lo que es necesario para un conveniente mantenimiento propio y de otros, el remanente lo distribuya con larga mano á los pobres, ó lo emplee en obras de religion y de piedad. Cualquiera que rehusa hacer esto, no puede en modo alguno escusarse de un apego inmoderado á la hacienda y bienes propios; pues no queriendo privarse ni aun de aquella hacienda ó dineros, que son superfluos para su sustento, queda evidentemente convencido de amarlos desordenadamente. Bien puede él afligir su cuerpo con muchas disciplinas y ayunos, bien puede extenuarlo con muchas vigiliass y oraciones, que no obstante esto, no podrá jamas adelantar en la perfeccion, porque el asimiento á la hacienda será siempre un grande obstáculo á sus progresos. San Juan Crisóstomo, hablando del interés, explica esta verdad con un símil muy propio. Una nave cargada de preciosas mercaderías, pero mas de lo justo, el peso de sus mismas riquezas la sumerge; mas si el peso de sus ricas mercan-

cias fuere moderado, camina segura al puerto con próspero curso: *si quando in navigiis est onus justo gravius, demergit cymbam; cum vero est moderatum, prospero fertur cursu.* (1) Asi, dice el Santo, si un cristiano se carga de hacienda y dinero mas de lo debido, retenéndolo todo para sí; sus mismas riquezas le conducirán á sumergirse en un mar de culpas, y quizá de llamas sempiternas. Pero si reteniendo para sí una moderada porcion de sus bienes cuanto basta para un racional sustento, distribuyere lo restante en obras pias, sus mismos bienes le llevarán prósperamente al puerto de la perfeccion. En confirmacion de esto no quiero ya referir los ejemplos de personas limosneras, que fueron profusas en emplear sus bienes en el sustento de los pobres, porque de éstas estan llenas las historias, y cada ciudad cuenta muchas. Quiero solamente poner delante de los ojos del lector, el mas heroico desapropiamento de las riquezas mundanas que pueda jamas darse, en Santa Matilde y sus hermanos, referido de Cantimprato que vivió en su tiempo.

284 Nació la santa vírgen en la córte de Suecia, feliz solar de aquella real prosapia; fue criada entre los regalos, delicadezas y esplendores de la córte. Tuvo cuatro hermanos, entre los cuales el primero, que era general de la armada, volviendo las espaldas á la milicia, á la córte y á su consorte, anduvo desterrado y en romeria por el mundo, mendigando el sustento necesario para conservar la vida. El segundo que era Conde, pisados los tesoros de su real casa, se retiró á una vasta soledad, para hacer vida pobre y solitaria. El tercero, que era Arzobispo, depuesta la mitra y cargo pastoral, se hizo pobre religioso del Cistér. Habia quedado el cuarto por nombre Alejandro, á quien el Rey su padre queria tener consigo, para dejarle sucesor y heredero de su reino. Llamóle un dia Matilde, no siendo de edad mas que de veinte años, y comenzó á decirle en tono de compasion: ¿qué será de nosotros, amantisimo hermano? Los otros hermanos nuestros, por ganar el reino de los cielos han

1. S. Chrys. serm. de avarit.

renunciado el reino de la tierra, y te han dejado á ti éste, con peligro de perder aquel. Mal trueque ha sido este para tí. ¿Qué haces pues? ¿Qué resuelves? Al oír esto Alejandro, prorumpió en un tierno y deshecho llanto, y vuelto á la hermana, le dijo: ¿Qué quieres que haga? Di, háblame claro, que yo por mi eterna salud estoy dispuesto á ejecutar todo lo que me aconsejares. Cuando Matilde le vió tan bien dispuesto: ea pues, le dijo, quiero que tambien nosotros renunciemos los tesoros del mundo para adquirir los tesoros incorruptibles del paraíso; quiero que huyamos de la córte y de nuestro real palacio. Sin demora se disfrazaron ambos, y con aquellos fingidos vestidos se fueron á países remotos, donde Matilde enseñó á su hermano á ordeñar vacas, y hacer quesos con la leche. Despues que le vió bien diestro en aquel vil oficio se pasaron á Francia. Aquí le acomodó por quesero en un monasterio del orden Cisterciense llamado Fonio, y aquí se detuvo con él, hasta que los monjes satisfechos de la pericia que mostraba en aquel bajo empleo, le recibieron por lego en el monasterio. Entonces viéndole Matilde asegurado en el servicio de Dios: hermano, le dijo, gran premio hemos adquirido con habernos apartado de la córte; pero mayor premio ganariamos si nos apartásemos el uno del otro para no vernos mas. No fueron estas palabras sino saetas para el corazon de Alejandro. Lloró amargamente, sintiendo mayor dolor en dejar á su santa hermana, que en haber dejado el reino. Con todo eso haciéndose fuerza á sí mismo, se contentó. Matilde, se retiró á un campo, y se escondió en una vil choza, donde con el trabajo de sus manos se procuraba un pobre sustento. Dormia sobre la desnuda tierra, y se ejercitaba en continua oracion, en la cuál la arrebatava Dios á sí con frecuentes éxtasis; y colmándola de celestiales delicias, le pagaba aun en esta presente vida lo mucho que por su amor habia dejado.

285 Veo que para hacer actos de semejantes renunciás, era menester haber nacido rey ó reyna. Pero sin embargo se puede imitar en alguna cosa á esta santa vírgen, se pueden imitar en

alguna parte sus hermanos. Si no podemos abandonar cetros, coronas y reinos; y si ni aun tenemos ánimo para despojarnos de nuestros privados haberes; podemos á lo menos separar lo que no es necesario á nuestro estado. no para acumular nuevos fondos con semejantes abances, sino para dar el precio á Dios en sus pobres: podemos á lo menos abstenernos de algunas comodidades, de algunos divertimientos, de algunas pompas, y de algun mayor lustre, á fin de emplear el dinero en el culto de Dios en las Iglesias y en los altares, ó en otra obra de piedad cristiana. Mas si ni aun esto poco quisiéremos hacer por Dios, sino que pegados á nuestros bienes y dineros, como el pulpo al peñasco, los quisiéremos ansiosamente retener todos con vanos pretextos; estaremos siempre léjos de la perfeccion cristiana, y mas léjos de la pobreza de espíritu; y lo que es peor, no podremos ciertamente prometernos de tener á Dios liberal con nosotros, mostrándonos nosotros tan retenidos y avaros con él.

CAPITULO V.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR SOBRE el presente artículo.

286  Advertencia primera: Encontrará el director personas que parecen espirituales, porque son de costumbres muy honestas, aborrecen las pompas y vanidades, y se ejercitan en muchas oraciones vocales. Sin embargo, si se examina el fondo de su espíritu, se halla mucho de corrupcion; porque están pegadisimas á la hacienda y al dinero, y lo dan mucho á conocer con ruindades que practican con sus domésticos, con tacañerías que usan con los sirvientes, con los operarios, con los vendedores, con los trabajadores de sus propios campos, con el poco amor y compasion con los pobres, con el poco cuidado de socorrerlos, y sobre todo, con un demasiado estudio de amontonar, que ocupa todos sus pensamientos. No dé credito alguno el director á la espiritualidad de semejantes

personas; porque con una pasión tan fea, cuál es la del interés, no puede juntarse jamás verdadera devoción y verdadero espíritu. Procure hacerlas espirituales con repetirles muchas veces á sus oídos aquellas palabras que fueron dichas al rico codicioso del Evangelio: *stulte, hæc nocte animam tuam repetent à te; quæ autem parasti, cujus erunt?* (1) En breve vendrá la muerte, ¿y de quién serán vuestros dineros y haciendas? Las gozarán, es verdad, vuestros hijos, ó vuestros nietos; ¿mas de qué os servirá que estos estén bien sobre la tierra, si vosotros al mismo tiempo estareis tan mal en medio del fuego ó temporal, ó eterno? Imprímale en su mente esta verdad, y hágales meditar á menudo este gran novísimo de la muerte que tiene grande fuerza para arrancar de nuestros corazones semejantes apegos: porque así como la muerte nos quita la posesión de todos los bienes temporales, así meditada atentamente nos quita del corazón el afecto á los tales bienes.

287 Puede ayudar también mucho para curar esta enfermedad, el hacer reflexión á menudo sobre la pobreza de Jesucristo, que viviendo entre nosotros hombre mortal, aunque era rey del cielo, y monarca del universo, no tenía casa en donde reposar y acogerse: *vulpes foveas habent, & volucres cæli nidos; filius autem hominis non habet ubi caput suum reclinet.* (2) Las zorras, dijo el mismo Señor, tienen sus cuevas, y los pájaros sus nidos; y yo no tengo un palmo de tierra en que reclinar la cabeza. Gran medicina suele ser para curar la fiebre del interés, aplicar frecuentemente al entendimiento ansioso de riquezas esta gran pobreza en que Cristo nació, en que vivió, y con la cual quiso finalmente morir; y el representarsela siempre junto al Redentor en sus vestidos, en su habitación, en sus padres, y en sus discípulos, como amada compañera suya; como la representaba á su pueblo S. Cipriano: *nulla domus ambitio, nisi declinatorium in stabulo, mater in fœno, filius in præsepio. Tale elegit Fabricator mundi hospitium: hujusmodi habuit delicias sacræ virginis*

(1) Luc. c. 12. 20.

(2) Matth. 6. 20.

puerperium. Pannicula pro purpura, pro bysso in ornatu regio lacrima congeruntur... Pedisequas substantia familiaris non patitur, mancipiorum obsequia sumptus tenuis, & inops mensa excludit... Christus pauper discipulos divites aspernatur. Pauper Mater, pauper Filius, inops hospitium, his, qui in forma hujus scholæ in Ecclesia militant, præbent efficacæ documentum. (1)

Naciendo Cristo, en vez de suntuosos palacios, quiso albergarse en un establo, dentro del cual yacia la Madre en el heno, y el Hijo en un vil pesebre. Quiso en lugar de púrpura unos pobres pañales, y en vez de olanda ó cambray, un monton de trapos. Esta fué la habitacion que escogió para si el Fabricador del mundo; estas fueron las delicias del dia de su nacimiento. Crecido en edad no quiso esclavos, ni sirvientes; ni lo soportaba el corto ajuar de su casa, sus cortísimos gastos y su pobre mesa. En tiempo de su predicacion rehusó discipulos ricos y hacendados, y quiso en su compañía á pobres pescadores. Pobre la Madre, pobre el Hijo, pobre la casa y todo pobre. Estos son los ejemplos que dejó Cristo en la Iglesia militante á sus verdaderos secuaces. Hasta aqui S. Cipriano. Estas son las máximas que el director debe sugerir á ciertos espirituales falsos é interesados, para que las rumien á los piés del Crucifijo; porque ponderadas despacio y repetidas veces, tienen virtud de arrancar poco á poco de sus corazones aquel apego, que la falsa estimacion de las riquezas ha engendrado.

288 Advertencia segunda: advierta el director que estos espirituales interesados tienen mil pretextos para paliar sus apegos. Se figuran mil necesidades en los hijos, en los nietos, y en otros parientes suyos. Sueñan mil peligros, temen mil desastres, y extienden tambien hasta lo venidero sus pensamientos muy solícitos y ansiosos para dejar ricos, acomodados y hacendados á sus domésticos. Y lo que es peor, ciegos con el interés, juzgan que son estos justos motivos para ser tenaces del dinero, duros con los pobres, injustos con los prójimos, y mezquinos consigo mismos. No les dé oídos el director; porque

(1) S. Cypr. serm. de Navit.

son estos motivos sugeridos, no de la razón, sino de la pasión que reina en sus corazones; antes bien les obligue á proceder con la debida liberalidad, tanto con los domésticos, como con los extraños. Oblígueles á hacer muchas limosnas, que de esto tienen suma necesidad, no solo por el mérito que estas llevan consigo, sino mucho mas para que con el desapropiamento frecuente del dinero, se desapeguen poco á poco de su asimiento. A este fin acuérdeles frecuentemente lo que dije arriba, que tomando para sí mismos un mantenimiento conveniente á su estado, repartan el resto á los pobres; y que se guarden de quitarselo á Cristo en sus mendigos, reteniéndolo para sí mismos; porque de otra suerte les tocará el oír de la boca del mismo Cristo en el dia del juicio universal, aquella formidable reprehension: *esurivi, & non dedistis mihi manducare: sitiivi, & non dedistis mihi bibere.* (1) No sea facil en admitir ese pretexto de aumentar la renta, y los engrandecimientos de casas, de hijos y parientes; porque si estos fueran motivos racionales para desobligarnos de las limosnas, ninguno estaria obligado á hacerlas; pues no hay persona tan hacendada, aunque fuese el mismo Crespo, que no pueda aumentar sus tesoros, y dejar mas ricos á sus herederos. Idea falsísima condenada de Inocencio XI. con la siguiente proposicion: *vix in sæcularibus invenies, etiam Regibus, superfluum statui; & ita vix aliquis tenetur ad elemosynam, quando tenetur tantum ex superfluo statui.*

289 Advertencia tercera: si el penitente fuere persona religiosa, es menester que el director acerca del uso de los bienes y del dinero, distinga la sustancia de la pobreza que ha profesado de su perfeccion, para que proceda con rectitud en su reglamento. La sustancia de la pobreza consiste en esto: que el religioso y la religiosa no pueda tener dominio y propiedad de algun bien temporal, sino solo puede tener el uso; y aun éste con dependencia y licencia de los legítimos superiores. Conviene saber, que el religioso en el acto en que se consagra á Dios con su profesion, renuncia con el voto de la santa po-

(1) Matt. 25. 42.

breza todo el señorío que tenía sobre sus propios bienes: y se obliga estrechamente con Dios á no tener mas dominio sobre algun otro bien terreno, ni á poseerlo como propio. Y por eso despues de la profesion no es, ni puede ser mas dueño de alguna cosa, ni aun de los vestidos que lleva encima: de todo es dueño su monasterio, ó su religion. Fuera de esto, se obliga con el mismo voto á no usar de estas mismas cosas, de que no puede tener la propiedad, sin particular ó general licencia de sus superiores. Y si bien puede alguna vez bastar para la sustancia del voto, que esta licencia sea tácita; pero es mejor, y cosa mas segura, que se tome siempre expresa.

290 De aquí se sigue, que si un religioso, ó una monja dà, recibe, vende, compra, en una palabra, dispone de cosa alguna temporal sin las licencias necesarias, comete dos pecados mortales; y por decir mejor, incurre en una culpa mortal que contiene la malicia de dos culpas graves, porque peca con pecado de hurto, disponiendo de cosa que no es, ni puede ser suya; y peca con pecado de sacrilegio, obrando contra lo que ha prometido à Dios con solemne voto. S. Gerónimo cuenta à este propósito un terrible suceso que recientemente habia acaecido en un monasterio de la Nitria. (1) Dice que un monge mas parco que avaro, dejó en la muerte cien dineros que habia juntado tejiendo paños de lino. Se juntaron à consejo todos los monges que moraban en aquellos contornos, hasta el número de casi cinco mil, para ver lo que se habia de hacer de aquel dinero que aquel monge habia juntado ocultamente. Habia quien decia, que se debia distribuir á los pobres; otros que convenia emplearlo en el culto divino, dándolo á la Iglesia; y muchos, que era mejor enviarlo á los padres del difunto. Mas los Abades Macario, Pambo, Isidoro y todos los otros venerables Padres del yermo, por especial inspiracion del Espíritu Santo, decretaron que aquel dinero se enterrase juntamente con el monge propietario, y que al tiempo de ponerle en la sepultura, los monges juntos dijesen estas palabras: *tu dinero sea con-*

(1) S. Hier. epist. ad Eustoch.

tigo para tu perdition. Este hecho llenó de espanto á todos los monges de Egipto, de tal manera, que ninguno habia que tuviese osadia de disponer de un dinero á su arbitrio.

291 Otro hecho semejante refiere S. Gregorio sucedido en su persona. (1) Siendo el Santo Abad de su monasterio en Roma se le hallaron á un monge suyo tres escudos despues de muerto. Sabiéndolo S. Gregorio, mandó que aquel infeliz monge fuese echado en un estercolero, y que los monges al tiempo de ejecutar aquel ignominioso entierro, dijesen á imitacion de los monges antiguos, aquellas funestas palabras: *tu dinero te sirva para tu perdition.* Vea, pues, el director cuán grande delito sea en un religioso tener, ó disponer de cualquier modo de hacienda ó dinero como propio, sin tener las debidas licencias. Por eso, si le sucediese hallar alguna persona consagrada á Dios en los claustros que hubiese incurrido en semejante yerro, hágale entender bien la gravedad de su pecado, y que sea cauta en depender en lo venidero de sus legitimos superiores en el uso de dineros y otras cosas temporales. Si despues de eso deseara el director saber cuánta debe ser la materia y cantidad, para que disponiendo de ella el religioso, incurra en culpa grave; le responderé, que la materia que basta para cometer hurto grave, basta tambien para pecar gravemente contra el voto de la santa pobreza. Mas porque los autores no convienen en señalar la materia grave del hurto, tampoco convienen perfectamente en decidir cuál sea precisamente la materia grave que hace reo de culpa mortal á quien obra contra el voto de la pobreza.

292 Esto es lo que pertenece á la sustancia de la pobreza religiosa. Pero advierta el director que no se ha de contentar de tan poco en un religioso, ó en una monja que tiene obligacion grave de caminar á la perfeccion. Hablando de los seculares en este articulo, no nos hemos contentado de que no pequen mortalmente en el uso de sus bienes, sino que hemos pedido tambien de ellos una perfeccion proporcionada á su es-

(1) S. Greg. Dialog. lib. 4. c. 55.

tado. ¿Cuánto menos; pues, deberemos contentarnos con esto en un religioso que ha hecho voto de pobreza, no ya á fin de no ser pecador, sino para ser perfecto? Para poseer, pues, la perfeccion de esta virtud que despojando el cuerpo de bienes terrenos, enriquece el alma de bienes eternos; tres cosas á mi parecer se requieren. La primera, cortar todo lo que es vano y superfluo. La segunda, sufrir con paciéncia, cuando no se pueda con alegría, la falta de lo necesario. La tercera, mantener un total desapego de aquellas cosas necesarias ó convenientes, que están concedidas para el uso.

293 En cuanto á lo primero, todos vén cuán ageno sea del estado de pobreza, el tener cosas supérfluas; y mucho mas vanas: cuando aquellos mismos que en el siglo son tenidos por ricos, no suelen abundar de superfluidades á su estado. El mundo dice: bienaventurado el que tiene: Jesucristo dice: bienaventurado el que no tiene; mas se hace pobre: *vade, & vende ea quæ habes, & da pauperibus*. Pregunte pues al religioso, ¿con quién quiere ser bienaventurado, si con el mundo, ó con Cristo? Si él responde, que desea la bienaventuranza que dá Cristo en esta y en la otra vida á los secuaces y fieles imitadores de su pobreza; dígale, que se despoje de toda comodidad supérflua, como se privó el Redentor. Así hacia Santa Teresa, que algunas veces entre año andaba examinando con ojos muy espirituales toda su celda; y si hallaba alguna cosa supérflua, hacia de ella una ofrenda al Señor, desapropiándose por su amor. Y cuenta de sí misma, que teniendo alguna de semejantes cosas en su celda, no podia recogerse en su oracion, hasta haberla echado: dándole Dios con esto á conocer cuán celoso es de la santa pobreza; pues una pequeña superfluidad le era de tanto estorbo para recibir sus gracias. Mas porque no en todos los órdenes é institutos religiosos se observá la pobreza con el mismo rigor; yo guardaria esta regla, para conocer lo que en cada religioso ó religiosa se debe tener por superfluo. Observaria lo que practican los religiosos mas observantes, mas exactos, y de conciencia mas delicada que viven

en cada órden ó monasterio: y todo lo que es contrario á la simplicidad del vestido, de la celda, y de los utensilios que practican los tales religiosos ejemplares, lo reputaria por superfluo y digno de quitarse.

294 En cuanto á lo segundo, digo, que así como el no padecer privacion de cosa alguna necesaria al propio estado es una verdadera riqueza; así no hay cosa mas propia de la pobreza religiosa, como el sufrir la falta de alguna cosa necesaria. Y á la verdad, si no faltase jamas al religioso, ó á la monja cosa alguna acerca del sustento, del vestido, de la vivienda y del empleo: ¿en qué consistiria entonces el mérito de esta virtud? ¿en qué cosa imitarian la pobreza del Redentor? ¿en qué cosa le serian semejantes? Examinen un poco toda la vida de Cristo, como lo hacia S. Cipriano, y vean de cuantas cosas estaba siempre privada su santa humanidad. Si dán una ojeada al portal de Belén donde nació, no hallarán ni cuna donde acomodarle, ni fuego con que calentarle. Si miran la pobre casa de Nazaret donde vivió, la verán desproveida de todo lo necesario y poco diferente de la vil choza de Belén. Si le consideran en el tiempo de su predicacion, le hallarán sin casa, sin techo y sin albergue. Si le contemplan finalmente sobre la cruz, le verán despojado aun de sus propias vestiduras; y morir desnudo á vista de todo el ingrato pueblo de Jerusalén. Debé, pues, alegrarse toda persona religiosa cuando le faltare lo necesario, viendo que con aquel pequeño efecto de la santa pobreza se hace en alguna cosa semejante á su Señor, y adquiere tesoros incorruptibles de méritos para el paraíso: ni debe andarse quejando, como hacen algunos religiosos imperfectos, de los oficiales que no proveen, de los superiores que no velan, y de los sirvientes que no asisten.

295 En cuanto á lo tercero, ya he demostrado en el capítulo tercero, que en el desapego del corazón de cualquier cosa temporal consiste la pobreza de espíritu, que es el jugo de esta virtud. Ni sirve el decir, que el apego es á cosas pequeñas, y es de poco momento, porque todo apego grande ó pe-

queño retarda al alma la perfeccion. Teniendo atado à un pajarito con un hilo delgado, ó con una gruesa soga, de cualquiera manera que sea, el pajarito no puede huir de las manos, no puede volar libre por el aire, ni levantarse ligeramente hácia el cielo. Asi tambien el demonio tenga ligado nuestro corazon con el afecto de cosas ténues, ó lo tenga atado con el afecto de cosas grandes; no puede éste volar á Dios libre y suelto, ni levantarse á la perfeccion; y mucho menos poseer la pobreza de espíritu que requiere el corazon desembarazado de cualquier apego. Si tuviere, pues, el director á su cuidado á monjas, ó á otras personas religiosas dedicadas á Dios con voto de pobreza, cuide de que lo guarden exactamente; no solo en cuanto á la sustancia, sino tambien en cuanto á la perfeccion, insinuandoles oportunamente todo lo que aqui he expresado.

296 Advertencia cuarta: me ha sucedido muchas veces hallar confesores de monjas que concedian á sus religiosas francamente la licencia de dar y recibir dineros y otras cosas; pero no sé con que autoridad. Porque si para esto tenian especial y expresa facultad del Prelado de dichas monjas, la cosa procedia legitimamente: de otra suerte, las tales licencias eran ilegítimas y de ningun valor, porque habiendo profesado la religiosa en manos de los superiores de su religion, y no en manos de los confesores, se obligó á depender de aquellos y no de éstos en el uso de las cosas temporales; por lo cuál en aquellos y no en éstos está la autoridad de conceder las dichas licencias.

ARTICULO VIII.

IMPEDIMENTOS QUE TRAE A LA PERFECCION CRISTIANA EL
APETITO DESORDENADO DE LA HONRA Y GLORIA MUNDANA.

CAPITULO PRIMERO.

SE DICE LA DIVERSIDAD QUE HAY ENTRE LA
ambición y la vanagloria, y en que cosas se fundan la
malicia de estos dos vicios.

297 Entre los objetos que por defuera hacen guerra á nuestro espíritu con sus dulces atractivos, despues de las riquezas, vienen la honra y la gloria mundana. Aquellas atra-yéndonos con el lustre del oro y de la plata nos apartan de Dios, y éstas nos alejan con su vano esplendor. Y si las unas son de grande obstáculo á los progresos de nuestro espíritu, como hemos visto en el precedente artículo: las otras dos son su ruina como veremos en el artículo presente.

298 Pero antes es necesario declarar qué se entiende por este nombre *honra*, y por este vocablo *gloria*; para que no se confundan en uno, como si fuesen una misma cosa, siendo entre si muy diversas. Es menester tambien explicar, cuales son las pasiones del hombre que van perdidas tras de estas dos fantasmas de la honra y de la gloria terrena, y en qué consiste el desórden de sus afectos. El honor, dice Santo Tomás, no es otra cosa que una cierta reverencia, y un cierto obsequio que se hace á alguno en protestacion de su excelencia: *honor importat quendam reverentiam alicui exhibitam, in protestationem excellentiae ejus.* (1) Asi arrodillándonos nosotros, ó inclinándonos, ó haciendo otros actos de respeto delante de los Reyes, de los Monarcas y de otros personages de la tierra, se dice, que les hacemos obsequio en reconocimiento de su eminente dignidad, y que de los

(1) D. Thom. 2. 2. q. 191. art. 1.

tales obsequios les resulta á ellos honra. La gloria, dico el mismo Santo, es una manifestacion de alguna prela, ó de alguna accion, que publicándose, sirve á la persona de decoro, de estimacion y de alabanza, ó sea lo que se manifiesta dote del cuerpo, ó sea prerogativa del espiritu: *nomen gloriae proprie importat manifestationem alicujus de hoc, quod apud homines decorum videtur, sive illud sit bonum corporale aliquod, sive spirituale.* (1) Asi publicándose la victoria alcanzada de un generoso capitán, ó manifestándose un acto heroico de perdon alado de un cristiano á un jurado enemigo suyo, les resulta á los dos gloria, porque con la manifestacion de las tales acciones, el uno cobra estima de valeroso, y el otro concepto de virtuoso y santo.

299 Esto presupuesto, la pasion ó vicio de la ambicion, segun el mismo angelico Doctor, es un apetito desordenado de la honra con que la persona desea obsequios que denoten algun dote suyo excelente: *ambitio importat appetitum inordinatum honoris.* (2) El vicio de la vanagloria es un apetito desordenado de gloria, por el cuál el hombre vano desea la manifestacion de algun talento suyo, ó de alguna accion decorosa, por la estima y alabanza que de esto le resulta. Así que la vanagloria tiene por objeto la gloria mundana, y la ambicion la honra. Y porque la honra y la gloria se pueden querer tambien, y buscar virtuosamente y sin mancha alguna de vicio, pasa el Santo Doctor á enseñar, en qué cosas consiste todo el desorden de estas dos viciosas pasiones.

300 Hablando de la ambicion, en tres cosas pone el Santo su desorden. Lo primero, cuando uno apetece un obsequio desproporcionado á su mérito, careciendo de aquella excelencia de que el obsequio debe ser verídico testimonio. Lo segundo, cuando quiere para sí la honra, y no la refiere á Dios á quien es debida, siendo don suyo toda nuestra excelencia. Lo tercero cuando el ánimo descansa en el honor recibido, como en su último fin, sin enderezarlo á la utilidad y provecho de sus prójimos.

(1) Idem. 2. 2. q. 182. art. 1. (2) Idem. 2. 2. q. 137. art. 2.

tripliciter autem appetitum honoris contingit esse inordinatum. Uno modo per hoc, quod aliquis appetit testimonium de excellentia, quam non habet, quod est appetere honorem supra suam proportionem. Alio modo per hoc, quod honorem sibi cupit, non referendo in Deum. Tertio per hoc, quod appetitus ejus in ipso honore quiescit, non referens honorem ad utilitatem aliorum. (1) Si alguno, pues, apeteciére una honra debida, refiriéndola cumplidamente á Dios con sinceridad de afecto, y ordenándola al bien espiritual ó temporal de otros, no puede incurrir la nota de ambicioso; porque obra con rectitud de afectos, y sin los tres desórdenes arriba dichos. Así suelen proceder los príncipes sabios y timoratos, que piden la honra debida de sus súbditos; porque conocen ser esto necesario al buen gobierno de los pueblos, y se reconocen á sí mismos por Lugartenientes de Dios, á quien van á parar los obsequios hechos á sus autorizadas personas. Se advierte empero, que á quien no se halla colocado en algun puesto ó dignidad, de ordinario no es licito desearlos, y mucho menos procurarlos; porque estos puestos acarrean siempre honra al sugeto que los posee, por una cierta excelencia de grado en que le constituyen, y el desear cosas tan esplendidas sin desorden de afecto, es muy dificultoso. Por lo cuál es también difícil el no incurrir con semejantes deseos en el vicio de la ambicion, y tal vez de la presuncion, si la persona no es merecedora de tales puestos.

301 Hablando despues de la vanagloria el citado Santo, reconoce tres desórdenes en buscar la gloria, muy semejantes á los de la ambicion en apetecer la honra: *uno modo ex parte rei, de qua quis gloriam quærit: puta cum quis quærit gloriam de eo, quod non est, vel de eo, quod non est gloria dignum, sicut de re fragili & caduca. Alio modo ex parte ejus, à quo gloriam quærit; puta hominis, cujus judicium non est certum. Tertio modo ex parte ipsius, qui gloriam appetit, qui videlicet appetitum gloriæ suæ non refert in debitum finem, puta ad honorem Dei & proximi salutem.* (2) El primer desorden del vicio de la vana-

(1) Id. 2. 2. q. 191. art. 1.

(2) D. Thom. 2. 2 q. 191. art. 1.

gloria consiste en querer la persona vana la gloria de una prenda que no tiene, y de una accion loable que no ha hecho, ó en querer gloria por alguna operacion vil y caduca, que no es digna de alabanza. El segundo, en buscar la gloria de hombres que son falaces en sus juicios, y frecuentemente dan alabanzas á las cosas que no las merecen, y tal vez son dignas de vituperio. El tercero, en no atribuir la gloria á Dios, á quien toda se debe enteramente, como declara el Apóstol: *soli Deo honor & gloria*; (1) y en no enderezarla á la salud de los prójimos, sino hebersela toda para sí, y embriagarse, como de cosa toda suya. De aqui se sigue, que quien quiere la gloria limpia de todos estos reprehensibles desconciertos, esto es, la quiere por acciones honestas y loables, y no la quiere como gloria suya, sino como gloria de Dios, y como útil para proeurar la salud de otros, no cae en pecado de vanagloria.

302 Ahora que el lector ha comprendido bien, no solo la diversidad que pasa entre la ambicion y vanagloria, sino tambien quanto hay de corrupcion y desórden en ambos vicios; pasemos á ver, cuánto se oponen uno y otro á la perfeccion cristiana. En el próximo capítulo mostraremos con brevedad la guerra que hace á la perfeccion el vicio de la ambicion, y en los siguientes la guerra mas atroz que le hace la vanagloria.

CAPITULO II.

SE MUESTRA LA GUERRA GRANDE QUE HACE al hombre espiritual la pasion de la ambicion.

303 **E**ste deseo desarreglado de la honra, que vulgarmente se llama con el nombre de ambicion, hace tan fiera guerra á las personas espirituales, y se opone con tanta fuerza á los progresos de su espíritu, que como dicen los Santos Padres, despues de haber vencido muchas de ellas con invencible fortaleza todos los otros vicios, vienen á quedar al fin postra-

(1) 1. Timot., 1. 17.

das y vencidas de este vicio espiritual. Oigamos como habla sobre este propósito S. Ambrosio: *hoc ipsu periculosior ambitio est, quod blandu quedam est consiliatricula dignitatum; & saepe quos vitia nulla delectant, quos nulla potuit movere luxuria, nulla avaritia subvertere, facit criminosos.* (1) Habla bien claro este Santo Doctor. Por esto mismo, dice, que la ambicion es el mas peligroso entre los vicios; porque nos convida dulcemente, y con suavidad nos atrae á las dignidades. Por lo cuál sucede frecuentemente, que aquellos á quienes no ha podido contaminar la lujuria, ni derribar la avaricia, ni conquistar algun otro vicio; al fin hechos esclavos de la ambicion, se han hecho culpables delante de Dios. San Juan Crisóstomo dice lo mismo; pero aun con mas énfasis y expresion: *exceat mentis intuitum præsentis gloriæ furor: nam pecunias quidem contemnere, volenti satis est facile; honorem autem à multis collatum despiciere, multi laboris indiget, magnæ sapientiæ, angelicæ cujusdam animæ, ipsum cælestis testudinis verticem tangentis. Non est enim, non est, inquam, vitium ita tyrannicum, & ubique dominans.* (2) La ambicion, dice el Crisóstomo, ciega nuestros entendimientos. El despreciar las riquezas es facil á quien no quiere procurarlas. Pero el despreciar la honra dada de muchos, es cosa muy árdua y dificultosa. Es cosa solo propia de personas angélicas, y de grande sabiduria, que han llegado á tocar con la frente las estrellas. No hay, concluye el Santo, no hay, vuelvo á decir, vicio tan tiránico como éste, que triunfando de todos los corazones, en todos reina.

304 San Cipriano descende en particular, y hablando de personas dedicadas al divino servicio, y obligadas mas que otras á practicar vida devota, dice, que la ambicion prende tambien en los pechos sacerdotales, y en lo secreto de sus corazones llega tambien á auidarse engañosamente: *etiam in sinu sacerdotum ambitio dormit: ibi sub umbra recubat, in secreto thalami se fraudulenter occultat.* (3) Pero ninguno hay entre

(1) S. Amb. lib. 4. in Luc. (2) S. Crhys. hom. 43. ad Pop. Antioch.
 (3) S. Cypr. serm. de jejun. & tentat.

los Santos Padres que haya profundizado mas, para sondear la analia de este vicio, que S. Bernardo; porque poniendose á describirlo cuál es en si mismo, y á representarlo con su propio semblante, dice de él cuanto de oprobioso se puede jamas decir: *ambitio subtile malum, secretum virus, pestis occulta, doli artifex, virtutum ærugo, tinea sanctitatis, xccatrix cordium, ex remediis morbos creans, generans ex medicina languores.* (1) La ambicion, dice el Santo, es un mal sutil, que facilmente se insinúa por todo, es un veneno escondido y una peste oculta del alma, y fabricadora de engaños; es madre de la hipocresia, es la causa de las envidias, es el origen de los vicios, es el fomento de las maldades, es la herrumbre de las virtudes y la polilla de la santidad; es la que ciega los corazones, la que trueca los remedios en enfermedades, y aun de las mismas medicinas engendra achaques y dolencias. Mire el lector con mucha atencion este retrato formado de la mano diestra de S. Bernardo; y diga despues, si ha aparecido jamas en el mundo mónstruo mas horrendo que este vicio.

305 Con razon los Santos, que segun el dicho del Crisóstomo, estaban sublimados á las estrellas por sus heroicas virtudes, aborrecian tanto los puestos, las dignidades y las honras; porque temian el ser presa del feo monstruo de la ambicion, y de quedar perdidos entre sus garras. S. Gregorio, como se cuenta en su vida, elegido por Sumo Pontífice y cabeza de la universal Iglesia, se fué á esconder en una cueva oscura, para huir los resplandores de aquella tan eminente dignidad. Descubierta despues por una resplandeciente columna de fuego, y llevado por fuerza al trono pontifical, suplicó al Emperador Mauricio con cartas muy apretadas, que no consintiese á su eleccion, para que no teniendo efecto, quedase él privado de aquella honra que tanto aborrecia. (2) S. Juan Crisóstomo para huir las dignidades eclesiásticas, se fué á esconder en los desiertos, y á internarse en las soledades. Si bien hallado de Flaviano por divina revelacion fué consagrado sacerdote, y despues

(1) S. Bern. in Psalm. 90.

(2) Joann. Diac. in vit. S. Greg.

obligado á subir al trono arzobispal de Constantinopla. (1) S. Ambrosio aclamado del pueblo y del Emperador reinante por Arzobispo de Milan, se salió de noche furtivamente de la ciudad y huyó. Mas gobernando Dios con un prodigio de extraordinaria providencia su camino, se encontró por la mañana despues de un largo viage sobre las puertas de la ciudad, de que huía. (2) S. Gerónimo aborrecia tanto las honras, que siendo sacerdote, se abstenia de ejercitar los actos de su sagrado ministerio en el monasterio en que vivió largo tiempo. (3) El Santo hermitaño Ammonio temiendo ser creado Obispo, se cortó una oreja para hacerse indigno con esta deformidad del carácter episcopal. (4) S. Malachias electo Obispo, rehusó tan constantemente aquella dignidad, que fué menester aterrarlo con el rayo de la excomunion, para que se sujetase á aceptarla. (5) Jamas acabaria si hubiese de contar todas aquellas almas grandes que rehusaron las honras con mas horror, que otros aborrecen las deshonras, los oprobios y vituperios. Conocian éstas, cuán dificultoso sea hallarse entre los obsequios, y no dar alguna entrada á la ambicion, y ser llevadas de esta vehemente pasion fuera del camino de la perfeccion: y por esto miraban la eminencia de las dignidades, como otros tantos despeñaderos, de los cuales cuanto mayor es la altura, tanto es mas fácil y formidable la caida en algun precipicio.

306 Entre tanto ¿qué dicen á la luz de estas verdades tantos seculares, que ciegos con el lustre vano de las honras, van tras de ellas perdidos, y ponen todo su contento en ser obsequiados de los hombres en este miserable mundo? ¿Qué dicen tantos eclesiásticos, que no desean otra cosa que conseguir en la Iglesia de Dios algun puesto honorifico? Á esto enderezan sus estudios, á esto sus fatigas y trabajos, á esto toda su industria; para esto emplean el favor de los amigos y la proteccion de los grandes; y si despues de mil manejos y diligencias lo consiguen, en esto descansan muy alegres y contentos, como si hubieran

(1) Metaphr. in vit. S. Chris. (2) Paulin. in vit. S. Ambr. (3) Epiphan. Epist. ad Joan. (4) Pallad. Hist. Lausic. cap. 12. (5) S. Bern. vit. S. Malac.

llegado al centro de su felicidad? ¿Qué dicen tantos religiosos que despues de haber despreciado las honras del mundo, las buscan ansiosamente dentro de la religion, y desean ambiciosamente cargos, dignidades, exenciones y preeminencias dentro de la estrechez de sus claustros; y si no lo consiguen, pierden la paz entre mil aflicciones, entre mil rencores y entre mil quejas? ¿Cómo concuerda este espíritu de ambicion con el espíritu de perfeccion que están obligados á procurar?

CAPITULO III.

SE MUESTRA QUE LA VANAGLORIA ES UNO DE
los grandes enemigos que tiene la perfeccion cristiana,
porque envenena todos sus actos y les dá la muerte.

307 **E**l dar la muerte á un hombre no es otra cosa, que separar su alma del cuerpo con alguna accion violenta: de manera, que el que era hombre, venga á ser un cadaver, el cuál tenga toda la apariencia de hombre, pero no lo sea. Esto es puntualmente lo que hace la vanagloria en todas las obras virtuosas á que se pega: quítales cuanto tienen de bueno, de sobrenatural, de meritorio y santo, y hace que vengan á ser un cadaver de virtud, que tiene toda la apariencia buena á los ojos de los hombres; pero la tiene muy fea y disforme á los de Dios: en una palabra, las mata todas con el dulce veneno de su vana complacencia. Haga el hombre una limosna, y al tiempo de repartirla entre á corromperla la vanagloria: el que mira esta accion la tiene por santa; pero Dios la reputa abominable, porque la vanidad ha echado fuera cuanto podia haber allí de virtud, de santidad y de mérito: le ha sacado el alma, la ha convertido en un cadaver que tiene la apariencia de virtud; pero es un verdadero vicio. Lo mismo se ha de decir de todos los demas actos de perfeccion cristiana, porque nuestras buenas obras se animan de aquel santo fin, de que se mueve quien las hace: de este motivo junto con la gracia interior toman su

ser sobrenatural, su lustre y todo su valor. Interviniendo entre tanto la vanagloria, destruye ésta el buen fin que las vivifica; y sustituye en su lugar un fin vicioso que las mata y destruye.

308 Por esto hablando el Redentor de aquellos que haciendo limosnas las publican casi á son de trompetas, para recibir la honra y alabanzas de los hombres: *tuba cantant ante se, ut honorificentur ab hominibus*: (1) y de los que ayunando, afectan austeridad en el rostro, para hacer manifiestos á los hombres sus ayunos: *exterminant facies suas, ut apparetur hominibus jejunantes*: dice que estos tales *repperunt mercedem suam*: que no hay ya paga, ni premio para ellos en la otra vida; porque la vanagloria ha vaciado de sus obras todo el mérito que podian tener, y las ha convertido en cadáveres disformes que no atraen á Dios, ni le mueven á la recompensa, sino antes al castigo. Sucede á estos infelices lo que aconteció á Ezequías que mostrando con jactancia á los Embajadores del Rey de Babilonia los ricos tesoros de su real palacio, oyó que le decía Dios por boca del Profeta Isaías, que en pena de aquella vanidad, perderia aquellos mismos tesoros de que se habia vanamente complacido: *auferentur omnia, quæ sunt in domo tua, & quæ condiderunt Patres tui usque in diem hanc, in Babylonem: non remanebit quidquam, ait Dominus*: (2) Asi nosotros mezclando la vanagloria en nuestras operaciones, perdemos todas aquellas riquezas espirituales que podiamos conseguir con las tales obras, y no habra para nosotros ni mérito en esta vida, ni galardón en la otra.

309 Cuéntase en las historias del orden Cisterciense, que habia un monge dotado de bellisima voz, y de otra tanta gracia en el cantar. Mas el infeliz abusando de estos dones, mientras cantaba en el coro con los otros monges, mezclaba con las alabanzas de Dios el deseo de su propia alabanza, y se complacia mas de la honra que le resultaba de su dulce canto, que del honor de Dios. Mas quiso Dios dar á conocer á todo el monas-

(1) Matth. 6 2.

(2) 4. Reg. 20. 17.

terio cuán poco se complacia en las alabanzas que aquel monge le daba con tanta vanidad, y cuán vacío estaba de mérito su canto de los salmos. Por tanto una mañana, despues que el monge acabó de entonar un responsorio, hizo aparecer en el coro á vista de todos un negro disforme, que saltando, dando palmadas y aplaudiendo con gestos descompasados el canto de aquel miserable religioso, comenzó á decir en alta voz: *oh bene cantavit; optime cantum est.* ¡Oh qué bello canto! Oh cuán bien ha cantado este. Considere el lector que no hay cosa mas agradable á los oídos del Señor, que el canto de sus alabanzas, especialmente cuando es en compañía de muchos siervos suyos. Y con todo eso, si entra á contaminarlo la vanidad, no hay cosa mas desagradable á los oídos del Señor, y mas grata á los del diáblo. Tan pestífero es el veneno con que este vicio mata todas las buenas obras. Diré, pues, con S. Basilio: *fugiamus inanem gloriam, dulcem spiritualium operum spoliatricem, jucundum animarum nostrarum hostem, tineam virtutum, blandissimam bonorum nostrorum deprædatricem, eandemque mellis illitu fraudis sui veneni coloratricem, & mortiferi hominum mentibus poculi porrectricem.* (1) Huyamos de la vanagloria, dice el Santo, polilla de las virtudes, enemiga aunque agradable y gustosa de nuestras almas, que dulcemente nos despoja de todas nuestras buenas obras, y saquea blandamente todas nuestras espirituales riquezas; que nos dá á beber un mortal veneno confeccionado con la miel de una dulce complacencia, y suavemente nos envenena la mente y el corazon.

(1) S. Basil. Constr. Monast. c. 11.

CAPITULO IV.

SE MUESTRA CUAN GRANDE ENEMIGO ES DE LA perfeccion el vicio de la vanagloria, porque le hace guerra con siete vicios, de que ella es la cabeza,

310. **S**anto Tomás, asintiendo á la opinion de S. Gregorio, no pone la soberbia en el número de los vicios capitales; sino quiero que ella sea la reina de los vicios capitales, tras de la cual van todos, y le hacen un horrible acompañamiento y cortejo. En lugar de la soberbia pone entre los vicios capitales su primogénita, quiero decir la vanagloria: *Gregorius autem in libro trigesimo primo Moralium, superbiam ponit reginam omnium vitiorum: & inanem gloriam, quæ immediate ab ipsa oritur, ponit vitium capitale: & hoc rationabiliter.* (1) Presupuesto esto, pasa el santo Doctor á representarnos la vanagloria á manera de una hidra, de cuyo seno venenoso salen otros siete vicios, para destruccion de la perfeccion cristiana: *dicendum, quod ut supra dictum est, illa vitia, quæ de se nata sunt ordinari ad finem alicujus vitii capitalis, dicuntur filia ejus. Finis autem inanis gloriae est manifestatio propriae excellentiae. Ad quod potest homo tendere dupliciter: uno modo directe, sive per verba, & hæc est jactantia; sive per facta, &c.* (2) Aquellos vicios, dice el Santo, que son ordenados al fin de algun vicio capital, son sus hijos; y se pueden decir tambien ramas, ó brotes de aquel perverso tronco. Siete son los vicios que tiran directa ó indirectamente á la vana manifestacion de la propia excelencia, que es el único fin á que aspira con todos sus deseos la vanagloria, y por eso son siete las partes de aquella funesta hidra; y siete los brotes de tan infeccionada raiz. La jactancia manifiesta directamente con las palabras las prendas propias; la presuncion las manifiesta con los hechos; la hipocresia las manifiesta con la mentira, haciendo ostentacion de los dotes espirituales que no

(1) D. Thom. 2. 2. q. 132. art. 4. 162. art. 8.

(2) Id. 2. 2. q. 132. art. 5.

tiene. Indirectamente tira la persona á manifestar su propia excelencia, cuando no quiere parecer inferior á otros: esto sucede en cuanto al entendimiento, con la pertinacia con que fijándose tenazmente en su propio parecer, no quiere sujetarse al parecer de otros, aunque mejor: en cuanto á la voluntad, con la discordia, no queriendo ceder á los propios empeños para concordar con las voluntades de otros: en cuanto al hablar, con las contiendas, prorumpiendo en clamores y en pleitos irracionales, por mantener su propio parecer: en cuanto á los hechos, con la desobediencia, no queriendo estar sujeto á las órdenes de sus propios superiores. De suerte, que segun el Angélico, de esta maligna raiz de la vanagloria brotan estas siete abominables ramas: jactancia, presunción, hipocresía, pertinacia, discordia, contienda y desobediencia. Juzgue el lector, cuán grande enemigo sea este de la perfeccion; pues la embiste confederado con siete vicios, y con sus fuerzas y las de otros hace todo el esfuerzo posible para destruirla. Juzgue si una persona devota puede hacer algun progreso en el espíritu, no arrancando con todo empeño de su alma esta pestífera raiz, que es madre fecunda de tantos males.

311 Por eso el Redentor, viendo á sus discípulos llenos de complacencia y de vana alegría, porque los demonios se mostraban obedientes y sujetos á sus mandatos, al punto los reprendió, y les hizo advertidos de aquel perverso afecto; porque sabia muy bien los pésimos efectos que podia engendrarles, si aquel pestilente afecto crecia y se dilatava en sus corazones: *veruntamen in hoc nolite gaudere, quia spiritus subjiciuntur vobis.* (1) Despues los aterró, poniéndoles delante de los ojos el ejemplo formidable de Lucifer, precipitado del cielo por la complacencia que tomó de sus dotes sublimes: *videbam Satanam, sicut fulgur de caelo cadentem*; como excelentemente expone sobre este lugar S. Cipriano: *gloriabantur aliquando discipuli, & complacebant sibi in miraculis gratulabundi, quod eis etiam daemones obedirent; sed repressa est, increpante Domino, simplicitatis eo-*

(1) Luc. 10. 20.

rum præsumptio. Videbam, inquit, Satanam descendentem de cælo. His verbis eorum animis intimans.... quia ante hominis conditionem superbientis diaboli ruinam vidit. (1) Nótese aquí cuánto se deba temer cualquier afecto de vanagloria: pues el Redentor tan manso, tan dulce y tan agradable, mayormente con sus queridos discipulos, sin embargo, al verlos vencidos de este vicio, tuvo por bien el espantarlos con la caída de Lucifer desde lo mas alto de los cielos, á lo mas profundo de los abismos; y con una tácita amenaza de que experimentarían también ellos una semejante caída del alto puesto á que los habia sublimado, si en adelante no se guardasen de semejante vanidad.

312 Entendía muy bien esta gran verdad aquel santo monge, á quien el Abad Pastor proponia á sus discipulos por ejemplar, para huir de la estimacion y alabanza de los hombres; y para temer la vanagloria que de ellas puede brotar. (2) Vivía éste en una pequeña celda cerca de la ciudad de Constantinopla, con mucha pobreza, con sumo retiro y con austeridad de vida muy singular. El Emperador Teodosio sabiendo su santa vida deseó verle y hablar á solas con él. Para esto habiendolo dejado atrás las guardias y toda la comitiva de cortesanos, entró solo y desconocido en su celda: despues de un breve razonamiento, reparando que no habia otra cosa en aquella pobre celda que unos panes secos, pidió que le diese de comer. Al punto el buen hermitaño le previno la mesa con pan, agua y sal, conforme su costumbre y comieron los dos juntos. Acabada la refeccion, le descubrió el Emperador quien era: y el monge confuso se postró en tierra en acto de gran reverencia y obsequio, excusándose del pobre y vil tratamiento que le habia hecho. Mas el Emperador levantándole de la tierra con sus propias manos, se mostró plenamente satisfecho de aquella pobre y simple acogida: y diciéndole que envidiaba mucho su suerte, se partió de allí. Despues de la partida del Emperador, comenzó á pensar consigo mismo el santo monge, que con ocasion de esta visita irían á su hermita para visitarle

(1) S. Cypr. sserm. de jejun. & tent.

(2) Lib. sent. Patrum. §. 18.

toda suerte de personas nobles y plebeyas, y que todos los cortesanos del Emperador, á ejemplo de su Principe, querrian tambien verle. Con esto comenzo á temer que entre aquel concurso de gente obsequiosa, el demonio entraria á tentarle de vanagloria, y que así se aficionaria á las alabanzas, y se complaciera de la estima y concepto que mostrarian tener de él; de donde se seguiria una grande frialdad, y aun quizá la total ruina de su espíritu. Por lo cual sin mas tardanza, la misma noche abandonó su hermita y se huyó á Egipto, para vivir solitario y desconocido entre los santos Padres del yerimo; ¡Oh! éste si que entendia de cuántos vicios sea origen, y de cuántos males causa el vicio de la vanagloria; pues con tanta solicitud huyó de todo incentivo, que de la estimacion de las alabanzas, y de los obsequios de otros le podia provenir. No lo hizo como algunos espirituales imperfectos, que en lugar de esconder sus prendas y prerogativas, las manifiestan, y tal vez hacen ostentacion de ellas; y en vez de huir de las alabanzas, las buscan y van á encontrarlas. ¿Qué maravilla es, pues, que tomen despues complacencia, se envanezcan y engrien; y finalmente por su vanagloria, *evanescent in cogitationibus suis*, pierdan todo sentimiento de verdadero espíritu?

CAPITULO V.

SE MUESTRA QUE LA VANAGLORIA ES UN ENEMIGO de la perfeccion cristiana casi inexpugnable.

313 **H**abiendo mostrado cuán grande enemigo es de la perfeccion cristiana el vicio de la vanagloria, y con cuantos vicios confederados con él le hace guerra: añado ahora, que es un enemigo casi inexpugnable; porque es tan pérfido, que no se abate con los actos de perfeccion; antes de éstos toma sustento y vigor para combatir contra la misma perfeccion. No hay mal, como admirablemente observa S. Juan Crisóstomo,

que no tenga alguna virtud de quien no quede vencido, y que al fin con los golpes de la resistencia no caiga muerto. La fornicacion tiene por enemiga á la castidad: la soberbia á la humildad: la ira á la mansedumbre: la avaricia á la liberalidad: la envidia á la caridad: y la pereza á la devocion. Solo la vanagloria no tiene virtud contraria de quien quede con seguridad abatida; porque de cualquier bien que haga el hombre para abatirla, toma ella motivo para levantar la cabeza; y hasta de las mismas humillaciones que parece que debian re-frenarla, toma ocasion de levantarse con sus vanas complacencias. Trae el Santo una bella razon de esto: porque todo mal, dice, nace de algun otro mal; pero solo la vanagloria nace del bien, y por eso no se apaga con las buenas obras, sino que antes se nutre y alimenta: *Omnia mala, quæ sunt in mundo, habent contraria bona, per quæ superentur; ut puta fornicatio castitatem, superbia humilitatem, iracundia mansuetudinem. Et nullum est malum, quod non habeat contrarium bonum, per quod superetur, excepta vanagloria. Ideo quamvis bona feceris, volens compescere vanam gloriam, tanto magis excius eam; & causa est ista: quia omne malum à malo nascitur; sola autem vanagloria de bono procedit: & ideo non extinguitur per bonum, sed magis nutritur.* (1) De esto infiere el Santo, que la vanagloria no es vicio de pecadores, sino de personas espirituales; porque un deshonesto, un ladrón, un matador no tiene de que envanecerse, sino que antes tiene mucho de que confundirse y avergonzarse: *denique inter homines peccatores tentatio vanagloriæ non habet locum. Fornicator enim, aut raptor, quomodo tentatur in vanagloria, qui non habet, unde gloriatur?*

314 Con estos mismos sentimientos, aunque con diversas frases, expresa Casiano la grande fuerza que tiene este vicio para abatir todas las obras de perfeccion, sin ser de ellas abatido. Todos los otros vicios, dice, se debilitan con el ejercicio de los actos contrarios: sólo el vicio de la vanagloria se levanta siempre mas orgulloso de sus mismas derrotas. Los otros

(1) S. Chrys. hom. 15. in Matth.

vicios predominan solo á aquellos que se dejan vencer de los tales vicios; pero éste levanta la cabeza contra aquellos mismos que lo vencen, y de las mismas victorias alcanzadas contra él, toma ánimo para asaltar á sus vencedores. Lo que no significa otra cosa, sino que la vanagloria nace muchas veces de aquellos mismos actos de virtud y de humillacion, que se hacen para vencer á la misma vanagloria: *omnia vitia superata marcescunt, & devicta per singulos dies infirmiora redduntur... Hoc vero dejectum acrius resurgit ad luctam... Cætera genera vitiorum eos tantum impugnare solent, quos in certamine superaverint. Hoc vero suos victores acrius insectatur; quantoque fuerit validius elisum, tanto vehementius victoriæ ipsius elatione congregitur.* (2) Descendiendo despues en particular, va ejemplificando esta doctrina con varios casos, que frecuentemente suceden. Si vos, por ejemplo, para huir de la vanagloria, dejais los vestidos lucidos; ella aun debajo de los vestidos viles os asalta. Si por evitar los golpes de la vanagloria, dejais los razonamientos elocuentes y cientificos, y os poneis á guardar un rigoroso silencio; viene tambien ella en medio de esta gravedad del silencio á daros el golpe. Si ayunais publicamente, la vanidad os sorprende: y si por huir las alabanzas de otros, ayunais escondidamente, aun en aquel desprecio de la gloria, se insinua la vanagloria: *cui sub specie splendidæ vestis cænodoxiam non potuit diabolus generare, pro squalida, & inculta conatur inserere. Quem scientiæ, & elocutionis ornatu nequivit extollere, gravitate taciturnitatis elidit. Si jejundet palam, gloria vanitatis pulsatur. Si illud contemnendæ gloriæ causa contexerit, eodem vitio elationis obtunditur.*

315 Por eso escribiendo San Gerónimo á Eustoquio, (2) asemeja la vanagloria á la sombra, porque asi como ésta sigue al cuerpo, asi aquella á la virtud: y asi como cuanto mas huye el cuerpo de su sombra, tanto mas ésta le sigue; asi cuanto mas huye el hombre de la vanagloria, tanto mas se siente embesbir de ella. Ni sirve de nada, dice el mismo Santo á Rústico,

(1) Casian. instit. lib. 11. c. 7. (2) S. Hier. Epist. 22. ad Eust.

retirarse á los desiertos mas temotos, encerrarse en las cuevas mas profundas, y meterse en las grutas mas oscuras para huir de los asaltos de este vicio, porque éste en todo lugar os alcanzará: *solitudine citò subrepiit superbia; & si paulisper jejuna-verit, hominemque non viderit, putat se alicujus esse momenti.* Si, si, dice el Santo, que hasta la soledad penetra la vanagloria para asaltar á las personas austeras, porque en comenzando á ayunar, á orar, y á estar apartadas del comercio de los hombres; luego les parece que son algo, y de sí mismas toman vana complacencia.

316 Juzgue el lector cuánta verdad sea, que este vicio tiene un no sé qué de inexpugnable; pues los mismos ejercicios de perfeccion no lo derriban, si no que muchas veces lo hacen levantar mas vigoroso con nuevas complacencias. Y saque de aquí, cuán temido deba ser de las personas espirituales, y cuán cautas deban ser éstas, y cuan cuidadosas de no dejarlo acercar á la mente ni al corazón. Cierto es, que los grandes siervos de Dios han temido siempre mas á este vicio que á ningun otro; y para huir de sus asaltos muy peligrosos se han servido algunas veces de medios extraños, y aun al parecer indiscretos, pareciéndoles que todo remedio era apto, y todo medio oportuno, para cautelarse de sus sorpresas. Y así se cuenta en los libros de los Padres antiguos, (1) que habiendo dado al Abad Simeon, hombre venerable, la noticia de que venia el Gobernador de la provincia con todo el tren de sus criados á visitarle, y recibir de sus manos la bendicion, y habiéndosele exhortado, que se previniese para recibir con el debido decoro la visita de tan gran personage: sí, respondió, retiraos; que ahora quiero aparejarme. Dicho esto, salió de su celda, y en un lugar poco distante se puso á comer pan y queso. Entre tanto llegó el Gobernador con su noble comitiva, y hallándole en aquel acto vil, lo despreció, diciendo: ¿este es aquel Santo solitario, de quien hemos oído contar tan grandes cosas? A mí me parece que es un hombre comun como los

(1) Contra. inan. glor. 2. 8.

otros. Y dicho esto, le volvió con poco honor las espaldas. Mas el santo Abad que lo muy contento de semejante tratamiento, habiéndose burlado de esta manera de los asaltos de la vanagloria, que le podian venir de una visita tan honorífica. Otro hecho semejante se refiere del Abad Moisés. (1) Habiendo sabido éste, que asimismo el Gobernador venia á verle, y á abocarse con el, temió algun acometimiento de vanidad en un acto de tanta honra suya. Por eso tomó el partido de huirse del monasterio, como de hecho lo hizo, encaminandose á Egipto. Sucedió el caso, que por el camino se encontró con aquel mismo personage de quien andaba huyendo. Preguntado de él, donde estaba la habitacion del Abad Moisés, le respondió: no tengais cuidado de conocerle, porque es un tonto y un herege. Con todo eso, hallándose el Gobernador no muy léjos del monasterio, prosiguió su viage, y habiendo llegado á la Iglesia, entró en ella para hacer oracion. Acudieron los sacristanes á recibirle, á los cuales dijo que habia venido por visitar al Abad Moisés; pero que por el camino le habian dado muy malos informes de él, porque un monge muy viejo y venerable le habia referido, que el dicho Abad Moisés no era un hombre santo, como el mundo lo predicaba, sino un hombre fatuo y aun herege. ¿Cuáles eran, le preguntaron los monges, las facciones de ese monge viejo? Era, dijo el Gobernador, de alta estatura, seco de carnes, tostado de rostro, y andaba con vestido muy roto. Pues ese mismo, le respondieron aquellos, es el Abad Moisés á quien deseais conocer. Al oir esto el Gobernador, quedó muy admirado y edificado de su humildad, asi como quedó el Santo Abad otro tanto seguro de toda tentacion de vanidad.

317. Ya que nos hallamos en este razonamiento, no quiero dejar de insinuar una estratagemá, con que uno de aquellos Padres del yermo se defendió oportunamente de la vanagloria, mientras venia á sorprenderle con luminoso aparato de un grande obsequio. (2) Fue éste á visitar á un jóven enfermo, rogado

(1) Eod. loc.

(2) Ex lib. sentent. PP. §. 3.

repetidas veces de su padre. Al acercarse á la casa del doliente, vió que le venian á recibir sus parientes y amigos con hachas encendidas en las manos, como suele practicarse en el acompañamiento de los santos cuerpos. A esta vista, temiendo él de ser sorprendido de algun estímulo de vanagloria, ¿qué os parece que hizo? Se desvió á un río vecino, y desnudándose allí, se puso á lavar en aquellas aguas sus vestidos. Viéndole entonces los que venian á recibirle en aquella forma, concibieron de él siniestro concepto, y reputándole indigno de aquella honra con que iban á recibirle, apagaron las hachas y se volvieron á sus casas. Entre tanto el padre del enfermo que le habia traído, Padre Abad, le dijo, ¿por qué habeis hecho una accion tan impropia? Sabed, que aquella gente os tenia por santo; mas despues que os ha visto de esta manera en el rio, ha mudado de concepto, y os ha juzgado por un endemoniado. Entonces le respondió el monje: pues esto mismo es lo que yo he pretendido, borrar la estimacion y el buen concepto que aquellos habian formado de mí, y poner en huida á la vanagloria que ya venia á asaltarme.

318. Vea el lector cuánto han temido los Santos la vanagloria, con cuántos, y cuáles actos se han defendido de los insultos de este vicio, no dudando aun de infamarse de mil maneras á sí mismos, por no quedar cogidos con la liga de sus vanas complacencias. Aprenda de aqui, con cuánta vigilancia deba estar sobre sí la persona espiritual, para no ser vencida de esta gran pasion, que se insinúa en todas las obras santas, que cuanto son mas santas, tanto mas se entromete; y por eso dije, que era un enemigo de la perfeccion cristiana, poco menos que inexpugnable. No digo que se hayan de practicar actos semejantes á los que he referido (pues no deben hacerse jamas acciones tan desacostumbradas sin un especial instinto de la divina gracia, de quien eran movidos aquellos grandes siervos de Dios): digo que no se han de procurar, sino antes huir las alabanzas, de las cuales se apacienta esta pasion vana y liviana: digo, que se ha de reprimir prontamente con actos contrarios cualquier

móvimiento suyo que se levante en el corazón: digo que se han de usar contra él otros remedios; de los cuales en breve hablaré.

CAPITULO VI.

**SE PROPONEN ALGUNOS MEDIOS PARA VENCER
el vicio de la ambicion y de la vanagloria.**

319 **S**ea el primer medio el pedir con perseverancia y fervor á Dios su extirpacion. Aunque este sea remedio universal contra todos nuestros males; sin embargo, es remedio especial contra la ambicion y contra la vanagloria. Es muy cierto lo que llega á decir S. Juan Crisóstomo, que la oracion es la única medicina contra estos vicios: *nullum remedium potest esse contra vanam gloriam, nisi oratio sola. Et hæc ipsa vanitatem generat, nisi caute prospexeris, si forte bene oraveris.* (1) Ningun remedio, dice el Santo, fuera de la oracion, puede haber contra la vanagloria, y esta misma oracion si tú no fueres cauto y circunspecto, te puede engendrar vanagloria. La razon de esto es, la facilidad tan grande con que este dulce vicio se insinúa en todas las cosas, como ya hemos dicho; por lo cuál se requiere la omnipotente mano de Dios para arrancarlo, cuando ya ha prendido en algun corazón. Mas esta poderosa ayuda no se alcanza del Señor, sino por medio de largas y fervorosas oraciones. Por eso si uno se vé inclinado á este vicio, propóngase el pedir á Dios su enmienda en todas sus oraciones: pídasela con humildad, confesando delante de Dios su insuficiencia, y pídasela con confianza, esperando con toda firmeza el socorro de su suma bondad, infinitamente inclinada á favorecernos, especialmente en esta especie de gracias; que son del todo conformes á su divina voluntad. Pidiendo constantemente de esta manera, verá finalmente extirpado de su corazón este vicio, si no todo de un golpe, á lo menos poco á poco.

(1) S. Chrys. hom. 15. in Matth.

320 Para concebir un fuerte y vivo deseo de la extirpacion de dichas pasiones, que es el que hace fervorosos y eficaces los ruegos delante de Dios, ayudará mucho (además de los motivos alegados en los precedentes capitulos). el pensar á menudo, cuán contrario es al espíritu de Jesucristo el espíritu de ambición y de vanagloria. Tentado el Redentor del demonio de ambición de reinar allá en el desierto, lo rechazó con enojo, diciéndole: *vade satana*: (1) y viendo despues que los pueblos conspiraban en hacerle Rey, huyó de entre ellos, y se retiró á las cumbres desiertas de los montes. (2) Protestaba que aborrecia sus alabanzas: *si glorifico me ipsum, gloria mea nihil est*; y lo mostraba con los hechos, como cuando hizo callar á los demonios, que le aclamaban por hijo de Dios: *exibant autem daemonia à multis clamantia, & dicentia, quia tu es Filius Dei; & increpans non sinebat ea loqui: quia sciebant ipsa esse Christum*. (3) Y cuando impuso silencio al leproso, con la prohibicion de manifestar la prodigiosa salud que de él habia recibido: *vide, nemini dixeris*: queriendo con semejantes hechos, como dice el Crisóstomo, darnos un fuerte documento de quanto debemos aborrecer nosotros la gloria mundana: *ideo enim nulli dicere jubet, ut doceat, non diligendam ostentationem & gloriam*. (4) Antes en lugar de honras y de glorias, quiso deshonoras, humillaciones, desprecios y afrentas; quiso hartarse de escarnios, contumelias y oprobios. Con estas consideraciones sentirá ciertamente la persona devota despertarse en su ánimo un íntimo rubor de verse tan desemejante á su divino maestro; y un vivo deseo de desarraigar de su corazon vicios tan desconvenientes á un secuáz de Jesucristo. Por lo cuál serán despues sus ruegos mas fervorosos, mas encendidos y mas eficaces para conseguir el intento.

321 El segundo medio sea, que la persona se persuada vivamente lo primero: que quanto tiene de bueno en el orden de la naturaleza y de la gracia, es un mero dón de Dios; y lo

(1) Math. 4. 10.

(2) Joann. 6. 15.

(3) Luc. 4. 41.

(4) S. Chrys. hom. 26. in Math.

segundo, que de sí misma no tiene otra cosa sino la nada y el pecado. Imprime en su entendimiento el hombre espiritual aquella gran máxima de S. Pablo: *quid habes, quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris, quasi non accepisti?* (1) ¿Qué cosa hay en ti, dice el Apóstol, que no la hayas recibido graciosamente de Dios? Y si todo lo has recibido como don de sus manos benéficas, ¿por qué te glorias? ¿por qué te envaneces? ¿por qué te complaces? ¿por qué buscas alabanzas, como si lo tuvieses de tí, y no de su Magestad? ¿y cómo si fuese cosa tuya y no suya? Ni aun eres capaz; cuando el Apóstol, de formar de tuyo un buen pensamiento; y si Dios no te lo da, no eres suficiente para tenerlo con tus débiles fuerzas: *non quod simus sufficientes cogitare aliquid in nobis, quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est.* (2) ¿Cuanto menos serás de tuyo capaz de afectos devotos, de acciones virtuosas, de obras santas, y de todo lo que puede conciliar estimacion y alabanza para con las personas del mundo?

322 Sabes tú, dice Oseas, ¿qué cosa tienes de tuyo? ¿Cuál cosa es toda tuya? El pecado, la perdicion y la ruina eterna: *perditio tua ex te, Israel: tantummodo in me auxilium tuum.* (3) Tantos pecados como has cometido en lo pasado; tantas imperfecciones en que caes de presente; tantas culpas graves en que incurririas cada hora, si Dios no te mantuviese con su omnipotente brazo; la condenacion eterna, en que cuanto es de tu parte, seguramente te precipitaras; esto es tuyo: de todo esto no hay que partir con alguno. Mas si en tí hay algun buen dote, si haces alguna accion que te hace recomendable entre los hombres; esto es todo de Dios que te lo dió por su mera bondad: *in me tantummodo auxilium tuum.*

323 Por esto S. Bernardo que penetraba bien esta verdad de fé, se arrojaba con tanto celo contra estos vanagloriosos que quitan á Dios su honra, y se la apropian á sí mismos: *tibi unde gloria, ò putride pulvis, unde tibi? De vitæ sanctitate? sed spiritus est, qui sanctificat; spiritus dico, non tuus, sed Dei. Si*

(1) Ad Cor. 4. (2) 2. Cor. 3. 5. (3) Osee. 13. 9.

prodigiis, aut signis effulgeas, in manu tua sunt, sed virtute Dei. An blanditur popularis favor, quod verbum bonum, & bene forte deprompseris? Sed Christus donavit os & sapientiam. Nam lingua tua quid, nisi calamus scribæ? Et hoc ipsum mutuo accepisti. Talentum creditum est, repetendum cum usura. (1) ¡Bellas palabras! ¿De dónde jamás á tí, dice el Santo, la gloria; de donde á ti, polvo vil y podrido? ¿Acaso por la santidad de la vida? Mas ésta no es efecto de tu espíritu, sino del espíritu de Dios que te santifica. ¿Por ventura por los prodigios con que resplandeces glorioso? Mas de estos son el instrumento tus manos, y solo Dios es el autor con su soberana virtud. ¿Te envaneces acaso del aplauso del pueblo, á quien agradas con tus discursos? Mas dime; ¿quién te ha dado la lengua? ¿Quién la sabiduría? ¿Quién la facundia? ¿No es todo un puro dón de Dios? Tu lengua, mientras predicas, ¿no está en las manos de Dios que la mueve, como un escribano mueve la pluma sobre el papel? Todos estos, si bien lo consideras, son talentos que Dios te ha prestado para que negocies con ellos, y le des despues á su tiempo estrecha cuenta de lo que hubieres ganado. Estas son las máximas que todo cristiano debe tener altamente impresas en su mente y en su corazon; para que al levantarse los pensamientos y complacencias vanas, las rechaze al punto con enojo, y dé á Dios entera la honra y gloria de cualquier prenda suya. Con la profunda y frecuente meditacion de esta verdad, puede llegar una persona á mirar con tal desapego cualquiera propia excelencia, como sino perteneciese á ella, sino á otra; y á no conmovirse un punto al oirse ensalzar de otros.

324 A este grado de perfeccion habia llegado S. Hilarion, como refiere S. Geronimo en su vida, (2) el cual viendo en la edad de sesenta años el grande monasterio que habia fundado, y la gran multitud de monges que en el vivian con suma austeridad y observancia; viendo los pueblos que de todas partes concurrían, unos para sanar de sus enfermedades, y otros para ser bendecidos por sus manos: no solo no se alegraba en su

(1) S. Bern. serm 13. in Cant. (2) S. Hier. in vit. S. Hilar.

corazon de aquel gran favor popular, y del gran concepto que todo el mundo mostraba tener de él; sino que no hacia mas que llorar abundantemente. Preguntado por que derramaba tantas lagrimas y se deshacia en tan desecho llanto, respondia: porque el mundo cree que hay algo de bueno en mí; porque temo que Dios me pague con esto en esta vida algun servicio que le haya hecho; porque entre tanto concurso de gente que se amontona junto á mi, no puedo gozar mas de la quietud de la soledad. Todas señales claras de que nada se pegaba á los aplausos, á los obsequios y á la grande estimacion que de él hacian; sino que refiriendolo todo á Dios, se quedaba en si mismo tan despojado, como si aquellas honras no se hiciesen á él. Pero lo que despues añade S. Geronimo, es digno de especial observacion. Admirén otros, dice el Santo, sus grandes milagros, su prodigiosa abstinencia, su profunda humildad, su admirable ciencia de las cosas divinas; que yo no me admiro de otra cosa, sino de que con un ánimo tan superior pudiese pisar aquella grande gloria, y aquella grande honra que tantos pueblos obsequiosos le tributaban. Porque no solo concurrían á sus pies personas viles y plebeyas, sino que se juntaban á la puerta de su celda clerigos, sacerdotes, Obispos y comunidades enteras de monges. Se amontonaban al rededor de él señoras, caballeros, Gobernadores, personas ilustres y poderosas, solo para recibir un poco de aceite, ó un pedacito de pan bendecido por sus santas manos. Y sin embargo, tantas honras no tenían fuerza de mover el ánimo del santo viejo á una mínima complacencia; antes lo tenían afligido y dolorido por no hallarse en su amada soledad, humilde, desamparado y desconocido de todos: *mirentur alii signa, quæ fecit; mirentur incredibilem abstinenciam, scientiam, humilitatem. Ego nihil ita stupeo; quam gloriam illam, & honorem calcare potuisse. Concurrerant Episcopi, presbyteri, clericorum & monachorum greges, matronæ quoque, christianorum grandis tentatio, sed & potentes viri, & iudices, ut benedictum ab eo panem, vel oleum acciperent. At ille nihil aliud, quam solitudinem meditabatur.*

325. Con los asombros de S. Gerónimo confrontan los asombros de S. Bernardo, donde hablando de estas almas despreciadoras de la gloria mundana, dice, que es grande y rara virtud, que obrando tú cosas grandes, no te tengas por hombre grande; que tu santidad sea manifiesta á todos, y solo á tí esté escondida; y que á los ojos de otros parezcas admirable, y solo á los tuyos nada. Esto, dice el Santo, lo juzgo yo por una virtud mas estupenda que todas las otras virtudes juntas: *magna, & rara virtus profectò est, ut magna licet operantem, magnum te nescias; & manifestam omnibus, tuam te solum latere sanctitatem: mirabilem te apparere, & contemptibilem te reputare. Hoc ego ipsis virtutibus mirabilius judico.* (1) Para llegar á esto, no hay otro modo, que el que antes indiqué; esto es, rumiar continuamente lo que uno tiene de suyo, y lo que tiene de Dios. Si á estas consideraciones se añade un rayo de la divina luz, (que Dios no niega jamas á quien lo pide con humildad, con fe y con perseverancia, como dije desde el principio de este capítulo) se llega á hacer una separacion tan justa, que el alma nada se apropia de cualquier bien ó excelencia de que se vea adornada, ó de cualquier honra que se le contribuya; y con perfecto desapropiamiento y total desapego lo refiere á Dios: antes bien entre los obsequios y alabanzas, y entre los mismos aplausos se queda en un profundo abatimiento conociendo que de sí nada tiene, sino sus miserias.

CAPITULO VII

SE PROPONEN OTROS MEDIOS PARA ALCANZAR cumplida victoria de los dos referidos vicios.

326. Gran medio es tambien para no ser uno sorprendido, ó á lo menos vencido de la vanagloria, enderezar todo lo que hace á la pura gloria de Dios, excluyendolo eficazmente con esta santa intencion todo motivo de propia gloria, como exhorta San

(1) S. Bern. serm. 13. in Cant.

Pablo; *sive ergo manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite.* (1) Este medio inculca Casiano, como eficazísimo para tener lejos de nuestros corazones el monstruo feo de la vanidad: *athleta Christi, qui verum, ac spiritualem agonem legitime certare desiderat, hanc multiformentem, variamque bestiam superare festinet...* Primitus, nihil proposito vanitatis, & inanis gloriæ capessendæ gratia nos facere permittamus: deinde ea, quæ bono initio fecerimus, observatione simili custodire nitamur, ne omnes nostrorum laborum fructus post irrepens cenodoxicæ morbus evacuet. (2) Un atleta de Cristo, dice, que desea combatir generoso en el camino de la perfeccion, podrá huir de esta bestia de la vanagloria, que es una hidra de muchas cabezas, si no pusiere jamas la mano en alguna obra por motivo de vanidad; mas propóngase siempre un fin recto y bueno, y se esfuerce de guardarlo en el progreso de la obra. La razon de esto es manifiesta; porque poniendo nosotros la mira en la voluntad y gloria de Dios al principio de nuestras obras, ya reprimimos todo prurito de honra y de propia reputacion, que nos podria redundar de las tales obras. Y si despues en el progreso de las obras vuelve á moverse la pasion de la vanidad, es facil evitarla con volver á tomar el primer motivo de la gloria divina, y referir de nuevo á ella, lo que desde el principio le habiamos enderezado. Como lo hizo S. Bernardo, que tentado del demonio de vanidad, mientras estaba predicando con mucha doctrina y elocuencia, se volvió hácia el tentador con aquellas celebres palabras: *nec propter te cæpi, nec propter te desinam.* No comencé por tí mi discurso, ni por tí lo dejaré. Desde el principio puse los ojos de mi intencion en la gloria de mi Señor, y por sola su honra lo acabaré.

327 Refiere el Señor Battaglini en los anales (3) del ínclito Rey de Polonia Juan Sobieschi un acto de grande edificacion y digno de mayor admiracion. Despues de haber puesto en huida este valeroso guerrero á los escuadrones Otomanos,

(1) 1. Cor. 10. 31. (2) Casian. Instit. lib. 11. c. 18. (3) An. 1683. n. 23.

que con formidable sitio tenían rodeada y cedida la ciudad de Viena en Austria, se encontró á manera de triunfante en la ciudad, acompañado de los soldados victoriosos y del aplauso de todo el pueblo: y antes de ir á otro alojamiento, se fué á la Iglesia áulica de los Padres Carmelitas descalzos. Llegado aqui mandó que se cantase el himno festivo de accion de gracias á Dios por la victoria alcanzada. Mas porque no se halló pronto músico alguno que diese principio al festivo canto, el impaciente de dar á Dios aquella alabanza que el mundo tributaba á él, entonó el *Te Deum*, y con voz alta prosiguió cantando alternativamente con el pueblo el sagrado himno: y preguntándole el sacerdote, con que oracion lo habia de concluir, él mismo que lo habia comenzado, quiso acabarlo con aquellas palabras: *non nobis Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam* no á nosotros, Señor, sino á Vos solo se debe toda la honra y gloria de esta ilustre victoria. Este no menos pio que generoso Príncipe, en la expedicion militar que emprendió contra aquellos bárbaros escuadrones, no se propuso otro fin que la gloria de Dios; y por eso no le fué difícil al fin de la empresa el no apropiarse á sí la grande gloria que le resultaba, sino referirla toda á Dios con un público y solemne testimonio. Al contrario, si moviendo él las armas contra los enemigos del nombre cristiano, en vez de la gloria que debia resultar á Dios de la victoria, se hubiese propuesto por fin de aquella accion militar el hacerse celebrar á sí mismo de todo el mundo, y hacer inmortal su nombre para con la posteridad; cierto es, que despues del éxito feliz de aquella batalla, en vez de dar á Dios la gloria, se hubiera bebido para sí con grande complacencia todos los honores, las alabanzas, aplausos y las aclamaciones que por todas partes le resonaban y lisongeaban. De la manera que se portó él en una obra de tanta monta, aprendamos como nos debemos portar nosotros en nuestras pequeñas acciones, para que siguiéndoseles despues aprobaciones y alabanzas, no tomemos vana complacencia. Al tiempo de poner la mano en cualquiera operacion nuestra, pongamos la mira en Dios, endere-

zándola á él, y protestando con sinceridad de afecto de no querer otra cosa que su gloria, su gusto y el cumplimiento de su santísima voluntad. Pero conviene que hagamos esto habitualmente en todas nuestras acciones, para que arraigándose con este ejercicio de santas intenciones en nuestros corazones un cierto amor á la gloria de Dios, se arranque aquella inclinación natural que tenemos á pretender nuestra propia gloria.

328 El otro medio para no incurrir en las tentaciones de vanagloria, sea el tener escondidas las propias prendas y prerrogativas, y las obras virtuosas y loables que se van haciendo. Este medio nos lo propone S. Gregorio, y nos lo insinúa con una semejanza muy propia y bien acomodada. El que ha hallado, dice el Santo, un rico tesoro, no lo expone en la plaza, ni lo lleva por las calles públicas; porque esto seria lo mismo que convidar á los ladrones á hurtárselo, sino que lo oculta de los ojos de todos; sabiendo que cuante mas escondido está el tesoro, está tanto mas seguro. Así el que va juntando con las obras santas tesoros de virtudes y de merecimientos, debe esconderlos de los ojos de otros; porque de otra suerte los demonios á manera de ladroncillos le asaltarán con sentimientos de vanagloria, y le despojarán de todas las riquezas espirituales, que obrando virtuosamente habia adquirido: *inventus thesaurus absconditur, ut servetur; quia studium coelestis desiderii à malignis spiritibus custodire non sufficit, qui hoc ab humanis laudibus non abscondit. In præsenti etenim vita; quasi in via sumus, qua ad patriam pergimus. Maligni autem spiritus iter nostrum; quasi quidam latrunculi obsident. Depraedari ergo desiderat, qui thesaurum publice portat in via.* (1)

329 San Juan Crisóstomo nos inculca el mismo consejo de tener escondidos los dones que Dios nos ha comunicado, sino queremos perderlos manifestándolos, y procura persuadirlo con una semejante paridad. Un vestido precioso, dice el Santo, bordado de oro y de piedras preciosas, expuesto al público atrae los ojos de los que lo miran, y los incita á las asechan-

(1) S. Greg. hom. 11. in. Evang.

zas y hurtos; pero cerrado en una caja está allí seguro. Así las riquezas de las virtudes hechas públicas y manifiestas convidan á nuestros infernales enemigos á robarnoslas furtivamente con los estímulos de la vanidad; pero conservarlas ocultas en el fondo del corazón, se mantienen allí seguras sin peligro de perderlas: *sicut aurum & vestem pretiosam, cum in publico ponimus, multos ad insidias provocamus; si vero domi recondamus, in tuto cuncta servabimus: sic si opes virtutum palam, quasi venales assidue portemus in mente, inimicum irritabimus ad furtum: si vero nemo id alter scierit, nisi quem nulla occulta latent, tutissimo in loco consistent.* (1) Y esta es la razón por la cual nos enseña el Redentor, que queriendo hacer oración, nos retiremos en nuestro aposento, cerremos la puerta, y oremos á solas con Dios, para que no sea manifiesta á otros nuestra oración: que ayunando nos lavemos la cara, para que con la flaqueza y palidez del rostro no demos alguna muestra de nuestros ayunos, y que repartiendo limosnas, lo hagamos tan á escondidas, que ni aun sepa la mano derecha lo que hace la siniestra. Sabía el divino Maestro, que de la manifestación de las buenas obras nace la carcoma de la vanagloria y de la vana complacencia, que todas las roe, las corrompe y destruye: por esto nos encomienda con semejantes expresiones, que haciendo algún bien, lo ocultemos con mucho celo y cuidado, para que no se trasluzca á los ojos y noticia de otros.

330 Quiero confirmar esta doctrina con un heroico encubrimiento con que supo guardar una religiosa sus virtudes, y aún refinarlas hasta darles el lustre de una eminente santidad. Cuéntase en los libros de los Padres (2) como cosa referida de S. Basilio: que en un monasterio de cuatrocientas monjas había una de rara virtud; porque no se sustentaba de otra cosa, que de las migajas de pan que quedaban de la mesa de las religiosas, y de algunas sobras viles que hallaba en el fondo de la olla al lavarla. Gozaba en la oración, y fuera de ella de una continua unión con Dios. Se regocijaba entre las injurias, y

(1) S. Chris. hom. 8. in Matth. (2) De providen. 2. 2.

sentia júbilo entre las afrentas; y aun irritada y provocada jamas se le anotó operacion ó palabra alguna que pudiese ofender la caridad. Viendo esta santa religiosa, que en una comunidad de tantas mugeres observadoras de los hechos ajenos, no era posible esconder los dones de que Dios la habia enriquecido, meditó un medio verdaderamente extraño; pero que le apareció el mas seguro para ocultar de un golpe todas sus virtudes. Primeramente se fingió loca: despues procuró con clamores y gritos descompasados persuadir á las monjas, que ella estaba endemoniada. La ficcion fue hecha tan al vivo, que logró en todo el monasterio una cumplida fe: de suerte, que escarnecida de todas como loca, y aborrecida como energúmena, fue apartada del comercio de las otras religiosas, y destinada á servir de criada en la cocina. Quitáronle de la cabeza el velo que traian las otras monjas por señal honrosa de su perpetua virginidad, y le ciñeron la cabeza con viles trapos. Quien la escarnecia con burlas amargas, quien la injuriaba con palabras pícantes, quien la ultrajaba con golpes, quien le echaba encima agua sucia, y quien le llenaba las narices de mostaza, tomándola por materia de sus entretenimientos y pesadas burlas. Entre tanto, hallandose S. Piterio en un cierto lugar desierto y solitario, llamado Porfirico, se le apareció el angel del Señor, y le dijo que fuese á tal monasterio, donde hallaria una religiosa mas santa que él: y que la señal para conocerla entre tanta multitud de otras religiosas, seria una cierta corona que traia en la cabeza. Partióse S. Piterio para aquel monasterio, y todas las monjas que tenian gran concepto de su santidad, se amontonaron luego muy obsequiosas á su redor. Mirólas el Santo con ojos muy atentos; pero no viendo en ninguna de ellas la señal que el Angel le habia dado, preguntó, si habia otra religiosa en el monasterio. Si, respondieron; pero no hagais caso de quererla ver, porque es una loca, y tambien replicaron otras, está la pobre endemoniada. Traedmela, dijo el Santo. Rehusó ella por algun rato el ir, quizá presajiosa de algun descubrimiento tanto mas doloroso para

ella, cuanto mas glorioso; mas al fin fue á donde estaban las otras. Al verla S. Piterio con la cabeza envuelta en aquellos trapos, entendió que aquella era la corona que el Angel le habia significado; y al punto se arrodilló á sus pies, pidiendole su bendicion. Las monjas asombradas al ver esto, deteneos, Santo Abad, le decian; que esta es una loca, y no merece semejante reverencia y obsequio. Locas sois vosotras, dijo entonces el Santo, que no conoceis la santidad de esta compañera vuestra. Quisiera Dios que yo me hallase delante del tribunal del divino Juez tan rico de merecimientos, como ella comparcerá. Al oir esto las religiosas, quedaron todas confusas y avergonzadas por los malos tratamientos, con que por tan largo tiempo la habian despreciado; y arrodillándose á porfia á sus pies, le pedian perdon, quien de las injurias, quien de los golpes, quien de los dicterios, quien de las befas, y quien de los ultrages; de los cuales quien mas, quien menos, todas se reconocian culpadas. Mas ella temiendo perder con un descubrimiento tan honroso aquellos dones que habia sabido guardar y aun sustentar, y acrecentar con un tan largo y fingido encubrimiento, se huyó del monasterio, en el cuál no habia en aquel tiempo obligacion de clausura ni permanencia; ni se pudo saber jamas á que rincon de la tierra hubiese ido á esconder sus grandes virtudes para asegurarlas de los ladrones de la vanagloria.

334 Dos cosas nos conviene observar aquí: la primera, que aunque debemos imitar á esta gran muger en el celo de ocultar aquel bien que Dios ha puesto en nosotros, para que escondido no se lo lleve el aire lisonjero de la vanidad, y no quedemos despojados de él; no debemos imitarla en la estratagemas de que ella se valió para ocultarle, porque tales modos extraños, como diré en el siguiente capitulo, sin una muy extraordinaria inspiracion de Dios (de la cuál fué ciertamente movida aquella santa religiosa) no son lícitos, ni deben practicarse. La segunda, que si bien, cuanto es de nuestra parte debemos ser inclinados á ejercitar ocultamente los actos de las

virtudes, á veces la edificacion y provecho espiritual de los prójimos, y consiguientemente la gloria de Dios requiere que se hagan en público, como el mismo Jesucristo nos lo enseña: *videant opera vestra bona, & glorificent Patrem vestrum, qui in caelis est.* (1) Lo cuál principalmente sucede en aquellos que tienen cuidado de las almas, y están obligados á promover con su buen ejemplo la salud de ellas. Mas en tales casos, en que conviene que el bien se haga en público, debe advertir la persona (como nota el sobrecitado S. Gregorio) que haya en el secreto del corazón una rectísima intencion de querer puramente la gloria de Dios por medio de aquella edificacion que se dá al prójimo con las propias obras virtuosas: *sic autem sit opus in publico, quatenus intentio maneat in occulto, ut de bono opere proximis præbeamus exemplum; & tamen per intentionem, qua Deo soli placere quærimus, semper optemus secretum.* (2)

CAPITULO VIII.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR sobre este artículo.

332  a ha comprendido el director, quanto se opone á la perfeccion y á sus progresos el espíritu de ambicion y de vanidad. Cuando hallare personas que libres ya de toda culpa grave; quieren servir á Dios, y profesar vida espiritual y devota; tenga cuidado de fundarlas bien desde el principio en el conocimiento de sí mismas, haciéndoles meditar á menudo lo que tienen de sí, y lo que tienen de Dios, para que formen un concepto bajo de sí mismas que las tenga habitualmente confundidas á vista de sus miserias, y adquieran una cierta facilidad de referir todo su bien á Dios, que es el autor de todo lo bueno. Este conocimiento bajo de sí mismo es uno de los principalísimos fundamentos de la vida espiritual, porque abate á los dos mas grandes enemigos de ella; que son la ambicion y la

(1) Matth. 5, 16. (2) S. Greg. sup, cit.

vanidad. Dadme una alma que esté bien fundada en este humilde conocimiento; y la vereis, no digo ya caminar, sino dar sublimes vuelos á la cumbre de la perfeccion. Al contrario, si no tuviere el expresado bajo conocimiento, la vereis andar siempre titubeando y afanando en el camino del espíritu sin hacer jamás notable adelantamiento. Y por eso insista mucho en esto el director.

333 Ni esto se ha de entender solamente acerca de los bienes sobrenaturales, y acerca de los dones que pertenecen al orden de la gracia, en los cuales es menos difícil el reconocer la mano benéfica del dador; sino tambien acerca de los dones naturales, ó de riquezas, ó de nacimiento, ó de ingenio, ó de saber, ó de prudencia, ó de gentileza y hermosura corporal; porque la vanagloria á cualquier cosa que se pegue, hace siempre grande estorbo al aprovechamiento espiritual: no acostumbrando Dios comunicarse á las almas si no las vé humilladas con un conocimiento sincero de su nada y de sus miserias. Para disipar de la mente de los penitentes estos humos de vanidad, que se levantan del esplendor de las cosas temporales, puede servirse el director de aquella máxima que proponia S. Basilio á su pueblo: *tibi uni mire places ob vitæ gentis claritudinem? Immodico gaudio subsilis ob patriæ celebritatem? Ob elegantiam corporis? Denique ob honores ab omni gradu hominum tibi delectos? Attende tibi: mortalis enim tu. Quippe terra es, & in terram abibis.... Ubi, jam dic, qui civitatum amplissimos magistratus capessebant? Ubinam invicti rectores? Ubi exercitum Duces? ubi tyranni? Nonne omnia pulvis? Non sunt in fabulam conversa omnia? Memoria vitæ eorum in quam paucis ossibus retinetur! In horum sepulchra deflecte parum per oculos. Posse ne te speras discernere inter famulum & dominum? Inter pauperem & divitem? Inter victum & eum, à quo vincitus erat, Regem? (1) ¿Te complaces tú, por ventura, dice el Santo, de tus muchas riquezas, ó de la ilustre prosapia de tus antepasados? ¿Del esplendor de la patria en que has nacido, ó de la belleza*

(1) S. Basil. hom. 3. in verb. Moysis Attendit tibi ipsi.

del cuerpo, de las honras que te dan todos grados de personas? Ah! reflexiona un poco sobre ti mismo, y considera que eres hombre mortal, que eres tierra y polvo, y que en tierra y polvo se han de convertir todas tus grandezas. Dime: ¿dónde están ahora aquellos que en las ciudades poseían los magistrados mas ilustres? ¿Dónde están aquellos invencibles gobernadores de las provincias, aquellos valerosos generales de los ejércitos? ¿Aquellos reyes, aquellos tiranos? ¿No se han resuelto todos en vilísimo polvo? La memoria de su vida ¿no se ha reducido al sepulcro de unos pocos huesos? El curso de sus glorias ¿no parece la trama de una fabulosa comedia? Echa un poco la vista á sus sepulcros, y mira si puedes discernir entre aquellos huesos al siervo del señor, al pobre del rico, al esclavo del príncipe que le puso en cadenas? Así el Santo. Y ciertamente no hay medio tan eficaz para reprimir el viento de esta vanidad, de que andan hinchados los seculares, como el considerar frecuentemente lo que serán en breve; y lo que de presente son aquellos que estuvieron mas colmados que ellos de esta felicidad mundana. Queriendo por tanto alguno de ellos atender á la vida devota, deles para meditar el director semejantes verdades en algun libro que distintamente las exponga para la meditacion; porque no puede haber verdadera espiritualidad, mientras no se deshacen estos humos de nuestra mente.

334 Advertencia segunda: La vanidad de las mugeres de ordinario consiste en aparecer en público muy adornadas y ataviadas con joyas, con preciosos y ricos vestidos y con mucha pompa. La razon de esta flaqueza es, porque por una parte están privadas de todo ejercicio de letras, de armas y de gobierno; no son capaces de puestos, de cargos, de dignidades y de otro cualquier empleo honorífico. Por otra parte tienen igualmente que los hombres radicada en el ánimo la pasion de la vanagloria. De manera, que no pudiendo ocupar su pasion en cosas de mayor momento, la desahogan toda en esto de parecer bien y con decoro. Mas sin embargo, queriendo ellas profesar devocion y piedad, es necesario que se moderen en la superfluidad de

tantos adornos; porque no puede acompañarse con semejante variedad la verdadera devoción y la sólida piedad. Cuenta Cesareo que en Moguncia entraba una mañana en la Iglesia una muger ricamente vestida, para asistir al santo sacrificio de la misa. Un sacerdote de buen espíritu, vió que en la cola del vestido que llevaba aquella muger, pavoneándose soberbiamente, arrastraba tras de sí una multitud de demonios en figura de negros pequeños y disformes, los cuales dando palmadas y riéndose entre sí, hacían gran fiesta; y que andaban correteando por encima y debajo de la orilla del vestido, como se deslizan los peces dentro de la red. El siervo de Dios mandó á los demonios que no se partiesen; y vuelto al pueblo, que asistía á los divinos oficios, le convidó á mirar aquel horrible espectáculo. La muger viéndose burlada de los demonios y abominada del pueblo, se tornó confusa á casa, se despojó de sus preciosos vestidos, y jamas se los volvió á poner. Si los demonios, digo yo, mostraban tanta complacencia de aquellos vanos adornos, señal es que eran de grande daño para el alma de quien los llevaba; y lo que quizá es peor, de mayor perjuicio á los ojos de quienes la miraban. Esfuércese el director de apartar estos impedimentos de sus penitentas, mayormente si fueren espirituales y tuvieren algún ejercicio de virtud. Si puede sin peligro de inconvenientes y desconciertos quitarles toda pompa de vestidos, y todo vano adorno, hágalo así; porque de esta manera arrancará del todo la raíz de este mal. Pero si la prudencia no le persuade hacer esto, á lo menos las procure moderar acerca del uso de semejantes adornos, como ya dije otra vez. Haga que anden mas modestas, y lo mas llano que sea posible en su estado; y sobre todo, que llevando algún atavío, no lo hagan por gana de parecer bien (porque esto no puede de modo alguno excusarse de vanidad y pecado); sino solo por satisfacer á una cierta conveniencia, y á ciertos justos respetos que les persuaden el uso de algún moderado adorno: ó yá sea por no manifestar á la gente alguna interior espiritualidad con apartarse mucho del porte de

otras mugeres sus iguales: ó sea por no caer en el error de algunas otras mugeres que quieren mostrar por defuera con el hábito, con el modo de andar, y quizá con palabras afectadas, la devocion que creen tener.

335 Aprendan los directores como deben portarse con semejantes mugeres vanas, de un gran maestro de espíritu, quiero decir, de San Bernardo. Vino á visitarlo al yerno de Claraval una hermana suya, y vino toda llena de galas, adornada de joyas y vestida de preciosas telas. El Santo habiendo sabido la pompa con que habia venido á aquel sagrado claustro, no quiso bajar á la puerta para verla, sino que la mandó decir, que ella era la red del diablo, el cual se valia de sus atavíos para arrastrar á ella y á otros con ella al infierno. Ni tampoco los demas hermanos del Santo la quisieron ver, excepto uno llamado Andrés, el cual la habló; pero la dijo que le parecia una masa de estiércol cavuelta en sedas y brocados. A tales tratamientos y á tales reprehensiones se confundió y compungió la pobre muger; y prorumpió en desecho llanto, y prometió de hacer cuanto le dijese su santo hermano. Entonces bajó á verla S. Bernardo, y la primera palabra que la dijo, fue prohibirla todas las pompas, todos los atavíos y todos aquellos adornos de vestidos de que estaba tan pagada: *primo verbo omnem ei mundi gloriam in cultu vestium, & in omnibus seculi pompis & curiositatibus interdixit.* (†) Despues prosiguió dándola documentos de espíritu. Obedeció ella, y dejadas todas las galas, emprendió una vida retirada y devota; y despues de dos años se retiró con el consentimiento de su marido á un monasterio para hacer vida santa. Aprendá el director de este gran Santo el modo de hacer santas á las mugeres. Quíteles, ó á lo menos modéreles los atavíos en el vestir, y esté seguro que una muger que llega á despreciar la belleza del rostro, la vanidad de los vestidos, y no cuida mas de parecer hermosa á los ojos de otros, está muy dispuesta con esto solo, para consagrarse á Dios y á la vida espiritual.

† In vita S. Bern. lib. 1. c. 6.

336 Advertencia tercera: no permita jamás el director á sus discípulos el dejar alguna obra buena que les sea conveniente, por el temor de vanagloria. Me explico: hay algunas personas que se abstienen de comunicar á sus directores las inspiraciones ó favores que reciben de Dios en la oracion; se guardan de manifestarles las penitencias, las mortificaciones y otras obras santas en que suelen ejercitarse; porque experimentan en descubrir semejantes cosas algun sentimiento de vanidad; ó sino, callan las dichas cosas, porque temen que se despierten en sus corazones los tales sentimientos. Otras hay que dejan de visitar Iglesias, de frecuentar Sacramentos, de servir en los hospitales á los enfermos, y de hacer otras obras pias; porque obrando virtuosamente se excitan en su mente pensamientos vanos. A tales personas conviene imponerles que no se retiren de algun bien, por huir la vanidad; de otra suerte el demonio, advirtiendo este su temor, podria quitarles poco á poco todo bien, con ingerir en sus entendimientos ahora un pensamiento de vanidad, y ahora otro. Enderecen la intencion á Dios: protesten delante de su Magestad de querer obrar por fin recto, y sin hacer caso de las vanas complacencias que sienten, persistan constantes en obrar bien. Fué un monge al Abad Pastor, y le dijo, que se abstenia de hacer actos de caridad, porque le salian manchados con vanas complacencias. (1) Reprendióle el Abad, y para dejarle convencido de su error, le hizo la narracion siguiente. En un pago vivian dos labradores, el uno perezoso, y el otro diligente. El primero dejó de sembrar, y el segundo á su tiempo derramó la semilla sobre su campo. El primero nada recogió; y el segundo recogió poco grano mezclado con una cizaña. ¿Cuál de los dos te parece que obró rectamente? El segundo, respondió el monge, porque es mejor recoger poco, que nada. Pues asi, si tú dejas de hacer el bien por temor de vanagloria, ningun merecimiento recogerás; pero si fueres constante en el bien, aunque este en el progreso de la

(1) En lib. doctr. PP. lib. de Orat. n. 7.

obra se mezcla con la cizaña de alguna vanidad, sin embargo, lograrás alguna cosecha de merecimientos para el Paraiso. A esto añado yo, que si la persona en despertandose la vanidad, fuere pronta á despreciarla, renovando la intencion recta, no se mezclará ni un grano de cizaña á la cosecha; sino que antes será colmada, perfecta y abundante para el Paraiso. Por eso no se deben omitir jamas las obras virtuosas por estos vanos temores, sino antes despreciándolos, proceder con santa libertad.

337 Advertencia cuarta: no permita el director á sus discipulos hacer cosas, por las cuales sean tenidos por locos, imprudentes y por personas de poco juicio, á fin de asegurarse de los asaltos de la vanagloria; porque quiere Dios que en nuestras operaciones procedamos con toda sabiduria y rectitud; y se contenta, con que cuando otros formen siniestro concepto de nosotros, sin dar nosotros ocasion alguna, suframos con humildad y con paz semejantes agravios hechos á nuestra reputacion. Sé, que S. Simon Salo, S. Felipe Neri y otros Santos practicaron los dichos actos, á fin de que se les tuviese por locos. Mas estos, como dije arriba, eran movidos del Espiritu Santo con extraordinarias inspiraciones, sin las cuales no se deben hacer semejantes cosas. Ni tampoco apruebe á sus discipulos, que por huir la vanidad, á cada paso digan mal de sí mismos, llamándose pecadores, imperfectos y miserables. Lo primero, porque debajo de estas afectadas humillaciones se esconde una tácita vanidad de parecer modestos y moderados en la opinion de sí mismos; aunque por otra parte las mas de las veces no lo reparen ni adviertan. Lo segundo, porque aun cuando estas acusaciones se hagan con afecto sincero, el que las escucha, de ordinario no las cree ni admite; antes bien las recompensa con dobladas alabanzas. Asi que al fin se halla la persona en peligro de caer en vanagloria por los mismos medios, por los cuales procuraba evitarla. Mejor es que la persona lleve radicado en la mente y en el corazon un justo conocimiento de sí misma y de sus miserias, por las cuales se desprecie en su interior, y dé sinceramente la gloria á Dios de todo su bien, y esté siem-

pre dispuesta á llevar bien la acusacion de sus defectos y flaquezas, cuando le sea hecha por boca de otros.

338 Vino á encontrar al Abad Serapion un monge, que casi á cada palabra se llamaba pecador é indigno del hábito religioso que llevaba encima. (1) Quería el Santo Abad lavarle los pies, como solia practicar con los monges forasteros; mas el no se lo permitió, protestando que merecia estar debajo de los pies de todos. Habiéndose, pues, hecho sentar á la mesa, le trajo un poco de refeccion. Mientras comia el monge, comenzó el Abad á decirle dulcemente y con espíritu de sincéra caridad: hijo, si quieres ir adelante en la perfeccion religiosa, estáte retirado en tu celda; atiende á tí y á las obras manuales. Tanto andar, como tu haces de un yermo á otro, tanto vaguear por estos desiertos, no puede contribuir á los adelantamientos de tu espíritu. En ningun lugar se encuentra mejor á Dios, que en la celda y en la soledad. Al oír esto el monge, se alteró tanto en su corazon, que no pudo menos que dar señales de su turbación por defuera. Habiéndolo reparado Serapion, le dijo: hermano, ¿qué es esto que veo? Antes te acusabas por un gran pecador y como indigno de la tierra que pisabas y del aire que respirabas: ¿y ahora por una caritativa amonestacion que te hago de tus faltas, te turbas tanto, te azoras y alborotas? Tu andas errado, hermano mio. Si quieres ser humilde de veras, no has de decir tí tus defectos, has de esperar que otros te los digan; y cuando suceda esto, lo has de sufrir con paz y quietud; te has de gozar en lo íntimo de tu corazon. Abrió los ojos el monge á esta segunda reprehension, y entendió cual era la humildad aparente, y cual la verdadera, á la cuál está solamente reservada la victoria de toda vanidad. Pidió por tanto perdon al Abad, y volvióse á vivir solitario en su celda. Haga el director, que tambien sus penitentes entiendan bien lo mismo; y déles esta regla, de que no hablen de si mismos ni bien, ni mal; no bien,

(1) Ex lib. doct. PP. contra Inan. glor. n. 11.

porque es fomento de vanidad; no mal, porque de ordinario no suele ser remedio contra la vanidad.

ARTICULO IX.

IMPEDIMENTOS QUE PUEDEN PROVENIR A LA PERFECCION DE OTROS OBJETOS EXTERIORES AGRADABLES.

CAPITULO PRIMERO.

SE HABLA DEL OBSTACULO QUE PONE A LA PERFECCION el amor desordenado de los parientes.

339 **N**o son las riquezas solamente, ni la gloria y honra mundana aquellos objetos exteriores peligrosos, que con sus agradables alagos apartan al hombre devoto de la perfeccion. Otros hay no menos lisonjeros que se atraviesan á su camino espiritual, y hacen grande esterbo á sus adelantamientos. Entre estos pongo en primer lugar á los parientes, los cuales con el atractivo de la sangre, con el afecto del corazon, y con la familiaridad del trato tienen fuerza para engendrar en nuestros pechos un amor poco conforme, y tal vez del todo ageno de aquellas leyes que la caridad cristiana nos prescribe; y por consiguiente tienen fuerza para apartarnos de la perfeccion cristiana, que toda se funda en las leyes de la caridad.

340 Si esto no fuera verdad, no habria dicho Jesucristo aquellas palabras: *si quis venit ad me, & non odit patrem suum, & matrem, & uxorem, & filios, & fratres, & sorores, adhuc autem & animam suam, non potest meus esse discipulus.* (1) Si alguno viene en pos de mí, y no aborrece al padre, á la madre, á la muger, á los hijos, á los hermanos y hermanas, y tambien á su propia vida, no tiene que lisonjearse, porque no puede ser mi discípulo. Ni tampoco habria hecho el Redentor aquella

117 LUC. 14. 20.

magnífica promesa: *et omnis, qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros propter nomen meum, centuplum accipiet, & vitam æternam possidebit.* (1) Cualquiera que dejare la casa, los hermanos ó hermanas, el padre ó la madre, ó la muger, ó los hijos, ó las posesiones por mi amor, recibirá cien doblado en la tierra, y la vida eterna en el cielo. Si no puede ser secuaz y discípulo de Cristo, quien con ódio santo no abandona, ó á lo menos no deja de amar desordenadamente los parientes, es preciso ciertamente decir, que este amor desordenado á los parientes es un grande impedimento para la imitacion y seguimiento de Cristo, y consiguientemente para la perfeccion cristiana. Si el Redentor promete de presente un premio cien doblado, y una gloria eterna en lo venidero, á quien se aparta de los parientes mas estrechos; conviene creer con toda firmeza, que en este generoso desasimiento y desapego está puesta una grande perfeccion: y al contrario, que es una grande imperfeccion el estar demasadamente pegados á los parientes.

341 Mas aun cuando el Redentor no hubiera hablado, habla todos los dias la experiencia, y nos hace ver, cuántos son los que por este afecto desarreglan á su sangre, se enagenan de Dios, sumergiéndose mas de lo debido en los negocios, en los comercios y en los intereses temporales, hasta perder todo espíritu de devocion y todo sentimiento de piedad; y lo que es mas lamentable, nos hace ver cuántos son los miserables que por el amor de los hijos ó de los nietos, no hacen caso de perder sus almas, gravando sus conciencias por causa de ellos con comercios injustos y ganancias irracionales. No espere, pues, hacer algun progreso en la perfeccion de la vida cristiana, quien no desarraiga de su corazon un afecto tan nocivo y tan peligroso, que aun cuando no le lleve á la eterna perdicion como ha sucedido á otros, le tendrá ciertamente sumergido siempre en un mar de faltas y de imperfecciones.

342 Pero para proceder con la debida claridad en un

(1) Matth. 19. 29.

punte de tanta importancia, es menester distinguir dos afectos diversos que se pueden tener para con los parientes. El uno es aquel amor que la misma naturaleza enciende en nuestros corazones á los consanguíneos, amor semejante al que tienen tambien los brutos á sus hijos; pues la naturaleza no hace madres, aun á las tigres, sin infundirles en sus corazones un amor tierno á sus partos, y sin imprimir en los partos un amor reciproco á sus madres. Este afecto natural, si fuere regulado con las leyes de la recta razon, es recto y virtuoso; pero si traspasa los dictámenes de la recta razon es defectuoso, y en personas de conciencia relajada puede ser tambien causa de muchos pecados graves que las lleven á la ruina eterna.

343 El otro amor es aquel que dicta la caridad cristiana, y lo arregla á sus santas leyes. Así como ésta nos manda amar á los prójimos por respecto de Dios, que de todos es primer principio, último fin y eterna bienaventuranza; así nos impone el amar á nuestros parientes por el mismo motivo, y como quiere Santo Tomás, amarlos aun mas intensamente. (1) Luego este amor á los conjuntos arreglado por la caridad, es santo y meritorio, ni puede ser de algun perjuicio á la perfeccion, antes bien le debe ser de ayuda; porque es gobernado de la reina de todas las virtudes, que es la caridad, y es enderezado á Dios, de quien, como de su propia fuente, nace toda nuestra perfeccion.

344 Por eso dice S. Gregorio, que queriendo unirnos á Dios, debemos desapegarnos de nuestros parientes de tal manera que no cuidando, y casi ignorando aquel amor carnal que nace de la conjuncion de la sangre, los amemos en Dios mas sólida y santamente: que debemos ayudar á ellos mas que á los otros; y como una llama habiendo de producir un incendio, primero se pega á la materia que tiene mas vecina, así nuestro afecto debe aplicarse primero á aquellos que nos son mas próximos por el origen del nacimiento. Mas todo esto debe hacerse de manera, que el amor á los suyos no le impida á uno los pro-

(1) S. Thom. 2. 2. q. 26. art. 8.

gresos del espíritu: lo que sucederá prósperamente si ennobleciendolo con el amor de las cosas sumas y divinas, le diéremos órden, rectitud y relacion á Dios. Veis aqui sus palabras: *extra cognatos quisque, ac proximos debet fieri, si vult parenti omnium verius jungi: quatenus eosdem, quos propter Deum viriliter negligit, tanto solidius diligit, quanto in eis affectum solubilem copulæ carnalis ignorat. Debemus quidem & temporaliter his, quibus vicinius jungimur, plus cæteris prodesse, quia & flamma admotis rebus incendium porrigit; sed hoc ipsum prius, unde nascitur, incendit. Debemus copulam terrenæ cognationis agnoscere, sed tamen hanc, cum cursum mentis impedit, ignorare; quatenus fidelis animus divino studio accensus, nec ea, quæ sibi sunt in infimis conjuncta despiciat, & hæc apud semetipsum recte ordinans, summorum amore transcendat.* (1) Y poco después añade claramente, que los hombres santos no dejan de amar y de ayudar á sus parientes en las cosas necesarias; pero que por medio del amor que tienen á Dios, lo vencen, lo moderan y rectifican discretamente: de modo, que no se apartan un punto de la rectitud por su causa: *neque enim sancti viri ad impendenda necessaria propinquos carnis non diligunt; sed amore spiritualium ipsam in se dilectionem vincunt: quatenus sic eam discretionis moderamine temperent, ut per hanc in parvo saltem, ac minimo à recto itinere non declinent.*

345 Adviértase que el amor hácia Dios difícilmente puede apagar el amor carnal bajo é imperfecto, que la naturaleza engendra en nuestros corazones hácia los conjuntos en sangre, y convertirlo en espiritual y santo, si se vive juntamente con ellos. Porque la presencia de aquellos objetos agradables, el trato familiar, confidente y continuo, los obsequios y actos de servicio que de ellos frecuentemente se reciben, y el amor que en ellos se reconoce; es todo yesca que enciende y nutre el amor carnal para con ellos, y lo mantiene siempre vivo. Por eso dice muy bien el sobrecitado Santo: *extra cognatos quisque, & proximos debet fieri, si vult parenti omnium verius jungi: que*

(1) - S. Greg. Moral. lib. 7. c. 6.

quien quiere unirse á Dios con el vínculo de una perfecta caridad, es menester que se separe de sus parientes.

346 Parecerá esto mas claro con varios sucesos que se leen en los libros de los Padres antiguos, en los cuales se reconoce cuánto temian aquellos grandes siervos de Dios, no digo ya la conversacion y trato domestico, sino aun la vista de sus parientes. Como del Abad Juan, que por huir de la visita de una hermana suya, que despues de veinte y cuatro años queria venir al monasterio á verle, tomó resolucion de ir él mismo en persona á visitarla; pero desconocido. (1) Partió con otros dos monges en hábito de peregrino, habiendo llegado al monasterio de su hermana, le pidió un poco de agua para templar la sed, y despues de haber bebido sin hablar palabra, ni dárselo á conocer, se partió de alli. Vuelto á su monasterio escribió á su hermana, que ella ya habia conseguido su deseo de verle, porque era uno de aquellos tres peregrinos á quienes habia refrigerado con agua: que se contentase con esto, y no le molestase mas. Como del Beato Teodoro discipulo de S. Pacomio, que logró el no ver á su madre, habiendo venido á visitarle en el yermo, sin embargo de las cartas de recomendacion que ella envió á su maestro Pacomio, para que le obligase con su autoridad á abocarse con ella; (2) porque supo el santo jóven persuadir tan bien á su maestro, que la dicha visita no podia ser de provecho á su espiritu, que él no se atrevió á mandar-selo: y asi quedaron burladas las esperanzas de su madre. Como del monge Prior, que obligado de S. Antonio á hacer una visita á su hermana, lo hizo por no faltar á la obediencia; pero con los ojos cerrados. (3) Como del monge Marco, que obligado del Abad á hablar á su madre que le esperaba en la puerta del monasterio, se le presentó delante con un vestido roto, teñido de olin el rostro, y sin levantar aun los ojos para mirarla, dijo á ella y á su comitiva estas dos solas palabras; *sani estote*; estad buenos y sanos: y despues volviéndoles las

(1) Ex lib. sent. §. 31.

(2) Ex eod. lib. §. 33.

(3) Ibid. §. 30.

espaldas se fué. (1) Como tambien de otros muchos, cuyo desapego y desasimiento de sus parientes se refiere en aquellas venerables historias.

347 De aqui se infieren dos cosas, la primera, cuán perjudicial sea al espíritu el amor de la carne y sangre; pues aquellos santos hombres que deseaban de veras su perfeccion lo temian tanto, y se cautelaban de él con modos tan extraños, que á la primera vista parecian indiscretos. La segunda, que para estar desapegado el corazon de los parientes, es necesario, ó á lo menos es muy oportuno, el estar léjos de ellos corporalmente, lo que conociendo aquellos siervos de Dios, huian de todo encuentro, de toda junta, de toda visita, y aun hasta de la vista de ellos. El que quiere, pues, eficazmente su espiritual aprovechamiento, ó abandone totalmente á los parientes, conforme el consejo de Cristo, y la práctica de los religiosos, y rompa de un golpe todas aquellas dulces cadenas del amor natural é imperfecto que le tienen asido á ellos: advirtiéndole, que despues de haberlos dejado, no vuelva á acercarseles; pues es propio de este afecto engañoso, el volverse á encender con mas calor despues de haber sido una vez apagado: ó si no puede abandonarlos del todo, se separe, ó se aleje de ellos cuanto mas pudiere; porque asi como para apagar el fuego, no hay otro medio que quitarle la materia; asi para tener el corazon desapegado, el medio mas seguro es alejarlo de aquellos objetos agradables, que son la materia en que se ocupa con sus afectos. Pero si ni aun esto se pudiere hacer, á lo menos estando entre los parientes, sepa moderar el afecto de la naturaleza con las reglas de la caridad; y hágalo de manera, que el amor de la carne esté sujeto al amor de Dios. Veo que esto es lo mas dificultoso, pero sin embargo, es posible de conseguirse, si la persona, sin dar oídos á las inclinaciones de la naturaleza, protesta frecuentemente á Dios de no querer amar á sus parientes, sino solo porque su Magestad quiere que los ame: que procure sus adelantamientos temporales y espiritua-

11 / Ibid. l. de obed. n. 2.

les, solo porque él quiere que los promueva; y que no haría jamás cosa en utilidad de ellos, si conociese que era de algun modo desagradable á su divina Magestad. Estos actos repetidos á menudo y de corazon tienen fuerza de debilitar el amor carnal, y de sujetarlo al amor divino: de manera que no sea ya brutal, sino racional, santo y arreglado; ni sirva de estorbo alguno á los progresos de la cristiana perfeccion. Estas doctrinas parecerán extrañas á aquellos seculares que están acostumbrados á gobernarse en sus afectos por los instintos de la naturaleza, á manera de los brutos. Sin embargo, son verdades evangelicas enseñadas de Cristo, confirmadas de los santos Padres con su doctrina, y autorizadas de grandes siervos de Dios con su ejemplo, como ya he mostrado. Y de la inobservancia de estas doctrinas nace en parte, que en los seculares, aun en los mas espirituales, no se vean muchas veces aquellos adelantamientos de espiritu, que se reconocen en las personas religiosas que atienden seriamente á su aprovechamiento.

CAPITULO II.

IMPEDIMENTOS QUE TRAEN Á LA PERFECCION *las amistades fundadas en el amor sensible y carnal con los objetos agradables.*

348 **S**i el amor carnal con los parientes pone grande estorbo á la perfeccion, mucho mas se le opone un cierto amor sensible y carnal para con otros objetos extraños, fundado, no en la conjuncion de algun parentesco, sino en una cierta conformidad de genios y humores. Este afecto si se calienta mucho, suele ser origen de grandes males, y principio de eterna perdicion. Pero para que esto se entienda bien, es menester dar antes algunas noticias. La amistad, como la define S. Agustin, es un amor mutuo entre dos, fundado en la comunicacion de los bienes: *amicitia est humanarum, divinarumque*

rerum cum benevolentia & charitate consensio, (1). Y por esto no se puede dar entre dos verdadera amistad, sin amor recíproco, y sin bienes que sean comunes á ambos.

349 De aquí se sigue, que así como son varios los amores y varios los bienes que puedan comunicarse; así son también varias las amistades. Hay una amistad que es mala, con la cual se aman dos con amor vicioso en la comunicacion de bienes brutales; cuales son los placeres del sentido. Esta en la realidad no merece de modo alguno el nombre de amistad: ya porque los bienes que en ella se comunican no son verdaderos bienes, sino sumos males; como porque se halla también entre los brutos que no son capaces de amistad. Hay otra amistad que es santa, por la cual dos se aman con amor de caridad sobrenatural; y la comunicacion de sus bienes es el mismo Dios, y la eterna felicidad que esperan gozar juntos. Esta, por ejemplo, pasaba entre Santa Teresa y S. Pedro Alcántara, que se amaban mucho con amor santo, en atención á Dios y á su gloria, que confederados procuraban promover: y se comunicaban los bienes que sus espíritus gozaban en Dios; hasta quedar algunas veces en medio de sus conversaciones arrebatados en Dios con muy sublime éxtasis. Así sabemos, que entre San Gregorio Nacienceno y S. Basilio hubo una estrechísima amistad fundada en sus grandes virtudes, y en su sagrada erudición, por la cual vivieron concordemente trece años en la soledad del Ponto. Así entre S. Agustín y Alipio pasó una indisoluble y virtuosa amistad, por la cual se convirtieron juntos, se bautizaron juntos, tornaron juntos á la patria; y electo uno Obispo de Hipona, y el otro de Tagaste, se mantuvieron hasta la muerte unidos con el vínculo de un loable afecto. Así entre Casiano y S. Germano hubo una santa amistad fundada en el comun deseo de la perfeccion monástica, por la cual anduvieron juntamente por las provincias de Scitia, de Palestina, de Mesopotamia, de Capadocia, de Egipto, de la Tebaida y otras, entresacando en todas partes ejemplos de perfeccion. Otra amis-

(1) S. Aug. epist. 155. ad Mart.

tad hay, que ni es mala, ni santa y virtuosa, á lo menos en aquellas especies de virtudes que pertenecen al órden de la gracia; sino que es indiferente, y consiste en un amor mútuo apoyado en la comunicacion de los bienes terrenos. Tal es la amistad y el amor que pasa entre soldados y entre letrados; pues aquella tiene por fundamento los bienes militares, y ésta los bienes de las ciencias naturales. Finalmente, hay otra amistad que no se puede llamar mala y viciosa, como la primera: no puede en modo alguno llamarse santa como la segunda; pero ni aun se le puede dar el nombre de indiferente, como á la tercera, porque es muy dañosa al espíritu, y consiste en un afecto tierno y sensible, fundado en la belleza, en la gracia, en el garbo, en la voz, en el porte, en la viveza corporal de la persona, y en una cierta conformidad de genio y de sangre; por lo cuál, á distincion de las otras, la llamaremos imperfecta. Esta es la especie de aquellas amistades de que hablo aquí; y digo que son un veneno del espíritu, y una destruccion de la perfeccion. Pueden ser estas amistades entre personas de diferente sexo, y tambien de uno mismo: y aunque las primeras sean mas dañosas y peligrosas, no lo dejan de ser tambien las segundas.

350 Dije que estas amistades son positivamente imperfectas, porque aunque no tienen (como aquí suponemos) un fin malo y perverso; sin embargo, se fundan en un afecto sensible, que es todo carnal, pues no se apacientan de otra cosa que de las prerogativas del cuerpo y hermosuras de la carne. Si despues crecen un poco mas semejantes amistades, llegan á llenarse de celos, de sospechas, de amarguras y de mil agitaciones turbulentas, inquietas y congojosas, y entonces se entiende mejor cuán imperfecta sea aquella raiz, de donde brotan los renuevos ó vástagos de tantas pasiones turbulentas.

351 Dije que semejantes amistades son sumamente dañosas; porque basta que una persona devota se empeñe en una de ellas, para que pierda todo el bien espiritual que habia adquirido. Yo llamaria á la piedra imám reina de las piedras; porque

si bien es menos preciosa que otras muchas que se llaman preciosas, ó por la hermosura de sus colores, ó por algun innato esplendor, y especialmente por ser raras; pero sin embargo, tiene tales virtudes, que con ellas sobrepuja el valor y preciosidad de todas las demás juntas. Ella con admirable simpatía atrae á sí al fierro: y tiene la gloria de ver rendidos á sus atractivos al domador de todas las piedras mas duras, y de todos los metales mas fuertes. Ella se vuelve siempre á mirar al Polo; y con esta su noble inclinacion sirve á los marineros en medio de las tempestades en que estan obscurecidas todas las lumbres del cielo; sirve, digo, de guia para hallar entre las borrascosas olas el puerto deseado. Mas para que esta piedra pierda de un golpe tan raras virtudes, basta ponerla al fuego. Luego que se calienta entre las llamas, llega á ser una piedra la mas inútil y no menos vil que las que se pisan por las calles públicas. Lo mismo sucede en nuestro caso.

352 Dame, por ejemplo, un hombre ó una muger que sea devota, dada á la oracion, ansiosa de los sacramentos, caritativa con sus domésticos, obediente á los superiores, y humilde con todos: sea en suma una bella piedra imán, que con el lustre de sus virtudes lleve tras sí los ojos y la admiracion de todos. Haced despues que esta alma virtuosa tome amistad tierna y apasionada con una compañera suya (peor, si se pegase á persona extraña de otro sexo), que se empeñe, se caliente y encienda en esta amistad: vereis al punto, aunque no haya fin alguno malo en sus afectos, que esta piedra imán pierde luego todas sus virtudes, pierde todo el espíritu de oracion; porque entre la turbulencia de sus afectos, no puede penetrar la luz divina á ilustrarle el entendimiento, y á enfervorizarle el corazon: de manera, que está en la Iglesia con el cuerpo, y se va con los pensamientos, y quizá con los ojos allá donde está el objeto amado. Pierde el afecto á los Sacramentos, en los cuales no halla ya sabor ni gusto; porque los malos humores de las aficiones sensibles han corrompido el paladar de su espíritu: pierde la confianza con el confesor, á quien ya no se descubre con

claridad, ni manifiesta con sinceridad la enfermedad en que ha caído su pobre alma, y la debilidad á que la ha reducido su achaque, ó porque se avergüenza de parecer tan miserable; ó porque teme que entendiendo el confesor su mal, le aplique eficaz remedio. Pierde la caridad, porque agitada de sus celos, y de sus sospechas, no mira ya con los mismos ojos á sus compañeras: comienza á tomar aversion, á concebir rencorcillos, y á prorumpir en enfados, en dichos y motes picantes. Pierde la obediencia y sujecion á sus superiores, porque reprendida de sus flaquezas, responde como sierpe picada con resentimientos, se acusa con dobléz, y desobedece con pertinacia. En suma, pierde todo el bien. Veis aqui la piedra imán hecha una piedra vil, y digna de ser pisada con los pies de todos.

253. Lo mismo se debe decir de una doncella noble, que sea devota y modesta, que sea obediente á la madre, que sea respetuosa con sus domésticos, que sea atenta á sus labores, que ame el retiro, que aborrezca ser vista en público, y que si vá espontaneamente á la Iglesia, va arrebatada del amor que tiene á los Sacramentos y á las funciones sagradas. Si esta concibe un grande amor á un jóven su igual, llevada de la gracia y de la hermosura que en él reconoce; la vereis presto trocada en otra, aunque por otra parte en el calor de sus afectos no le pase pensamiento alguno vicioso por la mente. La vereis indevota, enagenada de los Sacramentos y de las Iglesias, sino cuando espera encontrarse con el objeto amado. La vereis ansiosa de salir en público para ver y ser vista de su amante. La vereis poco atenta y menos solícita de su labor y trabajo, frecuentar las ventanas y las puertas de que antes estaba muy agena. Reprendida de la madre por estas sus desacostumbradas libertades, la oireis responder con grande atrevimiento, y protestar descaradamente de no querer obedecer, sino proseguir en su divertimiento y liviandad á pesar de toda prohibicion. Aqui pues de la razon. ¿No se deben reputar de sumamente dañosas al alma estas tiernas aficiones, por mas que por otra

parte no sean infeccionadas de malicia, ni manchadas de culpa grave; cuando la despojan de toda virtud, de toda perfeccion, y de todo bien, y la reducen á un estado tan lamentable?

354. Pero hay aun en esto una cosa peor; pues estas amistades fundadas en un afecto tan imperfecto entibian mucho, y si son fervientes, enfrian del todo la caridad para con Dios. Porque Dios es legitimo dueño de nuestro corazon y lo quiere poseer todo con su santo amor: no sufre otro amor que no esté subordinado al suyo, y que no sea gobernado en todos sus movimientos de su amor: como en efecto no son de modo alguno regulados por el amor de Dios los afectos tiernos de aquellas amistades de que hablamos. Si Dios no consigue tener de nuestro corazon esta cumplida posesion, se retira de él y lo deja en una total tibieza. Los Filisteos victoriosos por las repetidas derrotas que dieron al ejército de Israel, se apoderaron de la mas rica y mas preciosa presa que pudiese caer en sus manos, quiero decir, el arca del testamento. Alegres por tan noble conquista, la llevaron como en triunfo á su ciudad, y la colocaron en su templo al lado del idolo Dagon, creyendo que hacian honra al Dios de Israel, igualandolo, y poniendolo sobre un mismo altar con el Dios de ellos. Pero se engañaron, porque á la mañana siguiente abiertas las puertas del Templo, vieron caido del altar á su idolo, y que estaba postrado delante del Arca del verdadero Dios: *cum surrexissent Azotii altera die; ecce Dagon jacebat pronus in terra ante Arcam Domini*. Volvieron los Filisteos á poner al lado de la sagrada arca aquel idolo, que de suyo se habia ido á echarse á sus pies; pero al dia siguiente vieron un espectáculo para ellos muy lamentable, porque entrando en el templo al amanecer, no solo hallaron postrado en tierra aquel simulacro, como el dia antecedente, sino que lo vieron sin manos ni cabeza: *rursus mane die altera consurgentes, invenerunt Dagon jacentem super faciem suam in terra ante Arcam Domini: caput autem Dagon, & duæ palmæ manuum ejus abscissæ erant super limen*. (1.) Mas qué otra cosa

(1) I. Reg. 5. 4.

nos quiso Dios dar á entender con este prodigioso suceso, sino que él solo quiere reinar en el templo de nuestro corazon, y que si hubiese en él algun ídolo que hubiese tomado posesion con sus afectos, es preciso echarlo por tierra, cortarle la cabeza, quebrarlo y hacerlo pedazos? En fin, el arca de oro del divino amor, sola quiere residir, y sola quiere resplandecer sobre el altar de nuestro corazon, sin otro amor ó compañero que domine igualmente que él. Solamente admite en su compañía aquellos afectos que le son subordinados, y dependen en sus movimientos del arreglamento de sus santas leyes. Conviene, pues, concluir que ciertos amigos apasionados, no tienen en su corazon el amor de Dios, ó lo tienen muy frio; porque mantienen un amor, cuanto mas tierno y sensible, tanto mas vil, tanto mas imperfecto, tanto mas carnal y ageno de las leyes de la divina caridad. Será tambien preciso decir, que estos no tienen á Dios en su corazon; pues en lugar de introducir en él el amor de su infinita belleza, alimentan el amor con hermosuras terrenas, y con bellezas de barro, opuesto totalmente á su santo amor. ¿Qué maravilla es que se borre poco á poco del corazon de estos infelices todo rastro de virtud, y toda especie y forma de perfeccion, como arriba dije, mientras ellos hacen tan poco caso de Dios y de su caridad, origen de todo bien espiritual? ¿Y no bastarán tantos daños gravisimos, para que se aborrezcan semejantes amistades tiernas y apasionadas, y para que se corten á todo coste, cuando se hubieren incautamente contraido? Y para reparar tantos males, ¿bastará decir que las tales amistades son honestas, solo porque no son abiertamente deshonestas?

CAPITULO III.

SE MUESTRA QUE LAS AMISTADES FUNDADAS
en el amor tierno y sensible, á mas de ser muy imperfectas y dañosas, son tambien muy peligrosas.

355 **S**i el daño es grande, no es menor el peligro de estas,

amistades ó aficiones recíprocas fundadas en ciertos dotes corporales que se reconocen en la persona amada; porque el amor que al principio era tierno sin mezcla de algun vicio, poco á poco degenera, y de sensible viene á ser sensual y venereo, y al fin llega á ser la ruina de las almas, y el principio de su eterna perdicion. Ni este peligro está solo entre personas de diverso sexo, sino tambien entre personas de un mismo sexo, entre jóvenes y jóvenes, y entre doncellas y doncellas. Veo que á personas apasionadas podrá parecer muy rigido este mi modo de hablar; pero hable por mi S. Basilio: *juvenis sive ætate, sive animo fueris, æqualium tuorum consuetudinem defugito, ab illisque te non sexus atque ab ardentissima flamma procul abducito: quando illorum opera usus adversarius, plerosque olim incendio dedit, & sempiterno igni cremandos addixit.* (1) Los jóvenes, dice el Santo, huyan de la amistad muy estrecha de otros jóvenes sus iguales, y estén lejos de ella, como de una ardentísima llama; porque el demonio por medio de estas amistades, adulterando sus afectos ha abrasado á muchos en llamas de impureza, y los ha llevado despues á arder en el fuego eterno. Y para que no piense el lector, que las amistades de que habla el Santo, fuesen desde el principio de aquellas pésimas, de que di una muestra en el capitulo pasado; sepa que inmediatamente añade, que el demonio desde el principio indujo á aquellos infelices á la amistad con un cierto afecto que parecia espiritual y amor de caridad; pero despues corrompiéndolo poco á poco con sus artes, los precipitó al profundo de grandes males. Y añade mas, que algunos de estos habian salido sanos y salvos del mar borrascoso del siglo: y despues naufragaron en el puerto de la religion, donde parecian estar seguros. No se escandalice el lector de este razonamiento, porque no es mio, sino del Santo, que prosigue diciendo asi: *spirituales primo charitatis vana quadam specie illectos, in teterrimam postea voraginem præcipites deturbavit: & qui ex medio pelago sævientibus undique procellis, tem-*

(1) S. Basil. de abdicat. ren.

pestateque incolumes evaserant, eos jam intra portum securos una cum ipsa navi, vectoribusque submersit.

356 Mas si las palabras de tanto peso de un Santo tan autorizado no bastan para demostrar el grande peligro que hay en las tales amistades apasionadas; venga á persuadirnoslo una gran Santa con la propia experiencia. Santa Teresa refiere en el capítulo 32 de su vida, que estando un dia en oracion, se halló puesta de repente en el infierno inmediata á un agujero estrechísimo, donde no podia extender una mano, ni alargar un pie. No veia la Santa otra cosa en aquella angosta prision, que tinieblas espesísimas; y sin embargo confiesa, que entre tinieblas tan espesas se veia obligada á mirar de una manera admirable todo lo que es capaz de atormentar la vista. Sentia el ardor del fuego; pero por mas que se esfuerce á explicar la atrocidad y modo extraño que tiene de atormentar, no halla fórmulas con que poderlo expresar. Acerca de los otros tormentos corporales, dice la Santa, que habiendo sufrido en sus enfermedades los dolores mas acerbos, que al parecer de los médicos se pueden padecer en esta vida; con todo, le parecian nada en comparacion de las penas intolerables, que se vió forzada á tolerar allá bajo. Acerca de las penas del alma dice así: esto no es, pues, nada en comparacion del agonizar del alma; un apretamiento, un ahogamiento, una afliccion tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento que yo no sé como lo encarecer. Mientras que la Santa se hallaba debajo de la prensa de estos tormentos, le hizo Dios entender que aquel era el lugar que los demonios le tenian prevenido, si hubiera continuado en la vida que antes tenia.

357 Aqui conviene saber, que todas las flaquezas en que la Santa habia caido en el discurso de su vida pasada, consistian en algunas amistades que la habian detenido mucho tiempo en el camino de la perfeccion. No crea el lector, que las tales amistades tuviesen algun olor de vicio y de impureza, porque la misma Santa atestigua de sí en el dicho libro, que aborrecia naturalmente toda deshonestidad; y el padre Rivera, ha-

biendo sido su confesor en la historia que escribió de su vida, examinando las dichas amistades, dice, que jamas hubo en ellas alguna culpa grave sino solamente una continuacion de culpas ligeras, por el afecto con que se pegaba á las personas, y por algun peligro remoto á que se exponia. En suma, que eran de la especie de aquellas amistades tiernas y apasionadas, sobre que discurremos en el presente capitulo. Sin embargo, si hubiera continuado la Santa en las tales amistades, aunque no viciosas, degenerando estas poco á poco, la habrian finalmente llevado á aquel abismo de fuego que Dios le hizo experimentar cuando estaba ya fuera de los tales lazos. Diga ahora el que quisiere, que semejantes amistades son honestas, son inocentes, y que no hay en ellas peligro alguno.

358 Hagase aqui una reflexion que añadirá mucho peso á la verdad que vamos demostrando. Cuando Santa Teresa se hallaba embebida en aquellas sus afectuosas correspondencias, no hacia una vida relajada é indevota, antes hacia cada dia muchas horas de oracion, y se ejercitaba cuanto mas podia en toda especie de virtudes: de manera, que ella misma considerando las muchas virtudes de que en aquel tiempo estaba adornada, se maravilla, como éstas no hubiesen podido poner reparo á su condenacion. Cuando yo considero que aunque era tan malisima, traia algun cuidado de servir á Dios, y no hacia algunas cosas que veo como quien no hace nada se las tragan en el mundo; y en fin pasaba grandes enfermedades, y con mucha paciencia que me la daba el Señor, no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni me parece podia querer mal á nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamas me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grande del Señor, y otras algunas cosas, que aunque era tan ruin traia temor de Dios lo mas continuo, y veo á donde me tenian ya los demonios aposentada, &c. Puesto esto, discurro yo asi: si las amistades tiernas y afectuosas de que Santa Teresa no supo defenderse por tan largo espacio de tiempo, la hubieran llevado al fin al abismo de todos los males, sin que la vida virtuosa, devota y espiritual,

que en medio de estas sus flaquezas se esforzaba á hacer, hubiese podido detener, ni estorbar su eterna ruina: ¿qué será de algunas doncellas, de algunos jóvenes y de algunas religiosas, que sin estudio de oración, y sin ejercicio de virtudes se engolfan en semejantes correspondencias, las cultivan, las alimentan en sus corazones, y les dán fomento con mil miradas, con mil palabras, con mil dones, con mil finezas; y en lugar de romper aquella cadena de afectos con que esperaba el demonio arrastrarlos al infierno, la estrechan siempre mas? Pienso aquel á quien toca pensarlos.

359 Ni sirve decir que en las tales aficiones no hay peligro, porque la persona á quien uno se pega es espiritual. No vale, digo, el excusarse con esto; porque S. Buenaventura resueltamente afirma, que cuando el sugeto á quien demasíadamente se aficiona uno es espiritual, no solo no se asegura la amistad de graves inconvenientes, sino que llega á ser entonces mas peligrosa; porque su misma espiritualidad hace que la persona no se guarde y cautele, sino que se acalore mas en sus afectos. A mas de esto la misma espiritualidad junta con los dotes corporales, hace mas agradable el objeto, y por consiguiente mas peligroso: *noverint spirituales, quod licet carnalis affectio sit omnibus periculosa & damnosa; ipsis tamen est magis periculosa, maxime quando conversantur cum persona, quae spiritualis videtur. Nam quamvis horum principium videatur esse purum, frequens tamen spiritualitas domesticum est periculum, & malum occultum bono colore depictum.* (1) No admita, pues, el director excusa alguna cuando se trata de amistades tiernas y afectuosas; pues siendo el amor entre todas las pasiones las mas vehemente, es tambien las mas peligrosa. Persuádase que esta es una pasion, que cuanto mas se fomenta, tanto mas crece, tanto mas sube de punto, y mas facilmente degenera de sus principios. Y por eso es menester estar pronto á apagar las primeras centellas de este fuego, que creciendo puede producir incendios de impureza.

(1) S. Ben. opusc. de purit. consc. cap. 14.

CAPITULO IV.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR sobre el presente articulo.

360 **A**dvertencia primera: algunos confesores viendo nacer entre mugeres y tal vez espiritistas, ciertas amistades estrechas, llenas de afectos tiernos y de pasiones inquietas, no hacen caso alguno, antes ha habido quien ha dicho en semejantes casos, que no es malo que se quieran y amen entre sí. Ciertamente que no es malo, antes gran perfeccion que se amen mutuamente con amor de caridad, ó á lo menos con amor virtuoso, que no sea peligroso ni disconforme á las leyes del espíritu y de la caridad; pero que se amen con un amor apasionado, fundado todo en la gracia, en el garbo, en la hermosura, en el genio y en la conformidad de humores; no solo es malo, sino que es la ruina del espíritu, y no pocas veces la perdicion del alma, como creo que habrá comprendido el director en los precedentes capítulos.

361 Suponga el director que la passion que domina quiza mas que ninguna otra entre las mugeres, es el amor; porque siendo ellas ordinariamente dotadas de corazon tierno, son fáciles en acoger este dulce afecto, y difíciles en dejarlo, como sucede en todas las cosas que son conformes á nuestra naturaleza. Tienen ellas ademas de esto una fantasia muy viva, en la cual fijandose una vez el objeto amado, hace grande impresion y con dificultad se pueden olvidar. Si sucede que éstas se hallen apretadas todas con mucha cautela dentro de una misma casa, y sin encontrar modo de ocupar con personas de otro sexo la passion del amor de que estan predominadas, se pegan entre sí: y si tal vez entre las compañeras ó amigas, hay alguna que se les representa á sus ojos amable por alguna prenda corporal, se les aficionan tanto, que van perdidas tras de ella. De aquí se sigue despues un gran desconcierto y revolucion de pasiones,

una gran multitud de faltas, y una total frialdad de espíritu. Y si crece desmedidamente el afecto, se pueden seguir culpas gravísimas, porque siendo esta una pasión que ciega, ninguno se puede fiar de ella. El director, si tuviere larga experiencia, me podrá ser testigo de cuanto aquí digo. Sentemos, pues, que un confesor no solo debe hacer mucho caso de estas tiernas aficiones, sino que debe tener un sumo celo para extirparlas; porque quedando éstas enteras, es inútil todo otro medio que se ponga para su perfección.

362 Advertencia segunda: para que pueda el director extirpar de los corazones de otros esta especie de amistades dañosas y peligrosas, de que ahora hablamos, es necesario que las conozca: y á este fin juzgo conveniente darle algunas señales, por las cuales las rastree en sus penitentes. Será gran señal el pensar muchas veces en alguna persona, cuando está lejos, y figurarse frecuentemente que está hablando, ó que está con ella como si estuviera presente: y esto aun en tiempo de la oración, cuando convendría pensar solo en Dios; porque la mente allá vuela con sus pensamientos, donde mora el corazón con sus afectos. Hablar en presencia con expresiones afectuosas, hacerle muchas finezas, alargar las conversaciones mucho tiempo sin fastidiarse jamas, no hallar modo de alejarse; y cuando es preciso apartarse, hacerlo con violencia. Será también señal el hacerle muchos regalos para moverla á la correspondencia de afecto, significarle su afecto y voluntad, rendirle todo acto de obsequio y servicio, loar y engrandecer todas sus cosas, sentirse de cualquiera palabra que se diga contra ella, como si toda paja que va á tocar al objeto amado fuese una saeta que viene á herirle el corazón. Señal será también, sentir pena de la poca correspondencia que se encuentra en la persona amada, quejarse con ella, llamarla con el nombre de ingrata; hacerle algunos desdenes pueriles, cortar la amistad por semejantes frescuras, y volverla á entablar con más calor que antes. Sentir grande amargura si otros entran en gracia de su amiga, temiendo el caer de ella; experimentar muchos ce-

lós; vivir con inquietud y agitación, y concebir aversión á su rival; prorumpir en palabras sentidas y llegar á manifestar quiebras. Si el director reconociere en alguna persona, ó todas estas señales, ó á lo menos algunas; no dude, sino tenga por cierto que se ha encendido en su corazón este afecto perniciosísimo; así como no dudaría de que se ha encendido fuego en una casa, si viese salir el humo por encima del techo. Solo piense en tal caso, como podrá poner reparo á tan grande mal.

363 Advertencia tercera: el primer remedio será, que el penitente entienda la gravedad de su mal, para que entre en deseo de sanar, y tome las medicinas que se le dieren para su cura: porque así como no sanará jamás un enfermo que no quiere estar sano, así no se librará de su perversa afición un apasionado que no quiere eficazmente librarse. No será difícil el persuadir á estos miserables la gravedad de su enfermedad, si el director experto, sin dar oídos á disculpas y á los pretextos con que procuran éstos paliar su pasión, insiste en meterles por los ojos los defectos en que caen, la tibieza á que se han reducido, y los males mayores que les amenazan, según lo que arriba hemos dicho. El segundo remedio será el encomendarse á Dios de corazón. A veces estas aficiones se radican tan profundamente, mayormente en el corazón de las mugeres, que es menester la mano de Dios para arrancadas. Ni hay otro modo para alcanzar de las divinas manos esta ayuda poderosa, que pedirla incesantemente. Santa Teresa comunicó á un Padre de la Compañía una amistad suya á que estaba asida. Veía el Padre, cuán necesario era para los progresos de su espíritu un total desapego; mas por otra parte la veía débil é irresoluta: por tanto le ordenó que recurriese al Espíritu Santo, y le pidiese su ayuda por ocho días, rezando el himno *veni Creator, Spiritus*. Mientras hacía la Santa un día esta petición, le suspiró Dios en lo íntimo de su alma una de aquellas poderosas gracias que se llaman eficaces, con la qual le arrancó totalmente del corazón todo afecto, así para con aquella persona á quien estaba aficionada, como también para con cualquier otra del mundo, haciéndole imposible

desde entonces el apégarse á alguno con semejantes afectos. Encomiendese, pues, á Dios cualquiera que se hallare apretado entre semejantes lazos, que tambien él recibirá socorro de Dios, sino tan extraordinario como recibió aquella Santa, á lo menos muy poderoso, con lo cual consiga el intento.

364 El tercer remedio será el alejarse de la persona amada. Este remedio es el mas duro para semejantes personas apasionadas; pero juntamente es el mas eficaz y el mas importante. Es vano el esperar que se haya de apagar una llama que arde, que culebrea y se extiende, si no se le quita la materia que la sustenta. Asi es necedad el pretender que se haya de apagar un afecto que se ha dilatado ya, y extendido por los senos del corazon, sin alejarse de aquel objeto que lo alimenta y aun lo aviva con su presencia. Es verdad que las tales separaciones les son muy dolorosas; pero por la propia alma, por la propia salud, y por la propia salvacion, es preciso sufrir tambien agonías de muerte: *agonizare pro anima tua.*

365 El cuarto remedio es el quitar todo fomento á la passion; no andar en busca con la vista del objeto querido; no fijarle los ojos en la cara; no practicar con él cortesanas y finezas: obligada la persona á abocarse con él por necesidad, ó por conveniencia, hacerlo con seriedad, con gravedad, y brevemente, sobre todo cortar toda suerte de dones y regalos; porque como dice S. Gerónimo: *crebra munuscula, & sudariola, & fasciolas, & vestes ori applicatas, & oblatos, & degustatos cibos, blandosque, & dulces litterulas sanctus amor non habet.*

(1) El amor santo no vá tras de regalitos, de cartas dulces y sabrosas. Si acaso el afecto no ha sido manifestado, téngase escondido; porque el amor es como el fuego, que teniéndolo tapado se apaga, y puesto al descubierto se enciende.

366 Advertencia cuarta: todo esto se ha dicho para en caso que la amistad esté ya contraida. Por lo demás, todo el cuidado del director ha de ser de que sus penitentes jamas contrai-gan semejantes amistades dañosas; porque es mucho mas facil

(1) S. Hier. ad Nepot.

el impedir que nazca un grande mal, que remediarlo despues de nacido. Practique por tanto con sus penitentes de uno y otro sexo la regla que dá S. Basilio á sus monges. Quiere el Santo que en los monasterios no se permitan á los monges gavillas, juntas privadas, ni afectos particulares; sino que todos muestren un mismo amor á todos. Y dice bellisimamente, porque la caridad mira á todos indiferentemente con los mismos ojos; pero el amor carnal mira solamente aquello que es mas conforme á su voluntad y gusto. Pero con mas rigor ordena el Santo que se ha de guardar el monge de tratar con mugeres sin justo motivo, y de trabar con ellas largas conversaciones. Y la razon es clara, porque si bien todo afecto sensible es dañoso, mas con personas de otro sexo es peligrosísimo, y degenera muy presto en vicioso. Al fuego es menester tenerlo léjos de toda materia combustible, especialmente de la estopa y de la paja; porque estan muy dispuestas á encenderse con su presencia y cercanía. Hombres y mugeres son paja y fuego, que familiarizándose, presto se encienden en afectos de perdicion: huyan, pues, los unos de las juntas con las otras, ni las admitan sin justa causa. La otra advertencia que debe tener el director es, que comenzando su penitente ó penitenta, á apegarse á alguno con algun afecto, ó amistad sensible, ponga remedio luego al principio. En las enfermedades es facil poner el remedio en los principios del mal; pero si éste crece y cobra fuerzas en el cuerpo doliente, viene á ser incurable. Tales son estas aficiones. Luego *principiis obsta*.

ARTICULO X.

IMPEDIMENTOS QUE PONEN Á LA PERFECCION LOS EXTERNOS COMBATES DE LOS DEMONIOS.

CAPITULO PRIMERO.

*SE MUESTRA QUE LAS ALMAS QUE ATIENDEN
à la perfeccion están mas expuestas à las tentaciones de
los enemigos infernales.*

367 Los impedimentos de que hemos hablado hasta ahora (ó estén dentro ó fuera de nosotros) nos enagenan de Dios, y nos desvian de la perfeccion cristiana; pero no impugnándonos, sino atrayéndonos por medio de algun bien terreno. Asi los sentidos y las pasiones nos llevan tras de si con el cebo suave de sus deleites; la honra, la gloria y las riquezas nos alucinan el entendimiento con su lustre lisonjero; los parientes y los amigos nos ganan el corazon con sus dulces afectos. Y aunque todos estos acarrear grave daño á nuestro espíritu; pero no tienen ánimo de dañarnos, sino antes de complacernos, ni quieren nuestra perdicion, sino solamente nuestra satisfaccion y gusto. No asi los demonios, que con sus asechanzas y tentaciones ponen grande obstáculo á nuestra perfeccion; y nos lo ponen con ánimo perverso de impedirnos tan grande bien, y tambien si les surte buen efecto de llevarnos á horrendos males: por lo cual debemos temer mas, y defendernos con mayor cuidado de los engaños de estos, como de fieros enemigos nuestros y acérrimos impugnadores de todo nuestro espiritual aprovechamiento. Para que, pues, no nos suceda á nosotros lo que sucede todos los dias á tantas almas infelices, que vencidas de sus asaltos y engañadas de sus fraudes, pierden todo bien espiritual, y algunas de ellas la eterna salvacion; hablaremos en el presente artículo de las tentaciones de estos nuestros enemigos, y propondremos los modos de vencerlos. Y porque el intento principal de esta obra

es la direccion de aquellas almas que aspiran á la perfeccion; por eso en este primer capítulo las quiero hacer despiertas para los combates, mostrándoles que ellas son el blanco principal á que van á tirar los demonios con sus tentaciones.

368 Dice S. Pedro, que el demonio á manera de leon furioso, anhela siempre á la presa, anda siempre rodeando, y está siempre en movimiento para tragarnos con sus tentaciones: *adversarius vester diabolus, tanquam leo rugiens, circuit, quærens quem devoret.* (1) Le mueve á tanto enojo el ódio grande que tiene á Dios, y la grande envidia que nos tiene á nosotros. Y porque vé que las almas que atienden á la perfeccion son mas agradables á Dios, y tienen mas seguridad de subir á aquellas resplandecientes sillás, de las cuales él fué arrojado con sus compañeros por su soberbia: por eso tiene á estas el malvado un ódio mas inextinguible, y les mueve con sus tentaciones mas fiera guerra. Por lo cuál dijo S. Gerónimo: *non quærit diabolus homines infideles; non eos, qui foris sunt, & quorum carnes Rex Assyrius in olla succendit. De Ecclesia Christi rapere festinat. Escæ ejus, secundum Habacuc, electæ. Job subvertere cupit: & devorato Juda, ad cribrandos Apostolos expetit potestatem.* (2) El demonio, dice el Santo Doctor, no vá tras de los infieles, ni de aquellos que viven fuera del gremio de la santa Iglesia, porque á éstos los tiene ya por perdidos; sino que anhela solamente por conquistar á las almas fieles: y entre éstas, como dice el profeta Abacuc, las almas mas escogidas son su manjar mas gustoso. Y en efecto, sobre el santo Job puso él sus ojos hambrientos, y le dió mil asaltos para tragárselo. A un Judas, Apóstol de Cristo y coluna fundamental de la santa Iglesia tomó él por blanco de sus tentaciones, y despues de haberlo despedazado con los asaltos de una vil codicia, extendió sus deseos sobre todos los otros Apóstoles, ansioso de derribarlos con sus pésimas sugeriones, y convertirlos en harina del infierno, como les dijo el mismo Redentor: *expetivit vos Satanas, ut cribraret tanquam triticum.*

(1) I. Petr. 5. 8. - (2) - S. Hier. ad Eustoch. de custo. J. Virginit.

369 Con los sentimientos de S. Geronimo va conforme S. Gregorio, donde dice que el demonio: *eos pulsare negligit, quos quieto jure possidere se sentit. Circa nos vero eo vehementius incitatur, quo ex corde nostro, quasi ex jure propriae habitationis expellitur.* (1) Que el demonio no se cuida de molestar aquellas almas desventuradas, sobre las cuales sabe que tiene una plena y pacifica posesion. A nosotros que lo echamos de nuestro corazon, á nosotros que no queremos sujetarnos á él, á nosotros que con el ejercicio de las virtudes le hacemos guerra, asalta el pérfido con sus tentaciones. Y á la verdad, ¿qué Rey, ni qué tirano hubo jamás que moviese guerra á los sublitos fieles que le eran obedientes? La guerra se hace á quien se resiste, á quien se rebela y sacude el yugo de la sujecion; y no quiere sufrir el freno de la obediencia. Tales son las almas buenas que hacen resistencia al demonio; pero no los pecadores que le obedecen y se sujetan á su tiránico dominio; y por eso contra aquellas urden los infernales enemigos todas sus tramas, contra aquellas mueven todas sus máquinas, y contra aquellas intentan la mas fiera guerra para sujetarlas. Es esto tanta verdad, que S. Juan Crisostomo llega á decir, que no se hallará ni uno solo que haya sido agradable á Dios, y no haya sido afligido de gravísimas tentaciones: *prorsus si quis omnia enumerare velit, plurima tentationum emolumenta reperiet: nullusque unquam ex his, qui Deo maxime chari, atque acceptabiles fuerunt, sine pressuris vixit, etiamsi non ita nobis videatur.* (2) Y confirma su dicho con el ejemplo admirable de S. Pablo, que por mas amante que fues del Redentor, y por mas amado que fues del mismo; sin embargo, no estuvo exento de semejantes contrastes; antes fue mas que otros acosado de fieras tentaciones. Consuélese, pues, las personas espirituales, cuando sintiesen llenarse la mente de pesimos pensamientos, y el corazon de impias ó inmundas tentaciones; porque semejantes persecuciones diabólicas son seña-

1 S. Greg. Moral. l. 24. c. 7.

(2) S. Chrys. de provid. lib. 1.

les manifiestas de que son amigas de Dios y enemigas de su enemigo. Tomen grande ánimo entonces para pelear, acordándose que de semejantes sugerencias fueron también combatidos los mas grandes héroes de la santa Iglesia.

370 Léese en las vidas de los Padres, que un solitario, gran siervo de Dios, fue llevado de su santo Angel á un monasterio de santos monges en que se atendia á servir á Dios con grande fervor de espíritu. Al entrar en aquel santo lugar quedó atónito y admirado, porque vió andar dando vueltas al rededor tanta multitud de demonios, que ni las moscas vuelan tan espesas al rededor de un cadaver, ni las abejas al contorno de su colmena. Vió demonios en la Iglesia, demonios en el coro, demonios en el claustro, demonios en el dormitorio, demonios en el refectorio, demonios en las celdas, y en suma demonios por todas partes. Pero creció aun mas su admiracion, quando conduciéndolo del Angel fuera del monasterio, al pasar por la ciudad no vió demonio alguno, y solo al salir vió uno en la puerta que estaba muy ocioso y desocupado. ¿Pues por qué, dijo entonces al angel conductor, por qué tantos diablos al rededor de tan pocos religiosos, y uno solo al contorno de tantos seculares que viven esparcidos por la ciudad? Porque éstos, respondió el Angel, hacen de suyo la voluntad del demonio, sin que haya quien les instigue; pero no así los que resisten á su voluntad y rehusan sujetársele, porque contra éstos se juntan los demonios, y van rodeandolos en tan gran número, y hacen todos los esfuerzos posibles para conquistar sus voluntades. En fin, es muy cierto, que Lucifer hace con nosotros, como suelen practicar los Principes con sus ciudades rebeldes, que envian millares de soldados para que las ciñan por todas partes, las batan con la artillería, y finalmente las sujeten con la fuerza de sus armas. Quando despues se ha rendido la ciudad, y los ciudadanos se han sujetado y hecho obedientes, les deja un Gobernador que les presida y los gobierne pacíficamente con sus leyes.

374 Por eso nos avisa oportunamente el Espíritu Santo: *filii, accedens ad servitutem Dei, sta in justitia, & præpara ani-*

mam tuam ad tentationem. (1) Hijo, en dedicándote al servicio de Dios, imagínate de entrar en un campo de batalla, donde serás embestido por todas partes de enemigos infernales con molestísimas tentaciones, porque rebelándote tú á ellos, se valdrán de todas artes para llevarte á su partido. S. Gregorio comentando estas palabras, dice divinamente así: *fili, accedens ad servitutem Dei, sta in iustitia, & timore, & præpara animam tuam ad tentationem. Non enim est, ad requiem, sed ad tentationem; quia hostis noster adhuc in hac vita nos positus, quanto magis nos sibi rebellare conspicit, tanto magis nos expugnare contendit.* (2) Entregándote al servicio de Dios, dice el Santo, no te convida el Espiritu Santo á una quietud suave é inalterable, sino antes te llama á la guerra y á los combates que te moverán los demonios conjurados para tu daño; y cuanto mas duro te mostrares á rendirte á ellos, y mas fuertemente resistieres á sus instigaciones, tanto mas vigorosamente te apretarán con mil especies de malas sugerencias para vencer tu constancia.

372 Véase aquí el engaño de algunos que queriendo servir á Dios en la religion ó en el siglo, se persuaden que han de gozar de una tranquila y jamas interrumpida paz en sus ánimos, de una serenidad inalterable en sus mentes, y de un paraíso de contento. Yo no niego que es gran consuelo para una persona espiritual, el verse libre de aquellas culpas en que antes solia caer; que sea para ella un grande alivio el estar exenta de ciertos remordimientos de que antes se sentia acerbamente traspasada, y de ciertos temores de condenación, de que justamente sentia apretado su corazon; que sea tambien gran consorte para ella el tener una esperanza bien fundada de hallarse en gracia de Dios, y de haber de pasar algun dia á la posesion de los bienes eternos. Ni tampoco niego que Dios de quando en quando regale y alimente á semejantes almas fieles con el dulce rocío de sus celestiales consuelos. Pero conviene por otro lado persuadirse que los tales confortativos vienen frecuente-

(1) Eccles. c. 2. 1.

(2) S. Greg. Moral. l. 24 c. 7.

mente enturbiados con tentaciones, ya feas, ya impías, y ya inquietas y turbulentas; y que esta paz se vé turbada muchas veces de sospechas, de temores, de escrúpulos y congojas. En suma, es menester tener siempre fija la mente en esta grande verdad, que el demonio es un enemigo implacable que jamas hace paces, ni deja de molestar jamas á las almas fieles á Dios, como dice admirablemente S. Gerónimo: *impossibile est humanam mentem non tentari. Unde & in oratione Dominica dicimus: ne nos inducas in tentationem; non tentationem penitus resistentes, sed vires sustinendi in tentationibus deprecantes.* (1) Es imposible, dice el Santo, que el hombre no sea tentado en esta vida. Por eso en la oracion del Padre nuestro ofrecemos á Dios nuestras súplicas, no rehusando las tentaciones, ya que éstas son necesarias, sino pidiendo fuerzas y vigor para vencerlas. Digo todo esto, no para que las personas devotas se desanimen al ver este aparato de guerras, sino para que se aparejen á las batallas que les amenazan con preverlas, y confiadas en la ayuda divina conciban un grande ánimo, con el cuál asaltadas de sus enemigos combatan generosamente y alcancen la deseada victoria.

373 El Abad Teodosio siendo ya muy anciano, contaba de sí, que siendo jóven, y estando meditando consigo mismo una generosa huida del siglo para dedicarse enteramente á Dios en la soledad, fué subitamente arrebatado de los sentidos, y llevado á ver con los ojos de la mente objetos muy diferentes de los que se vén con los ojos del cuerpo. Porque vió junto á sí á un hombre resplandeciente y luminoso, á manera del sol, que cogiéndole de una mano, le dijo: ven conmigo, porque te es preciso pelear como valeroso guerrero. Condújole á un espacioso y dilatado teatro lleno de hombres, unos de bellissimo rostro y cubiertos de vestiduras blancas como la nieve, otros de aspecto horrible y vestidos de ropages negros á manera de sombras oscuras. Mientras el jóven estaba del todo atento en admirar la variedad de aquellos objetos; he aqui que vió aparecer de improviso en medio del teatro un Etiópe de altura

(1) S. Hier. in Matth. lib. 4. c. 26.

desmedida, que con la frente sobrepujaba á las nubes, y ó que le decía su conductor, que con aquel hombre tan terrible había él de reñir y venir á las manos. A semejante intimación se heló el pobre mozo, se puso pálido, se estremeció y comenzó á temblar de piés á cabeza: y vuelto á su conductor, se puso á rogarle con muchas lágrimas, que no quisiese exponerle á un grande peligro; porque aquel era un contrario tan fuerte, e aun cuando él tuviese unidas en sí las fuerzas de todos los hombres no podría vencerlo. No hay remedio, replicó el guía, en él te conviene pelear: entra con generosidad y confianza en el campo de batalla, que yo te ayudaré en el gran combate, y el premio de la victoria te ceñiré las sienes con una resplandeciente corona. Tomó con esto ánimo el jóven: vino á las manos con el Etiope formidable, y con la ayuda que le dió su buen conductor, lo batió y venció, y al punto le fué puesta en la frente la resplandeciente corona que se le había prometido. Prostrado el gran gigante, todo aquel gran pueblo de hombres negros entre ahullidos y gritos horrendos se puso en huída: y todo el otro pueblo de hermosísimos y candidísimos jóvenes, prorumpió en himnos de alabanzas, y en voces de aplauso de aquel hombre esclarecido, que en tan feroz batalla había asistido tan bien al jóven inexperto y visón, y le había despues ceñido la frente con tan gloriosa corona. (1)

374 El significado de esta simbólica vision es manifiesto. Quiso Dios hacer entender al jóven Teodosio, cuando estaba para apartarse del mundo y consagrarse á la vida monástica, que el dedicarse á su divino servicio no es otra cosa, que exponerse á una fiera batalla con el gigante del infierno. Mas para darle ánimo, le hizo ver al mismo tiempo, que de un lado están presentes los demonios á nuestros combates para burlarse de nuestras derrotas; pero del otro lado asisten los ángeles para aplaudir nuestras victorias, y que si bien el enemigo es terrible; sin embargo no debemos desanimarnos, sabiendo que Jesucristo figurado en

aquel hombre muy resplandeciente, nos está siempre al lado para ayudarnos, y para premiar nuestras victorias en el Paraiso con coronas inmarcesibles de eterna gloria. Basta que confiados solamente en él, peleemos con generosidad; pues la victoria es segura y el premio cierto. Persuadámonos, pues, que *militia est vita hominis super terram*, que nuestra presente vida es una continua guerra contra los espíritus invisibles que por todas partes nos cercan; y como generosos campeones del Crucificado, estémos siempre con las armas en las manos, prontos y listos para los combates.

CAPITULO II.

SE EXPONEN ALGUNOS FINES SANOS QUE TIENE

Dios en permitir á sus siervos grandes tentaciones diabólicas.

375. Tenemos en la Epistola canónica de Santiago, que Dios á ninguno tienta: *ipse autem neminem tentat.* (1) Tenemos en el Deuteronomio, que Dios tienta á sus siervos: *tentat vos Dominus Deus vester.* (2) Extraños modos de hablar parecen estos, no pareciendo posible que pueda verificarse en un mismo sujeto, que Dios á ninguno tienta, y que tienta á algunos. Pero no, responde San Agustín, no hay contradicción alguna en los tales dichos; porque en dos maneras se puede tentar á una persona, ó á fin de engañarla y hacerla caer en error, ó á fin de probar su fidelidad y darle despues el debido galardón. La primera, es tentacion de engaño: la segunda es tentacion de prueba. Con la primera tienta el demonio, con la segunda tienta Dios, ó permite las tentaciones de sus enemigos: *ne forte tentaverit vos, qui tentat, & inanis sit labor vester.* (A. ad Thessalon. cap. 3.) *Atque hic intelligitur diabolus, tanquam Deus omnino non tentet; de quo alio in loco scriptura dicit: ipse autem neminem tentat. Nec contraria est ista sententia ei, qua dicitur: tentat vos Dominus Deus vester. Sed solvitur*

(1) Jacob. c. 1. 12. (2) Deut. 12. 8.

quæstio, cum vocabulum tentationis diversas intelligentias habeat, eo quod alia sit tentatio deceptionis, alia tentatio probationis. Secundum illam non intelligitur qui tentat, nisi diabolus: secundum hanc vero tentat Deus. (1)

376 Este es puntualmente uno de los fines principales que tiene Dios en permitir grandes tentaciones á sus siervos, hacer prueba de sus amantes, de sus confidentes, y de sus mas queridos. Las sugerencias diabólicas, por lo que mira á los demonios, son tentaciones de engaño; porque las mueven para hacernos caer en un abismo, primero de culpas, y despues de penas: por lo que mira á Dios son tentaciones de prueba, porque las permite para experimentar con ellas cual sea nuestra fidelidad; y para probar con el fuego de las tales persecuciones infernales, cuanta sea la robustéz de nuestra constancia, y cuanta la fineza de nuestro amor. Cualquier piloto, dice S. Basilio, aun poco práctico, sabe guiar la nave con un cielo sereno, y por un mar tranquilo; mas el diestro piloto se prueba entre las tempestades y en medio de los impetuosos encuentros de los vientos y borrascas. Cualquier soldado, aunque cobarde, sabe mostrarse generoso debajo de las tiendas; mas el valeroso soldado se conoce en medio del campo de la batalla entre las espadas enemigas. El atleta se prueba en el estadio; el luchador en el teatro; el magnánimo en las calamidades; y el cristiano fiel amante del Redentor se prueba entre las tentaciones diabólicas, á que le expone su divino capitán: *ut gubernatorem navis tempestas, athletam stadium, militem acies, magnanimum calamitas; sic christianum hominem tentatio probat. (2)*

377 ¿Y qué es lo que pretendió Dios en aquel árduo y dificultoso mandato que dió á Abraham de sacrificarle á su querido hijo Isaac sobre la cumbre del monte Oreb? ¿Por ventura hacerle parricida desapiadado de su unigenito? No por cierto; sino solo hacer prueba de su fidelidad. Y al inocente Tobías, ¿porqué le quitó Dios la luz de los ojos, y le sujetó

(1) S. Aug. Epist. 146. ad Consen.

(2) S. Bas. orat. 11. de Patient.

á vivir en una penosísima noche de espesas tinieblas? ¿Acaso para privarle de todo terreno consuelo, por lo cual tuviese que quejarse perpetuamente: *quale gaudium mihi erit, qui in tenebris sedeo, & lumen Cæli non video?* Seguramente que nó; porque el mismo Angel, declarando á Tobias las intenciones de Dios, le dijo, que habia sido puesto en la prueba de aquella tentacion, solo porque era agradable á Dios: *quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te.* (1) Y el santo Job ¿por qué fué dejado de Dios en manos del demonio, para que hiciese tan cruel destrozo de sus bienes, de sus hijos y de su mismo cuerpo? ¿Por ventura para hacerle el mas infeliz de los mortales? Impío seria quien lo dijese. No tuvo Dios otra mira, que hacer una ilustre prueba de su constancia. Y este es puntualmente el fin que tiene Dios en hacer á sus siervos el blanco de gravísimas tentaciones: ahora sean asaltados de los demonios con estímulos de deshonestidad, ahora con pensamientos de infidelidad, ahora con el espíritu de la blasfemia, ahora con la desconfianza, ahora con la desesperacion, ahora con la melancolía, y ahora con escrúpulos y congojas. Esta, digo, es la mira que tiene el Señor, probar su fidelidad, y hacer una suerte de experiencia de su amor: como lo hizo con su fidelísimo siervo S. Pablo, á quien expuso á la prueba de deshonestísimas tentaciones: *datus est mihi stimulus carnis meæ, angelus Satanae, qui me colaphizet.* Hallándose, pues, un alma combatida por todas partes de los demonios con los fieros golpes de pesimas tentaciones, no debe entristecerse, sino consolarse, tomando aquellos asaltos diabólicos, como señales claras del amor que Dios le tiene; no debe desmayar, sino animarse á pelear, para salir fiel en la prueba que Dios quiere hacer de ella.

378 El otro fin que tiene Dios en permitir tentaciones á sus siervos, es fundarlos en virtud. La virtud no se adquiere sin contraste; porque así como los árboles que nacen sobre la cumbre de las montañas, echan mas profundas raices en la tierra, porque están mas expuestos á los impulsos de los vientos y

(1) Tob. 12. 13.

tempestades: así aquellas virtudes se arraigan mas profundamente en el alma, que son mas azotadas de las tentaciones, y mas combatidas de los demonios con los insultos de sus malignas sugerencias. La razon de esto es clarísima. La virtud no es otra cosa que una facilidad para obrar los actos virtuosos, engendradora de los actos de la misma virtud, repetidos frecuentemente. ¿Mas cómo podrán hacerse frecuentemente estos actos virtuosos, faltando el contraste de las tentaciones? ¿Cómo hará jamas actos de paciencia, quien no tiene ocasion de turbarse? ¿Cómo hará actos de mansedumbre, quien no tiene motivo de enojarse? ¿Cómo hará actos de castidad, quien en nada es tentado del vicio contrario? ¿Cómo hará actos de humildad, aquel á quien faltan las humillaciones? Lo mismo se ha de decir de las demás virtudes. Pues si es verdad que las virtudes no se ejercitan, ó se ejercitan ligeramentè sin la impugnacion de las tentaciones; será preciso decir que no se consiguen sin las dichas tentaciones. Es célebre el consejo que dió Scipion africano, cuando se propuso en el senado romano, si se habia de destruir la República de Cartágo, émula de Roma. Contra el parecer de todos los senadores mostró, que debia mantenerse en pié aquella ciudad aunque enemiga implacable de su República; porque decia sabiamente, que aquella con sus armas era la piedra de amolar del valor de los romanos. Así digo yo, que los demonios con sus tentaciones son la piedra de afilar de las virtudes, pues las tienen en ejercicio, y con impugnarlas, las hacen mas fuertes y robustas.

379 Y aqui se entenderá lo que Dios quiso significar al Apóstol de las gentes, cuando rogado repetidas veces de él, para que le librase de las tentaciones de que era terriblemente molestadó, le respondió: *sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur*. No te es conveniente el estar libre de las molestias de estas tentaciones; porque entre semejantes contrastes se afina la virtud. Bástate mi gracia, con la cual fortalecido, puedes resistir á los asaltos de tus enemigos, y quedar glorioso vencedor. De aqui saca Casiano: *majora nobis per colluctatio-*

nem tentationum laudis contulit præmia benigna erga nos gratia Salvatoris, quam si omnem à nobis necessitatem certaminis abstulisset. Etenim sublimioris, præstantiorisque virtutis est, persecutionibus, ærumnisque vallatum manere semper immobilem.... & acquirere quodammodo de infirmitate virtutem; quia virtus in infirmitate perficitur. (1) Dice, que nos hace mayor gracia nuestro amabilísimo Redentor con exponernos á los combates de las tentaciones, que nos haria si nos hiciese del todo exentos, porque quedando la persona constante en el bien entre los movimientos de las pasiones, adquiere las virtudes en grado mas sublime y mas eminente, segun aquellas palabras que dijo Dios á S. Pablo, que la virtud se perfecciona entre tales flaquezas.

380 Léese en las historias de los antiguos Padres, (2) que un jóven puesto debajo de la disciplina de un santo viejo, y siendo fuertemente combatido de tentaciones sensuales, resistia generosamente á los asaltos del enemigo, atento siempre á desechar todo mal pensamiento, y siempre cauto en reprimir todo mal sentimiento. Y porque el pobre sentia casi de continuo rebelde la carne contra el espiritu, procuraba sujetarla con incessantes oraciones, con rigorosos ayunos, con largas vigiliias, y con fatigas corporales exorbitantes. Un dia, viéndole su Padre espiritual tan angustiado y afligi lo, le dijo: ¿Quieres, hijo, que ruege á Dios para que te libre de tantas tentaciones, que no te dejan vivir en paz una hora? No, Padre, respondió el buen jóven; porque aunque siento vivamente la molestia de estas diabólicas persecuciones, pero sin embargo, experimento su utilidad; porque por la gracia de Dios peleo, resisto y practico continuos actos de virtud. Ahora, Padre, hago mas oracion que antes, ayuno mas veces, velo mas largamente, y me esfuerzo de mil modos á tener sujeto este mi cuerpo rebelde. Mejor es que rogueis á Dios que me asista poderosamente con su gracia, para que pelee con vigor, y sufra con paciencia tan grande trabajo: *et faciam etiam de tentatione proventum*, y haga por medio de las tales tentaciones grandes progresos en el camino de la

(1) S. Casim. col. 24. v. 25. (2) II st. PP. § 7.

perfeccion; por lo cuál pueda decir con el Apóstol: *bonum certamen certavi, cursum consummavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae.* (1); Oh! este si que entendia cuanto importan las tentaciones para adquirir las virtudes cristianas: pues por el deseo de su aprovechamiento no cuidó de librarse de ellas, y estimó mas su adelantamiento espiritual, que su quietud. Pongan los ojos en este santo jóven algunos espirituales pusilánimes, que sorprendidos de las tentaciones, se turban, se inquietan, se quejan y caen de ánimo, pareciéndoles que están perdidos porque son tentados: semejantes á algunos enfermos muy delicados, los cuáles rehusan la medicina que experimentan amarga, aunque les haya de dar la salud. Animense estos tales con el ejemplo del dicho monge á pelear varonilmente contra los demonios impugnadores de las virtudes, asegurándose que entre semejantes tentaciones no perderán virtud alguna de las que les parece haber adquirido; antes la perfeccionarán y harán mas fuerte: *nam virtus in infirmitate perficitur.*

CAPITULO III.

SE EXPONEN OTROS FINES QUE TIENE DIOS

en la permission de las tentaciones.

381 **D**ije que Dios en aflojar la cadena al demonio tentador, y en dejar que se acerque contra nosotros con sus sugerencias, tiene por fin el fundarnos en la virtud. Ahora añadido, que entre todas las virtudes tiene por fin el establecernos en una profunda humildad, que es el fundamento de toda la vida espiritual. Dice el Eclesiástico, *qui non est tentatus, quid scit?* (1) Quien no es tentado, nada sabe de si mismo, y nada entiende de sí; porque solo en las tentaciones conoce el hombre su flaqueza, y solo en las tentaciones entiende su miseria. Nótese, cuán poco se conocia á si mismo el príncipe de los Apóstoles S. Pedro, antes que estuviese puesto en la prueba de las

(1) 2. Tim. 4. 7. 8.

tentaciones. Al oír que le pronosticaba Cristo la grande infidelidad con que en breve le negaría, no mostró temor alguno de sí: antes confiado en sus fuerzas, casi desmintió al Redentor, respondiendo, que seguramente no le negaría, aunque le fuese necesario morir con él: *etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo*. Y llegó hasta decir con mucha jactancia, que aun cuando todos los otros Apóstoles le abandonasen, él solo le sería fiel: *etiamsi omnes scandalizati fuerint in te, sed non ego*. ¡Gran presuncion! ¿Pero qué? Tentado despues, no ya de un ejército de demonios, sino de una vil criada, conoció por experiencia su flaqueza, la confesó y la lloró con amargas lágrimas. Toda esta reflexion es de S. Agustin: *Petrus, qui ante tentationem præsumpsit de se, in tentatione didicit se*. (1) S. Pedro que antes de ser tentado habia confiado de sí, en la tentacion se conoció á sí mismo, y se humilló.

382 Esto es lo que nos sucede á nosotros, dice S. Gregorio, que hallándonos libres de tentaciones, no sentimos la fragilidad de nuestra carne, y la flaqueza de nuestro espíritu; y por eso formamos un gran concepto de nosotros, pareciéndonos que estamos adelantados en la virtud, que hemos adquirido grandes fuerzas, y que no hay ya mas que temer. Pero si despues nos embisten las tentaciones y nos oprimen con su peso; entonces tocamos con las manos nuestra miseria; entonces nos vestimos de pensamientos bajos y humildes; entonces vemos con ojos abiertos el peligro á que estamos expuestos de precipitarnos; y con el santo temor de caer, nos aseguramos de no caer. Asi el citado Doctor: *mira hoc nobis dispensatione agitur, ut mens nostra culpæ nonnunquam pulsatione feriatur: nam esse se magnarum viriùm homo crederet, si nullum unquam earumdem viriùm defectum intra mentis arcana sentiret. Sed cum tentatione irruente quatitur, & quasi ultra quam sufficit, fatigatur, ei contra hostis sui insidias munimen humilitatis ostenditur; & unde pertimescit, se enerviter cadere: inde incipit fortiter stare*. (2) Y este fué el otro motivo que tuvo Dios en permitir á S. Pablo

(1.) S. Aug. in Psalm. 36.

(2.) S. Greg. Moral. l. 2. c. 27.

obstinadísimas tentaciones del sentido, el tenerle humilde entre la multitud de las revelaciones, y de los favores excelsos que le quería comunicar, como él mismo lo conoció y lo confesó de su propia boca: *ne multitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meæ, angelus satanæ, qui me colaphizet*. En suma, Dios lo hace con nosotros, como el piloto con su nave, cuya carena llena de lástre, para que éste con su peso la tenga profunda y baja dentro de las aguas: porque de otra suerte estando holgada, y nadando demasiado ligera sobre el mar, vendría á ser la miserable un juguete de los vientos y de las olas, y su misma ligereza la haria naufragar. Así Dios, verdadero conductor y guía de nuestras almas, con el peso de graves tentaciones nos tiene sumergidos y hundidos en el conocimiento de nuestras miserias, para que el aire de la vanidad no nos lleve, y nos haga estrellar en los escollos de muchas culpas, con peligro de quedar perdidos.

383 Sara, virgen anacoreta, por trece años continuos fué terriblemente perseguida del espíritu inmundo de la deshonestidad. Mas ella jamás pidió el estar libre, sino humillándose delante de Dios, solo le pedia fortaleza: no pudiendo sufrir el demonio tanta constancia reforzaba sus máquinas, doblaba sus asaltos y hacia los últimos esfuerzos para conquistarla. Pero ella humillándose mas profundamente, pedia con mas veras y mas de corazon el socorro. Finalmente, viendo el enemigo que no habia modo de hacerla caer, se le apareció visiblemente y comenzó á decir en alta voz: has vencido Sara, has vencido, para que levantándose ella con algun acto de vanidad y de presuncion perdiese aquella su profunda humildad, que era el fruto principal que habia sacado de sus pasados combates. Al oír esto la humilde y cuerda muger, yo no, respondió, ó espíritu maligno, yo no te he vencido, sino Jesucristo te ha vencido en mí: *non ego te vici, sed Deus meus Christus*. (1) Veis aqui las artes que practica el demonio con algunos espirituales incautos: viendo que no les puede vencer con sus tentaciones, ni despo-

(1) Friber. Rosveid. in vit. PP. lib. 3.

jarlos de la divina gracia, procura á lo menos despojarlos de una cierta sincera humildad que podrian adquirir en semejantes trabajos, y que es el fin principal, por el cual Dios los permite. Procura, ó que se envanezcan de sus victorias, ó que no pudiendo apartar de si las tales molestias, den en desconfianzas, desmayos, inquietudes, turbaciones y quejas, cosas todas contrarias á la santa humildad: de manera, que venciendo éstos por un lado las tentaciones, quedan vencidos por otro. Abra, pues, los ojos cualquiera que se conoce reo en esta parte: y en lo venidero, asaltado de las tentaciones, reconozca con paz y quietud su gran miseria: conozca el precipicio en que iria á caer si Dios retirase de él su santa mano: humillese delante de su Magestad con sinceridad, y con verdad de afecto: pídale ayuda, que seguramente la recibirá; porque Dios no abandona á quien no le quiere abandonar: *Deus non deserit, nisi deseratur*. Así saldrá de las tentaciones rico de una de las mas bellas virtudes, que es la santa humildad, que es lo que puntualmente pretendia Dios permitiéndole tales contrastes.

384 Por otro fin tambien de gran provecho nuestro nos permite el Señor el trabajo de muchas tentaciones, y es el enriquecernos con ellas de muchos méritos en la presente vida, y de muchas coronas en la venidera: *Beatus vir*, dice Santiago, *qui suffert tentationem; quoniam cum probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se*. Bienaventurado aquel, dice el Apostol, que sufre con paciencia, y vence con fortaleza la tentacion; porque recibirá de Dios una ilustre corona de merecimientos en la tierra, y una corona de estrellas en el cielo: *non timeamus tentationes; sed magis gloriamur in tentationibus, dicentes: quando infirmamur, tunc potentes sumus, tunc enim nequitur corona justitiæ*, dice San Ambrosio. (1)

385 Para inteligencia de esta verdad, sepa toda persona justa, que cada vez que por no ofender al Señor rechaza algu-

1) S. Ambr. in. Luc. l. 4. c. 4.

na sugestion diabólica, gana con aquel acto santo que entonces hace, á lo menos un grado de gracia, á que deberá corresponder en el cielo un grado de gloria, y por eso con aquella repulsa de la tentacion se fabrica una corona inmortal para el paraiso; porque cuando aun no tuviese otra gloria de que gozar en la patria celestial que aquella que ha ganado con solo aquel acto, bastaria para hacerla perpetuamente bienaventurada, y para hacerla reinar por todos los siglos sobre un trono de estrellas. ¿Cuántas coronas, pues, ganará si fuere tentada frecuentemente? ¿Cuántas coronas, si las tentaciones de que es combatida fueren vehementes, fueren molestas y fueren muy penosas? Siendo cosa manifiesta que las victorias son tanto mas illustres, y tanto mas copiosas, quanto fueron mas repetidos y mas fieros los combates que precedieron.

386 Refiérese en las historias del orden Cisterciense, que un monge fue una noche fuertemente tentado de sugestiones impuras, pero resistiendo varonilmente quedó vencedor. La misma noche un monge lego de santa vida, que moraba en el campo al cuidado de las heredades tuvo esta vision. Vió una grande coluna, en la cuál estaba colgada una bellissima corona de labor muy fino, toda esmaltada de preciosísimas piedras. Mientras estaba admirando su preciosidad y hermosura, vió aparecer un jóven de amabilísimo aspecto, que tomando con ambas manos aquella noble corona se la entregó, y le dijo: anda á tal monge (nombrádoselo) y dále esta corona, que esta misma noche ha ganado. El monge lego, vuelto en sí, quedó confuso, no sabiendo si lo que habia visto era vision celestial, ó ilusion diabólica. La mañana siguiente se fué al monasterio, y para asegurarse de todo engaño, confirió con su Superior todo lo que habia visto y entendido. El Abad llamó á sí al monge: preguntóle lo que le habia acaecido la noche antecedente, y entendida la vehemente tentacion de que habia sido combatido, la fuerte resistencia con que la habia vencido; comprendió que la corona que habia visto el lego, era símbolo de aquella corona inmarcesible que Dios le tenia prevenida en

el paraíso, en premio de la victoria que aquella noche había alcanzado de sus infernales enemigos.

387 Veis aquí el fin que tiene Dios en permitir las tentaciones; prepararnos palmas y coronas de gloria inmortal, como dice S. Ambrosio: *qui vult coronare, tentationes suggerit.* (1) Y por eso en sintiéndonos asaltados de nuestros adversarios, pongamos al punto los ojos en aquellas coronas de estrellas que nuestro celestial capitán nos tiene prevenidas si le fuéremos fieles: y con la esperanza de tan grande premio, animémonos á pelear, como concluye el mismo Santo: *et si quando tentaris, cognosce, quia paratur corona.* Porque si los antiguos luchadores, como dice el Apóstol, se abstendian de todos los placeres que les podian disminuir las fuerzas, *qui in agone contendunt, ab omnibus se abstinent*: y esto por adquirir una corona caduca: *et illi quidem, ut corruptibilem coronam accipiant*: ¿cuánto mas nos deberémos abstener nosotros de los placeres con que el demonio nos tienta, y reprimir todas aquellas pasiones con que interiormente nos turba, por la consecucion de aquellas celestiales é incorruptibles coronas que nos están prevenidas en la gloria bienaventurada? *Nos autem incorruptam.*

388 No haya, pues, quien viéndose perseguido de grandes, horribles y frecuentes tentaciones, crea estar abandonado de Dios, y tenga envidia de aquellos que libres de semejantes molestias, pasan una vida tranquila; porque estos no son indicios de abandono, sino antes son señales verdaderas del cuidado y proteccion que Dios tiene de nosotros, enderezándolo á nuestro aprovechamiento presente, y al aumento de mayor gloria en la vida venidera; como ya he demostrado, y como con toda aseveracion nos asegura el Crisostomo: *ne existimemus esse signum, quod nos dereliquerit, vel despiciat Dominus, si tentationes nobis inferantur, sed hoc maximum sit nobis indicium, quod Deus nostri curam gerit.* (2) Ninguno piense, dice el Santo, que está abandonado ó despreciado de Dios, por verse dejado

(1) S. Amb. loc. sup. citato. (2) S. Chrys. hom. 33. in Genes.

y expuesto á los golpes de fieras tentaciones; porque esta es la mas grande señal que puede darse, de que Dios tiene de él un especialísimo cuidado. Pues así como un padre que ama á su hijo, le tiene bajo el azote, y le hace sentir los golpes, sin dejarse vencer de sus lágrimas, porque quiere de presente la moderacion de sus costumbres, y desea sus adelantamientos para lo venidero; así dice S. Pablo, hace Dios pasar por los azotes de los trabajos á aquellos á quienes ama tiernamente: *quem enim diligit Dominus, castigat*; (1) porque desea de presente su perfeccion, y para lo venidero su glorificacion.

389. Acabo con lo que cuenta Sofronio de un monge sacerdote llamado Conon, que vivia en un monasterio llamado Pentúcula. (2) Tenia este el empleo de ungir con el sagrado Oleo, y lavar en la sagrada fuente á los Catecúmenos que venian á bautizarse. Mas porque al tiempo de ungir y bautizar las mugeres padecia grandes tentaciones, se habia resuelto muchas veces á huir del monasterio, y quitarse de tales molestias. ¿Pero qué? Al tiempo de ejecutar su determinacion, se le apareció S. Juan Bautista, Protector de aquel lugar, y le dijo: *tolera y persevera*. Sucedió entre tanto que vino á bautizarse una doncella Persa, dotada de grande belleza, y temiendo el siervo de Dios algun fiero asalto del demonio en el acto de ejecutar su sagrado ministerio, se partió de hecho del monasterio para no verse en semejante peligro. Mientras iba huyendo se le apareció nuevamente S. Juan Bautista, y deteniendole en el camino le mandó que volviese atras. Pero antes le hizo sentar, y con tres cruces que hizo sobre su cuerpo, le libró para siempre de dichas tentaciones, diciendole al mismo tiempo estas palabras: *crede mihi, Presbyter Conon, volebam te pro hac pugna mercede donari; sed quia non vis, ecce abstuli à te hoc bellum: mercede autem hujus operis carebis*. Conon, le dijo el Santo, yo queria que por esos combates recibieses grandes mercedes y resplandecientes coronas en el reino de los Cielos; mas porque tu no has querido pelear,

(1) Hebr. 12. 6. (2) Part. esp. c. 3.

vés ahí que te libro de las batallas del sentido; pero tú entre tanto quedarás privado de tan grande galardón. Y en efecto, vuelto el buen Sacerdote á su monasterio, prosiguió ejercitando su sagrado ministerio sin experimentar jamás la menor rebelion de la carne. No quiero inferir de esto que se hayan de desear las tentaciones, porque Santo Tomás enseña que no se puede hacer; (1) pues incitándonos ellas al mal, no pueden ser objeto loable de nuestros deseos. Digo solamente que debemos aceptar las dichas tentaciones con paz y resignacion, cuando nos las permite Dios; que debemos pasar por ellas con profunda humildad; y sobre todo resistirlas con gran valor, sabiendo ouante conducen á la consecucion de las virtudes en esta vida, y al aumento de la gloria en la otra.

CAPITULO IV.

SE DAN ALGUNOS MEDIOS PARA VENCER LAS tentaciones diabólicas.

390 **E**l primer medio para vencer las tentaciones diabólicas es la prontitud en rechazarlas. No sea la persona perezosa, no sea lenta en resistir á las sugestioncs del enemigo; porque de otra suerte se hallará en grande peligro de consentirlas. Este es el consejo que daba S. Gerónimo á la virgen Eustoquio. No permitais, le decia, que crezcan en tu mente los malos pensamientos. Mata al enemigo cuando está aun tierno; porque si le dejas cobrar fuerzas, te matará á ti con la culpa mortal. Arranca la cizaña de la tentacion luego que comienza á brotar en tu corazon, ni permitas que eche dentro sus malignas raices, y llegue á viciarlo: *nolo sinas cogitationem (libidinis) crescere. Nilil in te Babylonicum, nihil confusionis adolescat. Dum parvus est hostis, interfice. Nequitia, ne zizania crescat, elidatur in semine.* Y aludiendo á las palabras del Salmo; *beatus, qui te-nebit, & allidet parvulos tuos ad petram*, le decia: ya que no

(1) D. Thom. 3. p. q. 41. art. 2.

es posible que no se despierte alguna tentacion en nuestro frágil cuerpo, aquel es feliz que quebranta las serpeçillas de los malos pensamientos al punto que nacen, y las estrellas en la piedra que es Cristo, levantando luego á él la mente: *filia Babylonis misera: beatus qui retribuet tibi retribuionem. Beatus qui tenebit, & allidet parvulos tuos ad petram. Quia enim impossibile est; in sensum hominis non irruere innatum medullarum calorem; ille laudatur, ille beatus prædicatur, qui cum cæperit cogitare sordida; statim interficit cogitatus, & allidit ad petram: petra autem erat Christus.*

391 Lo mismo enseña S. Cipriano: *primis diaboli iuillationibus obviandum est; nec coluber fovendi debet, donec in draconem formetur.* (1) Es necesario, dice el Santo, oponerse á los primeros movimientos de las tentaciones diabólicas; ni conviene nutrir la serpiente de la mala sugestion, mientras apunta en la mente y en el corazon; porque de otra manera crecerá en un dragon mortifero, que envenenará el alma y la dará la muerte. La razon de esto la dá S. Gregorio: la sugestion de la serpiente infernal, dice el Santo, al principio es tierna y blanda, y facilmente se aplasta con el pié de la virtud; pero si se deja crecer, y se le dá entrada en el corazon, toma una fuerza terrible, y llega á sujetar casi con violencia á la pobre alma, y á hacerla esclava de la culpa y del demonio: *prima serpentis suggestio mollis & tenera est, & facile virtutis pede conterenda: sed si hæc invalescere negligenter permittitur, eique ad cor aditus licenter præbetur, tanta se virtute exaggerat, ut captam mentem deprimens, usque ad intollerabile robur excrescat.* (2) Tanto, pues, importa el ser pronto á desterrar las tentaciones, quanto importa el no ser vencido de ellas.

392 Haga la persona tentada lo que suele practicar cuando estando en tiempo de invierno cerca del fuego para calentarse, la asalta encima una braza ardiente: cierto es que no se detiene en mirarla con curiosidad, sino que al punto la sacude de sí; porque deteniéndose un poco, le quema el vestido. Deseche

(1) S. Cypr. ser. de jej. & tent.

(2) S. Greg. Mor. hb. 32. c. 16.

así con la misma prontitud ciertos pensamientos que el demonio le pone en el entendimiento, y ciertos afectos que le despierta en el corazón; pues son verdaderas brasas del infierno, que deteniéndose un poco abrasan á la pobre alma, y la hacen ceniza. O pórtese también de la manera que procedería si un escorpión, ú otro animalejo ponzoñoso le cayese sobre la mano, ó sobre un pié desnudo. Ciertamente no se metería á observar curiosamente, como aquel mueve los brazos, como meneaba la cola, si camina ó se para; sino que lo sacudiría, ó lo quebrantaría en un momento; porque deteniéndose un solo instante la podría envenenar. Así arroje con la misma prontitud ciertas tentaciones, que son escorpiones del infierno, y con un poco de demora que hagan en el alma, la matan con su mortal veneno.

393. No se portaba así aquel monge infeliz, cuyo descuido se refiere en las historias de los Padres antiguos; (1) y por eso no podía vencer las tentaciones carnales de que era asaltado. Fuese este á un monge viejo que tenía fama de santidad, y le rogó con lágrimas en los ojos, que le encomendase mucho á Dios, porque se veía fuertemente combatido del espíritu de la fornicación. El santo viejo movido á piedad del miserable, se dedicó á rogar noche y día, y á importunar al Altísimo, para que le librase de aquella miseria. No obstante esto, volvió aquel monge á quejarsele, que la tentación no se disminuía un punto, sino que le asaltaba con mayor fuerza: y suplicóle que rogase á Dios por él con mayor instancia y fervor. Al oír esto el siervo de Dios multiplicó las oraciones, redobló las súplicas y derramó muchas lágrimas para mover á piedad el corazón de Dios. Mas el monge siempre volvía diciendo, que la tentación no cesaba de molestarle con el mismo vigor. Mientras el santo viejo estaba una tarde todo afligido y dolorido, maravillándose de que Dios no oyese una oración tan justa, le reveló el Señor, que sus oraciones no tenían efecto, porque aquel monge era lento, perezoso é irresoluto en desechar las tentaciones. La revelación se le representó de esta manera. Veía con los ojos de la

(1) In vit. PP. 5. 12. de tota vita...

mente, que aquel monge estaba sentado y ocioso en su celda, y que el espíritu de la fornicacion estaba junto á él burlándose, ya en figura de una muger, ya de otra. Veía, que el miserable en lugar de revolver y apartar prontamente la vista de aquellos objetos, se ponía á mirarlos con ojos de complacencia. Veía tambien que su Angel custodio se enojaba mucho contra él; porque no rechazaba al punto aquellas representaciones, y no se postraba luego en oracion, ni pedia ayuda al Señor. Entre tanto volvió el monge á renovar sus acostumbradas quejas: y el viejo, que ya habia entendido la causa de su mal, hijo, le dijo, todo el mal viene de tí, que no te ayudas, ni estás pronto á rechazar las tentaciones. Dime hermano mio: si el médico anda muy solícito por la salud del enfermo, vela con sumo cuidado sobre su mal, y le prescribe medicinas muy adecuadas; pero el enfermo no quiere ayudarse nada, no quiere abstenerse de los manjares nocivos, ni quiere tomar los medicamentos útiles; ¿podrá él sanar? No ciertamente. Pues asi: aunque otros ansiosos de tu eterna salud, ruegen á Dios por tí, no podrás tú librarte de esas súcias tentaciones, si no te ayudas con desecharlas prontamente, con recurrir luego á la oracion, é implorar el auxilio divino. A estas palabras quedó el monge no menos persuadido que compungido. Ejecutó los sábios consejos del siervo de Dios; y de esta manera quedó libre del espíritu inmundo de la deshonestidad. Concluyamos, que el primero y principal medio para vencer las tentaciones, y no ser vencido de ellas, ha de ser la diligencia y prontitud en sacudirlas y apartarlas de sí.

394 El segundo medio sea la oracion y el recurso á Dios. No se maraville el lector que yo ponga en segundo lugar un medio tan importante, porque en la realidad se contiene tambien en el primer lugar: pues la prontitud en desechar las tentaciones de que hemos hablado, debe principalmente practicarse por medio de este recurso á Dios. Esta es una arma que el mismo Jesucristo nos ha puesto en las manos para nuestra defensa contra los asaltos del comun enemigo: *orate, ut non in-*

trētis in tentationem. Haced oracion, dice el Redentor, para no ser vencidos de la tentacion. Y aun la ha puesto en la oracion del Padre nuestro, para que la tuviesemos siempre en la manos: *& ne nos inducas in tentationem.* Por lo cual basta que nosotros sepamos manejarla, quiero decir, que sepamos valernos de ella, especialmente en los tiempos oportunos, para que estemos seguros de quedar vencedores de todos nuestros enemigos.

395 Se ha de advertir, que esta oracion de recurso á Dios, nunca es mas necesaria que en el acto mismo en que el demonio nos embiste con aquella mala sugestion; porque siendo entonces grande el peligro de caer, hay entonces necesidad de especial ayuda. Esta advertencia daba San Gerónimo á Eustaquio, para que guardase puro entre las tentaciones el candor de su virginal pureza. Luego al punto, le decia, que sintieres alguna sugestion contraria á la santa pureza, levanta la mente, el corazon y la voz á Dios. Exclama: ayudadme y socorredme, Señor; si vos estais conmigo, ya nada temo los perversos sentimientos que el demonio y la carne confederada con él me sugieren: *statim ut libido titillaverit sensum, aut blandum voluptatis incendium dulci nos calore perfuderit, erumpamus in vocem: Dominus auxiliator meus: non timebo quid faciat mihi caro.* (1) El Abad Isaías, como refiere Casiano, aconsejaba á todas las personas tentadas, que se volviesen luego á Dios con aquel verso del Salmo 69: *Deus in adiutorium meum intende, Domine ad adjuvandum me festina.* Ayudadme, Dios mio, ayudadme prontamente; no tardeis en darme socorro. Y decia que estas palabras son un muro inexpugnable contra los asaltos de los demonios; son una coraza impenetrable, y un escudo fortisimo: *hic versiculus omnibus infestatione dæmonum laborantibus inexpugnabilis murus est, & impenetrabilis lorica, & munitissimus clypeus.* (2) Mas para que estas palabras sean eficaces para alcanzar la ayuda de Dios, y para poner en huida á los demonios tentadores; no basta que se digan con la boca y sonido de la voz, sino que deben salir de lo íntimo de la mente,

(1) S. Hier. Epist. 22. ad Eustoc. (2) Casian. collat. 19. c. 9.

y de lo mas profundo del corazon, como nota S. Juan Crisóstomo sobre aquellas palabras del Salmista: *de profundis clamavi ad te, Domine. Non dixit solummodo ex ore, neque solummodo ex lingua; nam errante etiam mente verba funduntur: sed ex corde profundissimo, cum magno studio & magna alacritate, ex ipsis mentis penetralibus.* (1) Un recurso hecho con este afecto, es imposible que no venza el corazon de Dios, y no le traiga á coligarse con nosotros, contra nuestros y sus enemigos. En suma, como un niño, dice S. Cipriano, aterrado de la voz de quien le amenaza, ó de la vista de quien le persigue, corre á echarse en el seno de su madre, y aqui se tiene por seguro; así nosotros acometidos del demonio con alguna tentación, corramos al punto á echarnos al seno de Jesucristo nuestro Padre; pidámosle de corazon ayuda, y estemos seguros en los brazos de su proteccion: *quemadmodum parvuli perterrefacti statim confugiunt ad sinum matris; sic nos cum aliqua tentatione pulsamur, per preces confugiamus ad Deum.* (2)

396 San Pacomio fundador de muchos monasterios, y padre de innumerables monges, solia exhortar frecuentemente á sus hijos espirituales, que fuesen prontos á recurrir á Dios en las sugerencias diabólicas; porque les decia, que habia entendido muchas veces que los demonios hablaban entre si mismos de esta manera: yo he emprendido el combatir á un monge duro, que sugeriéndole malos pensamientos, al punto se echa en tierra, é implora el divino auxilio: por lo cual yo no puedo pasar adelante, y me veo forzado á retirarme con gran vergüenza. Respondia otro: pues mi monge no lo hace así. Cuando yo le pongo pensamientos pecaminosos, no piensa en volverse á Dios, sino que me dá audiencia; y por eso le hago caer muchas veces, ahora en actos de enojo, ahora en contiendas y riñas, ahora con vanas complacencias, y ahora en otras culpas. Finalmente, concluia el Santo Abad su discurso con estas palabras: *ideoque, fratres mei dilectissimi, semper oper-*

(1) S. Chrys. hom. 10^a. 8^{ta} p. Psalm. 129. (2) S. Cyp. lib. de Provid. t. 3.

tel, ut custodialis sensum, & animum vestrum, invocantes nomen Domini Dei nostri. (1) Y por eso, hermanos míos dilectísimos, estad siempre sobre vosotros mismos, y á todo acometimiento de tentacion, y á todo movimiento de pasion, sed prontos á invocar el nombre de Dios, y á implorar su poderoso auxilio.

397. Al recurso á Dios es bien añadir la señal de la santa Cruz, arma muy formidable á los enemigos infernales; que los pone luego en huida; porque viendo los pérfidos aquella sacrosanta señal, se acuerdan de aquel Dios crucificado, que estubo en ella pendiente; como dice S. Cirilo: *quando cum demonis viderint crucem: recordantur Crucifixi.* (2) Y por eso añade San Agustin, al aparecer una señal tan saludable, se deshacen todas sus máquinas, y se deshacen todas sus malhas: *omnia demonum machinamenta virtute crucis ad nihilum redigit.* (3) Es digno de observacion lo que S. Atanasio refiere en la vida de S. Antonio. Mientras venian los demonios á tropas para asaltar al Santo Abad, armándose él con la señal de la Cruz, les decía: *si quid valetis, si vobis in me potestatem Dominus dedit, ecce presto sum, devorate contentum. Si vero non potestis, quid frustra nitimini? Signum enim crucis, & fides in Dominum inexpugnabilis mihi murus est.* Tragadme, despedazadme si tenéis la cencia de Dios: veisme aquí pronto para cualquier destrozo. Pero si no podéis hacernos daño alguno, ¿por qué porfiais en vani? La señal de la cruz, y la confianza en Dios, es para mí un muro inexpugnable á todas vuestras fuerzas. De la misma manera nosotros, embestidos de las tentaciones de los demonios, armemonos con la santa Cruz y con el recurso á Dios, y no temamos nada sus atentads; porque al asomar aquella santa señal huirán todos, como al asomar la luz se deshacen las tinieblas; y nosotros quedaremos victoriosos de todo el infierno, cuando todo se juntase para hacernos guerra.

398. A mí me hace mucha fuerza lo que cuenta S. Gregorio Nacianceno de Juliano impío apostata de nuestra santa Fé.

(1) Ex Hb. tent. PP. 9. 34. (2) S. Cir. cathec. 3. (3) S. Aug. l. de symb. c. 11.

Este aterrado de los demonios, se defendia de ellos con la señal de la santa cruz. ¡Cosa maravillosa! Que aquella cruz que el pérfido impiamente perseguia, le servia de defensa contra los asaltos de los enemigos infernales; que atemorizados á la vista de aquella santa señal, se retiraban de él. *Ad crucem* (dice el Santo, *confugit, eamque se adversus terrores consignat; eamque, quam persequabatur, in auxilium ascivit. Valuit signum, cedunt dæmones: pelluntur timores.* Ahora, pues, si la cruz, digo yo, fué arma poderosa en las manos de quien la aborrecia, de quien procuraba destruirla, y borrar toda memoria y rastro de ella: ¿no será con mas razon arma formidable contra los demonios en manos de quien la adora, de quien la venera, de quien la ama, y de quien confia mucho en ella? (1)

CAPITULO XV

SE DAN OTROS MEDIOS PARA VENCER.

... las dichas tentaciones.

399. No se puede dudar que sea un medio eficazísimo para vencer cualquier tentacion, una fuerte confianza en Dios, junta con una total desconfianza de si mismo; porque el mismo Dios ha prometido tener proteccion de aquellos que ponen en él toda su esperanza: *protector est omnium sperantium in se.*

(1) Ha prometido librarlos de las manos de sus enemigos: *quoniam in me speravit, liberabo eum.* (2) Ha prometido salvarlos entre los peligros: *qui salvos facis sperantes in te.* (3) Y por Daniel llega á decir, que jamás ha quedado confuso y avergonzado en las caídas, el que ha puesto en él sus esperanzas: *quoniam non est confusio confidentibus in te.* (4) Así que re-
corriendo uno á Dios en medio de las tentaciones con firme confianza en su proteccion y ayuda, es tan cierto que no caerá, cuán cierto es que Dios no puede fallar en sus dichos ni ser infiel en sus promesas.

(1) Psalm. 17. 31. (2) Psalm. 93. 14. (3) Psalm. 16. 7. (4) Dan. 3. 28.

400 La razón por que agrade tanto á Dios esta confianza; hasta llegar á ptometer su asistencia á quien la tiene, es annual fiesta, porque el Señor de una parte es celosísimo de su gloria, y protesta que siendo tan liberal en repartir todas los otros bienes suyos, solo ésta reserva y lo quiere todo para sí: *compremeum alteri non dabo*: de otra parte ve Dios que una alma; la cual desconfiada de sí misma recurre á él con viva fé, no toma para sí, sino que á él atribuye la gloria de las victorias que alcanza de sus enemigos, y de las otras buenas cosas que va ejercitando. Por lo cual no puede hacer menos que acogerla debajo de las alas de su benigna protección: de suerte, que ella misma puede decir con verdad: *Et in umbra alarum tuarum sperabo.* (1) Cuanta verdad sea esto, se puede sacar de lo que dice San Gregorio en sus Morales; es á saber, que las virtudes adquiridas son más dañosa que si no se tuviesen, cuando hayan de engendrar una vana confianza de sí mismo; porque entonces las virtudes mismas traspasan al alma incauta con la espada de la vanidad; y si bien por un lado le dan vida fortificandola; mas por el otro, levantandola yanamente le dan la muerte: *Plerumque virtus habita dederit, quam si doisset, interfuit: quia dum ad se confidentiam mentem erigit; hanc elationis gladio transfigit: cuiusque eam, quasi roborandu vivificat, elevando necat; ad in'eritiam videlicet pertrahit, quoniam per spem propriam ab interna fortitudine fiducia evellit.* (2) Para muy lejos está de semejante peligro la alma que no confia en sí, sino en solo Dios. Por esto viendo el Señor que poniendo en ella sus gracias las pone en lugar seguro, á ella le hace las promesas, y á ella las reparte á manos llenas. Para conseguir, pues, una especial asistencia de Dios en las tentaciones, no hay medio mas seguro que el recurso á Dios lleno de confianza en su ayuda, y de desconfianza de las propias fuerzas.

401 Si deseara saber el lector cómo es ha de portar para despertar en su corazón en medio de los combates diabólicos esta confianza tan poderosa para abatir á sus enemigos, le diré,

(1) Psalm. 56, 1.

(2) S. Greg. Moral. l. 7. c. 9.

que se persuada vivamente éstas tres verdades, de las cuales como de su propia fuente, sale este dulce afecto. La primera, que el demonio, como dice S. Agustín, es un perro atado que no se puede acercar con las tentaciones mas de aquello que Dios le permite, aflojándole la cadena. La segunda, que Dios, como dice el Apóstol, no permite jamas al demonio el tentarnos mas de aquello que sufren nuestras fuerzas: *fidelis autem Deus, qui non patietur vos tentari supra id, quod potestis.* (1) La tercera, que Dios está presente á nuestras batallas para suministrarnos fuerzas suficientes, y aun superabundantes para rechazar los golpes de cualquiera tentacion y para complacerse despues de nuestras victorias. Estas verdades católicas fijas en la mente son poderosísimas para despertar una grande confianza en Dios, y para dar grande ánimo y corage á la persona tentada: con lo cual pueda resirtir varonilmente á los asaltos de los demonios tentadores.

402 Cuenta S. Atanasio de su grande Antonio, que un dia despues de haber sostenido con los demonios un fiero combate, vino Jesucristo á confortarle con su dulce presencia. El Santo Abad, al ver presente á su amado Señor, comenzó á decirle: *Domine Jesu, ubi quaeso eras, cum tam inmanes plagas corpori meo exciperem?* ¿Y dónde estabais, Jesus mio, mientras los demonios tan cruelmente me maltrataban? Respondióle Jesucristo: *eram praesens, ó Antoni, & certamen, quod excelso, invictoque animo gessisti, spectabam.* Estaba presente, ó Antonio, yo te daba socorro, y con ojos de complacencia miraba el combate que sostenias con invicto ánimo. De la misma manera se figure á Dios presente el que es tentado; Dios es el que disminuye las fuerzas á los demonios y se las aumenta á él, que se complace en su resistencia, que aplaude sus victorias, y que está con las manos llenas de coronas y de palmas para darle una eterna remuneracion, y con el corazon lleno de confianza: digale al Señor: *in Domino sperans, non infirmabor.* (2) Yo espero en Vos, Señor, y así no temo ni

(1) 1. Cor. 10. 13. (2) Psalm. 55. 1.

me atemorizo: *si consistant adversum me castra, non timebit cor meum. Si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo.* Aunque vengan los demonios en escuadrones á liacerme guerra, no temerá mi corazón, porque está apoyado en Vos, mi Dios, con la esperanza.

403 Con esta viva confianza en Dios vencía el Santo Abad Antonio los espantosos asaltos con que procuraban aterrarle los demonios, como refiere S. Efren Siro en su vida. Púsose el demonio un dia á hacer temblar su celda, y habiendo hecho un grande agujero, llamaba para que le ayudasen á sus compañeros, diciendo: venid amigos míos, apresurad el paso, veis aquí hecha ya la abertura, entrad presto á ahogarle: *festinate celeriter, festinate, & introeuntes cito eum suffocate.* Mas el Santo lleno de confianza, decia: *omnes gentes circumdederunt me, & in nomine Domini ultus sum in eos.* Descadenese en horabuena todo el infierno contra mí, que yo en el nombre del Señor quedaré vencedor. Viendo los diablos esta grande fé, desaparecieron al punto, y la celda quedó entera é intacta como antes sin abertura alguna. Otra vez mientras estaba rezando Salmos vió que se pegaba fuego á una estera sobre que estaba, y el Santo armado de una viva fé en Dios, se puso á pisar aquellas llamas, diciendo: en nombre de mi dulce Jesus que me ayuda, venceré todo el poder de mis enemigos: *omnem potentiam inimici in nomine Domini nostri Jesu Christi mihi auxiliantis superabo.* A estas voces de confianza se desvanecieron al punto aquellas llamas postizas, y los demonios vencidos y desbaratados entre ahullidos y gritos espantosos se pusieron en huida. Tenga, pues, semejante confianza el que es tentado, y no tema con eso á todo el infierno que ningun daño le podrá causar.

404 Mas para que el recurso pronto y confiado en Dios tenga toda la fuerza para vencer las tentaciones, es menester que vaya unido con el recurso y descubrimiento al Padre espiritual. Este medio es no menos eficaz que importante para debilitar las tentaciones, y quitar las fuerzas á los demonios que nos

persiguen: y esto por las dos razones que en otra parte ya he alegado. La primera, porque Dios en la presente providencia de ley ordinaria no nos quiere dar sus ayudas y su direccion, sino por medio de sus ministros. Por lo cuál conviene que recurra y se descubra á ellos con sinceridad, quien no quiere errar, mayormente en cosa de tanto peligro, cuál es aquella de que ahora hablamos. La segunda, porque el demonio es un verdadero ladron que nos tienta para despojar nuestras almas de todas sus riquezas espirituales: por lo cuál tiene las propiedades de los ladrones, que viéndose descubiertos huyen. Y en efecto, se vé por la experiencia, que apenas una persona descubre la tentacion á su director, y tal vez apenas se resuelve á manifestarsela, cuando al punto se retira el demonio, y la tentacion totalmente se desvanece, ó en gran parte se disminuye.

405 Yo no quiero hacer aquí otra cosa que contar lo que á este propósito refiere S. Antonio de Fr. Rufino, compañero de S. Francisco, para que sirva de regla y de cautela á las personas tentadas. Fué asaltado el siervo de Dios de una fiera tentacion de desesperacion, representándosele vivamente al entendimiento, que él no estaba en el número de los predestinados, y que por eso eran inútiles todos los ayunos, las oraciones, las fatigas, y las asperezas que sufría en la religion. Pero lo mas terrible de la tentacion era una gran vergüenza y repugnancia que el demonio le ponia en el ánimo de manifestar á su superior y á su Padre S. Francisco la sugestion diabólica. Entre tanto, viéndose encubierto el ladron infernal, tomó sobre él mayor osadía, y volvió á asaltarle con tanta fuerza, que le precipitó en un abismo de melancolia y de tristeza. Juntado despues á las agitaciones interiores las ilusiones exteriores, se le apareció en forma de Cristo crucificado, diciéndole, ¿de qué te sirve, Fr. Rufino, que te consumas inútilmente en oraciones y austeridades, no siendo escrito tu nombre en el número de aquellos que yo tengo predestinados para la gloria? Solo yo sé, cuales son aquellos que he escogido, y cuales los que he reprobado. Creeme, pues, á mí, y no á Francisco; pues te aseguro,

que tú, él, y sus secuaces sois todos del número de los precitos. Desapareció la vision, y el siervo de Dios mas ciego con la tentacion, en lugar de descubrirla á su director la tuvo oculta, dándole entero crédito: por lo cual vino á caer en una suma consternacion de ánimo, y á precipitarse hasta la orilla de la desesperacion. Entre tanto movido Dios á piedad de su siervo, que veia en tan grande peligro, reveló todo lo que pasaba á San Francisco, el cual hizo llamar al punto á Fr. Rufino por medio de Fr. Mateo. A la embajada respondió atrevidamente Fr. Rufino estas palabras: ¿y qué tengo yo que ver con Fr. Francisco? Tanto como esto habia crecido la tentacion que habia tenido tanto tiempo encubierta, y tanto le habia oscurecido el entendimiento. Por fin á los ruegos y exhortaciones de Fr. Mateo se rindió á obedecer, y á ir á la celda de San Francisco. Llegado á su presencia, le descubrió el Santo distintamente todo lo que habia pasado en su interior, y todo lo que exteriormente le habia sucedido, asegurándole, que todo el suceso era engaño y sugestion del diablo. Ordenóle que se confesase, que no dejase sus acostumbrados ejercicios de oraciones; y que en volviendo la visita del falso crucifijo, le dijese estas palabras: abre la boca, que te la llenaré de estiercol. Fr. Rufino viendo descubiertos todos los secretos de su corazon, prorumpió en un deshecho llanto, se postró á los piés de San Francisco, pidiéndole perdon del silencio que con él habia guardado, encubriéndole sus tentaciones; prometióle de ejecutar sus consejos, y se volvió quieto, tranquilo y sereno á su celda. Mientras estaba en ella orando con muchas lágrimas; veis aqui que torna el demonio en la misma forma de crucifijo, y le reprendé diciéndole: ¿y no te dije yo que no dieses crédito al hijo de Bernardon, porque ambos á dos estais condenados? Pero Fr. Rufino que estaba ya alumbrado con las instrucciones del Santo, lo rechazó con aquellas palabras que le habia enseñado. El demonio, viéndose descubierto y escarnecido se partió enojado, y al tiempo de huir movió por la falda del monte una tempestad de piedras con tanto estrépito, que parecia

venirse abajo toda la montaña. A este ruido acudió S. Francisco con sus compañeros, y vió que al caer aquellas piedras levantaban llamas por todas partes: de manera, que le parecia tener delante de los ojos un retrato del juicio final. Despues apareció á Fr. Rufino con verdadera vision Jesucristo: le consoló con su vista y con su voz, y le dió un dón de altísima contemplacion, con la cuál sin sentir jamas semejantes perturbaciones, vivió siempre absorto en Dios en una placidísima quietud. Quisiera que cualquiera que se halla afligido de tentaciones, hiciese dos reflexiones: una, sobre el estado en que se hallaba este gran siervo de Dios, antes de descubrir sus tentaciones á su director; ¡cuán poseido estaba el pobre del demonio, cuán agitado, cuán abatido, cuán inépto para todo bien, y cuán cerca de precipitarse al profundo de todos los males! La otra reflexion, sobre el estado totalmente diverso en que se halló despues de haberse descubierto y dejado gobernar de su santa guia: temido de los demonios, seguro de sus engaños, quieto, sereno, dispuesto para la oracion, y pronto para todo lo bueno. Sáque de aqui cuán necesario sea á cualquiera persona, aunque sea espiritual y santa, el manifestar con sinceridad las tentaciones al propio director, para enflaquecer las fuerzas de los demonios agresores, y para no caer al ímpetu de sus perversas sugerencias.

406 Guárdese sobre todo la persona tentada de exponerse á las ocasiones; porque los demonios lo hacen con nosotros, como los capitanes generales con las plazas que emprenden conquistar. Envian por delante las ocasiones, y con ellas abren la brecha en el castillo de nuestro corazon: despues entran á enseñorearse con las culpas. Diré á este propósito lo que decia Séneca á su Lucilo: *quantum possumus, à lubrico recedamus; in sicco quoque parum firmiter stamus.* (1) Tenemos trabajo en combatir con los demonios á pié firme en lo seco: ¿y querrémos meternos á pelear con ellos sobre lo resbaladizo? ¿Cómo será posible el no resbalar y dar en tierra? Que alguno, dice

(1) Senec. Epist. 117.

S. Basilio, sea forzado contra su voluntad á combatir con los enemigos de nuestra salud eterna, es pura necesidad; pero que uno busque por sí mismo el combate, y de su voluntad se ponga en los riesgos y se meta en las ocasiones, es una suma locura. Si cae el primero, es digno de alguna compasion; mas si cae el segundo, no merece perdon; porque con una accion tan imprudente é indiscreta es para sí mismo toda la causa de su mal: *Etenim bellum quod præter voluntatem nostram incidat, nobis excipere fortasse necessarium sit: ipsum vero aliquem sibi voluntarium creare, id vero summæ dementiæ est. Siquidem ignosci ei forsitan possit, quia in priore illo victus sit. (Nolim autem hoc omnino Christi athletis evenire.) At qui in posteriore hoc superatus discedat, is præterquam quod rem admodum ridiculam facit, non meretur etiam, ut sibi ignoscatur. (1)*

CAPITULO VI.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR sobre el presente articulo.

407 **A**dvertencia primera: advierta el director de no ser rigido y austero con las personas tentadas; porque esto seria acabar de quebrar la caña que ya está cascada; al contrario de lo que hacia nuestro amabilisimo Redentor, de quien dice Isaias: *Calamum quasatum non conteret*. Escúchelas con paciencia; compadézcase con ternura; aconsejelas con caridad; y animelas á pelear con gran confianza. En suma, proceda con ellas como suele portarse un padre con su hijo enfermo, que cuanto mas oprimido lo vé del mal, tanto mas se conmueve á una tierna compasion, y tanto mas piensa en remediarle. Guárdese sobre todo de admirarse y mucho mas de dar señas exteriores de admiracion por cualquiera tentacion que le suceda hallar en sus penitentes; porque debe tener impresa en la mente esta máxima, de que quiere S. Bernardo que este-

(1) S. Basil. Constit. Monast. c. 4.

mos todos armados, que en este mundo no se vive sin tentaciones, y que en cesando una, debe esperarse otra: *hoc enim praeamonitos vos esse volo, neminem super terram absque tentatione victurum, ut cui forte tollitur una, alteram securus expectet.* (1) El demonio lo hace con nosotros como el cazador, el cual observa cuales son las comidas que mas agradan á los pájaros, y de ellas se vale para cebarlos y cogerlos. Asi observa el demonio, dice S. Ambrosio, cual es la pasion que nos predomina, y esa atiza con sus tentaciones: cual es el gusto que mas nos atrae, y ese nos pone delante de los ojos para cebarnos: *tunc enim maxime insidiatur adversarius, quando videt nobis passiones aliquas generari; tunc fomites movet, laqueos parat.* Por tanto, no habiendo hombre en el mundo que no tenga alguna pasion, y que no se mueva de algun deleite, conviene decir, que en cada uno halla el enemigo cebo oportuno para ponerle asechanzas.

408 Esto hizo Dios ver al Abad Macario en una admirable vision. (1) Vivía el solitario en un lugar desierto, y en la parte inferior de aquella soledad vivian otros monges en distintas celdas. Estando un dia solo en la puerta de su celda y muy pensativo, vió venir por el camino al demonio vestido de una ropa blanca de linó, la cual estaba llena de agujeros, y de cada agujero estaba pendiente una redoma. Preguntóle el santo solitario á donde iba; y le respondió el demonio, que iba á tentar á los monges que vivian en aquella soledad. Replicóle Macario: ¿y tantas redomas que llevas encima que significan? Estas respondió el demonio, están llenas de gustos, con los cuales les cebo, y los hago venir tras de mi. Dicho esto, prosiguió su camino; y el santo Abad, deseoso de saber el éxito de aquel negocio, se puso á esperarle á su vuelta. Despues de un breve tiempo le vió venir muy triste y melancólico; y le preguntó como le habia ido en su caza. Mal, respondió el demonio, ninguno se llega á mi: todos son santos. Solo hay uno que es mi amigo, y se viene tras de la pasta dulce que

(1) S. Bern. in Psal. Qui habitat. serm. 5. (2 Ex lib. Doct. PP. lib. de provid. n. 11.

le echo para ganarlo. ¿Y como se llama ese, replicó Macario? Teopento, respondió el demonio. Entendido esto, se fué el Abad á aquella parte inferior del yermo, y pidió alojamiento en la celda del dicho Teopendo: y trabando conversacion con él con su buen modo y arte, le sacó de la boca que era muy tentado, y se iba trás de malos pensamientos. Entonces le amonestó el santo Abad: dióle sabios y oportunos consejos con que supiese defenderse de semejantes tentaciones en adelante, y volvióse á su hermita. Despues de algun tiempo, vió nuevamente al diablo en la misma forma que antes se le habia aparecido: y habiéndole preguntado ¿cómo le iba en sus ganancias con los monges? pésimamente, le respondió: todos son santos, y aun aquel que antes era mi amigo, ahora se me ha rebelado, y se me ha hecho mas enemigo que los otros. Ahora, pues, si el demonio no perdonaba á aquellos santos solitarios, y tenia para cada uno como aparte en un vaso preparado un gustillo y un deleite proporcionado para ganarle, ¿podremos creer, que perdonará al resto de los hombres, de quienes puede con fundamento él esperar mayor ganancia con sus tentaciones? Persuádase, pues el director, que todo hombre está sujeto á semejantes flaquezas, ni de esto jamas se admire. Escuche con caridad y agrado á aquellos que le descubren sus tentaciones, y déles sabios consejos y medios idóneos para vencerlas.

409 Advertencia segunda: advierta el director, que las tentaciones no se deben desechar todas de una misma manera. Unas se han de rechazar con actos positivamente contrarios, y otras con actos de desprecio y de no hacerles caso. Explicome: algunas tentaciones hay que de su naturaleza son peligrosas, porque representan objetos agradables á la naturaleza humana, y muy conformes á sus pasiones. Tales son las tentaciones deshonestas que representan el placer vedado, é inclinan la voluntad á abrazarlo. Tales son las tentaciones de ódio que llaman la voluntad á la venganza: de la envidia que despierta disgusto del bien de otros, como impeditivo del bien propio; de la vanidad que impele la voluntad á complacerse de las propias pro-

rogativas, y á desear las alabanzas; y así de otros semejantes vicios. Estas tentaciones conviene de ordinario rebatirlas con actos á ellas contrarios; así porque de esta suerte se asegura la persona de todo consentimiento delincuente, como también porque con los tales actos se funda en la virtud contraria, y la radica profundamente en el alma. Así obra virtuosamente el que asaltado de tentaciones impuras, protesta de querer antes la muerte que semejantes fealdades; el que tentado de ódio, declara que perdona la ofensa, y está pronto á hacer bien á quien le ha hecho mal; el que tentado de envidia, dice, que quiere gozarse del bien de su prójimo, y sino lo tuviese, querría procurárselo á toda costa suya; el que tentado de vanidad, dá á Dios la gloria de todas sus prerogativas, y se desnuda de ella á sí mismo. Otras tentaciones hay que son nada peligrosas; porque son disformes, no solo á la parte racional del hombre, sino también á la parte brutal, que no halla en ellas deleite alguno. Tales son ciertas tentaciones de blasfemias; ciertas especies impías y descompasadas contra Dios, contra los Santos y contra las sagradas imágenes; ciertas tentaciones contra la fé, y otras semejantes que el hombre naturalmente aborrece. Ahora, pues, con semejantes tentaciones no conviene forcejar ni combatir á tu por tu diciendo: yo no lo quiero, yo lo abomino y detesto; así porque no habiendo peligro de darles consentimiento, tampoco hay necesidad de semejante resistencia; como también porque resistiendo así la persona, se amilana, y está expuesta á concebir un grande horror; y este horror le despierta después y excita más frecuentemente la especie, y la fija más profundamente en la fantasía: de manera que al fin se reduce la persona á estar en peligro de perder el juicio y la salud; por lo que mejor es proceder con las tales tentaciones por el camino del desprecio, y de no hacer caso de ellas. Dígale por tanto el director al penitente que vé afligido con semejantes especies, que él en esos pensamientos no comete pecado: y de esta manera desocupe su corazón de todo temor. Ordénele después, que se abstenga de los actos contrarios como nocivos á su cu-

racion, y que proceda por via de desprecio: y por eso en volviendo á molestarle los pensamientos de blasfemia, de impiedad y de infidelidad, los deje correr sin darles oidos; y solo aplique el entendimiento á hacer lo que está haciendo; si ora, á orar; si habla, á conversar; si trabaja, á trabajar. En suma, proceda con semejantes especies de la manera que se portaria con un loco que le repitiese semejantes cosas impías á los oidos; y asi como en tal caso pasaria adelante sin darle oidos, ni hacer caso alguno; asi haga con su fantasia desbaratada y loca. Sobre todo, guárdase el director cuando los penitentes le comunican estas molestias de dar muestra alguna de que hace cuenta de ellas y le dán cuidado, porque los pondria en una suma consternacion, y aumentaria desmedidamente su mal. Respóndales al punto y francamente, que no hay mal ni pecado, aunque les parezca que lo hay, y que lo desprecien todo.

410 Refiere S. Juan Climaco (1) que un monge por espacio de veinte años fué combatido de horribles tentaciones de blasfemias. Las rechazaba con horror y con impetu: se armaba contra ellas con ayunos, con vigiliyas y con grandes asperezas; mas porque no iba por el camino conveniente, en lugar de amainar la tentacion, crecia mas cada dia. De manera, que no sabiendo ya mas que hacer, acudió por consejo á un santo monge; y no teniendo valor para manifestarle con la voz todos los pensamientos impíos y malvados que le pasaban por el entendimiento; se los dió á leer en una carta: y despues se postró con el rostro en tierra, teniéndose por indigno de levantar los ojos al cielo. Leyó el monge discreto todo aquel folio; y despues poniéndose á reir, le dijo: hijo pon tu mano sobre mi cabeza. Obedeció el pobre monge; y entonces añadió el santo hombre: yo cargo sobre mi todos los pecados que tu has hecho, y lo que harás con semejantes tentaciones: solo quiero de ti, que en adelante no hagas caso alguno de tales tentaciones: *supra collum meum, ò fratrem, sit hoc peccatum; & quæcumque olim fecisti & facies; solum id ulterius non habeas in*

(1) S. Joan. Clim. Grad. 33.º de Blasph.

mensuram. A estas palabras se desvaneció del todo de la mente del monje aquella tentacion, ni jamas fué molestado de ella; porque se desvaneció el tentor, que era la causa de todas aquellas especies. Haga lo mismo el director con los penitentes combatidos de tentaciones extrañas. Dígales: todos los pecados que cometeis en este particular, yo los tomo sobre mi conciencia, y solo quiero de vosotros, que me obedezcais en despreciarlos, y no hacer caso alguno.

411 Advertencia tercera: dije que los pensamientos de cosas deshonestas y de otras cosas conformes á nuestras pasiones, deben rebatirse con actos contrarios de positiva repulsa: pero esto lo he dicho con limitacion, diciendo, que de ordinario se debe obrar así: porque en la realidad hay personas á quienes no conviene meterse á porfiar con tales pensamientos, y desecharlos con los golpes de los actos contrarios, sino que les es mas conveniente proceder por via de desprecio, como hemos dicho de aquellos que son agitados de tentaciones impías. Hay algunas almas temerosas de Dios y de conciencia muy delicada, que aborrecen toda deshonestidad y cualquier accion en que aprenden culpa grave. Por eso, si se despierta en ellas alguna especie ó sentimiento contrario á la pureza, se ponen en gran temor y experimentan mucha pena: se arman en contra con actos interiores y tal vez con actos exteriores, sacudiendo la cabeza, apretando el pecho, revolviendo extrañamente los ojos, y haciendo otros esfuerzos dañosos no solo al cuerpo, sino tambien al espíritu. ¿Pero qué? Cuanto mas desechan semejantes pensamientos, tanto mas vuelven al entendimiento, y cuanto mas reprimen las tales complacencias tanto mas las sienten despertarse en el corazon: y tal vez llegan á punto que no pueden hablar con alguno, ni pueden levantar los ojos para mirar á alguno; porque todo sirve de incentivo á su tentacion. Ni se maraville de esto el director, porque como decia arriba, no hay cosa que así despierte estos pensamientos, y que los fije mas en la mente, como el demasiado temor. Y la razon es clara; el temor excita la imagina-

cion de aquellos objetos de que se teme. Así vemos que los muchachos pasando de noche con temor por salas oscuras, les parece que vén ya una sombra oscura, ya al demonio á las espaldas, y á cualquier golpe casual se espeluzan, y á todo ruido pequeño se les hiela la sangre. Cuando otros, que no tienen temor alguno pasando por lugares oscuros, no sienten estas tétricas imaginaciones. De aquí quiero inferir, que estando estas almas casi siempre con pena y con temor de las tentaciones impuras, tienen siempre en la imaginacion objetos impuros; y por temer las tentaciones, las despiertan y mantienen siempre vivas. Lo mismo se ha de decir de aquellos, á quienes parece que hacen acerca de cualquiera persona juicios temerarios, y de aquellos á quienes parece que se complacen de cualquier mal que reconocen en sus prójimos, y de aquellos que por la grande aprension que han concebido de la vanidad, les parece que se envanecen de cualquier palabra que dicen y de cualquier paso que dan. A todos éstos es necesario quitarles estos temores excesivos, exorbitantes é indiscretos, que son la causa de sus tentaciones, y de sus afanes y angustias. Mas para conseguir esto, no es menester andar forcejando, dar golpes y luchar indiscretamente; sino por via de desprecio, y de no hacer caso alguno de semejantes cosas.

412 Instruya, pues, en primer lugar el director á estas almas, y hágales que estén persuadidas, que en cualquier pensamiento, complacencia y tentacion, aunque impurísima, no hay pecado, especialmente grave, sino hay consentimiento pleno, libre y voluntario; porque como dice S. Bernardo, no daña el sentimiento malo, cuando no hay consentimiento voluntario, antes en premio del combate sufrido y de la pena tolerada, se preparan para la persona tentada palmas y coronas de estrellas en la gloria: *molesta est lucta, sed fructuosa; quia si habet penam, habet & coronam. Non nocet sensus, ubi non est consensus, imo quod resistentem fatigat, viventem coronat.* (1) Despues disipe de sus corazones el sobrado temor, con persuadirles

(1) S. Bern. de inter. homo.

que por la gracia de Dios están lejos de este reo consentimiento; porque la pena y amargura interior que sienten en medio de sus tentaciones, son clara señal que la voluntad está muy agena de consentir; las ansias con que desean verse libres de semejantes sugerencias muestran que la voluntad no está coligada con ellas, y las indiscretas resistencias que practican, son claro argumento que la voluntad es enemiga de semejantes impurezas. Mandeles despues, que en volviendo semejantes pensamientos y tentaciones se abstengan de hacer actos de positiva repulsa; y que bastará que con una cierta superioridad y con no hacer caso, diviertan la mente á otra cosa; como hace el que camina por una senda llena de polvo, que al soplo de los vientos cierra los ojos y pasa adelante. Si pueden fijar la mente con paz y quietud en algun objeto santo, haciendo algun acto afectuoso con Jesucristo y su santísima Madre, es mejor, como se haga todo con suavidad. Si acaso las ocupaciones presentes no les permiten hacer los tales actos, fijen la mente en aquellos objetos que tienen delante de los ojos, y en aquellas obras en que se hallan ocupados. Sobre todo prohibales el hacer reflexion sobre las tentaciones despues que han pasado, ni les permita examinarse, si han consentido ó no; porque de esta manera se engendran en estas almas tímidas nuevos escrúpulos que las ponen en grandes angustias; y con semejantes reflexiones se despierta la tentacion que ya estaba dormida. Digales que se aquieten con su palabra, creyendo que no han pecado gravemente.

413 Advertencia cuarta: advierta el director que segun la diversa calidad de las tentaciones, deben ser tambien diversos los modos de vencerlas. A ciertos vicios ásperos, inquietos y desagradables, cuales son la impaciencia, la ira, el enojo, la envidia, el rencor, la aversion ó contragenio, puede la persona tentada seguramente ir contra ellos, y trabar combate con ellos para sujetarlos, porque no son pasiones agradables y deleitables á que se pegue nuestra frágil naturaleza, y mas se padece en ellas que no se goza. Mas si el director reconociere en su dis-

cipulo virtud sólida, podrá concederle el tratar con personas ásperas, inciviles y desagradables, con las cuales siente aversion de ánimo para ejercicio de caridad; de conversar con quien le punza con la lengua, ó le persigue con los hechos para practicar con ellas la paciencia y la mansedumbre; de sujetarse á la obediencia de persona rígida y austera para quebrantar la propia voluntad. Otros vicios hay que son dulces y deleitables, como arriba dije. Tales son aquellos que inclinan á los pecados carnales, á la destemplanza y gula en el comer y beber, á libertad de tratar, mayormente con personas de otro sexo, al delito de los divertimientos mundanos y á otros semejantes. Y de estos debe siempre huir la persona tentada; porque siendo vicios muy atractivos, hay grande peligro de que al tiempo de quererlos vencer, queda ella conquistada y vencida. De estas tentaciones habla el Espíritu Santo, diciendo: *qui enim amat periculum, peribit in illo.* (1) Que quien ama el peligro y en vez de huirlo lo busca, perecerá en él. De estas tentaciones dice con términos expresos S. Juan Crisóstomo, que jamas se deben buscar: *oramus, ne intremus in tentationem; quia eam quærere non debemus.* Y á esta especie de tentaciones aludia S. Felipe Neri con aquel su célebre dicho, que en la guerra de la sensualidad vencen los cobardes, esto es, aquellos que huyen. Y por eso insista el director con sumo cuidado, en que las personas inclinadas á semejantes cosas deleitables, ya sea por instigacion del demonio, ó por la calidad de su naturaleza; no se fien de si mismas, sino que se alejen, se retiren y huyan; porque obrar de otra suerte no es generosidad, sino grande atrevimiento y suma temeridad. Cuenta Casiano, que á un santo hermitaño le llegó un gran pliego de cartas de sus parientes y amigos, que venia de su patria. El santo hombre, sintiendo quizá despertarse en el corazon aquel dulce afecto que la naturaleza destila en los ánimos de todos hácia los parientes, ¿qué hizo? Tomó todas aquellas cartas, y sin quitarles el sello, ni aun desenvolverlas, las arrojó todas al fuego, diciendo al mismo tiempo: *It*

(1) Eccles. 3. 27.

cogitationes patriæ, pariter concremami, ne me ulterius ad illa, quæ fugi, revocare tentetis. (1) Andad lejos de mi, pensamientos de parientes y de la patria; yo juntamente con este pliego os entrego á las llamas; no quiero que con vuestros agradables atractivos me desperteis el afecto de aquellas cosas de que ya he huído. Conocia este siervo de Dios que se trataba de pelear con un afecto dulce; por eso con aquel acto generoso apartó al punto de sí toda ocasion.

414. Advertencia quinta: esté atento y sea cuerdo el director en discernir en sus penitentes las tentaciones, cuando el demonio las insinúa encubiertamente con pretexto de bien; porque estas tentaciones de una parte son difíciles de conocerse, y de otra son las mas peligrosas; porque dice San Agustin, que el demonio, *magis timendus est, cum fallit, quam cum sævit.* (2) Es mas de temerse cuando viene encubierto y desconocido para engañarnos, que cuando viene al descubierto y con furia contra nosotros con ciertas pésimas sugerencias suyas. A veces el enemigo, transfigurándose en ángel de luz, propone á las personas espirituales cosas de suyo buenas y santas; despues encontrando crédito y asenso sugiere cosas peligrosas, y despues cosas pecaminosas, hasta que las hace caer en pecados manifiestos, y las conduce sin que lo reparen al precipicio. Estas son las tentaciones mas terribles; porque no conociéndose por tales no se guarda uno de ellas, antes atraído de aquella bella apariencia vá tras de ellas, y finalmente cae, como el pájaro atraído del cebo cae en el lazo ó en la red. Por eso pertenece al director, y es parte muy principal de su oficio el descubrir semejantes engaños; conocer al demonio, no solo cuando viene con la cara descubierta á tentar las almas, sino tambien cuando viene enmascarado debajo de estas devotas apariencias; y advertir á los penitentes, para que conozcan las fraudes del enemigo, y se sepan defender. Tanto mas que es opinion de S. Bernardo, que estas son de ordinario las tentaciones de que son asaltadas y vencer-

(1) Casian. Instit. lib. 5. c. 32.

(2) S. Aug. in Psalm. 39.

das las personas espirituales: *beatus nunquam, nisi boni simulatione deceptus est.* (1) Las personas de buena vida no son engañadas jamas del demonio, sino con apariencia de bien. Traeré tal cual suceso, en que se entenderá mejor lo que voy diciendo.

415 Cuenta S. Buenaventura, (2) que en un convento habia un fraile de santa vida en cuanto á la exterior apariencia, porque era dado á la oracion, gozaba de tanta abundancia de consuelos espirituales, que sintiendo hablar de Dios, no podia esconder el gozo en que se bañaba el corazon. Era tan amante de la soledad y del silencio, que no hablaba jamas una palabra; y llegó á tal punto, que temiendo de quebrantar el silencio aun en el acto de la confesion sacramental, explicaba por señas sus pecados. Entre tanto acertó á pasar por aquel convento el grande Patriarca S. Francisco, y en ese tiempo vino tambien el ministro General, que hablando con el Santo, le hizo una relacion muy honorífica de la santidad del dicho religioso. Pero San Francisco que estaba altamente ilustrado de Dios: tú yerras, le dijo, porque ese está engañado del demonio. ¿Pues como es posible, replicó el ministro, que sea guiado del espíritu falso un hombre de tanta oracion, de tanto silencio, de tanta observancia y perfeccion? Haz esto, le respondió S. Francisco; mándale que se confiese dos veces á la semana, y luego descubrirás la maraña. Obedeció el ministro General, y aquel desventurado al oir el mandato de su Superior, comenzó á mover la cabeza, y á indicar con gestos que no queria hacer eso por amor del silencio. Despues de breve tiempo se descubrió aun mejor la falsedad de su espíritu, porque salió de la religion, y se volvió al siglo. Nétese, como el demonio se transformó en ángel de luz para conducir paso á paso al precipicio á este infeliz religioso. Primeramente le engañó en sus oraciones con una multitud de sensibles y falsos consuelos. Despues le alucínó con un amor indiscreto al silencio. Viendo que le daba asenso, le indujo por este medio á usar del sacramento

(1) S. Bern. serm. 60. in cant.

(2) S. Bonav. la vita S. Franc. c. 10.

de la penitencia de una manera muy impropia. Despues á alejarse de dicho sacramento lo mas que le fuese posible. Despues á desobedecer abiertamente á las órdenes de sus superiores, y por estos pasos le llevó finalmente fuera de la religion, y le hizo volver á la Babilonia del siglo.

416 De estas artes solapadas tiene innumerables el enemigo para engañar á las pobres almas. Pondrá, por ejemplo, en el corazon de un sacerdote un vivo deseo de conducir á grande perfeccion á una persona de diferente sexo. Al principio despertará en su corazon un afecto todo espiritual con aquella persona. Hará despues que nazca entre ellos una grande confianza, que la confianza pase á libertad, que la libertad degenera en licencia de palabras afectuosas, que la licencia de las palabras páse á la licencia de acciones impropias: y así poco á poco conseguirá, que aquel que era director, venga á ser el seductor de aquella infeliz alma. Pondrá en el corazon de un religioso ó de una religiosa un grande celo de la observancia de otros; de manera, que en lugar de atender á sí y á su propio aprovechamiento, andará todo el dia inquiriendo los hechos de otros; andará esparciendo por el monasterio lamentos, quejas y murmuraciones; y al fin no sacará otro efecto, que inquietarse á sí y á los otros, y suscitar rencores, amarguras y discordias en la comunidad. Mas el pretender contar las artes malignas con que el demonio engaña á las almas con el pretexto de bien, seria lo mismo que querer contar las arenas del mar que no tienen número.

417 Use el director de los medios siguientes para descubrir estas fraudes y traiciones diabólicas. Lo primero, pida siempre luz á Dios, porque los engaños del demonio son sutiles, y solo la luz de Dios penetrantísima puede llegar á discernirlos. Lo segundo, sepa cuales son los caracteres del espíritu de Dios, y cuales los del espíritu diabólico; porque por medio de las tales señales podrá facilmente venir en conocimiento, de si un mismo sentimiento santo sea movido de Dios para la salud y provecho del alma, ó le sea sugerido del enemigo de Dios para su ruina.

418 Advertencia sexta: no querria que el director fuese del número de aquellos que todo lo atribuyen á la mala inclinacion de la naturaleza, y creen que el demonio está ocioso y nada hace; porque seria ésta una idea falsa y dañosa. Seria falsa, porque tenemos de la Sagrada Escritura que nuestros enemigos nos andan siempre al rededor y están siempre en movimiento; ni cesan jamas de instigarnos al mal con sus tentaciones: *adversarius noster diabolus tanquam leo rugiens, circumcui, quærens quem devoret*. Yo no niego que las pasiones á veces se mueven naturalmente por sí mismas, pero el demonio viéndolas ya despiertas, corre ordinariamente á atizarlas con sus tentaciones, y las enciende mas, y las hace mas impetuosas y turbulentas. Y por eso la mayor parte de los pecados que se cometen, especialmente de las personas espirituales, no son sin alguna instigacion del demonio. A mas de esto, es nociva la tal idéa; porque persuadiéndose las personas que tienen al rededor al demonio tentador que les sugiere ya un pensamiento, ya un afecto pecaminoso; están alerta, se ponen sobre la defensa, resisten con mas valor, y acuden á Dios mas frecuentemente y con mayor fé. Explico esto con un hecho que cuenta S. Gregorio. (1) En un monasterio de S. Benito habia un monge resuelto á abandonar la religion y volver al siglo, pareciéndole que la vida monástica era para él muy rígida y superior á sus fuerzas. Fué varias veces á exponer su determinacion al santo Patriarca; pero el Santo le respondia, que era tentacion del demonio, que resistiese y recurriese á Dios. Mas el miserable dando poco crédito á las palabras del Santo, quiso partirse. Al tiempo de poner los pies fuera de la puerta del monasterio, vió venir contra él un horrible y espantoso dragon con la boca abierta para tragarselo. Horrorizado á esta vista, comenzó á gritar: *succurrite, fratres, succurrite*: socorredme, hermanos míos. Acudieron á estas voces los monges, y le hallaron temblando, pálido y sin sangre por el susto. Tomaronle entre sus brazos, y le metieron en el monasterio, del cuál jamas le vino la gana de salir. Ob-

(1) S. Greg. Dialog. l. 2. c. 25.

serve el director, que hasta que vió éste con sus ojos, y quedó convencido y persuadido de que el demonio era el que le instigaba á dejar la religion, no venció jamas la tentacion. Lo mismo sucede á la mayor parte de los hombres. Por eso es utilísima cosa el persuadirles que del demonio provienen de ordinario sus agitaciones interiores, para que se animen valerosamente á la defensa.

419 Advertencia séptima: advierta el director, que los penitentes en tiempo de las tentaciones no dejen los ejercicios acostumbrados de oracion, de penitencias, de mortificaciones y de sacramentos; antes procure que en vez de disminuirlos, los aumenten; porque entonces mas que nunca, tienen necesidad de vigor y de fuerzas, para combatir contra los enemigos de su eterna salud; ni las tales fuerzas se alcanzan de otra suerte que por medio de estos devotos ejercicios. Advierta tambien, que en medio de sus tentaciones no hagan resoluciones de cosas nuevas, y mucho menos votos que obliguen en conciencia; porque el alma que se halla en tentaciones es agitada del espíritu diabólico, y por eso es difícil que pueda discernir con seguridad si los impulsos que en este tiempo siente; provienen de espíritu bueno ó malo. Tiene además de esto, ofuscada la mente en tinieblas, y revuelto el ánimo de pasiones; ni es fácil entre la turbulencia de semejantes pensamientos y afectos, el conocer lo que le es conveniente, y tomar justas y sábias determinaciones. Por eso remita la resolucion de las tales cosas á otros tiempos mas quietos.

420 Acerca de los motivos por los cuáles el alma tentada debe mantenerse fuerte y constante, sin dejarse jamas caer de ánimo; y acerca de los actos en que se debe ejercitar entonces para quedar victoriosa, ya he hablado bastante en los capitulos precedentes: por lo cuál no ocurre aqui otra cosa que añadir para regla del director.

ARTICULO XI.

DEL IMPEDIMENTO QUE PONEN LOS ESCRÚPULOS Á LA PERFECCION CRISTIANA.

CAPITULO PRIMERO.

*SE DICE QUE COSA SEA EL ESCRÚPULO, CUALES
sean sus causas y cuáles los indicios para conocerlo.*

421 **D**espues de haber tratado de los impedimentos que tenemos para la perfeccion cristiana dentro y fuera de nosotros, unos por via de atractivos, y otros por via de impugnacion; resta hablar de otro impedimento, que á veces nace de dentro, y otras veces nos viene de afuera; y son los escrúpulos, que pueden tener principio de nuestra naturaleza, y pueden traer su origen de causas exteriores, como ahora veremos. Mas de cualquiera parte que estos tengan su origen, son siempre por sí mismos un grande impedimento para la perfeccion.

422 Creen los mundanos, que el escrúpulo sea una delicadeza de conciencia en temer el pecado verdadero, y en evitarlo con mucha cautela. Por esto llaman escrupulosas á las personas de conciencia tímorata que se guardan de ciertas culpas que ellos cometen con gran libertad; y huyen de ciertos peligros y libertades que ellos van á buscar atrevidamente. Pero se engañan en esta idea; porque el escrúpulo no es una delicadeza de conciencia en huir el pecado, como ellos piensan; sino que es una aprension vana fundada en motivos ligeros, y llena de un temor ansioso de que sea pecado lo que no lo es. El escrupuloso es como un caballo espantadizo, que viendo cerca del camino por donde ha de pasar la sombra de un árbol ó de una piedra, ó de un tronco se atemoriza, vuelve atrás, recalitra y no obedece al freno, ni á la espuela de quien le gobierna, como si se le pusiera delante un tigre ó un leon para despedazarlo: y por la aprension vana de un peligro, que no hay,

se mete á sí mismo y al ginete en un peligro verdadero de precipitarse en algun despeñadero. Asi el escrupuloso por aprensiones mal fundadas, por sospechas vanas de que haya pecado grave en esta y aquella accion de suyo licita y honesta, se llena de temores, de ansias, de angustias y de turbaciones, y vencido de la interior agitacion del ánimo, no obedece mas al confesor que le gobierna, ni á las personas doctas que le aconsejan, ni á los amigos que le reprenden; y asi por el miedo de un pecado aparente, se mete en peligro de incurrir en pecados verdaderos, y aun si su mal se adelanta mucho, de caer en un precipicio.

423 De aqui es fácil de inferir la diversidad que pasa entre la duda y el escrúpulo: porque la duda puede ser, y las mas de las veces es racional; pero no es, ni puede ser racional el escrúpulo; porque si fuese tal, ya no seria escrúpulo. La duda es una suspension del entendimiento acerca de los extremos, en los cuales aparecen razones igualmente probables. Y asi como la balanza si tiene igual peso en ambas partes, no se inclina ni á la diestra ni á la siniestra, sino que se mantiene suspensa en equilibrio; asi nuestro entendimiento, si halla razones iguales por el si, y por el nó, no se echa á una ni á otra parte, sino que tiene suspensa su deliberacion. Mas no es de esta naturaleza el escrúpulo que no se mueve de razones, sino de apariencias, de sombras y de motivos frívolos; ni deja suspenso al entendimiento, sino que le inclina á creer que hay culpa grave donde no hay culpa alguna. A mas de esto, llena el ánimo de temores, de ansias, de inquietudes y de penosas turbaciones; lo que no hace la duda racional.

424 Despues de haber examinado la esencia de los escrupulos, pasemos á ver cuáles sean las causas de donde se originan. Los escrupulos en unos tienen la fuente en la propia naturaleza. Ciertas personas de complexion húmeda, fria y melancólica, son un terreno muy á proposito para producir estas espinas; porque los naturales melancólicos son tambien tímidos y pusilánimes; y por eso á cualquiera aprension de pecado, aunque

sea insubsistente, fácilmente entran en temor. Después el temor se aumenta y llena sus entendimientos de las mismas vanas aprensiones del pecado. Y porque estos naturales téticos son también tenaces en sus especies, llegan á arraigarse tanto en ellos estas mal fundadas aprensiones, que es menester la mano poderosa de Dios para arrancarlas. Y tal vez estas sombras se dilatan tanto por su turbada fantasía que llegan á hacerles parecer que todo es pecado, hasta quitarles totalmente la paz, y reducirlos á vivir en un continuo tormento y angustia.

425 Si después de todo esto, la persona que es de natural melancólico, se dá indiscretamente á ayunos, vigiliás y al uso de las disciplinas y cilicios, quedará por la falta de espíritus tan debilitada en el cuerpo y en el cérebro, que no será jamás capaz de discernir con rectitud entre el bien y el mal, y aprenderá pecados gravísimos, donde no hay sombra de culpa. Peor será aun si se entregare á la soledad, porque en el ócio y en la quietud se nutren mucho estas especies inquietas y escrupulosas. Y si á todo esto se añade que la persona sea ignorante, y trate con personas de conciencia estrecha, se formará en su cérebro un embrollo de especies tan extravagantes, que si ella no se enloqueciere, procurará á lo menos hacer enloquecer á su director. Concluyamos que la primera causa de los escrúpulos es la naturaleza melancólica, tética, tímida y cavilosa. Los escrúpulos que traen su origen de esta causa, difícilmente se curan; porque trayendo siempre consigo la persona su temperamento, tiene también siempre consigo la fuente de sus especies desconcertadas, de sus temores, de sus cavilaciones y de sus extravagancias.

426 La segunda causa de los escrúpulos es el demonio. Es propiedad de este nuestro gran enemigo alargar la conciencia á los disolutos con una temeraria esperanza en la divina misericordia, y apretar la conciencia de los buenos con un excesivo temor. Entra él en su imaginación, mueve los fantasmas, los ofusca con sus tinieblas, y forma aprensiones vanas de pecados, téticas y aptas á causar inquietos temores: des-

pierta tambien en el apetito sensitivo humores proporcionados para producir pusilanimidades, angustias, amarguras y agitaciones; de manera, que la pobre alma se halla como una navecilla en medio de un mar tempestuoso. Vé obscurecido el cielo de su mente; se siente agitada por todas partes de una tempestad de afectos turbulentos; siente todas sus potencias puestas en confusion, y todas indispuestas para obedecer á la razon, que es el piloto de esta miserable navecilla. El fin que tiene el demonio en angustiar de esta manera las conciencias, es hacer enfadosa la oracion, odioso el uso de los Sacramentos, é insoportable el camino del Señor; para que el alma fastidiada caiga en desconfianza, y si es posible en desesperacion; deje el camino bueno, cometa pecados verdaderos, se entregue á la libertad, y á la perdicion. Asi nos lo asegura S. Lorenzo Justiniano: *Plerumque enim, Deo disponente, ipsi spiritus nequam ita pusillorum conscientiam confundunt dubietate, ac multitudine stimulorum, ut neque, ut ita dicam, pedem valeant movere præ timore conscientiae, qui sic tentantur; aguntque suis persuasionibus, & importunitatibus, ut quod minimum, aut nullum peccatum est, mortale reddatur.* (1)

427 Los escrúpulos que sugiere el demonio, pueden distinguirse por varios indicios, de los escrúpulos que sugiere la naturaleza; porque los escrúpulos diabólicos proceden con especial ofuscacion del entendimiento, y con particular inquietud y amargura de corazon, y tiran siempre á enfriar el espiritu, y á debilitarlo con desconfianza, representando al alma que está abandonada de Dios, que no hay ya paz para ella, que no hay remedio para sus males, instigandola á entregarse á la relajacion. Fuera de eso los escrúpulos diabólicos no son siempre de un mismo tenor: ahora aprietan, ahora áflojan, y ahora cesan, según que Dios alarga ó acorta la cadena al demonio tentador. Mas los escrúpulos que provienen de la naturaleza son casi siempre de un mismo modo; porque la naturaleza obra siempre conforme sus instintos. Y de hecho se vé

(1) S. Laur. Justin. de discip. & perfec. Modest. convers. c. 12.

por experiencia que las personas naturalmente escrupulosas proceden casi siempre con un mismo modo de obrar tímido y perturbado.

428 La tercera causa de los escrupulos es el mismo Dios; pero no es causa positiva, como que Dios quiera errores y opiniones falsas, y las produzca en las almas escrupulosas; sino que es causa negativa en cuanto quita al alma su luz, con la cual discerniría ella con claridad lo que es pecado y lo que no lo es: de la manera que el sol engendra la noche en nuestro hemisferio, en cuanto escondiéndose debajo de su orizonte le niega su luz. Asi sabemos que muchos santos han sido muy angustiados de estas interiores molestias: como S Buenaventura, que atemorizado demasidamente de los escrupulos, dejaba á veces pasar muchos dias sin llegarse al altar para celebrar el santo sacrificio. (1) Como S. Ignacio de Loyola, el cual fué tan acerbamente afligido de estas interiores agitaciones, que se resolvió de no probar bocado hasta que Dios le librase de tan terrible tempestad, y en efecto estuvo ocho dias enteros sin probar una migaja de pan, ni una gota de agua. Si bien advertido despues del confesor á usar otros medios mas discretos, tornó á restaurarse con el acostumbrado alimento. (2) Como el venerable Hipolito Galantin, fundador de la congregacion de la doctrina cristiana, que de la misma suerte penó por largo tiempo entre las punzadas de estos abrojos y heridas de estas espinas. (3) De Santa Ludgarda se lee, que fué muy trabajada de los escrupulos en rezar el oficio divino. (4) Volvia á repetir la misma hora canónica dos y tres veces, y no pareciendole con todas las diligencias que ponía, que satisfacía á su obligacion, jamas quedaba quieta y satisfecha. Por lo cual se resolvió de recurrir á Dios para que la librase de semejantes molestias. Despues de muchas oraciones vino un dia á visitarla un pastor totalmente desconocido de la Santa, y le dijo estas palabras: Dios te hacer saber,

(1) Cron. par. t. 1. g. c. 39.
(3) In ejus vita t. g. c. 8.

(2) In ejus vita.
(4) Ser. in vit. 16. Jul.

que le son son aceptas sus oraciones, y que por eso en adelante no des lugar alguno á las inquietudes y á los escrúpulos que se levantan en tu alma al rezar el oficio divino. Dicho esto se partió, ni se pudo saber jamas quien fuese, por mas diligencias que se hicieron. De manera que se creyó que fuese un angel enviado de Dios en figura de aquel pastor, para desvanecer de la mente de la Santa aquellas sombras de pensamientos escrupulosos que la turbaban. Tambien S. Agustin al principio de su conversion padeció alguna agitacion escrupulosa, acerca del uso de los manjares y de las bebidas, angustiandose mucho por aquel deleite natural é inevitable que resulta del comer y beber, como él mismo lo insinúa en sus confesiones: *non ego immunditiam obsonitimeo, sed immunditiam cupiditatis... In his ergo tentationibus positus, certo quotidie adversus concupiscentiam manducandi, & bibendi.* (1)

429 Varios son los fines que tiene Dios en permitir á las almas las molestias de semejantes escrúpulos. Lo primero, para purgarlas de los pecados cometidos; y es justo que las almas reconocidas descuenten la libertad delincuente que han concedido á su mente, á su corazon y á su cuerpo, con algun temor penoso y excesivo. Lo segundo, para solidar al alma en un justo temor de los pecados verdaderos por medio de un sobrado temor de los pecados aparentes; siendo manifiesto, que quien tiembla de la sombra de la culpa, mucho mas temerá cuando se le ponga delante la misma culpa con su propio semblante. Lo tercero, para humillar al alma con un vil concepto de si misma; porque en la realidad no hay cosa que abata tanto á una persona, mayormente si es dotada de alguna capacidad, como el verse cada dia enredada, como un niño en cosas de nada, y lo que es peor, sin saberse desenredar por si misma; porque entonces vé con los ojos abiertos y toca con las manos su grande miseria. Lo cuarto, para hacerle ejercitar la obediencia, la abnegacion de su propio parecer, la paciencia y otras virtudes; pues el alma en medio de estos trabajos interiores, si quiere proceder

1 / S. Aug. Conf. l. 10. c. 31.

con rectitud, se vé obligada á sujetarse ciegamente á la direccion de otros, á sufrir pacientemente muchas angustias, y á hacerse mucha violencia para mantenerse entera en el ejercicio de las virtudes.

430 Los indicios para conocer cuando los dichos escrúpulos sean con especial permission dados de Dios para purificacion de los pecados, se pueden tener de los buenos efectos que entonces producen; porque queriendo Dios por medio de este trabajo la mejora del alma, la asiste particularmente con su gracia. Por lo cuál ella en medio de las tempestades de sus escrúpulos, vá haciendo viage, aunque no lo advierta, hacia el puerto de la perfeccion. Y por eso las tales almas se vén alejarse siempre mas del pecado y de los peligros, desapegarse mas de él, y tenerle mas horror; se vén sollicitas de su aprovechamiento, menos duras que otros escrupulosos á la obediencia, y mas constantes en sus oraciones y ejercicios de piedad.

431 Los escrúpulos de estas almas nó suelen ser perpetuos, porque Dios ha dicho, que *non dabit in æternum fluctuationem justo.* (1) Y así en habiendo hecho la fluctuacion de sus corazones el efecto que hace la tempestad en el mar, de purgarles de sus heces, y tambien de solidarlas en algunas virtudes; ó cesa de repente, ó calma poco á poco, hasta reducirse á una cumplida tranquilidad. Yo he conocido una persona que por el espacio de siete años continuos fué extrañamente agitada de toda especie de escrúpulos. Se resolvió al fin á entrar en una religion en que florecía la observancia regular, y reinaba el espíritu del Señor. ¡Cosa maravillosa! Apenas puso los pies en el noviciado, en que parecia que sus escrúpulos habian de crecer desmedidamente por la mortificacion, soledad y silencio que allí se practica, y por la continua meditacion de las máximas eternas, y tambien por el trato con otras personas de conciencia estrecha como la suya; cuando se le desvanecieron casi del todo, y recobró casi de repente la paz del corazon que de tan largo tiempo habia perdido. Señal clara, que aquellos escru-

(1) Psal. 53. 23.

pulos se los habia enviado Dios con especial permision, ó como preservativo, para que ceñida por todas partes de tantas espinas no se deslizase en gozar de algun placer del siglo, ó como estímulo, para que punzada de las espinas de tantas angustias, corriese mas presto á guarecerse en el asilo seguro de la religion; pues apenas habia llegado á ella, cuando cesaron las acerbas punzadas de sus congojosos pensamientos.

432 Finalmente, las señales para conocer si una persona es escrupulosa son muchas: entre las cuáles escojo algunas que me parecen las principales. La primera, el ser fácil á dudar y á temer por motivos frívolos, y sin algun racional fundamento. La segunda, el ser inconstante en estas mismas dudas y temores, y el mudarse por cualquiera ligera apariencia, ahora juzgando ilícito lo que antes reputaba licito, y ahora teniendo por licito lo que antes le parecía ilícito. La tercera, el sentir en estas mismas dudas y titubeaciones, inquietud, agitacion, angustia y perturbacion. Los remordimientos que Dios mueve, punzan el corazon, pero no lo meten en tinieblas ni en ansias; antes ni aun los remordimientos que nacen del dictámen de la recta razon son inquietos ni turbulentos. Tales son solamente los remordimientos que nacen de un dictámen torcido y mal fundado, que predomina en la mente ciega de los escrupulosos. La cuarta, el ser pertinaz la persona en su propio juicio, no fiándose del parecer de los hombres doctos, ni aun de su confesor; y despues de haber consultado ahora estos, ahora aquellos, creerse solo á sí misma. La quinta, si preguntada la persona sobre aquellas materias sobre las cuáles está fluctuando, responde que no hay pecado, y despues teme de sí misma y no se atreve á obrar. Cualquiera que halla en sí ó en algun otro estas señales, no dude nada de que está en el número de los escrupulosos, esto es, en un estado de grande impedimento para adquirir la perfeccion cristiana, como ahora veremos.

CAPITULO II.

**DE LOS IMPEDIMENTOS QUE TRAEN LOS ESCRÚ-
pulos para la perfeccion.**

433 Los escrúpulos son verdadera carcoma del alma, que la roen con sus inquietudes y comen toda la labor de la perfeccion. Son un verdadero espinar que creciendo en el seno del alma, sufocan toda la semilla de buenos pensamientos, y de santas inspiraciones, y hacen secar la raíz de todas las virtudes: veámoslo en particular.

434 La raíz de que han de brotar todas las ramas de la perfeccion cristiana, es sin duda la oracion; porque ésta es la que trae la divina luz, por la cuál conocemos el mérito que tiene Dios para ser amado, y nos inflamamos en su divino amor: por la misma llegamos á descubrir todo lo precioso que resplandece en las virtudes, nos aficionamos y animamos al ejercicio de ellas, y á la mortificacion de aquellos vicios, y de aquellas pasiones que nos impiden su consecucion: y por eso dice S. Juan Crisóstomo, que no hay cosa que nos haga crecer tanto en virtud, como el tratar con Dios en la oracion: *nihil autem æque facit in virtute crescere, quam cum Deo assidue versari & colloqui.* (1) Y en otra parte afirma como cosa manifesta, que es imposible vivir con virtud sin el estudio de la oracion: *arbitror cunctis esse manifestum, quod simpliciter impossibile sit absque precationis præsidio cum virtute degere.* (2) Y esta raíz fecunda de todo bien espiritual puntualmente secan del todo los escrúpulos con sus turbaciones. La razon es evidente. Dios no baja con su luz y con sus santas mociones, sino á los entendimientos serenos y á los corazones pacíficos: *factus est in pace locus ejus*; porque habita solo en aquellos lugares en que reina la paz, la quietud y tranquilidad: y tales ciertamente no son los entendimientos y los corazones de los escrupulo-

(1) S. Chrys. in Psalm. 7.

(2) Id lib. 1. de orand. Deum.

sos en que reinan las tinieblas, las ofuscaciones, las inquietudes, las turbaciones y ansias. De manera que hallándose los miserables tan indispuestos para la oracion, deben estar igualmente indispuestos para todo adelantamiento en la virtud y perfeccion cristiana.

435 ¿Quién no sabe que los santos sacramentos son aquellas fuentes ó canales del paraíso, por los cuales se deriva la divina gracia á nuestras almas para hacerlas fecundas de santas obras? Pues estas fuentes ó canales, sino las secan del todo los escrúpulos, á lo menos las hacen ciertamente menos caudalosas; porque confesándose los escrupulosos, se llegará aquel santo tribunal llenos de vanos temores acerca de sus disposiciones presentes, y acerca de sus culpas pasadas. Comulgando despues, van á la sagrada mesa inquietos y agitados de sus torcidos pensamientos: de manera, que no pueden recibir aquella plenitud de gracia que en estos Sacramentos suele concederse á otras almas serenas y tranquilas. Si los escrupulosos oyen la palabra de Dios de la boca de sus sagrados predicadores, si la leen escrita en los libros de los santos Doctores, si se les suministra en los privados razonamientos por los padres espirituales; mezclan siempre á la semilla de la divina palabra la cizaña de sus sofisterías, con que la sofocan y la hacen infructuosa. En suma, ó no ponen los medios necesarios para su perfeccion, atentos solamente á combatir con los fantasmas de sus escrúpulos, ó poniéndolos, los hacen inútiles con sus especies inquietas. ¿Qué provecho, pues, espiritual, y qué progresos en la virtud se puede esperar de ellos?

436 Hay tambien otra razon que muestra evidentemente cuán dificultoso sea á un escrupuloso el ejercicio de las virtudes cristianas, y es que el miserable, ó pierde totalmente la virtud de la esperanza, ó la enflaquece tanto, que no le suministra ya mas el vigor necesario para la práctica de las virtudes. Y aquí conviene suponer, que de la esperanza toman nuestras almas ánimo, valor y fortaleza para obrar virtuosamente. Quien espera en Dios, dice Isaías, adquirirá fortaleza,

caminará, correrá, volará como un águila por el camino de la perfeccion; ni se cansará jamas en su vuelo, en su curso y en su camino: *qui sperant in Domino, mutabunt fertitudinem, assument pennas sicut aquilæ: current, & non laborabunt: ambulabunt, & non deficient.* (1) Al contrario, quitada la esperanza, falta el vigor, falta el aliento y faltan las fuerzas; es preciso caer en tierra: por lo cuál dijo S. Ambrosio: *esto sint aliqui duri ad labores, firmi ad injurias perferendas; si spem auferas, non potest perpetua esse patientia.* (2) Dadme, dice el santo Doctor, un hombre duro para el trabajo, como un toro; firme y constante como una roca en las persecuciones y en las injurias: quitadle la esperanza, y ya no podrá durar en la tolerancia de los trabajos, y en la paciencia de las adversidades. Y poco despues dá la razon: *spes est sola, quæ nostrum non confundit affectum. Ubi est spes, apostolicum illud, foris pugnae, intus timores, nocere non possunt.* Sola la esperanza es la que nos asegura, y jamas nos hace quedar confusos en nuestros afectos. Donde hay esperanza, no pueden dañar ni los combates que nos embisten de afuera, ni los temores que nos contrastan de dentro.

437 Esta esperanza, que es el alma de todas las virtudes, viene sufocada y muy enflaquecida de los escrúpulos que andan siempre juntos con la pasion contraria, que es el demasiado temor. Y en efecto, vereis siempre á los escrupulosos timidos, pusilánimes, tristes, melancólicos y llenos de desmayos, de desconfianzas y desalientos: y reconocereis que es muy cierto lo que dice S. Lorenzo Justiniano, cuando hablando de los escrúpulos, los llamó: *pusillanimitatem internam consummantem fortitudinem*: llamólos, digo, una pusilanimidad que consume toda la fortaleza interior del alma; y la hace inepta para los ejercicios de toda virtud.

438 Si despues los escrúpulos crecen excesivamente no solo debilitan la virtud de la esperanza, sino que la apagan del todo, y le dán la muerte; porque creciendo estos con ex-

(1) Isai. 40. 31. (2) S. Ambr. in Psal 118. serm. 15.

ceso, llevan finalmente el alma á la desesperacion, como dice S. Bernardo: *tribulatio parit pusillanimitatem, pusillanimitas perturbationem, perturbatio desperationem; & illa interimit.* (1) La tribulacion de los escrúpulos engendra la pusilanimitad, la pusilanimitad la turbacion del ánimo, la turbacion la desesperacion, la desesperacion despues conduce el alma á la perdicion. Cuenta el Cardenal de Vitriaco, (2) que un religioso Cisterciense se habia neciamente propuesto el llegar al estado de la primitiva inocencia; pero no surtiendole el efecto de su torcida idea, cayó en un mar de trabajosísimos escrúpulos. Si comiendo sentia gusto en los manjares, se angustiaba: si sentia un primer movimiento de pasion, se afligia: si caía en una culpa ligera, la reputaba por culpa mortal y se desanimaba. De este exceso de escrúpulos cayó en una profunda tristeza, y de esta se precipitó en el abismo de la desesperacion; porque perdida toda esperanza de su eterna salud, se alejó totalmente de los Sacramentos. Los religiosos movidos á piedad del miserable, le encomendaban con empeño á Dios, le amonestaban con sabios consejos, y le reñian con acres reprensiones; pero nada servia para hacerle reconocer. Y si la B. Maria de Oignes no lo hubiese reducido á mejor juicio con una gracia milagrosa que le alcanzó del cielo, hubiera muerto en aquel miserable estado. Yo mismo he conocido á quien agitado de los escrúpulos, dió en tan fiera desesperacion, que tomando un cuchillo se hirió repetidas veces en el pecho. He conocido á quien por la misma causa se enderezó una arma de fuego á la garganta, y disparándola cayó muerto. Tan cierto es que los escrúpulos no moderados pueden conducir al precipicio de una total desesperacion.

439 Pero dejemos aparte estos casos, que cuanto son mas terribles, tanto son menos frecuentes; y hablemos de lo que siempre sucede. Es cierto que adelantandose los escrúpulos hasta el exceso, se han de seguir uno de estos dos funestos efectos: ó que

(1) S. Ber. Epis. 32. ad Abbat. S. Nich. de Remis. (2) Card. Vitr. lib. 2. c. 24 apud. Surin.

no pudiendo sufrir mas la persona un tan fiero tormento, se entregue á una grande relajación: ó que queriendo resistir violentamente, pierda el juicio. La naturaleza humana bajo un temor grande, inquieto, congojoso y continuo, no puede aguautar; por lo cuál se vé forzada á sacudir el yugo que la oprime, y pasar de una extrema angustia á una extrema relajacion: como sucedió al religioso de San Francisco, cuyo suceso se ha referido en el último capitulo del precedente articulo. El demonio metió en la cabeza del desventurado el escrúpulo de decir una palabra aun en caso de necesidad, y aun para el uso del sacramento de la penitencia. No pudiendo despues resistir mas á una cosa tan violenta, se tornó al siglo, donde no solo hablaba, sino que juraba tambien vanamente con asombro de algunos religiosos del mismo sagrado Orden, que le oyeron y reprendieron agriamente. Si despues de esto, fuere la persona de temperamento fuerte, y haciendose violencia resistiere á las molestias de los escrúpulos, cuando son excesivos, es necesario que pierda el juicio; porque la atencion continua, ó á lo menos frecuente sobre una multitud de especies extravagantes; tantas reflexiones extrañas, tantos esfuerzos del entendimiento y de la imaginacion enflaquecen poco á poco los órganos de la cabeza: de modo, que la razon poco á poco queda impedida, é incapaz de obrar con la debida rectitud sus propios actos. Fuera de esto, los temores, las inquietudes, las agitaciones, las angustias, si son muy continuadas, alteran extraordinariamente los humores del cuerpo, y echan á perder la complexion: y debilitada ésta, ayuda despues á perder los órganos del cerebro, por donde viene á quedar confusa la razon. Y en efecto, vemos todos los dias con la experiencia, que algunos por no haberse sabido gobernar entre los escrúpulos, han llegado á hacerse ineptos para rezar el oficio divino; otros se han hecho incapaces de celebrar el santo sacrificio de la misa; otros han sido tenidos por incapaces de recibir los santos sacramentos; y otros tambien han sido puestos en cadena, como privados totalmente de juicio. Y aun cuando no suceda esto, es cierto que á lo menos el cuerpo frá-

gil ha de caer á tantas agitaciones y molestias interiores; y por eso aun cuando no se pierda el juicio con los escrúpulos, se ha de perder la salud: como vemos que sucede muy frecuentemente á la mayor parte de las personas escrupulosas. Por esto tuvo razon de decir Luis Blosio: *ninium timorem, & inordinatam pusillanimitatem & tristitiam, superfluos conscientie scrupulos, irrequietasque curas, & implexas sollicitudines asceta semper devitet.* (1.) La persona espiritual huya cuanto pueda el demasiado temor, la pusilanimidad, la tristeza, los cuidados inquietos, las solitudes enredosas; en una palabra los escrúpulos de conciencia; porque no hay cosa que impida mas que estos el aprovechamiento espiritual, y los progresos de la perfeccion: cuando llegan algunas veces, como hemos visto, hasta hacer al alma incapaz, ó á lo menos, poco capaz de aprovechar.

440 Pero antes de pasar adelante, es menester que yo responda á un reparo que aqui se me podria hacer. Dije en el capitulo antecedente, que los escrúpulos tal vez son enviados de Dios para purgar y perfeccionar á las almas buenas que le son agradables. Pues si los escrúpulos son medios para conseguir la perfeccion, ¿cómo pueden ser de impedimento para ella? Respondo, que los escrúpulos son medios para la perfeccion, en el modo que lo son las tentaciones mas impuras, mas impias y mas horribles. Y así como estas se llaman medios para la perfeccion, no en cuanto son admitidas del alma, sino en cuanto son rechazadas y desechadas prontamente de la mente y del corazon: así los escrúpulos son medios para la perfeccion, no en cuanto son fomentados, sino en cuanto son removidos y apartados del alma con medios proporcionados. Y así como no es licito el detener en sí voluntariamente las tentaciones, aunque puedan ser ventajosas para la perfeccion; así no es licito detener los pensamientos y afectos escrupulosos, aunque puedan al fin ser de provecho para el alma. En suma, todo lo bueno de las tentaciones y de los escrúpulos, consiste en no darles consentimiento alguno, y en valerse de la debida

(1.) *Loc. Blos. Parad. anim. c. 8. §. 3.*

industria para librarse de ellos. Si despues deseara saber el lector cuales deben ser las industrias que se deben practicar para arrancar las espinas tan molestas y nocivas de estos escrúpulos, siga su leccion, y las hallará en el siguiente capítulo.

CAPITULO III.

SE EXPONEN LOS REMEDIOS APTOS PARA remover y apartar los escrúpulos.

441 **E**l primer remedio es la oracion. Este remedio es contra todos los males, pero es especial contra el mal de los escrúpulos; porque la medicina que sana esta grande enfermedad del alma, está toda en las manos de Dios. El primer origen de los escrúpulos es una falta de luz que deja al entendimiento oscurecido, y casi incapaz de distinguir entre lepra y lepra; quiero decir, entre pecado grave y leve, entre operaciones licitas é ilícitas: de donde se sigue, que el alma se enreda, se confunde y de mil maneras se angustia. Mas esta luz no la puede dar otro que Dios: su Magestad la tiene en sus manos divinas; abriéndolas, la derrama sobre nuestros entendimientos; cerrandolas, la retira para sí. Pida, pues, siempre á Dios el escrupuloso esta luz, para que disipe las tinieblas de su mente, y le haga conocer sin ansias y sin inquietudes, lo que es pecado, y lo que no lo es. Confiese con humildad delante de Dios, que él está ciego: y como aquel ciego del Evangelio preguntado de Cristo; qué era lo que deseaba, respondió: *Domine, ut videam*; así diga él en sus oraciones: luz pido, Señor, para los ojos de mi mente, para ver y discernir con claridad lo que es malo, y lo que no lo es, para que os pueda servir mejor con la tranquilidad del ánimo, y con la paz del corazón. Sobre todo, encomiéndose á Dios, cuando comienza á moverse la tempestad de los escrúpulos, y siente ya que empieza la ofuscacion de la mente y la agitacion del corazón; levante entonces la voz á Dios; pida socorro, como hizo San Pedro.

Mientras el Apóstol caminaba sobre las olas del mar, todo puesto en tempestad, comenzó poco á poco á hundirse en las aguas, y atemorizado de tan grande riesgo, alzó la voz, exclamó y pidió ayuda al Redentor: *cum cœpisset mergi, clamavit, dicens: Domine, salvum me fac.* (1) Así el escrupuloso entre las olas turbulentas de su corazón, vuélvase á Dios, y exclame también: *Domine, salvum me fac.*

442. El segundo remedio es ponerse en manos de un padre espiritual, y obedecerle ciegamente. Conviene todos los teólogos morales, y todos los maestros de la vida espiritual, que este es el remedio principalísimo para librarse de los escrúpulos, y la medicina específica de este mal. Persuádase la persona escrupulosa esta gran verdad, que obrando conforme el orden y consejo de su confesor no puede pecar, porque Jesucristo ha dicho por su propia boca, que quien oye la voz de sus ministros, oye su voz; y quien obedece á sus órdenes, se conforma con su santísima voluntad: *qui vos audit, me audit.* (2) A más de eso, para disipar de su corazón toda sombra de vano temor, fijese en la mente esta máxima de grande conorte, que á todas las partidas y cargos que en el tribunal del divino Juez pudiese responder: Señor, esto lo hice, y aquello lo dejé de hacer por obedecer á quien estaba en vuestro lugar, todas quedarán canceladas, ni por ellas podrá Dios condenarle, ni de manera alguna castigarle; porque no puede Dios contradecirse á si mismo, ni después de habernos mandado obedecer á sus ministros, castigarnos por haberles obedecido conforme sus santísimas órdenes.

443 Mas para que los escrupulosos queden vivamente persuadidos de esta verdad, quiero alegarles un testimonio muy convincente y de grande autoridad. Santa Teresa (3) fué en algunas temporadas muy fatigada y afligida de sus padres espirituales; porque no formando algunos una justa idea de su rectísimo espíritu, tomaban por ilusiones del demonio las gracias singularísimas con que Dios la favorecía. Hubo por tanto quien

(1) S. Matth. 14. 30. (2) Luc. 10. 16. (3) In ejus vita c. 29.

le ordenó, que en volviendo á aparecersele el Redentor ó algun otro personage del cielo, le desechase con la señal de la cruz, y le despreciase con actos de escarnio y de contumelia, asegurandola, que aquel no era Jesucristo, como ella creía, sino el demonio que venia á engañarla con aquella devota apariencia. Por lo cual tornando la Santa á la oración, volvía Jesucristo á consolarla con su amabilísima presencia: y ella por obedecer al confesor, se ingeniaba por ahuyentarlo con la señal de la cruz, y con los actos de desprecio que le habian sido mandados. Pero porque al mismo tiempo estaba asegurada de una altísima luz, de que en las tales apariciones no habia engaño, ni le quedaba libertad de dudar de la presencia de su divino esposo; le pedia humildemente perdon de semejantes actos, excusandose con decir, que esto lo hacia por obedecer á aquellos que su Magestad habia puesto en la Iglesia por sus ministros. Al oír esto un escrupuloso se maravillará mucho de que la Santa ejecutase una tal suerte de mandatos. Creerá que Jesucristo habrá tenido á mal un tratamiento tan descompuesto, que la habrá reprendido y amenazado, y se habrá partido de ella con grande enojo. Pero se engaña, porque el Redentor mirandola con rostro agradable aprobaba su modo de obrar: decíale que hacia bien en obedecer, y la consolaba con asegurarla que seria mejor conocido y aprobado su espíritu.

444. Pues, ¿de qué temen los escrupulosos? ¿De qué se espantan? ¿Mientras Jesucristo ni aun se ofende de ser rechazado, de ser apartado, de ser acogido tan impropriamente, cuando esto se hace por obedecer á los que ocupan su lugar? ¿Pues es posible que la santa obediencia que ha sido siempre para todos el camino seguro del Paraiso, haya de ser para solos los escrupulosos el camino de la perdicion y la senda del infierno? Quiten de su mente una pertinacia tan abominable de su juicio, y una obstinacion tan detestable del corazon; y resuélvase á obedecer á los directores de sus almas, á pesar de cualquiera aprension, de cualquier temor, y de cualquier remordimiento que les persuada lo contrario. Si no se resuelven

de veras á esto, su cura no tiene esperanza: no sanarán jamas de su enfermedad. Al contrario, apoyándose en la santa obediencia, y dejándose gobernar de ella, con facilidad se librarán de sus afanosas perplejidades y de sus penosas perturbaciones, como nota bien Blosio: *qui si prudentum consiliis potius, quam proprio judicio prompte & intrepide acquiescere vellent, facile curarentur.* (1) La razon es clara: el escrupuloso no tiene recto el dictámen de la conciencia; porque ofuscado de sus tinieblas, no es capaz de formar un justo juicio acerca de lo que debe obrar (entiendo empero esto de aquellas cosas en que es escrupuloso:) y por eso no le queda otro modo para obrar rectamente, que acomodarse al dictámen de otro que no padezca de la misma enfermedad. Mas ¿á quien puede el mejor conformarse que á su director, que se lo ha dado Dios por guia en todas sus operaciones? Dígame por su vida: ¿qué haría si Dios le quitase totalmente la luz de los ojos, y le dejase caer en una suma y total ceguedad: qué haría, digo, queriendo caminar por la ciudad, sin peligro de tropezar y de caer en algun mal paso? Tomaria sin duda un guia fiel: y ya que él no vé donde poder poner el pié con seguridad, lo pondria donde lo pudiese su fiel conductor. Esto que haría entonces para andar seguro en el camino corporal, hágalo en el camino espiritual, en que debe suponer que está ciego por falta de luz sobrenatural, y por la ofuscacion de la luz natural. Tóme por guia á su confesor ó algun otro maestro de espíritu: sujétese á su juicio, reforme el dictámen torcido de la propia conciencia, conformándolo con el de su director, y fije el pié de sus operaciones donde él le señala. No hay otro medio de salir del laberinto intrincado de sus escrupulosas imaginaciones.

445 Asi lo hizo S. Ignacio, que asaltado de una tempestad de escrupulos, se puso bajo la obediencia de un buen confesor, que á manera de un diestro piloto, le condujo en breve al puerto tranquilo de una dulce paz. Cuenta S. Antonino, que un religioso Dominicano, apareciéndose despues de muerto á

(1) Blos. Paradig. anim. c. 16.

otro religioso del mismo orden muy molestad^o de escrúpulos, le dijo estas palabras: *consula discretos, & acquiesce eis.* (1) Aconsejate con personas discretas, y sosiégate con su parecer. El mismo Santo refiere, que un discípulo de S. Bernardo era agitado de los escrúpulos de tal modo, que no se atrevía á llegar mas al altar para celebrar el santo sacrificio. Fué á aconsejarse con su santo maestro, y éste despues de haberle escuchado, le dijo: celebra sobre mi cuenta. Bajó el discípulo la cabeza, abnegó su propio parecer, despreció todas las interiores contradicciones de su ánimo escrupuloso, y celebró la santa misa. Con este acto generoso de obediencia quedó sano y libre de toda angustia.

446 Ni sirve el decir: mi director no es un S. Bernardo, puesto que no se ha de obedecer al director porque sea santo, sino porque está en lugar de Dios: y lo que nos asegura de hacer la voluntad del Señor, ejecutando sus consejos, no es su santidad, sino la declaracion que ha hecho Jesucristo, de querer de nosotros todo lo que él nos impone. Añado lo que cuenta á este proposito Vericello de un labrador. (1) Se habia dejado este enredar tanto el cerebro de los escrúpulos, que habia llegado á persuadirse, que no habia para él otro modo de salvarse, que matarse á si mismo, creyendo que la tal muerte se la recibiria Dios en lugar de martirio, y le acogeria al punto en la gloria: y por eso habia procurado muchas veces matarse yá con el agua, y yá con el fuego. Finalmente, movida á piedad de él la Santisima Virgen, de quien era devoto, se le apareció vestida de un riquisimo manto, y le mandó que se descubriese con el sacerdote, y le obedeciese fielmente. Ejecutó el mandato de la Reina del cielo, y de esta manera quedó libre. Veis aquí que los mismos Santos, y la misma Reina de los Santos no nos proponen mejor remedio para sanar los escrupulosos, que una ciega obediencia al confesor. Y asi el que no quiera acogerse á este remedio, quedará del todo incurable su mal.

(1) S. Ant. sum. p. prim. tit. 3. c. 10. §. 10 (2) Vericelli Quest. Mor. trat. 5. q. 3. n. 12.

447 Pero yo se lo que responden á esto los escrupulosos, y con cuales razones, ó por decir mejor, con cuales cavilaciones se apartan del yugo de la obediencia. Dicen, que de buena gana obedecerian al director que los tiene por escrupulosos, si lo fueran; pero que ellos no son escrupulosos, ni sus dudas son escrúpulos, ni sus temores vanos; porque aquellas cosas de que dudan y temen, no son pecados aparentes, sino verdaderos. Respondo que ningún loco se tiene por tal; por eso siendo reñidos ó golpeados por sus locuras se maravillan y se quejan de semejantes tratamientos; porque en la realidad en esto consiste el ser uno loco, en no conocer la propia locura, porque conociendola, comenzaria á ser cuerdo. Asi en esto consiste el ser uno escrupuloso, en no conocer lo que es; porque si alguno conociese que lo era, y quedase persuadido que sus dudas no tenian fundamento alguno, y que sus temores eran vanos, no haria ya caso de ellos: y la conciencia que era escrupulosa, se trocaria luego en conciencia recta y racional. Crea la persona que se halla angustiada á su director ó á otra persona docta, cuando le dicen que es escrupulosa; porque universalmente afirman los teólogos, que acerca de las cosas que tocan á nuestra conciencia, estamos obligados á creer al confesor. Ninguno es buen juez, ni apto para decidir en causa propia: mucho menos cuando se trata de escrúpulos, en la cuál quien los tiene, es totalmente incapaz de juzgar. El querer creerse á sí y no al director, especialmente en tales materias, es una soberbia intolerable que merece todo castigo.

448 Dicen otros: obedecería al confesor, si yo me hubiese explicado bastantemente y él me hubiese entendido; pero yo no me he sabido explicar, especialmente en algunas circunstancias: él yerra, no por culpa suya, sino por culpa mia. Respondo, que en exponer nuestras cosas al director, no estamos obligados á hacer una diligencia sofistica, sino una diligencia humana y racional; esto es, aquella que suele practicarse en un negocio de monta: hecho esto, no estamos obligados á mas, ni Dios pide otra cosa de nosotros. Debemos creer entonces

que él nos ha entendido: y si él en tal caso errase, no erraríamos nosotros en obedecerle. Pero esta diligencia, replica al punto el escrupuloso, yo no la he hecho. Respondo, que si él ha dicho lo que sabía, y no ha dejado cosa alguna por malicia, no debe pensar mas; porque los teólogos enseñan que el escrupuloso, despues de haber manifestado sus dudas al ministro de Dios, debe suponerse bien aconsejado, y que el otro le ha entendido bien; y sin dar oídos á las sofisterías que le pasan por la mente, debe obedecer. Hágase, pues, fuerza el escrupuloso, y á pesar de sus temores y de sus angustias obedezca si quiere sanar.

449 Tercer medio: modere el escrupuloso el temor, ensanchando el corazón con la esperanza. Dijo en el capítulo pasado, que la esperanza y el temor son afectos contrarios, y que por eso prevaleciendo el temor exorbitante sufoca á la esperanza. Haga, pues, la persona de conciencia estrecha, que prevalezca en su corazón la esperanza; porque predominando ésta, comprimirá el demasiado temor, desterrará la pusilanimidad, y restituirá á su espíritu la paz, la quietud y la tranquilidad. Para este fin no considere jamás á Dios, como á rígido exactor y severo juez, sino mírelo siempre como á padre amoroso, y acuérdesse de esto cuando dice aquellas palabras: *Pater noster, qui es in cælis*. Antes considérele en el modo en que nos le representa Jeremias, como á una tierna madre que nos tiene en su seno, nos acaricia con amor, y no desea otra cosa que nuestro bien y consuelo: *Ego scio cogitationes, quas ego cogito super vos, cogitationes pacis, & non afflictionis, ut dem vobis finem, & patientiam. Quomodo si cui mater blanditur, ita ego consolabor vos.* (1) Considere á Jesucristo como abogado, que al ver nuestras culpas no se aira, ni se mueve á enojo; sino que todo piadoso se presenta delante del Eterno Padre, y le aplaca con sus ruegos y con la vista de sus amorosas llagas, como dice S. Juan: *si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum jus-*

(1) Jer. 29. 11.

rum. (1) Haga frecuente reflexion sobre la infinita inclinacion que tiene Dios de perdonarnos nuestros desaciertos, hasta protestar por el profeta Ezequiel, que no es su intencion que perezca impio alguno, sino que se reconozca, para que consiguiendo el perdón de sus impiedades, viva eternamente con él en la gloria: *numquid voluntatis meae est mors impii, & non ut convertatur & vivat?* (2) Y para hacernos formar una justa idea de esta su grande piedad, se nos representa á sí mismo muy deseoso de nuestra salud, ahora en figura de un pastor piadoso que vá en busca de la oveja perdida, ahora en forma de una muger afligida que vá buscando la joya que se le ha perdido: y nos hace saber, que hallada la joya y la miserable ovejuela se llena de júbilo; y por un tal hallazgo nada ventajoso para él, sino para nosotros, pone en fiesta á todo el paraíso: *congratulamini mihi; inveni drachmam, inveni ovem; quæ perierat.* (3) Considere á menudo la grandeza de su misericordia, cuyas obras son tan copiosas, tan excelsas y tan altas, que sobrepujan todas las otras obras de su divina grandeza: *miserationes ejus super omnia opera ejus.* (4) Piense muchas veces la gran mansedumbre con que el Redentor curó la oreja á Málcos, cuando más atrevido que los otros le insultaba; rogó por los impios que le crucificaban, al mismo tiempo que barbaramente le maltrataban; prometió el paraíso á un ladrón; dió el pontificado á un perjuro; defendió de las publicas acusaciones á la muger adúltera; y recibió en el número de sus más queridas hijas á una pública pecadora. Tenga siempre en su mente tantas y tan repetidas promesas, que nos ha hecho Dios de oírnos, de protegernos, de asistirnos, de defendernos siempre que acudamos á él con firme esperanza y con viva fé: de suerte, que parece tiene Dios mayor deseo de hacernos gracias, que nosotros de recibirlas. Junte con la esperanza el amor, meditando frecuentemente la grandeza de la bondad de Dios; su infinito amor, y las penas, los tormentos y contumelias que ha sufrido por nosotros. Estas cosas ha de considerar siempre el escrupu-

(1) 1. Joan. 2. 1. (2) Ex. 18. 23. (3) Luc. 15. 6. 9. (4) Psalm. 144. 9.
Tom. II. 46

loso en sus oraciones; éstas ha de ponderar en sus meditaciones, á fin de despertar una viva esperanza, que abata el sobrado temor y dilate su corazón apretado, estrecho, pusilánime y pavoroso. Para curar las enfermedades conviene valerse de remedios contrarios; ni hay cosa que se oponga mas á la enfermedad de los escrúpulos, que una robusta esperanza, especialmente si vá unida con el santo amor.

450. A estos remedios se pueden añadir otros muy oportunos para la cura. Primero: huir el ocio, porque el cerebro de los escrupulosos es un molino que siempre está moliendo, siempre está en faena; no muele granos de útiles reflexiones, sino solamente cizaña vil de pensamientos muy penosos y aflictivos. Por lo cual es necesario que se ocupen, y que se diviertan, para no dar lugar al entendimiento, á que se fije en sus especies torcidas y mal fundadas. Segundo: no tratar con personas de conciencia estrecha y apretada, porque el escrúpulo es una enfermedad contagiosa que facilmente se pega con tratar con personas infeccionadas del mismo mal; y por la misma razon no leer libros de opiniones estrechas y máximas crueles. Tercero: no hablar de los propios escrúpulos, y no irlos confiriendo ya con este, ya con aquel, como hacen algunos y algunas, que van dando vueltas por los confesonarios, van manifestando á todos sus angustias, y despues de haber entendido el parecer de ciento, á ninguno obedecan, sino que prosiguen en obrar á su modo. Los escrúpulos son como la pasta ó como la pez, que quanto mas se manejan, tanto mas se pegan. Quanto mas hablan los escrupulosos de sus vanas dudas, tanto mas se pegan aquellas sus extravagantes especies en la fantasia, y tanto mas se arraigan en su mente. El consejo justo y saludable es descubrir al confesor sus angustias, y á lo mas en algun caso particular á algun hombre docto, y estar á su obediencia. Este es el consejo que dá S. Agustin á S. Paulino en una carta suya: *Sin & te, ita ut me movent ista; confer ea cum aliquo mansueto cordis medico, siue illic inveneris, ubi degitis; siue cum Romano toto anniversario pergitis: & quod per illum tibi loquentem, seu*

vobis colloquentibus Dominus aperuerit, scribe mihi. (1) Si estas cosas, le dice el Santo, no hacen en ti aquella impresion que hacen en mí, trátalas con algun buen médico de las almas, ó dondes vives si le hallas idóneo, ó en Roma cuando fueres allá: y lo que él te dirá, ó por decir mejor, lo que él y yo te hubieremos dicho; recíbelo como de la boca del mismo Dios, dá entero crédito, y avísame de todo. Nótese, que S. Agustin no dice á su Paulino que confiera sus dudas con cuantos sacerdotes encontrare en su pais ó en Roma, sino solo con algun maestro de espíritu manso, esto es, apto para dar consejo. A mas de esto, que los dichos consejos no los tome como dichos de hombres, sino como inspirados del mismo Dios, lo que puntualmente es aquello que no hacen los escrupulosos; y por eso viven inquietos.

451 Cuarto: no hablar de los escrupulos, ni aun consigo mismo; quiero decir, no rumiarlos, no reflexionar sobre ellos, aun á fin de librarse de las inquietudes, de los remordimientos y de las angustias que traen consigo; y persuadirse á sí mismo no ser pecado lo que sin fundamento se le representa por tal. Porque procediendo la persona por esta via, se embrollará siempre mas, y quedará mas inquieta. Los escrupulos, vuelvo á decir, son una péz que cuando mas se manejan con tratar y pensar sobre ellos, tanto mas se pegan. Lo mejor es no cuidar ni hacer caso de ellos, sino despreciarlos conforme el consejo del confesor: y si causan molestia, sufrirla con paciencia y ofrecerla á Dios. Quinto: adelantarse á obrar de la manera que obran las personas de conciencia buena y timorata, sin temor de pecar en aquellas cosas, que ellas no temen practicar; porque es una soberbia intolerable el creer que todos obran mal, y que solo él procede rectamente en sus operaciones. Sexto: acostumbrarse á seguir las opiniones benignas; pero bien probables para reducir la conciencia de una excesiva estrechez á una racional libertad.

(1) S. Aug. epist. 250. ad Paul.

CAPITULO IV.

*SE EXPONEN ALGUNOS PRIVILEGIOS DE LOS
escrupulosos, que les pueden servir de grande remedio
contra su espiritual enfermedad.*

452 **P**rivilegio primero: no peca el escrupuloso obrando con escrupulo, con aprension y con temor de pecar: en una palabra, obrando con su conciencia escrupulosa; puesto que sepa de su confesor, ó de otra persona inteligente, que él en tales materias es escrupuloso; y que desprecie aquellos pensamientos y temores mal fundados, que le agitan y tienen inquieto. Así enseñan comunmente los teólogos. (1) Ni es necesario que el tal desprecio sea siempre formalmente expreso, basta que sea virtual, esto es, que en virtud de la buena costumbre que ha tomado de no hacer caso de estas vanas aprensiones obre de hecho contra sus irracionales instintos. La razon de esto es manifiesta; porque el escrupulo no se funda en razones verdaderas, como se fundan los remordimientos de una conciencia recta; sinp que se apoya solo sobre razones aparentes. Por lo qual el obrar contra ellas, y contra los temores y retractivos congojosos que ocasiona el escrupulo en la conciencia, no es un obrar contra la razon, sino contra sombras fantásticas: y por esto no puede decirse de modo alguno, que el tal obrar sea irracional, y por consiguiente ni tampoco pecaminoso. Antes es necesario obrar de esta manera; porque no hay otro modo de librarse de estos necios temores y vanas angustias, no menos dañosas al cuerpo que al alma, como he demostrado en el capítulo precedente. Quien vá por el mar la primera vez, teme el movimiento violento de las olas, teme los escollos, teme las tempestades; volviendo á navegar, teme

(1) Navar. sum. prol. 9. & in cap. 27. n. 182. Vazq. in 1. 2. dis. 67. c. 2. Azor. in 1. p. l. 2. c. 2. Castrop. tr. 1. d. 4. tit. 1. Sanch. in sum. snpra decal. l. 1. c. 10. S. Anton. 1. p. sum. tit. 4. c. 10. §. 10. Laym. l. 1. tr. 1. c. 6. Suar. in 1. 2. disp. 11. §. ult. Filiuc. Med. & alli.

menos; prosiguiendo despues en navegar, ya no teme mas; porque yendo contra el temor, lo ha sobrepujado y vencido. Un soldado nuevo al primer relumbrar de las espadas enemigas teme, tiembla y se espeluzna; pero tornando frecuentemente á la guerra, á despecho de sus temores, no teme mas las puntas de las lanzas y de las espadas, sino que generoso se abalanza contra ellas, y allá se arroja entre heridas y sangre, donde vé mas fiera la batalla. Asi si el escrupuloso obra á pesar de sus temores y sus aereas aprensiones, se hace superior y queda al fin vencedor; y de esta manera queda libre y suelto de los lazos de sus escrúpulos que le tenian atado entre mil ineptias. Pero si vencido del temor congojoso se abstiene de obrar; éste le predomina, le hace su esclavo, y no le deja obrar mas con libertad y segun los dictámenes de la recta razon.

453 Yo me adelanto un paso mas, y digo con muchos teólogos, (1) que no solo debe el escrupuloso obrar contra la repugnancia de sus escrúpulos, sino que está obligado á obrar asi, y de otra suerte peca. Lo primero por la soberbia en no querer someterse al parecer de su director. Lo segundo, por no querer obedecer al mismo, cuando él le manda: *quasi peccatum arjolandi est repugnare; & quasi scelus idololatriæ, nolle acquiescere.* (2) El no querer someterse á la obediencia, dijo Samuel á Saul, es casi una especie de idolatría: porque es un querer preferir su parecer y su querer, al querer de Dios que le está significado en la santa obediencia. Lo tercero, por el grave perjuicio que acarrea á su alma, haciéndola inhabil para cualquier progreso en la perfeccion. Lo cuarto, por el daño que trae á la salud del cuerpo, royéndola poco á poco, y consumiéndola con la lima de tantas angustias é inquietudes. Lo quinto, por el impedimento que pone al recto y buen ejercicio de sus cotidianas ocupaciones, para las cuales se hace inepto con sus cavilaciones. Llegandose por tanto el escrupuloso al tribunal de la penitencia, en lugar de tomar de memoria la larga y enfadosa historia de sus es-

(1) Laym. Castrop. & alii in locis cit. (2) 1. Reg. 15. 23.

crúpulos, acútese de estas cosas que son verdaderos pecados. Diga, Padre, acúsome de haber sido duro de juicio, indócil de voluntad, y de no haber obedecido á Vm. con despreciar los pensamientos que Vm. me ha dicho que eran insubsistentes y escrupulosos, sino antes de haberme detenido largamente en combatir con ellos, de haberles dado asenso, y en lugar de haber obrado contra su falso dictámen, de haberme dejado llevar á obrar según ellos. Acúsome de las inquietudes que me he causado á mi mismo, y del daño que voy acarreado á mi espíritu, á mi cuerpo y á mis ordinarias ocupaciones. Esta es confesion recta, confesion santa, confesion provechosa, que no lleva á los pies del confesor bagatelas, sino culpas verdaderas, de las cuales se ha de dar mucha cuenta en el divino tribunal.

454 Pero, Padre, dirá el escrupuloso, temiendo yo pecar, no quiero meterme en ese peligro; porque quien se pone en peligro de pecar, ya peca de hecho, según el célebre dicho: *qui amat periculum, peribit in illo*. Respondo, que este dicho no se entiende de los escrúpulos que tienen por objeto apariencias y sombras, sino de las dudas fundadas, que tienen por objeto razones verdaderas. Y por eso obrando la persona contra el dictamen y temor de los escrúpulos, no se expone á peligro alguno; antes sigue la opinion comunísima de los teólogos, la opinion mas cierta, la opinion mas segura, y en suma, la opinion que solamente le puede hacer caminar rectamente en la via del espíritu. Pero, Padre, hallandome entre semejantes angustias, yo quiero ponerme en seguro; ya que en las dudas *tutior pars est eligenda*. Dejo aparte este axioma, que tiene necesidad de un mas largo y maduro examen, para no errar en su inteligencia; y digo, que la parte mas segura para el escrupuloso es el despreciar los escrúpulos, obedecer al confesor y obrar contra ellos. En obrar según sus impulsos, no solo no hay seguridad alguna, sino que hay grande peligro, y sumo daño. Pero, Padre, ¿no lo haré así en el punto de la muerte? Digo que aun en el punto de la muerte debe todo

cristiano ir contra los escrúpulos, y obrar á pesar de ellos, sino quiere ser engañado del demonio en aquel extremo, y errar en aquel paso terrible de que depende la eternidad. Pero, Padre, S. Gregorio no habla así; antes dice que es señal de buenas almas el conocer el pecado, donde no lo hay: *bonarum mentium est, etiam ibi in aliquo modo culpas suas agnoscere, ubi culpa non est.* (1) Por donde parece que el Santo Doctor juzga por una misma cosa el ser escrupuloso, y el ser virtuoso. Respondo, que no se metan los escrupulosos en semejantes pretensiones; ni hagan á un tan grande Santo el agravio de creer que quiera atribuir á alabanza el ser un alma trastornada en sus especies, errónea en sus pensamientos; porque en la realidad aquellas palabras no se dijeron para ellos. El padre Suarez dice, (2) que S. Gregorio no habla allí de las almas escrupulosas é indiscretas, sino de las almas tranquilas, quietas, humildes y serenas, que temiendo ofender á Dios, proceden con cautela aun en aquellas cosas que por sí mismas no son pecaminosas. Navarro, Filiucio, Bosio y otros son de parecer, que habla allí el Santo de las almas buenas, pero no de conciencia angosta y apretada, las cuales se reconocen generalmente pecadoras y muy imperfectas, y se humillan mucho delante de Dios; aunque por otra parte no conozcan culpas notables en sus particulares operaciones. Si desean, pues, los escrupulosos entrar en el número de las almas buenas y virtuosas, no fomenten los instintos inquietos de sus escrúpulos, sino antes los desprecien y cuanto mas se sienten apretar de las aprensiones y temores de pecar, hagan reflexion á las órdenes que han recibido de sus directores, y obren segun ellas á pesar de su falsa conciencia.

455. Privilegio segundo: el escrupuloso que se acongoja acerca del consentimiento que le parece dar á los actos interiores, no debe creer jamas que peca mortalmente, sino sabe de cierto que ha consentido con plena advertencia; ni debe creerlo siendo la persona muy escrupulosa, si no puede jurar haber advertido á ojos abiertos la malicia de tales pensamientos y

(1) S. Greg. Registr. l. 12. Resp. 10. ad August. (2) Suar. l. 2. disp. 12. sect. ult.

afectos interiores, y de haber asestado á ellos de la misma manera. Asi enseñan graves autores (1) sobre el fundamento que una alma, que sobradamente teme el pecado grave (cual es ciertamente el escrupuloso) si mudase de voluntad y quisiera con advertencia lo que antes con sobrado temor tanto aborrecia, no podria hacer menos que advertir y conocer con toda certeza una mudanza tan sensible y tan extraña de la voluntad. Luego si no lo sabe de cierto y teme, es señal clara que no ha habido semejante consentimiento, á lo menos con plena voluntad.

456 De las señales que dán los hombres doctos para conocer si una persona, aunque no sea de conciencia escrupulosa, no ha consentido á los pensamientos pecaminosos; se confirma con mas fuerte razon la doctrina que hemos dado acerca de las personas de conciencia demasiadamente tímida y angosta. (2) Dicen, que las señas de no haber dado pleno consentimiento pueden ser los siguientes: lo primero, si la persona que duda de haber asentido á la sugestion interior tiene odio al pecado, y está habitualmente dispuesta á querer antes la muerte; que manchar con culpa grave su conciencia; porque á semejantes personas dificilmente se les puede ocultar un consentimiento libre y plenamente voluntario tan opuesto á su habitual disposicion. Lo segundo, si luego que advierte su detención sobre el mal pensamiento, lo sacude y arroja de sí; pues el pronto reconocimiento es indicio claro de que antes no lo advertia, y que por eso faltó la advertencia necesaria al complemento de la culpa mortal. Lo tercero, si reconociendo la mala sugestion no la ejecuta, pudiéndolo hacer sin que la detenga algún respeto humano, antes la aborrece; porque esto dá á conocer, que cuando la voluntad es dueña de sí, está totalmente agena del consentimiento. Lo cuarto, si la persona duda de haber consentido durmiendo ó velando, estando en sí ó fuera de sí; porque esto muestra que el conocimiento estaba en parte atado, quiero decir, sin la plena advertencia, porque si hu-

(1) Bonac. de pecc. d. 2. q. 2. part. 3. n. 19. Sals. In clav. Reg. l. 6. c. 7. n. 6. Morin. de pecc. d. 7. n. 41. Bos. de pen. dist. 7. §. 8. n. 104. & 107.

(2) Lacroix l. 1. de cons. c. 3. n. 547.

biera estado libre y suelto no hubiera semejantes dudas. Todas estas señales y otras que se podrian dar, se hallan de un modo muy particular en las almas escrupulosas, cuyo temor para con el pecado grave es exorbitante, las repulsas son excesivas hasta prorumpir en actos exteriores, y tal vez muy indiscretos é impropios, y que son muy ajenos de proceder á la ejecucion de la obra. Por esto no sabiendo de cierto haber consentido á sus actos internos pecaminosos pueden creer con todo fundamento, y deben absolutamente creer que no han consentido. Pero adviertan que no se engañen (como á semejantes personas frecuentemente sucede) en no creer que están libres de todo pecado, porque no obstante todas sus industrias en rechazar las tentaciones, no cesa al punto la interior delectacion; porque el apetito sensitivo no obedece á la voluntad, sino á la fantasía, ni siempre la fantasía se rinde prontamente al imperio y mando de la voluntad, cuando la prohíbe la detencion sobre los objetos ilícitos, y se vale de las debidas diligencias para divertirla. Concluyamos con la doctrina general que dán los teólogos sobre esta materia: (1) y es, que si la persona que duda de haber asentido á la interna tentacion es de conciencia relajada y acostumbrada á consentir á tales sugestiones, la presuncion está contra ella y debe tenerse por rea del consentimiento. Mas si la persona es de conciencia timorata y acostumbrada á desechar todo pensamiento y afecto malo; la presuncion está á su favor, y de ordinario debe reputarse libre de todo pleno y deliberado consentimiento. Si fuere persona escrupulosa, debe creerse de cierto, moralmente hablando, que no ha habido ni consentimiento plenamente voluntario, ni culpa grave.

457 Privilegio tercero: el escrupuloso no está obligado á usar en sus operaciones de aquellos exámenes y diligencias que deben practicar otros que son de conciencia recta; porque para él el examinarse es lo mismo que enredarse. (2) Si teme haber

(1) Castr. in p. part. tr. 3. d. 2. n. 6. Sayr. in clav. Reg. l. 8. c. 7. n. 6. B. r. Medt in p. part. q. 74. art. 8. Trull. in Decal. l. 7. c. 1. dub. 13. & alii.

(2) Lacroix. l. 1. de consc. c. 3. n. 511.

dado consentimiento, no se esté en inquirir el modo y la manera con que ha procedido la tentacion. Piense solamente, como antes dije, si está seguro de haber asentido con toda advertencia; no hallando esta seguridad, crea que no hay culpa mortal, y sosiéguese. Acerca de los temores de pecar que le angustian, ahora en ésta, ahora en aquella operacion, ahora en una circunstancia, ahora en otra, reflexione solamente si segun las instrucciones dadas por su director son escrúpulos: siendo tales, tenga por licitas las tales acciones, y obre francamente sin tantas pesquisas y exámenes. Si se halla confuso y en grandes perplejidades, ni sabe que deba hacer, pareciéndole que por cualquier parte que se vuelva halla pecado, haga lo que quisiere, puesto que no conozca evidentemente pecado; que de esta manera, como dice el padre Vazquez, no incurrirá en culpa alguna. De otros privilegios gozan tambien los escrupulosos, los cuales insinuaré en los capítulos siguientes, en ocasion que daré á los directores las advertencias convenientes y necesarias.

CAPITULO V.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR ACERCA del modo con que ha de dirigir las almas escrupulosas.

458 La cura de los escrupulosos es una de las mas molestas y mas dificiles que pueden suceder á los médicos espirituales de las almas. Es molesta, porque volviendo siempre las pobres á inquietarse con los mismos escrúpulos, tornan tambien siempre á inquietar al confesor con las mismas cosas. Es dificil, porque esta es una enfermedad de que pocos sanan perfectamente. Mas por esto mismo que es tan árdua esta cura, debe en ella resplandecer mas la caridad, la paciencia, la prudencia, la discrecion y la buena conducta del director, á quien quiero yo ahora ayudar con algunas advertencias, que aunque no sean nuevas le serán muy útiles, refrescando la memoria

acerca de varias doctrinas, y varias cautelas necesarias para la buena direccion de semejantes espiritus inquietos y turbados.

459 Lo primero, proceda el director con estas almas tímidas con franqueza, guardándose de dar en sus respuestas señal alguna de duda y de perplejidad; porque de otra suerte la cura seria desesperada, pues tendria mas fuerza para agravar sus temores su ejemplo, que sus palabras para ensancharles el corazón. Lo segundo, en sus respuestas no dé razones de ordinario al escrupuloso, sino procedá con autoridad, mandándole resueltamente lo que deberá hacer; porque las razones en los entendimientos enredados y confusos de los escrupulosos, son semilla de nuevas cavilaciones. Lo tercero, procure que proceda consigo con to.la sinceridad y claridad; pero adviértale al mismo tiempo, que así como no se puede callar en la confesion cosa alguna grave, ni acusar por dudosa una cosa cierta, así no se puede decir cosa grave que no se haya hecho, ó acusarla por cierta siendo dudosa, sobre el falso motivo de querer asegurar la conciencia: escollo en que suelen dar estas almas angustiadas y temerosas. Lo cuarto, proceda con ellos con agrado y caridad, siendo cosa muy desconforme añadir afliccion á quien está afligido y angustiado. Pero no obstante, esto convendrá alguna vez valerse de alguna palabra áspera, y aun despedirlos con alguna reprehension, para quebrantar la dureza de su mente, cuando se reconozcan duros y resistentes á la obediencia, poco dóciles á los consejos, y muy fijos en sus especies. Lo quinto, despues que hubiere entendido muchas veces sus escrúpulos, y les hubiere dado el debido reglamento, no les dé oídos, ni les permita repetir las mismas cosas, sino hágalos callar, inculcándoles la obediencia á las órdenes que les hubiere impuesto: así porque el mismo conferir y rumiar fija en estas mentes débiles las especies torcidas, como tambien porque viendo que el confesor hace caso de ellas, se confirman en su trastorno. Mejor es, pues, que del desprecio que muestra el director, aprendan tambien ellos á despreciar sus escrúpulos. Así aconsejan los autores. (1)

(1) Bonac. Castrop. 3anch. Bosio, Bussemb. in loc. cit.

Lo sexto, por las mismas razones no les permita confesarse de sus escrúpulos, sino solo de los pecados ciertos: y si no tienen tales culpas, envíelos alguna vez á comulgar sin darles la absolucion sacramental. (1) Esto ayudará mucho para disipar las sombras de sus vanos temores. Lo séptimo, no permita examinarse largamente al escrupuloso que en sus operaciones titubea, fluetúa, vacila y se angustia vanamente, temiendo que haya culpa grave; mas dígame que si á la primera mirada no conoce pecado, especialmente mortal, las tenga por licitas, y proceda á la ejecucion. La razon que induce á excelentes moralistas á prescribir esta regla, es manifiesta; porque se vé con la experiencia que estos sus temores son sin fundamento alguno, ni ellos están capaces de conocer esto mismo con su largo pensar; porque á estos entendimientos enredados, el examinarse largamente no sirve de otra cosa que de enredarse mas. Por eso si á la primera vista no conocen pecado, mayormente grave, en sus operaciones; se puede creer prudentemente, que siendo almas excésivamente timoratas, no haya semejante pecado: y no siendo ellas capaces de mejor conocimiento, deben atenerse á la primera vista y obrar segun el dictámen de ella. Y si alguna vez errasen cometiendo alguna cosa mala, no debe el confesor atribuirle á pecado; porque han obrado con buena intencion, y lo mejor que han entendido. Lo octavo, advierta el director de no causar desmayo al escrupuloso, con dar por desesperada su cura; porque siendo ya él sobradamente tímido y pusilánime, podria caer en un total abatimiento, y empeorar tanto en su enfermedad, que se despeñase en alguna desesperacion. Déle, pues, siempre esperanzas de sanar, con tal que él obedezca: se deje gobernar, se someta á su parecer, y vaya contra sus necias aprensiones. Dígame, que conseguirá de Dios esto mismo, como se lo pida incesantemente, y con viva fé. De esta manera le tendrá levantado con la esperanza, y dispuesto á poner los medios necesarios para su curacion. Lo nono, procure el director tener muy ocupado al escrupuloso, porque como dije

(1) Sauch. in Decal. l. 1. c. 10. n. 82; Castr. tr. 1. dist. 4. p. 2,

arriba; el ocio es un manantial de escrúpulos. San Antonio se quejaba con Dios, diciendo: Señor, yo quiero resucitamente salvarme; pero estos mis malos pensamientos no me lo permiten, porque tornan siempre importunos á poner mi espíritu en agitacion. Mientras decia esto se le apareció un Angel en forma de un trabajador, y puesto á su vista se ocupaba algun tiempo en trabajar: despues se ponía de rodillas á orar; despues se restauraba con la comida, y luego volvía de nuevo al trabajo. Finalmente, despues de la serie de varias operaciones, vuelto hácia el Santo, le dijo estas palabras: haz tú así, Antonio, y te salvarás. (1) Y quiso significarle, que con la ocupacion continua se vence la importunidad de los pensamientos, y se remueve el impedimento que estos traen á nuestra salud y perfeccion. Lo decimo, aunque los escrupulosos suelen ser de conciencia timorata: con todo eso se hallan algunos que son de pésima conciencia, y sin embargo son escrupulosos. En una especie de pecados relajadissimos, y en otra especie son sobradamente tímidos. Sus escrúpulos suelen ser ó sobre las confesiones pasadas, ó sobre los votos hechos, ó sobre los pensamientos de blasfemia y de infidelidad. La cura de estos es mas difícil, porque tienen escrúpulos, y sin embargo, no pueden absolutamente llamarse escrupulosos. Pero no conviene abandonarlos; y en aquella parte en que son escrupulosos, es menester interpretar sus dudas á su favor, ensancharles la conciencia, y proceder con el arreglo propio de las almas angustiadas y estrechas. Mas en aquella parte en que son laxos y disolutos es menester apretarlos, reprenderlos, enfrenarlos y darles los medios para enmendarse, como suele practicarse con las almas delincuentes y pecadoras. En suma, es menester corregir ambos excesos de mucha relajacion, y de demasiada estrechez, y reducirlos al camino del medio, que es puntualmente el que lleva seguramente al paraíso.

(1) Gerson. in part. 4. tr. contr. tentat. blasph.

CAPITULO VI.

ADVERTENCIAS PRACTICAS AL DIRECTOR ACERCA de los escrúpulos que suelen acaecer en algunas materias particulares.

460 Los documentos dados en el capítulo antecedente se pueden decir universales, porque se acomodan al buen reglamento de casi toda persona escrupulosa, de cualquiera especie de escrúpulos que esté agitada. Ahora juzgo conveniente el descender al particular, y prescribir reglamentos prácticos acerca de algunas materias en que suelen atollarse algunas almas temerosas, y parandose allí á combatir con sus escrúpulos, no ván mas adelante en el feliz viage de su perfeccion.

461 A las almas recién convertidas, y que de poco tiempo han comenzado á profesar vida espiritual y devota, suelen ser materia de grandes escrúpulos los pecados y las confesiones de la vida pasada: y despues de haberse acusado bastantemente, y aun tal vez abundantemente, se inquietan mucho, pareciendoles que no lo han dicho todo, y que no han expresado todas las circunstancias necesarias; y querrian tornar siempre á repetir la iliaca dolorosa de su mala vida. Otras se afligen imaginando que no han tenido en sus confesiones el verdadero dolor. A otras parece haberles faltado, ó que actualmente les falta el propósito y la firme resolucion de nunca mas pecar. Traspasadas de estos congojosos pensamientos y agitadas de estos vanos temores, no hallan paz, ni gozan de quietud en la buena vida que felizmente han emprendido.

462 Para remedio, pues, de estas almas angustiadas, advierta en primer lugar el director, que las personas reconocidas, las cuales han ya cumplido con su deber en el sagrado tribunal de la penitencia, no deben pensar mas en particular en los pecados de la vida pasada (cosa muy expuesta á despertar escrúpulos): solo han de reflexionar en general lo que

basta para concebir un dolor humilde, quieto y lleno de confianza en Dios, como enseña S. Bernardo: *ad Dominum conversos non nimis cruciet præteritorum conscientia delictorum; sed tantum humiliet vos, sicut & ipsum Paulum.* (1) A esto quiso aludir Casiano en la colacion vigesima del Abad Pasnuncio con aquellas palabras: *cæterum, quod paulo ante dixisti, te etiam de industria peccatorum præteritorum memoriam retractare, hoc fieri penitus non oportet, quinimo etiamsi violenter irrepserit, protinus extrudatur.* Diciendo que no se debe pensar en los pecados pasados; antes divertir de ellos la memoria, entiendo hablar de la memoria de los pecados en particular, apta para engendrar inquietudes y escrúpulos; y no ya de la reminiscencia de los pecados en general y en confuso: pues es utilísima para producir en el alma una compuncion humilde y un estable reconocimiento.

463 Pero mas claramente declara S. Lorenzo Justiniano las asechanzas que trama el demonio á los principiantes con la memoria de sus pasados desórdenes: *O quoties sub specie boni, & sub imagine sanctæ compunctionis inexpertos, & ad spirituale certamen inductos ludificat diabolus, & occidit! Latenter namque invenit occasionem intrandi in ipsorum cor; et tamquam Angelus lucis suadere conatur hujusmodi redire ad se, & humilitatis causa suorum diligenter considerare sarcinam peccatorum. Hoc ipsis minus caute peragentibus, idem adversarius paulatim aggravat dolorem, accendit & aufert spem. Nec prius hi insidiatoris calliditatem agnoscunt, quam in foveam ruant desperationis.* (2); Oh cuantas veces, dice el Santo, el demonio con pretexto de compuncion engaña á los principiantes é inexpertos, y los hace perecer! porque transfigurandose en angel de luz, les persuade á entrar dentro de si mismos, y á considerar la gravedad de sus culpas para humillarse; pero mientras hacen esto, sin la debida cautela, el enemigo agrava en sus mentes el pecado cometido, despierta en sus corazones una grave tristeza, y

(1) S. Bern. serm. 3. da SS. Petr. & Paul. c. 9.

(2) S. Laur. Justin. de discipl. & perf. Monast. Convers. c. 16.

les quita su esperanza: y los miserables, antes que conozcan el engaño, vienen á caer en el abismo de la desesperacion. Nótese bien el sentido de estas palabras. Dice el Santo, que el alma inexperta considerando sus propios pecados cae por engaño del demonio en melancolía, en desconfianza, y tambien en desesperacion, porque hace esto sin la debida cautela. Aquí está todo el mal, porque la consideracion de las propias culpas hecha cautamente, es buena, santa, y muy provechosa. ¿Pero cuales són, me direis, las cautelas que es menester tener para traer con fruto á la memoria las propias culpas? Veislas aquí. Que se piense en los pecados pasados en general, sin reflexionar á los actos particulares, y á sus circunstancias, y que se saque de las tales consideraciones un dolor afflictivo sí, pero humilde, quieto y pacífico: y tal será seguramente si anduviese junto con una fuerte confianza en Dios; de manera, que el alma se duela mucho, pero espere otro tanto en la divina misericordia. La memoria de los pecados, practicada de esta manera, es útil para purgar al alma de las manchas contraídas por lo pasado, y para promoverla en lo venidero á mayor perfeccion; y deben los directores aconsejarla á los penitentes.

464. Advierta en segundo lugar el director, que á las almas reconocidas, aunque no sea siempre necesaria una confesion general de sus pecados, es sin embargo siempre útil: pues ésta por medio de una acusacion mas exacta de todas las culpas, y por medio de un dolor mas vivo, limpia mejor el alma de toda fealdad, resarce todas las faltas cometidas en las confesiones pasadas, y la asegura, en cuanto es posible entre la incertidumbre de nuestra presente vida, del perdón de sus faltas. Se puede permitir tambien por un poco de tiempo á las tales personas el acusarse de algun pecado olvidado en su confesion general, pudiendo suceder facilmente, entre la acusacion de tantas culpas, el olvido de algun pecado grave. Cuando viere despues que han practicado bastantemente sus diligencias, y que comienzan á repetir, y como suele decirse, á refregar las mismas cosas, y empiezan á agitarse y á perder la paz por el temor de no ha-

berlo dicho todo, ó no haberlo dicho bien; impóngales un perpetuo silencio: ni se deje inducir mas á escuchar las acusaciones de sus pasados yerros. Antes creciendo los tales escrúpulos, los debe intimar aquella doctrina enseñada de muchos graves teólogos, que no estan obligados á confesar sino aquellos pecados que pueden jutar ser mortales, y de no haberlos manifestado jamas en otras confesiones. Queriendo, pues, comenzar la historia de semejantes culpas; pregúnteles antes de oírlos, si están dispuestos á hacer los dichos dos juramentos, y hallándolos ajenos de eso, ciérreles la boca y no los oiga. (1)

465 Pero Padre, dirá al punto el escrupuloso turbado: si no hubiese confesado este pecado, ó no lo hubiese dicho del modo debido, ¿qué será de mi? Responda el director; no hay que temer, y por lo que toca á este pecado, no dejareis de salvaros; porque no estais obligado á decir otra cosa. La razon de todo esto es, porque de una parte es cierto que aquel pecado indirectamente está perdonado, habiendo ya practicado, como suponemos, el penitente las diligencias necesarias y disposiciones requisitas en las confesiones pasadas. Por otra parte no tiene obligacion de sujetar á las llaves sacramentales el tal pecado; porque dicen los citados teólogos que no hay obligacion de procurar la integridad material de la confesion con tanta turbacion de la conciencia, y con tanto daño del alma: mientras sabemos que causas menores que esta, desobligan en otros casos de una cumplirla integridad. Pero, Padre, replicará el escrupuloso, dejadme hacer otra rebusca, dejadme decir por esta vez algunos pecados que me tienen en pena; y despues ya no pensaré mas en ellos. Responda á esto el director con una negativa: no les dé crédito alguno, ni se deje engañar de sus promesas; porque es cierto, que hecha una nueva rebusca, y una nueva acusacion, serán mas agitados de sus escrúpulos y mas inquietos que antes, como muestra todos los dias la experiencia: porque dicen mas, reflexionan mas, se embrollan mas, y

(1) Sanchez. In Decal. l. 1. c. 16. n. 8. Cast. t. 1. disp. 4. p. 2. Leym. l. 1. t. 16. p. 6. Ss. in. Aph. V. dub. n. 5.

mas se inquietan. Su remedio no consiste en decir, sino en no decir, sujetándose á la obediencia, y en despreciar sus vanas dudas. Hágales, pues, callar diciéndoles que obedezcan: y si quedaren con penas, y con remordimientos interiores, lo esfuerzan á Dios, y lo lleven pacientemente por su aser, que eleazarán grande mérito, como dice oportunamente Blosio: *Si post confessionem, ut oportet, peractam, remorsus adhuc remaneant, patienter cum humili resignatione ferendi sunt, & propter illos confessio iteranda non est.* (1)

466 Hallará el director otros que siempre se inquietan por el dolor, y otros por el propósito, pareciéndoles que jamas satisfacen, ó que jamas han satisfecho á su deber. En tales casos, si viere el confesor que el penitente procura, ó ha procurado atrepentirse, no le deje repetir la confesion; porque la presuncion está á su favor, y mientras no consta lo contrario, no tiene obligacion de renovarla. Por otra parte no conviene que la renueve, por el daño espiritual que le podria resultar de esta nueva acusacion. En tales casos advierta el penitente que no es necesario el dolor sensible para el valor de la confesion, sino que basta el dolor del ánimo, como dice el Tridentino; esto es, el dolor de la voluntad; y cuando se dice que el dolor requisito para el sacramento debe ser sobre todas las cosas, se entiende que debe ser tal en el aprecio, y no en la sensibilidad; de donde se sigue, que si aquel que se confiesa, no tiene sentimiento alguno de dolor en el corazon; pero con la voluntad, conociendo el mal que se contiene en la ofensa de Dios, la detesta sobre todo otro mal, y está resuelto á abrazar todo trabajo y males antes que ofender de nuevo á la divina bondad; tiene dolor bastánte, y está suficientemente dispuesto para recibir el sacramento de la penitencia. Ni puede alguno justamente quejarse de estar privado del tal dolor; porque Dios está pronto á concederlo á cualquiera que se lo pide y hace de su parte lo que puede, para excitarlo en su voluntad. Acerca del propósito es menester advertir que las recaídas, aunque sean muchas; no son

(1) Blos. in. Conf. sing. fid. c. 2.

señales ciertas de no haber habido propósito verdadero en las confesiones pasadas; porque la voluntad impelida por dentro de las pasiones, y por defuera de los objetos agradables, y destituida de aquella luz que en el acto de llegarse al sacramento le asistia, puede facilmente mudarse. Por lo qual no debe atenderse la inquietud de algun escrupuloso que por alguna inconstancia experimentada en sus propósitos, teme demasidamente de sus confesiones.

467 Algunos padecen grandes angustias en rezar las oraciones vocales, pareciendoles que no lo dicen todo, ó que no lo pronuncian bien: por lo qual repiten muchas veces las mismas palabras, ó repiten muchas veces desde el principio las mismas oraciones; pero jamas quedan satisfechos y sosegados. A estos conviene imponerles que pasen adelante en el rezo de sus oraciones, y que despreciando aquel vano temor que les aprieta el corazon, y les seca todo el jugo de la devocion, no repitan jamas cosa alguna. Si por otro lado se angustiare alguno por la atencion que le pareciere que no pone en sus oraciones vocales; digale, que tres intenciones pueden tenerse: ó á las palabras, atendiendo á pronunciarlas enteramente con la debida decencia y con intencion de orar; ó al sentido de las palabras; ó al mismo Dios, recogendose de alguna manera en él. Cualquiera de estas tres atenciones basta para hacer válido y meritorio el rezo de las oraciones vocales. Y por eso, si viere que él dice el oficio divino con ánimo de hacer oracion, y de cumplir la obligacion que le impone la santa Iglesia, y atendiendo á la recta pronunciacion de las palabras, no admite distraccion plenamente voluntaria, no le permita jamas repetir desde el principio; porque si bien esta es la atencion menos perfecta; pero es suficiente. Y basta haber dicho esto en esta materia; pues el querer hablar en particular de todas las especies de escrúpulos que pueden suceder, seria lo mismo que querer contar todas las especies extravagantes, é irracionales que pueden engendrarse en los entendimientos de los hombres, y que puede despertar en ellos el demonio para inquietarlos.

INDICE

DE LOS ARTICULOS Y CAPITULOS

DE ESTE TOMO SEGUNDO.

TRATADO SEGUNDO.

DE LOS IMPEDIMENTOS QUE SE Oponen Á LA CONSECUION
de la perfeccion cristiana, y del modo que se ha de tener en vencerlos.

| | PAG. |
|---|------|
| Introduccion al tratado. | 4. |
| ARTICULO I. | |
| De los impedimentos que trae para la perfeccion cristiana el sentido del tacto no guardado, y de los remedios contra los tales impedimentos. | 5. |
| Cap. I. Los daños gravísimos que pueden provenir al alma del sentido del tacto. | ib. |
| Cap. II. Primer remedio contra el desenfrenamiento del sentido del tacto, es la cautela en usar de él. | 11. |
| Cap. III. Segundo remedio contra el desenfrenamiento del sentido del tacto, sea el abatirlo con la aspereza de la penitencia. | 17. |
| Cap. IV. Se exponen varios modos de penitencia practicada de los Santos. | 24. |
| Cap. V. Se habla de otra especie de penitencia practicada tambien de los Santos; quiero decir de las disciplinas. | 32. |
| Cap. VI. Se proponen algunas reglas de discrecion acerca del uso de las penitencias mortificativas del sentido del tacto. | 37. |
| Cap. VII. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. | 46. |
| ARTICULO II. | |
| Los impedimentos que causa para la perfeccion el sentido del gusto; y los remedios contra los tales impedimentos. | 54. |
| Cap. I. Se explica en que consiste el sentido del gusto, y como vá conexo con el vicio de la gula; y de cuantas maneras se peca con este vicio, y consiguientemente se retarda la perfeccion. | ib. |
| Cap. II. Se muestran los efectos pésimos, y sumamente nocivos al espíritu, que nacen de condescender al sentido del gusto con el vicio de la gula. | 61. |
| Cap. III. Se propone el primer medio para moderar el sentido del gusto, y el vicio de la gula confederado con este sentido. | 69. |

- Cap. IV. Se prescriben algunas reglas de discrecion acerca del remedio que se ha dado en el precedente capítulo contra el sentido del gusto y el vicio de la gula. 75.
- Cap. V. Se propone otro remedio contra el sentido del gusto y el vicio de la gula practicable de todos, y aun de los que no pueden ayunar. 79.
- Cap. VI. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. 88.

ARTICULO III.

- De los impedimentos que trae á la perfeccion cristiana el sentido de la vista no guardado. 93.
- Cap. I. Se trae la primera razon porque el sentido de la vista no moderado puede ser de grande perjuicio á la perfeccion, y tambien á la salvacion, y se deduce la guarda que de él se debe tener. ib.
- Cap. II. Se traen otras razones que muestran los graves daños que causa el sentido de la vista no guardado con una rigurosa modestia. 100.
- Cap. III. Se muestra que para conseguir la virtud de la modestia no basta guardar el sentido de la vista, sino que se requiere la compostura exterior de todos los otros miembros. 107.
- Cap. IV. Se proponen dos ejemplares de modestia que nos pueden animar mucho para adquirir esta virtud. 114.
- Cap. V. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. 118.

ARTICULO IV.

- Impedimentos que trae para la perfeccion el sentido del oído y del olfato si no se guardan. 126.
- Cap. I. Daños que provienen del mal uso del oído, y bienes que provienen del buen uso del mismo sentido. ib.
- Cap. II. Se descende en particular y se muestra el daño que puede redundar al espíritu de escuchar voluntariamente murmuraciones. 132.
- Cap. III. Se insinúan los daños que puede causar á la perfeccion el sentido del olfato. 145.
- Cap. IV. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. 148.

ARTICULO V.

- Impedimentos que causa á la perfeccion la lengua, no en cuanto es uno de los cinco sentidos, sino en cuanto es instrumento de la locucion humana. 156.
- Cap. I. Cuán difícil de refrenarse sea la lengua de modo que no se deslice en perjuicio del espíritu. ib.
- Cap. II. De los medios para refrenar la lengua. 160.
- Cap. III. Se propone otro medio para la moderacion de la lengua, que es el silencio. 167.
- Cap. IV. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. 172.

ARTICULO VI.

- El impedimento que traen á la perfeccion cristiana las pasiones inmortificadas y desarregladas. 178.

- Cap. I. Se dice cuantas son nuestras pasiones, y cuando son de impedimento á la perfeccion. ibid.
- Cap. II. Se muestra que el mayor impedimento de la perfeccion cristiana proviene de las pasiones desregladas é inmortificadas. 184.
- Cap. III. Se proponen algunas reglas que se han de guardar en la mortificacion de las pasiones, para conseguir unas facilmente la debida moderacion. 191.
- Cap. IV. Se dan otras reglas para conseguir la moderacion de las pasiones. 199.
- Cap. V. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. 205.

ARTÍCULO VII.

- Impedimentos que trae á la perfeccion cristiana el amor á la hacienda y á las riquezas. 211.
- Cap. I. Se traen las razones, por qué el amor de la hacienda y riquezas se opone á la perfeccion cristiana. ibid.
- Cap. II. Se demuestra que si el amor á la hacienda y riquezas es exorbitante, no solo se opone á la perfeccion, sino tambien á la salud eterna. 219.
- Cap. III. Se dá el remedio contra los impedimentos que la hacienda, dinero y riquezas ponen á la perfeccion cristiana. 225.
- Cap. IV. Se dice, cuales sean los medios más poderosos para quitar el referido apego á la hacienda, y adquirir la dicha pobreza de espíritu. 232.
- Cap. V. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. 237.

ARTÍCULO VIII.

- Impedimentos que trae á la perfeccion cristiana el apetito desordenado de la honra y gloria mundana. 246.
- Cap. I. Se dice la diversidad que hay entre la ambicion y la vanagloria, y en qué cosas se funda la malicia de estos dos vicios. ibid.
- Cap. II. Se muestra la guerra grande que hace al hombre espiritual la pasion de la ambicion. 249.
- Cap. III. Se muestra que la vanagloria es uno de los grandes enemigos que tiene la perfeccion cristiana, porque envenena todos sus actos y les dá la muerte. 253.
- Cap. IV. Se muestra cuán grande enemigo es de la perfeccion el vicio de la vanagloria, porque le hace guerra con siete vicios, de que ella es la cabeza. 256.
- Cap. V. Se muestra que la vanagloria es un enemigo de la perfeccion cristiana, casi inexpugnable. 259.
- Cap. VI. Se proponen algunos medios para vencer el vicio de la vanagloria y ambicion. 265.
- Cap. VII. Se proponen otros medios para alcanzar cumplida victoria de los dos referidos vicios. 270.
- Cap. VIII. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. 277.

ARTICULO IX.

Impedimentos que pueden provenir á la perfeccion de otros objetos exteriores agradables. 285.

Cap. I. Se habla del obstáculo que pone á la perfeccion el amor desordenado de los sentidos. ibid.

Cap. II. Impedimentos que traen á la perfeccion las amistades fundadas en el amor sensible y carnal con los objetos agradables. 291.

Cap. III. Se muestra que las amistades fundadas en el amor tierno y sensible, á mas de ser muy imperfectas y dañosas, son tambien muy peligrosas. 297.

Cap. IV. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. 302.

ARTICULO X.

Impedimentos que ponen á la perfeccion las externas impugnaciones de los demonios. 307.

Cap. I. Se muestra que las almas que atienden á la perfeccion están mas expuestas á las tentaciones de los enemigos infernales. ibid.

Cap. II. Se exponen algunos fines santos que tiene Dios en permitir á sus siervos grandes tentaciones diabólicas. 314.

Cap. III. Se exponen otros fines que tiene Dios en la permision de las tentaciones. 319.

Cap. IV. Se dan algunos medios para vencer las tentaciones diabólicas. 326.

Cap. V. Se dan otros medios para vencer las dichas tentaciones. 333.

Cap. VI. Advertencias prácticas al director sobre el presente artículo. 340.

ARTICULO XI.

Del impedimento que ponen los escrúpulos á la perfeccion cristiana. 354.

Cap. I. Se dice, qué cosa sea el escrúpulo, y quales son sus causas, y cuales los indicios para conocerlo. ibid.

Cap. II. De los impedimentos que traen los escrúpulos para la perfeccion. 362.

Cap. III. Se exponen los remedios aptos para remover y apartar los escrúpulos. 368.

Cap. IV. Se exponen algunos privilegios de los escrúpulos, que les pueden servir de grande remedio contra su espiritual enfermedad. 378.

Cap. V. Advertencias prácticas al director acerca del modo cómo que ha de dirigir las almas escrupulosas. 384.

Cap. VI. Advertencias prácticas al director acerca de los escrúpulos que suelen ácaecer en algunas materias particulares. 388.

ÍNDICE

DE LAS COSAS MAS NOTABLES CONTENIDAS EN

ESTE SEGUNDO TOMO EN QUE SE CITA EL NÚMERO QUE VA AL MÁRGEN.

A

ADORNO. Procurarle con demasiada en el vestir es pasion frecuente en las mugeres, núm. 334. 335. El sobrado adorno es impedimento á las mugeres para su perfeccion, núm. 156.

AMBICION. Es vicio de que dificilmente se libran con las personas religiosas, núm. 304. y sig.

AMOR. Es origen de todas las pasiones humanas, núm. 220. 226. véase verb. *ejemplos*.

AMOR. Desordenado á los parientes, es causa de caer en muchos pecados, y quita el amor de Dios y la piedad, núm. 340. y sig.

AMISTAD. Cuál es loable, y cuál pernicioso, núm. 348. y sig. Cuán peligrosas sean las amistades sensibiles aun entre personas espirituales, núm. 359. En que se conoce ser la amistad peligrosa, núm. 362. Que medio hay para apartarse de las amistades peligrosas, núm. 363. y sig.

AYUNO. Dispone grandemente para meditar las cosas divinas, núm. 76. 84. 85. Cuán rigidamente lo practicasen los primeros fieles, núm. 90. 91. No se debe alargar tanto, que el cuerpo se debilite sobrado, núm. 97. Ayunar en una comunidad, cuando otros no ayunan, es cosa expuesta á vanidad, núm. 114. 115. Es inútil el ayuno que no vá acompañado de la mortificacion de las pasiones, núm. 116. 117.

C

CILICIO. Instrumento de penitencia usado de casi todos los santos confesores del nuevo y viejo testamento, 405. Consciencia escrupulosa y su remedio, núm. 442.

CONFESOR. No debe tratar con aspereza á los tentados, núm. 407.

D

DISCIPLINA. Instrumento de penitencia usado de todos los Santos de estos últimos tiempos, núm. 45. véase verb. *ejemplos*.

E

EJEMPLOS. Sobre varias materias contenidas en este segundo tomo. De cuanta cautela se ha de usar contra el sentido del tacto, núm. 13. 14. Castigo contra un leve pecado del sentido del tacto, núm. 16. 17. De mortificacion de la carne, núm. 24. 25. 26. De cilicios ásperos, núm. 36. De largas vigiliass, n. 37. De carne dura, n. 39. De sufrimiento en el destemple de las estaciones, núm. 40. De disciplinas, núm. 41. 45. 46. De penitencias, núm. 47. 48. De indiscreto fervor en las penitencias, núm. 59. De

penitencias aprobadas de Dios, núm. 66. De castigos dados de Dios por el vicio de la gula, núm. 73. 74. De la tentacion de gula, núm. 86. De abstinencia, núm. 88. 89. De la gula, núm. 102. De comida parca, núm. 106. Del modo de hacerse templado en el comer, núm. 108. Del comer con poca intencion, núm. 110. De hablar de cosas espirituales en la mesa, núm. 111. Del no quejarse si la comida es mala, núm. 113. De una miserable ruina espiritual causada de una ojeada, núm. 126. De la modestia de los ojos, núm. 130. De guardar los ojos, núm. 135. De inmodestia externa, núm. 139. 140. De la modestia en el reir y cosas pueriles, núm. 152. Del porte modesto, núm. 154. De la utilidad del hablar en el trato familiar de cosas santas, núm. 160. De cuanto se complace Dios de los que así hablan, núm. 163. 164. De graves castigos de los murmuradores, núm. 173. 174. Del modo de interrumpir las murmuraciones, núm. 180. De castigo gravísimo de Dios por exceso en el olfato, núm. 182. De la mortificacion del olfato, núm. 184. Del guardar la lengua, núm. 198. De los daños espirituales que causa la lengua, núm. 204. De inconsideracion en el hablar, núm. 207. Del mucho hablar las mugeres, núm. 213. De locuacidad, núm. 215. De severo silencio, núm. 217. De la fuerza de las pasiones, núm. 233. Del modo de domar las pasiones una por una, núm. 228. Del domar las pasiones en su origen, núm. 241. 243. De la guerra continua que nos hacen las pasiones, núm. 246. Del amor de Dios como medio eficazísimo para domar las pasiones, núm. 249. De la mortificacion de las pasiones, núm. 253. Del privarse de las cosas lícitas para no caer en las ilícitas, núm. 255. 256. De cuanto atormenta el amor á la hacienda, núm. 262. 264. El amor de tener mas es causa de muchísimos pecados, núm. 269. De la condenacion que origina la codicia de riquezas, núm. 271. Del apego á la hacienda, núm. 276. 278. De una generosa renuncia de grandes riquezas, núm. 284. Del faltar al voto de la pobreza, núm. 290. 291. Del renunciar dignidades eclesiásticas, núm. 305. De vanagloria, núm. 309. Del desprecio de honores, núm. 312. 316. 317. De reconocer la ayuda divina en las buenas obras, núm. 324. De recta intencion, núm. 327. Del esconder las virtudes para defenderse de la vanagloria, núm. 330. De la vanidad en el vestir femenino, núm. 334. 335. De un loco amor de vanagloria, núm. 336. De humildad aparente, núm. 338. Del desapego de parientes, núm. 346. Amistades loables, núm. 349. Cuanto mal hay en el infierno, núm. 356. Cuán peligrosa es una amistad sensible aunque al principio no sea pecaminosa, núm. 357. Del modo con que tienta el demonio las almas buenas, núm. 370. De la guerra que sufren los justos, núm. 373. Del bien que á las veces acorream al espíritu las tentaciones, núm. 380. De la humildad que causan las tentaciones, núm. 383. Del mérito en resistir á las tentaciones, núm. 386. 389. De la lentitud nociva en resistir á las tentaciones, núm. 393. De la virtud de la señal de la cruz para vencer las tentaciones, núm. 397. 398. Del auxilio divino en las tentaciones, núm. 402. 403. Del descubrir las tentaciones al Padre espiri-

tuaf, núm. 405. Que todos son tentados, aun los Santos, núm. 408. Del desprecio de algunas tentaciones, núm. 410. De huir la ocasion de ser tentado, núm. 413. Del transformarse en ángel de luz el demonio para engañar al alma, núm. 415. Que nos hemos de persuadir que el demonio siempre nos tienta, núm. 418. De ser Dios alguna vez causa negativa de los escrúpulos, núm. 428. Del bien que algunas veces ocasionan los escrúpulos, núm. 331. De gravísimas ruínas espirituales, núm. 438. 439. De obedecer al Padre espiritual, núm. 443. 445. 446. Que el escrupuloso ha de huir el ócio, núm. 459.

ESCRÚPULOS. Cuán diverso sea el escrúpulo de la duda, núm. 423. El demonio es el primero y mas astuto autor de los escrúpulos, núm. 426. 427. Algunas veces es tambien Dios causa negativa de ellos, núm. 428. y sig. Los escrúpulos no pocas veces son causa de deplorables ruínas espirituales, núm. 438. 439. Véase verb. *ejemplos*, y verb. *conciencia*.

G

GULA. De cuantos modos tienta, núm. 69. y sig. véase verb. *ejemplos*.

I

INTEMPERANCIA. Hace perder el conocimiento de la cosas divinas y el deseo de ellas, núm. 76. y sig. Es ocasion de impureza, núm. 82. En el comer se ha de tener recta intencion para santificar una accion de suyo brutal, y por no caer en intemperancia, núm. 110.

INTENCION. Con ello se vence la vanagloria, núm. 326. 327.

J

JÓVENES. Deben ser muy moderados en el hablar, núm. 210.

L

LENGUA. Sus defectos se enmiendan con mayor dificultad que otro cualquier vicio, núm. 199. Para enmendarse es necesaria mucha consideracion en el hablar, núm. 205. 206.

M

MODESTIA. En el hablar, reir, conversar y en todo el porte, es señal cierta de mucha virtud interior; y al contrario la inmodestia es señal de alma viciosa, núm. 137. y sig. En qué cosas se ha de observar la modestia, núm. 142. y sig. Cuán singular fué la modestia de *Jesucristo*, nuestro Señor, y su Madre Santísima, núm. 146. y sig. La modestia en los ojos sumamente necesaria á la juventud, núm. 151.

MORTIFICACION. La han siempre amado y practicado todos los Santos, núm. 23. y sig. La mortificacion de la carne se debe practicar con discrecion, núm. 51. 52. De otra manera desagrada á Dios, núm. 53.

MURMURACION. Es un mal gravísimo, núm. 167. y sig. La castiga Dios gravemente, núm. 172. En la murmuracion cabe pecado ligero ; pero nunca ligero mal, núm. 176. Modo de interrumpir la murmuracion que otro empezó, núm. 188. Cuando somos obligados á impedir la murmuracion de otro , núm. 188. y sig.

O

Oído. De este sentido proviene las mas veces el aprecio ó desprecio de las cosas terrenas , núm. 361. 362.

Ojos. Quien bien los guarda es asistido mucho de Dios para que no caiga en impureza , núm. 234.

P

PASIONES. Puedense moderar , pero no destruir del todo , núm. 234. Se debe tener particular cuidado en vencer la pasion dominante , núm. 235. y sig. Para domar las pasiones ayuda el mudarles el objeto , núm. 247. Y el privarse de los divertimientos lícitos , núm. 254. y sig. Errores de los hereges acerca de las pasiones , núm. 221. 222.

PENITENCIAS. Reglas al director para que no yerre en señalar á sus penitentes la medida justa de penitencias , núm. 66. Cuáles son los instrumentos de penitencia que se deben usar , y por cuánto tiempo , núm. 62. y sig.

POBREZA religiosa , en que consiste su perfecta observancia, trat. II. núm. 293. y sig.

S

SENTIDOS. Son la puerta por donde entra el pecado en el alma , núm. 6.

SILENCIO. Todos los Santos han hecho grande estima de él , núm. 217.

T

TACTO. Los pecados de este sentido destruyen en el alma toda buena virtud, núm. 8. y sig. Por vencer las tentaciones del tacto, es menester negarle todo antojo suyo , núm. 12. y sig.

TEMPLANZA. Debe principalmente darse á ella el que no puede ayunar, núm. 101. Se ha de regular tanto en la cualidad como en la cantidad de los manjares , aunque sean viles , núm. 109.

TENTACIONES. Medios para vencer las tentaciones son 1. prontitud en desecharlas , núm 390. y sig. 2. El recurso á Dios , núm. 394. y sig. 3. La señal de la cruz , núm. 397. 398. 4. La confianza en Dios , núm. 399. y sig. 5. Descubrir las al padre espiritual , núm. 404. 405. Diversos modos de vencer diversas tentaciones , núm. 409. y sig. Las tentaciones son medio con que se prueba nuestra fidelidad con Dios , núm. 376. 377. Y ejercicio de virtud , núm 378. y sig. Sirven para tenernos en humildad , núm. 381. y sig. Y para acaudalar méritos para el cielo , núm. 384. El justo debe estar siem-

pre dispuesto para combatir contra las tentaciones del demonio , núm. 381. y sig.

V

VANAGLORIA. Es sumamente odiada de *Jesucristo* , núm. 311. 312. 320. Puede entrar á corromper toda obra buena , núm. 314. 315. Para vencerla conviene considerar , que por nosotros mismos nada podemos , núm. 321. y sig. Se vence con tener escondida la virtud . núm. 328. y sig.

VINO. Bebido con intemperancia es sumamente dañoso á la juventud, núm 104.

VIRTUD. Para adquirir la virtud conviene primero mortificar las pasiones, núm. 228 y sig.



Biblioteca Episcopal de Barcelona



13030000008859

BIBLIOTECA EPISCOPAL
DE
BARCELONA
Reg. 29.025
Sig. 248.1 SC2

BIBLIOTECA EPISCOPAL
DEL
SEMINARIO DE BARCELONA
Arm. 216
Est. 11
N.º B-1557

